



Obras reunidas de Theotonio dos Santos

María del Carmen del Valle Rivera / Sergio Javier Jasso Villazul

Compiladores

[Presentación](#) | [Prefacio](#) | [Prólogo](#) | [Documento fundacional](#)

[Tomo I. Desarrollo, democracia y socialismo](#)

[Tomo II. Economía política de la ciencia y la tecnología](#)

[Tomo III. Desarrollo, crisis y dependencia](#)

[Tomo IV. Sistema mundial, imperialismo y dependencia](#)





Obras reunidas de Theotonio dos Santos

María del Carmen del Valle Rivera / Sergio Javier Jasso Villazul

Compiladores

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Verónica Villarespe Reyes
Directora

Berenice P. Ramírez López
Secretaría Académica

Aristeo Tovías García
Secretario Técnico

Marisol Simón Pinero
Jefa del Departamento de Ediciones





Obras reunidas de Theotonio dos Santos

María del Carmen del Valle Rivera / Sergio Javier Jasso Villazul

Compiladores

María del Carmen del Valle Rivera
Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

Sergio Javier Jasso Villazul
Posgrado de la Facultad de Contaduría y Administración, UNAM
Compiladores

Graciela Reynoso Rivas
Departamento de Ediciones, IIEc, UNAM
Corrección, coordinación y cuidado editorial

Salvador Ramírez Moreno
Departamento de Ediciones, IIEc, UNAM
Integración tomo I

Jade Danae Duarte Arvizu
Diseño de portada

Alma Rosa Chiapa Hernández
Archivo Óptico S. A. de C. V.
Integración y desarrollo





Obras reunidas de Theotonio dos Santos

María del Carmen del Valle Rivera / Sergio Javier Jasso Villazul

Compiladores

2015, primera edición

© Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, 04510, Coyoacán,
México, Distrito Federal.

Instituto de Investigaciones Económicas,
Universidad Nacional Autónoma de México
Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria
04510, Coyoacán, México, Distrito Federal.

ISBN de la obra completa: 978-607-02-4672-2

ISBN por el tomo I: 978-607-02-4732-3 | 30 MB

ISBN por el tomo II: 978-607-02-5481-9 | 40 MB

ISBN por el tomo III: 978-607-02-6454-2 | 30 MB

ISBN por el tomo IV: 978-607-02-7201-1 | 20 MB

Derechos reservados conforme a la ley

Tamaño de la obra completa: 120 MB

Formato: PDF

Tiraje: 1 ejemplar

Licencia Creative Commons: Atribución, No derivadas, No comercial



Agradecemos citar esta obra así:

Del Valle Rivera, Carmen y Sergio Javier Jasso Villazul (compiladores)

Obras reunidas de Theotonio Dos Santos [libro electrónico], México,

Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015

Disponible en: <http://www.iiec.unam.mx/>

Hecho en México



Presentación

En 2010 el profesor Theotonio Dos Santos visitó México para impartir varias conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México, en particular en el Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) y la Facultad de Contaduría y Administración. Uno de los resultados de su visita fue la iniciativa de reunir y reeditar sus obras, lo que implicó una ardua y grata labor de recopilar, rescatar, traducir y seleccionar la abundante producción intelectual del profesor Dos Santos publicada a lo largo de varias décadas.

Los hechos que se vivían en ese momento histórico reforzaban la validez del pensamiento latinoamericano sobre la teoría de la dependencia y su vinculación con las diversas fases de la acumulación capitalista, conceptos en los que sin duda destacan las aportaciones del profesor Dos Santos. Esta corriente de pensamiento conservaba su vigencia ante la crisis global de 2008, posterior a una serie de crisis sucesivas, el papel de China y las empresas públicas en un nuevo contexto en donde Estados Unidos se mantenía como un creciente país deudor a escala mundial y una nueva geopolítica en la que los países dependientes o periféricos, como se les ha dado en llamar recientemente, marcaban la pauta de importantes esfuerzos y superávits en sus balanzas de pagos, pero sin superar los problemas de desigualdad, entre otros aspectos.

Las obras que constituyen esta selección muestran al profesor Dos Santos como uno de los grandes pensadores latinoamericanos de la denominada *Nueva Teoría de la Dependencia* y su vinculación con las diversas fases de la acumulación capitalista. La evolución de su pensamiento lo ha llevado a convertirse en uno de los principales expositores de la Teoría del Sistema Mundial en la época actual.

Como lo señala el historiador científico político sueco Björn Hettne, la teoría de la dependencia ha representado “el más grande desafío que el pensamiento oficial euro céntrico ha enfrentado”. Dos Santos junto con Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra son reconocidos como defensores de las corrientes más radicales de la Teoría de la Dependencia, en la cual se inscriben muchos otros científicos sociales, entre quienes destaca André Gunder Frank.

Teníamos una deuda con el profesor Dos Santos, como universitarios que hemos disfrutado el privilegio de contar con sus enseñanzas desde que en 1974 llegó a México, como asilado político y novel creador de una teoría crítica del pensamiento mundial que es la teoría de la dependencia.

Su vasta y fructífera trayectoria refleja no solo al riguroso sociólogo, economista e historiador, sino también al pensador comprometido que participa como ciudadano y diputado en el rumbo de su país Brasil y en el de otros países de América Latina y Asia. No es casual que muchos de sus textos estén traducidos al inglés, español, francés, italiano e incluso al chino o al ruso.

Son numerosas las aportaciones del profesor Dos Santos. Entre ellas está la de ser parte del grupo fundador de la teoría de la dependencia que explica con un riguroso método histórico-dialéctico el atraso material y económico de América Latina como resultado de una profunda situación de dependencia estructural de la economía mundial (Dos Santos, 2013), que evolucionó desde las formas comercial-financiera e industrial, hasta la actual dependencia científico-tecnológica.

La dependencia es vista a partir de un enfoque sociológico, histórico y filosófico en el que el poder es uno de los ejes analíticos para explicarla, es decir, las consideraciones de clases y grupos dominantes y dominados. La teoría de la dependencia ha sido de gran influencia en la explicación del subdesarrollo en muchos países y en la actual teoría del sistema mundial.

El profesor Dos Santos aceptó con entusiasmo la idea de integrar una colección de obras que recogiera su pensamiento a lo largo de su vida, por lo que iniciamos la tarea de recabar sus publicaciones.

El esfuerzo implicó una estrecha comunicación con el profesor Dos Santos para identificar su amplia producción en diversos idiomas, países, editoriales y manuscritos. Las obras no escritas en español fueron traducidas y fue necesario verificar cada una de las publicaciones para hacer una selección de aquellas que, con base en nuestra opinión y visto bueno o corrección del profesor Dos Santos, serían incorporadas a la colección.

Después de una amplia y cuidadosa selección, la compilación se organizó en cuatro tomos que corresponden a cuatro grandes temas, sin seguir necesariamente un orden cronológico. Los tomos, cuya extensión total es de más de mil páginas), son:

Tomo I. Desarrollo, democracia y socialismo.

Tomo II. Economía política de la ciencia y la tecnología.

Tomo III. Desarrollo, crisis y dependencia.

Tomo IV. Sistema mundial, imperialismo y dependencia.

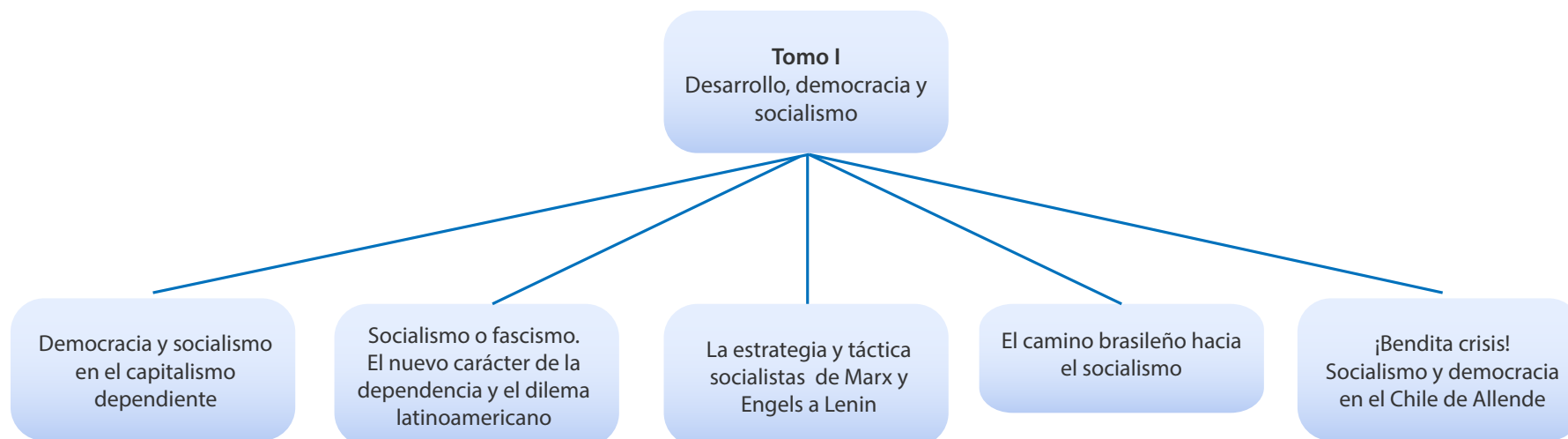
Como el lector podrá constatar, las publicaciones incluidas en esta compilación abarcan un amplio periodo que va de los años setenta a sus recientes publicaciones del año 2010. Muchos de los materiales seleccionados son versiones más acabadas de textos que el profesor Dos Santos inició desde 1957, año en que publicó *A Construção* (Belo Horizonte, Editora Complemento).

A continuación se presenta el orden cronológico de publicación de las obras compiladas:

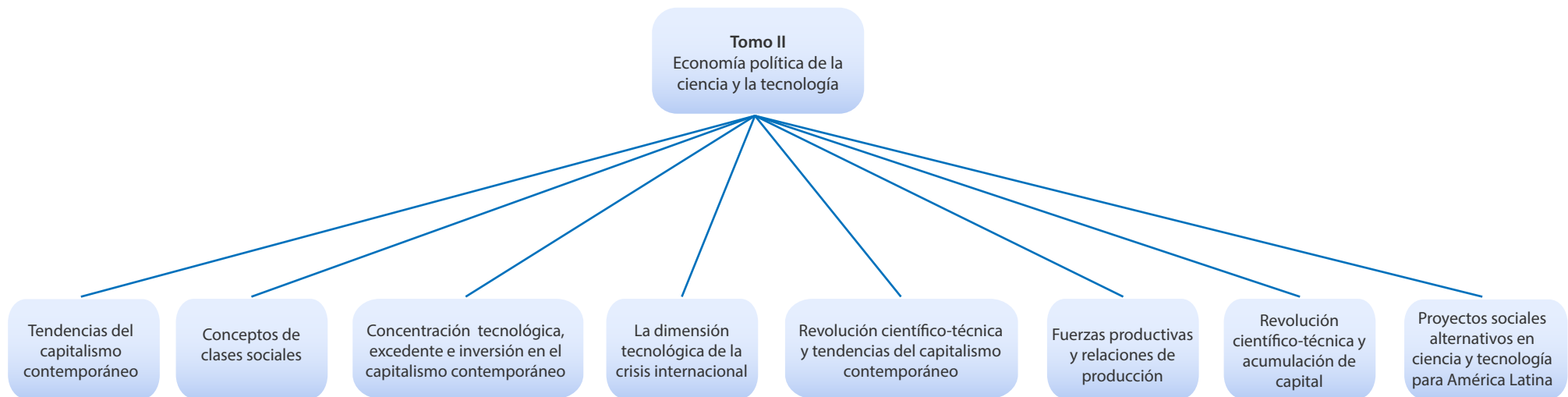
Año	Título	Tomo
1973	Tendencias del capitalismo contemporáneo	II
1973	Concepto de clases sociales	II
1975	Concentración tecnológica, excedente e inversión en el capitalismo contemporáneo	II
1978	Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano	I
1979	La dimensión tecnológica de la crisis internacional	II
1979	Revolución científico-técnica y tendencias del capitalismo contemporáneo (UNAM)	II
1980	La estrategia y táctica socialista de Marx y Engels a Lenin, en coautoría con Vania Bambirra. 2 tomos	I
1983	Fuerzas productivas y relaciones de producción (2009)	II
1985	El camino brasileño hacia el socialismo	I
1986	Imperialismo y dependencia	IV
1987	La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo	III
1987	La revolución científico-técnica y la acumulación de capital	II
1989	Proyectos sociales alternativos en ciencia y tecnología para América Latina	II
1991	Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente	I
1994	Evolución histórica del Brasil. De la colonia a la crisis de la nueva república	IV
2002	La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas	III

2007 Del terror a la esperanza: auge y decadencia del neoliberalismo	III
2009 ¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende	I
2010 Economía mundial. Integración regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana	IV

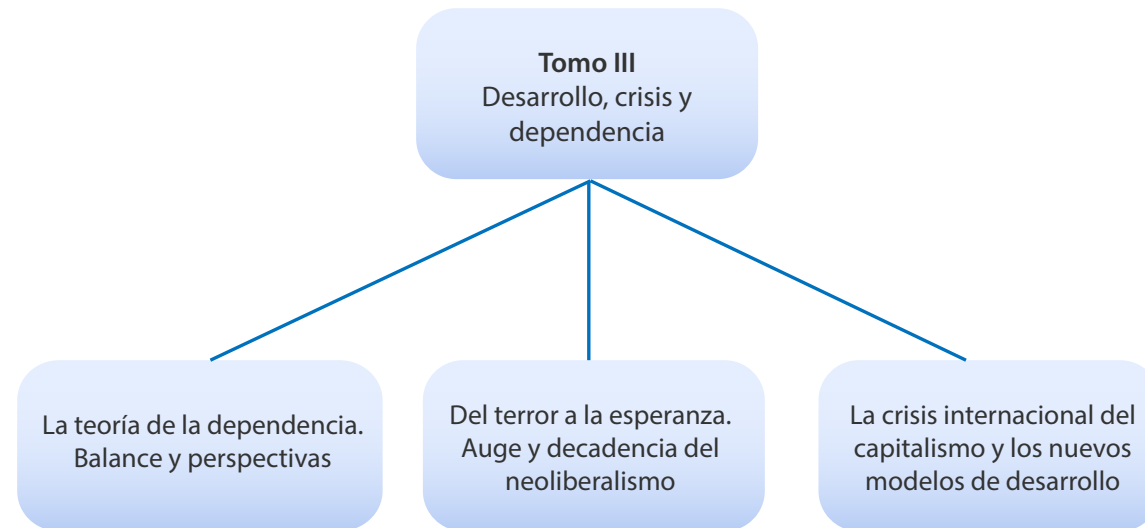
El tomo I, titulado *Desarrollo, democracia y socialismo* integra cinco textos: desde *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, publicado en 1978 hasta el texto *¡Bendita crisis! Socialismo y Democracia en el Chile de Allende*, edición de 2009, es decir en un contexto en el que se inicia e impone el pensamiento neoliberal como único. Destacan por su aportación teórico-histórica los textos sobre *Estrategia y táctica socialista de Marx y Engels a Lenin*, en dos volúmenes, en coautoría con Vania Bambirra. Los textos que componen este tomo muestran la manera en que se puede repensar y conformar un nuevo orden mundial de la economía y la política, a partir de la experiencia histórica del socialismo. Es sugerente revisar los textos en un contexto como el actual en el que las crisis tienden a generar espacios de pensamiento alternativo y a revalorar las aportaciones teóricas aquí expresadas.



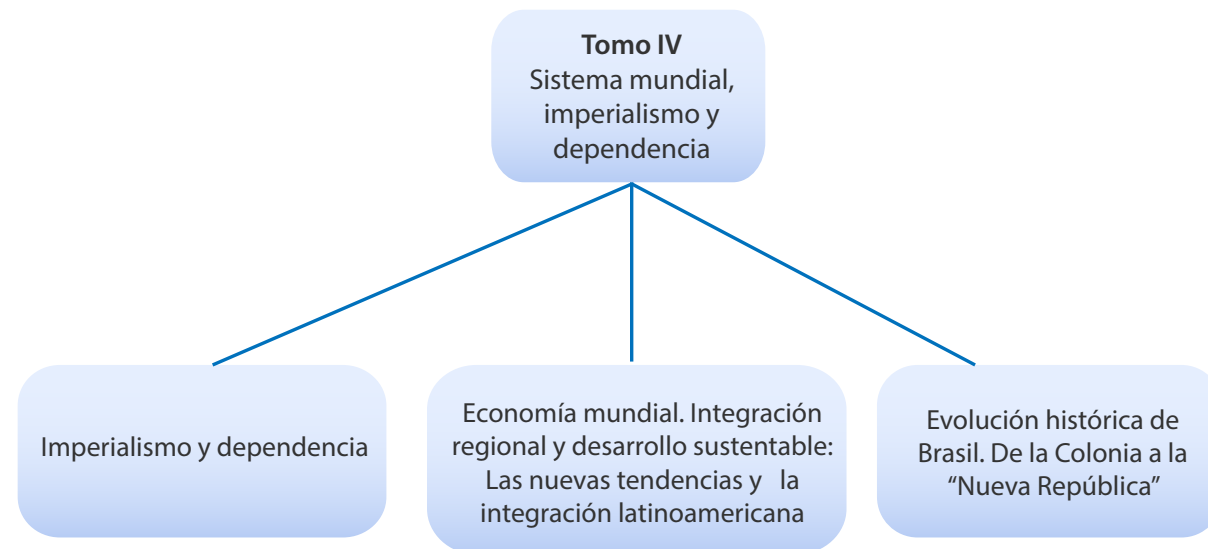
El tomo II, titulado *Economía política de la ciencia y la tecnología*, integra temas más específicos y de mayor profundidad acerca del desarrollo del capitalismo, pues se basa en una economía política de la revolución científico-técnica, es decir en las fuerzas productivas contemporáneas. El tomo contiene ocho textos que abarcan desde el año 1973 al año 1989, aunque alguno de ellos fue difundido hasta 2009. Incluye el libro *Tendencias del capitalismo contemporáneo*, en donde aborda el desarrollo de las fuerzas productivas, la revolución científico-técnica y la nueva sociedad en uno de sus capítulos. Ofrece aspectos teóricos, tales como el del concepto de clases sociales, tratado ampliamente en una publicación del CESO, dos artículos publicados en revistas mexicanas, "La concentración tecnológica, el excedente y la inversión en el capitalismo contemporáneo" y "La dimensión tecnológica de la crisis internacional"; el texto "Revolución científico-técnica y tendencias del capitalismo contemporáneo", documento no publicado; la revisión histórica del capitalismo, desde la revolución industrial a nuestros días en los libros *Fuerzas productivas y relaciones sociales de producción* y un trabajo fundamentalmente empírico, *La revolución científico-técnica y la acumulación del capital*; y finalmente el texto "Proyectos sociales alternativos en ciencia y tecnología para América Latina", publicado en México en 1989.



El tomo III, con el título *Desarrollo, crisis y dependencia*, incluye textos que hacen una revisión crítica de la teoría del desarrollo: *La teoría de la dependencia: Balance y perspectivas*, además de una crítica al modelo neoliberal, *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo*. El libro *Crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* expone reflexiones y propuestas teóricas y metodológicas, ante un contexto de crisis recurrentes cada vez más generalizadas en las que prevalece la idea de la dependencia y el subdesarrollo.



El tomo IV titulado *Sistema mundial, imperialismo y capitalismo contemporáneo* enfatiza el concepto de imperialismo en el contexto mundial contemporáneo. Las publicaciones que lo integran son *Imperialismo y dependencia*, *Economía mundial. Integración regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana* y *tendencias del capitalismo contemporáneo*



Es interesante constatar que si bien las aportaciones del profesor Dos Santos tienen un importante referente histórico, las consideraciones de los procesos son determinantes para el entendimiento de los ciclos de corto y largo plazo, en las que los grupos hegemónicos o fácticos limitan las opciones de avanzar hacia una civilización planetaria basada en la justicia social, en la democracia y en la soberanía de los pueblos y de las naciones, dada la defensa de sus intereses asociados a un modelo de acumulación que privilegia la concentración del ingreso.

Estas *Obras Reunidas de Theotonio Dos Santos* constituyen una cercana integración del pensamiento de un destacado científico comprometido y visionario, impulsor de una civilización planetaria; en ese sentido, esperamos que conviva en los valores del respeto, la paz, la democracia y la igualdad.

Para los compiladores ha sido un reto y una gran responsabilidad impulsar esta iniciativa para reconocer y difundir el pensamiento de Dos Santos; al mismo tiempo apreciamos la grata oportunidad que el desarrollo de este proyecto nos ha dado para descubrir y disfrutar de la amistad y la calidad humana del gran pensador que es Theotonio Dos Santos.

María del Carmen del Valle Rivera
Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

Javier Jasso Villazul
Posgrado de la Facultad de Contaduría
y Administración, UNAM

Prólogo

La dirección del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc), este soporte fundamental del pensamiento económico de México, al cual pertenecieron algunos de los más importantes economistas críticos de América Latina, tuvo la iniciativa de publicar mis *Obras reunidas* en varios tomos, contando con el apoyo de otras instituciones universitarias del país. México me asiló en 1974, después de seis largos meses en la Embajada de Panamá en Santiago de Chile, a la espera de mi pase de salida de este país bajo ocupación militar de sus propias fuerzas armadas al servicio de los intereses más reaccionarias del planeta.

Tuve el honor de incorporarme al IIEc el mismo día en que puse el pie en México como asilado perseguido por dos dictaduras latinoamericanas: la de Chile (de la cual lograra escapar en aquel exacto momento) y la de Brasil (que había dejado en 1966, en dirección al Chile democrático, el cual se veía destrozado en 1973 por uno de los más crueles terrorismos de Estado que conoció la humanidad). Ambas dictaduras se encontraban aliadas en sus objetivos de manipulación del terror y del odio para detener el avance de la humanidad hacia formas superiores de convivencia humana.

Yo tuve la premonición de estos desastres y lo expresé en mi libro *Socialismo o fascismo: el dilema de América Latina* (el cual se reeditó posteriormente con el título extendido de *Socialismo o fascismo: el dilema de América Latina y el nuevo carácter de la dependencia*). Veía así con disgusto y desilusión cumplirse en la realidad aquellos pronósticos que se basaban sin embargo en el análisis racional dialéctico propuesto por Carlos Marx y Federico Engels. Esto reforzó mi elección ética de rendirme a la fuerza de la razón como principal tarea de mi vida intelectual.

México, que abrigara las mentes de la revolución española --derrotada y sometida al fascismo-- se abría ahora a los perseguidos de su propia vecindad latinoamericana. Ahí pude proseguir mi trabajo teórico y analítico. Ahí puedo ahora reunir las obras escritas en el transcurso de la gesta impuesta a nuestra generación, condenada a luchar minuto a minuto de su vida por la democracia y la emancipación de nuestros pueblos, mil veces amenazada por los colosales poderes del imperialismo y sus aliados internos.

El pensamiento social latinoamericano alcanzó un gran auge en las décadas de 1960 y 1970, cuando la teoría de la dependencia representó "el más grande desafío que el pensamiento oficial eurocéntrico ha enfrentado", como lo afirmó el científico político sueco Björn Hetne en su minucioso estudio sobre esta teoría. Hay muchas controversias sobre su verdadero creador, si es que podemos reducir los avances teóricos a individuos y no a generaciones de intelectuales. Pero es indudable que mi contribución ha sido reconocida en muchas partes.

Según el sociólogo canadiense, Lawrence Aschules, "Theotonio Dos Santos ha sido uno de los primeros en articular la teoría de la dependencia. Otros lo han seguido en este camino y la teoría proliferó de tal suerte que, a pesar de su juventud, podemos considerarlo como el abuelo de esta teoría". De cualquier forma, en estos años, he sido identificado tan fuertemente con el pensamiento social latinoamericano y su difusión internacional que el filósofo ruso Chestopol llegó a afirmar:

Theotonio Dos Santos, sociólogo brasileño, es el más eminente representante de la orientación de la Nueva Dependencia [...]. Con el transcurso del tiempo, los trabajos de Theotonio se tornaron un símbolo de la Ciencia Social Latinoamericana, no solamente para los representantes de las escuelas de Ciencias Sociales de la región, sino también para otros países.

Por esta dimensión global que alcanzó mi pensamiento, fui considerado por el sitio web de economía de la Universidad de Málaga (España) uno de los mayores economistas de la historia de esta ciencia. En 2013, la Asociación Mundial de Economía Política (WAPE) me otorgó el Premio Mundial del Economista Marxiano de 2013. Por suerte son numerosos los reconocimientos a pesar de los ataques y el desconocimiento de muchos otros. La ciencia no es el mundo del consenso absoluto como pretende una cierta concepción conservadora de la misma. Es tierra de lucha y de pasión...

Mi contribución a la literatura social de la región tiene la particular característica de haber sido escrita en las dos principales lenguas regionales, como consecuencia de mis largos años de exilio en Chile y en México. Como vimos, esta aportación científica tiene un sentido más amplio que el meramente regional y puede ser resumida en tres puntos centrales:

1. La elaboración de una teoría explicativa del atraso material y económico de América Latina que buscó demostrar su ligazón profunda con una situación de dependencia estructural de la misma hacia la economía mundial. Mostré cómo esta dependencia se transformó históricamente, evolucionando hacia formas cada vez más complejas, desde una dependencia comercial-financiera hacia una dependencia industrial, hasta llegar en nuestros días a una dependencia científico-tecnológica. Estas modalidades de dependencia dieron origen a distintas formaciones sociales basadas en diversas estructuras de clase, que abrigaron distintas clases y grupos dominantes y dominados.
2. La demostración de que este "atraso" (que asume la forma de un subdesarrollo) no es una expresión de un precapitalismo y sí la articulación dependiente y subordinada a un sistema económico, social, político y cultural de carácter mundial que produce distintos centros hegemónicos en permanente desplazamiento geopolítico. Estos descubrimientos teóricos no solamente ayudaron a iluminar las zonas dependientes del planeta pero inspiraron también la elaboración de la teoría del sistema mundial que tiene hoy en día una fuerte influencia en el pensamiento social internacional.

3. He demostrado que este sistema mundial se desarrolla históricamente en movimientos cíclicos de corto y largo plazo que se articulan con distintas modalidades de organización de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Estos movimientos cíclicos permiten también explicar las hegemonías geopolíticas impuestas en cada fase de evolución del sistema mundial y las dificultades de su reproducción indefinida frente al creciente dinamismo de los cambios tecnológicos bajo el ímpetu de acumulación del modo de producción capitalista. Mi análisis de la revolución científico-técnica y su impacto socioeconómico plantea la necesidad histórica de una civilización planetaria basada en la justicia social, en la democracia y en la soberanía de los pueblos y de las naciones. Gran parte de los problemas vividos hoy por la humanidad se explican por la resistencia de las fuerzas conservadoras en llevar adelante las transformaciones sociales y culturales que se imponen como necesidad insoslayable.

Mi contribución académica también puede ser considerada por la metodología inter y transdisciplinaria que la caracteriza. Economistas, sociólogos, científicos, políticos, historiadores, antropólogos y filósofos la han tomado como referencia, además de que también influyó en la Teología de la Liberación, a pesar de mis convicciones agnósticas. He introducido el uso y control metodológico de los niveles de abstracción como elemento esencial de la investigación dialéctica. Mi artículo sobre el concepto de clases sociales en que se desarrolla esta metodología fue considerado por la revista marxista estadounidense *Science and Society* "un clásico sobre el tema".

Asimismo, he desempeñado un papel importante en los estudios sobre la paz mundial. Mis trabajos fueron una referencia para la renovación de las investigaciones sobre y para la paz en la década de los setenta, conforme los documentos de la International Peace Research Association (IPRA), en cuyo comité directivo participé posteriormente y colaboré en la formación de su coordinación regional latinoamericana y de la asiática, además de presidir la Asociación Brasileña de Estudios sobre la Paz (de corta vida). Sobre este tema, en particular sobre la educación para la paz y la seguridad regional y mundial intervine en varias actividades como consultor de la UNESCO, de la Universidad de las Naciones Unidas, de la Universidad de la Paz y otras instituciones. Como parte de estos trabajos, desarrollé el concepto de "civilización planetaria" como base conceptual para la proposición de un estadio civilizatorio superior y necesario hacia el cual convergerían las civilizaciones existentes, sin perder su identidad fundamental.

Las *Obras reunidas* que ahora se publican buscan captar este esfuerzo teórico y analítico según una clasificación temática que el lector no está obligado a seguir. Se trata de una propuesta que facilita la aproximación sistemática con un conjunto muy amplio de escritos que corresponden a distintas motivaciones científicas, pero también éticas y políticas y a veces hasta literarias, a pesar de que esta compilación no incluye la producción literaria del autor. La clasificación adoptada sigue un criterio siempre discutible.

El tomo I incluye las obras de carácter más político, empieza con la consolidación de un largo periodo de estudio sobre la relación entre democracia y socialismo en las condiciones particulares de economías, sociedades y culturas dependientes en el orden económico y político mundial. Este es el caso de *Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente*, obra publicada en 1991 en plena crisis del socialismo soviético que, desde mi perspectiva, fue resultado de un impulso positivo por rehacer la base ideológica de acuerdo de esta experiencia socialista con las nuevas fases de articulación de la economía, política e ideología mundial.

Desgraciadamente, tal impulso positivo fue contrarrestado por las ambiciones de los comandantes de este proceso que prefirieron convertirse en capitalistas y entregarse a una versión completamente fantasiosa de los resultados provechosos de una "apertura" privatizadora que más pareció un ataque furioso para apoderarse de las conquistas históricas de los pueblos del antiguo imperio ruso y de sus zonas de influencia. El paso de los años ha permitido la disipación de estas ilusiones básicamente reaccionarias. El hecho de que la publicación del libro ocurra en una fase de auge de la ofensiva neoliberal disminuyó en gran medida su apreciación científica. La idea del "pensamiento único" entonces triunfante eliminaba el diálogo y el debate hasta que las sucesivas crisis del capitalismo condujeron al actual clima intelectual que quizás permita revalorizar el esfuerzo teórico que se refleja en el libro. En él, la cuestión del socialismo se inserta en el contexto de una visión más amplia de este fenómeno visto como un conjunto de formaciones sociales de transición y no como un conjunto de regímenes nacionales cerrados o modelos a seguir.

Los dos volúmenes de *Estrategia y táctica socialista de Marx y Engels a Lenin*, escritos en colaboración con Vania Bambirra, buscan encontrar los fundamentos teóricos e históricos de la lucha secular por crear un nuevo orden económico, social, político y cultural.

El lector podrá encontrar un complemento de estas reflexiones en dos casos que el autor vivió muy intensamente y en los cuales participó y aún participa: el análisis comprometido de la historia del Brasil y en particular de la experiencia democrática de la posguerra y sus crecientes contradicciones (en el libro sobre *Evolución histórica de Brasil*), y el estudio sobre el proceso de luchas por el socialismo y la democracia en el Chile de la Unidad Popular (en el *iBendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende*). Creo que ambos libros traen muchas sugerencias científicas y prácticas de valor actual.

El tomo II de esta colección concentra los estudios más profundos sobre una economía política de nuestro tiempo que parte especialmente del gran avance de las fuerzas productivas contemporáneas. Ellos representan una economía política de la revolución científico-técnica que no pude completar debido a la pérdida de materiales durante el golpe de Estado chileno. En consecuencia publiqué mis avances sobre esta temática de manera dispersa en varias formas y lenguas, dando continuidad a esta tarea en mi regreso a Brasil, amparado por la amnistía de 1979, con la ayuda de CNP y en amplia colaboración con el doctor Amilcar Herrera pues participé en su investigación patrocinada por la Universidad de las Naciones Unidas sobre una prospectiva tecnológica para América Latina.

Es importante señalar también que conservé mis vínculos con el Seminario Permanente sobre Ciencia y Tecnología que el doctor Leonel Corona mantuvo todos estos años en la Universidad Nacional Autónoma de México y varias otras actividades que no cabe detallar en esta introducción general.

Para ayudar al lector a seguir este objetivo estratégico voy a enunciar las publicaciones registradas en el tomo II en el orden siguiente, más próximo al proyecto original:

En primer lugar se publican dos libros que nos introducen en la problemática de las relaciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción, tanto desde la perspectiva teórica en general como desde el punto de vista metodológico. Lo mismo pasa con la obra Concepto de clases sociales que no solo sitúa teóricamente este concepto sino que desarrolla el instrumental metodológico de los "niveles de abstracción", en alianza con el movimiento dialéctico entre lo concreto y lo abstracto. En seguida presento el núcleo mismo de mis estudios sobre el avance colosal de las fuerzas productivas, desde la revolución industrial hasta la segunda mitad del siglo XX en la cual se produce un salto colosal en la capacidad humana de transformar las fuerzas naturales, en la medida en que las ciencias rompen la estructura de la materia y crean nuevos productos y hasta nuevas formas de vida que permiten suponer un nuevo horizonte aún en expansión sobre las relaciones de la humanidad con la naturaleza y de los seres humanos entre sí.

Esta nueva situación se estudia primero desde la perspectiva de las tendencias de la revolución científico-técnica y

el capitalismo contemporáneo, para enfocar en seguida La revolución científico-técnica y la acumulación del capital, que sería completada con un estudio más orgánico sobre la división internacional del trabajo y la economía mundial que se publicó en varios ensayos presentados en el mismo tomo: "Concentración tecnológica, excedente e inversión en el capitalismo contemporáneo", "Proyectos sociales alternativos en ciencia y tecnología para América Latina", "La dimensión tecnológica de la crisis internacional", "La revolución científico-técnica, la nueva división internacional del trabajo y el sistema económico mundial". Este conjunto de trabajos proporciona una idea de los varios temas que quedaron en formas preliminares debido a las nuevas demandas planteadas por la dinámica cada vez más intensa de los cambios mundiales.

El tomo III de las *Obras reunidas* reúne los estudios sobre crisis, dependencia y subdesarrollo. Empieza con una versión ampliada de mi libro de balance de esta escuela de pensamiento (*La teoría de la dependencia: balance y perspectivas*) que busca llamar la atención sobre su actualidad y su inevitable resurgimiento a principios del siglo XXI, tal como está ocurriendo aceleradamente en los últimos años. Este libro fue seguido por el animoso estudio sobre el fracaso histórico e intelectual de la ofensiva de lo que en América Latina llamamos el neoliberalismo, bajo el título de *Del terror a la esperanza, auge y decadencia del neoliberalismo*. Como complemento a estos trabajos sobre el contexto económico, social y político del final del siglo XX e inicio del siglo XXI se incorpora el libro *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*. Solamente en este tomo se concluyen los estudios que formaron una trilogía que daba continuidad a un esfuerzo permanente de profundización de nuestros estudios sobre estos temas cruciales.

El tomo III incluye mi libro *La evolución histórica de Brasil* en el cual se ensaya una aplicación sistemática de las propuestas teóricas y metodológicas que desarrollamos para ayudar a la comprensión de la compleja historia de Brasil y, de ser posible, iluminar la práctica política en este país continental.

El tomo IV, con el tema de sistema mundial, imperialismo y capitalismo contemporáneo, reúne dos estudios publicados que se tornaron necesarios para o entendimiento de las líneas generales de una economía política de nuestro tiempo, tratase de *Imperialismo y dependencia*, recién reeditado en la magnífica Biblioteca Ayacucho como un clásico de las ciencias sociales y políticas de América Latina, en coedición con el Banco Central de Venezuela. Para destacar esta novedad me gustaría mencionar también la reedición en mandarín de este mismo título por la Editorial de la Academia de Ciencias Sociales de China pues, a pesar de haber sido publicado en español en 1976, por editorial Era de México, el libro fue traducido y editado en mandarín en 1992 con un prefacio muy importante que señalaba su vigencia para el debate chino sobre el desarrollo de este país cada día más fundamental en el mundo contemporáneo. Quizás por esto, los compiladores de estas Obras reunidas consideraron importante publicar un conjunto de trabajos preliminares desarrollados durante la preparación de *Imperialismo y dependencia*.

Se piensa incorporar a esta serie un tomo V con mi último libro titulado *Desarrollo y dependencia. Un homenaje a Celso Furtado*, que se encuentra en este momento en su lengua original, el portugués. Todo indica que sería un buen cierre para esta colección por abrir de manera bastante amplia una temática que se viene consolidando sobre todo en los países del llamado Tercer Mundo que camina a ojos vistos para desarrollar una nueva visión de la

historia de la humanidad y del destino de nuestras civilizaciones en el contexto de una nueva civilización planetaria que se basaría en el respeto por todos los pueblos de la tierra, por su aporte civilizatorio y por su capacidad de hacer realidad los ideales de paz, democracia e igualdad que elevarán la humanidad a un nuevo estadio de convivencia y realización.

Theotônio Dos Santos
Río de Janeiro

Prefacio

Theotonio Dos Santos es un académico y un luchador político reconocido por todos nosotros. Es un distinguido economista marxista, cuyas valiosas aportaciones en la formulación de la teoría de la dependencia en el periodo de los análisis del sistema mundo, son punto de referencia para la intelectualidad revolucionaria regional y mundial.

En 1968 fue profesor del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, y posteriormente director del mismo. En aquel entonces colaboraban en el CESO reconocidos pensadores como Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Emir Sader, André Gunder Frank, Régis Debray, Orlando Caputo, Marta Harnecker, Jaime Osorio y Álvaro Briones, entre otros.

Cuando el CESO fue clausurado a raíz del golpe de Estado en Chile, el 11 de septiembre de 1973, Theotonio viaja a México y unos meses después retoma sus actividades académicas al integrarse como investigador al Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM; en 1975, cuando la Escuela Nacional de Economía se convierte en Facultad, Dos Santos coordina el doctorado en Economía y en 1978 asume la Jefatura de la División de Estudios de Posgrado de la misma. Es en esta época que yo tuve la fortuna de fungir como su ayudante de investigación. También fue profesor en las Facultades de Ciencias Políticas y de Filosofía de nuestra Universidad.

En 1980 deja México y regresa a su patria, para integrarse activamente a la política. Fue Secretario de Asuntos Internacionales del Gobierno de Estado de Río de Janeiro y se reincorpora después a la vida académica.

Theotonio dos Santos es profesor emérito de la Universidad Federal Fluminense (UFF) y Coordinador de la Cátedra y Red UNESCO y Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible (REGGEN). Ha recibido el Doctorado Honoris Causa por parte de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de la Universidad Ricardo Palma, ambas de Perú, y de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. En Brasil, fue reconocido con el título de Comendador de la Ordem do Rio Branco.

En la primera década del siglo XXI tiene lugar una articulación importante en los esfuerzos intelectuales de Theotonio con Immanuel Wallerstein y Samir Amin, que se han concretado en valiosas aportaciones al conocimiento del capitalismo, y a la caracterización de la economía mundial.

El Instituto de Investigaciones Económicas y la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Contaduría y Administración de nuestra Universidad han tomado la iniciativa de publicar la obra de Dos Santos en cuatro tomos temáticos: *Desarrollo, democracia y socialismo*; *Economía política de la ciencia y la tecnología*; *Crisis, dependencia y subdesarrollo*, y, por último, *Sistema mundial, imperialismo y capitalismo contemporáneo*.

Sirvan estas publicaciones como un modesto reconocimiento al pensamiento económico y político de Theotonio Dos Santos.

Verónica Villarespe Reyes
Directora del Instituto de
Investigaciones Económicas, UNAM

ESQUEMA DE INVESTIGACION
SOBRE RELACIONES DE DEPENDENCIA EN AMERICA LATINA
(Bosquejo Informativo)

Investigador Jefe : Theotônio dos Santos
Investigadores : Vania Bambirra
Orlando Caputo
Ayudantes de
Investigación : Sergio Ramos
Roberto Pizarro
José Martínez

Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO)
Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Chile

A.- ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES.

Planteamos como algo necesario, para enfrentar el fenómeno de la dependencia, el tener un gran rigor teórico y metodológico. Esta necesidad se plantea al superar los conceptos y los modelos de interpretación del proceso de desarrollo en América Latina. De ahí la absoluta necesidad de clarificar los pasos iniciales y los supuestos en que se apoya nuestra investigación.

¿De dónde surge este tema de la dependencia? Y ¿con qué pretensiones teóricas y explicativas?

El modelo de desarrollo predominante en A.L. apuntaba hacia la superación del desarrollo a través de la industrialización sobre la base del modelo de sustitución de importaciones. Se esperaba que la industrialización posibilitara la transferencia de los centros de decisión desde el exterior (desarrollo hacia afuera inducido, etc.) hacia el interior de nuestras economías (desarrollo hacia adentro). Se esperaba que el desarrollo industrial provocara una redistribución del ingreso y una participación de la población en la sociedad de consumo de masas; una elevación del nivel cultural de las masas y un desarrollo político consecuente, es decir, un proceso de democratización política.

El análisis del proceso de desarrollo revela, sin embargo, otros resultados: 1º) la sustitución de importaciones no ha eliminado la dependencia del exterior por dos motivos: a. continua la dependencia de la importación de insumos esenciales al funcionamiento del sector más dinámico de la economía; b. los capitales que realizaron el desarrollo industrial son fundamentalmente extranjeros, concentrados y monopolísticos, que limita la posibilidad de la empresa privada nacional; 2º) el proceso de industrialización basado en la importación de tecnología de baja utilización de mano de obra no ha permitido absorber la mano de obra liberada del sector rural y al crecimiento demográfico. Con esto se ha producido un aumento constante de las poblaciones marginales, urbanas y rurales, del subempleo o del desempleo disfrazado; 3º) en vez de producirse una democratización política ha aumentado, por una parte, la tendencia a los golpes de estado y a los gobiernos fuertes y por otra, ha creado una radicalización de los métodos de luchas populares.

Todo esto ha producido, en los científicos sociales más sensibles,

un proceso de revisión del modelo de desarrollo dominante y se ha desarrollado una extensa literatura sobre el tema de la dependencia que se convirtió en el tema central de la preocupación sociológica y económica.

La revisión que se está haciendo sobre el tema va mucho más allá de una simple moda. Se trata de analizar la dependencia no sólo como un factor externo que limita el desarrollo económico, sino como algo que conforma un cierto tipo de estructuras sociales cuya legalidad o dinamismo está dado por la condición de dependiente. Al definir la dependencia como el modo de funcionamiento de nuestras sociedades, se ha situado este concepto como concepto explicativo fundamental de la condición de subdesarrollo. Su estudio asume así el carácter de tarea urgente al nivel teórico y empírico que debe servir de base a la reformulación de la teoría del subdesarrollo.

B.- PROGRAMA DE TRABAJO.

Hasta el momento se han realizado y están en proceso de realización las etapas preliminares de elaboración del proyecto, que son constituidas de:

1º) Un seminario de discusión metodológica y teórica sobre las principales teorías del imperialismo y de la dependencia cuya primera parte se ha realizado en el período de Junio a Diciembre de 1967 y se ha resumido en la publicación del CESO: Imperialismo y Dependencia - Resúmenes y discusión de las principales teorías. CESO, 1968.

2º) Un seminario permanente de discusión metodológica y teórica con los principales autores de trabajos relacionados con la dependencia en América Latina. Estuvieron presentes en estos seminarios: André G. Frank, Sergio Bagú, Aníbal Quijano, Osvaldo Sunkel, Pedro F. Paz, Marcus Kaplan, Eduardo Hamuy, Tomás A. Vasconi, Pierre Vilar y se pretenden invitar a muchos otros más.

3º) Se va a publicar un trabajo del jefe de la investigación que resume las discusiones metodológicas y teóricas hechas sobre el tema bajo el título de "La Crisis de la Teoría del Desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina".

4º) Se está preparando una bibliografía sobre el tema basada en

una investigación bibliográfica en las principales bibliotecas chilenas.

5º) Se iniciará en Septiembre la segunda fase del seminario sobre las teorías del imperialismo que deberá resultar también en una publicación.

6º) Se procede en el momento a la elaboración de los informes preliminares que deberán estar listos en Diciembre de 1968. Estos informes estarán orientados según los esquemas que presentamos en seguida y que corresponden a las 3 principales subdivisiones de la investigación que se dedicará al estudio de las relaciones de dependencia en la post-guerra. La investigación será precedida de una introducción metodológica e histórica.

Los temas de la investigación son los siguientes:

Introducción:

- a) La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia.
- b) La evolución histórica de la dependencia,

a cargo del investigador: Theotonio dos Santos.

- 1) El Proceso de Integración Mundial y América Latina;
a cargo de: Theotonio dos Santos - investigador
Sergio Ramos - ayudante
- 2) Las Relaciones de Dependencia y el Movimiento de Capitales en América Latina;
a cargo de: Orlando Caputo - investigador
Roberto Pizarro - ayudante
- 3) Las Estructuras Dependientes en la Fase de Integración Mundial;
a cargo de: Vania Bambirra - investigador
José Martínez - ayudante.

C.- ESQUEMAS DE INVESTIGACION.

I) EL PROCESO DE INTEGRACION MUNDIAL Y AMERICA LATINA.

- 1.- Objeto de la investigación: Se trata de definir el proceso de integración mundial del sistema capitalista a partir de la post-guerra con especial énfasis en el papel de América Latina.

2.- Método.

2.1 La dependencia debe ser analizada como una condición que da los marcos de desarrollo posible de las sociedades llamadas dependientes.

2.2 En este sentido, la dependencia conforma los caracteres generales de la estructura interna de estos países cuyos rasgos concretos, sin embargo, van a ser dados, en definitiva, por la confluencia de la situación de dependencia externa con los factores internos que llevan a esta situación.

2.3 Para analizarla tenemos pues que estudiar el contexto internacional en que se da la dependencia y las estructuras dependientes resultantes de la combinación entre estas condiciones mundiales y los factores internos.

2.4 Nuestra parte en el conjunto de la investigación corresponde a estas condiciones internacionales. Los otros dos grupos deberían estudiar las inversiones extranjeras y las estructuras dependientes. El período es la post-guerra.

3.- La Integración del Sistema Capitalista Mundial.

3.1 La concentración económica y tecnológica realizada durante la 2ª guerra mundial permite una superioridad evidente de la economía norteamericana sobre el conjunto de la economía capitalista. Situación ésta profundizada por los efectos destructores de la guerra en Europa.

3.2 La guerra fría vino a acentuar las condiciones de hegemonía norteamericana en el "block" occidental donde el plan Marshall y la Alianza Atlántica fueron las bases de esta hegemonía.

3.3 La expansión de nuevos sectores industriales, como particularmente la industria química, atómica y electrónica inauguraron un nuevo ciclo productivo que permitió una amplia expansión del capitalismo en este período. El monopolio o la hegemonía de estos descubrimientos tecnológicos estaban y están en USA.

4.- Resultado del Proceso de Integración.

4.1 Europa y Japón se expanden bajo control directo y penetración del capital norteamericano. A largo plazo estos países se reconvierten en potencias en una situación de integración mundial del sistema. Contradicciones originadas por esta situación.

4.2 Contra la integración bajo hegemonía de EE.UU. se oponen las integraciones regionales (MCE) que fortalecen los poderes nacionales en un contexto de integración regional. Proceso de regionalización.

4.3 La crisis de liquidez internacional es resuelta provisoriamente por la centralización financiera a nivel internacional (B.M., F.M.I., BID, AID, etc.).

4.4 Se profundiza la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados.

4.5 La economía latinoamericana en este proceso:
a) La pérdida de los términos de intercambio.
b) El capital extranjero.
c) La ayuda internacional.
d) El déficit creciente.

5.- La Célula del proceso: La Empresa Multinacional y los Conglomerados.

5.1 La concentración y el monopolio son llevados a extremos que independizan las unidades productoras empresariales. El exceso de recursos y las empresas conglomeradas.

5.2 Las unidades empresariales rebasan los niveles nacionales (Empresas multinacionales).

5.3 Las unidades empresariales están dirigidas por una nueva élite dirigente de burócratas internacionales con participación en la empresa.

5.4 El dominio tecnológico del conglomerado y de la empresa multinacional es factor de monopolio tecnológico creciente. La competencia europea y la superpotencia mundial.

5.5 El exceso de capitales y las formas nuevas de inversión integrada multinacional: ADELA, Ford - Willis - Kayser.

5.6 Papel del capitalismo de Estado y del complejo militar en este proceso.

6.- Política Exterior de los Estados Unidos y América Latina. (Esta parte está a cargo del ayudante de investigación Sergio Ramos).

6.1 La política económica y la política global de EUA: el caso latinoamericano. Hipótesis generales.

- a) Objetivos del trabajo: estudio de un caso de dependencia.
- b) Los intereses de la gran empresa como unificadores de los intereses nacionales. Los determinantes de clase de la política exterior de EUA.
- c) La importancia del sector externo para la economía norteamericana.
 - Carácter necesario de las relaciones económicas con el exterior.
 - La creciente importancia del sector externo.
 - La crisis en EUA como reflejo de su política exterior. Crisis monetaria, balanza de pagos y liquidez internacional.
 - La tendencia a la "zonificación" de la política exterior.
- d) América Latina en la política exterior de EUA.
 - Importancia económica de Latinoamérica para EUA. Análisis de sus relaciones de comercio.
 - El vuelco necesario de EUA al tercer mundo y las principales características de la nueva política gubernamental y privada.
 - Conglomerados y empresas multinacionales: nuevos agentes de las relaciones económicas internacionales. Tendencias que en estas relaciones se derivan de ello.

6.2 El marco político necesario a la política económica externa de EUA: Breve historia de las relaciones entre EUA y Latinoamérica.

- a) Desde la independencia hasta la 2ª Guerra.
 - La tesis del "destino manifiesto" y el monroísmo.
 - El "gran garrote".
 - La diplomacia del dólar.
 - La política del buen vecino.
- b) Guerra fría y J.F. Dulles.
- c) Tendencias recientes.
 - Tendencia a la "liberalización". Kennedy y la "Nueva Frontera".
 - La política de "mano dura" continental: Johnson y las fronteras ideológicas.

d) Las respuestas en A. Latina. Movimientos populares, gerenciales, olas, etc.

6.3 Instituciones y mecanismos de la política económica exterior de EUA.

- a) Desarrollo de la monopolización y la política exterior: los organismos privados.
- b) Los organismos gubernamentales y las condiciones de la ayuda.
- c) Los organismos internacionales controlados por EUA.
 - F.M.I. y la política de estabilización.
 - BID y los planes de desarrollo.

6.4 Alianza para el Progreso, ALPRO.

- a) Antecedentes históricos de la ALPRO.
- b) La tesis de la autoayuda y la armonía de intereses.
- c) El marco político de la ALPRO.
- d) Significado y resultados de la ALPRO.
 - para EUA.
 - para Latinoamérica: el caso chileno.
- e) Redefinición de la ALPRO: Conferencia de Presidentes en Punta del Este, 1967.

6.5 Integración latinoamericana e integración subregional.

- a) La integración mundial del sistema capitalista y la integración regional. El problema del subimperialismo.
- b) Integración, conglomerados e industrias multinacionales.
- c) Las áreas subregionales: obstáculos y perspectivas. Corporación Andina de Fomento, Cuenca del Plata, ALALC, Mercado Común Centroamericano.

6.6 La política económica y la política global de USA: el caso latinoamericano. Algunas conclusiones preliminares.

- a) Tendencia al Capitalismo de Estado en América Latina.
- b) Evaluación económica de la política exterior de EUA y los efectos en Latinoamérica.
- c) Principales aspectos políticos de las relaciones entre EUA y América Latina. Acción de los mecanismos políticos sobre los económicos.

- d) Contradicciones principales en la política exterior de EUA.
- e) Tendencias probables de desarrollo en las relaciones EUA - América Latina.

II) LAS RELACIONES DE DEPENDENCIA Y EL MOVIMIENTO DE CAPITALES EN AMERICA LATINA.

1.- Objeto de la Investigación: Consiste en mostrar las tendencias que manifiestan las relaciones económicas entre el centro hegemónico y las economías Latinoamericanas en el período del Capitalismo Monopólico y sus efectos sobre las estructuras económicas de estos países.

2.- Relaciones Económicas Internacionales.

- 2.1 Necesidad del comercio exterior como elemento determinante del desarrollo del sistema capitalista.
- 2.2 Las relaciones económicas internacionales: base y condicionante de las otras relaciones internacionales.
- 2.3 La naturaleza de las relaciones económicas internacionales en el sistema capitalista.
 - a) Carácter condicionante.
 - b) Carácter explotativo.
 - c) Carácter desnivelador.
- 2.4 La división internacional del trabajo y la interdependencia entre los países.
 - a) La división internacional del trabajo como condición necesaria al desarrollo del comercio mundial.
 - b) La división internacional del trabajo y la internacionalización de la vida económica (creación del mercado mundial).
 - c) La división internacional del trabajo y la profundización y trasplante de la naturaleza de las relaciones económicas nacionales a la economía mundial.

3.- Las características de la dependencia Económica en el Capitalismo Monopólico.

- 3.1 Características de las relaciones económicas.
 - a) La supremacía del movimiento de servicios sobre el movimiento de mercancías.

- b) El movimiento de Capitales como factor de mayor importancia.
- c) La descapitalización a través de la remesa de Capitales.

3.2 Los problemas característicos del comercio exterior en América Latina.

- a) Déficit permanente y creciente de la Balanza de Pagos.
- b) El deterioro de los términos del intercambio.
- c) El monto creciente de ingreso de divisas que se gastan en servicios, en particular, servicios del Capital.
- d) Vulnerabilidad de las exportaciones.
- e) Inflexibilidad creciente de la demanda de importaciones.

3.3 Movimientos de Capital y economía nacional.

- a) La descapitalización y el desarrollo nacional.
- b) La desnacionalización creciente de la industria interna.
- c) Papel y orientación de las inversiones extranjeras.
 - i) orientación a sectores claves de la economía
 - ii) necesidad creciente de insumos importados
 - iii) obsolescencia tecnológica irracional
- d) Agudización de la dependencia en el Capitalismo monopólico.

4.- Condiciones en el Centro y en los Países atrasados que posibilitan esta Situación.

- 4.1 Los cambios en el Centro Hegemónico.

La integración del sistema capitalista; las nuevas formas de organización económica; el nuevo ciclo productivo y el dominio tecnológico.
- 4.2 Los cambios en los países atrasados.
 - a) La formación del sector industrial después de 1930.
 - b) Las políticas proteccionistas.
 - c) Ausencia de mercados de capital nacional.
 - d) Altas tasas de ganancia.
 - e) La estructura del poder que facilita las alianzas entre el capital extranjero y la burguesía nacional.

III) LAS ESTRUCTURAS DEPENDIENTES EN LA FASE DE INTEGRACION MUNDIAL.

- 1.- Objeto de la Investigación: Consiste en la elaboración de una tipología histórico-estructural de las sociedades dependientes

latinoamericanas a partir de la post-guerra, época en que se inicia una nueva fase del proceso de integración de estos al sistema capitalista monopolista mundial.

2.- Introducción.

2.1 ¿Por qué es necesario elaborar una tipología de las estructuras dependientes?

- a) Relación existente entre situación de dependencia y estructura dependiente.
- b) La dependencia económica "otorga el marco de las posibilidades estructurales".
- c) A partir de la post-guerra la situación económica condicionante es el proceso de integración del sistema capitalista a través del monopolio.
- d) Este proceso de integración monopolista encuentra en América Latina, dos tipos de estructuras:
 - países que habían empezado la sustitución de importaciones
 - países que no lo habían hecho.

2.2 Algunos apuntes históricos (F.H. Cardoso y E. Faletto).

- a) El control nacional del proceso productivo.
- b) Las economías de enclave.

3.- Por una Tipología de la Dependencia Actual.

3.1 Crítica a tipologías.

- a) La tipología gradualista (R. Veckemans)
- b) La tipología dual (Jacques Lambert)
- c) La tipología histórico-estructural (F.H. Cardoso y E. Faletto)

3.2 Una propuesta de tipología.

- a) Tipología según la evolución histórica de las estructuras dependientes.
- b) Tipo A: países que comenzaron la sustitución de importaciones antes de la post-guerra.
- c) Tipo B: países que comenzaron la sustitución de importaciones después de la post-guerra.
- d) Tipo C: países que no hicieron la sustitución de importaciones.

4.- La Sustitución de Importaciones.

4.1 Descripción del proceso de sustitución de importaciones en los países del tipo A.

a) "Revolución burguesa", como condición de la intensificación del proceso de sustitución de importaciones en la post-guerra.

b) La política desarrollista:

- Política proteccionista. Medidas cambiarias.
- Política de defensa de las riquezas nacionales. Nacionalizaciones.
- Fortalecimiento del Estado como emprendedor.
- Combinación de intereses internos y externos.
- Alianzas de clases: concesiones económicas y políticas. El populismo nacionalista.

4.2 Descripción del proceso de sustitución de importaciones en los países del tipo B.

a) La sustitución de importaciones bajo control del capital extranjero: los enclaves, la frustración de la "revolución burguesa" y el control del capital extranjero.

b) El Estado frente al enclave, la oligarquía y las clases medias. El Estado "benefactor".

c) El fortalecimiento de la alianza entre la oligarquía y el capital monopolístico. Los frentes "populistas" y su radicalidad.

d) Contención del movimiento popular. Alianza de la oligarquía y clases medias y su absorción.

4.3 Descripción de la situación en los países del tipo C. Casos todavía no estudiados.

5.- La Penetración del Capital Extranjero.

5.1 Condiciones que permiten la penetración del capital extranjero, a partir de la post-guerra, en el sector industrial en los países del tipo A.

a) Mejores condiciones de competencia de las empresas extranjeras en la fase de integración monopolística. Control de la tecnología, de patentes, costos bajos, etc.

b) Dependencia de la industrialización de la importación de maquinaria. La acumulación externa del capital.

- c) Conversión de mercancías-maquinarias en capital-maquinaria.
- d) Mecanismos acumulativos de la dependencia: remesa de ganancias, royalties, servicios y descapitalización. Descapitalización y déficit en la balanza de pagos: ayuda externa y empréstitos, servicio de la deuda externa, déficit creciente, necesidad de más capital.
- e) La dependencia política.

5.2 Condiciones que permiten que la industrialización se haga bajo control del capital extranjero en los países del tipo B.

- a) El estancamiento de los años antes de la post-guerra.
 - El control de los sectores exportadores por los enclaves.
 - La alianza de los intereses vinculados a los enclaves con las oligarquías.
 - El endeudamiento creciente.
 - La imposibilidad de una política nacionalista.
 - La ausencia de burguesías.
- b) Los factores señalados en el punto 5 (ítem 5.1).

6.- Contradicciones del Proceso de Desarrollo Dependiente.

6.1 Contradicciones del proceso de sustitución de importaciones en el tipo A.

- a) Contradicción entre el mantenimiento de la estructura agraria y la necesidad de mercados y del aumento de la productividad agrícola.
- b) Contradicciones entre la necesidad de un Estado protector de los intereses burgueses y la función del Estado "amalgamado".
- c) Contradicciones entre la necesidad de una política económica nacionalista y la dependencia externa.

6.2 Contradicciones del proceso de sustitución de importaciones en los países del tipo B.

- a) Contradicción entre la necesidad de divisas para la industrialización y el control extranjero del sector exportador.
- b) Los factores señalados en el punto 6 (ítem 6.1).

7.- Sus Resultados o Tendencias.

7.1 Monopolización de la economía a través de la centralización y concentración industrial.

- a) Predominio de la gran empresa extranjera en los sectores claves.
- b) Desnacionalización de la propiedad de los medios de producción. Pérdida progresiva del control nacional sobre el proceso productivo.
- c) Imposibilidad de superación de los límites al aumento del mercado interno e intensificación de la explotación del mercado existente.
 - destrucción progresiva de las relaciones precapitalistas en el campo y mantención de la estructura agraria latifundista
 - alto nivel tecnológico: marginalización.
- d) El problema del mercado y las distintas formas de integración (por desarrollar).
- e) Fortalecimiento del capitalismo de Estado.
 - capitalismo de Estado vs. gran empresa?
 - militarismo y capitalismo de Estado.
- f) Rompimiento de las alianzas entre la burguesía industrial y las clases populares. Agotamiento del populismo. Los golpes militares.
- g) Monopolización, concentración y centralización de los mecanismos de control social (prensa, opinión pública, partidos políticos, ideologías, educación, etc.).
- h) Contradicciones entre la concentración del poder económico y político y el conjunto de la población. Radicalización del régimen político de las clases dominantes.
- i) Radicalización política de la clase obrera, campesinado, pequeña burguesía y parte de los sectores medios.

.°°°°°°.



Obras reunidas de Theotonio dos Santos

María del Carmen del Valle Rivera / Sergio Javier Jasso Villazul

Compiladores

▼ Tomo I. Desarrollo, democracia y socialismo

- Prologo de Enrique Dussel Ambrosini
- Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano
- La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin Volumen I | Volumen II
- El camino brasileño hacia el socialismo
- Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente
- ¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende



Prólogo

En este primer volumen de las *Obras reunidas de Theotonio dos Santos* (Minas Gerais, 1936) se compilan felizmente cinco trabajos con un doble carácter: político, como reflexión hacia el futuro orden socialista en Brasil o América Latina, y sociológico-económico; ambos se articulan en un discurso interdisciplinario propio de la inteligencia latinoamericana, de la cual Dos Santos es un ejemplo ya clásico, porque participó activa y creativamente en la generación que produjo la Teoría de la dependencia, quizá el aporte teórico latinoamericano más significativo en ciencias sociales con repercusiones mundiales.

Los estudios de sociología y administración pública que Theotonio inició en Minas Gerais, culminaron en 1964 con una maestría en la Universidad de Brasilia; durante el periodo de 1960 a 1964 se dedicó a una intensa lectura en grupo de *El capital* de Marx, hasta que el golpe militar de ese año lo llevó a la clandestinidad en la que se mantuvo durante dos años. Sus primeros trabajos ("O movimento operário no Brasil" de 1962, y "Quais são os inimigos do povo" de 1963) tienen un carácter propiamente sociopolítico.

Durante su exilio en Chile, que comenzó en 1966 y terminó con el golpe de Estado de Pinochet en 1973, colaboró en el CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile). Sus estudios pronto se concretaron en la publicación de *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* (cuya segunda edición estuvo a mi cargo en la Editorial Edicol en México). El golpe de Estado brasileño de 1964 no era del mismo tipo que los efectuados contra los movimientos llamados populistas, que se iniciaron en 1954 contra Jacobo Arbenz en Guatemala, y acabaron con un proyecto todavía burgués pero nacionalista, a partir de las década de los treinta del siglo XX.

Ahora se trataba de afianzar un proyecto de dependencia capitalista en la era de la expansión de las empresas transnacionales. ante el fracaso de la llamada "década del desarrollo" (de 1954 a 1964 exactamente). El fascismo dependiente era un nuevo modelo de dominación que Estados Unidos ensayaría en América Latina hasta que descubrió que los militares latinoamericanos (por sus atavismos nacionalistas) no son aliados confiables. Esta etapa terminaría en Brasil, en Argentina y paulatinamente en toda América Latina alrededor de 1984 (la etapa de las dictaduras dentro del esquema de la expansión de las corporaciones transnacionales duró unos 20 años).

En estos años, y los siguientes, Theotonio se interesó en la dimensión cultural de la dependencia, en especial en varios trabajos que mostraban la importancia de la ciencia y la tecnología, que al ser igualmente dependientes de los centros de poder, no cumplen con las tareas propias que debieran realizar en un desarrollo autónomo de las fuerzas productivas.

En este volumen de las *Obras reunidas* se incluye también un material de contenido político y metodológico que propone una praxis que sepa definir de manera correcta la estrategia y la táctica revolucionaria socialista. Así, el trabajo *La estrategia y táctica socialista de Marx y Engels a Lenin*, intenta rastrear una teoría que sigue paso a paso la evolución histórica en vida de Marx y de Engels, incluyendo la posición de Lenin y de la II Internacional. Llama la atención en Theotonio la preocupación por la praxis política concreta, que muestra que no solo hay que desarrollar la teoría socioeconómica marxista, sino también la praxeología concreta de la revolución socialista que en esa época intenta mostrar con convicción de militancia concreta los pasos para la revolución.

En 1984, Theotonio publica *El camino brasileño al socialismo*, cuando ha caído el gobierno militar y se abre la posibilidad de una nueva etapa histórica para Brasil; en esta obra presenta un análisis para mostrar un posible camino del proceso del país hacia el socialismo. Dos Santos regresa a Brasil desde México, donde ha activamente contribuido con la Universidad Autónoma Nacional de México como director del Posgrado de Economía, junto a toda una generación de grandes intelectuales brasileños que alentaron a la juventud mexicana en el espíritu de las revoluciones de América del Sur con el avance del pensamiento crítico. La obra le permitirá ir descubriendo las transformaciones de su propia nación en su ausencia, y le dará posibilidad a una fecunda inserción en la política concreta, por lo que debe asumir muchas responsabilidades en la organización del partido de izquierda, e incluso colabora con el ejercicio del poder.

El último ensayo de este volumen es una visión retrospectiva de la experiencia biográfica vivida durante la Revolución chilena electoral al socialismo, que además estudia las posibles causas del golpe de Estado de Pinochet, y que quizá hubieran podido ser evitadas de haber radicalizado el proceso en su última fase.

Son todos estos trabajos reflexiones de un intelectual orgánico, diría Gramsci, que ha seguido durante muchos decenios el “pulso” del pueblo y de la revolución latinoamericana, sus características, sus logros y también sus fracasos. En todos los textos de Dos Santos, la teoría de la dependencia alimenta los análisis concretos y permite desarrollar las hipótesis, lo que muestra que Theotonio es no solo uno de los creadores de dicha teoría, sino que la defendió cuando muchos, aun marxistas, la criticaron y la definieron como una teoría burguesa. Lo que sus críticos olvidaron fue que Marx explícitamente indicó que la explotación del capital sobre el trabajo no niega la diversa dominación de un capital sobre otro en el horizonte de la competencia (y por ello de un capital global nacional sobre otro capital global nacional menos desarrollado en el mercado mundial), lo que produce una transferencia de plusvalor del menos desarrollado al más desarrollado, cuyo primer efecto es la pobreza masiva de la población en el primero (es decir, en el país del capital global nacional periférico o explotado)

Con la publicación de este primer tomo de las *Obras reunidas de Theotonio Dos Santos*, se podrá ahora disponer de todo este material evolutivo de un pensamiento latinoamericano crítico que se encuentra en el origen de una brillante generación intelectual y militante de nuestro continente, ejemplo para la juventud del siglo XXI.

Enrique Dussel Ambrosini
Universidad Autónoma Metropolitana

Socialismo o fascismo

El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano

Versión original:
Dos Santos, Theotonio (1978), *Socialismo o fascismo. El nuevo
carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*,
México, Edit. Edicol.

Índice

Primera parte. La nueva dependencia y la crisis latinoamericana

- I. El nuevo carácter de la dependencia
- II. La crisis latinoamericana
- III. El avance del fascismo en América Latina
- IV. El caso brasileño como modelo

Segunda parte. Gran empresa y capital extranjero

- I. El predominio de la gran empresa
- II. La dominación del capital foráneo

Tercera parte. La crisis económica

- I. La crisis del subdesarrollo: el imperialismo y el mercado externo
- II. La crisis del subdesarrollo: el latifundio y el mercado interno
- III. La crisis capitalista
- IV. La recuperación y la gran crisis

Cuarta parte. Capital extranjero y estructura del poder

- I. Gran capital y estructura del poder
- II. De la conciliación al radicalismo
- III. Notas para una revisión crítica

Quinta parte. La crisis política

- I. Visión de conjunto
- II. El bonapartismo
- III. El bonapartismo de derecha
- IV. El fascismo
- V. El socialismo

Apéndice A. El esbozo de la formación histórica de Brasil

Apéndice B. Principales figuras del periodo estudiado

Prólogo a la edición brasileña del libro *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*

En julio de 1965, después del golpe de Estado de 1964 en Brasil, publiqué un artículo en la revista *Civilização Brasileira* (número 31), el cual señalaba la necesidad de analizar este golpe de Estado como parte de un movimiento histórico más general que introducía la ideología fascista a la configuración de una nueva etapa histórica del capitalismo (1). La tesis principal de este artículo sostenía que el golpe de 1964 no era simplemente, como se pensaba, una reacción de las fuerzas sociales vinculadas al antiguo modelo económico primario-exportador contra el avance de la industrialización y de los nuevos protagonistas sociales que ésta involucraba por medio de la “sustitución de importaciones”.

Por lo tanto, se trataba de probar que no era sencillamente un golpe militar reaccionario, sino una nueva etapa en la dominación de los grandes capitales internacionales sobre nuestra economía. Esta dominación imponía al país un modelo de desarrollo que profundizaba nuestra dependencia de las corporaciones multinacionales, aumentaba la concentración económica y rompía de forma más o menos fuerte con el viejo latifundio improductivo para instaurar el capitalismo en el campo, expandía una urbanización dependiente del capitalismo internacional y profundizaba una exclusión brutal o, como decíamos en aquella época, marginación social. Desde entonces ya apuntábamos a la dificultad política de conciliar este tipo de desarrollo con la democracia.

El proyecto modernizador de los grandes capitales internacionales apelaba a las élites modernizadoras y se sostenía en el poder militar, considerado por ellos el sector más organizado y disciplinado de estas élites.

Dos complicaciones surgían de esta primera aproximación a una nueva interpretación del golpe de 1964 que, como ya se mencionó, entraba en un conflicto más o menos directo con el análisis dominante del proceso de desarrollo.

En primer lugar, quedaba claro que en Brasil estábamos anticipando una tendencia internacional, la cual partía de dos centros de poder mundial (liderada por Estados Unidos) y se expandía principalmente a las regiones periféricas y semiperiféricas del sistema capitalista mundial.

Se iniciaba una nueva etapa política en la que el capital internacional y los capitales locales se unían para garantizar un proceso de modernización profundamente antipopular. Poco tiempo después, nuestro compañero en la dirección de la Política Obrera (2), Ruy Mauro Marini, publicaría, en el exilio al que nos vimos obligados,

en Chile, en México y otros países, su análisis del subimperialismo brasileño que reforzaba este enfoque al destacar que la expansión del capitalismo industrial brasileño daba origen a la implantación del capital financiero en el país y creaba, en consecuencia, una tendencia a la expansión imperialista.

Sin embargo, esta tendencia se presentaba en un contexto internacional en el que Brasil estaba subyugado al dominio del capital imperialista internacional. Tales tendencias imperialistas se convertían entonces en un subimperialismo que se reflejaba muy bien, políticamente, en las propuestas geopolíticas del general Golbery do Couto e Silva, principal organizador en Brasil del golpe de Estado de 1964 y del régimen que pretendía imponer en el país.

Nuestras tesis, más tarde desarrolladas en común, planteaban la necesidad de situar el movimiento represivo triunfante en 1964, en el contexto de la expansión del capitalismo mundial y como expresión de su faceta dependiente, y no de las interpretaciones que lo atribuían a la supervivencia del feudalismo o al rezago económico.

En segundo lugar, señalamos, una vez más, el surgimiento de un movimiento popular obrero (3) y de un movimiento popular de un nuevo tipo cuya base social se encontraba en el avance del capitalismo en los países periféricos, principalmente en la expansión del capitalismo industrial y financiero en estas áreas de la economía mundial.

Este surgimiento de un nuevo proletariado industrial, aunado a la crisis del campesinado tradicional debido a la introducción masiva del capitalismo en el campo; la creación y expansión de las llamadas poblaciones marginales o de una especie de subproletariado en los grandes centros urbanos, así como la afirmación de una clase media sedienta de modernidad y, por lo general, dependiente de los empleos surgidos del desarrollo económico (el movimiento estudiantil reflejaba particularmente esta aspiración de los jóvenes de clase media a convertirse en profesionales modernos, en consonancia con el desarrollo socioeconómico); dentro de esta clase media, se destacaba la expansión de los cuerpos militares que se identificaban con las aspiraciones modernizadoras; finalmente, la puesta en marcha de un movimiento feminista que afirmaba la liberación de la mujer del pasado patriarcal y su integración al proyecto ya iniciado de modernización socioeconómica. Todo esto conformaba un nuevo marco socioeconómico en el que ocurrían las luchas sociales del periodo.

Sin embargo, este conjunto de fuerzas sociales emergentes no tenían lugar en el mediocre camino de un capitalismo dependiente, concentrador y excluyente. Estas fuerzas tendían a aliarse con las reivindicaciones nacionalistas, socialmente avanzadas, que impulsaba la clase obrera en ascenso. Del lado de la clase dominante,

incluso la del nuevo sector industrial nacional, se tendía a la represión y a asegurar una acumulación de capital subordinada al capital internacional para contener el lado popular de esta nueva fase del capitalismo. Al tiempo que constaba la vacilación de las clases dominantes, se erigía un proceso de radicalización política y social de los amplios estratos populares y de importantes sectores de la clase media.

De esta manera se configuraron los elementos de mi trabajo posterior que recibió su forma final en el libro *Socialismo o fascismo: dilema de América Latina*, el cual se articuló posteriormente con nuestros estudios sobre el nuevo carácter de la dependencia, dando lugar a la versión más amplia que corresponde a este prólogo, bajo el título *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*.

Se trata de una historia intelectual profundamente involucrada en el proceso económico que tratábamos de explicar:

Después de terminar, a principios de 1964, mi tesis de maestría en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Brasilia titulada "Classes sociais no Brasil: primeira parte os proprietários"(4), y tras ser despedido de la UnB y condenado por el Tribunal Excepcional de Brasilia a 4 años de prisión, empecé una etapa de clandestinidad en Sao Paulo, entre 1964 y 1966. En aquella época pude comenzar un profundo estudio sobre la economía internacional, el que dio origen a un libro sobre la crisis brasileña, el cual entregué a la Editora Civilização Brasileira, que había publicado mi primer libro (5) sobre *Quais são os inimigos do povo*, con excelentes ventas para la época.

Enio Silveira, director y alma de esta heroica editorial, una de las pocas que siguieron editando literatura de izquierda bajo el régimen militar, me informó, poco antes de mi exilio en 1966, que el libro recibió tres opiniones inusualmente contradictorias. Un editor la recomendaba de manera entusiasta, mientras que otro se oponía radicalmente a su publicación y un tercero se mantenía neutral. Al vetarse su publicación en Brasil sólo llegué a retomar el libro en mi exilio, en Chile, en 1966. Este sirvió de base para el ya mencionado *Socialismo o fascismo: dilema latinoamericano*.

Fue en esa ocasión cuando comencé a comprobar que el proceso antidemocrático en la política y contrario a las reformas económicas estructurales que se presentaba en Brasil era una muestra de lo ocurría en toda América Latina. El golpe de Onganía en Argentina apuntaba en la misma dirección. Luego observé que se trataba de una tendencia general en el Tercer Mundo. En 1966, el sangriento derrocamiento de Sukarno en Indonesia demostraba que esta tendencia se presentaba de forma cada vez más dramática. La ultraderecha brasileña ya anunciaba esta constatación y llenaba los muros del país con inscripciones que convocaban a una

Yakarta en Brasil (se trataba de la capital de Indonesia, cuyo golpe militar había asesinado a cerca de un millón de personas).

Así pude desarrollar la argumentación básica de este libro que se publicó en primer lugar en Chile y posteriormente en ediciones clandestinas en toda América Latina (6). En 1966, en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO), comencé una amplia investigación sobre las relaciones de dependencia (7) y en 1967 publiqué un cuaderno del CESO llamado *O novo caráter de dependência*, en el cual profundicé muchas de las tesis incorporadas a la primera versión de *Socialismo o fascismo...*

Dado el éxito de este libro, algunos editores italianos me pidieron publicar una edición más amplia del mismo. Así que decidí unir ambas obras con diversas modificaciones, lo que dio origen a un nuevo libro que recibió el título *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, el cual fue publicado en 1969, en Santiago de Chile, por la editorial PLA. Al mismo tiempo se publicó en Argentina una edición de Editorial Periferia que se convirtió en lectura obligatoria de la Universidad de Buenos Aires. Otras ediciones "piratas" se publicaron en varios países.

En Italia, este libro fue editado por Jaca Book bajo el título de *Struttura politico-economica della crisi latinoamericana*, como parte de la colección "Saggi per una conoscenza della transizione". Esta colección reunía los libros de Samir Amin, Hosea Jaffe, Andre Gunder Frank y otros autores que anunciaban un nuevo enfoque de la economía política, el cual permitía considerar un proceso capitalista de acumulación mundial y, en consecuencia, un largo proceso de transición al socialismo. La nota editorial del libro apuntaba: "La condición interna de los países de América Latina no es, según el autor, una consecuencia de factores externos, sino un modo peculiar de estructuración de la acumulación a escala mundial". En esta nota editorial se llamaba la atención a la dimensión global de mi enfoque y como éste es parte de la articulación de una teoría del sistema mundial que Inmanuel Wallerstein protagonizó en los años 70 y 80, aunque reconoce su deuda con algunos de mis trabajos y los de Andre Gunder Frank (8).

Ya en 1977, María Patricia Fernandez Kelly de la Universidad de Rutgers mostró, en un número especial de una influyente publicación de científicos sociales norteamericanos, la relación entre mis pensamientos sobre el socialismo o el fascismo y específicamente la teoría del sistema mundial y las reflexiones del grupo althusseriano (9).

A pesar de algunos malentendidos en cuanto a mi visión del fascismo en general y a las condiciones de dependencia en particular, Kelly termina aceptando que "ambas obras (la mía y la de Poulantzas) deben

considerarse intentos serios para entender la organización interna de las formaciones sociales, así como los factores externos que las afectan. "Poulantzas y Dos Santos nos entregan información sobre la dinámica del capitalismo (y el imperialismo) desde una perspectiva macroestructural". Ella esperaba que profundizáramos nuestro enfoque del imperialismo y del capitalismo mundial. Mi libro *Imperialismo y dependencia* trataba de llenar esta brecha y lo mismo mis obras posteriores sobre la revolución científico-técnica y la crisis capitalista mundial (10).

En 1978, Enrique Dussel, cuyo trabajo teórico ha ido adquiriendo dimensiones cada vez más profundas (11), me pidió que preparara una edición mexicana de *Socialismo o fascismo...*, la cual se publicó ese mismo año (y se agotó rápidamente).

Estábamos en el auge de la barbarie fascista en la región. Pinochet en Chile y los militares argentinos de derecha se aproximaban fuertemente a lo que, en nuestra experiencia política, habíamos caracterizado como un fascismo dependiente. Por otro lado, experiencias como el gobierno de Allende en Chile nos aproximaban claramente a una perspectiva socialista. Desafortunadamente, los datos reforzaron los peligros de la amenaza fascista en la región. Es por ello que afirmé en el prólogo de la edición mexicana que "hubiera preferido mil veces haberme equivocado".

La edición mexicana incorporó varias actualizaciones que tenían por objetivo desarrollar las tesis centrales del libro. Hoy, 33 años después, parece que nuestros análisis han sido superados. Por un lado, el fascismo fue desarmado por un frente amplio que incluía la política exterior norteamericana. Sin embargo, yo había anunciado esta tendencia desde 1973. El gobierno de Estados Unidos y los formuladores de su política internacional han comenzado a dudar de las ventajas de la política de gobiernos militares de seguridad nacional, desde 1968, cuando el grupo proestadunidense que dirigió el golpe de Estado en Brasil fue quitado del poder por los llamados militares nacionalistas de derecha con "el golpe dentro del golpe". Para sorpresa de las filas liberales y de los mismos golpistas, la "elección" celebrada dentro de las fuerzas armadas para designar al nuevo presidente favoreció al general Albuquerque Lima, considerado un nacionalista radical pro peruano (12). La junta militar ignoró el resultado de la consulta interna y rechazó al general Albuquerque Lima con la cínica justificación de que este general tenía solamente tres estrellas y, por lo tanto, no podría comandar a generales de cuatro.

De hecho, la autoproclamada "revolución" reveló la existencia de una corriente militar mayoritariamente nacionalista, antimperialista, e incluso con tendencias socialistas, que se extendía por toda América Latina.

Un ejemplo: el general Mercado Jarrín, creador del CINANOS, que pretendía crear un movimiento ideológico popular dentro de la revolución peruana, en entrevista concedida al semanario *Chile Hoy*, en el Chile de Allende, me mencionó como su principal influencia intelectual. Mi libro, *Socialismo o fascismo...* era uno de los que circulaban en la formación de la élite militar peruana. De esta manera, el general Velasco Alvarado era el líder, no sólo de un proceso de transformación social y económica fundamental, sino que además pretendía llevar a sus últimas consecuencias el proceso revolucionario que había iniciado. El Pentágono no entendía lo que estaba sucediendo. Por cierto, cabe mencionar que gran parte de la izquierda latinoamericana tampoco lo entendía.

Es por eso que el politólogo Einaudi vino a analizar esta situación para la Rand Corporation en 1969. Su conclusión fue muy clara: las fuerzas armadas en general estaban comprometidas con objetivos de seguridad nacional que entraban en conflicto con las empresas transnacionales, cuyos intereses fundamentaban la política y la ideología de la doctrina de seguridad nacional del Pentágono.

Las fuerzas armadas se habían revelado como un peligroso aliado que debía ser devuelto a los cuarteles. Los acontecimientos en Uruguay, Bolivia y Chile representaban un costo sociopolítico extremadamente alto. En Argentina la comprobación de esta ideología no se hizo esperar. La reconquista de las Malvinas por parte del gobierno militar de derecha fue respondida con firmeza por Estados Unidos, quienes apoyaron incondicionalmente la acción militar inglesa que retomó las islas con una violencia implacable.

Fue entonces cuando la derecha militar vio romperse en pedazos su base ideológica: la doctrina de la seguridad militar interamericana. Como las fuerzas populares habían afirmado varias veces, la doctrina Monroe "América para los americanos", que fue la base del acuerdo militar posterior a la II Guerra Mundial (el TIAR) era falsa. Los imperialistas americanos eran aliados incondicionales de sus amigos de los países desarrollados, donde se encontraba la mayor parte de sus inversiones.

La semilla de la discordia había sido lanzada definitivamente. La derecha militar se salía del control de Estados Unidos. Resurgía el nacionalismo militar con Torrijos en Panamá, Torres en Bolivia y muchos otros que parecían escapar totalmente del control estadounidense. De acuerdo con nuestro análisis, esta fue la razón de que Estados Unidos buscaran una nueva dirección política en la región. Surgirían entonces los procesos de "apertura democrática" cuya práctica más coherente tuvo lugar en Brasil. Se trataba de establecer procesos de reformas constitucionales controladas que predicaban el restablecimiento de "democracias" liberales con excepción de los movimientos populistas, comunistas y socialistas. Sin embargo, las "aperturas" políticas no pudieron circunscribirse totalmente a este plan "moderado". Los procesos políticos en la región fueron asumiendo

un carácter democrático cada vez más radical y crearon las condiciones para movimientos políticos regionales mucho más cargados a la izquierda de lo previsto.

El movimiento por la amnistía general, los movimientos "diretas já" (por elecciones directas) y por la implementación de una Asamblea Constituyente en Brasil, fueron el comienzo de la rebelión que llevó, en su etapa final, a una reunificación de la derecha (llamada "Central") que impidió el triunfo de muchas propuestas de origen popular, así como evitó la puesta en práctica de gran parte de los logros constitucionales más radicales. Era necesaria una nueva unión de la derecha con el centro para volver inviable la regulación de varios capítulos constitucionales.

Por todas partes se pretendía mantener la región bajo el dominio de este tipo de frentes que tuvo en la "Concertación" de Chile (unión entre socialistas y demócratas cristianos) uno de sus modelos más recomendados. Estos modelos, sin embargo, se fueron rompiendo poco a poco en los años noventa y a principios del nuevo milenio, cuando las experiencias de gobierno inspiradas en el Consenso de Washington de 1990 desmoralizaron esta hegemonía ideológica neoliberal, permitiendo al movimiento popular reanudar la ofensiva en América Latina.

La situación empeoró aun más al final del proceso democrático latinoamericano: Venezuela había alcanzado una democracia aparentemente estable en 1958, capaz de vencer a un importante levantamiento guerrillero entre 1958 y 1964 sin la necesidad de romper la nueva institucionalidad democrática. Este orden sólo fue cuestionado definitivamente en 1992, cuando el gobierno liberal democrático venezolano cierra filas en torno del Consenso de Washington, llevando a una verdadera insurrección popular en el Caracazo, que condujo a un levantamiento militar opuesto a la función represiva cumplida por las fuerzas armadas en la lucha contra la sublevación popular. En este contexto, surge un líder militar con fuerte apoyo de las masas que es elegido como presidente en 1998. Después de cuatro años de intentar negociar un proceso de transformación moderado pero consecuente con un proyecto democrático nacional, este líder enfrenta un golpe de estado y se ve obligado a radicalizar su gobierno y a retomar el socialismo como meta histórica.

El comandante Hugo Chávez inicia así una polarización regional hacia el socialismo, ideal que la derecha y el centro mismo creían haber eliminado (12). El líder republicano Thiers anunció "el fin del comunismo", después de que sus tropas (apoyadas por los invasores alemanes!) ahogaron en sangre la Comuna de París en 1881. ¿Cuántos monárquicos ya habían anunciado el fin de la democracia liberal y de la república con la derrota de la revolución francesa, a principios del siglo XIX? ¿Cuántos ahora nos anunciaban el final de la historia... y por lo tanto del socialismo y la dialéctica? ¿Cómo nos anunciaban el final del dilema entre el socialismo o fascismo?

Mis estimados lectores brasileños: El libro *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* no se tradujo al portugués como la mayor parte de mi obra producida en el exilio. No existía un clima favorable para estos análisis tan crudos y tan marcados por un horizonte histórico pos capitalista, pero las cosas comienzan a cambiar en una América Latina que presenta un cuadro de fuerzas de izquierda en ascenso, mientras avanzan las medidas contrarrevolucionarias en varias partes, anunciando confrontaciones peligrosas para una región que aspira a la unidad y la integración. Esto sólo será posible, sin embargo, en un contexto de avance democrático, con la afirmación de la soberanía nacional de cada país y la independencia y la unidad de toda la región.

Socialismo o fascismo se encuentra otra vez en el horizonte ideológico de la región; tal vez la lectura de este libro (*Socialismo o fascismo...*) le ayudará a entender por qué este cuadro se esboza nuevamente en el continente. Ahora con más fuerza y profundidad, a pesar de todos los reveses ideológicos provocados por el terror económico, político e intelectual que el llamado "pensamiento único" neoliberal instauró, llevado por las botas de los militares que traicionaron su compromiso patriótico (13). Nuestro pueblo resurge de sus cenizas y está otra vez en el centro de nuestra historia, ubicándose más allá de la ofensiva anterior, porque la reacción no aceptó los logros más moderados de los estratos populares y tiene en la represión su herramienta única y definitiva para conservar el poder.

Nos guste o no, los ataques de la derecha conducen al radicalismo, desmoronando nuestras esperanzas de un cambio pacífico sin mayor violencia en ambos extremos. Lo importante es la unión de las grandes mayorías y su voluntad de avanzar firmemente hacia una sociedad más justa y humana. Los enemigos determinarán la forma que tomará esta lucha, a la cual los pueblos no pueden renunciar como condición para asegurar el futuro de la humanidad.

Notas

(1) Theotonio Júnior, "A Ideologia Fascista no Brasil", *Revista Civilização Brasileira*, Río de Janeiro, N.º 3, pp.51 a la 64. En la primera etapa de mi actividad literaria firmaba Theotonio Júnior. Sólo a partir de mi exilio en 1966, comencé a firmar Theotonio Dos Santos. Este artículo se publicó en español en el semanario uruguayo *Marcha*, de gran circulación en toda la región.

(2) En 1966, Ruy Mauro Marini se exilió en México después de salir de prisión, fue arrestado por Cenimar (Inteligencia de la Marina de Brasil) en 1965. Además de México también fue publicado en Chile, en la revista del Partido Socialista Chileno.

- (3) Véase Theotonio Júnior, "O movimento operário no Brasil", *Revista Brasiliense*, N.º 39, ene/feb. 1962.
- (4) Este trabajo fue publicado en español por los estudiantes de la Universidad de Concepción, Chile, en 1966. Sin embargo, su versión en portugués circuló de forma clandestina en Brasil.
- (5) Mi libro *Quais são os inimigos do povo*, Editora Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1963, resume gran parte de los estudios para la realización de mi tesis de maestría.
- (6) Tengo en mis manos la edición peruana mimeografiada de 1969 que me fue obsequiada por José R. Bessa en 14/05/1996. Era una edición conjunta de los estudiantes de medicina de la Universidad de San Marcos (de la cual recibí el doctorado *honoris causa* en 2009) y del Centro Federado de Estudiantes de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Perú. He recibido información sobre distintas ediciones clandestinas en la región, pero no tengo copias de las mismas. Un artículo que resume mi tesis en este libro lo publicó en inglés la revista *Insurgent Sociologist*, de la Universidad de Oregon y ha sido ampliamente divulgado.
- (7) El equipo de investigación sobre las relaciones de dependencia y los investigadores que se reunieron en él en el CESO (Vânia Bambirra, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Sergio Ramos y otros) produjeron varios libros que han marcado con gran fuerza las Ciencias Sociales en América Latina y en todos los continentes. Véase el balance que hice sobre este periodo en el libro *Teoria da Dependência: Balanço e Perspectiva*, Editora Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 2000.
- (8) Véase mi artículo para el Festschrift for Immanuel Wallerstein, Part 1, *Journal of World Systems Research*, vol. VI, número 2, verano/otoño, 2000, con el título "World System: on the Genesis of a Concept". Cabe mencionar la recepción extremadamente favorable de este artículo por parte de Immanuel.
- (9) Véase el artículo de Maria Fernandez Kelly, "Dos Santos and Poulantzas on Fascism, Imperialism and the State", *The Insurgent Sociologist*, Vol. VII, núm. 2, Primavera, 1977.
- (10) Publiqué varios libros y trabajos sobre la revolución técnico-científica: *Forças produtivas e relações de produção*, Vozes Petrópolis, 1983, *Revolução científico-técnica e capitalismo contemporâneo*, Vozes, Petrópolis, 1986, *Revolução científico-técnica e acumulação de capital*, Vozes, Petrópolis, 1986, *Revolução científico-técnica, Divisão Internacional do Trabalho e o sistema econômico mundial*, Cadernos Ange, Vitória, 1984.
- (11) La edición en portugués debe traducirse de esta nueva edición actualizada: Theotonio Dos Santos, *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Edicol, México, 1978.

(12) Veamos cómo se va procesando el cambio de enfoque en la cabeza del comandante Hugo Chávez. Tuve el placer de estar presente en uno de estos momentos cruciales en los que él profundiza sobre la necesidad de radicalizar el proceso. En 2004, tras el fallido golpe de estado en su contra y del también fallido boicot de la empresa PDVSA con la finalidad de derrocarlo, en una reunión internacional en la que creó el capítulo venezolano de la Red de Redes en Defensa de la Humanidad, donde destacó el peligro de una ofensiva internacional fascista, el comandante saludaba a las personalidades presentes: "De Brasil, ¡claro de Brasil! Thiago de Melo y Theotonio Dos Santos se encuentran aquí también. ¡Thiago, Theotonio! Gracias por estar aquí. Theotonio, estuve leyendo hoy la entrevista que te hizo el diario *Últimas Noticias*. Muy buena la entrevista y las reflexiones que haces ahí sobre el tema económico, mundial, latinoamericano y venezolano también. (...) Yo sí creo que es importantísimo reanudar la tesis, entre otras, de la Teoría de la Dependencia, y volver a estudiar este tema. Eso se había quedado solo en la discusión académica, el neoliberalismo le pasó por encima –o pretendió pasarle por encima– al tremendo capital intelectual, ideológico, tremendo patrimonio latinoamericano y caribeño, como la Teoría de la Dependencia. Todo esto hay que retomarlo; el socialismo, hay que retomar el estudio de las ideas socialistas. El socialismo, sus tesis auténticas, sus tesis originales. Revisar errores, revisar aciertos, reorientar y tomar el rumbo que hay que tomar." Memorias del Encuentro de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, Venezuela 2004, Gobierno Bolivariano de Venezuela, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006.

(13) Véase mi libro *Do Terror à Esperança: Auge e Decadência do Neoliberalismo, Idéias & Letras*, Aparecida, 2004, en el que analizo detalladamente, y creo que en profundidad, la experiencia histórica del pensamiento único. La edición venezolana de este libro está disponible por internet en el sitio web de Monte Ávila Editora.

(*) Este texto se preparó para fundamentar nuestra participación en la XV Reunión de la Sociedad de Economía Política de Brasil (SEP). En aquella ocasión se celebraban los 40 años de la Teoría de la Dependencia usando como marco la publicación de mi artículo "La estructura de la dependencia" en la revista *American Economic Review*, de la Asociación Americana de Economía.

(**) Profesor Visitante Nacional *Senior* de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Profesor Emérito de la Universidad Federal Fluminense, Presidente de la Cátedra UNESCO y Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable.

Primera parte

La nueva dependencia y la crisis Latinoamericana

I. El nuevo carácter de la dependencia

1. INTRODUCCIÓN

La imagen que de América Latina se ha formado la mayoría de los científicos sociales se arraiga en una situación histórica superada. No se han apreciado en los debidos términos los efectos de los procesos de industrialización y de urbanización que se intensificaron particularmente en la última década, transformando progresivamente a América Latina, de agraria y campesina, en una región cada vez más industrial y urbana. No se ha apreciado tampoco en debida forma la importancia de las nuevas clases que emergieron en los últimos años, particularmente la burguesía industrial y el proletariado. Y se ha conservado la imagen de una Latinoamérica agrario-exportadora, no industrial, dominada por una oligarquía rural en alianza con los intereses externos.

Más grosera todavía es la imagen de los intereses externos. Se los imagina vinculados en forma exclusiva a la economía agrario-exportadora y opuestos a la industrialización. Aún más, se presenta la lucha por la industrialización como una lucha antiimperialista y revolucionaria. A pesar de que en algunos países esta imagen pueda tener algún sentido, para los países que alcanzaron un grado mayor de industrialización a partir de los años 30 ella es completamente anacrónica. En estos países, la industrialización y el capital extranjero se combinan y se tornan progresivamente en una sola realidad.

En los países de menor desarrollo industrial las cosas no son, sin embargo, muy diferentes. Las fuerzas más dinámicas en la mayoría de ellos se ligan a la inversión industrial, sobre todo a partir de la década del 50, y ahí, más que en otras partes, el capital internacional controla estas inversiones. En los últimos años empieza a surgir una literatura crítica respecto a esta imagen falsa de América Latina. Esta crítica procura mostrar que los problemas fundamentales de ella (la marginalidad, la estagnación económica, los límites al desarrollo, la conservación de la estructura agraria atrasada, etc.) se presentan, hoy día, dentro del proceso de industrialización capitalista. Es así, dentro de este marco crítico, como situamos nuestra investigación.

Nuestro objetivo es analizar las tendencias generales que presiden las transformaciones que están ocurriendo en la estructura socioeconómica de América Latina. Tomamos como paradigma empírico el caso brasileño, por motivos que explicaremos al final de esta sección. El resultado de nuestra investigación apunta en la dirección

de un replanteamiento del modelo de esas transformaciones. Puede tomárselo como un indicador más de la necesidad de rehacer esta imagen y de situar las tendencias dinámicas de los llamados países en desarrollo dentro del marco de las contradicciones internas del proceso de industrialización capitalista, proceso que torna características específicas en dichos países. Son las condiciones específicas de la economía mundial en que se realiza el proceso de industrialización en nuestro continente -y quizás en los países en desarrollo en general- las que cambian esencialmente el sentido de este proceso. La industrialización en estos países se está realizando dentro del marco del proceso de integración capitalista mundial, bajo el dominio del capital monopólico. Para comprenderla tenemos principalmente que analizar las características esenciales de esta etapa de la economía capitalista internacional. En este caso, como en el pasado colonial y de posindependencia política, se hace necesario estudiar nuestra economía y nuestra sociedad en el contexto del desarrollo del capitalismo internacional, en cuyo sistema ellos han ocupado hoy día la posición de dependientes.

2. INTEGRACIÓN MUNDIAL Y ESTRUCTURA DE LAS INVERSIONES EXTRANJERAS

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la economía internacional vivió un intenso proceso de integración económica. Por una parte, el bloque socialista se constituyó en base de una amplia integración; por otra en el mundo capitalista, el capital norteamericano fue la fuente de la reorganización económica europea y se expandió por todo el mundo: Asia, Medio Oriente y América Latina, principalmente. Así se produjo un proceso de integración económica mundial capitalista bajo la hegemonía norteamericana. En América Latina podemos apreciar este proceso si tenemos en consideración el valor en millones de dólares de las inversiones norteamericanas en nuestros países.

CUADRO I

Si comparamos el valor de las inversiones norteamericanas en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial con aquellos del periodo de la guerra y de la posguerra podemos sacar importantes conclusiones. Vemos que el valor de esas inversiones cayó en la etapa que media desde la crisis de 1929 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El origen de esta caída fue la desorganización de la economía norteamericana

¹ Datos de El financiamiento externo de América Latina, CEPAL, Naciones Unidas, diciembre de 1964.

provocada por la crisis y la intensificación de la inversión interna derivadas de la economía de guerra.¹ En este periodo se consolidaron, en Latinoamérica, algunos regímenes bonapartistas con pretensiones nacionalistas.

La situación cambia en la posguerra.

Liberados de las inversiones internas, en una economía en depresión debido al término de los estímulos provocados por la guerra, los capitales se vuelven hacia la reconstrucción de Europa y Japón y hacia las economías atrasadas. Pero encuentran economías en proceso de industrialización, dominadas por ideologías nacionalistas e industrializantes. Este factor fue decisivo para las nuevas inversiones. Frente a un mercado interno en crecimiento y a las primicias de una economía de mercado con condiciones de alta lucratividad, los estímulos a la exportación de capitales eran muy grandes. Los datos muestran que, de 1950 a 1961, el valor de las inversiones norteamericanas en América Latina, sube casi al doble. En 1967, ellas sobrepasaron en 2.5 las inversiones de 1950, y eran 3.3 veces mayores que las de 1946. Si se toma la estructura de estos capitales por sectores económicos, se encuentran cambios significativos. Hasta el año 1940, el principal sector de actividad lo constituyen los sectores primarios (agrícolas y mineros) y los ferrocarriles. Esto resultaba del carácter colonial-exportador de la economía latinoamericana a la cual se integraba el capital extranjero. Incorporábase éste en una economía productora de materias primas y productos agrícolas, complementada por los medios de transporte para su exportación.

Los datos de las inversiones norteamericanas en América Latina durante esta época muestran claramente dicha realidad. Según se observa en el Cuadro II, el sector manufacturero representaba en 1929 solamente 6.3% de las inversiones directas norteamericanas en América Latina. Los sectores primarios (agricultura y minería), los ferrocarriles y el comercio representaban, en 1897, 91.6%, y en 1929, 55.7% de esas inversiones.

Cuadro II

En este periodo se nota el crecimiento de los sectores de petróleo y servicio público, lo que resulta de una nueva forma de dominio colonial en los centros urbanizados emergentes. El petróleo aparecía con el 3.5% de las inversiones en 1897 y ya tenía el 20.1% en 1929. Al mismo tiempo, el servicio público subía de 3.3% a 15.8%. En este periodo, los capitales invertidos en manufacturas subieron de 3% a 6.3% del total. Por los

¹ Datos de El financiamiento externo de América Latina, CEPAL, Naciones Unidas, diciembre de 1964

datos de que disponemos hasta 1950, ya percibimos los cambios que se anuncian. El sector de manufacturas crece hasta alcanzar un 17% del total de las inversiones. La agricultura y la minería decrecen en relación a los otros sectores. El petróleo toma la delantera sobre los otros productos. Desde 1960 a 1967 las manufacturas llegan a constituirse en el principal rubro de la inversión norteamericana en América Latina. En 1960 las manufacturas representan 19% del monto global de las inversiones directas norteamericanas en América Latina. En 1967, las manufacturas pasan a representar el 32% de estas inversiones, pasando a constituir más que las inversiones en petróleo (28%), con una gran distancia en relación a los otros sectores.

Hay que considerar aunque muchas de las inversiones en comercio y varios pasan a ser complementarias de las inversiones industriales, lo que cambia sustancialmente su carácter. La nueva composición de las inversiones globales se expresa en el flujo de capitales norteamericanos hacia América Latina. Entre los años 1951 a 1962, las inversiones en el sector del petróleo han alcanzado el 33% del total; las manufacturas el 31%; la minería y la fundición, el comercio y varios el 12% y 24%, respectivamente. Conforme se aprecia en el Cuadro III, el sector manufactura detentaba el 60%, en 1961-62, en parte por un problema de coyuntura de las desinversiones en el petróleo.

CUADRO III

Tales tendencias continuaron, sin embargo, desde 1962 hasta ahora. Los datos que presentamos son significativos para comprobar la afirmación de que progresivamente los capitales norteamericanos (y extranjeros en general) no solamente tienden a intensificar su penetración en América Latina, sino que se integran además en forma cada vez más intensiva en los sectores industriales. Esta constatación es también válida para todo el Tercer Mundo.

Las tendencias anteriores se han acentuado enormemente desde 1954 hasta ahora. En 1967, las inversiones industriales representaban ya el 31.4% de las inversiones privadas directas de Estados Unidos en Colombia (el petróleo conservaba el 50.6% de esas inversiones); en Argentina, las inversiones en manufacturas llegaban al 62.7%; en México alcanzaban el 66.3%; en Brasil el 67.2%. Incluso países como Venezuela (12.1% en manufacturas) y Perú (16.2% demostraban la creciente intensificación de esas inversiones manufactureras. En el fin de la década del 60, el gobierno peruano y otros gobiernos latinoamericanos van a tomar medidas para forzar la acentuación de esa tendencia, atacando las inversiones en sectores primarios exportadores y buscando abrir camino hacia nuevas áreas de inversión industrial. Podemos entonces esperar una acentuación

de esa tendencia si América Latina continúa en el marco del desarrollo dependiente. El detalle de estos datos por países nos muestra indudablemente que las inversiones, todavía significativas en los sectores primario y comercial, que corresponden al 36% del total de la corriente neta del capital en los años 1951-62, se destinan a los países menos desarrollados. Por otra parte, las inversiones petroleras se destinan fundamentalmente a Venezuela. En los países en desarrollo, el sector manufacturero se revela como el principal destinatario de las inversiones. Puede esto ser comprobado por los datos sobre las inversiones directas de Estados Unidos en América Latina. Según datos de la OEA (América en cifras, 1965, vol. III, tomo 4), vemos que el sector manufacturero representaba, en 1964, los siguientes porcentajes de las inversiones directas norteamericanas en los países más industrializados:

1 Brasil	67.7%	3 Argentina.....	56.3%
2 México.....	58.7%	4 Uruguay.....	40.0%

Un segundo grupo de países estaba representado por las inversiones predominantemente mineras. Encontramos en algunos de ellos una inversión industrial relativamente importante:

País	% de la inversión	% de la inversión
	En Minería o Petróleo	directa en Industria
1 Venezuela	77.0%	7.8%
2 Chile	63.3%	3.8%
3 Perú	52.3%	14.1%
4 Colombia	51.9%	27.9%

Fuertes intereses en el sector agrario (en la estadística de la - OEA este sector está incluido en el rubro *otros*) encuéntrase en República Dominicana (91.7%, otros), Honduras (76.9% otros), Uruguay (otros, 48%), Panamá (otros, 31%) y ésta era la situación de Cuba en 1960 (otros, 35.7 % ; servicios públicos, 32.7%) . En estos países se nota, en general, una gran concentración de las inversiones en los sectores comercio y servicio público. Muy significativo es conocer la importancia relativa de las inversiones norteamericanas que confirman, con más peso aún, esta tendencia. En 1964, los principales destinatarios de estas inversiones eran exactamente los países industrializados, excepto Venezuela. Los datos nos presentan el siguiente orden del valor de la inversión total:

PAIS	Monto total de las inversiones (en millones de dólares)
1 Venezuela	2 808
2 México	1 035
3 Brasil	994
4 Argentina	883
5 Chile	788
6 Panamá	664
7 Colombia	520
8 Perú	461

Ya hemos comprobado que las inversiones norteamericanas se destinan preferentemente al sector industrial. Cabe ver ahora a qué industrias se dirige en especial. Según los datos del Survey of Current Business, en 1967, el sector industrial de América Latina que tenía el más alto valor de inversiones directas de Estados Unidos era el de las industrias químicas y derivados que correspondía a 682 millones de dólares, es decir el

27% del valor de esas inversiones. Enseguida venía la industria de transportes y equipos con 428 millones de dólares, es decir, el 17% de esas inversiones. Las industrias de máquinas eléctricas y no eléctricas sumaban 334 millones correspondiendo al 13% de esas inversiones. Un poco por debajo se encuentra la industria de productos alimenticios, que no siempre es de las más tradicionales y que absorbe 315 millones, es decir, el 13% de esas inversiones, Las industrias que les seguían eran las del caucho (7%), metales primarios fundidos (6%), el papel y derivados (2%) y otra gran cantidad de industrias varias (14%).

Los datos son muy significativos y revelan la orientación del gran capital hacia las industrias de bienes de consumo durable como la automovilística y las máquinas eléctricas, que se crearon en las últimas décadas en América Latina. El peso de la industria química y derivados revela un control de los productos de consumo más modernos y de las materias primas de sectores importantes de la industria de consumo. El capital norteamericano se ubicó, pues, en la faja más moderna y dinámica de las industrias latinoamericanas. Si examinásemos el capital europeo y japonés encontraríamos las mismas tendencias con acentuación del interés hacia industrias más pesadas, como la metalurgia, máquinas, barcos, etc. En la medida en que buscamos las tendencias del capital extranjero y la dirección, tanto de las transformaciones ocurridas como de aquellas que habrán de acaecer, este análisis del comportamiento del capital extranjero, en los últimos años, es suficientemente revelador de las mencionadas tendencias. El capital norteamericano (y de los países desarrollados en general) tiende a aumentar sus inversiones en América Latina. Esas nuevas inversiones se hacen preferentemente en el sector industrial (excepto el caso del petróleo venezolano). La industria pasó a ser el principal rubro de estas inversiones en el conjunto de América Latina. Si tomamos el caso de los países más industrializados, vemos que en estos países el sector industrial es el principal destinatario de las inversiones norteamericanas.

Todo esto plantea problemas nuevos muy importantes. En primer lugar, esto cambia radicalmente el carácter del capital extranjero en nuestros países. Este capital llegó a fines del siglo XIX para modernizar las estructuras agrarias o mineras exportadoras. Vino a construir ferrocarriles, puertos, medios de comunicación y servicios públicos que permitían la más perfecta participación de América Latina en la división internacional del trabajo entre países productores de manufacturas y los productores de materias primas y productos agrícolas. A principios del siglo xx, los norteamericanos, principalmente, pasaron a invertir capitales en el sector agrícola-exportador y minero y en la comercialización de los productos principales. Estas inversiones se constituyeron en verdaderos enclaves que se relacionaban con la economía del país por intermedio del pago de impuestos y por pequeñas relaciones con los sectores que abastecían sus *plantations*. Esto, porque estas *plantations* consumían en general productos directamente importados y los trabajadores eran pagados por el sistema de vales que los subordinaba a la economía interna de la *plantation*.

La predominancia de la inversión en el sector industrial significa una nueva división internacional del trabajo entre las naciones capitalistas. El análisis de los países subdesarrollados debe incluir, en las circunstancias actuales, una diferenciación interna dentro del sector industrial. Esta diferenciación es indispensable para comprender el nuevo carácter de nuestra dependencia al comercio mundial.

La industria moderna se divide en un sector de bienes de consumo livianos y durables y en un sector de industrias de base compuesta esencialmente de los insumos fundamentales de la producción, a los cuales hay que agregar un sector de la industria pesada compuesta de máquinas para hacer máquinas. Este último sector, ligado a las nuevas aplicaciones de la electrónica y a la automatización de los procesos mecánicos pesados, es hoy día un monopolio de los países más adelantados, particularmente Estados Unidos.

La división internacional del trabajo asume así nuevas formas que exigen especial atención e investigación. Todo esto cambia profundamente el cuadro económico-social y político en que nos cabe analizar a América Latina.

2.1 Tendencias recientes en 1977

Después que escribimos este análisis se han producido muchos nuevos estudios sobre las tendencias de la inversión extranjera. A pesar de la gran cantidad y de la extensión temática de estos estudios, ellos han confirmado las tendencias básicas que constatábamos hasta 1967 y pretendemos presentar de manera muy somera los datos principales que confirman esta afirmación.

El monto global de la inversión norteamericana en América Latina continuó creciendo después de 1967 (10 200 millones de dólares según nuestro Cuadro I) pasando a 14 800 millones en 1970 y aumentando en cerca de 50% en 5 años a 22 200 millones en 1975. De esta manera, la tasa de crecimiento anual de los activos norteamericanos en dólares en nuestros países creció del 6.2% anual de 1950 a 1960, del 5.8% entre 1960 a 1970 y del 8.5% entre 1970-75.

En lo que respecta a los sectores económicos, podemos comparar los datos de 1975 con los del Cuadro II a pesar de algunas diferencias de clasificación. En este año las manufacturas ya absorbían 49% de estas inversiones; el petróleo, 13% ; el comercio 12% ; las finanzas y seguros el 10%; la minería, el 6% ; los servicios públicos, el 3%, y el rubro otros, el 7%. Se confirman así las tendencias señaladas hacia el predominio de la inversión industrial, sobre todo si consideramos que el petróleo venezolano fue nacionalizado en 1976

restringiendo radicalmente las inversiones petroleras norteamericanas en el subcontinente. Habría que anotar solamente la importancia creciente del sector financiero, fenómeno reciente que acompaña la hegemonía del capital norteamericano en la economía nacional de cada país y en el desarrollo del capital financiero local.

Si analizamos la situación por países encontraremos también una confirmación de las tendencias señaladas. Así en 1975 las inversiones en manufacturas ya representan el 76% de las inversiones norteamericanas en México, el 68% en Brasil, el 65% en Argentina, el 59% en Colombia, el 33% en Venezuela y el 28% en los países centroamericanos (excluyendo Panamá). Es importante señalar que los países que citábamos como importantes centros de inversión directa en el sector minero han dejado de serlo. En Venezuela el petróleo representaba el 77% de las inversiones norteamericanas hasta que se nacionalizó en 1976, además del hierro. En Chile, se nacionalizó el cobre, el hierro, el carbón, etc., en 1971, los cuales representaban el 63.3% de las inversiones norteamericanas en 1964; en Perú, se hicieron varias nacionalizaciones en 1975 y 1976, principalmente de la mina de Cerro Pasqua; en Colombia, los datos de 1975 ya anunciaban que el 51.9% del sector de minería y petróleo había bajado a 12% de las inversiones norteamericanas.

En consecuencia, en estos últimos 10 o 12 años, las tendencias que apuntábamos en 1966-67 se convirtieron en una realidad clara e indiscutible.

Las tendencias señaladas no se refieren solamente al capital norteamericano. Según datos de la OECD reunidos en un estudio del BIRF (Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento) el "stock" de capitales, principalmente de los 11 más importantes países desarrollados (Bélgica, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Holanda, Suecia, Suiza, Reino Unido, Estados Unidos y otros), representaban en 1967 para América Latina y Caribe 4 500 millones de dólares en el sector petróleo, 2 000 en la minería y 6 600 en manufacturas, así como 5 300 en otros, que como señalamos son actividades cada vez más ligadas al sector industrial. En Asia se observaba una tendencia similar pues el petróleo y la minería sumaban 1 400 millones de dólares mientras la inversión manufacturera alcanzaba 1500 millones. Pero es siempre importante considerar que en 1967 las inversiones norteamericanas representaban 49.7% del total de la inversión directa extranjera en los 40 países de la muestra, sólo seguidas por las de Inglaterra (19.4%) y Francia (8.5%). Es necesario señalar sin embargo que Alemania alcanzó en 1971 el flujo de capital de Inglaterra y dobló al de Francia en este mismo año. Asimismo, en América Latina y particularmente en Brasil, Alemania ocupa el segundo lugar entre los inversionistas extranjeros. Finalmente, si analizamos la situación en el interior del sector manufacturero vamos a encontrar que las ramas más dinámicas continúan a ser las preferidas por el capital norteamericano como se veía en la época de la primera formulación de las tesis de este libro.

3. EFECTO EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

Tales cambios hacen patente el proceso de integración económica que nos ocupa.

El imperialismo deja de ser un enclave colonial-exportador, al tiempo que se cambia la división internacional del trabajo entre la producción de materias primas, por parte de los países subdesarrollados, y la producción de manufacturas, por parte de los países desarrollados. Frente al crecimiento industrial de América Latina en los años 30 y a las medidas proteccionistas tomadas por los gobiernos de la época, el imperialismo se vuelve hacia el sector manufacturero, se integra a la economía moderna y pasa a dominar el sector capitalista industrial de esas economías. Esta es la nueva realidad que se constituye en América Latina. Trataremos de comprender las leyes que rigen este proceso.

¿Cuáles son sus efectos sobre la estructura de la economía latinoamericana?

En primer lugar, la dimensión de las empresas cambia cualitativamente, formándose corporaciones, generalmente filiales de las corporaciones norteamericanas o europeas. Estas empresas se conducen dentro de los mismos parámetros monopólicos, pero en economías mucho más frágiles, asumiendo una forma todavía más intensamente explotadora. La posibilidad de controlar monopólicamente el mercado les permite ampliar sus ganancias sin recurrir a nuevos mercados y esto disminuye el impacto desarrollista que las empresas podrían tener, en esas economías. Las condiciones monopólicas en que actúan, limitan sus impulsos orientados a la apertura de nuevos mercados, en economías donde la ampliación del mercado, por la destrucción de los sectores precapitalistas o capitalistas atrasados, es el problema fundamental para su desarrollo.

Se produce así una contradicción entre la necesidad que tiene el sistema capitalista en su conjunto de ampliar los mercados para permitir el aumento de las inversiones y los intereses inmediatos de las unidades económicas del sistema (las grandes empresas monopólicas multinacionales) en aumentar sus lucros ampliando la conquista y el dominio del mercado existente.

Asistimos así a un interesante fenómeno ideológico. A pesar del interés de estas grandes empresas en terminar con el dominio oligárquico en el campo e instituir la gran agricultura capitalista moderna, no lo han hecho en suficiente escala, aliándose al latifundio tradicional y aprovechándose de las condiciones de bajos salarios y explotaciones precapitalistas mantenidos por el sistema latifundista tradicional, para obtener altas ganancias con la poca mano de obra que utilizan debido a su maquinaria moderna.

Por otra parte, el énfasis en la reforma agraria, dado al principio de la década del 60 por la Alianza para el Progreso, va siendo sustituido por el interés en la creación del Mercado Común Latinoamericano. En vez de buscar integrar el campesinado en el mercado capitalista, el gran capital está preocupado en integrar regionalmente al mercado de las grandes capitales, ya integrado a nivel nacional, que puede ser mejor explotado eliminando los sectores capitalistas menores y permitiendo una monopolización más completa de la economía. Además, los mercados urbanos crecen a una tasa mayor que el conjunto del país en que están situados, porque las grandes ciudades son cada vez más un mayor polo de atracción de las poblaciones de las regiones subdesarrolladas.

Por todo esto, se puede concluir que hay una contradicción entre las necesidades del desarrollo, tomado en su forma más avanzada posible, y los intereses del gran monopolio, que intensifican el desarrollo capitalista dependiente e hipertrofiado de nuestros países.

En segundo lugar se produce, contrariamente a las expectativas que muchos científicos sociales tenían, una intensiva integración de la economía de esos países por el capital extranjero, que aumenta su dependencia económica del exterior. Pero esta dependencia tiene una contradicción interna. Al mismo tiempo que aumenta la dependencia, disminuye la necesidad objetiva de ella.

Esto se puede explicar de la manera siguiente: en la fase de las economías agrario-exportadoras, basadas en la división internacional del trabajo entre productores de materias primas y productores de manufacturas, las economías subdesarrolladas dependían estructuralmente de la importación de manufacturas. La dominación no era solamente financiera, pues expresaba, al mismo tiempo, una dependencia en el nivel productivo.

Con el desarrollo de la industrialización en los países subdesarrollados, la producción comienza a destinarse, en escala cada vez mayor, al mercado interno. De ahí nacerán las esperanzas en el cambio del centro de decisiones económicas hacia dentro de esas economías; pero, como esa industrialización se hace basada en el capital extranjero, éste se adueña del sector más avanzado de la economía y cierra, cada vez más

² Por el contrario, lo que ha ocurrido hasta el momento ha sido una intensificación de la dependencia de la importación de insumos. Esto se explica por la dificultad de superar ciertos rubros de la sustitución de importaciones, como la petroquímica y gran parte de la industria química, en lo que se refiere a las importaciones de materias primas elaboradas. Mayor es, sin embargo, la dependencia de máquinas pesadas y livianas, bienes durables, máquinas electrónicas modernas, computadoras, etc. Estas importaciones son aún más importantes para la dependencia del país, porque sus divisas continúan sometidas al viejo esquema de la dependencia de la estructura exportadora tradicional. Continuamos prisioneros del control monopólico de los norteamericanos sobre nuestros productos exportados y, por tanto, del círculo de hierro del área del dólar.

fuertemente, sus cadenas sobre dichas economías, haciéndolas más dependientes. Dialécticamente, sin embargo, ese capital se hace tanto más innecesario cuanto más integrada industrialmente sea la economía y, consecuentemente, menos dependiente de los insumos venidos del exterior. Este proceso sólo se completará definitivamente con la instalación de la industria pesada, de máquinas para hacer máquinas, paso que todavía no se ha realizado en forma acabada en los países en desarrollo de América Latina.² Mientras no se dé este paso, subsiste una división del trabajo entre los países productores de bienes manufacturados y de máquinas livianas, y países que producen máquinas pesadas. Subsiste, también, una profunda distancia tecnológica entre los países desarrollados y subdesarrollados. No debe esta digresión oscurecer las tendencias generales que hemos establecido. Queda en pie la tesis que sostiene la contradicción, progresivamente más profunda, entre el dominio ejercido por el capital extranjero sobre la economía y la capacidad técnica de esa economía para autoabastecerse. Podemos plantear esta contradicción sólo en un momento histórico específico, porque esta capacidad de autoabastecerse es siempre relativa, pues a largo plazo se acentúa la tendencia a la internacionalización de las economías nacionales.

Así, el proceso de internacionalización tiene dos caras: una cara dependiente (la actual) y una cara liberada (aquella de lo futuro). La cara dependiente y la cara liberada se presentan en un mismo proceso. La integración de la economía mundial es un hecho positivo y necesario, porque permite la mejor distribución de los recursos, su mayor concentración y mejor utilización. Sin embargo, en el sistema capitalista la internacionalización de la economía se da en el marco de los intereses nacionales de los distintos capitales que se constituyen y se mantienen teniendo como base el fortalecimiento del capital en sus naciones de origen. Por esto la internacionalización de la economía se convierte en un proceso de agudas luchas y contradicciones, lo que es natural en una economía de competencia, aun cuando ésta es una competencia monopólica, es decir, entre monopolios.

Para lograr superar este estado de cosas y realizar una real integración económica mundial habría que eliminar los intereses privados y nacionales. De allí que el proceso actual de integración mundial sea profundamente contradictorio. En primer lugar, porque la tendencia a la integración internacional provoca una situación de dependencia creciente de algunos en favor del mayor control de pocos. En segundo lugar, porque para reaccionar en contra de la integración dependiente, sus víctimas se integran al nivel regional oponiendo la integración regional (caso del Mercado Común Europeo, por ejemplo) a la integración internacional. Ello conduce a largo plazo a preparar el campo para un mayor control de la potencia dominante o para un enfrentamiento mucho más radical de lo que desean las partes en pugna. Un interesante resultado de este proceso a corto plazo es la regionalización del mundo. Y vemos reaparecer los grandes planes regionalistas

a nivel continental. Hasta el momento, sin embargo, Estados Unidos, la gran potencia integradora, ha buscado adaptarse a la situación y sacar partido de ella utilizando sus mejores condiciones de operación en mercados mayores.³

Así, pues, en América Latina, hasta el momento, integrarse regionalmente no es sinónimo de fortalecer su independencia, sino, por el contrario, significa ampliar el campo de su dependencia. ¡Extraño juego dialéctico entre progreso y atraso! El capitalismo no logra realizar el progreso de los pueblos sino aumentando su atraso: es decir, ahogándolo en la estructura explotadora de la competencia y de la lucha del hombre contra el hombre. Podemos concluir, pues, que el proceso de desarrollo, apoyado en el mercado interno y en la expansión de la capacidad productiva nacional, entra en contradicción con el aumento del control del capital extranjero sobre esas economías, Debemos notar, sin embargo, que este proceso de expansión de la autonomía productiva es muy limitado por dos motivos. Debido al avance tecnológico que conduce a una mayor interdependencia entre las varias naciones del mundo, esta tendencia al autoabastecimiento es irrealizable totalmente, lo que, sin embargo, es positivo. Por otra parte, la forma capitalista dependiente en que se desarrolla nuestra economía hace que el crecimiento de nuestra industria se haga a través de un proceso lento y anárquico que no permite liberarse adecuadamente de los insumos del exterior. Más grave, sin embargo, es el hecho de que continuamos prisioneros del comercio restringido al área del dólar. La consecuencia del desarrollo de esta contradicción es una creciente inutilidad estructural de la dominación extranjera y, por ende, la ineficacia histórica del régimen socioeconómico que la mantiene. Es necesario tomar con mucho cuidado esta afirmación. Al hacerse inútil la dominación extranjera se cuestiona todo el régimen económico capitalista dependiente y no sólo la llamada "dependencia externa". Pues, en términos capitalistas, no es posible otra forma de desarrollo que la dependiente. Esta constatación es la llave de nuestro razonamiento, así como de la comprensión del carácter de los cambios que se operan en nuestro continente. De la constatación anterior se deriva el tercer efecto del proceso de industrialización integrada internacionalmente en el capital monopólico en América Latina: la creciente radicalización política.

Durante los años 30, la industrialización tuvo una gran expansión en nuestros países, debido a las dificultades de importación de productos manufacturados derivadas de las crisis del 29 y de la guerra del 39 al 45. En aquel

³Posteriormente a la aparición de este libro, Servan Schreiber se ha hecho famoso con su libro El desafío americano, al denunciar el dominio norteamericano del Mercado Común Europeo. Sus tesis son, sin embargo, equivocadas al exagerar unilateralmente el poder norteamericano. Como señalamos en la primera edición de este libro, el proceso de integración es necesariamente contradictorio. Trabajos recientes han señalado las limitaciones de las tesis sobre el dominio incuestionable y no contradictorio de Estados Unidos sobre Europa (véase Ernest Mandel, Europe versus America? Contradictions of Imperialism, New Left Review Ediciones, 1970) y otras regiones del mundo.

momento fueron los capitales nacionales o de extranjeros emigrados los que se invirtieron, y fue esta burguesía industrial incipiente la que apoyó y muchas veces lideró las tesis industrialistas que fueron sistematizadas por los técnicos que se formaron en nuestros países en estos años (muchos de ellos en las escuelas militares). Burguesía industrial, clase media nueva e "intelligentzia" encontraron su principal base de masas en el proletariado urbano recién emigrado del campo y, a través del populismo, buscaron guiar una política de desarrollo basada en el proteccionismo de la industria nacional, en el subsidio a la compra de maquinarias y en la participación estatal en la creación de la infraestructura del desarrollo.

La gran importancia del Estado en este proceso ha dado una gran participación a los sectores de clase media, a la intelectualidad y a los técnicos, muchos de ellos militares, en la industrialización y en sus efectos sociales.

Después de la guerra, como vimos, el gran capital internacional vuelve a invertirse en América Latina. La penetración del capital extranjero en el sector industrial y en la creación de la gran empresa monopólica cambian mucho esta situación. El poder de la gran empresa la transforma en el sector líder de la clase dominante, representado por los gerentes de las grandes corporaciones multinacionales. De estos hombres, muy poco estudiados por las ciencias sociales, se sabe que son en general extranjeros y que forman parte de una especie de estrato burocrático-empresarial internacional. Están ellos acostumbrados a los modelos de acción nacional y a largo plazo de estas compañías y, ciertamente, su visión ideológica se basa en este pragmatismo científico y, por tanto, en su neocapitalismo fundado en la gran corporación y en el capitalismo de estado y dirigido por una tecnocracia apoyada en los grupos de presión de los diferentes sectores económicos.

En esta situación, se reformulan todas las clases en el sistema de poder. La oligarquía tradicional baja en la escala de la clase dominante a casi un sector residual. La burguesía industrial es obligada a convertirse en socia menor de la corporación extranjera. Parte de las clases medias es incorporada en las funciones gerenciales y en general se vuelve asalariada del gran capital. El capitalismo de estado debe ser integrado directamente en la política de la gran corporación. El proletariado debe organizarse sindicalmente para presionar sobre el poder. Y el campesino debe ser convertido, sea en proletariado sindicalizado, sea en pequeño propietario acomodado.

Es fácil percibir los conflictos que presenta esta evolución planteada por el dominio del capital monopólico. Al formarse un bloque de las clases dominantes latinoamericanas, integrado a través del capital extranjero, el sector industrial de esas clases abandona consecuentemente sus posiciones nacionalistas. Como resultado, se rompe progresivamente el dominio ideológico y político que este sector industrial ostentaba sobre los

movimientos populares, bajo la forma de movimientos y gobiernos “populistas”. Estos movimientos populistas se caracterizaron (como el peronismo y el varguismo) por una vasta ideología industrialista -desarrollista-nacionalista, fundada en un dominio estatal paternalista sobre los trabajadores. Su base social era la lucha de las burguesías industriales, con el apoyo del movimiento de trabajadores recién emigrados del campo en la fase del desarrollo industrial.

La situación se complica todavía con la acentuación de la crisis agraria derivada del desarrollo industrial y con el consecuente surgimiento del movimiento campesino. El retroceso político e ideológico de las burguesías industriales en tales circunstancias sitúa al movimiento popular urbano a la vanguardia de la lucha por el desarrollo nacional y por la reforma agraria, reforzándose con el apoyo campesino. Así, se rompen los viejos esquemas de relación de clases y se reformula el movimiento popular por su base.

La imposibilidad de resolver a corto plazo esta situación, por parte de la burguesía industrial, lleva a una acentuación de las políticas de fuerza. Estas políticas de fuerza tienen dos fundamentos: sustituir las formas populistas de control del movimiento popular y garantizar una política de ampliación de la tasa de ganancia para permitir la formación de los capitales capaces de crear la gran industria pesada. Creemos encontrar ahí el origen de los recientes golpes militares en América Latina que se presentan como un desafío a la interpretación de la ciencia social.

Estos factores políticos y la concentración e integración económicas que analizamos indican las tendencias de la actual estructura de poder de América Latina: 1. la concentración del poder en manos de los grupos monopólicos; 2. la tendencia al fortalecimiento del ejecutivo y/o de regímenes de fuerza como expresión más orgánica de ese poder; 3. la integración todavía más orgánica de la política externa de esos países con los intereses de la política norteamericana; 4. la tendencia a la integración militar aún más orgánica.

Dentro de estas tendencias existen contradicciones muy poderosas que conducen a enfrentamientos y crisis muy profundas. A pesar de dirigirse este trabajo esencialmente a la descripción de las tendencias que resultan de las transformaciones descritas, resultaría excesivamente unilateral si no se mencionasen los límites a la realización de esas tendencias.

Tres son los límites fundamentales. En primer lugar, la contradicción entre la tendencia a la creación de la industria pesada y los intereses del capital extranjero. Vimos que la integración interna de la industria de esos países por la creación de la industria pesada, crea una situación en la cual el capital extranjero pierde su función económica y se encuentra que a este capital no le interesa dar tal paso. Generase así una contradicción muy aguda entre las necesidades de desarrollo y el capital extranjero.

La burocracia y la tecnocracia, en segundo término, ligadas al capitalismo de estado, tienen intereses propios en el proceso de desarrollo. Según sus puntos de vista sería el estado el gran conductor de la creación de la industria pesada bajo la forma de la inversión estatal. Por definición, a este sector le interesa elevar al máximo la participación directa del estado en la economía, lo que le daría mayor parte en el poder y en la riqueza. Esto, evidentemente, hasta los límites de la conservación del régimen capitalista.

El desarrollo estatista tendría especialmente consecuencias nacionalistas, porque apoyaría el desarrollo en fuerzas centrífugas nacionales y no la empresa multinacional. Hay una contradicción entre esos dos intereses, cuya solución dará el carácter del desarrollo futuro de América Latina.

En tercer lugar, la creciente importancia material y política de las clases trabajadoras se convierte en una peligrosa amenaza de reacción a las políticas de fuerza cada vez más radicales. Dentro del cuadro de crisis y tensiones revolucionarias de América Latina, las clases dominantes procuran mantenerse dentro de marcos no muy violentos. Ello hace ineficaz y vacilante esta política, al tiempo que sólo logra contener, por ahora, y aplazar, para lo futuro, los enfrentamientos de clase.

Las luchas posteriores a 1966 han confirmado plenamente las leyes de desarrollo planteadas en los párrafos anteriores. La primera contradicción se ha manifestado sobre todo en las relaciones de los regímenes militares brasileño y argentino con Estados Unidos, que, a pesar de la solidaridad política y los deseos de cooperación y subordinación, no pudieron evitar tensas confrontaciones.

La segunda contradicción se ha manifestado de manera más violenta en el caso peruano, en el cual se estableció un modelo de capitalismo de estado con grandes repercusiones en toda América Latina.

La tercera contradicción se ha evidenciado en la creciente necesidad de utilizar la fuerza represiva por parte de los gobiernos militares o civiles "modernizados" (como la Democracia Cristiana en Chile) como única forma de asegurar la conservación del sistema.

3.1 Notas actuales de 1977

Mucha agua corrió en América Latina después de estos planteamientos y desgraciadamente fueron en el sentido de confirmar las tendencias dictatoriales del capitalismo dependiente que señalamos en 1966 y confirmamos en los agregados de 1971. El golpismo se convirtió en la tendencia dominante en el Cono Sur donde triunfaron los golpes militares de Bolivia (1971), Uruguay (1973), Chile (1973) , Argentina (1976).

Asimismo el gobierno peruano se desvió hacia la derecha en 1976 y el gobierno militar ecuatoriano también revela tendencias derechistas. Otras experiencias militares progresistas como la de Honduras se ven cuestionadas y las dictaduras centroamericanas de Nicaragua, Guatemala y El Salvador continuaron de pie. El gobierno civil de Colombia se ve cada vez más controlado por fuerzas militares de derecha y solamente Panamá mantiene una actitud progresista debido a la lucha por el canal. El apareamiento de la política de derechos humanos de James Carter pone un nuevo elemento en la situación pero no ha logrado hasta el momento modificar sustancialmente la situación. En contra de estas tendencias fascizantes sólo se destacan los dos importantes países petroleros del subcontinente que son Venezuela y México, los cuales forman una alianza con Costa Rica y Panamá y en parte Colombia, apoyados por James Carter. Al mismo tiempo Jamaica y Guyana se aproximan a Cuba y refuerzan un posible frente antifascista, que podría atraer también otros países del Caribe. Sin embargo, todas estas situaciones son precarias: los regímenes de derecha por la creciente oposición de masas que confrontan, los liberales o socialdemócratas por la debilidad intrínseca de su reformismo, los socializantes como Jamaica y Guyana por la fuerte presión internacional que sufren, a través de las políticas desestabilizadoras de la CIA.

En cuanto a las tendencias económicas descritas, es necesario señalar que el avance reciente del imperialismo ha reforzado enormemente la contradicción, entre un desarrollo industrial nacional integrador que se afirme por la vía de la industria de base y pesada y los intereses del gran capital. Este apoya y condiciona un aumento masivo de las industrias destinadas a la exportación no sólo para los mercados regionales sino también para el mercado norteamericano y europeo, así como las exportaciones desde las filiales a las matrices de partes y materias primas industrializadas. Sin embargo, esta reorientación del sistema productivo de los países dependientes no ha avanzado aún de manera masiva debido a las oposiciones que se plantean en Estados Unidos a la entrada de productos industrializados desde los países dependientes, que compiten con pequeñas y medianas empresas locales llevándolas a la quiebra y agravando el desempleo en un periodo de crisis económica.

4. ORIGENES EXTERNOS: EL CAPITAL MONOPÓLICO

Descritos ya, en términos generales, los efectos del proceso de la industrialización integrada en el capital monopólico internacional sobre las economías y las sociedades latinoamericanas, debemos buscar los orígenes de esas transformaciones en el centro de la economía imperialista, en la propia potencia integradora.

Para explicar dichos cambios en la división internacional del trabajo, no podemos analizar solamente su cara subdesarrollada. Tenemos que detectar aquellos que ocurrieron en la economía norteamericana y que permitieron e impulsaron los fenómenos expuestos.

Si en parte el nuevo carácter de las inversiones extranjeras tuvo origen en los avances industriales que se produjeron en América Latina durante las décadas del 30 y del 40, por otro lado, estas inversiones, debido a su propia dinámica interna, conducían a estas situaciones.

Paul Sweezy y Paul Baran sistematizan, en trabajos recientes, los importantes cambios estructurales que han ocurrido y ocurren aún en la economía norteamericana.⁴

En lo que se refiere a los aspectos que interesan a nuestro análisis, se pueden ellos resumir en los siguientes puntos:

1. La unidad típica en la economía capitalista moderna ya no es principalmente la pequeña o mediana empresa enfrentada a un mercado anónimo, sino "una empresa de gran escala que produce una parte significativa del producto de una industria, o de varias industrias, y que es capaz de controlar sus precios, el volumen de su producción y los tipos y montos de sus inversiones"

De esta manera, la propia unidad económica adquiere atributos del monopolio. El monopolio se convierte en el elemento esencial del funcionamiento del sistema, sin destruir, sin embargo, las leyes de la producción de la plusvalía como fundamento del sistema. Al mismo tiempo, los dirigentes de las empresas monopolistas llegan a ser el sector integrador de la clase dominante en sustitución a los capitalistas financieros del final del siglo pasado y comienzos del siglo xx.

2. El sector de las grandes empresas norteamericanas, ligado a la inversión en el exterior, deja de ser un elemento complementario y se constituye en elemento integrante de esas empresas, disponiendo de alta participación en el total de sus inversiones y ganancias.

⁴Monopoly Capital, Monthly Review Press, New York, 1966 (hay traducción castellana realizada por Siglo XXI) y "Notas sobre la teoría del Imperialismo", en Monthly Review, selecciones en castellano, núm. 31. La bibliografía sobre el tema se ha ampliado enormemente en los últimos cuatro años. Destacamos solamente para los lectores el trabajo de Harry Magdoff, La Era del Imperialismo, Monthly Review, ediciones en castellano (hay edición en México de la Editorial Nuestro Tiempo). El autor está preparando un libro sobre este tema como resultado de una investigación que dirige en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile. Estos estudios fueron publicados entre 1969 y 1973 y sintetizados en un libro reciente a editarse por Editorial Era sobre Imperialismo y Dependencia.

Las corporaciones multinacionales que disponen de amplias ramas productivas en el exterior (no solamente para integrar un trust con producción de materias primas, sino como extensión a nuevos centros económicos de sus actividades productivas) son hoy la forma más avanzada de la empresa norteamericana. Los datos de Baran y Sweezy,⁵ al estudiar una gran empresa típica -la Standard Oil de Nueva Jersey-, confirman ampliamente esta segunda característica; tanto en lo que respecta a la extensión de los bienes producidos en el exterior, que suben en el porcentaje interno del conjunto de la producción de la empresa, como en lo que se refiere a la expansión de subsidiarias por todo el mundo (Cuadro 4) como finalmente, en relación a las ganancias en el exterior respecto al conjunto de las ganancias de la empresa (Cuadro 5) y al conjunto de los beneficios percibidos por los accionistas (Cuadro 6).

CUADRO IV

CUADRO V

CUADRO VI

CUADRO VII

Un análisis de la relación entre las inversiones directas de capital de Estados Unidos en el exterior y los beneficios obtenidos muestra la importancia que tienen estas inversiones en la economía norteamericana, así como sus efectos descapitalizadores sobre las economías subdesarrolladas (Cuadro VII) .

¿Qué significado tienen para nosotros esos datos?

Muestran que las empresas monopólicas de los centros dominantes se irradian para los países subdesarrollados en forma de subsidiarias que llevan sus estilos de organización monopólica hacia economías mucho más frágiles, produciendo los efectos que señalamos. Muestran, también, que esas subsidiarias forman parte de un organismo internacional muy complejo a cuyos intereses tienen que ajustarse.

⁵ Paul Baran y Paul Sweezy, "Notas sobre la teoría del Imperialismo", en Monthly Review, selecciones en castellano, núm. 31, Santiago, 1966

El proceso de integración revela así tres aspectos muy importantes: el ajuste de las dimensiones de las empresas en los países subdesarrollados a patrones que les son extraños y el ajuste de la política de esas empresas a intereses que también les son ajenos y muchas veces contrarios, como demuestran Baran y Sweezy en el artículo citado. Por fin, el proceso de integración implica un proceso de descapitalización por las remesas de ganancias y otros beneficios muy superiores a las inversiones realizadas. Los datos y el análisis de Baran y Sweezy nos permiten tanto comprender el carácter del crecimiento de nuestros países en las condiciones de la integración capitalista internacional, como hacen resaltar importantes consecuencias de ese crecimiento.

4.1 Nota de 1977

Los datos divulgados posteriormente a estos escritos (1966) indican un fortalecimiento del capital bancario tanto dentro de Estados Unidos y de los países desarrollados como en los movimientos financieros hacia los países dependientes. Se puede cuestionar en consecuencia la tesis aceptada por nosotros en 1966 de que los directores de las empresas multinacionales (EMN), podrían ocupar la posición integradora de la clase dominante en los países desarrollados. Asimismo, la crisis económica iniciada en 1967 en escala internacional ha reforzado el poder de los grupos económicos con una sólida base financiera y ha minado sustancialmente la capacidad de autofinanciamiento de las grandes empresas.

II. La crisis Latinoamericana

1. DESCRIPCIÓN DE LA CRISIS

En vista de los fenómenos que hemos descrito, la crisis latinoamericana ha llegado a un grado muy profundo. En este momento, por todas partes se rompen los viejos esquemas políticos, sociales y económicos, con lo asimismo los modelos interpretativos de esta realidad.

¿Cómo se manifiesta esta crisis latinoamericana tan sentida por los pueblos del continente?

Los elementos más evidentes de la crisis son: al nivel económico, la baja producción acompañada de una manifiesta desigualdad del ingreso, la inflación incontrolable que corroe a la mayoría de estas economías y a la seguridad de los asalariados, el estancamiento o baja del crecimiento económico latinoamericano en la década de los 60s; desde el punto de vista social, están los fenómenos de la marginalidad progresiva de amplias capas de la población urbana y rural, los índices de subdesarrollo tan conocidos (analfabetismo, bajo consumo de energía y otros productos vitales, etc.), la crisis de la juventud, las huelgas y conflictos interminables; desde el punto de vista político, la inestabilidad de las democracias representativas y el ascenso de los grupos militares al poder, la creciente guerra civil-militar continental que involucra ejércitos guerrilleros, manifestantes, etc. Por último, a nivel cultural e ideológico encontramos una gran crisis de los modelos de análisis e interpretación de nuestra realidad que estuvieron firmemente aceptados por largos periodos. Se puede hablar de una desconfianza generalizada hacia los ídolos de nuestra cultura. A este vacío ideológico provocado por la crisis de estos modelos de interpretación de nuestra realidad se agrega la crisis de las instituciones culturales, básicamente la universidad.

A un nivel más profundo vemos que esta crisis, que aparece bajo estas formas tan brutales y violentas, encuentra su origen en una situación común a todo el continente, en la cual cada país ve reflejados los problemas de los otros en su realidad y su realidad en los problemas de los otros. Las esperanzas que se habían generado a raíz del proceso de industrialización de los años 30 a 60 se van progresivamente derrumbando con la demostración de que la industrialización hizo crecer los problemas anteriores, generando nuevos problemas cuyas causas se hacen progresivamente evidentes.

De la crisis actual surge la noción de que el subdesarrollo de nuestros países tiene su origen en una situación que es común a todos ellos: la situación de dependencia de nuestras naciones de los centros hegemónicos mundiales. La categoría de la dependencia aparece así como un instrumento de análisis fundamental de nuestra realidad. En esencia, podemos comprender hoy día que el desarrollo de nuestros países tiene sus patrones particulares, que están dados por la situación de dominación a que estamos sometidos económica, social y políticamente. Estos patrones específicos determinan un tipo de desarrollo dependiente que tiene como característica fundamental el de hacerse con criterios doblemente explotadores.

Este desarrollo es explotador en alta intensidad, en el interior de la economía, por apoyarse en fuerzas tecnológicas coercitivas mucho más amplias que aquellas generadas por el desarrollo natural de las sociedades nacionales. Es decir, la clase dominante de los países dominados o dependientes se apoya en el desarrollo de una tecnología y de un sistema de relaciones socioeconómicas generado en otros contextos que le permiten disponer de un poder muy superior sobre la capacidad productiva y consecuentemente sobre los otros sectores de la población.

Por esto, esta clase dominante asegura no sólo un amplio margen de producción expropiable, como también puede aprovecharse del bajo nivel de exigencias de los trabajadores y de los consumidores del sistema donde se desarrolla la dominación. El resultado es, pues, un sistema de duplicada explotación del trabajo.

En segundo lugar, la condición dependiente asegura otra forma de sobreexplotación: la que se hace desde el exterior llevando parte sustantiva del esfuerzo nacional de acumulación de capital. De la gran parte ya sobreexplotada de la producción nacional se va una parte muy grande hacia el exterior, que no se reconvierte en forma de consumo e inversión internos dentro del sistema.

De esta situación de doble sobreexplotación resulta el carácter excluyente del desarrollo capitalista dependiente que nosotros vivimos. El crecimiento económico al que asistimos en nuestros países en los años 50 lo demostró. Este crecimiento se hace, por un lado, incorporando un sector minoritario de la población al sistema productivo (que, como vimos, está fundado en una sobreexplotación) y, por otro, excluyendo y marginando a capas cada vez más extensas de la población.

2. LA CRISIS DEL DESARROLLO DEPENDIENTE

De esta combinación tan contradictoria de elementos resulta la complejidad de la crisis de nuestros países, que se puede resumir como la crisis del desarrollo capitalista dependiente. El concepto de dependencia nos sirve, pues, como guía para calificar los complejos elementos que componen esta situación. Detengámonos un poco en este concepto. Vimos que la dependencia es una característica intrínseca del sistema socioeconómico de los países subdesarrollados. La situación internacional se caracteriza por la existencia de una interdependencia creciente entre las economías nacionales a escala mundial bajo la hegemonía de uno o varios centros dominantes que transforman este desarrollo en acumulación de riqueza y poder para ellos en detrimento de las amplias mayorías mundiales. Esta situación tiene una cara interna en los países dominados. Esta cara interna no es, pues, una consecuencia de factores externos, sino que es su propia manera -el modo dependiente- de participar de este proceso de desarrollo de la economía mundial capitalista. La dependencia es, pues, el modo específico de la producción capitalista en nuestros países. Es, también, la forma en que se estructuran nuestras sociedades. La dependencia es la situación que condiciona nuestro desarrollo y le da una forma específica en el contexto mundial -la del desarrollo capitalista dependiente-. Este desarrollo sigue leyes propias, condicionadas por esta situación, que tenemos que descubrir para poder actuar conscientemente sobre nuestra realidad.

La no consideración de los límites del desarrollo dependiente hizo que la ciencia social latinoamericana aspirara para nuestros países un desarrollo que los conduciría a la misma situación de los países capitalistas avanzados. Pero la realidad se mostró muy diversa, lo que lleva hoy día a una autocrítica de este mismo pensamiento. La comprensión del desarrollo latinoamericano y de las leyes que lo rigen exige rebasar los límites de esta situación condicionante, es decir, exige rebasar los límites y los horizontes teóricos e ideológicos de la denominación. Exige, pues plantear la superación del sistema socioeconómico que genera la dependencia. El concepto de dependencia así comprendido es instrumento indispensable para encontrar las leyes que rigen el desarrollo de nuestras sociedades -su forma, su movimiento y las alternativas posibles de su desarrollo dentro de las cuales nos cabe actuar.

Al concebir el desarrollo latinoamericano como un modo particular del desarrollo del sistema capitalista mundial, tenemos que comprender en primer lugar este sistema para entender nuestra crisis. Desde la posguerra, el desarrollo del capitalismo comienza a presentar características particulares que son el producto de un conjunto de factores que se acumularon en el principio del siglo XX y explotaron con ocasión de la Segunda Guerra Mundial. A este sistema particular de relaciones mundiales intercapitalistas lo llamamos el proceso de integración monopólica mundial.

Sus características centrales son, en primer lugar, un proceso de integración de todas las potencias capitalistas bajo el control hegemónico de Estados Unidos, con base en la ideología de la unidad del mundo occidental cristiano frente al enemigo común: el campo socialista en expansión. En segundo lugar, este proceso de integración se presenta fundado en una infraestructura económica cuya célula está, como lo vimos, en la gran empresa monopólica multinacional y conglomerada. Estas empresas tienen como característica propia, a diferencia de la empresa monopólica de preguerra, el carácter de empresas cada vez más integradas en la economía mundial, de la cual depende gran parte de su funcionamiento, sobre todo a nivel de la estructura internacional de sus inversiones. Estas empresas operan cada vez más a nivel mundial, teniendo a Estados Unidos como su principal base de operaciones.

Elas también disponen, al mismo tiempo de un flujo de capitales superior a sus posibilidades de inversión a nivel nacional y productivo. Esto las transforma en empresas casi financieras que invierten su excedente creciente de capital no con el criterio de reforzar su unidad tecnología (como ocurría en la etapa de la trustificación), sino con objetivos directamente financieros. El resultado es que se forman empresas que coordinan las más diversas actividades económicas formando los "conglomerados" modernos, empresas especuladoras que movilizan su capital en función de la monopolización de los sectores más dispares y por tanto de una maximización de lucros que las lleva a un exceso creciente de recursos. La acción de los conglomerados es acumulativa: lleva a una brecha creciente entre la disponibilidad de los capitales, recursos y el mercado.

Por esta razón, el problema central de estas empresas, y del sistema neocapitalista en el cual se desarrollan, es el de la organización de mercados masivos que permitan mantener en crecimiento las posibilidades de inversión de capital. El estado, particularmente la industria militar, con sus compras masivas a largo plazo permite estabilizar gran parte del mercado de esas empresas. Los sistemas de venta a plazo, la publicidad y la investigación de mercado, garantizan por otro lado la dinamización del consumo privado. Las mismas grandes empresas consumen, a su vez, gran parte de la producción de las otras empresas productoras de bienes de capitales, asegurando el equilibrio del sistema a corto plazo. Este equilibrio está, sin embargo, basado en la no consideración del desequilibrio básico dado por la contradicción entre la expansión acumulativa de la ganancia y la expansión restringida del mercado.

Los países subdesarrollados aparecen para estas empresas como un mercado importante de bienes de capital a través de la instalación de nuevas industrias, que consumen en general maquinaria y materia prima elaborada importadas de los países desarrollados. El progresivo control de estas oportunidades de inversión en los países subdesarrollados permite a los monopolios ganar una gran expansión y constituirse como empresas multinacionales y conglomeradas en búsqueda de constantes fuentes de inversiones.

Esta es la clave de la actual crisis latinoamericana. La acción expansiva de esas empresas crea tres fenómenos interrelacionados que están en el centro de esta crisis. En primer lugar, el carácter expansivo y las grandes dimensiones de estas empresas entran en un choque cada vez mayor con las limitaciones de los mercados internos latinoamericanos y las estructuras exportadoras y de autoconsumo que precedieron a esta expansión. De ahí la necesidad de apoyar y estimular una política de reforma. En segundo lugar, la inversión de este capital se hace a través de la transferencia masiva de la tecnología recién superada y sustituida en los países desarrollados cuyo objetivo básico es el ahorro de mano de obra en relación al capital invertido. El resultado de este tipo de desarrollo es provocar un gran desequilibrio entre la producción acrecentada y las oportunidades de trabajo. Esto tiene dos efectos básicos en países en expansión poblacional y migratoria y en proceso de sustitución de técnicas primitivas con las cuales substituían vastas capas de la población: el crecimiento relativo de las oportunidades de trabajo es muy inferior al crecimiento de la población en su conjunto y al de la mano de obra desplazada por la introducción de nuevas tecnologías. El resultado de este proceso es la creciente marginalidad de amplios sectores de la población urbana y rural, que constituyen una especie de subproletariado.

El capitalismo dependiente es, pues, esencialmente excluyente en su crecimiento, lo que hace crecer la inestabilidad y el desequilibrio internos de la sociedad y consecuentemente el equilibrio político del régimen se ve amenazado por la creciente presión de consumo de las masas que no pueden ser absorbidas, además de la presión normal de los sectores ya absorbidos por el sistema.

Esto crea una situación estructural de inestabilidad política que exige, por parte de la clase dominante, recurrir a una política de fuerza para garantizar la sobrevivencia del sistema. Esta necesidad entra en contradicción con las exigencias de la política de reforma, que podría quizás disminuir estas presiones temporalmente, y hace acumularse los factores que impiden la reforma. La solución intentada en los últimos años ha sido la de realizar la política de reformas o modernización desde arriba, es decir, a partir de una minoría militar ilustrada por las escuelas superiores de guerra, pretendiéndose obtener el apoyo de las élites sindicales, políticas, estudiantiles, etc. Este esquema ha fallado básicamente por la imposibilidad estructural de combinar reforma y represión de forma eficaz. Las reformas se convierten en sus propias sombras -unas pequeñas medidas modernizadas- y la represión se hace ineficaz por su vacilación entre reprimir y buscar apoyo en los sectores afectados por la represión. En tercer lugar, el capital de las grandes empresas multinacionales se invierte dentro de la perspectiva de aumento de la tasa de ganancia a nivel mundial, y las condiciones de operación más adecuadas a su volumen e intereses son las monopólicas, donde se asegura

una alta tasa de ganancia a través del control del mercado. Esto limita relativamente la necesidad de ampliación del mercado de esas empresas y disminuye sus objetivos reformistas. El conglomerado como agente individual prefiere a corto plazo tomar las empresas más lucrativas de los más distintos sectores que ampliar el mercado nacional a través de una política reformista. La integración y el control sobre los mercados existentes se revela como una política más fácil y menos arriesgada. Así, en vez de profundizar una política reformista se prefiere hacer planes de desarrollo regional a través de estímulos artificiales a la inversión que profundizan la exclusión y marginalización de amplios sectores. O se prefiere las integraciones latinoamericanas o subregionales que permitan integrar los mercados ya existentes y someterlos al control de unos pocos grupos monopólicos.

Resultado: más monopolización, más utilización de tecnología ahorradora de mano de obra, más desempleo relativo, más aumento de la tasa y volumen de la ganancia, mas contradicción entre el crecimiento acumulativo de los recursos de capital y el crecimiento limitado del mercado. De esta manera, el crecimiento del capitalismo dependiente profundiza mucho más rápidamente las contradicciones del capitalismo en general y genera otras contradicciones específicas. La crisis latinoamericana es un producto combinado de la crisis de este desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del sector subdesarrollado o precapitalista industrial, bajo su forma internacional o nacional. Estas otras dos dimensiones de la crisis son las que se ligan, por una parte, al problema del consumo y de las relaciones económicas externas y, por otra, al mercado interno y las estructuras anteriores al capitalismo industrial. Por último, el desarrollo del capitalismo dependiente no excluye las leyes de funcionamiento del capitalismo monopólico en general, y estas leyes asumen su forma particular en las condiciones de funcionamiento de las empresas monopólicas en los países dependientes. La acumulación de capital tiene sus exigencias internas, que someten la producción a formas cíclicas de crecimiento, de las cuales no escapa el capitalismo industrial ligado al mercado interno de los países dependientes. Nuestro análisis busca, después de haber caracterizado la situación de conjunto, analizar la especificidad de cada una de estas fases de la crisis general del desarrollo capitalista dependiente y enseguida combinarlas para recoger de allí las leyes de funcionamiento de estas realidades históricas concretas que son las sociedades latinoamericanas. En este capítulo introductorio pretendemos señalar las características generales de la crisis en cada uno de estos aspectos, que serán tratados más profundamente en el caso brasileño a partir de los próximos capítulos. Ya vimos ligeramente lo que se refiere a las características específicas del desarrollo dependiente en la fase de integración monopólica mundial. Vimos que ella conduce a una crisis económica general que se divide en tres aspectos específicos: la crisis del sector externo, la crisis del sector tradicional y la crisis del sector capitalista industrial.

3. LA CRISIS DEL SECTOR EXTERNO

La producción exportadora de Latinoamérica sufrió un gran golpe en la posguerra con la sustitución progresiva de las materias primas naturales por productos sintéticos. Los datos revelan un deterioro de los precios de los productos exportados por nuestros países, que se refleja en la congelación o baja del valor de la producción exportada. Tal hecho no tendría mucha importancia si el proceso de industrialización basado en la sustitución de productos manufacturados importados por los nacionales condujera a largo plazo, como se esperaba, a una disminución de la importancia de la importación, que sería sustituida por los productos nacionales. Sin embargo, los hechos muestran que la instalación de industrias nacionales sustitutivas llevó a la necesidad de importar maquinarias, materias primas sintéticas y otros insumos de los países desarrollados. El resultado fue la dependencia cada vez más estrecha del comercio exterior para el funcionamiento de los sectores más dinámicos de la economía nacional. A pesar de que el balance comercial, es decir, las relaciones entre compra y venta de mercancías, es en general favorable para nuestros países, esta ventaja es cada vez menor y hay una evidente escasez de divisas para importar una cantidad de insumos básicos que limita las posibilidades expansivas del sistema.

Pero el problema del balance comercial en creciente deterioro no es sino un aspecto del gravísimo problema de la crisis del comercio exterior. Los aspectos más importantes son los relacionados al balance de servicios, donde está el déficit fundamental de nuestro balance de pagos. En lo que respecta al balance de servicios, dos son los rubros más importantes: lo que se refiere al balance de servicios propiamente y lo que se refiere al balance de capitales. En cuanto a lo primero, conocemos la gran significación de los pagos por fletes que están monopolizados por los países desarrollados. Estos fletes son pagados, tanto sobre la importación como sobre la exportación a navíos de otras banderas, por ausencia de una marina mercante nacional con poder de competencia internacional. Gran parte de los dólares obtenidos por la exportación de los productos latinoamericanos son destinados al pago de los fletes cobrados para exportar e importar los productos comerciales. Ahí empieza el déficit del balance de pagos. Este déficit se profundiza cuando se examina el balance de capitales, que es desfavorable para América Latina, sobre todo a partir de los fines de los años 50, como resultado de la remesa de las ganancias obtenidas por las empresas extranjeras que se introdujeron y controlaron la producción interna en el periodo de la posguerra. Además del servicio del capital extranjero operan otros factores negativos del balance de capitales, que son los servicios de los empréstitos gubernamentales y de la deuda externa, más específicamente. Esta situación deficitaria de los balances de servicio y de capital originó la necesidad de financiar el déficit del balance de pagos a través de nuevos empréstitos, que significarán no sólo el pago en plazo fijo de éstos sino también el pago de los intereses. La

imposibilidad de equilibrar el balance de pagos va conduciendo a la necesidad de nuevos empréstitos, lo que conduce a una acumulación de los efectos deficitarios y a una acumulación consecuente de la deuda externa y de su servicio. Todo esto nos lleva a reconocer el carácter estructural de la crisis del comercio exterior. La crisis de la producción de bienes primarios es un hecho irreversible, y por más que los países subdesarrollados logren imponer mejores condiciones de precios como lo pretenden CEPAL, UNCTAD, etc., no podrán impedir la marcha irreversible de la tecnología. La solución de que estas materias primas sean industrializadas en los países de origen quizás tenga viabilidad económica a plazo mediano, pero no llega a alterar profundamente el problema.

El déficit de las relaciones de capital tiende a aumentar, pues las empresas extranjeras instaladas en América Latina tienen activos crecientes a través de la reinversión de parte de las ganancias obtenidas, lo que significa una progresión acumulada del volumen de la ganancia, que tiende a ser también más grande relativamente al aumento del monopolio de estas empresas sobre los mercados latinoamericanos. Estos mecanismos de acumulación que describimos anteriormente revelan una tendencia a la profundización del problema de la deuda externa y un aumento cuantitativo de la misma. Así lo muestran los datos que consignan un aumento porcentual creciente del servicio de la deuda externa en relación al ingreso nacional de los países latinoamericanos.

No hay ninguna tendencia operando dentro de las sociedades capitalistas dependientes que pueda contrarrestar seriamente las tendencias descritas sin romper los marcos del sistema. Esto nos hace aceptar como real la existencia de una crisis secular del sector externo de las sociedades dependientes. Esta crisis secular conduce a una situación de dependencia progresiva de nuestras economías, de nuestras sociedades y de nuestra política respecto al centro hegemónico mundial del sistema. Ella se manifiesta en un conjunto de crisis parciales, cuya ausencia de solución produce una acumulación de los elementos de la crisis. Toda vez que hay una caída significativa de precios de los productos exportados, o una lucha por establecer mejores condiciones contractuales para su venta, o cuando hay que reescalonar la deuda externa o cuando se presenta la necesidad de desvalorizar las monedas nacionales, etc., se manifiesta la crisis general del comercio exterior latinoamericano (y subdesarrollado en general). Los intentos ideológicos de buscar solución a estos problemas estructurales con base en el sistema actual sólo hacen desviar la lucha de liberación nacional de estos pueblos hacia fines reformistas, cuyos estrechos límites y objetivos de clase son evidentes. Para lograr una visión científica de la crisis del comercio exterior de América Latina hay que situarse, pues, en la perspectiva de la superación del sistema capitalista internacional y nacional. Sólo desde la perspectiva de la emancipación nacional gana sentido, pues, el análisis de estos problemas aparentemente técnicos y neutrales, "tecnificados" y "neutralizados" por los intereses de clase que quieren impedir la solución de ellos.

4. LA CRISIS DEL SECTOR TRADICIONAL

El otro nivel de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es el relativo a la crisis de la economía y sociedades exportadoras tradicionales y de las economías de autoconsumo que con ella se relacionan. Este sector tradicional es objeto de una revisión conceptual muy importante en la actualidad. Es necesario caracterizarlo como producto de una economía exportadora ligada a la expansión del comercio mundial y, por tanto, al desarrollo del capitalismo. Como tal no puede inscribirse en el modo de producción feudal, cuya esencia es estar volcado hacia el autoconsumo. Sin embargo, el hecho de que esta producción se hiciera en las condiciones de países esencialmente exportadores de materias primas y productos agrícolas en condiciones económico-sociales donde existían tierra abundante para monopolizar y mano de obra escasa, obligó al sistema a reforzar la política del control servil o semiservil de la mano de obra a través de distintos mecanismos. En estas condiciones, la expansión de la producción primaria hacia el comercio mundial capitalista en crecimiento no permitió, por lo tanto, el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalista y aseguró la existencia de una mano de obra semiservil al lado de sectores asalariados con muy bajas condiciones de negociación. Desde el siglo XIX, la compensación del sistema latifundista a los trabajadores sin tierra era ofrecerles el uso de la tierra a cambio de una parte de la producción (aparcería), o se abría a esos trabajadores la posibilidad de obtener una propiedad minifundiaria, la que funcionó como poderoso factor de estabilidad social en el campo durante un largo periodo. El minifundio, al mostrarse insuficiente para mantener la familia campesina, obligaba al campesino a trabajar en los latifundios en la época de la zafra, consolidando las relaciones personales y semiserviles entre los campesinos y el dueño de la tierra. Las relaciones señoriales se combinaron así con la expansión capitalista de la economía y de la sociedad y con el proceso de modernización de las zonas urbanas resultantes de la expansión de los grandes centros comerciales exportadores y de una incipiente producción industrial.

Esta combinación ha sido siempre uno de los más difíciles problemas para la comprensión de nuestra sociedad. Ella ha asumido, sin embargo, un carácter siempre precario, que se va reestructurando en la medida en que van cambiando las correlaciones de fuerza en el interior del sistema. La crisis del sector tradicional, que en el pasado reciente (siglo XIX) fue el sector más moderno de las economías dependientes, es consecuencia de los cambios que provoca el desarrollo capitalista industrial. Es necesario pues, estudiarlo antes de bosquejar el cuadro de la crisis del sector tradicional.

5. LÍMITES DEL SECTOR INDUSTRIAL CAPITALISTA

El problema se complica todavía más cuando a esta combinación entre la expansión capitalista exportadora y las relaciones señoriales se junta el sector capitalista industrial moderno, producto del proceso de sustitución de importaciones que tiene su primer impulso importante en la gran guerra de 1914 y ganara su gran esfuerzo después de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial. Ese sector surge en estrecha dependencia del sector exportador que era: a) fuente de ingresos de divisas para la importación de maquinarias y materias primas esenciales a la industrialización; b) principal sector consumidor interno de los productos industriales y, por tanto, esencial a su desarrollo; c) fuente de capitales para la inversión industrial, que representaba una apertura fundamental para las inversiones de los sectores primario y comercial en crisis.

La combinación de éste y otros elementos hizo que el sector capitalista industrial emergente se encontrara estructuralmente dependiente del viejo sector exportador y llegara a formas de combinación estrechas y profundas con él. Como intento de conceptualización de esta combinación, al mismo tiempo complementaria y contradictoria de elementos, surgió la tesis de la sociedad dual o del dualismo estructural, cuyo error fundamental era separar, en compartimentos estancos formas sociales que eran antes que todo complementarias e interdependientes. La tesis del dualismo estructural suponía también la existencia de un sector tradicional precapitalista apartado del desarrollo del capitalismo europeo, y no lo que sería correcto, es decir, concebir al sector llamado "tradicional" como un producto de la expansión del capitalismo mundial, cuya forma de participación específica en esta expansión ha sido la de países dependientes, con la consecuente formación de una estructura socioeconómica específica. Se equivocaba esta teoría, pues, al conceptualizar este sector llamado "tradicional" y, mucho más, todavía, al relacionarlo con el supuesto sector "moderno" bajo la forma de una transición que suponía el pasaje de una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. En realidad, el desarrollo combinado y desigual del sistema capitalista mundial encontraba una extraña materialización en los países dependientes. Trataré, pues, de comprender esta compleja combinación de elementos complementarios y contradictorios y sus efectos sobre la crisis latinoamericana.

El desarrollo del sector industrial moderno, tanto en la ciudad, como su penetración en el campo, cambia profundamente la situación al sustituir mano de obra por máquinas, romper el equilibrio tradicional, abrir nuevos métodos de competencia y nuevas necesidades estructurales. La necesidad de ampliar los mercados en el campo choca con la interdependencia entre la industrialización y la producción exportadora tradicional, que se debe a las tres razones que hemos visto. La supervivencia del sector tradicional, que tantas veces ha causado espanto o admiración, no se explica, pues, por su propia fuerza interna, hoy día tan debilitada, sino por la necesidad que el sector capitalista industrial tiene de él.

Pero el hecho es que el sector latifundista exportador está en crisis. Crisis económica por su pérdida de poder a nivel mundial con la desvalorización de los productos primarios y a nivel nacional por la pérdida de importancia relativa del sector exportador frente al sector industrial en avance. Crisis política por la desagregación del poder político de las viejas oligarquías agrarias o mineras en las comunidades rurales o semirurales. Crisis social por la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo tecnológico bajo control del capitalismo monopólico. Crisis ideológica por la pérdida de autoridad y legitimidad del modelo del estado liberal que sustentaban estas oligarquías.

La difícil dialéctica del desarrollo capitalista industrial dependiente oscila, pues, entre la necesidad histórica de eliminar el dominio de estos sectores sobre una amplia capa de la población y la necesidad que tiene de ellos como fuente fundamental de divisas, de ingreso y de capital. Oscila entre la necesidad de ampliar el mercado rural y la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo del capitalismo en el campo. Todo esto genera una crisis general de este sector y de la política reformista. Esta ambigüedad es uno de los elementos más importantes y, al mismo tiempo, más complejos de la realidad latinoamericana actual. La crisis general y secular se agrava y llega a momentos dramáticos toda vez que la burguesía monopólica busca caminos legales y administrativos para abrir nuevas relaciones de producción en el campo, o se agudiza aún más cuando las masas campesinas, sufriendo el efecto de la crisis, se rebelan casi siempre con apoyo de la clase obrera y del movimiento estudiantil en las ciudades. Esta crisis aumenta con la pérdida progresiva de poder de los viejos sectores exportadores, que los conduce a un mayor endurecimiento e irracionalidad en su política conservadora; sin embargo, estos sectores disponen todavía del poder suficiente como para poner a los otros sectores de las clases dominantes en la opción de escoger entre la política que defienden para la clase dominante o la de los movimientos populares -sean ellos radicales o incluso reformistas-, que amenazan a corto o largo plazo al conjunto de aquella clase.

6. CARÁCTER CÍCLICO DE LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL

La última dimensión de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es la que respecta al carácter cíclico de la economía capitalista industrial, que agrega a las crisis del comercio exterior y a la crisis del mercado interno las oscilaciones cíclicas del capitalismo nacional. No trataremos aquí de las oscilaciones cíclicas del capitalismo internacional o de los centros hegemónicos, porque nos llevaría a caminos muy largos. En la Segunda Parte de esta obra se hacen referencias a ellas. En lo que respecta al desarrollo del capitalismo monopólico en nuestros países, es necesario resaltar su carácter específico. Es decir, se caracteriza por la estrecha combinación

entre distintos elementos específicos de nuestra condición dependiente. En la acumulación de capital de nuestros países se combinan distintos procesos, que producen un capitalismo esencialmente inflacionista. La necesidad de que el estado tome la iniciativa de la producción en los sectores básicos de tal forma que cree la infraestructura del sector industrial lo hace asumir múltiples responsabilidades, que generalmente son deficitarias por la presión de los que utilizan estos servicios en el sentido de pagar bajos precios. El financiamiento de las inversiones desarrollistas privadas también exige adelantos estatales, logrados con base en la expansión del circulante monetario. El sistema bancario, presionado por la demanda de financiamiento a largo plazo, busca su refugio en el estado, que le proporciona los fondos necesarios asumiendo esta responsabilidad inflacionaria. La acción de los monopolios conduce al aumento de los precios y, además, las presiones de ampliación del consumo de las clases medias también actúan como otros factores inflacionarios.

La teoría económica latinoamericana de los nacionalistas y de la CEPAL le ha dado especial énfasis al llamado carácter estructural de la inflación de los países subdesarrollados. La inflación sería un producto de la oferta insuficiente frente a la demanda en expansión, cuya causa estaría en los sectores subdesarrollados, que producirían cantidades inferiores a las necesidades. Una oferta insuficiente conduciría, pues, al aumento de los precios. Por tanto, la inflación tenía que ser eliminada a través del desarrollo. Esta teoría no hace sino reflejar una vez más la tendencia de la teoría del desarrollo a echar la culpa de todos los males del sistema al "subdesarrollo" y no al desarrollo capitalista. El hecho de que la industrialización no haya eliminado la inflación, sino que la haya aumentado, debilita esta teoría. La justificación que se da es considerar la inflación de un origen abiertamente gubernamental como marginal y necesaria para lograr el desarrollo. Las políticas propuestas por estos teóricos están orientadas hacia medidas de carácter desarrollista, poniendo en segundo plano el problema de la inflación, puesto que se la considera como un fenómeno superestructural. La realidad de los años 1965 a 1968 en algunos países industrializados de Latinoamérica presenta una situación de estancamiento junto a las altas tasas de inflación, lo que ha hecho caer esta teoría, llevando al paroxismo a sus defensores y obligándolos a admitir la necesidad de políticas de estabilización monetaria toda vez que llegan al poder. La inflación es una expresión de las contradicciones del desarrollo capitalista en general, y en nuestros países es la expresión de un conjunto muy complejo de contradicciones específicas. La necesidad de nuevas inversiones presiona sobre el sistema bancario y el estado y aumenta necesariamente el monto del dinero en circulación; la presión por aumento salarial tiende a acentuarse en los periodos de crecimiento económico, provocando una caída de la tasa de ganancia, en virtud de los aumentos salariales logrados, o provocando un aumento de precios; varios otros factores que no compete analizar aquí hacen que los periodos de ascenso económico en el capitalismo lleven inevitablemente a la inflación. Los distintos grupos luchan por quedarse con la natural redistribución del ingreso que provoca el proceso inflacionario y generan así nuevas presiones inflacionarias.

La realidad del ciclo capitalista en los países llamados en desarrollo no ha sido reconocida por los economistas, sobre todo en un momento en que se busca negar en general el carácter cíclico del neocapitalismo. Solamente los monetaristas y algunos marxistas lo plantean. En la realidad, sin embargo, todos los gobiernos latinoamericanos reconocen hoy día, por experiencia propia, la necesidad de aplicar medidas antiinflacionarias con efectos evidentemente depresivos sobre la economía. La necesidad de esta política antiinflacionaria es el elemento que complica y debilita más fuertemente el esquema de poder inmediato de las clases dominantes. La política de estabilizaciones un inteligente sistema de estabilizar los negocios a través de la liquidación de amplias capas pequeñoburguesas y proletarias, como lo intentaremos demostrar en la segunda parte de este libro. Tal política es eminentemente antipopular y nítidamente antirreformista en la fase de combate a la inflación. Esta es la causa más inmediata de que la clase dominante de América Latina, particularmente en Brasil y Argentina, recurra a los golpes de estado. La necesidad de aplicar una política de estabilización exige un gobierno fuerte que la garantice en contra de la presión de todos los sectores afectados. La combinación de la crisis de estructura con la crisis capitalista provoca, pues, una situación profundamente difícil para las clases dominantes y muy favorables para la unificación de los trabajadores (obreros y de clase media) en contra de esa política antipopular.

7. LAS ALTERNATIVAS: SOCIALISMO O FASCISMO

¿Cuál sería el desarrollo posible de la crisis latinoamericana, considerando los elementos que la componen? En resumen, ¿cuáles son las alternativas que se plantean a nuestros países inmersos en esta situación? La combinación de la crisis del desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del comercio exterior, de los sectores exportadores y tradicionales y de la acumulación de capital monopólico dependiente produce una situación revolucionaria. En una situación revolucionaria, la clase dominante no está satisfecha con las formas de dominación que ejerce, y las clases dominadas e intermedias pierden su confianza en la legitimidad del poder existente. Este es el resultado de la profunda crisis actual: la necesidad de buscar nuevas formas de acción política y nuevos modelos de organización social y política que se adecuen a las exigencias de los profundos cambios operados en la base productiva de la sociedad. Las contradicciones de la situación de crisis producen enfrentamientos que se tienden a radicalizar progresivamente hasta una solución más definitiva.

Las alternativas del desarrollo de la situación de crisis actual sólo pueden ser planteadas dentro de los cuadros impuestos por ella. Al pensamiento social le cabe buscar los componentes esenciales de esta situación, de tal forma que descubra cuáles son las posibilidades de desarrollo que ella ofrece. Es en función de esas posibilidades que tiene que aplicarse la libertad humana, que es la responsable final por el desarrollo de la

historia humana. Podemos ver estas alternativas desde dos puntos de vista. En primer lugar, desde la perspectiva del desarrollo inmediato de la situación actual; en segundo lugar, desde la perspectiva de la solución final de las principales contradicciones específicas de esta situación, es decir, desde el punto de vista de la eliminación de la crisis. Esta perspectiva supone el análisis de un cuadro histórico más amplio y un buen conocimiento de las tendencias actuales y de su posible evolución en un futuro próximo. Del análisis somero de la crisis latinoamericana que presentamos podemos sacar algunas conclusiones muy generales.

En primer lugar, la política de reformas patrocinada por el imperialismo en alianza con sectores nacionales (clase media técnica o "intelligentzia", sectores de la burocracia civil y militar, sectores de la dirección del movimiento sindical, sectores empresariales) asumió las formas más variadas y siempre encontró dos límites profundos: a) el límite estructural del desarrollo dependiente, debido a la interdependencia entre la industrialización y el sector exportador tradicional y al carácter excluyente del desarrollo industrial capitalista dependiente (a estos límites estructurales hay que agregar, como lo hemos mostrado, la imposibilidad de conciliar una política reformista con la necesidad de controlar la inflación); b) el otro límite es el político. Las contradicciones profundizadas por la crisis general del desarrollo capitalista dependiente conducen a una situación extremadamente explosiva para poder ser manejada a través de una política de masas. Esto obliga a la clase dominante a buscar y realizar en primer plano una política desde arriba, basada en gobiernos fuertes con apoyo de élites escogidas, la cual ha fracasado. En segundo lugar, la clase dominante recurre a una política represiva que hace acumular el carácter explosivo de la situación. Frente a estos límites, por tanto, el desarrollo de la situación indica una dirección única: la radicalización política entre gobiernos fuertes y el movimiento popular. Algunos sectores ligados a las concepciones nacionalistas de los años 30 al 60 intentan escapar todavía a esta dura opción histórica y buscan actuar en la dirección de una tercera alternativa reformista y desarrollista. Pero cada vez más, frente a la imposibilidad de realizarla, el movimiento nacionalista se divide en dos corrientes: una corriente nacionalista revolucionaria, que se aproxima a la izquierda y que ha sido la principal base del movimiento guerrillero latinoamericano, y una corriente nacionalista-reformista-desarrollista que acepta la inevitabilidad de la dependencia y propone una solución de "par-che": un desarrollo dependiente en que se negociara la participación del capital extranjero en fórmulas mixtas que implicarían una gran participación estatal, único sector capaz de resistir, según ellos, la ofensiva del gran capital multinacional. Siendo el sector militar el más importante soporte del capitalismo de estado, ven en él la gran posibilidad de realización de esta política, que ha buscado una analogía histórica en el nasserismo. La viabilidad de esta alternativa está condicionada a su capacidad de adaptarse a las condiciones del desarrollo industrial dependiente, lo que significa que no podrá solucionar las contradicciones que hemos estudiado y, por tanto, no ofrece en realidad ninguna solución a largo plazo. Estos gobiernos no podrían vencer las

contradicciones entre sus intenciones nacionalistas y reformistas y los acuerdos hechos con los intereses del gran capital multinacional, y entre la necesidad de apoyo de masas y la incompatibilidad de los intereses de la mayoría de la sociedad con este desarrollo dependiente. Esta alternativa no es más que una fórmula de transición, si es que tiene viabilidad a corto plazo en algunas partes, frente a las verdaderas alternativas que produce la crisis del desarrollo capitalista dependiente.

Son evidentes las condiciones estructurales que conducen al inevitable fracaso del camino reformista con apoyo de masas (el populismo latinoamericano está hoy en día en sus estertores finales), el camino reformista a través de gobiernos de fuerza ilustrados y apoyados en élites sociales y políticas, así como del camino reformista de dependencia negociada basado en la acción estatal y militar. En fin, es claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos órdenes y fuerzas sociales que se entrecruzan y complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellas, pues el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento definitivo entre estas fuerzas, enfrentamiento hacia el cual los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos, entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados.

La opción que se va desarrollando en este proceso es, pues, entre una profunda revolución social que permita establecer las bases de una nueva sociedad sobre las ruinas del viejo orden decadente y que ofrezca a Latinoamérica un papel de gran importancia en la fundación del mundo del futuro y, por otro lado, la alternativa de la victoria de las fuerzas más retrógradas y bárbaras de nuestro tiempo, la cual sólo se podrá hacer sobre la destrucción física de los liderazgos populares y de grandes masas de militantes.

¿Cómo se concretaría esta segunda y terrible alternativa en América Latina? Sólo a través de la formación de un movimiento de masas pequeñoburgués con apoyo en capas marginales de la población y del latifundio decadente, fundado en una ideología profundamente irracionalista, que pudiera fundamentar tal carga de barbarie y atraso. Este sería nuestro fascismo colonial o dependiente. Desgraciadamente, las formas de esta situación ya se anuncian en América Latina, a través de algunos países, como Guatemala, y en Brasil, donde dichas formas se hicieron públicas a través de acciones terroristas, y en muchas otras partes bajo manifestaciones menos claras.

Este trabajo busca analizar en profundidad esta situación de crisis general y esta alternativa tan crudamente rígida en el caso brasileño, donde ella asume su forma más desarrollada. Brasil es hoy día una muestra de esas contradicciones bajo su forma más aguda. Allí, el desarrollo capitalista industrial alcanzó su forma más

avanzada y paradójica en Latinoamérica; allí, también, las sobrevivencias de los viejos órdenes conservados en el seno de las nuevas formas y con ellas combinados llegaron a sus facetas más terribles. Allí, pues, encontramos terribles o liberadores presagios para América Latina.

Pido a los lectores que lean esta obra con espíritu libre de prejuicios y espero que no crean que el espíritu científico entra en contradicción con el lenguaje agresivo y denunciador que asume a veces este trabajo. La verdad científica no tiene nada que ver con el lenguaje anodino de ciertos pretendidos científicos sociales. La verdad científica es antes incendiaria que paralizadora. Bajo el nombre de "ciencia", lo que ellos disfrazan es la aceptación pasiva y cómplice del orden existente y de las formas de barbarie que éste realiza ahora y que anuncia practicar mucho más violentamente en el futuro.

8. UN AGREGADO DE 1977

Desgraciadamente los ejemplos de estas salidas fascistas, que preveíamos en 1966 como producto de la lógica del desarrollo del capitalismo dependiente y sus contradicciones, han aumentado de manera abundante como lo hemos señalado en una nota anterior. Es importante señalar aun que cada nueva forma de dictadura militar se hace más próxima, ideológica y políticamente, de un régimen totalitario del gran capital como definimos el fascismo. El modelo chileno es el más crudo de todos, pero el ala derecha de los militares argentinos ha utilizado métodos aún más crueles que los chilenos y aspiran a un Estado mucho más totalitario. Asimismo, en Brasil y otros países que iniciaron desde hace más tiempo el proceso de derechización, surgen corrientes de derecha cada vez más descarnadas en sus concepciones fascistas. Ellas hacen responsables a las "concesiones" liberales (que permiten funcionar un parlamento castrado y algunos momentos de movilización política) de los fracasos de los sucesivos gobiernos militares y exigen una mayor consecuencia totalitaria que se va imponiendo en sucesivas crisis como la de 1966 que llevó a decretar el Acta Institución Número Dos como consecuencia de la derrota electoral del gobierno militar en Guanabara y que extinguió los partidos políticos tradicionales, creando solamente dos partidos uno del gobierno y otro de "oposición" consentida.

En 1968 la crisis de autoridad era total y las masas estaban en la calle. En consecuencia se dictó el Acta Institucional Número Cinco que permitía suspender la constitución y el parlamento por arbitrio del Presidente. En 1976, después de dos derrotas electorales, el gobierno militar puso en receso el parlamento e instituyó un conjunto de reformas políticas que impiden el acceso de la oposición al poder. Sin embargo, el pueblo no se

amedrentó con tales medidas y se fue a la calle anunciando confrontaciones más duras. ¿Será éste el momento de terminar con la dualidad entre la dictadura y la constitución liberal, como lo plantean los sectores de la ultraderecha militar? De parte del movimiento popular se ha planteado la consigna de la Constituyente que ponga fin al régimen de arbitrio. La lucha tiende pues a asumir una forma de combate definitivo.

Por lo tanto, la instauración de la dictadura militar no es el fin sino el comienzo del proceso de fascistización según las condiciones específicas del capitalismo dependiente en la que falta sobre todo un apoyo de masas activo a este fascismo así como un contenido nacional que no puede realizarse a través de gobiernos esencialmente entreguistas. Sin embargo, la campaña por los derechos humanos del gobierno de Carter ha dado oportunidad a algunos de esos gobiernos de hacer relucir un nacionalismo militar de derecha, que se ha expresado en la suspensión de acuerdos militares y afirmaciones retóricas de independencia en la política atómica.

III. El avance del fascismo en América latina*

1. UN BALANCE HISTÓRICO

La reciente historia política del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista. La constatación de la existencia de esas tendencias se puede verificar cuando analizamos el proceso de lucha de clases en el continente después de la Revolución Cubana y observamos que éste llegó a agudizarse en ciertos momentos, en los cuales se manifestó de manera cada vez más abierta la polarización que señalamos. Veamos algunas de esas coyunturas:

De 1961-64 hay una agudización de la lucha de clases en Brasil en respuesta a un intento golpista de derecha en 1961. En 1964 se conformó un enfrentamiento entre, de un lado, una alianza de fuerzas populares (expresada en el Frente de Movilización Popular que reunía las centrales obrera, campesina y estudiantil, el comando nacional de los sargentos y los oficiales nacionalistas, el frente parlamentario nacionalista, y que apoyaba al gobierno del presidente Goulart que hegemonizaba este conjunto de fuerzas sociales) y de otro lado la movilización de la derecha en torno a un movimiento de masas "por la familia, por Dios y por la propiedad", un frente parlamentario anticomunista y la conspiración militar derechista, todo lo cual fue apoyado y articulado por un comando militar dirigido por el propio jefe del Estado Mayor de Goulart (Mariscal Castelo Branco) y por la CIA. Este enfrentamiento nunca asumió una forma ideológica abierta entre socialismo y fascismo apareciendo como expresiones radicalizadas del nacionalismo de tendencias populistas y el liberalismo conservador de tendencias autoritarias. Sin embargo, la radicalización del enfrentamiento que rompió con 150 años de tradición constitucional brasileña (sólo interrumpidos por las luchas posindependentistas, la declaración de la República en 1889 que sucedía al Imperio, por la revolución de 1930 y por el gobierno del Estado Nuevo de Vargas en 1937-45) mostraba la gravedad del momento histórico y el paso hacia una nueva fase política marcada por un Estado de excepción permanente, en constante ampliación de su área de autoridad e intervención

* Este capítulo corresponde a la tesis presentada por el autor en la Tribuna Internacional sobre el "Socialismo en el Mundo" que se realizó en Cavtat, Yugoslavia, en septiembre-octubre de 1976 y fue publicada posteriormente en órganos de la prensa mexicana.

en la sociedad civil. La ideología fascista quedaba instalada en el poder combinada y hasta subordinada a fuerzas conservadoras con matices liberal-autoritarios. El caso brasileño era el presagio de nuevos acontecimientos que indicarían la existencia de una tendencia histórica. En todos ellos interviene la mano brasileña, base de apoyo continental de una corriente política autoritarista que se sumaba a los organizadores internacionales de esta ola represiva: la CIA y el Pentágono.

En 1966, en Santo Domingo, un enfrentamiento entre militares tiende a convertirse en una guerra civil y el general Caamaño, líder de una de las facciones, entrega armas al pueblo. La respuesta del imperialismo se hace directa y rápida: se produce la invasión norteamericana de Santo Domingo, seguida del apoyo de la OEA y la formación de un ejército de ocupación interamericano encabezado por Brasil. De tal intervención resulta un gobierno conservador dirigido por Balaguer apoyado básicamente en sus fuerzas armadas, ya "saneadas" de su ala izquierda, y en las de ocupación.

En este mismo año, en Argentina, después de varios periodos de confrontación entre los sectores liberales civiles, los militares conservadores y el peronismo intentan instaurar un régimen militar dirigido por el general Onganía que debería reproducir el aparentemente exitoso modelo político brasileño. Este gobierno se enfrenta sin embargo a un movimiento obrero organizado, muy flexible y táctico que limita el poder de acción de la dictadura y somete la vida política nacional a una fuerte presión, cuyo punto culminante es la explosión del cordobazo, que se alía a una lucha guerrillera bien dirigida para lograr los objetivos de retorno del peronismo, lo que se da en 1971. (Paralelamente se forman movimientos guerrilleros independientes del peronismo, como el Ejército Revolucionario Popular -ERP-, que desarrollan una estrategia propia a largo plazo).

Entre 1971 y 1976 la vida política argentina se verá marcada por un auge de masas sobre todo obrero, de los más significativos del continente, aliado o paralelo a un movimiento guerrillero de gran aliento y un ataque violento de la derecha peronista (masacre de Ezeiza y formación de los AAA, hegemonía del aparato estatal por el fascista declarado López Rega) y del aparato militar. Tal proceso tiene su primera culminación en el golpe de Estado de 1976, que busca imponer el camino del Estado autoritario conservador pero que cuenta con una corriente fascista muy activa la cual parece adquirir la hegemonía en ciertas circunstancias.

En 1968, un grupo militar de orientación nacionalista y populista se apodera del poder en Perú abriendo un periodo de transformaciones importantes en este país: nacionalización de la Gulf, del cobre, de los bancos, de la industria pesquera, de las tierras de la costa, etc. Posiblemente fue el único caso reciente de una importante transformación nacional-democrática exitosa en el continente. En ella, no participaron activamente las masas, que sin embargo desarrollaron su capacidad organizativa y su conciencia política en el contexto de

las medidas progresistas del gobierno militar. Con el tiempo se va formando una organización sindical y campesina paralela a los intentos de control estatal, la cual empieza a chocar con la estructura rígida y tecnocrática del poder militar. En estas circunstancias la corriente militar más progresista busca formas de articulación con estas bases fracasando en general, debido a sus concepciones paternalistas y a sus compromisos políticos institucionales. Al mismo tiempo, una corriente militar de derecha intenta formar una base de masas parafascista. Ambas corrientes se debilitan y el proceso sigue su camino centrista hasta el momento, con un matiz conservador creciente.

En 1970-71, se produce en Bolivia un nuevo contexto político importante: después de años de gobiernos militares, inaugurados en 1960, que buscaron liquidar el fuerte movimiento obrero que había realizado con los campesinos la revolución de 1952, aparece una corriente militar nacionalista y popular que se apodera del Estado con apoyo del movimiento obrero y estudiantil. Este hecho abre camino a la formación de una Asamblea Popular, una especie de poder dual abierto que busca someter el gobierno militar a su dirección y aspira constituir un nuevo Estado socialista. Otra vez, la respuesta de la derecha no se dejó esperar. Ella fue articulada dentro de las fuerzas armadas, se apoyó en sectores de la pequeña burguesía y del campesinado acomodado y fue asesorada por la dictadura brasileña y por la CIA. En 1971 el jefe de Estado Mayor del gobierno del General Torres, el coronel Banzer, inició el golpe y después de una resistencia armada relativamente débil, se apoderó del poder.

Los procesos aparentemente aislados que describimos forman parte de una suerte de lucha de clases continental, que encuentra su culminación en Chile entre 1970-73. En este país la lucha de clases llega a sus últimas consecuencias y la lucha ideológica y política, amortiguada por el retraso de la sociedad civil de los otros países, esclarece de manera definitiva el contenido del proceso en curso en el continente. El gobierno de la Unidad Popular es el primero que se establece en América Latina habiendo planteado un programa de objetivo socialista antes de llegar al gobierno. Incluso el gobierno revolucionario cubano sólo se convirtió en socialista dos años después de su llegada al poder. La instalación del gobierno popular chileno fue el resultado del fracaso del reformismo demócrata cristiano y de la radicalización interna que sufrió este partido en consecuencia de la autocrítica que realizaron sus sectores democráticos (muchos de los cuales rompieron con la Democracia Cristiana para reforzar la Unidad Popular). El gobierno popular disponía, en consecuencia, de un respaldo mayoritario para las medidas antiimperialistas y antilatifundistas de su programa. Cuando estas medidas se completaron en el periodo de un año y medio y se plantearon las medidas antimonopólicas (nacionalización de las grandes empresas) y socialistas (planificación, dirección obrera, cambio del Estado burgués por otro basado en el poder popular) del programa de la Unidad Popular, se produce el quiebre de este frente tácito y se inicia la lucha abierta entre la izquierda y la derecha para ganar los sectores medios aún

indefinidos. Por un lado, los trabajadores buscaban conformar un poder popular que estableciese las bases organizativas para profundizar las medidas tomadas y crear un nuevo tipo de Estado. Por otro lado, las fuerzas conservadoras y un sector fascista cada vez más organizado presionaban sobre la Democracia Cristiana y las fuerzas armadas para establecer una alianza en contra de la Unidad Popular. Las movilizaciones de masa, las acciones terroristas, la desorganización de la economía, el cerco parlamentario y jurídico, el terrorismo psicológico y la exacerbación de la propaganda irracionalista en los amplios medios de comunicación que poseía la derecha, asesorada y económicamente sostenida y dirigida por la CIA, culminaron con el golpe de Estado, que apoyó directamente el Pentágono y que fue dirigido (¡una vez más!) por el Jefe del Estado Mayor del Gobierno Popular. Estos hechos son los más significativos; son las situaciones de punta de un proceso revolucionario y contrarrevolucionario continental. Tenemos también el caso de Uruguay, donde se formó un Frente Amplio que disputó elecciones con buenos resultados y donde los Tupamaros alcanzaron un alto grado de simpatía popular; y este país de una secular tradición liberal terminó en 1973 bajo un gobierno militar de los más represivos del continente. Está el caso de El Salvador, donde la Unión Nacional Opositora (UNO) ganó efectivamente las elecciones de 1971 y fue impedida a asumir el poder por el viejo mecanismo del fraude electoral y que terminó bajo un golpe militar de tipo institucional. Se dio también el caso guatemalteco, donde el movimiento guerrillero alcanzó un auge muy importante en el primer lustro de la década de los años 60 y terminó bajo otro gobierno militar. Otras varias situaciones similares dieron resultados no tan radicales, pero sí en fórmulas intermedias.

2. ALGUNAS LECCIONES GENERALES

¿Qué nos enseñan esos hechos?

Ellos nos demuestran claramente tres cosas:

- a) Primeramente, que hay un proceso de radicalización creciente de la lucha de clases en el continente y que las operaciones ideológicas intermedias van perdiendo fuerza y dando lugar a soluciones extremas que rompen con una tradición histórica de compromisos e inaugura una nueva fase económicosocial y politicoideológica. Eso no quiere decir que esas opciones intermediarias no subsistan e incluso se mantengan en el poder en ciertos países. Sin embargo, de una forma o de otra aún estos regímenes que mantienen ciertos patrones democráticos se ven afectados y pasan por modificaciones, más lentas, pero que reflejan

en lo fundamental las mismas dos tendencias generales señaladas. En segundo lugar, el proceso de radicalización descrito conlleva en sí una tendencia a la formación de frentes de trabajadores de la ciudad y del campo que arrastran sectores de la pequeña burguesía y de la intelectualidad hasta un cierto punto en que la lucha de clases asume un carácter decisivo y se plantea la complementación de las tareas antiimperialistas y antilatfundistas con la destrucción del monopolio industrial y financiero, su nacionalización y la centralización del poder económico en manos del Estado para iniciar la planificación de la economía y un proceso de construcción socialista. El paso a esta segunda fase del proceso revolucionario encuentra dos tipos de limitación a) Una limitación ideológica debida al contenido esencialmente democrático y nacional de los programas políticos populares y la falta de preparación ideológica del frente mencionado para dar este salto programático. Los obreros y sectores de la intelectualidad tienden a anticipar tales transformaciones más fácilmente que los otros sectores del frente, pero les falta experiencia y elaboración estratégica, táctica y organización para superar solos las adversidades en el momento preciso en que se hace necesario arrastrar consigo a los demás sectores populares.

- b) Una limitación social que se debe a la aparición de una contradicción objetiva en el seno de las fuerzas que componen el movimiento de masas cuando se agota la fase destructiva de un gobierno popular. La pequeña burguesía se ve amenazada por un proceso de socialización que se anuncia anárquicamente. La vacilación de las fuerzas populares y su división interna no permiten entregar soluciones, la economía tiende a estancarse, la inflación genera una gran intranquilidad social y demuestra la incapacidad del gobierno y del movimiento popular para resolver el empate de fuerzas sociales y políticas. En este momento se crean las condiciones sociales, políticas, ideológicas y psicológicas para la movilización activa de la derecha, las cuales permiten arrastrar la mayor parte de la pequeña burguesía hacia un lado y llevar a cabo el golpe de Estado exitosamente.
- c) En tercer lugar, el surgimiento de regímenes de derecha, en tales circunstancias, no tiende a producir un fenómeno pasajero. La derecha sabe que necesita limpiar totalmente la vida política de los riesgos que llevaron al avance del movimiento popular y logra transmitir tal sentimiento a amplios sectores pequeños burgueses, que quedan traumatizados con la "anarquía" anterior (anarquía en parte real, pues al no completarse el proceso de transformación revolucionaria, las medidas tomadas en la primera etapa son anuladas por la situación social de indefinición posterior y, sobre todo, pierden su sentido original al ser deshechas o manipuladas, bajo un nuevo signo, por la burguesía triunfante). Tal situación de terror contrarrevolucionario dominante conduce pues al vasto movimiento de fuerza golpistas a entrar en la etapa siguiente en la cual el gran capital nacional, y sobre todo internacional, asume el control del conjunto del proceso contrarrevolucionario. En esa nueva etapa de acción los gobiernos contrarrevolucionarios tratan de adoptar aquellas medidas que, según los teóricos del gran capital, son las que permiten superar de manera

definitiva los factores que facilitaron el avance del movimiento popular y amenazaron la sobrevivencia del régimen económicosocial. Según esa interpretación, esos factores serían los siguientes:

- a) las condiciones democráticas favorecidas por las libertades públicas democrático-burguesas serían la primera causa de la crisis vivida. En tal circunstancia, al nuevo régimen le cabe implantar el terror generalizado, la represión sobre las organizaciones de masa y los partidos populares y aun sobre sus aliados liberales que obstaculicen las medidas represivas, la censura sobre los medios de comunicación de masas, el control e intimidación de los intelectuales y de las universidades en particular. De esta manera se plantea una política sistemática represiva cuyo fundamento ideológico y psicológico es el de restablecer el orden social perdido.
- b) la legislación liberal se convierte pues en un límite a esa política represiva y hace necesario establecer un Estado de excepción. Algunos sectores de orientación ideológica fascista plantean la formación de un Estado corporativo, tarea poco real en esas condiciones, debido al carácter altamente impopular de las medidas económicas que se adoptan para favorecer al gran capital y destruir la capacidad de reacción política de las grandes mayorías democráticas, e incluso de los sectores pequeño-burgueses que apoyaron el golpe pero no se sienten contentos con el proceso de concentración económica y centralización de capitales que patrocina el gobierno generado por el golpe. A pesar de sentirse atraídos por un gobierno corporativista, los sectores pequeño burgueses no despiertan la suficiente confianza del gran capital, ni disponen de la fuerza necesaria para imponerle sobre todo al capital internacional, su punto de vista y su participación institucional en el Estado por la vía del corporativismo. A pesar de esas diferencias, hay, sin embargo, un acuerdo general de fortalecer al Ejecutivo, de debilitar o extinguir el parlamento, y de aumentar el poder represivo del Estado.

Ideológicamente los dirigentes golpistas tienden hacia un ideal conservador de carácter liberal y privado, que sea consistente con la conservación de la sociedad civil. En general, en un primer momento, todas las limitaciones a la vida privada establecidas por el golpe se consideran como una situación transitoria. Sin embargo, la situación concreta atenta en contra de esta noción de transitoriedad. En Brasil, en 1964, se suspendieron los derechos políticos de los enemigos del nuevo régimen por 10 años, 12 años después no desaparecen las condiciones de excepcionalidad y se toman nuevas medidas de restricciones de derechos de los antiguos políticos. Al aprender esa lección el nuevo golpe de Estado uruguayo de 1976 aumentó el plazo de la suspensión de los derechos políticos de sus enemigos a 20 años. De esta forma, hay un compromiso real y cada vez más ideológico entre los sectores conservadores y los fascistas en búsqueda de una fórmula política autoritaria que suprima la condición de excepcionalidad y acepte la concepción de un nuevo Estado mucho más próximo al Estado fascista que al liberal autoritario.

En el plano económico se tiende al principio a restablecer sobre nuevas bases los principios de la libre competencia amenazados por las medidas intervencionistas de los gobiernos populistas y por los varios compromisos sociales del Estado, que afectaban la eficiencia y la productividad. Para ello es necesario atenuar las presiones del movimiento popular y manejarlo. Derrotado este movimiento y con la fuerza del Estado totalmente en manos del gran capital, éste no vacila en establecer las condiciones económicas perfectas para limpiar las empresas y los órganos públicos de los "excesos" de trabajadores, así como en destruir por la quiebra a las empresas ineficientes, en general de pequeña dimensión. Se instauro el reino de la "eficiencia" y la "productividad" y se desarrollan amplias campañas publicitarias para demostrar la preeminencia del crecimiento sobre la distribución del ingreso y de lo productivo sobre los "derechos sociales", etc.

Cabe señalar sin embargo que tal proceso no puede excluir un aumento creciente de la intervención estatal sobre todo como productor directo. Al Estado se le exige con todo, alta eficiencia para servir a los objetivos desarrollistas del gran capital. Esta eficiencia mostrará posteriormente contradicciones con los objetivos económicos liberales, al aumentar la capacidad competitiva de la empresa estatal, al ampliar su capacidad de acumulación y por tanto su expansión hacia sectores económicos de altas tasas de ganancia que normalmente se reservan al sector privado. Asimismo, la intervención del Estado sobre la economía, aun cuando sea para favorecer el proceso de acumulación con un mayor grado de concentración y centralización hace que aumenten al mismo tiempo sus instrumentos de acción así como el apetito intervencionista de la burocracia y la tecnocracia estatal.

Este conjunto de elementos políticos, jurídicos, ideológicos y económicos indican claramente que las dictaduras no vienen por un periodo pasajero sino para durar. Para que esta tendencia a la duración se convierta en una ideología abiertamente antiliberal, que pretenda instaurar definitivamente un régimen totalitario de carácter fascista, sólo hay una tenue barrera. Los regímenes dictatoriales actuales son pues una primera fase de un proceso de fascistización de más largo plazo. Cabe pues discutir más teóricamente la cuestión del fascismo, sea bajo su forma clásica, sea bajo su forma dependiente y atípica.

3. SOBRE LA TEORÍA DEL FASCISMO

La discusión teórica sobre la posibilidad, viabilidad y características de un fascismo dependiente está en curso en América Latina. Ella tiene que pronunciarse sobre tres problemas. ¿Cuáles son las características esenciales del fascismo? ¿Cuáles son las condiciones históricas que llevan a su surgimiento en el subcontinente latinoamericano? ¿Cuáles son los elementos específicos que presenta esa modalidad del fascismo? Examinemos

rápidamente cada uno de ellos. Habiendo surgido en Italia en 1919 y llegado al poder en 1922, el movimiento fascista se extendió a toda Europa, a Estados Unidos, a Japón y a América Latina. Posteriormente con el golpe de Estado de Pilsudsky en Polonia, en 1926, de inspiración fascista y con la victoria del nazismo en Alemania en 1933, el fenómeno fascista se presenta ya no solamente como un movimiento político, sino como una alianza de Estados nacionales que se extiende a España, Japón y, posteriormente, a casi toda Europa Continental ocupada por Alemania y formada de gobiernos colaboracionistas del nazismo.

Se hace pues necesario distinguir dos aspectos en el fenómeno fascista: el movimiento político y la formación de Estados fascistas, aliados y colaboracionistas. Teóricamente se podría admitir la existencia de un Estado fascista que no fuese generado por un movimiento fascista sino por una ocupación o un golpe militar y así sucedió en Europa desde 1939 a 1945. Por otro lado se podría admitir el ascenso al poder de un movimiento fascista en posición subordinada aunque no se lograra establecer un Estado fascista, sino solamente formas parciales del mismo. Después de todo, el establecimiento de una legislación fascista en Italia, Alemania, España y Portugal fue el producto de largos años de negociaciones con los conservadores quienes abrieron en general la puerta hacia el fascismo. La distinción señalada es también importante desde el punto de vista socioeconómico, es decir, del contenido de clases del fascismo. El movimiento fascista surge en general en medios pequeñoburgueses, del lumpenproletariado y de sectores de la oligarquía terrateniente.

Mientras está formado por estos sectores tiene en general una vida vegetativa, escaso financiamiento y tendencias ideológicas anticapitalistas al mismo tiempo que anticomunistas. El fascismo sólo se convierte en una fuerza capaz de llegar al poder y mantenerse en él cuando atrae el interés y el apoyo del gran capital. Este apoyo se produce cuando éste necesita de las bandas fascistas para enfrentarse al comunismo o a la revolución popular. La gran burguesía acepta pactar con esos bandos de desclasados y admite entregarles el poder sólo como último recurso, cuando su base social está profundamente minada. El movimiento fascista puede cumplir el papel regenerador del capitalismo porque expresa exactamente los temores, deseos, ambiciones y valores pequeñoburgueses liberados de las trabas sociales que sofocan cotidianamente a la pequeña burguesía.

Estos valores pueden servir al gran capital por su anticomunismo y su ansia de liderazgo autoritario capaz de unificar por la violencia a una clase dispersa y anárquica en sus relaciones económicas y sociales. Ellos permiten justificar la represión al comunismo y a la revolución, represión aún más aceptable para un pequeñoburgués que odia al proletario que es menos culto y más bruto y mal vestido que él, pero que está mucho más organizado, posee ingresos superiores a las capas bajas de la pequeña burguesía, y tiene al futuro de su lado. Por fin, el pequeño burgués odia al proletariado como símbolo de su futura proletarización, que él

quiere evitar a toda costa. El pequeño burgués es pues la base social adecuada para realizar la represión del movimiento proletario.

El fascismo enseña el arte de movilizar activamente a esos sectores y pasa a ser necesario cuando la clase obrera amenaza al orden capitalista, sin dar el paso decisivo hacia el socialismo, cuando se desgasta, se divide y se confunde políticamente y se expone así a la represión. Pero el Estado fascista es un resultado de la fusión de este movimiento pequeño burgués con la burguesía, particularmente con los grandes capitalistas y tiene una base social distinta. Vimos que el movimiento fascista sólo puede llegar al poder de la mano de los conservadores y específicamente cuando el gran capital, que domina al Estado y a la sociedad, lo necesita, lo acepta y lo promueve. El régimen fascista deberá reflejar en consecuencia los intereses hegemónicos del gran capital. Esto entra en contradicción aparente con la base social del fascismo. Esta contradicción se manifiesta cuando el régimen se instaura y tiene que destruir el ala antimonopolista del movimiento, sujetar los grupos paramilitares y lograr un acuerdo político e ideológico con el sector de los conservadores dispuestos a aliarse con el fascismo. Cabe aún al régimen liquidar toda resistencia liberal, que se oponga a su consolidación. De esta manera, el régimen fascista no es una aplicación "a outrance" de los ideales confusos y demagógicos del movimiento que le da origen y no obedece necesariamente a un patrón rígido. El régimen no lograría subsistir si aplicase mecánicamente tales ideales. Los regímenes fascistas concretos son el resultado de un compromiso entre esos ideales y las condiciones objetivas. Como todo proceso sociopolítico, es un producto también del pragmatismo.

El Estado fascista no se diferencia del liberal en su esencia sino en su forma, que es importante pero no decisiva. El Estado fascista busca eliminar la distinción entre la sociedad civil y el Estado, establece una adhesión incondicional del individuo al Estado, elimina el régimen de partidos y establece el partido único como extensión del Estado más que como expresión política de la voluntad de sus bases. Establece también el más fuerte verticalismo y militariza la vida social. Las formas corporativas deben ser vistas como partes de la articulación del Estado y del Partido, desde arriba hacia abajo, según la cual el orden económico y social busca controlar directamente las contradicciones nacidas de la lucha de clases en el plano económico y establecer la intervención estatal de manera más directa. Pero el fascismo no elimina la propiedad privada, la organización empresarial capitalista y el derecho civil burgués, fundamento de aquella sociedad civil que se busca eliminar en el plano del derecho público.

Más aún, el fascismo favorece de manera especial el avance del monopolio al estimular todos los factores de concentración económica y centralización financiera y al someter a la clase obrera a condiciones negativas de negociación económica que facilitan la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, y las altas tasas de ganancia que se revierten en favor del gran capital, del monopolio y del proceso de concentración en general.

En consecuencia, el fascismo, a pesar de su apariencia ideológicamente totalitaria, económicamente estatista y políticamente anti o unipartidista, es decir, en su conjunto antiliberal, no deja de ser una expresión extrema de aquellos elementos esenciales que conforman el orden liberal capitalista. La oposición entre liberalismo y fascismo a pesar de ser real y de expresar estadios distintos del capitalismo, no es sin embargo absoluta. No es tampoco absurdo pensar en un régimen mixto entre el fascismo y el liberalismo político en el cual predomina tal o cual aspecto.

En esencia, por tanto, el fascismo sólo triunfa y se convierte en un régimen permanente cuando se cumplen ciertas condiciones históricas:

Primeramente, que haya una amenaza abierta o próxima de una revolución proletaria o que por lo menos sea percibida así por la pequeña burguesía y por los grandes monopolios, sin que la clase obrera tenga la fuerza suficiente para triunfar o aún para imponer condiciones democráticas que permitan continuar su desarrollo.

En segundo lugar, que haya una necesidad de unidad nacional capaz de obligar a la gran burguesía a servirse de elementos marginales para garantizar su poder. Tales circunstancias son creadas en parte por la guerra civil, o su amenaza, pero también por las necesidades económicas de aquellos países que tienen un retraso histórico en el desarrollo del capitalismo y encuentran ciertas barreras exteriores en su expansión económica hacia el mercado externo y ciertas barreras interiores para la expansión del mercado interno (sobrevivencia de las aristocracias rurales y de relaciones precapitalistas, incapacidad del desarrollo capitalista tardío de absorber la mano de obra que abandona el campo y su tendencia a la gran concentración del ingreso como producto de una monopolización rápida en las fases iniciales de crecimiento, etc.).

Que el Estado democrático-liberal o formas poco articuladas de Estados de excepción no sean capaces de alcanzar la legitimidad social suficiente para mantenerse ni de asegurar los medios de represión, definiéndose una crisis general abierta de carácter institucional, de autoridad y económica (manifestada sobre todo en la ola hiperinflacionaria). Desde el punto de vista de sus características podemos afirmar que el fascismo es:

- a) Un régimen totalitario del gran capital, ejercido por un sector social de su confianza de origen pequeñoburgués en general. En el fascismo europeo este sector fue una organización paramilitar en los casos de Italia y Alemania o directamente militar en España. La importancia de las hordas paramilitares en la toma del poder determina el papel relativo del movimiento fascista en el régimen político que se instala posteriormente.
- b) Un régimen represivo del gran capital que busca destruir la oposición comunista y ablandar la oposición liberal, paralizar la crítica social e intelectual y destruir cualquier elemento ideológico de resistencia a su dominio total.

- c) Un régimen del gran capital, agresivo en lo exterior, con tendencias expansionistas y antiestados liberales, con una fuerte mística nacional apoyada en ideales raciales, imperiales, tradicionales, etc.; y en los enemigos de la unidad nacional que están a la vista. En este sentido su racismo tanto puede ser antijudío, como antinegro, o antiblanco, o antiárabe, etc. Siempre será, sin embargo, anticomunista.
- d) Una ideología irracionalista, que valoriza los elementos culturales románticos, heroicos y místicos y su vínculo directo con lo político. Ideología que debe buscar una difícil conciliación entre el totalitarismo en el orden público y el criterio privado en lo económico, rompiendo sin embargo con el capitalismo liberal puro y afirmando el papel de la intervención estatal y de las grandes empresas capitalistas.
- e) Un movimiento político de origen pequeñoburgués que se desarrolla en oposición al crecimiento del movimiento revolucionario del proletariado y que afirma el principio de la autoridad y la disciplina como forma de superar el "caos" social traído por la crisis y el desarrollo del movimiento obrero. La maduración de este movimiento y su capacidad de llegar al poder sólo se hace posible cuando tiene el apoyo del gran capital y se somete a su estrategia general.

4. SOBRE EL FASCISMO DEPENDIENTE

Históricamente el fascismo surgió en las potencias hegemónicas, en las metrópolis coloniales. Sin embargo, es necesario señalar que tanto Italia, como Alemania, España y Portugal eran potencias coloniales de segundo orden. Y si bien Alemania, así como Japón, podrían aspirar a convertirse en imperialismos importantes habría que suponer para lograrlo, una guerra victoriosa con Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Bélgica. Es decir habría que cambiar radicalmente la faz de la tierra. Por esto el nazismo alemán tenía que aspirar a un universalismo que en la boca de Mussolini parecía ridículo y sonaba como una aspiración ideológica, utópica e inconsistente. Mientras tanto los fascistas españoles y portugueses sólo podían sobrevivir a la sombra de la protección inglesa y después norteamericana.

Brasil y Argentina son también países atrasados cuyas burguesías aspiran o aspiraban a lograr un poder económico y político imperial sobre América del Sur. Otras burguesías latinoamericanas pueden tener aspiraciones similares. Sin embargo, ellas no pueden alcanzar ni siquiera la hegemonía de su economía nacional, pues iniciaron su desarrollo capitalista industrial en la etapa en que el capitalismo mundial había alcanzado un alto grado de integración económica bajo la hegemonía de Estados Unidos, el cual está articulado por las corporaciones multinacionales, factor concentrador de la tecnología y de la producción y centralizador del

capital en escala internacional, que destruye la capacidad de las burguesías locales de dominar sus mercados internos de bienes, servicios y capitales. Al mismo tiempo, cualquier proceso de expansión hacia el exterior encuentra un mercado ocupado por estos gigantes multinacionales difíciles de derrotar o aún de competir con ellos.

En tales condiciones, el proceso político en los países capitalistas dependientes tiene que reflejar esa dinámica internacional. En los años 30, los intentos de liberación nacional y desarrollo industrial latinoamericanos chocaban con los dominadores inmediatos, ingleses o norteamericanos y muchos de sus dirigentes veían en el fascismo italiano y en el nazismo alemán un posible camino político interno y una fuente de ayuda internacional. Sin embargo, las copias del fascismo hechas principalmente por Vargas y Perón nunca lograron identificarse con esos regímenes, pues si bien atendían a un impulso nacionalista y de crecimiento industrial similar al italiano tenían que apoyarse en bases sociales distintas. La pequeña burguesía latinoamericana se mostraba insuficiente para liderar un proceso fascista, el gran capital tradicional de carácter agrícola, comercial y bancario tenía que ceder paso a una burguesía industrial naciente, que buscaba apoyarse en el Estado y utilizar en su favor a la clase obrera. Las formas corporativas hacia las cuales tendía el Estado Latinoamericano reflejaban, pues, un ideal liberador y no reaccionario, pero al mismo tiempo enajenaban el movimiento obrero al capital industrial y a una ideología nacionalista burguesa, autoritaria y desmovilizadora de la clase en un sentido revolucionario.

Esta ambigüedad constitutiva de esos regímenes hizo que se los identificara con el fascismo (Perón, Vargas y hasta Cárdenas fueron acusados de fascistas) para después rehabilitarlos históricamente o en el propio transcurso de sus gobiernos, (como los casos de Cárdenas y Vargas) y convertirlos en campeones de la democracia, del antifascismo y del antiimperialismo. Visiones ambas equivocadas al no reconocer la naturaleza ambigua que los caracterizaba, con sus vacilaciones y oscilaciones políticas.

Hoy en día la situación es diferente: los gobiernos de fuerza se constituyen en contra de los herederos del populismo anterior o de expresiones más conscientes del reformismo y de la revolución obreras. ¿Qué extraños movimientos se producen en la sociedad para que puedan darse tales fenómenos históricos tan contradictorios?

Es que el populismo perdió su vigencia histórica al fracasar la clase social que lo hegemonizó y le dio origen. Las burguesías locales, que habían ganado cierta autonomía en el mercado internacional durante la depresión mundial de 1929-34 (y la insuficiente recuperación de 1935-38 que condujo a una nueva crisis, así como durante la Guerra Mundial de 1939-45) habían intentado establecer un desarrollo industrial basado en el capital nacional, en la defensa de su mercado interno por medio del proteccionismo cambiario, en la importación

de tecnología y en un conjunto de medidas de desarrollo económico. Tales aspiraciones fueron vanas, pues terminada la guerra e iniciado un nuevo ciclo de acumulación capitalista en escala mundial, cuyas características hemos señalado, la burguesía internacional pasó a ocupar el espacio de estas burguesías locales.

El enfrentamiento entre el nuevo modelo de acumulación basado en el capital multinacional y el viejo modelo nacional-democrático se produjo en cerca de 20 años de importantes conflictos políticos. De un lado, el imperialismo con un gran aparato financiero internacional (el FMI y el BM) y regional (BID, Eximbank, Alianza para el Progreso), un enorme instrumental militar (Tratado de Río de Janeiro, entrenamiento de oficiales, misiones militares, UNITAS, etc.) el control de la venta de armamentos, el dominio de los esquemas estratégicos internacionales y continentales, el control de la tecnología en pleno desarrollo de la revolución científico-técnica, la movilidad extrema de capitales y el "know how" del proceso productivo y de la comercialización.

De otro lado, burguesías locales desarrolladas desde posiciones muy débiles y enriquecidas rápidamente con la oportunidad de las crisis internacionales de 1914-21 y 1929-45, que contaban con el apoyo de un movimiento popular muy activo, pero poco organizado, y de manejo tanto más difícil cuanto más lejos había que llevar el enfrentamiento con el imperialismo; que aun contando con el Estado, era éste producto de enormes conciliaciones de clase, sea con la oligarquía tradicional, sea con los nuevos sectores de trabajadores emergentes. Esa burguesía local se caracterizaba, pues, por una debilidad intrínseca desde el punto de vista económico (baja productividad asegurada por la protección cambiaria), financiero (procesos de especulación financiera con la ayuda directa del Estado), y político (frente de clases débil y contradictorio, compromisos políticos gravosos para el aparato estatal, tendencia al déficit presupuestario permanente con sus consecuencias inflacionarias y su tendencia a la agudización en los momentos históricos más críticos). Fue relativamente fácil convencer a esta burguesía local de que no tenía otro camino que integrarse en los mejores términos posibles al capital internacional. Pero no fue así con respecto a las bases obreras y pequeñoburguesas que continuaron impulsando el programa nacionalista y democrático al que dieron sin embargo una tonalidad cada vez más estatista, intervencionista y antiimperialista. Era pues difícil tirar por la borda este frente de masas, que se fue enfrentando progresivamente al imperialismo hasta producirse un nuevo sistema de fuerzas en muchos países: de un lado el imperialismo y sus aliados nacionales (capitalistas, técnicos y gerentes, sectores de asalariados de clase media aspirantes a un consumo de productos tecnológicamente más avanzados que fabrican las empresas internacionales), de otro lado, los sectores populares (obreros, campesinos, sectores de la clase media de bajos ingresos, parte de la pequeña burguesía) y unos pocos sectores burgueses que aún mantenían una aspiración nacionalista. Este nuevo enfrentamiento de bloques sociales se hizo todavía más patente con el avance de la Revolución Cubana desde su periodo democrático y nacional entre 1958-60, hasta

el periodo socialista que instituyó la primera República Socialista de América Latina. Ello demostraba de manera evidente los límites del nacionalismo burgués y también que una lucha antiimperialista consecuente conducía inevitablemente al socialismo.

La lucha en contra de una revolución social, en proceso de maduración en el continente, tenía que ser articulada continentalmente. Solamente el imperialismo norteamericano tenía los contactos, los medios técnicos, los recursos financieros y el poder político para dirigir tal lucha. La operación fue montada en torno de tres elementos básicos: reformismo económico, reformismo político y represión (contra-insurgencia y, donde hiciesen falta, regímenes militares).

Los militares fueron considerados como una élite de clase media con aspiraciones modernizadoras. La doctrina de la seguridad nacional integraba los tres elementos señalados. Para lograr la seguridad interna no bastaba combatir una insurgencia que tenía orígenes sociales en el subdesarrollo y en la demagogia populista. Había que transformar la economía por la vía de reformas no revolucionarias, que estimulasen el libre juego del mercado y el predominio de las fuerzas tecnológicas más avanzadas. Había también que reformar el poder político substituyendo la demagogia populista por la eficiencia organizativa, la programación técnica y despolitizada, superior a las presiones de masas incapaces de lograr resultados eficaces.

La doctrina de la "Seguridad Nacional" ha sido la base ideológica que permitió unificar políticamente a la mayoría militar. Su contenido fascista es poco similar al clásico, pero es muy claro: esta ideología substituye la figura del jefe por una élite tecnocrática militar y civil, la del partido, por el aparato burocrático nacional militar; por otro lado, la idea de la represión y del orden como factores del desarrollo nacional y de la fortaleza de la nación es típicamente fascista. El movimiento fascista de base sólo se hace necesario para provocar la desestabilización de un gobierno popular que se quiere derrocar. Se han usado también las milicias y los grupos paramilitares para disminuir la responsabilidad directa de las fuerzas armadas en las tareas más sucias de la represión. Sin embargo, ha sido necesario siempre controlar y subordinar tales aparatos (muchas veces compuestos de militares retirados, policías y hasta de militares en ejercicio) que tienden a veces a cierta autonomía de acción y a una violencia irracional.

¿Qué diferencia, pues, a este fascismo de aquel de los modelos clásicos?

Primeramente, se trata de un Estado impuesto desde arriba, que fortalece antes al capital internacional que al nacional (pero hoy día es el primero y no el segundo quien representa al gran capital, aun a nivel local, pues las mayores empresas del país son las transnacionales), que prefiere una represión de élite antes que

movilizar las bases. Por fin, dado el carácter de compromiso político que se produjo en algunos países, el ala fascista no ocupa los puestos de mando principal y opera más bien en la sombra y subordinada a los conservadores.

En estas condiciones es natural que, en segundo lugar, se produzca cierta independencia relativa entre el movimiento políticofascista relativamente débil (que sólo alcanza cierto auge en situaciones críticas cuando este movimiento asume un carácter ideológicamente muy difuso) y el Estado fascista dominado por la élite empresarial, militar y tecnocrática. Tal Estado no puede recurrir sin problemas a mediaciones corporativistas, pues no tiene mayores esperanzas de subordinar orgánicamente a la clase obrera y hasta a la pequeña burguesía, en general descontenta con el carácter claramente entreguista y promonopólico de la política fascista.

En tercer lugar, tales contradicciones internas debilitan estos regímenes fascistas, dan cierto espacio para la sobrevivencia política del movimiento popular, y, dialécticamente, obligan al régimen a apoyarse en una interminable acción represiva que busca resolver por la fuerza la falta de legitimación ideológica.

En cuarto lugar, el régimen sobrevive apoyado mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeñoburgueses y obreros que en una capacidad real de ganar su apoyo activo. El fascismo actual se muestra, pues, más débil políticamente que los modelos clásicos.

Estos elementos generales nos ayudan a plantear el último punto de este capítulo: la cuestión de la lucha antifascista.

5. LA CUESTIÓN DE LA LUCHA ANTIFASCISTA

La victoria de varios golpes fascistas en América Latina y en otras partes del Tercer Mundo, el crecimiento de movimientos fascistas en Europa y América del Norte, la derechización de los partidos conservadores y la elaboración de una estrategia global del imperialismo de inspiración golpista, son el resultado de una doble característica de la crisis general del capitalismo contemporáneo. De un lado, la crisis general del capitalismo crea las condiciones de desarrollo del movimiento popular, su fortalecimiento, su mayor audacia ofensiva, su mayor radicalismo. De otro lado, la perspectiva de un movimiento de masas en ascenso agudiza la capacidad de reacción de la burguesía, aumenta su decisión contrarrevolucionaria, radicaliza sus concepciones políticas y estratégicas antiobreras.

En estas condiciones históricas, la cuestión de la democracia gana una dimensión predominante. La burguesía monopólica que hegemoniza el proceso sociopolítico tiende a restringir abierta o subrepticamente los derechos democráticos de las masas. De otro lado, las masas tienden no sólo a luchar por conservar esos derechos sino también a ampliarlos y, lo que es más importante, a utilizarlos con el sentido de transformar el orden social existente. Es decir, la lucha democrática se inserta claramente en el interior de la lucha por el socialismo. Esta mutación de la conciencia de las masas tiende a transformarse en un fenómeno internacional, cada vez más intenso y profundo.

En los países dependientes, la lucha democrática está directamente asociada con la lucha antiimperialista y antilatifundista. Y, como resultado de un proceso de sumisión del desarrollo capitalista local al dominio del capital internacional, las luchas democráticas, antiimperialistas y antilatifundistas, en la medida en que son llevadas a sus últimas consecuencias, se insertan necesariamente en la lucha por el socialismo, único régimen capaz de permitir la consolidación de las transformaciones democráticas, antiimperialistas y antilatifundistas.

Por esta razón, se va estrechando cada vez más el margen de actuación liberal del imperialismo y de sus aliados locales en cada país. La opción fascista se transforma, pues, en una necesidad de supervivencia del gran capital internacional y local. Esta es la verdadera naturaleza del fascismo dependiente, por más que puedan variar sus formas.

La lucha antifascista asume en consecuencia un carácter universal y continental. Y a pesar de que el programa mínimo inmediato del frente de fuerzas antifascistas debe restringirse al objetivo concreto de paralizar la represión y derrumbar a sus ejecutores, estos objetivos no son suficientes para despertar la confianza y la decisión política de las grandes masas. Ellas tienen que ser advertidas de que la única destrucción efectiva del fascismo sólo se logra llevando hasta sus últimas consecuencias la lucha contra el imperialismo, el latifundio y los monopolios e iniciando la construcción de una sociedad socialista.

La claridad de este objetivo final se hace aún más evidente cuando se comprende que el fascismo es una solución desesperada, el último recurso de supervivencia del gran capital en la fase del proceso de la revolución socialista mundial.

Esto no quiere decir que la burguesía no monopólica y aun los sectores más políticos del gran capital no estén preocupados por abrir una perspectiva democrático-burguesa que permita una solución de recambio frente a una eventual ruina de los regímenes fascista, cuya falta de legitimidad y precaria base social es evidente y preocupante para tales fuerzas.

No ha sido otra la razón por la cual la Social Democracia ha buscado penetrar en el movimiento obrero no sólo Latinoamericano, sino en el de África y de Asia para abrir un camino no socialista de lucha antifascista, camino al cual se suman también sectores demócratacristianos y nacionalistas de izquierda.

La lucha por la hegemonía burguesa, pequeñoburguesa o proletaria en la lucha antifascista pasa a ser el aspecto fundamental de esa lucha en la etapa actual. El proceso de maduración ideológica del movimiento obrero latinoamericano ha sido lento por el propio retraso económico de esas masas, sus aspiraciones políticas atrasadas, y la hegemonía ideológica que ejerció el nacionalismo burgués sobre el movimiento popular, y, por último, debido a la enorme y bien orquestada ofensiva ideológica del imperialismo en torno de un reformismo desarrollista que pone especial énfasis en la eficiencia y la seguridad.

La clase obrera latinoamericana tiene sin embargo algunas experiencias políticas importantes que pueden acelerar su desarrollo organizativo y político independiente y, en consecuencia, tiene capacidad para hegemonizar la lucha antifascista y darle un contenido radical de liquidación de sus raíces económicas y, por lo tanto, de conducir de manera continua y revolucionaria la etapa del derrumbe del fascismo hacia la etapa inmediatamente superior de lanzamiento de las bases para la revolución socialista.

Estas experiencias políticas están expresadas en el fracaso continental de los movimientos populistas, en la imagen positiva y alentadora de la construcción socialista en Cuba y, a nivel internacional, en el despliegue de ejemplos revolucionarios de líderes auténticos aunque hubiesen fracasado en sus intentos inmediatos, en la discusión estratégico-táctica creciente, en el desarrollo del pensamiento marxista en el continente y en el resto del mundo. Por fin, no puede dejar de influir en la formación de esa conciencia el avance del movimiento obrero en los países desarrollados y de la revolución en los países coloniales, particularmente en el Sudeste Asiático y en África.

La amenaza del fascismo se ha convertido en el problema político fundamental de América Latina. En los países bajo dictadura militar la cuestión principal es la de impedir su consolidación frente a las masas y lograr movilizarlas para provocar su caída utilizando todos los medios a disposición del movimiento popular. En los países donde persisten condiciones liberales, la tarea principal es la de impedir por la firme acción de las masas que las vacilaciones y debilidades liberales abran una vez más camino a la victoria de los sectores fascistas, alentados por el imperialismo. Tanto en un caso como en otro, la única seguridad de triunfo en contra del fascismo y la apertura de las condiciones para una ofensiva revolucionaria de las masas es la independencia política y organizativa del proletariado, su conciencia socialista y sobre todo, como resultado y parte de la concreción de lo anterior, una firme y decidida acción del movimiento obrero y de sus partidos de

vanguardia para agrupar en torno suyo a todas las fuerzas afectadas por el fascismo y por su fundamento social, constituido por la hegemonía política de los monopolios nacionales e internacionales.

La única seguridad de triunfo sobre el fascismo depende aún de que el movimiento obrero sea capaz de entender la unión intrínseca de las tareas democráticas y antiimperialistas con las tareas socialistas, que son las únicas capaces de asegurar la consolidación de las primeras; de su capacidad de entender, por otro lado, que el éxito de las tareas socialistas está condicionado por su capacidad de dirigir victoriosamente, sin sectarismos, pero al mismo tiempo sin compromisos paralizadores, las tareas democráticas; de no perder el apoyo de una sola fuerza ni de un solo aliado en la lucha en contra del fascismo, de los monopolios nacionales e internacionales y en contra del latifundio; de no amarrarse las manos con ningún aliado o fuerza social que restrinja la profundidad de la lucha. Este es el desafío táctico que enfrenta un movimiento obrero en proceso de maduración.

IV. El caso brasileño como modelo

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El caso brasileño es un excelente modelo de las transformaciones descritas en los capítulos anteriores. En primer lugar porque fue el país de Latinoamérica que recibió el mayor monto de inversiones norteamericanas en los últimos años (excluida Venezuela, que tiene como principal fuente el petróleo, que define otra forma de relaciones). Entre los años 1951-1962, las inversiones norteamericanas en el Brasil alcanzaron la suma de 1 012 millones de dólares. En otros países: Venezuela, 1 754; Argentina, 577; México, 552; Panamá, 490 (por motivos fiscales, según parece); Cuba, 371, hasta 1958; Perú, 293; Chile, 281, en un total de 5 765. Cerca del 20% de las inversiones destinadas a América Latina se aplicaron en el Brasil y estuvieron esencialmente destinadas, al sector manufacturero. En segundo lugar, porque fue el país donde se produjo la más grande integración industrial en estos años. El estudio de CEPAL sobre la fabricación de equipos básicos en Brasil⁶ concluye que la industria brasileña es capaz de atender al 86% del equipo electrónico necesario para el periodo 1961-71; 90% del equipo para el papel y celulosa; 64% del equipo para refinación de petróleo, oleoductos e industrias petroquímicas; 77% de las necesidades de equipo para la industria de acero previstas para 1966-70; 62% para cemento (80% en caso de que las empresas internacionales aceptasen ceder el derecho de usar sus patentes) y prevén que, en 1971, Brasil podría fabricar 70% de las máquinas herramientas que necesitare. Todo esto, claro, si ocurrieran importantes actos económicos para superar las trabas actuales al desarrollo de la industria pesada.

Por estos factores, el caso brasileño puede ser estudiado como un paradigma del desarrollo de las formas de integración económica al capital internacional en las nuevas condiciones de la división internacional del trabajo y del capital imperialista. Todo indica que ahí encontraremos estas condiciones en su forma más avanzada, lo que permitirá apreciar las tendencias generales que dirigen este proceso. El presente trabajo pretende comprobar, en el caso brasileño, las hipótesis generales que planteamos para América Latina, dejando la sugestión para estudios semejantes en otros países. Este método tiene como precedente varios

⁶ "La fabricación de maquinarias y equipos industriales en América Latina. I. Los equipos básicos en el Brasil", Naciones Unidas, CEPAL, 1962.

estudios marxistas. En *El Capital*, Marx toma a Inglaterra como principal fundamentación empírica de las leyes generales de desarrollo que él establece. Al hacerlo buscaba captar estas leyes en su forma más pura. Engels se refiere en el prólogo a *Luchas de clases en Francia*, al carácter paradigmático de Inglaterra, desde el punto de vista del desarrollo de la economía capitalista, o de Francia, desde el punto de vista de las relaciones de clase, y de Alemania, como ejemplo de la lucha ideológica. Kautsky, en su libro *La Cuestión Agraria*, toma la cultura de cuatro hojas en Alemania medieval, como modelo de las formaciones económicas feudales, etc. La ventaja de este método es la de permitir aliar el análisis teórico abstracto al estudio de procesos empíricos en su forma más pura. El científico natural puede muchas veces recrear en los laboratorios las condiciones puras que le permiten analizar empíricamente los fenómenos naturales. Los científicos sociales no pueden recrear las condiciones puras del funcionamiento de la sociedad sino en muy reducidos casos, sobre todo de carácter micro social. El laboratorio con que cuenta el científico social es la historia misma y le cabe buscar aquellas coyunturas, aquellas situaciones típicas desde las cuales pueden sacar de los procesos concretos sus implicaciones generales. Esto no elude la responsabilidad de comprobar las leyes así encontradas en otros procesos concretos, en los cuales actúan sobre la realidad otros factores específicos que no están integrados en la descripción de las leyes generales y que varían de país a país, de región a región, de coyunturas a coyunturas.

2. LA CRISIS BRASILEÑA Y LA CRISIS LATINOAMERICANA

Las conclusiones que enunciamos desde el punto de vista de las tendencias globales del desarrollo económico creemos que son también válidas desde el punto de vista sociopolítico. En Brasil, se han vivido y se viven en forma muy evidente los momentos principales de la crisis del desarrollo dependiente latinoamericano, a veces con gran anticipación. Al analizarla trataremos de mostrar la esencia de la crisis de todo un régimen socioeconómico que rige en América Latina. En realidad, Brasil vive una crisis profunda. Una visión panorámica de los últimos trece años nos mostrará una sucesión de pequeñas crisis que componen el cuadro de una general.

En agosto de 1954, Getulio Vargas, ante su inminente deposición, se suicida y deja una carta-testamento. Café Filho, que lo sucede, gobierna bajo crisis sucesivas, y en noviembre de 1955, el entonces general Enrique Duffles Teixeira Lott, depone al presidente en ejercicio para garantizar la posesión del candidato electo Juscelino Kubitschek. En el gobierno de Kubitschek ocurrieron pocas crisis de importancia y ninguna amenazó al poder central.

En agosto de 1961, después de siete meses de gobierno, renuncia el presidente Janio Quadros, que había sido elegido por seis millones de votos, y una Junta Militar trata de impedir que llegue al poder el vicepresidente João Goulart. Un vasto movimiento de resistencia popular, cuyo centro era Río Grande do Sul, bajo la dirección de Leonel Brizola, impone a Goulart en el poder, pero los jefes políticos concilian con los jefes militares e instauran un régimen parlamentarista, para impedir los plenos poderes de Goulart. Después de dos años de luchas y crisis sucesivas, Goulart recupera los poderes presidenciales por medio de un plebiscito en el que recibió el apoyo masivo de la nación, para realizar las reformas que prometía. La política de conciliación y demagogia de Goulart aumentó el descontento popular y provocó el levantamiento de los sargentos en Brasilia, en septiembre de 1963. Después, Goulart trata de aumentar sus poderes con una petición de estado de sitio, combatida por la izquierda y la derecha, la cual retira bajo presión popular.

El descontento continúa, y Goulart intenta nuevas embestidas a través de la concentración del 13 de marzo de 1964, en la cual decreta el embargo de las refinerías de petróleo y la expropiación de las tierras ubicadas al margen de las carreteras y vías férreas. En el país se advierte un fervor revolucionario, y los marinos realizan, el 25 de marzo, una reunión en el Sindicato de los Metalúrgicos del Estado de Guanabara, que el ministro de Marina en vano procuró reprimir. Goulart trata, una vez más, de conciliar la situación, ante una tensión gigantesca en los medios militares que se trizaban verticalmente.

El 30 de marzo, bajo terribles presiones de la oficialidad conservadora, se reúne con más o menos cinco mil sargentos en el Automóvil Club, tratando de asustar a la derecha y, al mismo tiempo, de controlar el movimiento pidiendo disciplina. Todo en vano. La derecha, que dispone del apoyo de la clase media, asustada por la inflación y por el clima de agitación social, pasa a la ofensiva e inicia el levantamiento en Minas Gerais. Ante la necesidad de apelar a una resistencia popular, Goulart renuncia y entrega el poder. Las fuerzas populares, desarmadas y atónitas, no consiguen tomar el poder, el que es asumido por el complejo de las fuerzas insurreccionales. La instalación de un gobierno fuerte que encarceló a obreros, estudiantes, intelectuales y campesinos; que suprimió los derechos políticos de vastos sectores del movimiento popular y del ala progresista de la burguesía, no terminó, pese a todo, la sucesión de crisis. Durante los dos primeros años de gobierno dictatorial, el poder central se vio amenazado por resistencias en Goiás, que motivaron la destitución del gobernador Mauro Borges, y por sucesivas crisis militares y parlamentarias, que condujeron a acciones discriminatorias y a la emisión de una segunda acta institucional. En 1966, el presidente Castelo Branco se vio obligado a llamar a elecciones en el Parlamento y aceptar como su sucesor a Costa e Silva. Este, después de un frustrado intento de liberalización del régimen dictatorial, instituyendo una constitución que regulaba legalmente su política de fuerza, es llevado a firmar el Acta Institucional Núm. 5 en 1968, la cual suspendía la vigencia de esta Constitución.

La enfermedad de Costa e Silva produce otra crisis militar que lo hace suceder por una junta militar y, finalmente, por el "presidente" Garrastazu Médici, cuyo gobierno, a su vez, no ha sido ningún modelo de estabilidad interna. ¿Qué hay tras esa sucesión de crisis políticas? y ¿Cuál es el origen de esa tensión política en el país? ¿Qué perspectivas tiene el desarrollo de la crisis brasileña? Estas preguntas procurará responderlas este libro. Existe una crisis de una formación socioeconómica cada vez que las relaciones de producción existentes y la consiguiente estructura institucional, política y cultural, no están capacitadas para llevar adelante el desarrollo de las fuerzas productivas. A partir de entonces, la sociedad es azotada por continuas crisis, choques más o menos abiertos de las fuerzas en lucha, hasta que una de esas crisis coyunturales desarrolla sus componentes generales y se crea una situación revolucionaria que exige una solución radical. En este proceso más o menos largo, de destrucción de una determinada forma social, las fuerzas se miden, se organizan y se reorganizan, combatiéndose en el plano de las ideas y de las luchas políticas; se preparan así para el choque definitivo que sólo ocurre cuando se agotan todas las condiciones de desarrollo de la vieja estructura, que se reformula a través de las crisis, así como las posibilidades de convivencia entre estas fuerzas. Como pretendemos demostrarlo, ésta es la situación de Brasil.

En ese país existe hoy una crisis radical que abarca todos los sectores de la sociedad brasileña. El golpe de abril fue un paso definitivo en el sentido de esa radicalización social. Después de ello, todos los viejos esquemas de conciliación política están superados. Y si aún subsisten, son como resquicios de una situación anterior que se proyecta en el presente. En una resolución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en 1871, sobre el anarquismo, Marx se refería a la supervivencia, en toda una nueva situación social, de los elementos del pasado. También en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* se refería a la formulación hegeliana de que toda gran situación social se repite, pero asumiendo la forma de una farsa.

Procuraremos determinar los componentes fundamentales de esa crisis, estableciendo sus dos momentos esenciales, que surgen del propio carácter de la sociedad brasileña. Brasil tiene hoy una estructura capitalista industrial muy avanzada, que determina el movimiento fundamental de la economía brasileña. Pero esta estructura creada a base de un proceso de sustitución de importaciones, se generó y desarrolló dentro del cuadro de una economía colonial, agrario-exportadora, y mediante una alianza política y económica con ella. La supervivencia de ese vasto sector precapitalista industrial (expresado en el latifundio improductivo, en las relaciones semiserviles en el campo, en una burocracia estatal hiperatrofiada e irracional, en una burguesía ligada a la especulación agrario-exportadora; expresada en la propia estructura pletórica de la administración de los monopolios capitalistas y de las grandes empresas, y en la organización financiera nacional) es hoy un límite definitivo para el desarrollo de una economía nacional.

Tenemos así una crisis estructural, que podríamos llamar la crisis del subdesarrollo, y que afecta a un vasto sector de la economía brasileña. Pero, al mismo tiempo, la existencia de un complejo capitalista industrial, financiero, comercial y agrario, especialmente en el centro-sur del país, y que se ha expandido hoy por casi toda la nación, agrega nuevos elementos de crisis. Este sector posee un mecanismo interno cíclico, propio de las economías capitalistas más o menos próximo al modelo general de desarrollo capitalista. Fue la crisis de ese sector capitalista la que, al aliarse a la crisis del subdesarrollo, creó la complejidad de la situación social brasileña. La percepción de ese fenómeno es fundamental para esclarecer el carácter de la actual situación que se configura en el país. No es posible un desarrollo capitalista sin resolver las contradicciones creadas por el ciclo de la coyuntura.

En una fase de depresión económica como la que se inició en 1963 (después de una amenaza de recesión en 1960), marcada por una extraordinaria inflación, generada en la fase de desarrollo y complicada por las supervivencias precapitalistas, el régimen capitalista industrial no puede enfrentar en forma decisiva a los sectores precapitalistas de la sociedad y realizar una política de reformas. La burguesía brasileña tardó mucho en comprender esa situación y trató de conciliar una política de estabilización con una política de reformas. Tal conciliación era imposible por los motivos que veremos en el transcurso de este libro. De hecho, sus teóricos, o por lo menos una parte de ellos, terminaron por entender el problema.

Sin embargo, aún hoy se discute en el país la naturaleza de la actual crisis brasileña y también de la crisis general del Brasil. La ideología oficial procuró eludir el problema de la crisis del subdesarrollo y considerar que una mera solución de la crisis de coyuntura, o capitalista, reintegraría tranquilamente al país a una política de desarrollo. Por otro lado, un sector aún dominante de la izquierda procuró oponer a la actual política económica de la dictadura, una política de desarrollo burgués-reformista, y procuró incorporar a esa política a los sectores descontentos de la burguesía. Tal posición ignora por completo el carácter de clase del actual gobierno y sólo podrá conducir al fracaso. La única opción, o la única "alternativa válida" (como lo pide Roberto Campos, ministro de Planeamiento de Castelo Branco) a la actual política económica, es una política socialista, basada en la movilización social, en la congelación de los precios, en el control del lucro de las grandes empresas, en la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía, en una reforma agraria radical que ataque a la propiedad de la tierra y cree formas de explotación colectiva de la agricultura brasileña. Por eso, en las actuales condiciones, la perspectiva del desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o política de estabilización burguesa. Todas las otras alternativas son utópicas.

Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina hacia esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el

gobierno a enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para actuar frente a una oposición que nunca lo amenazaré definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no le garantizará tranquilamente el poder, pues, para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar al sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y a los obstáculos representados por el capital extranjero y por el dominio del mercado externo por parte del imperialismo, por otro. Frente a la amplitud de estas tareas, que exigirán una movilización nacional gigantesca, la burguesía fracasará una vez más.

En vista de la imposibilidad de realizar el desarrollo sin esta movilización, se consolidará definitivamente una alternativa que desde ahora se está realizando: un capitalismo subsidiario, dependiente del imperialismo e incapaz, por tanto, de responder a las necesidades de un pueblo lleno de posibilidades históricas y que vive un proceso de profunda maduración política. Para consolidar esta alternativa, la clase dominante tendrá que recurrir a un gobierno mil veces más fuerte que el actual, mil veces más policial, basado incluso en la movilización de sectores de la pequeña burguesía y de la clase media, para controlar el movimiento popular.⁷

Esta será, pues, la consecuencia para consolidar tal alternativa, que ya se manifiesta, aunque en forma atenuada, dentro de la dictadura actual; solamente el fascismo sería una solución a más largo plazo. Para hacer frente a esa alternativa, la nación sólo podría avanzar bajo el liderazgo de los sectores no comprometidos con el imperialismo: los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales, sectores de la clase media y de la pequeña burguesía. Así, un frente de trabajadores de la ciudad y del campo que condujera al país al camino de la reforma agraria, de la política externa independiente, de la planificación social y, por último, al socialismo. Esta es, pues, la opción verdadera a que Brasil se verá enfrentado en los próximos años: el fascismo o el socialismo.

⁷ Así lo planteábamos en 1966, pero hoy día el gobierno brasileño ha llegado a extremos de violencia y de medidas antipopulares que parecían difíciles de superarse. Sin embargo, creemos que desgraciadamente esta es sólo el comienzo de un régimen que dejará en la historia las mismas odiosas marcas de regímenes como el fascismo italiano, o alemán, o aun peores.

3. CRISIS ECONÓMICA Y CRISIS POLÍTICA

Cabe preguntar: ¿es posible una identificación tan estrecha entre una crisis económica y una crisis política? ¿Entre las posibilidades de desarrollo económico y las formas de gobierno o regímenes políticos? La relación entre las crisis económicas y las formas de gobierno no ha sido aún objeto de un estudio sistemático. Sólo incidentalmente ha sido tratada en función de situaciones concretas. En realidad, esas relaciones sólo pueden ser establecidas teóricamente en forma muy general. Cuando nos aproximamos a una situación histórica concreta y encontramos sus determinaciones, vemos que el juego de las fuerzas políticas tiene sus posibilidades de acción condicionadas por un restringido número de posibilidades económicas, que se van tornando tanto más estrechas cuanto más profunda es la crisis. Por tanto, en las situaciones de crisis aguda, se tornan más claras y más prominentes las posibles soluciones. Así, el acto político es el que decide (por tanto, el hombre) qué camino debe seguirse; pero las posibilidades históricas están dadas dentro de determinadas posibilidades económicas. La determinación que comienza en lo económico se realiza a través del acto consciente o político, y vuelve a lo económico, actuando sobre él, dentro de las condiciones que él estableció.

La ciencia social puede trazar, así, las determinaciones generales del sistema y sus posibles coordenadas. Dadas esas condiciones, el proceso seguirá tal camino si ocurre esto, o tal otro si ocurre aquello. La libertad humana no sólo se "salva" de esa forma, sino que se convierte en un componente intrínseco del proceso social: su componente decisivo. El método de análisis que tendremos que seguir será, pues, esencialmente dialéctico. Su papel es el de detectar las bases esenciales del movimiento de la sociedad brasileña. Mostrar que este proceso, al desarrollarse, lleva hasta sus últimas consecuencias sus contradicciones internas y conduce a soluciones determinadas, cuya realización histórica dependerá de la acción política de las organizaciones, clases, grupos y personas que lo han estado viviendo. Pero, evidentemente, si éstas actúan tratando de realizar soluciones imposibles, sin una comprensión más o menos perfecta de ese movimiento esencial y de sus manifestaciones inmediatas, estarán actuando en el sentido de la conservación, de la inercia social y, por tanto, de la victoria de los sectores más retrógrados.

Este es, pues, el gran drama de las clases revolucionarias: la fuerza de la inercia opera contra ellas y solamente su conciencia y voluntad organizada pueden vencer a sus adversarios. Nada más peligroso para una clase revolucionaria que el desprecio al estudio y al pensamiento, a la disciplina revolucionaria, a su independencia ideológica y organizativa. El método de análisis y el rigor del conocimiento no son, pues, cuestiones bizantinas o secundarias. Son, por el contrario, decisivas para la solución de los conflictos sociales; son cuestiones prácticas concretas.

La visión metodológica de este libro parte de dicho principio. Al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se produce es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional, porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional es determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta. Nada sería más antidialéctico y antihistórico.

Nada excluye en forma más decisiva el papel de la acción y la conciencia humanas en el proceso real de la sociedad, pues, si fuera posible determinar el proceso real a través de una fórmula general, esta determinación sería inútil, ya que cualquiera que fuera nuestra acción el proceso alcanzaría siempre el mismo resultado. Así, la dialéctica exige que la ligazón entre el todo y sus movimientos particulares, tanto en el tiempo como en sus elementos diversos deben ser fruto de análisis específicos y particulares.

Una de las características fundamentales del stalinismo, en el plano del pensamiento, es esa sustitución del análisis particular por las generalidades. Tal deformación estuvo a punto de tratar de establecer las leyes generales de la dialéctica, como si ella fuera una lógica formal y no una lógica histórico-concreta cuyas leyes sólo se desprenden del estudio de las situaciones histórico-concretas. Si la economía internacional (cuyas leyes tenemos que estudiar históricamente, pues tienen una realidad propia y no dependen, hasta cierto punto, de las economías nacionales) puede determinar definitivamente el movimiento nacional, la revolución sería un acto internacionalmente único. Sin embargo, sabemos que por sus propias características, esto no puede ocurrir. Las revoluciones dependen de dinámicas nacionales que deciden sobre su posibilidad o no, reflejándose sobre la situación internacional.

Si de un lado analizamos el problema brasileño en el marco de la integración internacional del imperialismo con las diversas burguesías nacionales, por otro lado analizamos al mismo tiempo el movimiento interno de la clase dominante brasileña, en el sentido de realizar esa integración y las contradicciones que ello trae para el propio desarrollo capitalista del país. La posibilidad o no del predominio de esa política burguesa, la forma cómo predominaría y sus contradicciones, serán decididas por la acción consciente del pueblo brasileño: lo que sólo permite situar la responsabilidad histórica de cada pueblo en un nivel internacional, ya que de sus acciones depende la suerte de los otros pueblos. Más grave se torna esta cuestión cuando se trata de un país como Brasil, que representa un papel decisivo en el contexto mundial, y cuyo destino repercute (y repercutirá todavía más) trascendentalmente en el destino de la humanidad.

4. OBSERVACIONES POSTERIORES

Estas páginas fueron escritas en 1966. En este momento se aplicaba en Brasil la política de estabilización monetaria propuesta por el Fondo Monetario Internacional bajo su versión brasileña dirigida y concebida por Roberto Campos. Los sectores mayoritarios de la izquierda brasileña consideraban que esta política era absolutamente equivocada y que conducía el país al estancamiento y a la "ruralización". Nosotros sostuvimos en este trabajo y en otras oportunidades que ésta era la única política burguesa posible en la situación y que al contrario de llevar al estancamiento y "ruralización" debería conducir a un nuevo auge económico y al predominio de los intereses del gran capital internacional en su modalidad, monopolista, financiera y radicalmente industrial. Sin embargo, alertábamos para el hecho de que esta política no resolvería la crisis estructural del país sino solamente su forma coyuntural determinada por las leyes de la acumulación capitalista industrial. En consecuencia, al provocar un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas en condiciones superiores de concentración, centralización e internacionalización de capitales elevaría la crisis de estructura dejada intocada con el golpe de 1964, y provocaría una nueva crisis de dimensiones revolucionarias al final del ciclo. Esto fue de hecho lo que pasó. Entre 1964 y 1967 se produjo una depresión económica. Entre 1968 y 1974, una recuperación y un auge económico conocido como el "milagro brasileño". A partir de 1974 se configura la crisis general del llamado modelo brasileño y una crisis cuyas dimensiones profundas recientemente empiezan a advertirse en Brasil y que seguramente asumirá la forma de nueva crisis social y política similar a la de 1961-64. Es importante considerar este marco histórico para comprender los planteamientos que se desarrollan en los próximos capítulos y su mayor o menor corrección teórica, así como su consecuente capacidad predictiva.

Segunda parte

Gran empresa y capital extranjero

I. El predominio de la gran empresa

Podemos resumir las hipótesis fundamentales de nuestro trabajo al plantearnos que los cambios en la división internacional del trabajo, en la fase del capitalismo monopolístico, conducen a los países dominados a las siguientes situaciones: a) el predominio de la gran empresa; b) la concentración económica bajo el dominio de la gran industria, sobre todo internacional; c) el dominio monopolístico del mercado; d) el surgimiento de una capa gerencial que representa los intereses del gran capital; e) la organización sindical y política de los intereses del gran capital; f) su control de la vida política y del estado mediante la adaptación a sus intereses. En este capítulo queremos comprobar las hipótesis a, b y c en la realidad brasileña, tomada como representativa de las tendencias generales de la nueva fase de la dependencia.

1. CONCENTRACIÓN INDUSTRIAL

La gran empresa tiene origen reciente en el Brasil. En los años 30 no encontrábamos todavía una industria suficientemente desarrollada para generar la gran empresa. Solamente a partir del final de la Segunda Guerra Mundial ocurre esto.

Los datos sobre la industria de transformación por grupos de obreros ocupados en el estado de Sao Paulo, donde se concentró el desarrollo industrial del país y que representa cerca del 55% del valor de la producción del sector industrial, son indicativos del proceso de concentración empresarial.

CUADRO VIII

De 1949 a 1959, la distribución del número de plantas por grupos de obreros no ha cambiado. Sin embargo, el porcentaje del valor de la producción de las empresas de más de 100 obreros ha crecido de 63.2% a 69.9%. Al mismo tiempo, el valor relativo de las empresas de más de 500 obreros ha crecido de 28.7% a 40.2%. Ello muestra que, en sólo diez años, las empresas de más de 500 obreros pasaron de una situación de inferioridad a un nítido predominio de la producción del sector industrial.

La importancia relativa de la gran empresa en el centro industrial del país se manifiesta todavía más contundente si examinamos la distribución de los obreros por empresas de mayor o menor número de obreros ocupados.

Según el Censo Industrial de 1960, las empresas de más de 100 obreros, en el estado de Sao Paulo, representaban, en ese año, el 60% de los obreros, y las de más de 500 obreros, cerca del 28%. Ello revela el predominio de la gran empresa en el conjunto de la mano de obra.

El Cuadro IX nos muestra aun que las 195 plantas de más de 500 obreros participaban en 35% de la fuerza motriz utilizada, 31.4% de los salarios y 32.8% del valor de la producción. Si tomamos las plantas de más de 100 obreros, tendremos: 68.3% de la fuerza motriz, 64.7% de los salarios y 63.7% de la producción.

CUADRO IX

La realidad que describimos arriba se mantiene para todo el país por influencia de la economía paulistana en el conjunto nacional.

El artículo de Heitor Ferreira Lima¹ se pueden encontrar los datos siguientes, que confirman, a nivel nacional, los anteriores: las empresas de 4 a 49 trabajadores representaban, en 1958, 87.41% del total de las plantas de más de 4 obreros del país, y 27.41% del valor de la producción. Aquellas de 50 a 249 trabajadores representaban 10.11% de las plantas y 30.75% del valor de la producción.

Las de 350 y más empleados representaban 2.48% de las plantas y 41.84% del valor de la producción. De esta forma, los datos de todo el país confirman en menor grado las tendencias del centro industrial del país.

2. LA INDUSTRIA EN EL INGRESO NACIONAL

Pero, ¿qué expresión tiene el sector industrial en el conjunto de la actividad económica del país? ¿Será este predominio un elemento sin importancia en la realidad brasileña?

Muy al contrario; los datos demuestran que la participación del sector industrial no sólo ha crecido frente a los otros sectores, sino que ha llegado a ser fundamental para la economía del país.

¹ "Amparo a la pequeña y mediana empresa", Revista Brasiliense, núm.32, São Paulo, pág. 23.

Desde 1939 a 1963, el sector industrial ha cambiado de 18.9% a 35.3% de la renta interna a precios corrientes de 1939. En este mismo periodo, el ingreso de la agricultura ha bajado de 33.3% a 21.0% del total.

Los datos sobre la composición de la mano de obra son menos contundentes. Esto se explica por el carácter de la industrialización, que ha utilizado tecnología moderna basada en el ahorro de mano de obra. Así, el porcentaje de la población industrial manufacturera se ha acrecentado de 7.70% a 9.10% del conjunto de la mano de obra, entre 1940 y 1960.

Si agregamos el sector de industrias de construcción y los sectores de transporte, comunicaciones y almacenajes, que son complementarios al sector de manufacturas, tendremos una evolución de estos sectores industriales y paralelos de 12.90%, en 1940, a 17.30%, en 1960.

En este periodo, el sector terciario, en su conjunto, ha crecido de 25.60% a 36.70%, lo que muestra la importancia de la concentración de mano de obra en los sectores urbanos, ya que el sector agrícola decreció de 66.70% a 54.20%.²

Los datos comprueban, pues, que el sector industrial y los sectores urbanos son progresivamente determinantes del conjunto de la economía, a pesar de la importancia persistente del sector agrario. La agricultura, sin embargo, tiene una productividad muy baja debido a su atraso. A pesar de que 54% de la mano de obra trabaja en el campo, sólo representa 21% del ingreso nacional. Pierde así las condiciones de determinar la realidad económica nacional. Con el desarrollo de la industrialización, la agricultura es paulatinamente subyugada por ella y se convierte en una de sus ramas, hecho que ocurre hoy en las regiones más capitalistas del país.

3. IMPORTANCIA DE LA INDUSTRIA DE BASE

A lo dicho cabe agregar otra pregunta: dado que sabemos que el sector de base tiende a una mayor concentración empresarial y juega el papel estratégico en la economía, ¿qué papel representa él en la economía industrial

²Datos de los censos demográficos de 1940, 1950 y 1960 en Brasil, extraídos de IBGE. Anuario estadístico de 1965.

del país? ¿Será ella una industria meramente de consumo, no integrada y, consecuentemente, sin condiciones para servir de centro de articulación de la economía del país? En la introducción ya anticipamos la respuesta a esta pregunta, pero es interesante estudiar los datos globales de que disponemos.

Los cálculos basados en los datos censales permiten notar la evolución de las relaciones entre el sector de bienes de producción y bienes de consumo. Los bienes de producción representaban 28.9%, 38.1%, 41.5% y 56.5% del valor acrecentado por la industria en los años de 1920, 1940, 1950 y 1960.³ El crecimiento del valor de la producción de bienes de producción fue de 508.0% entre 1940 y 1960, mientras el valor de la producción de bienes de consumo creció en 248.8%.

Los datos muestran que la concentración es mucho más intensa en los sectores de base que, como vimos en el párrafo anterior, se instalaron en los últimos años, sobre todo de 1950 a 1960.

Un estudio comparativo entre un sector tradicional como la industria textil y un sector moderno como la industria química⁴ puede confirmar nuestra afirmación sobre la concentración en los sectores de base.

El sector textil, a pesar de su alta concentración de mano de obra, es un sector de baja productividad, relativamente estancado, que pierde su liderazgo en la economía por efecto de las transformaciones arriba descritas.

En 1960, en este sector había 220% más de empresas y 420% más de empleados que en la industria química. A pesar de esto, la industria textil producía un valor de sólo 25% más alto que el valor de los productos de la industria química. En 1950, sin embargo, el valor producido por el sector textil era 270% superior al sector de la industria química. Las industrias mecánicas, metalúrgicas, de material eléctrico, comunicaciones y químicas tenían 28% del valor de la producción textil de São Paulo, en 1950. En 1960, pasaron a tener 200% del valor de la producción de este sector.

³ Datos obtenidos de Desenvolvimento y Conjuntura, febrero de 1966, págs. 118 y 119.

⁴ En el estudio de José Carlos Pereira, "La estructura del sistema industrial en São Paulo", Revista Brasileira de Ciências Sociais, vol. IV, núm.1, junio de 1966, basado en investigaciones del Centro de Sociología Industrial de São Paulo (CESIT), se constaba que entre los sectores más modernos en equipamiento está la industria química y entre los más obsoletos, la textil.

Estos cambios realizados en diez años muestran la profunda concentración operada en los sectores de base de la industria.

4. LA MONOPOLIZACIÓN DEL MERCADO

Al lado de la concentración empresarial ocurre un proceso de monopolización del mercado.

En una reciente investigación del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Río de Janeiro, que será largamente utilizada en este trabajo,⁵ se encontraron 276 grupos económicos con capital superior a 900 millones de cruzeiros. Fueron estudiados separadamente los 55 grupos de más de 4 000 millones de cruzeiros de capital, llamados multimillonarios.

Los multimillonarios son líderes indiscutibles de los sectores principales en que actúan, dominando "parte sustancial de la producción y circulación de bienes".

Entre los millonarios (entre 900 millones y 4 mil millones) se sacó una muestra de 83 grupos en el universo estimado de 221 unidades. De estos 83 grupos, los extranjeros y 2 nacionales eran líderes (primero o único productor) en la actividad principal en que estaban. Un análisis más detenido de los grupos extranjeros pudo mostrar que 14 de los 29 grupos extranjeros millonarios operan en un mercado oligopólico; 4 grupos, todos norteamericanos, actúan en condiciones de monopolio, sin embargo muy precarias; 9 grupos actúan en mercado de competencia imperfecta.

Entre los grupos millonarios nacionales no se hizo un estudio más profundo; pero todo indica que actúan en un mercado oligopólico o de concurrencia imperfecta, a pesar de no disponer de las posiciones de liderazgo en que están los extranjeros. Si retomamos los datos del comienzo de este capítulo, que demuestran que las grandes empresas juegan un papel determinante en la economía, podemos llegar a la conclusión de que existe un mercado predominantemente oligopólico. Esta conclusión puede ser reforzada por los datos del Cuadro X.

⁵ Mauricio Vinhas de Queiroz, "Os grupos multibilionarios"; Luciano Martins, "Os grupos bilionarios nacionais"; José Antonio Pessoa de Queiroz, "Os grupos bilionarios estrangeiros", Revista del Instituto de Ciencias Sociales, Río de Janeiro, 2, 1965. En portugués, 1 billón representa 1 000 millones. Por esto el estudio ha establecido la diferencia entre grupos "bilionarios" y "multimillonarios". En español adoptaremos los términos grupos "millonarios" (de capital de 900 a 4 000 millones de cruzeiros antiguos) y grupos "multimillonarios" (de capital igual o superior a 4 000 millones de cruzeiros antiguos).

CUADRO X

5. CONCENTRACIÓN FINANCIERA

El proceso de monopolización del mercado no es el único aspecto de este proceso general de concentración económica. La concentración se opera también en el nivel financiero. Esta concentración financiera se realiza por el proceso de integración entre empresas, o por el dominio de un grupo sobre varias empresas y ramas distintas.

El proceso de integración entre empresas se realiza fundamentalmente por los holdings, que son organizaciones financieras que coordinan el control accionario de un cierto grupo de empresas. La investigación pudo determinar que este sistema en Brasil tiene en general carácter de una organización interfamiliar bajo el liderazgo de un jefe familiar.

De los grupos multimillonarios, 28 (50.9%) poseen holdings perfectos. La gran mayoría son grupos nacionales de origen local (no inmigrantes).

Los grupos extranjeros, sin embargo, prefieren el control accionario directo de sus empresas que, como veremos, son más integradas y actúan de manera más intensa en sectores más restringidos. Ello les permite un mayor monopolio del mercado. En general, la matriz en el exterior domina el 90% de las acciones, con muy pocas excepciones.

Si atendemos a que estos grupos componen los más poderosos grupos internacionales, podemos comprender el grado de concentración a que llegó la economía industrial del país en manos de grupos cada vez más poderosos.

CUADRO XI

Entre los grupos millonarios que dominan la economía brasileña, 11 (84.6%) de los grupos norteamericanos incluidos en la muestra, se encuentran entre los 500 mayores grupos de Estados Unidos; 6 grupos de la muestra (46%) están entre los 200 grupos más importantes de Estados Unidos, añadiendo que entre ellos

están los 4 mayores productores de sus ramas en ese país. Entre los no norteamericanos que componen la muestra de los millonarios, 41.6% están entre los 500 grupos mayores fuera de Estados Unidos.⁶

Así el control financiero sobre la economía brasileña está, en último análisis, en las manos de una pequeña parte de los principales grupos económicos del mundo occidental.

Con el desarrollo del mercado de capitales en Brasil, a través de las sociedades de crédito, el fortalecimiento de las ventas de acciones y, por fin, la creación de los bancos de inversiones a partir de 1967, el capital extranjero y el nacional se han reagrupado en algunos pocos grupos económicos que pasan a dominar el conjunto de la economía nacional en un rapidísimo proceso de concentración financiera cuyos resultados finales son aún de difícil, previsión.

El proceso de concentración industrial se basa en una profunda concentración de la propiedad de la tierra.

El sistema latifundio-minifundio (que se apoya en la producción para el mercado de los latifundios, mediante la utilización de mano de obra de la agricultura de subsistencia, fundada ésta en el minifundio) se amplió en los últimos años. Ocurre esto porque el proceso de penetración del capitalismo industrial en el campo se hace sin destruir la estructura de propiedad de la tierra ni los medios tradicionales de explotación de la mano de obra.

Los datos de los Censos Agrícolas de 1950 y 1960 muestran que el número de grandes establecimientos cayó de 2.38% a 0.98% del total. El área dominada por estos establecimientos disminuyó en menor proporción, de 50.98% a 47.29%. Ello indica un aumento de la concentración.

Los establecimientos medios y grandes de 10 a 1 000 hectáreas se mantuvieron aproximadamente en la misma relación. Al mismo tiempo, tuvo lugar la extensión de los minifundios (menos de 10 hectáreas) de 34.43% de los establecimientos a 44.77%. Ellos ocupaban un área total de 1.30% en 1950 y de 2.23% en 1960, ver cuadro XI.

Estos datos muestran, en resumen, el fortalecimiento de los polos complementarios: latifundio-minifundio, concentración-dispersión de la propiedad territorial.

El control de la propiedad de la tierra es completado mediante el control de la comercialización agrícola. Esto se obtiene por medio de los "acaparadores", quienes dominan la compra de productos agrícolas gracias a su

⁶ Según los datos de *Fortune* en el año de la investigación, 1962.

disponibilidad de crédito. La investigación del Instituto de Ciencias Sociales pudo determinar que en general los grupos que tienen actividad exportadora importadora se complementan con empresas bancarias que les dan apoyo financiero. El estudio de Heitor Ferreira Lima sobre los bancos brasileños y sus ligazones muestra que gran parte de la estructura bancaria está ligada a la comercialización agrícola.

La actividad propiamente agrícola exige poco financiamiento por el carácter atrasado de su tecnología. Esto lo prueba el análisis de los financiamientos concedidos por el Departamento Agrícola del Banco del Brasil.

En 1964, 78% de sus créditos se destinaron al financiamiento del plantío y a la comercialización y sólo 13% a inversiones productivas. A ello se deben añadir los empréstitos del Departamento de Crédito General que se destinan a la comercialización de productos agrícolas y que corresponden a cerca del 30% del valor de la cartera agrícola. Desgraciadamente los datos del Censo Comercial de 1960 no permiten obtener conclusiones sobre la tendencia a la concentración en tal sector, donde existe un considerable número de pequeños comerciantes, cuya actividad representa de hecho desempleo disfrazado, al lado de los grandes grupos manipuladores de los financiamientos

6. OTROS ASPECTOS DE LA CONCENTRACIÓN

En el sector bancario se puede medir, de una manera general, este proceso de concentración por la relación entre el número de bancos y agencias bancarias y el número de matrices.

De 1950 a 1964, según el Anuario Estadístico de Brasil, los bancos y agencias crecieron de 2 596 a 6 878, mientras el número de matrices bajó de 413 a 328. El estudio de Heitor Ferreira Lima⁷ muestra las ligazones de los principales grupos bancarios con la industria, el comercio y la agricultura.

La investigación del ICS hace resaltar este aspecto al mostrar que un mismo grupo económico posee empresas en varios sectores.

De los 29 grupos extranjeros millonarios de la muestra, 14 ejercen otras actividades además de la principal. De los 55 grupos multimillonarios extranjeros y nacionales, 35 ejercen actividades fuera de la principal. De los

⁷ Heitor Ferreira Lima, "Notas sobre la estructura bancaria brasileira", Revista Brasiliense, núm. 8, pág. 147 et passim.

54 grupos millonarios nacionales de la muestra, 31 ejercen otras actividades. En los grupos nacionales se constató un gran número de actividades secundarias, en general tecnológicamente no relacionadas.

Cupo así concluir que se trataba de un proceso compensatorio de las pérdidas de un sector por otro. Mas, su efecto es una profunda integración de los intereses del gran capital de los más diversos sectores.

Por último, hay que estudiar los efectos de esta concentración, que se perciben desde el sector productivo (concentración de la empresa industrial, concentración de la propiedad de la tierra), hasta la concentración financiera (concentración de capitales en holdings, concentración bancaria, etc.), pasando por la concentración de los medios de circulación (comercio, servicios y otros), y la distribución del ingreso.

Era de prever una alta concentración del ingreso. La declaración del impuesto sobre la renta de 1960, a pesar del gran número de fraudes que implica, expresa la situación, desde un punto de vista relativo. Mientras el 92.8% de las personas jurídicas declarantes obtenían 18 000 millones de cruzeiros en ganancias, el 0.03% de las mismas personas jurídicas declaraban una ganancia de 41 600 millones.

De las personas presentes de diez años y más, según el rendimiento mediano mensual (Censo Demográfico de 1960), 30% ganaban menos del sueldo mínimo más bajo del país y 73% de la población activa ganaba hasta el correspondiente sueldo mínimo más alto del país.⁸

7. EL PAPEL DE LA EMPRESA ESTATAL

El estado tiene una apreciable participación en las actividades productivas del país. Parte considerable de la gran empresa está controlada por él.

Según investigaciones de *Desenvolvimiento y Conjuntura*, de las 34 empresas de capital superior a 1 000 millones de cruzeiros en el país, en 1960, 19 eran estatales. De éstas, 19.3% estaban en los primeros cuatro lugares.

⁸ En Brasil, la legislación del sueldo mínimo, aplicada sólo a las ciudades, se diferencia por regiones. En el año 1960, variaba entre 5 900 cruzeiros en São Paulo y 2 500 cruzeiros en Teresina (capital de la provincia del Piauí). Ciertamente, los sueldos más bajos que el sueldo mínimo corresponden al ingreso de los trabajadores agrícolas, niños, empleadas domésticas, etc.

En estudio de la revista Visao (7 de septiembre de 1967) sobre las mayores empresas brasileñas en 1967, las empresas estatales ocupaban los cinco primeros lugares de las 20 mayores empresas por capital más reservas en el país. De esas 20 empresas, una empresa estatal ocupaba el séptimo lugar y las restantes se dividen entre 5 empresas nacionales y 9 empresas extranjeras.

Si tomamos las 20 empresas de mayor lucro líquido en 1967, las empresas estatales suben a 8 (al mismo tiempo que las empresas nacionales privadas bajan a 3 y las empresas extranjeras siguen siendo 9). Este dato es muy importante, pues hace suponer que el poder de inversión de las empresas estatales es creciente, además de mostrar que estas empresas presentan un buen índice de lucratividad, lo que supone una buena base administrativa y gerencial.

Si tomamos los sectores económicos principales de servicio e industria, según el mismo estudio, vemos que las empresas estatales tienen el liderazgo de las siguientes ramas, de una subdivisión en 50: 1. El Banco del Brasil comanda el sistema bancario nacional; 2. La compañía Vale del Río Doce, el sector minero; 3. La Petrobrás, todo el sector de petróleo, añadiendo que conserva el monopolio de la prospección y producción del petróleo bruto; 4. La Compañía Siderúrgica Nacional ocupa el segundo lugar del sector correspondiente, a muy poca distancia de la empresa más fuerte (Belgo-Minera, extranjera); 5. La Compañía Nacional de Alcalis se ubica en el tercer lugar en el sector de la industria química y petroquímica, sector en que el estado tiene importancia muy pequeña y el capital extranjero ostenta un tranquilo dominio⁹; 6. Las Centrales Eléctricas de São Paulo y las Centrales Eléctricas Brasileñas (holding estatal de la electricidad, Electrobrás) controlan el sector de energía eléctrica, en el cual el estado tiene claro predominio; 7. La Red Ferroviaria Federal (altamente deficitaria), más dos empresas estatales, monopolizan el transporte ferroviario en Brasil; 8. La Compañía Municipal de Transportes Colectivos de la Municipalidad de Sao Paulo y la Compañía de Transporte Colectivo del Estado de Guanabara, que la siguen, son las dos mayores empresas en el sector del transporte urbano de pasajeros, sector en que las corporaciones edilicias dominan frecuentemente los sistemas de transporte municipales; 9. La Compañía Telefónica Brasileña, finalmente, comanda el sector de servicios de telecomunicaciones, gas y agua, en el cual el estado posee un alto control.

⁹ La situación del sector petroquímico varió fuertemente después de 1966. El estado se hizo responsable por la instalación de la industria petroquímica pesada; enseguida, el capital internacional, que había resistido a integrarse en este sector, hizo cuantiosas inversiones en la rama.

Se puede apreciar la acción monopolizadora y de concentración económica que la preferencia del estado instituye en la economía. Este proceso es, sin embargo, reciente; todas las empresas estatales citadas se formaron después de 1950.

La consecuencia de lo señalado es la importancia creciente de la burocracia estatal en la economía nacional. Ella domina sectores fundamentales y gana una cierta independencia de acción frente a los grupos sociales. Por otra parte, esto permite una mayor concentración económica y monopolización e instituye patrones de dirección racionales en sectores que se irradian sobre el conjunto de la economía.

El papel del estado en la constitución de la gran empresa en el país y en la organización de un mercado monopólico y de una economía concentrada y programada, merece una consideración al margen de este trabajo. Se discutirán más tarde tres aspectos del problema: por una parte, la importancia del control político del estado para las clases dominantes; por otra, la visión del estado como principal centro organizado para la resistencia al capital extranjero; por último, la importancia de las decisiones estatales en la organización de la actividad capitalista privada, importancia que no proviene sólo de su actividad económica productiva, sino también de su actividad de comprador y regulador de la demanda, de su control financiero, y de su soberanía jurídico-legal; pero todos estos aspectos se hacen tanto más significativos cuanto más dispone el estado de medios materiales efectivos de acción.

8. CONCLUSIONES

Los datos han permitido comprobar las tesis fundamentales de este capítulo: 1. Que hay una tendencia creciente a la concentración empresarial en el sector industrial; 2. Que el sector industrial se vuelve predominante en el país, particularmente el sector de base; 3. Que este proceso lleva a una monopolización del mercado; 4. Que esta concentración se completa en el nivel financiero, comercial, de servicios y agrario; 5. Que esta concentración se hace cada vez más aguda con el dominio del sector clave de la economía (la gran empresa) por los grupos internacionales, aun más concentrados. La importancia del último punto, simplemente anotada hasta ahora, nos hace dedicar a él el próximo capítulo de este trabajo.

II. La dominación del capital foráneo

En el capítulo anterior vimos que el proceso de concentración industrial fue seguido de cerca por el proceso de monopolización y de concentración financiera del capital foráneo. Es importante tener una visión de la magnitud general del capital foráneo.

Esto nos puede garantizar la importancia de los mecanismos de control sobre la economía que vamos a describir posteriormente.

1. ENTRADA Y SALIDA DEL CAPITAL EXTRANJERO

La entrada del capital extranjero en la posguerra en Brasil siguió las mismas tendencias descritas en la introducción para América Latina: se acentuó en los años 1956-60 y sufrió una caída a partir de 1961.

Por influencia de este aumento de las entradas, el balance entre la entrada y los ingresos del capital extranjero se hizo positivo en los años 1956 a 1963, por lo que el balance general fue positivo para Brasil (pero no para América Latina) en los años 1946-63.

CUADRO XII

Al confirmarse, sin embargo, los datos de 1964, el balance de capital en los últimos años empieza a presentar un déficit, mostrando que la tendencia a una mejoría de relaciones se debió al boom de 1955-61, cuando gran parte de las ganancias del capital extranjero fueron reinvertidas.

Por un lado, hay que tener en cuenta que la mayor parte de las inversiones en Brasil se hicieron basadas en la "instrucción 113" de la SUMOC, que permitía la entrada de máquinas y equipamientos extranjeros sin gravámenes arancelarios y que resultaron en realidad subsidios y excelentes condiciones para la inversión extranjera.

Más grave, sin embargo, para la legitimidad de la conclusión de un balance favorable a la entrada de capital extranjero, es el hecho de que se calcula entre las "entradas" de capital, las reinversiones, que en realidad

representan una capitalización de recursos nacionales. Por otro lado, las salidas del capital extranjero no se agotan en los puntos tomados por la investigación de CEPAL. Los pagos de royalties y servicios técnicos se contabilizan en el artículo "servicios diversos" del balance de pagos, que es siempre negativo. Si tomamos los datos de que disponemos sobre los años 1960 a 1964 tendremos las cuantías de 1960, 159; 1961, 86; 1962, 61; 1963, 37; 1964, 32.

Estos ejemplos muestran que se reducen significativamente los saldos positivos del balance de capitales si se toma el balance de servicios, donde están los royalties y servicios técnicos. Un cálculo basado en estos datos completos presenta otro resultado para los años 50.

CUADRO XIII

Se ve, en este caso y en todos los años estudiados, un déficit, que demuestra la importancia de las formas indirectas de la remesa de ganancias. Inclúyese, así, a Brasil en la situación descapitalizadora que caracteriza la mayoría de los países latinoamericanos.

2. DESTINO SECTORIAL DE LAS INVERSIONES

Los datos sobre el destino de las inversiones en los últimos años confirman la tendencia, apuntada en la introducción, hacia una concentración en el sector industrial manufacturero.

Según puede verse en el Cuadro XIV, cerca del 50% de las inversiones del capital norteamericano se concentran en industria y, dentro del sector industrial, según los datos del Departamento de Comercio Exterior del Banco del Brasil (CACEX), el sector de la industria de base aparece como privilegiado con cerca de 80 a 90% de las inversiones del capital extranjero en general, excepto en 1964.

CUADRO XIV

Sin embargo, el grueso de la inversión en industrias livianas en aquel año tuvo lugar en las industrias mecánicas y eléctricas livianas (5 051).

CUADRO XV

3. IMPORTANCIA EN LA ECONOMÍA NACIONAL

Es posible aún interrogarse sobre qué papel representan estas inversiones en la economía del país, así como acerca del porcentaje de la economía global que ellas alcanzan. Se trata de investigar la significación de este sector extranjero en el conjunto de la economía.

El cálculo general para toda América Latina hecho por la CEPAL nos revela que el total de pagos por el servicio del capital extranjero en América Latina subió del 2.5% del producto nacional bruto, en 1951, al 3.4% en 1957, para luego bajar al 3% en 1960. Si relacionamos el pago de servicios con el ahorro interno bruto, según el mismo estudio, tendremos una evolución de 16%, en 1951, a 20.5% en 1959 en toda América Latina.

Desgraciadamente, no disponemos de datos sobre la importancia relativa del capital extranjero integrado en la economía, de suerte que habremos de contentarnos con la relación entre la ganancia y otros servicios de este capital y algunos aspectos de la economía.

El Cuadro XVI establece la relación entre los pagos por el servicio del capital extranjero y los ingresos de divisas del país. Se puede así colegir la parte de los ingresos obtenidos por el país en la exportación de bienes y servicios y que éste ha de destinar al pago de los ingresos del capital extranjero.

CUADRO XVI

Los datos revelan que este porcentaje aumenta en la última década debido al crecimiento de esos ingresos así como al decrecimiento del valor de las exportaciones. El porcentaje de los servicios del capital extranjero sobre el total de los ingresos obtenidos por las exportaciones subió del 15.1% , en el periodo de 1946-50, al 39.4% en 1962. Ello significa que es necesario más de un tercio de las divisas del país para pagar los servicios del capital externo.

Considerando este cuadro, ya se puede percibir la importancia del endeudamiento externo del país (y de toda América Latina, donde ocurren tendencias iguales), que creció del 10.1% al 33.1% en relación al ingreso de divisas. Debido al conjunto de factores negativos en la relación entre el capital extranjero y las economías subdesarrolladas, la deuda externa, como su reflejo, tiende a un aumento significativo.

En el caso de Brasil, los datos muestran un crecimiento de 423.7 millones de dólares, en 1945, a 2 224.6 en 1962 (cuadro 166 en Financiamiento externo de América Latina). La relación entre el servicio de la deuda pública externa a largo plazo y los ingresos en divisas en cuenta corriente creció del 17.1%, en 1959-1961, al 20.3% en 1962-1965. En otras palabras, el país paga un cuarto de sus divisas por servicio de su deuda pública externa a largo plazo.

Más grave es, sin embargo, la situación si sumamos todos los pagos por servicios que incluyen utilidades (14.3%), servicio de deuda (14.9%), transportes y seguros (9.9%), viajes al exterior (5.9%), servicios diversos (5.5%), donaciones al exterior (1.6%), errores y omisiones o servicios invisibles (3.1%), fondos transferidos al exterior (6.3%), lo que representaba 61.5% de los ingresos de divisas en América Latina en 1962. Estos datos, calculados por André G. Frank en su trabajo "¿Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional?" (Comercio Exterior, México, tomo VI, núm. 2, febrero de 1962), muestran que es mucho mayor la descapitalización provocada por el sector extranjero en nuestras economías si se incluye el total de los gastos en servicios.

4. LA ESTRATEGIA DEL CAPITAL FORÁNEO

El resultado de este examen preliminar es bien claro: el capital foráneo ha intensificado su penetración en la última década. Esta penetración se dirigió fundamentalmente al sector manufacturero y en particular a la industria de base; penetración que cobra en contrapartida un alto servicio en forma de ganancia, intereses, royalties, servicios técnicos etc., y lleva la economía a un endeudamiento progresivo.

Debemos ahora estudiar los efectos internos de esta penetración. ¿Qué tipo de relaciones establece en el interior de la economía misma?

En primer lugar, debemos determinar la importancia relativa del capital foráneo frente al capital nacional y detectar las formas de penetración que él utiliza.

La estrategia del capital extranjero para obtener el dominio interno de la economía, sea ella consciente o sea ella movida por los intereses objetivos no identificados teóricamente, que dependen de la propia estructura del gran capital, puede ser descrita de la siguiente manera: a) la alta integración tecnológica de sus empresas permite a las mismas restringirse a sectores especializados de actuación en que dominan el mercado, en concurrencia con grupos económicos nacionales dispersos en varios sectores de actuación y sin condiciones monopolísticas fuertes; b) el capital foráneo busca penetrar en sectores donde pueda obtener el dominio del

mercado, instalando condiciones de competencia monopólica; c) busca mantener, con seguridad, el dominio financiero de sus empresas, recurriendo secundariamente a formas nacionales de capitalización directa que signifiquen propiedad sobre sus acciones. Recurre ampliamente a las formas indirectas (préstamos, inversiones fiscales, subsidios, etc.). Ello se deriva del carácter de sus inversiones, hechas en gran parte bajo la forma de transferencias de máquinas (muchas veces obsoletas en el país de origen) que no implican reales desembolsos de capital fijo; d) el control externo sobre la política de las empresas es asegurado mediante la utilización de una técnica gerencial avanzada, políticamente complementada por la utilización de empresarios nacionales de prestigio en puestos honoríficos. Esta técnica gerencial avanzada concede al capital foráneo condiciones superiores de competencia frente a las empresas nacionales basadas en la dirección personal del propietario.

Trátase de demostrar, en esta parte, dichas hipótesis.

5. LOS GRUPOS ECONÓMICOS EXTRANJEROS

La principal fuente de datos de que disponemos para comprobar las hipótesis enunciadas es la investigación ya citada del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Río de Janeiro.

Del conjunto de los 55 grupos multimillonarios (más de 4 000 millones de cruzeiros) encontrados en el país, 31 (56.4%) son extranjeros y 24 (43.6%) son nacionales.¹⁰ Esto significa que el capital extranjero predomina entre los grupos más importantes de la economía brasileña.

Tal predominio se hace aún más intenso si comparamos las diferencias entre extranjeros y nacionales por monto de capital, 19 grupos nacionales (79% del total) están entre 4 000 y 10 000 millones en cantidad de capital; 18 grupos extranjeros (58% del total) están en este rango. En un rango mediano, entre 10 000 y 20 000 millones, encontramos 3 grupos nacionales (14%) y 10 grupos extranjeros (32%). En el rango superior de más de 20 000 millones tenemos 2 nacionales (10.8%) y 3 extranjeros (10%). Lo dicho muestra una tendencia al aumento del predominio de los grupos extranjeros en los rangos de más alta concentración.

De los 24 grupos nacionales multimillonarios encontrados, solamente 9 (37.5%) no tienen vínculos accionarios con grupos o empresas extranjeras. Debemos anotar que 2 de estos grupos presentan cruces directoriales con grupos extranjeros. Otra forma de unión radica en que figuras relevantes del grupo nacional aparecen como directores de determinadas firmas extranjeras.

¹⁰ El relatorio del ICS de la U.R.J. separa dos grupos como mixtos por no haber podido identificar dónde residía el control del capital, si en el Brasil o en el exterior. Para efectos de simplificación, serán considerados extranjeros en nuestro trabajo.

Por último, hay otras formas de ligazón, a través de *royalties* o de ayuda técnica, que en la investigación no se consideraron.

La conclusión es por demás evidente, sobre todo cuando ya fue confirmada por otros datos; la gran empresa nacional y los grandes grupos que la controlan son eminentemente extranjeros o están por ellos dominados, o a ellos vinculados.

La comparación en el sector de los millonarios (entre 900 millones y 4 000 millones) muestra una integración menos intensa. En este caso, se trabajó sobre una muestra de 83 grupos en un total de 221 unidades. El grado de generalización no es perfecto, pero tiene una buena base estadística. Se pueden así considerar válidas las conclusiones a grandes rasgos ofrecidas por el análisis.

De los 83 grupos de la muestra, 54 (65%) son nacionales y 29 (34.9%) son extranjeros.¹¹ Tales porcentajes son considerados generalizables al universo de los millonarios. Ello haría suponer, en un total de 221 grupos, 144 nacionales (65%) y 77 extranjeros (34.9%), de los cuales, como veremos, 34 (44.8%) serían norteamericanos y 43 (55.2%) de otras nacionalidades. De los 54 grupos nacionales, 25 (46%) tienen uniones accionarias con grupos extranjeros.¹²

El Cuadro XVII nos da una idea del conjunto de esas relaciones.

CUADRO XVII

Los grupos extranjeros de todo el universo (millonarios y multimillonarios) sumados a los grupos nacionales con vinculaciones accionarias a grupos del exterior representan 68.4% de los grupos económicos de más de 900 millones de cruzeiros en capital y, por tanto, de los grupos económicos que controlan la economía nacional. En los multimillonarios, esta relación sube a 83.6% y, en cambio, es más baja entre los millonarios, 64.7%.

¹¹ Nuevamente hay tres grupos de difícil clasificación. En este caso los autores de la investigación los incluyen entre los extranjeros.

En lo que respecta a los grupos millonarios, la clasificación por valor del capital no revela un predominio de los extranjeros, pues ellos están concentrados en los rangos más bajos: 19 grupos extranjeros (65.5%) están entre 900 y 1 500 millones, y encontramos en este mismo rango 15 nacionales (27.7%); 10 grupos extranjeros (34.5%), están entre 1 500 y 3 000 millones, mientras en el mismo rango hay 34 nacionales (62.9%). En el sector que va de 3 000 a 4 000 millones no hay ningún extranjero en la muestra, pero sí 5 nacionales (9.2%).

Otros datos, sin embargo, van a desmentir esta apariencia de superioridad del sector nacional entre los millonarios. Vamos a ver que disfrutan de menor capacidad de concurrencia.

La comparación entre los grupos norteamericanos y aquellos de otros países es de interés, porque muestra el predominio de los primeros.

De los 31 grupos extranjeros multimillonarios, 14 son norteamericanos (2 mixtos americanos-nacionales), 4 alemanes, 3 ingleses, 2 franceses, 1 italiano, 1 suizo, 1 holandés, 1 argentino, 1 canadiense, 1 anglo-holandés, 1 anglo-belga-norteamericano. Los norteamericanos corresponden al 45% de los extranjeros multimillonarios y al 25% del total de los grupos multimillonarios nacionales y extranjeros.

Este predominio ocurre también entre los millonarios, donde los norteamericanos representan 13 grupos (48%) y los no norteamericanos 16 (52% del total de los extranjeros). Así, los norteamericanos representan el 48% de los extranjeros y el 15.6% del total de los grupos millonarios nacionales y extranjeros.

Eventualmente vamos a destacar, en el transcurso del análisis, otros aspectos del predominio de los grupos norteamericanos.

¹² En estudio de la revista *Desenvolvimento y Conjuntura* sobre sociedades anónimas de más de 1 000 millones de cruzeiros en capital, en 1969, se encontraron 66 empresas: 32 eran extranjeras y 34 eran nacionales, de las cuales 19 eran estatales. Esto confirma las tendencias halladas en el estudio del ICS

6. PREFERENCIA POR EL SECTOR INDUSTRIAL

Después de estos datos preliminares, que muestran la hegemonía global del capital extranjero entre los grandes grupos económicos nacionales, estudiaremos la estrategia utilizada por este capital, sea ella consciente o no, para obtener el dominio de la economía. Es clara la preferencia del capital extranjero, particularmente norteamericano, por el sector industrial. En los 54 grupos multimillonarios y en los 83 millonarios encontramos la siguiente división por sectores básicos.

CUADRO XVIII

Así como en los multimillonarios tenemos 83.3% de los grupos extranjeros en el sector industrial, en los millonarios tenemos 86.2%. En los nacionales el porcentaje baja a 74% y 70.8%, al tiempo que aumentan significativamente los grupos que tienen como actividades principales la bancaria (7.4% y 16.6%) y comercial (18.5% y 12.5%). Se confirma una vez más la tesis del predominio del sector industrial en la actividad principal de los grupos económicos extranjeros.

La investigación pudo constatar indirectamente que esta preferencia por el sector industrial es de origen reciente, tesis que habíamos desarrollado al estudiar los datos globales en el comienzo de este capítulo. Los grupos extranjeros en general se instalaron en el país en el periodo de posguerra, mientras los nacionales, sobre todo los multimillonarios, se formaron en el periodo de la Primera Guerra Mundial.

En los últimos tres o cuatro años, el capital extranjero ha abierto nuevas áreas de inversión en el sector agropecuario, estimulado sobre todo por la expansión del comercio mundial de ciertos productos así como por la baja remuneración de la mano de obra rural en países como Brasil. En este sentido no sólo se entregaron a una vasta especulación con la compra de tierras en el interior de Brasil, sino que crearon y están creando grandes unidades de producción pecuaria dentro de la política de diversificación de las exportaciones del gobierno brasileño.

En los últimos años el capital internacional ha asumido también un carácter financiero más nítido. Los bancos se convierten en corporaciones multinacionales ampliando enormemente sus agencias en el plano internacional. Esto ha permitido acentuar el control de los excedentes económicos ahorrados en cada país por el capital

financiero, permitiendo que se cambie profundamente el carácter de la inversión del capital extranjero, lo que lleva a las últimas consecuencias el proceso de integración del capital extranjero en el interior de las economías en desarrollo, particularmente la brasileña.

En esta nueva etapa de la nueva dependencia, el gran capital internacional se convierte en capital financiero en el interior de la economía brasileña para comprar acciones y empresas nacionales en las más distintas ramas. Se hace él así parte integrante del conjunto de la economía, componiendo fuertes grupos económicos con el ahorro nacional y las ganancias obtenidas en el país. En el punto siguiente llamaremos la atención sobre este fenómeno desde otro aspecto. No podemos, sin embargo, estudiar, todavía, todas las características de esta nueva etapa de la nueva dependencia por su carácter aún embrionario, a pesar de su ritmo extremadamente rápido.

7. INTEGRACIÓN TECNOLÓGICA

Los datos de la investigación realizada comprueban también la hipótesis de una alta integración tecnológica de los grupos extranjeros.

Puede detectarse por lo siguiente que la producción de varias empresas extranjeras tiende a concentrarse en factores tecnológicamente integrados llevando a la especialización de la producción.

De los grupos extranjeros multimillonarios, podemos considerar 5 *estrictamente especializados* (de los millonarios extranjeros, 11; de los nacionales multimillonarios y millonarios, ninguno), Entre los relativamente especializados -actividades distintas relacionadas horizontalmente¹³ -podemos encontrar 20 extranjeros multimillonarios y 9 millonarios; 11 nacionales multimillonarios y 2 millonarios. Entre los *poco diversificados* -actividades relacionadas verticalmente-, 5 extranjeros multimillonarios y 4 millonarios; 5 nacionales multimillonarios y ningún millonario. Entre los diversificados, 1 extranjero multimillonario y 5 millonarios, más cinco nacionales multimillonarios. En esta categoría y en aquella de los muy diversificados está la gran mayoría de los nacionales millonarios, pero ningún extranjero.

Otro indicador de la integración tecnológica de los grupos extranjeros frente a la no integración de los nacionales en la relación entre el número de empresas por grupos económicos y el volumen de capital.

Entre los multimillonarios, los grupos nacionales tienen en promedio 21 empresas y los extranjeros 8. En total, los 24 grupos nacionales poseen 506 empresas, pero su capital total representa 219 000 millones de cruzeiros. Por otra parte, los 31 grupos extranjeros poseen 234 empresas y tienen en conjunto un monto de 306 000 millones de cruzeiros de capital. El promedio por empresa es en el primer caso de 432 millones y en el segundo de 1 307 millones.

Entre los grupos millonarios se encuentra una proporción semejante entre nacionales (en promedio 7.5 empresas por grupo) y extranjeros (en promedio 7 empresas por grupo). Debe esto relacionarse con los límites que el volumen de capital representa para la expansión de las empresas.

La hipótesis adoptada para explicar la diferenciación anárquica de los grupos nacionales fue que aquéllos intentan defenderse de las oscilaciones de cada sector particular, buscando un equilibrio o compensación de los otros sectores en que actúan. Esto se hace necesario dadas las dificultades de financiamiento y las pocas reservas de que disponen. No ocurre así, en cambio, con los grupos extranjeros, que disponen de reservas nacionales e internacionales muy grandes.

En los últimos años, el capital extranjero ha modificado sustancialmente su comportamiento respecto de este fenómeno. Debido a la creación de un mercado de capitales más organizado en la economía brasileña desde 68 hacia acá, los capitales extranjeros pasaron a orientarse en esta dirección a través de los bancos de inversión. Estos bancos, creados por el exministro de Planeamiento del gobierno de Castelo Branco, Roberto Campos, que dejado el gobierno vino a convertirse en dirigente de uno de ellos tienen el derecho de utilizar sus recursos para la compra de acciones, transformándose así en una especie de holding legalizado. Para las empresas extranjeras que disponen de altas ganancias para reinvertir y del crédito bancario normal, así como del poder de los grupos financieros norteamericanos, éste es un excelente negocio. Se puede ver hoy día pues, a la empresa extranjera, y particularmente los grupos financieros, orientándose para la inversión conglomerada, es decir, independiente de la integración tecnológica entre las distintas empresas del grupo. Las razones de esta conglomeración son, sin embargo, mucho más ofensivas que defensivas. Algunos grupos nacionales han

¹³ Los autores de la investigación establecieron un *gradient* que va desde estrictamente especializado hasta muy diversificado, para el caso de los multimillonarios, sin dar los criterios por ellos utilizados. En los estudios de millonarios no establecieron el *gradient*. Restablecemos el *gradient* para los millonarios según el criterio que nos pareció utilizado por los autores.

entrado también en este mismo proceso de concentración y centralización financiera.

8. DOMINIO MONOPÓLICO DEL MERCADO

El resultado de esta especialización y concentración del capital extranjero es el dominio monopólico del mercado que ya subrayamos anteriormente.

Vimos que los grupos multimillonarios tienen en general el control del mercado en los sectores principales en que ellos actúan.

Entre los millonarios, encontramos 10 grupos extranjeros y 2 grupos nacionales, que son líderes en el sector en que ejercen actividad principal. Vamos a estudiar, basados en el Cuadro XIX el grado de monopolio de los grupos extranjeros millonarios.

Antes es necesario destacar que los investigadores consiguieron detectar, entre los millonarios nacionales, solamente 2 grupos que poseían empresas con el comando del mercado de ramas importantes; 2 grupos con empresas que ocupaban el segundo lugar en su rama de actividad principal; 3 grupos que tenían empresas entre los principales controladores del mercado en que actuaban y 1 grupo con efectivo monopolio en su sector principal.

CUADRO XIX

Para ordenar el Cuadro XIX, los investigadores buscaron establecer la naturaleza nacional o extranjera de los grupos que controlaban el mercado de determinados productos. Establecióse así una graduación que se extendía desde la no participación de otros extranjeros en el mercado en que actúa el grupo extranjero hasta el control completo (90%) de este mercado por grupos extranjeros.

Cabe notar que el 65.5% de los grupos extranjeros millonarios de la muestra actúan en ramas bajo parcial o total (90%) control de grupos extranjeros. Entre los extranjeros, los norteamericanos actúan en sectores donde tienen desde un completo o gran control (92.4% de los grupos norteamericanos), hasta un control medio (7.7% de los grupos norteamericanos), y ninguno de ellos actúa en sectores bajo pequeño control extranjero. Muy interesantes son los datos sobre el grado de monopolización del mercado en que actúan los grupos extranjeros y su posición en el mercado: 4 grupos (todos norteamericanos) actúan en mercado monopólico

o casi monopolístico; 14 grupos en mercado oligopólico (definido como aquel en que actúan al máximo 30 grupos) ; 9 en mercado de competencia monopolística, de los cuales, 5 actúan en mercados de competencia monopolística concentrada (donde un grupo de empresas en relación al total controla más del 50% del mercado) y 4 en competencia monopolística *sin concentración*.

Si comparamos la posición de esos grupos en el mercado con las posiciones ocupadas por los millonarios nacionales, que resumimos arriba, tendremos una visión clara de la estrategia utilizada de ocupar posiciones monopolísticas por parte de los grupos extranjeros, particularmente los norteamericanos.

CUADRO XX

Vimos que el 58% de los grupos extranjeros está en el núcleo predominante del mercado y solamente el 41.6% está fuera de este núcleo. Otra es la situación de los grupos millonarios nacionales, donde solamente 14.8% mantiene posición de control en el mercado en que ellos actúan.

Los análisis de este punto confirman, pues, la tendencia de que el capital extranjero tiende a ser más especializado, actuando en sectores tecnológicamente integrados, lo que le permite: a) obtener alta concentración empresarial y financiera; b) controlar el mercado en que actúa, no solamente ocupando importantes funciones de liderazgo, sino también llegando al control de todo el sector de producción.

La alta integración tecnológica del capital extranjero y su política monopolística son un indicador de que se trasladan a las economías subdesarrolladas, los cambios que han estado ocurriendo en los países capitalistas desarrollados.

La fase del capitalismo monopolístico en que ingresa hoy el capitalismo se caracteriza por el dominio de los *managers* de las grandes empresas sobre los otros sectores del capitalismo. El capital financiero, particularmente importante en el comienzo del siglo XX, pierde su importancia integradora del sistema en la medida en que las empresas gigantescas y multinacionales disponen de medios de autofinanciamiento. La producción de la moderna gran empresa monopolística pasa a ser el eje y centro estratégico del sistema económico. Las características de altamente integrado tecnológicamente y monopolístico que el capital extranjero tiene en el Brasil, parecen indicar que se están introduciendo, en los países en desarrollo, estos mecanismos económicos del capitalismo monopolista. Esto, sin embargo, acaece en un cuadro económico-social completamente distinto y produce consecuencias diferentes. En estos países, gran parte de la población no está totalmente integrada en el mercado capitalista. Existe también un gran desplazamiento demográfico en proceso, debido a las

poblaciones del campo que van a la ciudad en busca de empleos. Por último, la tasa de crecimiento demográfico es muy alta. La alta integración tecnológica es un límite a la expansión de empleos y, por otra parte, el dominio monopólico del mercado limita la necesidad de ampliación del mismo por parte de las empresas que pueden obtener altos lucros por la intensificación de la explotación del mercado por ellas subrogado. Datos más recientes sobre la concentración del sector bancario norteamericano y su expansión internacional han demostrado que el vínculo entre los bancos y los sectores industriales no ha perdido su vigencia y su papel clave en la economía capitalista contemporánea. Asimismo, las interligaciones entre empresas a través de vínculos familiares continúa pesando en la articulación de capital norteamericano de forma decisiva. De esta manera no se puede sostener la tesis que bajo la influencia de la obra ya citada de Sweezy y Baran, aceptábamos en 1966 cuando se redactó esta parte de la obra. Esto no significa que la importancia del capital corporativo no haya crecido en las décadas del 50 y 60 y que es a través de él que se articulan el sistema bancario y los grupos económicos que tienen que respetar la dinámica de este capital generado y aplicado en los marcos de la gran empresa monopólica y multinacional. También debemos señalar la tendencia del capital corporativo a dispersar sus inversiones en los países dominantes a través de los sectores económicos más diversos asumiendo una forma conglomerada. Esas tendencias se reflejan también en países como Brasil sobre todo desde 1964 y 1967, cuando aumentó la compra de empresas locales en quiebra sin ningún criterio de integración tecnológica.

9. DOMINIO FINANCIERO

La tercera hipótesis que cabe verificar es aquella acerca del capital extranjero que busca mantener con seguridad el dominio financiero de sus empresas, recurriendo secundariamente a formas de capitalización directa nacional. Se dijo que esto derivaba del carácter de sus inversiones, en gran parte bajo la forma de transferencia de máquinas, que no implican reales desembolsos de capital fijo.

La primera parte de la hipótesis puede ser confirmada por los datos de la investigación del ICS. La segunda no puede ser confirmada por ausencia de datos, pero se refuerza con la comprobación de la primera parte y con la literatura histórica que muestra la importancia de la no tributación cambiaria, de las subvenciones y financiamientos estatales en la penetración del capital extranjero.

En el caso de los grupos multimillonarios extranjeros, sólo se encontraron tres grupos con controles minoritarios de las acciones. En general se les encuentra controlando el 90 o si no el 80% de las acciones. Cuando se trata de un conjunto de grupos extranjeros asociados, se mantiene esta tendencia para el conjunto de los grupos

asociados. Entre los grupos nacionales, el control de las empresas se hace a través de una minoría de acciones, método usado en general por las sociedades anónimas.

Entre los grupos millonarios extranjeros encontramos la misma tendencia de los multimillonarios.

De una clasificación en 5 clases (A, con cerca del 100% del capital controlado del exterior; B, con algún capital nacional; C, con parte minoritaria, pero sustancial del capital perteneciente a nacionales; D, con mayoría del capital perteneciente a nacionales, pero controlados desde el exterior; E, existen dudas sobre la localización del centro de decisiones) tenemos los siguientes resultados: 12 grupos, es decir el 41.4%) están en la clase A; 7, en la clase B; es decir, el 24.2% (que sumados al anterior significan el 65.6%) ; 6 están en la clase C, es decir, más del 20.7%.

Demuéstrase, así, que el 86.3% de los grupos extranjeros tienen capital mayoritariamente bajo control externo y solamente 13.9 están en las clases D (3.45%) y E (10.4%).

¿A qué puede atribuirse tal tendencia, que entra en choque con la tendencia existente en las metrópolis capitalistas, donde es común el dominio del capital de las sociedades anónimas por un grupo que posee un sector minoritario de las acciones?

La respuesta sólo se puede dar al admitirse que esto refleja ciertas condiciones específicas de aplicación de este capital en nuestros países, sea por la ausencia de un mercado de capital organizado que lo llevaría a asociarse con grupos constituidos, sea por la causa propuesta de que no tiene interés en aceptar capitales en el país, ya que trae el capital fijo en forma de máquinas ya amortizadas en el país de origen y cuenta con subvenciones y financiamientos estatales y privados indirectos de origen local.

Por fin, el capital internacional necesita de libertad de operación a nivel internacional. Las transferencias de ganancia y otras decisiones financieras, las decisiones administrativas, las políticas de mercado, las políticas de sobreprecio, las trampas contables, etc., no pueden someterse al control de accionistas nacionales, pues siempre son compatibles con los intereses de las filiales locales: mucho menos con los intereses de los países donde operan. Se hace necesario así disponer del control absoluto para asegurar los intereses de las matrices sobre las filiales. La situación torna a cambiarse muy recientemente, cuando el capital internacional empieza a operar en el campo financiero y en el mercado de capitales. En tales casos, lo que le interesa asegurar al capital internacional es sobre todo el control absoluto sobre la empresa madre en el interior del país, hacia la cual puede canalizar las ganancias finales y, desde ella, realizar libremente las operaciones que puedan

chocar con intereses nacionales. Así, el hecho de que las empresas multinacionales se integran en los mercados de capital locales no cambia absolutamente la situación.

Los grupos económicos extranjeros tendrían el control de las empresas de idéntica manera. La llamada democratización del Capital sólo hace que un grupo reducido organizado detente el control del capital de millones de accionistas dispersos e incapacitados para influir en la política de la empresa. Así también, las inversiones, de control financiero de empresas locales, por el capital extranjero y la captación de recursos locales a través del mercado de acciones lo que hace es ampliar su área de financiamiento local sin cambiar su posición de control y hegemonía.

10. LA GERENCIA RACIONAL

Por fin podemos verificar que el capital extranjero utiliza técnicas gerenciales más avanzadas, en contraste con la estructura del capital nacional donde predominan las formas de propiedad-control ejercidas por jefes familiares y sus grupos de parentesco. Los grupos extranjeros son, por definición, dirigidos por gerentes encargados de la ejecución racional de la política de los intereses del grupo, en la que se cruzan sus intereses internacionales y nacionales.¹⁴

Los grupos nacionales están controlados por grupos familiares que se distribuyen las acciones y los cargos de dirección. De los multimillonarios nacionales, solamente 3 no siguen estructura familiar. De los grupos millonarios nacionales, 40 siguen estructura familiar; 7 grupos son formados por la reunión de empresarios aislados, y solamente 2 grupos podrían ser considerados gerenciales.

La investigación sobre los grupos millonarios intentó caracterizar los tipos de directores como: a) *Profesionales*, que participan como accionistas y directores de varias empresas del grupo: b) *De confianza* de los accionistas

¹⁴ La "racionalidad" de esta política es más tranquilamente aceptable cuando se trata de las cuestiones administrativas. Sin embargo, es más compleja la cuestión en la política de inversiones y conquista del mercado. En este caso, los intereses de la "corporación multinacional" pueden, y en general esto ocurre, contraponerse a los intereses de las empresas subsidiarias locales. Así sucede al remitir las ganancias para el exterior en vez de reinvertirlas, al preferir por motivos de más alta ganancia o políticos ampliar las ventas de las empresas de ciertos países en detrimento de otros. Por último, la alta descapitalización a que someten a las empresas de los países subdesarrollados, bajo la forma de aumento del precio de los productos consumidos por ellas de sus propias matrices, hace muy poco "racional" su política para las economías de los países subdesarrollados. Estos y otros aspectos del problema son tratados por Baran y Sweezy en el artículo citado en la Primera Parte.

extranjeros; c) *Técnicos* encargados de la combinación de los factores según las normas establecidas por los otros directores en el país o en el exterior.

Directores del tipo a fueron encontrados en 17 grupos de la muestra (58.8% del total). En cuanto al grado de reclutamiento de directores nacionales (en general del tipo c) por parte de los grupos extranjeros, se constató que “cerca del 60% de los grupos reclutan sus gerentes principales en los países de origen de los capitales controladores del grupo”, siendo mayor la proporción de grupos norteamericanos que confían la administración de sus intereses en el Brasil o gerentes locales. La investigación no pudo determinar en qué medida esto se debe al menor poder de decisión de los gerentes de empresas norteamericanas.

La investigación no penetró en los problemas ligados a la política y acción gerenciales, campo muy fértil para comprender el grado de racionalización de la política empresarial. De su estudio podrían surgir importantes revelaciones sobre la contradicción entre los intereses económicos de la empresa en el país y aquellos de los grupos económicos en el exterior.

Tal análisis sería también de gran provecho para la caracterización de los intereses económicos y políticos de este grupo gerencial que representa al capital extranjero en el país, pero que no deja de tener sus comportamientos e intereses específicos. Se abre aquí una serie de indagaciones que nos remiten a un próximo estudio.

11. CONCLUSIONES

La presentación y discusión de los datos pudo comprobar: 1o.) La importancia del capital extranjero en nuestras economías. 2o.) La intensificación de la penetración de este capital en los últimos años. 3o.) Las altas ganancias obtenidas por este capital e intensificadas por otras formas de remuneración (servicios técnicos, *royalties*, inflación de costos de insumos importados, etc.). 4o.) Su orientación creciente en dirección a los sectores industriales. 5o.) Su tendencia a la organización de grandes empresas filiales en los países en desarrollo, que se integran a las grandes “empresas multinacionales”. 6o.) Las condiciones de competencia superior de que disponen. Estas conclusiones sugieren razonamientos más generales: la tendencia a la integración de las economías subdesarrolladas al capital monopolista internacional es imposible de contrarrestar dentro del marco de una economía de competencia donde este capital dispone de visible superioridad. En consecuencia, las burguesías nacionales no disponen de capacidad histórica para sustentar la lucha antiimperialista en nuestros países. Por otra parte, el proceso de integración descrito tiene una profunda

contradicción en su parte interna: al introducir formas de producción muy avanzadas en el cuadro de economías en que subsisten en larga escala formas y relaciones de producción muy atrasadas, no genera estímulos al rompimiento de esas formas en escala suficiente. No sólo crea un número insatisfactorio de empleo frente al crecimiento demográfico, sino que no conduce a la ampliación del mercado ni, en consecuencia, a la reforma agraria al mismo nivel del impacto económico que produce. Por último, genera la descapitalización de economías con gran pobreza de capitales y tiende a controlar el estado y la economía para consagrar esta forma socioeconómica estancadora y explotadora. La forma en que se realiza el desarrollo económico integrado en la economía del capitalismo monopolístico conviértese en un poderoso límite al desarrollo y ahonda el subdesarrollo de nuestros países.

12. TENDENCIAS RECIENTES

Después de 1966 se han ampliado enormemente los datos sobre la penetración del capital extranjero en Brasil y otros países. Sería extremadamente engorroso reproducir aquí las cifras y los estudios que se han hecho posteriormente sobre el tema. En general ellos confirman las tendencias aquí señaladas.

Habría que señalar sobre todo los efectos acumulativos del desarrollo económico dependiente sobre la balanza de pago de los países latinoamericanos y del Tercer Mundo en general que desde 1973 vieron aumentar de manera impresionante su déficit de balanzas de pagos y el valor de sus deudas internacionales. Entre todos los países del mundo Brasil ocupa un avanzado primer lugar al haber acumulado una deuda interna de 27 000 millones de dólares en 1976, de esta manera, se hace patente que la entrada masiva directa y de préstamos y "ayudas" internacionales en vez de facilitar la independencia económica consolida y profundiza la dependencia, como ya se podía apreciar en 1966.

Tercera parte

La crisis económica

I. La crisis del subdesarrollo: El imperialismo y el mercado externo

En la segunda parte de este libro habíamos indicado las direcciones fundamentales que ha seguido la penetración del capital extranjero en América Latina y las consecuencias que provoca en la estructura productiva básica de estos países. Se hace necesario, sin embargo, ver esta estructura productiva desde una perspectiva más amplia y más dinámica. Trátase ahora de mirar cómo se articula una economía volcada hacia la producción de bienes primarios para el mercado externo y basada en la explotación de la mano de obra rural (o minera, en algunos países), con la creación rápida de una industria en principio nacional, y enseguida tomada por el capital internacional, cuyas características de centralización y monopolización fueron examinadas.

La crisis de esta estructura económica será estudiada en esta tercera parte del libro, tomando el caso brasileño como objeto del análisis.

1. LAS BURGUESÍAS DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

El proceso de desarrollo del régimen burgués es, al mismo tiempo, el proceso de desarrollo de su enemigo histórico: el proletariado. La experiencia de las revoluciones burguesas en la Europa de los siglos XVIII y XIX ya revelaron esta contradicción interna: para derrotar a sus enemigos del antiguo régimen feudal, la burguesía movilizaba a un proletariado que pasaba a amenazarla en el curso de su propia revolución. Fue el caso del gobierno revolucionario de Robespierre, en la Revolución Francesa, que fue obligado a tomar medidas de precios máximos, confiscar stocks, intervenir en la economía privada. Para derrumbar esta amenaza, la burguesía tuvo que aliarse con la nobleza y con el campesinado acomodado gracias a la entrega de las tierras que le diera la revolución, recurriendo a un régimen de fuerza para mantenerse en el poder. De esta reacción burguesa, que se inició en Termidor, surgió Napoleón Bonaparte para continuar la revolución burguesa por el método autoritario y mediante compromisos con los más diversos sectores de la reacción europea.

Aún más dramático fue el caso de la burguesía alemana, en 1848, la cual, atrasada en su revolución política, tuvo que contar con el proletariado, que estaba ya organizado y era mucho más consciente. Temerosa de sus aliados urbanos y del movimiento campesino, su aliado natural en la lucha contra las cargas feudales, renunció a su revolución y se vio en los brazos de sus enemigos de la reacción. Tuvo que continuar la revolución por el método autoritario y por la conciliación bismarckista. Fue esta capitulación, sumada más

tarde a la capitulación de las direcciones socialdemócratas en la posguerra, las que llevaron a Alemania a conservar viva una gran fuerza reaccionaria que se agruparía en torno al nazismo, la más terrible expresión de la contrarrevolución burguesa. En febrero de 1917, en la Rusia zarista, se realizó la revolución burguesa, antimonárquica y antifeudal, por la acción de los obreros y campesinos, que se agruparían después en torno a los soviets, creando un doble poder: el poder burgués del gobierno provisorio y el poder obrero y campesino de los soviets. La opción que se configuró, mientras se desmoronaba la solución bonapartista de Kerensky, sería una acción contrarrevolucionaria de la burguesía aliada a los grandes propietarios rurales (Kornilov) o una solución revolucionaria socialista: todo el poder a los soviets (bolchevique), victoriosa en octubre.

El paso de la revolución burguesa a la socialista en los países atrasados estuvo presente en todo el periodo entre guerras, y cobro una nueva expresión con la revolución china, en la que un partido de ideología socialista y proletaria dirigió la masa campesina y pequeñoburguesa para estructurar un estado socialista. Estas revoluciones fueron posibles bajo la forma nacionalista, debido a la creación de una economía imperialista mundial que transformó los movimientos de liberación nacional en lucha contra el sistema capitalista mundial y entregó su liderazgo a sectores populares, mediante la alianza de las burguesías nacionales con el imperialismo, o, por lo menos, mediante sus indecisiones entre éste y el movimiento popular.

Merece un estudio especial el caso del movimiento nacionalista que se desarrolló en los países latinoamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. La industrialización que muchos de estos países lograron durante el periodo de la crisis del 29, y en consecuencia del aumento de las exportaciones durante la guerra, creó un proletariado y una clase media urbanos que se transformarían en valiosos luchadores por el desarrollo. Surgió en estos países una onda revolucionaria creciente que tuvo sus principales ejemplos en Bolivia, Guatemala y Cuba.

En el primer caso, después de la revolución, vimos la necesidad de que la burguesía se volviese contra sus antiguos aliados y se alinease al lado del antiguo enemigo común en la lucha nacionalista, el imperialismo. En el segundo caso asistimos a la capitulación burguesa, debido a su incapacidad de movilizar a su aliado natural que, en este caso, sería especialmente el campesinado. En el caso tercero vimos cómo la capitulación burguesa fue superada por una dirección revolucionaria ligada al campesinado armado, al proletariado y a las clases medias urbanas.

¿Cuál es el origen de esta capitulación burguesa? El grado de desarrollo que alcanza la tecnología moderna no permite a un país atrasado desarrollarse suficientemente sin contar, por lo menos en cierto momento, con

la ayuda de elementos técnicos y científicos de los países adelantados. En el plano capitalista, y debido al monopolio mundial de los capitales, los mercados y las patentes, se le hace imposible a un capitalismo atrasado encaminarse por la senda del desarrollo sin el apoyo de estos capitales. Al mismo tiempo, el imperialismo, que viene realizando un proceso de integración mundial, penetró profundamente en los sectores más lucrativos de la economía de estos países, en alianza con poderosas fuerzas internas.

Después de 1945, esta integración atañe profunda y progresivamente al sector político militar, ligado a los países de todo el mundo capitalista por un sistema de tratados y acuerdos militares que lo vincula a la defensa común del "mundo occidental cristiano". Pero el imperialismo está impulsado por intereses de lucro, y el desarrollo de los países atrasados está profundamente comprometido por esta integración, pues la creación de una industria pesada daría gran independencia económica a los países en desarrollo, restringiría el mercado imperialista y sus productos irían a competir con los productos imperialistas en los mercados de los países que se industrializaron. Debido al carácter de este proceso de integración, hoy es utópico esperar que la burguesía de cualquier país atrasado pudiera obtener un status independiente sin que para ello tuviera que movilizar fuerzas sociales cuyos límites revolucionarios no son controlables por ella.

La burguesía de los países atrasados es, pues, esencialmente capitulacionista. Está dispuesta a sacrificar el desarrollo nacional y su liberación económica y política a cambio del apoyo económico y de la seguridad interna que el imperialismo le promete. El carácter universal de este proceso explica la creciente unidad del movimiento antiimperialista en todo el mundo. Unidad atribuida por la visión deformada y policial de las clases dominantes a los peligrosos agentes del comunismo mundial. Son las propias contradicciones del imperialismo contemporáneo las que forjan esa unidad de las clases trabajadoras de todo el mundo en una lucha común contra la dominación imperialista y contra las clases nacionales dominantes que sustentan esta dominación y se apoyan en ella con creciente intensidad.

La conclusión que podemos sacar de este análisis es que el actual esquema de relaciones entre países atrasados e industrializados es un obstáculo para el desarrollo de los primeros, obstáculo que sólo puede ser superado a través de la movilización de las fuerzas sociales dominadas, que se componen en su mayoría de trabajadores urbanos y rurales. Como vimos en la introducción, existe una situación revolucionaria cada vez que las relaciones sociales predominantes en una sociedad se convierten en un impedimento para el desarrollo de las fuerzas productivas. Configurada esta situación, la sociedad pasa a ser convulsionada por un periodo de crisis constantes en las que se generan los medios políticos, organizativos e ideológicos para la superación de las antiguas relaciones. Esta es la fuente de la crisis general del mundo subdesarrollado.

2. LA BALANZA DE PAGOS

Las condiciones de la economía mundial arriba descritas se reflejan en Brasil y en América Latina, en general, a través de una crisis global del sector externo -sea de bienes, de servicios o de capitales-. Tal crisis está determinada básicamente por la dificultad del sector agrícola-exportador y por el carácter comprometido del desarrollo capitalista brasileño con respecto al capital internacional. Su reflejo es la balanza de pagos que abarca todos los puntos de las relaciones económicas y financieras con el exterior. Los constantes y sucesivos déficits presentados por nuestra balanza de pagos tienen su origen en cuatro factores correlativos: la baja de los precios de los productos de exportación, la remesa de lucros, los transportes y servicios y, como consecuencia de estos déficits, las deudas externas, que pasan a constituirse en un peso específico en la balanza de pagos. Por el análisis de cada uno de estos factores podremos comprender el límite que tal estructura de relaciones internacionales representa para el desarrollo económico.

Baja de los precios de la exportación

Terminada la guerra de Corea se inició un movimiento de baja de los precios de las materias primas, cuando se acabaron los *stocks* acumulados durante la guerra. Además de estos factores, que podríamos considerar circunstanciales, la baja tuvo su origen en el aumento de la oferta mundial de materias primas y productos agrícolas. Este aumento se debió a la introducción de nuevas técnicas en los países productores, la extensión de las áreas productoras y el aumento de la producción de los países africanos y asiáticos. Por otro lado, para agravar esa baja ha ido decreciendo la demanda de estas materias primas, debido a la introducción de nuevas técnicas en los países compradores, en los cuales los productos primarios son sustituidos por productos sintéticos. Como no podía dejar de ser, el café brasileño, nuestro principal producto de exportación, está sufriendo las consecuencias de estos cambios conjuntos del comercio internacional.¹ Según los índices económicos nacionales de *Conjuntura Económica*, el precio del café cayó de 124, en 1954, a 88, en 1955; 76, en 1958; 60, en 1959; 56, en 1962; 55, en 1963; 73, en 1964; 73, en noviembre de 1965. Desde 1966 se produjo una coyuntura que favoreció el aumento del precio del café. Además de las limitaciones de los factores que permitieron este aumento, el precio actual del café es aún muy inferior al precio de la década del 50 (en 1954 el saco de café costaba 86.84 dólares, en 1969 costaba 43.49 dólares). En 1977 el café subió a cerca de 200 dólares el saco. Situación coyuntural que provocará a largo plazo una rebaja del consumo mundial del café y el desarrollo de productos sustitutivos.

Agravando esta tendencia a la baja de los precios de los productos de exportación que atañe el azúcar, el cacao y el algodón, cae al mismo tiempo el volumen de importación del café brasileño por parte de los Estados Unidos. La importación del café de Estados Unidos bajó de 16.8 millones de sacos, en 1960, a 14.8 millones en 1964. La exportación brasileña de café bajó de 16 964 262 sacos, en 1961, a 13 497 446 en 1965. Por otra parte, nada indica que pueda ocurrir una tendencia contraria, no sólo por los *stocks* acumulados en Estados Unidos, sino también por sus crecientes relaciones con el mercado africano; aprovechando el café africano mezclado con tipo suave se obtiene un producto semejante al brasileño. Complementando los factores que agravan las perspectivas de la baja tenemos el aumento de la oferta mundial de café, sobretudo el africano. Restaría la posibilidad de venderle al Mercado Común Europeo, pero los acuerdos con sus colonias y ex colonias oponen barreras inamovibles a nuestros productos. La hipótesis de exportación para los países socialistas, donde existe un mercado potencial, está atenuada en parte en la actual coyuntura por la política reaccionaria de la burguesía y por las dificultades que el comercio bilateral, de gobierno a gobierno, provoca en una economía capitalista. A pesar de todo, Brasil ha logrado aumentar las exportaciones hacia Europa, América Latina, Canadá, Asia y Oceanía, compensando en parte la disminución de las compras norteamericanas.

Finalmente, como último factor agravante de esta tendencia a la baja de los precios de los productos de exportación tenemos los crecientes *stocks* comprados por el gobierno brasileño para financiar a los productores y negociantes del café. Tal política estimula la producción, a pesar de las frágiles medidas de erradicación de cafetales, que encuentran siempre fácil solución dada la fuerza política de los cultivadores de café que funcionan como poderosos grupos de presión a través del IBC. Debido al golpe de abril, tales grupos se sienten aún más poderosos y estimulados, y el pueblo brasileño tuvo que financiar, en 1965, una gigantesca zafra de café superior en 90% a la de 1964. En 1947 teníamos 17 050 000 sacos de café en *stock*; en 1951, 7 715 000; en 1956, 17 476 000; en 1960, 61 639 000; en 1965, 50 000 000 sacos. Casi cuatro veces el volumen de la exportación brasileña. A partir de 1966, la dictadura se vio obligada a presionar más fuertemente a los productores marginales de café, logrando disminuir en buena parte los *stocks* sin venta. Las heladas y una enfermedad muy violenta han disminuido enormemente la producción en 1969, llegando a comprometer

¹ El café brasileño sufre hoy la competencia del café africano, de tipo inferior, debido a los *brands* que se desenvuelven en Estados Unidos. A través de la mezcla del café africano con el café suave se obtiene un tipo medio equivalente al café brasileño. El resultado es que la exportación de café brasileño pasó de 51.4% de las exportaciones mundiales de café, en 1940-1949, a 43% en 1950-1959 y 30.5% en 1965 (punto más bajo), recuperándose en parte en los últimos años (36% en 1969). Al mismo tiempo el café africano subió su participación en el mercado norteamericano de 4.5%, en 1950, al 32.8% en 1970. Factores coyunturales han permitido un gran aumento del precio del café en 1977, que no cabe analizar aquí.

la capacidad de atender a la demanda internacional. Estos factores no cambian, sin embargo, las tendencias básicas descritas.

Debemos destacar el carácter atrasado y antieconómico del gran sector de producción del café, sustentado por esa política de financiamiento. En 1962, el GERCA (Grupo Ejecutivo de Racionalización de la Cafeicultura) determinó la existencia de 2 000 millones de cafetales reputados de antieconómicos, y que ocupaban cerca de 700 000 trabajadores con un sistema tradicional de trabajo y con una producción de seis sacos de café de beneficio por hectárea. El programa de erradicación de cafetales entonces trazado pretendía renovar 500 000 000 de pies, con la diversificación y mejoramiento técnico del plantío en el área afectada. De éstos fueron erradicados, en tres años solamente 587 536 cafetales, sin que el programa de diversificación fuese ni lejanamente cumplido. Estos datos, que fueron sacados de un estudio de *Desenvolvimiento y Conjuntura* (febrero de 1966), muestran la amplitud del problema, sus profundas consecuencias sociales y la influencia de que aún disfrutaban los grupos de producción y comercialización del café para impedir la acción sobre estas deformaciones. Situación semejante tenemos en la industria azucarera, en el cacao y en el algodón.

Todo eso demuestra que el problema de la baja de los precios de los productos de exportación no sólo es de gran complejidad en el plano internacional, sino también en el plano interno. La gravedad de la crisis se refleja en nuestra balanza comercial, disminuyendo las posibilidades de importación.

Desde 1963-1964 empezó una agresiva política de diversificación de las exportaciones brasileñas que ha logrado resultados favorables en el final de la década. La participación del café en el valor total de las exportaciones ha disminuido de 55% en 1964 a 37.4% en 1969, obteniendo en este año un valor por las ventas en más del 10% superior al de 1964. Los nuevos rubros de exportación que han crecido fueron sobre todo el hierro y los manufacturados. Una política de desburocratización de las exportaciones con incentivos fiscales a los exportadores, permitió crecer la exportación de manufacturados desde 37.38 millones de dólares al año en 1963 hacia 400 millones de dólares en 1970. Este aumento elevó la exportación de manufacturados a la mitad del valor de las exportaciones del café, en 1970.

La elevación del rol de la exportación en el crecimiento industrial brasileño tiene consecuencias importantes en el conjunto de la economía. Ella responde, de un lado, a la incapacidad de ampliar el mercado interno de manera significativa y, de otro, a los intereses de las empresas multinacionales de utilizar el trabajo barato del Tercer Mundo en mayor escala, pues, en estos países puede alcanzar altísimas tasas de ganancia. No ha sido jamás por la imposibilidad de alcanzar tasas elevadas de ganancia que el capital internacional tuvo

limitadas sus inversiones en el Tercer Mundo. La principal causa de estas limitaciones se encuentra en la estrechez de los mercados internos que no permiten una gran expansión de las inversiones.

La participación del capital extranjero en el periodo de sustitución de importaciones le permitió no sólo atender al mercado interno ya preexistente, así como le permitió crear un mercado de máquinas y bienes de consumo intermedios para los países dominantes. Agotada esta etapa, como veremos, le quedan dos alternativas: o ampliar el mercado interno a través de una política de reforma o ampliar el mercado externo para sus empresas en los países dependientes.

La segunda hipótesis es muy atractiva cuando se trata de productos con alta utilización relativa de mano de obra, pues ésta es más barata en estos países (caso de textiles, zapatos, etc.), o cuando se trata de la industrialización de materias primas que se encuentran más baratas en el mercado interno (caso del café soluble en Brasil). Otra razón para esta política de exportación de manufacturados a través de países satélites para las facilidades cambiarias al interior de los mercados regionales (ALALC, etc.). Una última razón es la de alcanzar ciertas áreas que son más fáciles desde estos países. Por ejemplo: vender café soluble a Rusia a través del Brasil, utilizándose incluso las mejores condiciones de negocio que Rusia pueda ofrecer a un país subdesarrollado.

No hay que asustarse, pues, con el crecimiento de la exportación de manufacturados. Esta política de las empresas multinacionales tiene un carácter universal, y no hay razones para que el Brasil, que ha logrado un alto desarrollo industrial, no entre en sus planes. La acentuación de este proceso tiene como consecuencia final, sin embargo, un creciente control de nuestras economías por el capital extranjero, cuyos efectos negativos se hacen sentir en el plano económico, político y social. A largo plazo, esto representa una enorme distorsión de la estructura productiva del país acentuando su carácter subdesarrollado, al permitir un crecimiento industrial que de un lado depende de la miseria de nuestros trabajadores y de otro lado, permite eludir temporalmente la cuestión crucial de la elevación del mercado interno, es decir, la cuestión de la elevación del nivel de vida de nuestro pueblo.

Los beneficios inmediatos en el balance de pagos de Brasil no representan, por lo tanto, una real mejoría de las condiciones sociales de la mayoría de la población y antes fortalecen intereses extremadamente minoritarios en el país. Por otro lado, esta mejoría no tiende a permanecer, pues al basarse en el dominio del comercio exterior brasileño por el capital extranjero abre camino para la intensificación de la remesa de ganancias hacia el exterior. Este problema pasará a ser estudiado en el próximo punto. No se puede esperar tampoco que los factores estudiados cambien significativamente las tendencias globales a una baja de los precios de los productos de exportación y a un déficit crónico y acumulativo en la balanza de pagos.

La remesa de lucros

Otro factor que ejerce enorme presión sobre nuestra balanza de pagos, reduciendo nuestra reserva de dólares, son las remesas de lucro, *royalties*, etc., agravadas por el aumento del capital remunerado de las empresas extranjeras (revalúo de activos), por la ausencia de límites de las remesas y de los altos lucros, por la integración creciente del capital extranjero en la economía brasileña a través de reinversiones del capital, control de los principales sectores de producción, dominio del mercado de productos y del capital; y finalmente, por la estrecha dependencia técnica y científica que se expresa en el pago de *royalties*, ayuda técnica carísima y muchas veces ficticia, facilidad de financiamiento a alto interés. Según el cálculo de Caio Prado Junior, las cifras globales de entrada y salida de capitales extranjeros (considerándose el pago de *royalties*, patentes, ayudas técnicas, etc.) presentan en conjunto un saldo negativo para nuestra economía: en 1948, 70 millones de dólares a favor de las remesas; en 1950, 68 millones; 1954, 128 millones; en 1956, 21 millones; en 1958, 9 millones; en 1960, 227 millones. Teniendo en cuenta solamente la entrada y salida de recursos particulares (donde no se cuentan los *royalties*, ayuda técnica, etc.), tuvimos un superávit de 165 millones en 1962, que en 1964 sería solamente de 12 millones de dólares y en 1965, un déficit de 78 millones de dólares. Si retiráramos de la entrada de capitales 62 millones de dólares referentes a la importación de trigo norteamericano, considerados indebidamente como "capitales" tendríamos, en 1964, un déficit real de 50 millones de dólares.²

Vemos así que la entrada de capitales extranjeros tiene un carácter contradictorio: al mismo tiempo que suple la necesidad de un capitalismo que no está en condiciones de realizar la acumulación y concentración de capitales necesarios para las grandes inversiones, y que depende de la compra de máquinas, materias primas y *know how* extranjeros para instalar sus industrias, cobra, a cambio de esta suplementación de recursos, el monopolio de la producción y remite de vuelta altos lucros, *royalties*, etc., transformándose en un factor de descapitalización y un tentáculo sobre el propio capital formado internamente. Tal contradicción limita las posibilidades de desarrollo de los países atrasados, como Brasil, que dependen de ese capital para desarrollarse dentro del esquema del régimen capitalista. Al mismo tiempo, no hay ninguna esperanza de que disminuyan tales remesas, pues son la condición misma de la inversión en una economía basada en el lucro. Para agravar el problema, los presidentes norteamericanos han pedido a los capitalistas norteamericanos que repatrien inmediatamente el lucro que obtienen en el exterior a fin de disminuir los poderosos déficit de la balanza de pagos norteamericana, que se agudizan con los nuevos frentes militares que son obligados a abrir para garantizar al "mundo occidental cristiano".

Lo que podemos concluir es, pues, que el tipo de desarrollo basado en el capital extranjero trae consigo una descapitalización que sólo podrá ser resuelta por un rompimiento internacional, ya que los capitales de los países desarrollados no aceptarían pasivamente que les disminuyeran los lucros (recordemos el papel de la ley de remesas de lucros en la acción del imperialismo en la conspiración que llevó al golpe de abril de 1964: un artículo de la revista norteamericana *Fortune* y el testimonio de Lincoln Gordon en el senado norteamericano mostraron el papel desempeñado por el IPES, por los capitalistas y por el gobierno norteamericano en esas circunstancias. En la economía brasileña tales remesas provocaron una descapitalización interna y restringieron las divisas, reduciendo las posibilidades de importación y de desarrollo. y obligando a la burguesía brasileña, para salir de esa situación sin romper con el capital extranjero, a someterse progresivamente al control de este capital).

Los fletes y servicios

La falta de una marina mercante nacional y el control internacional de los transportes de carga obligan a Brasil a pagar un elevado tributo por su subdesarrollo. Los aspectos de servicios en nuestra balanza de pagos no incluyen solamente los fletes, sino también el pago de servicios técnicos, viaje de turismo y otros aspectos menores. Por los sucesivos saldos negativos que presentan podemos percibir su importancia para disminuir nuestra reserva de dólares: en 1961, el aspecto de servicios presentó un déficit de 169 millones de dólares; en 1962, 314, millones; en 1963, 261 millones; en 1964, 259 millones; en 1965, 410 millones.³ Tales déficit revelan la necesidad urgente de crear una marina mercante nacional que consiga evitar las presiones de los exportadores internacionales, que exigen la utilización de sus líneas de fletes (incluso los empréstitos gubernamentales norteamericanos son vinculados no sólo a la compra de productos norteamericanos, sino también a la utilización de sus fletes). Muestran también la necesidad de una política de formación de cuadros técnicos y científicos en alta escala que libere al país de "servicios técnicos" muchas veces ficticios; de una política de austeridad sobre el turismo internacional practicado incontroladamente por los sectores de alta renta. Pero la realización de esta política, más que audacia y claridad de visión exige, por lo menos, una amenaza de rompimiento con todo el campo imperialista.

² Superintendencia de Moneda y de Crédito, en Caio Prado Junior, "Balance de las Operaciones Financieras del Imperialismo en Brasil". Revista Brasiliense, num. 40, pág. II. Los datos del 62 y el primer semestre de 1964 fueron obtenidos en la revista *Conjuntura Económica* y no incluyen las remesas de *royalties* y pagos por auxilio técnico.

El movimiento de abril golpista gestó una situación de mayor dependencia, entre la clase dominante brasileña y el imperialismo, que disminuye no sólo los planes de ampliación de nuestra marina mercante, sino también las propias flotas en funcionamiento, que aumenta la dependencia de la ayuda norteamericana y, por tanto, restringe mucho el área de maniobra de la burguesía frente a sus socios mayores imperialistas. Los hechos sólo han confirmado en parte estas previsiones hechas en 1965. El gobierno de la dictadura militar se mostró capaz de dar significativos pasos en este sector de tan rígido control internacional. En primer lugar, se logró una marina mercante nacional en dos o tres años. Esta marina mercante tenía como principal cliente los fletes del café y otros productos exportados por el país. Esto creó de inmediato un conflicto en las Conferencias de Fletes Internacionales, que asignaban una participación de menos de 10% a los navíos de bandera brasileña. Los duros conflictos que se produjeron llevaron incluso a amenazar de rompimiento al acuerdo mundial del café. "Hasta hubo protestas diplomáticas", según el almirante J. C. de Maceao Soares, entonces presidente de la Comisión de la Marina Mercante.⁴ El resultado final de esta política y de la apertura de nuevas posibilidades de fletes nacionales permitió un aumento del valor de los transportes marítimos bajo bandera brasileña de 66 millones de dólares en 1966, hasta 186 millones en 1969. Es necesario señalar, sin embargo, tres aspectos negativos de la victoriosa política. En lo que respecta a la participación relativa de los pagos de flete bajo bandera brasileña el crecimiento no fue tan espectacular. En estos años el comercio exterior brasileño creció mucho en valor y en volumen -los fletes acompañaron en parte este crecimiento, sean los nacionales, sean los internacionales. De hecho, Brasil aumentó en mucho el pago de fletes a compañías marítimas extranjeras (cerca de 240 millones de dólares en 1967, 320 millones en 1963, 330 millones en 1969). No se alivia así el déficit del sector servicios en la balanza de pagos. Tales hechos demuestran que, por más significativos que sean los esfuerzos hechos con base en políticas reformistas, aun con alto respaldo de poder dictatorial, ellos no logran provocar cambios significativos en el conjunto de la situación. La flota mercante brasileña representaba, en 1969, sólo 0.7% del tonelaje de las flotas mercantes mundiales.

Un segundo aspecto negativo que palidece la política marítima, que aparece a primera vista algo espectacular, es que ella se basó fundamentalmente en la quiebra del monopolio estatal del transporte marítimo para

³Datos de *Conjuntura Económica*, balance del primer semestre de 1964. Balance de 1965, 1o. de febrero de 1966. Es interesante hacer notar el alto déficit del sector servicios, lo mismo que la baja en las importaciones y, por tanto, en los fletes de 1965. Esto revela que aumentó sensiblemente la remesa de lucros por el expediente de pago de servicios, auxilio técnico, etc.

entregarlo a las empresas particulares, ayudándolas con abundantes financiamientos y subvenciones, etc. Hasta el momento éstas constituyen medianas empresas de propiedad aparentemente nacional. Ellas tendrán ciertamente que pasar por un proceso de centralización y monopolización en un futuro próximo, habiendo muy pocas garantías de que sigan siendo nacionales. Así, en un tiempo inmediato, los dólares ahorrados por la marina mercante brasileña volverán al bolsillo del gran capital internacional bajo la forma de ganancias.

En tercer lugar, hay que considerar que la política de crear una marina mercante nacional es complementada por una dura política de creación de una industria de construcción naval que se instaló en cuatro años utilizando el 90% de piezas nacionales. Esta industria de construcción naval ha sido la principal beneficiada por la expansión del transporte marítimo que le ha asegurado su implantación. Estas son, sin embargo, empresas extranjeras, en general de origen japonés.

El gobierno brasileño continúa así subvencionando y abriendo el camino a la competencia actual o futura entre las empresas multinacionales. Así como los industriales y los gobiernos latinoamericanos empezaron el proceso de industrialización en América Latina creyendo abrir camino hacia un desarrollo nacional y autónomo para descubrir posteriormente que sería el gran capital internacional el principal beneficiado de esta política, así también el pretendido fortalecimiento de la industria de construcción naval y de la marina mercante brasileña está abriendo camino hacia la diversificación de los centros productores de las empresas multinacionales. No será por este camino que se resolverá, por tanto, el problema de la balanza de pagos.

Los tímidos (a pesar de ser aparentemente gigantescos) pasos que dio la dictadura brasileña en el campo de la política de transporte marítimo, sólo podrán ser llevadas consecuentemente adelante en un Brasil socialista. Las muchas campañas de publicidad histórica no serán suficientes para negar esta verdad.

⁴ "Como foi privatizada a marinha mercante", Visao, 29 de agosto de 1970, pág. 328.

La deuda externa

Como corolario de esas dificultades cambiarias, que son un mal crónico de nuestra economía subdesarrollada, las deudas externas se agigantan y son saldadas sucesivamente con nuevas deudas externas. Pues, salvo en periodos excepcionales, el país nunca consiguió equilibrar su balanza de pagos y mucho menos hacerla favorable. La deuda externa, a comienzos de 1964, alcanzó un valor de cerca de 3 000 millones de dólares, de los cuales 1 500 millones de dólares tendrían que ser saldados entre 1963, 1964 y 1965. La única solución pacífica para el problema sería la obtención de financiamiento internacional para cubrir las deudas inmediatas, siendo el Fondo Monetario Internacional la principal fuente. Es evidente que tal situación colocaba a la burguesía brasileña en las manos de los grandes centros económicos internacionales, a no ser que rompiese violentamente con estos organismos a través de una moratoria, que fue muy comentada, pero solamente como medio de presión, pues tal rompimiento llevaría inevitablemente al país a una aproximación inmediata al campo socialista, lo que significaría una amenaza para su propia estructura capitalista interna.

Después de abril, el gobierno brasileño consiguió apoyo inmediato de los organismos de crédito internacionales. A mediados de 1965, la Alianza para el Progreso, según publicaron nuestros diarios, concedería empréstitos al país por valor de 374 millones de dólares, mientras que las agencias internacionales de financiamiento concederían 397.7 millones de dólares más, totalizando 873 millones en empréstitos. La parte concedida por la Alianza para el Progreso se destinó en general a "programas de desarrollo económico"⁵ que en nada ayudan a nuestras importaciones esenciales, pues vincularon los empréstitos a la utilización de fletes y productos norteamericanos, que compiten con la industria nacional. Sumando los 187 millones destinados a acuerdos compensatorios y de estabilización a los 397.7 millones de las agencias de financiamiento, tendremos un total de 584.7 millones de dólares, hasta abril de 1965, destinados a cubrir una deuda vencida de 1 500 millones de dólares. Restaban, todavía, cerca de 900 millones de dólares, a pesar de la concesión de un mineral de hierro a la Hanna Corporation, de la derogación de la ley de remesas de lucro, de la compra de los bienes viejos y depreciados de la compañía de electricidad norteamericana AMFORP, del apoyo irrestricto a la política externa norteamericana. Y no nos estamos refiriendo a cerca de 1 500 millones de dólares, que es el resto de la deuda externa. Como se ve, el problema está lejos de ser resuelto y la deuda externa continúa actuando como factor de límite del desarrollo, arrastrando a la economía brasileña a una dependencia cada vez más estrecha de los centros económicos del capitalismo mundial.

El 31 de marzo de 1970, la situación de la deuda pública brasileña no parecía mucho mejor, a pesar de los esfuerzos por aumentar la exportación y de los buenos factores climáticos que favorecieron la exportación de café en los dos últimos años; según los datos del Banco Central (Boletín, agosto de 1970), el monto total de

la deuda pública brasileña era de 4 714 millones de dólares. Si las exportaciones brasileñas alcanzaren el máximo previsto en 1970 llegarán a una cantidad excepcional de 3 000 millones de dólares. Teniendo en consideración que las amortizaciones de esta deuda serán de 1 154 en 1970, se constata que estas amortizaciones por la deuda externa llevan cerca del 35% de las divisas obtenidas con las exportaciones. Esta terrible situación financiera redanda en el marco de un gigantesco esfuerzo de aumento de exportaciones, pues éstas han crecido en cantidades enormes, comprometiendo gran parte de las horas de trabajo de los trabajadores brasileños (valor de las exportaciones brasileñas en millones de dólares 1962, 1 214; 1965, 1 596; 1969, 2 311). Estos no son, pues, solamente esclavos de sus patrones, sino que además un tercio de su esfuerzo productivo se destina anualmente a pagar deudas y amortizaciones de deudas adquiridas para la financiación del capital extranjero o para programas y proyectos de escaso sentido para el desarrollo del país, o aun para refinanciar las eternas deudas que se acumulan indefinidamente llevando al país a una insolvencia insanable.

Los datos que señalábamos en 1966 y confirmábamos en 1970, alcanzan en la actualidad cifras tan amplias que hacen parecer ridículo el endeudamiento de entonces. Como resultado de la "ayuda" masiva internacional al "milagro económico brasileño" el endeudamiento externo subió a 18 000 millones de dólares en 1974, 22 000 millones en 1975 y 27 000 millones en 1976.

3. LA POLÍTICA EXTERNA INDEPENDIENTE

Como puede deducirse de los datos y del análisis anterior, el capitalismo brasileño tendría dos caminos fundamentales para resolver, por lo menos en parte su problema cambiario. El primero sería romper con la dominación imperialista, aumentando el comercio con los países socialistas, y conquistando las áreas de comercio de América Latina y África, en lucha contra el dominio de Estados Unidos y de las grandes potencias

⁵De acuerdo al informe del Comité Coordinador de la Alianza para el Progreso (COPAC), solamente 187 millones de dólares fueron destinados a acuerdos compensatorios y de estabilización. El restante fue destinado a los sectores de energía eléctrica, 484 millones de cruzeiros; transporte, 423 millones; educación, 207 millones; salud y saneamiento, 11.8 millones; habitación, 182 millones; industria, 34.7 millones; agricultura, 31 millones. Como se ve, los sectores de la industria pesada no aparecen considerados por los programas de "desarrollo" de la Alianza.

europas en estas áreas; junto con esa política y en forma complementaria tendría que restringirlas remesas de lucro al mínimo (prácticamente suprimirlas) y congelar el pago de la deuda externa por un tiempo indeterminado; por último, como consecuencia necesaria, tendría que diversificar la agricultura, entrando en choque con la economía del café, con la propia estructura latifundista y con las supervivencias precapitalistas del campo. El segundo camino sería la sumisión a los intereses internacionales para obtener su ayuda a través del crédito, la garantía del mercado para los productos nacionales, la promesa de inversiones que permitieran la continuación del desarrollo; tal política tendría que ser complementada con una política agraria de protección al cultivo del café y de reformas lentas y sin conflictos en la propiedad de la tierra, alcanzando solamente al latifundio improductivo y estimulando a la vieja oligarquía de la tierra a adecuarse al espíritu capitalista.

El primer camino exigiría un esquema de masas que garantizara a la burguesía el apoyo interno contra el latifundio, los intereses imperialistas y los sectores reaccionarios de la clase media y de la pequeña burguesía. El segundo camino implicaría un acuerdo con los sectores reaccionarios, el latifundio y el capital extranjero, pero éstas serían las únicas fuerzas que podrían sustentar un régimen de fuerza, capaz de realizar tal política. Viéndose entre esas dos opciones tan fundamentales, la burguesía probó un tercer camino: sin romper con el imperialismo, el latifundio y la reacción interna, los amenazó con el movimiento popular para conseguir una mejor posición dentro de los grupos y sectores de la clase en el poder. La política externa independiente y las reformas de base fueron los dos elementos de este casamiento espurio. La posibilidad de que este tercer camino fuera victorioso estaba condicionada por la capacidad de la burguesía para controlar el movimiento de masas dentro de cierto límite que no amenazase definitivamente a sus aliados nacionales e internacionales. Dependería también de las posibilidades de concesión de los centros económicos del capitalismo internacional. La primera condición será analizada en el capítulo referente al bonapartismo, pero podemos adelantar ya que sus posibilidades eran mínimas. La segunda podemos estudiarla en este capítulo.

El capitalismo está hoy al borde de una grave crisis internacional, que va siendo controlada a duras penas. Los Estados Unidos, cuya producción representa cerca del 43% de la producción mundial, son hoy el centro de articulación de la economía capitalista mundial. Este país enfrenta, pese a todo, una grave situación interna. Esa situación se define por dos problemas: super producción y déficit de la balanza de pagos. La superproducción es una de las consecuencias de la propia estructura capitalista.

Como los salarios son necesariamente inferiores a la cantidad del valor producido, de donde se deduce la plusvalía, hay siempre un límite en el mercado capitalista, límite que a partir de cierto punto frena su expansión. Para ampliar el mercado interno sin aumentar los salarios y, consecuentemente, sin disminuir la

tasa de lucro que estimula a los inversionistas, el sistema capitalista recurre a los mercados externos y a los sectores de consumo improductivo, a la producción de lujo y ostentación, y particularmente a la industria de guerra.

Esta situación paradójica, que hace depender la supervivencia del sistema de la no satisfacción de las necesidades de la población, lleva a los Estados Unidos, país que detenta el mayor poderío industrial del mundo y que podría repartir la abundancia a la población de toda la tierra, a contar con un tercio de su población viviendo en un estado de pobreza. El que la nación más rica del mundo haya elegido un presidente de la república cuyo programa se basa en la extinción de la pobreza en el país, debe ser incomprensible para quien no dispone del instrumental metodológico de la dialéctica. Los Estados Unidos cuentan hoy con una población de desocupados de cerca del 5% de la mano de obra disponible, cifra que no puede ser considerada como peligrosa, pero que representa una amenaza constante.⁶ De ahí que el gobierno norteamericano esté empeñado en una política de inversiones que disminuya esta amenaza de crisis profunda, cuya expresión más violenta es el movimiento de liberación de los negros, que componen la mayoría de la población pobre desocupada. Tal política de inversiones es necesariamente contraria a la salida de capitales y empréstitos. Por otra parte, las responsabilidades internacionales del capitalismo norteamericano exigen un gran número de gastos en el exterior. En primer lugar, existe un ejército mundial que mantener y que extiende a Europa y Asia las fronteras de los Estados Unidos. En segundo lugar, al margen de ese ejército, se tornan "necesarias" las ayudas militares y económicas por todas partes. En tercer lugar, el capital busca la ganancia expresada en mayores tasas de lucro, las cuales no están en Estados Unidos, donde los altos salarios y los impuestos la disminuyen. En cuarto lugar, tenemos a los turistas norteamericanos por todo el mundo, y por último, la necesidad de mantener el patrón oro del dólar, política exclusivamente inflacionaria, que lleva a la disminución de las reservas de oro.⁷ Es, pues, necesario para el gobierno norteamericano, que cuenta hoy con otros factores internos profundamente inflacionarios, tales como la compra de excedente de *stock* agrícola, la expansión exagerada del crédito, el fondo de desempleo, etc., contener a toda costa la evasión de dólares.⁸ Por ese motivo, a una política interna levemente reformista, los Estados Unidos agregan una política externa cada vez más reaccionaria, que impide el éxito de las reivindicaciones de las burguesías nacionales. Garantizar gobiernos colaboracionistas es todavía la mejor fórmula de disminuir la necesidad de ayuda. Esta opinión fue expresada

⁶ Si la alta tasa de crecimiento del Producto Nacional Bruto que Estados Unidos viene manteniendo desde 1961 (cerca de 5% al año) baja a 2.5%, podrá llegar a cerca del 10% el porcentaje de desempleados, en dos años. Si ocurre una recesión, la situación será similar a los años 30. Véase Sweezy y Huberman, "El boom económico Kennedy-Johnson", *Monthly Review*, selecciones en castellano, año II, núm. 19, págs. 31 a 41.

claramente por el secretario de defensa, Robert McNamara en el Senado de los Estados Unidos. Por esto, nuestra burguesía brasileña no podrá conseguir la tolerancia del gobierno norteamericano y de los grandes grupos económicos para una política externa independiente. Ocurrió lo mismo cuando se pretendía que había cierta buena voluntad, en la época de Kennedy.

En 1971 la situación ha cambiado y se armó ya una nueva coyuntura. La crisis que preveíamos en 1966, se produjo. El producto nacional bruto de Estados Unidos se encuentra estancado en su crecimiento desde el segundo semestre de 1969. La tasa de desempleo oficial, que había bajado a cerca de 3.5% de la mano de obra en 1966-67, subió rápidamente al 6.2% y si se mantiene la estagnación por más de un año, es posible que llegue a cerca de un 8 a 10%.

La crisis financiera internacional ha llegado a momentos dramáticos y Europa salvó momentáneamente el dólar de la catástrofe. Pero Estados Unidos continúa sin desvalorizar el dólar, creando una situación de extrema inestabilidad y disminuyendo aún más sus escasas reservas de oro.⁹

Desde el punto de vista militar y político, la incapacidad de obtener una victoria en Vietnam y terminar la guerra, lleva a aumentar el compromiso de Estados Unidos en la región sin presentar ningún saldo positivo para el país, y crea una creciente crisis política dentro de Estados Unidos. Esta crisis fortalece de un lado la oposición revolucionaria y reformista al sistema imperialista en su conjunto y, de otro, aumenta las luchas internas en el seno de la clase dominante norteamericana e internacional. Las luchas interimperialistas se profundizan y el gobierno de Estados Unidos se ve en la necesidad de aceptar una mayor autonomía relativa de las otras potencias dentro de un sistema capitalista internacional en el cual había mantenido firmemente su hegemonía. Al verse obligado a aceptar una mayor autonomía relativa en el sistema se abren las puertas

⁷ Reservas-oro de los Estados Unidos han bajado de 20 580 millones de dólares en 1958, a 14 485 millones en abril de 1965. Véase *Monthly Bulletin of Statistics* de las Naciones Unidas, junio de 1965.

⁸ "La tarea de preservar una razonable estabilidad de precios y un crecimiento balanceado en alto nivel de utilización de la capacidad y de la energía crea problemas para la economía norteamericana que son tanto más excitantes por lo inusitado. Al mismo tiempo, la larga existencia del problema balanza de pagos no hace menor esta solución, sino que la hace más urgente; la realización de esos objetivos económicos no será fácil". Véase Federal Reserve Bank of New York, Annual Report, 1965, diciembre.

para una ofensiva reformista en escala mundial, cuyas puntas ultrapasan el borde de la reforma anunciando la revolución socialista.

Este cambio de coyuntura abre una posibilidad al reformismo en general, pero ella lo favorecerá más o menos en los distintos países: aquellos que están más avanzados políticamente podrán sacar los mejores resultados de esta crisis; los que tengan gobiernos reaccionarios podrán utilizar menos esta coyuntura. Esto hace abrir brechas importantes en el seno de las clases dominantes, que pueden ser aprovechadas revolucionariamente por las clases populares.

En el caso brasileño se produce, pues, una situación de profundo malestar. La coyuntura favorable que se presentó en 1968 llevó a una ola del movimiento de masas muy fuerte, que obligo a la clase dominante a reforzar mas medidas dictatoriales contra el movimiento de masas en ascenso y los grupos armados que crecieron en este mismo proceso.

El reformismo y los reaccionarios se aliaron, pues, contra la revolución, disminuyendo por tanto las posibilidades de realizar una ofensiva política capaz de aprovecharse de la coyuntura internacional favorable a obtener concesiones a nivel internacional.

Nada mejor se podría esperar de un régimen cuyo contenido contrarrevolucionario es su aspecto esencial y que está dispuesto a sacrificar todo por impedir el nacimiento de un movimiento popular en el país, al cual no puede controlar; tampoco sus opositores liberales.

Esto no quiere decir que el gobierno no se benefició en nada de la coyuntura. De hecho lo hizo, pero lo que obtuvo fue muy poco. Además de lograr ampliar las exportaciones manufactureras y el precio del café así como la participación de los navíos de bandera brasileña en el transporte marítimo y, por fin, una reivindicación de aumentar las aguas territoriales a doscientas millas de la costa, el "poderoso" subimperialismo brasileño no logró ni consolidar estas pocas "conquistas", pues continúan negadas por Estados Unidos. Desde el punto de vista interno, logró crear una petroquímica pesada, aparentemente contra la voluntad norteamericana, en el principio.

⁹ Esto fue escrito en febrero de 1971; posteriormente el gobierno del conservador Richard Nixon se vio obligado a devaluar el dólar en cerca del 7%. Esta devaluación es, sin embargo, insuficiente, pues continúa creciendo el déficit de la balanza de pagos norteamericana.

Hoy día, sin embargo, esta petroquímica está en manos del capital extranjero y norteamericano en particular. Sólo queda a la dictadura brasileña sus intentos de armar con Portugal, África del Sur y Argentina una alianza del Atlántico Sur que reuniría las fuerzas más retrógradas del mundo contemporáneo. Tal alianza no se ha logrado concretizar, y en la última reunión de la OEA, ella se hizo más macabra y burlesca al mismo tiempo, al reunir en un frente a Haití, Paraguay y Ecuador, a Brasil y Argentina en una posición de extrema derecha contra el terrorismo (más a la derecha que Estados Unidos, neutralizado, por primera vez, en una reunión de la OEA)

La dictadura brasileña por tanto, sólo ha mostrado autonomía relativa cuando lleva a las últimas consecuencias su contenido reaccionario. El reformismo brasileño está, pues, bien enterado y la perspectiva de una política externa independiente reformista en el cuadro de un capitalismo dependiente es, en el caso brasileño, una descabellada utopía pequeñoburguesa. Esto no impide que tales utopías encuentren base social y se intenten realizar. Por el momento las oposiciones "nacionalistas" dentro de las fuerzas armadas han revelado de un lado una debilidad en la lucha interna por el poder y de otro, una incapacidad total de dar un contenido más progresista a su nacionalismo, cuyo carácter represivo es tan fuerte y cuyo carácter antiimperialista es tan débil, acentuando mucho más un nacionalismo xenófobo y subimperialista, de nítido corte fascista.

¿Por qué la política externa independiente y la política de reforma de base se han mostrado tan débiles? ¿Por qué la burguesía ha fracasado en sus intentos reformistas de 1961, 1964 y, de cierta manera, de 1968? ¿Por qué estos intentos asumen un carácter cada vez menos reformista por parte de la clase dominante y más radicales por parte de las clases populares?

A fin de comprender toda la amplitud de las dificultades existentes para realizar la política externa independiente y las reformas de base debemos estudiar los otros aspectos de la crisis brasileña; la crisis del mercado interno y la crisis capitalista. Sólo entonces podremos percibir la magnitud de las dificultades económicas, políticas y sociales que transforman a Brasil en un barril de pólvora, lleno de explosiones y detonaciones parciales ininterrumpidas.

3.1 NOTA DE 1977

De lo que hemos señalado entonces no hay ninguna rectificación a hacer. Por el contrario, la crisis internacional anunciada en 1966 y confirmada en 1971 ha alcanzado su punto más depresivo en 1974-75. La recuperación económica iniciada a fines de 1975 se ha mostrado muy débil e inflacionaria y todo hace prever una nueva y

violenta depresión económica en 1978-1979. Por otro lado, las aspiraciones de los militares brasileños de heredar el imperio portugués fracasaron estruendosamente con la revolución portuguesa y el proceso revolucionario descolonizador que la siguió. Hoy día, África ve con desprecio al gigante brasileño y abraza amistosamente la pequeña isla cubana.

II. La crisis del subdesarrollo: El latifundio y el mercado interno

1. EL LATIFUNDIO Y EL MERCADO INTERNO DE BIENES DE PRODUCCIÓN

La supervivencia del latifundio en Brasil tiene sus raíces en profundas condiciones estructurales. Una industrialización basada en la sustitución de importaciones ha sometido los intereses de la industria a la supervivencia de la estructura latifundista exportadora porque el desarrollo industrial dependía de la exportación agraria. Tal configuración histórica llevó a una conciliación dentro del estado brasileño entre los intereses del capitalismo industrial naciente y la vieja estructura latifundista-exportadora, lo que permitió la penetración progresiva del moderno capitalismo en el campo sin una destrucción definitiva de las viejas relaciones semiserviles. El resultado de este proceso fue que el capitalismo se revistió de formas atrasadas de producción y el latifundio se adaptó a los ideales capitalistas, aumentando la explotación interna del campesinado sin destruir totalmente las antiguas relaciones de producción. La mantención de la gran propiedad estimula la agricultura a través del aprovechamiento de nuevos socios; la gran propiedad, impidiendo el acceso a la tierra de millones de campesinos, estimula el aprovechamiento de la mano de obra a precios bajos, en detrimento de la utilización de métodos modernos de producción. Por otro lado, el nivel tecnológico del moderno capitalismo industrial, basado en la baja utilización de la mano de obra y en la alta utilización de maquinaria, no es capaz de absorber la mano de obra liberada del campo. Esto disminuye su impulso revolucionario y su necesidad de llevar la tecnología moderna a la agricultura, que sólo agravaría el crecimiento de la población marginal cada vez más explosiva. En la "Investigación sobre el medio rural brasileño", realizada por la Comisión Nacional de Política Agraria, en 1952, se constató que sólo un 11.7% de los municipios brasileños usaba el arado. Precisamente, las regiones de medianas propiedades presentaron

los mayores índices: en Río Grande do Sul el índice de utilización del arado era de 55.7%; en Sao Paulo, 20.8%; en Minas Gerais (influencia del sur de esta provincia), 16.6%; en Paraná, 15%. En Amazonas, Pará, Maranhão, Piauí, Espírito Santo, no existía un solo municipio donde se utilizase el arado. Al mismo tiempo se constató que la azada era usada en el 91.4% de los municipios investigados. En cuanto a la práctica primitiva de la quema de la vegetación, era utilizada en un 89.6% de los municipios; solamente en un 51.6% de los municipios se recurría al uso del abono.

En 1920 y 1940, la maquinaria agrícola representaba el 3.1% y el 4.5% del valor total del capital de los establecimientos agrícolas respectivamente.¹⁰ El área cultivada del Brasil representaba el 3.8%, 9.5%, 8.6% y 8.8% del área cultivable, en los años 1920, 1940, 1950 y 1960, respectivamente.

A pesar de la década de desarrollo de 1950 a 1960 el campo brasileño sufrió sólo pequeñas transformaciones. El consumo de tractores tuvo gran aumento; de 8 372 tractores en 1950, se llegó a 63 493 en 1960. En cambio, el número de arados se elevó solamente de 714 259 a 1 031 930. Estas transformaciones ocurrieron en pocos estados, donde se concentra el grueso del sector capitalista de la agricultura brasileña. En 1960, habían en el centro sur (Minas Gerais, estado de Río, São Paulo, Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul) 58 314 tractores y 995 984 arados. La situación se presentaba más grave en el sector de consumo de fertilizantes básico para el aumento de la productividad, sin disminuir la utilización de mano de obra. El consumo en toneladas cayó aparentemente en los años 1964 y 1965, revelando una grave situación. El consumo global, en toneladas, de fertilizantes importados y nacionales pasó de 1 027 millones, en 1962, a 1 329 en 1963 y a 1 168 en 1964, registrándose una baja del 20% en 1965. Tales datos son suficientemente significativos para mostrar que la supervivencia del sistema latifundio-minifundio restringe el mercado interno de bienes de producción. Es esta agricultura atrasada, basada en relaciones de producción caducas, bajos salarios, alta utilización de mano de obra y en prácticas primitivas, el obstáculo fundamental para la expansión de la industria química de fertilizantes e implementos agrícolas, así como para la industria mecánica de tractores y arados. El efecto depresivo causado por la estructura arcaica restringe el mercado de bienes de producción en el país, al disminuir la potencialidad de la industria mecánica.

El propio sector capitalista de nuestra agricultura, por la facilidad con que encuentra mano de obra, utiliza, en mucho menor escala de lo que sería necesario, máquinas, fertilizantes e implementos agrícolas. La supervivencia del latifundio y su articulación con la propia economía capitalista crea así, en el sector más avanzado de la producción agraria, un factor de atraso que actúa sobre la economía en su conjunto, limitando su potencialidad de desarrollo y su capacidad de enfrentar las barreras al avance social y económico.

¹⁰ Censos del Brasil, de 1920-40. Extractado de José Francisco de Camargo, *O Exodo Rural no Brasil*, Conquista, Río de Janeiro, 1960.

Estamos dentro de la contradicción fundamental de los países subdesarrollados. Al mismo tiempo que la expansión del mercado exige una reformulación de la estructura precapitalista, esta reformulación implica la utilización de técnicas que disminuyen la necesidad de mano de obra. En consecuencia, la solución de un problema crea otro, socialmente más grave: un aumento en escala creciente de la población cesante y marginal. Al situarlo dentro del contexto general del sistema de subdesarrollo tendremos un agravamiento del problema. El mismo fenómeno de la utilización decreciente de mano de obra ocurre en el sector capitalista industrial. La contradicción se vuelve más violenta si constatamos que la existencia de un mercado reducido no permite la plena utilización de los recursos instalados y tenemos así enormes recursos ociosos. El problema se agrava todavía si tenemos en cuenta la explosión demográfica y la integración en el sistema de nuevas generaciones obreras en cantidades cada vez más elevadas.

Si consideramos en conjunto el sistema de reproducción de los países subdesarrollados o "en desarrollo", tendremos lo siguiente: en la medida en que se desarrolla el sector capitalista industrial, baja la utilización relativa de mano de obra en relación a la población desocupada del campo y a las nuevas generaciones obreras; esto sin que se dé un estímulo suficiente a la expansión de la producción, ya que sólo se integra en el mercado un restringido sector de la población.

El resultado es que se produce al mismo tiempo una baja utilización de la capacidad instalada, en tanto aumenta la población desocupada y marginal. El sistema llega así a convertirse en un estado de calamidad pública en que el hambre, la criminalidad y los tipos más diversos de marginalidad asumen la forma de hechos amenazadores. Este esquema fue tratado con algunas diferencias por Ives Lacoste (Los países subdesarrollados y Geografía del subdesarrollo) y Wanderley Guilherme (Introducción al estudio de las contradicciones sociales en Brasil).

Esta contradicción es propia de la acumulación capitalista, particularmente en los países subdesarrollados. Ella no se presenta en una economía socialista. Esta puede integrar toda esa población marginal en el sistema productivo a través de la utilización racional de la técnica de producción al nivel tecnológico más bajo, en la construcción de canales, represas, en la propia agricultura, etc. El desarrollo educacional ocupa parte del tiempo de esos trabajadores, manteniéndolos a través de un fondo social formado por el exceso de producción. El crecimiento del sector tecnológicamente avanzado puede ser concentrado en los sectores de mayor repercusión en el conjunto de la economía. Por último, la planificación global apoyada en la propiedad colectiva suprime la contradicción entre el crecimiento del mercado y el crecimiento de la población, en la medida en que integra

en el sistema distributivo a todos los sectores de la sociedad, utiliza plenamente los recursos existentes, elimina la economía natural y la marginalidad, destruyendo al mismo tiempo a las minorías que se apoderan de la parte más importante del consumo social.

Porque solamente una economía socialista puede resolver esta contradicción principal de las sociedades subdesarrolladas, el socialismo aparece como una solución inmediata para los problemas fundamentales vividos por sus pueblos.

2. EL LATIFUNDIO Y EL MERCADO INTERNO DE BIENES DE CONSUMO

Comparando los salarios agrícolas de 1952, según la encuesta a que se hizo referencia en el punto anterior, con los salarios industriales de Sao Paulo en 1951,¹ podemos establecer las siguientes relaciones.

Mientras el 47% de los 1 874 municipios informantes pagaban salarios entre 11 y 20 cruzeiros diarios, el salario medio de la industria alcanzaba a 37.70 cruzeiros en 1951. Solamente en el estado de São Paulo se encontraba una pequeña parte de "altos" salarios agrícolas, que alcanzaba a 31 y 40 cruzeiros diarios. Si tenemos en cuenta que hubo en 1952 un aumento de salarios en la capital de cerca de 38%, lo que elevaría el salario medio industrial a cerca de 49 cruzeiros, podremos entonces concluir que los más altos salarios rurales no alcanzaban al nivel medio de salarios en la industria paulista.

Según el IBGE, el salario medio mensual de los trabajadores agrícolas en 1959 y 1960 oscilaba respectivamente entre 2 770 y 3 950 para los trabajadores de azada masculinos (siendo que las mujeres de esta categoría recibían en promedio 2 090 y 2 950, y los menores recibían 1 600 y 2 280) y el salario más alto de administrador alcanzó en promedio 4 880 y 6 889 en estos mismos años. El salario medio del obrero ocupado en la actividad industrial se calculaba en 7 056 en 1959 y en 11 398 en 1961. Según estos datos, el obrero urbano ganaba en promedio cerca de tres veces más que un campesino y uno y medio más que un administrador. Así vemos que el propio sector capitalista de nuestra agricultura remunera muy poco en dinero a sus asalariados, lo que hace mínima la parte de consumo de los trabajadores agrícolas y reduce el mercado interno de bienes de consumo. El régimen capitalista se reproduce y crece a través de la reproducción y crecimiento del régimen asalariado, pues éste no sólo crea la plusvalía sino que crea el consumidor de las mercaderías por él mismo

¹ Tomado de José Francisco Camargo, obra citad, págs., 111 y 113.

producidas. El capitalismo, para crecer, tiene que destruir las formas anteriores en las que no existe plusvalía y no se consumen los productos lanzados al mercado. Por esto, podemos considerar que las relaciones de aparcería son precapitalistas y semiserviles, por los motivos siguientes: 1. Se apoyan en una división del trabajo entre productores familiares que producen para el autoconsumo; 2. La explotación del trabajo del aparcerero por el latifundista se hace a cambio de la concesión de la tierra y en forma de división del producto del trabajo; 3. Existen relaciones de dependencia personal, consolidadas por relaciones patriarcales, de compadrazgo, de protección policial y política, etc., entre el aparcerero y el latifundista.¹² Es un hecho que la penetración del capitalismo en el campo va transformando progresivamente esas relaciones y las somete a su régimen de producción y circulación. El hacendado, por ejemplo, presionado por la necesidad de creciente comercialización de los productos agrícolas, restringe cada vez más la economía de subsistencia (hortalizas, crianza, avicultura, etc.), que antes era una actividad importante del aparcerero y su familia. Al mismo tiempo, el aparcerero se ve progresivamente obligado a vender casi toda la parte de la cosecha que obtuvo, apremiado por las deudas que asumió ya con el propio hacendado (instrumento de dominación sobre el trabajador), ya en el almacén de la ciudad (forma más moderna) donde le exigen los pagos en dinero. Muchas veces se verá obligado a comprar, más tarde, a precios altísimos la misma mercadería que él vendió a bajos precios, apremiado por las deudas.

Tales transformaciones, en la dirección de una economía de mercado son, sin embargo, inadecuadas para crear un poderoso mercado interno. Para que esto ocurriera, el capitalismo debería despojar al campesino de todos los restos de la economía de subsistencia, impidiéndole construir su casa con barro y bambú gratuitos (lo que ya está sucediendo, pues los hacendados impiden cada vez más el uso de los recursos naturales de

¹² Caio Prado Junior, en su estudio "Contribución a la Cuestión Agraria en Brasil", Revista Brasiliense, núm. 28, defiende la tesis de que éstas son relaciones capitalistas disfrazadas, pues los aparcereros no pasarían de ser meros asalariados que reciben sus salarios de manera indirecta. Tal tesis es insostenible por los siguientes motivos: 1o.) porque la relación de aparcería supone anteriormente un régimen de producción individual o familiar, pero nunca cooperativo y con la división del trabajo capitalista; 2o.) porque el trabajador es propietario de parte de su producto, no existiendo la plusvalía y sin una expropiación directa de parte del producto; 3o.) porque estas relaciones son directas, tradicionales y contractuales, lo que es propio del régimen servil. La confusión de Caio Prado Junior es producto del hecho de que esas relaciones de producción se dan según los intereses del capitalismo comercial; por tanto, están condicionadas por un mercado capitalista que las alienta y las deforma. Este fue, por ejemplo, el caso del artesanado medieval, cuando fue sometido a la presión de los mercados capitalistas que introduciendo su materia prima y pagándola en términos monetarios, acabaron por destruirlo, arruinando a los artesanos y sometiéndolos a su control en las primeras manufacturas. Pero la producción capitalista sólo surge con la existencia del trabajador libre, esto es, el trabajador que vende su fuerza de trabajo al propietario de los medios de producción, recibiendo un salario por alquiler de la misma.

la región que se vuelven comerciables) ; poseer un pedazo de tierra (minifundio) ; poder pescar, cazar libremente y obtener madera, frutas, etc., en las tierras abandonadas. Por último, el capitalismo necesita destruir todos los vestigios de la economía de subsistencia y las relaciones de aparcería, que impiden la libre circulación de los campesinos y de las mercaderías. Resumiendo, necesita transformar al campesino en un trabajador libre, en un asalariado desprovisto de cualquier medio propio de subsistencia. Esta es la condición del desarrollo capitalista.

Una solución intermedia sería la expansión de la mediana propiedad, integrándola en el mercado capitalista. En Brasil, la pequeña propiedad (minifundio) está diseminada y es cultivada con los moldes de la economía de subsistencia. Apenas da la producción para el consumo de sus propios productores, que se ven obligados a complementar su ganancia trabajando en la época de la zafra para el latifundista. En parte, una excepción se daría en las regiones próximas a los grandes centros urbanos, donde se dedican a la agricultura hortigranjera para los mercados vecinos, obteniendo mejores rentas.

Estos pequeños propietarios, sumados a ellos los trabajadores familiares, alcanzaban en 1950 a cerca del 63% de la población activa en la agricultura. Así constituyen una gran parte de la mano de obra fluctuante en el campo, una especie de reserva que es utilizada por los latifundistas en la época de la zafra como jornaleros. Con los bajos salarios que reciben en estas ocasiones concurren al mercado para abastecerse de los productos que su pequeña propiedad no puede producir. Es éste, pues, el sector más atrasado de nuestra economía, y restringe no sólo al mercado de bienes de consumo, sino también, potencialmente, al de bienes de producción, ya que mejor organizados en cooperativas podrían desarrollar la producción con moldes técnicos modernos, ampliando el consumo de fertilizantes, productos químicos y máquinas agrícolas.

Si volvemos nuestra atención hacia el hecho de que esta forma de pequeña propiedad se crea por el monopolio de la tierra en manos de los latifundistas; si notamos que esta economía de subsistencia aún sustenta a la mano de obra utilizada por el latifundio en la época de la zafra, sirviendo como factor de estabilidad del régimen latifundista, entonces podemos comprender que la solución de este problema está profundamente vinculada a la destrucción de la propiedad latifundista y de su régimen de producción. Solamente la destrucción del monopolio de la tierra aumentará los salarios y las remuneraciones de los 3.334 millones de trabajadores (entre asalariados, aparceros y colonos, según el Censo Demográfico de 1950) y daría las condiciones para traer al mercado 3.521 millones de trabajadores autónomos (pequeños propietarios sin trabajadores contratados, según la misma fuente) y los 2.698 millones de miembros de sus familias que les ayudan en el trabajo. Tales transformaciones son absolutamente necesarias para que el Brasil supere el actual nivel económico de país atrasado e ingrese en el campo de las economías desarrolladas. Pero esto implica una revolución agraria, cuya

esencia es la destrucción de la propiedad monopolista en el campo y un cambio radical de las relaciones de producción que allí perduran.

2.1 Los “Boia Fría”

Entre los años de 1960 y 1976 se han profundizado enormes cambios en la composición de la mano de obra agrícola en Brasil. Un proceso implacable de modernización de las grandes empresas agrícolas tuvo como resultado la proletarización masiva de vastos sectores campesinos. Pero estos proletarios no se convirtieron en asalariados agrícolas estables sino en trabajadores temporarios particularmente conocidos por el apodo de “Boia Fría” (es decir, los que llevan su comida al campo y la tienen que comer fría). La formación de estos ejércitos de trabajadores temporarios se ha acentuado sobre todo en las regiones de agricultura capitalista más desarrollada como el estado de São Paulo.

3. LOS ESPECULADORES Y EL MERCADO INTERNO

El especulador es un producto típico del subdesarrollo. Es un ejemplo de cómo la estructura desarrollada somete a su control a la estructura subdesarrollada, adecuándose, para esto, a sus formas atrasadas. El latifundista, prisionero de las aspiraciones de la vida rural, se vuelve incapaz de administrar la comercialización de la producción y entrega esta tarea a los grupos comerciales urbanos. Las dificultades de comunicación, de transporte y de almacenamiento, la ausencia de capitales y de financiamiento, someten la producción agrícola al control de los intermediarios, que se aprovechan de las diversas condiciones de mercado entre las distintas épocas del año y las diversas zonas del país. Disponiendo de elevados créditos, de medios de transporte y almacenamiento, de sistemas de comunicación, controlando la demanda en poderosos monopsonios,¹³ tales intermediarios acaparan el grueso de la producción agrícola que se destina al mercado. Tal estructura de comercialización se refleja en una estructura de precios extremadamente deformada. Los especuladores se aprovechan de la diferencia de precios entre la zafra y la entrefra. En ocasión de las cosechas compran los productos a precios bajísimos aprovechándose de la falta de recursos de los que no tienen medios e incluso de los grandes propietarios atrasados; más tarde, estando la mercadería acaparada, se vende a precios exorbitantes, varias veces superiores. Esta estructura de comercialización monopolística de la producción

¹³ Mientras el monopolio es el control de la oferta el monopsonio es el control de la demanda.

agrícola recae violentamente sobre el pequeño y mediano productor, y desestimula su relación con la economía de mercado, así como su interés en el desarrollo técnico de la producción. Restringe, al mismo tiempo, las ventas del sector agrícola para concentrarlas en manos de los especuladores urbanos.

Para eliminar este obstáculo a la expansión de la producción y del mercado agrícola, sería necesario un sistema de almacenes y silos, créditos, además de la organización de cooperativas de producción, distribución y comercialización y de la quiebra del control monopólico de los mercados en los grandes centros consumidores. Tal política exige un gobierno apoyado en los sectores más avanzados de la sociedad brasileña, pues tiene implicaciones radicales. Pero el actual esquema de dominación política en el país, como vimos, está apoyado en una integración de los diferentes sectores que componen la alta burguesía. El sistema de especulación está profundamente ligado a la actual estructura bancaria, que le garantiza los créditos. Los especuladores controlan también la oferta de productos en las ciudades en relación con el comercio detallista y en connivencias con las autoridades gubernamentales. Atacar radicalmente a tal sistema significa conmovir todo el edificio de las actuales relaciones de dominación.

La actual dictadura ha intentado dar la impresión de haber atacado este problema al ofrecer créditos agrícolas mayores y más directos y al llevar más en serio la antigua política de precios mínimos que garantiza la compra de los productos agrícolas del productor por los precios mínimos fijados por el gobierno. Este tipo de política, sin embargo, cae bajo la presión de los grupos latifundistas y comerciantes locales, que terminan utilizando tales créditos para sus propios fines. La destrucción de las formas tradicionales de monopsonio (que no asegura libertad de comercialización sino formas más elaboradas de monopolio) sólo se da con la destrucción de las bases de su dominación: el control del crédito, la falta de comunicaciones y transporte y de organización de los productores. El actual gobierno brasileño está muy lejos de haber dado pasos significativos en esta dirección.

4. EL PRECIO DE LA TIERRA

El monopolio de la tierra por una minoría de grandes propietarios deforma el precio de la tierra en Brasil. La renta de la tierra es un factor espurio en el sistema capitalista, pues no resulta de la función empresarial, sino simplemente de un derecho de propiedad tradicional. En una economía capitalista pura, la tierra debería ser propiedad del estado, que cobraría un pequeño arriendo por su utilización por el capitalista. Pero las condiciones históricas en que el capitalismo se desarrolló impiden, en general, la nacionalización de la tierra, debido a la alianza con el latifundio. Las condiciones de riguroso monopolio de propiedad agraria por los latifundistas tradicionales es un nuevo factor de restricción en la penetración del capitalismo moderno en el campo, porque

lleva al aumento del precio de la tierra. Para romper este límite dispone de varios medios, que van desde el endeudamiento progresivo de los latifundistas, hasta la pura y simple expropiación de las tierras de propiedad estatal o de los propietarios más débiles. La mayor parte de las grandes propiedades edificadas en el periodo que va desde 1930 hasta nuestros días fue hecha por este proceso de "grilagem". Las regiones de reciente colonización y las regiones agrícolas en decadencia fueron el principal objetivo de esta invasión de nuevos latifundistas, que protegidos en general por el Estado Nuevo y por los nuevos jefes políticos locales, habían de construir su riqueza expoliando a los antiguos dueños de la tierra o al estado.

En la mayoría de los casos, la "grilagem" es precedida por el desbravamiento de las tierras por los campesinos que toman posesión de ella (los "posseiros"). Después limpian el monte, plantan sus primeros cereales, sacan la vegetación virgen y preparan la tierra para nuevas cosechas; llega el "propietario" y toma posesión de la tierra, escudado en falsos certificados elaborados en las oficinas locales (la industria de esos certificados está ampliamente desarrollada en el interior del país). De ahí se pasa a la crianza de ganado o se cobra simplemente la aparcería a los antiguos propietarios, o se vende la tierra de los antiguos cultivadores a los nuevos campesinos atraídos a la región.

El proceso de valorización de la tierra puede ocurrir tanto como resultado del trabajo de los "posseiros" como debido a la realización de obras públicas en la región. Estas obras pueden venir directamente para atender a los nuevos núcleos de poblaciones o, indirectamente, al pasar por las antiguas tierras deshabitadas en busca de regiones más distantes, como en el caso de los caminos. La creación de mercados vecinos también valoriza rápidamente regiones antes depreciadas y atrae la saña de los "grileiros". Así, cuando algunas regiones se hacen económicamente interesantes para la agricultura o la ganadería, surgen los especuladores que crean el monopolio de las mismas, obligando, a los que van a cultivarlas, a desembolsar grandes cantidades que podrían ser invertidas en el desarrollo de la producción, y que van, sin embargo, a los bolsillos de los especuladores. No hay duda de que el alto precio de la tierra, como consecuencia del monopolio latifundista y de las actividades de especulación y "grilagem", funciona como poderosa barrera ante la ampliación y desarrollo de una economía agrícola avanzada. Las medidas contra esta situación son, pese a todo, muy complejas y atañen a los grandes intereses financieros incrustados en el aparato político y administrativo. El famoso decreto de la SUPRA, en ocasión del gobierno de Goulart, que expropiaba las tierras al margen de caminos y obras públicas, generó un inmenso movimiento que revela la gravedad del problema: de un lado, un frente único de propietarios de la tierra de todos los tipos (muchas veces por equivocación hasta los pequeños y medianos propietarios eran controlados por los latifundistas a través de las asociaciones agrícolas), de grandes comerciantes y especuladores y de grandes financistas, y que se alió, por motivos políticos generales, al resto de la clase dominante; del otro lado, los campesinos se preparaban para la toma

indiscriminada de la tierra, ya que no comprendían el sentido de límite trazado por la ley, que para ellos no tenía mayor significado, apoyados por los obreros y gran parte de la clase media urbana. Este hecho demuestra una vez más la existencia de ciertas condiciones generales en el campo brasileño, que dividen las aguas entre los latifundistas y los campesinos en su conjunto, condiciones que se relacionan con toda una estructura en decadencia debido a las necesidades del desarrollo nacional.

Lo que vemos entonces es que las nuevas regiones colonizadas por campesinos emigrados son rápidamente incorporadas dentro del sistema latifundista. La colonización de nuevas regiones agrícolas no cambia sustancialmente la estructura agraria del país. La colonización es, sin embargo, un importante incentivo para el mercado interno y atenúa, al mismo tiempo, el exceso de población trabajadora.

Al permitir la integración en la producción de un sector antes marginado se abren nuevas perspectivas de trabajo, una nueva demanda y una serie de efectos económicos secundarios acumulativos hasta cierto punto. Tales hechos explican la saña colonizadora que tomó posesión de un sector capitalista del país que es particularmente compatible con las razones "geopolíticas" que mueven al gobierno militar.

Los límites de la colonización son básicamente las siguientes:

1. Ella se ajusta en un periodo más o menos corto a la estructura agraria modernizada basada en la pequeña utilización relativa de mano de obra y en una amplia población fluctuante desempleada. La asimilación de las áreas conquistadas a la estructura agraria antes descrita anula gran parte de los efectos favorables de la colonización sobre el mercado de trabajo y de bienes.
2. La política de colonización en alta escala encuentra la oposición de los sectores capitalistas desde donde sale la mano de obra. Vimos que la población sobrante de estas regiones es lo que permite los bajos salarios y el atraso del desarrollo de la productividad. La salida de esta mano de obra significa una presión muy fuerte sobre las inversiones en máquinas, fertilizantes, etc., que serían muy favorables a la agricultura capitalista, pero que encuentran la oposición inmediata de los latifundistas afectados. Sin embargo, hay que tener en consideración que la propia dinámica espontánea del desarrollo capitalista en el país hace desplazarse mano de obra hacia las nuevas regiones agrícolas, sobre todo cuando el estado crea medios de transporte, comunicación y obras públicas.
3. El gran capital extranjero y nacional se ha percatado de las ventajas y límites de la colonización y ha desarrollado un plan de aprovechamiento de las regiones amazónicas basado en el desarrollo de actividades de explotación y agrícolas exportadoras con baja utilización de mano de obra, como particularmente la pecuaria. Lo que podemos prever serán vastos enclaves empresariales modernos circundados por un pueblo

hambriento. No hay que subestimar, sin embargo, el efecto de distensión que una política intensiva de colonización provoca en las regiones

5. LA CRISIS AGRARIA Y EL CAMPESINADO

Como vimos, se enfrentan la antigua estructura latifundista y el desarrollo económico del país. Tal situación, definida en su forma general, hace creer que la contradicción se da entre el sistema capitalista brasileño y la estructura latifundista y las relaciones semiserviles. Ya vimos que el capitalismo rural y vastos sectores del capitalismo urbano están comprometidos con la antigua estructura. El capitalismo, que se viene instalando en el campo brasileño, se aprovecha del bajo precio de la mano de obra, se vincula con la gran propiedad de la tierra y explota la economía atrasada, obteniendo de ella un superlucro. El capitalismo rural agrava, pues, las condiciones de explotación en el campo, sin llevar hasta ella, en escala suficiente, los beneficios de una forma de producción más avanzada. El capitalismo urbano, ya sea a través de la confiscación cambiaria de los dólares del café, o mediante la acumulación de capital generado en el campo y no reinvertido ahí, o por el acaparamiento de los productos agrícolas, se encuentra también profundamente vinculado a la producción agraria precapitalista o capitalista atrasada. Así, pues, a pesar de que la actual forma de la economía rural constituye un impedimento para el pleno desarrollo del capitalismo, no es la burguesía en su conjunto, sino una ínfima minoría de ella, la que choca con tal estructura. Estos sectores están, sin embargo, paralizados por la alianza de las clases dominantes. Quedan, pues, la pequeña burguesía urbana, la clase media y el proletariado oponiéndose a la actual estructura agraria latifundista.

Sin embargo, si fueran solamente estos sectores los que se encontrasen en oposición radical a dicha estructura, ella no estaría tan profundamente amenazada como se encuentra hoy. La penetración del capitalismo en el campo, sin llevar a la economía agrícola a un estado capitalista avanzado y sin destruir la economía precapitalista, tiene, como vimos, un efecto terrible sobre el campesinado en su conjunto. El campesinado, desde el aparcerero al asalariado, pasando por el pequeño propietario semiproletarizado, forma un frente único contra el latifundista, su enemigo principal.

El campesino sufre también los efectos del capitalismo, que altera su conciencia y el nivel de sus aspiraciones, haciéndolo participar del movimiento general de la sociedad en el sentido de la superación de la actual estructura agraria. El es el interesado más directo en la destrucción radical de la actual propiedad de la tierra.

A pesar de que el asalariado agrícola es aquel sector de la población rural más interesado en una economía agrícola avanzada y con altos niveles de productividad, es el campesinado en su conjunto el que más

directamente se vuelve contra la estructura de la propiedad de la tierra -que profundiza la crisis agraria y lo conduce a la condición de marginal, solapando sus mínimos recursos tradicionales de supervivencia. A pesar de no ser el sector más avanzado, económicamente hablando, en la lucha contra el latifundista, es, sin embargo, su enemigo más violento y más encarnizado.

La aparición del campesinado como fuerza política es consecuencia del agravamiento de la crisis agraria, que alteró profundamente el cuadro de la crisis general del subdesarrollo exigiendo una solución radical para el problema agrario. El hecho de que tal fuerza haya surgido en el momento mismo en que el movimiento obrero se desarrollaba en las ciudades y la gran burguesía renunciaba a sus posiciones nacionalistas y reformistas, fue un poderoso factor determinante de la crisis política brasileña.

6. LA REFORMA AGRARIA

Como consecuencia de lo antes expuesto, la lucha por la reforma agraria pasó a ser conducida por el frente aún amorfo de trabajadores urbanos y trabajadores rurales. Las tentativas del gobierno de Goulart de asumir el liderazgo del movimiento campesino, a través de la SUPRA (Superintendencia de la Reforma Agraria) y de las comisiones de sindicalización rural, se mostraron muy débiles durante la alianza práctica que el campesinado y el movimiento obrero establecieron impulsados por el propio desarrollo de las contradicciones sociales del sistema. Esta alianza práctica se expresaba en la iniciativa de los sindicatos obreros para formar asociaciones y sindicatos campesinos, la unión de las bases hasta las cimas de las entidades obreras y campesinas, la unidad programática a que llegaron, etc. Con el golpe de abril, la burguesía se amarró de pies y manos para resolver la crisis agraria.

Al ser conducida por la estructura económica y política del país a una estrecha alianza con el latifundio y el imperialismo, así como con los sectores más atrasados del propio capitalismo, la burguesía perdió toda capacidad efectiva de vencer la crisis agraria y controlar el movimiento campesino. Tal situación sólo pudo confirmar el abismo, que se fue revelando en el desarrollo de este análisis, existente entre el conjunto de la clase dominante brasileña y el movimiento real de la sociedad en el sentido del desarrollo.

Las únicas medidas efectivas de expansión posible del mercado interno, dentro de la actual estructura de poder, son las que alcanzan solamente el latifundio improductivo. Tales son las acciones en el sentido de la tasación de los terrenos no utilizados. Por otro lado, por motivos políticos se procura facilitar las desapropiaciones de las tierras situadas junto a los focos de agitación. Finalmente, se trata de una reforma atenuada y lenta de los aspectos más atrasados de la estructura agraria. ¿Puede semejante reforma responder a las necesidades de desarrollo del país y a las aspiraciones del campesinado?

El estatuto de la tierra, impuesto por la burguesía al latifundio en una situación de confianza mutua, esto es, después del golpe de abril de 1964, tiene como base la tributación sobre los latifundios improductivos, la estatización de las tierras situadas cerca de áreas de conmoción social y de las tierras que se conservaren abandonadas y, por fin, los programas de colonización agrícola. Tenemos así, configuradas en una ley, las posibilidades concretas de que dispone la burguesía para actuar sobre la estructura latifundista dentro del actual esquema de poder. El IBRA (sucedáneo del SUPRA), encargado de hacer catastro de las propiedades rurales, se vio presa de una oposición activa de los latifundistas que llevó al gobierno a nuevos retrocesos. Vemos que incluso la aplicación de ese moderado programa crea conflictos serios dentro de la clase dominante y pone en peligro la unidad política que necesita en el momento actual. La burguesía está condenada, por tanto, a medidas blandas, lentas y poco eficaces, que ahondan el problema agrario brasileño, haciendo la situación cada vez más explosiva.¹⁴

¹⁴ Los hechos posteriores a 1966 confirmaron plenamente esta afirmación. La política de reforma agraria del gobierno militar no ha hecho más que presionar a los grandes propietarios de tierra para una actividad más productiva. Lejos de significar tales presiones una política antilatifundiaria, ellas tienen, de hecho, como objetivo, salvar la gran propiedad haciéndola más productiva. No hubo un solo sector gran propietario de tierra afectado por el gobierno, excepto por el aumento de tributación. Pero este aumento fue mucho más violento para los pequeños propietarios rurales o urbanos, así como para los asalariados urbanos en general. Lo único más significativo que realizó este gobierno fue la política de colonización de la región amazónica, que dio continuidad a la "apertura hacia el oeste", iniciada por la construcción de Brasilia. Así como Brasilia, la Belem-Brasilia y la colonización de Mato Grosso no cambiaron sustancialmente el drama agrario brasileño, la actual transamazónica y otros planes similares tampoco lo harán. Antes, como aquéllas, crearán nuevos problemas y contradicciones.

III. La crisis capitalista

1. ESQUEMA TEÓRICO DE LA CRISIS

En los capítulos anteriores analizamos la crisis brasileña como consecuencia de las relaciones del sector capitalista industrial de nuestra economía con el mercado externo y con el latifundio. Vimos cómo ambos constituyen un límite a la expansión del capitalismo industrial y cómo se hace necesaria la superación de esos límites para el pleno desarrollo de la economía. En este mismo análisis pudimos constatar que el compromiso entre los distintos sectores de la clase dominante la incapacita para realizar estas importantes medidas. Vimos aun que este compromiso resulta de las propias condiciones socioeconómicas del desarrollo capitalista, que no sólo se aprovecha de los sectores atrasados de la economía para realizar su acumulación de capital, sino que se introduce en estos sectores atrasados, tratando de aumentar sus cuadros; asimismo, este compromiso resulta del miedo a las profundas modificaciones políticas que la burguesía tendría que encarar con gran riesgo para eliminar definitivamente los límites impuestos al desarrollo nacional. Pero las dificultades originadas por la crisis del subdesarrollo, como llamamos a esa crisis general, consecuencia de la falta de solución de los problemas del mercado interno y externo resultan acrecentadas por la propia crisis del sector capitalista industrial de la economía.

Antes de analizar esta crisis, y como ocurre específicamente en Brasil, estimamos conveniente trazar un cuadro general de la teoría de la crisis capitalista, tal como fue esbozada por Marx y desarrollada por sus discípulos. Dicha teoría, además de ser la primera contribución explicativa del proceso es también, hasta hoy, la más completa exposición de la crisis capitalista en su conjunto. Según Marx, la crisis se hace posible desde que surgen los dos momentos en la circulación de las mercaderías -la compra y la venta- separados en el tiempo y en el espacio por el dinero. El vendedor A vende su producto al comprador B, y recibe a cambio el dinero, y no una mercadería, como sucede en la circulación directa de mercaderías; este vendedor A podrá dejar de comprar la mercadería del vendedor C. Así, se hace posible la crisis. Tal posibilidad es, sin embargo, muy restringida en esta fase de la circulación simple de mercaderías. Pero ahí encontramos el origen de la crisis capitalista, cuando el sistema ya se mueve visualizando el acrecentamiento puro y simple del capital. En la circulación simple teníamos el proceso de circulación basado en la siguiente fórmula: mercadería-dinero-mercadería; en la circulación capitalista, se basará en la fórmula: dinero aportado por el capitalista, en capital

constante (máquina y materia prima) y en capital variable (salarios) -mercadería resultante de la producción acrecentada- dinero acrecentado, obtenido con la venta de las mercaderías y la realización de la plusvalía en ellas contenida.

El sistema se mueve, pues, en función del acrecentamiento del dinero invertido. El capitalista medirá este acrecentamiento en relación al capital invertido, esto es, invierte visualizando una alta tasa de lucro. Si, por cualquier motivo, cae la tasa de lucro del capitalista, él retira la inversión. Retirando la inversión, deja de comprar materia prima, máquina y fuerza de trabajo. El resultado es, por tanto, el decrecimiento de la producción del capitalista A, la disminución de sus compras al capitalista B (vendedor de materias primas para el capitalista A) y el desempleo, tanto en la empresa del capitalista A, como, posteriormente, en la del capitalista B, y así sucesivamente, según la importancia del sector donde cayó la tasa de lucro.

El efecto de la crisis es, pues, una sobreproducción, esto es, un gran número de productos que no encuentran colocación, o una baja de la producción. Tal efecto provoca nuevos efectos depresivos, que llevan a extender la crisis. Pero "la crisis no pasa de la afirmación violenta de la unidad de las fases de producción que se diferenciaron".¹⁵ Su efecto es, pues, el de permitir reconstituir el sistema en un nivel superior: la falencia de varias empresas, sobretodo de las más atrasadas, provoca una desvalorización del capital fijo (máquinas, edificios, etc.). La restricción del mercado de materias primas hace bajar su precio provocando una baja del capital circulante (materias primas, implementos, etc.). El desempleo disminuye, el poder de compra de los obreros; la baja general de los precios de los bienes de consumo, al disminuir el precio de la fuerza de trabajo (a costa del sustento del obrero y su prole), llevan a una baja general de los salarios. Estos tres momentos provocan una elevación de la tasa de lucros en los sectores que resisten la crisis, estimulando las inversiones y provocando el proceso inverso. Se inicia entonces un nuevo, periodo de expansión, a partir de una base económica más alta, como consecuencia de la concentración económica producida durante la crisis (debilitamiento de los pequeños productores y fortalecimiento de los sectores más adelantados técnicamente y económicamente más fuertes). Marx mostró cómo las crisis resultan de la propia esencia del sistema y cómo son ingenuas las interpretaciones que tratan de descubrir su origen en el subconsumo, contando con la posibilidad de aumento de salarios y, por tanto, del mercado para resolverlas. Tales teorías, en boga hoy en Brasil bajo la forma de oposición pequeñoburguesa al plan de acción del gobierno, encuentran su respuesta en el siguiente párrafo:

¹⁵ Karl Marx. *Histoire des Doctrines Economiques*, Alfred Costes Editores, París, 1947, vol. V, pág. 56.

Es una pura tautología decir que las crisis surgen por la falta de consumo solvente o de consumidores capaces de pagar. El sistema capitalista no conoce otra forma de consumo que el solvente, excepto el de los pobres socorridos por la misericordia. El hecho de que estas mercaderías no se pueden vender quiere decir, simplemente, que no se encuentran compradores, o lo que es lo mismo, consumidores solventes para ellas (las que se destinan en última instancia tanto al consumo productivo como al consumo individual). Y si se pretende dar a esta tautología una apariencia de raciocinio profundo, diciendo que la clase obrera percibe una parte demasiado pequeña de su propio producto y que este mal podría ser remediado concediéndole una parte mejor, es decir, aumentando sus salarios, cabe observar que las crisis son siempre precedidas, precisamente, por un periodo de alza general de los salarios, en que la clase obrera obtiene realmente una mayor participación en la parte del producto anual destinado al consumo. En rigor, según los caballeros del santo y "simple" buen sentido, estos periodos deberían, por el contrario, alejar las crisis. Esto quiere decir, pues, que la producción capitalista está sujeta a condiciones independientes de la buena o mala voluntad de los hombres, las cuales sólo permiten momentáneamente aquella prosperidad relativa de la clase obrera, que es siempre por otra parte, el pájaro agorero de la crisis.

Y Engels agrega la nota: "Ad notam de ciertos secuaces de la teoría de la crisis de Rodbertus".¹⁶ Las crisis son, pues, una consecuencia del propio proceso de producción capitalista, de la contradicción que trae dentro de sí, entre la producción para el lucro y el objetivo final de toda producción que es el consumo humano.¹⁷

Como Marx no desarrolla sistemáticamente la teoría de la crisis con todo el rigor que le era peculiar, limitándose a observaciones sobre su carácter general, esta tarea correspondió a sus seguidores. Los supuestos de esas

¹⁶Karl Marx. *El Capital*, FCE, México, 1959, 2a. edición, tomo II, pág. 366.

¹⁷ "El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción para el capital y no a la inversa, los medios de producción, simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la sociedad de los productores. De aquí que los límites dentro de los cuales tiene que moverse la conservación y valoración del valor capital, la cual descansa en la expropiación y pauperización de las grandes masas de los productores, choquen constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines, y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, el desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado -desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas- choca constantemente con el fin perseguido que es un fin limitado: la valorización del capital existe. Por consiguiente, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, envuelve al mismo tiempo una contradicción constante entre esta misión histórica y las condiciones sociales de producción propias de este régimen". Karl Marx, *El Capital*, FCE. México, 1959,, tomo III, pág. 248.

formulaciones no caben en estas notas generales. Por esto nos limitaremos a la sistematización realizada por Paul Sweezy,¹⁸ que es la más completa y que trae también importantes contribuciones a la teoría general de la crisis. Según Sweezy, podemos clasificar las crisis en dos tipos: crisis relacionadas con la tendencia decreciente de la tasa de lucro y crisis de realización.

1. *Crisis de tendencia decreciente de la tasa de lucro:* Hay una causa secular en la baja de la tasa de lucro. Debido al desarrollo técnico, una porción igual de tiempo de trabajo transforma una cantidad cada vez mayor de materias primas y utiliza una cantidad creciente de máquinas. Suponiendo que el valor de estas máquinas y materias primas bajara en proporción inferior al valor de la fuerza de trabajo empleada para movilizarlas, tendremos una proporción cada vez mayor de capital constante (máquinas y materias primas) en relación al capital variable (salarios) en la cantidad de capital empleado. Según esta tendencia, suponiendo que la tasa de plusvalía (plusvalía/capital variable) se conserve igual, tendremos cada vez mas necesidad de capital constante para obtener una misma cantidad de plusvalía. En resumen, tenemos una baja progresiva de la tasa de lucro.

Pero esta tendencia tiene un carácter secular y no influye en la precipitación inmediata de la crisis. Más importante en este caso es aquella ligada al propio proceso de acumulación de capital. En las fases de crecimiento económico se amplía la demanda de mano de obra y consecuentemente disminuye la población desocupada, el ejército industrial de reserva, como lo llama Marx. Tal hecho aumenta el poder de compra de los asalariados y disminuye la resistencia del capitalista a pagar salarios más altos. El efecto es que a partir de cierto momento, el aumento de los salarios comienza a afectar peligrosamente a la tasa de lucro de los capitalistas. A partir de este momento las inversiones se retiran y pasamos al proceso de crisis. Al vincular la crisis al proceso de acumulación de capital, Marx no solamente mostró su carácter intrínseco al capitalismo, sino que elaboró una teoría del ciclo capitalista, compuesto de ascensión, crisis, depresión, estabilización, ascensión, etc.¹⁹

2. *Crisis de realización.* Puede ocurrir también que el empresario tenga en sus manos una determinada cantidad de mercaderías y no consiga venderlas. No conseguirá obtener así la plusvalía que está incorporada

¹⁸Paul Sweezy, *Teoría del Desarrollo Capitalista*, Zakar Editores, Río, 1962. págs. 171 a 279

en su mercadería. Tendrá que venderla a menos de su valor, y, por tanto, obtendrá una tasa de lucro baja. Como consecuencia, disminuirá la cantidad de la inversión en el próximo ciclo productivo, causando la depresión. Y esto ocurrirá en el conjunto del sector afectado por la baja de los precios. Esta producción que no encuentra consumo puede tener origen en dos aspectos fundamentales del sistema: a) la desproporción entre los distintos sectores de la producción. En el segundo volumen de *El Capital*, Marx mostró que era posible, teóricamente, reproducir el sistema capitalista manteniendo determinadas proporciones entre los dos principales sectores de la producción: el sector del consumo y el sector de los bienes de producción. Como el sistema capitalista es anárquico, esto es, no dispone por principio de un centro de planificación global, esta proporción

¹⁹ Celso Furtado, en su libro *Desarrollo y Subdesarrollo*, hace una crítica a la teoría marxista del ciclo capitalista. Después de una exposición correcta de lo que él llama "modelo"* de Marx, procura combatirlo de manera bastante confusa. El autor afirma que Marx introdujo desde afuera del sistema la noción del ejército industrial de reserva, que nada tenía que ver con él. Aunque así fuese, no por ello este ejército dejaría de influir. Pero ocurre que el propio Celso Furtado afirma más adelante que Marx llega a esta noción a través de una característica interna del sistema que es el aumento de la cantidad de capital constante en relación a la cantidad de fuerza de trabajo empleada en la producción. Que esto lleva al desempleo constante en el sistema es incuestionable y Celso Furtado lo rebate simplemente diciendo que crece la oferta de empleos a través de las nuevas inversiones. Pero no puede eludir el hecho de que estas nuevas inversiones se hacen siempre en un nivel, tecnológico superior y, por tanto, no pueden absorber la mano de obra en proporción suficiente. Es muy simple pensar el problema cuando se ve que para producir una cantidad X de productos eran necesarias Y personas, y por hoy son necesarias Y-1 para producir la misma cantidad X. El desarrollo tecnológico implica una relación que exige menos mano de obra que capital constante. "Lo que carece de todo fundamento es admitir que la tasa de lucro puede declinar sin que se eleve la participación de los asalariados en el producto", dice Celso Furtado. Lo que carece de todo fundamento es admitir que la tasa de lucro puede declinar, sin que baje, relativamente, la participación de los asalariados en el producto, pues, relativamente, la producción acumulada cada vez mayor: más capital constante en, relación al capital variable. Celso Furtado simplemente ignoró en su crítica la diferencia entre la tasa de plusvalía (m/v) y la tasa de lucro ($m/v+c$). La tasa de lucro esta relacionada con el salario, las máquinas y la materia prima. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que aumente la inversión en máquinas y materias primas (y disminuya, por tanto, la tasa de lucro) en relación al salario. Tendremos así una reducción en la tasa de lucro y, al mismo tiempo, en la participación del salario en el conjunto del capital. Este es significativo de la tendencia decreciente de la tasa de lucro. La "crítica" al valor trabajo y otras "críticas" parten también de una incomprensión del pensamiento de Marx.* La reducción de la teoría marxista de la crisis a un modelo demuestra incomprensión del carácter dialéctico de la misma. Un modelo, como es utilizado por los economistas, nunca puede plantear las condiciones de su propia superación. Es siempre un sistema equilibrado de variables y, por tanto, mecánico y antidialéctico. Al juzgar a Marx desde el punto de vista de una determinada corriente económica, Celso Furtado no puede comprender la esencia del pensamiento de Marx, riqueza depende de una riqueza

siempre está en peligro. Los capitales tienden a expandirse para los sectores más lucrativos, independientemente de las posibilidades finales del mercado. Se produce así una sobreproducción, que será más grave cuanto mayor sea la importancia del sector afectado. Tal sobreproducción hace disminuir la tasa de lucro con los efectos ya mencionados, afectando a las empresas relacionadas con aquellos sectores que primero fueron afectados. b) *El subconsumo*. A pesar de que Marx haya criticado la teoría del subconsumo de Rodbertus esto no significa desprecio por el papel del consumo en la producción capitalista. Si es un hecho que la crisis no tiene su origen en una carencia de los medios de compra de los trabajadores, es indiscutible también que la diferencia necesaria entre el salario y la cantidad de valores producida constituye un límite final del capitalismo. Sweezy define esta tendencia mostrando que la tasa de crecimiento del consumo es menor que la tasa de crecimiento de bienes de consumo. Tal hecho puede provocar dos consecuencias: una crisis o una estagnación de la producción. Será una crisis si se manifiesta súbitamente a través de la paralización repentina de los distintos sectores de la producción, a la que se exigirá un reajuste de las relaciones entre el consumo y la producción. La idea de una depresión crónica es la de un régimen que se arrastra sin utilizar su capacidad productiva. Tal situación de depresión, a pesar de amenazar constantemente el régimen, es pese a todo contrarrestada por otros factores que dinamizan el cambio dentro y fuera del sector capitalista, esto es, de la relación entre el capital y el asalariado.²⁰

El surgimiento del capital monopolista va a provocar importantes alteraciones en el esquema de la crisis que Marx esbozó. Tales alteraciones no constituyen una negación de ese esquema, sino una profundización del mismo. Trataremos más específicamente estos problemas en la parte referente a la superación de la crisis.²

2. LA TASA DE LUCRO EN BRASIL

Debido al campo abstracto en que se coloca la teoría de la crisis al analizar las condiciones concretas en que ella se da, tenemos que hacer importantes reducciones. Es preciso tener en cuenta la siguiente afirmación de Marx:

Nosotros sólo consideramos aquí (en *El Capital*) las formas que el capital asume en su evolución. Dejamos de lado las condiciones reales en que opera el verdadero proceso de producción. Suponemos siempre que la mercadería

²⁰En la obra citada de Sweezy se presentan algunas sugerencias sobre estos factores que contrarrestan la tendencia al subconsumo.

es vendida por su valor. No tenemos en cuenta la concurrencia de los capitales, ni del crédito, ni la constitución real de la situación, que no se compone sólo de obreros y de capitalistas industriales, etc.²¹

Esta suposición de un sistema capitalista fue necesaria para configurar los elementos fundamentales del sistema, su dirección básica, sus líneas generales. Por esto, al aproximarnos a una sociedad concreta, tenemos que descender del nivel de abstracción e introducirnos en una serie de factores que determinan su movimiento real.

Al analizar la formación de la tasa de lucro en Brasil encontramos una serie de factores que actúan sobre ella, tanto en el sentido de su ampliación como en el de su disminución. Se hace necesario sistematizarlos en este capítulo. En Brasil actúan con gran importancia en la formación de nuestra tasa de lucro los siguientes factores: desde el punto de vista de su elevación, la acción del estado; la influencia de la estructura agraria sobre los salarios no especializados de la ciudad; la alta tasa de plusvalía en el campo; desde el punto de vista de su disminución, la previsión social, la consolidación de la ley del trabajo, la ausencia de mano de obra calificada, el poder de movilización del movimiento sindical. Existen otros factores ligados más específicamente a la estructura capitalista, tales como la estructura monopolista de la industria y de los demás sectores de la economía, la tasa de interés y la estructura del crédito.

El comercio exterior tiene gran importancia en la formación de la tasa de lucro y merece un análisis aparte. El proceso de sustitución de importaciones garantiza a la burguesía industrial un mercado interno formado por los exportadores de productos agrícolas. El control de las importaciones de bienes de consumo permite a la burguesía vender sus productos a precios elevados para este mercado, obteniendo así alta rentabilidad. Por otra parte, el financiamiento cambiario a las importaciones de bienes de producción abarata el costo de los productos y favorece su rentabilidad. Un factor más reciente es el estímulo a la exportación de productos industriales a través de la elevación del precio del dólar, que permite aumentar la escala de producción y obtener mayor lucro. Los efectos de los dos primeros factores vienen disminuyendo con la pérdida de importancia del sector exportador en la renta nacional. El surgimiento de un mercado capitalista urbano transfiere la destinación básica de la producción industrial para este nuevo sector. Por otro lado, el desarrollo de una industria mecánica nacional transfiere el sector de máquinas y equipos importados a un área que exige mayor

²¹ *Histoire des Doctrines Economiques*, vol. V, pág. 37.

capitalización y cuya rentabilidad es muy grande. Se pierde mucho del efecto propagador del financiamiento cambiario anterior, sin dejar, sin embargo, de ser un instrumento de aumento de la tasa de lucro. Desde las "reformas cambiarias" viene desapareciendo esa forma de financiamiento.

La acción del estado en Brasil concurre a la ampliación de la tasa de lucro a través de subvenciones directas (de tipo cambiario, incentivos fiscales, empréstitos a intereses módicos, etc.) o indirectas (servicios públicos baratos, a veces deficitarios, facilidad es para la evasión de impuestos, sobre todo el de la renta, pagos de altos precios en las compras del estado a particulares). En general, estas subvenciones indirectas disminuyen los gastos de transporte y circulación, así como aumentan los precios de los productos y garantizan un mercado para ellos. Después del golpe de 1964 se han desarrollado enormemente los incentivos fiscales a la inversión, a través de la devolución de gran parte del impuesto a la renta para aplicarlo en inversiones en regiones consideradas subdesarrolladas o en áreas o empresas consideradas prioritarias por el gobierno (como turismo, pesca, etc.). Este sistema de incentivos fiscales se ha mostrado altamente estimulante para las inversiones, permitiendo que el crecimiento del ingreso en ciertas regiones del Noreste, por ejemplo, fuera mayor que el del resto del país. No es necesario señalar que estas inversiones se hacen dentro del patrón de acumulación en los países subdesarrollados que hemos descrito. Las inversiones en el Noreste llegaron a disminuir en términos absolutos la mano de obra industrial. Que sus efectos no son tan alentadores lo prueban las legiones de hambrientos que recorrieron el Noreste brasileño en la última sequía, asaltando ciudades para poder conseguir alimento.

Por otro lado, es evidente que el estado es el gran financista de esas inversiones, provocando una situación deficitaria en el presupuesto nacional, que no sería grave si éste no sufriera otras muchas presiones deficitarias. Tales métodos de estímulo a la inversión crean una profunda dependencia del capitalismo nacional con respecto al estado, que da a la burguesía un carácter eminentemente político y servil con respecto a éste. Tal situación es consecuencia de la debilidad de nuestra burguesía; esta debilidad, fruto del subdesarrollo, transformó al estado en una especie de protector de la burguesía brasileña, colocando en manos de un grupo de políticos y burócratas el destino del capitalismo brasileño. Pero esto no significa que el poder del Estado se coloque por encima de las leyes que rigen la producción capitalista y lo transforme en un demiurgo de nuestra economía, como muchas veces se tiende a creer.

La estructura agraria brasileña se caracteriza, como vimos, por un poderoso monopolio de la tierra, que crea una mano de obra rural abundante y la somete a términos de pago excesivamente bajos. Como consecuencia, la industria consigue atraer esta mano de obra descalificada con salarios relativamente bajos. Por otro lado, el bajo precio de la fuerza de trabajo en el campo, sumado a las mínimas inversiones en máquinas e

implementos agrícolas, crea una alta tasa de lucro en la agricultura brasileña. Tal situación acarrea dos consecuencias para la tasa de lucro industrial. En primer lugar, la impulsa hacia arriba y aumenta su nivel. En segundo lugar, pone a disposición de la industria una gran cantidad de capital que no es reinvertido en el campo y que favorece la concentración de capital urbano y el abaratamiento del dinero.

La estructura monopolista de la iniciativa y de los demás sectores de la economía permite que las mercaderías sean vendidas por sobre sus valores, ampliando exageradamente la tasa de lucro en el país. La tasa de interés, facilitada por los descuentos estatales, rebajada por la alta tasa inflacionaria y por el capital retirado del campo, tiende a mantenerse en un nivel relativamente bajo, elevando la tasa de lucro. Cabría destacar aún la protección a los alquileres que fue mantenida por la ley del inquilinato, hasta el golpe de abril, favoreciendo sobre todo a las pequeñas industrias. Estos factores funcionaban como estímulo a la expansión capitalista, tanto de los sectores de la producción como de los sectores especulativos. Se ha de convenir, sin embargo, que son al mismo tiempo, no solamente inflacionarios, sino que también favorecen a la especulación y restringen la acumulación capitalista de los sectores más productivos, desorganizan el mercado de capitales, sometiéndolo a altas presiones inflacionarias y especulativas; llevan, pues, al capitalismo brasileño a la mediocridad y al atraso económico, social y cultural.

Para atraer la mano de obra rural y garantizar el apoyo del proletariado en su lucha expansionista, el capitalismo brasileño tuvo que crear un sistema de atracciones para la mano de obra urbana. La previsión social, la legislación del trabajo y una estructura sindical bien desarrollada fueron los instrumentos con que contó para garantizar su afluencia a los centros industriales. No hay duda de que las cargas "sociales" de las empresas, como las llaman los industriales, representan un peso muy grande en la tasa de lucro de la industria. Tasa de previsión, impuesto sindical, indemnizaciones, feriados, son las constantes pesadillas de los industriales, pues ya vimos que el capitalismo es necesariamente antisocial y sólo persigue el constante crecimiento de su lucro. Por otro lado, la escasez de mano de obra calificada provoca no solamente un nivel salarial relativamente alto en los sectores más calificados, sino que aumenta el poder reivindicativo de esos sectores, poder que se extiende al conjunto del movimiento sindical, ya que existe estrecha dependencia entre el nivel de salario calificado y el salario mínimo. Además de eso, el poder reivindicativo del movimiento sindical garantiza no sólo el nivel salarial de los trabajadores, sino también sus conquistas en varios campos sociales y políticos.

La dictadura ha logrado, sin embargo, atacar duramente estas conquistas de los trabajadores. Destruyó su movimiento sindical, les impuso una rebaja generalizada de los salarios de cerca del 40%, les quitó derechos fundamentales, como la inamovilidad. Por otro lado, racionalizó en parte la previsión social al centralizarla e

intentó aumentar la construcción de casas populares, sin resultados prácticos significativos, pero con cierta fuerza propagandística.

Este análisis nos muestra el peligro de una aplicación mecánica del esquema teórico del capitalismo puro, en las condiciones de una estructura compleja y llena de especificidades. Nada de eso, sin embargo, puede alterar las leyes básicas del sistema. La tasa de lucro resulta fundamentalmente de las relaciones entre el capital invertido y el precio de la mercadería en el mercado. Tanto mayor será la tasa de lucro cuanto menores sean el salario y la inversión en capitales. Estos elementos básicos continúan siendo el punto de referencia en el desarrollo del sistema.

Un análisis de las tasas de inversión de las principales sociedades anónimas en Brasil revela que, a partir de 1958, comienzan a funcionar poderosas barreras en el ciclo expansionista iniciado en 1955. Si relacionamos el incremento de las emisiones del capital y la tasa de lucro de las principales sociedades anónimas en el país con el aumento del costo de la vida, tendremos los mostrados en el Cuadro XXI.

CUADRO XXI

Por los datos arriba señalados, constatamos que en 1959 el incremento del capital igualó a la inflación y, por tanto, no hubo inversión. En 1960 tenemos una recuperación de las inversiones, que se vuelven a estabilizar en 1961 y 1962. En 1963 y 1964, el nivel de inversión de las sociedades anónimas estará por debajo de la inflación. En el caso de 1964 debemos tener en cuenta que, por primera vez, la tasa de inflación (índice general de precios) estuvo por encima del índice del costo de la vida, 92.4% y 86.6%, respectivamente, lo que demostró que de hecho hubo una baja en el nivel de inversiones. La tasa de incremento del capital en 1965 es sorprendente. Gran parte del aumento se debe a las inversiones del gobierno en electricidad, industria siderúrgica, industria automotriz, metalúrgica y electrónica. No es posible, sin embargo, que este aumento represente ya una inversión de la tendencia depresiva

en el país, puesto que los datos no la justifican. Debe representar un efecto coyuntural de las inversiones estatales en los sectores de rendimiento a largo plazo. Quien analice estos datos no puede sorprenderse con la baja de nuestros índices de desarrollo, que se manifestó más violentamente en los últimos años. Si encontramos una tasa de crecimiento estable hasta 1960 y una elevación brusca en 1961, estas victorias fueron obtenidas a duras penas, a costa de una expansión artificial de la demanda, que redundó en una aceleración gigantesca de la inflación. La economía no podría soportar esta política de expansión, cuyo ciclo

ya mostraba su agotamiento en 1958, debido principalmente a las perspectivas de estagnación y muchas veces de baja del mercado interno y externo. La gigantesca presión que se imprimió en 1961 explica la precipitación de expectativas políticas en el país por este motivo. Ya la incapacidad de la burguesía para realizar una política reformista explica la amplitud de la crisis económica, que se presenta en los años posteriores. Esta fase de depresión del ciclo capitalista se acentuará en los dos próximos años, cualesquiera que sean las medidas gubernamentales, que sólo podrán atenuarla o aumentarla, pero no impedirla. Por detrás de estos datos está la baja de la tasa media de lucro, como podemos observar a partir de 1959 (por los datos de que disponemos), cuando el aumento de la tasa de lucro se mostró muy inferior al índice inflacionario. A pesar de no disponer de los datos de 1965, nada nos puede hacer suponer sino una significativa acentuación de esa tendencia.²²

El análisis de tales datos muestra que era necesaria una política de estabilización monetaria para la clase dominante brasileña y de qué manera las veleidades estructuralistas y desarrollistas de sus ideólogos sólo aumentaban sus ilusiones y acumulaban los factores de la crisis burguesa. Estas veleidades se explican porque el desarrollo no es una reivindicación esencialmente burguesa. Luchando por ella están otras activas clases sociales: el proletariado, la clase media y la pequeña burguesía, y el mismo campesinado ya entraba en la arena de esta lucha. Negar sumariamente su identificación con el desarrollo sería desenmascarse frente a todo el pueblo. Vemos lo caro que les costó a estas clases populares las veleidades de sus teóricos reformistas, particularmente del PCB, que las amarraron al carro del desarrollo capitalista. Pero el proceso socioeconómico progresa mucho al nivel de la conciencia y sólo en ocasiones excepcionales las clases sociales encuentran una vanguardia capaz de ir al frente de las condiciones empíricas y prácticas. Estas excepcionales ocasiones son situaciones revolucionarias profundas, como las que se configuran en el Brasil de hoy.

3. LA DEPRESIÓN Y SUS EFECTOS ECONÓMICO-SOCIALES

Como vimos, la depresión se origina básicamente por una baja en la tasa de lucro, que provoca una caída general del volumen de los negocios. La disminución del volumen de los negocios repercute sobre el proceso de la producción, al disminuir el número de empleados, al llevar a la falencia a las empresas menos sólidas

²² La revista *Desenvolvimento y Conjuntura* constata una baja en la tasa de lucro, en el balance que realizó de la economía brasileña en 1965 (febrero de 1966).

y de menor productividad. Repercute también en el sistema financiero provocando una restricción en el volumen del crédito y de las transacciones monetarias; en general conduce al atesoramiento, disminuyendo las disponibilidades de dinero y aumentando la tasa de interés. En el proceso de ascenso de la economía, el aumento del volumen de negocios utiliza todo el dinero en circulación, excita el sistema bancario provocando un aumento del dinero existente (moneda y velocidad de moneda), esto es, la inflación. La inflación pasa a ser un estimulante del crecimiento en la medida en que aumenta el poder de compra de la población, a través de la ampliación del crédito, de la tendencia a estimular el aumento de salarios, facilitando la especulación de los más audaces y ofreciendo así los recursos para el crecimiento general de los negocios.

A partir de cierto nivel, sin embargo, la inflación comienza a invertir su sentido y pasa a ser un freno a la expansión del sistema: 1º) al estimular los movimientos reivindicativos salariales, que provocan una inflación de los costos, o mejor, una baja en la tasa de lucro; 2º) al desorganizar la producción, que no puede planificar sus costos, y el capital necesario para la inversión; 3º) al favorecer la especulación a través de la formación de *stocks* con el objetivo de enriquecimiento utilizando las alzas sucesivas de precios; 4º) al desorganizar el aparato estatal y toda la vida social. A partir de cierto punto, los mecanismos inflacionarios se separan del aumento de la producción que los generó y pasan a tener independencia, llevando a una corriente alcista incontrolable; ésta es la *hiperinflación*, terror del sistema capitalista. En ella, la crisis asume una forma dramática, incontrolable; la ley de la selva del sistema capitalista, la competencia, pasa a regir en toda su plenitud, isálvese quien pueda!

Una política antiinflacionista tiene por objeto restringir este mecanismo monetario independiente, y provoca, necesariamente, una baja en los negocios, antes de que esta caída se produzca anárquicamente, por culpa del ciclo económico. Reconocer la existencia del ciclo económico y desarrollar las técnicas de control fueron pasos decisivos de la teoría económica capitalista en el sentido de garantía provisoria de la supervivencia de este régimen económico. La primera fase de esta política es la deflación. En ella, el objetivo primordial es contener los mecanismos autopropulsores de la inflación. Invertir la tendencia psicológica a la inversión especulativa, al acaparamiento de los productos para ganar con el aumento de precios, a la expectativa de alza (a través de las compras a crédito y de distintas formas de financiamiento), a las reivindicaciones salariales. Se trata de lo que se llamó "inversión de expectativas". La política de crédito es el mejor recurso con que el sistema capitalista cuenta para esto; a través de la restricción del crédito, desestimula la formación de *stocks*, los financiamientos abundantes, las expectativas de negocios fáciles. El otro instrumento que el régimen tiene que crear es la contención salarial. En este caso se trata básicamente de la capacidad política de la burguesía de desorganizar al movimiento sindical, o, por lo menos, contenerlo mediante su control. En esta primera fase, el estado capitalista tiene que cuidar el déficit del presupuesto provocado por los mecanismos

inflacionarios. Se trata de liquidar las formas de subvención al sector privado, que provocan déficit profundos. En el caso brasileño, se trata de las subvenciones cambiarias, que ya estaban siendo extinguidas a través de las "reformillas" cambiarias, al final del periodo del gobierno de Kubitschek y en el gobierno de Janio. Se trata de la reorganización de los servicios públicos deficitarios a través de una elevación de los precios de esos servicios, por un lado, y de su reorganización administrativa, por otro; se trata de la rebaja general de salarios del funcionalismo (cerca del 50% de los gastos de la Unión) y de los ingresos de los trabajadores no productivos, y, por último, del aumento de los impuestos. Como se ve, desde su primera fase la política de estabilización monetaria tiene un nítido contenido de clase. Se trata de detener el proceso inflacionario sin afectar las ganancias de la clase dominante, o por lo menos afectarlas en el mínimo posible. Le cabe a los asalariados y a los pequeños propietarios pagar el precio de la crisis del sistema de producción que vive explotándolos. En ese momento, dicha explotación se revela en toda su plenitud, se desnuda ante el pueblo. Es muy natural, por tanto, que ciertos sectores de la clase dominante y sus aliados traten de mistificar esta circunstancia, procurando hacerle creer al pueblo que la política de la estabilización no es una necesidad del sistema económico capitalista, sino que podría existir otra opción para el pueblo... a través del aumento de mercados, de los salarios y del desarrollo. Pese a su apariencia "izquierdista", esas formulaciones no pasan de ser cortinas de humo para ocultarle al pueblo la esencia del régimen capitalista: la explotación del hombre por el hombre.

Es evidente que existe otra salida para la inflación. Sería la contención de los precios, la restricción de los lucros, el control de los *stocks* de productos esenciales para la economía popular y la eliminación de las subvenciones estatales a las empresas privadas. Esta política de tipo popular sería, sin embargo, tan depresiva como la otra, si no se completase con medidas de nacionalización de las empresas y con la planificación global de la economía. Pues esta política popular llevaría a la baja de la tasa de lucro y, por tanto, a la baja de las inversiones, lo que sólo podría evitarse con la implantación de una economía que no estuviese basada en el lucro, por tanto, una economía socialista.

En 1971, el gobierno de la Unidad Popular en Chile viene a demostrar esas tesis. El ha logrado paralizar la inflación en dos meses de gobierno a través de la contención de alzas de precios junto a un aumento general de salarios igual a la tasa de inflación del año anterior (34.9%). Se revela así no sólo la eficacia, sino el contenido de clase nítido de las políticas antiinflacionarias. Al mismo tiempo, se plantea el segundo aspecto sobre el que llamamos la atención. Esta política antiinflacionista a través de la restricción de las ganancias provocará una depresión si el gobierno no logra poner en práctica la política de nacionalizaciones que forma parte de su programa y los proyectos que ha enviado al Congreso y de las otras nacionalizaciones que tiene en vista. Las leyes económicas son inflexibles y las circunstancias históricas muy claras.

En 1973 se cumplieron estas previsiones hechas en 1971. Desgraciadamente la dirección económica de la U.P. cambió de manos al sustituirse el equipo dirigido por Pedro Vuscovic. Los compañeros que asumieron la dirección económica no comprendieron que se habían dado ya pasos decisivos para desorganizar el sistema de mercado e intentaron restablecer un sistema de precios "reales". Se disminuyó el proceso expropiatorio de las empresas monopólicas y se vaciló durante más de un año en aceptar la intervención masiva en la circulación económica a través de la distribución racional de los productos (racionamiento) y de la reforma monetaria que expropiase los inmensos recursos financieros en manos de los capitalistas y especuladores. La inflación alcanzó en consecuencia índices incontrolables y empezó la depresión de la economía. Por más que algunos sectores* llamasen la atención para la cuenta regresiva que planteaba la situación hiperinflacionaria no hubo conciencia de la gravedad de la situación por parte de nuestros economistas cuya formación neokeynesiana y estructuralista rechazaba sistemáticamente considerar el carácter decisivo del fenómeno inflacionario.

Volvamos sin embargo al Brasil de 1964-66.

Antes de que la inflación alcance un nivel más violento, como sucedió en los últimos meses del gobierno de Goulart (cerca del 8% al mes), es posible controlarla sin provocar una aguda depresión; pero siempre ocurrirá alguna depresión, pues la inflación y expansión de los negocios están íntimamente ligados. Pretender, pues, que fuese posible controlar una inflación descontrolada (que estaba al borde de la hiperinflación) sin una caída general de los negocios, caída que la propia inflación ya no podía contener debido a los mecanismos que ya expusimos (en 1963, el crecimiento del PNB en Brasil fue del 2%), es una afirmación vacía y demagógica. El hecho de que esta posición sea defendida por algunos sectores más perjudicados de la clase dominante y por sectores reformistas de izquierda muestra solamente que ellos pretenden mantener la crítica al actual gobierno y su política en un plano puramente aparente y superficial, sin atacar al propio régimen social que lo sustenta y sin buscar sus verdaderas explicaciones. Sólo hay, pues, dos opciones en la lucha antiinflacionaria:

* Véase mi artículo en *Chile Hoy* sobre "cómo detener la catástrofe que nos amenaza", y el debate promovido por esta revista con el entonces Ministro de Finanzas, Orlando Millas.

estabilización monetaria con todos los efectos depresivos y la baja del nivel salarial, o política popular, que exige, para completarla, una planificación socialista.

Una segunda etapa de la política anticíclica es aquella en que se pasa a los mecanismos de depresión, esto es, la destrucción malthusiana de los sectores atrasados del sistema. Se precipitan las falencias de los sectores especulativos y de las firmas sin gran soporte financiero y de bajo nivel tecnológico. El poder del estado sobre la economía permite que, a través de la dosificación de créditos, financiamientos, etc., exista cierto control del nivel de la depresión. Este control es, sin embargo, relativo, pues cuanto menos intensa es la depresión, mayor es la duración de este periodo cíclico. La opción por un periodo corto de crisis aguda es bastante peligrosa, pues puede llevar a una pérdida del control de la economía y de la situación sociopolítica del país. Por otra parte, la opción por un periodo largo de depresión impide que sean extirpadas todas las trabas al desarrollo posterior (empresas atrasadas y especulativas) y desgasta el poder político de la clase dominante, minado por una crisis constante y por el descontento general. Cualquiera que sea el grado de desesperación social producido por la política de estabilización, ella lleva a una baja del nivel de precios de los bienes de capital y de las materias primas, a la concentración de capital, que se acumula en los bolsillos de los capitalistas y de los bancos, y crea condiciones para un nuevo ascenso económico basado en una concentración financiera y técnica superior.

La economía capitalista se vuelve a erguir así sobre las desilusiones, las desesperanzas, los crímenes, la prostitución y los cadáveres de los que mueren de hambre, para iniciar un nuevo periodo de desarrollo superior en el nivel tecnológico, financiero y empresarial. Durante esa segunda fase de la política de estabilización, que trata básicamente de reducir los costos y aumentar consecuentemente la tasa de lucro, es necesaria una rígida política de contención salarial -ya iniciada en la deflación- que se aprovecha especialmente de la baja del nivel reivindicativo de los trabajadores, pues muchos de ellos están cesantes y todos rodeados por el fantasma del desempleo y del hambre; su poder de negociación se hace bajo y favorece la disminución de los salarios. En Brasil, tal política cuenta con una desorganización sindical provocada por las intervenciones y por el control ministerial. El resultado general de la depresión es, pues, un aumento de la tasa de lucro y un estímulo a la reinversión: en el curso de este proceso serán eliminados los más débiles. Las restricciones del crédito favorecen relativamente a los grupos, que disponen de mayor base financiera, y eliminan a los pequeños y más débiles. El equilibrio del erario destruyó algunos privilegios estatales, como los de la Panair, Jafet, etc. (si bien creó otros, como la Consultec) y arruinó a gran parte de los pequeños especuladores, perjudicados también por la restricción del crédito. El mercado de capitales se fortalece con la gran cantidad de dinero líquido y la concentración financiera. Pero, como vimos, el desarrollo del capitalismo brasileño se realizó a través de la alianza con el capital extranjero, que pasó a dominar los sectores fundamentales de la

economía. Por otra parte, el desarrollo de la crisis, al fortalecer a los sectores financieramente más potentes, fortaleció al capital extranjero. Este obtiene, así, una concentración gigantesca de la actividad económica nacional en sus manos. Aunque sea falsa la afirmación de que la actual política económica es una imposición del imperialismo, pues está condicionada por las dificultades cíclicas del capitalismo brasileño, ella llevará inevitablemente al fortalecimiento del dominio imperialista sobre el capitalismo nacional.²³ Esto ocasionará un mayor servilismo del capitalismo brasileño con respecto al norteamericano. Las contradicciones entre los intereses del desarrollo nacional y las limitaciones impuestas por el capital extranjero se expresarán, cada vez más, bajo la forma de una contradicción entre las clases trabajadoras (obreros, campesinos, asalariados urbanos, intelectuales, estudiantes, técnicos y científicos) y las clases dominantes en su conjunto (gran burguesía extranjera y nacional, y latifundistas). La lucha antiimperialista se expresará cada vez más como una lucha anticapitalista. Y la única opción que se podrá ofrecer al dominio imperialista será una economía socialista.

En el campo, los efectos de la crisis serán bastante particulares. Por el hecho de ya existir un vasto sector capitalista en el campo, y porque el sector precapitalista produce en gran parte, para el mercado, estando dominado por éste, la crisis afectará agudamente la economía rural. El primer efecto importante es la destrucción de gran parte de la economía capitalista atrasada, debido a la baja del consumo, que empequeñece el mercado y sólo permitirá sobrevivir a los productores con elevado nivel técnico. Esto significa el resurgimiento de las hordas emigrantes que caracterizaron los años de "éxodo rural", por falta de perspectivas de empleo en el campo. "Una parte recurrirá a la economía de subsistencia, sobre todo donde las tierras fueron más abandonadas; otra parte luchará por obtener tierras por la fuerza²⁵; otra parte se dedicará al bandolerismo; otra irá a constituir las "favelas" urbanas, otra parte (sobre todo los niños y viejos) perecerá, simplemente."²⁶

²³ En su testimonio a la Comisión Parlamentaria de inquisición destinada a investigar las transacciones efectuadas entre empresas nacionales y extranjeras, que analizó en 1968 estos problemas, Roberto Campos, el responsable de la política de estabilización del gobierno de Castelo Branco (justamente el periodo más rígido de la política), casi ha repetido las palabras que usamos en este libro, pero dentro de otro contexto valorativo. Con el cinismo que le es peculiar, él ha declarado a los diputados que idealísticamente querían defender las empresas nacionales frente al capital internacional; "Obviamente el mundo [el declarante no ha explicado que se trata de su mundo: el capitalista] es desigual. Hay quien nace inteligente y hay quien nace tonto, hay quien nace atleta y hay quien nace cojo. El mundo se compone de pequeñas y grandes empresas. Unas mueren temprano, en el primer año de su vida, otras se arrastran criminalmente por una larga existencia inútil. Hay una desigualdad básica fundamental en la naturaleza humana, en la condición de las cosas. De eso no se excluye el mecanismo de crédito. Postular que las empresas nacionales deben tener el mismo acceso que las empresas extranjeras al crédito extranjero es simplemente desconocer las realidades básicas de la economía".

El efecto general de esta devastación será el abaratamiento aún mayor de la mano de obra agrícola, el desmantelamiento de gran parte del sector capitalista atrasado y la aparición de condiciones favorables a la ampliación del sector capitalista en el campo. Pero la propiedad latifundista continuara existiendo. Ella limitará nuevamente la expansión de la producción capitalista, atenuará gran parte de los efectos de las crisis favorables para el desarrollo capitalista, manteniendo mano de obra en actividades de subsistencia. En realidad, la propiedad latifundista se volverá un impedimento mayor aún en la solución del problema agrario brasileño; la cuestión de la revolución agraria volverá con mayor fuerza aún.

El análisis que realizamos en 1966 se cumplió en Brasil: entre 1968 y 1973 se realizó un "milagro económico" que parecía una arrancada incontenible para la afirmación del capitalismo. Sin embargo, en 1974 ya se presentaban las señales de una nueva crisis que demostraban los límites del capitalismo dependiente. La aplicación de políticas estabilizadoras similares a la brasileña en otros países bajo dictadura en Latinoamérica ha provocado otra vez las mismas confusiones entre nuestros economistas de izquierda con formación estructuralista y no marxista. En el caso de Chile se produce hoy día una reacción a estas interpretaciones equivocadas de la política de estabilización monetaria.*

4. EFECTOS POLÍTICOS DE LA DEPRESIÓN

El análisis que hicimos en el punto anterior se limitó a los efectos generales de la depresión en el campo económico-social. Por tanto, tales efectos fueron presentados en forma abstracta, pues la crisis no se desarrolla solamente en el plano económico. Los factores políticos, a pesar de darse en este cuadro de

²⁴ Esta afirmación se cumple hoy día en las hordas nordestinas y en el aumento del subproletariado en São Paulo y el centro-sur en general, así como de las zonas de "favelas" urbanas. Así también por el fenómeno de los "boias frías" que analizamos anteriormente.

²⁵ Esta población constituye la base del movimiento de colonización del Mato Grosso y de la región "amazónica", que, entre otros, es un hecho fundamental de la vida agraria del Brasil hoy día.

²⁶ Esta previsión se comprobó posteriormente con el aumento de la mortalidad infantil en Brasil.

* Véase el artículo de Orlando Caputto y Álvaro Briones en la revista *Investigaciones Económicas*, Nueva Época, México, núm. 2.

posibilidades tendenciales del desarrollo económico, pueden a veces alterar profundamente su curso; pueden, incluso, cambiar la calidad del sistema económico, elevándolo a un sistema superior.

En general, la depresión provoca manifestaciones parciales que alteran cualitativamente los métodos de lucha de las masas. Los canales legales, las reivindicaciones pacíficas, las presiones, son sustituidas por violentas explosiones de masas. Esto no se debe solamente a las dificultades que el actual régimen planteó a las manifestaciones pacíficas de masa (restricción al derecho de huelga, intervención en los sindicatos urbanos y rurales, prohibición de reuniones, terrorismo en las fábricas y, sobre todo, en el campo, etc.), sino también a las nuevas dificultades económicas (el desempleo y su cortejo de miserias, la disminución del nivel salarial y del nivel de vida, las dificultades de abastecimiento, que se agravaron, los aumentos de los arriendos debidos a la caída de la ley del inquilinato de Vargas; por último, el aumento general del costo de la vida, junto a la baja del nivel salarial y la quiebra de los pequeños propietarios).

Tal situación prepara en la conciencia del pueblo, en sus hogares, en su empleo, en sus diversiones, en todos los momentos de su vida, los elementos de una poderosa carga explosiva. Dichas explosiones se presentan al principio en forma espontánea, anárquica y desorganizada, sin objetivos políticos definidos. Ejemplos de esas acciones son la toma de alimentos en el Noreste, los saqueos en las ciudades, los movimientos de sabotaje de la producción por parte de los obreros (operación tortuga). Estos movimientos, espontáneos y parciales son, a pesar de todo, el germen de nuevos movimientos organizados y más amplios.

Es así como se desarrolla el proceso social, y por eso son ridículas las soluciones policiales para contener un movimiento tan generalizado. Las masas tratan de organizarse en comités dentro de las empresas y barrios, y crecen los movimientos clandestinos y las organizaciones partidarias. Es preciso destacar que la clase obrera brasileña nunca pasó por un proceso tan profundo de radicalización y de organización de base. Esto colocará a la lucha política del país en niveles enteramente nuevos, pues lanzará a la arena política a un proletariado independiente, radical, violento y opositor, como hasta entonces nunca sucedió en el país.

Dos movimientos políticos resultarán de este proceso de radicalización: el movimiento socialista revolucionario y el fascismo. El primero, como expresión de la organización revolucionaria del movimiento obrero; el segundo, como expresión de radicalización de sectores descontentos de la clase media y de la pequeña burguesía. La posibilidad de victoria de estos movimientos dependerá de las dificultades de la clase dominante para contener el movimiento de masas. Pues el fascismo, a pesar de surgir como movimiento pequeñoburgués, sólo se transforma en victorioso con el apoyo de la clase dominante. Todo el conflicto de clases, cuando se vuelve agudo, como el que se viene configurando en el país y en el mundo, sobrepasa la barrera de las luchas y escaramuzas parciales para expresarse en un conflicto generalizado, muchas veces en una guerra civil.

Resta por estudiar en este capítulo una parte importante del movimiento político brasileño actual: el movimiento liberal. Tal movimiento surgió como oposición al camino dictatorial, consecuencia del movimiento de marzo-abril de 1964. Sus principales manifestaciones se encuentran en la oposición parlamentaria al gobierno, en las manifestaciones de los intelectuales y en sectores del movimiento estudiantil. Pero los métodos de lucha que preconizan no son capaces de movilizar a las masas acorraladas entre la desesperación, consecuencia de la crisis, y la ausencia de instrumentos legales de organización y lucha. Es más probable que en el proceso de radicalización de lucha, tal movimiento forme al lado del gobierno existente y contra las dos fuerzas extremas del proceso, aceptando una alianza con él en términos de una liberalización del régimen.²⁷

El proceso social tiene una lógica interna objetiva, independiente de sus agentes. De ahí la aparente contradicción que encontramos en la personalidad de algunos políticos, que sirven muchas veces a intereses opuestos a los que creen defender. La ciencia política no puede apoyarse en las intenciones de los agentes sociales para comprender el movimiento real de la sociedad. Ella tiene que situarse en un punto de vista objetivo que se abstraiga de las intenciones subjetivas en un primer momento, mostrando los intereses reales que mueven a los individuos, a las clases y a los grupos sociales. Solamente a partir de este análisis puede comprender el verdadero sentido de esas intenciones. La actual situación del país rompe paulatinamente los viejos esquemas políticos, supera las viejas élites y señala la necesidad de nuevas organizaciones y nuevas pautas. De ahí que la conciencia de la mayoría de los individuos, grupos o clases esté tan sobresaltada; de ahí esta angustia social y política, esta búsqueda de nuevas soluciones, esta ansia de literatura sociológica y política. No será un movimiento liberal sin doctrina y conciliador, con blanduras y métodos de lucha pacífica, el que llenará el vacío organizativo en que el país se encuentra. Estos planteamientos se hacían en 1971. Hoy día, en 1976, hay que revisarlos en parte. El movimiento liberal burgués, aceptado por el régimen, sufrió cambios importantes. Al presentarse la crisis de 1974 y al fracasar claramente el "milagro brasileño" se destruyeron las condiciones que favorecían la adhesión de los liberales pequeñoburgueses al régimen dictatorial. El Movimiento Democrático Brasileño (MDB) que congregaba estas fuerzas sufrió un remezón. A falta de alternativas propias su dirección tuvo que aceptar un gran número de candidatos jóvenes a las elecciones parlamentarias de 1974

²⁷ Desgraciadamente esto empieza a darse en 1971. Dos factores inmediatos han contribuido a esto: la mejoría de la situación económica de la clase media alta y de la pequeña burguesía y media burguesía, como efecto de la recuperación económica, y la eficacia inmediata lograda por el gobierno en la represión del movimiento revolucionario armado, así como de las formas de oposición legal.

los que triunfaron en la ola de protestas que se manifestó en esta oportunidad. El MDB se rejuveneció y se radicalizó como producto de esta situación. Asimismo, la profundización de la crisis económica y política, debida a la consagración de la mayoría opositora con cerca del 65% de la votación, abrió camino hacia una lucha legal creciente. La dictadura pasó a la defensiva y el espacio político para la lucha democrática legal se amplió considerablemente en el país. En estas nuevas condiciones se estableció un frente tácito de todas las fuerzas democráticas y la lucha asumió una forma abierta y amplia. Pero para entender mejor esta situación es necesario agregar nuevos elementos al análisis.

En los próximos capítulos ahondaremos el análisis aquí esbozado, pues el proceso político brasileño no puede ser visto solamente a la luz de la actual crisis capitalista, sino también a la luz de la crisis global del sistema que, como vimos, incluye la crisis del subdesarrollo.

IV. La recuperación y la gran crisis

1. LA NUEVA CUALIDAD DEL DESARROLLO

En el capítulo anterior analizamos la crisis brasileña como originada por una gran depresión económica. Sin embargo, esta depresión no es sino un fenómeno cíclico. Trae consigo los gérmenes de una recuperación, cuyas principales coordenadas esbozamos. Son los propios factores de depresión: el desempleo, las quiebras, la baja en los negocios, la baja del movimiento financiero, la miseria, en fin, los que crean los factores de un nuevo ciclo de desarrollo. La caída de los salarios, la baja del capital constante, el estímulo en las ventas a precios más bajos, la reserva de capital retirado del mercado, provocan un aumento de la tasa de lucro y, a partir de cierto momento, el retorno de las inversiones. Esta recuperaciónes más o menos inevitable. En el transcurso del proceso se sitúa la cuestión de alterar el régimen político del país como consecuencia de las agudas luchas sociales que se traban. Pero todo estaría bien para la clase dominante si la crisis se limitase a la actual crisis capitalista. Ella podría tener la esperanza de una recuperación rápida, de una nueva acumulación del capital, de un nuevo periodo de desarrollo en que el movimiento de masas estaría nuevamente dominado por ella. En fin, el paraíso duraría algunos años más, hasta una nueva crisis y otras cada vez más profundas, donde su dominio se vería nuevamente amenazado. Por este motivo no es ni bizantino ni inútil analizar a corto plazo las condiciones de recuperación de la economía capitalista en el país. Estas condiciones ya están operando en la actual situación (1976). Si existiera la posibilidad de una recuperación más o menos rápida, ella influiría en la actual crisis y en su desarrollo.²⁸

Una nueva fase de desarrollo en el país no significa simplemente una vuelta al estado anterior; no sólo porque la presión demográfica trae consigo un aumento de población de más del 3% al año y exige una aceleración de la producción sino porque se presentan más del millón de nuevos trabajadores por año en el mercado de la mano de obra, y también por un motivo estructural: para que se amplíen las instalaciones industriales

²⁸ En 1966 teníamos que justificar nuestra afirmación de una necesaria recuperación económica. En 1971 esta recuperación ya se produjo a partir de 1968, y lo difícil es probar a la gente que el "milagro brasileño" se va a terminar. Si la ignorancia que los científicos sociales tienen del ciclo económico los llevaba, en la depresión de 1965-66, a creer que la estagnación sería permanente, en 1971 se ponen en ridículo y empiezan a hablar de un fenómeno "japonés" en Brasil. Hoy día, en 1977, ya no es necesario probar que el "milagro brasileño" tenía un fin próximo. De hecho, hoy día esto es reconocido hasta por la dictadura.

actuales del país es necesario que se instale un sector de industria pesada que alimente las industrias de base y complete las instalaciones brasileñas, elevándolas a un nivel superior (pero aún insuficiente, pues en nuestros días la electrónica y la automatización exigen un nivel más elevado todavía, para colocarse a la altura de los grandes centros económicos). No completar el sector de la maquinaria pesada sería la condenación al atraso, sería la estagnación, la frustración de las aspiraciones de desarrollo de todo nuestro pueblo. La recuperación económica sólo podría completarse en el país si estuviera seguida de un proceso de calidad superior al que vimos hasta ahora. Para realizar tal cambio es, por tanto, indispensable: 1º) una alta acumulación interna de capitales; 2º) una gran disponibilidad cambiaria que garantice la importación de los bienes de capital que no podemos producir; 3º) una infraestructura energética y las preinversiones que preparan mano de obra con conocimientos técnicos y científicos adecuados; 4º) la expansión del mercado interno; 5º) la expansión del mercado externo. Analizaremos estas condiciones.

2. DIFICULTADES DE UNA NUEVA ACUMULACIÓN DE CAPITAL

Serán los capitales generados en la crisis suficientes para un nuevo periodo de intenso desarrollo? ¿Serán las actuales medidas de elevación de la tasa de lucro capaces de garantizar un índice de inversiones suficiente? ¿Existe internamente un mercado de capitales suficientemente organizado como para permitir tal acumulación y canalizarla para estas inversiones? Desde un punto de vista abstracto podríamos responder que sí, que existen en el país las condiciones para una alta acumulación de capitales, si fueran eliminadas, por una audaz política, las trabas para la formación del mercado interno de capitales, a través de la modificación económica del país; a través de la liquidación del paternalismo dentro del estado brasileño y mediante una tributación más eficaz. En realidad, al examinar la forma en que se conduce la política actual, que se caracteriza por una alianza de las clases dominantes que obliga a la burguesía a hacer concesiones a los sectores atrasados, sólo podemos dar una respuesta negativa. Vimos en el capítulo anterior que el proceso de concentración económica resultante de la crisis fortalece el poderío imperialista en el país y transforma a nuestra burguesía en una funcionaria bien pagada del capital internacional.

La posibilidad de un desarrollo nacional sólo podría concretarse gracias a una audaz política de expropiación de las grandes empresas imperialistas, lo que dependería esencialmente del movimiento popular. ¿Puede la burguesía cambiar la limosna pacífica del imperialismo por la lucha poco garantizada al lado del movimiento

popular? ¿Hasta dónde sería necesario conducir esta lucha frente a la resistencia del adversario? ¿Dónde se apoyaría internacionalmente para realizarla? ¿En Europa Occidental, arrinconada por la presión norteamericana, o en el campo socialista?

Restaría, sin embargo, una hipótesis: que la propia economía imperialista fuese llevada a invertir aquí esos capitales. Desde el punto de vista económico y debido al alto nivel de desarrollo de los países avanzados, podrían interesarse en montar una economía altamente industrializada en un país atrasado, cambiando las máquinas fuera de uso que necesitan ser sustituidas por industrias automatizadas. Pero esta hipótesis no tiene en cuenta las contradicciones internas de los países capitalistas avanzados, que tienen en la automatización un espectro cuya materialización sería el desempleo, el exceso de capitales, la amenaza de crisis inmediata. Por otra parte, la apertura de un mercado para las máquinas productoras de maquinarias cerraría un amplio mercado de bienes de consumo y de máquinas comunes. Sería un camino muy arriesgado. ¿Y qué posibilidad de control le quedaría al imperialismo si garantizase tal autonomía productiva a los países dominados? Estaría creando así una formidable competencia en el mercado internacional.

En resumen, una nueva acumulación de capital que eleve cualitativamente nuestra industria encuentra dos barreras en nuestra actual estructura: 1º) la barrera del latifundio, de los sectores atrasados del estado y de la alianza de las clases dominantes contra el movimiento de masas, y 2º) la barrera de la dominación imperialista, que será beneficiada con la actual concentración económica y cuyos intereses no coinciden con el desarrollo de la industria pesada en los países atrasados.

Hoy día, en 1977, sabemos que el llamado "milagro brasileño" estuvo acompañado de un intento aventurero de constituir en Brasil un poderoso mercado de capitales. No faltaron los publicistas ridículos que afirmaban que Brasil se convertiría en la tercera o cuarta bolsa de valores del mundo. Sin embargo, ya en 1971-72 esta ola especulativa entra en baja y los millones de brasileños que metieron sus recursos en la especulación bursátil vieron ahogarse sus sueños de riqueza fácil con la ruina de las bolsas de Río de Janeiro y São Paulo. Al mismo tiempo el Estado tuvo que asumir la tarea de financiar los planes de inversión provocando una nueva ola inflacionaria al estimular un crecimiento artificial de las mismas. Ya en 1973-74 se sintieron los efectos de esta política aventurera, al subir repentinamente el índice inflacionario.

3. DISPONIBILIDAD CAMBIARIA E INFRAESTRUCTURA

Supongamos, sin embargo, que la amenaza del movimiento de masas fuera controlada y que la burguesía pudiera tomar el camino del desarrollo. ¿Dispondría ella de divisas suficientes para importar las grandes unidades industriales que lo garanticen? No existe ninguna perspectiva de que una diversificación de exportación pueda tener frutos inmediatos. Como veremos más adelante, ella encuentra una enorme barrera en el mercado internacional, que sólo podría vencerse con una política agresiva contra el imperialismo. ¿Y la diversificación de las importaciones? ¿Sería posible sustituir los fletes y servicios, los combustibles, las materias primas para la industria, y al mismo tiempo pagar nuestra deuda externa?²⁹ Tales inversiones sólo podrían ser hechas con la ayuda -poco probable- o con la aplicación directa -también poco probable- del capital imperialista, lo que significaría un dominio más grande aún del capital extranjero.³⁰

El gobierno brasileño siempre destinó un porcentaje no muy bajo del erario a la educación. Sin embargo, tal destinación alcanzaba exclusivamente a objetivos electoreros de control de cargos en el interior y aun en las mismas capitales. Una enseñanza primaria nada objetiva, que mantiene analfabeta al 50% de la población. Una enseñanza media libresca y académica, que impide la formación de técnicos de nivel medio y que sólo es accesible a una minoría. Una enseñanza universitaria, basada en normas caducas, dominada por congregaciones de catedráticos altamente interesados en sus cátedras y en los empleos, y no en los problemas culturales,

²⁹ Como lo vimos en los capítulos anteriores, el gobierno brasileño hizo un gran esfuerzo por controlar el precio internacional del café, por asegurar la venta del café industrializado, por tomar para barcos brasileños el transporte del café. A fines de 1970 y comienzos de 1971, Brasil empieza a sentir los efectos de su política de enfrentamiento. El café sufrió una baja gigantesca en pocos meses y las compras internacionales han bajado. En la bolsa de Santos se comenta que esto es una guerra con Brasil por su política de café soluble y fletes. Así lo comenta la revista brasileña *Visao*:

“No fue sólo la cuestión del soluble que desencadenó reacciones violentas de poderosos grupos internacionales, entre los cuales la poderosa General Foods es lo más citado. También el problema de los fletes marítimos contribuyó a empeorar nuestra posición, pues al forzar el transporte del café brasileño por navíos de bandera brasileña, el gobierno unió en contra de sí los intereses de los dos grupos afectados: compradores y transportadores de café actualmente”.

“Las personas comprenden que ésta es una guerra seria”... debe de serlo, pues las exportaciones de café en Brasil en febrero están calculadas en 40 000 sacos de café, cuando la media mensual de exportación es de 1.2 millones de sacos. Esto es una situación en que el precio del saco bajó de aproximadamente 170 cruzeiros a 130, desde octubre de 1970 hasta febrero de 1971. Hechos como éstos, y la desvalorización del cobre chileno después de la victoria de la Unidad Popular y tantos otros que sería exagerado citar, comprueban la ingenuidad de los que piensan en una revisión del comercio mundial a corto plazo en favor de los actuales países subdesarrollados, sin procesos revolucionarios. Más ridículo es, sin embargo, creer que Brasil se convertirá en una gran potencia exportadora en un periodo corto y que el crecimiento de las exportaciones de Brasil de los últimos años sería un fenómeno sostenido.

regida aún por curriculum del siglo pasado y por una pesada estructura preuniversitaria. ¿Qué se puede esperar en términos de desarrollo científico y técnico de semejante estructura de enseñanza?³¹ ¿Cómo modificarla sin profundos movimientos sociales? ¿Cómo esperar el desarrollo nacional si se mantiene esa estructura y se impiden la acción y la organización de la fuerza más interesada en destruirla, o sea el movimiento estudiantil, e incluso se paraliza a su principal aliado, que es el movimiento popular? No se puede esperar de inmediato, dentro de la actual conformación sociopolítica del país, la instauración de las condiciones necesarias para un nuevo periodo de desarrollo que consista en la creación de mano de obra especializada y la formación de técnicos y científicos que liberen al país del *know how* extranjero.

Quedaría aún por analizar la infraestructura energética, la de transporte y la de producción de acero que garantizaría tal desarrollo. En relación a la energía eléctrica, el país necesitaría en 1970, 12 665 000 kw, además de los correspondientes servicios de distribución y transmisión. Actualmente (1966), la potencia instalada es de 5 949 000 kw. En el año 1964, la industria de energía eléctrica registró una disminución de 1% contra un 19.1% de aumento en 1963. La Electrobrás elaboró en 1964 un programa de restricción de gastos "no iniciando obras que no tengan carácter urgente y aplazando aquellas que no sean prioritarias dentro del programa de desarrollo". Sólo en 1965 hubo un retorno de la inversión en el campo de la energía eléctrica. Los debates que se realizaron en ocasión del tercer Seminario de Grandes Barragens llevaron a la siguiente

³⁰ Japón y Alemania parecen, de mala gana, estar dispuestos a permitir una mayor exportación de sus empresas. El primero se ve en la necesidad de ampliar la oferta para su propio mercado interno. En todos los casos, sin embargo, Brasil no es más que una pieza de un vasto juego internacional sobre el cual tiene una mínima posibilidad de control.

³¹ El gobierno de la dictadura ha buscado siempre enfrentar este problema a través de métodos brutales de burocratización y privatización de la universidad brasileña, que han encontrado una amplia oposición estudiantil. La euforia del crecimiento económico de los dos últimos años (1971) ha creado una expectativa más favorable en la universidad. Es completamente falsa esta expectativa, pues no es posible reerguir seriamente la universidad brasileña habiendo expulsado de ella sus mejores cuadros, llenándola de mediocres y burócratas y quebrando con una violencia incalificable la fuerza crítica del movimiento estudiantil. Así, también, la liquidación de las universidades modelos de Sao Paulo y, en parte, la de Brasilia, así como la Escuela de Medicina de Ribeirao Preto, revelan el espíritu bárbaro que orienta la política universitaria de la dictadura. Esto forma parte de un proceso de embrutecimiento cultural a que está sometido el pueblo brasileño en su conjunto. Para permitir que haya mano de obra calificada en este cuadro cultural deprimente, el estado dictatorial ha cuidado de intentar alfabetizar un sector de la población (muy pequeño, ya que sabemos la rapidez que la alfabetización alcanzó en los países socialistas como China y Cuba, por ejemplo) y de crear una enseñanza profesional de nivel mediano, así como utilizar mejor la capacidad instalada en las escuelas secundarias privadas (pagándoles becas a alumnos pobres). Estas pequeñas realizaciones son entregadas al pueblo brasileño como una verdadera revolución a través de una propaganda muy sofisticada. Un pueblo sometido a la censura, al analfabetismo, a la incultura, a la persecución, se ve presa fácil de tales campañas publicitarias.

conclusión respecto del desarrollo energético: "La situación actual no es de las más alentadoras, habiendo en las regiones del Centro-Sur y Sur restricciones en el consumo con una consiguiente limitación de inversiones, lo que impide un ritmo más acelerado en el desarrollo industrial".

Tampoco las perspectivas, según declaraciones del propio presidente de la Electrobrás, son muy optimistas: "A pesar de las grandes inversiones en curso, es evidente que ellas apenas pueden satisfacer la demanda prevista, no existiendo posibilidades de crear un margen mínimo de reservas que permita mayor seguridad. Eso se agrava con los atrasos producidos en diversas obras que no pudieron entrar en funcionamiento en los plazos previstos, mientras que otras prosiguen lentamente como ocurre en el estado de São Paulo, que es justamente el que presenta el mayor índice anual de demanda". Tales conclusiones no tienen en cuenta las dificultades financieras provocadas por la crisis (la baja del consumo y el desestimulo a los inversionistas). Si es un hecho que la depresión en los sectores industriales generará una reserva de energía eléctrica instalada, esta reserva será, sin embargo, insuficiente para garantizar un alto ritmo de expansión. En cuanto al sector del petróleo, se registró en 1964 una baja en la producción y refinación del 4.6% contra un aumento del 7.0% en 1963. En 1965, la producción del petróleo aumentó sólo en un 3.1% y la refinación disminuyó en un 0.8% (enero a octubre). La Petrobrás enfrenta así graves dificultades de divisas para importar instrumentos esenciales a su expansión, además de los altos costos de los fletes, ya que la FRONAPE no funciona con todas sus posibilidades.

La industria siderúrgica registró un decrecimiento de 5.8% en 1964, contra un crecimiento de 3.4% en 1963. En 1965, la producción de hierro goa disminuyó en 3.1%; el acero en lingotes aumentó en 3.1% y el laminado en 4.3%. Las perspectivas de la instalación de una siderurgia como un campo industrial independiente son, por tanto, muy pequeñas. Las perspectivas de desarrollo caminero y ferroviario están paralizadas debido a la crisis del presupuesto. El gobierno de Castelo Branco redujo en un 70% el presupuesto para obras públicas, según denuncia, en el *Correio da Manhã* del presidente de la Federación Nacional de Economistas y del Consejo Nacional de Economistas. Pese a nuestros altos gastos en fletes y a nuestra inmensa costa, la industria de construcción naval en Brasil se encontraba en el décimo sexto lugar en el mundo, en cuanto al volumen del tonelaje en fabricación ya los pedidos hechos en enero de 1964. Debemos destacar, pese a todo, la nacionalización casi integral de la producción naval, que subió al 100% y 90% en 1965. Las perspectivas de una infraestructura económica apta para una expansión en gran escala, en las condiciones actuales, no son favorables. Su realización exige una planificación y ejecución audaces, con el total apoyo de la población en el sentido de romper las barreras que se oponen a esta expansión. La crisis económica atrasa los programas de desarrollo, desalienta la iniciativa creadora, crea una psicología pesimista y de fracaso. La superación de la crisis coyuntural puede crear un clima contrario, de optimismo y esperanza; pero para hacer efectivas las

aspiraciones de desarrollo será necesario un esfuerzo violento que movilice a toda la maquinaria administrativa y destruya las barreras que obstaculizan el desarrollo nacional.³²

4. EXPANSIÓN DEL MERCADO INTERNO Y EXTERNO

Volvemos, pues, a nuestro punto de partida. La crisis de capitalismo industrial complicó y atrasó la solución de la crisis del subdesarrollo. Este atraso plantea una situación revolucionaria mucho más violenta que la que se configuró en ocasión del gobierno de Janio Quadros y que se tornó aún más compleja durante el gobierno de Goulart. La contradicción existente entre los sectores avanzados de la sociedad brasileña y los límites erigidos por la estructura latifundista y por la dominación imperialista interna y sobre el mercado internacional, exigirá una solución definitiva. La superación de los límites del mercado interno y externo exigirá una política mucho más radical que la esbozada durante el gobierno de Janio Quadros. Las exigencias del desarrollo de la industria pesada señalaron la necesidad de una reserva de divisas que sólo podría formarse mediante la suspensión pura y simple de nuestras deudas externas, una política audaz de exportación destinada a América Latina y África y una apertura al comercio con los países socialistas. Para complementar una política de ese tipo sería inevitable la suspensión de las remesas de lucros, al igual que la nacionalización de las grandes empresas de capital extranjero que no se adecuen a este plan de expansión. Una política estatal de control e inversión en las industrias básicas y en la industria pesada sería un complemento lógico de este programa de desarrollo. Para sustentar esa expansión industrial sería necesaria una transformación radical de la estructura agraria, para eliminar el monopolio de la tierra, el latifundio, y aumentar el mercado de bienes de capital y bienes de consumo en el campo brasileño. Tal política sólo sería completa si organizase la expansión industrial de las áreas atrasadas a través de la planificación regional, ampliando así el mercado de bienes de producción dentro del país y utilizando la potencialidad de nuestra industria mecánica, en gran

³²De hecho, el crecimiento logrado a partir de 1968 ha generado este clima de optimismo. Pero, sobre una base tremendamente vacía, sobre una cáscara de huevo de progreso. Sin embargo, las expectativas creadas son enormes -se habla de Japón, de una potencia mundial en el año 2000-.

Pensar que es posible crear tal gigante sobre un esqueleto tan raquítico es de una ingenuidad digna de un pueblo sometido a la más dura explotación y atraso. Nuestras palabras de 1966 siguen, por tanto, siendo válidas en 1971. Con la crisis iniciada en 1974 podemos afirmar, en 1977, que la euforia de gran potencia se estrelló en contra de un gran vacío. La elevación del precio del petróleo mostró la debilidad de la política de la Petrobrás, las aspiraciones de crear una industria militar chocan con la estrechez de la política siderúrgica. La industria de maquinarias fue abandonada a su propia suerte sin mayores perspectivas. La infraestructura de transporte fue comprometida con el transporte automovilístico, aumentando la crisis del petróleo

parte ociosa, y si programase construcciones y obras públicas cuya escala exigiría una nacionalización de las tierras altamente inflacionaria, lo que sólo podría solucionarse por la expropiación pura y simple.³³ Estas son las condiciones mínimas para romper la cadena de acero que mantiene al país dentro de los límites de una nación atrasada y subdesarrollada. A pesar de que esta política permanece todavía en el cuadro de una revolución burguesa, ¿estará la burguesía capacitada para realizarla?

De nuestros análisis resultó la conclusión de que esta política afecta decisivamente la conciliación de clases que sustenta el poder en Brasil. Para seguirla, la burguesía tendría que romper violentamente esta conciliación y apoyarse en el movimiento popular, en los trabajadores urbanos y rurales y en la pequeña burguesía progresista. La experiencia anterior a abril de 1964 mostró que esas fuerzas tienen una dinámica independiente determinada por sus propios intereses dentro de la revolución burguesa; ya en el periodo de los dos gobiernos de Quadros y Goulart ganaron una independencia política que amenazó al propio poder burgués. Tal aventura sería nuevamente imposible para la burguesía; ella está liquidada como vanguardia política del país; sus intereses pasan a ser hoy defendidos por la pequeña burguesía, que trata de empujarla por el camino del reformismo; pero a ojos vista esta presión fracasará y la burguesía abandonará a su aliados pequeñoburgueses. De todo esto concluimos que las medidas de eliminación de las barreras al desarrollo capitalista en el país sólo podrán ser realizadas bajo la dirección de los trabajadores urbanos y rurales. Son y han sido las únicas clases consecuentes con la lucha por el desarrollo nacional. En este caso, la revolución no se paralizará y abrirá el camino hacia el socialismo.

El movimiento popular se está recuperando del golpe de abril. Su reorganización se señala claramente por la impotencia del gobierno para controlarlo. A pesar del carácter defensivo que aún ostenta, su propia dinámica interna lo conducirá a la ofensiva. De la lucha contra la cesantía, contra los bajos salarios, contra la intervención en los sindicatos y asociaciones y por las libertades políticas, surge un programa global de democratización popular y de desarrollo nacional. La lucha contra el aumento del costo de la vida conduce necesariamente a la reforma agraria, a la limitación de las remesas de lucro, a la expansión del mercado, a las medidas de desarrollo, en fin, al programa de desarrollo que la burguesía no puede realizar. No le quedará a la burguesía

³³ La expropiación del latifundio en alta escala y a un ritmo intensivo, que con el atraso actual se torna necesaria, sólo podrá ser hecha sin el pago inmediato de esas tierras, que costaría millones al estado y sería un factor inflacionario enorme. Los títulos negociables tendrían el mismo efecto inflacionario.

otro camino que formar al lado de toda la clase dominante, al lado del imperialismo y del latifundio, para contener su avance. Para ello, el régimen de fuerza que emergió del movimiento de abril es insuficiente. Su carácter de compromiso entre las clases dominantes, su sustentación apenas en los altos niveles de la sociedad, su indiscutible impopularidad son límites que impiden toda maniobra de contención del movimiento popular. El poder de represión del régimen de abril se apoya exclusivamente en las fuerzas armadas. ¿Se puede confiar en este poder de represión? ¿Habrán desaparecido las profundas divisiones internas dentro de las fuerzas armadas, que dieron origen al movimiento de los sargentos, al levantamiento de Brasilia, al movimiento de los marineros de Guanabara? ¿Tendría el actual gobierno el coraje necesario para poner a prueba su dispositivo de represión del movimiento de masas cuando éste renazca, radicalizado por el proceso de una profunda crisis económica?

Esas palabras fueron escritas en 1966, cuando no se creía, en Brasil, en el renacimiento del movimiento de masas. El renació entre 1966 y 1968, presentando un gran dinamismo y bajo el liderazgo del movimiento estudiantil. Como previmos, la clase dominante se unió en torno al golpe de noviembre de 1968, expresado en el Acta Institucional Núm. 5, que suspendía la vigencia de la constitución establecida por la propia dictadura en 1967.

Hoy día, en 1971, vivimos una situación similar a la de 1966, desde el punto de vista de masas. Como en aquella época, la mayoría de las "vanguardias" políticas niegan la posibilidad de un renacimiento del movimiento de masas y, sin embargo, él se está procesando molecularmente.

La nueva ola del movimiento popular brasileño tendrá, sin embargo, tres importantes factores distintivos de la de 1968: en primer lugar, ella se producirá en el momento de quiebra del crecimiento económico, en tanto el de 1968 se produjo cuando se retornó el crecimiento; en segundo lugar, ese movimiento tendrá a su cabeza ya no una pequeña burguesía liderada por intelectuales y estudiantes, que demostraron su impotencia y limitaciones en 1968, sino una vanguardia obrera que ganó independencia y capacidad de organización propias en los últimos años, particularmente después del fracaso del liderazgo pequeñoburgués de 1968; en tercer lugar, este movimiento renace después de tres años de experiencia insurreccional y aprendizaje clandestino en el país frente a una represión que ha demostrado no sólo gran disposición a utilizar la violencia, sino que también ha experimentado una gran mejoría técnica. Todo esto lleva al movimiento popular a prepararse sobre bases técnica y políticamente más altas.

Lo que decíamos en 1966 continúa, pues, siendo válido. El movimiento de masas está renaciendo de las cenizas; limitado en el inicio, se agigantará en el proceso; la burguesía tendrá que recurrir a formas de

represión aún más generalizadas. (¡Esto sí es posible; véase el fascismo y el nazismo!) Tal represión no puede apoyarse en las actuales fuerzas armadas, pues les falta unidad ideológica para esto.

Es ahí donde surge el movimiento fascista. Solamente un movimiento que agrupe a la pequeña burguesía y a la clase media desesperada en torno a un programa que gane ciertas áreas populares, puede servir de apoyo a una represión definitiva del movimiento de masas. Solamente la exacerbación del clima de delación y de miedo histérico al comunismo, que dio base al movimiento de abril y se prolongó en los primeros meses del actual gobierno, podrá garantizar la dominación de la actual clase. Hoy día, en 1977, asistimos al renacimiento del movimiento popular brasileño. Los obreros se han movido estrictamente en el plano sindical en gigantescas asambleas y una creciente coordinación de sus fuerzas en las fábricas, en coordinaciones interfábricas, en los sindicatos. Han surgido tendencias nuevas a conformar una oposición sindical organizada que tiene su principal base entre los metalúrgicos de Sao Paulo y Río de Janeiro. En 1976, los estudiantes ganaron de nuevo las calles pero ya no tienen explícitamente aspiraciones hegemónicas y aventureras. Por otro lado, los asalariados agrícolas se han despertado con importantes movilizaciones salariales y los campesinos de las regiones de las nuevas fronteras agrícolas reaccionan a veces armados en contra de la amenaza de quitarles sus tierras. La intelectualidad ha protestado valientemente en contra de la censura, y sectores importantes de la burguesía empiezan a criticar la dictadura y exigir mayores "libertades" para disminuir el poder económico del Estado ampliado en los últimos años.

La crisis brasileña puede resumirse, pues, como una conjunción de una crisis capitalista coyuntural, con una crisis estructural ligada a la supervivencia del sector subdesarrollado de la economía. La solución de la crisis estructural fue abandonada por la burguesía, después de varias tentativas de solucionarla para resolver la crisis coyuntural que entraba a amenazar el conjunto de la economía. Pero el atraso en la solución de la crisis estructural y las profundas tensiones generales en la fase de depresión del ciclo capitalista aumentan las tensiones del sistema y reducen las posibilidades de una solución reformista.

Cuarta parte

Capital extranjero y estructura del poder

I. Gran capital y estructura de poder

En la segunda y tercera partes de este estudio quedó planteado el papel estratégico que para la economía del Brasil y de los países en desarrollo asumió el gran capital. Pudo también en ese trabajo determinarse el carácter monopólico del desarrollo de tales países y el dominio del capital extranjero sobre los sectores más dinámicos de su economía, lo que produce su integración en el capital monopólico internacional, constituido por las empresas multinacionales.

El análisis de estas tendencias generales sugiere importantes cambios en la estructura de la sociedad.

En primer lugar, manifiesta la existencia de un sector grave en la clase dominante brasileña, formado por los representantes de ese gran capital.

En segundo lugar, indica la ocurrencia de transformaciones en la estructura del poder, determinadas por la aparición y desarrollo de esta nueva realidad económica.

En este capítulo pretendemos detectar las orientaciones principales de estos cambios en la estructura social. Desgraciadamente adolecemos de un gran vacío empírico en este sector. Ello nos obliga a desarrollar nuestro trabajo en forma de hipótesis generales, cuyas verificaciones sobrepasan los datos sobre la realidad socioeconómica que les sirven de fundamento. Sin embargo, siempre que sea posible tomaremos datos empíricos que sirvan de indicadores de la realización práctica de estas tendencias deducidas directamente del análisis anterior.

1. LA GRAN BURGUESÍA

Al estudiar las características de la sociedad brasileña en función de los cambios ocurridos en la base infraestructural de esta sociedad, debemos destacar la evolución de las contradicciones fundamentales que son los parámetros de su desarrollo histórico

Entre los años 1930 y 1950 tuvimos, como centro de la lucha social, la contradicción entre el capital industrial en desarrollo y los sectores sociales de la antigua sociedad agrario-exportadora. Contradicción ésta que no desembocó en un enfrentamiento de clases. Esto porque el capital industrial en crecimiento dependía fundamentalmente de la estructura agrario-exportadora.

Ello se explica, a su vez, por el carácter colonial-exportador de nuestras economías. Al basarse en la exportación de materias primas como principal actividad productora, las economías dependientes alinean el principal aspecto del ingreso nacional al mercado exterior. El resultado es que no se crea un suficiente mercado interno de productos industriales y, consecuentemente, no se crea una estructura industrial capaz de generar un proceso de desarrollo nacional.

Cuando surge la oportunidad para la industrialización, ésta se caracteriza por el rompimiento de dicha situación. El rompimiento se da cuando por algún motivo (en general ligado a la economía internacional - guerras, crisis, etc.) este ingreso obtenido con la exportación no puede ser utilizado en la compra de productos manufacturados y se crea una demanda insatisfecha.

Pero esta demanda se crea de forma incidental y está determinada por el nivel técnico y por los precios del mercado internacional. Esto obliga a constituir un proceso de industrialización rápido, basado fundamentalmente en la importación de maquinarias y materias primas elaboradas en el exterior. Para comprar estos insumos se utilizan las mismas divisas obtenidas de la exportación.

La interdependencia entre el nuevo sector industrial y la vieja estructura colonial-exportadora se ha caracterizado, pues, por dos fenómenos: 1. La demanda de los productos industriales ha procedido fundamentalmente del sector exportador; 2. Los insumos de la industrialización han sido comprados en el exterior por los ingresos obtenidos de la exportación. La industrialización asumió así un carácter específico en nuestros países bajo la forma de sustitución de importaciones, y de allí el carácter poco revolucionario y poco radical de este proceso en estas naciones.

La contradicción tomó así la forma de una lucha por el control de las divisas en que el estado siguió como instrumento del capital industrial y al mismo tiempo como su base misma al crear, como en el caso de Brasil, el monopolio del cambio y la confiscación cambiaria (pago en moneda nacional a los exportadores de café). Dentro de estas condiciones, los capitales que dieron base financiera a la expansión industrial vinieron directamente de latifundistas que se integraron, entonces, a la actividad industrial, o, más frecuentemente, dichos capitales tuvieron su origen en los ahorros rurales capitalizados por la estructura bancaria.

Una tercera fuente de capitales fue la subvención estatal, aparte, naturalmente, de las ganancias obtenidas en la propia actividad industrial. Por todos estos motivos, la burguesía industrial no se constituyó en una capa social independiente, con intereses claramente definidos, dentro del cuadro de la clase dominante, sino que se fusionó a ella en una amorfa realidad.

Con el desarrollo del gran capital, que tiene por base la gran empresa monopólica moderna, podemos observar la irrupción de cambios importantes.

En primer lugar, la gran empresa industrial se transforma en elemento clave de la economía y, consecuentemente, el sector de la clase que personifica sus intereses pasa a ser el elemento integrador del conjunto de la clase dominante.

En segundo lugar, los intereses de este sector de clase son mucho más claros, en la medida en que se identifican con una nueva forma de producción de industrias modernas, cuyas exigencias son mucho más orgánicas y cuya dependencia de la economía del mercado de consumo de masas es manifiesta.

En tercer lugar, este sector de clase dispone de un poder económico mucho mayor que aquel que detentaba la burguesía industrial antigua, ya que dispone de capitales más integrados y más voluminosos, que representan interés mucho más concentrado y organizado. Podemos concluir, así, que el gran capital se diferencia profundamente del capital industrial y financiero anterior en lo que se refiere a los intereses económico-sociales. Su dominio genera nuevas contradicciones económicas y sociales.

En primer lugar, en el gran capital se borran las distinciones entre capitales nacionales y extranjeros, que pasan a ser aspectos secundarios de la contradicción entre el gran capital y el conjunto de la sociedad.

En segundo lugar, él se adueña de los sectores económicos más diversos y realiza la unión de la gran burguesía al nivel del gran capital industrial, bancario, agrícola, comercial, etc. La contradicción entre sectores se transforma en una contradicción secundaria, frente a aquélla, entre el grande y el mediano o pequeño capital. Si queremos comprender la economía y la sociedad de nuestros países en la etapa actual tenemos, pues, que estudiarlas dentro del movimiento general de diferenciación de los intereses del gran capital y de su imposición sobre la realidad anterior en que se desarrollan; imposición sobre el conjunto de la clase dominante e imposición de nuevas formas de sociedad.

2. LAS DIFERENCIACIONES EN LA CLASE DOMINANTE

Pero este proceso de diferenciación de los intereses del gran capital encuentra limitaciones muy profundas, que escapan al análisis anterior.

El gran capital no domina sino un sector estratégico de la economía. Pero este sector se desarrolla combinado con poderosos intereses de estructuras más arcaicas. Unifica una clase dominante que tiene grandes diferencias internas.

El gran capital, al imponerse, se enfrenta con aquella estructura colonial-exportadora que sobrevivió al proceso de industrialización y que es visible en los sectores exportadores, en el latifundio arcaico y en los sectores comerciales acaparadores. Se enfrenta también a los intereses financieros-industriales nacionales, formados durante la industrialización de los años 1930 y 1940. En un sentido teórico, estos sectores representan un límite a su dominio en la medida que detentan una importante parcela de poder económico y político nacional. Sin embargo, no hay que acentuar su importancia, pues no representan otra cosa que fuerzas decadentes que en realidad se aliaron a la penetración del gran capital internacional. La lucha de estos sectores se orienta en el sentido de garantizar una mejor situación bajo las nuevas condiciones de dependencia generales en la etapa del dominio del capital monopólico internacional. Estudiemos, pues, esos intereses diferenciados de la clase dominante.

a) *El sector agrario-exportador* perdió su influencia determinante en la economía al disminuir la importancia del comercio exterior en el conjunto de la renta nacional. Según cálculo del Consejo Nacional de Economía de Brasil, las exportaciones representaban, en 1939, el 19.7% del producto territorial (producto nacional menos el sector externo). En 1957 este porcentaje bajó a 6.9%. Las importaciones se mantuvieron en un porcentaje constante en este periodo (11.8% en 1930 y 12.5% en 1957), pero su composición interna cambió profundamente, debido a la sustitución de las importaciones de bienes de consumo y de algunos bienes intermedios y de capital por la producción nacional.

Paliada así la hegemonía de la economía agrario-exportadora se abre la vida nacional, ella sigue constituyendo, sin embargo, un poderoso grupo económico. La exportación del café es dominada por cinco grupos extranjeros super organizados, y los grandes cafeicultores forman con ellos un poderoso grupo de presión sobre el Instituto Brasileño del Café, al que toca conducir toda la política del ramo. De allí que se mantengan hasta hoy los inflacionarios y dispendiosos subsidios estatales a los excedentes del café, que garantizan la sobrevivencia de pequeños y atrasados productores, para alimentar el costo medio del producto. Así, también, el grupo agrario-exportador es capaz de movilizar amplios sectores de la opinión pública en su favor, además de que dispone de la influencia decisiva sobre las asociaciones de propietarios rurales, los cuales agrupan todos los sectores agrarios.

Este sector de la clase dominante ya no aspira a conducir la vida nacional en función de sus intereses, lo que sería absurdo económicamente. Pero puede garantizar (y lo hace) una influencia preponderante en las

decisiones nacionales y en la sobrevivencia de una estructura de producción en decadencia. Entre ellos, los productores de azúcar del Noreste y los hacendados del cacao en Bahía mantienen su fuerza regional, aunque a nivel nacional su posición es mucho más débil.

La preservación de la fuerza económica y política de este sector en el conjunto de la clase dominante reduce el poder del gran capital industrial para realizar una política de modernización capitalista y establece una red de vínculos dentro de la clase dominante que restringe el poder de decisión autónoma del gran capital.

- b) *El sector latifundista tradicional* hallase ligado a la producción para el mercado interno. Este sector en su conjunto tiene más peso numérico y produce un alto porcentaje del producto nacional. Su fuerza política tiene, sin embargo, un contenido más local. Lo constituyen "coroneles" del interior del país que dominan la vida de municipios a través de una competencia estrecha entre los diversos grupos. La actividad productiva de este sector está basada en la aparcería y en la mano de obra flotante, utilizada en el plantío y en la cosecha por sueldos irrisorios. Es el sector más tradicional de la economía.

Su fuerza política derivase del dominio que ejercen sobre la vida del interior del país, y ello lo obtienen a través del control electoral sobre sus trabajadores y sus familias. Dicho control se basa, a su vez, en su dominio absoluto de la principal fuente de trabajo que es la tierra, de los medios de represión, de los medios de asistencia médica, de la compra de los productos de los pequeños productores, de los almacenes de venta de los productos de consumo, de la vida escolar, de la máquina burocrática municipal y de los exiguos empleos que ésta ofrece a las menguadas clases medias de las pequeñas ciudades. La única oposición regional que encuentran proviene de los otros coroneles de la región y de una pequeña y mediana burguesía de las pequeñas ciudades, todavía muy débiles para oponerse por sus medios al poder de los coroneles.

Trafican, así, su poder político a cambio de las prebendas de los gobiernos provinciales y ejercen su influencia por medio de los parlamentarios que dependen de ellos electoralmente y, a veces, hasta económica y familiarmente. Este grupo ejerce una poderosa influencia en la mantención de un esquema institucional arcaico, aliado a los exportadores, comerciantes y aun a sectores de las clases medias urbanas, las que hallanse ligadas a la vieja estructura colonial exportadora, puesto que el Estado servía de apoyo financiero a estos sectores a través de los empleos que le ofrecía, y las aspiraciones de ascensión social se traducían en la lucha para relacionarse como clientela electoral y personal de los jefes políticos.

- c) *El sector comercial acaparador.* Este sector es otra sobrevivencia de las estructuras más atrasadas. Ligado al capital financiera urbano, no es más que prolongamiento suyo. Tiene el dominio sobre la oferta de los bienes agrícolas internos. Sirve de intermediario entre la producción agrícola y el consumidor urbano,

elevando en muchas veces el costo de los productos. Su fuerza económica es muy grande en la vida urbana, sobre todo la de los grandes centros. En el plano nacional, se encuentra vinculado a los intereses de la conservación de la estructura tradicional agraria-exportadora. Este sector representa un límite al capital industrial y al gran capital en particular en la medida que su posición especuladora aumenta los precios de las materias primas y de los productos consumidos por la fuerza de trabajo urbana y también en la medida en que se apropia de una parte importante de la plusvalía que podría ser dominada por el gran capital de nuevo tipo.

Se ha exagerado mucho la fuerza de estos sectores tradicionales en las determinaciones de la política nacional. Su condición de clases decadentes, que sobreviven, sin embargo, al avance de la industrialización y del gran capital dentro de un acuerdo de caballeros, les restringe su capacidad política. No pueden proponerse dominar la vida nacional y aceptan progresivamente el liderazgo del gran capital, único capaz de ofrecer una perspectiva nacional al conjunto de la clase dominante.

Sin embargo, son una poderosa fuerza de limitación a la libertad económica y política del gran capital. Este se ve profundamente presionado por el conjunto de esas fuerzas y el aparato institucional de la política nacional refleja este conjunto de intereses contradictorios.

Pero si miramos el movimiento histórico vemos que a través de sucesivas crisis lo que se va imponiendo es el dominio del gran capital monopolista y el ajuste de los otros sectores a las condiciones impuestas por él.

Como vimos, el dominio del gran capital monopólico internacional se enfrenta también a un capital nacional industrial y financiero ya constituido. Estos intereses tienen un contenido propio en el conjunto del sistema y buscan imponerse dentro de él. En este sentido, y sólo en éste, se puede hablar de una contradicción entre el gran capital de nuevo tipo y los intereses nacionales que le han preparado el camino. Estas fuerzas han creado un mercado nacional de mercancías, de mano de obra y de capitales. Han preparado el aparato estatal para crear una infraestructura a la gran industria, han elevado las fuerzas productivas hasta un nivel capaz de soportar la gran empresa moderna. Han dado la formación técnica a la mano de obra. Han concentrado el capital financiero en los bancos. Han, finalmente, preparado las condiciones para el dominio del gran capital. Pero, de hecho, los beneficiados por su labor fueron los capitales extranjeros. También desde el punto de vista social y político, el capital industrial y financiero ha preparado el camino al dominio del gran capital, al debilitar el poder de los latifundistas y exportadores tradicionales, al debilitar el "coronelismo" (o "caquicismo") y las formas de poder tradicionales, al crear los grandes centros urbanos y al modernizar la sociedad en general. En este sentido, se puede decir que no hay un rompimiento entre el dominio del capital industrial y financiero y el dominio del gran capital monopólico integrado internacionalmente. Su dominio se establece a

través de una superposición al viejo capital agrario-exportador y al capital financiero-industrial. Y en esto reside exactamente lo que tiene de específico y lo que hace que inaugure una nueva legalidad económica y política en el país. Son exactamente estas nuevas condiciones, que generan las contradicciones entre el gran capital y el conjunto del país, las que se constituyen en contradicciones fundamentales de la sociedad brasileña. Esta es, pues, la dialéctica general del movimiento de dominio y diferenciación de los intereses del gran capital: él se diferencia de los sectores tradicionales e industriales-financieros de la clase dominante y choca con ellos; mas, al mismo tiempo, los subyuga y los integra en su interior, formando un nuevo bloque de clase que entra en contradicción con el resto de la sociedad y de la clase dominante. Mirado el proceso en su conjunto, podemos decir que las contradicciones dentro de la clase dominante son sometidas a la contradicción entre ella y el conjunto del sistema y entre ella y los sectores pequeños y medianos del capital.

3. EL GRAN CAPITAL Y LOS OTROS SECTORES SOCIALES

Al mismo tiempo, junto a la gran industria y al gran capital toman cuerpo sectores más modernos en las clases dominantes, cuyo dinamismo los alinea junto a las tendencias contradictorias desarrolladas por el gran capital. Entre éstos debemos destacar:

1. Los modernos grupos industriales, comerciales y agrarios medianos que aparecen con la introducción de nuevos sectores económicos y que progresan con ellos. Es sabido que el sistema capitalista destruye la pequeña propiedad y concentra la economía en ciclos sucesivos. Pero cada vez que ocurre un ciclo ascendente surgen nuevos sectores medianos que crecen en conexión con las nuevas inversiones de los grandes capitales. Son su subproducto y a ellos están vinculados estructuralmente, a pesar de su inseguridad y de sus reacciones específicas frente a los fenómenos provocados por el desarrollo, que se les aparecen como una fuerza ciega y extraña. En lo fundamental, son dominados ideológica y políticamente por los órganos de opinión pública y forman parte de la sociedad de masas sin gran poder de influencia política, ya que disponen de poca organización de sus intereses propios.

La dinámica de esos grupos es esencialmente contradictoria. Por un lado, dependen del desarrollo capitalista y lo apoyan; por otro, son aplastados por el carácter monopólico de este desarrollo. De ahí su conducta contradictoria e inestable.

2. Los nuevos sectores técnicos e intelectuales que forman la inteligencia al servicio de la nueva sociedad y cuyas aspiraciones de carrera se identifican ya con la clase media alta, ya con el gran capital que le ofrece los empleos. Ahí están aquellos de quienes dependen no sólo el desarrollo y la aplicación de los descubrimientos científicos y técnicos, sino la formación de la opinión pública por la formulación y aplicación de las políticas nacionales.

Como los grupos anteriores, tienen un movimiento contradictorio. Si por un lado apoyan al desarrollo capitalista y dependen del desarrollo en general para lograr la realización de sus expectativas de empleo y ascenso social, por otro entran en conflicto con este desarrollo bajo su forma dependiente por las trabas que el desarrollo dependiente representa para el desenvolvimiento de una ciencia, una tecnología y una cultura nacionales. El desenvolvimiento es la condición, o la primicia de su realización profesional y personal. De ahí su actitud radicalmente desarrollista, que llega a poner en cuestión, en muchos casos, el mismo carácter capitalista del desarrollo. Esta situación se refleja particularmente en el movimiento estudiantil latinoamericano y su creciente radicalidad.

3. El Estado, como anotamos anteriormente, representa un poder económico muy grande en el país. Lo es en la actividad productiva directa, como en el ejercicio del poder legislativo, financiero y de árbitro entre los intereses de los diversos grupos económicos. Lo es, también, por los subsidios que ofrece al sector privado, por su dominio, sobre el crédito, por el gran número de empleos que ofrece y, finalmente, por su papel de gran comprador. La alta burocracia estatal, que tuvo una gran continuidad en los últimos años, alcanzó un alto nivel de conciencia de su poder de negociación dentro de la economía, frente a una burguesía frágil, cuyos intereses buscó representar a través de la política desarrollista. En muchos casos, estos sectores de la alta burocracia tuvieron una visión mucho más clara de los intereses del régimen existente que las clases económicamente dominantes. Con el desarrollo del gran capital, ellos se colocan a la vanguardia de sus intereses y organizan y sistematizan esos intereses a nivel nacional. Pero como el Estado sufre la presión de los diversos grupos y tiene algunas áreas de conflicto con los particularismos del gran capital, éste, por otro lado, limita también, en cierta medida, su plena libertad de acción. No hay duda, sin embargo, de que el control del Estado, y a través de él de los otros sectores de las clases dominante y de las clases dominadas de la sociedad, es la más perfecta forma de hacer avanzar los intereses del gran capital. El aparato represivo, burocrático, jurídico y legislativo de que dispone el Estado es el único instrumento capaz de garantizar y promover las transformaciones que permiten el control del gran capital sobre la sociedad. Como veremos, la capacidad de ejercer el control social legitimado se hace todavía más necesaria con el desarrollo de la radicalización política provocada por la alta concentración económica y de poder que resulta del dominio del gran capital.
4. Una especial atención merecen las relaciones entre el gran capital y los sectores obreros y campesinos. Sabemos que el actual movimiento obrero latinoamericano ha sido formado ideológicamente por el nacionalismo. En muy pocos países y en sectores muy limitados, el movimiento obrero se ha constituido como fuerza independiente, ideológica y políticamente, del capital nacional desarrollista.¹

El estudio de las contradicciones entre el movimiento obrero y el gran capital tiene que hacerse dentro de este marco. En la medida en que la burguesía industrial nacionalista y desarrollista se asocia al gran capital internacional, la clase obrera se queda sin liderazgo externo a ella y se generan las condiciones para la formación de un proletariado independiente política e ideológicamente.

Sin embargo, el desarrollo del proceso admite la posibilidad de un intento de recuperación del liderazgo del proletariado por el gran capital, que dispone, para este fin, de varios recursos: crear una ideología empresarial y sindicalista pura que adecue el movimiento obrero al sistema institucional nuevo; crear una élite obrera en las grandes empresas, basada en las altas ganancias obtenidas por el gran capital. Los límites que coartan esta política son dos: el marco general de radicalización política en que se da esta pérdida de liderazgo burgués sobre el movimiento obrero y las dificultades económicas creadas por el desarrollo capitalista reciente y por la mantención de las viejas estructuras agrario-exportadoras. Estas dificultades económicas obligan a una política de estabilización monetaria basada fundamentalmente en la contención salarial, como vimos en los capítulos anteriores.

Así, podemos concluir que las relaciones entre el gran capital y la clase obrera asumen el siguiente movimiento general: el desarrollo del gran capital internacional, como interés opuesto al trabajo en general y a los intereses nacionales en particular, de los cuales participa la clase obrera educada por las burguesías desarrollistas- conduce a un enfrentamiento entre esos dos sectores. En este proceso, la clase obrera camina a independizarse del liderazgo burgués y a constituirse como fuerza independiente, lo que acentúa las tendencias al enfrentamiento con el orden social monopólico integrado internacionalmente.

5. Mucho más compleja es la situación en lo que se refiere al campesinado. Sabemos que el campesinado ha aparecido en la historia política de Brasil y de los países latinoamericanos en general (excepción de Bolivia, Guatemala y México) a partir de los últimos años.² En los periodos anteriores, los movimientos campesinos no llegaron a poner en cuestión la sociedad global, desperdigando sus fuerzas en movimientos regionales.

¹ Sobre la clase obrera en Latinoamérica se han publicado muchos trabajos, entre los cuales destacamos el número especial de la revista *Sociologie du Travail*, dedicado a "Ouvriers et Syndicats d'Amérique Latine", Paris abril de 1961, y los trabajos recientes de A. Gurrieri y Francisco Zapata, *Sectores Obreros y Desarrollo en Chile*. Algunas Hipótesis de Trabajo, ILPB, 1967 (mimeografiado) y Enzo Faletto, *Incorporación de los Sectores Obreros al Proceso de Desarrollo*, ILPES, 1965, (mimeografiado). En Brasil se han publicado recientemente dos libros sobre problemas de la clase obrera: *Conflicto Industrial e Sindicalismo no Brasil*, de Leoncio Martins, y *Trabajo e Desenvolvimento no Brasil*, de Luis Pereira. Ambos editados por Difusão Europeia do livro. Se pueden citar, además, algunos ensayos: Theotonio Junior, "O Movimento Operario no Brasil", *Revista Brasiliense*, núm. 39 São Paulo, jun-feb, 1962; Octavio Ianni, "Condições Institucionais do Comportamento Político Operario", *Revista Brasiliense*, núm. 38, São Paulo, julio-agosto, 1961, Fernando Cardoso, "Proletariado e Mudança Social", *Sociologia* vol. XXII, núm. 1, São Paulo, 1960.

La forma de estos movimientos ha sido más religiosa o mesiánica que propiamente política.

Lo que ha caracterizado al movimiento campesino de los últimos años ha sido exactamente su carácter definidamente político y de lucha por la reforma agraria. Para comprender esta situación tenemos que replantear la naturaleza del proceso de industrialización, que, como hemos visto, se ha distinguido por una preservación, desde el punto de vista legal, de la vieja estructura agraria. Sin embargo, subterráneamente, el proceso de industrialización capitalista ha saboteado las bases de la vieja estructura agraria por el éxodo rural, por la introducción de productos manufactureros en el campo, por la presión sobre la producción agrícola al exigir su modernización, por el debilitamiento paulatino a nivel nacional y regional del poder político de los liderazgos rurales.

Este proceso hizo acumular la contradicción entre las exigencias de la nueva sociedad capitalista industrial y la vieja estructura agraria. Contradicción que en los últimos años aparece bajo la forma de una explosión campesina

¿Qué papel juega el gran capital en estas nuevas condiciones?

En primer lugar el gran capital al desarrollar en forma gigantesca las fuerzas productivas de la sociedad y al crear nuevas exigencias a la estructura agraria agudiza la crisis en este sector en un nivel casi insoportable. Por otro lado al representar una alianza sociopolítica con los sectores tradicionales de la clase dominante el gran capital disminuye la posibilidad política de resolver esta crisis dentro del orden social que representa. Esta inmovilidad del gran capital presionado entre las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas y los compromisos de clase que lo constituyen como clase dominante se acentúa todavía por el papel de monopolización que él juega. El gran capital en tanto representa el desarrollo técnico-productivo generado por la concentración de la producción exige la reforma rápida de la estructura agraria. Sin embargo si se considera que él representa a una economía monopólica puede aumentar sus ganancias al aumentar los precios; que puede aumentar el mercado de sus productos al acentuar la explotación del mercado existente y que puede resolver de inmediato sus necesidades de acumulación al monopolizar nuevas ramas de producción u otros

² Véase estudio de Aníbal Quijano, El movimiento campesino en Latinoamérica.

sectores de su misma rama –posibilidades todas que representan su carácter monopólico-, es obvio que no tiene necesidad de una reforma agraria inmediata. Prisionero de estas contradicciones el gran capital se vuelve incapaz de resolver en forma radical este problema esencial para el desarrollo general de la sociedad latinoamericana.

6. Finalmente, quedaría la cuestión de los crecientes agrupamientos de poblaciones llamadas marginales en Latinoamérica.

Problema éste que está desafiando a la intelectualidad de nuestros países. La marginalidad se explica por la acentuación del subempleo urbano y suburbano. Como planteamos en la primera parte de este estudio, dicho subempleo es resultado de la contradicción creciente entre las nuevas inversiones con alto nivel tecnológico (y por tanto con baja utilización del trabajo en relación al capital) introducidas por una tecnología ajena a la estructura nacional y al aumento vegetativo de la población, más el aumento de la inmigración campo-ciudad acentuada por la crisis agraria.

Por la misma explicación del fenómeno se ve que el proceso de marginalización creciente es un subproducto directo del desarrollo basado en el gran capital integrado internacionalmente. Lo que quedaría por estudiar sería exactamente el comportamiento posible de esta masa urbana, sobre la cual tenemos muy poco conocimiento. Creo que este comportamiento va a ser determinado, sobre todo, por la capacidad de las distintas clases sociales de ganar la hegemonía ideológica y política sobre ella. Su papel, en principio, parece ser completamente reflejo o dependiente del comportamiento de las otras capas sociales. Así como en la década del 60 se ha intentado caracterizar al campesinado como la clase revolucionaria latinoamericana, basándose en una mala interpretación de la Revolución Cubana (y olvidando el rol contrarrevolucionario del campesinado boliviano después de la revolución), hoy día se quiere ver en los marginales la clase revolucionaria latinoamericana. El argumento es simple: considerando que la industrialización dependiente no absorbe mano de obra obrera en grandes proporciones y expulsa hacia la marginalidad gran parte de la población, los obreros se convierten en privilegiados del sistema, y cabe a los marginales sustituirlos. Ellos serían las verdaderas víctimas del sistema.

La revolución no es fruto de la desposesión, como quieren los anarquistas y otros izquierdismos y reformismos. La revolución es fruto de la contradicción entre clases que pueden ofrecer un sistema económico-social al conjunto de la sociedad. Los esclavos jamás pudieron hacer más que levantamientos, nunca una revolución, pues no tenían un sistema social alternativo que proponer. En la época contemporánea, la revolución es proletaria no porque los proletarios sean la clase más desposeída de la sociedad, sino porque ellos son la base de la producción social, los únicos que pueden ofrecer un camino superior al sistema capitalista existente. Y el capitalismo se sustenta no sobre las espaldas de los marginales, sino sobre la explotación de los obreros urbanos y rurales. Es de ellos que saca la plusvalía que sustenta a la acumulación al Estado, al comercio y los servicios. La categoría revolucionaria por excelencia es la explotación, y no la miseria. La primera lleva a la lucha de clases consecuente, la segunda a la rebeldía inconsecuente (si no es orientada por la primera).

Pequeños burgueses y sectores marginales de profesión indefinida, aproximándose al lumpen, tienden a encontrarse en su rebeldía y desesperación; hoy día rebeldes revolucionarios, mañana prorreformistas, después fascistas, otra vez rebeldes, etc., éste ha sido el camino contradictorio, pero auténtico, de los izquierdismos anarquizantes.

No hay que despreciar, sin embargo, el gran potencial revolucionario representado por los sectores del subproletariado que componen las poblaciones marginales y que pueden incluso liberar revolucionariamente el conjunto de esta población. El valeroso ejemplo de los ranchitos venezolanos, de los movimientos de favelados en Brasil, de las milicias de las poblaciones chilenas, revelan que obreros no calificados y desempleados consiguen liderar esas masas, organizarlas y disciplinarlas bajo una dirección política proletaria. Pero no se los puede transformar en la vanguardia revolucionaria latinoamericana.

4. LA ORGANIZACIÓN SINDICAL DE SUS INTERESES

El gran capital dispone de poderosos medios de acción social y política, que organiza y operacionaliza para realizar sus objetivos. Por su parte, el capital extranjero tiene en general el apoyo de los gobiernos de sus países, dispuestos a presionar los relativamente frágiles gobiernos de los países subdesarrollados. A través de este poderoso medio de presión sobre economías endeudadas y dependientes del financiamiento externo, imponen políticas nacionales de acuerdo con sus intereses.

Por otra parte, internamente, al asumir el liderazgo sobre los principales sectores de la economía, este capital foráneo organiza sus intereses sindicalmente en poderosos grupos de presión. Desgraciadamente, el estudio sobre los grupos de presión es casi inexistente en nuestros países. Por esto, hemos de echar mano a datos dispersos, no siempre seguros y de carácter periodístico, aliados a elementos indirectos, a fin de delinear las características generales de la reorganización de los mecanismos de presión en el país.

Estudios de varios investigadores³ nos permiten concluir que las formas tradicionales de presión del sector industrial brasileño se mueven en torno a algunos diputados y personeros administrativos que forman parte de una especie de grupo de presión informal. Métodos como éstos siguen siendo empleados aun hoy en día por los sectores más avanzados, como sobrevivencia de la estructura tradicional de poder.

Los intereses comunes de la clase encuentran, sin embargo, otras formas de manifestación. Los industriales y comerciantes están organizados por ley en sindicatos por sectores de actividad (municipales, provinciales y nacionales) ; en federaciones, por agrupamiento de sectores, y confederaciones nacionales de la industria, comercio, etc. Además, se formó un organismo superior de las clases productoras, sin gran representatividad, el CONCLAP, Confederación de las Clases Productoras, órgano político y no sindical, de tendencias muy conservadoras, que pretende reunir al conjunto del patronato nacional. Los propietarios rurales se reúnen en torno de asociaciones rurales, a su vez agrupadas en federaciones provinciales y en una confederación nacional.

Estos organismos son muy poco representativos. Disponen de pocos socios y ejercen una actividad sindical muy restringida. Pero su actividad política es intensa. La Confederación Nacional mantiene una revista de alto nivel, *Desenvolvimento y Conjuntura*, desde hace diez años, y cuenta con una asesoría económica muy activa.

Lo mismo ocurre en ciertas federaciones. Además, la Confederación Nacional de la Industria dispone de un consejo económico cuyas opiniones orientan a la clase sobre los principales proyectos legislativos que atañen

³A. Leeds hizo una interesante descripción de estos grupos informales, que llamó "panelinhas", donde se unifican intereses en un grupo informal. Paulo Singer subraya la importancia de los diputados representantes de ciertos grupos industriales. Fernando Cardoso ha encontrado referencias directas de empresarios a "sus" diputados. Además, se pueden encontrar otros mecanismos informales y directos de influencia política como los "cabos electorales", que controlan sectores del electorado a cambio de dinero y cargos. Son conocidos también los casos de industriales que, a semejanza de los coroneles del interior, imponen a sus trabajadores votar por sus candidatos. Además, llama la atención el gran número de industriales y grandes capitalistas que pasan desde sus actividades empresariales a la vida política activa.

al interés de la industria. Los industriales disponen de gran representatividad en órganos de elaboración de la política económica del gobierno como el Consejo Nacional de la Economía, y dirigen reparticiones estatales encargadas de la política de formación profesional, como el Servicio Nacional de la Industria y el Servicio Social de la Industria. Lo mismo ocurre con los comerciantes en el Servicio Nacional del Comercio y el Servicio Social del Comercio.

Muy importante es la actuación de los sindicatos de sectores industriales organizados en federaciones nacionales. Las federaciones de los industriales metalúrgicos, de la industria química, de los textiles, tienen influencias directas en la elaboración de leyes y políticas que afectan sus intereses. Por supuesto, toda esta actividad se restringe a los grupos más activos de los industriales. Los estudios sobre los empresarios revelan en general un gran ausentismo frente a sus organizaciones de clase.⁴ Pero esto no impide que se beneficien de la actuación muy constante de tales instituciones, ni tampoco que ellas defiendan sistemáticamente los intereses de los empresarios en su conjunto o de sus sectores más dinámicos.

5. LA ORGANIZACIÓN DE LA PRESIÓN POLÍTICA

Esta situación ausentista cambió mucho en Brasil con la radicalización política de los años 1961 a 1964. En este momento hubo una constante movilización de las clases productoras, sobre todo de los sectores agrarios, amenazados por la campaña de la reforma agraria. Nos interesa especialmente analizar los mecanismos de presión organizada que paulatinamente sustituyen a las presiones informales. En nuestra opinión, estos mecanismos estarían organizándose primordialmente bajo el control del gran capital, particularmente del extranjero. Algunos ejemplos fueron de dominio público en ocasión de la radicalización política acaecida entre 1961 y 1964. Por el carácter extremado que tuvieron, su estudio puede lanzarnos luz sobre los nuevos mecanismos de presión. El IPES (Instituto de Pesquisas Económicas e Sociais) es un órgano de formación y orientación ideológica que fue fundado en 1956 y que adquirió gran fuerza a partir de 1961. Su actividad fue intensificada en 1964 y consistía en cursos, publicación de folletos, libros, revistas y cuadernos de divulgación gratuita, costeo a viajes y publicación en la prensa de manifiestos, etc. Su financiamiento venía de 398 compañías comerciales e industriales de Río de Janeiro y Sao Paulo. De ellas, 297 eran norteamericanas. A partir de 1963, esta institución pasó a actuar en el sector paramilitar de preparación de la caída de Goulart

⁴ La CEPAL ha publicado un conjunto de trabajos, sobre los empresarios industriales en América Latina, de Guillermo Briones (Chile), A. Lipman (Colombia). E. A. Zalduendo (Argentina). Sobre Brasil, el principal trabajo es el de F. H. Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico*, Difusão Europeia do livro, Sao Paulo, 1964.

y en el financiamiento de dirigentes políticos. Después del golpe de abril de 1964, sus hombres ocupan posiciones claves en la política económica del país. Otros datos fueron establecidos por la Comisión de Investigación de la Cámara de Diputados” sobre el IBAD (Instituto Brasileño de Acción Democrática). Sus fondos venían fundamentalmente de tres bancos: The National City Bank of New York, The National Bank of Boston, The Royal Bank of Canadá. Ese organismo era dirigido por una persona de antecedentes todavía no perfectamente identificados, de nombre Iván Haselocher, que detentaba el derecho al manejo de fondos. La acción de este poderoso órgano de presión fue descubierta, en gran parte, por esta Comisión de Investigación, constituyéndose en un gran escándalo. El IBAD tenía sus ramificaciones en el Congreso Nacional por intermedio de ADEP (Acción Democrática Parlamentaria), habiendo financiado la campaña electoral, en 1963, de aproximadamente 1 000 candidatos. Se comprobó su acción de presión sobre los órganos de opinión pública: la más chocante fue el arriendo del editorial del diario *A Noite* por 90 días. Además tenía ramificaciones en los órganos sindicales y estudiantiles, donde financiaba organizaciones, y, por fin, en el sector militar, al que inundaba de publicaciones.

Ya en 1957 se realizó una amplia campaña contra el monopolio estatal del petróleo, financiada por las compañías extranjeras de petróleo. Esta campaña, que se realizó en once diarios de gran importancia en el país, fue objeto de investigación del Congreso Nacional. El aspecto más importante de estos grupos de presión y de acción política que se constituyeron en esta época fue el revelar su aspecto organizativo directamente vinculado a los intereses empresariales y financieros. Además, hicieron patente una acción colectiva en defensa de intereses generales de clase. Por fin, manifestaron el papel predominante de los capitales extranjeros en su organización y financiamiento.

Todo esto nos indica un importante cambio en las formas de presión, que posiblemente se podría ampliar si dispusiéramos de datos sobre otros sectores de la administración pública y sobre otros tipos de organización.

⁵ Las Comisiones de Investigaciones, nombradas por el Congreso en Brasil para estudiar problemas específicos, han acumulado una gran cantidad de datos sobre procedimientos, que en general no se pueden conocer sino en circunstancias como éstas. Sus informes constituyen, así, una importante fuente de estudio de los mecanismos de presión y del comportamiento de sectores importantes de nuestra sociedad, que no han sido estudiados por las ciencias sociales.

En el actual régimen brasileño, la presión política tiene que cambiar su dirección. El centro de decisión política no lo representan más los políticos sino los militares y los tecnócratas. A ellos hay que ganar, sea de manera informal (no hay reunión social importante que no cuente con sus militares), sea económicamente (a través de la invitación a participar de los directorios de las empresas y otras formas más abiertas de corrupción), sea políticamente (a través del partido del gobierno, que siempre conserva algún organismo de acceso al poder).

El gran desarrollo de las revistas especializadas que influyen sobre la orientación de la política económica ha permitido organizar la presión ideológica y política en bases superiores. De hecho las burguesías internacional y nacional, contando con el fuerte apoyo del Fondo Monetario Internacional y de los órganos de financiamiento mundiales, han logrado mantener el control sobre la política económica del gobierno (en parte sobre la educacional y social), dejando a los militares ciertos aspectos secundarios de la vida nacional.

La sustitución de los mecanismos de presión externa por los mecanismos internos se debe en gran parte a la tendencia al aislacionismo corporativo de los militares, que tiende a crear una estructura de poder propia basada en la institución militar, la cual recibe presiones desde "afuera", las reelabora y decide en su propio interior. El surgimiento de tendencias nacionalistas y estatistas dentro de este aparato ha generado un gran miedo a grandes sectores del gran capital, que buscan abrir este sistema sin romperlo completamente, pues él les ofrece garantías de "seguridad" política fundamentales para la supervivencia del gran capital.

El problema del crecimiento de la inversión estatal ha explotado en la vida pública nacional en 1974. A partir de este año, los grandes capitalistas nacionales e internacionales iniciaron una fuerte campaña en contra de la intervención estatal en la economía que viene agudizando las contradicciones de ciertos sectores empresariales con la dictadura militar. Para muchos es difícil comprender cómo un régimen creado para servir al gran capital y claramente favorable al libre juego del mercado, haya realizado el más fuerte proceso de concentración de poder económico estatal en el país. Esto se debe en parte a la propia dinámica del mercado capitalista en su etapa monopólica. La libre competencia conduce a la formación de monopolios altamente concentrados, el capital extranjero ocupa los sectores de alta lucratividad, el capital nacional no puede competir en las áreas que exigen fuertes inversiones y de baja lucratividad, cabe pues al Estado ocupar tales sectores en general de infraestructura. Por otro lado, la política económica liberal exige que las empresas estatales no produzcan "déficits" y sean altamente eficientes. El gobierno militar articula esta demanda y "limpia" las empresas estatales de los excedentes de personal reclutados en la etapa populista para atender las presiones sociales de las capas medias y sectores obreros sin perspectivas de empleo. Al aumentar la "eficiencia" del sector estatal y al exigir de las empresas públicas autofinanciarse e independizarse del presupuesto nacional deficitario aumentan en consecuencia sus tasas de rentabilidad. Rentabilidades más altas y autonomía

financiera sólo pueden conducir a un resultado: nuevas inversiones con criterios capitalistas de alta rentabilidad. En consecuencia las empresas estatales empiezan a entrar en campos económicos de alta rentabilidad que deberían estar reservados al capital privado. El choque se hace inevitable.

El papel de los tecnócratas estatales es de servir de agentes de esta lógica económica. No son ellos los que la determinan sino ellos son determinados por ella. Asimismo su mentalidad de gestión se hace cada vez más capitalista como resultado de las exigencias del sistema en el sentido de lograr el máximo de eficiencia y rentabilidad. En consecuencia el fenómeno asume una forma contradictoria: de un lado, la expansión de la empresa estatal es un resultado de la lógica de la etapa monopolista del capital; de otro lado, esta expansión choca con los intereses del gran capital y sectores particulares del capital. Esta contradicción se profundiza cuando los tecnócratas de las empresas estatales reivindican su formación tecnocrática y su eficiencia que les fue inculcada por las ideologías capitalistas neoliberales. Y se hace aún más aguda cuando el aparato militar en el cual reposa la dominación del gran capital tiende a apoyar los tecnócratas estatales que expresan su propia ideología organizativa, eficientista y modernizadora.

6. EL CONTROL DE LA OPINIÓN PÚBLICA

El control de la opinión pública es el mejor instrumento para garantizar el buen funcionamiento de la presión política y para asegurar el apoyo a los movimientos políticos aliados a los intereses de los grupos de presión. Con el desarrollo de la industrialización y de la urbanización, la opinión pública es plasmada por los medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión). Estos medios sustituyen las formas directas de formación de la opinión pública tradicional. De muy poco peso resultan los *meetings*, conferencias, etc., frente al poderío de la comunicación de masas. De allí que los grupos de intereses económicos y políticos organizados busquen dominar estos medios de comunicación para consolidar su influencia sobre los órganos de poder.

En Brasil, como en casi toda la América, la publicidad es la principal fuente de recaudación de la prensa, de la radio y de la televisión. Se puede calcular que cerca del 80% del gasto de los diarios es pagado por la publicidad. De ahí que el control de la publicidad sea la forma más concreta de control sobre los medios de comunicación.

Se organizaron en Brasil dos Comisiones Parlamentarias de Investigación (CPI) sobre la penetración del capital extranjero en los medios de comunicación. Una en 1963 y otra en 1966. El documento guía del diputado Joao Doria, presidente de la Comisión Parlamentaria de Investigación sobre las revistas norteamericanas en 1963, apunta los siguientes hechos:

De las 300 agencias de publicidad establecidas en el país, ocho empresas -todas extranjeras- facturaban 35 000 millones de cruzeiros sobre un total de 120 000 millones. En estos datos no se incluyen los llamados "aspectos invisibles" (relaciones públicas, *lobies*, etc.). En 1960, los gastos de publicidad sumaban 110.8 millones de dólares, lo que significaba cerca de 1.4% del ingreso nacional. Estos eran destinados en un 37% a la televisión, 35% a la radio, y a los otros vehículos de publicidad, 28%.

Este gran poder económico está concentrado en manos de las compañías de publicidad, las que, a su vez, están bajo el control de las ocho compañías extranjeras, que controlan la Asociación Brasileña de los Publicitarios, dirigida por ejecutivos de esas empresas o elementos a ellas ligados. En 1959, los once principales anunciantes del país formaron la Asociación Brasileña de los Anunciantes, ABA, que incorporó a otros 19 anunciantes. De estos 30 anunciantes, casi todos eran grupos extranjeros.

¿Cómo se distribuyen los aspectos de publicidad y qué poder de presión tienen estos grupos?

Es muy fácil comprenderlo cuando se estudia la importancia de la publicidad para la sobrevivencia de los diarios. Una amenaza ligera de corte de publicidad por parte de una gran agencia ya es una presión importante. La amenaza de una de estas asociaciones, ABA o ABAP, es decisiva para la sobrevivencia de cualquier órgano de comunicación. La distribución de los anuncios tiene un carácter político. Denuncias hechas en ocasión del funcionamiento de la Comisión Parlamentaria de Investigación mostraron que órganos de gran circulación fueron marginalizados en provecho de otros nuevos grupos por los intereses de los anunciantes.

Ese conjunto de datos confirma que la publicidad tiene un carácter eminentemente político, y sólo se destina a los medios de difusión que defienden las posiciones políticas que el grupo de grandes empresas (particularmente las extranjeras) desea.⁷

Un gran número de revistas y diarios de posición nacionalista se vieron obligados a desahuciar su edición por ausencia de publicidad, a pesar de gozar de más altos índices de venta que otros órganos que recibían anuncios gigantescos de publicidad.

Lo más grave es, sin embargo, que este poder sobre los órganos de comunicación se complementa por la organización de la penetración directa de la prensa extranjera en el país, constituyéndose empresas nacionales subsidiarias. La Comisión Parlamentaria de Investigación, que se formó en 1966, pudo detectar la base real

⁶ Genival Rabelo, *O Capital Estrangeiro na Imprensa Brasileira*, Editora Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, 1966. Los datos de este aspecto están basados fundamentalmente en este libro.

de denuncias en este sentido. Contraviniendo una prohibición constitucional (Artículo 160),⁸ se organizaron en Brasil varias empresas periodísticas subsidiarias de empresas norteamericanas.⁹

Estas empresas periodísticas no se presentan como empresas extranjeras, y sus publicaciones son dirigidas y escritas por periodistas brasileños. En la actualidad controlan las publicaciones mensuales y semanales de mayor penetración en las capas dirigentes y de élite del país. Además, dominan las revistas de tipo comics, se proyectan hacia el plano de las revistas de amplio público. También comienzan a dominar directamente el principal canal de televisión del país, a lo que debe añadirse el control de una de las mayores redes de emisoras de radio.

⁷ Su poder le garantiza no sólo el control editorial de los diarios, sino el control de las noticias y hasta el de su vida interna. En los últimos años se denunciaron casos que afectaron por lo menos a dos periodistas jefes de redacción que fueron despedidos por presión de estos grupos (Antonio Callado y José Bahia en el *Correio de Manhã*), lo que, por lo demás, aconteció a muchas otras víctimas de similar presión política. Otras veces la coacción se ejerce sobre la materia publicada, como en el caso de los reportajes de Justino Martins sobre Rusia. en *Manchete* que hubieron de restringirse sólo a la primera de una serie.

⁸ Se trata de la Constitución de 1946, que ha sido sustituida por una nueva Constitución, la cual a su vez está suspendida por el Acta Institucional Núm. 5.

⁹ En 1948 se organizó la publicación brasileña de Selecciones del Reader's Digest, que publica 500 000 ejemplares mensuales.

En 1950 el grupo Visión Inc. organizó en Brasil una empresa que publicaba el semanario *Visao*. Además, directamente destinadas a la formación de la mentalidad empresarial, se crearon las revistas Dirigente Industrial, Dirigente Rural y Dirigente Constructor, de distribución controlada, es decir, gratuita, a personas elegidas por la publicación. En 1964, este grupo compro la revista *Direcao*, del grupo Mc Graw Hill, que es distribuida a 20 000 lectores seleccionados, según publicidad del grupo Visión inc.

En 1951, el señor Victor Civitas, que trabajó para el Time-Life, inició la organización de un imperio grafico en Brasil: la Editora Abril (su hermano organizó una empresa semejante en la Argentina). La Editora Abril, con sólo 15 años de funcionamiento, posee 28 publicaciones con una tirada global de 4.5 millones de ejemplares mensuales. En 1966, este grupo empezó la preparación de la edición de una nueva revista que se llamaría *Panorama*, como sus correspondientes italiana y argentina, sin disimular sus ligazones con el grupo Time-Life. En 1966 vio la luz el primer número de esta revista (altamente lujosa) con el nombre de *Realidades* dado que el propietario del nombre *Panorama* para el Brasil exigió un pago muy alto por la venta del título. Una poderosa red de radio y televisión de Sao Paulo (Red Piratininga) fue comprada por la secta de los mormones, que pasó a dominar un vasto imperio de los medios de comunicación del país. En 1966 fueron denunciados (y de allí la creación de la Comisión Parlamentaria de Investigación) los acuerdos entre el grupo Time-Life y la TV Globo, que darían a este grupo el control directo de la más moderna red de televisión del país.

Según investigación de la revista *Visao*, basada en datos del Departamento Nacional de Registros del Comercio, en 1970, diez empresas de capital extranjero representaban 69.2% del conjunto del capital nacional en el sector de comunicaciones en todo el país, representado por ocho empresas. En el sector de publicidad, 16 empresas extranjeras contaban con un capital igual al de ocho empresas de publicidad nacionales.*

Así, el control de la opinión pública se hace cada vez más directo y la integración económica del capital nacional al extranjero se complementa en el nivel de los medios de comunicación. Las empresas nacionales de comunicación : a) no tienen bases financieras y técnicas para contrarrestar esta penetración; b) no tienen libertad de acción para actuar contra estas tendencias, pues dependen de los anunciantes de las empresas de capital extranjero, que están asociados en poderosas organizaciones.

El único punto de apoyo de las revistas, diarios, radios y televisiones fuera de este sector, radica en el Estado y en algunos grupos nacionales. Pero, la fuerza política y económica de los intereses del gran capital incluso ha reformulado la organización estatal y la política imperante en orden a adecuarlas más directamente a sus intereses.

7. EL CONTROL IDEOLÓGICO

Es conocida la afirmación de Marx de que las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de la sociedad. Hoy día la elaboración de esas ideas vuélvese cada vez más compleja, debido al desarrollo de la sociedad y a la progresiva complejidad de la vida social. Por eso la elaboración consciente de los intereses de las clases sociales se institucionaliza en torno a centros de cultura y a instituciones que forman la organización de la superestructura del sistema.

La formación de la opinión pública sería la operacionalización de las elaboraciones hechas por estos pensadores, su expresión de masa. Es por esto importante localizar los centros de elaboración de pensamiento, sobre todo social, para identificar un poderoso instrumento de dominio de la opinión pública y de la sociedad. En Brasil podemos localizar algunos de estos centros en la historia reciente.

* Véase Revista *Visao*, "Quem é Quem no Brasil" 15-29, agosto de 1970, pág. 131.

El ISEB (Instituto Superior de Estudos Brasileiros) fue innegablemente uno de los más influyentes. El ISEB tiene su origen en el IBESP (Instituto Brasileiro de Estudos Sociais e Políticos), que editaba los *Cadernos de Nosso Tempo*. Su génesis es confusa. En su gran mayoría hallábanse comprometidos exintegralistas (movimiento fascista en la década del 30). Las coordinaciones fundamentales de su pensamiento, muy influido por CEPAL, se pueden traducir en los siguientes puntos: 1. El Brasil era catalogado como un país subdesarrollado, basado en una economía colonial-exportadora, donde un proceso de industrialización que venía de los años 30 rompía la economía colonial. 2. Las clases sociales que se enfrentaban en esta lucha eran, por una parte, las burguesías agraria y mercantil, con apoyo de las clases medias tradicionales y el apoyo del imperialismo; por la otra, la burguesía industrial y el proletariado urbano, con el apoyo de la intelectualidad, los técnicos y la nueva clase media urbana, donde se incluía un apreciable sector de las fuerzas armadas. 3. La ideología de los sectores coloniales era el moralismo, y el pensamiento brasileño (y subdesarrollado en general) aparecía como un pensamiento enajenado al colonizador, es decir, un pensamiento que veía su propia realidad con los valores y modelos de la realidad de los países desarrollados. Rompiendo esta alienación y creando una teoría social brasileña (o de los países subdesarrollados), estaría el nacionalismo.

El interés teórico de este grupo se deriva del hecho de que llevó hasta las últimas consecuencias su posición inicial. Del análisis de la crisis brasileña en su conjunto¹⁰ pasó al análisis económico.¹¹ hasta llegar a la proposición de un plan de gobierno.¹² Al mismo tiempo se desarrolló un análisis histórico,¹³ sociológico,¹⁴ político¹⁵ e incluso filosófico.¹⁶ Se trataba de desalienar todos los campos del pensamiento brasileño, en la lucha contra el complejo colonial exportador.

La importancia práctico-política de ese grupo se origina en el hecho de que obtuvo una alta penetración en todos los sectores de vanguardia del país. El ISEB promovía cursos de un año que se destinaban a graduados, estudiantes, líderes sindicales, funcionarios públicos y militares, becados por sus entidades. Además, el ISEB

¹⁰ Helio Jaguaribe: "A crise brasileira" *Cadernos de Nosso Tempo*, núm. I.

¹¹ Gilberto Paim. *Industrialização e Economia Natural*, ISEB, Río de Janeiro 1957; Ignacio Rangel, *Dualidades Básica da Economia Brasileira*, ISEB. Con algunas diferencias se puede incluir el trabajo de Celso Furtado, *A Economia Brasileira*, A. Noite, Río, 1953. *Desenvolvimento e Subdesenvolvimento*, Fondo de Cultura, Río.

¹² *Cadernos de Nosso Tempo*, núm. 5, fue dedicado a una propuesta de plan de gobierno. En cierta manera, se puede incluir en este contexto el *Plano Trienal de Desenvolvimento Economico e Social*, de Celso Furtado.1962.

¹³ Nelson Werneck Sodre, *Introdução a Revolução Brasileira, Ideologia do Colonialismo, Historia da Burguesia Brasileira*. Aquí se debe incluir también la obra de Celso Furtado, *Formação Económica do Brasil*. Fondo de Cultura de Río.

¹⁴ Guerrero Ramos, *A Reducao Sociológica*, ISEB, 1958.

promovió cursos en todo el país y en varios organismos universitarios, gremiales, etc. Entre los años 1958 y 1962, el ISEB era un centro de pensamiento e ideología con influencia en todos los sectores de la vida nacional.

La fuerza del pensamiento isebiano se impuso sobre la izquierda brasileña, que poco a poco pasó a adoptar las mismas tesis. En el Partido Comunista se formó una corriente nacionalista en 1954, dirigida por Agildo Barata. Esta corriente fue expulsada del partido, pero en 1958, las tesis políticas del PCB se ajustaban al pensamiento del ISEB, con un lenguaje más específico. Para el PCB, la contradicción fundamental de la sociedad brasileña planteábase entre la nación y el imperialismo, lo que imponía la necesidad de un frente único que unificara todas las fuerzas antiimperialistas. Así, el sector más radical del pensamiento dominante llegó a orientar ideológicamente, incluso, a la izquierda.

Dentro de este marco general de pensamiento nacionalista se puede incluir al grupo de la revista *Desenvolvimento y Conjuntura*, de la Confederación Nacional de la Industria. Pero, en este caso, la diferencia estriba en el lenguaje no claramente antiimperialista, en una actitud de aceptación mucho más amplia del capital extranjero y en una acentuación más grande del desarrollismo sobre el nacionalismo.

Como centros de pensamientos opuestos al nacionalismo isebiano dentro de las clases dominantes tenemos la Fundación Getulio Vargas, órgano encargado del análisis del ingreso nacional (*Revista Brasileira de Economia*), de la enseñanza de la administración pública y de la edición de la revista *Conjuntura Económica*, que hace un balance mensual de la economía. A pesar de ser un órgano gubernamental, la Fundación Getulio Vargas fue una de las principales defensoras de la política de estabilización monetaria y del apoyo al capital extranjero. Los defensores de esa política tenían su principal punto de apoyo universitario en la Facultad Nacional de Economía de Río de Janeiro.

Su posición teórica era monetarista, oponiéndose a los efectos de desequilibrio provocados por la inflación y el desarrollo no controlado. Valorizaron el comercio externo en la economía nacional y consecuentemente la política de fortalecer el complejo agrario-exportador. En esta línea se incluyeron gobiernos provinciales

¹⁵ Guerrero Ramos, *A Crise Política Brasileira: Helio Jaguaribe, Desenvolvimento Econômico e Desenvolvimento Político* y trabajos de los *Cadernos de Nosso-Tempo*, y Paulo de Castro. *A Terceira Força*.

¹⁶ Roland Corbusier; *Formacã e Problema de Cultura Brasileira*, ISEB, y el extenso libro de Álvaro Vieira Pinto, *Consciencia e Realidade Nacional*, ISEB.

conservadores, pero nunca fue aceptada en forma estricta. Sus matices se destacaban sobre todo en los más nuevos teóricos del grupo, como Roberto Campos, cuya importancia en el gobierno de Kubitschek y en su política desarrollista con la ayuda del capital extranjero fue muy grande.

En el campo de la sociología, el pensamiento antiisebiano asumía otro carácter. Apoyándose en una sociología pura, influida por la sociología norteamericana de los años 40, se aislaba de los problemas económicos del país. Los ataques isebianos se dirigían en contra de la alienación de la sociología dedicada a los estudios de "comunidades". Al mismo tiempo, el ISEB atacaba a la antropología dedicada a los estudios de los indígenas, sin importancia nacional al culturalismo de esa ciencia y a una ciencia política aislada de las realidades de la lucha por el poder en el país. La acusación que este grupo (que tenía en la Escuela de Sociología de São Paulosu principal centro de apoyo) hacía al ISEB, era de ser ideologizante, no empírico, y de manifestar desprecio por la universalidad de la ciencia al proponer una ciencia social brasileña (o subdesarrollada, como se decía).

Otros centros de estudios ideológicos se desarrollaron, cada vez más combativos y militantes, contra el ISEB. Un centro meramente propagandístico lo constituía el IPES, ya tratado. Otro más, financiero, era el CONSULTEC, ligado a Roberto Campos, organización privada de estudios económicos y que llegó a ser posteriormente un poderoso grupo económico y de presión.

Cabe también anotar que se desarrolló una crítica de izquierda al ISEB. Esta crítica procuraba señalar los límites de la política nacionalista y sus contradicciones internas. El crecimiento de esta posición crítica en los cuadros de la vida universitaria era una expresión de la radicalización social que se extendía a todos los niveles de la sociedad. Lo mismo ocurrió dentro de la Iglesia Católica, donde surgió un sector socialista muy avanzado; en las fuerzas armadas, en los medios artísticos y literarios y en todos los sectores del pensamiento y de la vida nacional.

La lucha ideológica no dejó de sufrir las consecuencias del proceso de integración al capital monopólico internacional, que hemos descrito. La universidad brasileña se hizo cada día más dependiente de la ayuda de los programas americanos y de las fundaciones en particular.

En la ciencia social, esta política fue más profunda. Se firmaron contratos de asistencia con fundaciones, por ejemplo, en la Universidad de Minas Gerais, donde se creó un Departamento de Ciencias Políticas que absorbió todos los departamentos de política de la universidad bajo el auspicio de la Fundación Ford, en un contrato por cinco años. Además, son aún incontables las investigaciones y convenios con fundaciones. Todas las Escuelas de Administración tienen programas conjuntos con el Punto IV. El mismo Punto IV tiene programas

de formación de profesores primarios.¹⁷ Nadie puede objetar la colaboración intelectual entre Universidades, el auxilio técnico, etc. Pero en el cuadro de una economía y sociedad dependientes, esta colaboración se transforma en un instrumento de esa dependencia.

Esta interligazón se hará más estrecha con el convenio entre el Ministerio de Educación, el Sindicato Nacional de Libreros y el USATD para la impresión de los libros didácticos en el país. En una entrevista, el director del convenio (Estado de Sao Paulo, 15 de enero de 1967) declara que es su objetivo colocar 51 millones de libros técnicos y didácticos a la disposición de los estudiantes, gratuitamente, en los próximos tres años. La Comisión designada por el Convenio tiene las atribuciones siguientes: compra y distribución de libros ya publicados, selección de los que todavía están en proceso de publicación y programación de nuevos títulos para todos los niveles de enseñanza (primaria, secundaria y universitaria). Incluyense en el programa la traducción de libros especializados. La otra parte del convenio establece la organización de una comisión paritaria (5 x 5) de norteamericanos y brasileños para reformular la enseñanza universitaria en el país.

Este convenio sólo puede ser comprendido dentro del cuadro global de integración que estamos bosquejando. Sólo en una estructura de poder desnacionalizada, dominada por el gran capital de origen extranjero, se puede pensar en la entrega total del instrumento fundamental de la enseñanza a un gobierno extranjero. Es claro que ningún libro didáctico del país podrá estar en desacuerdo con el principal financiador de la industria del libro, es decir el USAID, o más claramente, el gobierno norteamericano. Si se suma a esto la intención de Mc Grall Hill de comprar la propiedad editorial de libros didácticos del país, se puede evaluar el grado de dependencia a que se llegará en este sector fundamental de formación ideológica que es la enseñanza.

De hecho, hay hoy día siete empresas extranjeras de educación y cultura que tienen un capital igual a solamente cuatro empresas nacionales en el mismo sector.*

El proceso de la dependencia económica de los centros de enseñanza, particularmente los centros ligados a las ciencias sociales, al gobierno y a órganos privados norteamericanos es al mismo tiempo el proceso de su

¹⁷ Además, en una mezcla aparentemente extraña, este punto IV está encargado de la formación de las policías del país, organizando sus ficheros y enseñando técnicas de represión callejera.

*Datos de *Visao*, "Quem é Quem no Brasil" 1970, pág. 13.

dependencia ideológica y, consecuentemente, de una forma mucho más profunda de control de la opinión pública que es la internacionalización por la intelectualidad de las concepciones ideológicas de la sociedad norteamericana. Esto crea las condiciones subjetivas para la aceptación de la tendencia objetiva a la dependencia. Por otra parte, al crear esta adhesión del pensamiento oficial a un proceso cuyos efectos sobre la mayoría del país son excluyentes, se abre también una alternativa radical a esta adhesión. Esta alternativa se muestra cada vez más crítica en cuanto a las posibilidades de contrarrestar esas tendencias objetivas en el cuadro del sistema social existente. El subproducto del control ideológico, cada vez más rígido, ejercido por el gran capital es la radicalización de la lucha ideológica en el país.

8. LA OFENSIVA IDEOLÓGICA DEL CIENTIFICISMO

Un importante ejemplo de esta aceptación subjetiva de una concepción ideológica de la ciencia adecuada a las nuevas condiciones de dependencia lo encontramos en las ciencias sociales. La gran divulgación del formalismo empirista en estas ciencias ha hallado importantes centros de divulgación en América Latina, altamente financiados por las fundaciones y organismos afines. El formalismo científico se presenta como una alternativa nueva en las ciencias sociales. En primer lugar, ha formulado sus conceptos de modo de incorporar el estudio del cambio social y contrarrestar la crítica nacionalista y marxista a su carácter estático. Así, los funcionalistas buscan reformular sus modelos adaptándolos al estudio del cambio y del desarrollo. Sin embargo, esta readaptación es meramente formal. Por cambio se entiende el proceso de ajuste de las sociedades subdesarrolladas a las condiciones de funcionamiento de lo que ellos suponen ser una sociedad moderna-industrial y de masas. Todo el esfuerzo del análisis se concentra, pues, en estudiar las condiciones que permitan adecuar nuestras sociedades “no desarrolladas” a los modos de funcionamiento de lo que se entiende por sociedad desarrollada, a fin de atenuar los efectos conflictivos de la condición de subdesarrollo. Tenemos ejemplos de este modo ideológico de hacer ciencia para mantener el orden actual cambiando sus puntos críticos, en Gino Germani, y en Peter Heintz y sus discípulos brasileños.¹⁸ En segundo lugar, los formalistas empíricos estiman como propio de la ciencia y del científico el rigor lógico y el rigor de observación, subestimando completamente el rigor de conceptualización. Conceptualizar es establecer supuestos, es elegir aspectos determinantes de la realidad, es distinguir lo esencial de lo aparente. A este nivel, los

¹⁸ Véase Peter Heintz, *Sociología del Desarrollo: Gino Germani, Política y Sociedad en una época de transición*, y los artículos de Antonio Octavio Cintra y Fabio Wanderley en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. vol. IV. núm. 1.

formalistas son de una flexibilidad que llega a la irresponsabilidad. "Tomemos tal supuesto" es la frase más común. Su concepción de la ciencia no los obliga al mínimo rigor de explicación de por qué se supone esto (siempre lo irrelevante) y no aquello (lo fundamental).

¿A quién sirve esta pretendida "ciencia", que sustituye el rigor explicativo por el rigor aparente del aparato formal y de las técnicas de observación?

Sirve exactamente a los que se interesan en no explicar a la sociedad. A los que se interesan en analizar los mecanismos de una sociedad dada (y de ahí viene su valorización ideológica del "dato"), a los que se interesan en transformar a los científicos en tecnócratas que elaboran modelos pragmáticos destinados a actuar sobre los aspectos restringidos y localizados de una sociedad dada, a fin de ajustarla. Que se estudie el cambio dentro de esta perspectiva no es ningún problema. Tratase de adecuar el aparato conceptual ideológico-científico a las nuevas condiciones de América Latina.

Pero esta forma de pensamiento tan antigua aparece renovada y bajo las características de una ofensiva ideológica y práctica. Diríjese esta ofensiva en las direcciones siguientes:

1. "Nosotros somos los científicos, ustedes son los ideólogos y ensayistas". Esta inversión de la realidad tiene un fundamento en la apariencia no ideológica de esta forma de pensamiento. Como ella no tiene que criticar a la sociedad existente, puede partir de los "datos" de esta realidad como si estuviera adoptando una actitud objetiva y no ideológica. Puede, así, dejar de plantear los problemas subyacentes a esta apariencia inmediata de la realidad, pues es exactamente de esta manera que ella impide la posibilidad de criticar esta sociedad y, por tanto, de superarla.
2. "Hay que formar profesionales y no ideólogos". Así, hay que enseñar a los estudiantes la metodología y los conceptos fundamentales de la "ciencia". Otra interesante inversión de la realidad: los ideólogos de las clases dominantes son rápidamente empleados por ella e incorporados a su aparato profesional y son así considerados "profesionales". Dentro de la perspectiva de la clase dominante, todos aquellos que se pongan en contra de esta ideología dominante son, por lo tanto, "ideólogos" por definición. Además, como la clase dominante no financia investigación ni estudios que están en contra de sus intereses, la posibilidad de disponer de los recursos técnicos masivos de investigación está dada a aquellos que se profesionalizan, es decir, que se adecuan a las reglas de la ideología empirista y formalista de la clase dominante.¹⁹ Profesionales y técnicos, pues, del orden existente, ideólogos disfrazados de científicos.

3. "Ustedes son conservadores porque no usan las nuevas técnicas de investigación y análisis y se ponen en contra del avance de la ciencia". Las llamadas "nuevas técnicas" son un conjunto de técnicas específicas de nivel muy empírico, por un lado, o muy formal, por otro, cuya utilidad es muy restringida para un análisis de los aspectos fundamentales de la sociedad. Estas técnicas tienen un valor muy relativo y sirven, sobre todo, para objetivos inmediatos de control de la opinión pública, para establecer ciertas correlaciones limitadas o ciertas tipologías abstractas y a históricas. Los que están preocupados con otras cosas que consideran más sustanciales buscan desarrollar otras técnicas de análisis y observación adecuadas a sus necesidades teóricas y prácticas.

Ideológico es, pues, querer someter la actividad científica al conjunto de instrumentos de observación y análisis que sirven a los objetivos de aquellos que están en la perspectiva del orden existente y que buscan actuar sobre la sociedad existente sin poner en cuestión los fundamentos de esta sociedad. En la ciencia, lo más nuevo, lo más reciente, no tiene estatuto científico privilegiado. Es la ciencia la que dice qué es lo más importante entre lo nuevo y lo viejo. Es la necesidad de conocimiento la que establece qué urge desarrollar en el mundo instrumental, y no toca a los instrumentos definir lo que hay que conocer.

Sin embargo, esta ideología asume la forma de la antiideología, de la única ciencia, y prepara a los técnicos para recoger y organizar la información dentro de las definiciones conceptuales que interesan al centro hegemónico. Se forma, así, un conjunto de trabajadores para organizar la base "fáctica", como les gusta decir, para los análisis del pensamiento dominante.

La dependencia cultural asume, así, una forma adaptada a las nuevas condiciones. No se trata de que nuestros científicos miren nuestra realidad desde el punto de vista de los países desarrollados. Tratase de "especializar" a nuestros científicos sociales a fin de recoger los datos para los científicos de las clases dominantes de los países desarrollados. Necesidad ésta establecida por las relaciones más estrechas entre colonia y metrópolis. La metrópolis tiene ahora que incorporar las colonias a su universo interno. Para lograrlo, ha de disponer de una mano de obra colonial que le conceda esta base "fáctica" que necesita.

¹⁹ Existe, en todo caso, la posibilidad de Investigación en centros universitarios de algunos países latinoamericanos, de lo cual es ejemplo el presente estudio. Evidentemente sin la posibilidad de disponer de recursos abundantes, si no -en la medida en que el poder en la sociedad se desplaza hacia las fuerzas populares, lo que está en curso.

9. CONCLUSIONES

Del análisis anterior extraemos algunas conclusiones generales.

Primeramente, el proceso de dominación de la economía por el gran capital monopólico integrado internacionalmente enfrentase con las sobrevivencias del régimen agrario-exportador y con las formas todavía sólidas del capitalismo industrial nacional. En este enfrentamiento, el gran capital monopólico tiende a someter las otras formaciones sociales a sus intereses. Así, el gran capital monopólico se convierte en el centro dinámico de la clase dominante. Por ser parte de una economía central, dominante y articulada mundialmente, el gran capital integra a la economía, la sociedad y la política del país a sus intereses.

En segundo lugar, el proceso de afirmaciones del gran capital se enfrenta a la resistencia de los sectores populares que sostienen las banderas del nacionalismo, del desarrollo y de las justicias sociales abandonadas poco a poco por el sector de la clase dominante, que era la burguesía industrial, y que mantenía el control del movimiento popular. También en el aspecto ideológico, la antigua burguesía industrial pierde su papel de liderazgo y abandona sus aspiraciones propias e independientes en la medida en que es absorbida por el capital monopólico internacional y pierde su capacidad de proponer una perspectiva propia del desarrollo.

Por fin, el gran capital monopólico domina progresivamente los medios de comunicación, de educación, de producción intelectual y somete también al estado y a la burocracia estatal (incluyendo los militares) creando una estructura de poder nueva bajo el control del capital monopólico integrado internacionalmente. Pero en respuesta a este proceso de dominio del gran capital monopólico se desarrollan tendencias radicales en el movimiento popular y en la visión del proceso social.

El resultado de este proceso es la radicalización política, que se configura, por una parte, en la formación de un gobierno y un estado fuertes y, por la otra, en formas de actuación, organización y pensamiento políticos progresivamente más radicales en el movimiento popular.

El próximo capítulo se propone estudiar, con los datos disponibles, este proceso de radicalización.

II. De la conciliación al radicalismo

Los cambios de la estructura social, causados por el predominio del gran capital monopólico integrado en la economía mundial, han creado, y están creando, profundas modificaciones en las relaciones de fuerza entre los grupos y clases sociales, en el comportamiento político y en las formas de dominación y movilización políticas. Fundamentalmente debemos destacar tres efectos de la crisis de las formas tradicionales de dominación: a) La decadencia de la forma tradicional de control político agrario, que eran el "coronelismo" o el "caciquismo", reemplazados ya por el control económico de la burguesía sobre los coroneles, ya por la movilización campesina en torno a luchas por sus intereses propios. b) La superación del populismo por un proceso de reorganización política basado en una centralización y un fortalecimiento del poder bajo el control del gran capital internacional. c) La superación de un largo periodo histórico de conciliación ideológica y política por un proceso de radicalización y enfrentamiento abierto. Analizaremos, muy en general, estos puntos.

1. DECADENCIA DEL "CORONELISMO"

El análisis de las últimas elecciones en Brasil podría mostrarnos cómo la fidelidad política de los coroneles del interior (en proceso de decadencia económica) se traslada de las formas tradicionales de un sistema de relaciones directas entre correligionarios, a un acuerdo político en que el dinero juega un papel fundamental. Añádase que el sistema bancario y otras formas de presión económica cobran gran influencia sobre la ascendente pequeña burguesía del interior, endeudada por sus inversiones basadas en el clima inflacionario. Todo esto reduce apreciablemente la fuerza de los coroneles, su poder de presión política y la fidelidad de sus protegidos.

Destruyendo, además, los lazos de fidelidad que ligaban al campesino con su señor, sea a través de la asistencia directa que éste le daba y hoy le quita, sea a través de lazos de relaciones personales en decadencia, sea, por fin, por el carácter cada vez más explotador de las relaciones de aparcería (dominantes en los sectores atrasados del país), sometidos progresivamente a las exigencias de un mercado en ascenso y a las aspiraciones de ganancia de los familiares de los antiguos latifundistas, que viven hoy en la ciudad, a diferencia de sus padres.

El campesino, a su vez, en contacto con las ciudades en desarrollo, ya directamente, ya a través de sus familiares emigrados, recibe otras influencias, y mediante el radioreceptor de pila entra en contacto con el mundo urbano nacional.

Por todos estos motivos, el dominio tradicional del latifundista sobre los campesinos sólo sobrevive en tanto recibe apoyo urbano. Es, pues, una relación de dominación decadente que, siempre que es auxiliada del exterior, es puesta en cuestión por los campesinos en efervescencia. Este se pudo apreciar claramente con ocasión de la expansión del movimiento de las ligas campesinas y posteriormente, de la sindicalización rural.

2. LA SUPERACIÓN DEL POPULISMO

El populismo fue la forma predominante de participación política popular en los últimos treinta años en Latinoamérica.

Su característica fundamental fue una alianza de clases, todavía no bien definida, en torno a la lucha por el desarrollo industrial y la modernización de la sociedad. Bajo la hegemonía de los industriales, de los técnicos y de los burócratas estatales, obtuvo la confianza de la clase obrera organizada en sindicatos y de sectores de las clases medias asalariadas así como de la pequeña burguesía.

En cuanto a liderazgo político, el populismo se caracterizó por el liderazgo personal de un jefe y de líderes intermedios. El líder populista se presentaba directamente como defensor del pueblo, de los oprimidos, de los humildes y de otros conceptos correlativos, propios del amorfismo social que caracterizaba a su corriente.

La base social del populismo fue, en primer lugar la necesidad experimentada por la burguesía industrial ascendente de disponer de un amplio apoyo popular para enfrentarse a las oligarquías rurales exportadoras y a sus aliados internacionales. En segundo lugar, fue la consecuencia de la ausencia de conciencia de clase del nuevo proletariado recién venido del campo y todavía prisionero de sus orígenes. Finalmente, fundábase también en la insuficiente preparación ideológica y teórica de los partidos obreros que no supieron comprender los cambios que ocurrían y preparar este nuevo proletariado en su nuevo medio. Esta situación social amorfa tenía, pues, una división fundamental: por una parte, la oligarquía y sus aliados; por otra, los sectores modernos de la sociedad.

Obviamente, la ideología del populismo había de estar determinada por esta situación. Tratábase de un amorfismo ideológico, caracterizado por el eclecticismo y lleno de términos vagos. Sus banderas, expresadas con imprecisión, eran el industrialismo, el nacionalismo más o menos antiimperialista, el reformismo social (previsión social, sueldo mínimo, legislación social). Generalmente se presentó en contradicción con el liberalismo, ya que representaba la expresión de una política de fuerza no sólo contra las sobrevivencias oligárquicas (centralismo versus federalismo), sino también contra cualquier frente de agitación interna, sobre todo en relación al viejo liderazgo proletario (anarquistas y comunistas) que fue destruido.

En Brasil, el populismo fue aún más fuertemente dirigido de arriba a abajo de lo que pudo serlo en otras partes, y se formó y organizó en torno a un poder dictatorial. El liderazgo populista fue ejercido por Vargas en el gobierno e investido de poderes dictatoriales. Esto hizo muy invertebrado al populismo brasileño, a diferencia del peronismo, de bases mucho más proletarias y organizadas.

Las condiciones sociales que generan el populismo están en franca descomposición. De allí que este proceso de participación política esté en decadencia, como podemos ver por los hechos que ahora consignamos.

En primer lugar, la burguesía industrial ya no es una clase ascendente en lucha contra el dominio oligárquico. Por el contrario, es una clase en el poder que domina el sector dinámico y más fuerte de la economía. Además, es una clase mucho más poderosa y concentrada, formada fundamentalmente por el gran capital internacional, representado por sus gerentes en el país, y que domina fuertemente el aparato estatal, la mayoría de la opinión pública y la vida política del país. En estas condiciones, no cabe ya interés alguno en un movimiento popular progresista que lucha por el industrialismo (ya victorioso), por el nacionalismo antiimperialista (ya superado por la integración económico-social institucional con el imperialismo) y antioligárquico (dado que la oligarquía rural exportadora se ajustó a las reglas del juego del gran capital y lucha por sobrevivir en cuanto le es posible).

En segundo lugar, la clase obrera ya no es una clase en formación, recién venida del campo. Sus sectores de base están constituidos por una población urbana con cerca de treinta años de tradición obrera, sindical y reformista.²⁰ A pesar de que todavía mantiene la nostalgia de las antiguas formas de liderazgo político, se ve impulsada a evolucionar política e ideológicamente. Esto se hace aún más necesario debido al desarrollo de la situación socioeconómica global que acentúa la dependencia al imperialismo y que ha llegado a un estado de estancamiento económico más o menos profundo en los diversos países de América Latina.

Los sociólogos latinoamericanos en general y gran parte del liderazgo de izquierda, sin mencionar a los partidos conservadores y reaccionarios, tienen muy poca sensibilidad para la situación de la clase obrera en nuestros países.

Se ha desarrollado, por ello, una concepción de una clase obrera exclusivista que lucha primordialmente por mantener sus derechos adquiridos frente a la mayoría de la población no integrada en el sistema. Esa imagen es falsa y crea una enorme barrera para la comprensión de las tendencias de desarrollo de nuestra realidad. Nadie puede negar que la clase obrera de los países subdesarrollados, en general se encuentra en una

situación privilegiada frente a los sectores campesinos y marginales, que forman el grueso de la población. Nadie puede negar, tampoco, que los sectores sociales que han hecho conquistas importantes combaten violentamente para conservarlas. Pero de tales datos no es legítimo concluir un exclusivismo que la realidad siempre ha refutado.

En primer lugar, los obreros tradicionales siempre mantuvieron sus vínculos con la realidad rural de donde vinieron y sobre la cual irradiaron su influencia, demostrándose siempre sensibles a los problemas de los campesinos.

En segundo lugar, la población obrera, todavía muy desconocida por los estudios sociológicos, se compone no sólo de los obreros empleados, sino también de sus hijos en edad de emplearse y de los desempleados. Para este sector de la población obrera, que está en interacción con los obreros empleados, es más fundamental todavía la continuación del desarrollo y de la industrialización.

Por otra parte, el movimiento obrero ha sido en Latinoamérica no sólo sindical sino eminentemente político. El populismo es una expresión de esto. La clase obrera ha tenido un papel muy importante en todas las luchas nacionalistas y antiimperialistas del continente. Además, las direcciones sindicales "pelegas", "amarillas" o "reformistas", conforme sean llamadas en los varios países, no pueden ser acusadas de puramente economicistas. Por el contrario, ellas fueron poderosos instrumentos de politización de la clase obrera, en el sentido de vincularla a los líderes y partidos burgueses y a las luchas por el desarrollo industrial y la política nacionalista. Que esta politización haya sido dominada por una ideología burguesa no es suficiente para alejar a la clase obrera de la arena política cuando la burguesía retrocede sus posiciones anteriores.

Los cambios, provocados por el proceso de integración en el capitalismo monopolístico, son muy profundos. La situación global ya no permite esta vinculación estrecha del movimiento obrero con la política oficial, y las fuerzas sociales actúan en el sentido de conducir a una independencia de este movimiento.

Esta tendencia a la autonomía tiene, sin embargo, dos direcciones. Una dirección económico-sindical por la cual el movimiento obrero se vuelve más directamente hacia la complejidad de los sectores profesionales que representa y sus diversas particularidades. Esto exige el desarrollo de la burocracia sindical, por una parte,

²⁰ En general, el movimiento obrero surge como fuerza nacional en América Latina en los años del comienzo del siglo. Sin embargo, las nuevas masas obreras formadas por sectores rurales emigrados hacia la ciudad en los años 30 y 40 no fueron asimiladas directamente a esta tradición anterior. Se creó un hiato en los años 30 que genera una nueva tradición obrera en el cuadro del populismo.

y la racionalización de la actividad sindical, por otra. Igualmente conduce a la organización empresarial de los trabajadores, conectada con sus direcciones sindicales.

La otra dirección de este proceso es la independencia política. El movimiento obrero tiende a crear una organización política, un liderazgo y una ideología propios. Se trata del proceso de formación de un proletariado para sí, vale decir, de una conciencia de clase proletaria. Desde el punto de vista político se plantean dos alternativas contrarias a esta tendencia: pueden acentuarse los aspectos sindicales y economistas de la tendencia, por omisión de las directivas proletarias; o bien se dará lugar al dominio ideológico del nuevo proletariado por sectores sociales burgueses o pequeñoburgueses. Hoy día, en 1977, la Social Democracia Europea busca introducirse en este espacio político en América Latina.

3. LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA

El esquema de conciliación social, política o ideológica representado por el populismo está en un proceso de superación. Este proceso tiene dos direcciones. El sector de la clase dominante que componía su ala dirigente se vuelve cada vez más indeciso y termina por adherirse a una política de fuerza y antipopular. El sector del movimiento popular sufre profundas divisiones internas, que progresivamente se agudizan exigiendo una reestructuración política.

Organizaciones políticas

En el aspecto político, la izquierda tradicional se ve frente a una oposición revolucionaria que mina poco a poco las bases de la política de conciliación de clases. Surgen organizaciones políticas nuevas que, al tiempo que polarizan fuerzas, fraccionan las organizaciones existentes. Dentro de los organismos partidarios legales surgen facciones nacionalistas cada vez más inclinadas a la izquierda y otros grupos se inclinan hacia la derecha. En la Cámara de Diputados se borran las diferenciaciones partidarias y surgen dos grandes frentes que polarizan la lucha política, incluyendo gente de varios partidos: en Brasil, antes del golpe de 1964, el Frente Parlamentario Nacionalista (izquierda) y la Acción Democrática (derecha).

Podemos delinear, de manera general, ese proceso de radicalización política en Brasil en el cuadro siguiente:

Unión Democrática Nacional (partido de centroderecha). Divídese en una fracción minoritaria nacionalista (Bossa Nova) y una amplia fracción de derecha que va a formar la principal fuerza de la Acción Democrática.

Partido Socialdemócrata (partido centrista aliado al laborismo). Surge una fracción minoritaria nacionalista (ala joven) y una gran parte de sus cuadros participará de la Acción Democrática.

Partido Laborista (de centro-izquierda). Su mayoría forma los cuadros del Frente Parlamentario Nacionalista. Surge una fracción bastante a la izquierda del laborismo, el Grupo Compacto, que tenía entre sus dirigentes al líder del Partido Laborista en la Cámara y futuro ministro del Trabajo de Goulart (Almino Affonso). Al mismo tiempo, dentro del partido laborista surge el brizolismo, cuyas tesis políticas se radicalizan progresivamente hasta el intento de formar una organización política nueva (los Grupos de 11), de carácter insurreccional y tendente a constituirse en organización paramilitar.

En el Partido Socialista Brasileño, de origen socialdemócrata, fórmanse fracciones de izquierda revolucionaria, particularmente en la juventud. Fracciones de esta juventud, aliadas a fracciones de la juventud laborista y a sectores del Partido Comunista y de varias organizaciones marxistas independientes, darán origen a la Organización Revolucionaria Marxista Política Operaria (POLOP) en 1961.

En el Partido Socialista surge la figura de Francisco Juliao, que camina hacia una organización propia, el Movimiento Radical Tiradentes (1962) que se divide antes de tomar forma. En el Partido Comunista Brasileño (PCB, ilegal desde 1947) surge una fracción pro China, en 1961, que se constituye en el Partido Comunista do Brasil (PC do B). En el PCB, empiezan también a formarse otras fracciones revolucionarias, que son llamadas "chinas" pero que no tienen ligazones con el Partido Comunista do Brasil. Estas fracciones van a fortalecerse, principalmente después del golpe de abril de 1964, formando una oposición interna muy fuerte que crítica violentamente lo que llaman el oportunismo de la Unión Soviética y del PCB.²¹

El movimiento de Acción Católica también sufre los efectos de esa radicalización y surge un grupo independiente de la jerarquía religiosa, la Acción Popular. Este grupo gana influencia sobre los sectores del Partido Demócrata Cristiano y particularmente en el movimiento de estudiantes. Después del golpe de abril de 1964, la Acción Popular hace autocrítica de sus posiciones anteriores, que considera conciliadoras y toma posiciones claramente socialistas e insurreccionales.²²

Así, en apenas cuatro años, la izquierda brasileña se ha diversificado en fracciones cada vez más izquierdistas, con influencia política creciente.²³

En la derecha, el proceso sigue el mismo camino. Además del Frente de Acción Democrática surgen nuevas organizaciones derechistas bajo las más diversas siglas (Patrulla Anti-Comunista, Líder, Camde, IPES, etc.).

La historia de estos movimientos es todavía muy poco conocida, a pesar de que en los primeros días después del golpe de abril de 1964 se hicieron conocer públicamente. Las siglas del terror continuaron aumentando desde entonces: Patria y libertad en Chile, Triple A en Argentina, etc.

Movimiento sindical

En los años del gobierno de Dutra (1946-1951) se crearon profundas restricciones al movimiento sindical. La Ley de Seguridad Nacional y el Decreto 9 070 prohíben la colaboración entre sindicatos de sectores distintos, la huelga política y de funcionarios públicos y la organización de una central sindical. Sin embargo, después de sucesivos choques parciales tiene lugar en 1951 una primera huelga nacional de los bancarios, que terminó restringida a las provincias de Minas Gerais (diecinueve días) y de Sao Paulo (sesenta días, victoriosa al final).

En 1953, dentro del movimiento general contra el aumento de los precios surge una inesperada e incontrolada huelga general de la ciudad de São Paulo, que paraliza esta ciudad por una semana, con choques sucesivos con la policía. En consecuencia se forma el primer pacto intersindical: El Pacto de Acción Común (PAC) de la provincia de São Paulo, que reúne al principio los sectores metalúrgicos, textil, vidrieros, mueblistas y construcción civil.

²¹ Estas fracciones se unirán en torno a las disidencias a la "corriente" en el interior del Partido Comunista Brasileño, hasta 1967, cuando el proceso se completa y el PCB es transformado en un pequeño partido dando origen a varios rompimientos: el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), dirigido por tres miembros del comité central (Mario Alves, Gorender y Apolonio Sales); la Alianza de Liberación Nacional (ALN), dirigida por Carlos Marighella, también del comité central; la disidencia de Guanabara dará origen al MRS: otros sectores de las disidencias se incorporan, ya a la Política Operaria, llegando a formar el Partido Obrero Comunista (POC), y a a sus fracciones, que forman la VAR-Palmares; otros sectores, finalmente, se incorporan al Partido Comunista do Brasil, de tendencia maoísta. Procesos similares se dan en toda América Latina. Llamamos la atención sobre los casos del PCR argentino, así como del MAS venezolano, escisión reciente que tiene a su cabeza a dos miembros del comité central del PC venezolano (Teodoro Petcoff y Pompeyo Márquez).

²² Hoy día, la Acción Popular se define como una organización maoísta en estrecha alianza con el PC do Brasil. Posteriormente en 1973-75, se divide la AP y mientras una de sus alas se integra al PC do B, otra va a romper con el maoísmo (AP Socialista) y se va aproximando al MR-8, formando una "Tendencia Proletaria".

²³ Un proceso similar a éste se ha producido en toda América Latina. Llamamos la atención sobre algunos casos significativos en la década del 60; el APRA peruano da origen al MIR peruano; la Acción Democrática Venezolana, al MIR venezolano; la Democracia Cristiana da origen al MAPU chileno; el Partido Radical chileno se rompe, la mayoría apoya a la Unidad Popular; el peronismo se radicaliza hasta la lucha armada (FAP, Montoneros, etc.), y así sucesivamente podríamos mostrar cómo el proceso de radicalización alcanzó fuertemente a los partidos que fueron el eje del populismo y del nacionalismo latinoamericanos. Particularmente en los últimos años este proceso ha asumido un gran dinamismo. Todas las luchas sociales tienden a encuadrarse dentro de la opción de socialismo o derechismo parafascista o fascista.

En 1954 el PAC dirige una huelga general de toda la provincia de São Paulo, de cuatro días, que es victoriosa y da origen al Pacto de Unidad Intersindical (el PUI), que se mantendrá en existencia desde 1955 a 1960.

En 1957, el PUI dirige una huelga general de la provincia de São Paulo con la participación de cerca de 500 000 obreros y con una duración de diecisiete días. La exitosa movilización de masas del PUI, lo transforma en un órgano de masas de sorprendente vigor.

El testimonio escrito que nos fue dado por el presidente, en aquellos años, del PUI, Salvador Lossaco, es muy expresivo:

Victoriosa la huelga, todos empezaron a participar del Pacto de Unidad. Estudiantes, elementos de la izquierda independiente de São Paulo, el Partido Comunista Brasileño, federaciones de mujeres, asociaciones de comunas y barrios, parlamentarios de izquierda. Todos exigían, también, el derecho al voto. El Pacto se dividió en dos cámaras, si se pueden llamar así. Una de carácter sindical y otra general. Todo el Brasil adhirió al Pacto, por carta, telegrama o personalmente. Diariamente se realizaban reuniones nocturnas desde las veinte horas hasta las dos o tres de la madrugada. El plenario sindical era constantemente interrumpido por delegaciones: por comunicaciones; por solicitudes de solidaridad; por necesidades angustiosas de dinero, de vehículos, etc. Cuando no eran las huelgas de bomberos, de los servicios públicos municipales y de la provincia de São Paulo las que urgían, tratábase de los problemas de los funcionarios públicos federales, provinciales y municipales: de aquellos de los jubilados, de los exiliados españoles, portugueses, paraguayos. La cuestión de la masacre de más de 100 trabajadores de Brasilia (candangos), ametrallados y asesinados en una planta de la Constructora Pacheco, mientras dormían, y un millón de asuntos más, como la candidatura al gobierno de la provincia de São Paulo, a la Regiduría Municipal de São Paulo, de San André, apremiaban al PUI. Así también la creación de sindicatos rurales, la invasión de tierras, el problema de los ocupantes de tierras agrícolas del interior de las provincias de São Paulo, Paraná y Goiás, el problema de los trabajadores portuarios no sindicalizados (bagrinhos). Nadie recurría a los gobiernos. Todo venía a desembocar en el Pacto, y éste se hipertrofiaba. Era un verdadero soviet con acción nacional, que también actuaba a la distancia y que obligaba al gobierno federal y de las provincias a negociar con nosotros. .

Este testimonio explica también la disolución del Pacto.

A estas alturas, muchos habían ya percibido que el pacto era incómodo. El PCB, Janio, *Jango*, Juscelino, el Ministerio del Trabajo (a través de Gilberto Crokat de Sá), Samuel Wainer, etc., etc. Pero el que se encarnizó contra el Pacto fue el Partido Comunista Brasileño, que, estando en su interior, tenía la mejor opción para realizar este trabajo.

Para el PCB, el Pacto era incómodo porque:

1. Era una organización de masas basada en los sindicatos, que funcionaba de abajo para arriba (no permitía aplicar el centralismo democrático) y cuyas asambleas dominicales en el cine Universo reunían 5, 8, 10 y hasta 12 000 obreros delegados de empresas, más numerosas delegaciones del interior y de otras provincias.

Esas asambleas eran prácticamente incontrolables por cualquier organización extraña y realizábanse semanalmente de nueve a doce horas. Sólo el respeto y autoridad de la mesa directiva, que contaba con la presencia de innumerables comunistas, eran capaces de conducir las usando, para esto, una conducta verdaderamente democrática.

2. No había manera de hacer aprobar las propuestas (consignas) elaboradas por la Unión General de Trabajadores (comunistas) sobre los asuntos sindicales específicos. El plenario las examinaba de verdad y las modificaba (siempre para mejor). En cuanto a las demás propuestas (de carácter político, como la campaña por la paz, movimiento pro amnistía de exiliados políticos, solidaridad para la liberación de militantes políticos y sindicales apresados en diversas partes del mundo), el Pacto las aprobaba todas.

Los obreros y cerca de la mitad de los dirigentes sindicales, algunos comunistas entre ellos, no querían aceptar la tutela partidaria en el terreno de las reivindicaciones y del mejoramiento de las condiciones de trabajo.

El PCB hizo varios intentos de aproximarse a los "pelegos" (dirigentes amarillos). En el primero de ellos, el presidente del Pacto y algunos dirigentes desviaron el asunto (septiembre de 1955) hacia la fundación del Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos [...]. Más tarde intentó el contacto con los pelegos (1956-1959). En 1956, sus dirigentes vieron frustrados sus intentos cuando ya todo hacía suponer éxito [...]. El Presidente del Pacto se acogió a la licencia por dos meses para asumir su mandato de diputado federal (el PCB lo había ayudado en su campaña electoral). Cuando reasumió, el Pacto había sido sustituido por el Consejo Sindical de los Trabajadores (CST). Aquél contaba entonces con cerca de 200 sindicatos afiliados en la provincia de São Paulo y otras provincias. El CST componíase de 22 federaciones, de las cuales 19 estaban en manos de los pelegos.

El testimonio termina la descripción de este proceso con la subida de los pelegos, la marginalización de las tres federaciones, de los sindicatos libres y del propio PCB. Este busca, entonces, debilitar al CST y transfiere la dirección del movimiento a Río de Janeiro, al crearse el Comando General de Trabajadores, cuyas características burocráticas el testimonio critica.

Esta vasta digresión busca dar concreción a la descripción muy general que hacemos del proceso de radicalización de las luchas sindicales, cuyo carácter de masas ha sido olvidado por casi todos los analistas del periodo.²⁴

En 1960 se realiza el Tercer Congreso Sindical de Trabajadores con representación directa de casi todos los sindicatos del país. En este congreso se decide formar la Central Sindical de Trabajadores, cuyo primer paso es la organización de una comisión nacional que da origen al Comando General de Trabajadores (CGT).

En 1961, el movimiento sindical tiene un papel de gran importancia en la Campaña de la Legalidad que derrota el golpe de estado que pretendía impedir la posesión presidencial de João Goulart.

A fines de 1961, la huelga nacional por el decimotercer salario (bonificación de navidad equivalente a un sueldo mensual) es comandada desde Brasilia y tiene choques particularmente violentos con la policía.

En los años siguientes, el movimiento sindical crea una coordinación nacional cada vez más perfecta y realiza dos encuentros nacionales de líderes sindicales con representantes de todas las provincias. En estos años, el país se conmueve con una sucesión de huelgas nacionales de varios sectores sindicales (bancarios, aéreos, metalúrgicos, etc.), y pasa a vivir la experiencia de las huelgas políticas nacionales.

El 5 de junio de 1962, la huelga general por el gabinete San Thiago Dantas, considerado un gabinete nacionalista y democrático a pesar de los orígenes derechistas y las ligazones internacionales de su primer ministro, fue dirigida por Goulart, pero derrotada por la oposición del parlamento. El 14 de septiembre de 1962, otra huelga general por el plebiscito, que devolvería los poderes presidenciales a Goulart y más diez puntos de reivindicación obrera, fue bruscamente paralizada al conseguirse el primer objetivo. En esta oportunidad Goulart tuvo que usar toda su autoridad para obligar a los dirigentes sindicales a paralizar la huelga sin ninguna victoria específica de clase. La desconfianza generada por esta situación fue decisiva en la crisis del estado de sitio, cuando Goulart ya disponía de todos los poderes presidenciales.

Por primera vez, en 1963, Goulart tuvo en su contra, en un momento decisivo en que pedía el estado de sitio al Parlamento, una huelga obrera de los ferroviarios, de la Leopoldina (Ferrocarriles del Estado) y la oposición del CGT, del Frente Parlamentario Nacionalista, de la UNEB y de otros sectores de masas entonces reunidos en el Frente de Movilización Popular. En este momento el "janguismo" pierde progresivamente poder de

²⁴ El testimonio debe ser tomado como una descripción aproximada de la realidad, ya que presenta la visión de solamente uno de sus dirigentes. Las opiniones políticas en él expresadas son de responsabilidad de su autor.

cohesión y su esquema de fuerzas se muestra dividido bajo la presión de la situación general del país. La primera fase del proceso de radicalización llega a una situación extrema en tal periodo.

Otros sectores populares

Con menos detalle se puede también mostrar un proceso de radicalización creciente del movimiento campesino.

Desde el levantamiento de "posseiros" (campesinos que trabajan en tierras abandonadas), acaecido en Formosa en 1953, que garantizó su dominación sobre una vasta región del estado de Goiás, considerando la formación de la primera liga campesina en la central azucarera de Galileia, en Pernambuco, en 1955, y el levantamiento de "posseiros" en Santa Fe do Sul, en el estado de São Paulo en 1957, puede estimarse que el movimiento campesino era aún muy incipiente.

Entre los años 1960 y 1961, sin embargo, este movimiento gana gran fuerza en el Noreste, en Paraná, en Río Grande do Sul y en el estado de Río. En 1961, después de la victoria del movimiento por la legalidad, que garantizó la posesión del cargo de presidente a João Goulart, se realizó el primer Congreso Campesino Nacional. Este Congreso contaba con la presencia de delegaciones campesinas de todo el país y se pronunció taxativamente por la reforma agraria inmediata.

Después del Congreso se intensificaron las tomas de tierras en todo el país y el movimiento campesino ganó las primeras páginas de los diarios casi todos los días. Las Ligas Campesinas empezaron a coordinarse nacionalmente e intentaron formar un movimiento político, el Movimiento Radical Tiradentes, inspirado en el Movimiento 26 de Julio que dirigió la insurrección cubana.

En 1963, el entonces ministro del Trabajo, Almino Affonso, regula la ley de sindicalización rural y ello permite la creación de varios sindicatos rurales. De 60 sindicatos existentes, se pasa, en seis meses, a 120 sindicatos. En el año 1964, a través de las comisiones de sindicalización rural creadas por la Superintendencia de la Reforma Agraria (SUPRA) y el Ministerio del Trabajo, se habían constituido cerca de 1 300 sindicatos rurales.

En el movimiento estudiantil se puede observar una situación semejante.

En 1955, la izquierda gana las elecciones nacionales de la UNEB. En 1955 se realiza un movimiento violento en Guanabara contra el aumento de las tarifas de la locomoción. En 1958, en ocasión de otro movimiento semejante, el presidente de la UNEB es apaleado y se realiza la primera huelga nacional estudiantil bajo el liderazgo de la izquierda. Desde esta fecha, el movimiento estudiantil entra en un proceso de radicalización

creciente. Pueden recordarse movimientos callejeros y huelgas que llegaron al ápice en 1963, con la huelga por la participación de los estudiantes en la dirección de las universidades en proporción de un tercio.

Sería muy largo describir aquí este proceso de radicalización cuyas características fundamentales ideológicas fueron la lucha por una universidad popular y por la participación de los estudiantes en la dirección de la universidad (campaña por la reforma universitaria), la lucha por la alianza estudiantil-obrera-campesina, la formación del movimiento de cultura popular y la campaña para la alfabetización de adultos, las luchas por posiciones políticas nacionalistas y, en los últimos años, los combates abiertamente declarados por el socialismo en Brasil. Por otra parte, otros tipos de movimientos populares ganaban gran vigor, movimientos de *favelados* (habitantes de villas de emergencia) que luchaban por la reforma urbana, grandes choques en las calles por las más diversas campañas políticas, movimientos de barrio, pillajes en varias ciudades, movimientos de mujeres, de intelectuales, etc., formaban un ambiente de agitación social creciente.

El resultado de esta agitación general fue la creación de un órgano coordinador de todo el movimiento popular. Este fue el Frente de Movilización Popular, organizado por ciudades y provincias y con una directiva nacional donde tenían representación los organismos de la CGT, de la UNEB, de la Unión Brasileña de Estudiantes Secundarios, del Congreso Nacional de las Ligas Campesinas, de la Unión de Labradores y Trabajadores Agrícolas, del Frente Parlamentario Nacionalista, del Comando Nacional de los Sargentos, de los Oficiales Nacionalistas y de las diversas organizaciones de izquierda. La figura más prominente de este frente era Leonel Brizola, que disponía de una emisora de radio muy escuchada por ser vocero del frente.

Innegablemente, la expresión más alta de esta radicalización fue el movimiento militar. Los primeros grupos nacionalistas de las fuerzas armadas se componían de oficiales. En el contragolpe, dirigido por el entonces general Henrique Teixeira Lott para garantizar la posesión de Kubitschek el 11 de agosto de 1955, tuvo su hora el movimiento de los sargentos. Estos constituyeron entonces sus primeros grupos y asociaciones. En la crisis de la renuncia de Janio Quadros, en 1961, los sargentos surgieron como fuerza organizada, exigiendo a los oficiales garantizar la posesión de Goulart. Enseguida se ubicaron violentamente contra el dispositivo constitucional que impedía la candidatura de sargentos y militares no graduados.

Se presentaron a las elecciones en 1962. El sargento García fue elegido, en forma abrumadora, diputado federal por Guanabara, y el sargento Aymoré, diputado por la provincia de Río Grande do Sul. El movimiento se agiganta, así, en torno a la posesión de los candidatos elegidos y al mismo tiempo empieza a pronunciarse sobre los problemas del país.

En 1963, el sargento Prestes dirige un levantamiento en Brasilia, que dura cerca de doce horas. Los fusileros navales de Guanabara y otros cuerpos militares se pronuncian directamente sobre la vida política del país. En 1963 y 1964, el movimiento se extiende a los sectores más bajos de la jerarquía y empiezan a formarse asociaciones de cabos y soldados, especialmente marineros. En torno a la organización de la asociación de los marineros de Guanabara, cuya sesión inaugural tuvo lugar en el sindicato de los metalúrgicos, se inicia la crisis política que da origen al golpe de abril de 1964.

Elecciones y crisis políticas

La simple enumeración de las crisis institucionales en el país desde 1953 confirma la tesis de una radicalización creciente.

En agosto de 1954, suicidio de Vargas. El 11 de noviembre de 1955, golpe de estado de Henrique Teixeira Lott. En 1958, grave crisis política con la denuncia de las negociaciones del gobierno Kubitschek con el Fondo Monetario Internacional. Agosto de 1961, dimisión de Janio Quadros y movimiento por la posesión del mandato de Goulart. En 1962-1963, crisis de los gabinetes San Thiago Dantas y Brochado da Rocha. En 1963, realización del plebiscito que devuelve los poderes presidenciales de Goulart. En el mismo año, levantamiento de sargentos de Brasilia, crisis a raíz del pedido de estado de sitio por el presidente Goulart. En 1964 se producen choques entre izquierdistas y derechistas en las calles de Belo Horizonte y São Paulo; se organiza la Marcha de la Familia con Dios y por la Libertad; el presidente convoca a un gran *meeting* el 13 de marzo de 1964 en Guanabara, bajo la protección de las fuerzas armadas, y anuncia nuevas manifestaciones en otras provincias. A fines de marzo surge la crisis de los marineros y, enseguida, el golpe comienza el 31 de marzo y se concreta en abril de 1964.

La creación de un gobierno fuerte no eliminó las crisis políticas que se sucedieron, en los años siguientes, con frecuencia todavía mayor.

Paralelamente, hubo en los años 1953 al 64 un proceso evidente de radicalización electoral, que se manifestó no sólo en el aumento de los votos de los partidos más a la izquierda,²⁵ sino también por la radicalización de las campañas electorales y la polarización entre tendencias de izquierda y derecha, cada vez más marcadas.

4. SENTIDO DEL PROCESO

Si dispusiéramos de elementos cuantitativos más rigurosos, que nos permitieran organizar un índice de radicalización política (número de huelgas, de huelguistas, de tomas de tierra, de movimientos en la calle, de choques políticos, de votos, etc.), podríamos ciertamente mostrar con gran claridad un proceso de radicalización creciente, que llega a la cima en los años de 1961 a 1964, particularmente los meses que anteceden al golpe de abril de 1964.

La presentación de los datos anteriores es, sin embargo, suficiente para indicar la falsedad de ciertas ideas que se convirtieron en lugar común y que no disponen de evidencia empírica. Podemos poner en relieve algunas de ellas:

1. La radicalización política de los últimos años del gobierno de Goulart fue provocada de arriba hacia abajo para servir a sus intereses políticos. Tratase de una media verdad. Los hechos presentados nos muestran que este proceso tenía origen muy remoto. Sin embargo, se puede notar un proceso de vinculación estrecha de un movimiento, antes espontáneo, al Estado y al gobierno. La radicalización sindical deriva en la creación del CGT bajo la égida del Ministerio del Trabajo. La radicalización campesina se incorpora al Estado por el decreto de sindicalización rural y la creación de la SUPRA. La radicalización estudiantil se une al estado, en la organización del movimiento de alfabetización y de cultura popular, mediante el Ministerio de Educación, etc. Sin embargo, este proceso de burocratización del movimiento tenía profundas tensiones internas que se han expresado en la crisis del estado de sitio, en que se rompe la unidad entre el gobierno y el movimiento popular, y en otras ocasiones, que no nos interesa estudiar en esta oportunidad.
2. El movimiento de radicalización del país vino del campo a la ciudad. Contrariamente, se ha visto que el movimiento de radicalización ha partido de la ciudad hacia el campo. Más específicamente, del movimiento obrero hacia el movimiento estudiantil y otros sectores, para después incorporar al movimiento campesino. Así, éste fue el último en incorporarse a la radicalización general; pero cabe notar la gran importancia de su definición cada vez más directamente clara acerca del poder.
3. Así se destruye, al mismo tiempo, la idea tan difundida de una clase obrera acomodada. Por el contrario, se ha visto el papel de liderazgo incontestable del movimiento obrero sobre los otros sectores sociales, no

²⁵ Véase el trabajo de Gláucio Ary Dillon Soares, "Desenvolvimento Econômico e Radicalismo Político", *Boletim Centro Americano de Pesquisas em Ciências Sociais*, Río de Janeiro, año IV, núm. 2, mayo de 1961. Los estudios sobre la radicalización electoral fueron iniciados en el país por Orlando de Carvalho. "Sociologia Eleitoral no Brasil", ediciones de la Revista Brasileira de Estudos Políticos.

solamente como iniciador de la lucha política y económica, sino también como dirigente real del conjunto del movimiento, a pesar de estar dominado por una dirección amarilla en un primer momento, por una anarquista enseguida y por directivas comunistas y reformistas pro gobierno en una tercera etapa. La presentación de estos datos ha permitido mostrar que la radicalización política inherente al proceso económico-social descrito en los análisis anteriores ha sido una realidad efectiva y viva que no puede explicarse por factores aleatorios. Pero, ¿qué cambios en esta situación han provocado el golpe de abril de 1964?

5. CAMBIO DE CALIDAD DE LA RADICALIZACIÓN A PARTIR DEL GOLPE DE 1964

El 1º de abril de 1964 ha representado la detención temporal de ese proceso de radicalización. La victoria fulminante del golpe ha desarticulado al movimiento popular. Los sindicatos fueron intervenidos; las entidades intervenidas en parte y sometidas en general a una ley de organización del movimiento estudiantil, que intenta transformarlo en órgano administrativo, colaborador de las congregaciones y de los directores de facultad. Las organizaciones campesinas, todavía débiles en 1964, fueron simplemente destruidas. Las asociaciones de oficiales nacionalistas, sargentos y cabos fueron cerradas. Los dirigentes políticos nacionalistas y de izquierda perdieron sus derechos políticos y, en gran parte, están en el exilio. Este golpe militar se explica por el proceso de superación de las formas tradicionales de dominación política provocado por el desarrollo del gran capital.

La crisis del "coronelismo" y del populismo, aliada a la crisis cíclica del sector capitalista de la economía y la radicalización política general del país, no dejó a la clase dominante otra alternativa que un gobierno de fuerza. Pero al instituir ese gobierno de fuerza, en vez de resolver la situación ha profundizado la crisis. ¿Por qué razones?

1. El golpe fue el resultado de la unificación de toda la clase dominante contra el movimiento popular. Esta unificación impuso un acuerdo tácito por la conservación de la situación existente. De allí que se retarden los choques internos de la clase dominante y se vean aplazados hasta un futuro próximo. Sin embargo, todos los sectores de la clase dominante han asumido la responsabilidad de la estagnación del país en este periodo, resultante de la imposibilidad de continuar el desarrollo del país sin cambiar profundamente las bases de la economía y de la sociedad.
2. El golpe ha deshecho los medios tradicionales de dominio de la clase dominante sobre el movimiento popular. Ha permitido así, que en este periodo de transición el movimiento popular se reorganice de abajo

hacia arriba y se independice como fuerza política. De ahí que, superadas las condiciones que permiten el régimen de fuerza, el movimiento popular deberá resurgir como fuerza independiente y con objetivos políticos claramente propios.

3. Al someter al movimiento popular a una represión generalizada, ha generado un proceso de organización clandestina y de autodefensa, que se ha manifestado en los movimientos estudiantiles de junio-julio de 1966. Por otra parte, ha provocado manifestaciones insurreccionales todavía aisladas, como el movimiento de campesinos en el Noreste, dirigido por Chapéu de Coro (Sombrero de Coro); el levantamiento del general Jefferson Cardin; las manifestaciones de terrorismo político (atentado al Estado de Sao Paulo, diario de derecha; atentado en el aeropuerto de Recife en ocasión de la llegada del entonces candidato Costa e Silva; atentados en el Ministerio de Guerra y otras reparticiones militares). Noticias no confirmadas hablaron de la existencia de guerrillas en el sur del país y, en abril de 1967, son arrestados catorce guerrilleros en la Sierra de Caparaó, en Minas Gerais.

La conclusión posible es que el país tiende a un proceso de radicalización política todavía más fuerte que aquel vivido en el periodo anterior. Y como es lógico, a enfrentamientos más radicales deberán seguir alternativas políticas más radicales. De hecho, en 1968 el país se vio sumergido en la mayor movilización de masas de su historia, que tuvo su expresión culminante en el desfile de los 100 000 realizado en Guanabara, bajo el liderazgo de la Unión Metropolitana de Estudiantes de Guanabara, en protesta por la muerte de un estudiante, Edson Luis, por la dictadura.

Por otro lado, la guerrilla urbana explotó en la realidad política brasileña con acciones de varios tipos (asaltos a bancos, ataques a cuarteles, acciones de propaganda armada, etc.), transformando las organizaciones armadas en el centro de la oposición a la dictadura, hasta 1971.

Desde el punto de vista programático, esas organizaciones promovieron un amplio debate en torno al carácter de la revolución brasileña, que excluye definitivamente la revolución democrática y nacionalista que orientó al movimiento popular dirigido por el PCB hasta 1964. La discusión pasó a ser entre el carácter socialista y de liberación nacional o popular hacia el socialismo.

La radicalización se expresó, pues, de tres formas: en lo que respecta a la movilización de masas, desde el punto de vista militar e ideológico.

Al mismo tiempo, crecieron las fuerzas de la derecha, logrando identificarse con el aparato de la represión, amparadas en el golpe de noviembre de 1968, que tenía como objetivo paralizar el avance de las fuerzas populares. La ofensiva derechista, a partir de entonces, fue de una barbarie digna de los aparatos nazifascistas y logró paralizar y hacer retroceder al movimiento popular en los tres aspectos.

La base económica de esta ofensiva era la retornada del crecimiento económico, que, después de estimular el movimiento reformista en 1968, pasó a ser canalizado por el gobierno con concesiones sobre todo a las clases media alta y a la pequeña burguesía, que habían estado en la vanguardia del movimiento de protesta de 1968.

6. CONCLUSIONES

Si la hipótesis que dirige este trabajo es verdadera, ese proceso de radicalización es producto del proceso de concentración económica del nuevo sector de la economía: el sector industrial integrado en el capital monopólico internacional. Así, sus causas son más profundas que sus apariencias políticas. Si estudiáramos detenidamente este fenómeno en América Latina, tal vez pudiéramos detectar, en grado más o menos intenso, este proceso general. La observación empírica, todavía insuficiente, nos conduce a una confirmación de esta hipótesis general. En todas partes observamos un proceso de crisis constante y manifestaciones de radicalización de los procesos de lucha política.

El golpe militar de la Argentina de 1966 ha hecho repetir muchos de los procesos descritos en este capítulo. El intento de explicar esta situación por causas puramente políticas se ha demostrado insuficiente.

Por otra parte, el intento de explicar este proceso de radicalización como producto de las sobrevivencias oligárquicas tradicionales se ha mostrado también muy insuficiente.

Los datos revelan que América Latina ha vivido un proceso de acelerada industrialización y crecimiento económico en los últimos treinta años. Las causas de la crisis del continente tienen, pues, que ser buscadas por lo menos en los países más industrializados, en las contradicciones en que se realiza el proceso de industrialización. Es este proceso el que explica la crisis, incluso la de los sectores más atrasados.

7. NOTA DE 1977 SOBRE LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA

Como lo hemos destacado en el capítulo III de la Primera Parte, el proceso de radicalización política del subcontinente se ha transformado en un hecho histórico que apenas se divisaba en 1966.

Muchos elementos de esta radicalización que ocurrieron en Brasil en 1961-64 se repitieron de manera aún más

profunda en el proceso chileno de 1968 a 1973, en la radicalización boliviana de 1968-71, en la Argentina de 1969-73. Bastaría recordar aquí la formación de la Asamblea Popular en Bolivia que se constituyó en un órgano de representación de los obreros bolivianos (particularmente de los mineros) con participación estudiantil y de sectores campesinos. O la formación de los cordones obreros, los consejos campesinos y los comandos populares en Chile. O entonces el fenómeno del Cordobazo en Argentina y las huelgas obreras del último periodo peronista con Isabelita en el gobierno. No se debe olvidar la experiencia de masas del Frente Amplio en Uruguay o del UNO en Salvador, y se debe poner especial atención en las últimas huelgas de masa y el surgimiento de poderosas organizaciones obreras y campesinas en Perú, Ecuador, Colombia, Honduras, etc.

No se puede ignorar también el apareamiento de fuertes corrientes militares progresistas en casi todos los países latinoamericanos así como la radicalización de sectores cristianos que ha alcanzado hasta la jerarquía de la Iglesia Católica y de otras religiones. Estos no son fenómenos aislados que se pueden explicar por tendencias individuales, psicológicas y por el simple desarrollo de las ideas. Ellos tienen profundas raíces socioeconómicas que buscamos explicar en estas páginas.

No se debe también ignorar la contraofensiva del gran capital local e internacional. Vimos que las soluciones derechistas se expanden por América Latina y vemos hoy día cómo se está buscando crear una alternativa socialdemócrata que canalice la creciente rebelión a estas alternativas derechistas. La ofensiva de James Carter por los derechos humanos se suma a la reunión de partidos socialdemócratas en Caracas y a la reunión internacional de la Democracia Cristiana en Roma para buscar un modelo neocapitalista que permita la participación del movimiento obrero en una nueva etapa de acumulación capitalista en que la nueva división internacional del trabajo que se bosqueja hoy día permita entregar nuevas bases de desarrollo capitalista a los países capitalistas dependientes y frenar el avance de una alternativa socialista a la dependencia económica y al subdesarrollo. Los límites de esa alternativa neoliberal están apuntados ya en este libro al señalarse los límites en general del desarrollo capitalista dependiente.

Los hechos han demostrado en general que los intentos de producir regímenes burgueses democráticos y progresistas se estrellan en contra de las raquícticas bases del capitalismo dependiente y provocan una creciente movilización de los sectores populares que tienden a constituir sus órganos propios de poder, primeramente con el objetivo de presionar los liderazgos reformistas y posteriormente asumiendo la forma de un poder alternativo que sólo puede lograr su resultado lógico con la transformación radical del Estado y de la economía. No se puede descontar por tanto el reapareamiento de los Goulart, los Torres, los Velasco Alvarado, los Bosch, los Perón, etc. en nuestro subcontinente, pero se debe esperar que ellos sean consumidos por las mismas contradicciones internas que llevaron a la ruina sus gobiernos, por mejores que hayan sido las intenciones de algunos de ellos.

III. Notas para una revisión crítica

1. UN MODELO FRACASADO

El estudio que hemos hecho hasta el momento nos ha revelado la debilidad de la visión predominante sobre los cambios sociales que están ocurriendo en nuestros países.

A pesar de habernos centrado en el caso brasileño, pudimos demostrar que era plenamente posible tomarlo como modelo, en muchos sentidos más avanzado, de un proceso que estaría realizándose en toda América Latina.

Si es verdadero ese supuesto, podemos esbozar rápidamente, y de forma exploratoria, las consecuencias de esta revisión en el modelo de desarrollo latinoamericano y eventualmente en las categorías de análisis científico utilizadas para la elaboración de este modelo.

El primer equívoco de este modelo de desarrollo estaría en su idealización del proceso de industrialización y modernización.

Al aislar este proceso de las condiciones históricas en que se realiza, la ciencia social dominante en Latinoamérica lo ha pensado como una repetición de algunas características que ha tenido en Europa y Estados Unidos.²⁶

Se había idealizado el proceso de industrialización como: a) generador de una economía y de una sociedad nacionales, como resultado del proceso de diferenciación social que produciría nuevas estructuras de comportamiento social; b) creador de un centro de decisión política y económica nacional, como resultado del establecimiento de una economía dirigida al mercado interno e independiente de la economía de los países desarrollados, y c) creador de un proceso de democratización política caracterizado fundamentalmente por:

-la destrucción del poder político de las oligarquías tradicionales y de la forma de dominación de élite establecida por ellas;

-la incorporación de los sectores populares a la vida nacional y una democratización de la vida política;

-una democratización del consumo, al crearse una sociedad de masas.

La realidad es, sin embargo, distinta:

- a) La creación de una sociedad moderna no ha eliminado la formación de un vasto sector social urbano, no completamente integrado en esta sociedad, que compone los llamados "marginales". Así también, la crisis de la economía rural no ha sido suficiente para disminuir significativamente la población rural. El resultado ha sido la creación, al lado de un sector "moderno", de un sector semejante al tradicional, generado, sin embargo, por el proceso de industrialización.
- b) La decisión política y social, a pesar de la generación de una estructura productiva para el mercado interno, no ha sido transferida al interior de estos países. Al contrario, crece su dependencia económica, social y militar de un centro único, que no es otro que los Estados Unidos.
- c) En vez de un proceso de democratización y participación popular, se asiste a un proceso de centralización administrativa y de organización de poderes fuertes no representativos, y ello junto a una radicalización del movimiento popular para posiciones tácticas y estratégicas socialistas.

¿A, qué causas atribuir esos errores de visión? Dos aspectos deben ser estudiados. En primer lugar, los elementos de la realidad que negaron este modelo de desarrollo. Luego, los errores metodológicos y teóricos que han llevado a este modelo equivocado.

2. CAUSAS DE LOS EQUÍVOCOS

La esencia del desarrollo económico latinoamericano de los últimos años ha sido el desarrollo de una industrialización de los cuadros de una economía internacional monopólica. ¿Qué significa esto?

1. Que la industrialización se ha realizado yuxtapuesta a la vieja división internacional del trabajo entre productores de manufacturas y exportadores de materias primas y productos agrícolas. El proceso de sustitución de importaciones fue el proceso de la dependencia de la industrialización al esquema colonial-exportador. Esto equivale a decir que el proceso de la "modernización" social y económica hubo de conciliarse con la sobrevivencia de la vieja sociedad. Y aún más, el poder político también debió ser compartido con las viejas oligarquías, que interpenetraron los sectores de la clase dominante.

²⁶ Es necesario destacar que estas características no tienen el carácter explicativo y dominante que en general se ha pretendido darles.

2. La industrialización se realiza, así, dentro del proceso de interacción internacional realizado por el gran capital. Es decir, que las expectativas de que resultara una liberación económica nacional fueron sustituidas por la realidad de una dependencia todavía más estrecha de la economía de los países subdesarrollados a la economía central integradora. Esta dependencia se hace cada vez más absurda cuanto más la economía nacional es integrada tecnológicamente y se crean la industria pesada y una tecnología nacionales. Sin embargo, la complementación de la economía nacional por la industria pesada es un proceso que representa un cambio de calidad y exige profundas transformaciones económicas y sociales, que difícilmente pueden darse en el cuadro de los actuales esquemas de fuerzas nacionales e internacionales.
3. La industrialización se hace también en las condiciones de una economía internacional tecnológicamente muy avanzada. Esto provoca dos efectos: por una parte, la dependencia tecnológica que profundiza la dependencia económica. La tecnología se caracteriza hoy por su alta necesidad de inversiones en actividad científica y de investigación que sólo las grandes empresas o el Estado pueden realizar. Las empresas de los países subdesarrollados simplemente reproducen la tecnología creada en los centros económicos mundiales.
4. Por otra parte, la tecnología moderna se caracteriza por la disminución de la relación hombre-producto. Es decir que para producir una misma cantidad se exige cada vez menos hombres y más grandes inversiones en máquinas y en materias primas. Los efectos de esta situación sobre la economía de los países subdesarrollados son que la inversión exige una gigantesca concentración de capital que sólo podrá ser realizada por la gran empresa internacional o por el Estado nacional. En esta opción desaparece la posibilidad de constitución de una economía nacional capitalista independiente.
5. Al exigir una pequeña cantidad de mano de obra, la tecnología moderna con que se lleva a cabo la industrialización en los países subdesarrollados se muestra incapaz de absorber la mano de obra liberada del sector agrario en crisis y la mano de obra generada por el crecimiento de la población. Así, el desarrollo industrial y la penetración del capitalismo y de la tecnología moderna en el campo sólo aumentan el sector de la población sin trabajo productivo, ampliando la población subempleada, que constituye el llamado sector marginal.
6. Al realizarse el desarrollo dentro del cuadro de una economía altamente monopólica, disminuyen los estímulos, dentro de esta forma económica, a la expansión del mercado interno y, en consecuencia, los incentivos para una política agresiva de reforma agraria y reformas sociales y económicas ligadas a la destrucción de la economía colonial-exportadora y agraria. El esfuerzo fundamental se concentra en la intensificación de la explotación del mercado existente, sea nacional, sea intercontinental. Así, el Mercado Común Latinoamericano, antes entendido como forma de fortalecimiento de las economías latinoamericanas pasa a ser objetivo de las empresas monopólicas internacionales integradas a las economías latinoamericanas y que pretenden distribuirse el mercado continental por intermedio de acuerdos comerciales.

Común Latinoamericano, antes entendido como forma de fortalecimiento de las economías latinoamericanas pasa a ser objetivo de las empresas monopólicas internacionales integradas a las economías latinoamericanas y que pretenden distribuirse el mercado continental por intermedio de acuerdos comerciales.

7. La idea de una participación popular en el poder, amenazada por la tasa de ganancia obtenida por estas grandes empresas, la participación del capital extranjero, el régimen de propiedad privada, todo ello conduce a políticas económicas antipopulares, las que, a su vez, precisan de gobiernos fuertes. Por otra parte, la imposibilidad de ofrecer una solución rápida a la crisis agraria, a las poblaciones liberadas de los sectores atrasados y al crecimiento de la población, crea un vasto movimiento popular cada vez más radical. Esta situación lleva a la intensificación de la represión y a un rompimiento de las posibilidades de un equilibrio social que permitiera formas políticas de tipo democrático.
8. La creación de una estructura económica profundamente denominada por el capital, fundamentalmente extranjero, se proyecta sobre la estructura del poder y somete al Estado al dominio de este gran capital, destruyendo uno de los principales centros de resistencia que el capital nacional tuvo en los años 40 y principios del 50. El dominio de la publicidad y de los medios de comunicación, de la educación y de amplios sectores de la intelectualidad dan al gran capital internacional y al gobierno de sus países una fuerza cada vez mayor de dominio político de las sociedades latinoamericanas. Pero genera, simultáneamente, un proceso de radicalización de la intelectualidad y de revisión de muchas de sus aspiraciones inmediatas.

Todos estos factores han destruido la utopía de las economías capitalistas nacionales e independientes en el cuadro de una economía capitalista internacional integrada y basada en la dependencia.

3. CUESTIONES DE MÉTODO

¿Qué errores de método han permitido esta programación equivocada del futuro de nuestras sociedades, es decir, del verdadero sentido de las tendencias que se realizan en ellas?

Una investigación de este tipo exigiría otro trabajo.²⁷ Lo que vamos a apuntar aquí son solamente algunas ideas generales, que serán objeto de un desarrollo futuro.

En primer lugar, se ha de poner en discusión la posibilidad de establecer un esquema de desarrollo ideal aislado de las condiciones históricas específicas en que se realiza. Es decir, la forma concreta de analizar el proceso de desarrollo no es por medio de modelos de funcionamiento de sectores económicos y de las

repercusiones sociales de este funcionamiento. Al contrario, hay que arbitrar categorías de análisis capaces de describir el proceso de desarrollo como movimiento histórico concreto, en condiciones dadas.

En nuestro caso, tratábase de estudiar el desarrollo de nuestros países dentro del cuadro de una economía internacional determinada, con sus leyes específicas, es decir, con su tendencia histórica al dominio e integración del mercado mundial. Además, la tecnología y el desarrollo de las fuerzas productivas habían de estar integradas al esquema de análisis directamente y no como elemento externo y complementario.

Pero lo más importante es que hay que estudiar las tendencias que cada momento histórico revela en su carácter dialéctico, es decir, en sus contradicciones internas. El proceso social se realiza en un amplio proceso de contradicciones que un análisis empírico no puede revelar directamente. De ahí la necesidad de utilizar la abstracción para superar las apariencias inmediatas de la realidad. Al hacer esta superación, integrando las tendencias descubiertas empíricamente en el proceso total de la realidad, se descubren las contradicciones internas de estas tendencias y el carácter dialéctico de su movimiento. Nada más peligroso que una ciencia social empirista. Ella sólo hace cristalizar momentos de la realidad, aislando estos momentos de la totalidad en que se encadena. La eficacia inmediata que muchas veces este método revela no hace más que mostrar su carácter irracional. Es decir, manifiesta su tendencia de someter a los hombres a las fuerzas ciegas del momento histórico y consecuentemente a un determinismo muchas veces no expresado, que niega al hombre las grandes visiones históricas donde su libertad se realiza.

El aparente carácter científico de estas generalizaciones empíricas se ve violentamente desenmascarado por la práctica histórica. El pragmatismo de esta posición teórica no hace sino revelar el carácter bárbaro de una ciencia que no se inscribe en el cuadro de la libertad humana.

²⁷ Muchas de esas ideas fueron desarrolladas posteriormente en otros trabajos del autor y se encuentran reunidas en el libro *Imperialismo y Dependencia, Era, México, 1977*.

Quinta parte

La crisis política

I. Visión de conjunto

Los acontecimientos de abril de 1964 marcan una línea divisoria en el proceso político brasileño. En esa oportunidad, los sectores patéticamente más avanzados de la clase dominante se sometieron definitivamente a una unión con los sectores más atrasados y reaccionarios. La alta concentración monopólica del desarrollo industrial creó un agrupamiento de la alta burguesía que reúne a la burguesía industrial, financiera y comercial con el latifundio y el imperialismo. El golpe de abril fue el resultado político de este desarrollo de las relaciones económicas del país. Ya en 1954, después del suicidio de Vargas, podemos advertir los primeros pasos en dirección a este camino. La crisis de agosto de 1954, provocada por el suicidio de Vargas, señaló la iniciación de la capitulación de la burguesía industrial, que hasta entonces promovía en el país, bajo el mando de Vargas, una política nacionalista en la Petrobrás, en la Fábrica Nacional de Motores, en el proyecto de la Electrobrás, en un riguroso control de las divisas para la importación de bienes de producción, en la lucha contra las remesas de lucros (violentamente condenadas en la carta-testamento de Vargas). Dicha carta fue la expresión más revolucionaria de esta política que apelaba especialmente al movimiento popular ("los humildes", en la terminología paternalista del caudillo) como sostén y apoyo.

Las violentas manifestaciones nacionalistas que siguieron al suicidio de Vargas indicaron a la burguesía brasileña con quién podrían contar para realizar tal política: con una masa radicalizada y activa cuyo control no parecía fácil. Desde entonces la preocupación fundamental de la burguesía dejó de ser sus aspiraciones nacionalistas y pasó a ser el dominio de estos aliados. Constató que, según sus intereses, el movimiento nacionalista debería apoyarse en una articulación de las cúpulas sociales y no en estas "peligrosas" movilizaciones populares. Paulatinamente, el concepto de nacionalismo se fue sustituyendo por el de desarrollo. El nacionalismo, decían, es un instrumento para realizar el desarrollo económico, el cual resolvería todos los problemas del país, incluso el de la dominación imperialista, pues permitiría desplazar los centros de decisión hacia el interior de la economía nacional. Cuando el nacionalismo se mostrara "sectario" e impidiese el desarrollo, debería ser puesto de lado: La cuestión fundamental que se puso de relieve por este sutil cambio de posición teórica era la del capital extranjero. El nacionalismo sectario es aquel que no reconoce los aspectos positivos de este capital, mientras que el nacionalismo desarrollista trata de atraerlo hacia todos los sectores donde puede ser útil. El nacionalismo "sectario" es también aquel que concede privilegios a la acción estatal frente a la iniciativa privada. Este cambio de posición se expresó muy claramente en el Instituto Superior de Estudios Brasileños a raíz de la renuncia de su principal fundador, Helio Jaguaribe, que pasó a condenar el "sectarismo" del ISEB.¹

El Programa de Metas de Kubitschek fue la expresión práctica de este cambio ideológico, al realizar un desarrollo apoyado en el capital extranjero y en la supervivencia del latifundio. En la medida en que este tipo de desarrollo acusaba las contradicciones entre los sectores económicos y sociales más adelantados del país y las supervivencias latifundistas y de dominación imperialista, la bandera del nacionalismo cayó totalmente en las manos de los aliados populares de la víspera, que pasaban a amenazar el esquema de conciliación de clases. Esta situación, sumada a la crisis económica que se esbozaba en el seno de una inflación creciente, ampliada en gran parte por este esquema de conciliación, llevó a la burguesía a renunciar paulatinamente al desarrollo mismo.

La experiencia del gobierno de Quadros fue muy significativa. A través de la figura mesiánica de Quadros, la gran burguesía creía haber resuelto el problema principal: confiaba en la capacidad de él para contener a las masas. A partir de allí podría iniciar una tentativa de mejorar su posición dentro del consorcio de clases que domina el país. Agitando los seis millones de votos que obtuvo, Quadros inició una ofensiva hacia las reformas básicas y la política externa independiente. El objetivo de esta política era bastante tímido, a pesar de su apariencia ostentosa; se trataba simplemente de un mejoramiento general de la situación de la burguesía frente al latifundio y al imperialismo. Pero el centro de esa política era el control mesiánico sobre el movimiento de masas, sin el cual el camino reformista era un riesgo muy grande para la burguesía. Mientras hablaba de reformas y se mostraba "preocupado" por la invasión de Cuba, Janio Quadros lanzaba las tropas contra una inocente huelga estudiantil

en Recife, tratando de advertir al movimiento de masas hasta qué extremos estaba dispuesto a llegar. Pero la Instrucción 204 y las primeras señales de la política de estabilización ya amenazaban la popularidad del mesías y ponían en peligro su hipnosis sobre las masas, que, como toda manipulación psicológica, no resistió el choque con la práctica histórica. La tentativa de reconquistar la simpatía popular a través de la radicalización de la política externa encontró una gran barrera en la derecha. El "golpe" de la renuncia buscaba la toma del poder en términos absolutos, pero las masas y la derecha, puestas radicalmente en choque, optaron por otros caminos: las primeras apoyaron la toma de posesión de João Goulart, la segunda tentó el camino de la dictadura militar. Para evitar la guerra civil, los dirigentes de las fracciones en lucha aceptaron el compromiso parlamentarista que reducía los poderes de Goulart.

Acosado por las masas y la derecha, el compromiso parlamentarista trató de recuperar el equilibrio perdido. Era la oportunidad, para João Goulart, de aprovechar el descontento popular, recuperar los poderes perdidos y caminar hacia un golpe bonapartista.

El diálogo impuesto a la gran burguesía por el movimiento popular la hacía retroceder cada vez más, temerosa de los inconformismos, de las iniciativas independientes y del apoyo que las masas encontraban en las bases de las fuerzas armadas. Para mantener su prestigio junto a la burguesía, Goulart trataba cada vez más de contener el movimiento popular que se le escapaba de las manos. ¿Pero qué valor tenía Goulart sin el control del movimiento de masas, si la burguesía sólo lo aceptaba por esta cualidad de heredero de Getulio Vargas, a través de su carta-testamento?

En esa situación, la ideología burguesa caminó hacia el abandono del propio objetivo del desarrollo a cambio de la garantía de su dominación de clase, que estaba amenazada por sus aliados populares. Helio Jaguaribe dará este paso teórico en su libro *Desarrollo Económico y Desarrollo Político*, al defender la necesidad de un poder autoritario para realizar el desarrollo. En este libro, el énfasis se aplica sobre todo al poder autoritario que, por sus características desarrollistas, lo denominó neobismarckismo. Poco a poco, la burguesía fue abandonando sus perspectivas desarrollistas y sustituyéndolas por la necesidad de una política de estabilización, cada vez más urgente ante el fracaso del gobierno de Goulart. Impedida de ofrecer una salida propia para la crisis, la burguesía caminaba a grandes pasos hacia la derecha. Frente al movimiento de masas en crecimiento, pasaba abiertamente a la conspiración. Temblaba de miedo, al lado de los latifundistas, pero era fuerte políticamente porque tenía a su favor la inmovilidad del adversario. Y esta inmovilidad surgía del hecho de que las masas, única fuerza capaz de detener el golpe, eran contenidas por sus aliados burgueses en el poder.

Por esto el primero de abril de 1964 fue tan grotesco, tan ridículo y tan decepcionante para todos sus protagonistas. Pero el paso estaba dado, irreversiblemente, en el sentido de una estrecha alianza de la clase dominante. La política de fuerza, para ser eficaz, tiene que aplicarse sobre su propio apoyo social: la clase en el poder debe confiar en que sus dirigentes practican una política de fuerza, justa y ecuánime, sobre sí misma y sobre sus propios aliados. Es esta especie de espíritu masoquista, esta necesidad de autocastigo para asegurar el equilibrio de clase, lo que explica, por ejemplo, el amor que la burguesía tiene en estos momentos críticos por los líderes que la tratan a patadas, como Janio Quadros.

En el primer momento, el golpe de abril parecía haber conseguido esta autoridad externa e interna anhelada por la clase dominante. Pero la alienación de su poder al arbitrio de un grupo de oficiales no fue el paso certero. Las condiciones no habían aún madurado para que este poder tuviese la unidad ideológica y política

¹ Es sugestivo el nombre del libro que dio origen a la polémica: *Nacionalismo y desarrollo nacional*, ISEB, 1958.

suficiente para asegurar la tranquilidad tan deseada. Serán necesarios nuevos pasos, y por más que se desee lo contrario, todos se darán en el sentido de buscar esta unidad que abril no proporcionó. La unidad es el problema de la clase dominante brasileña; su actual división no es más que la expresión de búsqueda de esa unidad. Y sólo el fascismo podría resolver el problema; pero muchas aguas correrán antes de que se llegue hasta allá...

El fascismo sería el último intento de contener la profunda revolución social que se avecina y cuyas coordenadas económicas describimos en la Primera Parte. Pasamos ahora a describir los componentes políticos de esa situación revolucionaria.

No se trata de propagar una revolución, sino de analizar científicamente la realidad. Si ello no agrada a algunos, ¿de quién será la culpa? Como diría el poeta Carlos Drummond de Andrade:

*Si mi verso no salió
fue tu oído que lo estropeo.*

II. El Bonapartismo

Finalmente, en vez de ganar fuerzas con el apoyo del proletariado, el partido democrático infectará al proletariado con su propia debilidad y, como suele acontecer con los grandes hechos de los demócratas, los dirigentes tuvieron la satisfacción de poder acusar al "pueblo" de deserción, y el pueblo la satisfacción de poder acusar a sus dirigentes de haberlo ilusionado. (Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.)

1. CONCEPTO DE BONAPARTISMO

En el proceso de la revolución francesa de 1848, la burguesía democrática y republicana se unió, en junio del mismo año, a la burguesía monarquista para detener al proletariado, con el que había derrocado al régimen de Luis Felipe, en febrero de 1848; la burguesía monárquica se unió al campesinado y al lumpemproletariado de París, expresados en la figura de Luis Bonaparte, para derrumbar a los republicanos, y acabó siendo golpeada por el sobrino de Napoleón en diciembre de 1851. Ese proceso de descenso de la revolución de 1848 estaba condicionado por el espectro vivo del proletariado revolucionario y de la amenaza socialista, que obligaba a la burguesía a renunciar a sus posiciones revolucionarias para buscar un gobierno fuerte, que garantizara el régimen de tranquilidad del capital, amenazado por el movimiento popular y por las crisis revolucionarias. En el régimen que resultó, Luis Bonaparte se presentó como salvador nacional y como un jefe situado por encima de las clases y capaz de evitar los agudos conflictos sociales que tanto asustan a la burguesía. Apoyado por un sector marginal de la sociedad (en el caso de Luis Bonaparte, el lumpemproletariado de París, la escoria de los bares y cafés, que constituyeron la Sociedad del 10 de diciembre), este "jefe" aparece como el salvador del régimen y de la tranquilidad social. Tal situación impone el control del poder ejecutivo sobre el poder parlamentario y representa, de hecho, una etapa de transición hacia el dominio de clase indiscutible, sea de la burguesía, sea del proletariado, por medio de la revolución. Tal fue el balance de la experiencia de la revolución francesa de 1848, que vino a confirmarse en 1871 con los dramáticos acontecimientos de la Comuna de París, cuando el proletariado y la burguesía francesa jugaron una carta de vida o muerte. La derrota del proletariado revolucionario de París estableció las condiciones de un régimen burgués, que permaneció estable en Francia hasta la guerra de 1914.

El concepto de bonapartismo que emerge de tal análisis fue aplicado a nuevas condiciones históricas, como el gobierno de Kerensky en la Rusia revolucionaria de 1917, en condiciones de lucha de clases mucho más

graves. Los regímenes fascista y nazista fueron también interpretados como ejemplos de bonapartismo en la fase imperialista del capitalismo. El gobierno de Bismarck, en Alemania, también presentó características semejantes.

El bonapartismo puede ser conceptualizado, en un modelo abstracto, como un régimen de fuerza, aparentemente por encima de las clases sociales, dominado por un "jefe" militar o civil, y una burocracia que disfruta de una independencia relativa, que le permite contar con la clase dominante. Su principal objetivo es la conservación del orden existente, anteriormente amenazado. Representa un estado provisorio de equilibrio de fuerzas entre las clases en choque. En él se acumulan las fuerzas de esas clases, hasta que el equilibrio se rompe en favor de una de ellas. Podemos distinguir dos modelos básicos de bonapartismo: progresista y conservador. El bonapartismo progresista sería un gobierno autoritario, apoyado sobre todo en un movimiento popular controlado, y que, a costa de concesiones a los más dóciles y de represión a los revolucionarios, garantiza al mismo tiempo el dominio burgués sobre el movimiento popular y las medidas progresistas de la burguesía contra los sectores más atrasados de la clase dominante. Tales fueron, por ejemplo, las características del Estado Nuevo en Brasil. El carácter "progresista" de este bonapartismo evita que los choques de clase se tornen violentos en su término. En Brasil, todos los gobiernos que sucedieron al Estado Nuevo continuaron este proceso de centralización política, bajo formas más blandas e institucionales de bonapartismo. El gobierno de Dutra (1946-1951), con sus medidas dictatoriales contra los comunistas, y el segundo gobierno de Vargas (1951-1954), con intentos de "unión nacional" y sus luchas contra el parlamento, muestran que esas tendencias bonapartistas no se resolvieron con la caída del Estado Nuevo. El estado brasileño continuó dominado por una burocracia voraz, que sirve de intermediaria entre los intereses de la burguesía y de la mayoría de la nación. La burocracia sindical es el otro polo de este régimen del Estado Nuevo, que persistió después de la "redemocratización", sirviendo de intermediaria entre los intereses inmediatos de los trabajadores y la dominación burguesa.

Otra forma de bonapartismo sería el bonapartismo conservador. En este caso tendríamos un régimen autoritario y nítidamente conservador, que se impone por la fuerza al movimiento popular, apoyándose en la represión, por un lado, y en concesiones a los dirigentes de masas, por otro, logrando mantenerse así la dominación de clase. Su objetivo principal no es una política de reformas, sino la garantía del orden existente; su base es siempre un aparato conservador, como las fuerzas armadas; su jefe es siempre una figura menos popular y sus articulaciones se restringen a las directivas políticas. Podríamos mostrar resabios de este régimen en el gobierno de Dutra, pero, por sobre todo, en el gobierno de Café Filho (1954-1955). En cuanto al concepto de fascismo, se desarrollará en el próximo capítulo.

Por lo que vemos, el concepto de bonapartismo es un elemento bastante útil para la comprensión del reciente proceso político brasileño. A través de él podremos comprender la esencia de las luchas sociales que se trabaron en el país en estos últimos treinta años y las nuevas perspectivas que se configuran para la clase dominante brasileña.

2. LA EPOPEYA BONAPARTISTA

El Estado Nuevo (1937-1945) surgió de la necesidad de la burguesía industrial, aliada al latifundio en este momento, de contener al movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, seguida por el proletariado, que trataba de llevar a las últimas consecuencias la revolución democrática-burguesa de 1930. Esta ala revolucionaria del movimiento pequeñoburgués se había unido en torno de la Alianza Nacional Libertadora, cuyo fracaso en 1935 abrió las puertas para que el gobierno burgués latifundista se enfrentase a la derecha del movimiento pequeñoburgués, el integralismo, en ocasión del golpe de 1937.

A través de una red de concesiones e iniciativas de centralización, el Estado Nuevo abrió camino para la instalación de una industria de base en el país. Tal proceso se completó en el periodo de Dutra (1946-1951) bajo la forma de una democracia constitucional restrictiva, en la que las oportunidades de desarrollo fueron encaminadas a través del Plan Salte, de la creación de la Compañía Hidroeléctrica del Valle San Francisco y la complementación de la industria de base. Pero el carácter conservador del gobierno de Dutra dio, al mismo tiempo, oportunidad para derrochar las divisas acumuladas durante la guerra en la compra de Cadillacs, artículos de material plástico y artículos de lujo para el consumo.

Los avances que se realizaron en este periodo exigían su complementación por medio de una política progresista de cuño nacionalista que estableciera, a través del Estado, las condiciones para una efectiva industrialización en gran escala. Tal política en el movimiento obrero, que emergió en la fase final del Estado Nuevo y se ha venido fortaleciendo cada vez más con el desarrollo industrial del país. La Petrobrás, el proyecto de la Electrobrás, la Fábrica Nacional de Motores, las restricciones al capital extranjero, las dificultades cambiarias para importar bienes de lujo y de consumo inútiles, a través de impuestos sobre las importaciones y el control de las divisas, con medidas que abren camino para un desarrollo capitalista nacional e independiente. El aumento del salario mínimo y la agitación obrera de João Goulart, el resurgimiento del sindicalismo oficialista y las medidas de control de precios trataban de buscar un esquema de masas para sustentar el movimiento nacionalista que la burguesía abría a través del gobierno getulista. Las maniobras para envolver la UDN (partido de oposición conservador) en un esquema de unión nacional perseguían garantizar el apoyo de la

clase media, pero el descontento popular, derivado de la intensificación de la acumulación de capital, de la creciente inflación y aumento del costo de vida, exigía concesiones y radicalizaciones crecientes. La huelga general de São Paulo en 1953, la elección de Janio Quadros para la Intendencia de la ciudad de São Paulo, la formación del Pacto de Acción Común Sindical de São Paulo, la huelga general de 1954, nuevamente en São Paulo, mostraron que ese movimiento avanzaba mucho más allá de los límites de un simple apoyo a las medidas nacionalistas.

Antes de que llegase a este clímax, los intereses de la antigua estructura latifundista-exportadora y de los capitales extranjeros se unieron para realizar una intensa campaña de "moralización" pública, dirigida por Carlos Lacerda, que atacaba a medias la corrupción que crecía junto al desarrollo capitalista, sobre todo cuando éste se apoyaba en una burocracia rapaz como la que se creó en el Estado Nuevo y que se mantenía en el poder. Fueron las clases medias y la pequeña burguesía los principales objetos de esa propaganda; pero también una parte del proletariado que estaba bajo el control del PCB participó de ella.

El manifiesto de los generales contra Goulart y la campaña de Lacerda encontraron su culminación en la "República del Galeão", comisión de investigación, dirigida por la Aeronáutica, para aclarar el atentado realizado en contra de Carlos Lacerda, la cual se transformó en una inquisición en contra de la corrupción en el gobierno de Vargas. El suicidio de Vargas y las gigantescas manifestaciones de masa nacionalistas que lo sucedieron mostraron a la burguesía los peligros del bonapartismo progresista. El gobierno de Café Filho, que sucedió a Vargas en la presidencia, trataba de detener la tormenta que se desencadenó sobre las clases dominantes brasileñas en los años 53, 54 y 55. Frente a los peligros de una política nacionalista de masas, la burguesía renunció a su camino nacionalista y pasó a una política de conciliación con el imperialismo y el latifundio. El desarrollismo de Kubitschek, garantizado por el contragolpe del 11 de noviembre de 1955, procuró realizar el máximo dentro de este esquema: hacer la industrialización con el capital extranjero, conservando la vieja estructura agraria, haciendo concesiones al proletariado y a las clases medias y garantizando el estímulo a la industrialización a través de una expansión inflacionaria del consumo.

Pero el movimiento de masas crecía simultáneamente con el desarrollo de ligas campesinas en el Noreste, huelgas estudiantiles en Río, huelgas obreras en todo el país, pactos sindicales, saqueos en la provincia de Río de Janeiro, y en otras provincias, movimiento nacionalista en crecimiento. Fue entonces cuando la burguesía encontró un Bonaparte provinciano, profesor mediocre y abogado frustrado, demagogo sin escrúpulos y corrompido, que agitaba mesiánicamente la bandera de la moralidad, del populismo, de la salvación nacional, etc. Emilio Carlos, grotesca parodia de Quadros, definió el pensamiento político del "salvador nacional" como

de "centro-izquierda de derecha" . . . Era el desarrollismo que llegaba a su fin. Era la conciliación general de clase en la amalgama del desarrollo eufórico que generaba su monstruo. El médico que iría a salvar el país no pasaba de ser un monstruo, de hecho inofensivo, en aquella circunstancia. Seis millones de votos eran el arma con que amenazaba a todas las clases. Escuchemos los pensamientos maquiavélicos del mesías Janio Quadros:

Soy el pueblo, soy irresponsable ante la Nación porque tengo de ella la delegación total de los poderes para salvar al país. ¡Ay del parlamento, ya desmoralizado! ¡Ay de los políticos tradicionales, a los cuales fulmino con mis insolentes billetes! ¡Ay de los oficiales de las fuerzas armadas si no me apoyan, si me amenazan! ¡Ay de las masas: si levantan la cabeza, les echo las tropas encima, como hice con la inocente huelga estudiantil en Recife!

Nadie protestaba. El país estaba en suspenso. *Hasta la Hora del Brasil*, desprestigiado programa de radio, obligatorio del gobierno desde la dictadura de Vargas, ganó un público nacional. La espera era, sin embargo, una expectativa contradictoria; el proletariado y las clases medias aguardaban la disminución del costo de la vida, las reformas anunciadas y la política externa independiente. La clase dominante aguardaba la política de fuerza, la estabilización monetaria y la continuación del desarrollo. La clase media y la pequeña burguesía aguardaban la moralización de la vida pública y las oportunidades de acceso a ella. Los campesinos, agitados nacionalmente por primera vez, esperaban las medidas de reforma agraria. Los militares de derecha esperaban el terror sobre las masas y el fin de las agitaciones. Todos esperaban pasivamente que su salvador actuara.

Pero el drama no tenía solución. Alguien tenía que perder, alguien tenía que ser perjudicado. La Instrucción 204 mostró que el camino de estabilización monetaria era el único que salvaría a la clase dominante. ¿Qué importaba que el patricio Bonaparte se mostrara "preocupado" por la invasión de Cuba y se presentara como líder de la revolución democrática en América Latina y en África, como reformista convicto, etc., si la contrapartida material que ofrecía a las masas eran el aumento brutal del costo de la vida, el clima de represión y terror, la congelación de salarios? ¿Qué adelantaba con garantizar a la derecha un plan de estabilización monetaria, la represión de las masas y la congelación de salarios, si la amenazaba con la reforma agraria, con una política internacional neutralista, y estimulaba la imaginación revolucionaria de las masas iniciando el comercio y las relaciones con el campo socialista, condecorando a Guevara, hablando bien de Fidel y "defendiendo" a Cuba para sacarles dinero a los norteamericanos en forma amenazadora? El momento de la opción se presentó. Los jefes militares dieron el golpe final: "O te incorporas o te apartas de nuestro camino". ¿Qué sería de un mesías sin aureola, prisionero de los militares, de Lacerda y otros enemigos, a la espera de tomar el bastón milagroso del poder? La respuesta fue la renuncia:

¿Qué harán sin mí? Vendrán corriendo a mis pies, caerán de rodillas como cayeron durante mi campaña electoral. Entonces tomaré el látigo y los azotaré hasta someterlos a mí, el salvador, el profeta.

Pero el país era otro: quería seguir adelante. Obreros, estudiantes, sargentos, oficiales nacionalistas, la pequeña burguesía y los derrotados de octubre formaron un poderoso frente nacional, ante la amenaza de un golpe de derecha. "¿Ha renunciado? Póngase al vicepresidente en su lugar y sigamos adelante". El parlamentarismo fue la solución encontrada por las directivas para impedir la guerra civil y dar tiempo al tiempo. El poderoso movimiento de masas detenido mientras se esperaba al salvador nacional nació otra vez violento e impetuoso. Como un río caudaloso se extendió por todas partes. Huelgas, tomas de tierra, movimientos estudiantiles, organización de la Confederación General de Trabajadores (CGT), movimiento de los sargentos, formación de un órgano coordinador del movimiento sindical, campesino, estudiantil y militar nacionalista, el Frente de Movilización Popular, Grupos de 11, frentes de izquierda, desarrollo del Frente Parlamentario Nacionalista, formación de grupos parlamentarios de izquierda radical, como el "grupo compacto" del PTB.

Después de instalado en el poder, João Goulart advirtió su gran oportunidad:

La burguesía necesita de un gobierno popular capaz de contener esta avalancha. Pero precisa también de un gobierno fuerte para garantizar sus intereses. Canalizar la avalancha, garantizar un esquema militar de sustentación, apoderarme del poder como salvador nacional.

Pero la burguesía precisaba de la estabilización monetaria, que significaba la congelación de salarios. Goulart "descubrió la solución": acelerar las reformas para canalizar el movimiento de masas y obligarlo a aceptar, a través de las directivas "pelegas" (amarillas), la política de estabilización. San Thiago Dantas, que había dicho que Brasil necesitaba un gobierno de derecha con un lenguaje de izquierda, era el hombre ideal para esta situación; se presentó como salvador de Cuba, ofreciendo en realidad a los Estados Unidos y a las oligarquías latinoamericanas una salida de neutralización pacífica de la influencia cubana. Era la "solución" de un soñador. ¿Cómo neutralizar pacíficamente a Cuba si su influencia revolucionaria cubría de fuego a América Latina? ¿Cómo conciliar una Cuba revolucionaria en las costas de los Estados con el viejo esquema de dominación latifundista-burguesa y pro-imperialista en América Latina? Pero el mismo mago que fracasó en la reunión de Punta del Este era llamado a formar un gabinete "nacionalista y democrático" que tenía como programa, básico la congelación de los salarios. . .

La lucha contra el poder legislativo, garantizada por un paradójico esquema de apoyo sindical y militar, llegaba a su fin. Son los poderes usurpados por el Parlamento los que me impiden salvar al país, gritaba Goulart. ¡Plebiscito! Concentrando el poder en mis manos estará resuelto. Millones de no al parlamentarismo entregaron a João Goulart un poder que quemaba, más que el infierno, de la falta de poderes. La lógica era implacable: seguirá delante. La burguesía esperaba la congelación de los salarios por el nuevo Bonaparte, ungido por el

pronunciamiento nacional. Las masas obreras, campesinas, estudiantiles, los sargentos, los trabajadores de todos los tipos, esperaban las reformas que liquidarían el aumento del costo de la vida.

Vino el plan Trienal -síntesis del Diablo con Dios-. Desarrollo con estabilización, estabilización con desarrollo, al gusto de todas las clases sociales. Pero la desilusión cundía en cuanto el plan era "aplicado". La derecha conspiraba: la burguesía, desconfiada, retiraba su apoyo. El *Jornal do Brasil*, órgano de la gran burguesía, expresó esto en un editorial que hablaba del fin de las artes del mago, cuando Goulart se mostró incapaz de contener las huelgas que se sucedían fuera de su control. Los sargentos, cansados de esperar, preparaban un levantamiento en Brasilia. El país estaba extenuado. Goulart juraba que las condiciones estaban maduras. El pedido de estado de sitio trataba de ganar a la derecha con la promesa de un gobierno de fuerza y a la izquierda con la promesa de las reformas y de la destrucción de la derecha. La cabeza de Lacerda contra la cabeza de, Miguel Arrais: éste era el esquema del aspirante a Bonaparte. El movimiento popular reunió todas sus fuerzas contra el estado de sitio, desconfiando de las intenciones presidenciales. El parlamento no se dejó arrastrar por esta arma de doble filo. Lacerda se puso a gritar, denunciando el plan desde su prisión. Arrais denunció en el Frente de Movilización Popular, el cerco de su palacio.

El fracaso no desanimó a "Bonaparte". Pero lo lanzó por un camino azoroso y difícil. En el comicio del día 13 de marzo estaba la salvación para recuperarse. Asustar a la derecha con el decreto de nacionalización de las tierras al margen de las carreteras y la nacionalización de las refinerías. "¡No golpeo a nadie, pero engaño a todos, es la gran jugada!" Pero los campesinos creyeron que había llegado la reforma agraria y prepararon la invasión generalizada de las tierras. Los obreros creyeron que la revolución se aproximaba y se movilizaron para llevar adelante sus reivindicaciones. La pequeña burguesía se radicalizaba y Brizola hablaba, para espanto de todos los bien pensantes, de una constituyente de obreros y campesinos. Joao Goulart jugaba con fuego. Esperaba ganar todos los poderes a costa de amenazas, *meetings*, decretos inocuos, demagogia sindical y campesina. Pero la derecha se moría de miedo. La burguesía formaba a su lado para contener esa locura política. La inflación continuaba, el país languidecía sin perspectivas gracias a una farsa política montada a costa de sus más legítimas aspiraciones.

Vino el movimiento de los marinos, en marzo de 1964.

Si vamos a la revolución -pensaban ellos-, si Goulart y sus ministros están con nosotros, entonces, ¿por qué nos impiden reunirnos con los obreros, tratan de cerrar nuestra asociación de clase, mantienen el régimen de privilegios y humillaciones en la Marina

Fue con la mayor naturalidad que se reunieron en el Sindicato de los Metalúrgicos, sin saber el papel que la historia les reservaba. Toda la derecha gritó: "¡Indisciplina, anarquía!" Toda la burguesía la apoyó de inmediato. Pero la cosa fue más amplia: a la orden de represión, la tropa respondió con la adhesión a sus compañeros. ¡Era el fin!; de ahí para adelante, todo el aparato de represión del régimen estaba definitivamente comprometido. Hubo intentos de conciliación: Goulart trataba de controlar el radicalismo del movimiento de masas. En una gran reunión de los sargentos en el Automóvil Club, cuando la derecha ya se había sublevado, amenazó con las bases de las fuerzas armadas; pero, al mismo tiempo, trataba de desarmarlas pidiéndoles disciplina, para calmar a la derecha. Pero ya nadie creía en Goulart. Todo el mundo sabía, incluso él, que no era posible controlar aquél movimiento de masas que se extendía por todas partes.

Vino el levantamiento del general Mourão, en Minas, Goulart no se alteró. Tomó todas las precauciones para un ajuste con Magalhaes Pinto, dirigente civil del movimiento. São Paulo se adhirió, frente a la negativa de Goulart, para aceptar el jaque mate de la derecha y la burguesía: cerrar la CGT y la UNE y caer en sus brazos como un inocente angelito. La cosa degeneraba. Era preciso evitar choques. Lacerda resistía en el palacio, desesperado. Pero Goulart no podía luchar. La lucha sería su fin, sería la revolución verdadera con la cual había amenazado a la derecha, pero que esperaba contener. Toda su preocupación pasó a ser evitar el choque, contener a las masas, impedir la lucha. De Río a Brasilia, con una eterna esperanza de solución de compromiso; de Brasilia a Río Grande do Sul, visualizando un nuevo punto de apoyo para negociar; de ahí al Uruguay, desarmando definitivamente el movimiento de masas en contra del golpe.

3. CAUSAS DEL FRACASO DEL BONAPARTISMO "PROGRESISTA"

¿Por qué fracasaron Vargas, Quadros y Goulart? Las condiciones del bonapartismo "progresista" en el país van siendo superadas. Al mismo tiempo que este bonapartismo es una tendencia latente, como única solución progresista de la burguesía es, por otro lado, la expresión de su necesidad de contener el movimiento de masas. Así, se convierte en un contrasentido, una victoria bonapartista apoyada en este movimiento. A partir de 1960, la burguesía tenía que renunciar necesariamente a la veleidad de realizar reformas al lado de una estabilización monetaria. Para las reformas precisaba del movimiento de masas; para la estabilización precisaba de la derecha. Y como vimos en la tercera parte, el capitalismo brasileño no podía avanzar bajo una crisis económica de carácter cíclico. La política de estabilización no hizo más que reconocer este hecho y procurar atenuar los efectos de la crisis, manipulando sus mecanismos básicos. Fue un gran error de la izquierda reformista creer que la política de estabilización era una política imperialista, antiburguesía nacional. Este era

en realidad su efecto. Pero son las necesidades internas propias del régimen capitalista brasileño las que la exigen. Su contenido es nacional, del propio régimen económico que domina el país. Su efecto es pro-imperialista, por las propias características del capitalismo brasileño, que surgió en la fase final del imperialismo, de desarrollo independiente.

Cuando la actual crisis de coyuntura sea detenida habrá que retomar la política desarrollista. La burguesía tratará de contenerla en los límites de una política de cúpula, blandamente reformista con una leve tendencia democrática. Pero utilizando esta brecha, el movimiento de masas resurgirá exigiendo una política radical de reformas y de política externa progresista.² Así se configurará la gran crisis revolucionaria.

Cuando el movimiento de izquierda se reorganice, el bonapartismo de izquierda resurgirá con él como una tabla de salvación de la burguesía. Pero, entonces, será una parodia grotesca de sus antecesores. De Vargas a Quadros y de Quadros a Goulart, el bonapartismo de izquierda se hizo cada vez más caricaturesco. Su definición está exactamente en el editorial del *Jornal do Brasil* que nos hemos referido: el brujo que perdió el control sobre su magia. Una magia que ya perdió su gracia porque todos conocen sus trucos. Como el personaje de Chaplin en *Candilejas*, con sus pulgas de una gracia arcaica y melancólica. El rey ha muerto. El bonapartismo de izquierda está destruido con la clase que lo generó y se aprovechó de él.

III. El Bonapartismo de derecha

[...] después del golpe de Estado, la burguesía francesa gritaba: ¡Sólo el jefe de la Sociedad 10 de Diciembre puede salvar la sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar la propiedad; el perjurio, la religión; la bastardía, la familia; el desorden, el orden!

(Karl Marx. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.)

1. EL GOLPE DE ABRIL

De la abolición de la esclavitud a la instalación de la República, y desde ésta a 1930, las fuerzas armadas tuvieron un papel preponderante en la solución de las crisis políticas del país. Posteriormente, desde la caída de Vargas en 1945, pasando por el gobierno de Dutra (1946-1951), el ejército nacional ha sido llamado para “salvar” a la nación y traerle la tan amenazada tranquilidad”. Apoyada en las fuerzas armadas, la burguesía orientó sus pasos por el camino de la industria básica, la Petrobrás y la Electrobrás. Fue la falta de apoyo de las fuerzas armadas lo que debilitó el segundo gobierno de Vargas, fue un sector de ellas el que instaló la República de Galeão que derribó a Vargas. Fueron ellas las que garantizaron la transmisión del mando

² De hecho, fue lo que pasó en 1968 con el gobierno de Costa e Silva, pero la crisis no tuvo una salida revolucionaria, sino contrarrevolucionaria (el Acta Institucional núm. 5). Eso se explica por dos razones: primero, porque el movimiento popular estaba muy inmaduro para derrumbar a la dictadura. Segundo, porque el retornar el crecimiento con cierta estabilidad facilitó que, pasado el primer momento de agitación revolucionaria, el gobierno canalizara enseguida para sí los efectos positivos del retornar del crecimiento. Hoy día, las banderas nacionalistas son levantadas por un sector de las fuerzas armadas, pero ellas son tan mezquinas en su carácter antiimperialistas y tan xenófobas y nacionalistas en su parte más práctica y significativa que el propio gobierno de Médici pudo tomar parte de ellas en sus manos.

Como se ve, de Vargas a Médici el nacionalismo se hizo fascista, tropical y carnavalesco. Es increíble que haya una parte significativa de la intelectualidad brasileña envuelta en tales cosas. Solo en un país de 45 millones de analfabetos puede darse esto.

Montada en el atraso, la explotación y la barbarie intelectual, la burguesía brasileña e internacional y sus agentes militares han creado un gran circo brasileño cuyos fundamentos culturales son el carnaval, el fútbol y los programas de televisión del “Chacrinha”. Disfrazados en este circo están los flagelados del noreste, los miserables de todo el país, los revolucionarios asesinados, un pueblo amedrentado, una clase obrera con sus bajos niveles de vida reducidos a la mitad.

presidencial de Juscelino Kubitschek, las que dieron jaque mate a Quadros. Confiando en su esquema militar, Goulart pretendía el poder y fue el esquema militar anti-Goulart el que realizó el golpe de abril. Recurrir a las fuerzas armadas como árbitro de las disputas internas de la clase dominante es una constante de nuestra historia.

Hoy, sin embargo, la situación es diferente. El movimiento de masas que se desarrolla desde 1950 hasta nuestros días está alterando sustancialmente el carácter de esa participación. Progresivamente, ellas han sido llamadas a la lucha para defender el régimen vigente contra el "peligro del comunismo", expresado en la ascensión y radicalización del movimiento popular. El carácter de su participación es cada vez más el de baluarte de un gobierno fuerte, capaz de contener el movimiento de masas y presentarse ante la nación como un salvador nacional ubicado por encima de las clases. Las diversas facciones en lucha siempre aceptaron las reglas del juego.

Al comprometer políticamente a su aparato militar, la clase dominante mina progresivamente la fuerza de este instrumento. Primero, inyectando en la oficialidad el germen de la política y de las aspiraciones bonapartistas. Segundo, abriendo camino para que las luchas internas dentro de las fuerzas armadas se revistan claramente de un contenido político. Y este contenido es dado por las condiciones generales de la lucha social. El movimiento de los sargentos que surgió públicamente en 1961 es la rebeldía de los sectores de tropa, que se convierten en aliado poderoso del movimiento de masas, antítesis popular de la participación de la oficialidad en la vida política del país. En abril, la burguesía y las clases dominantes lanzaron un grito desesperado de "basta" a esta situación.

El golpe de abril no fue, por tanto, un golpe de Estado. Fue un acto de "contrarrevolución preventiva", como lo definió uno de sus autores. Su preparación se dirigió a una clase media y pequeñaburguesía corroídas por la inflación y desesperadas por el avance del movimiento obrero y campesino, que le fue presentado como una ola de intranquilidad que amenazaba los valores tradicionales y llevaba el país al caos. Su esquema orgánico se apoyaba en la unidad de la clase dominante contra el movimiento popular. Esta era su gran fuerza, que le imprimió un aspecto fulminante y definitivo, pero era también su debilidad, como veremos más adelante. La unidad de las clases dominantes en abril fue resultado de las dificultades internas de la revolución burguesa. El dilema entre reformismo con movimiento de masas y estabilización con los sectores atrasados de las clases dominantes, estaba previamente resuelto por el propio carácter del desarrollo del capitalismo brasileño, como vimos exhaustivamente en los capítulos precedentes. Esta unidad tiene, por tanto, una poderosa base material, que sólo podría ser alterada con un cambio de correlación de fuerzas a favor o en contra de la burguesía, dentro de la clase dominante, o a favor o en contra del proletariado, en relación al conjunto de la clase dominante.

Este carácter de transición es la característica básica del actual gobierno. De él derivaron tres soluciones fundamentales: la victoria definitiva de una burguesía nacional dentro de la clase dominante, la victoria del imperialismo y de la gran burguesía dentro de la estructura del poder, o la victoria de los trabajadores. La primera solución ya fue analizada en los capítulos precedentes y vimos que la burguesía sería incapaz de aplicarla. Vimos también que la crisis, al aumentar la fuerza del capital extranjero en el país, hace aún más difícil la vía de un desarrollo capitalista nacional e independiente. En este caso, restaría sólo una hipótesis: que los trabajadores y la pequeña burguesía derribasen a los otros componentes del poder y destruyesen los factores de atraso de la economía, y por inercia o por carencia de dirección política, en vez de orientarse hacia el socialismo devolviesen el poder a la burguesía nacional; alternativa poco viable. La segunda posibilidad, victoria de los sectores antinacionalistas en la estructura dominante, que sólo sería posible si se mantuviese detenido el movimiento de masas (lo que sólo ocurriría por medio de la destrucción física de sus sectores más expresivos), ya que un gobierno antipopular no tendría recursos para movilizar a las masas. Esta hipótesis será estudiada en el próximo capítulo como un peligro fascista para el país. La tercera posibilidad sería la de que el movimiento popular derribase al gobierno e instalarse un gobierno propio, que destruiría la dominación imperialista y latifundista, creando las condiciones de un desarrollo nacional rápido e independiente. Este sería el camino que conduciría al socialismo. Tal posibilidad será estudiada en el último capítulo. En esta perspectiva de un gobierno de transición con características bonapartistas de derecha, pasaremos a examinar la dictadura actual. Ello nos permitirá comprender el carácter de sus medidas y las perspectivas de su desarrollo.

2. EL GOBIERNO DE CASTELO BRANCO

El gobierno de Castelo Branco emergió de la crisis como una solución intermedia entre las diferentes fuerzas que componían el movimiento de abril: una facción de ultraderecha, que se dividió posteriormente en la "línea dura" y en los movimientos parafascistas; una facción liberal conservadora (UDN), y además otra más abierta a los contactos populares (PSD) y sectores del PIB. El carácter de conciliación entre estas diferentes facciones obligó al gobierno a autolimitarse, para ganarles el apoyo y cumplir su misión de árbitro. El Acta Institucional, la elección de Castelo Branco por el Congreso Nacional y la disolución del Comando Revolucionario castraron, desde el comienzo, el carácter dinámico del movimiento y lo encuadraron en los mismos límites constitucionales de los regímenes anteriores. Le faltaba al gobierno de Castelo la dinámica contrarrevolucionaria que lo llevó al poder. Su fuerza era la inercia de las fuerzas contrarias. Su poder venía de la extorsión, siempre usada, del "peligro de volver a la situación anterior". Gracias a esta amenaza aplicó sus principales medidas de cese de

mandatos, de restricciones políticas, de destitución de gobernadores. Pero, en el caso de la destitución del gobernador de Goiás, Mauro Borges, se mostró toda la debilidad del esquema. El gobierno tuvo que inclinarse ante el Tribunal Supremo y el Congreso Nacional. Si triunfó, fue gracias a la renuncia del PSD, que no avanzó más por temor a las consecuencias de un jaque mate al poder del jefe "del movimiento revolucionario".

Era la acción tímida ante la inercia. Era la imposibilidad de usar el poder dictatorial por parte del jefe de la "revolución" y el miedo a la insurrección por parte de sus oponentes internos. Pero el 9 de octubre, terminado el periodo de vigencia del Acta Institucional, la "revolución" se encontró en un callejón sin salida. No hay contrarrevolución o revolución victoriosa que se someta a los instrumentos jurídicos y a las instituciones políticas prerrevolucionarias. Un nuevo test ocurrió en ocasión de la candidatura de Mazzilli a la presidencia de la Cámara. Vetada su candidatura por el grupo Sorbonne, de Castelo Branco, el PSD fue obligado a lanzarse a la oposición para sostener su candidatura. El gobierno revolucionario fue obligado a someterse al juego parlamentario creando, a costa de favores y presiones, un "*block revolucionario*" que enredaba la dinámica de la dictadura en la más lenta de todas las instituciones nacionales. La lógica interna del acto institucional, de la elección de Castelo, de la intervención en Goiás, era inexorable. El gobierno "revolucionario" pierde día a día sus bases.

En el caso Mazzilli se transparentan las intenciones continuistas del grupo Sorbonne y se agudizan las posiciones dentro de la propia línea de frente del movimiento de abril. Además Lacerda y Magalhaes Pinto pasaron a la oposición interna. Presionado por el movimiento liberal y la impopularidad del gobierno, el grupo de la Sorbonne entró en el juego de la legalidad y, mediante elecciones, pretendió derribar a sus opositores internos, lanzándolos a la lucha electoral, sin preparación y desmoralizados. El resultado de las elecciones mostró el repudio popular al gobierno y también el carácter capitulacionista de la oposición liberal. La presión de la línea dura contra la asunción de los elegidos fue neutralizada por el Acta Institucional Núm. 2, que por elecciones indirectas abrió camino para la disputa entre Costa e Silva y el grupo Sorbonne por la sucesión presidencial, eliminando las posibilidades de una vuelta inmediata de la oposición liberal al poder. Todo este tortuoso camino de avances y retrocesos revela las dificultades de la actual forma de conciliación de las clases dominantes. ¿De dónde vienen estas dificultades para un gobierno que apareció ante el país como resultado de un poderoso movimiento militar, frente al cual los enemigos huyeron o desaparecieron?

Antes de responder a esta pregunta tenemos que analizar los objetivos que tenía este gobierno y lo que hizo. El golpe de abril tenía un objetivo básico: tranquilidad para las clases dominantes. Tal tranquilidad sería un gobierno fuerte, respetado por todas las clases, que reprimiese el movimiento de masas, realizarse una

política económica de estabilización y detuviese la inflación. En vez de concesiones a los "comunistas y agitadores", concesión a los "amigos" norteamericanos, confianza en el crédito internacional, buenas relaciones con los dueños del poder mundial. Todo quedaría tranquilo y la paz volvería a los lares. . .

Vinieron las medidas de represión con el apoyo de toda la clase dominante, de los sectores conservadores de la clase media y pequeña burguesía. Intervención en los sindicatos y prisión de los principales líderes sindicales; extinción de la CGT y de los órganos de coordinación provinciales del movimiento sindical. Intervención en las entidades estudiantiles, complementada por la ley Suplicy; persecución a los intelectuales liberales e izquierdistas; restricción al derecho de huelga; se dicta el Decreto Núm. 40 del Ministerio del Trabajo, que exige un certificado ideológico para presentarse como candidato en las elecciones sindicales; dimensiones en masa y suspensión de los derechos políticos; restricciones electorales y prórroga del mandato presidencial. Medidas inocuas en lo que respecta a la desorganización de las masas a largo plazo, pero eficaces como contrapropaganda del gobierno. La derecha sufre del mismo mal del bonapartismo reformista: confía en la manipulación de las masas pasivas. Así como Goulart creía poder controlar el movimiento de masas, controlando las direcciones "amarillas", la dictadura contrarrevolucionaria cree destruir este movimiento destruyendo estas mismas direcciones. Con esto despertó en las masas obreras un profundo odio, que trajo consigo una lenta, pero profunda, reorganización espontánea del movimiento de masas en las fábricas y en los barrios. Abrió las puertas del movimiento obrero hacia direcciones clandestinas, más audaces y más revolucionarias; lanzó a la clase obrera brasileña en oposición a un régimen de fuerza, como también al movimiento estudiantil; nunca las bases estudiantiles se movilizaron tan activamente en torno a sus directivas; nunca los estudiantes y los intelectuales liberales e izquierdistas se vieron tan próximos y tan integrados. Y los campesinos callaron, abatidos por el fracaso de la perspectiva de la reforma agraria. El gobierno se vio en el vacío, sin apoyo organizado en la nación, teniendo como única arma la represión y el impacto causado por la victoria de abril. Los hechos de 1968 vinieron a confirmar este planteamiento. La reacción contrarrevolucionaria de la Acta Institucional Núm. 5 sólo hizo aplazar esta situación conforme estamos viendo hoy día, sea por las elecciones de 1974 y 1976, sea por el nuevo ascenso de masas que se inicia en 1977.

3. LA POLÍTICA ECONÓMICA

Pero toda esta política de fuerza debía estar basada en una política económica que enfrentase la crisis de la clase dominante brasileña. Imposibilitada de seguir el camino reformista, la burguesía tendría que conformarse con la estabilización. La burguesía vendía sus intereses "progresistas" por la conservación de un régimen económico amenazado por el movimiento popular, que arrastraba al país hacia el camino de la revolución. La tranquilidad a toda costa tenía como complemento la estabilización a toda costa.

La política económica del gobierno de Castelo corresponde a esta unidad de intereses de la clase dominante. Veamos una por una las "soluciones" que presentó para tal situación. Tres mil millones de dólares en deudas externas, con 1 500 millones que vencerían hacia fines de 1965. Como la suspensión pura y simple del pago de esas deudas llevaba al rompimiento internacional, se trataba ahora de obtener el crédito internacional por la sumisión y la concesión. Derogar la ley que limitaba a 10% las remesas de lucro al exterior, promulgada en el gobierno de Goulart; comprar las instalaciones obsoletas de la AMFORP a peso de oro; conceder el puerto a la Hanna Corporation para exportar directamente los minerales de hierro a ella entregados; comprar los excedentes de trigo de los Estados Unidos. Todas estas medidas buscaban la recuperación del crédito internacional, y se soñaba con traer de vuelta al país los capitales extranjeros que la inflación y la crisis económica y política habían ahuyentado. Era la conciliación entre la burguesía brasileña y el imperialismo. Destruimos nuestro apoyo de masas -pensaban-, creamos la tranquilidad, concedimos en toda la línea; ahora queremos la contra-partida". Pero entonces no tenían con qué presionar al imperialismo. Estaban con las manos vacías. Según vimos, los empréstitos, ayudas y concesiones obtenidos después de abril no son suficientes para pagar las deudas externas. El imperialismo cobrará de la burguesía estas "ayudas" a alto precio. Es la ley de la nueva política económica. La economía externa del país avanza hacia una situación desesperante: a la burguesía no le queda sino confiar en sus amigos norteamericanos, no les queda sino aprovechar esta magnífica oportunidad. Pero se puede aumentar la entrada de divisas ampliando la exportación de productos industriales, lo cual sería un alivio. Las exportaciones de productos manufacturados se elevaron de un 3.5% del valor de las exportaciones en 1963, a un 9.6% en 1965, hasta llegar al 12.3% en 1969, según datos del Banco de Brasil. Esto a costa de una tasa de cambio más "realista", que desvaloriza el cruzeiro y aumenta el costo de la vida, para favorecer la remuneración en cruzeiros de los exportadores. Como política a corto plazo es ineficaz, pues solamente permite un alivio en la balanza comercial y favorece una escala de producción más amplia para las industrias exportadoras. Como política a largo plazo, enfrenta la barrera de un mercado monopolizado en América Latina, precisamente por sus aliados norteamericanos. De este mercado sólo podrá ganar la parte que le interese al gran capital internacional en el país. Para completar la "salida" estabilizadora hubo una reducción de las importaciones, que afectó esencialmente al sector de materias primas (de 423 millones de dólares en 1963 a 370 y a 350 en 1964 y 1965) y equipamiento (432 millones de dólares en 1963, 306 en 1964, 235 en 1965). Esta política impide una industrialización pesada como la que necesita el país y atrasa las posibilidades de reiniciación inmediata del desarrollo, principalmente si tenemos en cuenta que las importaciones representan cerca del 20% de las inversiones nacionales.

Cuando la economía nacional empezó a recuperarse, a partir, de 1968, las importaciones volvieron a aumentar su valor. Las altas tasas de crecimiento del periodo buscaban compensar el retraso provocado por estos años

de depresión. Se ha generado una gran euforia respecto a estos datos; que no representan, sin embargo, ningún cambio significativo de tendencias del sistema.

Hoy, en 1977, vemos al resultado de esa política. Desde 1973 se produjo un 'déficit' en la balanza comercial. Brasil aumentó significativamente sus exportaciones pero aumentó muchas veces más las importaciones de maquinarias, materias primas y petróleo para asegurar un modelo de crecimiento económico basado en productos de lujo y tecnología sofisticada, así como en la aceleración de la industria automovilística que revela hoy día su carácter altamente destructivo de los recursos no renovables en escala mundial.

Mientras tanto, el sector de servicios, que incluye los fletes, las ayudas técnicas, los royalties, etc., acusó un déficit de 250 millones de dólares en 1964 y 410 millones en 1965. Y el movimiento de capitales autónomos, que incluyó las remesas de lucro y el pago de impuestos, en contraposición a las entradas de capitales, acusó un déficit de 12 millones de dólares en 1964 y 78 millones en 1965. El resultado de todo eso es que, a pesar del superávit de 334 y 620 millones de dólares en la balanza comercial (exportación e importación de mercaderías), el total de la balanza de pagos (más servicios, capitales y donativos) acusó los superávits de solamente 40 y 160 millones de dólares en 1964 y 1965, respectivamente.

El déficit del sector de servicios se agigantó en los años posteriores. Como resultado Brasil presentaba en 1976 un déficit de la cuenta corriente en su balanza de pagos de 7 000 millones de dólares, sólo cubierto por entradas de capitales y préstamos internacionales que tienden a disminuir y por las reservas financieras creadas entre 1970 y 1973 a costa de los préstamos obtenidos y que supone el pago de altos intereses. En consecuencia de esta situación su endeudamiento externo de 3 000 millones de dólares de la época de Goulart que mostró la política de estabilización pasa a ser una niñería y a fines de 1977 Brasil tendrá una deuda internacional de 30 000 millones de dólares.

De hecho, el gobierno sólo empezó a reabrir el crédito para estimular el consumo y las inversiones a partir de 1967, cuando logró bajar la inflación a cerca del 28%. A partir de entonces se ha logrado crear un clima artificial de reinversión con base en la formación de un mercado de capitales, que dio saltos de valor rapidísimos, reflejando una política de especulación sólo comparable a las que se dan en vísperas de grandes cracks económicos, como el de 1929 en Estados Unidos.

El gobierno buscó imitar la política norteamericana de financiar el consumo a través del endeudamiento violento de las clases medias, creando así un poder de compra adicional a través del crédito. En las condiciones de un país subdesarrollado y dependiente, que enfrenta graves presiones inflacionarias internas y externas,

seguir una política de este tipo significa aplazar para un futuro no muy remoto los factores de una violenta crisis. De hecho en 1977, la inflación ya alcanza el 50% al año.

El retomar del crecimiento económico, que presentó altos índices de crecimiento como fruto de retrasos de los años anteriores, choca, así, de inmediato, con un esquema financiero que conduce rápidamente a la hiperinflación, disfrazándola en un primer momento (bajo la forma de la expansión del crédito), pero viéndose en graves dificultades enseguida.

Combatir la inflación, que se elevaría a más del 100% en 1964, fue otro objetivo inmediato de la política económica. En este campo, el gobierno fue más bien feliz, si se puede llamar felicidad salir del accidente sólo con una costilla quebrada. La suspensión del subsidio cambiario al trigo, papel de imprenta y productos del petróleo y la reducción de los gastos fiscales, incluso en obras públicas, consiguieron reducir el déficit de la caja del Tesoro Nacional a 700 mil millones de cruzeiros, o sea 36% de la recaudación del gobierno en el año, en 1964, a 680 millones, en noviembre de 1965, o sea 25.3% de las rentas del Estado. Esto a costa, básicamente, de la congelación del salario de los funcionarios, que representan el 50% de los gastos; 69% y 51.9% crecieron las emisiones de papel moneda en 1964 y 1965, y los empréstitos del sistema bancario se elevaron de 72.6% a 78% en el sector privado, mientras los medios de pago en general subieron de 64% en 1963, a 85.9% en 1964 y 74.8% en 1965. Por tanto, la política antiinflacionaria llevada a efecto en 1964 y 1965 no tuvo otro resultado que estabilizar la tasa inflacionaria. Es de esperar medidas más radicales de limitación de gastos, de liberación cambiaria y de reducción de créditos en estos próximos años para lograr una efectiva estabilización. Reasumir el desarrollo a partir de una tasa inflacionaria del 50% sería perder todo el trabajo de estabilización y caer en una situación hiperinflacionaria al cabo de uno o dos años. Pero de otro lado, mantener la política de estabilización significa aumentar la terrible depresión económica, que atrasa profundamente la vida de la nación. Pero, como vimos en los capítulos anteriores, no hay otra salida posible dentro del actual régimen económico y la actual correlación de fuerzas.

Para completar esta política, el gobierno tiene y tendrá que elevar los impuestos. Revalorización de los activos de las empresas, aumento de los impuestos de consumo y de la renta (extendiendo esto último a los salarios más bajos y gravando fuertemente las rentas personales; tratando de aumentar la recaudación y estimular al mismo tiempo las inversiones, lo que es poco probable en las actuales circunstancias), más el aumento de la tasa de previsión social y la amenaza de multas a las empresas que elevaron los precios más allá de un 26% ; todas estas medidas recién iniciadas, unidas a la contención de los créditos, representan una enorme carga sobre los costos de producción y sobre los lucros de los capitalistas. Para compensarla se hace necesaria un enorme reducción del nivel salarial. Ya sea a través de presiones sobre los interventores

sindicales, que vacilan, temerosos de la venganza de su clase; ya sea a través de presiones sobre las empresas, que disponen de mayor tasa de lucro y pueden pagar salarios más altos para que no lo hagan; ya sea, en fin, por el propio mecanismo del desempleo, que disminuye la capacidad de negociación de los trabajadores, la política de limitación de salarios se viene aplicando a duras penas. Pero todavía es insuficiente para crear una tasa de lucro compensatoria y estimular nuevas inversiones. Es preciso que la crisis llegue hasta sus últimas consecuencias, que la depresión llegue a su punto más bajo, que las quiebras se multipliquen, que el desempleo alcance una tasa elevada, para que el capitalismo brasileño establezca las condiciones adecuadas para una recuperación razonable. ¿Tendrá coraje el gobierno de Castelo para superar todas esas barreras y arriesgar su fuerza tan combatida en esta aventura económica?

Los gobiernos de Costa e Silva y Garrastazu Médici, que siguieron a Castelo Branco, buscaron atenuar la política fiscal en lo que respecta a la inversión, creando un complicado sistema de incentivo fiscal a las inversiones privadas. Basados en la experiencia de la Superintendencia del Noreste, que logró atraer capitales hacia los estados de la Federación bajo su tutela a través del mecanismo de exención de pago del 50% del impuesto a la renta (siempre que sea destinado a la inversión en la región), estos gobiernos han creado exenciones de este tipo para varios sectores prioritarios de desarrollo, como la pesca, el turismo, reforestación, aviación y planes de desarrollo regional.

Esta política de incentivo de inspiración keynesiana, pero muy imaginativa, ha sido una de las piezas fundamentales de la recuperación económica. Su inconveniente es evidente: esas políticas existen para sustituir la necesidad histórica de la intervención estatal y de la planificación. Por eso tienden a recargar al estado con un subsidio a las ganancias y a la especulación. Por otro lado, tienden a convertirse en verdaderas panaceas universales, tendiendo a una anárquica acumulación de medidas similares (se empezó por el Noreste, hoy día hay ocho programas y presiones para otros más). Por fin, no hay que olvidarse del carácter inflacionario de estas medidas, que tienen fuertes repercusiones sobre el presupuesto nacional. La última experiencia en este género de las exenciones fiscales la hizo el gobierno de Kennedy, mantenida por Johnson, y que llevó a los Estados Unidos a un alto crecimiento por tres años, un crecimiento razonable de cuatro años (ayudado por la guerra y enseguida a una depresión de dos años, la más grave de la posguerra. Posteriormente, en 1974-75 se produjo una depresión aún más fuerte y se espera otra muy grave para 1978-79)

Junto con la política de estabilización, el gobierno busco, a través de su Plan de Acción, una política anticíclica. Tal política estaría basada en la inversión en obras públicas que apliquen mucha mano de obra y estimulen las inversiones. Para esto se creó un Banco Nacional de Habitación que pretende dar contenido social a esas inversiones. Pero, ¿quién puede dar crédito a esto, si el gobierno se ve obligado a restringir las cuotas para

obras públicas y energía eléctrica y si las inversiones públicas se mantuvieron estables en 1964, mientras que el costo de la vida subió en 92.4%? Una política de pleno empleo, basada en obras públicas y actividades improductivas, y controlada por el Estado, es una política típica del fascismo, y representa un programa económico para este movimiento político que va creciendo desde abril. Pero su realización práctica exige una disminución violenta de los salarios y un agotamiento del país por años y años de crisis, lo que todavía no ha ocurrido.

En 1971, sin embargo, la situación es distinta. La crisis se prolongó hasta 1967. La recuperación de 1968 hasta 1970 fue relativamente fácil porque se trataba de resarcirse de las pérdidas pasadas. A partir de 1971, el crecimiento económico depende de la ampliación real del mercado. Para lograrlo sin cambio de estructuras se han encontrado solamente cuatro caminos hasta el momento: a) aumentar los gastos del gobierno; b) aumentar las exportaciones; c) ampliar las áreas de colonización nueva; d) aumentar el poder de compra de la clase media y pequeña burguesía a través del aumento de salarios de los técnicos y financiamiento de la demanda.

Todos éstos son mecanismos que simplemente permiten dar vueltas sobre los problemas centrales de ampliación del mercado. La política fascista de utilización de mano de obra intensiva a bajo precio en construcción de pirámides se presenta claramente en la construcción de la carretera transamazónica, que busca canalizar parte de las vastas poblaciones desempleadas y hambrientas que el desarrollo capitalista dependiente crea en el Noreste brasileño y en el campo en general (incluyendo las "ricas" regiones de São Paulo).

El agotamiento del país -que no se había dado en 1966, cuando escribimos la primera versión de este libro- empieza a darse ahora en 1971. Esto significa que el capitalismo brasileño necesita encontrar rápidamente soluciones fascistas para sus masas desempleadas. No nos olvidemos del camino de la agresión militar que permite absorber gran número de mano de obra para morir en los campos de batalla. Este camino se hace cada vez más posible cuando Brasil se ve cercado por una América Latina progresista o bajo fuego revolucionario. La histeria xenófoba que ha surgido en el país en los últimos dos años busca crear las condiciones para este tipo de aventura.

De hecho, entre 1971 y 1973 Brasil intervino en Bolivia apoyando abiertamente el golpe militar de Bánzer (1971); en Uruguay forjando incluso un plan de inversión de este país en 48 horas y participando activamente del golpe de Estado de 1973; en Chile apoyando abiertamente al movimiento golpista en contra de Salvador Allende.

En resumen, podemos concluir que la política económica del gobierno de Castelo Branco correspondió a la correlación de fuerzas existente en el país, donde un movimiento violento de masas fue contenido provisoriamente y la clase dominante se unió para defender sus intereses. Las concesiones al imperialismo, las medidas reformistas sin contenido práctico inmediato, la política de estabilización monetaria, basada esencialmente en la desvalorización de los salarios, y la restricción del crédito de la pequeña burguesía, no sólo representaban, y aún representan en parte, el único camino económico posible para las clases dominantes, durante la crisis brasileña, sino que también eran el resultado de su unificación. Pero, ¿por qué sectores de la burguesía brasileña se han movilizado contra esa política, como lo mostraron artículos de diarios, declaraciones de algunos líderes, el manifiesto de la Confederación Nacional de Industrias? En primer lugar, toda esta movilización no es contra la política de estabilización, sino contra algunos de sus aspectos (exceso de concesiones al imperialismo, restricción de créditos para los capitalistas, depresión de mercado, etc.), o contra su ritmo. Pero tal movilización era principalmente demagogia. Se trataba de ganar el apoyo de la pequeña burguesía para las áreas de la oposición liberal o para la oposición del área fascista (Lacerda, Heck, etc.). Pero no representaban una "alternativa válida", como lo expresó Roberto Campos con su cinismo de *scholar*. Esta política económica representaba un todo sistemático, que correspondía a las necesidades del régimen económico y social del país: significaba la única garantía posible de supervivencia de la actual clase dominante. Creemos que así se desprende de todo nuestro análisis; creemos que esta política económica era, y aún es en parte, la piedra de toque de las mínimas posibilidades de supervivencia que tal régimen todavía pudiera tener en el país. He aquí la fuerza del régimen de abril, fuerza que le permitió y le permitirá por algún tiempo garantizar el apoyo de todo el *block* dominante; pero es también su debilidad, como veremos en el próximo párrafo.

4. LÍMITES DEL BONAPARTISMO DE DERECHA

Si la política económica de Castelo Branco era la única posible para las clases dominantes del país, no era, con todo, el paraíso que ellas ansiaban. La oposición que surgió en su propio seno tenía un origen social: la burguesía temía la impopularidad del gobierno y las consecuencias de la crisis económica. Necesitaba abrir otra salida burguesa, y esa salida era la oposición liberal. Pero la oposición liberal, para ganar popularidad tenía que pasar por encima de sus propios intereses de clase, debía atacar al gobierno que la representaba, necesitaba aproximarse a los intereses de la pequeña burguesía y de los trabajadores, que cada vez se oponen más radicalmente al régimen. Por esto se vio impulsada, contra su condición de clase, hacia una movilización creciente, que despertó el movimiento popular y amenazó la ficticia tranquilidad de los primeros meses del golpe. Por esto Mauro Borges (gobernador del estado de Gioás) llega al borde de la guerra civil y

renuncia vergonzosamente poco después. Por esto Lacerda y Ademar de Barros hacen violentos pronunciamientos y se retiran enseguida. Por esto la burguesía se ve obligada a dividir a la oficialidad de las fuerzas armadas e intensificar la ofensiva liberal.

Como Goulart en los últimos meses, se ve prisionera de la radicalización que la angustia y la oprime. Esta radicalización abrió el camino para las grandes movilizaciones de 1967-68 que comentaremos en otro punto.

Nada peor podría sucederle al movimiento liberal que recibir el poder de manos de la dictadura. Sería una desbandada general, sería, la desesperación. Escuchemos sus recónditos pensamientos hamletianos:

¿Qué hacer con el poder? ¿La misma política antipopular? Pero entonces. ¿quién será la oposición de izquierda? ¿Quién ocupará nuestro lugar? ¡Si llegamos al poder y no reprimimos a la masa, se agigantará, estimulada por las palabras de orden liberales y reformistas! ¡Si la reprimimos, le abriremos el camino a una insurrección realmente revolucionaria!

¡Qué dilema para la oposición liberal! Pero como esta situación no se concreta, ella tenía que cumplir su papel, debía hacer la oposición de fachada. La fuerza popular que está detrás de esta oposición impedía al "gobierno revolucionario" reprimirla violentamente. Llevar hasta el fin las medidas dictatoriales sería el camino más rápido para crear una poderosa onda insurreccional, a la que muchos liberales tendrían que adherir de muy mala gana. El crecimiento del movimiento liberal obligó a la dictadura a mantenerse en el marco de la "legalidad", tratando de arrancar de manos de la oposición la bandera de la liberación. Pero este camino tenía un límite, como todos los movimientos puramente superficiales. Este límite era el peligro de que la liberalización expulsara del poder a los "revolucionarios" de abril y creara un vacío abismal de poder para la clase dominante. El resultado del movimiento de liberalización era y es dialécticamente, la necesidad de nuevos golpes dictatoriales.

Pero el gobierno de Castelo Branco, y los que lo sucedieron, enfrenta disensiones más profundas. Su fuerza de represión se apoya en las fuerzas armadas, las mismas que se dividieron ante el país en un movimiento de sargentos y soldados, por un lado, y en la oficialidad, por otro. Los artículos sobre "Movilización de la Audacia" (abril-mayo de 1965, publicados en *O Estado de São Paulo*) relatan las tribulaciones e incertidumbres de los conspiradores ante el movimiento de los sargentos. ¿Desaparecieron las condiciones de tal radicalización.?

¿Fue eliminado el régimen de discriminación que los sargentos denunciaron en las fuerzas armadas? ¿Fueron atendidas sus reivindicaciones? Sus asociaciones de clase, ¿están abiertas y funcionando libremente? ¿Las purgas destruyeron las bases del movimiento, que parecían tan amplias antes del golpe de abril? Estas preguntas deben hacerse todos los días los actuales dueños del poder. ¿Pueden confiar en semejante aparato de represión?

Así describíamos la situación en 1966:

Por otra parte, el movimiento de masas continúa intacto en sus bases. Los trabajadores, abandonados por sus antiguos dirigentes, se reorganizan paulatinamente en las empresas; ante el temor a la represión, no comparecen en las asambleas en número correspondiente a su nueva conciencia. Los estudiantes marchan a una movilización de base en defensa de sus asociaciones representativas y caminan hacia el voto directo, en la elección de sus directivas provinciales, como expresión de una confianza creciente en la amplitud de su apoyo en las bases. Los campesinos, ¿quién sabe de ellos? ¿No eran campesinos la mayoría de los hombres que acompañaron al coronel Jefferson Cardin? ¿No hicieron los trabajadores del azúcar en el Noreste varias huelgas después del golpe? Los hombres que dirigen el país deben tener en cuenta todos estos factores antes de ampliar más la represión. ¿Y con quién cuentan junto a la masa? ¿Acaso la pequeña burguesía y la clase media no protestan en contra de los aumentos del costo de la vida, las restricciones del crédito y las quiebras?

Pero el movimiento fascista también crece día a día, como expresión del descontento de sectores más reaccionarios y conservadores ante los fracasos constantes del gobierno. "Si el gobierno no reprime a los agitadores lo suficiente, debemos organizarnos para reprimir", dicen. "Apoyemos las medidas fuertes del gobierno y censuremos sus demostraciones de debilidad", afirman. Atacan a los intelectuales que distribuyen sus manifiestos; ayudan a la represión policial y militar; publican notas en los diarios prometiendo reprimir manifestaciones apoyadas por quienes tienen sus derechos políticos suspendidos. Deseosos de ganarse a la pequeña burguesía, se lanzan en radical oposición contra la actual política económica y tratan de conquistar las áreas dispersas del antiguo movimiento nacionalista; se presentan como expresión de la defensa militar de las riquezas nacionales. Hablan abiertamente de cerrar el Parlamento y castigar al Supremo Tribunal. Propugnan abiertamente la subversión del actual orden constitucional que el "gobierno revolucionario" no puede y no quiso destruir completamente, por los motivos expuestos anteriormente. Lacerda formula impunemente violentas críticas contra el gobierno. Su plena libertad de movimiento debilita aún más al actual gobierno, pero éste no puede reprimirlo, pues Lacerda apoya sus embestidas dictatoriales; es la expresión

más radical del movimiento de abril. Reservemos el estudio del fascismo para el próximo capítulo; aquí aparece como simple límite de la actual situación de compromiso.

El gobierno de Castelo se debatió entre la necesidad de las clases dominantes de establecer un régimen de fuerza en el país y la supervivencia, a pesar de su desorganización, del movimiento popular que pretendía reprimir. La supervivencia de dicho movimiento, con todas sus limitaciones, junto a la impopularidad inevitable del gobierno, actuaban como factores de división de las clases dominantes y permitían el desarrollo de una oposición liberal que hacía perder su fuerza y sus posiciones al gobierno de Castelo, que se debilita día a día. La oposición de derecha que surge de tal debilitamiento sirve como factor de desmoralización aún mayor. Este conjunto de factores obligaba al gobierno a debatirse entre la liberación siempre insuficiente y una represión siempre inconsecuente y débil. El desarrollo de estos factores condujo finalmente a un proceso de ajuste entre el movimiento liberal y el gobierno dictatorial. Los liberales procuraron amoldarse a la dictadura, y la dictadura a los liberales; pero tal salida es extremadamente desmoralizadora para ambas fuerzas, pues mantiene un falso clima de tensión que estimula iniciativas independientes de la masa. Sólo quedó, y aún queda, el camino de nuevos golpes, por un lado, o el de la destrucción de la dictadura, por otro.

Es evidente, sin embargo, que la burguesía no se arriesgaría a la segunda forma de ruptura del equilibrio que se viene creando. La situación general de la crisis favorecía la centralización del poder: esto es, el golpismo. Básicamente, la mantención del mismo grupo en el poder durante, por lo menos, el periodo de depresión y estabilización. Tras estas salidas inmediatas están, sin embargo, los elementos más profundos del proceso social: el fascismo y el socialismo. Serán éstas las fuerzas que van a emerger del decantamiento de la situación creada en 1966.

5. EL GOBIERNO DE COSTA E SILVA

El análisis anterior fue hecho en 1966, Dos años después se pudo ver hasta qué punto era correcto este análisis y hasta qué punto era equivocado. Creo que era correcto en tanto demostraba la imposibilidad de una redemocratización real y en tanto demostraba la debilidad intrínseca del grupo Castelo Branco y del bonapartismo de derecha que representaba. Era equivocado al suponer que la necesidad de centralización del poder implicaba la conservación del grupo de Castelo en el poder. La impopularidad de Castelo y sus choques con varios sectores de la clase dominante llevaron a la articulación de una fuerte oposición militar y política contra él por parte de la clase dominante,

El resultado de esta revuelta de los sectores políticos y de la masa de los oficiales de las fuerzas armadas fue el gobierno de Costa e Silva.

Este gobierno intentó darse una base constitucional, que fue promulgada por Castelo Branco, intentó abrir algunas sendas reformistas y crear un clima de simpatía popular en torno de sus objetivos. El resultado fue un relajamiento político en el primer momento, seguido después por una tensión creciente como resultado del fracaso de su gobierno. Este fracaso puede ser descrito por los aspectos que siguen:

La política de reformas fue un evidente fracaso y continuaron por tanto la insatisfacción popular y los problemas fundamentales del país, fuentes inagotables de tensión. La política de estabilización monetaria no pudo ser abandonada; sin embargo, se hizo más vacilante en su aplicación. Se ha recuperado un poco la economía, pero la inflación comenzó otra vez a dispararse, comprobando nuestra tesis de que la política de estabilización sólo podría dar resultados inmediatos para la clase dominante si la crisis fuera llevada hasta sus últimas consecuencias, lo que era imposible y llevaría, por tanto, a un largo periodo de estagnación con pequeños ascensos y pequeñas bajas en el crecimiento, lo que es trágico para un país con el explosivo aumento de población como es Brasil.

La insatisfacción sindical continuó y los intentos de liberación sindical resultaron siempre incompletos y cortados por miedo a la libertad sindical. La política salarial, a pesar de las promesas de aumento, de aflojar la política de "aprieto salarial", continúa impopular y no hace más que mantener los salarios dentro de los bajos índices del patrón de vida alcanzados durante la política de Roberto Campos. La liberación política y la consolidación institucional que se esperaban como resultado del régimen constitucional y del término de las actas institucionales no se han producido eficazmente. Si de un lado se produjo una más amplia movilización popular y se perdió el miedo al aparato de represión, éstos se presentaron siempre como ilegales, anticonstitucionales y antiinstitucionales. La democratización se dio por abajo y sin legitimización del gobierno. El resultado es una creciente impotencia del gobierno frente al movimiento de masas en crecimiento y el surgimiento y desarrollo de sectores del poder y de la pequeña burguesía, que toman en sus manos la "justicia" que ellos llaman de "revolución", es decir, la "justicia" de la contrarrevolución. La desconfianza en contra del gobierno y su deslegitimización se dan, pues, desde la izquierda y la derecha. La opción entre socialismo y fascismo se hace cada vez más clara.

6. EL GOBIERNO DE GARRASTAZU MÉDICI

Las contradicciones que apuntábamos en 1968 para el gobierno de Costa e Silva lo llevaron a la necesidad del golpe de estado de noviembre de 1968, que instituyó el Acta Institucional Núm. 5, que suspendía la constitución que el gobierno de Costa e Silva se había otorgado.

A partir de entonces se inicia un proceso de represión sobre el movimiento popular (que alcanzó su auge en 1968 y sobre el movimiento armado que creció a su sombra. La estrategia de represión tenía tres grandes pilares: 1. cortar las relaciones entre los liberales y el movimiento popular coartando los medios de expresión de los primeros y aterrorizándolos; 2. cortar las relaciones entre el movimiento popular y el movimiento armado atacando violentamente el movimiento estudiantil y las vanguardias del movimiento obrero, aterrorizándolo e interviniendo directamente; 3. aislado el movimiento armado, golpearlo violentamente a través de la tortura, la prisión en masa y el exterminio físico.

Por otro lado, el gobierno, a través de la nueva figura de Garrastazu Médici, que venía a sustituir al enfermo Costa e Silva, buscaba aprovecharse de la recuperación económica para comprar a las capas más altas de la pequeña burguesía, neutralizar su capacidad de resistencia y buscar la adhesión de algunos sectores deslumbrados por sus salarios más altos, que muy "ingenuamente" confunden con el desarrollo económico del país. La estrategia ha logrado importantes resultados. La oposición liberal, que buscaba una excusa para retirarse del torbellino en que estaba metida, aceptó tranquilamente las medidas represivas. Los sectores populares, que no veían un camino para llevar hasta el fin el enfrentamiento con la dictadura, retrocedieron muy desordenadamente. La oposición militar, que desconoce los ciclos de la lucha política y confiaba en el poder de las vanguardias armadas, se quedó en el frente de lucha permitiendo a la represión alcanzarla de lleno, sobre todo debido al aislamiento del movimiento de masas, al que ella misma se confinó por sus concepciones foquistas y militaristas.

Claro es, sin embargo, que este gobierno sólo obtuvo falsos triunfos.

En primer lugar, la oposición a la dictadura continúa latente en el seno del pueblo, incluso de la pequeña burguesía, enamorada de los dólares que le caen en el bolsillo. La debilidad revelada por la oposición liberal no hace más que consolidar una posible oposición revolucionaria al régimen cuando ésta se rearticule y pueda hacer una nueva ofensiva.

En segundo lugar, el movimiento de masas empieza a reorganizarse otra vez desde las bases, ahora con

mucho más solidez y decisión. Todo indica que una nueva oleada del movimiento popular tendrá un nítido liderazgo obrero y proletario, en vez del vacilante de hecho y radical de palabras que representa el movimiento estudiantil en 1968.

En tercer lugar, el movimiento armado no se lanzó sino en una pequeña parte de vanguardias generalmente pequeñoburguesas. Las reservas del movimiento son aún grandes a pesar de los violentos golpes que ha sufrido. Una reorientación estratégica y táctica radical le permitirá participar en el próximo ascenso del movimiento de masas, en consonancia con ellas y sometido a ellas, y no como su pretendido líder, como en 1968. Finalmente, el gobierno ha fracasado en su política económica. Las altas tasas de crecimiento presentadas por sus estadísticas reflejan un resultado muy bajo después de cuatro años de crisis, luego de la ampliación del mercado externo, con factores coyunturales, como el precio del café, influyendo en gran medida sobre los resultados, después de los esfuerzos que exigió del país. En pleno auge de crecimiento, la clase obrera tiene cincuenta por ciento de sus ingresos rebajados sin que se pueda aumentarlos sin comprometer la política del gobierno, pues la inflación admitida públicamente es de más del veinte por ciento. Por otro lado, la política de exportación y de atracción del capital extranjero se basa en la mantención de los salarios bajos, amén de otras concesiones. Finalmente, el desempleo crece particularmente en el campo, a pesar de las desesperadas medidas para crear fuentes de trabajo.

Ningún gobierno, por más autoritario que sea, por más propaganda que manipule, puede pasar por encima de las leyes de la economía. El capitalismo dependiente no puede resolver los problemas de crecimiento económico para atender los intereses de su pueblo.

Sólo una política de reformas estructurales lo puede hacer. Y esas reformas, como lo vimos, llevan al socialismo o en caso de derrota del movimiento popular conduce a la represión cada vez más violenta: el fascismo. Veamos estas alternativas más de cerca.

7. EL GOBIERNO DE ERNESTO GEISEL

Ya en 1972 se inició en Brasil un debate sobre el modelo político brasileño lanzado por Roberto Campos y discutido en la Escuela Superior de Guerra. A pesar de que muchos intelectuales y economistas de izquierda se veían aplastados por el "milagro económico" brasileño, los economistas burgueses y los militares percibían intuitivamente las limitaciones de este milagro. Era evidente que el país no podría mantener las altas tasas de crecimiento que venía presentando. Sin embargo, a pesar de esas tasas excepcionales no se veía un

camino de mejoría de los sectores populares ni de afirmación de una economía nacional suficientemente fuerte e independiente para asegurar el crecimiento. Por otro lado, era evidente el desgaste político de gobierno aun en las condiciones económicas excepcionales creadas por el llamado "milagro". Era pues necesario encontrar un camino político de relajamiento o "descompresión" que asegurase a la dictadura un mínimo de legitimidad social antes que una situación de crisis económica volviera a agravar el cuadro político. Fueron estos sentimientos mayoritarios en las fuerzas armadas que llevaron a constituir el nuevo gobierno de Ernesto Geisel en 1973 y a presentar un programa de gobierno que pretendía establecer una "apertura democrática" y fortalecer el capital nacional, sobre todo la Industria pesada y mejorar la distribución del ingreso.

Todos los objetivos de Geisel se estrellaron en contra de la profundidad de la crisis económica, social y política brasileña. La apertura democrática condujo a las elecciones parlamentarias de 1974 en las cuales se permitió un mínimo de libertades políticas.

En consecuencia el Movimiento Democrático Brasileño se sintió autorizado para profundizar las críticas al régimen y atrajo los votos nulos y blancos que habían pesado enormemente en las elecciones anteriores y obtuvo en consecuencia una masiva votación de cerca del 65%. Como se renovaba sólo parte del parlamento esto le permitió rebasar su escaso poder anterior al alcanzar cerca de 40% de la representación parlamentaria. Esto le permitió entrar en una política más ofensiva bajo la presión de jóvenes diputados y senadores recién elegidos, en una fuerte y decidida demostración de la voluntad popular. La respuesta del gobierno fue la represión que cayó primeramente sobre la dirección del Partido Comunista Brasileño. Y en seguida sobre los diputados más combativos del MDB, acusados de haber recibido el apoyo de los comunistas, a los cuales se les desaforó y se les retiró sus derechos políticos. Las elecciones municipales de 1976 fueron sometidas a enormes presiones del gobierno que prohibió la campaña electoral por la prensa, la televisión y la radio. Asimismo el MDB no presentó candidatos en cerca de la mitad de los municipios del país. Sin embargo, además de ganar masivamente en las principales ciudades del país los sufragios del MDB sumados a los votos blancos y nulos, continuaban expresando una mayoría nacional.

La respuesta del gobierno no se hizo esperar: nuevas prisiones y asesinatos (esta vez se liquidó la dirección del P.C. do Brasil, de tendencia prochina), nuevas suspensiones de mandatos parlamentarios y de sus derechos políticos y en 1976 la recesión temporal del parlamento y el dictado de un conjunto de reformas políticas que establecen las elecciones indirectas para los gobernadores de Estado (a realizarse en 1978), permite al gobierno nombrar 1/3 de los senadores y mantiene la censura sobre los medios de difusión.

A pesar de estas nuevas investidas dictatoriales, la oposición no se calló y continuó atacando al gobierno, el movimiento estudiantil tomó las calles de las principales ciudades del país, varios sectores de intelectuales, periodistas, empresarios y hasta banqueros se sumaron a la campaña por el restablecimiento de las libertades democráticas en el país, levantándose incluso la consigna de una constituyente para restablecer la democracia.

El gobierno ha respondido con nuevas suspensiones de diputados y nuevas amenazas que comprometen gravemente la imagen liberal que Ernesto Geisel quiso constituir en torno de su gobierno. La lógica de la apertura es pues la de acentuar las manifestaciones de inconformidad popular y en seguida provocar represalias y nuevos intentos de cierre político dictatoriales. La ultra derecha ya se encuentra en plena conspiración y los elementos ligados al terrible gobierno de Garrastazu Médici preparan una ofensiva fascista de una violencia inaudita en el país. Sin embargo, la ultraderecha no tiene aún fuerza para pasar a la ofensiva y mientras tanto el movimiento popular y democrático avanza a pesar de las represalias del gobierno de Geisel. Las críticas del gobierno norteamericano hechas por el presidente Carter a las violaciones de los derechos humanos favorecen esta ofensiva democrática y es evidente que los intereses norteamericanos trabajan por una salida liberal controlada que permita mantener el timón en manos del gran capital internacional cuando se caracterice el total fracaso de la dictadura.

La crisis económica se manifiesta en una baja de la tasa de crecimiento del 10% al 4% y hasta un posible no-crecimiento en 1976, un aumento de la tasa de inflación a cerca del 50% al año, un déficit de la balanza de pagos corriente de cerca de 7 000 millones de dólares, un endeudamiento externo de 30 000 millones de dólares. La profundización de la crisis ha aumentado el descontento popular a niveles explosivos, ha debilitado el apoyo burgués a la dictadura y ha dividido las fuerzas armadas cuyos sectores más modestos son fuertemente afectados por la situación económica.

La gravedad de la situación nos hace creer que se están configurando las condiciones de la gran crisis que preveíamos en 1966, como resultado del fracaso de un nuevo periodo de crecimiento sin las reformas estructurales necesarias para garantizar un auténtico desarrollo económico del país. Si tenemos en consideración la posible crisis económica internacional que deberá manifestarse en 1978-79 podemos imaginar la gravedad de la situación brasileña: el encuentro de la crisis económica interna de coyuntura con, la crisis básica de estructura interna y la crisis internacional en un momento de profundización de la crisis de la dictadura militar y su total pérdida de legitimidad frente al pueblo brasileño puede conducir a Brasil a una explosiva situación revolucionaria que difícilmente se podría plantear sin provocar mofa hace 10 o 5 años.

La gravedad de la crisis hace necesario constatar que el fracaso de una salida popular socialista para la misma deberá abrir camino para una ofensiva derechista mil veces superior en barbarie a lo que hemos asistido en esos terribles 13 años de dictadura. Por eso es importante tener en consideración las reflexiones que, sobre el fascismo hacíamos en 1966.

IV. El Fascismo

1. EL FASCISMO. CONCEPTO Y SITUACIÓN SOCIAL

Alemania, Italia y España llegaron tarde al mundo del capitalismo internacional: las dificultades con que tropezaron en su integración nacional las colocaron en posición de inferioridad en relación a las otras naciones capitalistas. Pero las posibilidades abiertas por una intensa industrialización, a fines del siglo pasado, exigían como parte del desarrollo nacional la expansión a todo vapor del mercado externo y la redistribución de las áreas de influencia mundial. Se requería un tremendo esfuerzo nacional para romper estas barreras: Alemania e Italia tuvieron en el fascismo este instrumento de reorganización nacional para la expansión. El fascismo tiene, así, como característica esencial, el ser un movimiento de organización nacional de los países industriales que llegaron atrasados al mercado internacional, con vistas a expandir su área de colonización y su mercado (Alemania, y en cierta forma Italia). Para garantizar esta voluntad nacional, el fascismo tiene que eliminar todo lo que le parezca una amenaza a esta unidad. El movimiento socialista, por su carácter internacionalista y por la amenaza que representa para el régimen capitalista, es su principal enemigo. El fascismo se consolida históricamente después de un periodo de guerra civil, en que las direcciones proletarias se muestran desorientadas e incapaces de destruir al régimen capitalista; o bien llegadas al poder por medios legales, capitulan y renuncian, agotando las energías revolucionarias de las masas por una lucha sin fin ni objetivo. Así fue con el socialismo italiano en los años posteriores a la gran guerra; con la social-democracia alemana, desde el fin de la guerra hasta el curso de la crisis del 29; con los socialistas republicanos españoles, en el periodo entre guerras. La consolidación del fascismo en el poder exige una guerra civil que extermine los liderazgos proletarios y socialistas. Sólo después de esto el fascismo podrá unir la voluntad nacional, expurgando los "venenos de la lucha de clases y del internacionalismo".

Para que este movimiento tome cuerpo es necesario que existan sectores decadentes o marginales en la sociedad, que formen el núcleo de aglutinación popular contra el socialismo y otros "enemigos de la nación". En Alemania, los excombatientes y más tarde los desocupados; en Italia, los mismos excombatientes, además del lumpemproletariado de origen agrario; en España, la legión extranjera, los nobles decadentes y el lumpemproletariado. La base social del fascismo es, sin embargo, la pequeña burguesía en crisis de proletarización. Solo cuando obtiene su apoyo y el de la clase media, gana el fascismo el status social y asegura su tránsito y su prestigio en la sociedad. Las bandas de estafadores y aventureros que forman sus

núcleos iniciales ganan el título de campeones de la moralidad y de fuente de virtudes cuando la pequeña burguesía se coloca a su lado, con sus prejuicios idealistas y sus pruritos virginales. El crimen se vuelve redención; la brutalidad, autoridad; la rapiña, defensa de la propiedad, en el lenguaje hipócrita de la pequeña burguesía.

Pero para que el movimiento fascista triunfe es indispensable el apoyo del gran capital (a veces del latifundio, como ocurre en Italia y en España). Es el gran capital el que proporciona los medios económicos para su crecimiento y lo introduce en el área del poder. Para que esto ocurra, es preciso que la gran burguesía ya haya intentado anteriormente todas las soluciones y se vea asustada por la posibilidad de la "anarquía social", esto es, del movimiento de masas en aumento. Sólo entonces estará dispuesta a pagar las abultadas propinas que los fascistas le imponen al someterla a una burocracia sin escrúpulos, que la saquea a cada momento. En cambio el fascismo le ofrece los super lucros, consecuencia de la baja general de los salarios de un proletariado aplastado, el apoyo militar para su expansión internacional y las condiciones políticas para un amplio apoyo de masas a sus pretensiones expansionistas, conseguidos a costa de terror y de la propaganda irracionalista.

En los países más atrasados (el caso de Portugal, Italia y España), la organización del capitalismo en torno al estado a través de un sistema corporativo garantiza el desarrollo de los grandes monopolios bajo su sombra y protección. Un capitalismo aún frágil encuentra ahí su punto de apoyo para defenderse del capital foráneo y para extenderse en el país y en las colonias. En Alemania, ya más avanzada económicamente, la organización corporativa trataba de recuperar la economía industrial en torno a la industria de guerra y por la militarización de la economía, y sentar las bases para un dominio mundial.

Las tareas económicas y políticas del fascismo exigen una figura mística, de autoridad nacional incontestable, con un jefe nacional que exprese la unidad volitiva de la "nación", y que al mismo tiempo se imponga a sangre y fuego sobre ella para garantizar el exterminio de todas las luchas internas. El jefe nacional es el coronamiento material, empírico, visible, audible, de la "unidad nacional". Tal posición exige evidentemente una personalidad enferma y cínica, pero, al mismo tiempo, una autenticidad en la impostura que le da tonos de genialidad. El jefe nacional, el líder fascista, vive de constantes trucos publicitarios pero al mismo tiempo cree realmente en su misión histórica y en la legitimidad de todos los métodos que emplea. Esta es la condición para convertirse en la expresión individualizada y corporal de una voluntad colectiva, alejada de sus intereses más vitales y transformada en un fantasmagórico instrumento de los intereses monopolistas e imperialistas. Esta contradicción entre los intereses monopolistas, a los cuales sirve el fascismo cuando está en el poder, y el carácter pequeñoburgués de su programa preinsurreccional, sólo se resuelve por la expansión imperialista, que unifica, por cierto tiempo, los intereses de todas las clases nacionales, excepto del proletariado revolucionario, a costa del cual se hace, exigiendo por esto su desaparición previa como fuerza política.

El fascismo es, pues, un caso de bonapartismo, cuyas características son exacerbadas, como consecuencia de la amplitud de tareas históricas: el fascismo corresponde al bonapartismo de los países imperialistas. Históricamente, encontramos dos tipos fundamentales de fascismo: un fascismo expansionista (cuya expresión más acabada fue el nazismo, transformándose en su modelo más completo) y un fascismo defensivo, que procura sobre todo asegurar el dominio interno del capital nacional y garantizar mercados coloniales (tendríamos el ejemplo de Italia y, casos aún más defensivos, el fascismo español y portugués).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se transformó en el centro de la reorganización mundial del capitalismo. Mientras tanto, el sistema capitalista en su conjunto pasó a una posición defensiva ante el avance internacional del socialismo. Tal situación llevó a una integración económica (Plan Marshall, BID, FMI, planes de ayuda económica a la India, a países asiáticos y latinoamericanos, etc.) y militar (OTAN, OTASE, Tratado de Río de Janeiro, etc.) del capitalismo mundial, bajo el liderazgo de Estados Unidos. Por esto la lucha de carácter nacionalista implica hoy una lucha antiimperialista, que pone en jaque al propio sistema capitalista internacional y atrae hacia el campo socialista las fuerzas que la sustentan.

Esto hace extremadamente contradictorio al fascismo de los países subdesarrollados, pues para lograr su objetivo de expansión nacional burguesa tiene que chocar con el único seguro de supervivencia del propio sistema capitalista, que es el imperialismo norteamericano. Franco, en España; de Gaulle, en Francia; Nasser, en Egipto, trataron de consolidarse en esta situación ambigua, pero ya no pueden aliarse a la ultraderecha fascista por razones de supervivencia histórica; en el campo internacional entran en choque con el imperialismo norteamericano al buscar una posición intermedia entre el imperialismo y el socialismo; están obligados a hacer concesiones al movimiento obrero y a la izquierda, a los que no pueden desbaratar sin destruir las condiciones de una economía nacional razonablemente independiente. Esta es una lucha sin gloria y, sin embargo, históricamente necesaria. A pesar de existir un proceso de integración internacional del imperialismo que vivimos en nuestros días, tal proceso de integración se hace a costa de choques violentos, que crean las oportunidades históricas para el avance mundial del socialismo contra la integración mundial, surge la integración regional (Mercado Común Europeo, panarabismo, etc.), y la integración se vuelve contra la integración. El mismo proceso que conduce al choque y a la lucha interna. Por esto, sería precipitado creer que el fascismo perdió todas sus posibilidades históricas: es una tendencia activa dentro del propio proceso de integración capitalista, una posibilidad que es producto del choque entre sus intereses opuestos. Tal tendencia entra en choque con el proceso fundamental de integración, pero es, al mismo tiempo, un resultado de esta integración. Es la posibilidad de estos choques lo que abre el camino al socialismo en los países atrasados. Si la integración fuese un proceso no dialectico y unívoco, sin contradicciones, las posibilidades del socialismo se alienarían a la simple expansión cuantitativa (militar, conquistas, dominio económico) del campo socialista internacional,

o a una revolución mundial concomitante en varios países, después de haber madurado las contradicciones de clase existentes dentro de este mundo imperialista integrado; pero esto no ocurre porque hay un desnivel, entre los distintos estados de integración y porque la realización de ésta acarrea contradicciones internas.

2. POSIBILIDADES DEL FASCISMO EN BRASIL

¿Qué representaría una salida fascista en Brasil? Sería el apoyo de la clase dominante a un movimiento pequeñoburgués, antiobrero, que garantizase la represión del movimiento popular en el país. A pesar de que el programa de tal movimiento, como veremos, tenga un carácter nacionalista, para ganar el apoyo de las masas, la gran burguesía estará, en realidad dispuesta a vender estas aspiraciones a cambio de la paz social y de la garantía del apoyo imperialista a su gobierno. Esto significa que en Brasil existen las condiciones históricas para una organización represiva del Estado y para una organización estatal de la producción, con vistas a garantizar la supervivencia del régimen; pero faltará a este Estado fascista su contenido -la política expansionista-, que entraría en choque con su sustentación internacional³ salvo que una guerra civil terminara en la derrota del movimiento de masas y le concediera al gobierno fascista una tranquilidad interna suficiente para intentar un camino expansionista. Pero en las actuales condiciones internacionales, la guerra civil nacional asume un carácter internacional, y para derrotar al movimiento revolucionario, el fascismo nacional sería insuficiente. Habría que recurrir a la sede económica, militar y política del imperialismo para decidir la lucha, y tal hecho daría al fascismo nacional el carácter de un auxiliar del imperialismo internacional, que le arrebataría su poder dinámico.

El fascismo representa una amenaza creciente originada por el fracaso del actual bonapartismo de cúpula, desmoralizado frente al pueblo. Es innegable que tal movimiento crecería en el país en la medida en que el actual gobierno se muestre incapaz de reprimir efectivamente al movimiento popular y de organizar un sector

³ A partir de 1970, la dictadura brasileña vio una posibilidad de asumir directamente el rol de defensa del continente contra la subversión, papel a que aspiraba hace mucho, conforme aparece en el libro del general Golberi de Couto e Silva, *Geopolítica do Brasil* y en el documento del Estado Mayor brasileño publicado en el semanario *Marcha* en 1969. Esta posibilidad era una consecuencia de las dificultades políticas del gobierno de Nixon de intervenir en América Latina en un momento de gran ascenso del nacionalismo y del movimiento de masas. En tales circunstancias, Brasil tomaría a su cargo la defensa del continente. Movimiento de tropas en las fronteras del Uruguay con motivo del rapto del cónsul brasileño por los tupamaros, intento de alianza con la Argentina en contra del gobierno chileno, envío de un militar brasileño a Bolivia para conspirar contra el gobierno de Torres y estímulo al movimiento separatista de Santa Cruz, del sur de este mismo país, etc., revelan la existencia de una ofensiva de la dictadura brasileña en América del Sur, que se completaría con su política africana de alianza con Portugal y África del Sur. Como ya señalamos esta política se consumó en un intervencionismo abierto en los golpes militares de Bolivia (1971), Uruguay (1973) y Chile (1973).

activo de la población para apoyarlo y difundir la represión. (Los fascistas tendrán un papel importante en la articulación de los nuevos golpes que se anuncian en el país y a través de éstos se harán absolutamente necesarios en un nuevo esquema de poder. De ahí en adelante, el fascismo iniciará la marcha hacia el poder, posiblemente a la sombra del propio gobierno de transición.

¿En qué sectores de clase se apoyará el fascismo en Brasil? Ya vimos el papel de los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía y de la clase media, que, amenazados por una proletarización constante, producto de la crisis, buscan "salvar" a su clase y a la "nación" que creen representar. Otro sector que es en parte masa de maniobra potencial del fascismo es el subproletariado, las grandes poblaciones de las villas de emergencia y de los campos que no tienen actividades económicas fijas y que, ante su inseguridad social, desarrollan el inmediatismo y el oportunismo que las hace disponibles para el primer grupo audaz y de recursos que las movilice. En su conjunto, las reivindicaciones del subproletariado no pueden ser atendidas por gobiernos fascistas y por tanto el subproletariado como movimiento de masa tiende más a apoyar una política revolucionaria de enfrentamiento con el sistema. Su inestabilidad económica y el bajo nivel de sus necesidades hacen, sin embargo, que sectores importantes de él sean presa fácil de la política reaccionaria, desocupados rebeldes y dispuestos a acciones violentas, sea contra quien fuere. El latifundista, que se ve frente a una marginalización social creciente, que lo arrancó del pedestal de jefe político respetado para convertirlo en el socio más pobre de la burguesía, y que se ve amenazado aun por la revolución campesina, es el otro punto de apoyo importante del movimiento fascista en Brasil. El apoyo (algunas veces hasta iniciativa) del latifundio a la organización del movimiento fascista crea una contradicción con los sectores pequeñoburgueses de la clase media urbana que, a excepción de los más reaccionarios, no están vinculados a esa estructura latifundista. Tal contradicción debilita la capacidad de movilización fascista de esos sectores urbanos, divide el movimiento y reduce su fuerza política.

Como vimos en el punto introductorio, la gran burguesía sólo se aproxima al movimiento fascista cuando éste comienza a presentarse con un potencial fuerte y cuando ella no ve otra salida para la crisis. Entonces la burguesía impulsa al movimiento fascista y lo transforma en su instrumento político, prestándole condiciones para llegar al poder. En este momento histórico se produce un cambio de calidad del fascismo y él provoca generalmente una división interna dentro del movimiento, entre los sectores que quieren llevar adelante el carácter pequeñoburgués de su programa y los líderes oportunistas que se disponen a asegurar el apoyo de

la masa dentro de las nuevas necesidades programáticas. En el caso brasileño, la gran burguesía está constituida básicamente por el capital imperialista y algunos grupos nacionales ligados a él: para llegar al poder, el fascismo tendrá que romper con su programa nacionalista y aceptar el programa imperialista. Tal paso es posible porque el fascismo en Brasil es mucho más defensivo que ofensivo. Su objetivo es menos el de la expansión nacional que el de la "Salvación nacional"; su objetivo es básicamente el de impedir una revolución popular, en lo cual se confunde con los intereses imperialistas. Este matrimonio espurio tendrá un hijo también espurio, que sería un régimen fascista meramente represivo y, por tanto, incapaz de alcanzar la unidad nacional que el fascismo europeo alcanzó. Sería, por tanto, un régimen francamente sometido a frecuentes crisis, mientras el país, como un gigante herido, se debatiría desesperado, en medio de un diario debilitamiento.

3. LÍMITES DEL FASCISMO EN BRASIL

Antes de que esta terrible pesadilla pueda materializarse, muchas aguas tendrán que correr. Si bien el fascismo es una tendencia viva en la actual situación del país, existen otros factores cuya acción lo debilita y aumenta las contradicciones internas que lo dilaceran: son las dificultades de conciliar los intereses económicos de la pequeña burguesía y la clase media con el latifundio y de conciliar el mínimo de aspiraciones nacionalistas de la pequeña burguesía y la clase media con la gran burguesía imperialista. Como en la situación actual estas contradicciones ya actúan, el movimiento fascista encuentra grandes dificultades para desarrollarse como fuerza política. Veamos estas dificultades.

En primer lugar el movimiento fascista se identifica, quiéralo o no, con el actual gobierno "revolucionario". A pesar de tratar de presentarse como una oposición "revolucionaria" a los traidores de la "revolución", no puede evadir su papel dentro del actual gobierno ni puede romper totalmente con él, pues quedaría con el mínimo de recursos para actuar y no podría resistir una represión. Ante todo, no puede abandonar al actual gobierno y arriesgarse a permitir la derrota del mismo por los liberales. Tiene que sufrir, pues, toda la carga de la impopularidad de la "revolución". Esta impopularidad no se limita a la clase obrera, al estudiantado, a los intelectuales progresistas, al campesinado y a trabajadores en general; también la pequeña burguesía y la clase media sufren las consecuencias de la crisis económica y de la política económica. Por más que el fascismo trate de presentarse como una oposición a la actual política económica, no obtiene la confianza de la pequeña burguesía y la clase media desesperadas, que culpan, como no podía dejar de ocurrir, al gobierno actual por el aumento del costo de la vida, por la caída de los negocios, en resumen, por la crisis general. La imagen de una crisis producto de la agitación provocada por un gobierno izquierdista, ya fue violentamente

destruida en la práctica social. Es la propia derecha la que asumió la responsabilidad por el aumento del costo de la vida, por las quiebras, en suma, por la crisis. Como vimos en la parte referente al bonapartismo de izquierda, el gobierno de Goulart, siendo un gobierno burgués, trató de aplicar esta misma política de estabilización. Para que el país pudiese entrar en una senda de progreso y democracia, sólo restaba (y sólo resta aún) una salida revolucionaria socialista. Pero la izquierda, llena de ilusiones y recelos, servía de sustentación al golpe burgués, que se dirigía exactamente contra ella misma. (El golpe bonapartista de Goulart sólo podría concretarse con la destrucción del esquema político de la izquierda como se vio claramente en la crisis del estado de sitio.) Pero la izquierda se salvó de esta aventura no solamente por las dificultades internas de la salida bonapartista, sino también por el golpe de abril de 1964.

El golpe de abril dismanteló el esquema reformista y abrió camino a una izquierda de nuevo tipo, revolucionaria, opositora, insurreccional, que no está comprometida con un gobierno inepto que hizo alejarse de él a las masas pequeñoburguesas y de clase media. El fascismo perdió así su gran oportunidad de movilización, aun cuando no era suficiente para garantizar su victoria debido a las contradicciones internas que lo debilitaban. En aquel momento conseguía atraer grandes masas de la pequeña burguesía y de la clase media, como vimos en ocasión de las Marchas de la Familia y de los grupos de choque contra el congreso de la CUTAL, contra las conferencias de João Pinheiro Neto, Paulo de Tarso, Brizola, etc. Pero la motivación básica de aquellas movilizaciones (la responsabilidad del gobierno de "izquierda" por el aumento del costo de la vida, por la crisis, por la agitación y por la amenaza a la democracia) se vuelve hoy contra la propia derecha. Y ésta sólo tiene en sus manos las banderas de la represión de los "subversivos" y "corruptos" y de la oposición indefinida y poco convincente a la política económica del gobierno. En contrapartida, está comprometida con las medidas antipopulares de la "revolución", del terror y de la amenaza a la democracia, todo esto mezclado con una profunda crisis social. Si el fascismo ya encierra dentro de sí grandes dificultades estratégicas, mayores aún son sus dificultades tácticas. Continuemos enumerándolas. El movimiento fascista sufre de falta de liderazgo. Es natural en una fase de crecimiento: todo movimiento político tiene carencia de líderes, que están en embrión y no encuentran medios de acceso a las masas; a pesar de todo, el fascismo ya tiene esos líderes, el principal de ellos es Carlos Lacerda. Tales líderes están, sin embargo, temerosos de seguir el camino fascista, precisamente debido a las dificultades internas que lo paralizan. Presionados entre la necesidad del apoyo imperialista y la imagen nacionalista que tienen que presentar a su base política potencial, se desgastan en marchas y contramarchas, en radicalizaciones sucedidas por desmoralizadoras conciliaciones, etc. Los líderes fascistas se encuentran con dificultades (debido a su tradición de acuerdos y arreglos) para dar el paso

decisivo e integrarse a su nueva condición. Se sienten inseguros, y con cierta razón, para dar este paso, que puede representar su liquidación política si perdieran el apoyo de que disponen todavía en el gobierno que los sustenta materialmente.⁴

Esta situación es muy semejante a la vivida, del otro lado político, por Brizola en el gobierno de Goulart. Limitado por su tradición pequeñoburguesa y laborista, Brizola temía dar el paso en dirección hacia un liderazgo revolucionario de masas: tal ambigüedad fue fatal para su liderazgo.

Estas contradicciones de liderazgo conducen a una tercera dificultad en el movimiento fascista: la incapacidad de organizarse a un ritmo suficientemente rápido para responder a las necesidades de lucha. La indecisión de sus líderes, la desmoralización de sus palabras de orden, la dificultad de crear una táctica independiente del "gobierno revolucionario" impiden al movimiento dar un paso más definido en el sentido de su organización independiente. Tal paso podría conducirlo a un aislamiento aún mayor que el que él sufre y debilitaría a la "revolución". Se suceden, pues, las siglas: LIDER, COB, PAB, CAMDE, etc., pero falta la unidad de concepción orgánica y la audacia de movilización que les permitan crecer.

⁴ Este fue el comportamiento típico de Lacerda, hasta que la derrota en los comicios de la provincia de Guanabara le impidió continuar la conciliación. Después de un periodo de recomposición, volvió a la carga con el artículo: "Naturaleza, Crisis y Direcciones de la Revolución Brasileña", publicado en el Cuaderno Especial del *Jornal do Brasil*, del 3-4-66. En este artículo, Lacerda revela una aguda conciencia de las necesidades de su liderazgo fascista: ataca de frente al gobierno de Castelo Branco, especialmente por su política económica impopular; ataca al entreguismo y afirma su posición "nacionalista en términos de potencia nacional; acepta la necesidad de una base popular para el gobierno y plantea la necesidad de un líder capaz de aglutinar la voluntad nacional (él). Al mismo tiempo Lacerda revela cierta conciencia de su misión específica como líder de un movimiento fascista, al tratar de crear una organización partidaria nueva (PAREDE), rehuyendo a la identificación con el movimiento gubernista (ARENA) o con la oposición libertad (MDB). El sentido contrarrevolucionario de su liderazgo satura todo el artículo y se expresa claramente al definir el verdadero carácter de la opción nacional: "La masa popular brasileña va a hacer la revolución. Esta será antiamericana, en la medida en que los norteamericanos se benefician con el gobierno de Castelo Branco. Será antimilitarista, en la medida en que el Ejército se deje identificar con el gobierno de Castelo Branco. Será totalitaria, en la medida en que el gobierno de Castelo Branco desacredite a la democracia ante el pueblo. Pero podrá ser democrática (las palabras "democrática" y "totalitaria" son usadas aquí con un falso sentido; por democrática, el autor entiende el régimen burgués, y por totalitarismo la democracia socialista); podrá no ser hostil a la colaboración extranjera (aquí se revela el carácter táctico-demagógico del nacionalismo fascista que ya destacamos) en la medida en que el resto de los cuadros políticos y lo que podría llamarse la élite del Brasil se decidieran a repetir lo que comenzó con la elección de Janio Quadros: la revolución hecha por la mano del pueblo". Lacerda trataba, así, empíricamente, de buscar la conclusión a que este libro llega: la opción brasileña está entre el socialismo y el fascismo. Lacerda, citando a Hitler, Mussolini y Salazar como modelos, se presenta como el líder de la opción fascista.

A esas dificultades se suma una cuarta: el miedo al espectro del movimiento de masas. El fascismo sabe que el movimiento de masas no está muerto, que puede renacer en cualquier instante. Pero su concepción policial del mundo se desmorona frente a esa reorganización clandestina e invisible. ¿Cómo luchar con un fantasma difuso, esparcido en los rincones de la vida social, en la más recóndita e inocente conversación de fábrica, en el bar, en la esquina, en las tiendas, en el vehículo de movilización, en la hacienda, en la carretera? Es el monstruo que se desplaza por canales inesperados y arrasa con la moral de sus enemigos. El fascista dice: "¡La amenaza está ahí!" Pero no puede materializarla, no puede mostrar dónde está y cómo atacarla. ¡Es desesperante! Y cuando este monstruo se alce, al unir sus partículas separadas para ganar una vida unitaria y consciente, será tarde. Este es el drama del fascismo, drama que le roe los nervios, que lo incita a la acción desesperada, pero que al mismo tiempo lo paraliza. Como conclusión podemos decir que sí existe una amenaza fascista creciente en el país, pero está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica políticas. Vimos también que un matrimonio entre intereses tan contradictorios abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que sólo sobreviviría en la incubadora del imperialismo. Tales conclusiones nos muestran que el socialismo se agigantará a su lado, como posibilidad histórica y como movimiento real.

4. EL CRECIMIENTO DEL FASCISMO

Los años que siguieron a la redacción de este capítulo en 1966 confirman ampliamente sus conclusiones en 1968. Por una parte, el fascismo ha crecido enormemente en el país y, por otra parte, este crecimiento revela sus limitaciones intrínsecas. En lo que respecta a su crecimiento los datos son alarmantes: el Comando de Caza a los Comunistas (CCC) se transformó en la principal organización paramilitar de derecha del país. Su lema es:

Por cada demócrata muerto, mataremos cinco comunistas.

En carta al gobernador del estado de Sao Paulo. Abreu Sodré, declararon:

Si nuestras autoridades enmudecen, si demuestran omisión frente al peligro inminente, el CCC no será un grupo de patriotas apenas, sino todo el pueblo brasileño, civiles y militares, que abrirá los caminos de marzo de 1964, para expurgar de nuestra tierra a los comunistas enemigos y traidores del Brasil.

En declaración a la prensa, afirmaron:

Somos una organización paramilitar bien estructurada [. . .]. Eventualmente contamos con elementos de otras organizaciones de derecha, con los cuales se mantiene pleno entendimiento filosófico.

Algunas de ellas son el MAC (Movimiento Anticomunista), que actúa en Río y Sao Paulo; el FAC (Frente Anticomunista), de las provincias del estado de Sao Paulo y Norte del estado de Paraná, y la FUR (Frente Universitario Revolucionario), de Río.

La acción de estos grupos hasta el momento se compuso además de varios actos de terrorismo en contra de personas e instituciones, de acciones de masa, como el ataque de los estudiantes de la Universidad Mackenzie contra la Facultad de Filosofía de São Paulo, que prácticamente ha destruido su antigua sede en el centro de São Paulo donde funcionaban entre otros dos cursos de ciencias sociales y el centro de alumnos. La reciente denuncia del gobernador del estado de São Paulo, sobre la existencia de un golpe derechista que eliminaría físicamente el liderazgo de izquierda, involucró a personeros de la aeronáutica y, particularmente, a las fuerzas del Para-Sar (Unidad de Salvamento de las Fuerzas Aéreas), que serían los responsables por los actos de terror. Se habla hoy día en los círculos derechistas del "esquema indonesio" para Brasil. Es decir, la eliminación física de millares de revolucionarios.

Todas estas cosas dan un carácter terriblemente realista y concreto a los análisis que este libro presenta. Por otro lado, el movimiento fascista no ha encontrado todavía un liderazgo consciente. Lacerda continúa vacilante y buscando apoyo en sectores liberales a través del "frente amplio", que terminó al ser extinguido legalmente por la presidencia de la República. Pero, dada la situación de creciente tensión, parece que no faltarán los líderes y la creciente unidad orgánica para poner en acción una campaña de movilización fascista en el país.

En 1971, la situación se presenta diferente. El Acta Institucional Núm. 5, decretada por el gobierno de Costa e Silva en diciembre de 1969, disminuyó en buena parte las presiones fascistas al asumir el gobierno su programa. La restricción a la libertad de prensa y editorial hasta sus últimas consecuencias; la suspensión total de los derechos individuales; la intervención violenta de las organizaciones de masa; la represión violenta contra los revolucionarios y su extinción física en las calles o en las prisiones, la utilización de un aparato policial que unifica las fuerzas armadas, la policía y los grupos derechistas para realizar tales tareas con plena libertad de movimiento, todos estos hechos han permitido institucionalizar el fascismo abriendo un camino que no esperábamos en 1966 o en 1968, cuando escribimos las partes anteriores de este libro. Se trata de la posibilidad que se está dando: que la dictadura militar se convierta en un régimen fascista sin pasar por

una guerra civil abierta. La guerra que se produjo en Brasil desde 1968 ha sido hasta el momento un enfrentamiento entre revolucionarios y las fuerzas represivas. La intensa participación popular de 1967-68 logró evitar una masacre por parte de la represión debido a su amplitud. Los choques entre las masas y la policía especializada, y entre grupos de la población y grupos fascistas, fueron simples *premieres* de las verdaderas luchas que tienden a producirse en el país.

Para enfrentarse a esta situación, el gobierno creó, sin embargo, sus SS⁵ unificadas en el plano nacional, su servicio nacional de inteligencia para espiar a sus opositores y a sus propios aliados, para influir la opinión pública en las direcciones buscadas, creó aun su comando de seguridad nacional para unificar los criterios represivos de la política gubernamental.

Los grupos de derecha han disminuido, así, sus acciones propias confiando en la represión institucionalizada. El fascismo brasileño, por su carácter defensivo, tiende, así, a verse representado mucho más por una estructura burocrática que por un partido.

Su contenido ideológico se hace bastante pequeño y grotesco; la afirmación nacional se hace a través del fútbol, del carnaval y de la explotación de tierras vírgenes del Amazonas (para entregarlas al capital extranjero, principal beneficiado por esta expansión territorial); la política externa logra ganar cierta independencia relativa sólo en tanto se liga a los Estados más repudiados del mundo, como Portugal y África del Sur; el crecimiento económico que presenta es más representativo de una gran aventura económica que de un desarrollo sólido. Es, pues, un régimen cuya euforia se apoya en una propaganda capaz de magnificar todo lo que sea inútil y grotesco, pisoteando a un pueblo hambriento, explotado y oprimido.

A través de los cursos de educación cívica se intenta ganar hacia el nuevo régimen a los niños de las escuelas primarias y secundarias. Así también a los estudiantes, con campañas de movilización que buscan antes conquistar su simpatía hacia el régimen que solucionar problemas reales (caso de los proyectos Rondón, Mobral, etc.).

⁵Uno de los oficiales responsables de las torturas a los prisioneros de la prisión de Linhares, en Minas Gerais, se consideraba con orgullo ser parte de las SS Brasileña, según testimonio de uno de los prisioneros. No se trata de un caso aislado.

Se trata de formar una generación fascista en Brasil, buscando capitalizar al máximo los dos años de crecimiento económico, importante para consolidar el régimen "revolucionario". Se trata también de eliminar las contradicciones entre una política dictatorial y la ideología liberal de sus ejecutores, así como la base institucional aún influida por el viejo orden liberal. El desarrollo de la situación obliga al sistema a defenderse por la fuerza, llevándolo progresivamente a constituirse no ya en un gobierno transitorio, sino en un régimen permanente: el fascismo.

Si los hechos han modificado en parte las formas de desarrollo que esperábamos, por otro lado han confirmado totalmente las tendencias que apuntamos. Si el fascismo brasileño logra resolver algunas de sus contradicciones, aunque sea transitoriamente a través de falsas síntesis, y superar los próximos embates que deberá tener con las masas violentamente aplastadas por su política, podrá encontrar una sólida base.

Se hace necesario, pues, analizar el movimiento popular y la alternativa que propone para poder establecer bases correctas de previsión de los próximos acontecimientos.

5. NOTA DE 1977

Como hemos señalado anteriormente al analizar el gobierno de Ernesto Geisel hubo algunos retrocesos en el intento fascista y volvió al poder el grupo de Castelo Branco que intentó una "apertura política". Sin embargo, vimos las dificultades de esta apertura sobre todo porque ella permitió constatar la repulsa de las mayorías nacionales a la dictadura, sobre todo en las elecciones de 1974 y 1976. En consecuencia, el régimen ha acentuado sus medidas represivas sin lograr atemorizar un pueblo que toma conciencia de que representa una mayoría democrática.

V. El socialismo

1. DESARROLLO HISTÓRICO

El concepto de socialismo y el movimiento real que lo sustenta tiene una tradición más que secular.

Durante este lapso fue objeto de discusiones y controversias que correspondían a la diversidad de tradiciones históricas nacionales y regionales, de condiciones económicas y de realidades sociales a las cuales tuvo que adaptarse. Esto no impide, sin embargo, que podamos definirlo como categoría abstracta, que resulta de las condiciones generales de desarrollo de la sociedad capitalista contemporánea. El capitalismo realizó una profunda revolución social: unió el trabajo disperso en la producción individual, artesanal y campesina, en grandes fábricas, aumentando de manera hasta entonces inconcebible la productividad del trabajo humano. Al realizar esta revolución en las fuerzas productivas, el capitalismo generó, sin embargo, las condiciones de su propia superación. El trabajo colectivo, base del nuevo régimen de producción, se alzó violentamente contra la propiedad privada que lo desarrollara, pero que transformó, al mismo tiempo, su potencia creadora en potencia del capital y del capitalista y no en potencia de la sociedad en su conjunto. El productor-el trabajador- se vio dominado por su propio producto, convertido en propiedad privada, en objeto de lucro, en parte del capital. Tal circunstancia histórica creó una situación nítidamente revolucionaria. La revolución productiva exigía una revolución en las formas de propiedad y convivencia social. El trabajo colectivo exigía su correspondiente global, que es la propiedad colectiva de los medios de producción.

Es ésta la situación básica que está detrás de todos los acontecimientos revolucionarios del mundo actual. Así como el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX asistieron a una sucesión de revoluciones burguesas que destruyeron las supervivencias de la antigua sociedad feudal, que se oponían al desarrollo de la nueva

sociedad capitalista, la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX asisten a la lucha de la nueva sociedad socialista contra los obstáculos capitalistas al desarrollo. Este hecho pasó a amenazar las revoluciones burguesas con un radicalismo proletario. En la Revolución Francesa, el gobierno revolucionario de Robespierre amenazó la propiedad privada y se apoyó en los pequeños propietarios de París. En Francia, en 1832, fueron estas mismas clases las que derribaron al gobierno reaccionario de Luis Felipe. En Francia y en Alemania, en 1848, fue nuevamente la acción revolucionaria de esas clases la que instituyó el régimen democrático. En

todas esas oportunidades quedó patente que la revolución burguesa y la revolución proletaria marchaban juntas y que la segunda amenazaba a la primera en su desarrollo. En 1871, la comuna de París se levantó contra los acuerdos del gobierno burgués con la monarquía prusiana y organizó por primera vez en la historia un gobierno proletario que duró solamente dos meses.

Después de la sangrienta represión de la Comuna de París, el movimiento obrero resurgió muchas veces más fuerte en torno a la II Internacional formada por los partidos socialistas de Europa Occidental. La revolución socialista se presentaba entonces como oposición a la burguesía dentro de su propio régimen parlamentario. La perspectiva de una vía parlamentaria para el socialismo se consolidó dentro del movimiento socialista en torno al revisionismo, cuyo principal teórico fue Bernstein. En febrero de 1917, en Rusia, el zarismo caía bajo el impacto de la acción revolucionaria de los obreros y soldados de origen campesino. Pero el régimen que resultó de la revolución de febrero tenía la forma espuria de un poder doble -el poder de la burguesía que se conciliaba con los residuos de la monarquía y con los reformistas y el poder proletario y campesino, organizado en los soviets, que al principio estuvieron en manos de los socialistas reformistas. La Revolución Rusa de octubre de 1917 puso fin a esta dualidad de poder; entregándolo a los soviets de obreros, soldados y campesinos que estaban bajo la dirección de la facción revolucionaria del socialismo: los bolcheviques dirigidos por Lenin.

Para los líderes de la revolución bolchevique, ésta era la iniciación de la revolución europea. Después de una guerra civil victoriosa, en que la contrarrevolución interna fue apoyada por tropas de los más diversos países, los líderes de octubre organizaron la III Internacional y aguardaron ansiosos la revolución en Alemania. Los sucesivos fracasos de la revolución en Alemania, en 1919, en 1921, en 1923 y en otros países, como Hungría en 1919, crearon una nueva situación histórica. Stalin, por un lado, afirmaba la necesidad de consolidar la "revolución en un solo país" para garantizar la revolución mundial. Trotsky, por otro, afirmaba la necesidad de la revolución mundial, para garantizar la revolución en la Rusia atrasada. La victoria de Stalin y la nueva sucesión de derrotas de la revolución socialista, ya por el fortalecimiento del fascismo en Italia, ya por el fracaso de la revolución española, ya por los fracasos de los frentes populares antifascistas en todas partes, crearon en la Rusia una situación de desesperanza. Su progreso económico era conquistado a sangre y fuego: la burocracia crecía, la revolución proletaria parecía estancada.

La Segunda Guerra Mundial mostró las poderosas energías del socialismo mundial que renacía en la gesta de Stalingrado y de la ofensiva soviética, bajo el liderazgo de los movimientos de resistencia de toda Europa y del Ejército Rojo de MaoTse-tung. El nuevo impacto de la revolución socialista que estaba en las entrañas de la Segunda Guerra Mundial trajo el socialismo a Yugoslavia y China, y a Europa Oriental. Bajo el impacto de la Revolución China se despertó el movimiento de liberación en Asia y África, y de este movimiento nacen

Corea del Norte y Vietnam del Norte socialistas. El mundo se dividía en dos campos opuestos: el socialismo, dominando un tercio de la población mundial, y el capitalismo, dominando los otros dos tercios, pero bajo el impacto de sucesivos movimientos revolucionarios. El socialismo vuelve, impulsado por el viento de la revolución oriental, a las playas de occidente. Será en América Latina donde surgirá su primer punto de apoyo en occidente, la Revolución Cubana, y con ella un furor revolucionario barre a América Latina. El socialismo es hoy un mundo multiforme. Dentro de él están países que recién emergen de la comunidad primitiva, como Zanzibar; hacia él convergen culturas seculares, como el mundo árabe; bajo las bases de una civilización milenaria como la china, se yerguen las comunas populares; países desarrollados, como la Rusia y Checoslovaquia, forman otro sector. Su estrategia y su táctica se multiplican desde los países europeos avanzados, donde persiste un régimen parlamentario, hasta las guerrillas latinoamericanas, asiáticas y africanas, donde incorpora un campesinado hambriento dentro de los más diversos regímenes económicos y políticos. La revolución socialista adquiere, así, dimensiones mundiales, mientras que la contrarrevolución también se universaliza en torno a su centro: Estados Unidos.

La experiencia del socialismo en un solo país fue seguida por el socialismo en una sola área, pero ambos no pasaron de ser pequeños momentos de un proceso mundial. Es cierto que el socialismo se encontraba ante su prehistoria y traía dentro de sí muchos de los vicios de estructuras atrasadas que él va destruyendo. No puede encuadrarse, sin embargo, en este marco restringido, y vuelve, pasando por la revolución en los países subdesarrollados, a los grandes países capitalistas. El pueblo norteamericano, por ejemplo, siente cada vez más en la práctica la contradicción entre los intereses imperialistas, que presiden el destino de su país, y sus propios intereses y se levanta en movimientos cada vez más fuertes contra la intervención en Vietnam y en otros países, en busca de una política de paz que garantice la vida de sus hijos, amenazada en todas partes por pueblos desconocidos, en una rebelión interminable. El mundo vive hoy una encrucijada histórica que se definirá por la victoria del socialismo en el plano mundial o por la guerra imperialista. Esta opción está determinando las acciones humanas en los puntos más distantes del globo, muchas veces sin que las personas la perciban. Las calumnias que la burguesía lanzó contra el socialismo se van respondiendo con el avance económico, social y político de los países socialistas. ¿Quién, hoy, con un mínimo de conocimiento, puede creer que el socialismo lleve a la prepotencia, a la tiranía, a la destrucción de la familia (entendida no como una familia patriarcal, arcaica o injusta que hace mucho tiempo está siendo destruida por el propio capitalismo), a la persecución religiosa, etc.? Todos estos mitos se van destruyendo con el ejemplo de una sucesión de países que, aunque estén económicamente atrasados, presentan niveles morales y culturales mucho más altos que los países más adelantados del mundo capitalista, ahogados por la *dolce vita*, la criminalidad juvenil, la prostitución, la criminalidad en general. La democracia occidental degenera cada vez

más en gobiernos fuertes, agresivos dominados por grupos militares, instrumentos de los grandes monopolios. La televisión, el cine y todos los medios de información se caracterizan por un llamado constante a los instintos agresivos del hombre. Este clima de degeneración y decadencia es insoportable. Ningún régimen puede sobrevivir dentro de él. El hombre precisa superarse, es conducido necesariamente a superar esta situación. El socialismo es, así, cada vez más, una salida necesaria a la humanidad. Una salida económica, política, social, cultural y moral.

2. LÍMITES DEL SOCIALISMO EN BRASIL

Para comprender los límites y posibilidades del socialismo en Brasil debemos hacer un esbozo de las condiciones históricas en que se desarrolló el movimiento popular. Esta exposición debe partir del estudio de los factores que impiden el pleno desarrollo de las fuerzas sociales revolucionarias, para después captar sus posibilidades históricas. La exposición será, sin embargo, incompleta, pues exige un análisis más profundo, que reservamos para un próximo libro.

El proletariado brasileño surgió a comienzos de este siglo, constituido por artesanos, exesclavos y emigrantes, sobre todo italianos y españoles. Culturalmente avanzados y con una tradición política ya arraigada, fueron esos emigrantes los que orientaron los primeros pasos del movimiento obrero brasileño. El anarquismo traído de Europa, que pregonaba la destrucción del Estado, del militarismo, de la Iglesia y de la familia, fue la primera ideología del proletariado brasileño. Este movimiento anarquista, que se adaptaba al carácter atrasado de nuestra industria y nuestro proletariado, constituido por artesanos y pequeños propietarios, dominó con violentas manifestaciones de masa el movimiento obrero brasileño hasta los años 20. Su punto más alto fue la huelga general de Sao Paulo, en 1977, que controló toda la ciudad y parte del interior. El fracaso político de esta huelga, cuya principal reivindicación (8 horas de trabajo) fue aprobada para conseguir la paralización del movimiento, pero siendo anulada enseguida debido a la brutal persecución de sus líderes, provocó una autocrítica del movimiento obrero.

Esta autocrítica incluyó el fracaso de las sucesivas huelgas, que continuaron en los años 1918 y 1920, y el estudio de la Revolución Rusa de 1917 y llevó a la creación del Partido Comunista de Brasil en 1922; la historia de este partido sigue un crecimiento orgánico dentro del movimiento obrero hasta 1930, cuando se ve ante la revolución burguesa nacional. Será la adhesión al PCB del líder del movimiento tenentista, Luis Carlos Prestes, lo que cambiará profundamente el contenido de este partido e iniciará un ciclo de dominio del movimiento obrero brasileño por la pequeña burguesía radical, y, a través de ella, por la burguesía industrial, dominio que se prolongó hasta nuestros días. En realidad, con la entrada de Prestes al PCB, no fue el

prestismo el que adhirió al PCB, sino que fue el PCB el que adhirió al prestismo, ideología de la burguesía revolucionaria. Los dramas, farsas o tragedias de 1935, 1945, 1947, 1954 y 1964, al alternarse las líneas más izquierdistas con las más derechistas, fueron el resultado de este proceso. Después de haberse negado a participar en la revolución de 1930, cuando las energías revolucionarias del país estaban en auge, el PCB defendió en 1935 la tesis de la unión de las fuerzas progresistas del país en torno a la Alianza Nacional Libertadora, para realizar la revolución burguesa. Pero la burguesía ya estaba en el poder y podía continuar la revolución burguesa por métodos autoritarios; el resultado fue el fracaso del levantamiento de 1935.

En 1945, Prestes predicaba la Unión Nacional en torno al dictador Getulio Vargas, que se encontraba en decadencia frente al movimiento democrático en crecimiento. La consigna era "la Constituyente con Getulio", que incluía la petición a los trabajadores para que se apretaran los cinturones y no pidiesen reivindicaciones para no poner en peligro la unión de todas las fuerzas democráticas, del país contra el fascismo.

Después de la caída de Vargas, que no afectó al PCB como se suponía, el partido continuó la defensa de la Unión Nacional: vía legal, pacífica y antiguerra civil, que uniría a todos los brasileños, incluso a los patrones, *latifundistas* y al propio capital *extranjero* que, según Prestes, había cambiado de contenido como consecuencia de la unión de las democracias occidentales con el socialismo. Esta fase terminó con el cierre del PCB en 1947.

La nueva línea, en la fase de rompimiento internacional y nacional, comenzó con un llamado al presidente Dutra para renunciar y continuó con el manifiesto de agosto de 1950, que incitaba al país a la insurrección. Este llamado no disponía de ninguna base social, pues ocurría en el momento en que la burguesía realizaba la tentativa nacionalista, en el segundo gobierno de Vargas, contra el cual el PCB se colocó al lado de Lacerda, calificando de "gobierno de traición nacional" al gobierno que creó la Petrobrás y llevó al extremo la lucha nacionalista en el país. Tal línea desapareció con el suicidio de Vargas y determinó un cambio de ciento ochenta grados. Este cambio acabó transformando al PCB en un partido nacionalista que en adelante servirá de apoyo, dentro del movimiento obrero y pequeñoburgués nacionalista, al desarrollismo de Kubitscheck, al movimiento nacionalista, y por último a la tentativa bonapartista de João Goulart. Este fue su último fracaso al parecer; después de él la clase obrera brasileña ha madurado demasiado para entregarse a un liderazgo de este tipo y comprende lo que debe ser un verdadero partido comunista.

Si el PCB, que era el partido más organizado y más ideológicamente definido en la izquierda brasileña, siguió tal camino, ¿qué se podía esperar de la conciencia política de nuestro proletariado? En 1935, el movimiento sindical comunista fue destruido a sangre y fuego y sustituido por un sindicalismo ministerialista, que introdujo el "getulismo" en la clase obrera y dio a la burguesía una poderosa palanca dentro de la clase obrera.

Este control fue ampliado en 1944, cuando Prestes se alió a Vargas, y en 1946, cuando el PCB hacía un llamado a la "unión nacional" y a la conciliación de clases, aún más pacifista que el propio "trabalhismo" getulista. Las masas desorganizadas pasaron a agitarse en torno a líderes populistas, que seguían el ejemplo de Vargas.

Fuera de los "ademaes", los "janios" y "jangos", la clase obrera brasileña no encontró otra forma de expresión política organizada que el movimiento sindical; éste fue su punto de apoyo. Pero el movimiento sindical estaba en las manos del gobierno, a través del control ejercido por el Ministerio del Trabajo. La clase obrera entraba, así, por la puerta de servicio del poder y recibía los restos de comida. Todo esto impidió la organización independiente de la clase obrera brasileña, tanto en el plano sindical como en el político. En Brasil, en 1966, aún no existe un partido obrero. Como veremos en las actuales condiciones, en que el viejo liderazgo amarillo ("pelego") mostró sus límites, en que los dirigentes burgueses revelaron su carácter de clase y en que la clase obrera fue arrojada violentamente a la oposición, acabaron de madurar las condiciones para la formación de este partido. La contrarrevolución de abril prepara históricamente su antítesis.

3. EL NUEVO PROLETARIADO Y LA CRISIS

Desde que se implantó la industria de base en Brasil, comenzaron a desarrollarse las condiciones de superación de los obstáculos a la organización independiente del proletariado brasileño. El dominio ideológico organizativo y político de la burguesía y de la pequeña burguesía sobre aquél, era producto de las propias condiciones de la revolución burguesa en el país. En primer lugar, el proletariado que se desarrolló en los años 30 era en su mayoría de reciente origen rural. Tal marca de origen dificultaba el desarrollo de su conciencia de clase y lo acomodaba fácilmente a los salarios bajos que recibía, pero que le daban condiciones superiores a las que podría disfrutar en el campo. Su reciente salida de una estructura familiar patriarcal, donde el patrón era al mismo tiempo jefe y padre, lo hicieron transferir hacia los empresarios y los jefes políticos urbanos esa imagen que aprendiera a respetar. La propaganda varguista se aprovechó muy bien de esto, transformando a Vargas en "padre de los pobres", en el cual se proyectaba el paternalismo del jefe de familia, del patrón y del jefe político local. Además de esto, las nuevas generaciones obreras que se formaron estaban históricamente separadas de la tradición de lucha de las décadas del 10 y 20. Así, las concesiones realizadas por el gobierno de Vargas les parecían una dádiva bondadosa que debían agradecer. El sindicato era un órgano paternalista, donde obtenían asistencia médica, jurídica y dental. Todos estos factores acrecentaban el dominio ideológico y organizativo de la burguesía sobre el movimiento obrero.

Pero el tiempo fue cambiando esta situación. Se creaba una nueva tradición de lucha y reivindicaciones que, a pesar de su carácter reformista y de su horizonte político nacionalista, hacían nacer en el proletariado la conciencia de su fuerza y de sus derechos. La necesidad que los políticos burgueses manifestaban de ganar sus votos mostraba que su papel político era más importante de lo que pareciera al principio a estos hombres acostumbrados al aislamiento rural. La vinculación de su lucha contra el aumento del costo de la vida, a la reforma agraria y a la lucha contra las remesas de lucro; de la lucha por la liberación sindical a la lucha contra la derecha; de sus luchas económicas a la lucha contra las políticas económicas de los gobiernos: todos estos factores fueron generando una organización y una conciencia cada vez más fuertes en el movimiento obrero.

El desarrollo industrial, si bien atraía antes mano de obra rural a los sectores más atrasados, pasaba ahora a reclutar la mano de obra especializada para las industrias modernas de las nuevas generaciones de hijos de obreros. Surgían grandes industrias en condiciones de producción más modernas, congregando masas gigantescas de obreros. Los barrios industriales dominaban zonas enteras de las grandes ciudades y creaban una nueva psicología de clase. La organización de clase no se podía confinar ya a los sindicatos y tenía que extenderse a las industrias, creando los delegados de fábricas, y llegaba a los barrios con las juntas de progreso. Fue este nuevo proletariado el que sobrepasó los límites de la lucha trazados por la burguesía y amenazó su dominio, estando a punta de obligarla a retroceder en abril de 1964. La crisis económica que viene afectando al país desde 1959 ha sido una escuela práctica para el movimiento popular. La incapacidad de un efectivo desarrollo económico dirigido por la burguesía se manifiesta cada vez más y ha aproximado a todos los sectores populares, ya sea el proletariado, por su interés irrefutable en el desarrollo industrial y político; ya a la clase media, que se encamina hacia funciones técnicas e intelectuales y cuyas oportunidades de realización económica y cultural dependen de este desarrollo (entrando ahí estudiantes, profesores, técnicos, científicos e intelectuales en general); ya sea a los sectores de la pequeña burguesía, cuyas ambiciones de mejoría económica dependen de este mismo desarrollo; ya sea al campesinado, cuyas posibilidades de salir de su actual miseria dependen de la extinción del latifundio y del desarrollo económico.

La unión espontánea de todas estas fuerzas en un frente de trabajadores urbanos y rurales viene, desde hace mucho, procurando una forma de expresión política organizada en el país. Ya sea a través del movimiento nacionalista, de la alianza obrero-estudiantil-campesina, o de la unión entre los sindicatos obreros y las asociaciones campesinas, en fin, en el Frente de Movilización Popular, que unió las entidades de cúpula del movimiento obrero (CGT), del movimiento estudiantil (UNE-UBES), del movimiento campesino (Consejo Nacional de las Ligas Campesinas y la ULTAB), de los funcionarios (UNSP), de las representaciones de sargentos y oficiales nacionalistas y de las diversas organizaciones políticas de izquierda. El defecto fundamental de este frente era, sin embargo, la ausencia de organización de las bases de estos movimientos: la tradición de

“peleguismo” en el movimiento sindical y estudiantil, y la nueva tradición de “peleguismo” que la SUPRA comenzaba a implantar en el movimiento campesino, no solamente llevaban a esas organizaciones a descuidar las bases en las empresas, en los barrios, en las escuelas, en las haciendas, en las aldeas, etc., sino que condicionaban a las cúpulas a contener la radicalización de estas bases, que estaban bajo el efecto de la magnitud de la crisis. El Frente de Movilización Popular se transformó en un ejército sin soldados, pues cuando el pueblo quería luchar, las cúpulas sólo sabían hacer arreglos con el poder. Pero la simple formación de tal entidad hace suponer que el frente de masas se estaba organizando espontáneamente y se presionaba a las directivas a realizarlo también en su nivel. La falta de articulación entre la directiva y las bases y la poca preparación política de ambas permitió que tan grande fuerza social fuese inmovilizada por la capitulación de sus dirigentes burgueses.

4. EPÍLOGO DE LA CLASE DOMINANTE Y PRÓLOGO DE LAS CLASES POPULARES

El agravamiento de la crisis económica después de abril, unido al hecho de que el “gobierno revolucionario” de Castelo Branco se vio obligado a asumir la responsabilidad de esta crisis, y la unión de la burguesía industrial con el conjunto de la clase dominante, colocan al movimiento popular brasileño en situación totalmente nueva: por primera vez, desde 1945, se ve colocado frente a frente a un gobierno abiertamente reaccionario, dictatorial e impopular. Por primera vez es llevado a la oposición y, más aún, a los subterráneos de la clandestinidad. Por primera vez se encuentra huérfano de una dirección burguesa y, por tanto, conciliadora. Para agravar aún más este proceso, por primera vez este movimiento popular se ve ante una crisis capitalista grave, con su cortejo de miseria, desempleo, quiebras, etc. Nadie podrá negar que la actual situación es una escuela revolucionaria para las masas populares del país, particularmente para la clase obrera. Nada indica que de tal crisis emergerá un movimiento popular reformista y acomodado. Todas las clases comprenden la gravedad de la actual situación y se preparan para la nueva etapa de lucha. Después de años de conciliación de clases, que atenuaron enormemente la intensidad de las luchas sociales en el país, Brasil se encamina hoy hacia una violenta situación revolucionaria. Los agentes sociales tienen una vaga conciencia de que grandes acontecimientos surgirán, la conciencia colectiva se agudiza y se angustia, la literatura social y política abunda en las librerías, el pueblo discute los problemas nacionales e internacionales, y reina en todas partes evidente expectación.

El papel de la ciencia política es descubrir las tendencias económicas y sociales que actúan sobre los pueblos y determinan su comportamiento político; no se puede juzgar a los hombres por lo que dicen o lo que piensan. En su conciencia se reflejan, en el espejo deformado de sus tradiciones culturales y de los métodos viciados

e interesados de su raciocinio, las condiciones objetivas que determinan su vida. Pero cuando se aproxima la hora de decisión, las inteligencias se agudizan, el interés se despierta por los más diversos acontecimientos. La sucesión de crisis, choques sociales y hechos inéditos obligan a los hombres a tomar conciencia de su situación.

Pues bien, hoy en Brasil se configura esta situación revolucionaria. Una clase social abandona su papel histórico, impedida de proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas en el país y se coloca en oposición flagrante a este avance. Tal situación entrega a la gran mayoría de la nación esta tarea histórica. Al principio, se trata de derribar fuerzas económicas atrasadas que impiden el desarrollo del país. Pero la lucha es mucho mayor: se trata de derribar el latifundio brasileño, cuya caída derribará el centro de la reacción latinoamericana, y más aún, se trata de arrancar de las manos de la explotación imperialista uno de los mayores países del mundo, lleno de vitalidad, retirando de su control un vasto mercado, una población que es casi la mitad de la del principal país imperialista, un área geográfica continua que es la cuarta del mundo y aún en gran parte inexplorada. Tal hecho no solamente arrastrará consigo vastas áreas de América Latina, sino que ejercerá gran influencia sobre África y atacará profunda y decididamente la dominación imperialista en todo el mundo. Es imposible, pues, creer que esta situación encuentre una solución fácil, pacífica, tranquila.

Aquí, en este país de blancos, negros, indios y mulatos están sucediendo hechos decisivos para la historia de la humanidad.

Aquí se juegan las cartas decisivas, por un largo tiempo, de todo un régimen económico, político y social. De todo lo que representa atraso, miseria y guerra. Y seremos nosotros, obreros, estudiantes, intelectuales, campesinos, soldados, pequeños propietarios, gente del pueblo, gente sencilla, los que tendremos que hacer frente a nuestra tarea. ¿Seremos capaces de realizarla? ¿Estaremos a la altura de nuestra misión histórica? A cada uno de nosotros nos cabe responder desde el fondo de nuestras conciencias y en nuestras acciones de cada día.

5. EL MOVIMIENTO POPULAR BAJO LA DICTADURA

Desde 1966, cuando escribimos las páginas anteriores, el movimiento popular brasileño ha cambiado profundamente su fisonomía. Desde 1967 a diciembre de 1968 hemos asistido a un ascenso de masas que terminó aplastado provisoriamente por el gobierno. Se abrió enseguida una fase represiva muy violenta, que llega a su auge en el momento actual (1971).

La fase que va de 1967 a 1968 se caracterizó por tres aspectos fundamentales.

En primer lugar, el movimiento popular renació en una franca oposición a la dictadura, comandado por el movimiento estudiantil, que logró suplantar las fuerzas represivas durante cerca de dos años, hasta que el gobierno hizo salir los tanques del ejército, paralizando al mismo tiempo la prensa y todo posible apoyo organizado al movimiento de calle.

En segundo lugar, al lado del renacimiento del movimiento de masas emergió una oposición armada al régimen, que utilizó varias formas de acciones de comando y que alcanzó su auge en el segundo semestre de 1968. A partir de la represión al movimiento de masas, el gobierno pudo aislar estas fuerzas y proceder a un intento de aniquilarlas físicamente. A pesar de su falta de preparación, de sus errores de concepción estratégica y de su autoaislamiento de las masas por influencia de su orientación foquista, las acciones armadas han continuado manteniendo prendida la llama de la oposición armada al régimen; aunque mucho más débil y a la defensiva, desgasta al gobierno y revela la profundidad de las razones que llevaron a estos revolucionarios a tomar las armas.

Las fuerzas de la izquierda, en tanto tales, pasaron por amplios procesos de cambio. Desde 1967 a 1968 se produjo un proceso de atomización a través del desgarramiento de las organizaciones principales, entonces existentes, de grupos de jóvenes que querían iniciar la lucha armada inmediata. Desde 1969 hasta ahora, las fuerzas de la izquierda estuvieron bajo la ofensiva represiva buscando mantenerse, sea por la unificación, sea por la atomización en pequeños grupos operacionales, cuya sobrevivencia se hace más fácil y más inestable al mismo tiempo.

Este largo proceso político ha producido una nueva composición de fuerzas de la izquierda. Desde el punto de vista estratégico, casi todas las fuerzas de izquierda, incluso el PC brasileño, han superado la concepción de un Brasil feudal y han aceptado la evidencia de que la economía brasileña es capitalista en lo fundamental, bajo el control del capital extranjero. La lucha en contra de la dominación del capital imperialista no puede, pues, contar con el liderazgo y mucho menos con el apoyo de una burguesía nacional inexistente, anulándose la hipótesis de una revolución democráticoburguesa en el país y planteándose el carácter anticapitalista o socialista de la revolución. Hay, sin embargo, mucha discusión aún sobre el gobierno revolucionario de transición a esta salida socialista, que para algunos sería directamente socialista, para otros de liberación nacional, para otros un gobierno popular o de trabajadores urbanos o rurales que incluiría un frente de obreros, campesinos y sectores de la pequeña burguesía.

Si la discusión sobre el carácter del gobierno de transición es muy importante para los pasos tácticos actuales, el establecimiento de una mayor aproximación estratégica puede ser un importante elemento de diálogo entre estas fuerzas ⁶ y de superación del tacticismo que permite que organizaciones políticas se dividan en tomo de problemas como el de llevar o no a cabo una acción determinada, aceptar o no la necesidad de una columna guerrillera o de la propaganda armada, etc.

De hecho, las líneas de división básicas dentro de la izquierda brasileña pasan por tres grandes límites: a) aquellos que defienden el camino de la formación y organización del movimiento de masas como paso previo a la lucha armada. Esta posición ha sido calificada de "masista", por sus opositores; b) aquellos que defienden la lucha armada como producto de la acción decidida de una vanguardia organizada, a la cual el pueblo apoyará cuando se dé la formación del ejército revolucionario. Esta posición ha sido considerada neofuquista o militarista; c) aquellos que defienden la necesidad de que la lucha armada que se inició al nivel de vanguardia cambie de contenido y se vincule al movimiento de masas, respetando su dinámica propia. Sus críticos la consideran ecléctica.

Las posiciones a y c plantean la necesidad de la existencia de un partido revolucionario y el papel hegemónico de la clase obrera en el proceso revolucionario. La posición b admite desde un punto de vista que defiende el carácter socialista de la revolución y la hegemonía del proletariado, pasando por un periodo en que la vanguardia asume el papel principal, hasta posiciones militaristas más consecuentes, como la que defiende el papel hegemónico de los marginales y de las masas. En general, esta posición en su forma pura rechaza la necesidad del partido revolucionario, sustituyéndolo por una vanguardia armada y un posterior ejército popular.

La clarificación de estas posiciones en pugna permite, al mismo tiempo, un nuevo proceso de reagrupamiento de fuerzas y una definición más clara de la estrategia y la táctica que se seguirán, así como de los caminos orgánicos que permitan superar la atomización a que llegó la izquierda brasileña.

Por otro lado, el movimiento de masas apenas comienza a despertar de los violentos ataques que sufrió desde 1968 hasta el momento. La posición neofuquista no cree en la capacidad de este movimiento. Sin embargo,

⁶ Hay posiciones estratégicas completamente distantes de un posible entendimiento serio entre fuerzas revolucionarias como la que defiende Jamil, teórico de la Vanguardia Popular Revolucionaria. Según él, la revolución brasileña será hecha por las masas, y la clase obrera tendrá un papel subordinado porque se ha integrado a una posición privilegiada en el régimen actual, dejando a los marginales la bandera revolucionaria. En este momento la VPR tiene una posición importante dentro de un frente de organizaciones armadas que no defienden esta misma posición estratégica, como es el caso del MR-8. En 1977 ya no existen tales planteamientos exóticos y descabellados y hay mucho más unidad estratégica entre los varios sectores que componen la izquierda brasileña.

las fuerzas moleculares que permitieron su violento reaparecimiento en 1967-68 continúan operando, ahora con más fuerza. Los obreros han tomado iniciativas para reorganizarse por cuenta propia en una oposición sindical clandestina: la reciente huelga de 40 000 asalariados agrícolas en Pernambuco demuestra una gran capacidad de organización de un sector que está bajo fuerte represión, el proletariado agrícola del Noreste, que ha manifestado sus intenciones de lucha al organizar tomas de ciudades y ferrocarriles en búsqueda de alimentos. Ignorar la capacidad de organización y combatividad popular es el error más profundo que puede tener cualquier analista social, sobre todo si tiene responsabilidades políticas revolucionarias.

La crisis brasileña no se ha superado, sino profundizado. La tesis de este libro no sólo continúa vigente, sino que se ha hecho más pura y más clara. El gobierno actual se dirige rápidamente hacia el fascismo. Cuando se haga evidente la debilidad de su política económica, con la crisis prevista en el capítulo sobre la recuperación y la gran crisis, no quedará a las masas otro camino que la insurrección violenta. En este momento se utilizarán todos los recursos humanos y materiales que fueran acumulados (y en algunos casos, salvados) en el periodo actual. La hora de la dictadura sonará. ¿Qué se pondrá en su lugar? Como vimos, sólo un gobierno dirigido por la clase obrera, en alianza con los asalariados urbanos y rurales apoyados por los pequeños propietarios urbanos y rurales, la intelectualidad, los estudiantes y otros sectores de avanzada de la pequeña burguesía, podrá cumplir las tareas de destrucción de las supervivencias del latifundio, ampliar el mercado interno, destruir la dominación del gran capital internacional y nacional y lanzar inmediatamente las bases para la construcción del socialismo.

Cuando la izquierda brasileña supere su tacticismo y su atomización actual y se reagrupe en forma orgánica y coherente, con un programa político claro, tendrá ciertamente a su lado un gran movimiento popular que le cabrá orientar en una larga lucha por el poder. Entonces la alternativa socialista que se ha venido imponiendo progresivamente en el país como única salida se hará realidad.

La actual situación latinoamericana confirma esta alternativa. Los regímenes intermedios están en amplia crisis. Las experiencias chilena y boliviana con la creación de la Asamblea Popular a pesar de su posterior derrota muestran que las soluciones son cada vez más claras, sea hacia el pueblo, sea hacia la derecha. Perú se ve amenazado por una crisis grave por su incapacidad de decidirse frente a estas alternativas.

La América Latina de los años 70 vivirá de manera bastante nítida la alternativa entre socialismo o fascismo. Los gobiernos que se formen serán necesariamente llevados a definirse a estas alternativas. Las formas de transición serán bien distintas: un gobierno elegido en una parte, una junta revolucionaria en otra, una asamblea popular en otra parte, etc. En todos los casos, la fase de transición tendrá amplio respaldo popular, pues se trata de destruir la sociedad primario-exportadora, completamente anacrónica. Las dificultades se

crearán en la fase constructiva, cuando se planteen las tareas de construcción del socialismo. Entonces la oposición será férrea en el interior y en el exterior, así como los intentos de desviar su carácter o atenuar su radicalismo.

Todos estos problemas exigen un estudio profundo que no cabe hacer en este libro. Nuestra investigación termina en el descubrimiento de los caminos fundamentales. En trabajos futuros desarrollaremos más en detalle esas nuevas etapas.

6. NOTA DE 1977

Los acontecimientos posteriores a 1971 vinieron a reafirmar dramáticamente las tendencias históricas que señalábamos en 1966 y en 1971. Un conjunto de experiencias de gobiernos populares se marcaron claramente por una tendencia a la radicalización de sus bases y al planteamiento del socialismo como alternativa histórica al capitalismo dependiente. Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay fueron importantes ejemplos de esta radicalización. Los movimientos populistas se han desgastado en su forma tradicional y han surgido de su seno importantes organizaciones revolucionarias. Los partidos comunistas han madurado enormemente su concepción política global (a pesar de excepciones graves como la del P.C. Argentino) y la reunión de Partidos Comunistas Latinoamericanos de 1975 en Havana marcó un importante avance hacia una concepción revolucionaria de lucha por el socialismo y la democracia en nuestro subcontinente. Por otro lado, las tendencias foquistas fueron aplastadas por la propia realidad y los grupos militares que sobreviven en el continente han abandonado la orientación foquista y buscado integrar la lucha armada a la lucha de masas, lo que aún no se ha logrado plenamente en ningún país.

En países como Brasil la lucha democrática ha galvanizado las fuerzas políticas y se convirtió en el elemento táctico unificador de las masas y de las distintas corrientes políticas. Pocos son los que tienen ilusiones sobre la posibilidad de una democracia burguesa estable en Brasil y en la mayoría de los países latinoamericanos pero pocos son también los que no consideran la necesidad de conquistar esa democracia como un paso político necesario y polarizador de la voluntad mayoritaria de nuestros pueblos bajo el dominio fascista.

El surgimiento reciente de corrientes socialdemócratas en el continente busca canalizar este sentimiento democrático. Y a pesar de que hay entre los socialdemócratas y socialistas europeos sectores de avanzada que buscan apoyar los sectores revolucionarios de nuestros pueblos, en su conjunto, como tendencia global, la Socialdemocracia está manejada por intereses procapitalistas y proimperialistas que buscan sobre todo

crear una alternativa al proceso de fascistización que impida una opción auténticamente revolucionaria.

Sin embargo, el contexto político actual no establece a las tendencias socialdemócratas como enemigos del movimiento popular y hay de hecho una lucha ideológica travándose entre el marxismo y el reformismo en la orientación de un movimiento obrero que se encuentra en plena maduración, en las condiciones de un capitalismo industrial triunfante bajo una forma concentrada, monopólica y super explotadora como hemos buscado demostrar en este libro.

La propia forma ideológicamente definida que va asumiendo el proceso de la lucha política en América Latina es un indicador de la profundidad de su crisis y de los dolores de parto de una nueva era social. Fascismo, socialdemocracia, marxismo-leninismo en proceso de maduración, diversas corrientes del marxismo, todos tienden a superar el marco anterior de confrontación entre el nacionalismo revolucionario o no y el liberalismo conservador. El socialismo se ha convertido en un factor polarizador de nuestra vida política y, como contrapartida, el fascismo ha aparecido como alternativa burguesa contrarrevolucionaria. La lucha apenas comienza. De nuestras derrotas y errores sabremos sacar las fuerzas para crear esta América Latina socialista que se va convirtiendo progresiva pero profundamente en la idea fuerza de las masas continentales.

Esbozo de la formación histórica brasileña

Como en toda América Latina, la economía y la sociedad brasileña se formaron en la fase de expansión del capitalismo comercial y estuvieron bajo el dominio colonial hasta el siglo XIX. En esta fase, se desarrollaron en el país cultivos de exportación (palo Brasil, caña de azúcar y posteriormente café), la minería (en Minas Gerais, especialmente en el siglo XVIII) y algunas actividades complementarias (ganadería para consumo interno). La estructura social y económica que se desarrolló en la fase colonial estaba compuesta por un grupo de señores, una gran población esclava, los grupos burocráticos y los comerciantes ligados al comercio exportador. La independencia en 1822 no cambió profundamente esta situación, pues sólo eliminó al intermediario portugués en un comercio que se realizaba con Inglaterra. La producción basada en la esclavitud, el bajo desarrollo de la pequeña burguesía urbana y el amplio comercio externo derivado de la exportación impidieron la formación de un mercado interno y, por consiguiente, el desarrollo industrial. La victoria del movimiento abolicionista (1888), apoyado por Inglaterra, eliminó las bases sociales de los antiguos dominadores, derribó la monarquía e instaló la república (1889). En esta época ocurrió el primer salto industrial, y al mismo tiempo, se iniciaba el incremento de la emigración para la zona de producción de café en São Paulo, que se ponía al frente de la producción exportadora.

La república no significó transformaciones profundas, pues la vieja oligarquía (de la caña de azúcar) era sustituida por el dominio de la nueva oligarquía que tenía como eje São Paulo (café) y Minas Gerais (ganado y cereales). En esta fase ya crecían los sectores urbanos, y la industrialización tomó gran impulso con las dificultades para la importación durante la guerra de 1914-1918. De estos sectores medios urbanos, las fuerzas armadas eran las más organizadas; desarrolladas durante la guerra con Paraguay (1865-1870), se convirtieron en el centro de las articulaciones progresistas, bajo la égida del positivismo, y tuvieron el papel relevante en la instalación de la república. La generación que realizó esas reformas entró, sin embargo, en alianza con los dueños de la tierra y pasó a ser combatida por las clases medias (movimiento civilista de Ruy Barbosa). En la década del 20, una nueva generación de tenientes y capitanes asumirá el liderazgo de la lucha antioligárquica, a través de revueltas sucesivas (levantamiento del Fuerte de Copacabana en 1922, levantamiento de Isidoro en Sao Paulo en 1924, columna Prestes que recorre el país haciendo propaganda antioligárquica de 1924 a 1926). En 1930, el tenientismo se divide en dos ramas; una de ellas se alía con un sector de la oligarquía (Minas y Río Grande do Sul) que, asustado con la creciente oposición popular, va a apoyar la revolución del 30. Otra, comandada por Prestes, se aísla de la revolución de 1930 en nombre de una revolución proletaria que era sostenida por el sector latinoamericano de la III Internacional. El grupo que

participó en la revolución del 30 se dividió nuevamente en dos ramas: una que pasó a estrechar su alianza con la oligarquía y otra que quería llevar adelante las reformas antioligárquicas. En 1935, la situación se definía, de un lado, por la unión de la burguesía industrial y sectores de la clase media en torno a Vargas y a una política bonapartista de reformas por arriba, a través de un estado fuerte, y de otro lado, por un grupo radical, ahora comandado por Prestes, que retornaba demasiado tarde la bandera de la revolución democráticoburguesa bajo la influencia de la línea del Frente Popular. La tentativa de levantamiento del Frente Popular (Alianza Nacional Libertadora) en 1935, permite el dismantelamiento de la ANL y del Partido Comunista, fortalece al estado getulista y lleva a la aniquilación del ala fascista (Movimiento Integralista de Plinio Salgado) y a la instalación de un régimen corporativo dictatorial: el Estado Nuevo (1937).

La victoria del bonapartismo estadonuevista permite el dominio de la burguesía industrial sobre el estado a través de una red de concesiones a los otros sectores de la población. El Estado Nuevo garantizó su dominio sobre el comercio exportador: por un lado, mantiene a la agricultura del café, financiando los *stocks* no vendibles, debido al crecimiento exagerado de la producción y a la baja del comercio mundial (crisis del 29 y sus secuelas), y por otro lado controla las divisas obtenidas con la exportación pagando en dinero nacional a los cafecultores (confiscación cambiaria) y usándolas en la compra de los equipos para la instalación de la industria nacional. El punto más alto de esa política de industrialización fue la instalación de la Compañía Siderúrgica Nacional (estatal) a cambio de la participación en la Segunda Guerra Mundial al lado de los aliados.

El Estado Nuevo consolidó su dominio sobre las clases medias urbanas a través de la reglamentación del acceso a los órganos públicos en expansión y a las oportunidades de ascensión trazadas por la industrialización. El sector obrero estaba compuesto en su mayor parte por poblaciones emigradas del campo, debido a, la decadencia del régimen de producción tradicional, la aparcería, relación de dependencia personal entre el dueño de la tierra y los campesinos, basada en la división del producto entre el campesino y el dueño de la tierra, la prestación de trabajo gratuito del colono y la utilización de mano de obra no permanente venida de los minifundios. Este sector fue incorporado al sistema estadonuevista a través de la organización de un sindicalismo estatal dirigido por un grupo de sindicalistas financiados por el impuesto sindical (un día anual de salario), que tomaron el nombre de "pelegos"; por la creación de un sistema de previsión social y por la legislación del trabajo. El proletariado recién llegado de las ciudades y desligado de las luchas obreras en la fase de 1905 a 1935 se volvió presa fácil de la propaganda oficial basada en la exaltación de Getulio Vargas como "padre de los pobres".

El esquema getulista se conservó con el mismo vigor después de ser derribado Vargas en 1945. Convocadas las elecciones en 1946, salió victorioso el mariscal Dutra, apoyado por Vargas y por los partidos fundados por él: Partido Socialdemócrata (unión burguesía-latifundio) y el Partido Laborista Brasileño (partido compuesto de bases obreras y creado por Vargas para competir con el PCB), y con la oposición de la Unión Democrática Nacional (clase media y sectores del latifundio). El gobierno de Dutra se caracterizó, por un lado, por la represión a los comunistas y el control del movimiento obrero (aplicación del Decreto 9 070 contra las huelgas políticas y reuniones intersindicales), y por otro lado, por la colaboración con el imperialismo. Sin embargo, la burguesía continuaba controlando el estado brasileño, instalando una industria, de base y creando los medios para su sustentación (desarrollo de la Compañía Siderúrgica Nacional, instalación de las Centrales Eléctricas del Río San Francisco, etc.). Getulio Vargas consiguió, a pesar de todo, mantener la aureola mística sobre su figura y en 1950 fue elegido presidente de la república. Volvió dispuesto a recuperar el dominio personal perdido en el periodo de Dutra, afectado por los más diversos intereses. Por otro lado, la burguesía, fortalecida por la infraestructura económica creada en ese periodo, se mostraba ansiosa de cambiar a su favor la correlación de fuerzas en el estado brasileño. En este punto se inicia el drama que tratamos de retratar.

Principales figuras del periodo estudiado

Arrais, Miguel, gobernador de Pernambuco, centroizquierdista de gran importancia en el país. Ideológicamente nacionalista, en el gobierno de su estado atenuó los conflictos sociales y obtuvo mejorías para los trabajadores. Pero, a pesar de esto, aparecía como un peligroso líder de izquierda para los anticomunistas. Después del golpe de abril se asiló en Argelia y ha mantenido una incesante lucha en contra de la dictadura militar.

Brizola, Leonel. Nació el 22 de enero de 1922. Elegido gobernador de Río Grande do Sul en 1958, se proyectó nacionalmente debido a la nacionalización sumaria de la Compañía de Fuerza y Luz (Light), y en Río Grande do Sul por la expropiación de tierras en favor de los campesinos. Apareció como líder de la resistencia victoriosa al golpe de la junta militar (Odilio Denis, Silvio Heck y Grum Moss) , que sucedió a Janio en 1961 y trató de impedir la asunción al poder de João Goulart. Elegido diputado federal por Guanabara en 1962, con la espectacular votación de 269 384 votos, se transformó en el líder del Frente de Movilización Popular y trató de organizar, poco antes del golpe de 1964, los Grupos de 11. Durante el golpe de 1964 quiso reeditar la resistencia en Río Grande do Sul, donde ya había tomado el Palacio de Gobierno, pero no pudo realizarlo, impedido por João Goulart. Durante un mes, después del golpe, se mantuvo en la clandestinidad en su estado, tratando de organizar una resistencia, hasta que debió asilarse en Uruguay.

Goulart, Joao (Jango). Nació el 1º de marzo de 1918. Hombre de entera confianza personal de Getulio Vargas, fue lanzado por él a la vida pública nacional en 1953, como ministro del Trabajo, coordinador y agitador nacional de las campanas por el aumento del salario mínimo de los trabajadores. Retirado del Ministerio, como consecuencia de un manifiesto de los coroneles. Con el suicidio de Vargas se transformó en su sucesor en el área popular, pues Vargas envió a él su carta-testamento. Elegido vicepresidente en 1955, nuevamente se candidateó al lado de Lott en 1960. Pese a la derrota de Lott fue elegido vicepresidente al lado de Janio Quadros. Con la renuncia de éste llegó a la presidencia, debido a un movimiento popular y militar conducido por su cuñado, Leonel Brizola. Para tomarse el poder sin guerra civil, aceptó la limitación de sus poderes por el Congreso Nacional, que creó un régimen parlamentarista de gobierno. Después de un año y medio de fracasos parlamentaristas hábilmente manejados por João, consiguió del Congreso, bajo la presión de una huelga general y del apoyo militar, un plebiscito que le restituye los poderes. El 6 de enero de 1963 se realizó el plebiscito en que votaron por la derogación de la enmienda parlamentaria 9 457 448 personas y 2 073 582 a su favor. La espectacular victoria de Goulart exigía una ofensiva de su parte. Esta ofensiva redundó, sin embargo, en la reorganización militar de las fuerzas de derecha y en el golpe de abril de 1964.

Kubitschek, Juscelino. Nació el 12 de septiembre de 1902. Gobernador del estado de Minas Gerais en el periodo 1950 a 1955, se candidatea a presidente de la república en 1955 y es elegido con 3 077 411 votos. Amenazado de que no podría asumir el poder, frente a una campaña de oposición golpista de la UDN dirigida por Lacerda, cuenta con el apoyo de la mayoría del ejército, comandado por el general Lott, que depuso al presidente Carlos Luz, y traspasa la presidencia al presidente del Senado, garantizando la asunción de Kubitschek. Su gobierno fue marcado por la ideología desarrollista, expresada en el Plan de Metas, que instaló la industria automovilista, un plan de energía eléctrica, la industria química, metalúrgica, mecánica y desarrolló la Petrobrás. Al mismo tiempo se construían caminos por todo el país, teniendo como centro la nueva Capital Federal, Brasilia, construida en los cuatro años finales de su gobierno e inaugurada por él mismo.

Lacerda, Carlos. Nació el 30 de abril de 1914. Periodista de contradictoria carrera. Fue comunista en 1934. En 1945 estaba al lado del movimiento antigetulista, Unión Democrática Nacional. Regidor en 1946, diputado federal en 1954, cuando se presentó como líder del movimiento antigetulista (luego de un atentado realizado contra su vida se formó la comisión de investigación que llevó al suicidio a Vargas). Ante el movimiento de masas que se movilizó con el suicidio de Vargas tuvo que huir a Estados Unidos. En 1958 volvió a la Cámara Federal. En 1960 fue elegido gobernador del estado de Guanabara, creado con motivo del cambio de la Capital Federal a Brasilia. De tendencias fascistas, emocionalmente desequilibrado, aliado a empresas internacionales y siempre al lado de la derecha, fue incluso el líder del Club de la Linterna, entidad anticomunista y antigetulista, en 1954. Dueño de un diario, *Tribuna de Imprensa*, estuvo contra la Petrobrás y la estatización de los sectores básicos de la economía, variando, sin embargo, sus posiciones conforme a sus intereses inmediatos.

Lott, Teixeira. Ministro de la Guerra en 1954, fue quien garantizó la asunción al poder de Juscelino Kubitschek y fue en seguida su ministro de Guerra. En 1960, envuelto por la propaganda nacionalista con la aureola de jefe militar nacionalista, concurrió a las elecciones de 1960, por los partidos Trabalhista y Socialdemócrata, siendo estruendosamente derrotado (3 846 885 votos) por Janio Quadros (5 636 623 votos) *Quadros, Junio.* Nació el 25 de enero de 1917. Diputado estadual de São Paulo (PDC), se eligió intendente de la ciudad de São Paulo en 1953, en forma espectacular, apoyado por el Partido Socialista, enteramente inexpresivo. En 1954 es elegido gobernador del estado de São Paulo por los inexpresivos partidos Trabalhista Nacional y Socialista. En 1958 es elegido diputado federal por el partido Trabalhista Brasileño por el estado de Paraná, siendo el diputado con mayor votación del estado. El 3 de octubre de 1960 es elegido presidente de la república, apoyado por la UDN (partido antigetulista), con 5 636 623 votos, la mayor votación de un presidente en el país. Toma posesión en febrero de 1961 y renuncia ruidosamente en agosto del mismo año, después de seis meses de actuación.

CUADRO I

Año	1929	1936	1940	1943	1950	1961	1967
Millones de dólares	3,462	2,803	2,696	2,721	4,445	8,200	10,200

Cuadro II

INVERSIONES DIRECTAS NORTEAMERICANAS EN LATINOAMÉRICA, POR SECTORES

Años 1897, 1908, 1919, 1929, 1950, 1960, 1967, en millones de dólares

Sector de la Economía	1897		1908		1919		1929		1950		1960		1967	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Agricultura	56.5	18.6	158.2	21.1	500.1	25.3	877.3	24.1	(*)	(*)	(*)	-	(*)	-
Minería y Fundición	79.0	26.0	302.6	40.4	660.8	33.4	801.4	22.0	628.0	14.1	1155.0	13.6	1218.0	12.0
Petróleo	10.5	3.5	68.0	9.1	326.0	16.5	731.5	20.1	1233.0	27.1	2882.0	34.2	2917.0	28.0
Ferrocarriles	129.7	42.6	110.0	14.7	211.2	10.7	230.1	6.3	927.0	20.8	(*)	-	(*)	-
Empresas de Servicio Púb.	10.1	3.3	51.5	6.9	101.0	5.1	575.9	15.8	(*)	(*)	1131.0	15.7	614.0	6.0
Manufacturas	3.0	1.0	30.0	4.0	84.0	4.2	231.0	6.3	780.0	17.5	1610.0	19.0	3301.0	32.0
Comercio	13.5	4.4	23.5	3.1	71.0	3.6	119.2	3.3	877.0	19.9	718.0	8.4	1207.0	12.0
Varios	2.0	0.6	5.0	0.7	23.5	1.2	79.4	2.2	-	-	870.0	10.2	956.0	9.0

* Incluido en comercio y varios.

Fuente: *El financiamiento externo de América Latina, cuadro 15 y Survey of Current Business*

Cuadro III

Corrientes netas de capital privado Estadounidense de inversión directa hacia América Latina

* por sectores principales, 1951-1962, millones de dólares

Sector	1951-55	%	1956-60	%	1961-62	%	1951-62	%
TOTAL	1751.0	100.0	3397.0	100.0	616.0	100.0	5765.0	100.0
Petróleo	348.0	20.0	1571.0	46.0	-7.0	-1.0	1912.0	33.0
Minería y Fundición	339.0	19.0	301.0	9.0	46.0	7.0	686.0	12.0
Manufacturas	613.0	35.0	791.0	23.0	370.0	60.0	1774.0	31.0
Comercio y Varios	451.0	26.0	735.0	22.0	207.0	34.0	1393.0	24.0

* Incluidas las ganancias reinvertidas de filiales. Tomado de *El financiamiento externo de América Latina*, cuadro 179.

Fuente: *Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Balance of Payments. Statistical Supplement to Survey of Current Business (1963) and Survey of Current Business (diversos números de 1963 y 1964).*

Cuadro IV

Número de subsidiarias al terminar 1962; la jer-sey poseía el 50% o más de las acciones de 275 subsidiarias en 52 países. La siguiente es la lista de esas subsidiarias por regiones:

Estados Unidos	77
Canadá	37
América Latina	43
Europa	77
Asia	14
Africa	9
Otras regiones	18

CUADRO V

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE BIENES Y GANANCIAS, A FINES DE 1958

LA DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LOS BIENES Y GANANCIAS POR REGIONES ERA LA SIGUIENTE:

	Bienes	Ganancias
Estados Unidos	67	34
América Latina	20	39
Hemisferio Oriental	13	27
	-----	-----
	100	100

Fuente: Reseña de la Reunión Especial de Accionistas (7 de octubre de 1959).

5 Paul Baran y Paul Sweezy, "Notas sobre la teoría del Imperialismo", en Monthly Review, Selecciones en castellano, núm. 31, Santiago, 1966

CUADRO VI

TASA DE BENEFICIO DE LOS ACCIONISTAS DURANTE 1962.

LAS TASAS PORCENTUALES DE BENEFICIOS PERCIBIDOS POR LOS ACCIONISTAS EN LAS DISTINTAS REGIONES FUERON LAS QUE SIGUEN:

Estados Unidos	7.4
Resto del Hemisferio Occidental	17.6
Hemisferio Oriental	15.0

Fuente: *Informe anual 1962 de la Compañía.*

CUADRO VII

Años	Volumen neto de las inversiones directas de capital en el exterior (Millones de dólares)	Beneficio de las inversiones directas en el exterior (Millones de dólares)
1950	621.0	1,294.0
1951	628.0	1,492.0
1952	850.0	1,419.0
1953	722.0	1,442.0
1954	664.0	1,725.0
1955	799.0	1,975.0
1956	1,859.0	2,120.0
1957	1,058.0	3,313.0
1958	1,094.0	2,198.0
1959	1,372.0	2,206.0
1960	1,694.0	2,348.0
1961	1,467.0	2,672.0
Totales	13,708.0	23,204.0

Fuentes: Departamento de Comercio EE. UU., *Survey of Current Business*. Datos sacados de Sweezy y Baran, *Monopoly Capital*.

CUADRO VIII

INDUSTRIA DE TRANSFORMACIÓN EN EL ESTADO DE SAO PAULO

Grupo de obreros ocupados	Número de plantas					Valor de la producción en millones de cruzeiros				
	1949		1959		Aumento de 1949 a 1959 %	1949		1959		Aumento de 1949 a 1959 %
	Valor absoluto	%	Valor absoluto	%		Valor absoluto	%	Valor absoluto	%	
6 - 100	7,940.0	91.0	14,589.0	91.0	83.5	16,936.0	36.8	188,468.0	30.1	1,012.8
100 - 500	655.0	7.5	1,178.0	7.4	79.8	15,849.0	34.5	186,390.0	29.7	1,076.0
Más de 500	128.0	1.5	260.0	1.6	103.1	13,186.0	28.7	251,025.0	40.2	1,811.3
Total	8,723.0	100.0	16,027.0	100.0	83.5	45,971.0	100.0	626,883.0	100.0	1,263.6

Fuente: Censos industriales

CUADRO IX

ASPECTOS GENERALES DE LA ACTIVIDAD INDUSTRIAL EN SAO PAULO POR NÚMERO DE OBREROS OCUPADOS

Grupos de obreros ocupados	Plantas		Obreros ocupados		Fuerza motriz (c. v.)		Salarios C.R.\$1 000 000		Valor de la producción C.R. \$ 1 000 000	
	Número	%	Número	%	Número	%	Valor	%	Valor	%
1 a 4	22,876.0	63.3	32,824.0	5.0	146,579.0	5.6	2,032.0	3.8	35,226.0	5.4
5 a 100	11,839.0	32.8	218,202.0	33.7	657,148.0	25.1	16,718.0	31.4	200,492.0	30.8
100 a 500	1,638.0	2.9	210,736.0	32.6	898,795.0	34.3	17,724.0	33.3	200,986.0	30.9
500 y más	195.0	.5	185,477.0	28.7	917,334.0	35.0	16,696.0	31.4	213,358.0	32.8
Total*	35,129.0	99.5	647,244.0	99.8	2,621,109.0	100.0	53,175.0	99.9	650,751.0	99.9

* Incluye a las empresas que no respondieron a los cuestionarios

Fuente: IBGE Censo industrial de 1960

CUADRO X

MONOPOLIZACIÓN EN EL SECTOR METALURGICO DE SAO PAULO

Ramas de actividad	Número de empresas	Parte de la la producción correspondiente a las más grandes 3 empresas %
Estructuras metálicas	8	76
Herramientas agrícolas	9	97
Arados	17	76
Motores eléctricos	9	86
Refrigeradores	8	91
Máquinas de lavar	6	82
Balanzas	19	74
Ascensores	6	99

Fuente: Dirigente industrial, de julio de 1963, tomado de CEPAL,
Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil.

CUADRO XI

Brasil: Propiedad de la tierra 1950-60

Grupo del área total por establecimientos, área total y área cultivada por hectárea

Porcentajes

Especificación	1950					1960				
	Menos de 10	De 10 a 100	De 100 a 1000	De 1 000 a 10 000	De 10 000 y más	Menos de 10	De 10 a 100	De 100 a 1000	De 1 000 a 10 000	De 10 000 y más
Establecimiento	34.43	50.98	12.99	1.5	0.08	44.77	44.62	9.41	0.93	0.05
Área total	1.3	15.31	32.53	31.48	19.38	2.23	17.97	32.51	27.42	19.97
Área cultivada	8.92	45.39	33.25	10.81	1.63	13.31	44.7	30.5	9.95	1.54

Fuente: Censos agrícolas 1950 y 1960.

CUADRO XII

BRASIL: COMPARACIÓN ENTRE LA ENTRADA NETA NO COMPENSATORIA DE CAPITAL
EXTRANJERO Y EL INGRESO DE LAS INVERSIONES (EN MILLONES DE DÓLARES).

Años	Entrada total (neta)	Ingreso total	Diferencia
1946-50	5.3	-398.9	-393.5
1951-55	478.0	-717.0	-239.0
1956-60	1,469.0	-758.0	711.0
1961	424.0	-187.0	237.0
1962	458.0	-202.0	256.0
1963	220.0	-147.0	73.0

Fuentes: *El financiamiento externo de América Latina* . Cuadros 150, 151, 152, 153
y *Anuario Estadístico del Brasil, para los años 1962 a 1964*.

CUADRO XIII

BRASIL: SALDO ENTRE LA ENTRADA DE CAPITALES Y LA REMESA DE GANACIAS.

"ROYALTIES" Y SERVICIOS TÉCNICOS.

Años	1948	1952	1954	1956	1958	1960
Saldo (entrada-remesa)	-70.0	-68.0	1,128.0	-21.0	-9.0	-227.0

Fuente: SUMOC, apud Caio Prado Junior, *Revista Brasiliense*.

CUADRO XIV

BRASIL: VALOR DE LAS INVERSIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS INDICADAS (EN DÓLARES 1 000 000)

Año	Minas y fundición	Petróleo	Manufacturas	Servicios públicos	Comercio	Otros
1963	30.0	60.0	664.0	193.0	148.0	38.0
1964	34.0	51.0	673.0	41.0	153.0	42.0

Fuente: OEA, *América en cifras*

CUADRO XV

BRASIL: VALOR DE LAS INVERSIONES DE CAPITAL EXTRANJERO SEGÚN INDUSTRIAS DE APLICACIÓN (EN DÓLARES 1 000).

Industrias	1960	1961	1962	1963	1964
Industria de Base	70,802.8	24,742.5	10,255.0	7,240.0	2,664.0
Industria Liviana	14,467.1	4,640.0	3,753.0	1,179.0	7,078.0

Fuente: CACEX, apud *Anuario estadístico del IBGE*.

CUADRO XVI

BRASIL. COMPARACIÓN ENTRE LOS PAGOS POR SERVICIOS DEL CAPITAL EXTRANJERO A LARGO PLAZO Y LOS INGRESOS DE DIVISAS EN CUENTA CORRIENTE. 1946-1962, EN PORCIENTOS

Años	Ingreso de la Inversión directa	Servicio de la deuda externa a largo plazo	Servicio del total del capital extranjero a largo plazo
1946-50	5.0	10.1	15.1
1951-55	6.2	9.5	15.7
1956-60	4.0	26.5	30.5
1961	4.0	28.7	32.7
1962*	6.3	33.1	39.4

*Datos provisionales.

Fuente: Financiamiento externo de América Latina, cuadros 63 y 164.

CUADRO XVII

COMPOSICIÓN PROBABLE DEL UNIVERSO DE LOS GRUPOS ECONÓMICOS

Grupos extranjeros						Grupos nacionales con vinculaciones accionarias con el exterior			% de los extranjeros y nacionales con vinculos sobre el total de:		
Millonarios		Multimillonarios		Total		Millonarios	Multimill.	Total	Millonarios	Multimill.	Todos los grupos
Núm.	% del total de los millonarios	Núm.	% del total de los millonarios	Núm	% del total de grupos						
77.0	34.9	31.0	56.4	108.0	38.0	66.0	15.0	81.0	64.7	83.6	68.4

Fuente: ICS, Investigación sobre los grupos económicos.

Nota: Los datos sobre multimillonarios corresponden a todo el universo, los datos sobre los millonarios, así como el cálculo global, son proyectados de la muestra retirada

CUADRO XVIII

GRUPOS ECONÓMICOS ENCONTRADOS POR SECTORES DE ACTIVIDAD PRINCIPAL

Sectores	Grupos millonarios				Grupos multimillonarios			
	Extranjeros		Nacionales		Extranjeros		Nacionales	
	Núm.	%	Núm.	%	Núm.	%	Núm.	%
Industriales	25.0	86.2	40.0	74.0	26.0	83.8	17.0	70.8
Comerciales	2.0	6.8	10.0	18.5	4.0	12.9	3.0	12.5
Bancarios	2.0	6.8	4.0	7.4	1.0	3.2	4.0	16.6
Totales	29.0	99.8	54.0	99.9	31.0	99.9	24.0	99.9

Fuente: ICS, Investigación sobre grupos económicos.

CUADRO XIX

GRADO DE CONTROL DEL MERCADO POR LOS GRUPOS EXTRANJEROS MILLONARIOS

Grado de control	Extranjeros	%	Norteamericanos	%	No norteamericanos	%
90 % extranjero	10.0	34.5	6.0	46.2	4.0	25.0
Grande	9.0	31.0	6.0	46.2	3.0	18.8
Medio	4.0	13.8	1.0	7.7	3.0	18.8
Pequeño	6.0	20.7	-	-	6.0	37.5
TOTAL	29.0	100.0	13.0	100.0	16.0	100.0

Fuente: ICS, Investigación sobre grupos económicos

CUADRO XX

POSICIÓN EN EL MERCADO DE LOS GRUPOS MILLONARIOS

Posición en el mercado	Extranjeros	%	Norteamericanos	%	No norteamericanos	%	Nacionales	%
Núcleo predominante, o primer productor único	17.0	58.6	11.0	84.6	6.0	37.5	8.0	14.8
Fuera del núcleo predominante	12.0	41.6	2.0	15.4	10.0	62.5	46*	85.2
	29.0	100.0	13.0	100.0	16.0	100.0	45.0	100.0
Pequeña participación en el mercado	3.0	10.4	1.0	7.7	2.0	12.5	-----**	-----
Primer productor o único productor	10.0	34.5	8.0	61.5	2.0	12.5	3.0	-----

* Una profundización de la investigación podría cambiar este resultado, pero no de una manera importante.

** No presentaron el dato

Fuente: ICS Investigación sobre grupos económicos.

CUADRO XXI

RELACIONES ENTRE EL INCREMENTO DEL CAPITAL DE LAS SOCIEDADES ANÓNIMAS / TASA DE LUCRO -
AUMENTO DEL COSTO DE LA VIDA Y CRECIMIENTO

Año	Incremento de capital de las sociedades anónimas	Tasa media de lucro %	Índice del costo de la vida %	Índice de crecimiento del PNB per cápita %
1956	70.0	'-----	21.7	'-----
1957	73.0	'-----	12.5	4.5
1958	24.0	21.2	18.2	4.9
1959	52.0	22.6	52.1	5.0
1960	50.0	26.3	28.8	4.0
1961	46.0	*28.2	43.2	7.7
1962	50.0	35.2	51.0	3.7
1963	64.0	35.0	80.7	2.0
1964	85.0	27.9	86.6	-3.0
1965	83.0	**	45.4 **	'-----

* Menos revalúo de activo, acrecentado debido a la corrección monetaria.

** Según el Ministerio del Trabajo (DNES), el aumento fue del 60.1%, y según el DIEESE, 53.9%.

Fuente: *Conjuntura Económica*, Fundación Getulio Vargas

La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin

Volumen I

Versión original:
Dos Santos, Theotonio y Vania Bambirra (1980),
La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin,
tomo I, México. Edit. Era.

Prólogo

Introducción: Apuntes sobre estrategia y táctica

Primera parte: La estrategia y la táctica socialistas en Marx y Engels

- I. Concepciones estratégicas y tácticas del movimiento obrero antes del marxismo
- II. Las concepciones estratégicas del Manifiesto comunista
- III. La revolución de 1848 y la tesis de la revolución permanente
- IV. La fundación de la I Internacional: nuevos avances estratégicos y tácticos
- V. Las resoluciones de la Internacional y la maduración táctica
- VI. La Comuna de París
- VII. La crisis de la Internacional y la revolución española: la crítica del anarquismo
- VIII: La formación del Partido Socialista Alemán: socialismo de estado, nación y sufragio universal
- IX. La II Internacional y la estrategia revolucionaria de masas
- X. Las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels: un balance

Segunda parte: Cuestiones estratégico-tácticas de la II Internacional

- I. El contexto general del desarrollo de la II Internacional
- II. El debate del revisionismo: Bernstein
- III. La crítica centrista del revisionismo: Kautsky
- IV. La crítica de la izquierda: Rosa Luxemburgo
- V. La participación en los gobiernos burgueses
- VI. La huelga de masas como instrumento revolucionario
- VII. Imperialismo, nacionalismo, militarismo y guerra
- VIII. La II Internacional: un balance

Prólogo

Este libro responde a dos motivaciones.

Por una parte, se propone examinar con el máximo rigor académico un tema de gran interés para la ciencia política que hasta hoy no se ha tratado sistemáticamente: ¿Cómo evolucionó el pensamiento de los clásicos del marxismo en torno a la cuestión fundamental de la estrategia y la táctica de la revolución socialista?

En este sentido, este trabajo se sitúa en el plano de la historia de las ideas políticas y esperamos que pueda contribuir al estudio de temas tan esenciales para el pensamiento político contemporáneo como la relación entre la revolución democrática y la socialista, entre partido y masas, partido y revolución, democracia burguesa y democracia proletaria, las formas de lucha del proletariado, las alianzas de clase y muchos otros de gran interés actual sobre los cuales los clásicos marxistas entregaron contribuciones definitivas que buscamos sintetizar en estas páginas. Por otro lado, este libro se propone contribuir al debate político concreto que se desarrolla en la lucha práctica contemporánea, particularmente en la rica experiencia revolucionaria latinoamericana, en la cual participamos al lado de muchos compañeros cuya dedicación, honestidad revolucionaria y decisión política ha costado mucho sufrimiento, torturas, prisiones, exilios y muertes.

Como producto de esa lucha se ha realizado una acumulación de conocimientos, experiencias y debates que encuentran un rico arsenal de reflexión en el estudio del pasado y particularmente del pensamiento de Marx, Engels y Lenin, sin dejar de considerar la importancia de los primeros pensadores marxistas de la II Internacional, como Kautsky, Plejánov y tantos otros, cuyo fracaso y traición política durante la primera guerra mundial debe ser también motivo de profunda reflexión para muchas generaciones. Reconocemos la limitación que representa interrumpir esta investigación en los primeros años de la revolución rusa.

No se puede llegar a una concepción correcta de la estrategia y táctica marxistas contemporáneas sin estudiar la experiencia de la III Internacional, la polémica del liderazgo bolchevique en los años veinte -y particularmente entre Stalin y Trotsky-, la experiencia de los frentes populares, de la resistencia al nazi-fascismo, las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo, la compleja evolución del movimiento obrero europeo, el reformismo de la II Internacional, la "Guerra Fría", la polémica chino-soviética y las experiencias revolucionarias victoriosas después de la segunda guerra mundial. El estudio de este conjunto de temas y su ordenación sistemática ya lo hemos iniciado, pero no podemos asegurar cuándo lo concluiremos. Por su propio carácter, el material de

este libro ha servido de base a cursos que hemos realizado tanto en la universidad, como en experiencias de capacitación política. La respuesta de los estudiantes ha sido muy motivadora, pues ha inspirado un gran número de tesis de doctorado y maestría. Entre los militantes ha resultado en una ampliación de su horizonte político, un rompimiento con concepciones sectarias y el inicio de una reflexión más rigurosa sobre la lucha revolucionaria de nuestros pueblos.

Esperamos que el libro pueda cumplir esta doble función que de modo alguno atribuimos a nuestros méritos sino a la fuerza teórica de los autores estudiados. Nuestra investigación se inició realmente a principios de los años sesenta en Brasil, cuando comenzamos a interesarnos por un estudio sistemático del tema y a realizar cursos, y seminarios sobre el mismo. Se acumuló en consecuencia un gran número de notas en varias lenguas y ediciones distintas que se fueron complicando con los años de clandestinidad y los diferentes exilios. Se hizo muy difícil asegurar así un riguroso uso de las fuentes bibliográficas, particularmente en la primera y segunda parte. Sin embargo, el lector tiene la posibilidad de utilizar las ediciones de las *Obras escogidas* de Marx y Engels preparadas por Riazánov para el Instituto Marx y Engels y que se conserva aún en sus lineamientos generales en las ediciones Progreso, de Moscú. Asimismo para Lenin hay una edición de las Obras escogidas en tres volúmenes que contiene parte del material utilizado. Sin embargo, no fue posible restringirse a este material y hay muchas citas de otras obras de Marx y Engels, de Bernstein, Kautsky, Rosa Luxemburgo y otros autores que se encuentran en general dispersas.

En el caso de Lenin se dispone de la edición en español de las Obras completas que fue utilizada en su totalidad y de la cual se citan varios textos. Hemos usado la cuarta edición rusa, traducida por Editorial Cartago, hasta el volumen XXIX. A partir del volumen XXX se utilizó la quinta edición rusa, también traducida por la misma editorial. Sin embargo, para facilitar la consulta de los lectores que no tienen acceso a las Obras completas, se ha preferido citar las Obras escogidas de Lenin siempre que fue posible. Asumimos conjuntamente la responsabilidad del libro pero hay una clara división de trabajo entre los autores. Theotonio Dos Santos es responsable de la primera y segunda partes y Vania Bambirra de la tercera y cuarta partes.

Tuvimos muchas discusiones entre nosotros y no siempre fue posible un acuerdo absoluto, por lo cual tuvimos que hacer concesiones de tarde en tarde en nuestra interpretación de los autores y hechos estudiados. Debemos agradecer a un número muy grande de compañeros, colegas y estudiantes que participaron activamente en los cursos y seminarios que realizamos sobre el tema en estos largos años en que maduró esta obra, Sería injusto citar nombres, pues se omitirían demasiados. Pero no podríamos omitir nuestro

homenaje, a tres compañeros que mucho apoyaron este trabajo: Carlos Alberto Soares, "desaparecido" en las prisiones de la dictadura brasileña; Víctor Zerega, muerto por la dictadura chilena, y Ricardo Lagos, también "desaparecido" en las prisiones de la CNI-DINA.

Queremos agradecer a Jesús Antonio Juárez las correcciones del español que realizó con gran dedicación y competencia.

México, enero de 1979

Introducción

Apuntes sobre estrategia y táctica

Hacer un estudio del desarrollo de la concepción de Marx, Engels y Lenin sobre la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario marxista, como es nuestro objetivo, supone algunas aclaraciones preliminares acerca de estos conceptos. Ambos tienen su origen en el pensamiento militar del siglo XVIII. Por estrategia se entiende el arte de ganar la guerra; por táctica, el de organizar y dirigir las operaciones parciales dentro de los principios estratégicos generales.

Trasplantado al plano político, el concepto de estrategia se refiere a la definición del carácter de la revolución, del enemigo principal, de los aliados y de las fuerzas con que cuentan el partido revolucionario y la clase que representa, para disponerlas en la lucha de la mejor manera posible a fin de alcanzar el objetivo final: la toma del poder. La táctica corresponde a las maniobras, alianzas, compromisos y movimientos parciales que estas organizaciones realizan con el fin de alcanzar los objetivos estratégicos que las orientan.

La analogía militar debe, sin embargo, detenerse en este punto. Pasemos a estudiar ahora las consecuencias de estas definiciones. Si la estrategia es el arte de llegar al poder, su elaboración supone un estudio amplio y complejo. Para los marxistas, tomar el poder significa hacer una revolución social. Es decir, su estrategia global apunta a la revolución socialista, iniciadora de una etapa histórica nueva que conducirá al comunismo. Enunciado así el problema, puede parecer a muchos que estamos frente a una cuestión de principios: si la estrategia es el establecimiento de las fuerzas y los movimientos necesarios para la toma del poder, debería sintetizarse en afirmaciones generales sobre cuáles clases deben constituir el poder en una sociedad socialista. Así, la estrategia no sería más que la afirmación de la necesidad de constituir un Estado proletario, una dictadura del proletariado.

La estrategia del movimiento comunista, antes de llegar al poder, sería la ciencia y el arte de crear las condiciones para establecer la dictadura del proletariado. La estrategia del movimiento comunista en el poder, sería la ciencia y el arte de transformar la dictadura del proletariado en una sociedad comunista. Pero esta afirmación general es muy insuficiente. Hay que desarrollarla más. En primer lugar, es necesario tomar en consideración la relación existente entre el proletariado industrial y las otras clases de la sociedad capitalista. La dictadura del proletariado no es un objetivo moral derivado de algún principio abstracto: fue formulada

como un principio revolucionario del proletariado, como resultado de un análisis de la lucha de clases en la sociedad capitalista. Éste demuestra que el proletariado tendrá que hacer uso -temporalmente- del poder estatal, es decir, de una dictadura de clases. No porque el Estado -es decir, la represión y administración organizadas y justificadas socialmente para defender los intereses de una clase- sea un bien moral; por el contrario, el objetivo del proletariado en el poder es terminar con el Estado eliminando aquello que lo originó: la existencia de las clases sociales. Por lo tanto, la dictadura del proletariado es un instrumento histórico, determinado por la necesidad de destruir el poder económico, político, militar e ideológico de la burguesía y por la necesidad de construir las bases de la nueva sociedad: sólo en esta medida deberá desarrollarse y afirmarse.

El proletariado industrial establecerá un Estado de nuevo tipo, pero no puede actuar solo y aislado socialmente. Su estrategia debe atraer el apoyo político de todas las clases opuestas a la dominación burguesa, como los asalariados en general, los campesinos, los pequeños propietarios y los intelectuales, con el objetivo de aislar y derrotar a la minoría burguesa. Estas otras clases y grupos sociales tendrán una participación distinta en la estrategia revolucionaria del proletariado, según las condiciones socio-económicas y políticas de cada etapa histórica y de cada formación social.

La estrategia dependerá, pues, del nivel de desarrollo de la sociedad en que actúa el proletariado. Dependerá del grado de desarrollo del capitalismo y, consecuentemente, del proletariado como fuerza organizada y consciente de su poder relativo en la sociedad y dependerá, también, del peso, desarrollo, organización y conciencia de las otras clases y grupos. Así, la estrategia del movimiento revolucionario socialista debe cambiar y adaptarse a las condiciones concretas -económicas, históricas, sociales y políticas- en que actúan los partidos marxistas. Entre esas condiciones se incluyen las de carácter internacional, que determinan la orientación del conjunto del movimiento; pero hay que considerar, también, las diversidades regionales y nacionales. La tarea de los distintos partidos marxistas es entonces elaborar la estrategia de la revolución en cada país, dentro de las condiciones históricas internacionales existentes.

1. LOS FACTORES DETERMINANTES DE LA ESTRATEGIA

¿Cómo se elabora una estrategia revolucionaria? ¿Qué elementos de la realidad tienen que considerarse para elaborarla correctamente? Básicamente tienen que apoyarse en:

- a) la estructura de clases en la sociedad;
- b) Las tendencias del desarrollo de la lucha de clases;
- c) las condiciones internacionales en que ésta se desarrolla.

Veamos cada uno de estos puntos.

a) La estructura de clases

La elaboración de la estrategia supone, como hemos dicho, el análisis de las clases que componen la sociedad existente. Esto significa que antes de proponer el tipo de alianzas de clases que permitirá al proletariado tomar el poder, es necesario estudiar las clases integrales de la sociedad, así como su importancia económica y numérica.

Estas clases pueden ser parte del modo de producción capitalista o de otros modos de producción que subsisten en el interior de la formación social existente. Su posición relativa depende del mayor o menor desarrollo de estos modos de producción y de las tendencias históricas predominantes. Al definir la estructura de clases hay que determinar por un lado cuál es la clase dominante, su sector hegemónico y sus contradicciones con otros sectores; y por otro lado, cuáles son las clases dominadas, qué contradicciones las oponen a la clase dominante, su sector principal y las relaciones que éste establece -objetiva y subjetivamente- con los demás sectores dominados. Deben ser considerados otros factores que determina el país estudiado, como son: la situación de dominación o de dependencia dentro del capitalismo internacional, el grado de concentración económica, el peso relativo de las clases dominadas, el estudio del desarrollo de las contradicciones entre éstas y la clase dominante y de las contradicciones que se dan en el interior de cada una. Con esos elementos se puede componer un cuadro de la estructura de clases existente, pero hay que analizarla siempre desde una perspectiva dialéctica, relacionándola con las tendencias históricas de la lucha de clases y con su movimiento real; éste sería el segundo punto a considerarse.

b) Las tendencias de la lucha de clases

Para Marx, la lucha de clases es un producto de la lucha del hombre para dominar la naturaleza y someterla a sus fines, así como de la relación que los hombres establecen entre sí con el mismo propósito. Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas llega a un cierto nivel, las antiguas relaciones de producción en que se desarrollaron se muestran incapaces de continuarlo. Se establece así una contradicción que abre una época de revolución social en la cual las fuerzas sociales, que representan el futuro, buscan cambiar las relaciones de producción existentes, de manera que se pueda no sólo asimilar el desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado sino también elevarlo a un nivel superior. Este periodo histórico revolucionario es marcado por un conjunto de movimientos sociales, rebeliones e insurrecciones que van abriendo el paso a la nueva sociedad.

La lucha de clases, a partir de fines del siglo XIX, se inscribe en el contexto global de la revolución socialista. Al llegar, en su desarrollo, a la fase imperialista, el capitalismo como sistema mundial inicia su declinación histórica. Pero debido al carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista, se dan en su interior formas sociales de compromiso con antiguos modos de producción y formas diferenciadas de desarrollo en condiciones de dominación o de dependencia. Estas formas crean situaciones y estructuras complejas, se deben analizar tomando en cuenta su especificidad. La determinación del carácter de la revolución debe ser el resultado del análisis de las tendencias específicas de la lucha de clases. El análisis permitirá determinar las clases revolucionarias y las etapas por las que deberá pasar el proceso revolucionario en cada país, así como su ritmo y temporalidad.

c) Las condiciones internacionales

Pero las contradicciones de clase y las tendencias de su desarrollo en cada país sólo se explican en el cuadro de las tendencias internacionales de desarrollo de la economía y la sociedad. El capitalismo, como modo de producción, sólo pudo desarrollarse en el contexto de un mercado mundial, que se fue integrando históricamente como consecuencia del carácter cada vez más concentrador y centralizador del capital.

El desarrollo de las distintas etapas y formas de la sociedad capitalista a escala mundial fue definiendo el posible carácter del desarrollo de las distintas sociedades locales.

Como veremos en nuestro estudio, el cambio en las condiciones internacionales, durante el periodo estudiado, va a determinar un cambio en las definiciones estratégicas generales del movimiento obrero. Desde el siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX, el proceso de la revolución democrática determinaba el carácter de cualquier lucha revolucionaria. El proletariado, recién despierto a la lucha política, no tenía otro objetivo fue

inmediato que conquistar, por los métodos más radicales, las reivindicaciones de una sociedad democrática e igualitaria, tal como la proponían los pensadores burgueses más avanzados. Con el fracaso de las revoluciones de 1848, en el cual se define la tendencia conciliadora de la burguesía con sus viejos enemigos feudales, por temor a la radicalización de la lucha democrática en la que los proletarios participaban con entusiasmo creciente, se abre una nueva etapa revolucionaria. En ella, la clase obrera empieza a introducir sus propios objetivos dentro de la revolución democrático-burguesa, buscando radicalizarla y llevarla a sus últimas consecuencias hasta convertirla en revolución proletaria. La estrategia de la revolución permanente, que estudiaremos en este libro, daba cuenta de estos cambios en las condiciones internacionales. Esta estrategia alcanza su punto máximo durante la Comuna de París, en 1871, cuando la lucha del proletariado parisiense para defender la república se convierte en el punto de arranque para instaurar el primer gobierno proletario, que dura dos meses de intensa inventiva social.

Después de 1871, van cambiando progresivamente las condiciones internacionales de la lucha de clases. Se empieza a gestar y prácticamente a imponerse la etapa imperialista del capitalismo, en la que la revolución burguesa deja de ser el factor dominante de la historia mundial. La política reformista de la burguesía se convertirá en el elemento dominante del periodo, y la organización del movimiento obrero en grandes partidos de clase pasa a ser el corolario estratégico. En esas nuevas condiciones, la lucha de masas legal se convierte en la forma de lucha fundamental hasta que la legalidad burguesa no pudiera ya contener el avance de las organizaciones obreras y hasta que las conquistas obreras entrasen en contradicciones con el funcionamiento normal de la acumulación capitalista.

La etapa imperialista no se caracteriza solamente por la extensión a escala mundial del intercambio de mercancías y del capital dinero que se había desarrollado entre los siglos XVI al XIX, sino que, en esta etapa, es el propio modo de producción capitalista el que penetra y hegemoniza las economías nacionales, constituyéndose en el modo de producción dominante a escala mundial. Esta dominación se funda en el desarrollo de la concentración económica y en la centralización del capital. En consecuencia, se agudiza la competencia entre los grupos capitalistas dominantes en cada país así como entre los monopolios, a escala mundial; y se agudiza la lucha entre las naciones y los bloques de naciones para controlar las fuentes de materias primas y los mercados de inversión. La expansión de la exportación de capital permite ampliar, a escala mundial, las fuentes de fuerza de trabajo explotadas por el capital monopólico. Permite también generar ganancias extras en el exterior, con las cuales se propicia el surgimiento de una aristocracia obrera que tiende a hegemonizar el movimiento obrero en los países dominantes y a apoyar la política expansionista de sus burguesías. Se refuerzan en consecuencia, los factores que llevan al enfrentamiento entre sí de las naciones capitalistas y a la solución militar de las contradicciones. La guerra mundial de 1914-18 aparece

como una necesidad histórica del capitalismo para resolver la crisis que nace de su etapa imperialista. Se plantea así la posibilidad, para la clase proletaria, de explotar estas contradicciones interburguesas en un sentido revolucionario; la revolución socialista se pone al orden del día como la única forma de evitar los retrocesos sociales y la destrucción de las fuerzas productivas que resultaría del enfrentamiento militar.

La victoria de la revolución en Rusia, en octubre de 1917, inaugura una nueva era de la revolución mundial. Ésta se caracteriza por la construcción del socialismo en un solo país y posteriormente en un grupo de países; por la crisis del imperialismo, marcada por la intensificación de la lucha de clases en los países adelantados; y por la aparición del fascismo como forma de contrarrevolución burguesa. Por otra parte, se caracteriza por la emergencia de las luchas de liberación nacional en las colonias y su progresiva inserción en la etapa de la revolución socialista, realidad que encontró su primera expresión completa en las revoluciones china, indochina y coreana. Lo más específico de este periodo iniciado en 1917 (el cual se proyectará hacia nuevas etapas que se extienden hasta nuestra realidad actual y cuyo análisis desborda los marcos de este libro) es la necesidad de combinar estos tres elementos de la nueva etapa estratégica (construcción socialista, y lucha de liberación nacional) en una nueva visión coherente del proceso de las contradicciones internacionales.

En sus tres primeros congresos, la III Internacional, con la activa participación de Lenin, dio los pasos iniciales para intentar establecer por primera vez una estrategia (y táctica) internacional única, coherente y sistemática. El intento de establecer esta correlación estrecha entre las condiciones internacionales de la crisis imperialista, la construcción del socialismo y las luchas de liberación nacional reveló que la tarea era demasiado compleja para alcanzar resultados revolucionarios inmediatos. Ese intento reveló la complejidad de los problemas existentes para llevar a cabo un análisis de la realidad internacional que permitiera establecer la conexión entre las tendencias internacionales y las nacionales; entre los ritmos diferentes de los tres procesos; entre los intereses de Estado de la nación socialista y los de la revolución internacional, etcétera. Nuestro libro no alcanzará más que a plantear las rasgos preliminares de esta nueva etapa de la estrategia y la táctica. La elaboración de la estrategia y la táctica contemporáneas tiene, pues que tomar en consideración las oscilaciones de la coyuntura internacional; los periodos de crisis de la producción (depresiones o recesiones) o de auge económico; el estado de las contradicciones interimperialistas (acuerdos, alianzas, guerras, etcétera); la agudización de las contradicciones en el mundo colonial (guerras de liberación, crisis de la hegemonía imperialista, etcétera) ; y muchos otros aspectos económicos, políticos, sociales e ideológicos que cambian a un ritmo cada vez más rápido con la evolución de la tecnología y las comunicaciones internacionales y con la intensificación de la lucha de clases en el plano internacional.

2. LA CUESTIÓN DE LAS ETAPAS DE LUCHA

Al identificar las clases de una sociedad determinada y las tendencias de evolución de la lucha de clases, a nivel nacional e internacional, el marxista no puede excusarse de definir claramente cuáles dentro de ellas son las clases o la clase dominante y cuáles son las clases revolucionarias. Además, como lo ha planteado Lenin, hay que localizar aquellas clases o sectores que están en una posición intermedia y que ejercen un papel definitivo en la lucha de clases. De ahí que toda estrategia revolucionaria debe identificar:

- a] cuál es el enemigo de clase principal, cuál su sector hegemónico y cuáles las contradicciones dentro de la clase dominante;
- b] cuáles son las clases revolucionarias que se oponen a este enemigo y cuál es la clase que detentará hegemónicamente el poder;
- c] cuáles son las clases intermedias que deben ser liberadas de la influencia de la clase dominante y que pueden aliarse eventualmente con las clases revolucionarias.

En una sociedad capitalista pura, en la que existieran solamente propietarios de los medios de producción y asalariados, la elaboración de la estrategia sería muy fácil. El enemigo principal serían los capitalistas, la clase revolucionaria sería el proletariado y, dentro de éste el sector fundamental sería la vanguardia obrera. Pero esta sociedad capitalista pura no existe y al parecer nunca existirá. En la realidad concreta, las estructuras sociales aparecen con una mezcla de varias formas sociales combinadas, en que una de ellas es la predominante. De ahí viene la dificultad de elaborar una estrategia revolucionaria correcta. En primer lugar, hay que identificar la estructura social existente y describirla en un esquema teórico general capaz de plantear, como lo ha subrayado Mao Tse-tung, cuál es la contradicción principal de la sociedad, cuál es el aspecto principal de esta contradicción y cuáles son las contradicciones secundarias que de ella dependen, Armados con este esquema general, los revolucionarios pueden plantear las tareas fundamentales a realizar, es decir, a qué clases se va a combatir directamente, con cuáles clases se van a hacer alianzas, a qué clases o sectores se va intentar neutralizar o ganar como apoyo.

En segundo lugar, los marxistas tienen que estar atentos a los constantes cambios en su sociedad, a las condiciones internacionales que hacen que cambie la estructura social (los cambios de estructura de las clases dominantes no siempre son muy claros por la falta, muchas veces, de choques abiertos entre ellas) y, necesariamente, a la estrategia que ha de ser adoptada.

La determinación del carácter y de las etapas de la revolución debe precisar claramente sus tareas destructivas, que dependen fundamentalmente del carácter del orden social existente (una revolución es en primer lugar la destrucción de un orden existente y de las formas políticas correspondientes) y sus tareas constructivas, es decir, el nuevo orden social que deberá suceder al anterior y construirse en su lugar. Es necesario señalar que esa sucesión temporal nos indica la existencia de varias etapas dentro de una lucha revolucionaria, que son muy difíciles de precisar en su duración y sus modalidades concretas.

La lucha revolucionaria supone la existencia de un periodo de acumulación de fuerzas en que la lucha ideológica, la propaganda de las ideas, y la organización de la clase revolucionaria, a través de las luchas parciales, son los aspectos principales. En seguida, hay que suponer la existencia de un periodo prerrevolucionario, en el cual el poder represivo de la clase dominante es paralizado relativamente por el alto grado de la lucha de clases y por la desarticulación del sistema de poder existente (situaciones de fin de guerra, crisis económica, luchas interburguesas agudas, etcétera).

En esas situaciones, se plantea el problema del poder como tarea inmediata; emergen fuerzas antes aplastadas no sólo en la política, sino también en el campo de la cultura, del arte, de la ciencia. El enfrentamiento de clases tiende progresivamente a asumir la forma de una confrontación militar: la guerra civil. En consecuencia, el golpe de Estado o la insurrección se ponen al orden del día.

La revolución triunfa cuando se produce la convergencia de una preparación colectiva anterior, una dirección revolucionaria altamente entrenada y una profundización de la crisis total.

La revolución llega al poder fundamentalmente para destruir un viejo orden, contra el cual se vuelcan todas las fuerzas sociales (incluso la clase dominante, que ya no puede dominar y gobernar en base a él). La capacidad de resolver correctamente la etapa destructiva es esencial para la consolidación de un proceso revolucionario. A través de su resolución correcta y rápida los revolucionarios se convierten en expresión de la voluntad nacional, creando las condiciones -objetivas y subjetivas- para aprovechar ese impacto social y canalizarlo hacia la construcción del nuevo orden superior. La revolución bolchevique de octubre de 1917 se llevó a cabo en lo inmediato para poner fin a la guerra y al hambre y entregar las tierras, medidas que los gobiernos surgidos de la revolución democrática de febrero no podían realizar debido a sus compromisos de clase; la revolución china fue el producto de la lucha consecuente del ejército rojo contra la invasión japonesa y por la reforma agraria y la unidad nacional, que el gobierno del Kuomintang no podía establecer a causa de su compromiso con el imperialismo y la oligarquía rural; la revolución cubana nació de la lucha radical del ejército rebelde contra la dictadura batistiana y la estructura agraria opresiva de los campesinos que formaban ese ejército y en seguida contra la dominación imperialista en la cual se apoyaba esa dictadura.

La etapa destructiva ya plantea en su seno tareas constructivas, pero éstas son secundarias pues no existen las condiciones sociales para organizar un nuevo orden. Se trata de una típica etapa de transición que se supera al demostrarse la capacidad del poder revolucionario para destruir la oposición de las clases dominantes y comenzar un nuevo periodo histórico de construcción socialista.

De esa manera, la resolución correcta de las distintas fases de la lucha va creando las condiciones para dar los pasos posteriores, La capacidad de formar una conciencia social revolucionaria, en la etapa de acumulación de fuerzas -organizando a las masas y su vanguardia en colaboración orgánica, estableciendo una visión histórica y programática dentro de una estrategia y táctica acertadas-, crea las condiciones para aprovechar revolucionariamente la situación prerrevolucionaria, resolviéndola mediante la toma del poder y la canalización de la voluntad mayoritaria hacia la destrucción del orden existente. La destrucción de este orden caduco abre las perspectivas para consolidar la revolución e iniciar la construcción de una nueva sociedad. Durante esas distintas etapas (que son marcadas por marchas y contramarchas del proceso revolucionario), se van estableciendo distintas alianzas tácticas, dentro de una concepción estratégica general (corregida por la autocrítica y el análisis científico de las tendencias de la lucha de clases).

Todos estos aspectos de la estrategia, que hemos tomado de manera muy general, quedarán más claros al analizar sus varias manifestaciones históricas. Por el momento, lo fundamental es subrayar el hecho de que la estrategia se basa, en último término, en el análisis de las fuerzas materiales de la sociedad. Si la subjetividad de la mayoría de los individuos y de las clases revolucionarias no alcanza todavía a comprender y a apoyar una concepción estratégica correcta, esto obliga a una larga tarea táctica para lograr convencerlos, pero no cambia la definición de la estrategia revolucionaria. Los problemas de cómo hacer triunfar esta estrategia general se resuelven a través de la táctica revolucionaria.

3. LOS DETERMINANTES DE LA TÁCTICA

La elaboración de la táctica es una tarea todavía más compleja. Esto se debe a que la táctica no sólo supone una adecuación de la acción inmediata a los objetivos generales de la estrategia, sino que exige además que se tome en consideración un gran número de factores mucho menos controlables científicamente. El arte de la lucha cotidiana exige, además de un espíritu científico, una flexibilidad que se expresa en una cierta aptitud de manejo político que depende de los rasgos personales y de una larga experiencia; un razonamiento rápido y una capacidad de decisión frente a las diversas alternativas que la situación entrega. En la táctica política se ponen definitivamente a prueba los liderazgos.

La lucha cotidiana puede llevar a una desviación muy común, que consiste en abandonar los objetivos finales para dedicarse sólo a los inmediatos. Se puede caer muy fácilmente en el pragmatismo, transformándose en un político "realista" en el mal sentido de la palabra. Todo "realismo" o inmediatismo o pragmatismo político es conservador o reformista. Ahogarse en los aspectos de la lucha cotidiana conduce a una lucha sin sentido revolucionario que sacrifica el avance revolucionario a las conquistas del presente. Así, la capacidad para elaborar una táctica correcta es el gran reto para el revolucionario, quien solamente aprobará este examen de la historia si ajusta su capacidad para actuar en la política cotidiana a los objetivos estratégicos generales de la revolución.

¿Qué elementos tiene que tomar en cuenta la táctica? Además de los objetivos estratégicos generales, la táctica política tiene que tomar en consideración la correlación de fuerzas en cada momento histórico, la psicología de las masas, el grado de organización y conciencia alcanzado por ellas, los objetivos políticos del enemigo y de los aliados. Sería muy extenuante y formal analizar cada uno de esos factores en abstracto, pero es necesario hacer algunas aclaraciones.

El análisis de la correlación de fuerzas, en cada momento histórico, no puede ser nunca estático. Desde un punto de vista estático, la clase dominante siempre tiene más fuerza que las clases dominadas. Sin embargo, la acción correcta y audaz de los revolucionarios hace cambiar rápidamente la correlación de fuerzas, cuando la situación es favorable. Por otro lado, las acciones erradas, por la vacilación o por el carácter aventurero de los que las realizan, hacen cambiar la correlación de fuerzas en detrimento de los revolucionarios. En este aspecto, la táctica se encuentra muy próxima de la estrategia, pues son las tendencias del desarrollo de la lucha de clases las que pueden asegurar si la correlación de fuerzas cambiará en una dirección u otra. Pero el análisis de la acción táctica debe incluir siempre los elementos subjetivos (psicología, organización, manifestaciones ideológicas y planes de acción del adversario y de los aliados), pues de no hacerlo, se estaría reduciendo la táctica a los elementos de la estrategia general. Claro está que no siempre se pueden trazar límites muy claros entre la estrategia y la táctica, pues éstas son complementarias. Esta confusión, sin embargo, trae muchos peligros.

La reducción de la estrategia a las cuestiones tácticas que caracteriza al inmediatismo pragmatista lleva inevitablemente al reformismo. La actuación inmediatista siempre aísla los actos parciales de los objetivos generales del socialismo. Busca también apoyarse en fuerzas externas, básicamente en los sectores más progresistas de la clase dominante, ya que su visión lleva siempre a subestimar las potencialidades de lucha de las clases revolucionarias. Este tipo de política, a pesar de que aparentemente mantiene las conquistas actuales de las clases populares, a largo plazo las debilita y permite la contraofensiva de las clases dominantes

para arrancarles sus conquistas. La reducción de la táctica a los problemas estratégicos provoca por otro lado una desviación de tipo aventurero y/o intelectualista. Al reducir los problemas inmediatos de las masas a movimientos a largo plazo la dirección política se aparta de ellas, las desorienta y pierde toda capacidad para transformar en práctica las posiciones revolucionarias. Nuestro análisis se propone estudiar no sólo esas desviaciones tan comunes sino también su contenido clasista.

Históricamente la intelectualidad pequeñoburguesa ha representado un papel muy importante en la conducción política y en el desarrollo teórico del movimiento obrero. Éste, por lo general, ha tendido a responder de manera inmediata y pragmática a las exigencias defensivas de la lucha de clases, económica y política, dentro del sistema económico social imperante.

El esfuerzo teórico es un aspecto fundamental en la definición de las leyes más generales de la lucha de clases que muestra el carácter antagónico de ésta y su resolución en un sistema socioeconómico superior. El mayor o menor rigor teórico de los intelectuales pequeñoburgueses que se inclinan hacia la clase obrera será pues un factor decisivo en el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de las clases revolucionarias. Pero no basta el rigor teórico. Vimos que la estrategia y la táctica son un campo aplicado de la ciencia que se aproxima a un arte cuyo aprendizaje sólo se conquista en un difícil y complejo proceso histórico de desarrollo de la clase revolucionaria y su dirección política. Ésta en gran medida se compone de tráfugas de las clases decadentes y transitorias como la burguesía y, sobre todo, la pequeña burguesía.

Es pues natural que el desarrollo de la teoría socialista y, sobre todo, su aplicación práctica en la lucha política sufran una fuerte influencia tanto de las tendencias subjetivas del intelectual pequeñoburgués, como de las tendencias reformistas de la clase obrera, particularmente de sus capas privilegiadas. Radicalismo pequeñoburgués, reformismo obrero y oportunismo de ambos orígenes son tendencias constantes en la definición estratégica y táctica del movimiento obrero y popular.

En el curso de este trabajo, pretendemos examinar cómo Marx, Engels y Lenin (hacemos también un estudio de los teóricos de la II Internacional) lucharon por encontrar los elementos teóricos, generales y particulares, que permitiesen desarrollar una orientación estratégica y táctica correcta para el movimiento obrero. El análisis de los textos que representaron momentos privilegiados de este esfuerzo, el estudio de cómo estos revolucionarios variaron sus concepciones en función de los cambios objetivos de la situación socioeconómica y política, y el planteamiento de las autocríticas de sus errores pueden entregar algunos elementos para entender el fenómeno general de la elaboración de la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario. Bajo ese supuesto se escribieron las páginas que siguen.

Primera parte

La estrategia y la táctica socialistas en Marx y Engels

I. Concepciones estratégicas y tácticas del movimiento obrero antes del marxismo

El movimiento obrero y socialista europeo tiene una larga tradición anterior a Marx. Desde la [guerra civil inglesa](#), e incluso en los movimientos campesinos de Alemania, se pueden encontrar tendencias socialistas utópicas. En el siglo XIX, después de una larga maduración, aparecen tendencias mucho más claramente proletarias. Entre ellas podemos distinguir el igualitarismo revolucionario que tiene su origen en Babeuf, el [socialismo utópico](#), el anarquismo proudhoniano, el cartismo y el socialismo pequeñoburgués.

1. EL IGUALITARISMO REVOLUCIONARIO Y LA INSURRECCIÓN DE LAS MINORÍAS

En Babeuf (1760-1797) encontramos ya claramente planteada la idea de la revolución proletaria como parte y desarrollo de la revolución burguesa, idea que sería esencial en la elaboración de la estrategia revolucionaria marxista. En [el Manifiesto de los Iguales](#) y en el Análisis, Babeuf planteaba:

“La Revolución francesa no es sino la vanguardia de otra revolución mayor, más solemne: la última revolución”.¹ Basado en la experiencia del gobierno revolucionario de Robespierre y en su fracaso, Babeuf sacaba las lecciones de la revolución francesa desde un punto de vista proletario. Definía así el carácter de esta nueva revolución, que sería la continuación y la superación de la revolución burguesa: “No solamente tenemos necesidad de esta igualdad, cual resulta de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano: la queremos ver entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas”²

Denunciaba pues el carácter formal de la igualdad burguesa y planteaba la necesidad de una igualdad social y económica de hecho.

¹ Grato Babeuf, “Manifiesto de los iguales” en G. Babeuf et al, *El socialismo anterior a Marx*, ed. Grijalbo, México, 1969, p. 22.

² Ibid.

Como aliados de los proletarios Babeuf identificaba a los campesinos. Pero veía la necesidad de profundizar la reforma agraria: "Nosotros reclamamos, nosotros queremos el disfrute común de los frutos de la tierra; los frutos pertenecen a todos".³

Atacaba, por último, las constituciones aristocrático-burguesas de 1791 y 1795, esta última como contrarrevolucionaria e ilegal, y consideraba que la Constitución del [gobierno revolucionario de Robespierre](#) era "un gran paso hacia la igualdad social".⁴

Babeuf concebía la toma del poder como tarea de una minoría de conspiradores. La idea de un socialismo igualitario al cual se llegaría a través de la toma del poder por una minoría, va a encontrar su pleno desarrollo en [Blanqui](#), el más grande seguidor de Babeuf. Blanqui representó, en el siglo XIX, la tendencia proletaria que abogaba por una revolución radical contra los explotadores del trabajo. Esta revolución instauraría una dictadura de la vanguardia proletaria que haría las transformaciones buscadas a través de un fuerte apoyo de masas y, al mismo tiempo, las educaría para el comunismo.

Para él, la república no era sino un medio; el fin era el comunismo igualitario. Sus concepciones insurreccionales promoverán el levantamiento fracasado de 1893, Esta tendencia proletaria, a la cual Marx estuvo ligado en los primeros años de la radicalización que lo condujo del movimiento democrático hacia el comunismo, se expresará en Alemania a través de la Liga de los Justos, en la cual participaron Marx y Engels, y que fue el núcleo de la Liga de los Comunistas.

Los límites de esa tendencia revolucionaria eran: su concepción de un socialismo igualitario distributivo que no comprendía el papel de la producción y de la acumulación y la función protagonista que atribuía a los revolucionarios como conspiradores, lo que representaba una falta de confianza en el movimiento proletario y en la organización de las masas. El blanquismo fue, sin embargo, la gran tendencia revolucionaria del proletariado en el siglo XIX, e influyó notablemente sobre las primeras concepciones estratégicas de Marx y Engels.

³ Ibid., p. 23.

⁴ Ibid., p. 26.

2. EL SOCIALISMO UTÓPICO Y EL PROBLEMA DE SU IMPLANTACIÓN

El **socialismo utópico** como corriente filosófica se caracteriza por criticar la sociedad capitalista, localizando el origen de sus males en la propiedad privada y proponiendo, en seguida, una sociedad ideal donde la propiedad sería colectiva. Estas sociedades ideales, como la Utopía de Tomás Moro, están dibujadas a veces con gran riqueza de detalles. Se conciben en función de los principios morales aceptados por sus creadores, mezclándose aspectos religiosos e idiosincrasias personales y dando origen con frecuencia a experiencias prácticas que buscan hacer realidad estas formas ideales. Larga sería la lista de los socialistas utópicos desde Saint Simon.

La característica principal de la concepción estratégica de esta tendencia es la sustitución de la lucha revolucionaria para lograr el poder, por la implantación de comunidades, grupos o instituciones, a través de la prédica, el ejemplo y la educación de los responsables de la sociedad. En el primer número de la *Revista Comunista*, de la Liga de los Comunistas, encontramos el ataque al intento, hecho por Cabet, de organizar comunidades en los Estados Unidos. La revista denunciaba estos intentos como formas de organización que desviaban a los obreros de su lucha revolucionaria. Al contrario de las experiencias de carácter agrario, como las de Cabet, otro socialista utópico, Robert Owen, concibió la organización de las fábricas inglesas en cooperativas dirigidas por los obreros que recibían sus ingresos personales en razón del tiempo de trabajo que dedicaban a la empresa. El dinero era sustituido por el carnet de horas de trabajo. Marx y Engels atacaron también los intentos de Owen, que se frustraron tanto en su propia fábrica como en las comunidades que intentó fundar en Estados Unidos. A pesar de los descubrimientos económicos representados por sus cooperativas, que mostraban la posibilidad de hacer funcionar una unidad económica sin patrones, el intento de convencer a la clase dominante de la superioridad de sus cooperativas muestra la ingenuidad y el apoliticismo del socialismo utópico.

La participación de Owen al frente de la Gran Alianza Nacional de Sindicatos mostraba las tendencias del owenismo a convertirse en un movimiento de masas. Pero su concepción utópica lo llevaba más a buscar el establecimiento inmediato del sistema cooperativo como ejemplo a seguir por la humanidad, que al desarrollo de la lucha por el poder mismo o por reformas que elevaron la capacidad de lucha de la clase obrera. Tales

ideas determinaron el fracaso de este movimiento. Para ilustrar esos planteamientos generales, pasamos a reproducir algunos textos de Saint-Simon, Owen y Cabet en los cuales bosquejan su concepción en torno a como se operaría el cambio hacia la nueva sociedad, cuyos principios de organización ellos creían haber descubierto. En su Catecismo de los industriales, Saint-Simon busca responder a la cuestión del nuevo poder. Después de caracterizar a las clases ociosas y encontraste con ellas a la clase de los "industriales" que debería ocuparse de organizar la nueva sociedad y dirigirla y que estaría compuesta por todo aquel "que trabaja en producir, o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad, uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades, o sus gastos físicos", pasa a considerar cómo se impondría en el poder esta nueva clase. Es así que el Catecismo plantea y responde la siguiente pregunta:

P. ¿Así, pues, predicáis en este catecismo la insurrección y la revuelta? Porque las clases que se encuentran especialmente investidas del poder y de la consideración no están, voluntariamente a las ventajas a buen seguro, dispuestas a renunciar de las cuales disfrutan.

R. Lejos de predicar la insurrección y la revuelta, presentaremos el único medio que puede impedir la violencia con la cual podría verse amenazada la sociedad, y a la cual escaparía difícilmente, si la potencia industrial continuase su pasividad en medio de las facciones que se disputan el poder.

La tranquilidad pública no podrá ser estable mientras los industriales más importantes no se encarguen de dirigir la administración de la riqueza pública⁵

Pero queda la pregunta: ¿es posible alcanzar un ideal revolucionario, el cambio de las clases en el poder, sin el uso de la revolución? El catecismo enfrenta la cuestión revelando así el contenido político del utopismo de Saint-Simon :

P. ¿Es posible hacer salir de la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad a los nobles, militares, juristas y rentistas que la tienen en sus manos, en una palabra, a las clases que no son industriales, para hacerla pasar a manos de los industriales, sin utilizar medios violentos?

⁵ Henri de Saint-Simon, "Catecismo de los industriales", en Dominique Desanti, *Los socialistas utópicos*, ed. Anagrama, Barcelona, 1973, p. 115.

R. Los medios violentos valen para derribar, para destruir, pero sólo sirven para eso. Los medios pacíficos son los únicos que pueden ser empleados para edificar, para construir, en una palabra, para establecer las constituciones sólidas. Pues bien, el acto de investir a los más importantes industriales con la dirección suprema de los intereses pecuniarios de la nación es un acto de construcción; es la disposición política más importante que pueda ser tomada; esta disposición servirá de base a un edificio social completamente nuevo; esta disposición acabará la revolución y pondrá la nación al abrigo de nuevas sacudidas.⁶

En seguida, Saint-Simon define aún más claramente su separación de las tendencias insurreccionales de la revolución francesa:

Los industriales saben, lo saben bien, que son los más capaces para dirigir como es debido los intereses pecuniarios de la nación, pero no llevan hacia adelante esta idea por temor a turbar momentáneamente la tranquilidad; esperan pacientemente a que la opinión se forme con respecto a eso y el que una doctrina verdaderamente social les llame al timón de los negocios públicos.⁷

Robert Owen, a pesar de su concepción más elaborada de la nueva sociedad y de apoyarse en un análisis de la industria moderna sobre la cual asienta su "nuevo mundo moral", a pesar incluso de haberse vinculado al movimiento de masas cartista en los años treinta, no se diferencia sustancialmente de los demás socialistas utópicos en su concepción sobre la forma de generar una nueva sociedad.

Para él, era la propia fuerza racional de sus descubrimientos científicos lo que garantizaba la introducción de la nueva sociedad, en oposición a una situación social insostenible:

1. El momento favorable para introducir el sistema racional, para reformar el carácter del hombre y para gobernar la población mundial en la unidad, la paz, el perfeccionamiento y la progresiva felicidad, se acerca a grandes pasos: ningún poder humano podrá impedir este cambio.

Los signos precursores de ello son evidentes: la situación de los países más avanzados en ciencia, riqueza y poderío que, no obstante, todavía se encuentran en germen y la mayoría más industrial de su población sufre o teme todavía la necesidad, la existente anomalía que representa la coexistencia de los extremos de

⁶ Ibid., p. 116.

⁷ Ibid., pp. 116-17.

saber e ignorancia, de riqueza y pobreza, del lujo más desenfrenado y de la indigencia más absoluta, las innumerables mejoras y descubrimientos científicos y mecánicos que, aun cuando aumentan todas las fuerzas productoras, disminuyen de tal modo el valor del trabajo que el trabajador no puede obtener lo necesario, y provocan la miseria y degradación creciente de las masas, mientras aumentan la riqueza y el poder de las naciones. Todas estas circunstancias demuestran que una reorganización social es necesaria e inevitable. A esto puede añadirse el escaso éxito de las diversas formas de gobierno, la toma de conciencia y el descontento progresivo, de los pueblos y la urgencia, que todos admiten, de una gran mejora de la educación nacional.⁸

En primer lugar, Owen sostenía que era necesario convencerse de que el propio fracaso de la civilización actual llevaría a los hombres a comprender las leyes inexorables que los obligarían a organizarse según sus descubrimientos. Su lógica es clara:

Pronto los gobiernos se verán forzados, en su propia defensa, a adoptar este sistema superior con el fin de evitar que se vean arrastrados a la anarquía, la guerra civil y la destrucción. [. . .] Este cambio desarraigaría y destruiría por completo el antiguo sistema social, vicioso y deplorable, lleno de ignorancia, de miseria, de competencia, de luchas individuales y de guerras internacionales. Este sistema sería sustituido por el sistema racional, bajo el cual la discordia y la guerra cesarían definitivamente y todos serían educados en el deseo de conseguir la felicidad de sus semejantes.

El mejor método para iniciar este sistema consiste en convencer a los gobiernos de la verdad de los principios en que se basa. También es preciso encontrar un número suficiente de individuos imbuidos por el espíritu de una caridad auténtica y filantrópica, e instruidos sobre la mejor manera de llevarlo a la práctica.⁹

Había que superar las formas en que se hicieron las revoluciones anteriores, apoyadas en la violencia y en simples cambios de gobernantes. Había que convencer a los gobernantes y a los ricos de buena voluntad de la verdad contenida en sus ideas:

No siempre se ha atacado a los gobiernos de esta manera, sino, que, por el contrario, alguna facción con escasos conocimientos y menos dulzura todavía ha recurrido a las medidas civiles o militares más hostiles para destronar al poder gobernante, y cuando ha vencido, ha utilizado los mismos principios de fuerza y de

⁸ Robert Owen, "El libro del nuevo mundo moral", en D. Desanti, op. cit, p. 364

⁹ Ibid., p. 365.

fraude, sólo con algún ligero cambio en su aplicación. Quienes deseen remplazar el sistema actual por el sistema racional no actuarán nunca de esta manera. Deben empezar por convencer a los gobernantes y a los gobernados de la verdad y del valor de los principios, sin lo cual el éxito es imposible. El paso siguiente, también difícil, consistirá en explicarles claramente todas las medidas necesarias para efectuar con orden, prudencia y previsión, la transición del sistema falso al sistema verdadero.¹⁰

En su *Viaje a Icaria* Etienne Cabet, después de haber combatido el derecho de propiedad, defendido la igualdad y descrito la comunidad rural en que se debería organizar la sociedad del futuro, enfrenta con bastante detalle el problema de su implantación. Habiendo sido un revolucionario que participó en las barricadas de 1830, Cabet combate con mayor ímpetu la concepción insurreccional y concibe con más cuidado la necesidad de un régimen de transición, bastante amplio, antes que se imponga su comunidad:

¿Es posible sustituir, de modo súbito, el sistema de desigualdad y de propiedad por el de la Comunidad? No; es indispensable un régimen transitorio.

¿Qué régimen transitorio es éste?

Un régimen que, aun manteniendo la propiedad privada, vaya destruyendo lo más rápidamente posible la miseria y, de una forma progresiva, la desigualdad de riqueza y poder; que forme, mediante la educación, nuevas generaciones para la Comunidad; que permita sobre todas las cosas, la libertad de expresión y de asociación, y que introduzca el sufragio universal.

¿Por qué no abolir de inmediato la propiedad privada?

Porque los propietarios no lo consentirían, y hay que evitar a toda costa la violencia; porque, por otra parte, resultaría materialmente imposible poner inmediatamente en marcha los trabajos necesarios para la Comunidad.

¿Cuál es la duración de este régimen transitorio?

Treinta, cincuenta o cien años, según los países.

¹⁰ Ibid., pp. 365-66.

¡Muy largo!

Es cierto; pero es absolutamente imposible obrar de otra manera; y, por otra parte, la felicidad se dejará sentir inmediatamente e irá en aumento cada día una vez que haya sido adoptado el sistema transitorio y el principio del sistema de la Comunidad.¹¹

Su ataque a las revoluciones violentas es sistemático y refleja también su desilusión con la revolución francesa y con los levantamientos obreros democráticos:

Las revoluciones violentas significan la guerra, con todos los inconvenientes que ésta lleva aparejados; las revoluciones son extremadamente difíciles, porque un gobierno, por el solo hecho de serlo, dispone de una fuerza inmensa dimanante de su organización gubernativa, de la influencia de la aristocracia y del poder económico: porque tiene en sus manos los poderes legislativo; ejecutivo, así como el tesoro, el ejército, la guardia nacional, los tribunales, las audiencias y la policía con sus mil medios de división y de corrupción. Nada se resuelve para los oprimidos por el mero hecho de ser éstos muy numerosos. Si bien, es, en efecto, posible y necesario que éstos se organicen militarmente, el gobierno usa toda su potencia para impedir tal organización.¹²

Y, por fin, después de descartar la insurrección por ineficaz y porque impone la violencia en lugar de la armonía, Cabet se vuelve completamente hacia el camino de la educación de los ricos:

¿No es acaso a los ricos sobre todo a quienes es menester convertir?

Sobre esta necesidad no puede haber duda alguna, y hasta quizá fuera más útil empezar por iniciarlos a ellos; porque los ricos y los sabios son quienes gozan de mayor influencia para convertir a los demás ricos y hasta a los mismos pobres [...]

Pero, ¿puede uno confiar en la conversión de los ricos?

¿Y cómo dudar de ello? ¿Acaso no hay ricos iluminados, justos, generosos?¹³

¹¹ Etienne Cabet, "Viaje a Icaria" en R. Owen et al, *Precursores del socialismo*, ed. Grijalbo, México. 1970, pp. 153-54.

¹² Ibid. pp. 154-55.

¹³ Ibid., pp. 158-59.

¿En qué bases sociales se apoyaba el socialismo utópico? ¿Qué llevaba a sus precursores a pensar de manera tan detallada las características de un nuevo orden social, cuya implantación se hacía necesaria para la humanidad?

Analizando el socialismo utópico en su Historia de la socialdemocracia alemana, Franz Mehring plantea los siguientes puntos:

Antes de tomar el poder, la burguesía ya había desarrollado el sistema capitalista de producción y junto con él, había creado al proletariado.

Antes que el proletariado se desarrollara como fuerza independiente, ya se vislumbraba una nueva sociedad opuesta a la sociedad burguesa pero que, paradójicamente, sería también la expresión del desarrollo extremado de los mismos ideales burgueses.

La ausencia de un proletariado organizado como fuerza independiente, en el momento en que se desarrollaban las concepciones utópicas de una sociedad proletaria, conducía a un apoliticismo de estas teorías.

Las expectativas de éstas se dirigían hacia la clase dominante y no hacia el proletariado, del cual no se esperaba un papel dirigente. El desprecio por la capacidad política del proletariado era común tanto a los socialistas utópicos como a los revolucionarios igualitarios.

3. EL ANARQUISMO PROUDHONIANO Y LA LUCHA SINDICAL

Leroux y Proudhon representaban una tendencia muy combativa y dinámica del movimiento obrero en el momento en que Marx se liga a éste. Proudhon había llegado a la idea de la propiedad privada como clave de la explicación del capitalismo. No vio, sin embargo, la unión natural existente entre los componentes del proceso histórico: quería la sociedad burguesa pero sin los elementos que le son esenciales y la desarrollan. Es decir, quería la sociedad burguesa sin el capital y el capitalista. Así, reduce la lucha social a la destrucción de la gran propiedad privada. Sus ideales son todavía pequeñoburgueses: la justicia, la anarquía, el individualismo.

En *Confesiones de un revolucionario*, Proudhon define en palabras que se hicieron célebres, su concepción política global:

Así que aspiran al poder, todos los partidos sin excepción, no son más que formas particulares del absolutismo, y no habrá libertad para el ciudadano, orden en la sociedad, ni unidad entre los trabajadores, antes de que en nuestro catecismo político la renuncia a la autoridad haya ocupado el lugar de la creencia en la autoridad. ¡No más partidos, no más autoridad, libertad incondicional del hombre y del ciudadano!: esas tres consignas contienen mi credo político y social.

Este credo político no impidió a Proudhon elegirse diputado a la Asamblea Nacional francesa en 1848, donde presentó incluso el proyecto de un banco de trueque; ni tampoco le impidió apoyar a Napoleón III, que liquidó esa Asamblea.

Proudhon se opone al avance del sistema capitalista al defender la pequeña propiedad agrícola, y subraya su carácter pequeñoburgués al buscar transformar al obrero en pequeño propietario. Su gran influencia sobre el proletariado francés hizo al joven Marx atacarlo duramente en su *Miseria de la filosofía*; sobre todo frente al rechazo de Proudhon a participar en la Sociedad de Correspondencia (ensayo de organización comunista europea) que Marx y Engels intentaban realizar desde Bélgica, en 1848.

4. EL CARTISMO Y EL REFORMISMO COMO CONCEPCIÓN ESTRATÉGICA

El cartismo fue otro movimiento que tuvo una gran influencia sobre el proletariado inglés y también sobre las concepciones de Marx y Engels. El proletariado inglés ya vivía, a principios del siglo XIX, bajo los efectos de la gran industria: la proletarización y pauperización crecientes, el trabajo de los niños y las mujeres, las grandes concentraciones obreras y las pésimas condiciones de trabajo ya revelaban la esencia explotadora del capitalismo, que se cristalizarían en su etapa más avanzada. Las organizaciones obreras secretas tenían una larga tradición en Inglaterra, así como en otras partes de Europa. En 1824 se suspende la prohibición a la asociación obrera y surgen las "trade-unions" legales. Con las nuevas restricciones a la asociación obrera en 1834, se forma la Liga Comunista que fracasa al mismo tiempo que las "trade-unions" continúan avanzando.

La reforma del parlamento británico en 1834 abrió el camino del poder a la clase media. Esto estimuló al movimiento obrero a lanzar, en 1835, la carta del pueblo de la Liga Obrera, en torno a la cual se forma el movimiento cartista. Sus principios: 1) *Sufragio universal* para todo hombre que esté en uso de sus facultades

mentales y no sea un conscripto; 2) *Elección anual* del parlamento; 3) *Sueldo* para los miembros del parlamento que permita asegurar la posibilidad de representación obrera; 4) *Voto secreto*; 5) *Igualdad del colegio electoral*; y 6) *Elegibilidad de todos los electores*.

El entusiasmo de Marx y Engels por el cartismo se debía a su carácter de movimiento obrero independiente, el cual le permitió obtener la ley de las diez horas de trabajo -utilizando las contradicciones entre la burguesía y la aristocracia- y realizar la huelga de 1842. Sobre todo, les entusiasmaba la capacidad de este movimiento para plantear la lucha política como el medio adecuado para lograr los objetivos de la clase obrera.

El límite fundamental del cartismo, que explicaría el futuro rompimiento con Marx y Engels, era el carácter reformista de sus objetivos y su renuncia a la acción revolucionaria. En los próximos capítulos trataremos de mostrar la evolución de estas relaciones.

La existencia de un ala dura del cartismo, que llamaba al uso de la "fuerza física" en contra de los que apelaban al uso de la "fuerza moral", y que asimiló en gran parte la tradición blanquista, no altera sustancialmente su carácter de movimiento obrero de masas. El ala de la "fuerza física" nunca pudo intentar movimientos insurreccionales amplios en Inglaterra, donde la clase obrera no se concentraba en la capital y donde la vida parlamentaria nunca llegó a interrumpirse. Por otro lado, el cartismo no alcanzó a elaborar un programa de gobierno ni un modelo de sociedad nueva y tendía a seguir el cooperativismo de inspiración owenista. Solamente después de haber perdido el apoyo de las masas, luego del fracaso de la gran manifestación de 1848, algunos líderes cartistas se hicieron socialistas e internacionalistas bajo la influencia de Ernest Jones y George Julian Harley, que se hicieron amigos de Marx y otros exiliados alemanes.

El cartismo había perdido su carácter de movimiento amplio y se dividió en pequeños grupos con orientaciones opuestas, cuyo significado teórico: estratégico y táctico había perdido importancia.

5. EL SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUÉS, OTRO TIPO DE REFORMISMO

La oposición burguesa a los regímenes monárquicos se desarrollaba en todas partes y buscaba el apoyo del movimiento obrero. Uno de sus representantes más avanzados fue Louis Blanc en Francia, quien estaba en contacto con Marx y la Liga de los Comunistas. Louis Blanc luchaba por la República, por la organización de los trabajadores y por el derecho al trabajo frente a una muy grave situación de cesantía. Louis Blanc ponía especial énfasis en la lucha política para establecer, a través del Estado, las reformas sociales que garantizaran

el trabajo a todos los obreros y la justicia social. En su obra sobre la organización del trabajo, Blanc resume sus concepciones del cambio político:

El poder es la fuerza organizada. El poder apoya sus intereses, ciegos, pero obstinados en su obcecación, sobre pasiones enemigas de todo lo que es nuevo. El poder tiene Cámaras que os amenazarán con sus leyes, tribunales que os atraparán en sus juicios, soldados que os agredirán con sus bayonetas. Adueñaos del poder, si no queréis que éste os despedace. Tomadlo como instrumento, si no queréis encontrároslo como obstáculo.

Más aún: la emancipación del proletariado es una tarea harto compleja: va ligada a demasiadas reformas, rompe con demasiados hábitos, arremete contra demasiados prejuicios, es contraria -en apariencia aunque no en realidad- a demasiados intereses, de forma que es verdaderamente una locura creerla factible por mediación de una serie de fuerzas parciales y de tentativas aisladas. Hay que consagrar a esta emancipación toda la potencia del Estado, lo cual, para una tarea de tal envergadura no resulta, ni mucho menos, una exageración. Lo que el proletariado necesita para realizar su emancipación son instrumentos de trabajo: que se encargue de eso el gobierno. No; sin la reforma política, no es posible ninguna reforma social; porque, si la segunda es la meta, la primera es el medio para llegar a ella?

A pesar del contenido político que prestaba a la lucha obrera, lo cual lo aproximaba a Marx, Blanc era anticomunista y su "socialismo" no pasaba de algunas reformas al capitalismo; su diario Reforma tenía influencia sobre el movimiento democrático y obrero francés.

Otras expresiones menos políticas de este "socialismo" pequeñoburgués eran John Gray y Sismondi. Sus teorías económicas buscaban mejorar las relaciones capitalistas (a las que criticaban duramente), pretendiendo conservarlas en lo esencial.

6. CONCLUSIONES

Fue este panorama, confuso y disperso, el que conoció el joven Marx cuando hizo su evolución política: de radical demócrata a comunista.

Desde el punto de vista teórico, Marx encuentra una gama de posiciones confusas que van desde el socialismo utópico hasta el reformismo pequeñoburgués, pasando por las teorías anarquistas. Marx y Engels ya habían roto filosóficamente con el neohegelianismo y habían sentado las bases del marxismo en la ideología alemana.

En *La miseria de la filosofía*, Marx había sometido el proudhonismo a la más rigurosa crítica y había planteado las bases de sus ideas económicas.

Del punto de vista político, existían las posiciones más diversas: desde el reducido grupo conspirativo, blanquista o par blanquista, hasta el reformismo obrero de los cartistas y el reformismo pequeñoburgués de Blanc y otros, pasando por el economicismo anarquista y antinsurreccional de Proudhon y muchas corrientes.

Esta diversidad de teorías y movimientos se erguía sobre bases muy débiles. El movimiento obrero en este tiempo era extremadamente frágil. Como veremos, después de fracasar en los intentos revolucionarios de 1848, el gran esfuerzo de Marx en la I Internacional se orientará hacia la creación de un movimiento obrero fuerte. Esto nos permite comprender el carácter de sus posiciones estratégicas y tácticas en estos años.

La característica principal del marxismo va a ser su capacidad para dar no sólo el salto teórico hacia una ciencia de la historia y de la sociedad, que situará al socialismo en un plano científico, sino, sobre todo, para ligar este desarrollo teórico a un movimiento social concreto, a la organización política del proletariado europeo. En tanto el socialismo utópico y el anarquismo conducían a la pasividad política, y el movimiento obrero más desarrollado, el inglés, era llevado al pragmatismo político de carácter reformista, Marx y Engels van a lograr unir el socialismo científico a la lucha revolucionaria del proletariado. Es la historia de este proceso la que vamos a estudiar en la primera parte de este trabajo, que concluye con la formación de la II Internacional de los trabajadores.

¹⁴ Louis Blanc, "La organización del trabajo" en R. Owen et al, op. cit., pp. 87-88.

II. Las concepciones estratégicas del Manifiesto comunista

Cuando Karl Marx inició su vida política fue bajo la influencia del movimiento democrático alemán, particularmente de los neohegelianos de izquierda, como Bruno Bauer, Max Stirner y otros. Su vida pública se inició en la dirección de *La Gaceta Renana*, órgano democrático de la región más industrializada de Alemania.

Según nos cuenta Marx, fue en su experiencia como periodista que entró en contacto con el comunismo y empezó a estudiarlo para poder opinar sobre él en su diario. Descubrió que estaba frente a un tema que no conocía lo suficiente y se dispuso a iniciar una investigación sistemática de la economía política y del pensamiento socialista, para así poder responder a las cuestiones prácticas que se le planteaban en su actividad periodística. Por esta época entra también en contacto con el pensamiento de Feuerbach, que lo dirige hacia el materialismo. Feuerbach hacía una crítica de Hegel desde el punto de vista materialista; Marx y Engels contarán posteriormente cómo el contacto con Feuerbach les pareció una verdadera revelación. Las actividades de Marx como redactor o director de *La Gaceta Renana* lo llevarán a un enfrentamiento con las autoridades alemanas que finaliza con su deportación de Alemania.

En el exterior, Marx se radica en París y luego en Bruselas, desde donde intenta publicar una revista: Los Anales Franco-Alemanes. Entra entonces en contacto con Engels, junto al cual trabajará el resto de su vida. Este trabajo común empieza con un proceso de crítica de su formación hegeliana y neohegeliana e incluso del pensamiento de Feuerbach, que se expresa en *La Sagrada Familia* (un libro sobre los neohegelianos, principalmente Bruno Bauer), *La ideología alemana*, *Tesis sobre Feuerbach*, *Crítica a la Filosofía del Derecho* (de Hegel) y otros libros de esta época. En ellos, Marx y Engels rompen fundamentalmente con el pensamiento hegeliano y neohegeliano en el que habían iniciado su formación filosófica y empiezan a desarrollar su pensamiento propio, que cristalizará en el materialismo dialéctico e histórico. Paralelamente a este desarrollo intelectual, Marx y Engels mantienen una amplia actividad política. En primer lugar, intentan formar una organización que coordine los distintos movimientos obreros de la época, a través de un centro de correspondencia, que funcionaba en Bélgica desde 1846. Este "centro de correspondencia" buscaba vincular entre sí a los movimientos más diversos; incluía a Proudhon, quien finalmente se retirará debido a su desacuerdo con las tendencias de tipo insurreccionalistas sostenidas por Marx y Engels.

De hecho, el contacto más profundo y de mayor consecuencia política es el que se da con los miembros de la Liga de los Justos. La Liga de los Justos tenía como principal figura a Weitling, con quien Marx tiene choques bastante fuertes en torno a la conducción del movimiento obrero y la futura sociedad comunista. Weitling tenía profundas inclinaciones blanquistas, que en cierta manera influían sobre Marx, pero que ya no representaban su pensamiento estratégico fundamental. Con la partida de Weitling a Estados Unidos se allana el camino para que los restantes miembros de la Liga de los Justos constituyesen una nueva organización que entra en contacto con Marx y Engels. Ellos participaron de sus dos primeros congresos en 1847 y fueron designados para redactar su manifiesto y estatutos. Para este acontecimiento escribe Engels un bosquejo de los Principios del comunismo, que se discute en una reunión de 1847 y que será la base de un futuro documento cuya discusión debería haberse efectuado en el frustrado tercer congreso de la Liga de los Comunistas; se trata del Manifiesto del Partido Comunista. El manifiesto se sitúa en el momento en que Marx y Engels han coronado su pensamiento filosófico y político: su nueva teoría del materialismo histórico y dialéctico. En esa época, Marx ya había escrito *La miseria de la filosofía*, donde atacó, con una crítica dura y feroz, el libro de Proudhon *La filosofía de la miseria*. En esta ocasión Marx rompía definitivamente con el periodo precientífico de su pensamiento. *La miseria de la filosofía* nos revela el profundo conocimiento que ya había alcanzado Marx de la economía política de su época. Ahí mismo se aprecia el bosquejo de los nuevos conceptos científicos que van a servir de base al desarrollo de *El Capital*.

De esta manera, debemos considerar *El Manifiesto del Partido Comunista* como un bosquejo de la visión del mundo de Marx y Engels, todavía bajo una forma no muy desarrollada, muchas veces intuitiva. El Manifiesto Comunista trata, en su primera parte, de una serie de temas que compondrán el materialismo histórico marxista. En la segunda parte establece la necesidad de la constitución de una sociedad comunista, el papel del proletariado en la constitución de esta nueva sociedad y la necesidad de la etapa intermedia bajo la centralización y dirección proletarias. Se bosqueja, por lo tanto, la tesis de la dictadura del proletariado, que será desarrollada posteriormente en función de la experiencia de la Comuna de París, en 1871. En la tercera parte, se presenta el programa del Partido Comunista. En la cuarta parte se hace la crítica del pensamiento socialista de la época, de carácter pequeñoburgués y utópico, y en la quinta parte se hace una serie de consideraciones de carácter táctico, que todavía tienen vigencia para la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario.

Para comprender la temática del Manifiesto es necesario bosquejar el conjunto de la situación europea en aquel momento. La burguesía había alcanzado un alto grado de desarrollo económico; sin embargo, no había logrado instalar la república en ninguna parte. Había sido obligada a aceptar varias formas de compromiso con el orden existente, dentro del cual obtenía gradualmente sus objetivos de clase. No obstante, la agitación

republicana y -democrática la seguían desarrollando los sectores más progresistas de la burguesía y de la pequeña burguesía. Los trabajadores acababan de aparecer en el escenario político, con reivindicaciones independientes en interés de su clase, nacida del avance del capitalismo industrial. Hasta entonces habían sido arrastrados por la burguesía a su campo político e ideológico. El creciente compromiso de las burguesías con el orden monárquico y con sus proyecciones ideológicas hacía pasar a manos de los movimientos populares sus banderas democráticas. Los blanquistas, los cartistas, los proudhonianos, los reformistas de Louis Blanc, recogían esas banderas agregando nuevas demandas, ya relativas a la asociación obrera en cooperativas, ya relativas a la intervención estatal en defensa de los obreros, ya exigiendo, en lo político, la ampliación del voto a los trabajadores en su conjunto.

Las demandas democráticas se radicalizaban y el clima político europeo se aproximaba a una gran crisis que estalló en 1848. La evolución de Marx y Engels les permitía asimilar esta situación en su conjunto y reconocer, al mismo tiempo, la especificidad de los intereses obreros de este contexto.

Sus estudios económicos ya habían demostrado la falsedad de los análisis de la economía política clásica y la debilidad de sus críticas al orden económico precapitalista. La miseria y el desempleo generados por el capitalismo no se solucionarían con un mayor desarrollo del capital ni de las iniciativas aisladas de las asociaciones obreras particulares. Sólo la eliminación del propio capital y del régimen asalariado en que se sostenía permitiría la emancipación de los trabajadores. Al contrario de los blanquistas, nuestros autores entendían tal resultado histórico como consecuencia de la acción de la propia clase trabajadora; como resultado de un proceso social complejo.

Pero la clase trabajadora aún no tenía la conciencia de su papel específico en la historia. Faltaba organizarla y concientizarla. En lo inmediato las cosas se precipitaban: la revolución democrática se agigantaba y si no era impulsada firmemente por los trabajadores, tendería a moderarse y a comprometerse con el orden existente.

Las sectas obreras, como la Liga de los Comunistas, no podían proponerse tomar en sus manos el poder, como los blanquistas lo intentaron en 1839. Había que asumir el papel de ala izquierda de la revolución democrática y radicalizarla. El Manifiesto buscaba resolver este complejo problema determinando la relación entre las luchas inmediatas y los objetivos finales, entre la lucha democrática y la lucha contra el capital y la propiedad privada, entre las masas obreras, desorganizadas e ideológicamente sometidas, y una vanguardia que recién asumía conciencia de su papel, dividida en muchas corrientes y sectas. Veamos cómo bosquejan su planteamiento sobre cada una de esas cuestiones, vitales en su momento pero a la vez de gran proyección histórica.

Hagamos un breve resumen de las tesis de Marx y Engels sobre estrategia y táctica del periodo. Para apreciar bien su valor, hay que considerar que la Liga de los Comunistas estaba bajo una fuerte influencia del blanquismo y que Marx y Engels, en este periodo, no escapan a esta influencia; pero ya en el Manifiesto se presentan concepciones absolutamente distintas al blanquismo, que no se encontraban desarrolladas en ningún otro pensamiento del periodo.

En la primera parte del *Manifiesto*, los autores realizan un somero bosquejo histórico del proceso de la lucha de clases, que vino a desembocar en el moderno enfrentamiento entre burgueses y proletarios. En lo esencial, el capitalismo simplifica las contradicciones de clase y lleva al gran enfrentamiento entre burgueses y proletarios. La burguesía desarrolló fuerzas productivas que ya no caben en los límites del capitalismo y las crisis económicas revelan esta situación en toda su dimensión. Aún más: la burguesía crea la clase social que tiene las condiciones y las posibilidades de hacer emerger, del propio seno de la sociedad actual, una nueva sociedad. Pero la nueva clase, que se ha desarrollado como consecuencia de la propia revolución burguesa, no está aún organizada y preparada para esta tarea. Marx y Engels definen la relación burguesía-proletariado al decir:

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe -y por ahora aún puede- poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.¹

Pero la burguesía no puede escapar a las condiciones que la obligan a desarrollar sus enemigos históricos, sea económica o políticamente. La revolución burguesa crea las bases de la unión y educación política de los obreros:

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la

¹ C. Marx, "Manifiesto del Partido Comunista" en C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*, 2 t., ed. Progreso, Moscú, 1971, t. I, p. 27.

industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.²

La burguesía no sólo crea las condiciones de la concentración, el desarrollo político y la integración internacional del proletariado; también lanza nuevas masas de pequeños burgueses y campesinos a la proletarización. Así se vuelcan en contra de la burguesía amplios sectores sociales, lanzados por ella a la miseria y a la inestabilidad. Sin embargo, solamente el proletariado expresa las tendencias históricas del desarrollo del sistema: las otras capas sociales son expresiones de su decadencia. Marx y Engels afirman:

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios -el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino-, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.³

La revolución proletaria nace pues de las propias contradicciones del capitalismo y el partido del proletariado tendrá por misión atraer hacia sí a las demás clases sociales para producir un nuevo movimiento revolucionario en contra de la burguesía.

² Ibid., p. 28.

³ Ibid., p. 29.

La esencia del problema está, sin embargo, en la relación dialéctica entre el desarrollo del capitalismo y las condiciones históricas de su superación. La estrategia y la táctica del partido del proletariado tendrán que recoger esta relación dialéctica, originada con las propias condiciones sociales generadas por el desarrollo del capitalismo.

En la segunda parte del *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels dicen cuál es la posición de los comunistas frente a los proletarios en general:

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros [...] Prácticamente los comunistas son, pues, el sector resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generados del movimiento proletario.⁴

En esta cita se caracteriza la visión de Marx y Engels del Partido Comunista esencialmente como un partido de vanguardia. Según ellos no se trata de formar una fracción en el interior de la clase obrera, sino de formar un grupo de revolucionarios con una visión clara del conjunto del proceso revolucionario. Ellos dan a esta vanguardia comunista la función de dirigir el movimiento político de la clase según una visión teórica que permita comprender el conjunto de las circunstancias revolucionarias concretas, así como de las transformaciones sociales que constituyen la base de la nueva sociedad.

Pero al mismo tiempo, los comunistas no son de ninguna manera un grupo de teóricos que plantean problemas generales: sus tareas están ligadas a las luchas cotidianas de la clase, a las luchas diarias del movimiento revolucionario, y les cabe conducir este movimiento en esas luchas diarias. Así pues, en la cuarta parte, que se refiere a la posición de los comunistas frente a los demás partidos, Marx y Engels dicen: “Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento”.⁵ Esta dialéctica entre la lucha diaria, los objetivos inmediatos y, por otra parte, los objetivos finales del movimiento y la lucha por la obtención de estos objetivos finales, ya se presenta en el *Manifiesto del Partido Comunista* con gran fuerza y se convertirá, durante el desarrollo futuro del movimiento revolucionario, en la cuestión política más importante.

La formulación de Marx y Engels en el Manifiesto es muy clara en el sentido de que los comunistas actúan en los movimientos de carácter inmediato, no los abandonan nunca a su propia suerte, pero que en ellos defienden y representan el futuro del movimiento. Es decir, su participación en las luchas parciales tiene siempre, como contenido fundamental, la conducción de estas luchas parciales a resultados revolucionarios.

Así, después de demostrar que a los partidos comunistas les correspondía luchar por las transformaciones democráticas, que en este periodo eran las fundamentales, Marx y Engels señalan:

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar en los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que, en la hora precisa, los obreros alemanes sepan convertir las condiciones inmediatas sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.⁶

Marx y Engels planteaban la necesidad de participar en la lucha democrática, pero llamaban a realizarla demostrando y clarificando la irreconciliable diferencia de clases que existe entre el proletariado y la burguesía. Pero en este momento particular, luchaban por transformaciones democráticas que no rebasaban el nivel del régimen burgués. Profundizando esa idea señalan más adelante: "En resumen, los comunistas apoyan cualquier movimiento revolucionario contra el estado económico, social y político existente", es decir los movimientos en contra del régimen absolutista entonces dominante. Sin embargo, aclaran en seguida: "en todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista"; y finalmente señalan que la actividad comunista en la revolución burguesa no es de ninguna forma pasiva: "los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países".⁷

Estas afirmaciones se deben ver en su contexto histórico. En este periodo Marx y Engels postulaban que la lucha democrática era el principal objetivo de la lucha revolucionaria, pues estaban en vísperas de las revoluciones burguesas de 1848. Pero, a pesar de postular de inmediato la unión de todos los partidos democráticos, consideraban indigno ocultar sus ideales y propósitos finales. Proclamaban abiertamente que sus objetivos sólo podían alcanzarse mediante el derrocamiento violento de todo el orden social existente. Las clases dominantes deberían temblar ante la idea de una revolución comunista.

"Los proletarios no tienen nada que perder en ella, más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos los países uníos!"⁸

⁶ Ibid.

⁷ Ibid., p. 50.

El Manifiesto del Partido Comunista dibuja los elementos esenciales de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels, que serán posteriormente desarrolladas, refinadas y mejoradas por ellos.

La Liga de los Comunistas, como vimos nosotros, no había absorbido perfectamente estas ideas de Marx y Engels, puesto que su manifiesto había sido escrito en vísperas de la revolución de 1848; no fue de ninguna manera, un elemento esencial en la formación ideológica y doctrinaria del movimiento revolucionario del periodo. Por otro lado, la Liga de los Comunistas era una organización esencialmente conspirativa: era una pequeña secta y sus estatutos revelan este carácter. Al mismo tiempo, en estos estatutos en cuya redacción influyeron Marx y Engels, se notaba ya la constitución por células, que serían centralizadas de manera democrática. Representaba así el bosquejo de futuras organizaciones obreras, al mismo tiempo que reflejaba las experiencias de las organizaciones conspirativas del periodo anterior.

La Liga de los Comunistas, aun cuando ejerció una actividad política restringida, llegó a publicar la *Revista comunista*, cuya importancia consistió en servir de base a la crítica de ciertas tendencias dentro del movimiento comunista de la época, permitiendo, sobre todo a Marx y Engels, reafirmar su pensamiento y su concepción revolucionaria. Antes de que la Liga de los Comunistas lograra consolidarse como una organización tuvo que vivir un importante hecho histórico: la revolución de 1848, que estimularía una revisión importante de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels.

III. La revolución de 1848 y la tesis de la revolución permanente

Durante la revolución de febrero de 1848 en Francia, Louis Blanc –que participaba en el gobierno revolucionario y también en el centro de correspondencia creado por Marx y Engels- invita al ciudadano Marx a Francia.

Una vez en Francia, Marx y Engels van a reorganizar inmediatamente el comité central de la Liga de los Comunistas, disolviendo el anterior y estableciendo un programa de varios puntos para Alemania. Es interesante analizar este programa en sus líneas generales. Se presenta como un programa democrático, antifeudal, estatizante y laico, atendiendo a las características que Marx y Engels veían para el proceso revolucionario que vivía Alemania en ese momento. Se trataba, por lo tanto, de llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrático-burguesa en Alemania, destruir el feudalismo, estatizar al máximo la economía y promover la separación entre la Iglesia y el Estado, para permitir realmente un régimen democrático-republicano.

Con el ascenso del movimiento revolucionario en Alemania, Marx y Engels se dirigen a este país, específicamente a las provincias del Rin. Esto no sólo se debía a que Marx tenía ya una tradición anterior en la región, sino a que allí estaba concentrado el sector más avanzado de la burguesía, allí el desarrollo industrial había alcanzado la etapa más elevada. En Alemania, Marx estableció contacto con el movimiento democrático revolucionario y creó la *Nueva Gaceta Renana*, desde donde ejerce un papel importante en la lucha democrática de este momento en Alemania. La posición de Marx y Engels no era aceptada por todos los sectores del movimiento obrero. Éste era el caso de Stefan Bonn, quien defendía la tesis de que no tenía sentido en ese momento hacer hincapié en la lucha democrática; por el contrario, se trataba de orientar las luchas de la clase obrera hacia reivindicaciones propias, pues el contenido del movimiento democrático era esencialmente burgués. La diferencia entre la posición de Stefan Bonn y la de Marx y Engels debe ser estudiada cuidadosamente: va a repetirse en muchas otras ocasiones, entre los marxistas y los otros sectores del movimiento obrero respecto de la revolución burguesa. Marx y Engels dicen que lo esencial en este momento es la lucha de carácter democrático, que ella moviliza a todo el pueblo y proporciona un marco en el que todas las demás reivindicaciones deben

⁸ Ibid.

ser encauzadas. En esta posición se ve, de manera clara, la concepción de Marx y Engels: al movimiento obrero no le compete de ninguna manera comportarse como un grupo, una casta o un estamento. La clase obrera es clase revolucionaria no porque defiende sus propios intereses inmediatos dentro del sistema existente, sino por su capacidad para dirigir el conjunto de las clases sociales en las luchas revolucionarias. En el periodo democrático su tarea es o la dirección o la participación, lo más avanzada posible, en esa revolución.

Reflexionando mucho tiempo después sobre esa experiencia, Engels defiende las posiciones asumidas en este periodo en su artículo "Marx y la *Nueva Gaceta Renana* (1848-1849)". Engels afirma en una larga cita que nos permitimos reproducir:

La burguesía alemana, que empezaba entonces a fundar su gran industria, no tenía la fuerza, ni la valentía precisa para conquistar la dominación absoluta dentro del Estado; tampoco se veía empujada a ello por una necesidad apremiante. El proletariado, tan poco desarrollado como ella, educado en una completa sumisión espiritual, no organizado y hasta incapaz todavía de adquirir una organización independiente, sólo presentía de un modo vago el profundo antagonismo de intereses que le separaba de la burguesía. Y así, aunque en el fondo fuese para ésta un adversario amenazador, seguía siendo, por otra parte, su apéndice político. La burguesía, asustada no por lo que el proletariado alemán era, sino por lo que amenazaba llegar a ser y por lo que era ya el proletariado francés, sólo vio su salvación en una transacción, aunque fuese la más cobarde, con la monarquía y la nobleza. El proletariado, inconsciente aún de su propio papel histórico, hubo de asumir por el momento, en su inmensa mayoría, el papel de ala propulsora, de extrema izquierda de la burguesía. Los obreros alemanes tenían que conquistar, ante todo, los derechos que les eran indispensables para organizarse de un modo independiente, como partido de clase: libertad de imprenta, de asociación y de reunión; derechos que la burguesía hubiera tenido que conquistar en interés de su propia dominación pero que ahora les disputaba, llevada por su miedo a los obreros. Los pocos y dispersos centenares de afiliados a la Liga de los Comunistas se perdieron en medio de aquella enorme masa puesta de pronto en movimiento. De esta suerte, el proletariado alemán aparece por primera vez en la escena política principalmente como un partido democrático de extrema izquierda.

Esto determinó el que nuestra bandera al fundar en Alemania un gran periódico no fuera otra que la bandera de la democracia; pero de una democracia que destacaba siempre, en cada caso concreto, el carácter específicamente proletario, que aún no podía estampar de una vez para siempre en su estandarte. Si no hubiéramos procedido de este modo, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresista y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarlo así hacia adelante, no nos hubiera

quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta. Pero el papel de predicadores en el desierto no nos cuadraba; habíamos estudiado demasiado bien a los utopistas para caer en ello. No era para eso para lo que habíamos trazado nuestro programa.¹

Posteriormente, la actitud de Marx en la *Nueva Gaceta Renana* será utilizada por el pensamiento reformista para justificar una política indiscriminada de alianza con la burguesía. En respuesta a estos planteamientos, Rosa Luxemburgo dice que si bien fue verdad que Marx apoyó el movimiento democrático (más que eso, Marx asumió en él un papel directivo), no lo apoyó desde la perspectiva de respaldar al movimiento burgués, sino en una lucha violenta en contra de las vacilaciones burguesas, llamando a llevar la revolución democrático-burguesa hasta sus últimas consecuencias. Marx apoyaba la burguesía -dice Rosa- pero con un látigo en la mano.

En 1848, Marx no sólo desempeñó un papel importante desde la *Nueva Gaceta Renana*, sino que, además participó en la dirección de la Federación Democrática del Rin. Desde ahí trabajó para llevar la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias, a pesar de los titubeos burgueses. Cuando las armas de la monarquía se levantaron en contra de las federaciones democráticas, Marx llamó a la insurrección para defender las conquistas realizadas y convocó a la acción de las milicias revolucionarias para defender el gobierno revolucionario establecido. Derrotada su posición y habiéndose realizado un acuerdo entre la burguesía y la monarquía, Marx es llevado al tribunal de Colonia, acusado de incitar a la subversión. La defensa de Marx frente a este tribunal es una bella pieza jurídica y se fundamenta en que en ese momento, en Alemania, la toma de las armas era un llamado a la defensa del régimen revolucionario, régimen que los mismos burgueses, componentes del tribunal, deberían garantizar. La brillante defensa de Marx consigue su absolución, en 1849, seguida inmediatamente de su expulsión de Alemania.

Marx se dirige a Francia y posteriormente a Inglaterra, donde vivirá el resto de su vida. Desde Inglaterra, Marx y Engels esperan un nuevo levantamiento en Alemania, al mismo tiempo que realizan una autocrítica de su actuación en la revolución de 1848. En este periodo, que va de 1849 a 1851, Marx y Engels desarrollaron sus concepciones estratégicas y tácticas en un documento enviado por el comité central a la Liga de los Comunistas

¹ F. Engels, “Marx y la *Nueva Gaceta Renana* (1848-1849)” en C. Marx, F Engels: Obras...cit., t. II, pp. 328-29.

en Alemania. El documento será fundamental en la historia del movimiento revolucionario, pues servirá de punto de partida para profundas discusiones y reflexiones, ya que plantea la estrategia de la revolución permanente, base de posiciones tácticas y estratégicas posteriores.

El Manifiesto del comité central de la Liga de los Comunistas se inicia con una autocrítica respecto a la forma en que se participó en la revolución de 1848. Básicamente, Marx y Engels se autocritican por haberse entregado de manera muy directa a la acción pública, sin haberse dedicado a fortalecer el partido (“no basta solamente la acción pública, es necesario fortalecer el partido”). De hecho, Marx y Engels habían dedicado muy poco esfuerzo al partido, lo que permitió el dominio del pensamiento pequeñoburgués sobre el conjunto del movimiento revolucionario. En conclusión: para que la clase obrera logre ejercer el liderazgo sobre el movimiento democrático y pueda llevarlo hasta sus últimas consecuencias, frente a las vacilaciones burguesas, debe organizarse independientemente, fortalecerse con una organización propia.

Al ver Marx y Engels la posibilidad inminente de una nueva situación, revolucionaria en Alemania, preveían que la burguesía tal vez mantendría una posición vacilante. Su sector financiero ya había logrado ocupar una posición de poder en la nueva sociedad posrevolucionaria, en conciliación con el poder absolutista, y de él habría que esperar un comportamiento incluso contrarrevolucionario. La pequeña burguesía democrática defendería la posición más revolucionaria del periodo, asumiendo un rol de vanguardia, y debía ejercer el papel hegemónico en la nueva situación revolucionaria que se esperaba. Suponiendo este contexto revolucionario, la táctica que Marx y Engels recomendaban a la Liga de los Comunistas era la siguiente: “marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio”.² No se trata, por tanto, de llevar a una coalición partidaria, sino que es necesario constituir una organización autónoma de la clase obrera. “Para luchar contra un enemigo común -dicen Marx y Engels- no se precisa ninguna unión especial.”³

Había que tener plena claridad sobre las acciones comunes con la pequeña burguesía: “Los pequeñoburgueses -señalaban Marx y Engels- son vacilantes en la lucha, pero muy firmes para desarmar a los obreros cuando están en el poder”. Los obreros no tenían entonces fuerza suficiente para impedir el ascenso de los pequeñoburgueses, ni para impedir que ellos actuaran de esta forma, “pero sí está en su poder dificultar a los

² C. Marx y F. Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” en C. Marx, F. Engels, Obras..., cit. t. I, p. 94.

³ Ibid., p. 96.

demócratas burgueses la posibilidad de imponerse al proletariado en armas y dictarles condiciones bajo las cuales su dominación contenga en sus orígenes los gérmenes de su muerte, facilitando así considerablemente su ulterior suplantación por el poder del proletariado”.⁴

De esta manera, se caracteriza muy claramente cuál es el papel de la clase obrera en el proceso de la revolución democrática, y se esclarece porqué es tan necesaria su participación en ella. Dos son las razones: la primera, la necesidad de luchar contra la conducción que dan la burguesía y/o la pequeña burguesía a la revolución democrática, es decir, la necesidad de impedir sus vacilaciones y obligarlas a llevar el movimiento hasta sus últimas consecuencias. Sólo la participación de la clase obrera en esta revolución puede garantizar que llegue hasta sus últimas consecuencias. En segundo lugar, son las posiciones conquistadas en el periodo de la revolución democrático-burguesa las que permiten a la clase obrera ganar fuerzas suficientes para impedir la consolidación definitiva de la burguesía y/o pequeña burguesía en el poder después de la revolución, y es la utilización de estas posiciones lo que sirve de base para la posterior revolución proletaria.

¿Cómo veían nuestros autores el desarrollo del proceso revolucionario y el papel que deberían cumplir los obreros dentro de la revolución democrática?

La primera tarea de los obreros era impedir “los intentos temporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas.*

Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria”⁵

En segundo lugar, cabe al proletario, “durante la lucha y después de ella, aprovechar todas las oportunidades para presentar sus propias demandas al lado de las demandas de los demócratas burgueses”.⁶

En seguida, le corresponde constituir sus propias formas de poder,

manifestando abiertamente su desconfianza hacia el nuevo gobierno. [...]. En una palabra, desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario ya derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio.⁷

⁴ Ibid., pp. 96-97.

⁵Ibid., p. 97.

⁶ Ibid

⁷ Ibid., pp. 97-98.

Para lograrlo, los obreros tienen que tener no solamente sus formas propias de organización de masas (comités, consejos, clubes, etcétera), sino que además, tienen que estar armados y organizados en sus propias milicias, impidiendo el resurgimiento de la vieja milicia burguesa en contra de los obreros.

“Tan pronto como los nuevos gobiernos se hayan consolidado un poco, comenzarán su lucha en contra de los obreros.”⁸ Para impedirlo, los obreros deberán, además de mantener sus organizaciones autónomas, coordinarlas y centralizarlas para, entre otras cosas, participar en la elección de la Asamblea Nacional convocada por los demócratas. En estas elecciones, los obreros deberían garantizar el derecho al voto de todos los núcleos obreros y presentar sus propios candidatos al lado de los candidatos burgueses, rechazando las presiones burguesas que sostienen que dividir al partido democrático fortalecería a la reacción. Los éxitos que el partido proletario alcanzara con semejante actitud independiente pesarían mucho más que el daño que pueda ocasionar la presencia de unos cuantos reaccionarios en la asamblea representativa. “Si la democracia actúa desde el principio resueltamente y con medidas terroristas contra la reacción, la influencia de ésta en las elecciones quedará liquidada de antemano.”⁹

Pero las divergencias entre el partido proletario y el partido democrático se harían más evidentes en el desarrollo de las medidas de gobierno. El primer punto de conflicto sería la abolición del feudalismo. Los demócratas buscarían entregar las tierras en propiedad a los campesinos, para formar una pequeña burguesía en el campo. Los obreros deberían luchar para estatizar la tierra y hacerla producir mediante colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola asociado, el cual deberá aprovechar todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de

* La palabra terror aquí se refiere al terrorismo de masas y no individual, que se desencadena en todos los procesos revolucionarios. En el texto, Marx y Engels se refieren a “actos de venganza popular contra individuos odiados o contra edificios públicos”, pero el terror revolucionario se refiere al conjunto de medidas represivas tomadas por las masas o por el gobierno revolucionario en contra de los representantes del régimen derrocado y de los conspiradores en contra del nuevo orden. Lenin y Trotsky sostuvieron una dura polémica con Kautsky y la socialdemocracia en defensa del terror revolucionario. Sin embargo, Lenin y también Trotsky tuvieron gran preocupación de evitar que el terror rebasara los límites tácticos de desorganizar y paralizar la reacción. La experiencia de la revolución francesa les mostraba que el ejercicio del terror como instrumento de lucha política en contra de la oposición terminaba por volcarse en contra de los revolucionarios.

⁸ Ibid., p. 98.

⁹ Ibid., p. 99.

propiedad, el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola.¹⁰

En estas afirmaciones, Marx y Engels apuntan hacia lo que será uno de los puntos centrales de las revoluciones burguesas posteriores, y que será superado por la revolución socialista: la alianza de los obreros con los campesinos en la fase democrática, y la alianza de los obreros con los asalariados agrícolas y con el campesinado pobre en la siguiente fase socialista, que sucedería a la democrática en un proceso permanente e ininterrumpido.

Otro elemento de divergencia entre los obreros y demócratas es la concepción descentralizada del poder defendida por la pequeña burguesía frente a la posición centralizadora de los obreros que “no sólo deberán defender la República alemana una e indivisible, sino luchar en esta República por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado”. La centralización del poder tenía por objetivo acabar con todos los vestigios feudales de fuerte vigencia en el caso de Alemania, así como con los particularismos locales y provinciales.

En fin, la lucha entre los demócratas y los obreros se haría más evidente aún cuando los demócratas se vieran obligados a proponer medidas más o menos socializante. Los obreros buscarían, en estas condiciones, obligar a los demócratas a irrumpir en todas las esferas posibles del régimen social existente, a perturbar su curso normal, a forzarles a que se comprometieran ellos mismos a concentrar el mayor número de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etcétera, en manos del Estado.¹¹

De esta manera, los obreros se preocuparían por “llevar al extremo las propuestas de los demócratas que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas. Estas propuestas deben ser convertidas en ataques directos contra la propiedad privada”.¹²

En el documento citado, Marx y Engels desarrollaron todo un programa sistemático de acciones que permitieran a la clase obrera, entonces minoritaria y sin organización partidaria propia, aprovechar las condiciones de la revolución democrática. Aprovecharlas no sólo para conseguir derechos que le posibilitaran desempeñar una oposición democrática sino, sobre todo, para prolongar el periodo revolucionario y radicalizar sus medidas hasta sus últimas consecuencias, creando condiciones para extender el proceso revolucionario a toda Europa

¹⁰Ibid.

¹¹ Ibid., p. 101.

¹² Ibid.

y particularmente a Francia, donde se creía posible “un triunfo directo de su propia clase”. De esta manera, la revolución democrática en Alemania se encauzaría con la revolución proletaria en Francia y transformaría su propio carácter, a través del desarrollo de la organización y conciencia del obrero alemán, cuyo “grito de guerra hade ser: la revolución permanente”.¹³

La concepción estratégica y táctica de Marx y Engels se mostró incorrecta para las condiciones específicas de aquel periodo histórico. De hecho, la situación revolucionaria no se produjo y Alemania había de seguir un curso revolucionario muy distinto. En él, las tareas democrático-burguesas serán realizadas, de manera autocrática, por la propia burguesía en alianza con sectores de los terratenientes, a través de un líder nacional autoritario que será Bismarck. Sin embargo, la visión estratégica y táctica esbozada en este documento revela un contenido más general, que le permitirá ser utilizada en otras épocas históricas. La concepción de la revolución permanente será invocada, como inspiración metodológica, por los revolucionarios rusos, particularmente por Lenin y Trotsky, y desempeñará un papel importante en otros procesos históricos. Por el momento, lo que nos interesa es entresacar del texto los elementos metodológicos y teóricos generales de la estrategia de la revolución permanente. Ésta debe entenderse fundamentalmente como el procedimiento mediante el cual la clase obrera, en condiciones en que es minoritaria y no puede determinar el conjunto de un proceso revolucionario cuyo contenido es fundamentalmente democrático, puede, a través de una intensa y correcta participación en él, por un lado, profundizar la revolución democrática y, por otro, impedir la estabilización de la pequeña burguesía en el poder, abriendo el camino hacia la revolución socialista. Marx y Engels concebían entonces la revolución democrática, en un país que entraba con retraso al capitalismo moderno, como el inicio de un proceso revolucionario que rebasaría el nivel nacional alemán y se extendería, en forma permanente, hasta una revolución de carácter continental europeo y, por consiguiente, mundial.

Ésta es pues la táctica de la revolución de 1848. Ella se aplicaría, con los ajustes necesarios, a toda situación en que la revolución burguesa fuera todavía el elemento dominante: en que la clase obrera no pudiera ejercer el dominio del proceso revolucionario ni darle un contenido socialista. Cabría entonces a la clase obrera participar intensamente en la revolución democrático-burguesa; llevar esta revolución hasta sus últimas consecuencias; conquistar posiciones en su seno para desarrollarse posteriormente como clase revolucionaria: mantener su independencia absoluta, e impedir la consolidación en el poder de la pequeña burguesía que tendería a conducir este proceso, creando así las condiciones para continuarlo en un flujo permanente, hasta convertirse en revolución socialista, de carácter mundial. A pesar de que la Liga de los Comunistas logró reorganizarse en el periodo, no pudo sobrevivir.

¹³ Ibid., p. 102.

En 1850, la burguesía había logrado controlar la situación en Europa, y en Alemania en particular, dominando la crisis económica y aplazando para un periodo posterior cualquier posibilidad revolucionaria. Marx y Engels llegaron rápidamente a la comprensión de esta nueva coyuntura. En consecuencia, se produce una lucha interna en la Liga de los Comunistas entre la fracción dominada por Willich y Schapper, que defendían la necesidad de una preparación insurreccional inmediata independiente del análisis de la nueva situación objetiva, y la posición de Marx y Engels, que estaban en contra de cualquier intento insurreccional en el momento, basados en el análisis de la situación mundial. Ésta, debido a la recuperación económica y política burguesa, no llevaría, según ellos a una situación insurreccional durante un periodo bastante largo.

Comentando la posición de Willich y Schapper, Marx dice: "la minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales sino la simple voluntad".¹⁴ Esta pequeña observación de Marx se transformó en un texto clásico de crítica al voluntarismo pequeñoburgués, que ha vuelto constantemente a repetirse en el desarrollo del proceso revolucionario mundial. Marx y Engels hacen un análisis de la situación y llegan a la conclusión de que la Liga de los Comunistas estaba superada. La Liga de los Comunistas se había organizado dentro de la perspectiva de una secta, de un pequeño grupo insurreccional. Este periodo -decían Marx y Engels- estaba superado, estaba ya pasada la fase de las sectas: se trataba ahora de organizar un movimiento de carácter masivo, de organizar la clase en tanto clase, en su conjunto. Por esta razón, Marx y Engels deciden disolver la Liga de los Comunistas y, en noviembre de 1852, logran obtener la aceptación de sus compañeros. El desarrollo posterior del movimiento revolucionario va a confirmar en gran medida la visión de Marx y Engels: si de hecho ellos estuvieron equivocados en 1850, cuando vieron un nuevo ascenso revolucionario en Alemania, rectificaron correctamente su posición, en 1851.

Al analizar la situación económica en su conjunto, entendieron que venía un proceso de carácter contrarrevolucionario y que, para enfrentar un nuevo ascenso revolucionario, no se podría utilizar el aparato organizativo entonces existente, sino que había que organizar algo nuevo en el movimiento obrero. Los hechos posteriores van a confirmar este análisis, tanto en lo que respecta al control por la burguesía de la situación económica europea, que se va a prolongar hasta 1865-66, como en sus apreciaciones sobre el carácter del nuevo movimiento revolucionario que se gestaba y sobre la necesidad de fundamentarlo en nuevas bases. En la década de 1860, el movimiento obrero se va a reorganizar bajo la forma de la Asociación Internacional de los Trabajadores, abriendo un nuevo capítulo en la historia de la estrategia y la táctica socialistas.

¹⁴ C. Marx, F. Engels et al, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, p. 481

IV. La fundación de la I Internacional: Nuevos avances estratégicos y tácticos

En el capítulo anterior vimos cómo Marx y Engels trazaron, a través de la táctica de la revolución permanente, la forma de participar en la posible situación insurreccional que debería haberse abierto en Alemania en 1850, pero que finalmente no se produjo. Por el contrario, lo que se produjo fue un control de la situación económica y política por parte de la burguesía, originándose un periodo contrarrevolucionario más o menos largo. Durante este periodo, que se prolongó de 1852 a 1862, Marx y Engels se dedicaron fundamentalmente al trabajo intelectual.

Marx trabajó en los libros que servirían de base a *El Capital: la Contribución a la Crítica de la economía política y los Fundamentos de la Crítica de la economía política*; este último no fue publicado sino hasta 1930. En este periodo Marx y Engels, particularmente Marx, se dedicaron también al periodismo, escribiendo en diarios obreros y, algunas veces, en diarios de circulación más amplia. Por razones de orden económico, Marx se hizo corresponsal en Europa del New York Tribune, en el cual colaboró durante muchos años; también escribió en forma continua, para el *Peoples Paper* y otros diarios ingleses bajo la influencia cartista. En los importantes y significativos trabajos políticos que produjo entonces, se hacen evidentes las divergencias entre Marx y Lasalle, discípulo con el cual Marx jamás concordó debido a sus erróneas concepciones económicas y políticas.

En lo referente a los trabajos sobre economía, nos interesa señalar que, en estos diez años, Marx llegó a tener el cuadro total de lo que sería posteriormente *El Capital*. Escribió la *Contribución a la Crítica de la economía política* y preparó los borradores de los que surgirían los *Fundamentos de la Crítica de la economía política* y la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, el llamado cuarto volumen de *El Capital*. Su pensamiento económico estaba ya delineado a fines de la década del cincuenta y comienzos de la del sesenta. De hecho, en el periodo posterior, Marx se dedicó fundamentalmente a la redacción final, pues trabajaba de manera perfeccionista y necesitaba rehacer muchas veces sus manuscritos.

Por otro lado, Marx había entrado en contacto con el grueso de la información existente en Inglaterra sobre la situación de la clase obrera en este periodo. Básicamente la información se encontraba en los informes de los inspectores de fábrica, que constituían un estudio bastante detallado de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros ingleses de la época; este material fue utilizado abundantemente por Marx en *El Capital*. El dominio de estos materiales y de la teoría económica que alcanzó en esta etapa, así como su profundo

conocimiento de la historia europea contemporánea, permitieron a Marx convertirse en el cerebro más importante del movimiento obrero en Europa. Llegó a ser una persona indispensable, no sólo para lograr una visión teórica correcta de la situación de la clase obrera y de las perspectivas históricas del movimiento, sino también para comprender los procesos coyunturales.

En cierta forma, Marx y Engels lograron cumplir con la tarea que se propusieron en 1851, cuando abandonaron la vida pública. Esta decisión está expresada en una carta muy categórica que Engels dirigió a Marx, en la que decía que deberían abandonar totalmente la vida pública por un largo periodo, dedicarse fundamentalmente a su trabajo intelectual y no aceptar ningún cargo político en ningún partido hasta que realmente pudieran crear las bases para un partido que reflejara su pensamiento. Terminaba la carta diciendo: "lo principal en este momento es que tengamos posibilidad de publicar lo que escribimos, sea en revistas trimestrales, sea en volúmenes macizos. ¿Qué restará de todo lo que habla la población de emigrados a tu respecto, cuando publiques, a guisa de réplica, tu trabajo económico?" Queda clara la posición de Engels y Marx en 1851; su trabajo intelectual sería la respuesta a los enfrentamientos políticos sectarios en que se consumían los distintos grupos integrantes del movimiento obrero alemán, emigrados a Inglaterra, y otros sectores del movimiento obrero. Éste entraba, como consecuencia de las derrotas acaecidas en 1848, en un proceso de depresión, en una situación de gran debilidad y división interna, de peleas de carácter secundario y personal, que no reflejaban los problemas fundamentales de la clase.

Después de un largo periodo de reacción y de receso empieza a darse un renacimiento del movimiento obrero europeo en 1857-1858. Ocurre como efecto de la guerra civil en Estados Unidos, que provocó una grave crisis de abastecimiento de algodón para los textiles ingleses, llevándolos a una situación de desempleo masivo. A partir de entonces, el movimiento obrero empieza a revivir, para defenderse de esta situación.

Otro tema que empezaba a movilizar a la clase obrera inglesa, y en general del continente europeo, era la utilización de obreros de distintos países para sustituir a los trabajadores en huelga. Pasaba especialmente en Inglaterra, a donde se llevaban obreros desde Francia, Alemania, Bélgica, España, etcétera, para ocupar los lugares de los huelguistas ingleses. Empieza a generarse, entonces, una reacción de parte de los huelguistas, a fin de protegerse.

Por otro lado, el movimiento obrero inglés llevó a cabo una importante movilización de apoyo a la insurrección polaca. En Polonia, donde existía una larga lucha de liberación, el movimiento democrático se encontraba en una situación difícil, sometido a la dominación rusa. Se produce en su favor una movilización revolucionaria, con gran propaganda internacional. Se llama a la realización de actos solidarios, para lo cual se empiezan a establecer contactos entre los obreros ingleses y franceses.

En fin, la relación entre los obreros de Inglaterra y de Francia se posibilita también con ocasión de la Exposición Industrial Universal de 1862. Luis Bonaparte, sintiendo muy debilitado su dominio político en Francia, intenta una relación más próxima con el movimiento obrero y lo invita a participar en esta Exposición. Los proudhonianos aceptan, pero exigen que se haga la elección de los obreros participantes. Luis Bonaparte está de acuerdo. Así, se realiza la elección y un grupo de obreros viaja a Inglaterra, donde comienzan a establecerse algunos contactos. Durante mucho tiempo se consideró que esta reunión fue la que dio origen a la I Internacional; aun hoy se encuentran varios artículos, documentos e historias del movimiento obrero, que lo sostienen. Riazánov refuta esta afirmación de manera brillante en su libro Marx y Engels y demuestra que las reuniones de la Exposición y los obreros asistentes a ellas, estaban, en general, ligados a posiciones del tipo "amarillas", que no van a formar la base de la futura Internacional. Pero indudablemente, durante esta ocasión, se pudieron producir algunas relaciones y sentar las bases para posteriores reuniones.

En 1864 se reúne una asamblea con el objetivo de fundar la I Internacional. Tuvo lugar el 28 de septiembre, proponiéndose asociar a los obreros de Inglaterra, Francia y otros países que estuviesen interesados en la defensa de los intereses de la clase obrera.

Marx -debido a la influencia de sus compañeros de la ex-Liga de los Comunistas- es llamado a participar en las reuniones, y va a ser luego encargado de redactar el manifiesto de inauguración de esta Asociación Internacional de Trabajadores, así como su estatuto.¹

¿Por qué se encargó a Marx esta tarea tan importante? En este momento estaba, como nosotros vimos, un poco alejado de la actuación política. Sin embargo, en cuanto tomó parte en estas reuniones, logró imponer de inmediato sus puntos de vista dada la gran debilidad teórica que prevalecía en el movimiento. La asociación estaba inspirada por figuras de tipo democrático-radicales, por los proudhonianos, etcétera, que no lograban ofrecer una visión de conjunto ni una base ideológica para la organización del movimiento.

Marx, un poco reticente al comienzo, después de algunas reuniones llegó a la conclusión de que realmente se habían echado las bases para una reorganización seria del movimiento obrero europeo. Por eso se concentró en esa actividad, en detrimento de su trabajo periodístico -con el cual sustentaba a su familia- y de su actividad intelectual -que si bien no fue abandonada, sí disminuyó considerablemente-, lo que le impidió

¹ Véase C. Marx, F. Engels, Obras..., cit., t. I, pp. 357-69.

acabar *El Capital*. El documento que Marx redacta como manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores es eminentemente táctico. Su preocupación básica en ese momento es establecer algunos principios fundamentales que pudieran unir a la clase obrera, entonces dividida por posiciones políticas y económicas distintas y aun opuestas. Algunos grupos se definían contra la lucha económica reivindicativa, como los proudhonianos; otros se dedicaban fundamentalmente a ella, como los continuadores del movimiento cartista inglés. Había, en fin, una gran dispersión, por falta de una base común para el movimiento obrero. La preocupación de Marx en este documento, el cual se convertirá en un clásico de la estrategia y táctica del movimiento socialista, es -reiteramos- la de encontrar elementos para unir estas fuerzas, haciendo a un lado todo lo que pudiera significar un factor de desunión de la clase en tanto tal.

¿Cuáles son sus inquietudes básicas? En primer lugar, conseguir una condena clara del capitalismo como sistema, cosa que no era evidente para el conjunto del movimiento obrero en ese periodo. En segundo lugar, lograr que la clase comprendiera la necesidad de la actuación política, cosa que tampoco estaba clara, insistiendo fundamentalmente en la necesidad de un partido de la clase obrera.

En tercer lugar, demostrar a la clase la importancia y los límites de la lucha económica que le permitiría organizarse en torno de objetivos inmediatos y avanzar orgánicamente.

El mensaje inaugural se inicia con una crítica al sistema capitalista. A pesar de que Inglaterra -sede de la reunión- era el país capitalista más avanzado del mundo, el que se había desarrollado hasta niveles inimaginables para muchos obreros europeos, la miseria crecía allí junto con el avance capitalista afectando amplios sectores de la clase obrera. Eso demostraba la imposibilidad de una solución capitalista para los problemas de la clase obrera.

Marx llamaba la atención sobre el reflujo del movimiento obrero después de 1848, el cual a pesar de las difíciles condiciones políticas de este periodo, logró no sólo mantener una posición solidaria sino, además, ganar la lucha por las diez horas de trabajo a la cual se refirió en un texto que se hizo clásico y fue objeto de mucha discusión. Decía lo siguiente: "la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada en plena luz del día por la economía política de la clase obrera":² ¿Qué significaba esto? En la medida en que conseguía victorias económicas e imponía límites al funcionamiento capitalista debido a su

² Ibid., p. 363.

capacidad de organización, la clase obrera introducía, en el interior del sistema capitalista, una dinámica económica distinta, obligándolo a adaptarse a sus intereses. Esta dinámica tendía a transformarse en un factor de desorganización del sistema capitalista, profundizando sus contradicciones internas. Es decir, Marx planteaba la posibilidad de una ofensiva obrera en el seno del capitalismo a través de las victorias concretas obtenidas por la clase. La clase obrera podía imponer al sistema medidas económicas concretas, que llevarían a la economía política de la burguesía a una posición defensiva, forzándola a adaptarse y ajustarse a las conquistas concretas proletarias.

Estas frases de Marx van a ser interpretadas posteriormente en el sentido de que las bases de la futura economía socialista se desarrollarían en el interior de la economía capitalista. Ésta es una exageración de la tesis expuesta. Lo que Marx llama en su mensaje la "economía política de la clase obrera", se refiere solamente a las medidas que imponen una restricción a las leyes económicas del modo de producción capitalista puro, y no bastan para constituir relaciones de producción socialistas en el interior de la economía capitalista. Lo que hacen es introducir elementos contradictorios al funcionamiento normal de la economía capitalista, obstaculizando el desarrollo de un capitalismo puro, liberal. Posteriormente, en *El Capital*, Marx realizará una amplia demostración del efecto que la ley de diez horas de trabajo tuvo respecto de la adopción de cambios tecnológicos, para acentuar el mecanismo de la plusvalía relativa sobre la absoluta. De esta forma, el modo de producción capitalista pudo adaptarse a las conquistas obreras con una modificación histórica de largo alcance, misma que profundizaría sus contradicciones internas, la concentración económica, la centralización del capital, el monopolio y la necesidad de la intervención estatal. Éstos llevarían al capitalismo a la etapa imperialista, en la cual se inicia su descomposición histórica.

Continuando su análisis sobre la importancia de las luchas económicas de la clase obrera, Marx subrayaba la importancia de las cooperativas que, de cierta manera, eran la base de actuación de los obreros cartistas ingleses y de los proudhonianos en Francia. Sin dejar de reconocer sus aspectos positivos, destacaba, sin embargo, las limitaciones de ese tipo de lucha. Según él, las cooperativas eran una prueba práctica de que el capitalista se convertía en un ser inútil en la sociedad nueva y de que era posible que los obreros dirigiesen la producción en su ausencia. Sin embargo,

el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. [. . .] Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y por consecuencia debe ser fomentada por medios nacionales. La conquista del poder político ha venido a ser por lo tanto, el gran deber de la clase obrera.³

³ Ibid., p. 364

En este planteamiento general, se encuentra la esencia de la amplia lucha ideológica del periodo de formación de la I Internacional: hacer comprender a la clase obrera que el aspecto fundamental de su lucha era el político y que sólo a través de la lucha por el poder podría cambiar de manera sustancial sus condiciones de vida, así como el sistema económico que las generaba.

A falta de una claridad ideológica que lo orientara, el avance del movimiento obrero en los últimos tiempos se mostraba limitado. En una frase célebre, Marx dice: "la clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber".⁴

Al mismo tiempo, Marx llamaba la atención del movimiento acerca de su carácter internacional y de la necesidad de que los obreros de cada país intervinieran en la política internacional. Se insistía en ejemplos de la movilización de los obreros ingleses: tanto en el momento del apoyo a la insurrección polaca, como cuando se trataba de impedir la ayuda del gobierno inglés a los esclavistas del sur de Estados Unidos, durante la guerra civil que decidió el destino de la democracia y del liberalismo en este país. En seguida, el Manifiesto Inaugural mostraba la importancia que para los obreros ingleses revestía la necesidad de impedir la contratación de obreros del continente, cuyo objeto era rebajar las condiciones de negociación salarial en Inglaterra. Marx concluía que se hacía necesario que la clase obrera perfeccionase su política internacional a través del estudio, de la vigilancia del combate y de la protesta.

En resumen, el "Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores" pretendía crear un movimiento unificado de la clase obrera, organizarla en un solo partido, y demostrarle que el capitalismo era su enemigo fundamental: el enemigo al que había que vencer en base a una concepción socialista, conductora de la clase en una lucha esencialmente política, de carácter internacional y nacional, para conquistar mejorías concretas e inmediatas. Estas conquistas desafiarían el funcionamiento del capitalismo puro y prepararían a la clase para enfrentarse a nuevas luchas.

Esta concepción política entraba profundamente en conflicto con las sectas que entonces luchaban dentro del movimiento obrero. Se trataba de superarlas y desarrollar una política de masas, lo que se expresa en el preámbulo de los estatutos redactados por Marx para la I Internacional: "la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera".⁵

⁴Ibid

⁵ Ibid. p. 366.

V. Las resoluciones de la Internacional y la maduración táctica

Para nuestro tema, lo más importante de la Internacional fue el esclarecimiento de ciertos principios tácticos que fue produciéndose en el transcurso de sus distintos congresos. En ellos se dibujaron las bases tácticas y estratégicas de un movimiento obrero de masas fundamentalmente político.

Para lograr este objetivo, Marx tuvo que aliarse al sector más próximo a sus posiciones en este periodo, los continuadores del movimiento cartista inglés. Ya vimos sus límites ideológicos en el segundo capítulo. No defendían una política socialista, no planteaban el socialismo como objetivo: buscaban solamente abrir a la clase obrera un camino de participación política dentro de la democracia burguesa. A pesar de estas posiciones estratégicas, eran, desde el punto de vista que le interesaba a Marx en este periodo, los más cercanos a sus planteamientos: primero, por impulsar a la clase obrera a trabar una lucha política; segundo, por evitar la lucha de sectas en el interior de la clase y concebir el movimiento obrero como un movimiento de la clase en su conjunto; tercero, por comprender la importancia de la lucha económica, de la organización sindical.

En último análisis, los obreros ingleses, a pesar de sus debilidades ideológicas, representaban una forma más avanzada de organización de la clase en relación a los enemigos que Marx tenía en la Internacional. Éstos fueron, en primer momento, los proudhonianos, con su concepción estrecha que buscaba convertir a los proletarios en pequeños propietarios. La concepción proudhoniana era, ante todo, eco de los artesanos que buscaban la división de la propiedad y la organización cooperativa del trabajo, representando así una etapa muy atrasada del movimiento obrero. Posteriormente, fueron enemigos de Marx los anarquistas bakuninistas, cuya lucha contra toda forma de poder y autoridad, así como contra la religión, coronaban con un insurreccionalismo aventurero llevando al movimiento obrero a la dispersión, el cansancio y la confusión. Marx combatirá también, pero sólo en parte, el insurreccionalismo del movimiento blanquista que, aun cuando no participaba en la Internacional, continuaba actuando en Francia y Europa y tendría un papel muy significativo en la Comuna de París, en 1871.

A largo plazo, la alianza táctica con los cartistas se muestra inviable, debido al legalismo de éstos, que los lleva a oponerse a la Comuna de París.

La lucha de Marx era muy difícil y muy compleja. Los documentos y las resoluciones que se tomaron en el periodo deben ser vistos en el contexto de la gran batalla por crear un movimiento obrero de masas, por darle un contenido político y por organizar a la clase para su lucha económica, apartándola de todas las luchas

sectarias, de todos los tipos de manifestaciones verbalistas y de las concepciones pequeñoburguesas y de aficionados que todavía dominaban el movimiento obrero. Su principal aliado en esa difícil tarea -aliado transitorio, por lo demás, pues Marx nunca logró influir profundamente en él-, era el movimiento obrero inglés. Aún actualmente, el inglés es uno de los movimientos obreros más indiferentes al marxismo, a pesar de todo el tiempo que vivió Marx allí y de todas las relaciones amistosas que tuvo con los líderes obreros ingleses.

Vamos a ver que las diferencias se hacen muy evidentes, sobre todo con ocasión de la Comuna de París, que llevó a la división definitiva entre Marx y quienes aún permanecían en el movimiento cartista inglés.

Desde el principio se manifestaron las divergencias entre Marx y los proudhonianos, sobre lo que debía constar en el orden del día del primer congreso. Los proudhonianos querían discutir las cuestiones de la participación de los intelectuales y de la religión, lo que parecía a Marx desviarse de los problemas principales.

Hacia la época de la conferencia de 1865, en que se discutió el orden del día del primer congreso, la Internacional tenía un pequeño número de afiliados en Inglaterra; cerca de 460 miembros en Francia; cerca de 550 en Suiza y cerca de 60 en Bélgica. Las divergencias de Marx con el líder del movimiento obrero alemán, La salle, condujeron a la marginación de este importante sector de la I Internacional. Ésta fue, pues, en sus comienzos, una pequeña organización muy poco significativa.

Cuando se realizó el primer congreso en Ginebra, en 1866 (en el cual Marx no pudo participar), se vivía un periodo de un cierto distanciamiento de la lucha de clases, sin ningún movimiento significativo. El congreso giró así en torno de las cuestiones que los proudhonianos planteaban: la participación de los intelectuales en la Internacional, la religión, la participación política y la reglamentación del trabajo.

En todos estos problemas, se logró una victoria del punto de vista defendido por Marx, que fue representado básicamente por los obreros ingleses.

En lo relativo a los intelectuales, Marx y los obreros ingleses defendían su participación en el movimiento en igualdad de condiciones con los obreros y condenaban la separación como una posición artificial que llevaba a la clase a sectarizarse y a no comprender el papel que la actividad intelectual, el pensamiento, el estudio, etcétera, jugaban en su desarrollo. La posición resulta victoriosa.

En lo que respecta a la religión, los proudhonianos, y los anarquistas en general, se oponían a la participación de obreros religiosos en el movimiento, exigiendo de la Internacional un pronunciamiento en favor del ateísmo. Marx llama la atención sobre el gran número de obreros religiosos y sobre el carácter erróneo de una

posición tal, que desviaba a la clase de su organización integral para lanzarla en una lucha de sectas respecto de problemas metafísicas. Desde un punto de vista materialista, tener o no tener religión es un problema absolutamente falso, que sólo puede ser resuelto con el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza y la sociedad. Una vez más vence su posición.

Se logra también un pronunciamiento a favor de la participación política de la clase, en contra de la posición proudhoniana que la entendía como una conciliación con el Estado y el orden existentes. Para Marx, la lucha de clases no es sólo económica, sino que genera los elementos de una sociedad alternativa en el seno de la existente. Su objetivo es sobre todo la toma del poder, así la participación política de la clase es el coronamiento de su organización y de su concientización como clase para sí.

Enseguida, se abre la polémica respecto al problema de la reglamentación del trabajo. Los proudhonianos, al no aceptar ninguna forma de negociación con el Estado burgués, se negaban a luchar por cualquier reglamentación del trabajo, de las condiciones de vida del obrero, de los salarios. Todo ello aparecía como una conciliación con el Estado existente, al que se le permitía definir las reglas de vida y de comportamiento de los trabajadores. En último análisis, aceptar que el Estado interviniera en la lucha de clases, a favor de la clase obrera o de quien fuera, era considerado como conciliación. Al final se impone la posición de que la obrera está interesada en obtener conquistas inmediatas, en mejorar sus condiciones de vida. Significa esto que son condiciones necesarias para su desarrollo intelectual y político: que se reglamente el trabajo; que se restrinja la actuación de los patrones; y que se aumente la capacidad y el derecho del Estado a intervenir en favor de la clase obrera.

Como consecuencia del problema de la reglamentación del trabajo, se plantea en seguida la cuestión de la organización sindical. Es evidente que los proudhonianos, al no aceptar la reglamentación y al llamar conciliación con el Estado a cualquier lucha que se diera en el cuadro de la sociedad existente, estaba también en contra de la organización sindical, esta tenía por objetivo preparar a los trabajadores para defenderse dentro del régimen capitalista, aceptando así la condición de asalariados.

El congreso sacó una resolución en defensa de los sindicatos como órgano de reivindicación, organización y educación de la clase, órganos que crean las bases para avanzar hacia la abolición del propio sistema de salarios y permitir a la clase obrera desarrollar su capacidad ofensiva y política. Con la resolución se trataba de hacer más eficiente la acción de los sindicatos como centros organizadores con miras a la emancipación total; de hacerlos defender los intereses de todas las capas de obreros, tanto los calificados, como los más pobres; urbanos y agrícolas. Como va a ser común en la historia del movimiento obrero, son las capas más

altas de la clase las que logran organizarse sindicalmente con más facilidad. La resolución llamaba la atención sobre la necesidad de evitar que los sindicatos asumiesen un carácter corporativo en defensa de estas capas privilegiadas, exigiendo que defendieran y organizaran al conjunto de la clase.

Como vemos, todas estas posiciones fueron victoriosas en el primer congreso. Se convirtieron así en un importante arsenal de principios tácticos del movimiento obrero, echando las bases para una concepción estratégica que sirviera al conjunto de la clase, organizándola nacional e internacionalmente para la toma del poder político y para abrir paso a un nuevo régimen social en el plano internacional.

El segundo congreso se realiza en 1867, en un periodo de grave crisis económica, iniciada en 1866. En este contexto, la Internacional empieza a tener una actuación concreta e inmediata, impidiendo la movilización de trabajadores de un país a otro para sustituir a los obreros en huelga. La Internacional logra impedir esa política patronal, imponiendo a la burguesía un serio límite a su capacidad de explotación: empieza a constituirse en una organización que crea actos políticos inmediatos y supera la etapa de la propaganda en general. Todo lo cual, evidentemente, provoca una reacción mucho más fuerte de la burguesía.

En el segundo congreso se discute el tema de las nacionalizaciones. Los proudhonianos sectarios estaban en contra de cualquier intervención del Estado y, por lo tanto, en contra de que se nacionalizase la tierra y las minas; se oponían también a cualquier forma de centralización del poder económico en manos del Estado. Con el surgimiento de la facción políticamente menos sectaria de los proudhonianos, se logró el voto favorable a las nacionalizaciones estatales.

Se plantea la cuestión de la participación política y se vota otra resolución en su favor: "la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política".¹

La lucha en contra de los proudhonianos estaba más o menos ganada en los dos primeros congresos: a partir del congreso siguiente se inicia la confrontación con el grupo dirigido por Bakunin, que representa un nuevo avance del anarquismo. Bakunin, revolucionario ruso, escapa del exilio en Siberia y se une a los obreros suizos para desarrollar una amplia propaganda política. Lo hace también en Italia y España, países de menor desarrollo económico, donde la clase obrera tiene todavía una característica artesanal que la inclina hacia las sectas de estilo pequeño burgués.

¹ Citado en Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 153

Bakunin no solamente defiende la vieja política cooperativa, que plantea la asociación libre de la clase en torno de la actividad productiva, sino que también reconoce la importancia de la organización sindical de la clase. Ésta se había impuesto por la vía de los hechos, a través de las victorias de los obreros ingleses y de la Internacional, que empezaba a cosechar resultados favorables debido a los amplios criterios adoptados para la organización de la clase. Bakunin organiza en Suiza la Liga de la Paz, que pide su ingreso a la Internacional. A partir de este momento, comienza una lucha bastante dura entre Marx y Bakunin. Éste centra el fuego en el líder Intelectual y político de la Internacional, quien exige la disolución de la Liga y la entrada individual de sus militantes a la Asociación. Esas divergencias se van a plantear en el tercer congreso de la Asociación, que se realiza en Bruselas en 1868, año en que arrecian los ataques de la burguesía en contra de la Internacional. En primer lugar, se reabre el problema de las nacionalizaciones; pero como no hay una mayoría suficiente para votarlo favorablemente, se llega al acuerdo de no votar esta resolución.

Enseguida, venía la cuestión de las huelgas, que hoy día es un método de lucha reconocido universalmente, pero que en aquella época todavía no lo era. Se discutía si se debía o no hacer huelgas; cuál era su significado real y su papel estratégico; éstos últimos siguen siendo problemas actuales. Es evidente que los proudhonianos no apoyaban las huelgas, ya que éstas suponen alguna forma de negociación con los patrones y el Estado, pues son una forma de presión para obtener un resultado concreto. Aceptarlas como recurso legítimo sería reconocer la negociación con la clase patronal y el Estado, y, por lo tanto, las denunciaban como un instrumento de adaptación al sistema capitalista.

La resolución que vota la Internacional es la siguiente: "la huelga no es un medio de libertar completamente al trabajador, pero es a menudo una necesidad en la actual situación de lucha entre el capital y el trabajo". Se declara, además, que "es preciso someter la huelga a ciertas reglas, a condiciones de organización, de oportunidad, de legitimidad"² pues los sectores anarquistas sindicalistas rehusaban discutir la oportunidad de las huelgas, y rechazaban una legislación sobre las mismas, les parecía una política de conciliación de clases. Marx y los cartistas defendían la necesidad de que las huelgas fueran organizadas y no simplemente espontáneas y, por lo tanto, de que existiese alguna forma de organización y autoridad en el interior de la clase; se acepta así la necesidad de crear sociedades de resistencia y de aceptar consejos de arbitrajes en que los obreros tuviesen representación.

² Ibid., p. 160.

Además de la posición contraria a la huelga como instrumento de la lucha de clases, defendida por los proudhonianos, estaba la posición de Bakunin, quien consideraba la huelga como el instrumento revolucionario por excelencia. Propugnaba Bakunin la liquidación del Estado a través de la huelga general universal. Si la clase obrera lograba impedir el funcionamiento de la economía durante un periodo largo, a través de una huelga general, se crearía una situación de anarquía tal, que se abrirían las condiciones para la creación de una sociedad nueva, para la destrucción del Estado y la eliminación de la opresión de la clase obrera. La huelga general, universal, era la consigna máxima a que aspiraba el movimiento sindical de filiación bakuninista. Consigna que sería posteriormente la fundamental para ciertos sectores del movimiento obrero bajo su influencia. El más significativo será, a principios del siglo, el sector de George Sorel, quien fue primero socialdemócrata y después anarcosindicalista (evolución del bakuninismo que tuvo bastante peso en Italia y en España). Para Sorel, la huelga general era el gran mito revolucionario de la clase; un mito necesario para movilizarla a liquidar el orden existente.

La posición de Marx era contraria a la concepción de la huelga general universal. En esa época, Bakunin rompe con la Liga de la Paz y funda la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. El programa de la Alianza se pronuncia, como ateo, por la abolición de los cultos, por la sustitución de la fe por la ciencia, y de la justicia divina por la justicia humana; por la igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos; por la abolición del derecho de heredar; por el disfrute de la producción de cada uno; por la propiedad colectiva de la sociedad entera enemiga del despotismo; por la unión universal de las asociaciones libres. Es decir, se conjuntan un radicalismo democrático, el igualitarismo y ciertas ideas sobre la colaboración y asociación universal de los trabajadores como forma de convivencia.

Marx definió el programa de la Asociación Internacional por la Democracia Socialista como "una olla podrida de manoseados lugares comunes, de una charlatanería vacua, rosario de oquedades que pretendían infundir espanto, de una improvisación insípida a la que tan sólo preocupaba producir una cierta sensación".³

El 28 de septiembre de 1868, la Alianza pidió inscripción en la Internacional. Ésta le negó el ingreso y le exigió disolverse para ingresar a través de las comisiones locales de la Internacional, pues no podía aceptar que otra asociación internacional se integrase en su interior como una fracción. La decisión fue aceptada y los bakuninistas se integran en España, Italia, Francia y Suiza, pero se mantienen organizados clandestinamente.

³ Ibid.. p. 170

En 1869, se realiza el cuarto congreso en Basilea, que fue una demostración del avance de la Internacional en este periodo. Había ochenta delegados de nueve países; entre ellos, Estados Unidos y Francia. En 1866 había sólo 500 miembros de la Internacional; en 1868, 2 000; en 1869, 70 000. Las diferentes asociaciones de la Internacional contaban con cerca de 245 000 afiliados, ligados a la asociación a través de sus organizaciones locales.

En este congreso se abrió una discusión muy importante para comprender la concepción marxista de la táctica, la estratégica y la organización revolucionaria del proletariado. Se refería a la función del Consejo General que dirigía la Internacional y del cual formaba parte Marx. Bakunin inicia una lucha violenta en contra del Consejo General y de toda forma de autoridad sobre el movimiento; acusa a Marx de autoritario y mueve una campaña en contra de la existencia y atribuciones del Consejo General, campaña que se prolongará por varios años y será muy negativa para la Internacional. En el transcurso de esa lucha Marx reafirmó su concepción del centralismo democrático, destacando el papel de la dirección centralizada y de los jefes, sólo sometidos al congreso de la Internacional. Combatió violentamente la descentralización y el fraccionalismo anarquista y afirmó el papel de la disciplina y de la unidad en la organización partidaria de la clase trabajadora. El centro secreto dirigido por Bakunin realiza dos congresos en Suiza, donde hay una lucha bastante intensa y donde la Internacional se divide en dos. El Consejo General apoya a los internacionalistas en contra de Bakunin. Por su lado, éste logró hacer otro congreso de su Internacional en España. En el año de 1871, cuando se abre el proceso de lucha revolucionaria que lleva a la Comuna de París, la Internacional está dividida y debilitada por la lucha interna, factor que va a pesar bastante en su actuación durante la Comuna de París.

La Comuna será acaudillada por los blanquistas y proudhonianos, que cometerán errores de conducción muy graves; será un laboratorio donde estas concepciones estratégicas van a demostrar sus límites definitivos. En los años hasta entonces transcurridos de organización de la Internacional, un amplio sector de los trabajadores europeos había abierto un nuevo camino organizativo y había conformado una concepción distinta de su lucha y de los objetivos que la orientaban. Con ocasión de la guerra franco-prusiana, que dio origen a la Comuna de París, estos principios no habían sido aún asimilados por la mayoría de la clase; por esta razón, la Internacional tuvo un papel secundario en los acontecimientos. Pero los análisis realizados por Marx entonces pudieron ser comprendidos y asimilados posteriormente por un número mucho mayor de trabajadores, debido a la mayor clarificación estratégica y táctica que se había producido en estos cinco años de lucha ideológica y organización política. La I Internacional consolidó algunos principios básicos de la estrategia y táctica socialistas: la revolución es obra de la clase proletaria; sólo puede alcanzarse a través de su organización política y de la lucha por el poder político. Esta lucha empieza dentro del capitalismo a través de su organización económica en sindicatos y política en partidos de clase que arrancan reivindicaciones parciales al Estado y empujan las

transformaciones democráticas y económicas, transformaciones que van aumentando el carácter colectivo de la producción capitalista, la acción reguladora del Estado sobre la economía y sobre las relaciones sociales. Estos objetivos parciales van permitiendo a la clase mejorar sus condiciones de vida, organizarse, formar conciencia, acumular fuerzas, en fin, para el momento definitivo del asalto al poder. La I Internacional fue, en consecuencia, la primera escuela de organización y de política de la clase obrera europea.

VI. La Comuna de Paris

Vimos que la Asociación Internacional de Trabajadores, que ya había logrado realizar cuatro congresos antes de 1870, era una unión de distintos movimientos obreros que empezaban a buscar y discutir una estrategia y una táctica comunes a nivel europeo y norteamericano. Esta preocupación por llegar a una estrategia y táctica unificadas era, en sí misma, un gran avance en relación a lo que había sido el movimiento obrero: significaba reconocer a la clase obrera como una clase internacional que como tal debía actuar. Si bien un sector importante del movimiento obrero se había consolidado en el periodo a través de la Asociación Internacional de Trabajadores, todavía se trataba de un movimiento ideológicamente muy confuso.

Indudablemente, entre 1864 -cuando se reúne la asamblea constituyente de la Asociación- y 1870 hubo un avance significativo. Primero, a través de acciones importantes de la clase, como impedir el reclutamiento de los obreros de un país por los capitalistas de otro. Segundo, por los avances de concepción táctica y estratégica, a través de las discusiones y debates que se hicieron y de las resoluciones que se adoptaron definiéndose una línea de masas para un movimiento obrero que empezaba a superar los pequeños grupos y sectas. En cierta forma, la consigna que Marx había levantado en 1864 empezaba a realizarse: la emancipación de los trabajadores empezaba a transformarse en una tarea de ellos mismos. Ellos empezaban a asumir la responsabilidad histórica de actuar como clase para lograr su emancipación, con una concepción táctica y estratégica unificada.

Sin embargo, Marx sólo logra imponer sus posiciones en la Internacional en alianza con los sindicalistas ingleses de origen cartista; por lo tanto, tiene que hacer hincapié en los aspectos en que hay concordancia con ellos -como la lucha económica, la organización política, las conquistas inmediatas y la organización de la clase en su conjunto-, dejando un poco de lado los problemas más generales como la lucha por el socialismo, las discusiones sobre el contenido de las transformaciones revolucionarias y las consignas de carácter más revolucionario. La alianza de Marx con los cartistas ha servido de base a la tesis de que, en 1860, pasó a defender posiciones opuestas a las de 1848-50. Las posiciones de 1860 serían más moderadas y reformistas, constituyéndose en la base de las desviaciones de la socialdemocracia que se van a manifestar posteriormente. Es decir, se afirma que Marx había "madurado" políticamente, y había moderado su concepción revolucionaria. Sin duda, el Marx de 1860 tiene una concepción política mucho más avanzada que la que tuvo en los años cincuenta en lo que respecta a la necesidad de desarrollar y organizar a la clase. Es un Marx que realiza y

experimenta maniobras tácticas mucho más en detalle que en 1850. Pero no hay en la alianza con los cartistas una adhesión a su concepción reformista, sino la intención de buscar aliados en contra de enemigos que era preciso derrotar en ese momento: las concepciones proudhonianas y bakuninistas. También se enfrentó a Lasalle en este periodo, a pesar de la mayor afinidad política que pudiera tener con él. Afinidad manifiesta en el hecho de que el Partido Socialdemócrata Alemán surge de la alianza entre los lasalleanos y los "marxistas". Marx tenía, sin embargo, profundas divergencias con los sindicalistas ingleses en la teoría, en la estrategia y en la táctica. La demostración práctica de ellas (que va llevar incluso a la liquidación de la I Internacional) será su posición frente a la Comuna de París.

Como nosotros vimos, Marx centraba sus esperanzas en ese momento en el fortalecimiento organizativo de la clase, postergando un enfrentamiento político más radical. Él no quería, no buscaba y no alentaba a la clase a un enfrentamiento radical, porque veía como principal tarea del periodo la acumulación de fuerzas y a ella apuntaba sus esfuerzos, para crear un fuerte movimiento internacional de la clase obrera. Cuando se configura la situación que llevaría a la Comuna de París; Marx llama la atención de la clase obrera francesa sobre el error que constituiría una insurrección en ese momento. Pero después de que los obreros franceses se comprometen en una política insurreccional y ésta se realiza, Marx, en nombre de la Internacional, da todo su apoyo a los obreros insurrectos tratando de sacar todas las consecuencias políticas del movimiento. Jamás utilizará a su favor las predicciones negativas que había hecho sobre los resultados de una insurrección en ese periodo. Marx y Engels jamás adoptaron aquellos procedimientos muy característicos de ciertos intelectuales y grupos políticos que quieren demostrar que ellos siempre tienen la razón: su actitud constante fue participar en el movimiento concreto y hacerlo avanzar sin preocuparse por demostrar que ellos estaban en lo cierto y los otros estaban errados, simples vanidades intelectualistas sin ningún valor para la lucha de clases, La Comuna de París va a ser hija de la guerra franco-prusiana de 1870-71.

Esta guerra era bastante previsible sobre todo para Marx, que dedicaba gran parte de su tiempo al estudio de la coyuntura europea. De esta forma se podía prever que Luis Bonaparte buscaría, a través de la guerra con Prusia, encontrar alguna forma de unificación interna que le permitiera salvar su imperio. Bonaparte se encontraba en plena decadencia, incapaz de mantener el conjunto de intereses de clase que le habían dado apoyo y de realizar la tarea de conciliación que le permitió llegar al poder al ponerse, como un juez, por encima de las clases en conflicto en Francia. El conflicto latente entre la república y las sobrevivencias monárquicas había sido dejado en suspenso como resultado del fracaso de la revolución de 1848.

Luis Bonaparte había surgido entonces como conciliador por sobre la lucha de clases, apoyándose en sectores del campesinado y del lumpenproletariado de París, presentándose como una figura carismática que podía poner en suspenso la lucha de clases. Pero, veinte años después, esta fórmula ya había llegado a su fin: se

desataba el conflicto entre todas las fuerzas que habían estado contenidas por largos años y que incluso habían entrado en una nueva fase de su desarrollo, como consecuencia de los cambios económicos producidos. Bonaparte intenta una jugada para mantenerse como expresión de unidad nacional: el llamado a la destrucción de la amenaza prusiana. Por su lado, Prusia procuraba crear desde hacía tiempo una situación conflictiva con Francia. Buscaba un conflicto militar que le permitiera recuperar las tierras de Alsacia y Lorena donde estaba el hierro al que Alemania, en proceso de centralización económica y de afirmación nacional burguesa, aspiraba, para así poder dar continuidad a su desarrollo económico con el crecimiento de la industria pesada.

Así es que, el 19 de julio de 1870, Luis Bonaparte declara la guerra a Prusia. En el contexto de esta situación conflictiva, tres días después, el 22 de julio de 1870, la Asociación Internacional de Trabajadores dirige un manifiesto a los trabajadores europeos, escrito por Marx. En él se dice que la declaración de guerra significaba el fin del imperio de Luis Bonaparte. Doblaban las campanas del imperio y se iniciaba una nueva etapa en Europa.

Alemania, que llamaba a la guerra en contra del imperio de Bonaparte, buscaba ganarse la opinión progresista, con objetivos puramente demagógicos, pues de ninguna manera pondría fin a la guerra con la caída del imperio. Sus objetivos eran sobre todo anexionistas y la lucha que se iniciaba demostraba ser una lucha de grandes dimensiones que, a través del debilitamiento de los países europeos, abría camino para que Rusia interviniera en Europa, aprovechándose de esta lucha y aumentando la extensión del enfrentamiento en curso. Hay que tener en cuenta que Marx consideraba a Rusia como el país más conservador de Europa, cuya victoria había que impedir a toda costa.

En el contexto de esa situación, en la que la burguesía europea, junto con los representantes de la vieja aristocracia y de la nobleza, amenazaban con llevar a Europa a una situación de destrucción sin fin, los obreros de París y de Alemania daban una demostración completamente distinta. Los obreros de París habían sacado un manifiesto en el que apoyaban a los obreros alemanes y planteaban su posición clara en contra del imperio de Luis Bonaparte, convocando a la unión de la clase obrera contra este enemigo común y llamando a una política fraternal entre obreros franceses y alemanes, que no estaban dispuestos a matarse entre sí en favor de los intereses minoritarios de la burguesía. Al mismo tiempo, los obreros alemanes respondían a este manifiesto apoyando a los obreros franceses en su lucha contra el imperio de Luis Bonaparte y rehusando apoyar cualquier política de anexión por parte de Alemania, en contra del pueblo francés. En su manifiesto, Marx elogia esa actitud de las clases obreras francesa y alemana, y dice:

La clase obrera inglesa tiende su mano fraternal a los obreros de Francia y de Alemania. Está firmemente convencida de que, cualquiera que sea el giro que tome la horrenda guerra inminente, la alianza de los obreros de todos los países acabará por liquidar las guerras. El simple hecho de que, mientras la Francia y la Alemania oficiales se lanzan

a una lucha fratricida, entre los obreros de estos países se cruzan mensajes de paz y de amistad; ya tan sólo este hecho grandioso, sin precedentes en la historia, abre la perspectiva de un porvenir más luminoso. Demuestra que, frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: el trabajo. La precursora de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores.¹

Los acontecimientos evolucionan en la dirección que Marx previó: del 6 de agosto al 2 de septiembre de 1870, hay varias manifestaciones callejeras e intentos de instalar la república en Francia. El 2 de septiembre Luis Bonaparte capitula y el 4 del mismo mes se declara la república y se crea un gobierno de defensa nacional. Este gobierno empieza de inmediato a practicar una política traicionera, buscando negociar la entrega de los intereses de la nueva república francesa a la Alemania autocrática. El 9 de septiembre, Marx escribe un [segundo manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores](#) en el que analiza la nueva situación. En ese manifiesto dice: "se terminó la guerra defensiva en contra del imperio: Alemania inicia ahora la guerra en contra del pueblo francés".²

En esta nueva situación se abre la negociación entre las burguesías francesa y alemana, y un periodo de ocupación aceptada del territorio francés.

Los obreros alemanes, planteaba Marx, que apoyaron la lucha defensiva y el derrumbe del imperio, ahora exigen una paz honrosa para Francia y el reconocimiento de la república francesa. Sin embargo, el gobierno de la república se muestra débil y la clase obrera teme que ceda frente a la oposición que intenta restaurar el viejo orden aristocrático. La situación se presenta, por lo tanto, difícil y compleja.

Marx dice textualmente:

Como vemos, la clase obrera de Francia tiene que hacer frente a condiciones difícilísimas. Cualquier intento de derribar el nuevo Gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. [. ..] Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana

¹ C. Marx, "La guerra civil en Francia" en C. Marx, F Engels, Obras..., cit., t. I, p. 470.

² Ibid., p. 471

para trabajar más a fondo en la organización de su propia clase. Esto le infundirá nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común, la emancipación del trabajo. De su fuerza y de su prudencia depende la suerte de la república.³

Este texto es de gran importancia y claridad histórica: Marx llamaba la atención de la clase obrera francesa acerca del peligro representado por una política insurreccional en contra de la república que, en vez de buscar fortalecerla para impedir sus conciliaciones, tendiera a derrumbarla y poner al proletariado como único defensor de la Francia revolucionaria.

Si se producía esa situación, el proletariado se aislaría políticamente y se pondría en una situación difícil que lo llevaría a una derrota inevitable.

Marx trabajaba en Inglaterra por una salida correcta de la situación. Los obreros ingleses presionan a su gobierno para que reconozca a la República Francesa y se pronuncie en contra de la anexión de su territorio por Prusia. "Si los obreros dividen su deber, si permanecen pasivos, la horrible guerra actual no será más que la precursora de nuevas luchas internacionales todavía más espantosas y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros por los señores de la espada, de la tierra, del capital."⁴ La clase obrera debía ponerse en el centro de la lucha por la defensa de la Francia democrática. Y una vez más vemos la clara posición de Marx. El marxismo defenderá siempre la tesis de que la clase obrera, en las circunstancias de una revolución democrático-burguesa, no puede de ninguna manera adoptar una posición de expectativa, de defensa de sus intereses particulares, sino que debe ponerse a la vanguardia de todo el pueblo para defender la revolución democrática, profundizarla, llevarla hasta sus últimas consecuencias.

En este manifiesto Marx insistía en la importancia de la Guardia Nacional de París como brazo armado del proletariado francés: la Guardia se convertirá efectivamente en elemento central de la acción proletaria en el proceso de formación de la Comuna de París.

La invasión alemana continúa y, en enero de 1871, el proletariado defiende la ciudad de París. El 8 de febrero, se debate en Francia la opción entre una política de enfrentamiento con Alemania o una política de capitulación. Las elecciones a la Asamblea Nacional, el 8 de febrero de 1871, presentan un París cerrado en torno a la lucha

³ Ibid., p. 477

⁴ Ibid., p. 478..

contra la invasión alemana. De los 42 diputados elegidos en París, sólo 6 defienden la capitulación. El 17 de febrero, la Asamblea Nacional escoge a Thiers como jefe del Ejecutivo, entregándole amplios poderes. El 10 de marzo, la Asamblea escoge la ciudad de Versalles como sede, huyendo del control del proletariado de París. El 13 de marzo se forma la Federación de la Guardia Nacional de París con 270 batallones, que elige sus delegados y constituye el comité central, con cuatro delegados por distrito. Se forma así una organización militar altamente democrática y bajo el control directo de la clase obrera.

El 18 de marzo, Vinoy, el comandante en jefe de Versalles, intenta retirar los cañones de la Guardia Nacional y ocupar París. Los generales Clemente Thomas y Lecomte, que son encargados de esta acción, son ejecutados por sus propios soldados. El 19 de marzo hay una proclama de la Federación de la Guardia Nacional, en la cual el comité central decreta elecciones de la Comuna. Se establecen nuevas comunas en varias partes de Francia: en Marsella el 23 de marzo; en Lyon del 22 al 25 de marzo; en Saint Etienne, del 24 al 28; en Creusot, el 26 de marzo, y la Comuna de París, instalada el 27 de marzo. Se inicia por lo tanto, el primer gobierno obrero en la historia de la humanidad, gobierno que no sólo tomó actitudes de gran importancia desde el punto de vista económico sino también desde el punto de vista político, y representó una experiencia fundamental para el desarrollo de la clase obrera. Por su heroísmo y por su capacidad de lucha escribió una página revolucionaria de enorme alcance, y representó un ejemplo vivo en la historia que se grabó en la mente del proletariado europeo y se transformó en su inspiración constante en los años sucesivos.

La Comuna de París promulgó varios decretos que indicaban la constitución de una sociedad nueva: entre ellos, establecía un salario y renta máxima de 6 000 francos por año, igual al ingreso de un trabajador calificado; estableció la separación entre la Iglesia y el Estado, vieja reivindicación democrática. También decretó el 12 de abril la suspensión de las deudas, medida que favorecía a pequeños propietarios y asalariados. El 19 de abril se hace la Declaración al Pueblo Francés, que establece el programa de la Comuna. El 22 de abril se establece el Tribunal Revolucionario. El 28 de abril se establece la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías. El 10 de mayo se constituye el Comité de Salud Pública con 5 miembros, que indica la necesidad de garantizar el orden público nuevo en contra de la reacción de la derecha. El 28 de mayo el jefe del Estado republicano, Thiers, hace un ultimátum a los parisienses, El 10 de mayo frente a la irreductibilidad de la Comuna, Thiers firma la paz con, Alemania, y prepara el cerco y la destrucción de la Comuna. Los obreros, se veían ahora aislados políticamente frente a la unidad de la burguesía en el plano nacional e internacional.

Del 21 al 28 de mayo resiste la Comuna. Durante la resistencia hay una violenta represión por ambas partes, pero de contenido esencialmente distinto: mientras los proletarios actúan en función de la defensa de la Comuna, la burguesía actúa en función de un verdadero genocidio del proletariado revolucionario. Una política

de destrucción masiva, de represión sin piedad, se estableció en el fracaso del movimiento revolucionario. De fines de mayo de 1871 a junio del mismo año, fueron fusilados 17 000 comuneros por los oficiales versalleses, según cifras oficiales de Versalles. Del 26 de mayo de 1871 al 31 de diciembre de 1874, se establecieron veinticuatro consejos de guerra y se juzgó a 80 niños, 32 mujeres y 9 950 hombres; se dictaron 13 450 condenas, 270 a muerte, 410 a trabajos forzados, 4 106 a deportación a los fuertes, 3 507 a deportación simple, 1 320 a detención o reclusión, 322 fueron expulsados, 8 407 fueron enviados a la prisión.

En la fase final de la Comuna, [Marx redactó un tercer manifiesto en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores, sobre la guerra civil en Francia](#). Este manifiesto, escrito al calor de la lucha, sólo llegó a Francia después de la victoria de la derecha.

¿Qué planteaba Marx en este manifiesto que ha quedado como uno de los más poderosos análisis de una coyuntura revolucionaria y de la estrategia y táctica correcta a adoptarse en ella?

Marx denunciaba que la unión de la Francia republicana con la Alemania monárquica demostraba la supremacía del interés de la clase sobre el interés nacional. La República demostraba el carácter antiproletario de su política. Por otro lado, el comité central de la Guardia Nacional, al que, como vimos, Marx había llamado a la moderación en el periodo anterior, y que había sido muy radical en contra de la vacilación de los republicanos, frente a esta nueva coyuntura revolucionaria, frente a la insurrección abierta, no tuvo la misma decisión. En este manifiesto, Marx critica las vacilaciones del comité central de la Guardia Nacional. No marchó sobre Versalles y dejó intacto al partido del orden, realizando elecciones el 26 de marzo. La Internacional había llamado a marchar sobre Versalles sin lograr ser escuchada. Criticando esta vacilación, Marx dice que la experiencia demostraba (lo que más tarde va a ser entendido por Lenin con mucha claridad) que no bastaba con apoderarse de la máquina del Estado tal cual es y servirse de ella para sus propios fines. Es necesario destruir esta máquina.

Decía Marx:

el poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura -órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerarquía del trabajo-, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, [...] el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo [...] Pero estas cruzadas ininterrumpidas contra las masas productoras,

les obligaba, no sólo a revestir el poder ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo a despojar a su propio baluarte parlamentario -la Asamblea Nacional-, uno por uno, de todos sus medios de defensa contra el poder ejecutivo.⁵

Se hacía clara, por lo tanto, la necesidad de enfrentar este poder centralizado, suprimiendo el ejército y sustituyéndolo por el pueblo armado. El poder de la Comuna se había conformado como poder ejecutivo y legislativo y los funcionarios eran elegibles y revocables. Se había planteado la unificación de los salarios. Se había hecho la separación entre el clero y la enseñanza, estableciendo una enseñanza libre. En lo judicial, también los cargos eran elegibles y revocables. En las comunas rurales se había desarrollado un poder campesino. Se había establecido un tipo de organización nacional en base a comunidades federales que, al mismo tiempo, no destruían la unidad. El nuevo gobierno obrero se mostraba como un gobierno de bajo costo social, que destruía las formas de parasitismo estatal.

En fin, Marx resume así la experiencia práctica del poder obrero:

una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era esencialmente un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.⁶

Critica, sin embargo, la falta de visión del comité central de la Guardia Nacional sobre la necesidad de eliminar el poder republicano que se mantenía paralelamente. También sus vacilaciones económicas fueron profundamente criticadas, particularmente su actitud frente a la estatización de la banca nacional, que sería esencial para financiar la lucha del pueblo y las medidas del gobierno. A pesar de esas vacilaciones, las formas de gobierno generadas demostraban la creatividad de la clase. Demostraban también su capacidad para buscar apoyo en la clase media, a través de la eliminación de sus deudas, y en sectores del campesinado que tendieron a apoyar la Comuna, llegando a organizar comunas rurales. Por otro lado, el gobierno que se constituyó no era solamente nacional, sino que tenía aspiraciones internacionales de unidad con la clase

⁵ Ibid., pp. 496-98.

⁶ Ibid., p. 502.

obrero de toda Europa. Sus medidas sociales son extremadamente importantes: la represión fue siempre moderada y se estableció una profunda moralidad social. Todos éstos eran fenómenos altamente positivos, que Marx analizó con mucho cuidado, extrayendo de ahí las enseñanzas para una posible victoria revolucionaria de la clase obrera en otras circunstancias más favorables.

La misma actitud van a tener otros grandes revolucionarios marxistas, principalmente Lenin, quien estudió con mucho cuidado la experiencia de la Comuna considerándola esencial para comprender las nuevas formas de poder que debían nacer en la nueva sociedad revolucionaria.

Las lecciones más importantes sobre estrategia y táctica de la Comuna fueron:

En primer lugar, el error político de plantearse una tarea superior a sus fuerzas, al derrumbar la república en vez de utilizarla como base de acumulación de fuerzas del proletariado y sostenerla, aun con sus vacilaciones. El heroísmo de la Comuna no puede ocultar el error político de intentar un gobierno obrero aislado en una Europa burguesa y noble.

En segundo lugar, alzado el proceso revolucionario, aun sin perspectiva de victoria, no se puede dar marcha atrás y ponerse a discutir sobre su carácter correcto o no. Se trataba de actuar de manera consecuente, aplastando la asamblea burguesa y tomando, entre otras medidas, el control de la banca. Los blanquistas y proudhonianos que dirigieron la insurrección se mostraron vacilantes y no aprovecharon todas las ventajas de la situación, como ocurre siempre con las direcciones pequeñoburguesas.

La actitud de Marx frente a la Comuna de París es ejemplar desde el punto de vista revolucionario. Opuesto a la insurrección, se pone inmediatamente a su lado cuando la clase la intenta, busca en seguida deducir sus consecuencias y, derrotado el movimiento, se dedica durante años a ayudar a los revolucionarios exiliados en Inglaterra, aguantando las consecuencias políticas de esta posición. La principal de ellas fue la destrucción de la Internacional, debido a la retirada de los sindicalistas ingleses que no concordaron con el apoyo a la Comuna, cuyo terrorismo y violencia condenaban desde un punto de vista liberal pequeñoburgués y en función de las necesidades de alianza con las clases medias en su propio país.

VII. La crisis de la Internacional y la revolución española: La crítica al anarquismo

La posición de apoyo de Marx a la Comuna produjo una profunda crisis en la Internacional. El segundo Manifiesto sobre [la Guerra Civil en Francia](#) no solamente apoyaba a la Comuna, sino que incluso llamaba a radicalizar sus medidas y demostraba la necesidad de no vacilar en una circunstancia revolucionaria, por lo que condujo al rompimiento de Lucretia y Odger. Éstos se separan del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores, llevando así a la ruptura con la facción más importante en que se apoyaba Marx en sus luchas dentro de la Internacional.

Frente a esta crisis general que vivía la Internacional -causada por el abandono de los cartistas, por la situación de represión casi absoluta en Francia, donde estaba una de sus bases fundamentales, y por las luchas internas con la facción de los anarquistas de Bakunin-, Marx y Engels se preocupan por desplazar la Internacional a Estados Unidos, para terminar progresivamente con ella y abrir camino hacia una nueva Internacional.

En la [Conferencia Internacional privada de Londres](#), realizada en septiembre de 1871, Marx redacta importantes resoluciones que tienen que ver con el sentido y el carácter de la lucha llevada a cabo en la Internacional. Se trata de resoluciones dirigidas contra el grupo de la alianza bakuninista, cuya disolución fue ratificada por esta conferencia. Como persistían las actividades fraccionalistas de los bakuninistas, el Consejo General [redactó una circular, en marzo de 1872](#), donde definía con gran claridad el sentido de la Internacional para el movimiento obrero.

En ella se decía:

la primera fase en la lucha del proletariado contra la burguesía, estuvo marcada por el movimiento de las sectas. Este movimiento tenía su razón de ser en una época en que el proletariado no estaba aún bastante desenvuelto para reaccionar como clase. Los pensadores individuales hacían la crítica de los antagonismos sociales, dándoles soluciones utópicas que la masa de los obreros no hacía más que aceptar, propagar y poner en práctica. [...] Por su propia naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a toda acción real, a la política, a las huelgas, a las alianzas, en una palabra, a todo movimiento de conjunto [...] En fin, ésta fue la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia fueron la infancia de la ciencia. Para que la función de la

Internacional fuese posible, fue necesario que el proletariado traspasara esta fase. Frente a las organizaciones utópicas y de sectas, la Internacional es la organización real y militante de la clase proletaria de todos los países unidos los unos con los otros, en su lucha común contra los capitalistas, los propietarios de la tierra y su poder de clase organizado en el Estado[...] Lo mismo que en toda nueva fase histórica, los viejos errores reaparecen un instante para desaparecer después; del mismo modo la Internacional ha visto renacer en su seno , grupos de sectas aunque bajo una forma poco acentuada.¹

Así, [la Conferencia de Londres de 1871](#) y [la circular de marzo de 1872](#) habían dado a Marx oportunidad de definir, de manera muy clara y muy precisa, la concepción táctica que orientó su participación en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sin embargo, el movimiento escisionista dirigido por Bakunin continuó y, en el V Congreso, realizado en La Haya en 1872, la Internacional se traslada a Estados Unidos por treinta votos contra catorce y dos abstenciones, a proposición de Marx y Engels, que participaron activamente en el congreso. Era un nuevo triunfo sobre el bakuninismo; se consolidaba la exclusión de Bakunin.

La lucha contra los bakuninistas continúa durante más de un año. En un congreso que los reúne en 1872, los bakuninistas formulan la siguiente resolución:

Considerando que toda organización política no puede ser más que la organización de la dominación en provecho de una clase y en detrimento de las masas, y que el proletariado si quiere apoderarse del poder tiene que pasar él mismo a ser una nueva clase dominadora y explotadora; el congreso declara:

- 1o. que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado;
- 2o. que toda organización de un poder político pretendidamente provisional y revolucionario para llevar a esa destrucción no puede ser más que un engaño y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos que existen hoy día;
- 3o. que rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.²

¹ Citado en Amaro del Rosal, op. cit., p. 225.

² Ibid., p. 253.

El documento del comité central de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la actuación de la Alianza en España, que analizaremos enseguida, respondía a estas postulaciones anarquistas: "Cobarde en la acción -decía el documento-, audaz en la frase, he ahí la Alianza en España como por todas partes".³

El VI Congreso de la Internacional se realiza en Ginebra en 1873; paralelamente, se realiza un congreso escisionista en Ginebra el mismo año. Pero los errores de la actuación bakuninista en la insurrección española de 1873 llevaron a un agotamiento de sus cuadros y a una amplia desmoralización política.

Durante la fracasada insurrección española, los bakuninistas estimularon los gobiernos locales, impidiendo la formación de un poder central y debilitando así al conjunto del movimiento revolucionario. Su fracaso fue definitivo y lo analiza Engels en su trabajo "[Los bakuninistas en acción](#)", publicado en *Der Volksstaat* en 1873, cuyas conclusiones lo caracterizan como ejemplo de una actuación equivocada de tipo extremista en condiciones revolucionarias. Decía Engels en esas conclusiones finales:

1. En cuanto se enfrentaron con una situación revolucionaria seria, los bakuninistas se vieron obligados a echar por la borda todo el programa que hasta entonces habían mantenido. En primer lugar, sacrificaron su doctrina del abstencionismo político y, sobre todo, del abstencionismo electoral obligatorio. Luego, le llegó el turno a la anarquía, a la abolición del Estado; lo que hicieron fue intentar erigir una serie de pequeños Estados nuevos. A continuación, abandonaron su principio de que los obreros no debían participar en ninguna revolución que no persiguiese la inmediata y completa emancipación del proletariado, y participaron en un movimiento cuyo carácter puramente burgués era evidente. Finalmente, pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y además casi siempre como una minoría impotente, paralizada y políticamente explotada por los burgueses.
2. Al renegar de los principios que habían venido predicando siempre, lo hicieron de la manera más cobarde y más embustera y bajo la presión de una conciencia culpable, sin que los propios bakuninistas ni las masas acaudilladas por ellos se lanzasen al movimiento con ningún programa ni supiesen remotamente lo que querían. ¿Cuál fue la consecuencia natural de esto? Que los bakuninistas entorpeciesen todo movimiento, como en Barcelona, o se vieses arrastrados a levantamientos aislados, irreflexivos y estúpidos, como en Alcoy y Sanlúcar de Barrameda, o bien, que la dirección de la insurrección cayera en manos de los burgueses intransigentes, como ocurrió en la mayoría de los casos. Así pues, al pasar a los hechos, los gritos

³ Ibid., p. 275.

ultrarrevolucionarios de los bakuninistas se tradujeron en medidas apaciguadoras, en levantamientos condenados de antemano al fracaso en la adhesión a un partido burgués, que, además de explotar ignominiosamente a los obreros para sus fines políticos, los trataba a patadas.

3. Lo único que ha quedado en pie de los llamados principios de la anarquía, de la federación libre de grupos independientes, etcétera, ha sido la dispersión sin tasa y sin sentido de los medios revolucionarios de lucha, que permitió al gobierno dominar una ciudad tras otra con un puñado de tropas sin encontrar apenas resistencia.
4. Fin de fiesta: No sólo la sección española de la Internacional –lo mismo la falsa que la auténtica- se ha visto envuelta en el derrumbamiento de los intransigentes, y hoy esta sección –en tiempos numerosa y bien organizada- está de hecho disuelta, sino que, además, se le atribuye todo el cúmulo de excesos imaginarios sin el cual los filisteos de todos los países no pueden concebir un levantamiento obrero; con lo que se ha hecho imposible, acaso por muchos años, la reorganización del proletariado español.
5. En una palabra, los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo no debe hacerse una revolución.⁴

Ese texto de Engels es muy importante; su validez teórica rebasa el mero análisis específico de la actuación de los bakuninistas. Nos sirve, en general, para comprender cuáles son las desviaciones de izquierda en un proceso revolucionario y, sobre todo, sus efectos terriblemente negativos. La afirmación de Engels de que el proletariado español no se reorganizaría quizás por muchos años, a resultas de los errores que se cometieron en este proceso, resultó ser verdadera. Sin embargo, el movimiento anarquista continuó siendo influyente en España y tuvo una responsabilidad muy grande en el fracaso posterior del movimiento revolucionario español.

Este análisis, que es parte importante en la historia de la táctica y estrategia marxistas, señala la necesidad de evitar posiciones que llevan a una ausencia de dirección centralizada en circunstancias revolucionarias. Muestra la necesidad proletaria de defender una política de independencia de clase, sin dejar de participar en las coyunturas concretas; de proceder como clase independiente, que impulse los procesos revolucionarios en la forma en que éstos se presentan y hasta sus últimas consecuencias. Señala también la necesidad de saber utilizar las alianzas, de centralizar el poder en toda circunstancia revolucionaria y de golpear, junto con los aliados, al enemigo principal.

⁴ F. Engels, "Los bakuninistas en acción" en Marx, Engels, Lenin *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, ed. Progreso, Moscú, 1973, pp. 130-31.

Asimismo, prueba la necesidad de actuar en las contingencias revolucionarias con claridad, evitando los excesos y la pérdida de energías que puede ser inevitable en la ausencia de una organización más sólida, pero que se debe reducir al mínimo indispensable.

El fracaso de los bakuninistas y la disolución de la Internacional en España, aliados a una situación política general desfavorable, dejaban a la Internacional en muy mala situación. De hecho, el VII Congreso de la Internacional, que se realizó en Filadelfia en 1876, votó por la disolución de este organismo.

Cuando hacemos un balance de la I Internacional en sus diez años de vida, de 1866 a 1876, podemos verificar que:

En primer lugar, la Internacional permitió la penetración del marxismo en amplias capas sociales, particularmente en el movimiento obrero europeo.

En segundo lugar, representó, por los resultados políticos concretos y por las experiencias prácticas de clase vividas, el fracaso del blanquismo, del proudhonismo y del bakuninismo.

En tercer lugar, permitió la formación de los primeros núcleos partidarios de masas, que de hecho sirvieron de base al nuevo ascenso del movimiento revolucionario.

En cuarto lugar, permitió también verificar en la práctica las concepciones tácticas del marxismo respecto a la necesidad de la organización política y sindical de la clase y a la acumulación de fuerzas para poder aprovechar las coyunturas revolucionarias. Finalmente, demostró la necesidad de una orientación ideológica clara.

La experiencia de este periodo, estudiada en detalle por Marx y por Engels, les permitió comprender el verdadero carácter del nuevo Estado socialista, la dictadura del proletariado (sobre todo a través del estudio profundo y detenido de la Comuna de París) y les permitió, por lo tanto, tener una mayor claridad estratégica.

Refiriéndose a las perspectivas inmediatas del periodo que sucedió al [fin de la I Internacional](#), Engels dijo entonces: "Estimo que la nueva Internacional será -después de que las obras de Marx hayan ejercido su influencia durante una serie de años- una Internacional netamente comunista y proclamará unos principios que serán precisamente los nuestros."⁵ Una vez más los teóricos y dirigentes del movimiento proletario mundial estaban en lo correcto. Sus principios y sus concepciones orientarían la reorganización del movimiento revolucionario y crearían la II Internacional, en base a los partidos socialistas que en su gran mayoría se definieron por los principios del marxismo.

⁵ Carta de F. Engels a F. A. Sorge en C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. II, p. 480.

VIII. La formación del Partido socialista alemán: Socialismo de estado, nación y sufragio universal

Después de analizar las concepciones utópicas del cambio al socialismo antes del surgimiento del marxismo, hemos considerado la formación de la Liga de los Comunistas, las posiciones estratégicas y tácticas del *Manifiesto Comunista* y su aplicación en la revolución de 1848: también analizamos el “Manifiesto del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, posterior a la revolución de 1848, que preveía una nueva coyuntura revolucionaria, y en el cual se establece la revolución permanente como un principio táctico del movimiento obrero. En seguida, examinamos la formación de la I Internacional y el conjunto de medidas y de principios tácticos adoptados por ella en sus distintos congresos, como fruto de la alianza que Marx estableció en su seno con los sindicalistas ingleses, logrando imponer una situación mayoritaria. Estudiamos en seguida la Comuna de París y vimos que, a pesar de su posición contraria al levantamiento en 1871, Marx dará todo su apoyo a la Comuna, lo que produjo una división interna dentro de la dirección de la I Internacional, con la salida de los sindicatos ingleses. Después examinamos la lucha con los bakuninistas y la negativa experiencia de su participación en la revolución española de 1873. Finalmente, vimos las razones que liquidaron la I Internacional.

En este proceso histórico, la concepción estratégica y táctica de Marx y Engels sufrió un proceso de evolución. Entre 1848 y 1850, tenemos una concepción que ya se desprendía del blanquismo, pero que todavía estaba en el marco de un movimiento obrero minoritario, sin una gran expresión social, que participaba aún del contexto de una revolución burguesa. Durante la I Internacional, vimos a Marx obligado a hacer una alianza con un movimiento de carácter reformista, en torno a la idea central para él en ese momento: la necesidad de la organización política de la clase, con la cual concordaba este movimiento. De ahí que Marx se viera forzado a hacer una serie de concesiones, a no profundizar en la lucha ideológica y a quedarse en un nivel bastante general en la lucha política, situación que termina con la Comuna de París, en 1871. La eclosión revolucionaria del proletariado francés acabó con esta alianza entre posiciones políticas tan contradictorias y evidenció violentamente sus diferencias.

En todas estas ocasiones el movimiento obrero estaba todavía en formación. Pero como vimos anteriormente al analizar la experiencia y la disolución de la I Internacional, Engels consideraba maduro este proceso formativo y afirmaba que la próxima Internacional sería producto ya de la expansión del pensamiento marxista y de su conversión en pensamiento mayoritario dentro del movimiento obrero europeo.

De hecho, la nueva Internacional surgirá bajo la hegemonía teórica del marxismo. Así como la I Internacional giró en torno del movimiento obrero inglés y en parte del francés, la nueva Internacional se constituirá en torno del alemán.

El Partido Socialdemócrata Alemán va a surgir de la unión de dos facciones políticas: los lassalleanos, es decir, los discípulos de Lassalle, y los eisenachnianos, que recibieron su nombre de la ciudad de Eisenach, en la cual realizaron su congreso de formación, y que tenían como líderes a dos discípulos de Marx: Wilhelm Liebknecht y August Bebel.

El movimiento creado alrededor de la figura de Lassalle tuvo una gran importancia política en Alemania. Lassalle era un abogado que se consideraba discípulo de Marx. Éste no lo reconocía como tal, debido a una serie de posiciones políticas y científicas, o pretendidamente científicas, de Lassalle con las cuales no concordaba de ninguna manera. Estas divergencias van a llevar a Marx, después de un intento de mantener por cierto tiempo una política común, a un rompimiento con Lassalle. Debido a ese choque, el movimiento obrero alemán más significativo de esta época (la Asociación General de los Obreros Alemanes, fundada por Ferdinand Lassalle en 1873) no participó en la Asociación Internacional de Trabajadores.

En estas divergencias, tres eran las cuestiones más importantes: primero, la concepción de Lassalle respecto de la "ley de bronce de los salarios"; segundo, su concepción de las cooperativas y, tercero, su concepción de la distribución equitativa de los ingresos de la sociedad, es decir, una cierta tendencia distributiva de Lassalle.

La tesis de la ley de bronce de los salarios es una aplicación de la posición malthusiana a la economía. La idea es que los salarios están determinados por el volumen de la población. Eso significa que hay una ley de bronce que determina que los salarios no pueden elevarse más allá de cierto nivel. Cuando los salarios empiezan a elevarse, tiende a aumentar la población; aumentando la población, aumenta la oferta de mano de obra; aumentando la oferta de mano de obra, tienden a caer los salarios. Cayendo los salarios, tiende a bajar la población; bajando la población, disminuye la oferta de mano de obra y tienden a aumentar los salarios, que varían en torno a un margen pequeño que no permite que se eleven más allá de determinado nivel. Evidentemente Marx no aceptaba de ninguna manera esta concepción. Hizo críticas muy violentas a todas estas ideas, que consideraba absolutamente mitológicas y sin ninguna base científica. Someter las leyes de la economía política a la población era cosa que Marx consideraba absurda, puesto que las leyes que regulan la población, su crecimiento o disminución, están determinadas por la economía, y no es la economía la determinada por las leyes que regulan el crecimiento de la población. No es necesario que entremos más en detalle sobre este punto, a pesar de que varios autores imputan a Marx haber defendido la ley de bronce de los salarios.

Lo mismo respecto a las cooperativas. Lassalle creía que la sociedad socialista debería nacer del desarrollo de las cooperativas, para las cuales esperaba obtener el apoyo del Estado (al contrario de los anarquistas). A esa tesis, central para los lassalleanos, también se oponía Marx por las razones que vimos anteriormente.

Planteaban los lassalleanos la idea de que había que distribuir los frutos del trabajo, de manera equitativa, entre todos los miembros de la sociedad. Esa tesis es combatida muy duramente por Marx, puesto que la distribución igual del producto social es absurda. Lo que Marx demuestra es que cualquier forma de distribución está determinada por las formas de producción; plantear el problema de la distribución independiente del de la producción lleva a una política completamente falsa y a un equívoco total desde el punto de vista económico. Además de que el producto social tiene que dividirse en muchos rubros, no es posible su distribución directa. Entre esos rubros está, por ejemplo, el fondo social que la sociedad tiene que reservarse para nuevas inversiones y que no puede consumir ni distribuir entre sus miembros; están los costos de administración, la reposición de las máquinas utilizadas; están las medidas de apoyo a los sectores que no pueden trabajar, como los ancianos y los niños, o los enfermos, que también dependen de la sociedad; además están los servicios sociales. En fin, hay una serie de gastos sociales que no pueden ser distribuidos entre los individuos.

Y, finalmente, en lo que respecta a la parte de la producción que se distribuye entre los individuos, la sociedad socialista, que precede a la sociedad comunista, no la puede dividir equitativamente. La distribución tiene que hacerse en función de la participación de cada uno en el trabajo; es decir, el socialismo paga a cada uno según su capacidad, según su participación en la producción, lo que implica una desigualdad porque no todos participan en la producción de la misma manera. La sociedad sólo podrá pensar en términos de una distribución que no tome en consideración la capacidad y participación de los individuos, cuando se hayan superado las condiciones que generan la división del trabajo manual e intelectual, del rural y urbano, del calificado y no calificado. Y esto sólo puede ocurrir cuando se llegue a un nivel de abundancia productiva suficientemente grande para poder regir la distribución en la sociedad por otra regla: a cada uno según su necesidad. Es claro también que, aun en este caso, no habrá igualdad en el sentido burgués; pues se supone que las necesidades variarán de individuo a individuo.

Estas tesis de Lassalle representaban un retorno a las concepciones utópicas de la sociedad y de la economía, y no permitían dar una orientación científica a la organización política de la clase obrera. Por otro lado, las divergencias entre Marx y Lassalle se proyectaban también hacia el plano político. Lassalle concebía el Estado nacional como la base fundamental de organización del socialismo. En esto daba un paso atrás, y Marx lo señalaba con firmeza, en relación a la experiencia de la I Internacional. Ésta ya había demostrado el carácter internacional del proletariado y, por lo tanto, pensar que el Estado nacional debería ser la base de la

organización revolucionaria del proletariado, era dar un paso atrás en sus conquistas concretas. Incluso la burguesía, ya en ese periodo, actuaba desde una perspectiva internacional. Es claro que con eso Marx no quería decir que el Estado nacional no fuese el centro principal de la lucha del movimiento. Obrero, sino que éste era esencialmente un movimiento de contenido internacional, que asumía una forma nacional debido a factores históricos muy concretos y determinados. Por el propio carácter de la economía capitalista, su lucha nacional debía llevarse dentro del contexto de la economía y la sociedad internacionales.

Además de ver la lucha dentro de ese marco exclusivo nacional, Lassalle planteaba, particularmente para el caso de Alemania, la necesidad de un acuerdo con los sectores burgueses favorables al fortalecimiento del Estado alemán. Bismarck, a pesar de su origen "junker", estaba realizando lo que se llamó la revolución burguesa desde arriba manteniendo la monarquía, y creando las bases del capitalismo en Alemania. Hizo esto desde el gobierno, a través de un Estado fuerte en el que la burguesía, más que ser la fuerza dominante conductora de las transformaciones, estaba sometida a una posición de simple apoyo a la burocracia estatal dirigida por Bismarck. Lassalle creía que era imposible para Bismarck lograr estas transformaciones sin contar con el apoyo de la clase obrera, lo que posibilitaba un acuerdo con él a cambio de concesiones para el movimiento obrero.

Esa política llevó, incluso, a un enfrentamiento de Lassalle con los sectores de la burguesía liberal alemana y a la postergación del enfrentamiento político con los terratenientes y los "junkers", que tenían gran fuerza dentro del Estado alemán. Cuando Marx supo de estos entendimientos rompió con Lassalle y posteriormente con sus seguidores. La condesa Hatzfelat, de la cual fuera abogado y que fue protectora y una especie de testamentaria ideológica de Lassalle, continuó la tradición de éste en Alemania, prorrogando acuerdos con Bismarck y utilizando la prensa y el movimiento lassalleano para tales fines.

El enfrentamiento de Marx con Lassalle fue interno. Marx no rompió públicamente con Lassalle hasta después de su muerte, cuando quedaron claros los tratos con Bismarck y todas sus consecuencias políticas. Además, era evidente para Marx que Lassalle no hacía esos pactos en busca de provecho personal, sino dentro de una concepción política equivocada.

Sin embargo, a pesar de estas discordancias, de todos estos problemas que indudablemente los separaban, Marx respetaba en Lassalle al gran agitador político que había organizado un fuerte movimiento obrero nacional en torno a su figura.

Por otro lado, Wilhelm Liebknecht, August Bebel y otros amigos de Marx vuelven a Alemania en los años sesenta, con la perspectiva de reagrupar fuerzas y reorganizar el partido. Después de muchos y prolongados choques, establecen un acuerdo político con los lassalleanos, posición que Marx combatió bastante, pues creía que había que desarrollar una lucha ideológica más clara antes de llegar a un acuerdo político con estas fuerzas.

En los años setenta, la aproximación entre los eisenachnianos y los lassalleanos se hizo cada vez más íntima. En muchas cosas, Lassalle demostró que tenía razón; sobre todo en lo que respecta al acuerdo con Bismarck para obtener el voto universal, Marx creía absolutamente improbable que Bismarck concediese el voto universal en Alemania y permitiese a la clase obrera ganar ese instrumento de organización independiente dentro del Estado alemán, considerado por él como un Estado altamente burocratizado, atrasado, prerrepblicano, predemocrático y rusófilo.

Bismarck concede el voto universal masculino y en 1874, los partidos obreros se presentan a los comicios electorales obteniendo 350 mil votos; llegan al congreso alemán tres lassalleanos y seis eisenachnianos. Los eisenachnianos demuestran, con su actuación en el congreso, su debilidad política. Marx estaba contra la unión de las dos facciones parlamentarias; sin embargo, éstas se unen. Esa alianza, lograda dentro del Parlamento, desembocará en el congreso de 1875, celebrado en la ciudad de Gotha.

Marx escribió una carta dirigida a Liebknecht y a sus compañeros, criticando muy duramente el programa de Gotha, el cual demostraba claramente la debilidad ideológica de sus compañeros en Alemania, estos no tenían ninguna claridad respecto a las desviaciones y errores de los lassalleanos y aceptaban varias de las tesis de Lassalle. El programa de Gotha resulta así una mezcla del manifiesto inaugural de Marx para la I Internacional y las posiciones de Lassalle. Esa carta de Marx se reunió posteriormente en un opúsculo con el título de Crítica al Programa de Gotha,¹ en que ataca el programa de punta a cabo, mostrando sus imprecisiones y su absoluta incapacidad como base de orientación al movimiento obrero. No tenía sentido que un movimiento obrero que nacía después de la experiencia de la Internacional, no asimilase todo el desarrollo político que la clase obrera había tenido en Europa ni tampoco el desarrollo científico que Marx y Engels habían logrado en sus obras. Sus compañeros demostraban que no las habían leído; de hecho, el "marxismo" de Liebknecht, Bebel, etcétera, no pasaba básicamente del conocimiento del *Manifiesto Comunista*, del Mensaje inaugural y de algunos pocos documentos y obras, muy generales, de Marx y Engels.

¹ C. Marx, "Crítica del programa de Gotha" en C. Marx, Engels, *Obras...*, cit., t. II, pp. 5-29.

Pero había que aceptar esta situación de hecho; no tenía sentido plantear la ruptura de la unidad que se había logrado en el congreso de Gotha. Así Marx termina su carta afirmando que, al final, un paso práctico del movimiento era mucho más importante que muchos pasos teóricos. A pesar de lo correcto de esta apreciación final, desde el punto de vista del realismo político, lo cierto es que el desarrollo posterior de la socialdemocracia alemana va a demostrar que estas concesiones iniciales limitaron enormemente tanto su pureza ideológica como su eficacia revolucionaria.

Inmediatamente después de que se forma el partido empieza a ganar un gran apoyo político, se llena de intelectuales, académicos, semintelectuales, etcétera, con una serie de concepciones confusas y equivocadas. Entre ellos, la principal figura va a ser un señor Dühring, un *privatdozent* de la Universidad de Berlín. Este profesor, en sus clases, defiende concepciones distintas a las de Marx y Engels; sea en la economía política, inspirándose en la posición nacionalista burguesa de List, el teórico del proteccionismo alemán; sea en el plano político, bajo la influencia del movimiento reformista francés de Louis Blanc; sea en el plano filosófico, en el cual adopta una perspectiva kantiana, recibida a través de seguidores menores de esta línea en Alemania. Entre sus jóvenes discípulos está una figura -Eduard Bernstein- que se convertirá en el gran líder del partido, junto a Karl Kautsky. August Bebel recibe los escritos de Dühring en la prisión, en 1875, enviados por Bernstein; los considera una gran obra y escribe un elogioso artículo donde considera a Dühring a la altura de Marx y Engels, en suma, como el otro gran teórico de la socialdemocracia alemana. Cuando Marx y Engels ven el artículo, y descubren que su autor es su gran amigo Bebel, en quien ellos confiaban para dirigir el Partido Comunista en Alemania, se ven obligados a escribir un conjunto de artículos contra Dühring, reunidos en el libro *Anti-Dühring*.² Al hacer la crítica de Dühring, Engels se vio obligado a tocar todos los campos del conocimiento: la filosofía, la economía, la política, produciéndose así la primera exposición sistemática del conjunto del pensamiento teórico de Marx y Engels.

Por esta razón el *Anti-Dühring*, que se escribe entre 1877 y 1878, se convirtió en el libro fundamental de formación de la primera generación marxista alemana. El *Anti-Dühring* constituyó la base de la formación de Kautsky. Bernstein también se adhiere, en ese entonces, al conjunto de la concepción marxista. Este libro va a ser el que forme a Plejánov en Rusia y va a influir sobre el pensamiento austriaco, el francés y el italiano. El liderazgo político de la II Internacional va a formarse, básicamente, entorno de este libro y del primer volumen de *El Capital*, único que era conocido en la época, puesto que el segundo y el tercer volumen sólo se

² F. Engels, *Anti-Dühring*, ed. Grijalbo, México, 1964

conocerán a fines de la década del ochenta. La II Internacional se desarrolla bajo la influencia del *Anti-Dühring* y del trabajo de agitación política de Engels, pues Marx se enferma y va a tener muy poca influencia directa en ella.

En la década de 1880 se configura la vanguardia política del movimiento revolucionario europeo, que va a dirigirlo hasta 1917; es decir, hasta el advenimiento de la Revolución Rusa.

Los textos fundamentales que consolidaron el pensamiento marxista del periodo son: el *Manifiesto Comunista*, el "Mensaje del Comité Central", el "Mensaje Inaugural de la Internacional", el primer volumen de *El Capital* el *Anti-Dühring*, "Del socialismo utópico al socialismo científico" (que es un capítulo del *Anti-Dühring*, destacado especialmente para los obreros franceses con objeto de darle una divulgación más amplia; es la parte más importante del libro desde el punto de vista del materialismo histórico). El marxismo logra no sólo constituir una vanguardia de intelectuales y dirigentes políticos, sino penetrar, también, en sectores obreros significativos. Evidentemente la formación intelectual de esos dirigentes marxistas es importante, pero no profundizaron en el estudio de toda la obra de Marx, que sólo será publicada hacia fines del siglo. Apenas en 1938 se publican textos importantes como los *Elementos para la Crítica de la Economía Política*, y sólo en 1968 se terminó la publicación de las *Obras Completas* de Marx y Engels.

Después de la muerte de Marx, Engels se dedicó a completar el segundo y el tercer volumen de *El Capital*; Kautsky, a la preparación de lo que sería el cuarto volumen de *El Capital*, que es la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*; y Bernstein se aplica, posteriormente, a organizar la publicación de la rica correspondencia entre Marx y Engels. Vemos que se va afirmando, en todo el periodo, un pensamiento marxista cuyas limitaciones son evidentes, pero que se liga al movimiento político de masas. En el nivel de la lucha de masas, hay un gran avance de las formas de lucha económica y parlamentaria.

En las elecciones de 1877, en Alemania, se obtienen 493 mil votos con 13 mandatos. En 1878, frente al crecimiento de la socialdemocracia, se decreta la ley de persecución a los socialistas, que coloca al partido en la ilegalidad. Éste se reorganiza en la clandestinidad, teniendo como órgano de expresión la revista *Sotsial-Demokrat*, editada en Londres, bajo la dirección de Bernstein y bajo la influencia de Engels. Con este órgano se reorganiza desde el exterior el movimiento (en 1900, Lenin va a tomar esa idea para la Rusia zarista, al crear un diario en el exterior para organizar el partido en torno a él). No obstante la represión, el partido continúa organizado y participa en las elecciones de 1881. A pesar de la ilegalidad se consiguen 312 mil votos. En 1884, se obtienen 550 mil votos; en 1887, éstos aumentan a 763 mil y en 1888 se logran 1 422 128 votos, eligiéndose 35 diputados. Esta victoriosa lucha de masas hace que se suspenda la ley de excepción en contra de los socialistas y éstos realizan en Erfurt un congreso que establece un nuevo programa.

Este programa de 1888, escrito por Karl Kautsky, difiere del programa de Gotha por su carácter claramente marxista, particularmente en su parte económica y en su visión histórica.

Engels escribe una serie de rectificaciones al programa, que son adoptadas en su mayoría por la comisión política del partido. Sin embargo, en sus observaciones al programa de Erfurt, Engels acepta muchas de las recomendaciones que Kautsky, Bernstein y otros dirigentes del partido le habían planteado. Engels está en Inglaterra y no está suficientemente informado de la situación política interna de Alemania. En general, él acepta la argumentación política de sus compañeros: acabamos de volver a la legalidad, no podemos caer en provocaciones y, por lo tanto, tenemos que presentar un programa moderado desde el punto de vista político; no podemos plantear abiertamente ciertos aspectos revolucionarios del socialismo. Por esta razón, el programa hace concesiones muy importantes que son aceptadas por razones de orden táctico; estas concesiones tácticas se convierten después en concesiones estratégicas.

El programa no se refiere a la dictadura del proletariado ni llega a plantear de manera clara la necesidad de una república con el respectivo derrumbe de la monarquía. Refiriéndose a esto, Engels llama la atención sobre el nivel en que se encontraba la lucha en Alemania, donde la revolución burguesa había seguido caminos muy particulares.

En su crítica al programa de Erfurt, Engels señala también las desviaciones que se estaban desarrollando en el partido respecto al problema de la lucha legal. Después de reafirmar que la lucha legal era muy importante, que era preciso continuarla y llevarla adelante, destaca la ausencia de condiciones favorables para una transformación legal y pacífica hacia el socialismo en la situación de Alemania. Al crear expectativas favorables en ese sentido, el programa podía llevar al desarme ideológico del partido. Asimismo, hacía notar que no se había podido discutir una serie de cuestiones importantes de la organización del partido y de la sociedad en su conjunto, y que la ausencia de debate sobre estos puntos podía llevar a una falta de claridad cuando se planteasen en la práctica. En tales circunstancias, el partido estaría condenado a disolverse y dividirse, pues no sabría responder a las situaciones prácticas.

A pesar de no creer en la posibilidad de una toma del poder a través de las elecciones en Alemania, Engels creía que era posible una transformación socialista relativamente pacífica en algunos países donde existía una república democrática, con constituciones que admitían su propia reforma sustancial. En estos países se podía concebir que una mayoría parlamentaria pudiera ser un instrumento de transformación revolucionaria. Pero tales procesos no podían darse, de ninguna manera, en la situación alemana, donde todavía existía una monarquía bajo la cual era una osadía siquiera plantear la cuestión de la república.

La cuestión táctica fundamental del periodo volvía, así, al terreno de la antigua discusión con Lassalle sobre las relaciones con el movimiento democrático alemán y con el bonapartismo de Bismarck.

La debilidad de la burguesía alemana y su derrota en la revolución de 1848 la habían llevado a una gran capitulación de sus principios democráticos, sometiéndose al ejército y a la burocracia para lograr, a través de ellos, la aplicación parcial de su programa económico. Bismarck, al realizar "la unificación de Alemania - problema clave de la revolución burguesa alemana- de manera reaccionaria, con el mantenimiento del viejo aparato de Estado *junker*. Al cumplir las exigencias económicas de la burguesía hizo posible que sus exigencias políticas se cumplieran de la manera *elegida por él mismo*".³

Engels reivindica, sin embargo, la pertinencia de haber mantenido en aquella oportunidad las banderas democráticas sin concesiones a los *junkers* y a la burocracia, concesiones resultantes de la política de Lassalle, que apoyaba las blandas medidas democráticas de la monarquía. Si bien esta posición tenía un fundamento social y se adaptaba a las circunstancias tomando en cuenta la debilidad del movimiento y de la prensa obrera (que "existe únicamente por *la grâce de la police*", [carta de Marx a Kugelman, Londres, 23 de febrero de 1865](#)) así como de la oposición burguesa liberal, Marx había insistido sin embargo, en que la clase obrera realizase una oposición democrática firme, sin dejar de criticar a los liberales. En este sentido, Marx y Engels⁴ se remiten a un viejo artículo de 1847 en el que plantean:

El proletariado no pregunta si el bienestar del pueblo es para el burgués motivo principal o secundario, si ellos quieren utilizar al proletariado como carne de cañón o no. El proletariado no pregunta lo que quiere la burguesía, sino lo que está obligado a hacer. Pregunta si la situación política actual, en que domina la burocracia, o aquella por la cual luchan los liberales, en que gobernaría la burguesía, le ofrece más medios de alcanzar sus propias finalidades.

Posteriormente, Engels confirmará este punto de vista, a pesar de aceptar como un hecho que no era posible realizar los cambios liberales preconizados por él, debido al carácter del bonapartismo de Bismarck.

Es verdad que desde el punto de vista de la clase obrera, se manifestaba el hecho de que era ya demasiado tarde para establecer un dominio burgués duradero [...] Pero aun cuando es demasiado tarde para un régimen burgués pacífico y establecido con seguridad en Alemania, en el año 1870 fue con todo la mejor política, en favor de los intereses de las clases poseedoras en general, la de tender a esta dominación burguesa.⁵

³ C. Marx-F. Engels, *Correspondencia*, ed. Cartago, BuenosAires, 1972, p. 180.

⁴Ibid.,p.169.

⁵Ibid.,p.181.

De esta manera, la política de Bismarck era reaccionaria aun desde el punto de vista burgués, a pesar del "realismo político" de los que la apoyaban. Para la clase obrera no sólo se abría un camino independiente, sino que le era posible aprovecharse en parte de la existencia de estas dos facciones de la burguesía: la propaganda del partido "debía oponérsele tanto a Bismarck como a los progresistas", atacar duramente a los *junkers*, terratenientes, burocracia y vacilaciones de la burguesía democrática.

La socialdemocracia alemana no se liberará completamente de sus errores de origen. Cuando el partido vuelve a la legalidad, en 1888, reduce su programa mínimo, dejando de lado la cuestión de la república democrática; se dedica a un obrerismo que aísla a la clase obrera del campesinado y de la pequeña burguesía, poniendo en segundo plano la lucha contra los terratenientes, para atacar solamente a los patronos burgueses y sus concepciones políticas liberales. En vez de comandar un amplio frente democrático, antilatifundista y antiburocrático, levantando firmemente la bandera del socialismo como su objetivo político supremo, la socialdemocracia se dedicó al economicismo, ayudó a la clase obrera a volcarse hacia sí misma y no hacia la sociedad en su conjunto, a aislarse políticamente y a sentirse llamada a instalar un socialismo cada vez más abstracto y menos vinculado al proceso político concreto.

Fueron muchas las oportunidades en que los dirigentes de la socialdemocracia alemana dieron muestras de este "principismo abstracto". El caso de la guerra franco-prusiana de 1870 es muy significativo. A pesar de sus ataques a los acuerdos con Bismarck por parte de los lassalleanos, Marx apoyaba la Alemania que se afirmaba como nación en contra del chovinismo francés. Esto significaba en la práctica un apoyo a Bismarck. Marx y Engels lo sabían, pero no titubearon en llamar al apoyo a la nación alemana. Wilhelm Liebknecht, sin embargo, no se disponía a apoyar a la Prusia militarista y a Bismarck; propugnaba una posición de neutralidad, declarándose "opositor de principio a toda guerra". La posición neutral de Wilhelm "causa gracia", decía Engels en una carta a Marx; "magnificar el antibismarckismo al punto de transformarlo en el único principio conductor, sería absurdo". Y reconocía, junto a Marx, que las medidas del caudillo habían realizado transformaciones económicas progresistas y "nos están limpiando el terreno mejor que antes". Llamaba así a unirse al movimiento nacional "en la medida y durante el tiempo en que se limite a la defensa de Alemania"; a subrayar la diferencia entre los intereses nacionales alemanes y los intereses dinásticos prusianos; a trabajar contrala anexión de Alsacia y Lorena y, "tan pronto como en París tome el timón un gobierno republicano no chovinista, trabajar por una paz honorable con él". En fin, subrayaba la unidad de intereses entre los obreros alemanes y franceses, "que no aprobaron la guerra y tampoco se hacen la, guerra entre sí".

Las diferencias entre la visión dialéctica de Marx y Engels, que ponían en primer lugar la consideración principal de la situación concreta, y los planteamientos abstractos y formales de Liebknecht, configuran el marco de los errores futuros de la II Internacional y de todo pseudomarxismo liberal. Discutiendo con Plejánov, que invocaba esta posición de Engels para justificar su apoyo a la Rusia zarista, en la guerra de 1914-18, Lenin resume muy bien el punto de vista dialéctico:

Pero inténtese remplazar la sofística (es decir, el aferrarse a la semejanza externa de los hechos fuera de los nexos de los acontecimientos) por la dialéctica (es decir, por el estudio de toda la situación concreta de un acontecimiento y de su desarrollo). La unificación de Alemania era necesaria, y Marx siempre lo reconoció así, tanto antes como después de 1848. Todavía en 1859 Engels llamó abiertamente al pueblo alemán a la guerra por la unificación. Y cuando fracasó la unificación revolucionaria, Bismarck la realizó de modo contrarrevolucionario, a lo *junker*. El antibismarckismo, como principio *único*, se convirtió en un absurdo, pues la unificación necesaria se había realizado, era un hecho.⁶

⁶ V. I. Lenin, Obras completas, ed. Cartago, Buenos Aires, 1970, t. XXXII p. 21

IX. La II Internacional y la estrategia revolucionaria de masas

El proceso político que se desarrolla en Alemania y otros países europeos en los tres últimos decenios del siglo XIX, empezaba a crear un estilo de lucha de tipo parlamentario y sindical que despertaba gran entusiasmo. El Partido Socialdemócrata Alemán va a crecer enormemente: en 1912 alcanzó cuatro millones 250 mil votos, 34.8% del total de votos en Alemania, con 110 diputados; de 1890 a 1914, los efectivos sindicales del partido crecen de 238 mil a más de 2 millones.

En Francia, después de la Comuna de 1871, se produce una situación de receso del movimiento obrero francés, debido al miedo generalizado, al pánico, que produjo una gran cantidad de refugiados. Después de la victoria sobre la Comuna, Thiers afirma que por muchos años no se escucharía hablar de socialismo y comunismo en Francia.

Sin embargo, ya en 1876, el movimiento principia a reorganizarse en Francia. En torno de Jules Guesde -un socialista, no marxista, de tendencias anarquistas- y su diario, *L'Égalité* (La Igualdad), se empieza a reorganizar la clase. En 1878 se realiza el Segundo Congreso de los obreros franceses, con veinte delegaciones dirigidas por Guesde, quien empieza a ser perseguido en 1879. En ese momento Paul Lafargue llega a Francia. Había sido una figura muy significativa de la Comuna. Muy joven entonces, va a exiliarse en España y después en Inglaterra, donde hace amistad con Marx y se casa con su hija. Lafargue había recibido una gran influencia de Marx, pero conservaba muchas convicciones anarquistas. Marx lo llamaba el último de los anarquistas, a pesar de que fue el gran divulgador de su pensamiento en Francia. Lafargue vuelve a Francia en 1879, retorna la publicación de *L'Égalité* y crea la *Revue Socialiste*. En 1880 el Partido Socialista ya había sido creado en Francia y una delegación, en la que se encuentran Guesde -ya convertido al marxismo- y Lafargue, va a Inglaterra a pedir a Marx que escriba la introducción al programa del partido, lo que él acepta.

En este programa, Marx incorpora la experiencia del voto universal como instrumento de organización de la clase. Refiriéndose al sufragio universal, Marx llamaba a "transformar este instrumento de engaño que fue hasta hoy día, en un instrumento de emancipación de la clase". La parte económica del programa destacaba la tendencia histórica de desarrollo del capitalismo como modo de producción; la consecuente disolución de la pequeña burguesía y de los sectores atrasados; y la formación de una economía capitalista moderna y el consiguiente desarrollo de la clase obrera.

Se planteaba, en seguida, la necesidad de oponer a ese desarrollo burgués un desarrollo socialista, con la formación de un Estado obrero.¹

La historia del Partido Socialista Francés va a ser una historia de divisiones y uniones. Ya en 1882 hay una escisión en el partido, dirigida por Paul Brousse y por Benoît Malon: los “posibilistas”. Este grupo tendrá mucha influencia hasta 1889 y formará el primer sector que asimila parte del marxismo y lo adopta desde una perspectiva revisionista. Ellos planteaban la tesis de que el determinismo económico torna secundaria la lucha política. Puesto que, naturalmente, por una determinación económica, se llegaría al socialismo, era inútil la lucha política y, por lo tanto, una política revolucionaria. La política correcta a seguir era ampliar la lucha económica, hasta llegar a la sociedad socialista. Ésta es la primera forma, un poco burda, del reformismo posmarxista: llegó a tener una influencia bastante grande.

Después de 1892, el movimiento obrero se divide aún más: en la Federación Socialista Revolucionaria (dirigida por Jean Allemanne) , el Partido Blanquista (dirigido por Edouard Vaillant) y los socialistas independientes (dirigidos por Millerand, Viviani y Briand, que posteriormente van a ser expulsados de la Internacional por su política de participación en el gobierno burgués).

El movimiento socialista francés va a mantenerse desunido hasta 1904, cuando se hace una nueva unión y se forma el Partido Socialista. Se expulsa entonces a Millerand, Viviani y Briand y las otras tendencias se reunifican, teniendo como principal figura de dirección partidaria a Jean Jaurès, quien, pese a tener una formación doctrinaria propia, se identifica mucho con Marx y con el marxismo.

Ese partido en 1906 va a obtener 877 mil votos y 54 diputados. En 1910, un millón 100 mil votos y 76 diputados. En 1919, un millón 400 mil votos y 110 diputados.

El movimiento sindicalista sufre también varias divisiones y fusiones, pero en su conjunto es un movimiento en ascenso, completándose en 1902 la fusión de los distintos grupos.

El otro partido socialista importante es el Partido Socialista Austriaco, que tiene una historia muy particular. En 1871 Austria se separa de Alemania y se crea un imperio aparte. El Partido Socialista Austriaco no va a poder actuar legalmente sino hasta 1908. Se forma después de la crisis económica de 1873 y tiene en su

¹ Citado en Amaro del Rosal, op. cit., pp. 336-37.

interior dos grupos: uno revolucionario y otro moderado. Pero estos grupos no llegan a tener una participación legal, lo que disminuye bastante esas diferencias. En 1880, en la clandestinidad, este partido se reunifica bajo el liderazgo de Víctor Adler, en el congreso de Einsfeld. El 10 de mayo de 1883, organiza una huelga general por las ocho horas de trabajo que fue la primera realizada por un partido clandestino. En 1907 logra el sufragio universal y en 1908 llega al parlamento con un millón 42 mil votos y 87 diputados.

En Inglaterra el cartismo tiene hasta 1855 una influencia fundamental. Los sindicalistas, vinculados a la I Internacional, juegan también un papel importante en la dirección del movimiento obrero inglés, pero se separan después de 1871. En 1872, se forman el Movimiento Socialista y la Federación Democrática, después Socialdemócrata: en ninguna de las dos pesó la orientación directa de Marx, no obstante su influencia teórica sobre los líderes. En 1874, se formó la Sociedad Fabiana, que va a ser el principal centro de influencia intelectual e irradiación de la posición socialista en el movimiento obrero inglés. La Sociedad Fabiana respeta a Marx, pero al no aceptar su pensamiento filosófico y económico, desarrolla una concepción reformista del socialismo. En 1893 se forma el Partido Obrero Independiente y en 1900 se forma el Labour Party, Partido Laborista Inglés, que obtiene 376 mil votos.

Las características doctrinarias y la forma de aplicación que adopta el Partido Laborista Inglés hacen de éste un partido muy peculiar. Su membresía se compone de los sindicatos que se integran al partido en su conjunto, además de las afiliaciones individuales. Esta forma de organización se mantiene hasta hoy en el Partido Laborista Inglés y sólo existen formas similares en los países nórdicos, donde las cooperativas y algunos sindicatos se integran como militantes a los partidos socialistas. A pesar de sus diferencias internas y de la ausencia de una coherencia ideológica, el partido crecerá mucho y en 1914 va a tener un millón 612 mil miembros y 76 diputados.

En Italia, el Partido Socialista Italiano se va a unificar en un congreso realizado en Génova, en 1892, obteniendo 10 asientos en las elecciones generales de 1893. En 1897, obtiene 175 mil votos y 16 diputados. En 1912, 883 mil votos y 52 curules. En esta época está dividido en tres alas: un ala derecha, revisionista, dirigida por Bissolati, Bonome y Cabrini, que se retiró del partido en 1912; un ala izquierda, anarcosindicalista, dirigida por Arturo Labriola; y un ala centrista, dirigida por Turati, Treves, Mussolini y E. Ferri. Mussolini forma posteriormente un movimiento propio que dará origen al movimiento fascista y se orientará hacia la extrema derecha.

En Estados Unidos también tenemos un movimiento socialista importante. Están ahí los amigos de Marx: Joseph Weydemeyer, Herman Mayer F. A. Sorge, Joseph Dietzgen, todos obreros alemanes que emigraron a Estados Unidos y que formaron en 1877 el Socialist Labour Party. En 1876, la huelga general de Chicago lleva

a la condena de tres comunistas, y el Labour Party recibe la adhesión de Daniel de León y Lucio Samal, que pertenecen al sector anarquista, muy influyente en la clase obrera norteamericana. Se forma la American Federation of Labour, Federación Americana del Trabajo, que es un movimiento bastante fuerte. De León funda el Socialist Trade and Labour Alliance, un movimiento de tipo sindicalista, socialista industrial. Es decir, un movimiento de concepción anarquista, pero que se apoya en una organización básicamente sindical. Ese tipo de organización es muy influyente en Estados Unidos y otros países como Italia, donde un ex-marxista se transforma en su gran teórico: Sorel: en España, el anarcosindicalismo también va a desarrollarse como una corriente importante. En Italia mantendrá una amplia influencia.

En 1901, hay una escisión de la cual nace el [Socialist Party of America](#), que se desarrolló mientras el Socialist Labour Party permaneció más o menos estacionario. Una visión de la importancia política de esos partidos nos la permiten las elecciones presidenciales.

En 1904, el Socialist Labour Party tenía 31 mil votos y el Socialist Party of America 402 mil votos. En 1908, el Labour Party tenía 13 mil y el Socialist Party 420 mil votos; el Labour Party, 29 mil en 1912 y el Socialist Party 897 mil. En 1920, el Labour Party cuenta con 31 mil y el Socialist Party con 915 mil votos.

Los datos muestran que, en su conjunto, el movimiento obrero mundial entre 1880 y 1914 estuvo en ascenso en torno de su organización partidaria, la lucha parlamentaria y la organización sindical, obteniendo una serie de conquistas importantes en el plano económico: leyes de previsión social, las ocho horas de trabajo y una serie de otros objetivos que la Internacional persiguió en este periodo. En esa situación de conjunto, ¿qué posición estratégica y táctica debe orientar al Partido? Con motivo del Congreso de Erfurt, Engels ya discutía ciertas desviaciones que se estaban dando en la dirección partidaria, pero aceptaba tácticamente la necesidad de no presentar ciertas posiciones públicamente, para no perjudicar el desarrollo legal del partido.

Con la muerte de Marx, Engels se convierte en la principal figura de la Internacional. Su influencia no sólo es doctrinaria sino política. Sostiene correspondencia y contacto constante con todos los dirigentes de partidos, que lo siguen muy de cerca, y es leído y admirado por las masas obreras, como lo pudo comprobar en un viaje por el continente europeo en 1895, cuando es saludado por grandes manifestaciones de masas. Su participación en la II Internacional es constante; está detrás de todas las decisiones, a pesar de que sólo va a uno de sus congresos. Marx tampoco había asistido a la mayoría de los congresos de la I Internacional y no obstante mantuvo una gran influencia siempre y fue reconocido como su figura principal.

Así, también Engels, identificado como seguidor de Marx, fue la principal figura de la II Internacional. Sus concepciones tienen, por tanto, mucha importancia para comprender el conjunto del movimiento. La concepción táctica de Engels se expresa en la introducción a la reedición del libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia* escrita el 6 de marzo de 1895, en el auge del ascenso de masas del movimiento obrero.

En ese documento, Engels hace una autocrítica de la posición que él y Marx adoptaron en 1848 y establece las bases que deben orientar la lucha política en este nuevo periodo histórico. La introducción empieza por destacar el hecho de que la nueva Internacional no solamente es ahora un fuerte movimiento de masas políticamente organizado, sino también que está bajo la influencia ideológica del marxismo, una orientación científica y clara. Comparando la II Internacional con la organización que se tenía en 1848, se ve que se había superado definitivamente la etapa de las sectas. La clase obrera se había convertido en una clase revolucionaria y no era ya un movimiento amorfo, donde pululaban distintas formas de grupos con ideas extrañas y esotéricas. Se había formado un movimiento real de la clase organizada.

Hoy *una sola teoría*, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha. Entonces (en 1848), las masas escindidas y diferenciadas por calidades y nacionalidades, unidas solo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido tomar en definitiva y cayendo desconcertadas unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército único, el ejército internacional de los socialistas que avanza incontenible y crece día a día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en la seguridad de su victoria.²

Enseguida Engels hace la autocrítica de lo que caracteriza como la posición de la revolución de la minoría:

La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.³

² C. Marx, F. Engels, *Obras. . .*, cit., t. I, p. 110.

³ *Ibid.*, p. 119.

Estos fragmentos indican claramente que, para Engels, se trata de un periodo de acumulación de fuerzas. En la I Internacional, se buscaba crear una base mínima de masas para poder empezar una lucha ideológica más profunda: ahora se trata de una acumulación de fuerzas en el contexto de una visión ideológica fundamentalmente correcta. Es decir, dentro del socialismo científico.

Enseguida Engels llama la atención sobre el límite de las antiguas barricadas que se utilizaron en la revolución francesa, en los movimientos revolucionarios de 1848 y en la Comuna de París. Las barricadas, decía Engels, eran esencialmente defensivas y buscaban, un efecto psicológico. Ya en 1895, con el desarrollo de las armas modernas, entre las cuales se encontraba el fusil de repetición, las barricadas se habían transformado en algo inútil desde el punto de vista militar. Más aún el desarrollo del urbanismo moderno había creado las grandes avenidas que impedían la construcción de barricadas, como instrumento de paralización de los ejércitos. De esa manera, la barricada como medida de lucha revolucionaria, de toma del poder, se mostraba en este momento superada. Ya no se podía pensar en la toma del poder sin contar con un importante apoyo dentro de las fuerzas armadas. En el contexto del periodo, se planteaba la necesidad de mantener el plano legal de lucha, hasta el punto en que el adversario imposibilitado de parar el avance popular rompiera él mismo la legalidad, originando una situación revolucionaria, esta es la primera formulación clara de una estrategia revolucionaria basada en el desarrollo legal del movimiento obrero.

En la medida en que estamos creciendo políticamente, decía Engels, no podemos aceptar de ninguna manera un combate en las calles que en este momento sería desventajoso para nosotros. Habría que crecer mucho más antes de poder aceptar cualquier provocación, que en este momento lanzaría a la clase a una política autodestructiva. Si este avance de masas proseguía, Engels creía posible conquistar, hacia el fin del siglo, a la mayor parte de las capas medias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos, y crecer hasta convertirse en la potencia decisiva del país.

Merece una nota aparte la relación entre el proletariado, convertido en la fuerza principal de enfrentamiento con la burguesía, y las otras clases y capas sociales cuyo apoyo le permitiría convertirse en una fuerza mayoritaria. De entre esas capas medias la preocupación de Engels se concentró especialmente en los campesinos. En su artículo "El problema campesino en Francia y en Alemania" plantea claramente el valor estratégico del apoyo campesino:

La conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima. Pero, para conquistar el poder político, este partido tiene antes que ir de la ciudad al campo y convertirse aquí en una potencia. Este partido, que lleva a todos los demás la ventaja de tener una visión clara de la concatenación

existente entre las causas económicas y los efectos políticos y que, por esa razón, hace ya mucho tiempo que ha adivinado el lobo que se esconde debajo de la piel de cordero del gran terrateniente disfrazado de amigo importuno de los campesinos, ¿va este partido a dejar tranquilamente al campesino, condenado a la ruina, en manos de sus falsos protectores, hasta que se convierta de adversario pasivo en un adversario activo de los obreros industriales?⁴

La actitud débil de la socialdemocracia alemana (que tenía su origen en las concepciones de Lassalle) en relación a la aristocracia, la llevaba a adoptar una actitud de rechazo a la burguesía y un obrerismo definitivamente peligroso para la clase obrera. Es por esto que, en su *Critica al Programa de Gotha*, Marx ataca airadamente la afirmación del programa de que frente a la clase obrera "todas las otras clases no forman más que una masa reaccionaria" Marx afirmaba:

En el *Manifiesto Comunista* se dice:

"De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es un producto más peculiar".

Aquí, se considera a la burguesía como una clase revolucionaria -vehículo de la gran industria- frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquéllos y éstas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por modos caducos de producción. No forman, por tanto, juntamente con la burguesía, sólo una masa reaccionaria.

Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el Manifiesto añade que las

"capas medias [. . .] se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado".

Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera "no forman más que una masa reaccionaria", juntamente con la burguesía, y, además -por si esto fuera poco- con los señores feudales.

¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales y a los campesinos: Frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?⁵

La preocupación de ampliar la alianza de las fuerzas populares era constante en Marx y Engels, frente al sectarismo de sus compañeros. Es en este sentido que Engels habla de la eminente transformación del partido del proletariado en mayoría, en una

[. . .] potencia ante la cual tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones provocativas esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante del ejército socialista en Alemania e incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París. Aunque, a la larga, también esto se superaría. Para borrar del mundo a tiros un partido de millones de hombres, no bastan todos los fusiles de repetición de Europa y América. Pero el desarrollo normal se interrumpiría; no se podría disponer tal vez de la fuerza de choque en el momento crítico; la lucha decisiva se retrasaría, se postergaría y llevaría aparejados mayores sacrificios.⁶

Estas consideraciones de Engels son muy importantes desde el punto de vista de la estrategia y la táctica. Habrán de repetirlas varios pensadores marxistas en otras circunstancias históricas. Todos ellos han señalado la necesidad de utilizar racionalmente las fuerzas de la clase, de no desperdiciarlas en un momento equivocado, de reservarlas para el momento decisivo. La concepción del enfrentamiento de clases es muchas veces expresada por los marxistas desde un punto de vista muy similar a la ingeniería y a la física, concibiéndose el proceso de acumulación de fuerzas como un proceso de acumulación de energías, y los enfrentamientos parciales como desgastes de energía cuando son equivocados y como medios de su acumulación cuando son correctos. La lucha parcial puede tener un carácter u otro, conforme sea su conducción. La cuestión de la acumulación de fuerzas pasa a ser el elemento esencial para el desarrollo de la lucha. Esos principios se presentan mucho más desarrollados en Lenin. Este gran estratega del marxismo concebirá muy claramente la organización política como una especie de ejército, que tiene que actuar con una concepción militar. Es decir,

⁵ Ibid., pp. 17-18.

⁶ Ibid., pp. 120-21.

pensando que las fuerzas hay que guardarlas para actuar en el momento correcto, retirarlas o hacerlas avanzar, con una conducción muy clara. Para Lenin, la necesidad del estado mayor que dirige el partido es fundamental; como también lo es su conocimiento científico de las leyes de la lucha de clases.

Después de trazar el panorama de avance organizado de las masas en la legalidad burguesa, así como la negativa del partido socialdemócrata a romper por su cuenta esta legalidad, Engels llama la atención, en la introducción a *Las luchas de clases en Francia*, sobre la paradoja de la situación:

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados con Odilón Barrot: *La Légalité nous tue*, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos con esta legalidad músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos, esta legalidad tan fatal para ellos.⁷

Según Engels, el desarrollo del movimiento en un nivel legal, llevaría a la burguesía a romper ella misma la legalidad y a buscar otra forma de enfrentamiento. Por lo tanto, Engels no concebía el desarrollo del movimiento como algo progresivo, como un aumento gradual de fuerzas que se iban acumulando de manera lineal. Por el contrario, con una visión dialéctica, comprendía que el desarrollo de la organización de la clase lleva a la burguesía a la contrarrevolución y la obliga a quebrar, incluso, los instrumentos legales que había entregado a la clase obrera para su actuación en el cuadro de la legalidad burguesa.

Engels, al redactar ese texto y enviarlo al partido socialdemócrata, estudia la situación de la época y lo hace pensando en esta situación concreta. Pero los compañeros del partido, particularmente Kautsky, responsable directo de su publicación, eliminan las referencias al inevitable enfrentamiento. Estos cortes de Kautsky son muy significativos pues muestran la diferencia entre las concepciones estratégicas revolucionarias y las reformistas acerca de la utilización de la legalidad. Kautsky no defendía una concepción reformista en ese momento, lo hacía por razones tácticas, pero las razones tácticas se van convirtiendo en razones estratégicas. Y como decía Engels en su crítica al programa de Erfurt, no se puede impunemente ocultar y dejar de discutir ciertos problemas políticos, porque el partido se verá desprevenido frente a las situaciones concretas.

De la constatación empírica de que el movimiento está creciendo y acumulando fuerzas, nace la idea equivocada de que el movimiento automáticamente se va a convertir en mayoría y es posible, por lo tanto, evitar el enfrentamiento revolucionario. Desde esta errónea concepción, el enfrentamiento pasa a ser entendido como

una idea catastrofista de algunos sectores. Estas y otras concepciones tácticas que se desarrollan en el periodo van oscureciendo la visión partidaria de las situaciones más conflictivas que se van presentando. La historia de la socialdemocracia es la historia de un terrible fracaso político, fracaso que culminará en la guerra de 1914 y que será objeto de estudio en partes posteriores de este libro. El predominio en el partido de la concepción evolucionista, que rehúye la discusión del problema de la contrarrevolución, minimiza el análisis del salto cualitativo que supone la revolución y debilita el estudio de la cuestión de las alianzas, fue una de las principales razones de este fracaso.

X. Las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels: Un balance

El pensamiento de Marx y Engels sobre la estrategia y la táctica revolucionarias nunca llegó a sistematizarse en un libro o artículo específico. Se encuentra disperso en los análisis de varias situaciones concretas y se reflejó, también, en su actuación política, cuyo alcance solamente se pudo medir a fines del siglo. Con la dimensión histórica que tenemos hoy día, es posible sistematizar, sin grandes errores, la concepción general que nace de estos análisis particulares y de esta actuación política.

Sin duda, un aspecto central de su concepción estratégica es la relación entre revolución democrática y revolución proletaria. Marx y Engels vivieron en la época de las revoluciones democráticas. En tales circunstancias, cualquier actuación política significativa tenía que enfrentar agudamente la cuestión de la lucha democrática, e intentar vincularla con la revolución proletaria en perspectiva.

Marx y Engels participaron activamente en las luchas democráticas de su tiempo y criticaron toda pasividad o sectarismo -en nombre de los intereses particulares de la clase obrera- frente a ellas. Para ellos, la revolución democrática tenía el máximo interés histórico para la clase obrera, como condición necesaria para alcanzar el socialismo. Esta afirmación no debe ser entendida de una manera rígida y esquemática.

En primer lugar, la participación obrera en la revolución democrática no debía tener el sentido de apoyar a la burguesía. Más bien, debía disputarle el liderazgo de la revolución democrática para radicalizarla y llevarla rápidamente hacia el camino del socialismo, a través de la táctica de la revolución permanente.

En segundo lugar, ellos entendieron que, dado el avance general del movimiento obrero, era posible realizar, en situaciones específicas, importantes saltos históricos que permitían superar en un proceso único las formas precapitalistas y soslayar, en parte, una etapa capitalista. Esta concepción general queda muy clara en el apoyo que Marx y Engels brindaron a los populistas rusos, en contra de Plejánov y Vera Zasúlich. Sólo un poco antes de su muerte, Engels reconoció que la penetración del capitalismo en el campo ruso había destruido la vieja comuna rural y hacía imposible el paso de ésta a un régimen próximo al socialismo, sin mediar un periodo capitalista.

En todas las circunstancias históricas, Marx y Engels se jugaron totalmente por la lucha democrática. Trataron siempre de impedir que el movimiento obrero se encerrara en un mundo de reivindicaciones puramente económicas, que lo llevaría a despreciar el proceso revolucionario concreto en curso y a abandonar a las otras clases revolucionarias de su tiempo. Quien no entiende la relación dialéctica entre la revolución democrática y la revolución socialista no ha aprendido el ABC del marxismo. Este tema estará en el centro de todos los debates, no sólo en el periodo de las revoluciones burguesas, sino aun después de 1917, cuando se inicia un proceso revolucionario nuevo, de contenido proletario y socialista. A pesar de que en este periodo nuevo la revolución democrático-burguesa pasa a depender, en muchos casos, de una dirección proletaria (como lo demostró la revolución rusa y las revoluciones posteriores), la esencia del leninismo, y de todos los movimientos revolucionarios del periodo, está en su capacidad para entender la relación dialéctica entre estos dos procesos históricos, al mismo tiempo excluyentes y complementarios.

La revolución democrática, como la concibe el marxismo, no es de ninguna manera un proceso que interese solamente a la burguesía, en principio su beneficiaria privilegiada. Es un proceso histórico, de carácter secular, que consiste en la formulación de un mercado interno y una integración nacional en el plano económico; una centralización estatal y la formación de un parlamento o una instancia de poder democrático, en el, plano político; una democratización de la enseñanza y de la cultura, con la consiguiente imposición del concepto de ciudadanía y del respeto a los derechos individuales y de asociación, en el plano superestructural. La burguesía entiende estos objetivos como fin último del hombre, como valor universal, como meta histórica a ser alcanzada. La clase obrera ve en la revolución burguesa únicamente un instrumento histórico que le entrega importantes elementos para continuar el proceso revolucionario en el sentido de la destrucción de las clases y de la imposición de una sociedad absolutamente superior.

Por esta razón, a pesar de su fuerte apoyo a la revolución burguesa, el marxismo jamás se deja confundir por sus ideales, ni sobrepone los valores burgueses a los intereses de la revolución proletaria. La revolución burguesa no tiene ningún valor en sí misma: sólo tiene un valor histórico y mediador de la revolución proletaria. Ésta es la cuestión dialéctica central. ¿Cómo pudieron Marx y Engels jugarse a sí mismos y a la clase obrera, arriesgando incluso su vida, para defender una revolución que no era la suya, que sólo tiene un valor histórico, que sólo es un momento de una revolución posterior? La razón es muy simple: el marxismo es un pensamiento dialéctico, histórico, concreto. Para él, sólo hay historia; no hay valores perennes, ni luchas que trasciendan el marco de los procesos históricos concretos. La revolución proletaria es también un momento de un proceso histórico más amplio, que nosotros sólo podemos entrever en las brumas del futuro. Los liberales, con su idealismo, luchan por valores ahistóricos, y pueden dispensarse de participar en una revolución concreta porque ella no se ajusta a "sus" valores. Sólo un pensamiento no dialéctico puede negarse a

participar en un proceso histórico concreto, de carácter progresista, en nombre de un ideal abstracto de sociedad. Si no, ¿qué sentido hubiera tenido la lucha contra el socialismo utópico y el idealismo?

Como lo veremos en la tercera parte de este libro, Lenin entendió, en toda su fuerza dialéctica, la relación entre la revolución burguesa y la revolución proletaria. Él convocó al proletariado ruso no sólo a apoyar la revolución democrática en su país, sino a dirigirla junto con el campesinado, atacando sin piedad a los mencheviques. Estos, en nombre de la pureza revolucionaria, se negaban a comprometerse con la revolución burguesa y apoyaban desde fuera a los partidos burgueses, para así resguardar su independencia y poder atacar “desde abajo” a la democracia burguesa triunfante, Marx y Engels participaron en la primera línea de fuego de la revolución de 1848; apoyaron la unión norteamericana en contra del sur, la guerra alemana en contra del imperio de Bonaparte, la república francesa nacida de esta guerra, llamando a la clase obrera a respaldar la lucha nacionalista de los polacos; criticaron firmemente a Lassalle por no aliarse a los liberales alemanes, aun cuando parecía que el movimiento democrático alemán no mostraba ninguna consecuencia, etcétera, etcétera. Marx y Engels sin embargo, no se dejaron confundir nunca con liberales o demócratas. Jamás tuvieron ningún prejuicio liberaloide; y cuando los obreros franceses se levantaron en 1871 contra el gobierno de la República, no sólo se pusieron a su lado, sino que exigieron una política consecuente de confiscación de los bancos y destrucción del parlamento republicano y su poder militar.

Tal comportamiento puede aparecer incomprensible, y aun oportunista, para un liberal o cualquier tipo de idealista. Sin embargo, es absolutamente coherente y consecuente. Las mismas razones tácticas que recomendaban que los obreros franceses no se rebelasen contra la república recién conquistada en 1871, exigían que, una vez ocurrida la rebelión, buscasen tomar todo el poder sin vacilaciones. En la Comuna de París quedó muy clara la verdad histórica para los que creían que Marx se había convertido en un reformista, juzgándolo por su actuación moderada en la I Internacional (al tratar de encauzar la lucha obrera hacia su organización política y sindical dentro de la sociedad burguesa entonces dominante). El partido de Marx era el de la revolución obrera y no le asustaba ninguna forma de lucha para alcanzar tales fines. El Marx viejo no era menos revolucionario y menos incendiario que el Marx joven.

Estas consideraciones nos remiten enseguida a otro gran tema de la estrategia marxista, la relación entre reforma y revolución. La comprensión de la relación dialéctica entre estos dos procesos es aún más esencial que la antes analizada para la estrategia y la táctica socialistas. Marx y Engels lucharon firmemente contra los socialistas utópicos y los anarquistas por su rechazo a participar en las luchas de la sociedad burguesa. La lucha por la ley de diez horas de trabajo fue no sólo saludada con entusiasmo por Marx y Engels, sino que fue el centro de la concepción estratégica que orientó su actuación en la I Internacional. Así también las

luchas por el voto universal, por la organización sindical de la clase obrera y por las leyes de seguridad social, fueron elementos principales del avance obrero, en la segunda mitad del siglo XIX, que ellos apoyaron.

A través de las luchas por demandas inmediatas en el interior del sistema actual, la clase obrera no sólo mejora temporalmente sus condiciones materiales de vida -obteniendo posibilidades más favorables de educación y organización- sino que puede acumular fuerzas, ganar posiciones de poder en el interior de la sociedad existente y desde allí atacar sus bases en el futuro. Pero, aún más, las reformas que se obtienen, las conquistas que se alcanzan, imponen en el interior de la sociedad burguesa leyes económicas que permiten y a veces obligan a este sistema a agotar sus posibilidades históricas profundizando sus contradicciones. Esta tesis quedó impresa en *El Capital* y en el *Mensaje inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores*.

En este sentido, es necesario comprender el papel de las reformas en el proceso revolucionario. No son pasos acumulativos que se van sumando progresivamente hasta convertirse mecánicamente en una sociedad nueva. Los gérmenes de la sociedad socialista nacen en el interior de la sociedad capitalista, pero son su negación dialéctica, su contrario. El parto de la nueva sociedad no es, por lo tanto, un proceso lineal y gradual. Las reformas de carácter proletario se vuelven contra las ganancias de los capitalistas y los obligan a buscar otras formas de compensar estas pérdidas. Si las reformas son eficaces en la defensa de los intereses obreros, tienden a entorpecer el funcionamiento de la economía capitalista, basada en la búsqueda constante de una alta tasa de ganancia. Desde el punto de vista político, la conquista relativa de posiciones, por parte de la clase obrera, empieza en un momento dado a amenazar la supervivencia de todo el orden social capitalista. Es lógico, por lo tanto, que los avances realizados por la clase obrera en el interior de la sociedad capitalista desarrollen la contrarrevolución y lleven a la polarización de la lucha de clases, en vez de conducir a un proceso de transformación gradual y unilineal hacia una sociedad superior. No hay pues una oposición mecánica entre reforma y revolución. Según lo expresó magistralmente Engels, en su Introducción a *Las luchas de clases en Francia*, el crecimiento del movimiento obrero, dentro del orden legal capitalista, engendraba la contrarrevolución burguesa y el abandono de su propia legalidad. La guerra de 1914-1917, el movimiento conservador que la precedió, la fracasada ola revolucionaria de la posguerra y su destrucción por el nazifascismo, revelan cuán verdadera y lúcida era la visión de Engels, nacida de su razonamiento esencialmente dialéctico.

Las discusiones sobre reforma y revolución que se presentarán en la Internacional, después de la muerte de Engels, van a ser extremadamente significativas para elucidar la importancia estratégica que tiene la comprensión correcta de esta relación dialéctica entre los dos procesos. Ni un reformismo gradualista, ni un revolucionarismo catastrofista pueden dar cuenta del conjunto del proceso revolucionario; ambos están equivocados y son incapaces de llevar a buen término la dirección del proceso revolucionario.

La comprensión del papel de la conciencia, para la correcta dirección de la lucha de clases, nos conduce de inmediato a otra cuestión candente de la estrategia marxista: la relación entre la vanguardia revolucionaria y las masas. Marx y Engels no plantearon, de una manera sistemática, su concepción del partido revolucionario. Pero de sus ideas puede extraerse un claro bosquejo, si acompañamos sus pasos políticos. En 1848, Marx y Engels participan en un típico grupo de carácter jacobino, conspirativo y secreto, cuya disolución proponen en 1852. Critican su carácter de secta y se proponen superar este tipo de organización lanzándose enérgicamente a la formación de una Internacional obrera en 1864. La Internacional no logró unificar al conjunto de la clase obrera, como lo querían Marx y Engels, manteniéndose restringida a un nivel de vanguardia e infiltrada por varias sectas: proudhonianos, blanquistas y bakuninistas. Esto llevó a Marx y Engels a abogar por su extinción en 1876. Para ellos, sólo valdría la pena reorganizar una Internacional obrera cuando se contase con fuertes partidos obreros en Inglaterra, Francia y Alemania que, orientados por claros propósitos socialistas y un conocimiento científico de la realidad, sobrepasaran el nivel de las sectas y grupos de vanguardia, para convertirse en expresión real de la clase obrera. Tal fue lo que ocurrió con la II Internacional.

La concepción partidaria de Marx y Engels no despreciaba, de ninguna manera, el papel de los cuadros de vanguardia en la constitución y dirección del partido obrero. Se trataba, sin embargo, de hacer realidad aquella fórmula más bien intuitiva que ya se esbozara en el *Manifiesto del Partido Comunista*: los comunistas no forman ninguna facción aparte del movimiento obrero, sino que luchan por su unificación revolucionaria. Los comunistas son la expresión consciente, avanzada, teóricamente desarrollada de la clase que pretenden representar. El partido comunista, cualquiera que sea su nombre, es por lo tanto el partido de la clase obrera y sólo como tal tiene vigencia histórica. La vanguardia y la clase se encuentran unidas férreamente a través del partido. Cuando los revolucionarios no logran identificarse con la clase y estar a su cabeza, no son vanguardia y no hay partido revolucionario. Si no se establece este vínculo orgánico, si el partido obrero no tiene a su cabeza una ideología revolucionaria y una vanguardia consciente capaz de implementarla, no es un partido revolucionario.

Las discusiones posteriores, en que participaron activamente Lenin y Rosa Luxemburgo, van a esclarecer bastante la verdadera relación entre la vanguardia y las masas. Pero queda aún mucha confusión sobre esta relación dialéctica que se expresa en un partido revolucionario. Engels veía en los partidos de la II Internacional la encarnación del futuro partido revolucionario, y demostró bastante optimismo en relación a ellos. Pero, al mismo tiempo, criticaba muy duramente sus debilidades ideológicas y sus concesiones, que empezaron ya en el Congreso de Gotha (tan acerbamente criticado por Marx) y que se prolongaron en el Congreso de Erfurt, frente al cual Engels planteó muchas reservas. No hay duda que la gran debilidad de la II Internacional ya no estaba en el espíritu de secta o de organización vanguardista, que había logrado superar brillantemente,

reflejando los grandes avances del movimiento obrero europeo de fines de siglo; sino que estaba en la formación política de su vanguardia y en la orientación ideológica del partido.

Revolución democrática y revolución proletaria, reforma y revolución, masas y vanguardia, forman polos dialécticos de un proceso revolucionario único que lleva a la revolución socialista. Esta concepción estratégica se corona con la comprensión del papel del internacionalismo y del nacionalismo en este proceso histórico. Marx y Engels lucharon insistentemente por el carácter internacional de la organización del proletariado. Esto no los llevó, sin embargo, a desprestigiar el problema nacional, al cual siempre dedicaron un gran interés. Su preocupación por impedir la anexión de Alsacia-Lorena por los alemanes, su llamado a la defensa militar de los derechos franceses en la región, su defensa del nacionalismo polaco (sobre el cual cambiaron de posición), su apoyo al movimiento revolucionario ruso, demuestran que no tenían una posición abstracta frente a las luchas de liberación nacional; las consideraban parte del proceso revolucionario democrático y, en consecuencia, de interés para la clase obrera. Será posteriormente, con el leninismo y la discusión con Rosa Luxemburgo sobre el problema de la autonomía nacional, cuando se esclarecerán definitivamente estas cuestiones.

Es claro, sin embargo, que en estos problemas como en otros, Marx y Engels no defendieron una posición de principios abstractos. No se trataba de defender a todas las naciones indiscriminadamente y oponer los intereses nacionales a los de la revolución proletaria, justificando el paralizar un proceso revolucionario si éste afectara la consolidación de una nación cualquiera.

En éste, como en los otros aspectos discutidos de la estrategia marxista, son los intereses de la revolución proletaria los que sirven de guía para la apreciación de los procesos históricos concretos y de los valores involucrados en ellos. Así como su participación en las revoluciones burguesas jamás hizo liberales de Marx y Engels, su participación en la lucha por reformas nunca los transformó en reformistas; su defensa del papel de las masas en la creación del partido no los hizo espontaneístas; ni tampoco su defensa de la autodeterminación de los pueblos oprimidos, y de sus derechos nacionales, los transformó, jamás, en nacionalistas.

La historia de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels revela, sobre todo, su concepción dialéctica de los procesos históricos, imposible de comprender dentro de un pensamiento mecanicista.

En el desarrollo de la lucha de clases en que participaron, Marx y Engels llegaron a elaborar tres grandes líneas tácticas: la revolución permanente, en 1856; la lucha por imponer la economía política proletaria en el interior del orden capitalista; y la concepción revolucionaria de la lucha legal de masas. Stanley Moore, en su libro *Tres tácticas marxistas*, ha llamado a esas concepciones: la táctica de minoría, la táctica de la competencia pacífica y la táctica de mayoría. En el transcurso de este estudio hemos analizado cada una de estas concepciones.

En 1850, Marx y Engels esperaban una nueva ola revolucionaria en Alemania, conducida básicamente por la pequeña burguesía, desplazada del gobierno de conciliación que sucedió al fracaso de la revolución de 1848. Reconocían la impotencia del proletariado para comandar un proceso revolucionario y su condición minoritaria. Autocriticando su actuación en 1848, insistieron sobre la necesidad de mantener la independencia orgánica del proletariado, golpeando junto con la pequeña burguesía a la aristocracia, pero marchando separados. La esencia de la concepción de la revolución permanente estaba en la táctica que debería seguir el proletariado: no sólo tenía que denunciar las vacilaciones de la pequeña burguesía para cumplir su programa y sus promesas; debía también abrir progresivamente el camino hacia un programa cada vez más radical, que impidiese la consolidación de la pequeña burguesía en el poder y abriera el paso a la dirección obrera, no sólo para realizar la revolución democrática, sino para iniciar el socialismo.

La táctica de la revolución permanente fue autocriticada por Engels posteriormente, cuando el movimiento obrero tomó cuerpo y se transformó en una posible alternativa de poder en Europa. Pero no se puede creer que su posición autocritica se extendiera a los países fuera de Europa desarrollada. En este sentido, hay que tomar en consideración el apoyo que Marx y Engels brindaron a los populistas rusos, incluso en contra de los marxistas ortodoxos. Marx y Engels no sistematizaron su concepción de la revolución permanente, pero es bastante probable que la viesan como una orientación táctica global para el proletariado en el seno de la revolución burguesa en los países atrasados de Europa. En los años sesenta, el proletariado europeo empieza a despertar del letargo que sufrió el movimiento en Inglaterra, el movimiento proletario logró obtener resultados concretos dentro del orden existente, principalmente la ley por las diez horas de trabajo.

En el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx busca sistematizar este proceso de conquistar posiciones dentro del orden capitalista, a través de lo que él llamó la economía política obrera. En este periodo, escribió también su célebre prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política, donde planteaba la tesis de que los gérmenes de la nueva sociedad se gestan en el interior de la vieja y que el nuevo orden no puede nacer mientras el anterior continúe desarrollando las fuerzas productivas. Muchos han visto en esta concepción táctica, que Marx desarrolla en su actuación dentro de la I Internacional, un cambio de posición hacia una táctica de reformas graduales dentro del orden capitalista, que implicaba un abandono de las formas de lucha insurreccionales por la clase obrera. Esto no es verdadero, ni teórica ni prácticamente. Teóricamente Marx no veía en el desarrollo de las restricciones al funcionamiento de la economía de mercado, el embrión de un nuevo orden que se impondría gradualmente sobre ésta: sino que esas restricciones irían profundizando la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas. La competencia pacífica entre los dos órdenes sociales en choque no era una situación definitiva, sino el producto de equilibrios relativos de fuerza que anunciaban graves enfrentamientos

y conflictos. Desde el punto de vista práctico, hay que subrayar el fuerte apoyo de Marx a la Comuna de París cuando ésta asumió el poder, para comprender que la táctica de ganar posiciones dentro del orden capitalista, jamás fue concebida por él como un medio para llegar al poder gradualmente, sino como una forma de acumular fuerzas, en espera de una situación decisiva. Finalmente, la táctica revolucionaria de masas que elaboró Engels en 1895 corresponde a esta misma concepción. Engels vio en el desarrollo de la lucha legal, en las últimas décadas del siglo XIX, un instrumento de acumulación de fuerzas que permitiría a la clase obrera conducir, a través de una política de alianzas, a las clases medias rurales y urbanas hacia una política socialista. En ese momento, la revolución burguesa ya se había consolidado en los países capitalistas más avanzados, y las tareas que quedaban por realizar asumían el carácter de reformas.

La única revolución que se planteaba entonces era la socialista. Cabía analizar esta nueva situación histórica, así como los cambios que provocaba en la estrategia y la táctica del partido revolucionario. La táctica de Engels no era gradual y él no creía posible que el proletariado llegara tranquilamente a ser mayoría. Mostró muy bien que, en el caso de Alemania, esta lucha legal llevaría a la burguesía, los terratenientes y la burocracia civil y militar del imperio a romper el marco legal que permitía este fortalecimiento del proletariado. Refiriéndose, en otros textos, a las situaciones de Estados Unidos e Inglaterra, donde la democracia burguesa era mucho más sólida, Marx y Engels planteaban la hipótesis de un triunfo electoral seguido de una rebelión burguesa.

En todos los casos, aún donde era posible un camino electoral, la lucha por obtener la mayoría nacional no debía separarse de una concepción revolucionaria y debería prever el enfrentamiento abierto de clase, incluso en el plano militar. De ahí la insistencia de Engels sobre la necesidad de la propaganda revolucionaria en las fuerzas armadas, a fin de ganar su mayoría hacia la revolución.

Las interpretaciones equivocadas de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels son el producto de una visión unilateral de su pensamiento y de su práctica. La concepción materialista-dialéctica que los inspiraba, los llevaba a adaptar sus concepciones estratégicas y tácticas a las circunstancias socioeconómicas, sin sectarismos y sin prejuicios revolucionarios o liberales, de izquierda o de derecha.

Marx y Engels jamás se propusieron hacer la revolución de cualquier manera; lo que proponían era aprovecharse de las condiciones objetivas favorables, para crear las condiciones subjetivas, orgánicas y políticas que la hiciesen posible. La revolución proletaria siempre fue su meta; cuanto concepción estratégica y táctica elaboraron, fue para servir a este objetivo. Esto no los llevaba, sin embargo, a una actitud unilateral, sino a una sutil adaptación de estos objetivos generales a las situaciones históricas concretas.

El proceso histórico no ha seguido los caminos concretos que ellos esperaban. Aquel movimiento revolucionario ruso que tanto interesó a Marx al final de su vida y que tantas esperanzas despertó en él y en Engels, terminó por abrir camino a la primera revolución socialista, la cual se restringió por varios años a la experiencia imprevisible del socialismo en un solo país.

El método que ellos elaboraron, las teorías que desarrollaron y el movimiento político que inspiraron, fueron los orientadores en este nuevo camino, a través de un discípulo genial que supo adaptarlos a las nuevas condiciones de la fase imperialista del capitalismo. Fue este discípulo quien nos enseñó la verdadera lección de estrategia y táctica marxistas, así como todo el valor de su teoría y práctica. Lenin nos dijo: la esencia del materialismo histórico es el método materialista dialéctico, es decir, el análisis concreto de una situación concreta.

Esperamos haber podido demostrarlo en el transcurso de estas páginas, en lo que respecta a las concepciones estratégico-tácticas de Marx y Engels. En la próxima parte, analizaremos los debates dentro de la II Internacional. En la tercera parte, veremos cómo Lenin elevó a nuevos niveles estas concepciones.

Segunda parte

Cuestiones estratégico-tácticas de la II Internacional

I. El contexto general del desarrollo de la II Internacional

Como vimos en los capítulos anteriores, la II Internacional es el resultado de una larga maduración estratégico-táctica del movimiento obrero. Después de superar el espíritu de secta, que había prevalecido hasta 1860, la Asociación Internacional de los Trabajadores vio renacer en su seno esta enfermedad infantil del socialismo, expresada en particular por las aventuras anarquistas. Vimos que esta situación llevó a la liquidación de la I Internacional. Pero las líneas de un nuevo estilo de trabajo político y de organización se gestaron en los años de 1860 a 1870.

Después de estos años de debate político, de acumulación de conocimientos prácticos organizativos y de la experiencia de la Comuna de París, maduró, en la clase obrera europea, una clara visión ideológica de su objetivo histórico (el socialismo), así como de la necesidad de la lucha política dirigida por su partido independiente para la toma del poder y construcción de una sociedad socialista.

En consecuencia, se había clarificado también la necesidad de crear un partido revolucionario que unificara la clase y la orientara hacia una política autónoma frente a los partidos liberales burgueses; política caracterizada por una constante oposición al estado de cosas existente. Se hacía también evidente, por un lado, la necesidad de luchas inmediatas para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y por otro, el papel fundamental de los sindicatos en la conducción de esas luchas.

Quedaban, sin embargo, por esclarecer muchos problemas: ¿Qué relación establecer entre la lucha legal por reformas, dentro del orden económico, social y político existente, y los objetivos finales del movimiento obrero? Ya casi nadie dudaba del valor de las luchas inmediatas económicas y políticas. Pero había grandes divergencias sobre el modo de vincularlas a la transformación revolucionaria del orden capitalista.

Era difícil establecer el vínculo dialéctico entre esos dos procesos. [El revisionismo](#) aparece como una solución unilateral del problema. Para esta corriente, la lucha por las reformas era contradictoria con la revolución y debía seguir su camino sin las perturbaciones aventureras del revolucionarismo.

El debate con el revisionismo fue indudablemente el punto central de la lucha ideológica y política del periodo, y marcó un conjunto de temas subsidiarios: la cuestión de la participación en los gobiernos burgueses; el papel de la huelga general; las cuestiones colonial y nacional; la cuestión del imperialismo y la de la guerra interburguesa.

En el transcurso del debate se fueron definiendo dos realidades, poco claras al principio. En primer lugar se fue constatando que las derrotas del revisionismo, en los congresos del Partido Socialdemócrata Alemán y de la II Internacional, no habían anulado la existencia de esa corriente, cuyo crecimiento era alimentado por las condiciones concretas de la lucha parlamentaria y sindical.

En segundo lugar se fue definiendo, en el campo del marxismo ortodoxo, una división entre dos sectores. Por un lado, se dibujaba una línea centrista que, en su condena al revisionismo, dejaba abierto el problema de la dictadura del proletariado y de la lucha revolucionaria, postergándola hasta un momento indefinido, mientras que en el plano de la lucha inmediata, se identificaba de manera cada vez más alarmante con los planteamientos reformistas. Por otro lado, se caracterizaba una tendencia revolucionaria, que exigía una actitud más clara frente al revisionismo y frente a la lucha revolucionaria.

Karl Kautsky, el teórico más influyente de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional, había asumido una posición de vanguardia en la condena al revisionismo, junto con otros importantes teóricos marxistas, como Plejánov en Rusia, Labriola en Italia, Adler en Austria.

Al mismo tiempo, otros intelectuales más jóvenes del partido, como Rosa Luxemburgo, Parvus y Lenin, producen importantes trabajos de crítica al revisionismo, identificándose en el primer momento con los "ortodoxos" y separándose posteriormente de los mismos, para conformar un ala izquierda que, con la excepción de Parvus, va a terminar rompiendo con la II Internacional.

Las vacilaciones del centro evidencian su carácter capitulador durante la primera guerra mundial y frente a la revolución rusa de 1917; acaba transformándose en una línea de oposición a la dictadura del proletariado y al marxismo revolucionario. La revolución rusa y el Estado soviético trazan una nueva línea de separación entre el reformismo y la posición revolucionaria. Dentro de la socialdemocracia se desarrolla, hasta sus últimas consecuencias, el carácter no socialista del revisionismo, que terminará arrastrando al campo burgués no sólo a su teórico, Eduard Bernstein, sino también a buena parte de sus antiguos opositores.

Para entender esta evolución, es preciso analizar las cuestiones que dieron origen a las principales divergencias sobre estrategia y táctica socialistas en la II Internacional. Si bien al principio el campo se dividía en revisionistas y ortodoxos, intentaremos distinguir, dentro de los ortodoxos, las posiciones del centro y de la izquierda, que ya se diferenciaban desde entonces, aun cuando aparecían como unitarias dentro de la rúbrica general de la ortodoxia marxista.

Antes de pasar al análisis de las divergencias, señalaremos algunas características generales de la II Internacional que enmarcaron el debate estratégico-táctico del periodo.

Como vimos, la II Internacional, al contrario de la I -que estuvo caracterizada por bases nacionales ideológicamente inmaduras, poco organizadas y sin gran participación de masas-, se presentaba como una organización basada en fuertes partidos nacionales de masas. Su dirección central conformaba una secretaría ejecutiva, que aplicaba las decisiones de los congresos, pero sin el poder centralizador del comité central de la AIT. La misma fuerza nacional de los partidos disminuía la posibilidad de una centralización. La II Internacional alcanzaba, también, una extensión geográfica más amplia. En sus congresos participaron, además de los representantes europeos y norteamericanos, delegaciones de Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur, India, Turquía, Indonesia, Argentina, etcétera. La influencia del socialismo tanto en Rusia como en Europa central, era creciente y representaba un papel importante en su desarrollo. El movimiento socialista dejaba de ser un fenómeno de los países adelantados de Europa, para ganar una dimensión mundial. Si, en el periodo anterior, los movimientos obreros de Inglaterra y Francia habían tenido un carácter de vanguardia, en esta nueva fase, el partido socialista alemán ocupaba el papel predominante. Construir un partido político fuerte, con representación parlamentaria, con una organización poderosa y un cuerpo de funcionarios, parecía ser el paradigma a seguir.

La relación del movimiento sindical con el partido fue objeto central de discusiones en todos los países. A pesar de la fuerza del modelo alemán, su sistema de organizar los sindicatos como un área de acción e influencia del partido pero con una independencia relativa fue difícilmente asimilable en todos los países. En Francia, el sindicalismo revolucionario postulaba la completa independencia respecto del partido incluso en el plano estratégico, como lo revelaron la adopción de la resolución de Amiens sobre la huelga general y la aceptación generalizada de la tesis sobre la gestión sindical en la futura economía socialista.

En Inglaterra, un movimiento sindical reformista y muy tradicional servía de base a la organización partidaria, sometiéndola a sus tendencias y despreciando en gran parte a los cuadros intelectuales y políticos. En algunas partes, el sindicalismo y el movimiento cooperativo tendían a confundirse, sirviendo de base a la estructura partidaria, mientras en otras se rechazaba el cooperativismo como base de acción.

En Alemania, las ramas juvenil, femenina, de periodistas y otras actividades se desarrollaban en asociación íntima con el partido, conformando un poderoso aparato de masas, base de una estructura partidaria que se expresaba en las múltiples publicaciones del partido y de los órganos de masas, en sus bibliotecas y escuelas de cuadros.

La existencia de este amplio aparato fue identificada, por Robert Michael, como la fuente de una burocracia que conducía al tradicionalismo y al reformismo y profundizaba el enraizamiento del partido en la sociedad capitalista. Por otro lado, la actividad parlamentaria, así como la participación en los gobiernos provinciales y de las comunas, indicaban otras formas de vínculo del partido con el orden social y político existente, formas que amenazaban progresivamente sus objetivos revolucionarios.

El surgimiento de capas bien pagadas del proletariado, y su integración al sistema de vida pequeñoburgués, reforzaban dichas tendencias. El desarrollo de una capa de asalariados no obreros y su progresiva tendencia a la sindicalización así como la atracción de capas pequeñoburguesas e intelectuales cada vez más amplias hacia el partido, empezaban a cambiar su rostro proletario y contribuían a ahogarlo ideológicamente en el reformismo. La tendencia reformista del partido encontraba así una amplia base social que tendía a arrastrar incluso a los sectores marxistas "ortodoxos".

La superación de las crisis económicas graves dio origen a un periodo de auge económico desde 1895 hasta 1913 que parecía responder a una tendencia profunda del capitalismo. La observación empírica de los hechos parecía indicar una tendencia a la conversión gradual de la socialdemocracia en mayoría, en el plano económico tanto como en el político; las conquistas logradas y la relativa estabilidad parecían indicar un avance progresivo hacia una nueva economía. La oposición puramente ideológica y teórica a la tendencia reformista parecía agotarse en un doctrinarismo formal, poco identificado con la práctica.

Así, la crisis política europea de 1905 y las crisis económicas de 1902, 1907 y 1912 no parecieron suficientes para estremecer este sólido edificio social junto con las esperanzas que creaba. Fue necesaria la gran guerra de 1914-18, y la crisis que la sucedió, para abrir camino nuevamente a una actitud revolucionaria del proletariado que se expresó en la revolución rusa, en las revoluciones de posguerra y en la III Internacional. Las luchas por la jornada de ocho horas de trabajo y por el voto universal fueron el principal factor de unificación de la II Internacional. En los otros campos, el debate era amplio y las divergencias demasiado profundas para que no se notaran al final, los graves problemas internos que dividían al movimiento. Los particularismos nacionales, y la política de colaboración de clases con la burguesía, terminaron por prevalecer de manera aplastante, al pasar por la prueba definitiva de la guerra. La Internacional se rompió en pedazos, siguiendo el destino de las burguesías nacionales involucradas en el gran enfrentamiento.

El internacionalismo proletario que parecía triunfar en los partidos, a juzgar por sus congresos, se desmoronaba de una forma desastrosa cuando se planteaban cuestiones prácticas. Las tendencias expresadas por el revisionismo alcanzaron su grado máximo, aun cuando su líder Eduard Bernstein hubiera adoptado, en el momento decisivo de 1914-18, una posición centrista.

Ésta se definía por la paz y por criticar la participación en la guerra sin oponerse radicalmente a ella; en la esperanza de que su pronta conclusión permitiría reconstruir la Internacional. Después de bosquejar este cuadro muy general, podemos estudiar, uno por uno, los temas estratégicos y tácticos más importantes de la II Internacional.

II. El debate del revisionismo: Bernstein

A Eduard Bernstein se le consideraba, al lado de Kautsky, el principal teórico marxista de la socialdemocracia alemana. Como director del *Socialdemócrata*, órgano del partido en el exterior durante los años de represión, había superado aparentemente su formación pequeñoburguesa; su estrecho contacto con Engels le había permitido asimilar profundamente sus puntos de vista. Incluso, Engels le había conferido el honor de ser su testamentario intelectual. Por todas estas razones, la adopción por Bernstein de los puntos de vista reformistas representaba un fuerte golpe al pensamiento marxista. El reformismo tenía bases políticas muy importantes en el sur de Alemania y en países como Inglaterra y Bélgica. Intelectualmente reflejaba una corriente que tenía representantes de importancia en todos los países europeos. [Los puntos de vista de Bernstein](#) no adelantaban mucho a los de los fabianos en Inglaterra, a los de Croce en Italia, a los de Sorel y en cierta medida Jaurès en Francia, al "marxismo legal" dirigido por Struve, en Rusia. Sin embargo, Bernstein desarrolló sus ideas como una autocritica desde dentro del marxismo y utilizaba su prestigio de compañero de los fundadores del marxismo para justificar sus planteamientos. Asimismo, su obra acopiaba de manera sistemática un conjunto de afirmaciones dispersas en textos de otros autores y daba al reformismo el aspecto de una doctrina coherente, a pesar de las vacilaciones y confusiones que encerraba. Bernstein inició su revisión del marxismo en una serie de artículos en la *Neue Zeit*, revista teórica de la socialdemocracia alemana, dirigida por Kautsky. Estos artículos llevaban el título general de "Problemas del socialismo". A pesar de su escasa repercusión al principio, el autor fue poco a poco obligando al partido a tomarlos en consideración. Después de varias reacciones parciales, el congreso de 1899 tuvo que discutir una carta de Bernstein donde exponía el conjunto de sus puntos de vista. La carta fue leída por August Bebel, quien se oponía al contenido pero había sugerido su redacción para esclarecer las divergencias existentes. El congreso rechazó los planteamientos de la carta y pidió a Bernstein que los redactara de manera más extensa, lo que dio origen al libro *Socialismo teórico y socialismo práctico*,¹ donde expone de la manera más exhaustiva hasta hoy conocida, el punto de vista del revisionismo.

Pasaremos a hacer en seguida un resumen de las tesis principales de este libro, con especial énfasis en sus aspectos estratégicos y tácticos.

¹ Este título corresponde a la edición en español publicada por Editorial Claridad, Buenos Aires 1966. Nosotros utilizamos para este trabajo la versión revisada en 1900 y traducida al francés bajo un título más próximo al alemán *Les pré-supposés du socialisme*, ed. du Seuil, París, 1974.

La argumentación de Bernstein se desarrolla en tres planos: el filosófico y metodológico, que expondremos sumariamente, el económico y el político. En el filosófico y metodológico, se opone al materialismo dialéctico, considerándolo un razonamiento especulativo que se aparta de los hechos. En este mismo plano, reivindica el papel creador de las ideas y de la moral, para fundamentar la doctrina socialista desde un punto de vista ético y no económico. El socialismo sería el resultado de un imperativo ético, crecientemente asimilado por los trabajadores y por toda la humanidad, como consecuencia del ejercicio permanente de la democracia.

En el plano económico, Bernstein sostiene un conjunto de tesis cuyo objeto central es demostrar la capacidad del capitalismo para adaptarse a las reformas sociales planteadas por el movimiento obrero, en vez de dirigirse a una polarización social creciente; al mismo tiempo, concluye afirmando la capacidad del sistema para superar sus crisis económicas. Se aleja así de la tesis de un inminente "derrumbe" final del capitalismo que, según él, sería la única justificación para imponer una estrategia y una táctica revolucionarias.

En el plano económico, Bernstein empieza su crítica del marxismo negando un carácter concreto a la teoría del valor y de la plusvalía.

Apoyándose en la problemática de la conversión del valor en precio (que Marx soluciona en el tercer volumen de *El Capital* al mostrar que el carácter social del valor permite establecer una relación entre la plusvalía y la tasa media de ganancia), Bernstein concluye, junto con otros teóricos del periodo, que la categoría de valor es un concepto abstracto que no tiene correspondencia en la realidad; un instrumento teórico, como el concepto de utilidad marginal del valor de Jevons. Se trata de dos aspectos diferentes de un mismo fenómeno que las dos teorías abstraen de manera arbitraria y unilateral. Para Bernstein, pues, "el valor económico tiene un doble carácter: la noción de utilidad (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor-trabajo)".

Al oponerse a la teoría del valor como categoría concreta, se opone Bernstein a la noción de la explotación como categoría económica, para reducirla a un fenómeno moral.

La tesis de que el desarrollo del capitalismo conduciría a la profundización de sus contradicciones es combatida por Bernstein al demostrar, con cifras muy poco representativas, que la explotación mediana y pequeña en los sectores urbanos y rurales no tiende a desaparecer; al contrario, según los datos que entrega, aumenta el número absoluto de estas empresas y de sus trabajadores.

En consecuencia, “la socialización de la producción y de la distribución exige como condición material anterior una centralización avanzada de las empresas que no se ha realizado hasta ahora sino parcialmente”.²

Por otro lado, si bien continúa la explotación de los trabajadores, es falso afirmar que disminuye el número de los poseedores. El desarrollo de las sociedades anónimas ha aumentado el número de poseedores de acciones, y el ingreso de la sociedad en su conjunto aumenta. Bernstein argumenta de la siguiente forma:

Las estadísticas del ingreso en los países industrializados avanzados revelan por una parte la movilidad, la fluidez y la inseguridad del capital en la economía moderna; los ingresos y las fortunas son, en proporción creciente, riquezas de papel que una ráfaga de viento puede fácilmente dispersar. No es menos verdad que la jerarquía de los ingresos no entra de ninguna manera en contradicción con la jerarquía de las unidades económicas en la industria, el comercio y la agricultura. Las escalas de los ingresos y de las empresas revelan en su estructura un paralelismo creciente, sobre todo en lo que concierne a las categorías medias. Estas no disminuyen en ninguna parte; por el contrario, las vemos aumentar en casi todas partes en proporciones considerables. Lo que abandonan en favor de la gran industria, lo retornan por el sistema de ascenso social; la proletarización se compensa por la proliferación de la riqueza general debida a la industrialización. Si la ruina de la sociedad moderna depende de la desaparición de las categorías medias situadas entre la cima y la base de la pirámide social, si tiene por condición su absorción por los extremos, la gran empresa y el proletariado, entonces esta ruina, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, no está más cercana hoy, en 1899, que en cualquier otro momento del siglo XIX.³

De esta manera, quedaría sin base también la “teoría del crecimiento de la miseria” que según los revolucionarios sería una condición necesaria para la revolución. Los capitalistas no pueden ampliar su consumo indefinidamente pues “aunque los magnates del capital tuvieran estómagos diez veces más repletos que los que el espíritu popular les atribuye, y un número de domésticos más considerable que el que en realidad tienen, su presencia en el total de la producción nacional, su consumo, no pesaría gran cosa en la balanza”. Con estos argumentos primarios, Bernstein arremete contra la teoría del subconsumo que Marx criticó también pero con otros argumentos y, al mismo tiempo, critica la teoría de la acumulación, que muestra las razones que llevan a una desproporción creciente entre los ingresos de los trabajadores y los del capital: uno de los fundamentos de la teoría de la crisis.

²Ibid., p. 129.

³Ibid., pp. 103-4.

Por otro lado -continúa Bernstein- el concepto de miseria es relativo, y muchos sectores obreros demostraron ser capaces de organizarse y sobreponerse a ella. No se puede esperar, por tanto, una miseria creciente de la clase trabajadora como consecuencia del desarrollo del capitalismo. Si se agrega a esto la no desaparición de las pequeñas empresas y el crecimiento de las clases medias, las esperanzas de los revolucionarios acerca de una polarización creciente de la lucha de clases deberían ser abandonadas para dar lugar a la concepción de un proceso paulatino de reformas sociales.

Así en el plano económico, Bernstein corona su análisis afirmando que las crisis económicas no son inevitables y que el sistema puede superarlas. La tesis de Bernstein no sólo se apoya en la tendencia del sistema a superar una baja del consumo, sino, sobre todo, en la capacidad creciente del sistema para eliminar la anarquía, a través del desarrollo de los trusts y cárteles, del sistema bancario y del crédito, así como de las comunicaciones internacionales que disminuirían la especulación.

Bernstein afirma sobre los cárteles:

[el cártel] constituye [...] un medio de adaptar la producción a los movimientos del mercado. Está fuera de duda que busca establecer igualmente una explotación de tipo monopolista. Pero, por otro lado, es innegable que representa hasta el momento el mejor medio de luchar contra la sobreproducción.

Según Bernstein, el propio Engels se había visto obligado a reconocer, en 1894, que los ciclos de las crisis tendían a espaciarse en el tiempo. A pesar de reconocer la posibilidad de crisis limitadas, en ciertos sectores, Bernstein creía que la existencia de los cárteles y del sistema de crédito podrían impedir su generalización. Además, los periodos de renovación del capital que podrían provocar las crisis no se dan en todos los sectores económicos al mismo tiempo.

Bernstein resume así su punto de vista sobre las crisis:

Hemos llamado la atención sobre el análisis que Marx y Engels hacían de las crisis. Hemos citado un cierto número de hechos indiscutibles. Son los que demuestran que este problema no puede resolverse con algunas fórmulas de moda. Podemos designar los factores de crisis y los de equilibrio en la economía moderna, pero es imposible establecer a priori cuál será su juego recíproco y su evolución. Si acontecimientos exteriores imprevisibles no provocan una crisis general -lo que, dígase de paso, puede pasar en cualquier momento-, no hay ninguna razón que obligue a pensar que una crisis propiamente económica pudiese producirse próximamente. Son inevitables las depresiones locales y parciales pero un bloqueo general del sistema es improbable debido a la organización y

extensión actuales del mercado mundial y sobre todo a la gigantesca expansión de la producción de bienes de consumo. Este último fenómeno es determinante: quizás nada ha contribuido más a la atenuación de las crisis que la baja de las rentas y de los precios de los bienes de consumo.⁴

El tercer plano en que desarrolla sus tesis el teórico alemán del *revisionismo* es el político. De esas tesis económicas resultan muy claramente los puntos de vista estratégico-tácticos del revisionismo. Pero, para postular, claramente la posición reformista, tiene que establecer una oposición formal y definitiva entre las reformas y la revolución. Esta separación la establece tajantemente Bernstein al inicio de su libro, demarcando claramente el sentido ideológico de su camino teórico:

Podemos distinguir en el movimiento socialista moderno, dos corrientes principales que, según las épocas y bajo formas diferentes, se oponen entre sí. Una se fundamenta en los proyectos de reforma elaborados por los teóricos del socialismo: es esencialmente constructiva. La otra se inspira en los levantamientos revolucionarios: es destructiva. Según las circunstancias, la primera aparece como utópica, societaria, pacífica, evolucionista, la segunda como conspiradora, demagógica, terrorista. En la medida en que nos aproximamos al periodo contemporáneo, la primera preconiza, de manera cada vez más clara, la organización económica, mientras que la otra insiste sobre todo en la emancipación por la expropiación política. En el pasado, la primera corriente estaba representada esencialmente por pensadores aislados y la segunda agrupaba a movimientos populares de carácter ilegal [...].

La teoría marxista intenta una síntesis de esas dos corrientes. Toma de los revolucionarios la idea de una lucha de clases y de los socialistas el conocimiento de las condiciones económicas y sociales necesarias para la emancipación de los trabajadores. Tal amalgama no significa, sin embargo, la superación de la contradicción: se trata más bien de un compromiso. En su libro *La situación de la clase obrera*, Engels le da prioridad a la tendencia revolucionaria en relación a la tendencia socialista, imprimiendo así a la teoría socialista este carácter de dualismo del cual no se apartará jamás. Es pues ahí donde debemos buscar las razones por las que el marxismo nos aparece, por breves intervalos, bajo aspectos diferentes. Estas variaciones no son el producto de las circunstancias o de los virajes tácticos. Son sobre todo *el reflejo de contracciones* inherentes a la doctrina.⁵

⁴ Ibid., pp. 122-23.

⁵ Ibid., pp. 61-62.

Bernstein concluye su argumento acusando a Marx y Engels de un vínculo sentimental con el blanquismo que debilita sus análisis empíricos. Para demostrar esa tesis, pone especial énfasis en los análisis de Marx de la revolución de 1848 en Francia, en *Las luchas de clases en Francia*, donde toma un claro partido a favor de los blanquistas, a pesar de reconocer posteriormente la imposibilidad de la transformación socialista de la economía capitalista europea del periodo. Pero, comenta Bemstein, si la aspiración comunista del blanquismo era absolutamente falsa, su táctica revolucionaria, en consecuencia, también lo era.

Bemstein ataca así el carácter dialéctico del marxismo en el centro mismo del problema propuesto. Para él, Marx no realiza una síntesis (imposible de entender para su pensamiento antidialéctico) entre reforma y revolución, sino un compromiso que finaliza con su adhesión emocional al revolucionarismo. La tarea de Bemstein es depurar al marxismo de esa "contradicción", optando claramente por el camino de la reforma. Para ello rompe con el método dialéctico, sin entender que es la única posibilidad teórica de superar esa aparente contradicción.

Si se rompe la síntesis dialéctica entre reforma y revolución -dos aspectos de una totalidad histórica concreta- queda, pues, el problema moral y doctrinario de decidir entre los dos métodos de lucha. Bernstein pasa a analizar las dos condiciones marxistas para el socialismo: la existencia de una economía basada en la gran empresa que haya avanzado en la socialización de la producción a su punto máximo; y por otro lado, la dirección del Estado por la clase obrera, es decir la dictadura del proletariado.

Como vimos, en sus análisis económicos el teórico del revisionismo niega que el capitalismo haya alcanzado el grado máximo de socialización de la producción, dejando entrever, aún más, que todo indica que la pequeña empresa tiende a sobrevivir indefinidamente en el capitalismo. Bernstein afirma:

No se cuestiona una apropiación del conjunto de la producción y de la distribución por el Estado. ¡Pero no hay ninguna duda de que esto no tiene dificultades! Y sin embargo el Estado estaría imposibilitado para apropiarse de la totalidad de las medianas y grandes empresas. Las municipalidades no serían una gran ayuda. Podrían comunizar las empresas de interés local y aún quedaría mucho por hacer. Pero en lo que concierne a las empresas que hasta entonces trabajaban para el mercado nacional e internacional, ¿se cree que se puede comunizarlas de la noche a la mañana en su conjunto?⁶

⁶ Ibid., p. 37.

La cuestión fundamental a enfocar es, pues, la de la toma del poder político por la clase obrera. Pero en este punto se oponen dos métodos: la actuación parlamentaria -alcanzada o por alcanzar casi universalmente por los partidos socialistas, a través del derecho al voto y otros medios legales paralelos al parlamentario- y la violencia revolucionaria, que ya comprobó su creciente ineficacia en los últimos años (y en este punto cita las críticas de Engels al uso de las barricadas, ocultando sus planteamientos sobre la conquista de las fuerzas armadas y las acciones militares masivas).

Pero si, desde el punto de vista económico, hay un evidente retraso de la socialización de la producción, hay además, en el plano político, fuertes obstáculos para la unificación de la clase obrera y su conversión en gobierno. Bernstein encuentra que no sólo existen profundas divergencias de intereses entre sectores de la clase obrera por ramas, por profesiones y por rentas; sino además una gran falta de solidaridad entre ellos. Por otro lado, a pesar de que los proletarios y otros sectores de desposeídos sean la mayoría, las enormes diferencias que hay entre ellos tenderán a aparecer si se debilitan las actuales clases poseedoras. En fin, los votos que recibe la socialdemocracia no reflejan a la mayoría de los desposeídos, ni siquiera de los obreros. Además, estos votos revelan una simpatía por el partido, pero no una actitud socialista convencida. Los votos reaccionarios correspondían entonces al doble de los socialdemócratas. Los sindicatos reunían, entonces, sectores minoritarios, cerca de un décimo de la clase. Todo esto lleva a Bernstein a una conclusión clara: no hay condiciones económicas ni políticas para empezar la construcción del socialismo. Ni mucho menos hay un proceso de polarización y de crisis que pudiese justificar un alzamiento.

Pero sí hay un movimiento político y social creciente que se apoya en el voto universal, en la democracia y en las reformas. No hay que dudar del creciente poder de la democracia política como instrumento de elevación de la humanidad.

El derecho de voto hace de aquel que lo ejerce un miembro de la colectividad. Aunque esta participación sea por el momento solamente virtual, termina, a largo plazo, por transformarse en efectiva.

Mientras la clase obrera permanece débil numéricamente, y políticamente poco formada, el derecho de voto puede parecer que carece de importancia. Pero, en la medida en que los obreros se tornan más numerosos y que su nivel de conocimiento se eleva, el sufragio universal se transforma en el instrumento por el cual ellos pueden transformar a los parlamentarios en servidores del pueblo.⁷

⁷ Ibid., p. 176

Pues si la democracia es un valor en sí, la clase obrera tiene que abandonar toda pretensión de romperla, aceptando la consecuencia natural y lógica de esta actitud: la adaptación de su estrategia y táctica, de manera definitiva y sin ambigüedades, a la lucha parlamentaria y reformista dentro del Estado actual. La tesis de la revolución fracasó frente a los hechos. El comportamiento real del partido se va ajustando a las nuevas condiciones políticas. Así también sus objetivos políticos. El partido debe abandonar las tesis de la dictadura del proletariado. Citamos al propio Bernstein:

La noción de la dictadura del proletariado es hoy a tal punto obsoleta que es necesario, para continuar usándola, desproveerla de su significación original y darle no se sabe qué segundo sentido. Toda la práctica de la socialdemocracia tienen conciencia de ser los pioneros de una civilización pacífico del sistema actual a un orden social mejor. Los militantes de la socialdemocracia tienen conciencia de ser los pioneros de una civilización superior. Es en ello donde ponen su entusiasmo y donde encuentran un estímulo. Es en ello donde apoyan su proyecto de expropiación colectiva. Pues bien, la dictadura de clases es una idea que pertenece a una cultura ya muerta. Sin hablar de sus finalidades y de la posibilidad concreta de ponerla en práctica (lo que es más problemático), representa una regresión; es un sinsentido político creer que el paso de la sociedad capitalista a la socialista debe necesariamente tomar prestadas las formas de una época que ignoraba los métodos modernos de propaganda y no conocía ninguna de las instituciones de que se dispone actualmente para imponer una nueva legislación.

[...] La socialdemocracia tiene que reconocer sus vínculos profundos con el liberalismo, ella es su hija más legítima. Para ella la garantía de las libertades civiles ha sido más preciosa que las reivindicaciones económicas.⁸

La actitud frente al liberalismo llevaba también a una reformulación de la política de alianzas con el liberalismo y los campesinos. Hemos visto la importancia que daban Marx y Engels al problema de las alianzas y su preocupación ante la evolución de la socialdemocracia alemana hacia un aislamiento de la clase obrera, aislamiento que la encerraba dentro de sí misma, que la llevaba a minimizar el enfrentamiento con la aristocracia terrateniente y la burocracia reaccionaria y que la hacía despreciar la defensa de los intereses liberales, comunes a la clase obrera y a la burguesía. Pero Bernstein no se vuelca hacia los liberales desde el punto de vista socialista y revolucionario, sino con una admiración creciente que pronto fue captada por los liberales progresistas y los llevó a considerar el revisionismo como un ala izquierda del liberalismo. Tesis correcta, defendida también por la izquierda del partido socialdemócrata, y que corroborará la evolución histórica de la socialdemocracia cuando abandona sus objetivos socialistas para sustituirlos por un radicalismo liberal.

⁸ Ibid., pp. 178, 180.

Las tesis revisionistas coronan su carácter de adhesión al sistema al enfrentarse a las cuestiones de la guerra y del colonialismo, ambas íntimamente interrelacionadas. Enseguida de criticar la propuesta de armar al pueblo, hecha por el programa de Erfurt, planteaba Bernstein la necesidad de que la defensa nacional fuera ejercida por un ejército regular, y hasta la posibilidad de apoyarlo en una política ofensiva, cuando ésta respondiese a una posible agresión.

A pesar de que Bernstein no apoyó la participación alemana y socialdemócrata en la primera guerra mundial, esta actitud no se debe a una posición antibelicista consecuente sino a razones meramente circunstanciales, pues él intentaba identificar, en su libro, los intereses militares nacional burgueses con los de la clase obrera.

Pero donde su nacional chauvinismo se revela plenamente, mostrando el vínculo profundo entre el reformismo y la defensa del Estado nacional burgués, es en su posición sobre la cuestión colonial, que atañía a vastos sectores del partido:

Es necesario examinar seriamente las perspectivas ofrecidas por la conquista colonial. Los indígenas deben ser bien tratados e indemnizados, todas las cuestiones administrativas deben ser objeto de control riguroso. Pero no hay ninguna razón para condenar a priori toda nueva adquisición. Evidentemente, en el sistema actual, la socialdemocracia no puede dejar de criticar la política gubernamental e impugnar el hecho de que Alemania tiene necesidad de nuevas colonias. Pero debemos igualmente soñar con el futuro. Alemania importa cada año cantidades considerables de productos coloniales: vendrá el día en que desearemos, al menos en parte, encontrar esos productos en nuestras propias colonias. Es bello hacerse ilusiones sobre la rapidez de la evolución social en Alemania, pero no debemos olvidarnos que será necesario un largo tiempo antes de que el socialismo triunfe en un cierto número de países. Ahora bien, no es más reprehensible que consumir los productos tropicales el hecho de organizar nosotros mismos su producción. Todo depende de la manera. No es fatal que la ocupación de los países tropicales por los europeos signifique un prejuicio para los indígenas; y en varios casos, es más bien lo contrario lo que se produce. No es la conquista la que crea derechos, sino la valorización del suelo. Una civilización evolucionada tiene pues, en definitiva, derechos superiores.⁹

El revisionismo conforma así un esquema teórico coherente, a pesar de las incoherencias y vacilaciones que revela en su desarrollo lógico.

⁹ Ibid., pp. 202-3.

Empieza por separar al marxismo de su base dialéctica, para poder apoyarse en la analítica burguesa de inspiración kantiana. Pasa inmediatamente a negar la necesidad material, económica de la revolución, al querer demostrar la capacidad de adaptación y supervivencia del capitalismo. Enseguida, tiene que apoyar al socialismo en una razón moral, que sobrepasa la lucha de clases. Y termina, en lo político, por oponer la reforma y la revolución para optar éticamente por la primera, ajustando así el conjunto de su táctica al funcionamiento del Estado burgués. El pequeño burgués se concilia así con el Estado burgués sin abandonar su simpatía sentimental por la clase obrera. La ideología surgida de este encuentro cumple un papel mediador importante entre el orden burgués y la subversión obrera, en favor de la conservación del primero.

Al final del camino del revisionismo, no queda ya nada ni del marxismo ni del socialismo pese a que, sinuosamente, Bernstein trata de ocultar esta realidad.

Bernstein concibe, pues, el socialismo como un imperativo ético, que no depende de las contradicciones económicas del capitalismo ni de un acto de violencia para asumir el poder y que será un producto natural de la evolución de la democracia. Esta noción culmina con la negativa de Bernstein a apoyarse en los objetivos generales del movimiento. Esta afirmación, que provocó muchas discusiones y que él reafirma en el prólogo de su libro, es la expresión más clara del pragmatismo antisocialista que encierra todo reformismo:

Yo no creo que se puedan saltar las etapas. Por eso yo me atengo primeramente a los deberes inmediatos de la socialdemocracia, a la lucha por los derechos políticos de la clase obrera, a las reivindicaciones y a la organización de los obreros. Es en este sentido que he escrito esta frase, la que suscribiré siempre: el movimiento es todo, y lo que se llama comúnmente el objetivo del socialismo no es nada.¹⁰

¹⁰ Ibid., p. 16.

III. La crítica centrista al revisionismo: Kautsky

El más importante oponente de Eduard Bernstein, en el debate sobre el revisionismo, fue **Karl Kautsky**, principal teórico del partido socialdemócrata alemán y de la II Internacional. Su libro *La doctrina socialista, réplica al libro de Eduard Bernstein, El socialismo teórico y socialismo práctico 1* fue considerado durante muchos años como la base de la posición marxista ortodoxa en contra del revisionismo. Esta apreciación parecía universal, hasta que se empezó a caracterizar la divergencia de Kautsky con Rosa Luxemburgo, a partir de 1908, y con Lenin, sobre todo durante la primera guerra mundial y más particularmente ante la revolución rusa.

El propio Lenin, quien en los años de la polémica hizo un resumen muy elogioso de la anticrítica de Kautsky, mostrará posteriormente las debilidades de esta crítica en su artículo "La polémica de Kautsky con los oportunistas" y en sus libros *El Estado y la revolución* y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. En esas dos obras, Lenin destaca fundamentalmente la actitud vacilante de Kautsky frente a las críticas de Bernstein a la dictadura del proletariado, actitud que lo llevará posteriormente al reformismo y al antisovietismo.

De esta manera nos cabe destacar, en el libro de Kautsky que examinamos, los gérmenes de su posición centrista, sólo evidenciada claramente en los años posteriores. La crítica o anticrítica de Kautsky a Bernstein se divide en tres partes: el método, el programa y la táctica.

En la primera parte, Kautsky defiende la corrección del materialismo histórico y dialéctico, así como de la teoría del valor de Marx. Acepta que la importancia de los factores superestructurales es plenamente reconocida por Marx y Engels; pero que de ahí no se puede, sin embargo, pasar a un idealismo que sea sustento de la superioridad del factor espiritual y moral en una época, como lo afirma Bernstein.

En el capítulo sobre la dialéctica, Kautsky destruye la argumentación de Bernstein sobre la oposición entre la revolución y la reforma así como sus conclusiones sobre la evolución del movimiento obrero, después de los fracasos de 1848 y de 1871. Estas dos revoluciones, en lugar de afirmar la democracia burguesa como base

¹ Las siguientes citas corresponden a la versión en español publicada por Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966. Esta edición reproduce la traducción al español hecha por los dirigentes socialistas españoles, Pablo Iglesias y Juan A. Mella, en 1909

para el desarrollo de la democracia proletaria, mostraban que cada vez más el desarrollo de la democraciadependía de la acción de la clase obrera. "Allí donde ya no existe la democracia, sólo aparecerá ésta como democracia proletaria."²

De esta manera, Kautsky recogía correctamente la evolución de la estrategia y táctica marxistas que señalamos en la parte dedicada a Marx y Engels y que será comprendida con todas sus consecuencias prácticas por Lenin, como veremos en la parte siguiente de este trabajo.

Esta tesis, esencial para entender la estrategia y la táctica marxistas, se aplica no sólo a países más atrasados, que no completaron la revolución burguesa, sino también a los países capitalistas desarrollados. En la parte final de su libro Kautsky afirma:

Una democracia progresista no es ya posible en un país industrial sino en tanto sea democracia proletaria. De ahí la decadencia de la democracia burguesa.

Cuando el tema de la dominación del proletariado se apodera de la democracia burguesa, ésta renuncia a sus ideas democráticas de otros tiempos. Si tiene interés en conservar la democracia progresista, debe familiarizarse con la idea de la soberanía del proletariado.³

Al oponer la lucha del proletariado por el poder y la revolución social a la democracia y las reformas, Bernstein rompía la unidad esencial del proceso histórico concreto.

A título de paréntesis, es necesario señalar la debilidad de Kautsky, cuando responde a las observaciones de Bernstein respecto a la autocrítica de Engels sobre el Estado en ocasión de la Comuna de París.

Como vimos en la primera parte de este libro, Engels afirmaba que la Comuna había demostrado que no bastaba apoderarse de la máquina del Estado burgués, sino que era necesario destruirla antes.

Con especial mala fe, Bernstein utiliza la primera parte de la autocrítica sosteniendo que Engels dudaba acerca de la capacidad de la clase obrera para gobernar y sobre la dictadura del proletariado.

² Ibid., p. 49.

³ Ibid., p. 240.

Kautsky acepta esta interpretación de Bernstein, lo que causa enorme indignación a Lenin al criticar sus vacilaciones. Cerremos aquí este ilustrativo paréntesis. Kautsky continúa su crítica a Bernstein defendiendo el carácter concreto del concepto de valor en Marx, y mostrando el eclecticismo de Bernstein al intentar compararlo con el concepto del valor utilitarista.

En el plano económico, Kautsky destruye una a una, y con gran abundancia de cifras, las pretendidas revisiones de Bernstein. Además tiene que negar constantemente las falsas interpretaciones del marxismo del teórico revisionista.

No hay en el marxismo una teoría del derrumbe. Por el contrario, Marx y Engels pusieron el énfasis fundamental del proceso revolucionario en el desarrollo político e ideológico de la clase obrera. Pero este desarrollo dependía de la profundización de las contradicciones del modo de producción capitalista, y no de una evolución puramente moral del proletariado. Esta teoría -dice Kautsky- ve en el modo de producción capitalista el factor que empuja al proletariado a la lucha de clases contra los capitalistas, que aumenta su fuerza numérica, su cohesión, su inteligencia, el sentimiento que tiene de su fuerza, su maduración política, que acrecientan cada vez más su importancia económica, que hacen inevitable su organización en partido político y la victoria de este partido, y no menos inevitable, también el modo de producción socialista, como consecuencia de esta victoria.⁴

Esa teoría está, pues, intrínsecamente ligada a las leyes generales del capitalismo que Marx enuncia en *El Capital*. Por eso Kautsky pasa a examinar las críticas del revisionismo a la concentración económica, a la polarización creciente entre capital y trabajo y a las crisis económicas. Nos es éste el lugar apropiado para exponer en detalle esos análisis; debemos hacer un resumen muy sumario pese a que ocupan la mayor parte del libro. Kautsky reúne toda la información disponible sobre el proceso de concentración industrial y agraria. Señala, muy justamente, que la mayor concentración sólo crea las condiciones para resolver el problema del paso al socialismo, pero no lo resuelve ella misma. "Esta solución -señala- sólo puede salir de la lucha del proletariado, de su fuerza de voluntad y del sentimiento que de sus deberes tiene."⁵

Los datos que presenta demuestran irrefutablemente la debilidad de las críticas revisionistas. Sólo en el sector agrario se podría notar un cierto estancamiento de la tendencia a la concentración en Alemania; pero de cualquier manera, la población agraria tiende a disminuir su peso relativo en el conjunto de la población.

⁴ Ibid., p. 70.

⁵ Ibid.: p. 76.

Así, es de esperarse que, con el desarrollo del capitalismo en el campo, se acentúe el proceso de proletarización y concentración, como de hecho ocurrió históricamente. Kautsky hace notar, con todo, que esta tendencia general a la concentración no implica una destrucción absoluta de la pequeña empresa; indica solamente una tendencia cuya mayor o menor aceleración depende de muchas circunstancias concretas. Además, hay un proceso de decadencia de la pequeña propiedad, que la va asociando a las actividades semiproletarias y marginales del sistema. Kautsky resume muy bien esos aspectos de la manera siguiente:

Observemos, ante todo, que la concentración del capital no se produce con la misma progresión en todas las ramas de la industria. La gran explotación acapara sucesivamente estas diversas ramas, y suplanta a la pequeña explotación, sin arrojar, por esto, a las filas del proletariado a todos los pequeños emprendedores de esta explotación.

Expulsados de una industria, buscan otra nueva, venden, por ejemplo, un producto, después de haberlo fabricado, y de industriales se convierten en intermediarios. El dominio de la pequeña explotación se reduce así cada vez más, sin que disminuya el número absoluto de las pequeñas explotaciones. La progresión de la gran explotación se manifiesta, por un lado, por un aumento excesivo de las pequeñas explotaciones; por otro lado, si la competencia de las grandes explotaciones conduce a la desaparición de las pequeñas, determina además su propia ruina, haciéndose la competencia entre ellas. De este modo van cayendo cada vez más en la dependencia del capital, son impelidas cada vez más a especializarse y preparan así el terreno a la gran explotación, que, tarde o temprano, hace también su aparición en este dominio.⁶

En la sociedad tiende a aumentar el número de los no propietarios en relación a los propietarios y, dentro de éstos, la diferencia entre los burgueses y los pequeñoburgueses. Las estadísticas de Bernstein sobre el aumento del número de propietarios son demasiado elementales y fácilmente destruidas por los datos más directos y concretos presentados por Kautsky.

Kautsky demuestra la manera equivocada en que Bernstein entiende la propiedad de acciones y la naturaleza de las sociedades anónimas. Éstas expresan el dominio de capital sobre los pequeños ingresos privados, antes que el aumento de los propietarios, como lo sostiene Bernstein. Además, las estadísticas sobre el número de acciones no esclarecen el problema del número de propietarios, ni revelan el dominio de los grandes capitalistas sobre un capital ajeno.

⁶ Ibid., pp. 83-84.

El sistema de las sociedades anónimas lejos de impedir los efectos de la acumulación de capitales es, por el contrario, un medio de exagerarlos. Él sólo favorece las empresas gigantescas que el capital aislado no podría emprender.⁷

Las sociedades anónimas aumentan el número de poseedores ociosos inútiles, en la sociedad capitalista. Tales consideraciones explican muy claramente la cuestión en que se embrolla Bernstein, sobre el consumo de la plusvalía por el capitalista.

Kautsky muestra cómo el crecimiento de la plusvalía aumenta el parasitismo y el desperdicio en la sociedad capitalista, produciendo una forma de consumo que va en contra de los intereses de las mayorías. El parasitismo se expresa sobre todo en el militarismo, forma de consumo improductivo de los excedentes de plusvalía; el despilfarro se expresa también en la moda, que provoca el rápido desuso de los productos antiguos y el sobreprecio de los nuevos, aumentando el consumo de la minoría rica. Otra forma de absorber la plusvalía es el aumento de los servicios personales que, en parte, absorben periódicamente, por otro lado, el creciente número de desempleados.

Tales planteamientos permiten al autor analizar lo que el revisionismo llama "la teoría del crecimiento de la miseria", la cual, como señala Kautsky, no existe en el marxismo, como tampoco existe en él la "teoría del derrumbe" o de las "catástrofes", tan citadas por Bernstein.

La tendencia a aumentar la miseria de los trabajadores es un resultado de la acumulación capitalista, como se puede constatar en el razonamiento presentado por Kautsky, y que resumimos en seguida:

La tendencia del capitalista es a aumentar su tasa de plusvalía, sea absoluta o relativa. En tal sentido, el sistema, por su propia dinámica, lleva inexorablemente a la progresión de la miseria del trabajador. A esta tendencia se oponen la organización de los trabajadores y sus luchas por obtener mejoras de salarios, sistemas de previsión, cooperativas de consumo, etcétera.

Sin embargo, a pesar de las conquistas de mejoría física, vital, que puedan lograrse con muchas luchas y en largos periodos, no hay que descuidar la miseria social que deriva de la mayor intensidad del trabajo, "la miseria moral del subordinado que intelectualmente es superior a su jefe, la miseria moral del genio desconocido",

⁷ Ibid., p. 136.

la distancia creciente entre las conquistas materiales de la clase obrera y la riqueza creciente de los capitalistas. Asimismo, la incorporación de la mujer y de los niños al trabajo desorganiza a la familia obrera y baja el nivel de vida.

Por otro lado, el aumento constante del número de proletarios en la sociedad agrava las condiciones de vida de la población tomada en su conjunto.

Hay que analizar el problema desde un punto de vista más amplio, que incluya los nuevos sectores y regiones que caen bajo el dominio del capital. Así lo analiza Kautsky:

Pero el aumento del número de los proletarios no es a su vez más que un síntoma y al mismo tiempo una nueva causa de la agravación de la miseria en las demás clases del pueblo. En los dominios nuevamente adquiridos por la industria capitalista y damos a la palabra "dominio" su sentido geográfico a la vez que el económico- la tendencia del capitalismo a acrecentar la miseria se manifiesta con una energía particular, y de ella resulta, no ya tan sólo la miseria social, sino también una profunda miseria física, el hambre, la privación de lo que es indispensable para la vida.

Es un hecho conocido y también generalmente reconocido. Pero el economista burgués se consuela diciendo que sólo se trata de un hecho pasajero que es tan sólo la consecuencia de un periodo de transición, al que seguirá el mejoramiento de las clases populares.

Ello es verdad para algunas regiones y algunas ramas de la industria, pero no para el conjunto de la sociedad capitalista. Ciertamente es que una buena parte de las facciones del proletariado se librarán tarde o temprano de su miseria física. Pero la forma de producción capitalista progresa continuamente, se extiende constantemente sobre nuevas ramas de la industria y sobre nuevas regiones donde arruina a los propietarios de la pequeña industria, los convierte en proletarios, los hunde en la miseria, y ese movimiento sólo acabará cuando acabe la producción capitalista, porque ésta sólo puede existir extendiendo su dominio sin cesar.⁸

⁸ Ibid., p. 163.

El aumento de la riqueza genera también una nueva clase media de asalariados, intelectuales y profesionales que sustituyen a los antiguos artesanos y trabajadores individuales, y reciben sueldos relativamente altos. Se crea una capa social intermedia.

Según Kautsky, apuntando hacia una problemática que adquirirá un papel central en la discusión sobre la estructura social de los países capitalistas avanzados, esa clase media tiende a aumentar como resultado de la separación creciente del capitalista de la actividad directamente productiva, así como del desarrollo de las actividades intelectuales y científicas debidas a la mayor complejidad del aparato productivo y social:

La principal causa del crecimiento de esta capa y de la población consiste en que los miembros de las clases explotadas delegan cada vez más sus funciones en trabajadores inteligentes asalariados, que venden sus servicios uno a uno, los médicos, los abogados, los artistas, o que reciben en cambio un sueldo fijo como los funcionarios de todas clases.⁹

Continúa Kautsky:

La clase capitalista ha empezado ya también a delegar sus funciones comerciales e industriales encomendadas a trabajadores asalariados, comerciantes, ingenieros y otros. Al principio sólo fueron auxiliares del capitalista que les encargaba la parte de sus funciones relativas a la vigilancia, la organización del trabajo, la compra de medios de producción, la venta de los productos, de que él mismo no podía encargarse, por falta de la educación profesional especializada, cada vez más necesaria. En fin, el capitalista resulta superfluo con el sistema de las sociedades anónimas, que hasta entregan a los asalariados la alta dirección de las empresas. No cabe duda que el sistema de las sociedades anónimas contribuye a aumentar el número de los empleados bien retribuidos y favorece la formación de la nueva clase media.¹⁰

Esta nueva clase media es en general asalariada, pero sus orígenes burgueses y sus condiciones de vida la aproximan más a la burguesía que al proletariado. Sin embargo, en la medida en que esos especialistas crecen en número, y las escuelas que los producen aumentan masivamente, no sólo se van introduciendo los hijos

⁹ Ibid., p. 167.

¹⁰ Ibid., pp. 167-68.

de los obreros en esas capas, sino también se van desvalorizando actividades anteriormente elitistas. En consecuencia de este análisis, Kautsky concluye:

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan para salvar las apariencias, llega, para cada una de estas fracciones "proletarizadas" de la clase intelectual, el momento en que se sentirá proletaria, se interesará en la lucha del proletariado y tomará en ella una parte activa. Esto es lo que ha ocurrido en Alemania con los empleados del comercio, los escultores y los músicos, a los que imitarán otros muchos.¹¹

En el plano económico, queda solamente por analizar la teoría de las crisis. Sabemos que para el marxismo la revolución depende de la profundización de las contradicciones del modo de producción capitalista, y no de las crisis periódicas. Éstas crean, sin embargo, situaciones sociales que revelan más claramente esas contradicciones. La relación entre las crisis económicas y la revolución ocupa un papel importante en la estrategia y táctica marxistas. Por eso, Kautsky se ve obligado a responder una por una a las afirmaciones de Bernstein sobre el tema: primeramente, el marxismo no estableció una periodicidad definida de diez años para las crisis, como lo pretendía Bernstein. Ello fue fruto de la observación de las crisis de 1815, 1825, 1836, 1847 y 1857. Desde esta fecha había fallado la ley empírica decenal, como lo advirtió el propio Engels. En 1873 ocurrió una crisis de quince años, que duró hasta 1888 y que Kautsky consideró desusada. En 1893 se había producida una crisis de menores proporciones. Y desde este año hasta 1898, ninguna crisis. En segundo lugar, Kautsky muestra la contradicción, inherente al sistema capitalista, entre la estrechez del mercado y las potencialidades crecientes de la producción. Pero insiste en que no hay un límite absoluto para tal contradicción. El problema de la crisis final o derrumbe del capitalismo no es, pues, económico y depende fundamentalmente de la lucha de clases.

En lo que se refiere a la capacidad de los cárteles, del sistema de crédito y de la extensión de las comunicaciones para detener las crisis, el teórico ortodoxo muestra que los cárteles no pueden detener el aumento de la producción sin herirse a muerte. Sus ganancias, ampliadas por sus ventajas monopólicas, exigen el aumento de las inversiones en el exterior y amplían las crisis. De cualquier manera, aunque logran regular la producción y disminuir el efecto de las crisis, los cárteles y trusts no dejarían de imponer su tiranía de manera

¹¹ Ibid., p. 171.

creciente sobre los trabajadores si, para detener la crisis, tuviesen que limitar la producción en detrimento del consumo de los trabajadores y en función del aumento de sus ganancias.

Kautsky se ve obligado a denunciar el verdadero carácter liberal del revisionismo al afirmar:

Las objeciones que opone a la teoría marxista del capital, son las mismas que alega desde hace mucho tiempo el liberalismo económico contra el socialismo. Y hasta que se pruebe lo contrario, no veo que de estas objeciones puedan deducirse otras consecuencias que las que los liberales han deducido.

Si los grandes inconvenientes de la forma de producción capitalista son inherentes tan sólo a sus principios y han de disminuir con el tiempo; si el número de los que poseen aumenta; si los contrastes sociales se atenúan cada vez más; si los proletarios tienen cada vez más probabilidades de llegar a ser independientes, o al menos de obtener una situación satisfactoria, ¿para qué el socialismo? Si yo pensara de la evolución capitalista lo que piensa Bernstein, confieso francamente que consideraría al socialismo como un gran error. Si Bernstein llegase a persuadirme también de la exactitud de las objeciones que hace a la concepción socialista de nuestra forma de producción, yo diría: nuestro sitio no está ya en el Partido Socialista, sino en un partido sencillamente radical, o mejor aún, porque no quisiera separarme de un partido, yo propondría que se adoptase, en vez del programa colectivista revolucionario, un programa reformista.¹²

Pero después de esta clara definición del verdadero sentido del pensamiento de Bernstein, Kautsky trata de excusarlo destacando su voluntad y convicción socialistas, que lo separarían de los liberales. Esta actitud conciliatoria se refleja también en el voto del congreso de la socialdemocracia alemana de 1900 redactado por Kautsky. Es una posición que permite la permanencia de los revisionistas en el partido y su influencia creciente.

La victoria de la ortodoxia marxista se traduce pues en un compromiso táctico con los revisionistas, inspirada por el centrismo que Kautsky reflejaba, preocupándose fundamentalmente por la unidad del partido.

¹² Ibid., pp. 200-1.

Este compromiso se hace más claro en las cuestiones tácticas abordadas por el teórico de la II Internacional, que resumimos en seguida.

Frente a las propuestas de Bernstein para desarrollar los sindicatos, las cooperativas y el socialismo municipal, Kautsky insiste sobre todo en el principio general de que la lucha política es la decisiva. Pero no se detiene mayormente en las cuestiones tácticas que vinculan la lucha política por el poder a las formas de lucha señaladas. Su respuesta es bastante general:

Nadie ha negado aún que un proletariado fuertemente organizado en sindicatos, disponiendo de ricas cooperativas de consumo, de numerosas imprentas, de diarios muy leídos, obtenga resultados muy diferentes en las elecciones y en el Parlamento de los que obtendría un proletariado que careciera de todas aquellas armas de combate. Pero la potencia económica fundamental del proletariado es la potencia creada espontáneamente por la evolución económica. Y la forma más elevada de la lucha de clases, la que da su carácter a todas las demás, no es la lucha entre organizaciones económicas aisladas, sino la lucha sostenida por la colectividad del proletariado para la conquista de la más poderosa de las organizaciones sociales, el Estado; es la lucha política. Ésta es la que todo lo decide.¹³

Además de afirmar la flexibilidad táctica del partido para adaptarse a los periodos pacíficos o revolucionarios, Kautsky demuestra los límites de la democracia. La caracteriza como un sistema formal de derechos de participación cuyo contenido varía, fundamentalmente, en razón del contenido de estos derechos. La democracia moderna no tiene, de ninguna manera, el contenido moral y civilizador en sí mismo que exalta el liberalismo revisionista. Así lo demuestran las represiones a los trabajadores, los choques raciales, las luchas económicas y militares interburguesas. En este sentido, la soberanía del proletariado se muestra como un instrumento necesario para dar un contenido real a la democracia. Hasta aquí, el teórico ortodoxo se muestra seguro. Sus vacilaciones se hacen evidentes cuando trata el tema de la dictadura del proletariado. La posición de Kautsky se torna titubeante y confusa. Veámosla en sus propias palabras. No quiero asegurar que la supremacía del proletariado debe tomar inevitablemente la forma de una dictadura de clase. Pero la experiencia no ha demostrado hasta el presente, ni las previsiones que puedan hacerse para el porvenir permiten creer, que las formas democráticas hacen innecesaria la supremacía de la clase proletaria para su emancipación. Compréndase bien. No tengo intención de negar que la democracia, con sus libertades, su clara noción de las relaciones de

¹³ Ibid., p. 206.

los diversos partidos y de las clases sociales, sea a propósito para quitar la mayor aspereza posible a la lucha de clases. Siempre lo ha reconocido el Partido Socialista. Aquí no se trata de esto, sino de saber si la democracia puede atenuar la agravación de los antagonismos sociales que resultan de la evolución económica hasta el extremo de hacer inútil la supremacía de la clase proletaria. La teoría y la práctica contestan negativamente esta pregunta. Podemos confiar tranquilamente al porvenir la solución del problema de la dictadura proletaria. En este punto es inútil todavía que nos atemos de manos.¹⁴

El análisis de Kautsky se va haciendo más indeterminado mientras más se aproxima a las tareas concretas de la socialdemocracia. Todas las hipótesis son posibles:

En otros términos, la producción capitalista y el poder en manos del proletariado son dos cosas incompatibles. Es difícil decir más. No sabemos ni cuándo ni cómo se establecerá esta supremacía del proletariado, si será después de una gran tormenta o a consecuencia de una serie de catástrofes, o si se realizará poco a poco y gradualmente. Tampoco sabemos cómo serán entonces la sociedad y el proletariado, porque estos dos factores se modifican sin interrupción; no sabemos cuántas cosas todavía imprevistas se realizarán entonces, ni cómo se dificultarán o se facilitarán más todavía los problemas del régimen proletario. No podemos más que reconocer la ley fatal que obligará al proletariado victorioso a remplazar la forma de producción capitalista por la forma de producción socialista.¹⁵

El centrismo de Kautsky revela así su carácter capitulador frente al revisionismo. Kautsky se contenta con restablecer la ortodoxia en las cuestiones de principio en general, abandonando la tarea de vincular las creadoramente con los procesos políticos concretos. No tiene ningún sentido revolucionario plantear en general las posibles formas de transición del capitalismo al socialismo, incluso admitiendo una forma gradual evolutiva, y despreocuparse de las tareas concretas, de la forma que -en las condiciones concretas de Alemania y de Europa del periodo -debería asumir este proceso.

Acordémonos de las advertencias de Engels a Kautsky en ocasión del programa de Erfurt. Engels señalaba entonces que el abandono de las cuestiones tácticas concretas, en favor de los planteamientos doctrinarios generales, dejaba un vacío fácil de ser llenado por una práctica reformista y pragmática. Aquí encontramos la esencia del centrismo social-demócrata y los límites de la crítica de Kautsky a Bernstein.

¹⁴ Ibid., pp. 216-17.

¹⁵ Ibid., p. 226.

IV. La crítica de izquierda: Rosa Luxemburgo

Rosa Luxemburgo iniciaba a fines del siglo XIX su vida política en Alemania. Nacida en Polonia, donde principió su militancia, se había exiliado en Suiza desde 1890. Organizó en el exterior un partido socialista polaco antinacionalista e inició su actuación en la Internacional socialista, como representante de su discutido partido, cuyas tesis, contrarias a la autonomía nacional polaca, fueron rechazadas en el congreso de 1896. En 1898 se dirigió a Alemania, habiendo conseguido la ciudadanía, y comenzó su militancia en el PSD alemán, organizando a los obreros polacos de Silesia.

A pesar de su juventud (28 años), y de estar apenas iniciando su vida política en Alemania, Rosa Luxemburgo ya era conocida por sus artículos y su actuación en la Internacional. En ese momento, Bernstein empezaba a publicar los artículos iniciadores del debate revisionista. Parvus, amigo de Rosa, había levantado una fuerte polémica en contra de Bernstein que obligó a la dirección del PSD alemán (renuente a llevar hasta sus últimas consecuencias un debate teórico tan amplio, contra una de las figuras centrales del partido) a tomar en cuenta el problema. Rosa Luxemburgo, que sucedió a Parvus en la dirección del diario del PSD de Silesia, continuó el debate exigiendo una definición partidaria. En este momento, Kautsky se vio obligado a entrar en la discusión en su calidad de teórico principal de la socialdemocracia alemana.

El libro que recogió los principales [artículos de Rosa Luxemburgo sobre el revisionismo](#), publicado en 1899 bajo el título de *Reforma social o revolución*, representa el punto de vista marxista ortodoxo de izquierda, frente a los intentos de transformar el marxismo en un apéndice del liberalismo.

En el momento de su publicación el libro de Rosa Luxemburgo no aparecía como una posición diferente de la oficial. La posición oficial estaba representada por el libro de Kautsky que, a pesar de haber sido redactado con posterioridad, venía avalado por su prestigio y quedaba como la obra central de crítica al revisionismo.

Sin embargo, había diferencias entre los dos enfoques, que en ese momento quedaban oscurecidas por el frente común en contra de Bernstein. Estas diferencias se van a agudizar con el tiempo hasta que, primero en 1910, posteriormente durante la primera guerra mundial y, finalmente, frente a la revolución bolchevique, se revelan claramente. Así, el centro partidario estaba representado por Kautsky y Bebel, en tanto que a la izquierda la expresaba muy bien la joven polaca en ese momento crucial del desarrollo de la estrategia y la táctica marxistas.

Después de la amplia descripción que hemos hecho de la crítica kautskiana al revisionismo, no es necesario extendernos en las posiciones de Rosa Luxemburgo en su libro *Reforma o revolución*.¹ Nos bastará con señalar los puntos en los cuales esta crítica anunciaba ya las diferencias entre el centro y la izquierda.

Para nosotros, estos puntos son básicamente los siguientes:

En primer lugar, la insistencia de Rosa Luxemburgo en definir claramente las consecuencias finales del revisionismo. Para Rosa, el gran peligro era que se presentaba como un cordero que no negaba los objetivos finales del socialismo; simplemente intentaba desvincular estos objetivos de ciertas afirmaciones económicas y teóricas, y excluir ciertos métodos de lucha que moralmente no eran recomendables y prácticamente se hacían innecesarios. El esfuerzo teórico de Rosa se centrará en demostrar las consecuencias radicales del planteamiento revisionista y su radical oposición al marxismo y a la socialdemocracia entendida como el partido revolucionario de la clase obrera. Su crítica llevaba así a un enfrentamiento radical con el revisionismo, no sólo en lo teórico, sino en lo estratégico y táctico.

De esta manera, Rosa Luxemburgo busca identificar la esencia del planteamiento revisionista y despojarlo de su apariencia socialista:

No obstante, el arco de bóveda del edificio o sistema de Bernstein no está localizado en su concepción de las tareas prácticas de la socialdemocracia. Se encuentra en su afirmación respecto al curso del desarrollo objetivo de la sociedad capitalista, que a la vez está estrechamente ligado a la concepción resultante en el terreno de las tareas prácticas de la socialdemocracia.²

¿Dónde está la trampa? En la concepción de la capacidad de "adaptación" del sistema capitalista a las reformas obreras; en el abandono de la dialéctica marxista por una analítica burguesa que, sustituyendo el análisis de las contradicciones del capitalismo como fundamento del socialismo por un idealismo pragmático, termina por negar el sentido de la lucha socialista. De esta manera, ella define la esencia teórica del revisionismo al plantear:

La teoría revisionista se enfrenta así a un dilema: o la transformación socialista es, como se admite ahora, la consecuencia de las contradicciones internas del capitalismo, por lo que con el desarrollo de éste, maduran dichas contradicciones determinando inevitablemente en un momento dado el colapso (en cuyo caso los medios de

¹ Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, ed. Grijalbo, México, 1967.

² *Ibid.*, p. 13.

adaptación son ineficaces y la teoría del colapso es correcta), o los medios de adaptación evitarán realmente el colapso del sistema capitalista y, consiguientemente, lo capacitarán para sobrevivir mediante la supresión de sus propias contradicciones. En este supuesto el socialismo deja de ser una necesidad histórica. Entonces vendrá a ser cualquier cosa menos el resultado del desarrollo material de la sociedad.

Dilema que conduce a otro. O el revisionismo es correcto en su posición referente al curso del desarrollo capitalista y por lo tanto la transformación socialista de la sociedad es utópica, o el socialismo no es una utopía, y la teoría de "los medios de adaptación" es errónea. He aquí crudamente esbozado el quid del problema.³

En sus críticas a las concepciones económicas de Bernstein, los planteamientos de Rosa no se separan en lo esencial de los de Kautsky, excepto en un mayor énfasis -por parte de ella- en la presentación más claramente dialéctica de ciertos aspectos de la crisis y del proceso de concentración. Rosa insiste más, también, en los límites del sindicalismo para controlar la producción y su papel complementario del sistema capitalista.

Donde su crítica se separa de la de Kautsky es en su análisis del Estado. Ella esclarece la naturaleza de las intervenciones económicas del Estado burgués cuya política de reformas progresivas se limita a los marcos establecidos por la ampliación del margen de actuación económica del sistema existente. En sus palabras:

El Estado actual es, primero que todo, una organización de la clase dominante. Asume funciones que favorecen el desarrollo social específicamente, y en la medida en que los intereses y el desarrollo social coinciden de una manera general, los intereses de la clase dominante. La legislación del trabajo es decretada tanto en el interés inmediato de la clase capitalista como en interés de toda la sociedad. Pero esta armonía dura sólo hasta cierto punto del desarrollo capitalista. Cuando ha llegado a determinado nivel, los intereses de la burguesía, como clase, y las necesidades del progreso económico comienzan a contradecirse aún en sentido capitalista. Pensamos que esta fase ha comenzado ya. Se muestra por sí misma en dos hechos extremadamente importantes en la vida social contemporánea: de un lado la política de barreras aduanales; del otro, el militarismo.⁴

De esta manera, el parlamentarismo y la extensión de la democracia sólo hacen reformas al Estado burgués existente, sin cambiar su carácter de clase. Como Engels en 1895 y como Kautsky en su anticrítica, Rosa Luxemburgo reafirma la esencia de la tesis marxista:

³ Ibid., p. 18.,

⁴ Ibid., p. 42.

en el momento en que la democracia se transforma en "instrumento de los intereses reales de la población toda, las formas democráticas son sacrificadas por la burguesía y por sus representantes del Estado".⁵

Se plantean aquí, radicalmente, los límites de la política de reformas, la cual tiene la función dialéctica de negarse a sí misma.

En la medida en que se hace eficaz, el método reformista plantea su negación, es decir, la contrarrevolución y, por tanto, obliga al cambio de táctica hacia la revolución. Rosa lo expresa muy bien en su planteamiento.

Las dos concepciones son diametralmente opuestas. Viendo la situación desde el punto de vista de nuestro partido, decimos que como resultado de sus luchas parlamentarias y sindicales el proletariado llega a convencerse de la imposibilidad de realizar un cambio social fundamental a través de tales actividades, y llega a comprender que la conquista del poder es inexcusable. La teoría de Bernstein, sin embargo, comienza por declarar que esta conquista es imposible. Concluye afirmando que el socialismo puede establecerse como resultado de la lucha de los sindicatos y de la actividad parlamentaria.⁶

De esta manera, reforma y revolución son métodos complementarios y no opuestos, como el mecanicismo revisionista lo pretende. Además, no son producto de una elección moral. Ambos métodos son producto del desarrollo de la lucha concreta que impone, en cada momento, al uno o al otro. Vemos aquí una importante diferencia respecto a Kautsky: él también negaba la necesaria oposición entre ambos métodos, pero no afirmaba su necesaria complementación. Esta complementación quiere decir que la lucha por las reformas lleva, inexorablemente, a la revolución (o al triunfo provisional de la contrarrevolución, como lo destacó Rosa posteriormente al establecer el dilema: socialismo o barbarie).

La diferencia entre el centro y la izquierda se revela aún más claramente en la concepción de la toma del poder y en el significado final de la lucha por las reformas. Rosa muestra que, por más radical que se presente, esta lucha permanece en los marcos del sistema existente. La revolución social no puede ser el producto de una suma de reformas, pues sus contenidos son opuestos, a pesar de ser dialécticamente complementarios. Las reformas a un orden social existente están necesariamente en los marcos de este orden; sólo la revolución, con un cambio radical del Estado y del orden social, puede iniciar una etapa distinta de reformas que desarrollan el orden impuesto por la revolución.

⁵ Ibid., p. 46.

⁶ Ibid., p. 50.

Cada constitución política es el producto de una revolución. En la historia de las clases la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ha surgido ya. La lucha por las reformas no genera su propia fuerza independientemente de la revolución.⁷

Resulta antihistórico -continúa Rosa- representar la lucha por las reformas como una simple proyección de la revolución y a ésta como una serie condensada de reformas. Una transformación social y una reforma legislativa no se diferencian según la duración, sino de acuerdo con su contenido.⁸

Ésta es la razón -concluye ella implacablemente- por la que la gente que se pronuncia en favor de un método de reforma legislativa *en lugar de la conquista del poder político y de la revolución social y en contradicción con ellas*, realmente no elige un camino más tranquilo, calmado y lento para el logro de la *misma finalidad*, sino que lo que elige es una distinta *finalidad*. En lugar de apoyar el establecimiento de una nueva sociedad apoya las modificaciones superficiales de la vieja.⁹

En el pensamiento revisionista, el salto dialéctico no se produce; de ahí que este pensamiento se oponga al método dialéctico. Sólo rompiendo con este método se puede concebir el reformismo como la vía del cambio de un sistema por otro superior, que sería impuesto por la moral y la ética, sin el uso de la fuerza.

La crítica de Rosa Luxemburgo va así al fondo de la cuestión: el revisionismo no es socialista; el reformismo no conduce al socialismo, esta corriente se encuentra en total oposición con el marxismo y el partido que se fundamenta en su pensamiento. No era sin razón que Bernstein había dicho que no le importaban los objetivos finales. Ésta era una manera disfrazada de convertir la socialdemocracia en un ala izquierda del liberalismo.

Si bien la crítica de Rosa no explota todas las implicaciones tácticas del problema, revela la esencia, el núcleo que separa el revisionismo del marxismo.

Sólo en los años de la década de 1910, Rosa Luxemburgo y otros camaradas de la izquierda van a entender la implicación práctica de las diferencias apuntadas, que llevaban a la continua paralización del centro frente al revisionismo. En consecuencia se van a organizar en una fracción y posteriormente en un nuevo partido; primeramente con el centro, convertido en partido independiente contra la participación en la guerra; después en la Liga Espartaquista, y finalmente en la sección alemana de la III Internacional.

⁷ Ibid., pp. 88-89.

⁸ Ibid., p. 89.

⁹ Loc. cit.

Esta evolución revela que Lenin había anticipado, de manera genial, las diferencias con los reformistas, conformando su propia fracción desde 1903, al no aceptar la participación de la minoría derrotada, en el II Congreso de la Socialdemocracia Rusa, en la dirección del partido. Esta división de aguas que no se había hecho en la fundación de la socialdemocracia alemana, ni en el debate con el revisionismo de Bernstein, permitió a los bolcheviques disponer de una organización revolucionaria, capaz de aprovechar las condiciones revolucionarias generadas por la primera guerra mundial.

Era pues natural que el leninismo suplantase a las otras corrientes de izquierda; no sólo por haber creado el primer Estado socialista, sino sobre todo, por la mayor claridad de sus posiciones estratégicas y tácticas.

V. La participación en los gobiernos burgueses

El debate estratégico y táctico, dentro del Partido Socialdemócrata Alemán y de la II Internacional, se había mantenido en el cuadro de la lucha legal hasta 1905, año en que la revolución rusa cambió profundamente los marcos de referencia del mismo.

Hasta entonces, las cuestiones del revisionismo, del reformismo, del oportunismo, se habían expresado en la práctica en torno a las alianzas electorales en el sur de Alemania y de la participación en el ministerio Waldeck-Rousseau en Francia. La posibilidad de participar en los gobiernos pasó a ser tema de discusión en la Internacional en 1900, en función de la experiencia francesa.

La influencia creciente del movimiento socialista en la vida de los países capitalistas avanzados planteaba una situación ambigua. Por un lado, el socialismo se presentaba como el representante del mundo obrero, en contra de la sociedad burguesa, de la cual estaba excluido y contra la cual debería levantarse revolucionariamente. Por otro lado, la propia fuerza del movimiento en el seno de la sociedad burguesa aumentaba su participación en ella, en sus instituciones, logrando resultados prácticos inmediatos. La tendencia a la unidad de la clase y su defensa frente al orden social burgués, planteaba otro problema: su creciente unificación en una fuerza sindical y política independiente que exigía una organización cada vez más burocratizada, rígida y estática, cada vez más concentrada en sí misma. El radicalismo revolucionario sectario, que apoyaba este ensimismamiento, terminaba convirtiéndose en un factor de consolidación del carácter estático y no revolucionario del movimiento.

Paradójicamente, este aislamiento de clase -que fuera en un principio revolucionario- se va convirtiendo en la base de una creciente integración al orden existente, al cual ya no se cuestiona. La gran cuestión táctica era, por tanto, la de conciliar esta participación creciente en el orden burgués- y las conquistas realizadas en una etapa de crecimiento económico y reformismo burgués con el objetivo revolucionario que era el fundamento último del partido.

La aceptación por parte del dirigente socialista francés, Millerand, de participar en el gabinete ministerial de Waldeck-Rousseau, apoyándose en el principio de defensa de la república en contra de los conservadores, exigía un análisis sistemático al que se dedicó Rosa Luxemburgo en su libro sobre *La crisis del socialismo francés*.

Esta crítica era tanto más necesaria porque, además de la interpretación reformista -que transformaba la participación en el gobierno en un descubrimiento, de ligas comunes entre clases hasta entonces opuestas que permitiría la unidad nacional- había una defensa más izquierdista de esta participación, expresada por Jaurès.

Jaurès, quien ya despuntaba como el futuro líder del socialismo francés, se distinguía de las tesis marxistas no sólo en el plano filosófico, sino también en los aspectos políticos. Para él, la participación de los socialistas en el gobierno se justificaba no sólo de acuerdo a las razones tácticas de defensa de la república, sino también desde un punto de vista estratégico. Según él, la revolución socialista suponía el paso por un periodo intermedio, en el que se conformarían gobiernos burgueses obreros. Éstos permitirían el avance del movimiento obrero y el desarrollo de la democracia, hasta el límite en que se crearían las posibilidades del paso a una sociedad superior de tipo socialista.

En el Congreso de París, en 1900, la II Internacional condenó formalmente la participación de Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau, según una propuesta de Kautsky, que decía:

La conquista del poder político por el proletariado en un Estado democrático moderno no puede ser resultado de un *coup de main*, sino que ha de venir solamente como conclusión de una larga y paciente actividad para organizar al proletariado política y sindicalmente, para su regeneración física y moral, y para ir consiguiendo gradualmente puestos representativos en los ayuntamientos y en los cuerpos legislativos.

Sin embargo, en donde el poder gubernamental está centralizado no puede conquistarse de esta manera fragmentaria. La entrada de un solo socialista en un ministerio burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista del poder político: nunca puede ser más que un expediente temporal y excepcional en una situación de emergencia. Cuando en un caso dado existe una situación así, de emergencia, la cuestión es de táctica y no de principios. El congreso no tiene que decidir esto. Pero en todo caso este peligroso experimento sólo puede ser ventajoso si es aprobado por un partido unido, y si el ministro socialista es, y continúa siendo, delegado de su partido.

Siempre que un socialista llega a ser ministro independientemente de su partido, su entrada en el gobierno, en lugar de ser un medio para fortalecer al proletariado, lo debilita, y, en lugar de ser un medio que favorezca la conquista del poder político, se convierte en una manera de retrasarla. El congreso declara que un socialista debe dimitir de un gobierno burgués, si la organización del partido opina que ese gobierno se ha mostrado parcial y en un conflicto industrial entre el capital y los trabajadores.¹

¹ Citado en GD.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, t. III, pp. 51-52.

En este voto, Kautsky reflejaba el punto de vista marxista ortodoxo en general; pero no entregaba elementos más concretos, para definir la estrategia y la táctica del movimiento socialista en una situación de lucha legal. El trabajo de Rosa Luxemburgo citado arriba será el esfuerzo más orgánico de crítica a la táctica de los socialistas franceses. En él, la teórica marxista distingue la política socialista de la burguesa, por su posición de enemiga declarada del orden existente; en consecuencia, los socialistas están obligados, por sus principios, a colocarse en el terreno de la oposición en el parlamento burgués. Según ella, la tarea primordial de la actividad parlamentaria de los socialistas era orientar a la clase obrera, ante todo, a través de la crítica sistemática a la política gubernamental.

El movimiento socialista debería asumir, en consecuencia, una perspectiva esencialmente crítica frente a los gobiernos burgueses. Para una visión estrecha, tal planteamiento significaría que al Partido Socialista le cabría solamente una política de denuncias, sin ninguna tarea concreta de participación en el proceso legislativo. Ésta no era, sin embargo, la posición de Rosa. Para ella, lejos de imposibilitar los resultados prácticos y las reformas inmediatas de carácter progresista, la oposición de principios es para todo partido, hoy en día, en general, y particularmente para el Partido Socialista, el único medio eficaz de arrancar resultados prácticos. Estando en la imposibilidad de dar a su propia política la solución directa de la mayoría parlamentaria, los socialistas son obligados a arrancar a la mayoría burguesa concesiones en una lucha incesante. Para precisar esa idea decía que, gracias a su crítica de oposición, los socialistas alcanzan los objetivos prácticos por tres medios; primeramente, haciendo a los partidos burgueses una competencia peligrosa, por sus reivindicaciones más amplias, e impulsándolos con la presión de las masas electorales.

Enseguida, denunciando al gobierno ante el país, influyendo en él mediante la opinión pública. Y, finalmente, agrupando cada vez más en torno de ellos, por su crítica en el parlamento y fuera de él, a las masas populares, hasta convertirse de este modo en una potencia temida por el gobierno y la burguesía. Con la entrada de Millerand en el ministerio, los socialistas franceses, agrupados en torno de Jaurès, se privaron de estos tres medios. Rosa no planteaba, entonces, una posición de crítica a la participación del movimiento revolucionario en la lucha por objetivos inmediatos. Ella insiste en que, al identificarse con el gobierno, es decir con el ejecutivo, el movimiento socialista pierde su fuerza, se debilita y se muestra incapaz de llevar adelante, no sólo una política clara de desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, sino también la obtención de resultados prácticos inmediatos. Rosa decía en otra parte de su trabajo:

es sin duda evidente que la socialdemocracia, para que su acción sea efectiva, debe ganar todas las posiciones accesibles en el Estado actual y que debe ganar terreno en todos los lados. Pero con una condición, que esas posiciones permitan la continuación de la lucha de clases, la lucha contra la burguesía y su Estado.

Es así que, analizando la diferencia entre el parlamento y el ejecutivo en su época, Rosa afirmaba:

en el parlamento, cuando los obreros elegidos no consiguen el triunfo de su reivindicación, pueden por lo menos continuar la lucha persistiendo en una actitud de oposición. En el gobierno, contrariamente, teniendo por tarea la ejecución de leyes, la acción no comporta en sus moldes una oposición de principios, y debe admitir una base de principios comunes, teniendo por fundamento al Estado burgués. Para ella, había una diferencia de principio entre la lucha parlamentaria y la participación en un gobierno burgués, en la cual establece un compromiso con su programa total. Es cierto que hay reivindicaciones del programa mínimo que pueden coincidir con el gobierno burgués. Pero, dice Rosa, aun en este caso, viene a escena un hecho que la política burguesa siempre olvida; en la lucha de la socialdemocracia, no es *el qué*, sino *el cómo* lo que importa. Más específicamente, en el caso de obtener conquistas parciales, Rosa afirma que los revolucionarios tienen que dar igualmente a la lucha por las reformas burguesas un carácter socialista y de principio, el carácter de lucha de clases proletaria. Al contrario, procurando introducir tales reformas como miembro del gobierno; es decir, sustentando al mismo tiempo al Estado burgués, el socialdemócrata que lo hace reduce de hecho su socialismo en la mejor de las hipótesis a un democratismo burgués o a una política obrera burguesa.

Al condenar la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses, Rosa establece, sin embargo, un camino revolucionario que utiliza los instrumentos de la legalidad democrática. Ella dice: “en un solo caso pueden los representantes de la clase obrera entrar en un gobierno burgués sin renegar de su razón de ser; para posesionarse de él y transformarlo en gobierno de la clase obrera, señora del poder”.

Rosa enfrentaba así las situaciones tácticas concretas en que el movimiento socialista empezaba a llegar a las puertas del poder. Ella quería abrir un camino estratégico y táctico, formulando por primera vez, con claridad, una visión sobre una posible toma del poder por el Partido Socialista en las condiciones de una democracia burguesa.

Rosa establecía, también, algunos casos específicos que podían justificar un apoyo inmediato de la clase obrera a un gobierno burgués. Por ejemplo, al tratarse de la defensa de la república, si la burguesía se mostraba incapaz de garantizar la libertad en el país, amenazada por la derecha y por las fuerzas antirrepublicanas, se justificaría la participación del Partido Socialista en un gobierno burgués, pero en una forma restringida. Para ella, “aun en este caso, la participación de los socialdemócratas en el gobierno debería

ser hecha de forma de no dejar la menor duda, ni a la burguesía ni al pueblo, sobre el carácter pasajero y la finalidad exclusiva de su acción". Y así concluía Rosa su brillante análisis de los problemas tácticos planteados por la participación socialista en los gobiernos burgueses:

en la sociedad burguesa, la socialdemocracia por su propia esencia está destinada a desempeñar el papel de partido de oposición. Sólo pasando por encima de las ruinas del Estado burgués podrá ella tener acceso al gobierno.²

² Véase Rosa Luxemburgo, *Obras escogidas*, ed. Pluma, Bogotá, 1976, t. I, pp.19-35. Esta recopilación no reproduce la versión completa del texto de Rosa

V. La huelga de masas como instrumento revolucionario

El Partido Socialdemócrata Alemán se había desarrollado, desde el fin de la ley de excepción, en condiciones de legalidad; como también los demás partidos socialistas europeos. Excepto en Europa oriental y en Rusia, no se conocía hacía tiempo la experiencia de la clandestinidad y de la preparación insurreccional. La revolución rusa de 1905 trajo a la luz del día un movimiento obrero que había pasado inadvertido a los ojos de Europa. Una clase obrera combativa introducía nuevas formas de lucha y de organización, en el contexto de un movimiento revolucionario que se parecía en muchos aspectos a las antiguas revoluciones burguesas de Europa. Los partidos socialistas europeos-particularmente el alemán, que fungía como líder de la II Internacional-observaron con admiración esta nueva realidad que quebrantaba el imperio zarista, pero no esperaban recoger de ahí una enseñanza directa para su propia realidad. Lo que pasaba en Rusia se explicaba, sobre todo, por el atraso derivado del zarismo. Y a pesar de la fascinación que provocaban ciertas formas de lucha nuevas, como la huelga de masas con objetivos políticos, sólo se extraía de ella el aspecto exterior y no su enseñanza fundamentalmente revolucionaria: la huelga como instrumento político que podría ser adoptado en una circunstancia de amenaza de la legalidad.

Otra vez, cupo a Rosa Luxemburgo extraer, para los partidos socialistas europeos, especialmente el alemán, las enseñanzas más profundas de la experiencia revolucionaria rusa que ella había vivido directamente en Polonia, su tierra natal, con la cual no había perdido nunca sus vínculos políticos. Por encargo de la organización provincial de Hamburgo redactó en 1906 un folleto que se transformó en un clásico de la estrategia y la táctica del marxismo: *Huelga de masas, partido y sindicatos*.¹

La primera preocupación de la autora fue la de descartar la idea, muy aceptada entonces, que asociaba el fenómeno de la huelga de masas a las postulaciones anarquistas de la huelga general revolucionaria, que tanto critican Engels y la Internacional en el texto que resumimos en la sección anterior en el capítulo sobre la revolución española. La crítica de Engels se dirigía esencialmente contra la posición anarquista de despreciar la organización política y la acumulación de fuerzas de clase, para poner el centro de la lucha en la preparación de una huelga general que destruiría al Estado e instauraría la asociación libre de los trabajadores. Pero para

¹ Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, ed. Grijalbo, México, 1970. La primera edición en español data de 1909.

preparar esa huelga se haría necesario organizar completamente a la clase obrera y contar con un fondo de resistencia repleto. En dicho caso, se supone una tal capacidad de organización y desarrollo de la clase que “si el proletariado lo consiguiera, no tendría necesidad del rodeo de la huelga general para alcanzar su objetivo”.²

Este planteamiento de Engels tuvo un gran valor para mostrar a la clase la necesidad de la lucha política que se desarrolló en las décadas finales del siglo XIX. Pero la revolución rusa de 1905 puso a la orden del día una nueva concepción del fenómeno, mostrando que es posible la huelga general de masas, sin que esto se contraponga a las concepciones de Marx y Engels sobre el anarquismo. En Rusia, la huelga de masas se desarrolló bajo el liderazgo de la socialdemocracia y el anarquismo fue liquidado, a pesar de que aparentemente encontraba en el atraso ruso raíces muy profundas.

Rosa concluye su análisis sobre la novedad del fenómeno de la huelga de masas en Rusia, en relación con el pensamiento anarquista superado por la historia con las siguientes palabras:

Por otro lado, las huelgas de masas no se produjeron en Rusia para saltar súbitamente, por arte de magia, a la revolución social, evitándole a la clase obrera la lucha política, en particular el parlamentarismo, sino como un medio para crearle al proletariado las condiciones de la lucha política diaria y, particularmente, la lucha parlamentaria. La lucha revolucionaria en Rusia, en la cual las huelgas de masas son utilizadas como el arma más eficaz, es obra de la población trabajadora y en ella ocupa la primera línea el proletariado precisamente para conquistar los derechos y las condiciones políticas cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera fueron por primera vez demostradas por Marx y Engels, los cuales las defendieron con todas sus energías en la Internacional frente al anarquismo. Así, la dialéctica de la historia, el fundamento sobre el cual descansa toda la doctrina del socialismo marxista, ha determinado que hoy el anarquismo, al cual la idea de la huelga de masas estaba indisolublemente ligada, haya entrado en contradicción con la práctica de la propia huelga de masas, mientras que, por el contrario, esta huelga, combatida tiempos atrás como contraria a la acción política del proletariado, aparezca hoy como el arma más potente de la lucha política por los derechos políticos. Si, pues, la revolución rusa hace indispensable una revisión a fondo del antiguo punto de vista marxista respecto a la huelga de masas, no se trata a fin de cuentas sino de que los métodos y los puntos de vista generales del marxismo conducirán a la victoria bajo una nueva forma. La mujer amada de Moor no puede morir sino a manos del mismo.³

² F. Engels, “Los bakuninistas en acción”, citado por Rosa Luxemburgo, op. cit., p. 10.

³ Ibid., pp.13-14.

Rosa exigía, entonces, que se superase la concepción anarquista de la huelga de masas como un simple "medio técnico", que podrá ser voluntariamente "decidida" o, por el contrario, "prohibida".⁴ Es un fenómeno histórico, producto de ciertas condiciones objetivas de la lucha de clases y como tal no puede ser "propagada", como la revolución tampoco lo puede ser. Era tan ilusoria la pretensión de ciertos camaradas alemanes de deflagrarla, en el momento que les pareciera conveniente; como la de los dirigentes sindicales burocratizados que pensaban impedir su realización por tratarse de una aventura, considerando la desproporción entre la fuerza de la clase obrera organizada y la de las bayonetas del militarismo prusiano.

Si la huelga de masas se ha convertido en ese momento en el centro vivo del interés de la clase obrera alemana e internacional, ello quiere decir que representa una nueva forma de lucha y, como tal, es el síntoma cierto de un profundo cambio interno en las relaciones de clases y en las condiciones de la lucha de clases.⁵

A consecuencia de esa inquietud, el Partido Socialdemócrata Alemán se había inclinado hacia la izquierda y había tomado una resolución en Jena, en 1905, que sometía la huelga de masas a la lucha legal, particularmente a la sobrevivencia del voto universal. La resolución recogía la preocupación de August Bebel, dirigente del PSD alemán, por la sobrevivencia del voto universal en este país; y planteaba la necesidad de recurrir a la huelga política en el caso de una pérdida del derecho al voto universal (éste se veía entonces amenazado por un intento de imponer una representación proporcional y censal en el Reichstag, el parlamento). Rosa había considerado que la resolución de 1905 era una victoria de la corriente de izquierda del partido -ya en proceso de configuración independiente- y trataba de rescatar todo su sentido revolucionario.

A pesar de su carácter moderado, esta resolución provocó una fuerte oposición por parte de los sindicatos y de los revisionistas. Bernstein escribe un folleto en 1905 sobre *La huelga política*, que dice: "La clase obrera no tiene razón alguna para jugar el todo por el todo con sus intereses vitales. Antes por el contrario tiene el deber de perseguir lo que en la práctica se ha revelado fructífero".⁶ El dirigente sindical Legien declaró:

"He mostrado cuán débiles somos en el fondo, cuán débil es aún nuestra organización, cuán poco estamos en condiciones, en la situación actual, de emplear este medio de lucha. Por otra parte, nuestros adversarios conocen perfectamente nuestra debilidad y saben que no tienen por qué tener miedo de nosotros".⁷

⁴ Ibid., p.18.

⁵ Citado en Jacques Droz, *Historia del socialismo*, ed. Materiales, Barcelona. 1968. p.52.

⁶ Loc. cit.

⁷ Loc. cit.

La presión sindical llevó a la dirección del partido a iniciar discusiones cuyo resultado fue el acuerdo expresado en el congreso de Mannheim, en 1906, que sometía la posible convocatoria de la huelga política a un acuerdo anterior con los sindicatos. El acuerdo liquidaba, de hecho, la resolución de Jena e inauguraba un nuevo periodo para la oposición de izquierda dentro de la socialdemocracia alemana.

En este contexto, se puede entender la energía que pone Rosa Luxemburgo en su intento por rescatar la naturaleza social y profunda de esta forma de lucha. No se trataba, por lo tanto: de una cuestión organizativa y técnica sino de un proceso revolucionario; de una nueva etapa de la lucha de clases internacional que se había expresado más abiertamente en Rusia. De ahí el cuidadoso examen que realiza la autora de la huelga de masas tal como se desarrolló en ese país. De su análisis resultan tres características fundamentales del fenómeno. Primera: la huelga se había desencadenado espontáneamente, tras de varias explosiones parciales ocurridas desde fines del siglo XIX, en un largo proceso de aprendizaje. Los agitadores socialdemócratas sólo se pusieron a la cabeza, en el proceso de su desarrollo. Segunda: las huelgas se iniciaron a partir de reivindicaciones económicas que se hicieron políticas durante su desarrollo, o bien cuando la socialdemocracia asumió la dirección de reivindicaciones políticas que se dispersaron en varias reivindicaciones económicas. Lo principal fue que se hizo evidente la relación profunda entre la huelga económica y la política, así como el carácter artificial y pedante de las tesis que planteaban la realización de una huelga exclusivamente política, metódica y planeada. Tercera: el estallido y desarrollo de la huelga de masas no podía ser pensado fuera de contexto del proceso revolucionario general en que se encontraba Rusia.

La defensa del carácter espontáneo de la huelga de masas dio origen a una interpretación especial del luxemburguismo como doctrina de la espontaneidad y del rechazo a la organización. De hecho, la argumentación de Rosa se dirige claramente en contra del alegato sindicalista de que la organización de la clase obrera debe preceder a la lucha revolucionaria de masas. Su rechazo a la burocracia sindical y partidaria, que se había constituido en un factor del inmovilismo de la socialdemocracia alemana, era el punto fuerte de su argumento y tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la oposición de izquierda en el partido y, posteriormente, en el movimiento espartaquista que ella dirigió. Pero Rosa no pretendía anular el papel de la organización, sino vincularla a la lucha de masas; ella mostraba la relación dialéctica entre ambas:

Las sólidas organizaciones que, supuestamente, deberían ser constituidas previamente con una fortaleza inexpugnable, como condición *sine qua non* de una eventual tentativa, de una eventual huelga general en Alemania son, precisamente, por el contrario, hijas de la huelga de masas en Rusia! Y en tanto que los guardianes de los sindicatos tienen pánico de que estas organizaciones sean, tal como riquísimas porcelanas, quebradas en multitud de trozos por un torbellino revolucionario, la revolución rusa nos presenta un cuadro completamente distinto: de la

tormenta y el huracán, de las llamas y el fuego, de las huelgas de masas, de los combates en las calles, lo que emerge, como Venus de la espuma de los mares, vigorosos, jóvenes, fuertes y alegres de vivir son [...] los sindicatos⁸

La lucha de masas no se oponía tampoco a las conquistas democráticas y económicas. Por el contrario, el proletariado ruso había alcanzado mayor participación política, la ley de ocho horas de trabajo, mejores salarios y varias reivindicaciones que elevaron enormemente su conciencia política, como fruto de la huelga general.

Tales luchas no entraban en contradicción con el carácter, cada vez más abiertamente revolucionario, que revistieron las tres grandes huelgas generales de 1905; la de enero que inicia el movimiento, la de octubre que obtiene la ley de ocho horas, y la de diciembre que choca en toda su extensión contra el muro inflexible de la fuerza material del absolutismo. Por evolución lógica interna de los acontecimientos que desarrollaban, la huelga general se transforma, esta vez, en revolución abierta, en lucha armada de calles y barricadas en Moscú.⁹

Rosa muestra así la lógica general del movimiento huelguístico, como parte de un proceso de acumulación de fuerzas, concientización y organización que culmina en un enfrentamiento derrotado que lleva el movimiento a su reflujo, no para paralizarlo sino para reorganizarse y preparar una nueva ofensiva revolucionaria en el futuro. La larga cita que presentaremos enseguida resume esta lógica de la lucha de clases que pretende destruir, no el concepto de organizaciones y de preparación revolucionaria, sino su caricatura burocrática:

Los sucesos de Moscú muestran al mismo tiempo, en escala reducida, la evolución lógica y el futuro del movimiento revolucionario en su conjunto; su conclusión inevitable en una revolución abierta general, revolución que, por su parte, no puede alcanzarse sino pasando por la escuela de una serie de revoluciones preparatorias parciales, las que, precisamente por la misma razón, conducen a aparentes "derrotas" parciales y que, consideradas cada una aisladamente, pueden parecer "prematuras".

El año 1906 lleva a las elecciones y al episodio de la Duma. El proletariado, por un agudo instinto revolucionario y una visión clara de la situación, boicotea la farsa constitucional zarista y el liberalismo ocupa por algunos meses el primer plano de la escena política. Parece reproducirse la situación de 1894: durante un cierto tiempo la palabra

⁸ Rosa Luxemburgo, op. cit., pp. 49-50.

⁹ Ibid., p. 58.

ocupa el lugar de la acción, y el proletariado entra momentáneamente en la sombra, pero para consagrarse con un mayor celo a la lucha sindical y al trabajo de organización. Las huelgas de masas se desencadenan mientras que, día a día, estallan los ruidosos obuses de la retórica liberal. Finalmente, la cortina de hierro baja súbitamente; de las andanadas liberales sólo queda el humo y el polvo; los artilleros son dispersados. Un intento del Comité Socialdemócrata para desencadenar en toda Rusia una cuarta huelga de masas, en apoyo de la Duma y para reconquistar la libertad de palabra, fracasa por completo. El papel de la huelga política de masas se ha debilitado por sí mismo, en tanto que la transformación de la huelga de masas en levantamiento general del pueblo en combates abiertos de calle no está todavía madura. El episodio liberal ha concluido; la ocasión para el proletariado no se da todavía. La escena queda provisionalmente vacía.¹⁰

Pero, en tales condiciones, ¿qué papel se reserva al partido revolucionario? Lo más importante es que el partido entienda el verdadero significado de la huelga general; ésta no es una decisión partidaria sino una forma de expresión del proceso social revolucionario, de la lucha del proletariado como clase; de ahí su carácter "espontáneo". Pero el partido tiene una función de dirección que no se resume en su capacidad técnica para almacenar víveres y recursos financieros, sino en su capacidad política para dirigir el conjunto de la lucha y orientarla en una dirección táctica correcta. El papel del partido no queda así excluido, como podía concluirse de una concepción espontaneísta; ni el de los sindicatos, ni el de la organización. La concepción de Rosa Luxemburgo, en lo fundamental, no tiene nada que ver con un culto de lo espontáneo. Es preciso verla en el contexto de su lucha contra los sindicatos alemanes, que se oponían a la huelga de masas en nombre de la organización, y contra el comité central del PSD alemán, que había conciliado con los sindicatos en nombre de la unidad.

La cita que reproducimos enseguida muestra muy claramente el papel del partido revolucionario y de una concepción táctica que vincule la lucha de masas a la capacidad organizativa:

Pero si la dirección de la huelga general, en el sentido de llevar la iniciativa y de establecer el cálculo de lo que la huelga costará y de fijar las disposiciones convenientes, es un problema del mismo periodo revolucionario y de nadie más, no es menos cierto que, en otro sentido, la dirección, en las huelgas de masas, retorna al socialismo y a sus órganos dirigentes. En lugar de romperse la cabeza con el aspecto técnico, con el mecanismo de la huelga, el socialismo es llamado en el periodo revolucionario a tomar la dirección política. La tarea más importante de "dirección" en el periodo de huelga general consiste en dar a la batalla su consigna, su tendencia; en establecer la

¹⁰ Ibid., pp. 58-59

táctica de la lucha política de manera que en cada fase y en cada momento se movilice y sea activa toda la potencia de que el proletariado dispone; que esta táctica se manifieste en la actitud combativa del partido y que la táctica del socialismo no se encuentre jamás *por debajo* del nivel de las relaciones de fuerza existentes realmente, sino que, al contrario, se sitúe por encima de este nivel. Así, esta dirección se transforma por sí misma, en cierta medida, en dirección técnica. Una táctica del socialismo consecuente, resuelta, situada en la vanguardia,* provoca en las masas el sentimiento de seguridad, de confianza, de ardor en el combate; una táctica dubitativa, débil, basada en una subestimación del proletariado, ejerce sobre las masas una acción paralizante y perturbadora. En el primer caso, las huelgas de masas se desencadenan “por sí mismas” y siempre en tiempo oportuno; en el segundo caso, incluso los llamamientos directos de los dirigentes a la huelga de masas fracasan. Y la revolución rusa nos ofrece ejemplos aleccionadores de uno y otro caso.¹¹

Cabía a la autora resolver un problema implícito en su análisis: ¿hasta qué punto los fenómenos que ella describía reflejaban las condiciones específicas vividas por el proletariado en un régimen de absolutismo político y en una sociedad atrasada como la rusa?, ¿o hasta qué punto podrían reflejar una lógica general del proceso revolucionario en la sociedad capitalista avanzada? Para destruir el argumento de aquellos que veían en la revolución rusa una expresión del atraso absolutista, Rosa desarrolla tres puntos: Primeramente, niega la concepción según la cual el proletariado ruso no tenía experiencia organizativa, citando el informe de la Segunda Conferencia de Sindicatos Rusos. En él se destaca que “nuestros sindicatos no son más que nuevas formas de organización de la lucha económica que el proletariado ruso mantiene desde hace muchos años” y que se había expresado en un fuerte y “complicado sistema de organizaciones de fábricas, de barrios y de distritos que ligaban por innumerables hilos al organismo central con las masas obreras”.¹²

En segundo lugar, la autora también refuta la idea de que el proletariado ruso antes de 1905 estaba conformado por mendigos e indigentes. Rosa establece comparaciones entre los obreros rusos y alemanes que reflejan en muchos sentidos una superioridad de los primeros, en lo referente a niveles salariales, jornada de trabajo, cultura y conciencia política. Tal prejuicio sobre los obreros rusos sólo se explicaba por la confianza en el parlamentarismo y en las organizaciones legales, como únicas formas de desarrollo de la conciencia y de la organización obrera.

* En las traducciones de ed. Era y de Pasado y Presente se usa el término “avanzada” que es más claro.

¹¹ Ibid., pp. 76-77.

¹² Ibid., pp. 83-84.

Por último, Rosa dedica una parte importante del capítulo a demostrar primeramente el atraso y miseria en que se encontraban las capas más desorganizadas de los obreros alemanes (como los mineros, ferrocarrileros y empleados del Estado). En contraste con el inmovilismo sindical, que se contenta con los avances alcanzados por capas restringidas del proletariado alemán, las movilizaciones de masas, desarrolladas en ocasión de la revolución rusa, permitieron a las capas atrasadas despertar a la vida política. Estas capas alcanzaron conquistas que las pusieron por encima, económica y organizativamente, de los sectores homólogos del proletariado alemán.

Precisamente una de las características esenciales de la huelga de masas es que libera las energías y la iniciativa de los sectores no organizados del proletariado. La huelga aumenta la intensidad de la lucha, imponiendo el ajuste de cuentas del conjunto del proletariado con la burguesía como clase. La lucha económica y la política se unen así, alimentándose recíprocamente, rompiendo los niveles atrasados de organización y planteando nuevas etapas de las luchas proletarias. Se supera el marco de los núcleos organizados de la clase y se incorporan a la lucha amplias capas populares antes excluidas de él. Así, "no es sólo la organización la que proporciona fuerzas para el combate; es la lucha la que, en gran medida, abastece de nuevos elementos humanos para la organización",¹³ rebasándose los límites establecidos por la lucha sindical y parlamentaria.

La revolución rusa tenía "por primera misión suprimir el absolutismo y establecer un Estado legal moderno, parlamentario y burgués". Ésta es su característica formal, que la liga a las revoluciones burguesas como se conocieron en Europa. "Pero, las condiciones, el medio histórico donde se realizaron estas revoluciones, análogas en la forma, difieren básicamente de aquellos en que se encuentra la Rusia de hoy." La diferencia es ésta:

El desarrollo capitalista internacional en el periodo llevó a la Rusia absolutista la gran industria moderna y creó un proletariado concentrado y educado en el contexto del movimiento socialista mundial y de la decadencia de la democracia burguesa. El proletariado se convierte en el factor dirigente de la revolución, "las capas de la gran burguesía son las únicas directamente contrarrevolucionarias, las otras capas de la burguesía son tímidamente liberales y solamente la pequeña burguesía agrícola y la pequeña burguesía intelectual de las ciudades están resueltamente animadas de un espíritu de oposición; es decir, revolucionario".¹⁴

¹³ Ibid., p. 98.

¹⁴ Ibid., pp. 107, 108.

Este carácter específico y doble de la revolución rusa está íntimamente asociado con la aparición, en ella, de la huelga de masas, táctica esencialmente proletaria. Por eso, la revolución rusa no es solamente un caso de lucha antiabsolutista, sino el primer capítulo de la revolución proletaria moderna: La revolución actual consume en el caso particular de la Rusia absolutista los resultados generales de la evolución capitalista internacional; aparece menos como una última ramificación de las viejas revoluciones burguesas que como un primer eslabón de la nueva serie de revoluciones proletarias de Occidente. El país más atrasado, precisamente porque ha incurrido en un imperdonable retardo en realizar su revolución burguesa, muestra al proletariado alemán y de los países capitalistas más avanzados las vías y los métodos de la lucha de clases del futuro. Considerando las cosas de este modo, vemos también que es totalmente falso enjuiciar la revolución rusa como un hermoso espectáculo, como algo específicamente "ruso", y admirar, como máximo, el heroísmo de sus combatientes; es decir, lo accesorio de la batalla. Lo que aquí es importante es que los obreros alemanes aprendan a estimar a la revolución rusa como su propia revolución, no simplemente en el sentido de la solidaridad internacional de clase con el proletariado ruso, sino ante todo como *un capítulo de su propia historia social y política*. Los jefes de los sindicatos y los parlamentarios que consideran al proletariado alemán como "muy débil", y las condiciones alemanas como poco maduras para las luchas revolucionarias de masas, evidentemente no tienen idea de que el termómetro capaz de medir la madurez de las relaciones de clase en Alemania y la potencia del proletariado se encuentra no en las estadísticas de los sindicatos alemanes y en las estadísticas electorales, sino en los hechos de la revolución rusa" Este brillante análisis del carácter de la revolución rusa, y de sus implicaciones históricas, tiene un evidente tono profético.

El planteamiento del carácter de vanguardia de la revolución no podía menos que irritar al nacionalismo alemán; sobre todo para un partido que se consideraba como el modelo de la organización política del proletariado.

Los ataques de Rosa a los dirigentes de los sindicatos, así como a su pretensión de independencia del partido, pretensión que había llevado al desastroso acuerdo del Congreso de Mannheim en el cual partido y sindicatos se presentaban como dos fuerzas paralelas, restringía enormemente su base de acción. Aplastada entre la burocracia partidaria y la sindical, la izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán va a desarrollar una táctica de enfrentamiento entre bases y cúpulas y un sentimiento antiorganizativo que quedará como una de las bases, en muchos sentidos falsas, de la concepción luxemburguista del espontaneísmo.

En la medida en que pasa el tiempo y se acumulan las experiencias históricas del proletariado, se hace posible rescatar los aspectos fundamentales de este pequeño folleto: la idea de que las masas son el factor fundamental de la lucha revolucionaria; la destrucción de una falsa oposición entre organización y lucha de masas,

sustituyéndola por una dialéctica entre ambas y entre los sectores organizados y atrasados del proletariado; el reconocimiento del papel de vanguardia de la revolución rusa y de su doble carácter democrático y proletario; la idea de un proceso revolucionario desigual y complejo, a escala internacional, que superaba el esquematismo de la socialdemocracia alemana; la capacidad de encontrar, en las formas concretas de la lucha de clases, los fundamentos de las formulaciones estratégico-tácticas.

Al examen luxemburguiano de la revolución rusa y del papel que en ella jugó la huelga de masas, le faltan elementos importantes. Por ejemplo, la poca relevancia que da la autora a las luchas campesinas y a su forma de imbricación con la revolución proletaria. La concepción luxemburguista del problema de la burocracia sindical y partidaria no incluye un análisis de su fundamento social, que se encuentra en la aristocracia obrera y en las ganancias extras proporcionadas por el imperialismo. Su concepción de la lucha partidaria, aún poco desarrollada, no la lleva a enfrentar orgánicamente las tendencias políticas y sociales reales, que ligan el economicismo y el revisionismo a las desviaciones de la dirigencia sindical y partidaria. Su análisis de la revolución rusa no anticipa el papel fundamental de los consejos obreros y campesinos, los soviets, como fundamento de un nuevo Estado proletario. Su énfasis en la espontaneidad de las masas no se complementa con una concepción partidaria que sepa articular la militancia de los profesionales revolucionarios con las organizaciones de masa y con las capas menos conscientes y organizadas del proletariado y del pueblo, particularmente los campesinos.

Estas limitaciones van a pesar significativamente en el desarrollo de la izquierda socialdemócrata alemana, cuyo liderazgo asumió Rosa Luxemburgo; y retrasarán su capacidad de diferenciación orgánica e ideológica, así como limitarán la extensión y profundidad de su influencia partidaria y de masas: Esto explica por qué, frente a la bancarrota de la II Internacional y la traición del PSD alemán durante la primera guerra mundial, la izquierda, con Rosa Luxemburgo a la cabeza, se verá desprevenida para dar una salida revolucionaria a la crisis de la monarquía alemana en 1917. Explica asimismo la política aventurera e improvisada de los espartaquistas, en 1919, que conduce a una confrontación, radical pero débil y anárquica, con el Estado democrático, nacido del compromiso de la mayoría socialdemócrata con los liberales y, en cierta forma, con los conservadores.

VI. Imperialismo, nacionalismo, militarismo y guerra

La II Internacional alcanzó su auge en la primera década del siglo XX. Este periodo histórico lo signaron la expansión imperialista, el crecimiento del militarismo y del nacionalismo, y la amenaza creciente de una guerra mundial. En consecuencia, todos esos temas se reflejaron en el debate político de la época y dieron origen a distintas interpretaciones de los fenómenos, así como proposiciones estratégico-tácticas sobre los mismos.

1. LA CUESTIÓN DEL IMPERIALISMO Y DEL COLONIALISMO

La cuestión del imperialismo y de la política colonial se ubicaba en el centro de la historia europea del periodo, Los partidos de la II Internacional se veían poco a poco obligados a tomar posición no sólo frente a las tendencias económicas generales del imperialismo sino, sobre todo, frente a los hechos políticos y militares, que dividían profundamente los Estados europeos y la opinión pública de los distintos países.

Un desafío para el pensamiento de la izquierda era definir las tendencias económicas que llevaban a una expansión creciente del dominio europeo sobre África y Asia y su desarrollo en América Latina, así como la expansión norteamericana en América Latina, en el Caribe, en las Filipinas y en China. La aparición de Japón como potencia imperialista en Asia era otro factor.

A comienzos del siglo XX, el economista inglés John Hobson escribió una obra crucial para el estudio del tema: *Imperialismo*. En ella mostraba el estrecho vínculo entre la expansión colonial, iniciada en 1885, y las tendencias del sistema capitalista. Básicamente, Hobson explicaba la expansión colonial por la tendencia en los centros capitalistas a generarse excedentes de capital, los cuales estaban imposibilitados de emplearse internamente debido al subconsumo crónico a que tendían estas economías a consecuencia de la baja remuneración de los salarios. El imperialismo se explicaba, así, por la necesidad de buscar inversiones para este capital en el exterior, provocando una creciente tendencia al parasitismo en los países centrales, particularmente Inglaterra.

Posteriormente, el marxista austriaco Rudolf Hilferding amplió la base teórica del estudio del imperialismo al publicar en 1907 su libro *El capital financiero*. Hilferding mostraba la tendencia del desarrollo capitalista a completar el proceso de concentración económica, monopolización y centralización del capital, estudiados por

Marx en *El Capital*, en un Movimiento de fusión entre el capital industrial y bancario, bajo la hegemonía de este último. Tal proceso se proyectaba internacionalmente en la lucha por el control de los mercados nacionales a través del proteccionismo, y de los mercados coloniales a través del anexionismo.

Pero no será sino en 1916 cuando Lenin integre éstos y otros estudios sobre el fenómeno imperialista en una visión global. Esta visión interpretaba el imperialismo como una nueva fase del capitalismo, entendido como una formación socioeconómica basada en la concentración económica, el monopolio, la centralización del capital, la fusión entre el capital industrial y bancario, la exportación creciente del capital para compensar la caída de la tasa de ganancia, la formación de ganancias extraordinarias en el exterior que se revertían hacia la metrópolis, generando el imperialismo y al mismo tiempo permitiendo una elevación de los salarios de un sector privilegiado del proletariado: la aristocracia obrera.

En su conjunto, esta nueva etapa del capitalismo aumentaba el carácter desigual y combinado de su desarrollo, los antagonismos interimperialistas y la lucha por el dominio colonial, en la etapa en que se completaba el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias y los necesarios intentos de su redistribución entre los centros imperialistas tradicionales y las nuevas potencias emergentes.

Tales tendencias se completaban con la necesidad de aumentar los ejércitos y la inevitable confrontación militar entre los centros imperialistas. Esta fase se definía esencialmente como el periodo regresivo y de descomposición del capitalismo, pero, a la vez, de inicio del socialismo como perspectiva histórica, aliado a la lucha de liberación nacional de las colonias.

La obra de Bujarin *Imperialismo y economía mundial*, escrita en el mismo año de 1916 y publicada en 1920, se inscribía en esta misma perspectiva, Por otro lado, los estudios de Rosa Luxemburgo sobre la Acumulación del capital, obra publicada en 1912, no sacaban consecuencias prácticas tan claras, ni lograban una visión de conjunto tan integrada como Lenin. Rosa se preocupaba por mostrar las dificultades de realización de las ganancias capitalistas, debido a la desproporción necesaria entre el aumento de la parte del ingreso destinado a la ganancia y a los salarios.

En consecuencia, el modo de producción capitalista sólo podía continuar su crecimiento a través de la absorción de nuevos mercados precapitalistas, en escala internacional, que le permitieran colocar los productos excedentes y realizar nuevas inversiones que absorberían los excedente de capital. Rosa Luxemburgo mostraba así el papel de los gastos militares que, por su carácter de consumo destructivo, permitían abrir un nuevo campo de realización para las ganancias excedentes. El análisis de Rosa provocó una reacción crítica a sus intentos

teóricos de rectificar los modelos de reproducción de Marx en *El Capital*, lo que oscureció los aspectos políticos que implicaban. Sólo posteriormente se sacaron plenamente las conclusiones políticas de su investigación teórica, en lo que respecta a la lucha por los mercados coloniales, el militarismo como tendencia económica permanente del sistema, la expansión del consumo de las clases no fundamentales, los efectos de estas tendencias sobre la internacionalización de la lucha de clases.

La involución política de Hilferding y de Kautsky hacia el reformismo, en la década de 1910, llevó al desarrollo de la teoría del ultraimperialismo, que reivindicaba una separación entre las tendencias económicas y políticas del capitalismo. La política imperialista aparecía, para ellos, en contradicción con las tendencias económicas del sistema. Éstas, en vez de conducir a un aumento de las contradicciones entre los grupos económicos y las naciones capitalistas, deberían llevar a la conformación de un trust único internacional, que disminuiría los conflictos intercapitalistas y acentuaría el conflicto entre el capital y el trabajo a escala internacional.

Lenin y Bujarin se dedicaron a atacar esta concepción, mostrando cómo, antes de conformarse un trust internacional único -y como resultado de este monstruoso intento al que tendía teóricamente el capital-, se acentuaban las contradicciones entre los distintos trusts y entre las naciones y bloques de naciones capitalistas, aumentando los conflictos interimperialistas y los de los centros imperialistas con sus colonias.

Esta amplia discusión teórica sobre las tendencias históricas del imperialismo se desarrolló en gran parte al margen de la evolución política de la II Internacional. En primer lugar, las obras más expresivas de Kautsky, Rosa, Lenin y Bujarin sobre el tema se publicaron o en vísperas del hundimiento de la Internacional, o durante la guerra de 1914, o posteriormente a ella. En segundo lugar, las resoluciones de la Internacional reflejaban muy vagamente el debate teórico, concentrándose en problemas inmediatos o definiciones muy generales de la estrategia.

Pero es indudable que los acuerdos de la II Internacional sentaban una base política general para enfrentarse al problema del imperialismo y del colonialismo al definir claramente el campo del marxismo revolucionario frente al enfoque reformista del problema. En el seno de los partidos socialdemócratas había significativa fuerza proimperialista, defensora de una colonización socialista que mantuviese el respeto a los derechos humanos. Ellas se identificaban en lo fundamental, en el plano político, con el reformismo que preconizaba una política de alianzas con la burguesía y la pequeña burguesía nacionales: lógicamente se simpatizaba también con las ambiciones expansionistas.

Son, pues, importantes los acuerdos establecidos por la II Internacional sobre el imperialismo y el colonialismo, acuerdos que formaron un acervo de la estrategia y la táctica marxistas sobre esta tendencia crucial de la historia contemporánea que cambió el carácter del movimiento revolucionario mundial y que se convirtió, en las décadas posteriores, en el aspecto principal del mismo, como lo entendió muy bien Lenin.

En los tres primeros congresos de 1889, 1891 y 1893, aún no aparecía la cuestión imperialista. En el mitin inaugural del IV Congreso, realizado en 1896, se asociaba el peligro de la guerra "a la avidez y el interés personal de las clases dirigentes y privilegiadas, con el sólo propósito de conquistar los mercados del mundo para su propio interés".¹

El V Congreso, realizado en París en 1900, enfrentó directamente el tema de los trusts, que provocó amplias discusiones; se aceptaba que eran "el resultado lógico del sistema de producción", por lo que se hacía inútil oponerse a su formación: "la única salida real a la opresión actual de esas coaliciones es la nacionalización y, a un estadio consecutivo, la regularización internacional de la producción en los sectores donde los trusts internacionales han alcanzado su máximo desarrollo".²

Tales discusiones reflejaban una preocupación creciente por la evolución del capitalismo, preocupación tangible también en una resolución sobre el imperialismo y el colonialismo que decía:

Considerando que el desenvolvimiento del capitalismo conduce fatalmente a la expansión colonial, causa de conflictos entre gobiernos;

Que es el imperialismo el que en consecuencia excita el chauvinismo en todos los países e impone gastos cada vez más grandes en provecho del militarismo;

Que la política colonial de la burguesía no tiene otro propósito que ampliar los beneficios de la clase capitalista y el mantenimiento del sistema capitalista, al mismo tiempo que agota la sangre y el dinero del proletariado productor y comete crímenes y crueldades sin nombre contra las razas indígenas de las colonias conquistadas por la fuerza de las armas;

¹ Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, cit., p.405.

² Ibid., p. 425..

El Congreso Socialista Internacional de París:

Declara que el proletariado organizado debe usar de todos los medios en su poder para combatir la expansión colonial de la burguesía y condenar en todas circunstancias y con toda su fuerza, las injusticias y las crueldades que, necesariamente, derivan de ella en todas partes del mundo entregadas a las ambiciones de un capitalismo sin vergüenza y sin remordimiento.³

El congreso establecía así las bases explicativas fundamentales del imperialismo; la lógica del desarrollo capitalista conducía al colonialismo y aumentaba los enfrentamientos internos entre los Estados burgueses. Mientras las clases medias europeas apoyaban alegremente las aventuras coloniales, los proletarios europeos se levantaban en defensa de los indígenas masacrados por los representantes de la "civilización" y llamaban a un Programa de acción a este respecto, proponiendo las medidas siguientes:

- 1] Que los diversos partidos socialistas pongan en estudio la cuestión colonial en todas partes donde las condiciones económicas lo permitan.
- 2] Animar de una manera especial la formación de partidos socialistas coloniales adheridos a las organizaciones metropolitanas.
- 3] Crear relaciones entre los partidos socialistas de las diferentes colonias.⁴

El Congreso de París enfrentaba otros aspectos derivados del desarrollo imperialista del modo de producción capitalista que alcanzaba su auge en esos años. Se condena el militarismo y se plantea la lucha de la juventud en su contra, así como el compromiso de los diputados socialistas "a votar contra todo presupuesto militar y todo gasto para la marina de guerra y las expediciones militares coloniales".

El congreso condenó, también, la política de opresión del zarismo ruso para con los pueblos polaco y finlandés; las atrocidades del gobierno inglés con los bóers de África del Sur; y las violencias cometidas en Armenia. El proletariado europeo se levantaba, así, en favor de la autonomía nacional de los pueblos esclavizados y de la primera lucha de liberación nacional en las colonias europeas, a pesar de su contenido limitado pues se trataba de la lucha de independencia de los colonizadores blancos de África del Sur que oprimían a los africanos negros.

³ Ibid., p. 421.

⁴ Loc. cit.

Los congresos posteriores reafirmaron estas concepciones generales del movimiento obrero, a pesar de la oposición creciente del ala revisionista que ya se había expresado en temas como la cuestión de las alianzas y la participación de los gobiernos burgueses; la autonomía política de los sindicatos; los aspectos positivos de los trusts; el socialismo municipal como tendencia a una toma del poder a través de una larga evolución.

En el VI Congreso, realizado en Ámsterdam en 1904, se reafirmaron los principios definidos en París en 1900 y se redondeó la posición sobre el problema colonial al “oponerse en absoluto a todas las medidas imperialistas o proteccionistas, a todas las expediciones coloniales, a todos los gastos para las colonias”; al “combatir todo monopolio, todas las concesiones de grandes territorios; vigilar cuidadosamente que las riquezas del mundo colonial no sean acaparadas por el gran capitalismo”; al “denunciar sin descanso los actos de opresión contra las poblaciones indígenas; obtener para éstas medidas eficaces de protección contra la barbarie militarista o la opresión capitalista; velar particularmente para que no sean despojadas de sus bienes, ni por la fuerza, ni por el contrabando”; al “favorecer todo lo que sea capaz de mejorar las condiciones de los indígenas, trabajos de utilidad pública, medidas de higiene, creación de escuelas, etcétera, y esforzarse por sustraerlos a la influencia nociva de los misioneros”.

Pero sobre todo, se definió claramente el objetivo final de la estrategia de la clase, obrera en el mundo colonial:

Reclamar para los indígenas la mayor cantidad de libertad y de autonomía compatible con el estado de su desarrollo, teniendo presente que la *emancipación completa de las colonias es el fin que se persigue*.⁵

Tales planteamientos generales suscitaron de inmediato una demanda para que Gran Bretaña abandonase el “actual, execrable y deshonroso” sistema de dominación en la India, para aceptar “el establecimiento de un *selfgovernment*, en la mejor forma practicable por los hindúes mismos, bajo soberanía inglesa”.⁶

En este Congreso de Ámsterdam se reafirmaron los planteamientos de París sobre los trusts, mostrando la preocupación constante por la evolución reciente del capitalismo.

⁵ Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, cit., 1963, p. 18.

⁶ *Ibid.*, p. 19.

De congreso en congreso, continuaban presentes los mismos temas y se hacían cada vez más claros y radicales los planteamientos de la mayoría revolucionaria, en confrontación con la minoría reformista. Pero, al mismo tiempo, ésta aumentaba su fuerza en las votaciones, disminuyendo el margen de la mayoría revolucionaria. El VII Congreso de la Internacional Socialista, realizado en Stuttgart en 1907, representó una victoria aplastante para los puntos de vista revolucionarios, a pesar de la ofensiva creciente del revisionismo. En este congreso tomó parte, muy intensamente, Lenin, quien representaba al Partido Socialdemócrata Ruso (entonces unificado) en el Buró Socialista Internacional.

La resolución aprobada sobre la cuestión colonial merece especial atención por su evidente contenido condenatorio de la política colonial y por la vinculación clara que establece entre la explotación capitalista en los países centrales y en las colonias. Condena violentamente los intentos ideológicos de disfrazar, bajo la máscara de tarea civilizadora, las atrocidades de la dominación colonial, y define claramente los límites de la expansión capitalista en las colonias:

La política colonial capitalista en lugar de aumentar las fuerzas productivas, destruye, por la esclavitud a que reduce a los indígenas, al igual que por las guerras asesinas y devastadoras, la riqueza natural de los países en los cuales ella trasplanta sus métodos. Por las mismas razones impide o frena el desenvolvimiento del comercio y de los mercados con los productos de la industria de los Estados civilizados. El Congreso condena los métodos bárbaros de civilización capitalista y reclama, en interés de la extensión de las fuerzas productoras, una política que garantice el desarrollo pacífico de la civilización, poniendo por todas partes las riquezas del mundo al servicio del progreso de toda la humanidad.⁷

La resolución manifiesta, con absoluta firmeza, el carácter antimperialista de la Internacional Socialista y asocia claramente al imperialismo, el militarismo creciente y la amenaza creciente de guerra. Reafirma también los objetivos de la lucha en las colonias: reformas en provecho de los indígenas, y su educación y organización para alcanzar la independencia.

En consecuencia con esas posiciones el Congreso se pronunció en contra de la intervención franco-española sobre Marruecos.

⁷ Ibid., p. 36.

El VIII Congreso, realizado en Copenhague en 1910, no presenta avances sobre las resoluciones anteriores. Reafirma la defensa de Marruecos en contra de la intervención franco-española, apoyando la agitación revolucionaria realizada en España y Francia contra tal intervención.

La II Internacional no se significó especialmente por un crecimiento fuera de Europa y Estados Unidos. Esto era consecuencia del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas en Asia, África y América Latina, y del retraso en sus luchas antimperialistas. Pero los textos que hemos citado muestran que hubo una auténtica y constante preocupación por las luchas, de los pueblos oprimidos y, sobre todo, una toma de posición clara en contra del imperialismo y del colonialismo.

En ésa como en otras cuestiones hubo una constante contradicción entre la correlación de fuerzas establecida en los congresos y aquella existente a nivel local y nacional, donde los revisionistas ganaban fuerza día a día. La prueba definitiva de la Internacional fue su posición frente a la guerra imperialista que se aproximaba cada vez más. En ese momento se pudo advertir claramente cuán vana era la mayoría de los congresos. Los partidos socialistas ya estaban minados en su interior. Esto tenía mucho que ver con las superganancias generadas por el imperialismo y con la absorción por las burguesías de un sector importante y muy decisivo de la clase obrera convertido ahora en una aristocracia obrera incrustada en los sindicatos y cada vez más influyente en la política y en la estructura de los partidos socialistas.

2. LA CUESTIÓN DE LA AUTONOMÍA NACIONAL

La expansión del orden económico burgués por Europa central, el dominio inglés sobre los irlandeses, la extensión del imperio ruso y del imperio austro-húngaro, la acentuación de las contradicciones entre los grupos económicos y políticos de la burguesía europea en el plano nacional e internacional, creaban un ambiente adecuado para la agitación sobre el problema nacional, a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

La Internacional Socialista tomó tempranamente -desde su II Congreso, realizado en Berlín en 1891- una clara posición en favor del derecho de autonomía de cada pueblo. En su ponencia al congreso, Vaillant afirmaba: "El socialismo, en efecto, con su advenimiento asegurará a cada país su autonomía, así como el derecho de disponer de sí mismo".⁸

⁸ Ibid., p. 377.

Frente a la cuestión judía, el congreso tomó una resolución de principio que debería quedar como orientación sobre el problema nacional:

Los partidos socialistas y obreros de todos los países siempre afirmaron que no podía haber para ellos antagonismos o combates de razas o nacionalidades, sino sólo la lucha de clase de los proletarios de todas las razas, contra los capitalistas de todas las razas. Condena las excitaciones antisemíticas y filosemíticas como una de las maniobras por las cuales la clase capitalista y los gobernantes intentan hacer desviar el movimiento socialista y dividir los trabajadores.”

A pesar de su carácter muy general, esa resolución muestra la clara orientación de la clase obrera hacia la autonomía nacional, así como su rechazo a cualquier nacionalismo agresivo que se introdujera en el movimiento intentando formar partidos y sindicatos por nacionalidades, en el seno de los imperios plurinacionales.

Estos planteamientos básicos se mantuvieron por varios congresos sucesivos, reflejándose en posiciones tácticas como la defensa de los polacos, los armenios y serbios, los finlandeses, los boers, etcétera, en contra de sus respectivos dominadores. En vísperas de la guerra mundial, la Internacional apoyó el intento de los países balcánicos de formar una federación de naciones autónomas.

Pero, frente a la posición de los sindicatos checos que, en consecuencia de su autonomía, pretendían constituir su propia central sindical en Praga, en oposición a la de Viena -donde predominaban los alemanes-, los delegados al VIII Congreso Socialista Internacional, reunidos en Copenhague en 1910, aprobaron el siguiente voto:

Si en los Estados políglotas los sindicatos unidos deben, evidentemente, tener en cuenta las necesidades lingüísticas de todos sus miembros, el Congreso, de otra parte, declara que toda tentativa por fraccionar los sindicatos internacionalmente unidos, en partes nacionalmente separatistas, va en contra de las resoluciones de los congresos internacionales.¹⁰

Fue precisamente en el imperio austro-húngaro donde la cuestión nacional dio origen al debate teórico más amplio hasta 1910, protagonizado por el libro de Otto Bauer sobre *La cuestión nacional y la socialdemocracia* y el de R. Springer sobre *El problema nacional*.

⁹ Ibid., p. 378.

¹⁰ Ibid., p. 52.

Bauer y Springer caracterizaban la nación como un conjunto de personas unidas por una cultura, un carácter y un destino comunes, independiente de un territorio determinado. En base a este principio ellos planteaban la unión y organización de estas comunidades, para garantizar su autonomía nacional y cultural, según el principio personal.

“El principio personal -decía Bauer- presupone que la población se dividiera en nacionalidades [. . .] sobre la base de la libre declaración de los ciudadanos adultos, para lo cual deberán organizarse censos nacionales”. Por ejemplo, explicaba Bauer:

Todos los alemanes domiciliados en regiones nacionalmente homogéneas y todos los alemanes inscritos en los censos nacionales de las regiones mixtas, constituirán la nación alemana y elegirán un *consejo nacional*.¹¹

El consejo nacional es, según Springer, el parlamento nacional-cultural, llamado a fijar los principios y aprobar los medios necesarios para velar por las escuelas nacionales, la literatura, el arte y la ciencia nacionales, la organización de academias, museos, galerías y teatros, etcétera.¹²

El Partido Socialdemócrata Austriaco, de acuerdo con las tesis de Bauer y Springer, reconocía el principio de las nacionalidades que se representaban en una federación democrática, adoptando sólo secundariamente el principio del territorialismo que “entrega por todas partes a las minorías a la discreción de las mayorías”. Criticando esta tesis, el socialista checoslovaco E. Benés afirmaba que lo que se ponía en segundo plano era más que la territorialidad como problema económico; y la comisión sindical para el imperio de Austria había presentado, al congreso internacional de Copenhague, un informe que reconocía la imposibilidad de unificar a checos y austriacos:

Dado que no es posible reunir intereses mutuamente refractarios en formas de organización centralizantes y políglotas, surgen continuos conflictos internos de esta situación, que crean mutuo recelo y paralizan la energía combativa del proletariado entero.¹³

¹¹ Citado por J. Stalin, *El marxismo y el problema nacional*, ed. Cepe, BuenosAires, 1973, p. 40.

¹² *Ibid.*

¹³ Textos tomados de Jacques Droz, op. cit., p. 126

El problema se presentaba también en Rusia, particularmente con los obreros polacos. José Stalin escribió, bajo la orientación de Lenin, el libro citado, publicado en 1913, que buscaba clarificar estas cuestiones y plantear los elementos para asumir una posición justa frente al problema.

Stalin sitúa el problema nacional en el contexto del desarrollo del capitalismo y de las burguesías nacionales en defensa de sus mercados internos. Muestra cómo, en Europa central, este desarrollo fue frenado por las burguesías ya desarrolladas, que sometieron bajo su dominio a las burguesías emergentes en las regiones más atrasadas. A pesar de la gran variedad de situaciones concretas que determinaban tácticas distintas frente a las reivindicaciones nacionales, se puede decir que en su esencia éstas corresponden a una lucha burguesa que busca arrastrar el proletariado, dándole a su lucha la apariencia de "popular general". A pesar de definir correctamente el carácter burgués de esta lucha por la autonomía y por la defensa de las naciones oprimidas, Stalin afirma: "Pero de ahí no se desprende, ni mucho menos, que el proletariado no deba luchar contra la política de opresión de las nacionalidades".

La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, la persecución contra el idioma, la reducción de escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros en grado no menor, si no es que mayor, que a la burguesía.¹⁴

Pero lo que el proletariado no podrá hacer nunca es asumir una posición nacionalista frente a tales hechos, aceptando el azuzamiento de unas naciones contra otras, cayendo en la órbita de una cultura nacional más atrasada, dominada por la burguesía, y sobreponiendo el problema nacional a la lucha de clase del proletariado. Los partidos nacionales del proletariado defienden el derecho de todas las naciones oprimidas, y el de la suya en particular, pero someten esta defensa a los principios del internacionalismo proletario, así como a las necesidades tácticas determinadas por las distintas condiciones locales e históricas.

Stalin reafirma las tesis de la Internacional Socialista, a la cual pertenecía entonces el Partido Socialdemócrata Ruso y su fracción bolchevique:

Luchando por el derecho de la autodeterminación de las naciones (y no de las nacionalidades) la socialdemocracia se propone como objetivo poner fin a la política de opresión de las naciones, hacer imposible esta política y, con ello, minar las bases de la lucha entre las naciones, hacerla menos aguda, reducirla al mínimo. Esto distingue

¹⁴ J. Stalin, op. cit., p. 24.

esencialmente la política del proletariado consciente, de la política de la burguesía, que se esfuerza por ahondar y fomentar la lucha nacional, por prolongar y agudizar el movimiento nacional¹⁵

El que tal lucha asuma un carácter separatista o una autonomía relativa dependerá de las condiciones concretas; del desarrollo de la burguesía y del proletariado políticamente independiente; así como de la democracia burguesa, la cual atenúa las contradicciones nacionales en su seno, permitiendo el libre desarrollo de las minorías nacionales, etcétera. Estas normas fueron la base de la estrategia y táctica bolcheviques frente al complejo problema de las nacionalidades en Rusia, y les permitieron erigir una comunidad socialista de naciones libres, a partir de sus luchas de liberación nacional, integrándolas en la lucha común del poder del proletariado y de los campesinos de toda Rusia. La defensa del criterio de las nacionalidades en el Imperio Austriaco, al permitir las representaciones nacionales en el partido socialista y en los sindicatos, llevó a su división; y condujo a los partidos obreros a correr la suerte del Imperio Austriaco, desgarrado durante la guerra mundial. Ello muestra lo acertado de la política nacional bolchevique. Por otro lado, la adhesión de los partidos de la II Internacional al chauvinismo burgués, durante la guerra mundial, los ahogará en una política que iba desde el proimperialismo hasta el anexionismo desvergonzado; lo cual demuestra la necesidad de plantear claramente el problema nacional dentro del movimiento obrero internacional.

Las críticas de Rosa Luxemburgo a la política de autonomía nacional, pretendiendo mantener a Polonia y otras naciones como Finlandia en el cuadro de una unidad territorial rusa e insurgándose contra la reconstrucción de una Polonia unificada, van a estrellarse con la realidad histórica. La respuesta de Lenin a su folleto sobre el tema, será analizado en la tercera parte de esta obra.

3. EL MILITARISMO Y LA GUERRA

La acentuación de la política colonial, inserta en el cuadro de la conformación de una economía mundial imperialista -basada en la expansión del capital financiero, en el aumento de las contradicciones entre las políticas imperialistas por el reparto del mundo y en la opresión de las naciones menos desarrolladas, llevaba a las naciones europeas a un enfrentamiento.

¹⁵ Ibid., p. 27.

A fin de prepararse para este enfrentamiento o simplemente para obtener mejores posiciones en una confrontación diplomática muy aguda, se hacía necesario un desarrollo militar creciente.

El crecimiento de Alemania, su transformación en una gran potencia económica y militar a fines del siglo XIX y principios del XX, era incompatible con su casi total exclusión de las conquistas coloniales. Su aislamiento diplomático, consecuencia de su intento de mantener las manos libres para buscar su propio imperio colonial, junto con la amenaza que para Inglaterra representaba su armada, -desarrollada desde el comienzo del siglo actual- profundizaban las razones para un conflicto bélico.

Estos fenómenos ya se percibían en la época de Marx y Engels, quienes previeron lo inevitable de una guerra mundial cuyo centro sería Europa. Frente a estas contingencias, el movimiento obrero debería oponer una resistencia tenaz al estallido de tal guerra y, en caso de que se diera, debería luchar por transformarla en el punto de partida de una guerra civil revolucionaria.

Esta visión estratégico-táctica sobre la posición del proletariado frente a una guerra interimperialista, se desarrolló en el seno de la II Internacional a través de una sucesión de congresos en los que aumentaba la claridad de la política a seguir, pero aumentaba, a la vez, la oposición de los reformistas a tales planteamientos.

La posibilidad de que los partidos socialistas chocasen en el frente de batalla, enfrentando entre sí a los obreros de los países imperialistas, significaba el fin de la Internacional y un fuerte golpe al internacionalismo proletario. Por otro lado, se esperaba que las convulsiones provocadas por un enfrentamiento militar generalizado llevarían a una situación revolucionaria que anunciaría el fin del capitalismo.

Por esta razón, la cuestión militar y de la guerra aparece ya en el primer congreso de la II Internacional -París 1889- en la orden del día, bajo el título de "abolición de los ejércitos permanentes y armamento del pueblo". Después de denunciar a los ejércitos permanentes como "expresión militar del régimen monárquico, oligárquico y capitalista" y como "negación de todo régimen democrático o republicano", se afirmaba enseguida que "la paz es una condición indispensable a toda emancipación obrera".

Pero el congreso no se hacía ilusiones sobre tal posibilidad y declaraba que la guerra, producto fatal de las condiciones económicas actuales, no desaparecerá definitivamente más que con la desaparición misma del orden capitalista, con la emancipación del trabajo y el triunfo internacional del socialismo".¹⁶

¹⁶ Amaro del Rosal, op. cit., pp. 366-67.

En el segundo congreso, realizado en Bruselas en 1891, cupo a August Bebel asentar claramente la política revolucionaria del proletariado frente a la guerra:

El triunfo del proletariado será la paz universal. Teniendo coraje, energía, perseverancia, la guerra no estallará. Los gobiernos declaran la guerra; los pueblos tienen el derecho y hasta el deber de responder con la revolución [. . .] Hace falta decir francamente que se debe preferir la guerra civil entre el proletariado y la burguesía a la guerra entre las naciones.¹⁷

Estos principios generales fueron reafirmados en todos los congresos posteriores, perfeccionándose las definiciones de las formas de lucha y la decisión revolucionaria del proletariado.

El IV Congreso de la Internacional Socialista se realizó en Londres, en 1896, en un momento de graves confrontaciones interimperialistas. En él se adoptó un extenso acuerdo que definía las causas de la guerra como fundamentalmente económicas, denunciaba los peligros del militarismo creciente y establecía una política inmediata para impedir la guerra. Dicha política no debía ilusionarse con los sentimientos humanitarios de la burguesía, debía basarse en la lucha de la clase obrera por la toma del poder político y el establecimiento del socialismo.

El V Congreso, París, 1900, establece una política aún más definida para enfrentar el crecimiento del militarismo. Se basaba en la educación de la juventud contra el militarismo; en el compromiso de votar contra los presupuestos militares; en la realización de un movimiento de agitación internacional antimilitarista; y se definía también frente al problema colonial y las varias luchas de liberación nacional, como ya hemos destacado. Con todo, será en el **VII Congreso, Stuttgart, 1907**, donde la Internacional Socialista efectuará su debate más amplio sobre el mismo problema, que había ganado una gran actualidad debido a la guerra ruso-japonesa y al evidente deterioro de la paz en Europa. En ese debate participaron figuras destacadas en la socialdemocracia de entonces, como Bebel, Jaurès, Vaillant, Guesde y Hervé. Lenin, Rosa Luxemburgo y MártoV presentaron en conjunto una enmienda a la proposición de Bebel que sirvió de base para la discusión. La resolución del VII Congreso sobre “el militarismo y los conflictos actuales” reflejaba una posición marxista revolucionaria y quedó como marco de orientación general para la estrategia y la táctica del movimiento obrero frente a las guerras imperialistas. Según la resolución, no se podía separar la acción contra el militarismo de la acción contra el capitalismo, pues “las guerras entre Estados capitalistas son, en general., la consecuencia de su

¹⁷ Ibid., p. 377. Liebknecht afirmó en el mismo congreso: “Frente a la guerra, la huelga y la insurrección”.

conurrencia sobre el mercado del mundo” con miras a conquistar los pueblos extranjeros y sus tierras. El armamentismo y el militarismo eran, en tal contexto, “uno de los instrumentos principales de la dominación de la burguesía y de la esclavización económica de la clase obrera”.

Se denunciaban los prejuicios nacionales como un instrumento bélico de la burguesía, cuyo objetivo era dividir la solidaridad obrera internacional.

Siendo las guerras un producto esencial del capitalismo, sólo terminarían con el fin de este sistema y la instalación de un nuevo orden internacional socialista. Se reafirmaba en seguida el programa de acción de Bruselas, basado en la educación antimperialista de la juventud, la oposición a los créditos de guerra y la agitación general antimilitarista. Se insistía en la denuncia del ejército regular y su sustitución por milicias populares. Se llamaba a una cierta flexibilidad de acción dentro de estos principios generales y se saludaban las acciones antimilitaristas realizadas por los obreros en cumplimiento de los acuerdos de Bruselas. Se reafirmaba, en fin, el papel dirigente de la Internacional y la necesidad de la presión del proletariado para utilizar el arbitraje internacional en la solución de los conflictos.

La resolución declaraba, al final, los principios tácticos fundamentales que orientarían al proletariado socialista en el caso de declararse la guerra:

Si una guerra amenazara con estallar, es un deber de la clase obrera en los países afectados, y de sus representantes en los parlamentos, con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción y coordinación, el de hacer todos sus esfuerzos por impedir la guerra, por todos los medios que le parezcan mejores y más apropiados y que, naturalmente, varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general.

No obstante, en el caso de que la guerra estallara, tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente, y de utilizar, con todas sus fuerzas, la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista.¹⁸

Esta declaración final reproducía el texto de la enmienda propuesta por Lenin, Rosa y Mártov. La Internacional Socialista se declaraba, así, no sólo contraria a la guerra interimperialista que se aproximaba; sino también -de estallar la guerra- decidida a transformarla revolucionariamente en base de una ofensiva hacia el poder.

¹⁸ La resolución, la propuesta de Bebel y la enmienda de Lenin, Rosa y Mártov se reproducen íntegramente Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, cit., pp. 29-34.

El VIII Congreso, Copenhague, 1910, confirmaba esas posiciones, como también todas las declaraciones de los líderes socialistas y las conferencias particulares. En 1912, el Buró Internacional Socialista convocó a un congreso extraordinario que se realizó en Basilea en noviembre, en vísperas de los acontecimientos trágicos de 1914-18. A este congreso, cuyo único objetivo era tomar acuerdos de movilización contra la guerra, asistieron 555 delegados. Se inició con una gran concentración por la paz que llenó no sólo la catedral de Basilea, donde se realizó, sino también la plaza vecina.

La principal figura de esta manifestación fue Jean Jaurès, quien afirmó en su memorable discurso:

La Internacional debe velar por hacer penetrar en cada lugar su palabra de paz, desarrollar en cada lugar su acción legal o revolucionaria que impida la guerra o si no a pedir cuentas a los criminales que serán responsables de ella.¹⁹

El congreso extraordinario confirmó los principios establecidos en Stuttgart y Copenhague. Así lo indican las posiciones tomadas frente a la crisis de los Balcanes, llamando a constituir una federación balcánica y oponiéndose a la renovación de las antiguas enemistades entre serbios, búlgaros, rumanos y griegos, así como enfrentamiento entre turcos y serbios. El congreso apoyó la autonomía de Albania y Serbia y llamó a los socialistas de Austria, Hungría, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina a oponerse a una invasión austriaca en contra de Serbia. El congreso advirtió también el peligro de la intervención de los intereses rusos en los Balcanes, oponiéndose así a los dos imperialismos que actuaban sobre la región y cuya confrontación terminaría por llevar a la guerra. La resolución llamaba además a la intervención activa de los trabajadores de Francia, Alemania e Inglaterra y denunciaba el peligro que representaba el antagonismo británico-alemán para la paz. La Internacional no tomaba partido por ningún régimen considerado progresista, en detrimento de otros considerados más reaccionarios. Su posición era de absoluto rechazo a todas las maquinaciones imperialistas y amenazaba con la revolución como respuesta al conflicto.²⁰

El próximo congreso, que sería el noveno, fue convocado para 1914, pero no pudo realizarse. A pesar de que proseguían las declaraciones contra la guerra, firmadas por el Buró Internacional Socialista, sus firmantes se convertirían -en su mayor parte- en los tentáculos de sus respectivos gobiernos, apoyando la política de unidad nacional para aplastar a los adversarios militares. La agitación contra la guerra duró hasta el último momento. El viraje de las direcciones partidarias, representaciones parlamentarias y sindicatos socialistas

¹⁹ Ibid., p. 67.

²⁰ El texto completo de la resolución está en *ibid.*, pp. 69-73.

fue casi siempre brusco y sorprendente, sobre todo por la ausencia de una oposición de masas organizada. El 4 de agosto de 1914, los socialistas franceses y belgas votaron los créditos militares, incorporándose a los gobiernos de sus correspondientes países. En Alemania, ya el 31 de julio, una mayoría de parlamentarios del PSD había decidido votar los créditos de guerra. El 2 de agosto los sindicatos suspenden las huelgas en curso. El 3 de agosto, por 78 votos a favor y 14 en contra, se toma la decisión de votar los créditos de guerra. Los obreros franceses salían en defensa de la patria republicana, amenazada por la monarquía alemana. Los obreros alemanes defendían su cultura nacional contra la invasión del retrógrado régimen zarista. Sólo en Rusia, algunos sectores de los mencheviques y la fracción bolchevique, ya convertida en partido, se opusieron a la guerra. Esto, sin embargo, se hizo a costa de un inmediato aislamiento de las masas rusas. Vandervelde se incorporaba al gobierno belga; Guesde y Sembat al francés; no faltaban nuevos dirigentes socialistas para seguir su ruta, cuando las burguesías locales lo sentían necesario. La Internacional Socialista, fundada bajo los auspicios del internacionalismo proletario y del socialismo científico de Marx y Engels, se hundía de la forma más brutal bajo las botas de los ejércitos europeos, luchando de un lado o del otro en nombre de sus patrias burguesas. Los obreros que juraron no matarse entre sí, mataban por millones en las tierras europeas.

¿Qué determinó este fracaso?

¿La política reformista de los jefes? ¿La burocratización de los partidos? ¿La influencia de los sindicatos reformistas? ¿El cretinismo parlamentario desarrollado en años sucesivos? ¿La fuerza incontrastable del sentimiento nacional?

¿Cómo pudo ser que un pequeño partido en Rusia no temiera el aislamiento político inmediato que provocaría su posición a favor de la guerra civil revolucionaria y del derrotismo revolucionario, mientras que sólo unas cuantas voces, como las de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo en Alemania, se levantaban en otros países?

La próxima parte de este libro se dedicará a buscar esas razones. El leninismo representaba, según lo indican los hechos, algo más que una fracción política rusa: representaba una contribución importante al pensamiento marxista y particularmente a la estrategia y táctica revolucionarias. Como veremos, Lenin vio la explicación del fracaso de la socialdemocracia europea en el contexto del imperialismo, particularmente en el papel desempeñado por la aristocracia obrera.

Lenin no dudó un solo momento del inminente fin de la II Internacional Socialista. En contra de toda perspectiva inmediata, escribía -el 10 de agosto de 1914- esta frase, que puede servir de prólogo al análisis de sus concepciones estratégico-tácticas y que expresa la original aportación del dirigente de la revolución rusa y fundador de la III Internacional:

La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, depurada no sólo de los tráfugas!

VII. La II Internacional: Un balance

1. LA CRISIS DE LA II INTERNACIONAL

El fracaso histórico de la II Internacional en 1914 sigue desafiando al pensamiento marxista hasta nuestros días; en consecuencia, se han ofrecido múltiples explicaciones para esclarecerlo. El objetivo de este capítulo no es hacer una descripción de tales intentos explicativos, sino articular los elementos económicos, sociales, políticos e ideológicos que, según creemos condujeron a la destrucción de la II Internacional, elementos que llevaron asimismo a la involución de los partidos socialistas y socialdemócratas hacia un reformismo de graves consecuencias históricas tanto para el movimiento obrero como para la humanidad.

Las consecuencias históricas del reformismo deben ser medidas, sobretodo, en función de las terribles barbaries que engendró la conservación del capitalismo en su fase imperialista: principalmente, las dos guerras mundiales; el desempleo de millones de trabajadores como consecuencia de la crisis de 1929; el terror nazi-fascista; las guerras coloniales donde se utilizaron los métodos más enfermizos de tortura y represión; el hambre y la miseria de millones de individuos en las regiones subdesarrolladas y dependientes.

El reformismo no es el responsable directo de tales hechos, a pesar de su pusilanimidad y hasta complacencia frente a la política militarista y colonialista. Pero nadie puede negar que la conservación histórica de un régimen económico-social superado (debido a la falta de decisión y capacidad revolucionaria de las clases sociales, grupos e instituciones a los cuales les cabe destruirlo y sustituirlo por una sociedad superior) ahoga en el pantano de su decadencia a millones de seres. El reformismo tiene a su favor la apariencia de evolución histórica que presenta el capitalismo en los periodos de auge económico, cuando no sólo se implementan importantes cambios tecnológicos sino también se amplían las conquistas sociales de los trabajadores, así como sus niveles de vida. Pero, como hemos visto, los marxistas siempre llamaron la atención sobre los límites de esta evolución, la cual sólo se mantiene durante los periodos de ascenso económico; cuando el crecimiento de la productividad y del producto aumenta el margen de concesiones que puede ofrecer el capital; cuando el pleno empleo, resultante del auge de crecimiento, favorece la capacidad de lucha sindical y política de los trabajadores, dentro del modo de producción capitalista. Es pues natural que los periodos de auge económico generen una ilusión ideológica

expresada por el reformismo; es decir, por la expectativa de la clase obrera de alcanzar un régimen económico y social superior mediante la continuación de esas reformas hacia una evolución histórica pacífica.

Como vimos, esta desviación ideológica era, y es, una tendencia espontánea del movimiento obrero, particularmente en su expresión sindical. Frente a esta tendencia espontánea, se presentaron a fines del siglo pasado tres respuestas.

La primera, el revisionismo de Bernstein, de Sorel, de Croce, etcétera; el economicismo de Struve, de los marxistas legales en Rusia y de los fabianos en Inglaterra; el determinismo económico de los posibilistas en Francia. El revisionismo impregna el pensamiento socialdemócrata al punto de terminar ganando el apoyo de muchos marxistas ortodoxos que, como Kautsky y los marxistas austriacos (Adler, Hilferding, Renner, etcétera), habían “defendido” el marxismo no como pensamiento revolucionario, en constante evolución, sino como principios abstractos.

El revisionismo, el economicismo, el reformismo, el centrismo, entendían las tendencias espontáneas del movimiento obrero -a acomodarse dentro del sistema capitalista- como un hecho positivo; como una expresión de las tendencias históricas de la lucha de clases, como una evolución de la clase obrera hacia una táctica correcta, ligada al desarrollo del capitalismo y de la sociedad liberal. Por esto, estas tendencias tenían que negar las crisis económicas, el retraso y la barbarie resultantes de los enfrentamientos interburgueses (como las guerras imperialistas); tenían que negar, en fin, la posibilidad histórica del retroceso de las conquistas obreras. Por esto, desde el punto de vista filosófico, estas corrientes recorrían desde el evolucionismo, de un lado, hasta el idealismo kantiano, de otro, procurando dar a la historia y al socialismo el contenido de un avance lineal inexorable, o de un imperativo moral aceptado por la conciencia humana universal.

Frente a estas tendencias, la segunda respuesta era el marxismo revolucionario del Kautsky y del Plejánov marxistas, y de su discípulo Lenin. El marxismo revolucionario reconocía las tendencias espontáneas de la lucha sindical hacia el reformismo, pues son parte de la aceptación de la condición asalariada y de las luchas económicas dentro del régimen capitalista. Pero al hacer este reconocimiento no aceptaban este hecho como definitivo. Por el contrario, destacaban la necesidad de ligar las luchas espontáneas -de carácter económico- a la comprensión intelectual de la explotación capitalista y de su inexorable liquidación histórica por una sociedad superior; la socialista. Se hacía imprescindible, en consecuencia, el papel de la teoría y del partido revolucionario, capaz de agrupar a la clase en torno de una vanguardia consciente, estudiosa y experimentada. Las funciones de esta vanguardia eran múltiples: elaborar la concepción doctrinaria; analizar la evolución histórica de la sociedad; interpretar correctamente las luchas cotidianas de la clase; propagar y agitar los

resultados de estos conocimientos; dirigir a la clase en sus luchas inmediatas y representar, en esas luchas, el futuro del movimiento: el socialismo y el comunismo. Como veremos en el estudio sobre Lenin, a esas difíciles tareas encomendadas al partido revolucionario se sumaban la habilidad y experiencia necesarias, por parte de sus jefes para conducir victoriosamente a la clase, en sus movimientos tácticos, hacia la toma del poder.

La afirmación del papel que le cabe a la teoría, a la doctrina, a la reflexión, ejercidas por la intelectualidad y los dirigentes, los cuadros y las vanguardias, que resultaba de esta concepción partidaria podría llevar a una desviación "instrumentalista" que desconociera el papel del movimiento real de las masas y llegara a sustituirlas, teóricamente por el aparato partidario. Esta desviación, de hecho, existió en la socialdemocracia alemana y se transformó en un obstáculo para su desarrollo revolucionario, en un elemento conservador que terminó favoreciendo el reformismo y el oportunismo.

De ahí la aparición de una tercera concepción que favoreció una nueva desviación del marxismo. Se trata de la lucha de Rosa Luxemburgo contra el aparato partidario, y particularmente sindical, de la socialdemocracia alemana. Esta lucha llevó a Rosa a acentuar exageradamente el espontaneísmo revolucionario de las masas, sobrevalorando la capacidad revolucionaria de la huelga de masas, sin preocuparse lo suficiente de su relación con la vanguardia partidaria, con su capacidad de conducción y su rigor teórico e ideológico. Esta subestimación del papel revolucionario de la vanguardia fue crucial para la revolución alemana, al retrasar la organización de la fracción revolucionaria de la socialdemocracia alemana; demorando su rompimiento con el centrismo; y resultando en la incapacidad del Partido Comunista Alemán para dirigir el movimiento revolucionario de 1918-23.

El énfasis de Rosa Luxemburgo en la lucha espontánea de masas, en la revolución rusa de 1905, era esencialmente correcto pero dejaba de lado el carácter cíclico de esta espontaneidad. Si en una situación revolucionaria, como la de Rusia en 1905, las masas cumplían un papel revolucionario, eran una fuerza de vanguardia, de la cual tendría que partir necesariamente la acción del partido; en una situación contrarrevolucionaria, como la de 1907-1910 en la misma Rusia, era la capacidad teórica y orgánica de la vanguardia la que garantizaba el desarrollo futuro de la revolución. Por esto, es peligroso y antidialéctico dar a la cuestión del espontaneísmo de las masas un sentido absoluto y antihistórico concreto. También es absurdo sobrestimar el aparato partidario, independientemente su vínculo real con la situación concreta.

2. LOS CAMBIOS DE LA ECONOMÍA INTERNACIONAL Y DEL CAPITALISMO A FINES DEL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX

La II Internacional se desarrolló en un periodo de profundos cambios de la economía internacional. En primer lugar, si bien surgió en una fase depresiva de la economía europea, su maduración se realizó entre 1890 y 1914. Este periodo se caracterizó por el auge económico permanente, apoyado en profundos cambios tecnológicos, en una estabilidad política creciente y en la confianza ideológica y psicológica de la burguesía, correspondiente a la estabilidad económica, social y política.

En segundo lugar, este nuevo periodo se caracteriza, también, por el auge de la expansión colonial de Europa, el desarrollo del gran capital industrial y bancario a escala mundial, el creciente nacionalismo y militarismo. El capitalismo entraba en una nueva fase histórica como formación social: surgía el imperialismo.

Los cambios revolucionarios que sufría el capitalismo alteraban las condiciones de la lucha de clases y exigían una elaboración teórica superior. ¿Estaban los partidos socialistas y socialdemócratas preparados para responder a este desafío? Para responder esa pregunta debemos analizar, con el mayor cuidado, las transformaciones estructurales ocurridas en este periodo:

a] En la segunda mitad del siglo XIX empieza un proceso de industrialización de las máquinas y herramientas que habían progresado enormemente en las décadas anteriores. La rebaja del costo de las máquinas, debida a esa segunda revolución industrial, aumentó enormemente su consumo, por parte de las industrias productivas de bienes finales, acelerando y generalizando en consecuencia el proceso de industrialización a escala internacional a fines del siglo XIX. Tales cambios fueron más estimulados aún por el desarrollo del transporte y de las comunicaciones a escala internacional, promoviendo el intercambio en todas sus formas. Estos hechos tecnológicos, que permitidos por el auge económico de 1893 a 1914 y al mismo tiempo impulsados por él, tuvieron efectos contradictorios sobre el funcionamiento de la economía. La generalización del uso de las máquinas, si bien rebajaba los costos de producción, aumentaba el peso relativo de las inversiones en medios de producción y materias primas, en relación a los salarios. Es decir, como había previsto Marx, el desarrollo tecnológico, promovido por el capitalismo, llevaba al aumento de la composición orgánica del capital. Estos gastos crecientes, en maquinarias y materias primas, aumentaban en consecuencia los adelantos que tenían que realizar los capitalistas en relación a la masa de ganancias; es decir, tendían a hacer bajar la tasa de ganancia. Tales hechos obligaban al capital, por un lado, a centralizarse en grandes unidades financieras, grupos familiares, asociaciones de empresas, sociedades anónimas, etcétera.

Por otro lado, lo obligaban a luchar por los mercados coloniales, en busca tanto de materias primas más baratas como de bienes de consumo para sus trabajadores a precios más bajos. Esto permitía atender a la sed de medios de producción, materias primas y salarios más baratos y cada vez más numerosos, en los países industriales, y a la vez abría un campo para nuevas inversiones de los capitalistas, con tasas de ganancia más elevadas.

En consecuencia, la lucha por el dominio colonial pasaba a ser una parte intrínseca y esencial del desarrollo capitalista en los países industriales, conformándose una economía internacional única. Ésta se basaba en la expansión de los países capitalistas industriales y en la coordinación de las economías coloniales en función de esa expansión.

b] Los cambios tecnológicos señalados; los cambios de la estructura económica que los absorbió y estimuló, así como su contenido internacional imperialista, confluyen hacia un auge económico realmente espectacular. La estructura de las economías capitalistas cambia y se entra en un nuevo nivel histórico de concentración de la producción, de monopolización de los mercados, de centralización del capital que lleva a la unidad del capital monopólico industrial y el bancario, unificación que Helfferding llamó el capital financiero. La internacionalización del capital y el aumento del mercado mundial agudizaron la competencia entre los grandes trusts y monopolios a tal punto que éstos apelaron a sus Estados nacionales para defender sus mercados en la metrópoli y en las colonias. Se produce una ola proteccionista creciente que incitaba al nacionalismo y que al mismo tiempo favorecía la política militarista, única capaz de asegurar los objetivos económicos, expansionistas por un lado, pero proteccionistas por el otro.

Al mismo tiempo, esas luchas entre países y grupos de países, este nuevo nivel de la competencia entre las naciones, favorecía a los centros capitalistas más jóvenes como Estados Unidos y Alemania, en un primer plano, y Rusia y Japón, en un segundo plano. Como consecuencia de estos cambios, la economía internacional asumía una faz enteramente nueva. En apariencia se producía un proceso de expansión capitalista que uniformaba la economía internacional, modernizaba las sociedades tradicionales y generalizaba la cultura y la ciencia occidental, conformando un mundo más indiferenciado e igualitario y una civilización única a escala mundial.

Sin embargo, detrás de esas tendencias tan halagadoras -elogiadas por los filósofos, sociólogos y científicos políticos del gran capital y del imperialismo como Weber y Durkheim-, se ocultaban crecientes antagonismos, contradicciones irresolubles por medios pacíficos y aumentaba la desigualdad tanto entre pueblos y naciones como en el seno de éstos. La lucha entre las clases asumía una dimensión internacional, no sólo en el restringido campo europeo y norteamericano abarcado por la II Internacional, sino también al nivel mundial al cual se había extendido la economía internacional capitalista a principios de nuestro siglo.

c] El movimiento obrero europeo se había fortalecido entre 1880 y 1895, en los últimos años de la depresión económica que duró de 1870 a 1892. En ese periodo, el fracaso de la Comuna de París y la debacle de la I Internacional habían hecho madurar a la clase obrera, aumentando el prestigio del Partido Socialdemócrata Alemán y sus posiciones. Ideológicamente definido por el socialismo; organizativamente basado en una estructura de cuadros; desde el punto de vista de las masas, apoyado en una organización sindical y de asociaciones independientes, pero bajo la conducción del partido; políticamente dispuesto a utilizar los medios electorales como instrumento de su crecimiento, organización y concientización de la clase trabajadora este partido rechazaba sin embargo, la posibilidad de la vía electoral para llegar al socialismo. Por todas sus características, el PSD alemán mostraba la viabilidad de organizar la lucha de la clase obrera dentro de la sociedad capitalista y de arrancar importantes concesiones a la clase dominante en favor de mejoras económicas y el aumento del poder político de la clase obrera. Todo esto se hacía dentro de la perspectiva de acumular fuerzas para que la clase obrera asaltara el poder en el momento en que el capitalismo entrase en crisis revelando sus debilidades y su imposibilidad de garantizar las conquistas sociales y democráticas obtenidas en esas luchas. Tal era la concepción de Engels que estudiamos en la primera sección de este libro. No se puede separar el auge de las conquistas sociales y políticas alcanzadas por el movimiento obrero en los países industriales en este periodo, del auge económico capitalista internacional reseñado en los párrafos anteriores. Las posiciones de Engels, de Kautsky, de Plejánov, de Lenin, de Rosa Luxemburgo y de otros marxistas considerados "ortodoxos", apuntaban en esta dirección. Es decir, buscaban mostrar el carácter económica y políticamente precario de tales conquistas, anunciando la gran crisis futura, inevitable del sistema. Desgraciadamente, la teoría económica marxista de entonces no era capaz de explicar con suficiente rigor la esencia del periodo en cuestión, su posible duración, ni tampoco el carácter, extensión, duración y límites de la inevitable crisis del capitalismo. El planteamiento general del problema se apoyaba en conocimientos fundamentales, planteados por Marx en *El Capital*, pero insuficientemente desarrollados. Por otro lado, la viabilidad del planteamiento se apoyaba también en la experiencia histórica del proletariado, que había sufrido la crisis de 1870-1890.

Esa evidencia empírica desaparecía progresivamente de la percepción histórica de los obreros, cuya vida madura se realizó en el cuadro del auge económico de 1893 a 1914. El comportamiento político de esa generación era muy distinto, así como su grado de confianza en las posturas revolucionarias del partido.

Era pues natural que surgiera una interpretación distinta de los acontecimientos, interpretación que buscaba apoyarse en los hechos tal como aparecían, renunciando a su análisis dialéctico, a una economía política crítica y a una definición política revolucionaria que chocaría con las características reformistas de la lucha inmediata. El revisionismo, el economicismo, el reformismo, tenían así un campo fértil donde sembrar su empirismo teórico. Estos comicios ajustaban la conciencia del partido a todo un periodo histórico, a una

coyuntura de auge económico, de reformas y conquistas que parecían iniciar una nueva etapa en la historia de la humanidad. Cuando dicha coyuntura se superó, estas ideas ya se habían convertido en dominantes en el partido, y ya habían creado un nuevo estilo, una nueva ideología, una nueva conciencia colectiva en la clase obrera europea. De ahí su impreparación para enfrentar la coyuntura revolucionaria de 1914 a 1921. Enseguida analizaremos las desviaciones ideológicas que se produjeron en este periodo.

3. LAS DEBILIDADES TEÓRICAS DE LA II INTERNACIONAL

La formación teórica de la brillante generación de intelectuales que, bajo la influencia de Engels, integró el núcleo de pensamiento de la II Internacional, adolecía de graves defectos desde el punto de vista de su comprensión del marxismo. Todos ellos habían tenido una formación filosófica y política distinta, y conocieron el marxismo ya maduros. En segundo lugar, no tuvieron acceso a toda la obra de Marx. Como hemos señalado, la obra de Marx sólo se publicó totalmente en el siglo XX. Muchos libros fundamentales para la comprensión de su teoría, como los volúmenes segundo y tercero de *El Capital*, *la Historia crítica de la plusvalía*, los *Fundamentos de la crítica de la economía política* (Grundrisse), no fueron parte de la formación básica de los fundadores de la II Internacional. Como hemos señalado, el Anti-Dühring era el libro básico de esta generación, así como el tomo I de *El Capital*. Kautsky, Bernstein, Plejánov, Labriola, Sorel, Paul Lafargue, Max Adler, Karl Renner, Wilhelm Liebknecht y August Bebel fueron importantes iniciadores del marxismo occidental. Ellos aportaron significativas contribuciones para la divulgación del materialismo, dialéctico e histórico, así como para el estudio de cuestiones fundamentales como la agraria, la historia del cristianismo, la cuestión nacional, la mujer y el socialismo, etcétera. Sin embargo, esa generación no pudo enfrentar con profundidad y rigor los nuevos problemas planteados por la evolución del capitalismo, el desarrollo del monopolio, la colonización y el surgimiento de una nueva fase imperialista. Fueron los discípulos más jóvenes quienes enfrentaron esos problemas: una segunda generación, donde despuntaban Lenin, Mártov, Tugan Baranovsky, Rosa Luxemburgo, Parvus, Trotsky, Hilferding, Franz Mehring, Friedrich Adler. Estos intelectuales ya fueron formados en el marxismo y si muchos de ellos presentaron desviaciones graves, fue más por razones políticas que teóricas. A pesar de no tener acceso a algunas obras de Marx y Engels (que sólo fueron publicadas en los años 20 y 30 del siglo actual) esta generación conoció el núcleo de su pensamiento; además, contaba con los avances de la generación anterior y con la gran expansión de los estudios marxistas en la última década del siglo XIX y el comienzo del siglo XX. Sin embargo, la producción teórica de la II Internacional dejaba aún mucho que desear.

En el plano filosófico, no era fácil para los pensadores marxistas diferenciar radicalmente el pensamiento de Marx y Engels de las fuentes filosóficas precedentes. Es necesario señalar, sin embargo, que precisamente la fuente más fundamental, contra la cual se desarrolló a la vez crítica y positivamente el pensamiento de Marx y Engels, fue la filosofía de Hegel, prácticamente desconocida para la generación de los fundadores de la II Internacional.

El ambiente intelectual de fines del siglo XIX estaba profundamente marcado por la filosofía neokantiana y neopositivista. En la ciencia predominaban los descubrimientos geniales del evolucionismo de Darwin, que condujo a concebir un determinismo económico correlativo a los descubrimientos evolucionistas en el plano biológico. Spencer, en Inglaterra, había realizado importantes esfuerzos metodológicos para integrar el evolucionismo al campo de la ciencia social.

El materialismo mecanicista aún regía a ciertos autores, particularmente a Plejánov, quien deja una profunda marca en la socialdemocracia rusa. Había una tendencia a reducir el marxismo al materialismo premarxista o vulgar, donde la dialéctica perdía su fuerza e importancia. Hay que señalar incluso que Plejánov, al final de su vida, tuvo que hacer concesiones al neokantismo, para justificar sus posiciones nacional-chauvinistas y reformistas durante la primera guerra mundial.

El retorno a Kant era esencial para el reformismo. El revisionismo concebía el socialismo como un imperativo moral, un perfeccionamiento de las instituciones liberales que pasaban a ser una obra de la conciencia humana independiente de la lucha de clases. Eso permitía en primer lugar, disminuir el contenido de clase de la lucha por el socialismo; y en segundo lugar, defender las instituciones democráticas liberales, como eternas y perennes creaciones del espíritu humano. Asimismo, la adopción de una ética kantiana -basada en un imperativo moral que se confronta con los imperativos prácticos- permitía resolver la dualidad entre el ideal socialista; planteado como un objetivo utópico lanzado hacia el futuro, y la práctica reformista, que consolidaba el orden liberal-burgués y constituía el único objetivo real de la lucha de los reformistas.

En el plano metodológico, el neokantismo permitía arrinconar los grandes temas teóricos en el campo de una especie de metafísica, de categorías abstractas, etcétera. Al mismo tiempo, permitía abordar lo histórico concreto como fenómenos empíricos y como tendencias que no se ligaban necesariamente al plano conceptual más abstracto abordado por la doctrina. Así, los marxistas se veían atrapados por el debate entre el neokantismo y el historicismo y producían una síntesis ecléctica y no dialéctica entre lo teórico y lo histórico, entre las categorías apriorísticas del kantismo y la fluidez histórica en su univocidad.

En el plano de la economía, se puede apreciar la aplicación de tales concepciones, particularmente en la tendencia a rechazar la teoría del valor-trabajo de Marx y a conciliarla con los costos marginales de las escuelas marginalistas en ascenso. La teoría del valor quedaba relegada al plano de las categorías puras a priori, mientras la realidad de los precios y los costos funcionaba según los principios marginalistas.

Pero en el análisis económico quedaron enormes vacíos sobre los temas candentes del periodo. La cuestión del monopolio fue planteada sólo en su aspecto general. La cuestión agraria fue tratada de manera genial por Kautsky, pero en una perspectiva histórica muy amplia que debería ser completada por estudios más concretos sobre la posibilidad de la alianza obrero-campesina apuntada por Engels. La cuestión del imperialismo no fue ni estudiada ni discutida con la fuerza necesaria. Esto sin contar que en los casos en que se presentaron los temas a discusión se pudo apreciar la existencia de enfoques claramente proburgueses. Como vimos, el monopolio y la "trustificación" fueron considerados por los reformistas como factores de equilibrio económico, capaces de superar la anarquía capitalista y establecer una economía capitalista postcíclica y planeada. La cuestión agraria fue enfocada desde el punto de vista de las ventajas de la penetración capitalista en el campo y del retraso de la economía campesina, abandonándose así los campesinos a la explotación capitalista. El imperialismo fue considerado una misión civilizadora del capitalismo sobre las regiones atrasadas, a la cual había solamente que vigilar para impedir sus desviaciones bárbaras. La cuestión nacional terminó prevaleciendo, no como una lucha por la autonomía nacional, sino en apoyo al chauvinismo y al expansionismo económico y guerrero-militar expresado en la primera guerra mundial.

Pese a todos los esfuerzos por justificar teóricamente esas posiciones, es evidente que la generación de los primeros marxistas no resistió el embate de la historia, Cuando ésta exigió definiciones cruciales, salieron a la luz sus concepciones liberales e idealistas, burguesas o pequeñoburguesas.

Estas concepciones liberales se evidenciaban incluso durante el periodo de la ortodoxia marxista, en las vacilaciones de estos pensadores sobre las cuestiones del Estado, de la democracia y del socialismo, de la dictadura del proletariado. A pesar de que discutiremos esos temas en la quinta parte de este capítulo, es necesario señalar aquí las dificultades que se plantean para superar los enfoques democrático-burgueses y liberales sobre el Estado, si no se posee una comprensión muy profunda de la dialéctica materialista. Además, los propios fundadores del materialismo dialéctico no enfrentaron sistemáticamente la cuestión del Estado. Solamente Lenin enfrentó ese problema y será en polémica con él que Kautsky presentará, posteriormente, su concepción completamente desarrollada del problema. La lucha por las reformas fue otro punto de separación entre los marxistas. A pesar del desarrollo genial que le dio Rosa Luxemburgo, en el texto sobre *Reforma o revolución* que estudiamos en esta sección, era muy difícil comprender la relación entre reforma y revolución,

en un contexto en que el método dialéctico era relegado a segundo plano, tergiversado o abandonado. La falta de comprensión adecuada de esta relación, junto al insuficiente desarrollo de la política de alianzas de la socialdemocracia, daban pie a un obrerismo que tendía a encerrar a la clase obrera en sí misma y dentro de su partido. En consecuencia, la socialdemocracia se transformaba en el partido de los obreros y no en el partido de la *revolución obrera*. La representación de la clase puede darse tanto para defender sus intereses *dentro* del sistema existente, como para proyectarse a la vanguardia del conjunto de la sociedad, para así *superar* el sistema existente e implantar otro superior.

En este último caso, el debate teórico, la propaganda y la agitación, asumen el carácter de una amplia lucha del partido revolucionario y de la clase por su supremacía en la sociedad, por la imposición de un orden económico, social y político superior. La reflexión teórica, asume, en consecuencia, un carácter concreto con objeto de orientar la transformación revolucionaria de la sociedad actual en su conjunto. La prueba de la capitulación de la socialdemocracia alemana respecto de sus tareas políticas inmediatas, está en sus vacilaciones en la lucha contra la monarquía y los junkers terratenientes. Estas vacilaciones se traducían, por otro lado, en la debilidad de su lucha por la república y por la reforma agraria y en la incapacidad de aliarse a los liberales y a los campesinos (más aún, acicatearlos y dirigirlos) para alcanzar esos objetivos. Así, en nombre de los intereses puros de la clase obrera y del socialismo, se dejaban de hacer las tareas democráticas inmediatas, imprescindibles para alcanzar el socialismo. Bajo un disfraz izquierdista, clasista, socialista, se abandonaban con un evidente oportunismo político- las tareas democráticas revolucionarias del periodo. Muy diferente era esta postura del radicalismo democrático de los bolcheviques, que vamos a ver en la próxima sección de este libro. Las diferencias entre este obrerismo socialista, principista, doctrinario y sectario, y el radicalismo democrático de Marx y Engels, quedaron muy claras en el transcurso de nuestras exposiciones en la sección anterior (sobre la estrategia y táctica en Marx y Engels). Ésta es una cuestión teórica y práctica crucial. Quedarían por examinar las debilidades teóricas de la II Internacional sobre la concepción del papel de la ideología y de la ciencia en la lucha revolucionaria.

La primera desviación sería estaba ligada a la tendencia determinista, preponderante en muchos pensadores. Al concebir el materialismo histórico como un determinismo económico, se hacía muy difícil entender el papel de la teoría, y del pensamiento en general, en la transformación social. El pensamiento tendía a aparecer como un mero reflejo de las condiciones materiales concretas sin un papel definido y claro en el movimiento concreto de la historia. Esto también se expresaba en la concepción sobre el papel de la vanguardia revolucionaria, que perdía mucho de su sentido al desvalorizarse el papel de la conciencia en la transformación social. La idea de un determinismo económico que conduciría inevitablemente al socialismo, producía una espera "quietista" de la revolución, una atrofia de la voluntad revolucionaria de los dirigentes y de las masas, como lo señalaron muchos teóricos de izquierda de la II y III Internacionales.

La redacción de este apartado puede sugerir que la II Internacional fue un mar de oportunismos, confusión ideológica y teórica, dado que hemos cargado la tinta hacia los aspectos negativos. No se puede negar, sin embargo, la importancia histórica de la II Internacional para el avance teórico y práctico del marxismo.

Los trabajos teóricos de Kautsky y Plejánov ocupan un lugar definitivo en el avance del marxismo como un cuerpo teórico sistemático. Los estudios posteriores de Rosa Luxemburgo, de Lenin, de Hilferding, etcétera, cuando los dos primeros estaban aún en la II Internacional, constituyen hitos fundamentales en el desarrollo del marxismo. Sin esas investigaciones, el marxismo no hubiera avanzado. Y el hecho de que se hayan borrado durante un periodo esas contribuciones es una de las explicaciones fundamentales del rebajamiento del marxismo en la fase staliniana, con el agravante de que en esta fase se liquidaron incluso las contribuciones fundamentales de los bolcheviques derrotados en la lucha con Stalin.

En la II Internacional, y a veces aun en la producción de un mismo pensador, se daba una lucha ideológica entre lo nuevo, lo radical del materialismo dialéctico e histórico -que necesitaba y necesita aún seguir desarrollándose-, y las otras doctrinas y teorías que lo precedieron, o que se desarrollaron en nuevas expresiones del pensamiento burgués o pequeñoburgués. Ambas corrientes se impregnaron recíprocamente. A los marxistas les era imposible desconocer las aportaciones teóricas y empíricas que habían hecho -y aún hacían- los pensadores burgueses, sobre una cantidad enorme de campos que el marxismo no había siquiera tocado. A los pensadores burgueses les era asimismo imposible desconocer los avances fundamentales que el marxismo había aportado a la comprensión del mundo contemporáneo. Pero esas influencias recíprocas han seguido dos caminos diferentes. Uno es el camino del eclecticismo que ha creado la confusión en ambos lados; el otro es el camino del desafío intelectual, del respeto al adversario, en su valor teórico y en el rigor de sus aportaciones al desarrollo del propio campo teórico respecto a las evidencias empíricas y sus implicaciones teóricas.

Este último camino fue el seguido por Marx en sus estudios de economía política clásica, por Lenin en un estudio sobre los teóricos burgueses del imperialismo; o inclusive, del otro lado, por Max Weber, en su comprensión del aporte de Marx.

Un estudio actual de la II Internacional, debe resaltar, por lo tanto, los avances teóricos del periodo; pero debe al mismo tiempo mostrar las limitaciones implícitas en estos avances, así como la relación que guardan con el fracaso histórico de la II Internacional, con el triunfo del reformismo y con la degeneración teórica del marxismo y del movimiento obrero acaecida con el triunfo del oportunismo de derecha durante la primera guerra mundial.

4. LAS DEFORMACIONES ORGANIZATIVAS Y SOCIOPOLÍTICAS

Ya a principios de este siglo la teoría política empezó a entregarse sistemáticamente a ese nuevo fenómeno de la vida política contemporánea: el partido político obrero. Esta institución elevaba a un nivel totalmente distinto la institución de los partidos burgueses, que se formaron como clubes donde se debatían puntos de vista a partir de una cierta identidad que se reflejaba en el parlamento o como sectas de conspiradores inspiradas en la masonería e instituciones similares.

El Partido Socialdemócrata Alemán superaba todas las experiencias anteriores. Era un partido organizado desde las bases en núcleos disciplinados, y disponía de un gran aparato de direcciones locales, regionales y nacionales. Además poseía una fuerte prensa y empresas importantes. Su relación orgánica con los sindicatos y las cooperativas y con organizaciones de masas femeninas, campesinas y juveniles le daba el carácter de un gran monstruo burocrático, disciplinado y orgánico, que suplantaba los objetivos electorales o conspirativos para convertirse en una organización permanente de la clase obrera alemana, una especie de Estado dentro del Estado. Si agregamos la influencia de la socialdemocracia alemana en la II Internacional, se nos presenta el cuadro de un poder internacional sumamente poderoso y difícilmente contrastable. Este poder se rompió en parte durante la primera guerra mundial, y posteriormente durante la victoria del nazismo, para renacer otra vez después de la segunda guerra mundial con gran fuerza y pujanza. En la evolución este poder se fue integrando cada vez más dentro de la sociedad capitalista de lucha así como ideológicamente.

La ciencia política se preocupó por explicar ese fenómeno ya a principios de siglo. Michael llegó a la conclusión de la inevitabilidad de la burocratización de la clase obrera y sus tesis sirvieron de base a planteamientos posteriores como los de Lipset sobre el "autoritarismo" obrero. Max Weber recoge el tema de la burocracia, a la que identifica en las sociedades industriales modernas con el carácter "nacional" de la organización social contemporánea.

La izquierda socialdemócrata y posteriormente la izquierda comunista dentro y después fuera de la III Internacional verán en el burocratismo de la II Internacional una de las razones fundamentales de su reformismo, de su pusilanimidad frente a la acción revolucionaria.

El hecho es que las tendencias hacia una estructura partidaria cada vez más orgánica, y de los partidos a convertirse en expresiones organizadas y permanentes de los intereses de clases y fracciones de clases, se han convertido en un fenómeno intrínseco a la sociedad contemporánea, tanto capitalista como socialista. Y esto tiene algo que ver con la fuerza histórica que adquirió el reformismo.

La política reformista se vio impulsada dentro de la socialdemocracia fundamentalmente por el estrato de funcionarios, diputados parlamentarios y representantes en la administración local que crecía constantemente al aire de la construcción de los partidos. Tanto en Alemania como en Italia, los representantes parlamentarios de los partidos proletarios marxistas eran fundamentalmente comerciantes, fabricantes, abogados y periodistas de profesión. Eran particularmente receptivos al mensaje de un socialismo no revolucionario.¹

En este texto de Bo Gustafson se estudian muchos aspectos del problema de la burocracia partidaria. En primer lugar, se atribuye la tendencia al reformismo de la burocracia su carácter de estático y mediocre. En segundo lugar, se identifica esa tendencia reformista con el origen de clase pequeñoburgués que tenían esos cuadros burocráticos.

Pero el carácter burocrático ha sido considerado lo fundamental en autores como Schroedel que culpan más específicamente a la burocracia sindical por las tendencias reformistas de la II Internacional y particularmente del PSD alemán.

Otros autores, como Lenin, van a encontrar un origen social en este reformismo sindical y partidario al descubrir su origen en la aristocracia obrera formada merced a las concesiones que el capitalismo, gracias a las superganancias imperialistas, otorga a los sectores económicamente más avanzados de la clase obrera. De esta manera, la tendencia reformista no nace de un tipo de estructura de organización social (burocracia) sino de una capa social definida que tiene su origen en las condiciones históricas particulares de la acumulación capitalista, vista como fenómeno universal.

Ciertamente, cuentan mucho para el auge reformista las concesiones económicas más globales que pudo realizar la burguesía como consecuencia de la expansión económica a largo plazo iniciada en 1890. Pero no hay duda de que la llamada aristocracia obrera sirvió de correa de transmisión entre la ideología burguesa y pequeñoburguesa y el movimiento obrero real.

El cretinismo parlamentario se caracteriza por una siempre creciente confianza en el parlamento entendido místicamente como una fuerza en sí misma, independiente de la acción de las fuerzas sociales concretas y de la correlación de fuerzas real a nivel nacional. Al cretinismo parlamentario se suma el contexto provinciano de las luchas por los gobiernos locales donde se desideologiza grandemente la lucha política.

¹ Bo Gustafson, *Marxismo y revisionismo*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 429.

Por último, el aislamiento de la clase obrera dentro de su partido y de sus organizaciones de masa, de sus escuelas locales y de cuadros, de su mundo obrero unitario material y espiritualmente, hace de la clase obrera una clase volcada hacia su propia realidad y la defensa de sus intereses corporativos, en vez de asumir el liderazgo de la sociedad entera. Ésta es una de las fuerzas sociales más profundamente determinantes del oportunismo reformista, de la despolitización real en nombre de una política puramente principista en lo verbal y claramente oportunista en la acción.

La democracia obrera entendida como defensa de una clase y no como instrumento para la liberación de la humanidad: ésta es una de las fuentes del reformismo.

Por eso es esencial que hagamos un análisis más detallado de la democracia obrera en su dimensión revolucionaria y en las circunstancias históricas que le plantea la práctica política.

5. LA II INTERNACIONAL FRENTE A LA REVOLUCIÓN RUSA: EL CISMA HISTÓRICO

Así como la Comuna de París, fruto de la guerra franco-prusiana de 1871, dividió radicalmente las aguas entre el marxismo y por un lado el izquierdismo de los anarquistas y blanquistas y por otro el reformismo cartista, así la revolución rusa, hija de la gran guerra de 1914-18, dividió radicalmente el movimiento obrero internacional entre el marxismo revolucionario, representado y reinterpretado por el leninismo, y las corrientes reformistas centristas y de derecha.

La cuestión fundamental en discusión era el carácter y las proyecciones históricas y revolucionarias de la revolución rusa de octubre de 1917, cuando los bolcheviques asumieron la dirección del Estado en base al poder de los consejos obreros formados durante la primera etapa democrática de la revolución rusa, ocurrida entre febrero y octubre de 1917.

La crítica centrista tuvo en Kautsky su más alta expresión, en sus libros *La dictadura del proletariado y Terrorismo y comunismo*. La esencia del debate no es ya de orden estratégico-táctico sino ideológico y doctrinario, y se desdobra en un conjunto de argumentos cuyo resumen nos permitirá comprender su verdadero alcance histórico.

Kautsky iniciaba su crítica al gobierno bolchevique y a sus pretensiones revolucionarias negando la existencia de la base material para construir el socialismo en la Rusia atrasada. Así, el proletariado ruso debería contentarse con el establecimiento de una democracia burguesa avanzada donde se desarrollarían las condiciones para la instauración futura del socialismo. El proletariado era minoría en la sociedad rusa y por consecuencia sólo podría gobernar e imponer transformaciones económicas, que por lo demás no se podrían sostener en el atraso ruso, más que por la vía de la dictadura y del terror. La pretensión de avanzar por sobre las bases materiales conducía pues a los bolcheviques a la dictadura, a su aislamiento y a su futura derrota.

Ésta era en esencia la argumentación kautskiana, pero se completaba con importantes planteamientos sobre la relación entre democracia y socialismo, sobre la definición de la democracia y sobre el fracaso histórico a que llevarían la dictadura y el terror soviéticos. Para el Kautsky de los años reformistas, la democracia era "objetivo permanente del proletariado". Junto con el socialismo era un medio para lograr la "abolición de todo tipo de explotación y de opresión, ya sea dirigido contra una clase, un partido, un sexo o una raza", según el programa de Erfurt. Esta afirmación entraba en choque evidente con el pensamiento de Marx y Engels, para los cuales el fin de toda opresión sólo se podría lograr en una sociedad donde desaparecerían las clases sociales y en consecuencia el Estado, y por tanto la democracia como forma de gobierno y de Estado. Es también evidente que en esta sociedad sin explotación y opresión no existiría ya el principio de la distribución basado en la norma: "a cada uno según su capacidad" propia del socialismo, ni la dictadura del proletariado o democracia proletaria también propios del socialismo.

En consecuencia, para el marxismo tanto la democracia como el socialismo corresponden a etapas históricas de la evolución social y de la lucha de clases cuya superación será el producto del desarrollo de las fuerzas productivas que se promoverán bajo estas formas económico-sociales y políticas, así como será el resultado de la destrucción de las clases y otros antagonismos sociales propios de estas formaciones económico-sociales. La democracia y el socialismo son, pues, dos medios que deberán extinguirse al alcanzarse una sociedad superior.

Tenemos pues que aceptar la corrección teórica del análisis kautskiano cuando afirma en *La dictadura del Proletariado* que "no se puede oponer democracia y socialismo diciendo que una es el medio y el otro el fin. Ambos son medios para el mismo fin".

Y continúa Kautsky: "La diferencia entre ambos reside en otra parte. El socialismo, en tanto que medio para la emancipación del proletariado, es impensable sin democracia".²

² K. Kautsky, V. I. Lenin, *La dictadura del proletariado; La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, ed. Grijalbo, colección Teoría y praxis, México, 1975, p. 42.

La argumentación nos quiere llevar a la idea de que un socialismo o comunismo, sin democracia sería propio de sociedades antiguas y altamente reaccionario. Y Kautsky cita el comunismo aldeano ruso o indio y el Estado de los jesuitas en Paraguay. Por otro lado, nuestro autor también nos demuestra que es posible una democracia (por ejemplo de pequeños productores) basada en la propiedad privada. "Así pues, se puede decir que la democracia es posible sin el socialismo y que incluso puede ser realizada antes de él." ³

La democracia no se reduce, por lo tanto, al régimen político generado por la moderna sociedad capitalista: es decir, la democracia liberal. Sin embargo Kautsky intenta demostrar que esta forma de la democracia es la única viable en la sociedad contemporánea y la única compatible con el socialismo. En consecuencia excluye la democracia soviética en base a los consejos obreros y campesinos, pues no asegura el acto universal, los derechos de las minorías, ni se apoya claramente en la expresión mayoritaria del voto.

Los juegos de razonamiento, las vueltas teóricas que tiene que realizar Kautsky para justificar la democracia liberal fueron violentamente denunciados por Lenin.

Nuestro interés en este capítulo sería solamente el demostrar los pasos que llevan al reformismo kautskiano a convertirse en un ala izquierda del liberalismo, como ya había pasado con Bernstein. La crítica leninista aparecerá con más claridad en la tercera parte de este libro. En este contexto será más fácil apreciar la fuerza teórica del pensamiento leninista a pesar de los importantes errores de apreciación de la situación europea del periodo posterior a la primera guerra mundial, que lo llevaron a un proceso autocrítico de los caminos estratégicos-tácticos de la Internacional Comunista un poco antes de su muerte.

Lo principal en la argumentación liberal de Kautsky reside en su defensa del sufragio universal, del pluralismo y del sistema parlamentario. Al mismo tiempo, está su crítica a la conversión del poder soviético en base del Estado suplantando sus fines originales como fuerza movilizadora y organizadora de las clases populares. Al hacerlo, Kautsky acusa a los bolcheviques de introducir la dictadura partidaria en los consejos obreros, excluyendo progresivamente de ellos a los partidos obreros opositores.

El discurso de Kautsky falla fundamentalmente al no considerar las condiciones históricas particulares que impiden a una revolución convertirse en un Estado liberal. El sufragio universal no podía, por ejemplo, ser considerado una cuestión de principio. La eliminación del derecho de voto de los explotadores era, evidentemente, una medida transitoria hasta que se extinguieran los explotadores en la sociedad misma.

³Ibid., p. 43.

A partir de este momento, se haría posible (como se hizo, de hecho) retornar el concepto de sufragio universal. La discusión no podía ser por lo tanto sobre la legitimidad o no del sufragio universal, sino sobre la suspensión por un periodo determinado de los derechos políticos de una determinada clase social. Pretender que no se puede tocar ni con una pluma los principios liberales en un mundo donde la misma burguesía los pisotea cada día es amarrar las manos del proletariado para cualquier transformación revolucionaria de la sociedad. Hasta hoy, los discípulos del centrismo reformista lo han comprobado históricamente en más de sesenta años de historia.

Lo mismo se puede decir del principio de la mayoría expresada electoralmente. Kautsky dudaba de la capacidad bolchevique para representar esa mayoría y los retaba a la elección directa de tipo parlamentario, a la convocatoria de una constituyente, etcétera. Eso en 1918, en pleno periodo de guerra civil. La capacidad de los bolcheviques para representar la mayoría rusa se veía en su victoria en la guerra civil. Ese triunfo se hizo incluso sobre los amigos de Kautsky, los mencheviques y socialistas revolucionarios que no dudaron en tomar las armas contra los bolcheviques al lado de los más terribles explotadores y represores del proletariado y del campesinado ruso.

Decir que una mayoría electoral es más importante y significativa que la movilización armada de la mayoría del pueblo ruso para defender su revolución amenazada por la rebelión y la invasión reaccionaria, es caer en la desviación liberaloide más primaria, es perder toda objetividad, es hacer un peligroso juego político en favor de la contrarrevolución. Por eso, no es extraño que Lenin y Trotsky hayan abandonado sus tareas en la administración y en los frentes militares para responder a estos ataques cobardes dirigidos por el más respetado marxista de los años de auge de la II Internacional. El odio de Kautsky a los bolcheviques y su defensa intransigente del liberalismo sin adherirse totalmente a la derecha socialdemócrata lo arrastraron al olvido por muchos años.

6. CONCLUSIÓN

El fracaso de la II Internacional durante la primera guerra mundial fue producto de un conjunto de circunstancias económico-sociales, políticas e ideológicas ligadas al desarrollo del capitalismo y de la clase obrera.- El auge económico de 1893 a 1914 configuraba al marco general que hacía posible el avance de las conquistas materiales y políticas de la clase obrera dentro del capitalismo. La expansión internacional de este auge y su carácter monopólico no solo crearon las condiciones favorables para un clima internacional donde había espacio para un movimiento obrero importante, sino que permitieron al mismo tiempo aumentar las ganancias disponibles por el capital para corromper a sectores significativos del movimiento obrero.

En el campo ideológico, esas conquistas empezaron a justificar las aspiraciones de una transformación pacífica de la sociedad capitalista por la vía de las reformas sucesivas del orden existente. Esta ilusión ideológica llevó a una vuelta al pensamiento premarxista, particularmente a Kant y una afirmación de la economía vulgar de tipo normativo y apologética del capitalismo. Se debilitaron la concepción del Estado como expresión de clase y el papel de la ideología y de la conciencia en la transformación social. Se defendió así el empirismo y el oportunismo pragmático como principio de la actuación política.

La burocratización de los sindicatos y partidos obreros, el cretinismo parlamentario, el privilegio de los poderes locales y el aislamiento de la clase obrera en el mundo de sus reivindicaciones gremiales, fueron el corolario y al mismo tiempo el ambiente adecuado para este proceso de envilecimiento de los partidos obreros.

El ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana y de otros países se vio incapacitada para entender los peligros ideológicos que vivía el partido debido a las victorias alcanzadas en los congresos nacionales e internacionales. Además, esta ala contenía en su interior muchas desviaciones importantes que se manifestaron más claramente en 1914, cuando un sector centrista concilió con la derecha del partido en vez de condenar radicalmente su adhesión a la guerra y a su burguesía local.

El ala centrista se desvió aún más hacia la derecha al triunfar los bolcheviques en octubre de 1917. Se inició un combate radical en contra de los bolcheviques y la forma de Estado soviético en que se apoyaron para instaurar la dictadura del proletariado en la antigua Rusia de los zares, encaminada ahora hacia el socialismo por vías imprevistas y novedosas.

La postura centrista fue rígida en su anticomunismo hasta el punto de impedir la reunificación de las internacionales propuesta por la III Internacional en 1921. Durante años esperaron la caída de los comunistas y estuvieron dispuestos a colaborar con sus enemigos. De esta manera, el cisma producido por la victoria de los bolcheviques, la prohibición de la oposición menchevique y socialista revolucionaria, la fundación de la III Internacional, la guerra civil y la intransigencia contrarrevolucionaria de los centristas en contra del Estado soviético, se prolongó en la historia, representando un doloroso drama para el movimiento obrero.

Los cambios operados en la historia posterior del capitalismo, el avance del socialismo y de las luchas de liberación nacional en los países coloniales, han cambiado el cuadro económico social y político en que se plantea el conflicto. También en el plano ideológico ha habido cambios importantes en ambas partes. La comprensión del origen histórico del conflicto sólo sirve para entender sus fuentes, pero no para explicar las divergencias actuales.

Pero una cosa queda clara: el reformismo como modelo estratégico-táctico no puede ocultar su fracaso histórico, ni su responsabilidad en el mantenimiento de un régimen económico-social que produjo dos guerras mundiales, el nazifascismo, guerras civiles y coloniales sumamente costosas, la organización de la represión y la tortura como formas normales de sobrevivencia frente a la rebelión social, las crisis económicas, el hambre, el analfabetismo, la desocupación, la criminalidad y la marginalidad como fenómenos masivos que enmarcan la vida de los millones de personas que viven bajo este sistema. La historia de la estrategia y táctica en la II Internacional y la lucha entre reformistas y revolucionarios que la marcó es así un antecedente necesario de un estudio del tema y al mismo tiempo un marco esencial para entender el desarrollo victorioso de la fracción revolucionaria de la socialdemocracia en un solo país: la Rusia de los zares. Pasamos así a la tercera parte de este libro (tomo 2)) donde estudiamos el pensamiento estratégico-táctico del gran conductor de esta revolución: Vladímir Ilich Lenin.

La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin

Volumen II

Versión original:
Dos Santos, Theotonio y Vania Bambirra (1980),
La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin,
tomo II, México, Edit. Era.

Índice

Primera parte: La lucha por el poder

Nota previa

I. Socialismo agrario y terrorismo en contra de la autocracia

II. La crítica de la concepción populista de la revolución rusa

III. Leninismo versus economicismo: la constitución del partido

IV. ¿Partido de masas o de cuadros? El surgimiento del Bolchevismo

V. 1905: La táctica del proletariado en la revolución democrática

VI. 1905: Experiencias y balance

VII. El descenso como acumulación de fuerzas

VIII. El nuevo ascenso, la guerra y la traición de la II Internacional

IX. La táctica de Lenin en la revolución rusa

X. Las condiciones políticas y materiales del triunfo de la revolución de octubre vistas por Lenin

Segunda parte: Defensa, consolidación y proyección del poder revolucionario

I. Cuestiones estratégico-tácticas del poder soviético

II. Lenin y la III Internacional

III. Síntesis: el leninismo, su estrategia y su táctica

Primera parte

La lucha por el poder

Nota previa

[. . .] lo que es la esencia misma, el alma viva del marxismo:
el análisis concreto de una situación concreta.
Lenin, *Obras completas*, t. XXXIII p, 260.

El leninismo no es, en sus raíces, una concepción teórica original. Es, en primera instancia, la aplicación del materialismo histórico y dialéctico a las condiciones de la lucha revolucionaria en Rusia. El gran mérito de Lenin, como lo señala Lukács, consistió en saber extraer la esencia práctica del marxismo. En base al manejo acucioso del método de análisis creado por Marx y Engels, Lenin supo comprender y explicar en primer lugar al proletariado ruso y, en seguida, al internacional, el sentido general de la evolución del proceso de cambios revolucionarios, a fin de poner en práctica toda una nueva y sistemática concepción táctica, capaz de orientar la instauración del socialismo. El leninismo es, pues, una aplicación creadora del marxismo que se expresa en la sistematización de los instrumentos y medios que el proletariado debe utilizar para lograr las transformaciones revolucionarias. Lenin partía del hecho de que la verdad es siempre concreta.

Por esto, la clave de sus concepciones tiene que ser captada en función del análisis concreto de una situación concreta que orienta y condiciona sus proposiciones. Sin embargo, esto no invalida el carácter científico del pensamiento leninista. Al contrario, es allí donde reside: la universalidad de la contribución leninista tiene que ser entendida no como un conjunto de fórmulas rígidas y acabadas, sino como un método de explicación y de actuación que debe ser recreado, es decir aplicado creadoramente, en función de cada situación específica. Por esta razón, la comprensión plena del leninismo sólo se puede lograr a través del estudio de las condiciones históricas que lo generaron y sobre las cuales actuó. De esta manera es posible entender al leninismo como un producto y como un productor, no sólo del proceso revolucionario ruso, sino de toda una época revolucionaria que marca el comienzo de la transición a un modo de producción superior y extraer todas las proyecciones de su pensamiento como orientador de nuevas luchas.

La forma como entendemos el leninismo nos obliga a vincularlo estrechamente a su contexto histórico, del que intentaremos ofrecer al lector un bosquejo a la vez que iremos destacando las enseñanzas estratégico-tácticas más relevantes.

I. Socialismo agrario y terrorismo en contra de la autocracia

[.... .] el carácter soñador de esa protesta su divorcio de la realidad.
Lenin, *Obras completas, t. I*, p. 369.

El pensamiento leninista empieza a desarrollarse a fines del siglo XIX. Entonces la sociedad rusa estaba ya preñada por el capitalismo que se anunciaba como una amenaza al dominio feudal y al poder de los zares.

Las industrias brotaban y, con ellas, una incipiente burguesía y un proletariado débil. Se abría una etapa de transición entre el modo de producción que se extinguía y el nuevo que se gestaba. Sin embargo, la aristocracia y los terratenientes mantenían aún bien firmes las riendas del poder y el campesinado era la más importante fracción de las clases dominadas.

Entre la intelectualidad se encontraba el más fuerte contingente de la oposición al zarismo. ¿De dónde provenía este radicalismo? Es cierto que de por sí la intelectualidad, por tener un acceso directo a la cultura, es un sector fácilmente permeable a las ideas progresistas y al cuestionamiento de los regímenes opresivos.

Sin embargo, en Rusia, además de este factor genérico, actuaron otros, que contribuyeron en esta época y en los comienzos del nuevo siglo a generar todo un clima de discusión teórica y política que debemos contar entre los más fructíferos que hayan existido en una nación.

Este "renacimiento" ruso fue profundamente influido por la experiencia populista de los años setenta que, si bien fue heterodoxa en cuanto a la comprensión del marxismo, lo introdujo en Rusia y generó en torno a él una intensa polémica. Esta polémica fue motivada por un fracaso que, sin duda, estimuló con creces una divulgación más extensa del marxismo, bajo la influencia del éxito que entonces empezaba tener la I Internacional. especialmente en Alemania.

Es importante extendernos un poco sobre las características del populismo ruso y el proceso de su superación. Su aparición, en los años sesenta, como movimiento impugnador, no es casual. Es una consecuencia de la revuelta campesina en contra de sus precarias condiciones de existencia. El descontento campesino es un fenómeno que se venía demostrando desde las décadas anteriores, y una de las razones que induce al zar Alejandro II a promulgar, en el año 1861, la ley de emancipación de los campesinos del régimen de servidumbre, con el objetivo de modernizar el campo ruso en una dirección burguesa.

Esta "reforma campesina" si bien tuvo mucha importancia por lo que toca a ayudar a crear las condiciones para el desarrollo del capitalismo en Rusia, no benefició al campesinado en su conjunto. Analizando sus consecuencias, Lenin dijo que

la abolición de la servidumbre no fue, ni mucho menos, la "liberación" del productor; sólo supuso un cambio de forma del plusproducto. Si en Inglaterra, por ejemplo, la caída del feudalismo creó efectivamente campesinos independientes y libres, nuestra reforma realizó de un solo golpe el paso del "ignominioso" plusproducto feudal a la "libre" plusvalía capitalista¹

Con este análisis Lenin destaca cómo la monarquía rusa, reconociendo la inevitabilidad del desarrollo capitalista, trata de promoverlo y encauzarlo bajo su dirección. Por esto, él reconocía que la reforma campesina debería ser "punto de partida al cual deben remontarse inevitablemente, aún hoy. (1897) quienes deseen exponer sus concepciones generales sobre los problemas económicos y sociales" de Rusia. Y cita un libro de Akaldin para destacar la "situación calamitosa de los campesinos después de efectuada la reforma, el empeoramiento de sus condiciones de vida, las nuevas formas de su dependencia en lo económico, en lo jurídico y en su vida cotidiana".²

Naturalmente que la consecuencia de esta reforma tendría que ser la agudización del descontento campesino, pese a que éste no encuentra en esa época los medios orgánicos efectivos de expresarlo. El éxodo rural se intensifica, y las industrias nacientes van a encontrar una mano de obra barata en el campesinado despojado de sus medios de existencia. Sin embargo, las implicaciones de este comienzo del proceso de desarrollo del

¹"Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Suve", Obras completas, ed. Cartago, Buenos Aires, t. I, p.478. Todos los subrayados de aquí en adelante son de Lenin, salvo si se indica lo contrario.

² "¿A qué herencia renunciamos?", Obras escogidas, t. I ed. Progreso. Moscú, 1961, p. 76.

* Véase primera parte del tomo 1.

capitalismo en el campo ruso, no fueron comprendidas totalmente por un pequeño sector de intelectuales radicales. Éstos se rebelan, supuestamente en nombre del campesinado, en contra del desarrollo capitalista y del régimen zarista que lo pone en práctica.

La organización de los populistas, también conocidos como narodniki, se llamaba Tierra y Libertad. En sus orígenes, se dedica a la educación política y a la propaganda de las ideas socialistas. Posteriormente, esta fase pacífica es superada por una etapa de luchas terroristas. La organización se escinde en 1879 y da origen a dos grupos, el Libertad del Pueblo, de corte terrorista y el Partición Negra, que preconizaba centrarse en la lucha por el reparto de la tierra. Los narodniki pretendían fundamentar sus análisis en el marxismo y aplicarlo a las condiciones de Rusia. Como ha sido destacado antes, "Marx y Engels habían mantenido con ellos relaciones muy fraternales e incluso habían estimulado sus luchas... Sin embargo, esta particular "aplicación" del marxismo estaba condenada al fracaso. El hecho de que un grupo tuviera que recurrir al terrorismo individual: como forma fundamental de lucha, ponía al desnudo su incapacidad para vincularse efectivamente a las masas. La represión zarista se abatió implacable en su contra y, prácticamente sin que se provocaran protestas populares, los narodniki y su movimiento se extinguieron.

Como base de la concepción populista. se encontraba la idea de que el campesino era la clase revolucionaria en Rusia pues, en palabras de Lenin, "se creía en los instintos comunistas del campesino de la comunidad' y por eso se veía en los campesinos a los combatientes directos en favor del socialismo"⁴. Por esto los narodniki "fueron al pueblo", Pero, prosigue Lenin en su análisis,

[. . .] en la práctica tuvieron que persuadirse de la ingenuidad de la idea acerca de los instintos comunistas del mujik. Se decidió, por lo demás, que la cuestión no residía en el mujik, sino en el gobierno, y toda la labor fue dirigida a la lucha contra el gobierno [. . .]⁵

Lenin explica "en qué consiste la esencia del populismo: en la protesta, desde el punto de vista del campesino, del pequeño productor contra el régimen de servidumbre (la capa de la vieja nobleza) y contra el espíritu burgués (la capa de la nueva burguesía) en Rusia". Y en seguida destaca "el carácter soñador de esa protesta,

³ Una interpretación sintética pero muy aguda de los narodniki es la de Isaac Deutscher. El profeta armado, ed. Era, México, 1966.

⁴ ¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan los socialdemócratas? *Obras completas*, t. I, p. 297.

⁵ *ibid.*, p. 299.

⁶ "Contenido económico del populismo", *cit.*, p.369.

su divorcio de la realidad”.⁶ La utopía del populismo, según lo plantea Lenin en otra de las varias obras en donde trata de este tema, consiste en negar el desarrollo del capitalismo en Rusia y consecuentemente el papel de vanguardia del proletariado industrial; y en negar la importancia de la revolución burguesa y en proponer la revolución socialista inmediata en base a la comunidad campesina.⁷

Sin embargo, aunque el movimiento populista fracasó como proyecto político, dejó hondas raíces en la intelectualidad rusa de finales del siglo XIX que se desarrollaron en distintas direcciones. Por un lado, provocó todo un balance crítico marxista de esta experiencia, lo que colaboró para poner al orden del día la necesidad de la formación de la socialdemocracia rusa.

Por otro, originó todo un nuevo pensamiento populista que orientó la formación del partido de los socialrevolucionarios. Los socialdemócratas como Plejánov, Lenin, Trotsky, etcétera, se formaron en la intensa polémica en contra del populismo que, como lo planteaba Lenin, habiendo sido en su tiempo un fenómeno progresivo por haber sido el primero en plantear el problema del capitalismo, el populismo es ahora una teoría reaccionaria y nociva que desorienta al pensamiento social, que contribuye al estancamiento y a toda clase de asiatismos.⁸

Sin embargo Lenin lo consideraba “la más importante corriente de nuestro pensamiento social”⁹ Por esta razón es que él se dedicó a la elaboración de varias obras cuyo objetivo era la refutación, desde múltiples aspectos, del pensamiento populista. Se puede incluso considerar que es a través de esta polémica donde trata de rescatar el método de análisis marxista, que Lenin se introduce en la vida político-revolucionaria rusa y empieza a sentar la base de lo que vendría a ser el leninismo. Dada la importancia de esta discusión conviene detenernos un poco en sus aspectos principales.

⁷“Socialismo pequeñoburgués y socialismo proletario”, Obras completas. t. I X,426.

⁸ “¿A qué herencia renunciamos?”, cit., p. 95.

⁹“Contenido económico del populismo. . .”cit., p. 365

II. La crítica de la concepción populista de la Revolución rusa

[.. .]no explican la explotación del trabajador por eso son incapaces de servir para su liberación.
Lenin, *Obras completas*, t. I, p 310.

Entre los años 1894 y 1900, el joven Lenin elabora varias obras que son de gran importancia en la refutación de las tesis del viejo y del nuevo populismo. Las principales son ¿Quiénes son los amigos del pueblo y como luchan contra los socialdemócratas?, El contenido económico el populismo y su crítica en el libro del señor Struve y Desarrollo del capitalismo en Rusia. Estas obras combinan un riguroso conocimiento del marxismo con una amplia utilización de material empírico, relativo a la situación económico-social de Rusia.

Lenin demuestra, en base a todo este instrumental teórico y estadístico, que las relaciones de producción capitalista en Rusia eran las fundamentales, y saca de allí sus consecuencias estratégico-tácticas, destacando la importancia de la lucha democrática, del papel de la vanguardia de la clase obrera y de la necesidad de su organización independiente.

En ¿Quiénes son los amigos del pueblo? Lenin centra su polémica particularmente en el sociólogo subjetivista Mijailovski, tratando de desenmascarar sus tergiversaciones del materialismo histórico. Esto era muy importante debido al prestigio de Mijailovski, lo que revelaba cómo “son poco comprendidos por el público El Capital y Marx”¹

¹ “¿Quiénes son los amigos del pueblo.. .?”, *Obras completas*, t. I, p.148.

Lenin comprueba en esta obra el proceso, ya en curso, de la proletarización del campesinado, con todas sus secuelas, aunque destaca que esa proletarización estaba aparejada con la supervivencia y la combinación de relaciones de producción precapitalistas.² Estas tesis serán ampliamente desarrolladas en *Desarrollo del capitalismo en Rusia*.

En seguida Lenin critica la concepción de la distribución "igualitaria" de la tierra propugnada por los populistas, demostrando la clase de panacea que representaba tal proposición." En base a los cuadros de estadísticas de los zemstvos, él plantea que "ellas demuestran el carácter burgués de la economía de nuestra aldea y confirman así la justeza del hecho de clasificar a los 'amigos del pueblo' entre los ideólogos de la pequeña burguesía".⁴

Partiendo de este análisis, Lenin insiste en el carácter reaccionario de la ideología de los pequeñoburgueses "cuando intervienen en calidad de representantes de los intereses de los trabajadores", pues escamotean el antagonismo de las modernas relaciones económico-sociales rusas, razonando como si se pudiese ayudar a resolver el problema con medidas generales, ideadas para todos, con vistas al "ascenso", al "mejoramiento", etcétera como si se pudiese conciliar y unificar, situando al Estado por arriba de las clases, como un ente neutral y capaz de ayudar a todos. Llama enseguida a los socialistas a "romper decidida y definitivamente con todas las ideas y teorías pequeñoburguesas". Y subraya con énfasis: " He aquí la principal enseñanza útil que debe extraerse de esta campaña".⁵

Esta conclusión surge de la demostración de que "no hay en ellas absolutamente nada de socialista

[. . .] no explican la explotación del trabajador y por eso son incapaces de servir para su liberación"⁶

² Ibid., pp. 228, 236, 237, 238, 246, 249ss.

³ Véase *ibid.*, pp. 242, 243ss.

⁴ *Ibid.*, p. 253.

⁵ *Ibid.*, p. 309.

⁶ *Ibid.*, p. 310.

Y pregunta: *“¿Cuál debe ser la actitud de la clase obrera hacia la pequeña burguesía y hacia su programa?”* Su contestación es, sin duda, una de las cuestiones tácticas más importantes que caracterizan al pensamiento leninista: a esta pregunta no se puede contestar sin tomar en consideración el doble carácter de esta clase

[. . .] Es progresista por cuanto presenta reivindicaciones democráticas de carácter general, es decir, lucha contra los restos de toda clase de la época medieval y del régimen de servidumbre; es reaccionaria por cuanto lucha por el mantenimiento de su situación como pequeña burguesía, tratando de detener, de hacer retroceder el desarrollo general del país en el sentido burgués.

Y luego añade:

“Hay que diferenciar rigurosamente estos dos aspectos del programa pequeñoburgués y, al negar todo carácter socialista a estas teorías, al luchar contra sus aspectos reaccionarios, no hay que olvidar su lado democrático.”⁷

Por esto, para Lenin, en su lucha contra el absolutismo, el proletariado

“lucha al lado de la democracia radical” pero los socialdemócratas deben inculcarle también que la lucha contra todas estas instituciones es necesaria sólo como medio para facilitar la lucha contra la burguesía, que la realización de las reivindicaciones democráticas de carácter general es necesaria para la clase obrera sólo como medio de desbrozar el camino que conduce a la victoria sobre el enemigo principal de los trabajadores [. . .].⁸

Hay que tener presente que esta táctica de luchar “al lado de la democracia radical”, sin perder de vista el objetivo final, se concibe para la etapa de luchas democráticas. Como veremos posteriormente, cuando esta etapa es superada, en 1917, la táctica leninista frente a la pequeña burguesía será neutralizarla; enseguida, con el poder en la mano, la táctica será diferenciarla de los explotadores e instrumentar una compleja política para tratar de ganar su apoyo. Pero, por ahora, concentrémonos en las enseñanzas tácticas para la lucha democrática.

⁷ Ibid., p. 311.

⁸ Ibid., p. 314.

⁹ Ibid., p. 315.

En base a ese razonamiento de carácter táctico, Lenin saca una consecuencia que será, a partir de entonces, el centro de sus esfuerzos prácticos y de su actuación teórica: la necesidad de la organización del partido obrero como instrumento capaz de garantizar la independencia de la clase obrera.⁹

Para cumplir esta labor, Lenin destaca la necesidad de la actividad teórica, pero insiste en que pese a su "importancia y grandiosidad [. . .] en manera alguna quiere decir que esta labor esté situada en primer plano, antes que la labor *Práctica*. [. . .] la labor teórica y la labor práctica se funden en un todo, en una sola labor". Y luego concluye: No se puede ser dirigente ideológico sin la indicada labor teórica, como tampoco es posible serlo sin dirigir esta labor de acuerdo con las exigencias de la causa, sin propagar los resultados de esta teoría entre los obreros y ayudarlos en su organización.

Este planteamiento de la teoría preserva a la socialdemocracia de aquellas deficiencias de las que tan a menudo adolecen los grupos socialistas: del dogmatismo y del sectarismo.¹⁰

Esta fusión entre teoría y práctica es una de las características esenciales del leninismo, su capacidad de utilizar la teoría no meramente como un objeto de ilustración o académico, sino como orientadora de la actividad práctica."

Por esto, toda la vasta labor teórica que Lenin desarrolló en su vida sin excepción estaba orientada "de acuerdo con las exigencias de la causa".

Debido a la importancia que otorgaba a esta temática, la retomará en varias ocasiones. Por ejemplo, en el *¿Qué hacer?*, obra en la cual expone de manera mucho más sistemática estas concepciones, que ya empezaban

¹⁰ Ibid., pp. 320-21.

* Comentando a Marx, Lenin decía que él "veía todo el valor de su teoría en que 'por su misma esencia es una teoría crítica y revolucionaria' [. . .] La insuperable y sugestiva fuerza que atrae hacia esta teoría a los socialistas de todos los países consiste precisamente en que une un rígido y supremo cientificismo (siendo como es la última palabra de la ciencia social) al revolucionarismo, y los une, no por casualidad, no sólo porque el fundador de la doctrina unía en sí personalmente las calidades del científico y del revolucionario, sino que los une en la teoría misma, con lazos internos e indisolubles. En efecto, como tarea de la teoría, como finalidad de la ciencia, se plantea directamente aquí el ayudar a la clase de los oprimidos en su lucha económica real". "¿Quiénes son los amigos del pueblo...?", cit., pp. 354-55.

a florecer en 1894, él plantea de forma categórica que sin teoría revolucionaria no puede existir movimiento revolucionario, de la misma manera que hay que comprender que la teoría se transforma en fuerza material cuando penetra en las masas. El manejo preciso de la dialéctica teoría-práctica es la clave para entender la cientificidad del leninismo: acción revolucionaria esto lo que explica su éxito.

Manejando el instrumental teórico marxista, Lenin realiza un análisis de las clases de la sociedad rusa y llega a la conclusión -contraria al populismo- de que "*la explotación del trabajador en Rusia es en todas partes capitalista por esencia*", salvo los "restos agonizantes" del feudalismo. Es en este análisis donde reposa "el conocimiento común a los marxistas, de que el obrero ruso es el único y natural representante de toda la población trabajadora y explotada de Rusia". Y de esta comprobación de carácter teórico general brota una de sus primeras y fundamentales orientaciones de carácter estratégico-táctico: "la socialdemocracia debe tratar de convertir las protestas aisladas del proletariado en una lucha organizada de toda la clase obrera rusa, dirigida contra el régimen burgués [. . .]".¹¹ "Para eso -dice Lenin- hace falta sólo y simplemente *aclararle su situación*",¹² es decir, despertar su conciencia política de clase.

Con el objeto de despertar la conciencia política del proletariado, Lenin recomendará posteriormente a la vanguardia dos maneras de actuación: la agitación y la propaganda. Volveremos más adelante a referirnos al método de concientización leninista. Sin embargo, vale mencionar la vinculación que él hacía, ya en esta época, entre las consignas -instrumento por excelencia de agitación y orientación- y la actividad teórica. Así decía:

No se puede dar "la consigna de lucha" *sin estudiar en todos sus detalles* cada una de las formas de esa lucha, sin seguir cada paso de la misma, en su tránsito de una forma a otra, para saber en cada momento concreto determinar la situación, sin perder de vista el carácter general de la lucha, su objetivo general: la destrucción completa y definitiva de toda explotación y de toda opresión.¹³

Esta pequeña cita de Lenin es muy importante en su riqueza y complejidad. A la vez que insiste en la vinculación práctica-teoría, advierte que ésta debe ser capaz de "seguir cada paso" de aquélla; de captar sus pequeñas variaciones y sus evoluciones mayores; de ser concreta sin abandonar su comprensión del sentido general hacia donde la lucha debe conducirse.

¹¹ Ibid., p. 323.

¹² Ibid., p. 322.

¹³ Ibid., p. 355

O sea: análisis de la dinámica estructural que orienta la dinámica de la coyuntura; luchas por objetivos inmediatos orientadas por la lucha por el objetivo estratégico final. Éste es uno de los múltiples ejemplos de la fuerza de la dialéctica leninista.

Después de esta sucinta exposición, podemos darnos cuenta de que efectivamente las características básicas del pensamiento de Lenin surgen de su polémica en contra del populismo que, en aquella época, era la principal corriente y, como tal, tenía que ser combatida por los marxistas. Por esto, Lenin no vacila en “aliarse” de cierta forma con Struve,¹⁴ uno de los mejores exponentes de la corriente conocida en Rusia como “marxismo legal”, que enseguida vendría a ser también otro de los importantes blancos de la crítica leninista. El denominador común entre Lenin y Struve -que se refleja en su obra Contenido económico del populismo- es la crítica al populismo. Sin embargo, Lenin no deja jamás de subrayar sus diferencias con Struve, destacando los varios defectos y confusiones de su obra, “la aplicación a medias del materialismo por el señor Struve,

[. . .] su falta de consecuencia en lo que respecta a la teoría de la lucha de clases”, y su “subjetivismo estrecho”.¹⁵

Es importante destacar que la distinción sistemática de sus diferencias con los “aliados” eventuales es uno de los rasgos típicos de su comportamiento.

Pese a toda la coherencia y razón del esfuerzo crítico de Lenin en contra de la concepción populista, ésta seguirá teniendo vigencia en Rusia, pues el partido de los Socialistas Revolucionarios (eseristas) adquiere una fuerte base entre los campesinos. Su proceso de liquidación política sólo empezará en 1917 y se completará después del triunfo de la revolución. Hasta entonces, Lenin tuvo que ocuparse, en muchas oportunidades, de desenmascarar sus ilusiones pequeñoburguesas. Este proceso se reflejará, en cierta manera, en capítulos posteriores.

¹⁴ Ibid., p. 34.

¹⁵ “Contenido económico del populismo . . .”, cit., p. 429. Véase también pp. 428, 452, 459 y 462.

III. Leninismo versus economicismo: La constitución del partido

Si la minoría no sabe dirigir a las masas y vincularse estrechamente con ellas, no es un partido y, en general, no tiene ningún valor, aunque se denomine partido [... .]
Lenin, *Obras completas*, t. XXXIII, p. 361.

En 1883 se forma en Ginebra el primer grupo de marxistas rusos, denominado Emancipación del Trabajo, dirigido por J. Plejánov. Este grupo representaba un intento de superación del populismo, de cuyas filas provenían algunos de sus connotados miembros, por ejemplo, Vera Zasúlich, famosa por un atentado que perpetró en contra del general zarista Trépov y por la defensa política que hizo en su juicio que culminó con su absolución.

Ella y Plejánov fueron amigos de Engels, mantuvieron correspondencia con él y se convirtieron en los representantes rusos de la II Internacional.

Este grupo, fundamentalmente a través de las obras de Plejánov, tuvo mucha influencia en la formación de una corriente marxista en Rusia y encontró en Lenin uno de sus mejores discípulos.

En 1894, el grupo de Emancipación del Trabajo funda la Unión de Socialdemócratas en el Extranjero, influidos naturalmente por la II Internacional. Por esta época se formaban, de manera dispersa, por el país, los llamados círculos, que eran grupos clandestinos, en su mayoría de intelectuales, cuyo objetivo era discutir y divulgar las ideas socialistas en Rusia.

Sin embargo, había un notorio predominio de los "marxistas legales", es decir, los divulgadores del pensamiento de Marx despojado de su contenido revolucionario. Entre sus máximos exponentes se encontraba Piotr Struve.

Uno de estos círculos, la Unión de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera, fue formada en 1896 por Lenin, en Petrogrado, pero luego, debido a la prisión y deportación de su jefe, prácticamente desaparece. Mientras Lenin se encontraba deportado en Siberia, en 1898, se realizó el I Congreso de fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que reconoce a la Unión como su representante en el extranjero. Este Congreso contó con una exigua representación.

Lenin relata sus vicisitudes:

Poco después de la realización del Congreso, el CC del partido fue arrestado. *Rabóchaya Gazeta* (su órgano central) dejó de publicarse después de aparecer su segundo número. El partido se convirtió en un informe aglomerado de organizaciones locales (los llamados comités). Entre ellos no había más que un vínculo ideológico, puramente espiritual.

Era inevitable que se iniciara un periodo de divergencias, titubeos y escisiones. Los intelectuales, que en nuestro partido representaban un porcentaje bastante mayor que en los partidos de Europa occidental, sentíanse atraídos por el marxismo, que era una nueva moda. Pero esta atracción muy pronto cedió lugar a la inclinación servil ante la crítica burguesa de Marx por un lado, y por otro, ante el movimiento obrero puramente sindical (sobrestimación de las huelgas, "economicistas"). La divergencia entre la tendencia intelectual oportunista y la proletario-revolucionaria condujo a la escisión de la Unión en el extranjero.

Los economicistas, prosigue Lenin, menospreciaban la importancia de la lucha política y negaban la existencia de elementos demócratas burgueses en Rusia. Los críticos "legales" de Marx, los señores Struve, Tugán-Baranovski, Bulgákov, Rerdiaev, etcétera, viraron resueltamente hacia la derecha. En ningún país de Europa vemos que el bernsteinismo desembarcase con tanta rapidez en su final lógico, en la formación de una fracción liberal, como sucedió en Rusia.

El señor Struve comenzó por la "crítica" en nombre del bernsteinismo y terminó con la fundación de la revista liberal *Osvobozhdenie*, liberal en el sentido europeo de la palabra. Plejánov y sus amigos abandonaron la agrupación en el extranjero y fueron apoyados por los fundadores de *Iskra* y *Zariá*.

Lo que Lenin relata es el proceso de penetración de la influencia reformista, que ya impugnaba a la II Internacional, en la militancia rusa. Naturalmente, las tendencias que prosperaban en el seno de la socialdemocracia europea, particularmente en la alemana, no podían ser extrañas al embrionario partido ruso. Los fundadores de *Iskra* - periódico del partido en el extranjero- y *Zariá* - revista teórica- que menciona Lenin,

fueron él mismo, Mártoov y Potréssov, que se unieron a Plejánov, Axelrod y Vera Zasúlich, en 1900, al terminar los tres años de deportación de Lenin.

Lenin definía, en el primer número de Iskra, la tarea política inmediata del partido: "el derrocamiento de la autocracia, la conquista de la libertad política. Las páginas de estas publicaciones las utilizó Lenin para divulgar sus concepciones estratégico-tácticas, que habían madurado durante su estancia en Siberia, a fin de luchar por la unificación de los grupos de socialdemócratas dispersos en el interior de Rusia y llevar a cabo una dura polémica en contra de las corrientes pequeñoburguesas y oportunistas. Su blanco principal durante este periodo, que se extiende hasta 1903, será el "economicismo". *Esta tendencia planteaba que "los obreros deben sostener de modo exclusivo la lucha económica, dejando la política para los intelectuales en alianza con los liberales".³ En su respuesta Lenin argumentaba:

"al sostener exclusivamente la lucha económica, la clase obrera pierde su independencia política, se convierte en un apéndice de otros partidos y traiciona el gran precepto: 'la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma'. Él concebía la socialdemocracia como "la unión del movimiento obrero con el socialismo" y su tarea por excelencia "el representar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, y salvaguardar su independencia política e ideológica".⁵

Por esto, se hacía imprescindible "llevar las ideas socialistas y la conciencia política a la masa del proletariado y organizar un partido revolucionario ligado indisolublemente con el movimiento obrero espontáneo".⁶

¹ "Un paso adelante, dos pasos atrás", Obras completas, t. VII p. 524.

² "Tareas urgentes de nuestro movimiento", Obras escogidas, tI . p. 112.

* En1922, Lenin, acordándose de la lucha contra la tendencia del "economicismo"decía:

"Con esta denominación un tanto vulgar nos referíamos a esa infantil simplificación de las ideas de Marx sobre el materialismo histórico", es decir que de la fuerza de la actividad económica, de la lucha económica, proviene por sí misma la aspiración de ser fuerza política. Obrar completas, t. XXXI,p. 395.

³ Ibid., p. 113.

⁴ Loc. cit.

⁵ Loc. cit.

⁶ Ibid., p. 114.

El Lenin de esta etapa es sobre todo el propagandista, dentro de la izquierda, de la idea de la necesidad de constituir de hecho el instrumento revolucionario por excelencia: el partido obrero. Él adopta la tesis de Kautsky de que las ideas socialistas son llevadas de afuera (por los intelectuales) al seno de la clase obrera. Sin embargo, Lenin enriquece y reelabora esta concepción kautskiana en la medida en que comprende que “ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio si no ha promovido a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo”.⁷ Ésta es la concepción leninista de la vanguardia revolucionaria. No se trata de gentes llenas de cultura y de buenas intenciones que, provenientes de una clase, se dediquen a administrar los intereses de otra. Se trata de cuadros promovidos por la clase misma, por su capacidad de organizarla y dirigirla, en otras palabras, de comprender e identificarse con sus intereses y de orientar el movimiento en el sentido de la superación de los obstáculos que se oponen a la marcha hacia la toma del poder. No se trata, pues, en la concepción leninista, ni de subestimar ni de sobrestimar ya sea al intelectual, ya sea al obrero. Se trata de explicitar en qué consiste un jefe, un representante de una clase, un individuo de vanguardia, y lo define mediante la “capacidad para organizar el movimiento y dirigirlo”, es decir, en la prueba de la práctica revolucionaria. Puesto que Lenin comprende que hay que preparar militantes que estén a la altura de la grandeza del objetivo final, los concibe como “hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida”.⁸

Y desde esta época, tan lejana aún del triunfo final, esboza ya un aspecto de importancia crucial para entender la flexibilidad de su concepción táctica: la socialdemocracia no se ata las manos, no limita su política, sino que admite como buenos todos los procedimientos de la actitud a un plan cualquiera previamente preparado o a un solo procedimiento de lucha reivindicativa contra el gobierno y la conquista de partido y (que) permitan lograr los mayores resultados posibles en unas condiciones dadas.⁹

En 1901, el movimiento obrero atraviesa por un periodo de ascenso y estallan significativas huelgas en Moscú y Petrogrado. Surgen nuevas y dispersas agrupaciones socialistas clandestinas. La necesidad de integrarlas, para constituir efectivamente el partido obrero, se acentúa. De la misma manera se agudiza la necesidad de

⁷ Ibid., p. 115.

⁸ Ibid., p 116.

⁹ Ibid.

una lucha ideológica que suministre los elementos para que desenmascaren en definitiva al economicismo, con el objeto de frustrar su influencia sobre las masas. A estas tareas se dedica Lenin en *¿Qué hacer?* Este libro puede ser considerado como el mejor tratado sobre organización y táctica revolucionarias. En él, Lenin expone, en forma sistemática y exhaustiva, su teoría sobre el partido obrero. Ésta fue, sin duda, una de sus más brillantes aportaciones a la ciencia política. En el *¿Qué hacer?* se tratan más de veinte importantes temas. Vamos a destacar algunos de ellos.

El punto de partida de Lenin es la crítica del bernsteinismo, base sobre la cual reposa el economicismo, "la nueva tendencia 'crítica', surgida en el seno del socialismo, no es sino una nueva variedad de *oportunismo*".¹⁰ Lenin explica las razones por las que la socialdemocracia tuvo que romper su alianza con los marxistas legales. Muestra que los demócratas burgueses -como resultaron ser los economicistas-"son aliados naturales y deseables de la socialdemocracia, siempre que se trate de objetivos democráticos de ésta", objetivos que correspondían a la situación rusa de la época. Sin embargo, subraya en seguida, "es condición indispensable para esta alianza que los socialistas tengan plena posibilidad de revelar a la clase obrera el antagonismo hostil entre sus intereses y los de la burguesía". Ésta era para Lenin una cuestión de principio. Como no era posible satisfacer esa condición en la alianza con ellos, ésta tuvo que ser rota

"pues habían eliminado esta posibilidad y corrompían la conciencia socialista envileciendo el marxismo [. . .]".¹¹

Enseguida, vuelve a insistir sobre la importancia del trabajo teórico, lo que abre paso al tema del carácter espontáneo de los movimientos de masas, insistiendo de nuevo en que la conciencia socialdemócrata "sólo podía ser introducida desde fuera".¹² Y criticando el "culto de la espontaneidad"; dice:

"el movimiento obrero espontáneo es tradeuniónismo", y éste "implica precisamente la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía".¹³

¹⁰ *¿Qué hacer?*, Obras escogidas, t. I, p.

¹¹ *Ibid.*, p. 131.

¹² *Ibid.*, p. 142.

¹³ *Ibid.*, p. 150.

Lenin creía pues que la clase obrera no podía elaborar, en el curso del movimiento espontáneo, una ideología propia. Pero insistía en que "esto no significa, naturalmente, que los obreros no participen en esta elaboración.

Pero no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weithing".¹⁴ Más adelante se refiere al hecho de que los obreros asimilan fácilmente el socialismo, " siempre que esta teoría no retroceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría someta a la espontaneidad".¹⁵

Prosiguiendo su polémica con los economicistas, afirma que si bien los intereses económicos del proletariado son decisivos, no se puede desprender de ahí que sean los primordiales; su interés esencial es la toma del poder, el fin del capitalismo. En seguida, vuelve a insistir sobre la idea, ya expuesta en el número uno de Iskra, de la necesidad de utilizar y combinar varios medios de lucha, con la única condición de que los controle el partido, insiste asimismo en la necesidad de una organización fuerte, capaz de implementar un plan de actividades sistemático. Éste debería estar orientado hacia el objetivo del desarrollo amplio de la conciencia política, "en todos sus aspectos".¹⁶

Partiendo de estos supuestos básicos, Lenin define entonces su posición respecto al carácter de la lucha por reformas:

La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido en la órbita de sus actividades la lucha por las reformas. Pero utiliza la agitación "económica" no sólo para reclamar del gobierno toda clase de medidas, sino también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al gobierno esta exigencia no sólo sobre el terreno de la lucha económica, sino también sobre el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida social y política. En una palabra, como la parte al todo, subordina la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo.¹⁷

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid., p. 151.

¹⁶ Ibid.. p. 165.

¹⁷ Ibid.. D. 169.

Como método de actuación del partido junto a las masas, Lenin define dos tipos de actividad: la del propagandista y la del agitador. El propa gandista “procede, principalmente, por medio de la palabra impresa”, trabaja con una serie de ideas más complejas, que no pueden ser asimiladas inmediatamente por un número considerable de personas; en cambio el agitador “actúa de viva voz” y trata de inculcar en las masas “una sola idea”.¹⁸

Para él, no se debía circunscribir la politización de las masas al terreno de la agitación por cuestiones económicas. Destaca la importancia fundamental de que la agitación se extienda a las “denuncias políticas que abarquen todos los terrenos”.¹⁹

Es importante también destacar la identidad que a su juicio hay entre el economicismo y el terrorismo. “Entre los unos y los otros existe un lazo no casual, sino intrínseco y necesario” que proviene de “una raíz común: el culto de la espontaneidad”. El economicismo rinde culto al movimiento puramente obrero y los terroristas a la indignación espontánea de los intelectuales. Éstos, desvinculados de las masas, sólo encuentran una salida para la indignación: el terror. Y de allí Lenin pasa a la condena del terror “ como sistema de lucha, como esfera de actividad consagrada por un programa”.²¹

Esto no significa que Lenin rechace la utilización, en circunstancias muy especiales, del terror. Expondremos posteriormente, basándonos en el balance que hará de 1905, su concepción sobre el tema.

La segunda mitad de la obra está dedicada especialmente a la teoría del partido, a la fundamentación de una serie de proposiciones prácticas sobre cómo transformar la socialdemocracia en una verdadera organización revolucionaria. Lenin propone la creación de un periódico nacional, capaz de “denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista”; “capaz de aglutinar, en torno a sí, toda labor de la organización; portavoz de las

¹⁸ Ibid.: `pp. 72-73.

¹⁹ Ibid., p. 174

²⁰ Ibid., pp. 179-80

²¹ Ibid., p. 181. Subrayados nuestros

²² Ibid., p. 191.

consignas orientadoras de todo el movimiento e instrumento que garantice la continuidad y la flexibilidad de la dirección en la lucha. Propone también que la organización sea “formada por revolucionarios profesionales”, capaces de superar el carácter artesanal y los “métodos primitivos de trabajo”²³ que hasta entonces predominaban.

Estas tesis se fundamentan en la especificidad de las condiciones de la Rusia zarista, en donde “la lucha contra la policía política exige cualidades especiales, exige revolucionarios profesionales”.²⁴ Por esto, Lenin concebía al partido como una organización de cuadros selectos, especialmente entrenados para el trabajo en un terreno adverso.

Posteriormente veremos cómo, cuando cambian las condiciones, en 1905, cuando se logra una situación de semilegalidad, Lenin preconizará una apertura del partido a las masas. Sin embargo, en 1902, cuando Lenin escribe el *¿Qué hacer?*, comprende que en una situación donde impera la represión, el partido tiene que armarse con las técnicas estrictas de la lucha clandestina. Por esto, concibe que una organización de este tipo debe tener “sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria” y particularmente “debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales

[...] Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa y es preciso que sea lo más clandestina posible”.²⁵

Es necesario enfatizar que Lenin, al proponer una selecta organización de cuadros, no subestimaba la importancia crucial del trabajo junto a las amplias masas.

Esto lo lleva a distinguir rigurosamente, como de un “género distinto”, la organización de la vanguardia -el partido-, de las organizaciones de masas de los obreros. “La organización de los obreros debe ser, en primer

²³ Ibid., p. 200.

²⁴ Ibid., p. 209.

²⁵ Ibid., p. 211.

lugar, sindical; en segundo lugar, debe ser lo más extensa posible: en tercer lugar, debe ser lo menos clandestina posible”.²⁶ Estas amplias organizaciones de la clase obrera deberían ser objeto del apoyo y del trabajo de la socialdemocracia, la cual debería tratar de dirigirlas aprovechando el mínimo de legalidad existente que siempre es beneficiosa.

Como consecuencia lógica de su razonamiento, Lenin hace una verdadera apología de los jefes:

[. . .] Sin “una decena” de jefes de talento (los talentos no surgen por centenas), de jefes probados, profesionalmente preparados e instruidos por una larga práctica, que estén bien compenetrados, no es posible la lucha firme de clase alguna en la sociedad contemporánea.²⁷

Y haciendo caso omiso a las acusaciones de “antidemocratismo” prosigue más adelante:

“[. . .] es mucho más difícil pescar a una decena de hombres inteligentes que a un centenar de bobos”.

En seguida expone los requisitos indispensables de la militancia partidaria, partiendo de la afirmación crucial de que “no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable y que asegure la continuidad”.²⁸ Un jefe, según Lenin, quien volvería a insistir sobre ello en muchas otras oportunidades, no se forma de un día a otro, es el depositario de toda una larga experiencia acumulada de lucha, y su preservación se transforma en un elemento vital para el éxito de una organización.

La defensa del papel de los jefes se conecta íntimamente con su concepción respecto al carácter centralizado que debía tener la organización revolucionaria. Lenin se proponía ante todo, lograr la máxima eficiencia de la organización. Naturalmente, él no la concebía como algo excluyente de la colaboración activa de las masas en el movimiento revolucionario. A su juicio, la organización “tendrá muchas más probabilidades de éxito si una “decena de revolucionarios profesionales, probados, bien adiestrados, al menos tan bien como nuestra policía, centraliza todos los aspectos clandestinamente”.²⁹

²⁶ Ibid., pp. 220-21.

²⁷ Ibid., p. 218.

²⁸ Ibid., pp. 220-21.

²⁹ Ibid., p. 222.

Por estas razones, si bien Lenin tiene presente la importancia de preparar cuadros partidarios obreros, y destaca que éstos deben estar “ desde el punto de vista de su actualidad en el partido [...] al mismo nivel que los revolucionarios intelectuales”, señala que es necesario “elevar a los obreros al nivel de los revolucionarios y no descender nosotros mismos indefectiblemente al nivel de la “masa obrera”.

Esta concepción del carácter restringido del partido, en las condiciones de la lucha clandestina, no significa que Lenin quisiera la “reducción de la lucha política a las dimensiones de una conjuración”.³¹

Lo que buscaba Lenin, por medio de esta organización “fuerte” y rígidamente disciplinada, era “dar estabilidad al movimiento y preservarlo”.³² Para preservar la organización no podía darse el lujo de la aplicación amplia de la democracia. Porque esta supone “publicidad completa” y “el carácter electivo de sus cargos”. Ambas normas de funcionamiento eran irrealizables en la Rusia zarista.³³ El partido ruso no podía ser calcado sobre el modelo de partido de Europa occidental. Por eso, Lenin tenía bien claro que el único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que la “democracia”, a saber: la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios.³⁴

Todos estos preceptos prácticos, que Lenin propone para la organización del partido, revelan el carácter de la “táctica-plan” que él preconiza para el periodo, que es la táctica del cerco, la etapa de organización que debe preceder al asalto final al poder. Esta es, sin duda, una característica propia del leninismo: organización, organización, más organización. Cercar de todas las maneras posibles al enemigo antes de proponer la última ofensiva.

³⁰ Ibid.. D. 226.

³¹ Ibid., p. 230.

³² Ibid.: p 231.

³³ Véase *ibid.*, pp. 232-33.

³⁴ Ibid., p. 235

IV. ¿Partido de masas o de cuadros? El surgimiento del bolchevismo

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903.

Sólo la historia del bolchevismo en todo el periodo de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

Lenin, *Obras completas*,
t. XXXIII, p. 128.

En 1903 se realiza, primero en Bruselas y en seguida en Londres, el II Congreso del POSDR, organizado por la dirección de la Iskra. En este congreso iba a constituirse el partido que, según Lenin, debería estar “basado en los principios y en las ideas sobre organización que habían sido expuestas y desarrolladas por *Iskra*”¹ y, especialmente en el “¿Qué hacer?” Había 44 delegados con derecho a voto y 14 con derecho a voz; varios eran representantes de organizaciones que funcionaban en el interior del imperio zarista.

¹“Un paso adelante, dos pasos atrás”, *Obras completas*, t. VII, p. 237. *Obras escogidas*, It.

Sin embargo, de este congreso no resulta un partido propiamente dicho, sino dos fracciones que pasaron a ser conocidas históricamente como la menchevique y la bolchevique. En tal ocasión puede ubicarse el nacimiento del bolchevismo, considerado como el leninismo bajo la forma específica de una fracción partidaria. O, dicho en otras palabras, el leninismo cristaliza en una forma de organización política. El bolchevismo es pues la aplicación orgánica del marxismo-leninismo a la lucha revolucionaria rusa.

Durante el congreso hubo varias controversias importantes, que fueron desbrozando el terreno para la explicación final de las diferencias entre las dos fracciones. Lenin, en particular, en su obra *Un paso adelante, dos pasos atrás*, analiza minuciosamente el desarrollo del congreso. Nos limitaremos a una rápida reseña de las principales controversias.

1. PARTIDO CONFEDERADO VERSUS PARTIDO UNITARIO

Esta temática la puso al orden del día la demanda del Bund (organización judía) de tener autonomía dentro del partido. Es decir, el derecho a elegir su propia dirección; a definir su línea política en todos los puntos relacionados con la situación judía y, además, a ser el representante de los trabajadores judíos. Esta propuesta fue rechazada unánimemente por los miembros de Iskra; por Trotsky, que era su colaborador, y por la mayoría de los delegados. El argumento principal del rechazo fue que tal separatismo era contrario al principio del internacionalismo proletario.

2. SOBRE LOS OBJETIVOS DE LA LUCHA Y LA CENTRALIZACIÓN

Esta polémica fue motivada por los economicistas, quienes defendían el carácter primordial de la lucha por reformas económicas. El grupo de Iskra argumentaba que éstas son un medio que debe ser utilizado, pero jamás el objetivo principal. Los economicistas discrepaban también de la centralización de la organización. En respuesta, los partidarios de Iskra la defendían, como un medio de garantizar la cohesión orgánica, la disciplina y la eficiencia.

3. SOBRE LA EFICACIA

Esta discusión giró en torno a una propuesta hecha por Lenin, de reducir de 6 a 3 a los redactores de Iskra. Lenin creía que una redacción central, compuesta por él, Mártoov y Plejánov sería más eficiente, más ágil. Como el comité de redacción normalmente debería ser la dirección del partido, su posición despertó suspicacias; aparecía como una discriminación en contra de una parte del comité de redacción anterior y, a la vez, como un instrumento de centralización excesiva de la autoridad central del partido. Lenin parecía maniobrar para dominar el partido. En esta cuestión, el grupo de Iskra se divide y se desmorona la posibilidad de la “plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios” que preconizaba.

4. PARTIDO DE VANGUARDIA O PARTIDO DE MASAS?

Uno de los momentos cumbres del ambiente de discordia que se había ido gestando a causa de las mencionadas controversias es la polémica, entre Lenin y Mártoov, sobre el párrafo primero de los estatutos.

Lenin proponía que fuera considerada miembro del partido cualquier persona que, además de aceptar su programa y aportar recursos materiales, participara también, personalmente en una de sus organizaciones. Mártoov, en cambio, aceptaba los dos primeros requisitos, pero discrepaba del último, preconizando que para ser miembro del partido era suficiente la cooperación personal y regular la dirección de una de las organizaciones.

Tal divergencia, aparentemente irrelevante, entre los dos redactores de Iskra, revelaba en el fondo una importante cuestión de principio que involucraba dos concepciones opuestas sobre el carácter del partido. Lenin lo concebía como un partido de vanguardia, compuesto exclusivamente por militantes dedicados directa y fundamentalmente a la causa; Mártoov, al proponer la inclusión de los colaboradores, en un sentido más amplio, abogaba por un partido más fluido y más disperso entre capas más extensas de las masas.

Lenin contó entonces con el apoyo de Plejánov, quien en el futuro próximo sería uno de sus adversarios, y se enfrentó a una decidida oposición de parte de Trotsky. Mártoov al principio disponía del apoyo de la mayoría de los votos de los delegados; sin embargo, cuando el Bund y los economicistas se retiran del congreso, Lenin logra que su propuesta sobre la organización de Iskra sea aprobada. De ahí provienen los epítetos bolcheviques (mayoría) y mencheviques (minoría). El enfrentamiento termina con una aparente victoria de Lenin.

Pero las disputas no desaparecen con el fin del congreso, pues Mártoov se retira de la dirección. Plejánov trata entonces de convencer a Lenin de que se restablezca el mismo comité de redacción que funcionaba anteriormente. Lenin se opone y renuncia, dejando Iskra en manos de los mencheviques.

Ahora bien, si se hace un análisis del congreso en cuanto tal, sin sacar todas las proyecciones que de él tenían que derivarse para el desarrollo de la lucha revolucionaria rusa, la posición de Lenin podría parecer sectaria e inhábil. Al fin y al cabo, no parecía absolutamente indispensable la reorganización de Iskra; e1 propio Lenin había afirmado:

“no considero que nuestras discrepancias [acerca del artículo primero] sean tan decisivas como para que de ellas dependa la vida o la muerte del partido. ¡No vamos a hundirnos porque en los estatutos haya un punto mal formulado! [...]”.²

Sin embargo, lo que Lenin intuía en el curso del congreso –y lo hacía mantener su posición intransigente- era que, como lo dagnosticará en su obra de balance del mismo

[. . .] toda pequeña discrepancia puede convertirse en grande si se insiste en ella, si se coloca en primer plano, si nos empeñamos en poner en descubierto todas las raíces y ramificaciones de la discrepancia en cuestión [. . .]. Y fue lo que ocurrió en el presente caso. Una discrepancia relativamente pequeña acerca del artículo primero ha adquirido ahora una enorme importancia, porque sirvió de punto de apoyo para el viraje hacia el abismo oportunista y la fraseología anarquista de la minoría [.. .].³

Sin duda, al mantener su intransigencia, Lenin trataba de percibir las proyecciones, nefastas para la lucha, que una actitud conciliatoria por su parte podría engendrar: En realidad, ya en las discusiones acerca del artículo primero comenzaron a manifestarse todas las posiciones de los oportunistas en cuanto al problema de la organización: su defensa de una organización de partido difusa y no fuertemente cohesionada; su hostilidad hacia la idea (idea “burocrática”) de estructurar al partido de arriba abajo, partiendo del congreso

² Ibid.,p. 280.

³ Ibid.,p. 283.

del partido y de los organismos creados por él; su tendencia a proceder de abajo hacia arriba, permitiendo que todo profesor, todo estudiante secundario y "todo huelguista" se autotitulara miembro del partido: su hostilidad hacia el "formalismo" que exige que el miembro del partido pertenezca a una de las organizaciones reconocidas por éste; su propensión a la mentalidad del intelectual burgués, dispuesto tan sólo a "reconocer platónicamente las relaciones de organización"; su inclinación por las lucubraciones oportunistas y las frases anárquicas; su dencia al autonomismo en contra del centralismo [...].⁴

Pese a la escisión resultante del congreso, pese a la derrota y el aislamiento momentáneos en que se vieron sumidos Lenin y el pequeño grupo de sus seguidores, a su juicio el balance del congreso fue positivo. Bien o mal, el partido estaba constituido y se había logrado la unificación de múltiples organizaciones hasta entonces independientes, rompiendo la tradición de dispersión. Esto fue sin duda un paso adelante. Sin embargo, "el viejo y anquilosado espíritu de círculo pudo más que el todavía joven espíritu de partido. El ala oportunista, derrotada como había sido, se impuso -temporalmente, por supuesto- al ala revolucionaria del partido [...]. De ahí la afirmación, por parte de Lenin, de que se había dado "un paso adelante, dos pasos atrás". Pero él sabía que "así suele ocurrir tanto en la vida de los individuos como en la historia de las naciones y en el desarrollo de los partidos".⁵ Comprendía que la marcha hacia la victoria no es una línea recta, y, a pesar de los retrocesos momentáneos, estaba firmemente convencido de la corrección y viabilidad de sus tesis, así como de la necesidad imperiosa de guiar al partido por el rumbo bolchevique. Este convencimiento, basado en su capacidad de analizar científicamente el sentido y el rumbo que debería adquirir el proceso revolucionario ruso, había orientado a Lenin en su polémica contra los populistas y economicistas y lo orientará, en este nuevo periodo, contra los mencheviques.

Desde su aislamiento en el exterior, Lenin trata entonces, desesperadamente, de articular una fracción bolchevique en el interior de Rusia. Para ello, decide contraer nuevas alianzas aunque comprenda que pueden ser provisionales. Por el año de 1904, prácticamente desprovisto de los recursos que posibilitarían la divulgación de sus ideas, Lenin se asocia a Bogdánov con el objeto de crear un nuevo periódico, instrumento de organización y lucha en contra de los desvíos oportunistas de la fracción menchevique concentrada entonces en torno a la "nueva Iskra". Entre enormes esfuerzos por parte de Lenin para romper el aislamiento, irrumpe el nuevo año, y el 22 de enero se inicia en Rusia la revolución de 1905.

⁴ Ibid., pp. 232-33.

⁵ Ibid., p. 443.

V. 1905: La táctica del proletariado en la Revolución democrática

El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera.

Lenin, Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.

El 22 de enero de 1905 ocurre el “domingo sangriento”. Miles de obreros, dirigidos por el pope Gapón, se dirigieron a la plaza del Palacio de Invierno, para entregar una lista de reivindicaciones al zar. Tales reivindicaciones eran de carácter típicamente democrático: aumento de sueldos, amnistía, libertades públicas, redistribución gradual de tierras y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Los obreros marchaban con iconos y se consideraban leales súbditos de Su Majestad.

Sin embargo, no fueron recibidos por el zar sino por sus aparatos represivos, que se abatieron implacablemente sobre los hombres y mujeres desarmados, causando centenares de muertos y heridos. Fue la chispa que encendió la pradera. Así empezó la revolución.

Lenin, desde el extranjero, en su flamante periódico *V period*, que a costa de muchos esfuerzos había logrado editar, registra entonces que “el movimiento obrero ruso se ha elevado en pocos días a una etapa superior. Se convierte ante nuestra vista en una insurrección de todo el pueblo”.

Lenin comprendió de inmediato la importancia histórica del proceso revolucionario que empezaba a gestarse en Rusia, y cuanto más lo comprendía mayor era su angustia, pues entendía que la socialdemocracia aún no había madurado lo suficiente como para ocupar el puesto que le correspondía en la revolución. Esta preocupación de Lenin aflora ya en sus primeros artículos sobre el acontecimiento:

El proletariado rompió los marcos del movimiento de Zubátov,” patrocinado por la policía, y toda la masa de afiliados a la asociación obrera legal, fundada para luchar contra la revolución, se lanzó junto con Gapón, por el camino revolucionario

[. . .]. La participación de la socialdemocracia revolucionaria organizada era ahora incomparablemente más evidente que en las fases anteriores del movimiento, aunque todavía débil, demasiado débil, comparada con la enorme necesidad que la masa proletaria activa siente de una dirección socialdemócrata²

Con el objeto de definir la posición del partido frente a la nueva situación, Lenin llama a la realización de un congreso, que sería el tercero, en el mes de abril, en Londres. Éste contó únicamente con la participación de la fracción bolchevique (mientras los mencheviques realizaron. en Ginebra, una conferencia de su grupo).

En el congreso, la fórmula de Mártov, sobre el artículo primero de los estatutos, que había sido aprobada por el congreso anterior, es remplazada por la de Lenin. Se designa un nuevo Comité Central bolchevique y se desautoriza a la Iskra menchevique como periódico oficial del partido, para sustituirla por *V period*, el cual pasaba a llamarse Proletari. En esa oportunidad Lenin expuso a sus partidarios sus tesis sobre la revolución en curso, mismas que se reunieron, en forma de un panfleto, bajo el título de Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática una de sus más importantes obras sobre estrategia y táctica. En este panfleto

¹ “Jornadas revolucionarias -¿Qué ocurre en Rusia?, Obras completas, t. VIII, p. 100

*Zubatov fue quien concibió y ejecutó la táctica no sólo de infiltrar agentes provocadores en el seno del movimiento obrero y las organizaciones revolucionarias con el objeto de facilitar la tarea represiva, sino de organizar asociaciones

² “Las primeras enseñanzas”, Obras completas, t. VIII, p. 139

Lenin analiza el carácter de la revolución de 1905 y saca de allí la orientación para la lucha insurreccional del proletariado. Expondremos sumariamente sus tesis principales pues éste es, sin duda, un modelo de cómo debe ser analizado el carácter de una revolución. En este trabajo sobre el proceso revolucionario en Rusia, se puede encontrar, en forma viva y creadora, la utilización de la metodología científica marxista en el "análisis concreto de una situación concreta". Como hemos destacado antes, para aprender con el máximo de amplitud y provecho las lecciones que el leninismo entrega, es importante remitirse a sus análisis concretos, tratando de destacar los supuestos teóricos y metodológicos que lo orientan y le dan su sentido riguroso y científico.

1. CÓMO LENIN ANALIZA EL CARACTER DE LA REVOLUCIÓN

Nos proponemos dirigir (en caso de que la gran revolución rusa se desenvuelva con éxito) no sólo al proletariado, organizado por el Partido Socialdemócrata, sino también a obreras controladas por sus policías, esa pequeña burguesía capaz de ir a nuestro lado.

Lenin, Dos tácticas. . .

La definición del carácter de la revolución supone la determinación del carácter de la sociedad, es decir, el desarrollo, confrontación y coexistencia de los modos de producción existentes, así como el análisis de su estructura de clases. Pero más aún, como lo planteaba Lenin, "hay que tener en cuenta la relación entre las clases y las particularidades concretas de cada momento histórico". En los textos de Lenin acerca de 1905, se parte de este tipo de análisis, ya empleado por él en varias obras que hemos mencionado anteriormente.

Esta consideración previa es importante para destacar una característica fundamental de la metodología marxista utilizada por Lenin, pues es a partir de la determinación de la naturaleza de la sociedad, de la estructura y relación entre las clases, que se define cuáles son los objetivos de la revolución. o sea, las

tareas a cumplir, cuáles son los enemigos a enfrentar, y, finalmente, cuáles las fuerzas motrices, las clases revolucionarias que la van a realizar, y sus aliados entre otras clases y sectores de clases. Solamente manejando esta metodología se puede definir el carácter de una revolución.

Ahora bien, es necesario hacer una segunda consideración: si bien es cierto que hay que tener presentes estos tres órdenes de factores –las metas, los enemigos y las fuerzas motrices de la revolución–, en última instancia y en definitiva, su carácter es dado por la clase que va a detentar hegemoníicamente el poder.

Esto es porque, como quedará claro más adelante, a través de la exposición de las tesis de Lenin, en la primera etapa de la revolución socialista, algunas de las tareas que se deben cumplir poseen todavía un carácter democrático-burgués; y porque un vasto sector de los aliados del proletariado revolucionario se compone de pequeñoburgueses que, como tales, no están comprometidos con la transformación revolucionaria socialista.

Sin embargo, si bien sólo se pueden definir los objetivos estratégicos a través de la determinación de la clase que va a detentar la hegemonía del poder, es a través de la determinación de las tareas y de los enemigos que se podrán definir los pasos intermedios a ser dados, las dificultades a ser enfrentadas y la táctica a ser adoptada en el proceso revolucionario.

La táctica define las formas más adecuadas de movilizar las fuerzas motrices en contra de los enemigos, para alcanzar los objetivos estratégicos.

La determinación de las tareas y de los enemigos permite elaborar la táctica que facilite a la fuerza motriz por excelencia, el proletariado, arrastrar a sus aliados y adoptar las formas de lucha adecuadas: legales o ilegales, pacíficas o violentas, la combinación de éstas o la dominación de una forma sobre las demás en circunstancias históricas específicas.

Hechas estas consideraciones previas de carácter metodológico, pasaremos a destacar las tesis de Lenin en 1905, con el objetivo de captar –como lo hemos señalado– la forma como esta metodología adquiere sentido en el análisis concreto de un proceso revolucionario.

Primera tesis: la revolución de 1905 era una revolución de carácter democrático-burgués, porque su objetivo era eliminar las trabas económicas y políticas que el viejo régimen feudal oponía al pleno desarrollo del capitalismo en Rusia. Lenin tenía presente que “una revolución democrático-burguesa, dado el régimen

económico-social actual, no debilitará sino fortalecerá la dominación burguesa”³. Consideraba que esto era inevitable en el capitalismo.

¿Por qué había de ser así? Porque la sociedad rusa no estaba madura para el socialismo. El proletariado tenía poca experiencia de lucha, y el desarrollo de su conciencia revolucionaria era escaso. Las contradicciones del desarrollo capitalista no habían madurado al grado de presentar al socialismo como una alternativa posible y viable. “El proletariado en Rusia sufre no tanto del capitalismo como de la insuficiencia del desarrollo del capitalismo”.⁴ Rusia no podría, por tanto, evitar el desarrollo del capitalismo.

Segunda tesis: el proletariado no podría, sin embargo, estar ajeno a las tareas democráticas. El proletariado tenía interés en la revolución democrático-burguesa. ¿Por qué? Porque ésta permitiría extender y profundizar las bases de desarrollo del sistema capitalista y, en esta forma, aumentar su propia fuerza y fortalecer su posición en la sociedad. Más aún, el proletariado tenía interés en que la revolución burguesa fuera lo más radical posible, porque, cuanto más radical fuera, más desarrollaría el sistema capitalista y más profundamente liquidaría los vestigios del viejo orden.

Tercera tesis: con todo, a diferencia del proletariado, a la burguesía rusa no le convenía una revolución democrático-burguesa muy radical. (Históricamente la única revolución burguesa radical fue la revolución francesa, pero no por responsabilidad de la burguesía. . .)

Esto se debe al hecho de que a la burguesía le convenía apoyarse en el pasado -como por ejemplo, en la monarquía- contra su enemigo principal que es el proletariado. (Esto es lo que explica las situaciones de compromiso, tan comunes, entre las clases dominantes en ascenso y las clases decadentes.) A la burguesía le interesan los cambios graduales, más reformistas y menos revolucionarios. Por eso la burguesía es inconsecuente con la revolución democrática. No la puede llevar hasta el fin sino como un proceso gradual y lento.⁵

³“Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, Obras escogidas. t. v, p. 485.

⁴ Ibid., p. 507.

⁵ Ibid., p. 508

Cuarta tesis: teniendo en consideración estos elementos, el proletariado debía participar en la revolución democrático-burguesa para tratar de llevarla hasta sus últimas consecuencias. No podía saltar fuera del marco democrático-burgués, pero podía ensancharlo colosalmente y luchar por sus propios intereses: satisfacer sus necesidades inmediatas a través, por ejemplo, de conquistas de una serie de derechos democráticos, y crear “ las condiciones de preparación de sus fuerzas para la victoria completa futura”.⁶

Éstos eran los razonamientos que fundamentaban las consignas de Lenin en 1905: el llamado a la constitución de un Gobierno Provisional Revolucionario y de la República. Al Gobierno Provisional Revolucionario le correspondería convocar a la Asamblea Constituyente. De esta forma, luchando contra los anarquistas y mencheviques, Lenin trataba de disminuir el énfasis en la convocatoria a la Asamblea Constituyente que, a su juicio debería estar en segundo plano.

Lenin creía que su partido debería participar en el gobierno revolucionario con objetivos bien precisos:

- a) luchar implacablemente en contra de la contrarrevolución; y
- b) defender los intereses de los obreros.

Para que esto se pudiera cumplir, Lenin destacaba como indispensables las siguientes condiciones: el control del partido sobre sus representantes y la total independencia de éste. La participación del partido en el gobierno revolucionario consistiría en mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución. En esta forma concebía Lenin que el proletariado estaría creando las condiciones para la maduración de nuevas contradicciones y de nuevas luchas que se engendrarían en las entrañas de la democracia burguesa. Las tareas del Gobierno Provisional expresarían el programa máximo del desarrollo burgués y el programa mínimo del proletariado.

Lenin se preguntaba si no existiría el peligro de que la política proletaria se diluyera en la democracia burguesa; la respuesta era afirmativa. Pero esta posibilidad, según él, dependería de que la revolución fuera mas o menos consecuente, y la condición para que la revolución fuera conducida en forma consecuente eradefinir, con toda la claridad necesaria, quiénes se oponían al zarismo, o sea, cuáles eran las clases

⁶Ibid., p. 509. Subrayados nuestros.

⁶Ibid., p. 509. Subrayados nuestros.

revolucionarias. De allí se desprendía lo que se puede considerar la última tesis de Lenin sobre el carácter de la revolución de 1905.

Quinta tesis: ni la gran burguesía rusa, ni los terratenientes, eran quienes podían oponerse en forma consecuente al zarismo, porque ambos lo necesitaban; era la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado. La consigna, aparentemente paradójica, y sin duda bastante compleja, se formularía a fin de expresar toda la peculiaridad de la lucha revolucionaria en la Rusia de 1905, así como el sentido y la orientación que el proletariado tenía que imprimir a la revolución burguesa.

La dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado, tal como la definía Lenin, no sería aún socialista, pues no podría mover las bases del capitalismo, aunque él tenía presente que en la historia se entrelazan elementos aislados de ambas revoluciones: las revoluciones democráticas registran elementos socialistas y viceversa.

Lenin criticaba duramente a los mencheviques que estaban en contra de la participación en un gobierno provisional. Lenin planteaba que la participación debía darse desde arriba y desde abajo, reafirmando el célebre planteamiento marxista sobre las alianzas con los sectores que son aliados ocasionales: “golpear juntos y marchar separados, no mezclar organizaciones. Vigilar al aliado como si fuera enemigo”.

Estas tesis eran las que fundamentaban la concepción bolchevique del periodo, y las que la diferenciaban claramente de la posición seudorrevolucionaria de los mencheviques. Tratando de subrayar esta diferencia, Lenin decía que había dos tácticas en la socialdemocracia rusa: la táctica bolchevique, afirmaba la necesidad de “impulsar la revolución hacia adelante a pesar de la resistencia o pasividad burguesa”; mientras que la táctica menchevique advertía: “no penséis en llevar la revolución hasta el fin, porque la burguesía os volverá la espalda”, limitándose así a la perspectiva burguesa.⁷

Es importante insistir en esta última tesis de Lenin. Él tenía bien claro que sólo la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos podría derrotar definitivamente al zarismo. Hacía hincapié en el hecho de que esta victoria tomaría necesariamente la forma de una dictadura, “es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas armadas, en la insurrección, y no en tales o tales instituciones, creadas ‘por la vía legal’, ‘por la vía pacífica’”. Entendía que los cambios necesarios encontrarían una “resistencia desesperada por parte de los terratenientes, de la gran burguesía y del zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esta resistencia, rechazar los intentos contrarrevolucionarios”. Sin embargo, destacaba

⁷ Ibid., p. 552.

en seguida que ésta “no será naturalmente una dictadura socialista, sino una dictadura democrática”. pues comprendía muy bien que “esta dictadura no podrá tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo”. Con todo, creía que

“acortará [. . .] considerablemente el camino que conduce a su victoria total”.

Estas citas vienen al caso también para destacar que Lenin, muy posteriormente, en 1920, llamará la atención sobre el hecho de que “ya antes de la revolución de octubre de 1905, los bolcheviques habían planteado el problema de la dictadura”. Cuando surgen los soviets, la discusión respecto de su significado pone a la orden del día el mencionado problema. Lenin, haciendo un balance de este periodo, plantea que: “la actitud de los mencheviques frente a la consigna de la dictadura era negativa.

Los bolcheviques subrayaban que los soviets de diputados obreros ‘constituían en los hechos embriones del nuevo poder revolucionario’ ”.

Lenin demuestra cómo desde 1905 los mencheviques ya “rechazaban directamente la consigna de la dictadura”. Tal actitud era sintomática de la que habría de ser la actitud permanente de los mencheviques (= reformistas), respecto a las posteriores etapas del proceso revolucionario. Por esto, durante toda la polémica que Lenin emprenderá en contra de ellos, después del triunfo de la revolución en 1917, tratará de trazar una línea divisoria entre los revolucionarios y los reformistas; línea que será definida, en lo esencial, por la aceptación o el rechazo de la dictadura. En 1920 Lenin recuerda 1905:

No es difícil advertir que todas las divergencias actuales con los mencheviques (tanto los rusos como los no rusos, del tipo de kautskistas, longuetistas, etcétera), se revelaban y se revelan, en su actitud hacia el problema, como reformistas u oportunistas, que de palabra reconocen la revolución proletaria pero que en los hechos niegan lo más esencial y fundamental del concepto revolucionario.⁹

Para el marxista Lenin, el concepto de revolución involucra esencialmente el de dictadura: dictadura democrática en la revolución burguesa; dictadura del proletariado en la revolución socialista. Éste siempre fue para él un principio básico. Resaltaremos posteriormente cómo Lenin se enfrentará con esta cuestión a partir de 1917.

⁸ Ibid., p. 513.

⁹ “Para la historia del problema de la dictadura”, Obras completas, t. XXXIV, p. 89.

[. . .] se trata sólo de un gobierno provisional revolucionario y no de otra cosa; por consiguiente, no entran para nada aquí cuestiones como la de "conquista del poder" en general, y otras. [...] la situación política de Rusia no pone en manera alguna dichas cuestiones a la orden del día.

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos es, indiscutiblemente, sólo una tarea transitoria y temporal de los socialistas, pero desentenderse de esta tarea en la época de la revolución democrática es algo francamente reaccionario. Las tareas políticas concretas hay que plantearlas en una situación concreta. [...] En la socialdemocracia de Rusia ni siquiera ha surgido la cuestión de suprimir la reivindicación de la república del programa y de la agitación, pues en nuestro país no se puede ni siquiera hablar de que exista un lazo indisoluble entre la cuestión de la república y la cuestión del socialismo [. . .] No existe la verdad abstracta. La verdad es siempre concreta.

Lenin, Dos tácticas.

Es importante señalar aquí, aunque sea brevemente y sólo en lo esencial, las diferencias entre la posición sostenida por Lenin y la que sustentaba Trotsky. Éste planteaba también, que el carácter de la revolución en 1905 era burgués, porque era una "revolución engendrada por las contradicciones entre el desarrollo adquirido por las fuerzas productivas de la sociedad capitalista y las condiciones políticas y de corte semifeudal y medievales ya caducas".¹⁰

Sin embargo, Trotsky cuestionaba la "dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado" propuesta por Lenin, fundamentalmente porque "Lenin no juzgaba la cuestión de cuáles serían las relaciones políticas que habían de establecerse entre los partícipes de la supuesta dictadura democrática, esto es, entre el proletariado y los campesinos".

Lenin - prosigue Trotsky- admitía la posibilidad de que el partido de los campesinos revolucionarios obtuviera la mayoría en un gobierno de dictadura democrática. Pero dejaba en pie la cuestión de saber a qué clase correspondería, en la práctica, la dictadura. Intenté demostrar que los campesinos, a pesar del inmenso peso

¹⁰ L. Trotsky, La revolución permanente, ed. Juan Pablos, México, 1972, p.37.

social y revolucionario de esta clase, no eran capaces ni de crear un partido verdaderamente revolucionario, ni, con mayor motivo, de concentrar el poder revolucionario en manos de ese partido.

Nuestra revolución burguesa sólo puede cumplir radicalmente su misión siempre y cuando el proletariado, respaldado por el apoyo de millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria.

En otras palabras, la dictadura del proletariado se convertiría en el instrumento para la realización de los fines de una revolución burguesa históricamente retrasada. Pero las cosas no podían quedar aquí. Al llegar al poder, el proletariado se vería obligado a hacer cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista.¹¹

Según Trotsky, la revolución sería permanente, no se podría detener en la etapa democrática y tendría que pasar a la socialista. Trotsky entendía que habría un tránsito revolucionario directo de una a otra etapa. La rapidez con que ello ocurriera dependería, desde luego, de la marcha ulterior del capitalismo en Europa y en el mundo, porque Trotsky concebía, como todos los bolcheviques hasta la primera mitad de los años veinte, que la revolución no se podría consolidar en forma aislada, y limitada a los marcos nacionales, sino que tendría necesariamente que extenderse a Europa.

Como se puede observar, esta concepción, elaborada por Trotsky conjuntamente con Parvus, era un intento muy particular de interpretar y aplicar a Rusia las tesis de Marx y de Engels acerca de lo que ellos llamaron revolución permanente. La formulación original, hecha por Marx y Engels fue concebida a propósito de la táctica que el proletariado debería adoptar en la esperada revolución en Alemania." Ambos concebían como posible una nueva etapa de lucha por el socialismo, resultado del agotamiento de las tareas de la revolución democrático-burguesa. Este proyecto sería viable porque, en el curso de esta revolución democrática, el proletariado alemán podría desarrollar su conciencia política, así como su organización, e impedir la consolidación en el poder de la democracia burguesa y pequeño-burguesa. El cumplimiento de estas condiciones posibilitaría un cambio de calidad en el proceso revolucionario, la superación de la etapa democrática una vez cumplido su programa máximo y el mínimo del proletariado- y la apertura de la etapa superior, de lucha por la conquista del poder.

¹¹ Ibid., p. 38.

La diferencia entre Lenin y Trotsky consistía en dos aspectos: el que se refiere a la situación específica rusa y el relativo a la concepción teórica de la revolución permanente. En el primer aspecto, Lenin señalaba que el proletariado ruso en 1905, debido a los factores destacados anteriormente, sólo estaba en condiciones de ejercer una dictadura democrática y lograr que el campesinado lo apoyara. Trotsky subestimaba la importancia que tendría el campesinado en la revolución democrática, como también el papel del campesinado pobre en la revolución socialista. En el segundo aspecto, si bien Lenin admitía la hipótesis de que la revolución podría evolucionar ininterrumpidamente hacia una etapa superior, insistía en que sólo consumada la revolución burguesa se podría pasar a la socialista. Que este proceso se cumpliera de manera más o menos rápida, dependería en definitiva de la madurez que alcanzaran la organización y la conciencia del proletariado, del apoyo del campesinado pobre y del desarrollo de la revolución mundial. Lenin comprendería, en 1905, que la posibilidad de éxito de la revolución socialista dependería de la profundidad de la revolución burguesa. De ahí su preocupación porque la revolución burguesa se consumara de la forma más completa y radical. Por tanto, es él, y no Trotsky, quien trata de asimilar las enseñanzas de Marx y Engels. Las tareas que no se pudieron llevar a cabo en 1905-1906 van a volver a plantearse en 1917, en un nuevo contexto.

Sobre la concepción de Trotsky, dirá Lenin en 1915 con ironía: En lo que respecta a Trotsky, éste propone una solución errónea en *Nashe Slovo* (periódico que dirigía Trotsky en el extranjero) repitiendo su "original" teoría de 1905 y negándose a reflexionar sobre las causas por las cuales, durante 10 años, la vida ha pasado de largo ante esa magnífica teoría.

La original teoría de Trotsky copia de los bolcheviques el llamamiento al proletariado a una lucha revolucionaria resuelta y la conquista del poder político, y de los mencheviques, la "negación" del papel del campesinado. El campesinado -dice- se ha diferenciado: su posible papel revolucionario no ha hecho más que disminuir; en Rusia es imposible una revolución "nacional"; "vivimos en la era del imperialismo" y "el imperialismo no contrapone la nación burguesa al antiguo régimen, sino el proletariado a la nación burguesa".

He aquí un divertido ejemplo de cómo se puede jugar con la palabra imperialismo. ¡Quiere decir que Rusia se encuentra en vísperas de una revolución socialista! Pero entonces la consigna de "confiscación de las tierras de los terratenientes" (repetida por Trotsky en 1915, después de la Conferencia de enero de 1912) es falsa, y no se debe hablar de un gobierno "obrero revolucionario". ¡Sino de un gobierno obrero socialista! Trotsky se embrolla hasta tal punto que llega a declarar que el proletariado, con su firmeza, ¡arrastrará también a las masas populares no proletarias! (n. 217). Trotsky no ha pensado que si el proletariado arrastra a las masas

* Véase primera parte del tomo 1.

no proletarias del campo a la confiscación de las tierras de los terratenientes; y derroca a la monarquía, eso será precisamente la culminación de la "revolución burguesa nacional" en Rusia! ¡Esto será justamente la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado!

Toda una década -la gran década de 1905 a 1915- demostró la existencia de dos y sólo dos líneas de clase en la revolución rusa. [...]

Tal es hoy la clave de la cuestión. El proletariado lucha y seguirá luchando con abnegación por la conquista del poder, por la república y por la confiscación de las tierras, es decir, por ganarse al campesinado, por utilizar hasta el fin sus fuerzas revolucionarias y por hacer que las "masas populares no proletarias" participen en la emancipación de la Rusia burguesa del imperialismo "militar-feudal" (=zarismo). Y el proletariado aprovechará inmediatamente esta liberación de la Rusia burguesa del zarismo y del poder de los terratenientes, no para ayudar a los campesinos ricos en su lucha contra los obreros, sino para realizar la revolución socialista en alianza con los proletarios de Europa.¹²

Es por esto que nos parece pertinente la revelación hecha por Adolf Abramovich Yoffe en una carta dirigida a Trotsky en 1927, al momento de suicidarse según la cual Lenin habría admitido repetidas veces que en 1905 quien tenía la razón era Trotsky y no él.¹³ Para los marxistas la práctica es el criterio de la verdad. Y ésta, de hecho, confirmó en febrero de 1917 "en forma especial y hasta un cierto punto" pues "la realidad viva es bicolor" los planteamientos de Lenin en 1905, como él mismo reconoció. Por tanto pierde sentido discutir elucubraciones, aun las del propio Lenin.

Nos parecen justas las críticas de Lenin a Trotsky. Es cierto que en octubre de 1917, doce años después, la revolución rusa se presenta en forma permanente, por cuanto a la revolución democrático-burguesa la sucede la socialista. Pero la revolución de octubre fue posible porque antes hubo la de febrero; porque se había intensificado el desarrollo del capitalismo en Rusia; porque se pudo lograr el apoyo del campesinado y de los soldados; porque el nivel de conciencia y de organización del proletariado había madurado lo suficiente para poner al conjunto de las clases explotadas bajo su dirección; y porque la guerra imperialista generó una situación enormemente favorable para la revolución. Expondremos posteriormente, cómo la combinación de las condiciones objetivas y subjetivas hizo posible el triunfo de la revolución en 1917.

¹² "Sobre las dos líneas en la revolución", Obras completas XXIII, p. 51

¹³ Citado por Isaac Deutscher, Trotsky el profeta desarmado, ed. Era. México, 1968, p. 351.

VI. 1905: Experiencias y balance

Sólo el proletariado puede ser un luchador consecuente por la democracia. Pero sólo puede luchar victoriosamente por la democracia a condición de que las masas campesinas se unan a su lucha revolucionaria.

Las luchas de masas en Rusia se extienden por casi dos años, de 1905 a 1907. Durante el año de 1905, particularmente de octubre a diciembre, alcanzaron su auge. El año de 1907 configura un proceso de declinación que, pese a cortas recuperaciones, se prolongaría hasta 1910.

Lenin, en el V Congreso del POSDR, haciendo un balance de 1905, vuelve a enderezar una dura crítica a los mencheviques. "Los mencheviques negaban que fuera admisible la participación de socialdemócratas en el gobierno provisional revolucionario, ante todo, y precisamente, porque consideraban a la burguesía el motor principal o líder de la revolución burguesa." Ellos creían que esta participación "podría espantar a la burguesía y, por consiguiente, debilitar el empuje de la revolución".¹ En contraposición a esta tesis, Lenin insistía, como lo hemos destacado, en que "la burguesía no puede ser el motor principal ni el líder de la revolución" pese a que la revolución era burguesa por su contenido económico-social.²

¹ "Informe sobre la actitud frente a los partidos burgueses", Obras completas t. XII, pp. 33-34.

² Ibid., p. 435.

Según Lenin. sus tesis fueron confirmadas en la práctica: Este planteamiento del problema, hecho ya a principios de 1905 -me refiero al III Congreso del POSDR, en la primavera de 1905- , halló su plena confirmación en los acontecimientos de las etapas más importantes de la revolución rusa. Nuestras deducciones teóricas se confirmaron en los hechos en la marcha de la lucha revolucionaria. En los momentos de máximo ascenso, en octubre de 1905, el proletariado marchaba a la cabeza, la burguesía vacilaba y buscaba escapatorias y el campesinado atacaba las fincas de los terratenientes.³

Lenin había comprendido muy bien que “la peculiaridad más trascendental de esta revolución es la agudeza del problema agrario”.⁴ Sin embargo, la lucha campesina se extendió cuando la resistencia obrera se agotaba. La imposibilidad de sincronizar los dos movimientos fue una de las razones del fracaso. En el momento del auge de la lucha obrera la burguesía, y entre ella los kadetes,* trató por todos los medios de desprestigiar la revolución, de presentarla como una ciega y salvaje anarquía.

La burguesía no sólo no apoyó a los órganos de la insurrección, creados por el pueblo –los soviets de diputados obreros, los soviets de diputados campesinos y soldados-, sino que tuvo miedo de esos organismos y luchó contra ellos. Acordaos de Struve, que calificó a estos organismos de espectáculo humillante.”

En este mismo informe, Lenin da una excelente lección sobre cuál es el método marxista para definir el carácter de la revolución y las relaciones con los partidos burgueses:

Ante todo, es imprescindible definir el carácter de clase de los partidos. Luego, analizar la actitud fundamental de las diferentes clases en general, frente a la actual revolución, es decir, explicarse cómo reaccionan los intereses de estas clases frente a la continuación y el desarrollo de la revolución. Luego, pasar de las clases en general al papel actual de diferentes partidos o grupos de partidos. Finalmente, dar las indicaciones prácticas con respecto a la política del partido obrero en este problema.”

Este método de análisis, aplicado rigurosamente por Lenin, por ejemplo, en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia*, le posibilitaba lograr una claridad meridiana sobre las tareas del proletariado en esta revolución. Pese a su frustración, 1905 aportó una experiencia de lucha muy fecunda que abonó en definitiva

³ Ibid

⁴ Loc. cit.

* Los kadetes eran los miembros del Partido Demócrata Constitucionalista fundado en 1905, de corte burgués, pero que precisaba un entendimiento con el zarismo con el objeto de lograr algunas reformas modernizadoras y establecer una monarquía constitucional.

el suelo ruso para los trascendentales acontecimientos de la próxima década y para el movimiento obrero en general. En lo que sigue, trataremos de señalar algunas de estas enseñanzas a través de las orientaciones y los análisis de Lenin.

1. LAS ENSEÑANZAS POLÍTICO-PARTIDARIAS

Uno de los errores más graves y peligrosos cometidos por los comunistas (como en general por los revolucionarios que han tenido éxito en la etapa inicial de una gran revolución) es la idea de que una revolución puede ser hecha por los revolucionarios solos.

Al contrario, para el éxito de todo trabajo revolucionario serio es necesario comprender y saber aplicar en la práctica que los revolucionarios son capaces de desempeñar el papel tan sólo como vanguardia de la clase verdaderamente viable y avanzada. La vanguardia tan sólo cumple sus tareas como vanguardia cuando es capaz de no aislarse de la masa que dirige, y si es capaz de conducir en verdad hacia adelante a toda la masa.

Lenin, *Obras completas*, t. XXXII, p. 194

En octubre de 1905, cuando el movimiento obrero alcanza su auge a través de la formación de los soviets, en medio de las vacilaciones de los mencheviques y del asombro de los economicistas, Lenin observa que los acontecimientos "por centésima vez, desmintieron a la gente de poca fe. Demostraron que todavía subestimamos la acción revolucionaria de las masas".⁷

Frente a tal situación Lenin cree que "aún falta la lucha decisiva y la preparación para esa lucha debe ser puesta en primer plano". Sin embargo, agrega inmediatamente: "El aparato clandestino del partido debe ser conservado".⁸

⁷ "Enseñanzas de los acontecimientos de Moscú", *Obras completas*, t. rx, p. 737.

⁸ "Sobre la reorganización del partido", *Obras completas*, t. X, p. 23; *Obras recogidas*, t. I p. 585.

Lenin había sostenido la tesis de que la democratización del partido era imposible en las condiciones de clandestinidad, pero comprendía que, en las nuevas circunstancias, de relativa libertad política, era necesario adoptar las normas democráticas, por ejemplo, el principio electoral. Por esto, sugiere la siguiente orientación: “Mantener por el momento el aparato clandestino y desarrollar un aparato nuevo, legal”.⁹ Llama también a la incorporación de obreros “por centenares y por miles a las filas de las organizaciones del partido”.¹⁰

Es muy importante resaltar este aspecto, que es una excelente demostración de la flexibilidad de la concepción leninista del partido. En el *¿Qué hacer?* y en el II Congreso del POSDR, Lenin había luchado por su concepción de un partido de vanguardia -caracterizado por integrarse- con miembros selectos y por la ausencia del democratismo-, y se había opuesto a la concepción de un partido de masas. Naturalmente, en aquella ocasión él pensaba que ésta era la forma más eficaz de mantener la organización y de actuar en las condiciones de una dura represión que imponía la clandestinidad. En el momento de ascenso del movimiento obrero, en el curso de la revolución, cuando la clase obrera había logrado imponer una situación de legalidad, el partido debería saber adaptarse a ella y aprovechar la oportunidad de llegar ampliamente a las masas e incorporarlas, para hacer más efectiva su tarea de conducción. Por supuesto, Lenin no se debió embriagar por la legalidad que intuía que bien podría ser una quimera, y por esto, ordenó mantener el aparato clandestino.

Posteriormente, cuando se agota el ascenso del movimiento revolucionario, Lenin clamará por expurgar las filas del partido. Entiende que en los momentos de auge se vinculan a la organización tanto los elementos revolucionarios valiosos, como los vacilantes y oportunistas que deben ser extirpados. Este criterio de apertura, combinado con el de restricción en el partido, será una constante de la orientación leninista. Muchos años después, en el momento de las batallas decisivas en 1919, cuando los generales blancos estaban a las puertas de Moscú y Petrogrado, él llamó a abrir el partido a las masas, pues entendía que en tal situación sólo los verdaderos revolucionarios se plegarían a sus filas.”

Instrumentando esa nueva orientación, la convocatoria del IV Congreso del partido “constituye un paso decisivo hacia la plena aplicación de los principios democráticos”.¹¹ Pero no se detiene allí el esfuerzo por ampliar el área de influencia del partido. Lenin llama también a que “todos los camaradas elaboren conjuntamente y con espíritu creador nuevas formas de organización”.¹² La nueva célula debe tener, a su

⁹ Ibid., pp. 23 / 586.

¹⁰ Ibid., pp. 25 / 587.

¹¹ Ibid., pp. 27/588.

¹² Ibid., pp. 27/589

juicio, una estructura menos rígida y más abierta. Llama a organizar, siempre que sea posible, conferencias, charlas, mítines, reuniones campestres, modificando los métodos de agitación y propaganda con el objeto de hacerlos aún más accesibles a las grandes masas. Y lanza la consigna ¡Al pueblo!”

Lenin reconoce que la mayoría de los obreros estaba descontenta con la escisión del partido y planteaba la necesidad de unificarlo. Según él “este deseo es legítimo, históricamente necesario y psicológicamente comprensible”.¹³ Entendía que “la realización práctica” de la revolución exigía la unidad de los socialdemócratas, pese a las diferencias tácticas profundas que los dividían. Sin embargo, creía que, como la práctica es el criterio de la verdad, a través de ella podrían dirimirse las diferencias e imponerse las orientaciones justas.

Esta razón de fondo fue la que lo condujo hacia la reunificación con los mencheviques aunque en ningún momento Lenin y su “ala” -nombre que remplazó temporalmente al de “fracción”- dejaron de actuar como bolcheviques. Éstas son las más relevantes enseñanzas de 1905, en lo que se refiere al aspecto de la actuación político-partidaria. Enseguida pasaremos a destacar las relativas a los aspectos político-sociales y político-militares de la revolución.

¹³ Ibid., pp 32 / 593.

2. LAS ENSEÑANZAS POLÍTICO-SOCIALES

[.. .] Los periodos revolucionarios se diferencian de los ordinarios y cotidianos, de los periodos históricos de preparación, en que el estado de espíritu, la excitación, la convicción de las masas deben traducirse, y se traducen, en acción.

Lenin, *Dos tácticas...*

Lenin se dedicó, en muchas oportunidades, a hacer un balance de la experiencia insurreccional de 1905. Sin embargo, en donde lo logró magistralmente fue en una conferencia que dictó en Suiza, en enero de 1917, como conmemoración de los doce años del domingo sangriento, el comienzo de la revolución. Este texto, titulado Informe sobre la revolución de 1905, es un modelo de análisis de un proceso revolucionario. Lenin

*Lenin, en 1919, en el auge de la guerra civil, reafirmando su criterio básico respecto de la ampliación y extirpación en el partido, llamó a la promoción de la semana del partido en Moscú, "donde se afiliaron al partido más de 14 000 personas". Una vez liquidada la amenaza de los generales blancos. así se refirió él a la cuestión de la ampliación del partido: "Aquellos afiliados [. . .] que se incorporaron al partido de a cientos y miles cuando Ludénich se encontraba a pocas verstas de Petrogrado y Denikin estaba al norte de Orel, cuando toda la burguesía se regocijaba; esos afiliados merecen nuestra confianza. Nosotros valoramos la ampliación del partido conforme a esto. Después de ampliar así las filas del partido, debemos cerrar las puertas, ser en extremo prudentes. Debemos decir que ahora que el partido ha triunfado no necesitamos nuevos afiliados. [. . .] Debemos crear un partido que será un partido de obreros, en el que no haya cabida para elementos extraños, pero debemos incorporar al trabajo también a las masas, a quienes están fuera del partido. ¿Cómo lograrlo?. El medio para ello: las conferencias apartidistas de obreros y campesinos [...]. No conozco otra forma de resolver este problema de extraordinaria importancia histórica. El partido no puede abrir sus puertas de par en par, porque en la época del capitalismo en descomposición es absolutamente inevitable que concentre en él los peores elementos. El partido debe ser muy restringido e incorporar a sus filas sólo a aquellos elementos de otras clases que tenga la posibilidad de poner a prueba con la mayor cautela". VII Conferencia de toda Rusia del PC (b) R. Obras completas, t. XXXII, pp. 112 y 173. Subrayados nuestros.

empieza con una caracterización de la clase dominante bajo el zarismo, los grandes terratenientes, ligados “por miles de vínculos a la gran burguesía”, y con la descripción del “despertar de la conciencia política en inmensas masas populares”.¹⁴

Muestra cómo “la Rusia aletargada se convirtió en la Rusia del proletariado revolucionario” y cómo “el medio principal de esta transición fue la huelga de masas”.¹⁵ Este medio de lucha, inaugurado en 1905 por el proletariado ruso, reveló la peculiaridad de esta revolución: haber combinado una táctica típica de la revolución proletaria con un proceso revolucionario de contenido económico-social democrático-burgués.

Lenin hace un análisis de las estadísticas de las huelgas y demuestra que éstas fueron la forma por excelencia del movimiento revolucionario de las masas. Demuestra asimismo cómo la propia dinámica del proceso insurreccional va generando un cambio de calidad en la conciencia del proletariado: las huelgas económicas se van entrelazando con las políticas y las reivindicaciones economicistas van siendo superadas por la lucha política independiente, lo que representa una superación definitiva de los valores patriarcales. Lenin relata los efectos de la lucha proletaria sobre las demás clases explotadas del país. Destaca el despertar político del movimiento campesino, pese a que “estaba aún en germen y abarcaba sólo una pequeña parte de los distritos”,¹⁶ subraya también la extensión de la rebeldía dentro de las fuerzas armadas: “Cada ascenso de la oleada del movimiento huelguístico y campesino durante la revolución va acompañado de insurrecciones de soldados de toda Rusia”.¹⁷ Asustado por la rebelión que se generalizaba por todas partes, el zar propone una asamblea representativa -la llamada Duma Bulyguin- sin autoridad legislativa, y en la cual tenía derecho a votar sólo un número irrelevante de personas. El objetivo de esta “concesión” era frustrar la lucha insurreccional. A la burguesía le parece satisfactoria, pues estaba temerosa de los desbordamientos del movimiento obrero y popular, se sabía incapacitada para detenerlo. Comprendiendo el carácter de tal farsa, la socialdemocracia revolucionaria lanza la consigna de boicot a la Duma. Es muy importante destacar las implicaciones de esta posición ya que ésta fue la única vez que los bolcheviques llamaron al boicot. Lenin siempre tuvo presente la

¹⁴ “Informe sobre la revolución de 1905”, Obras escogidas, t. I, p.810.

¹⁵ Ibid., p. 811.

¹⁶ Ibid., p. 815.

¹⁷ Loc. cit.

importancia de aprovechar la lucha parlamentaria y sólo una circunstancia tan especial como la de 1905 podría haberle convencido de recurrir a esta consigna, tan difícil de manejar.” Sin embargo; él concibe el boicot activo, es decir, “no significa permanecer al margen de las elecciones, sino utilizar de manera amplia las asambleas electorales para la agitación y la organización socialdemócratas”. Y contestaba así al porqué de la no participación en las elecciones: “involuntariamente ayudaríamos a mantener en el pueblo la fe en la Duma, debilitaríamos con ello el vigor de su lucha contra un remedo de representación popular”. Agregaba que no podemos obtener ningún provecho partidario en las elecciones. No existe libertad de agitación. El partido de la clase obrera se halla en situación penosa. Sus representantes son encarcelados sin juicio, sus periódicos clausurados, sus asambleas prohibidas. El partido no puede desplegar su bandera legalmente en las elecciones, no puede presentar abiertamente a sus electores y exponerlos a que caigan en manos de la policía. Frente a un tal estado de cosas, para los fines de nuestra agitación y organización, resulta mucho mejor la utilización revolucionaria de las asambleas sin elecciones, que la participación en las asambleas para las elecciones legales.¹⁸

Posteriormente añadiré nuevas razones: no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue tenida en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el motivo de la lucha era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa o si debía intentarse arrancársela de las manos de las viejas autoridades. [. . .] El boicot de los bolcheviques al “parlamento” de 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de la lucha es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a formas parlamentarias.¹⁹

¹⁸ “¿Debe ser boicoteada la Duma del Estado?”, Obras completas. t. x, p.91.

* Según el biógrafo de Lenin, Gerard Walter, (Lenin, ed. Grijalbo, México, 1972) éste había estado en principio a favor de la participación en las elecciones para esta Duma y había sido convencido a la posición de boicot por una intervención de Stalin. Al mencionar esta versión debemos señalar que, muchas de las interpretaciones contenidas en esta obra son controvertibles, en especial en lo que se refiera a la situación de Stalin y Trotsky.

¹⁹ “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, Obras escogidas, t. III, p. 363.

El movimiento insurreccional alcanzó la cumbre en los últimos meses del año, particularmente en diciembre, y “el proletariado marchaba a la cabeza”. Se obtuvo la libertad de prensa y aparecieron varios periódicos socialdemócratas. Síntoma del estado de ánimo de la clase obrera era la consigna: “ ¡Jornada de 8 horas y armas!” Los soviets “comenzaron a desempeñar, cada vez más, en algunas ciudades de Rusia el papel de gobierno provisional revolucionario, el papel de órganos y de dirigentes de las insurrecciones”, tal cual había preconizado en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia*.

Iban surgiendo “repúblicas” locales, donde las autoridades habían sido destituidas, y el soviet de diputados obreros desempeñó realmente la función de nuevo poder público. Esos periodos fueron, por desgracia, demasiado breves, las “victorias” fueron demasiado débiles, demasiado aisladas”.²⁰

Los “desórdenes campesinos”, llegaron a afectar a más de un tercio de todos los distritos del país [. . .] ¡Por desgracia, los campesinos actuaron demasiado dispersos, demasiado desorganizadamente y con insuficiente brío en la ofensiva, siendo ésta una de las causas fundamentales de la derrota de la revolución”.²¹

Diciembre fue el auge y como tal el comienzo de la declinación, de la frustración de este proceso revolucionario que, si bien se extendería aún por más de un año, no dejaría de ser, como lo pensó Lenin, el prólogo de luchas futuras. Este preestreno revolucionario dejó como legado, confirmando las enseñanzas de la Comuna, la importancia de la insurrección armada bajo la conducción del proletariado revolucionario.

Rememorando este periodo, quince años después, Lenin dirá:

desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política - por las masas y los jefes, por las clases y por los partidos cada mes de este periodo equivale a un año de desenvolvimiento “pacífico” y “constitucional”. Sin el “ensayo general” de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 hubiera sido imposible.”

²⁰ “Informe sobre la revolución de 1905”, cit., p.820.

²¹ Loc. cit.

²² “La enfermedad infantil..”, cit., p.356.

3. LAS ENSEÑANZAS POLÍTICO MILITARES

Los grandes problemas en la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza.

Las propias clases dominantes reaccionarias son generalmente las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil, colocando la bayoneta al orden del día [. . .]

Lenin, *Dos tácticas*.

Lenin dedicó una atención especial al análisis de los aspectos político-militares de la revolución. Vale la pena concentrarnos un poco en ellos, pues revelan una faceta de importancia trascendental de su pensamiento.

En noviembre de 1905, después de que ya habían ocurrido algunas de las más espectaculares sublevaciones en la marina y en el ejército, Lenin plantea que “ahora el ejército se ha desprendido irrevocablemente de la autocracia”. Pero agrega en seguida: “no todo el ejército es ya revolucionario.

La conciencia política de los soldados y marineros es de un nivel muy bajo”. Lo importante es que “el espíritu de libertad ha penetrado en los cuarteles a todo lo largo del país”.²³ Luego trata de comprender los móviles que han llevado la rebelión a los cuarteles y los encuentra tanto en las reivindicaciones respecto al mejoramiento de las condiciones materiales de vida de los soldados, como en aquellas relacionadas con las aspiraciones a mayor libertad de conciencia y a derechos sociales más amplios. Lenin comprende que las exigencias de los soldados son, en lo fundamental las mismas a que aspiran los ciudadanos explotados. De ahí, saca una

²³ “Las fuerzas armadas y la revolución”, Obras completas, t. x, p. 47.

conclusión que tiene gran relevancia, como punto de partida para definir la táctica revolucionaria en relación a las fuerzas armadas:

El ejército no puede ni debe ser neutral. No mezclar el ejército en la política es la consigna hipócrita de los sirvientes de la burguesía y del zarismo que, de hecho y en todo momento, han mezclado al ejército en la política reaccionaria, han convertido a los soldados en servidores de las centurias negras, en cómplices de la policía. [.. .]

Las reivindicaciones de los soldados-ciudadanos son las reivindicaciones de la socialdemocracia, son las reivindicaciones de todos los partidos revolucionarios, de todos los obreros conscientes. La incorporación a las filas de los partidarios de la libertad, el paso al lado del pueblo asegurará el triunfo de la causa de la libertad y la realización de las reivindicaciones de los soldados [.. .] Todas esas reivindicaciones, en conjunto, significarán: liquidación del ejército regular, sustitución del mismo por todo el pueblo armado.

Más adelante reafirma:

Mientras haya en el mundo oprimidos y explotados, lo que debemos obtener no es el desarme, sino el armamento general del pueblo.²⁴

El tener presente la inevitable necesidad del enfrentamiento conduce a Lenin a considerar imprescindible, para el triunfo de una revolución. la división del ejército. "El militarismo, jamás ni en caso alguno, puede ser derrotado por otro método que no sea la lucha victoriosa de una parte del ejército nacional, contra la otra parte."

Pese a que los bolcheviques habían reconocido, desde su congreso en abril de 1905, la necesidad impostergable de preparar "un plan con vistas a la insurrección armada y para abordar sin demora los trabajos destinados a dirigir esta insurrección",²⁶ Lenin en particular había insistido en que "hay que concentrar la atención en el aspecto práctico del asunto",²⁷ las formas principales que asumió el movimiento revolucionario fueron la huelga pacífica y las manifestaciones. Estas formas demostraron sus límites, como instrumento principal, en

²⁴ Ibid., p. 48. Subrayados nuestros.

²⁵ "Informe sobre la revolución. . . ", cit., p. 818.

²⁶ "discurso Proyecto de resolución sobre la actitud del POSDR ante la insurrección armada", Obras completas t. VIII p. 410

²⁷ "discurso sobre la insurrección armada", ibid., t. VIII, p. 412

los momentos cumbres de la lucha y se impuso entonces la necesidad de combinarlas con formas superiores y más ofensivas de enfrentamiento. Los soviets comprenderán la importancia crucial de transformar las huelgas en insurrección armada. Pero Lenin reconoce en 1906 con toda objetividad que "ninguna de las organizaciones estaba preparada para ello" y que los enfrentamientos armados que hubo fueron dispersos y espontáneos. Lenin insiste en una actitud crítica y autocrítica: "Las organizaciones habían quedado en retraso respecto al crecimiento y envergadura del movimiento"²⁸

Reflexionando sobre las enseñanzas de esta experiencia, Lenin plantea que las jornadas de diciembre de 1905, en Moscú, confirmaron la tesis de Marx en el sentido de que la contrarrevolución, en su intento desesperado por defenderse, genera las condiciones para el avance de la revolución, pues ésta se plantea, entonces, la necesidad de "medios de ataque más potentes".

De esta manera Lenin destaca la importancia de la ofensiva, de utilizarla como una forma de defensa. Así ocurre en Moscú, cuando toda la población está en la calle, los principales centros de la ciudad se cubren de barricadas. Durante varios días se desarrolla una obstinada lucha de guerrillas [...]. El movimiento ha sido elevado de la huelga general al grado superior, ha forzado a la reacción a ir *hasta el fin* en su resistencia, aproximando así, en proporciones gigantescas, el momento en que la revolución llegará también hasta el fin en el empleo de los medios de ofensiva.²⁹

Sin embargo, este cambio cualitativo de la lucha, si bien lo sufrió el proletariado, no lo sintieron sus dirigentes. Lenin lo reconoce lleno de angustia:

Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese estratega que tenía tan absurdamente dispuestos sus regimientos, que la mayor parte de sus tropas no estaban en condiciones de participar activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban directrices para operaciones activas de las masas y no las encontraban³⁰.

Ésta es sin duda una de las características más notables del leninismo: su capacidad para hacer un balance estricto de cada uno de sus errores, para autocriticarse sin ninguna complacencia, y hacerlo frente a las masas.

²⁸ "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú", Obras escogidas, t. I, p. 549.

²⁹ Ibid., p 595

³⁰ Loc. Cit.

Esta actitud autocrítica, que se distingue meridianamente de aquella de los oportunistas (como Plejánov, quien decía que la huelga era inoportuna y que no se debía haber recurrido a las armas), es la que posibilita a los bolcheviques aprender las lecciones de los errores y, de esta manera, sentar las bases para su superación en las nuevas circunstancias revolucionarias.

Es preciso insistir en esta actitud básica del leninismo, que fue siempre reafirmada por Lenin, antes y después del triunfo. Preocupó mucho a Lenin el que esta actitud fuera plenamente asimilada por su partido y por todos los partidos comunistas. Si hacemos aquí un paréntesis, y nos adelantamos a la época de la III Internacional, encontraremos a Lenin cuando hacía la crítica de los errores cometidos en el intento insurreccional de Alemania en 1921, insistiendo con fuerza en esta actitud revolucionaria.

Cientos de miles de proletarios de ese país han combatido heroicamente. Cualquiera que se oponga a esta lucha debe ser expulsado inmediatamente. Después de esto no hay que dedicarse al simple palabrerío, sino que es necesario comenzar inmediatamente a aprender sobre la base de los errores cometidos, cómo organizar mejor la lucha. No debemos ocultar nuestros errores al enemigo. Quien teme eso, no es revolucionario. Por el contrario, si declaramos abiertamente a los obreros; "Sí hemos cometido errores", esto significará que en adelante no se repetirán, y que sabremos elegir mejor el momento.³¹

Lenin nunca utilizó la excusa de que las autocríticas no debían ser públicas para que el enemigo no conociera las debilidades del partido. . . Esa pseudo "táctica" es extraña a sus enseñanzas. Una vez que el pueblo se percate de cuáles son sus errores y de cómo puede superarlos, ¿qué importancia tiene que lo sepa el enemigo? ¿Qué podrá hacer él para detener el proceso histórico?

Y es por tener esta profunda y arraigada convicción que Lenin, durante toda su vida, insistió constantemente en la transcendental importancia de la autocrítica. Un ejemplo más del énfasis que él ponía en esa actitud necesaria:

No tener miedo de admitir la derrota y aprender de la derrota; rehacer más cuidadosamente, más profundamente y más metódicamente lo que se ha hecho mal. Si alguno de nosotros dejara que la admisión de la derrota igual que el abandono de posiciones- produjera desánimo y el debilitamiento de la energía en la lucha, responderíamos que

³¹ "Discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista", Obras completas, t. XXXV, p. 380. Subrayado nuestro

ese revolucionario no vale un comino [. . .] Nuestra fuerza consistió y consistirá en nuestra capacidad de evaluar las más duras derrotas con plena serenidad y de aprender de ellas qué aspectos de nuestra actividad debemos modificar. Por eso es preciso hablar claramente. Esto es interesante e importante, no sólo desde el punto de vista de una teoría acertada, sino también desde el ángulo práctico. No podemos aprender hoy a resolver nuestros problemas con métodos nuevos si la experiencia de ayer no nos abriera los ojos sobre lo incorrecto de los viejos métodos.³²

La búsqueda de los “métodos nuevos”, para los nuevos combates que se avizoran, orienta el análisis leninista de los errores cometidos.

Otra lección muy importante que Lenin sacará de esta experiencia es la necesidad imperiosa de obtener apoyo en el ejército: “si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo ni pensar se puede en una lucha seria.

De suyo se comprende que el trabajo en el ejército es necesario”. Llama “a una verdadera lucha por ganarse el ejército”.³³ Vuelve a insistir en su actitud autocrítica: “no hemos estado a la altura de nuestra misión en la lucha por la conquista del ejército vacilante”. Insiste también, casi machaconamente en la importancia de la ofensiva, pues ésta es sin duda una manera de arrastrar a los sectores vacilantes: “La insurrección es un arte, y la principal regla de este arte es la ofensiva, una ofensiva sumamente intrépida y de una firmeza inquebrantable”. Hay que enseñar a las masas la regla de la ofensiva a toda costa. Ahora -puntualiza Lenin en su esfuerzo autocrítico- nuestro deber consiste en reparar con toda energía esta falta [. . .]. No debemos predicar la pasividad, ni la simple “espera” del momento en que la tropa “se pase” a nuestro lado: debemos echar todas las campanas a vuelo proclamando la necesidad de exterminar a los jefes y de luchar con la mayor energía por la conquista del ejército vacilante.³⁴

Es muy importante no perder de vista el contexto para el cual Lenin preconiza estas recomendaciones: el auge de un proceso insurreccional. Hemos visto cómo, en otras circunstancias, Lenin rechaza por ejemplo el uso del terrorismo. En su polémica contra los populistas, trataba de demostrar que estaba en contra del terrorismo individual y del terrorismo como actividad programática, por su ineficacia. Ahora bien, el terrorismo de masas, “el exterminio implacable de los jefes civiles y militares, es nuestro deber en tiempo de insurrección”.³⁵ Sólo

³² “VII Conferencia del Partido en la provincia de Moscú”, *ibid.*, t. xxxp. 539. Subrayado nuestro.

³³ “Las enseñanzas de la insurrección de Moscú”, *cit.*, pp. 596-97.

³⁴ *Ibid.*, p. 598.

³⁵ *Loc. cit.*

en estas situaciones particulares es cuando Lenin recomienda la utilización de medidas tan extremas, con el objeto de privar de sus jefes a la contrarrevolución. Él comprende que en la guerra es imprescindible ser consecuente con sus leyes; por lo demás, la burguesía, siempre lo ha sabido, como lo demuestran múltiples ejemplos históricos, entre los cuales se destaca la Comuna de París. Por esto él concluye que “la socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica este terror ejercido por las masas, naturalmente, organizándolo y controlándolo, subordinándolo al interés y a las condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general”.³⁶

Años después, criticando a los eseristas de derecha, quienes practicaban el terror individual, Lenin diría: “La historia de la revolución rusa demuestra que un partido recurre siempre al terror individual cuando no cuenta con el apoyo de las masas”.³⁷ Sin embargo –y es importante reiterar aquí los matices del pensamiento leninista en toda su complejidad-, en circunstancias especialísimas, el terror debe ser ejercido, con un carácter de advertencia en contra de los asesinatos perpetrados por los agentes de las clases dominantes. Lenin contempla, porejemplo, esa posibilidad en el caso de Alemania, en 1919, aunque insiste en que allí no hay necesidad de hacer alarde de ese método; a la vez, critica la condena de la violencia y del terror por parte de los reformistas:

Contra gente que actúa como los oficiales alemanes, asesinos de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, contra gente como Stinnes y Krupp, sobornadores de la prensa; contra semejante gente estamos obligados a ejercer la violencia y el terror. Desde luego, no hay necesidad de declarar con anticipación que inexorablemente recurriremos al terror; pero si los oficiales alemanes y los kappistas siguen siendo lo que son; si Krupp y Stinnes siguen siendo lo que son, el empleo del terror será inevitable. No sólo Kautsky, sino también Ledebour y Crispian hablan de la violencia y el terror en un espíritu completamente contrarrevolucionario. Un partido que se contenta con tales ideas no puede participar de la dictadura, eso está claro.³⁸

Vale la pena aclarar, no obstante, que pese a que Lenin contempla esa posibilidad bajo la ira que le motivó el cobarde asesinato de los dirigentes del Partido Comunista de Alemania, y la esgrimiera como una advertencia a los precursores del nazismo, nunca la historia ha registrado ningún acto de terror individual ordenado por Lenin. El ajusticiamiento de la familia del zar, después del triunfo de la revolución y en el contexto de la guerra civil, se justifica por el hecho de que ellos representaban una posibilidad de retorno del antiguo régimen. De todos modos, tal acto no ocultaba las debilidades temporales del poder soviético.

³⁶ Ibid., p. 599.

³⁷ “Entrevista concedida al corresponsal de Follkets Dabglad Politiken”, Obras completas, t. XXIX, p. 268.

³⁸ “Discurso sobre las condiciones de administración en la Internacional Comunista”, ibid., t. XXXIII, p. 372.

Volviendo a 1905, Lenin saca también enseñanzas en lo que “se refiere a la táctica y a la organización de las fuerzas para la insurrección”. Puntualiza “la táctica militar depende del nivel de la técnica militar”. Considera que “oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiros de revólver sería estúpido”,³⁹ lo que ya había sido advertido por Engels. La experiencia de la insurrección de Moscú puso a la orden del día la táctica de las guerrillas. Lenin comprendió la importancia de propagar entre las masas esta experiencia y de estimular su genio creador, con miras a su desarrollo ulterior. Llamó también la atención sobre los progresos de la técnica militar (la aparición de la granada de mano, el fusil automático) y sobre la necesidad de entrenar a los destacamentos obreros para fabricarlos y utilizarlos.

Lenin escribió, en esta misma ocasión, un artículo sobre “La guerra de guerrillas”. Es importante destacar aquí algunos de sus aspectos principales.

El empieza discutiendo la cuestión de las formas de lucha. El marxismo, dice, rechaza las fórmulas abstractas o doctrinarias, pero no rechaza en principio ninguna forma de lucha, puesto que reconoce la necesidad de aprender. con las masas, formas nuevas de luchar. Esta cuestión debe ser, a su juicio. enfocada históricamente.

Es en función de situaciones históricas concretas como se pueden determinar los medios de lucha adecuados. Lenin menciona dos formas que asume la lucha armada en Rusia a partir del año 1906, cuando el movimiento revolucionario estaba ya en una fase de descenso: los ajusticiamientos (muerte a autoridades, agentes de la policía y del ejército) y las expropiaciones (confiscación de recursos monetarios). Estas últimas tenían por objetivo, en parte, proveer a las necesidades del partido y, en parte, subvencionar los gastos para preparar la insurrección (como armamentos, manutención de los activistas, etcétera). Lenin creía que “la agudización de la crisis política hasta llegar a la lucha armada y en particular, la agudización de la penuria, el hambre y el paro forzoso en el campo y en las ciudades se destacan con gran fuerza entre las causas determinantes” de este tipo de lucha. Sin embargo, él advierte que “como forma predominante y hasta exclusiva de la lucha social, adoptaron esta forma de lucha los elementos desclasados de la población, lumpens y grupos anarquistas”.⁴⁰

Lenin enjuicia de manera implacable a los que dan prioridad a estas formas de lucha y las ponen en práctica como acciones aisladas del contexto político general. Para él se reducen al anarquismo, blanquismo, terrorismo a la antigua; acciones de individuos desligados de las masas; acciones que desmoralizan a los obreros y se apartan de los grandes núcleos de la población; que desorganizan el movimiento y dañan a la revolución.

³⁹ “Las enseñanzas.. “, cit., pp. 598 y 599.

⁴⁰ “La guerra de guerrillas”, Obras completas, t. XL, p. 210

Lenin llama la atención sobre el hecho de que plantear la guerra de guerrillas al margen de los nexos con la situación insurreccional, indica “falta de justicia” y “ausencia de carácter científico y de sentido histórico del análisis”⁴¹

Sin embargo, Lenin no comparte la apreciación de que las acciones guerrilleras son las responsables de la desorganización de la labor revolucionaria.

Lenin siempre fue apto para buscar las explicaciones más complejas y más de fondo. Él consideraba que “la lucha guerrillera es una forma de lucha inevitable, en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección y en que se abren intervalos más o menos grandes entre las grandes batallas de la guerra civil”.

Por esto Lenin consideraba que lo que desorganiza el movimiento no son las acciones guerrilleras, sino la debilidad del partido, que no sabe tomar en sus manos estas acciones.

Por eso, entre nosotros, los rusos, los anatemas lanzados contra la actuación guerrillera van generalmente aparejados a acciones guerrilleras secretas, fortuitas, y no organizadas que realmente desorganizan al partido.

Incapaces de comprender cuáles son las condiciones históricas que provocan esta lucha, somos también impotentes para contrarrestar sus lados perjudiciales. Pero la lucha sigue su curso a pesar de todo. Esa lucha responde a causas económicas y políticas. No está en nuestras manos hacer desaparecer estas causas ni hacer desaparecer esta lucha [...] Lo que desmoraliza no es la lucha guerrillera, sino el carácter inorganizado, desordenado, sin partido de las acciones guerrilleras. Y de esta evidentísima desmoralización no nos salvaremos ni un ápice por condenar o maldecir las acciones guerrilleras [...]. Se objetará que, si no estamos en condiciones de detener los fenómenos anormales y desmoralizadores, eso no es razón para que el partido recurra a medios de lucha desmoralizadores y anormales. Pero, semejante objeción sería ya una objeción puramente liberal burguesa, y no marxista, pues el marxista no puede considerar de un modo general como anormal y desmoralizadora la guerra civil o la lucha guerrillera, que es una de sus formas de manifestarse, El marxismo pisa sobre el terreno de la lucha de clases, y no sobre el terreno de la paz social. [...] el marxista se halla obligado a colocarse en el punto de vista de la guerra civil. Y desde el punto de vista del marxismo, está totalmente fuera de lugar todo lo que sea condenarla en el terreno. Hemos citado tan ampliamente este texto por su importancia crucial para comprender cómo el leninismo asimila y desenvuelve la concepción marxista en relación a la actitud frente a los intentos insurreccionales.

⁴¹ Ibid., PP. 211-12.

Muchas veces éstos son inoportunos, desde el punto de vista de la correlación de fuerzas; muchas veces ocurren sin que estén maduras todas las condiciones, objetivas y subjetivas, para la generalización y el éxito de la lucha. Pero la actitud correcta de los marxistas no es darles la espalda y considerarlos como meros actos de provocación, si se trata de expresiones de rebeldía de sectores populares. La actitud verdaderamente revolucionaria es tratar de encauzarlos: si esto no es posible, hay que reconocerlos y tratar de subsanar, a corto plazo, las limitaciones que impiden a la vanguardia actuar como tal, o sea, conducir, en su conjunto, el aspecto fundamental de la lucha de clases, En ningún momento se debe transformar en un mérito la debilidad del partido si esto no es posible, hay que reconocerlos y tratar de subsanar, a corto plazo, las limitaciones que impiden a la vanguardia actuar como tal, o sea, conducir, en su conjunto, el aspecto fundamental de la lucha de clases. En ningún momento se debe transformar en un mérito la debilidad del partido de vanguardia, que lo imposibilita para orientar y articular la lucha revolucionaria. Ésta fue la actitud de Marx y Engels, por ejemplo, en relación a la Comuna de París. En un primer momento ellos creyeron que la rebelión de los comuneros era inoportuna, pues estaría condenada al fracaso. Sin embargo, cuando ésta estalló, la apoyaron con todo su entusiasmo; trataron de orientarla y finalmente, cuando fue derrotada, no se vanagloriaron del acierto de su previsión. Al contrario, por un lado levantaron su voz, denunciando la abominable masacre de los comuneros a manos de la burguesía: y, por otro, trataron de sistematizar todas sus enseñanzas prácticas, transformándolas en experiencia acumulada para la lucha del proletariado en todo el mundo.

Es ésta la misma actitud de Lenin: critica duramente las experiencias anárquicas de lucha guerrillera, pero no saca de ahí la conclusión de que se debe rehuir al combate, sino de que "hay que aprender a combatir". Lenin llama a una crítica constructiva y a desechar la "jactanciosa presunción" de los que critican los métodos terroristas sin ofrecer ninguna alternativa concreta de lucha. La guerra de guerrillas no es, a su juicio, el único medio de lucha, ni el fundamental en las condiciones de Rusia. Pero considera que la socialdemocracia no conoce medios universales de lucha que levanten una muralla china entre el proletariado y las capas situadas un poco por encima o por debajo de él. La socialdemocracia emplea diferentes medios en las diferentes épocas, supeditando siempre su empleo a condiciones ideológicas y de organización rigurosamente determinadas.⁴³

Éstas fueron, en lo fundamental, las ricas enseñanzas que Lenin supo extraer de todo este largo periodo revolucionario y que, en definitiva, capacitaron a los bolcheviques para dirigir los duros enfrentamientos del futuro.

⁴² Ibid., pp. 213-14

⁴³ Ibid.,pp. 215-16

VII. El descenso como acumulación de fuerzas

En 1906-1907 el gobierno zarista parecía haber derrotado definitivamente a la revolución. Pocos años más tarde, el partido bolchevique supo penetrar –en otra forma con un método diferente- en la ciudadela misma del enemigo, y día tras día, comenzó el trabajo de minar por dentro a la maldita autocracia zarista y terrateniente. Pasaron algunos años y la revolución proletaria, organizada por el bolchevismo, triunfó.
“En el décimo aniversario de Pravda”
Obras completas, t. XXXVI, p. 328

El periodo que empieza a fines del año 1907 y se prolonga hasta 1910, es una etapa de descenso del movimiento de masas y, consecuentemente, de múltiples dificultades para el POSDR. En general, estas fases son de importancia crucial para las organizaciones revolucionarias, pues son los momentos de las depuraciones, del desarrollo del espíritu crítico y autocrítico, de la acumulación de fuerzas para las nuevas embestidas del futuro. Es esencial pues, analizar la táctica leninista durante la defensiva, durante el reflujo del movimiento revolucionario.

Pese a todos los errores cometidos por el partido en la conducción de la lucha de masas, uno de los saldos positivos que dejó la revolución fue el hecho de que “la masa del proletariado vuelve ahora sus ojos a la social-democracia”. Lenin comprendió que el POSDR tenía por delante un vasto trabajo de organización de la clase y que “el camino para él se halla ya despejado”. Entendía también que “donde más importante y difícil resulta el trabajo es entre los campesinos. Para esto, resuelve utilizar, durante todo este periodo de descenso, uno de los instrumentos de lucha de que se disponía: la participación en las elecciones y en el parlamento.

En 1906, se había realizado en Estocolmo el congreso de unidad del partido. Mencheviques y bolcheviques formalmente estaban unificados, aunque en ningún momento había cesado la lucha ideológica entre las dos “alas”.

Durante este año, la Duma había sido disuelta por Stolypin, quien había convocado a elecciones para la II Duma. A título de ejemplo de la actitud leninista frente las elecciones, nos detendremos un poco en éstas.

Los mencheviques planteaban la necesidad de apoyar, en las elecciones, a los demócratas-constitucionalistas (kadetes), es decir, al partido de la burguesía. Lenin consideraba absurda tal alianza. Comprende la necesidad de contraer pactos electorales, pero cree que éstos deben ser hechos con la pequeña burguesía pero no con el partido de los burgueses. Ésta es su posición frente a la lucha parlamentaria:

A nosotros no nos interesa obtener un par de puestecillos en la Duma mediante el regateo. Por el contrario, estos puestos sólo son importantes para nosotros en la medida en que pueden servir para desarrollar la conciencia de las masas, para elevar su nivel político y organizarlas; no en función de ninguna beneficencia filistea, no en aras de la "paz", del "orden" y del "bienestar" pacífico (burgués), sino en aras de la lucha encaminada a liberar enteramente al trabajo de toda explotación y de toda opresión.²

Lenin cree que es indispensable mantener la independencia del partido obrero en la campaña electoral, y que éste debe dar "el ejemplo de una crítica de principios, firme y valerosa", para desenmascarar "el liberalismo de fantoches de los traidores kadetes".³

A su juicio, la táctica electoral del partido obrero sólo puede ser la aplicación de los principios generales de la táctica socialista del proletariado a un caso especial.

Las elecciones son solamente una esfera de lucha y no, ni con mucho (sobre todo en una época revolucionaria), la más importante, la más esencial [...].

Por esto, el partido no puede pensar, "de ningún modo, en modificar los fundamentos de su táctica, en desplazar lo que constituye el 'centro' de esta táctica. Por tanto, en las elecciones el partido obrero debe mantener "una política de clase independiente, autorizándolo a colaborar y a establecer pactos solamente con la burguesía revolucionaria y siempre a título de excepción".⁴

² "Actitud ante las elecciones a la Duma", *ibid.*, t. XI, p. 421.

³ *Ibid.*, p. 423.

⁴ "Oírás el juicio del necio... (De las notas de un publicista socialdemócrata)". *Ibid.*, t. XI, pp. 464-65.

Esta posición de Lenin significa, como regla general, "la plena independencia de la campaña electoral", rechazando los "pactos sin principios" y los "pactos perjudiciales e innecesarios, pero jamás

[...] atarse las manos en general y de una vez para siempre".⁵

En febrero de 1907 Lenin hace un balance de las elecciones en Petersburgo, uno de los principales centros obreros de Rusia, y se da cuenta de que el aumento del porcentaje de votantes acarreó un debilitamiento de las derechas. Si bien los kadetes reunían la mayor parte de la votación, el bloque de izquierda, promovido por los bolcheviques, iba en segundo lugar.

No existía pues el peligro de que la ultraderecha (centurionegrta) se beneficiara por el hecho de que la izquierda marchara independientemente de los kadetes, como preconizaban los mencheviques. "Es indudable, afirma Lenin, que el bloque de las izquierdas en Petersburgo atrajo al empleado y al pequeño burgués urbano, por primera vez a la vida política a una parte de ellos y arrancó a los kadetes una parte muy considerable de estos elementos".⁶ Los votos de la izquierda alcanzaron el 25%. Este análisis de las elecciones demuestra el acierto de la táctica leninista respecto a que la izquierda debe marchar independientemente, sin plegarse a la cola de la burguesía bajo el pretexto de que su independencia puede favorecer a la ultraderecha. Analizando la actitud vacilante y temerosa de mencheviques en relación al bloque de izquierda, Lenin formula su célebre definición de un esquirolo: "Una persona ligada al proletariado, que lucha poco y que, en el momento de la lucha colectiva, le hace una zancadilla".⁷ "La mejor política es - exclama Lenin- una vez más y siempre, la política revolucionaria abierta".⁸

Esta divergencia con los mencheviques, a propósito de la unidad con los kadetes, no fue la única; fue más bien el comienzo de una serie de nuevas discrepancias que caracterizarían las relaciones entre las dos fracciones. Los mencheviques, a través de Plejánov, tratan, en seguida, de convencer al partido de apoyar a un "ministerio responsable", o sea, kadete. Esta actitud, a juicio de Lenin, sacrificaba intereses fundamentales del proletariado, pues perjudicaba el esclarecimiento de las masas respecto de los objetivos de la verdadera lucha [. . .] y sacrificaba, a consignas liberales, objetivos e intereses temporales, accidentales, secundarios y embrollados.

⁵ Ibid., p. 479.

⁶ "Resultado de las elecciones en Petersbugo", *ibid.*, t. xii, p. 15

⁷ *Ibid.*, p. 116.

⁸ "La táctica del POSDR durante la campaña electoral" *ibid.*, t. XII, p. 139.

A propósito de ella, Lenin emite su clásica definición del oportunismo: “en semejante sacrificio de los problemas fundamentales del proletariado, en beneficio de objetivos indefinidos y embrollados del liberalismo, reside precisamente la esencia del oportunismo en la táctica”.⁹

La base de clase del partido kadete estaba formada por el “terrateniente poseedor de una hacienda capitalista, el burgués medio y el intelectual burgués”.¹⁰ La pequeña burguesía urbana, y en especial el campesinado, no tenía denominador común con este partido, que, al temer la unión de estas clases con el proletariado, tiende progresivamente hacia la derecha. Lenin comprende que la tarea del partido obrero consiste en “acelerar en las masas el proceso de su liberación de la hegemonía de los kadetes”.¹¹ Tal tarea se facilitaba porque la mayor parte de la pequeña burguesía estaba compuesta por el campesinado y éste reivindicaba, en lo esencial, la posesión de la tierra. El partido kadete, representante de intereses terratenientes, no podía satisfacer esta aspiración del campesinado, al contrario, se volvía en su contra. Sin embargo, Lenin tenía bien claro que el pequeño burgués, por su propia extracción de clase, “se halla más cerca, naturalmente, del liberal que del proletario, más cerca por su calidad de patrono, de pequeño productor”. Por esto había criticado la posición equivocada de los eseristas, que trataban de fusionar, en un mismo partido, al pequeñoburgués y obreros. De la táctica proletaria, preconizada por los bolcheviques, en relación a esta clase: conducir tras de sí a la pequeña burguesía democrática, especialmente la campesina, arrancársela a los liberales, detener la inestabilidad de la burguesía liberal, impulsar la lucha de las masas por la completa liquidación de todos los vestigios del régimen feudal, que incluye la propiedad de la tierra por los terratenientes.¹³

La actuación en la Duma era un aspecto particular dentro de esta táctica general. No era posible garantizar, sin embargo, que la pequeña burguesía no se pasara al lado de los kadetes. Por esto Lenin estaba en contra de cualquier tipo de acuerdo permanente con esta clase y reafirmaba la línea: “marchar por separado, golpear juntos”.

En cuanto a la tarea legislativa, como los liberales kadetes tenían la preponderancia sobre la derecha sin el apoyo de la izquierda, él creía que era posible y necesario “presentar proyectos de ley propios [...] escritos en

⁹“Sobre la táctica del oportunismo”. *ibid.*, t. XII p. 164.

¹⁰ “ Los bolcheviques y la pequeña burguesía, *ibid.*, t. XII, p. 165.

¹¹ *Ibid.*, p. 166.

¹² *Ibid.*, p. 167.

¹³ *Ibid.*, p. 168.

lenguaje revolucionario y no oficinesco, y ponerlos a votación”.¹⁴ Naturalmente serían rechazados, pero se abriría la discusión y la crítica en relación a los proyectos burgueses; los revolucionarios deberían proponer enmiendas y, al fin, abstenerse de votar. Como se puede notar, Lenin preconizaba la propaganda y la agitación dentro del parlamento, con el objeto de utilizarlo como una tribuna para concientizar al pueblo y desenmascarar “lo mezquino y trivial del seudodemocratismo kadete”. Esta actitud se basaba en el hecho de que de todos modos la ultraderecha (los centuriones negros) no lograría que se aprobaran sus proyectos. Los preceptos de Lenin no pueden ser pues entendidos como un *laissez-passer* a la actuación derechista.

Debido a su trascendencia, no es excesivo insistir en la táctica leninista respecto a la utilización del parlamento. Para él era sumamente claro que el parlamento burgués, aun el más democrático en la república más democrática, en la que se preserva la propiedad y el poder de los capitalistas, es una máquina para la represión de millones de trabajadores por pequeños grupos de explotadores. Los socialistas, los combatientes por la liberación de los trabajadores de la explotación, tuvimos que utilizar los parlamentos burgueses como una tribuna, como una base para la labor de propaganda, agitación y organización, mientras nuestra lucha se circunscribió al marco del régimen con esta formulación táctica, Lenin reafirmaba la posición de que el partido obrero debería saber utilizar todas las formas de luchas posibles en el seno del régimen burgués. Por cierto, él tenía presente los límites de la forma parlamentaria de lucha: circunscribirse al parlamentarismo burgués, a la democracia burguesa, presentarla como “democracia” en general, ocultar su carácter burgués, olvidar que el sufragio universal es un instrumento del Estado burgués en tanto existe la propiedad capitalista, sería traicionar ignominiosamente al proletariado, desertar a las filas de su enemigo de clase, la burguesía, y ser un traidor y un renegado.¹⁶

¹⁴ Ibid., p. 169.

¹⁵ “Carta a los obreros de Europa y Norteamérica”, *ibid.*, tXXX, p. 293.

* Con el objeto de explicitar ampliamente la posición leninista respecto al tema vale la pena mencionar su apreciación respecto a la necesaria crítica de principio al parlamentarismo, hecha a la revolucionaria inglesa Silvia Pankhurst a quien sin embargo Lenin reconocía, en 1919, saber utilizar el parlamento como una trincherera de lucha:

“Los revolucionarios obreros que hacen del parlamentarismo el blanco de sus ataques tienen toda la razón en la medida que esos ataques sirven para expresar su negación de principio del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa. El poder soviético, República Soviética: eso es lo que la revolución obrera ha colocado en lugar de la democracia burguesa, ésta es la forma de transición del capitalismo al socialismo, la forma de la dictadura del proletariado, y la crítica del parlamentarismo, no sólo es legítima y necesaria, pongamos por caso para la transición al poder soviético, sino que es, además totalmente correcta, por constituir el reconocimiento del carácter históricamente condicional y limitado del parlamentarismo, de sus vínculos con el capitalismo, y sólo con el capitalismo, de su carácter progresista en comparación con la Edad Media, y de su carácter reaccionario en comparación con el poder soviético”. “Carta a Silvia Pankhurst”, *Obras completas*, t. XXX, p. 438

¹⁶ “Carta a los obreros...”, *cit.*, p. 293

Por eso, él insistió durante toda su vida en que “limitar la lucha de clases a la lucha parlamentaria, o considerar esta última como la forma superior y decisiva de lucha, a la que están subordinados todas las demás formas de lucha, es una verdadera deserción al campo de la burguesía contra el proletariado.¹⁷ Esta manera de enfocar la cuestión del parlamentarismo fue uno de los aspectos decisivos que distinguió al leninismo tanto del menchevismo como del izquierdismo, antes y después del triunfo de la revolución. Del menchevismo se distinguía por comprender nítidamente el carácter y los límites del parlamento burgués; por considerarlo como una de las formas de lucha. Del izquierdismo se diferenciaba por preconizar su utilización y por entender su importancia, limitada por cierto pero, en todo caso, relevante, necesaria, como parte de la lucha por la conquista del poder. Lenin sabía que una parte de la pequeña burguesía proletarizada, obreros atrasados y pequeños campesinos: todos esos elementos creen realmente que el parlamento representa sus intereses; esta idea debe ser combatida con el trabajo dentro del parlamento, y dando hechos para mostrar la verdad a las masas. La teoría no tendrá influencia sobre las masas atrasadas: necesitan la experiencia

[. . .] Por lo tanto, debemos realizar una lucha dentro del parlamento, para la destrucción del parlamento.¹⁸

Estos consejos, que Lenin dará muchos años después a la Internacional Comunista, estaban fundamentados en la experiencia práctica bolchevique desde el periodo de descenso posrevolucionario, cuando preconizaba que los diputados revolucionarios debían presentar proyectos de ley que obviamente no iban a ser aprobados, pero que servirían para desenmascarar la farsa parlamentaria y elevar, prácticamente, el nivel de conciencia política de las masas.

En los meses de mayo y junio de 1907 se realiza en Londres el V Congreso del partido. En esta ocasión, haciendo un balance del último periodo de luchas electorales y parlamentarias, Lenin considera que “es absolutamente imprescindible” el aislamiento de la clase obrera “frente a todos los demás partidos, los partidos burgueses, por revolucionarios que sean y por democrática que fuese la república que defiendan”.¹⁹ Esta intransigencia que también es otra de las características que el leninismo maneja usualmente- estaba fundada en el análisis de que, después de 1905, las condiciones de la lucha de clases en Rusia habían cambiado sustancialmente. En el periodo revolucionario, la propia Iskra leninista había insistido “sobre la necesidad de que el partido obrero socialdemócrata apoye a los liberales, incluso a los jefes de la nobleza”.

¹⁷ " Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado" , Obras completas,t. XXXII p. 262.

¹⁸ " Discurso sobre el parlamentarismo" , ibid., t. XXXII p. 377.

¹⁹ " Palabras finales para el informe sobre la actitud frente a los partidos burgueses" , ibid., t. XII p. 445

En aquella época, cuando se “tenía que despertar al pueblo a la vida política, eso era completamente legítimo. Ahora, cuando ya actúan en el escenario político distintas clases, ahora, cuando ya se ha manifestado el movimiento campesino revolucionario por una parte y las traiciones liberales por la otra, no puede hablarse siquiera de que nosotros apoyemos a los liberales”.²⁰

Y destaca que el apoyo menchevique a los kadetes, los transformó en un instrumento de éstos; que dar a los liberales el derecho de hablar en nombre del pueblo, equivale a entregarles la dirección política e ideológica de la lucha y a renunciar por completo a los intereses de la clase obrera. Así el objetivo táctico que a Lenin le parece necesario para el periodo es el “aislamiento socialista de clase del proletariado y la lucha, bajo su dirección, tanto contra el absolutismo como contra la burguesía. En esta ocasión, debido a la importancia de la cuestión campesina, Lenin se ocupa también de definir la posición de su grupo en relación al programa agrario. Critica muy duramente el proyecto menchevique de municipalización”; critica también la utopía pequeñoburguesa del “usufructo igualitario de la tierra” que preconizaban los eseristas. El programa agrario socialista no podía basarse en una supuesta igualdad entre los pequeños productores, sino en la gran agricultura socializada. Sin embargo, Lenin comprendía muy bien que esta última no era viable en la etapa burguesa de la revolución. Por ello, trata de proponer en su obra *El programa agrario de la socialdemocracia*, además de la confiscación de las tierras por los campesinos, sin dar indemnización, las medidas más avanzadas posibles dentro de estos marcos democráticos. Basándose en el análisis de Marx en *El Capital*, Lenin propone en su programa la nacionalización de la tierra, entendiendo que esta medida, si bien se mantenía en los marcos del desarrollo capitalista, cuestionaba definitivamente las supervivencias medievales y posibilitaba el desarrollo en gran escala de la moderna agricultura que desbrozaría el camino para una etapa posterior, de socialización de la tierra.

Lenin creía que la nacionalización sólo podría ser llevada a cabo por una revolución agraria campesina y no como una iniciativa burguesa, ya tenía claro, en esta época, que la nacionalización por sí misma no sería capaz de inmunizar al campesinado de su afán por la propiedad de la tierra.

Después del periodo de la nacionalización revolucionaria, el reclamo de división de la tierra puede ser suscitado por la aspiración a consolidar en el mayor grado posible las nuevas relaciones agrarias, que responden a las exigencias del capitalismo. Puede ser suscitado por la aspiración, de dichos propietarios de

²⁰ Ibid., pp. 447-48.

²¹ Ibid., p. 449.

tierra, a aumentar sus ingresos a costa del resto de la sociedad. Por último, puede ser suscitado por la aspiración a "apaciguar" (o sencillamente a sofocar) al proletariado y a las capas semiproletarias, para las cuales la nacionalización de la tierra será un elemento que "estimulará el apetito" de socialización de toda la producción social.²²

Esto era nada más, una antelación, por parte de Lenin, de los problemas que la revolución victoriosa tendría que enfrentar en el futuro a raíz de la nacionalización de la tierra, junto a la aplicación del programa agrario eserista. Pero, de momento, Lenin no podía imaginar cómo las consecuencias negativas, inevitables en una reforma agraria burguesa, podrían ser subsanadas. Tenía claro que el proletariado debería propugnar la más decidida y consecuente reforma agraria, la nacionalización total de las tierras, y que ésta afectaría no sólo a los terratenientes sino también a la burguesía y a la burocracia que estaban ligadas "por miles de lazos" a aquéllos. Por esto, Lenin sabía que la revolución campesina "sólo sería posible bajo la dirección del proletariado" y que supondría, por tanto, una "revolución política radical". La victoria de la revolución campesina sería pues la victoria de la "dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado".²³

Pese a que Lenin se preocupó, de manera especial, por la cuestión agraria y trató de armar al partido con los instrumentos, teóricos y programáticos; capaces de desenmascarar la farsa de la reforma agraria que Stolypin -el representante del gobierno zarista-, pronto trataría de promover, la influencia bolchevique hasta el triunfo de la revolución no llegó a penetrar en el campo y el partido de los eseristas pudo mantener allí su hegemonía. En el año 1907, se realiza en Stuttgart el VII Congreso de la II Internacional. Lenin, que participaba por primera vez en un evento como éste, lo consideró muy positivo, pues en él quedó desenmascarada el ala oportunista del movimiento socialdemócrata internacional. En su informe sobre el congreso destaca las cinco principales resoluciones que fueron aprobadas:

- 1) El rechazo a la tesis de la "política colonial socialista", defendida por Bernstein y otros oportunistas;
- 2) el reconocimiento de la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer;
- 3) el establecimiento del principio general de la necesidad de estrechar relaciones entre los sindicatos y los partidos socialistas;

²² "El programa agrario de la socialdemocracia", *ibid.*, t. XIII, p. 312

²³ *Ibid.*, pp. 334, 335 y 342.

- 4) el reproche a los mezquinos intereses gremiales que preconizaban la prohibición de la inmigración de trabajadores de países atrasados; y en fin,
- 5) la resolución, considerada por Lenin como la más trascendental, sobre el antimilitarismo.

La delegación rusa, junto con Rosa Luxemburgo, propuso las siguientes enmiendas a la resolución presentada por Bebel:

- 1) se decía que el militarismo es el principal instrumento de la opresión de clase;
- 2) se señalaba la necesidad de hacer propaganda entre la juventud;
- 3) se destacaba que los socialdemócratas debían luchar no sólo contra el desencadenamiento de las guerras o por el cese inmediato de las ya iniciadas, sino también debían aprovechar las crisis engendradas por la guerra para acelerar el derrocamiento de la burguesía.²⁴

Estas importantes resoluciones serán, algunos años después, desechadas por la dirección oportunista de la II Internacional. Volveremos a discutir posteriormente su significado.

A comienzos de 1909, Lenin hace un balance de las consecuencias que la derrota del movimiento revolucionario acarreó para el partido. El año de 1908 fue sombrío. Dice Lenin al respecto: Queda atrás un año de decaimiento, de confusión ideológica y política, un año de desorientación del partido. Todas las organizaciones del partido han visto reducidos sus efectivos, y algunas -precisamente las que contaban con un número menor de proletarios- se han venido abajo. Las organizaciones semilegales del partido creadas por la revolución han sufrido golpe tras golpe. Las cosas han llegado hasta el punto de que algunos elementos del partido influidos por el ambiente de disgregación, se han preguntado si es preciso mantener el partido socialdemócrata tal como era antes, si es preciso continuar su obra, si es preciso ir de nuevo a la clandestinidad y cómo hacerlo. Los elementos del ala de extrema derecha han respondido en el sentido de la legalización a ultranza, aun a costa de renunciar abiertamente al programa, a la táctica y a la organización del partido (la llamada corriente liquidadora).²⁵

²⁴"El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart", *ibid.*, t. XIII, p. 80.

²⁵ "En ruta", *Obras escogidas*, t. I, p. 601. *Obras completas*, t. XV, p. 324.

Lenin sabía muy bien que este tipo de crisis múltiple (orgánica, política e ideológica) era inevitable, en un periodo de descenso tan acentuado del movimiento revolucionario, después de la euforia de los gloriosos días de la insurrección. Entendía que estos periodos eran también definitivos para forjar los verdaderos combatientes de vanguardia; o sea, militantes cuyo estado de ánimo y dedicación a la causa no varían en función de las oscilaciones de la lucha. Lenin tenía bien claro que lo principal a ser logrado era que el repliegue se produjera con el mayor orden posible en las filas de la organización, tratando de resguardar al máximo las conquistas que se habían logrado. A las vacilaciones de los sectores pequeñoburgueses, había que responder con la depuración a la inestabilidad teórica con la dura lucha ideológica. Esta lucha ideológica, Lenin la centrará tanto contra la corriente liquidadora, como contra los "otzovistas".

La corriente liquidadora surgió entre los mencheviques

El liquidacionismo -decía Lenin- está ligado, naturalmente, por lazos ideológicos con la *abjuración del programa y de la táctica*, con el oportunismo.[...]. Pero el liquidacionismo no es sólo oportunismo. Los oportunistas llevan al partido a un camino equivocado, burgués, al camino de la política obrera liberal, pero no reniegan del partido mismo, no lo liquidan. El liquidacionismo es un oportunismo de tal naturaleza, que llega hasta a renegar del partido.²⁶

Por esto, Lenin tenía la convicción de que era incompatible la coexistencia con tal corriente dentro del partido. En diciembre de 1908, la conferencia del partido condena duramente el liquidacionismo; en enero de 1910 el pleno del comité central reafirma la misma condena y, finalmente, en 1912, en la VI Conferencia del POSDR, realizada en Praga, se expulsa del partido a los liquidadores mencheviques. Esta fecha marca el surgimiento del POSDR bolchevique.

La corriente "otzovista" o su variante "ultimatista" (compuesta por Bogdánov, Lunacharski, Búbnov y otros), preconizaban la retirada de los diputados del partido de la III Duma, pues estaba en contra de la utilización de la lucha legal. Esta corriente era igualmente liquidacionista, aunque lo planteaba al revés de los mencheviques, es decir, sus partidarios eran liquidadores de izquierda. Sus máximos exponentes trataron de desarrollar toda una embrollada concepción filosófica teísta para justificar sus posiciones. Lenin entonces se ve obligado a dedicarse, durante varios meses, al estudio de problemas filosóficos con el objeto de fundamentar su réplica a los "otzovistas". El resultado de sus investigaciones, en este terreno, fue su libro *Materialismo y empiriocriticismo*, en el cual hace importantes aportaciones al materialismo dialéctico. Su biógrafo Gerard

²⁶"Problema en litigio", Obras completas, t. XIX, p. 145.

Walter da un panorama que ilustra cabalmente la situación problemática a la que Lenin tuvo que enfrentarse en esta época. Lenin quedó enfrascado así, simultáneamente, en una cruzada contra Bogdánov el “empiriomonista”, Lunacharski el “buscador de Dios” y Alexinski el “abstencionista”, quienes se habían puesto de acuerdo y habían formado, en el interior de la fracción bolchevique, un grupo aparte con cuartel general en Capri, en casa de Gorki, a quien Bogdánov y Lunacharski consiguieron ganar para su causa.²⁷

Para Lenin era muy claro, en este periodo, que “la utilización de la tribuna de la Duma es una necesidad absoluta” y que era imprescindible saber combinar la organización clandestina con la actuación legal. No tenía pues ningún escrúpulo en aceptar que los diputados socialdemócratas firmasen una declaración de fidelidad al zar, para poder ejercer su mandato. Ésta era, al fin y al cabo, una formalidad despreciable, que no podía impedir que la socialdemocracia utilizara, en tan adversa situación, una de las pocas tribunas que posibilitaba trabajar por la concientización de las masas.

En este periodo de contrarrevolución, “la socialdemocracia tuvo que adaptar su táctica revolucionaria a esta nueva situación política, debido a lo cual la utilización de la tribuna de la Duma, para ayudar a la agitación y a la organización socialdemócratas, pasó a ser una tarea importante en grado sumo”.²⁸ Sin embargo, Lenin comprendía que no todos los obreros que habían participado en la lucha revolucionaria, en su periodo de apoyo, eran capaces de comprender la necesidad de la readaptación táctica, y seguían repitiendo consignas que otrora fueron correctas -como la del boicot a la I Duma- pero que ahora en las nuevas condiciones, pasaban a ser un freno al proceso de lucha. Además, como consecuencia de la derrota, cundían la apatía, las influencias desmoralizadoras, la indiferencia, fertilizando el terreno para el desarrollo del ultimatismo; del “otzovismo” que, “en esencia, expresa la ideología del indiferentismo político, de un lado, y las divagaciones anarquistas, de otro”.²⁹

Estas corrientes liquidacionistas de izquierda llegaron a tener mucha influencia en el partido. Lenin cita el testimonio de un militante bolchevique que consideraba que el revisionismo de estas corrientes rusas, comparado con el de Bernstein, hacía que éste pareciera una “divertida travesura infantil”.³⁰

²⁷ Ibid., p. 174.

²⁸ “Resoluciones de la reunión de la redacción ampliada de Proletari”, *ibid.*, t. x p. 416.

²⁹ Ibid., p. 418.,

³⁰ “Desintegración y dispersión ideológicas”, *ibid.*, t. XVI, pp. 102-3

El ambiente de confusión y disgregación era tan intenso que no dejaba de afectar profundamente aun a la propia fracción bolchevique de la cual, como medida saneadora, varios de estos elementos fueron apartados. Como lineamientos orientadores del partido, en esa situación de descenso, Lenin planteaba: reforzar la organización clandestina del partido, crear células del partido en todas las esferas de la actividad, constituir en primer término "comités obreros puramente del partido, aunque sean poco numerosos en cada empresa industrial", concentrar las funciones directivas en manos de dirigentes del movimiento socialdemócrata procedentes de las filas de los propios obreros: ésta es la tarea del día. A su vez cada célula del partido debería "ligar cada cuestión parcial con las tareas generales del proletariado

[. . .] asegurar la cohesión de clase" y buscar "influencia ideológica" y "el papel dirigente en todas las organizaciones proletarias legales".³¹

Lenin preconizaba en suma la

"ligazón con las masas", pues así "este partido ha de vencer pase lo que pase".³²

En síntesis, la concepción leninista de la táctica revolucionaria, en el periodo de descenso era: acumulación de fuerzas. En los momentos más difíciles, Lenin seguía siendo el porfiado optimista de siempre, pues tenía la intransigente convicción de la corrección de sus análisis estratégicos y de sus orientaciones tácticas y, sobre todo, confiaba en la clase obrera. Por esto, miraba sereno el receso del movimiento de masas; sabía que las grandes guerras de la historia, las grandes tareas de las revoluciones, se decidieron únicamente porque las clases avanzadas repitieron sus embestidas, no una vez ni dos, y lograron la victoria aleccionadas por la experiencia de las derrotas. Los ejércitos derrotados aprenden bien. Las clases revolucionarias de Rusia fueron derrotadas en la primera campaña, pero sigue en pie la situación revolucionaria. La crisis revolucionaria se avecina y madura de nuevo.³³

³¹ "En ruta", cit., p. 607.

³² Ibid., p. 608.

³³ Ibid., p. 605.

VIII. El nuevo ascenso, de la guerra y la traición de la II Internacional

Una de las condiciones necesarias para preparar al proletariado para su victoria es una larga, tenaz e implacable lucha contra el oportunismo, el reformismo, el social chovinismo y otras influencias y corrientes burguesas similares, que son inevitables puesto que el proletariado actúa en un medio capitalista. Si no se libra esta lucha, si no se derrota previamente por completo al oportunismo dentro del movimiento obrero, no habrá dictadura del proletariado. El bolchevismo no habría podido vencer a la burguesía en 1917-1919 si antes, en 1903-1917, no hubiera aprendido a derrotar a los mencheviques, o sea, a los oportunistas, reformistas y socialchovinistas y a expulsarlos implacablemente del partido de vanguardia del proletariado.

Lenin, "Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", Obras completas, t. XXXII, p. 265.

Durante el año de 1910, aunque la situación general del movimiento de masas era aún de descenso, ya empiezan a despuntar indicios bien dispersos y espontáneos, en todo caso muy significativos de lo que vendría a ser, en los siguientes años, una nueva oleada de ascenso del proceso revolucionario. Estos síntomas son la "epidemia de incendios" y de "terror en el campo", así denominadas por la prensa liberal de la época. Ambas epidemias expresaban más que el descontento, la desesperación del campesinado, frente a la persistencia de sus miserables condiciones de existencia. Tal situación demostraba, a todas luces, el fracaso de la política agraria de Stolypin, que buscaba acelerar la ruina completa de los campesinos, conservar las tierras de los terratenientes, ayudar a un puñado insignificante de campesinos ricos que "quieren las granjas", a arrancar la mayor cantidad posible de tierras comunales. El gobierno tiene contra sí a toda la masa campesina y trata de encontrar aliados entre los campesinos ricos

[. . .] Pero la "reforma" stolyпинiana no puede realizarse [...] sin la violencia a cada paso, sin la violencia sobre decenas de millones de seres, sin el aplastamiento de su más mínima manifestación de independencia.¹

¹ "¿Qué pasa en el campo?" Obras completas, t. XVI, p. 352.

Frente a la frustración y al desenmascaramiento del "reformismo" monárquico-burgués, Lenin insiste en la necesidad de la alianza obrero-campesina para derrocar al poder zarista, y define como tarea inmediata "preparar las fuerzas del proletariado para esa lucha, fundar, desarrollar y fortalecer las organizaciones proletarias".² Lenin presiente que se aproxima a grandes pasos el momento de nuevos enfrentamientos; por eso trata de extender el área de influencia de su partido y de capacitar lo más posible a las organizaciones obreras para la lucha. En el año de 1911, la sequía generaliza aún más el hambre en el campo ruso, intensificando la rebeldía campesina, a la que acompaña el resurgimiento de las huelgas en las ciudades. La clase obrera empieza a ocupar de nuevo su escenario. "Los periódicos obreros de Rusia empezaron a aparecer en 1911, después del periodo de abatimiento y desintegración de 1908 a 1910, y se fortalecieron en 1912".³

Lenin analiza tanto las razones como las características del nuevo ascenso de las luchas campesinas y obreras. En base a las estadísticas oficiales sobre 1911 y 1912, demuestra el rotundo fracaso de los planes de colonización de la política agraria del gobierno que, independientemente de la sequía, había condenado al hambre a vastos sectores del campesinado.⁴ Haciendo un balance de la situación de 20 millones de familias campesinas, de 1907 a 1912, concluye: "En seis años han mejorado 4 millones de familias campesinas, han empobrecido 7 600 000 familias y no ha variado el nivel (es decir. ha seguido siendo mísero) de 8 400 000 familias".⁵

En cuanto al movimiento obrero, Lenin realiza varios estudios minuciosos sobre la cantidad y duración de las huelgas en este periodo, y saca la conclusión de que "en 1911 se batió el récord de huelgas económicas terminadas con buen éxito; fueron más incluso que en 1906, el año revolucionario más favorable. Entonces triunfó un 50% de los obreros en huelgas, y en 1911, un 51%". En 1912, "el número de trabajadores que participaron en huelgas económicas (212 000) sobrepasó el de 1907",⁶ y aumentó también el promedio de duración de éstas (promedio de 16 días). "Por consiguiente -subraya Lenin- el tesón de los obreros en la lucha huelguística es mayor, sin duda, a medida que pasa el tiempo".⁷

² Loc.cit.

³ "Materiales sobre el problema de la lucha en el seno de la minoría socialdemócrata en la Duma", *ibid.*, t. XIX, p. 457.

⁴ Véase "Una vez más sobre la colonización", *ibid.*, t. XIX, p. 80.

⁵ "¿Mejora o empobrece el campesinado.", *ibid.*, t. XIX, p. 89.

⁶ "Los resultados de la huelga de 1912 en comparación con el pasado", *ibid.*, t. XIX, p. 21

⁷ "La huelga de los metalúrgicos en 1912", *ibid.*, t. XIX, p. 310.

Destacamos estos detalles del análisis leninista con el objeto de llamar la atención sobre un importante aspecto de su método de trabajo. La investigación minuciosa y perspicaz de los pequeños y cotidianos acontecimientos, que sin embargo revelan la dinámica de la lucha de clases, es lo que le permite sentar las bases de la concepción táctica adecuada para cada periodo. Así Lenin acompaña paso a paso la evolución del proceso revolucionario, y percibe con agudeza el sentido y la orientación que éste debe adoptar. La claridad y la seguridad de su conducción, en los momentos más complejos, se asientan en el paciente análisis que estudia las nuevas situaciones desde que éstas empiezan a gestarse. Sus minuciosas observaciones parciales son integradas y articuladas en una visión de conjunto, de la cual brotan, entonces, sus grandes líneas de interpretación y de acción.

Por el año de 1912, en pleno ascenso del movimiento de masas, los bolcheviques resuelven dar por terminada cualquier relación, así sea formal, con los mencheviques. Los bolcheviques pasan a considerarse no como una fracción más sino como el partido. Como ya lo habíamos mencionado, expulsan a los "liquidadores" y empiezan a actuar como un partido independiente, en el parlamento y fuera de éste.

Lenin, haciendo un balance del crecimiento del partido junto a la clase obrera, se percata de que "en el transcurso de seis años, de 1907 a 1912, cuando los intelectuales se alejaron de la socialdemocracia, los obreros fueron poniéndose cada vez más de parte de los bolcheviques". Cita datos ilustrativos de las asambleas de obreros y de votos para la Duma, cuya mayoría de sufragios obreros se destinaban a los bolcheviques.⁸

En 1913, el Zar concede una amnistía parcial, lo que permite el regreso a Rusia de algunos exiliados. De esta manera se fortalece la dirección y la organización del partido en el interior. En este año, Lenin se da cuenta de la agudización de las contradicciones entre la burguesía liberal y el zarismo: "los choques de la burguesía con el gobierno no se producen por casualidad, sino que son reflejos de la profunda crisis que está madurando en todos aspectos".⁹ El gobierno zarista, no del todo insensible a la gravedad de las crisis, intenta promover nuevas medidas "reformistas", una de ellas respecto al crucial problema agrario. Un nuevo proyecto de reforma busca "proteger la pequeña propiedad agraria". Se trata de un intento por crear una privilegiada propiedad agraria de la burguesía campesina que esté protegida contra el capitalismo. Los terratenientes, al sentir que se tambalean sus privilegios y su propiedad agraria feudal, hacen esfuerzos por atraerse a la capa más rica -aunque insignificante por su número- de la burguesía campesina.¹⁰

⁸ "Lucha en el seno de la socialdemocracia", *ibid.*, t. XIX, pp. 454, 459.

⁹ "Acerca de los llamamientos de los liberales a apoyar a la IV Duma, *ibid.* t. XIX, p. 237.

¹⁰ "Nuevas medidas de 'Reforma Agraria'", *ibid.*, t. XIX, p. 334.

Al lado de esta insoportable timidez del "reformismo" terrateniente, los representantes de la burguesía liberal alzan su voz "pidiendo amplias reformas políticas".¹¹ Se hace pues necesario fijar la posición revolucionaria en relación a la lucha por reformas, debido al desconcierto que éstas provocan entre intelectuales que "se deslizan a cada paso hacia el reformismo y el liquidacionismo".¹²

Así formula Lenin la cuestión:

Los marxistas a diferencia de los anarquistas, admiten la lucha por las reformas, es decir, por mejoras en la situación de los trabajadores, que dejan el poder como antes, en manos de la clase dominante. Pero a la vez los marxistas sostienen la lucha más enérgica contra los reformistas que directa o indirectamente circunscriben a las reformas los anhelos y la actividad de la clase obrera. El reformismo es un engaño con el que la burguesía hace víctimas a los obreros, que, mientras subsista el dominio del capital, seguirán siendo esclavos asalariados pese a algunas mejoras aisladas. [...]. Por eso el reformismo, incluso cuando es totalmente sincero, se transforma de hecho en un instrumento de la burguesía para corromper a los obreros y reducirlos a la impotencia.

Para impedir que la clase obrera sea manipulada por el reformismo, Lenin comprende que la vanguardia debe asumir la dirección de la lucha por reformas:

los marxistas, lejos de quedarse a la zaga, van claramente a la cabeza en lo referente a la utilización práctica de las reformas y a la lucha por ellas.

[...]. Los marxistas realizan una labor incansable sin desperdiciar ni una sola "posibilidad" de lograr reformas y de utilizarlas, sin condenar -antes bien, apoyándola y desarrollándola con todo cuidado- cualquier acción que vaya más allá del reformismo, tanto en la propaganda como en la agitación, en el movimiento económico de masas, etcétera.¹³

Esta larga cita de Lenin sintetiza lo fundamental de su pensamiento respecto al tema; es la clara distinción entre la lucha por reformas y el reformismo. La primera significa, a su juicio, la lucha por algunas conquistas objetivas de mejoría de las condiciones de vida de las masas, conquistas que son necesarias y que posibilitan

¹¹ "Problemas de principio de la política. La burguesía liberal y el reformismo". *ibid.*, t. XIX, p. 345.

¹² *Ibid.*, pp. 347-48.

¹³ "Marxismo y reformismo", *ibid.*, t. XIX, pp. 369 y 371.

el avance del movimiento reivindicativo, más allá del mero marco de las reformas, favoreciendo el desarrollo de la experiencia de lucha y de la conciencia política de las masas. El segundo utiliza las reformas como un fin en sí mismo; de esta manera, representa de hecho, consciente o inconscientemente, una política burguesa: contener el avance del movimiento de masas.*

En el segundo semestre del año de 1914, el ascenso del movimiento de masas y las contradicciones en el seno de las clases dominantes rusas se ven momentáneamente interrumpidos, por el comienzo de la gran guerra. Con ésta, la II Internacional entra, en palabras de Lenin, en bancarrota, pues predominan en ella, de manera descarada, las tendencias reformistas y revisionistas que desde años atrás venían tratando de imponer su hegemonía sobre la organización internacional de los trabajadores. La guerra y la crisis de la Internacional abren un periodo que va a poner en máxima tensión la capacidad teórica y de dirigente político de Lenin. La socialdemocracia rusa, junto con unos pocos sectores de la socialdemocracia europea -particularmente el grupo de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht-, se encuentran aislados en su condena a la guerra interimperialista, que fue apoyada por la inmensa mayoría de los partidos socialistas. Lenin condenó con furia, en varios artículos, la traición a las resoluciones antimilitaristas que habían sido aprobadas en 1907 -en el congreso de Stuttgart- y ratificadas en 1910 —en el congreso de Copenhague- y en 1912 -en el congreso de Basilea.

En todas esas ocasiones, los líderes de la II Internacional habían condenado las guerras imperialistas. El manifiesto de Basilea había puesto énfasis en la amenaza próxima de la guerra imperialista y -con el voto de Kautsky, Vandervelde y otros dirigentes- el congreso aprobó que, en caso de guerra, se utilizaría la crisis económica y política producida por ésta para “acelerar la caída del capitalismo”. Sin embargo, una vez decretada la guerra, los partidos socialdemócratas europeos inmediatamente se pusieron al lado de sus respectivos gobiernos burgueses, votando los créditos de guerra y empujando a los obreros al combate fratricida, en defensa de una porción mayor de la explotación de los pueblos para sus respectivas clases dominantes. El socialismo fue suplantado, en la II Internacional, por el nacionalismo bajo la repetición de “las consignas chovinistas (“patrióticas”) de la burguesía de ‘sus’ países, al justificar y defender la guerra, al entrar en los ministerios burgueses de los países beligerantes, etcétera”.¹⁴

* “Las reformas son concesiones arrancadas a una clase dominante que mantienen su dominación. La revolución es el derrocamiento de la clase dominante.” “Respuesta a las preguntas de un periodista norteamericano”. Obras completas, t. xxxp. 383.

¹⁴ “La guerra y la socialdemocracia de Rusia”, Obras escogidas, t. I, p. 675.

Desde el punto de vista de la lucha revolucionaria en Rusia, Lenin creía que si algo puede ayudar al zarismo en la lucha contra toda democracia en Rusia, es precisamente la guerra actual, que ha puesto al servicio de los fines reaccionarios del zarismo la bolsa de oro de las burguesías inglesa, francesa y rusa. Y si algo puede dificultar la lucha revolucionaria de la clase obrera de Rusia contra el zarismo, es precisamente la conducta de los jefes de la socialdemocracia alemana y austriaca, que no cesa de sernos presentada como ejemplo por la prensa chovinista de Rusia.¹⁵

En seguida, Lenin reconoce que el partido había sufrido “enormes pérdidas con motivo de la guerra” y menciona la destrucción de la prensa obrera, el cierre de los sindicatos, los encarcelamientos y deportaciones. Todo ello, a causa de su oposición al conflicto bélico.

Lenin comprende la necesidad de “romper decididamente con el oportunismo y explicar a las masas la inevitabilidad del fracaso de éste”.¹⁶ Además de denunciar la bancarrota de la II Internacional, él empieza una campaña, con los escasos recursos de que disponía, en contra de los socialchovinistas rusos: los liberales burgueses, parte de los socialistas revolucionarios y parte de los mencheviques (Plejánov y otros). En el año de 1914, Lenin aún creía que, como no se había llevado a término la revolución burguesa en Rusia, las consignas de lucha seguían siendo la república democrática, la confiscación de tierras y la jornada de ocho horas. Sin embargo, entendía que en “los países avanzados, la guerra pone a la orden del día, la consigna de la revolución socialista”.¹⁷ Esta revolución no podría ser dirigida por los oportunistas y Lenin empieza a pensar en la necesidad de crear una nueva Internacional. Lenin comprende que la única orientación justa, para el movimiento proletario, es “la transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil”. Esto significaba, en su interpretación, el derrotismo revolucionario activo, o sea, luchar por la derrota de las respectivas burguesías y por el triunfo de la revolución dirigida por el proletariado.

Es importante detenernos un poco en la consideración de la posición leninista frente a la guerra. Lenin, como Marx y Engels, siempre rechazó enfáticamente las posiciones pacifistas. Los socialistas no pueden estar contra la guerra en general, pues comprenden que mientras subsista la lucha de clases la guerra revolucionaria

¹⁵ Ibid., p. 676.

¹⁶ Ibid., p. 677.

¹⁷ Ibid., p. 678.

es una necesidad imperiosa y justa. En este sentido, la posición del derrotismo activo significaba pelear por la derrota de las burguesías, transformando la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. Tal consigna está fundada en el siguiente razonamiento:

Desde el punto de vista teórico sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida misma por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por ello mismo, la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y de las guerras nacionales revolucionarias, en segundo lugar, de las guerras e insurrecciones del proletariado contra la burguesía, en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias, etcétera.¹⁸

En base a tal argumentación, Lenin criticaba la consigna utópica del desarme, propugnada por sectores de la II Internacional. Decía que esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar de toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Ésta es la única táctica posible para la clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el desarrollo objetivo del militarismo capitalista y que es prescrita por este desarrollo.¹⁹

Lenin insistía en que el proletariado debería luchar por la derrota de su gobierno en la guerra, pero no debería conformarse con eso, sino ir más lejos, tratando de utilizar esa derrota para preparar y/o promover una insurrección.

En esto consistía precisamente su idea del derrotismo. Lenin proponía y soñaba -como era su costumbre...- una serie de pasos que iban desde la agitación y propaganda dentro de los ejércitos, acerca del carácter de la guerra y el boicot activo a ésta por medio de la confraternización en las trincheras, entre los soldados "enemigos", hasta la elaboración de todo un plan de preparación militar del pueblo para la insurrección. Este plan concebía la formación de milicias proletarias, en donde los oficiales serían elegidos por el pueblo; proponía la abolición de la justicia militar burguesa, la igualdad de derechos para los obreros extranjeros y la formación de asociaciones libres para que todos pudieran aprender el arte militar y para que el proletariado

¹⁸ "El programa militar de la revolución proletaria", Obras escogidas, t. I, p, 802.

¹⁹ Loc. cit.

podiese dominarlo en su provecho. La revolución rusa ha demostrado que todo éxito, incluso un éxito parcial, del movimiento revolucionario -por ejemplo, la conquista de una ciudad, un poblado fabril, una parte del ejército- obligaría inevitablemente al proletariado vencedor a poner en práctica precisamente ese programa.²⁰

Defendiendo estas tesis básicas, Lenin se dirige a las reuniones de Zimmerwald y Kienthal que representaron dos intentos de agrupar a la izquierda revolucionaria y de sentar las bases para una nueva asociación internacional. En ambas reuniones, Lenin no logró que se aprobara el llamado al derrotismo; más bien triunfó una posición centrista. No obstante, lo que se conoce como el **Manifiesto de Zimmerwald** (redactado por Trotsky) es una contundente condena a la guerra imperialista y la delimitación de una nueva corriente en el movimiento socialista. Sobre ambas reuniones dijo Lenin: "Uno de los principales defectos de Zimmerwald y de Kienthal, una de las principales causas del posible fracaso de estos gérmenes de la III Internacional, consiste precisamente en que ni siquiera se ha planteado francamente el problema de la lucha contra el oportunismo, sin hablar ya de una solución de este problema que señale la necesidad de romper con los oportunistas". Y Lenin apunta:

dos matices fundamentales del oportunismo: primero, el socialimperialismo franco, cínico, y por ello menos peligroso, de los Plejánov, los Scheidemann, los Legien, los Albert Thomas y los Sembat, los Vandervelde, los Hyndman, los Henderson, etcétera; segundo, el oportunismo encubierto, kautskiano: Kautsky-Haase y el Grupo Socialdemócrata del Trabajo en Alemania; Longuet, Pressmane, Mayers, etcétera, en Francia; Ramsay Mac Donald u otros jefes del Partido Laborista Independiente en Inglaterra; Mártoov, Chjeídze, etcétera, en Rusia; Treves y otros reformistas llamados de izquierda en Italia.

Los oportunistas francos se manifestaban abiertamente de manera contrarrevolucionaria, en alianza con los gobiernos burgueses, mientras que los encubiertos eran más nocivos y peligrosos [. . .] porque la defensa que hacen de la alianza, con los primeros la encubren con palabrejas "marxistas" y consignas pacifistas que suenan plausiblemente. Ambos tenían un denominador común: silenciar "la relación entre la guerra actual y la revolución y otros problemas concretos de la revolución".²¹

La orientación táctica que Lenin propugnaba frente a la guerra estaba basada en un sólido análisis, de carácter estratégico, que expuso en su libro *El imperialismo fase superior del capitalismo*, en el año 1916. Esta obra, sin duda una de sus más importantes aportaciones a la ciencia económica y política, representa

²⁰ Ibid., p. 807.

²¹ Ibid., pp. 804

quizás uno de los marcos fundamentales en la proyección internacional del leninismo. Si bien Lenin siempre estuvo muy dedicado a sus funciones específicas, como dirigente político revolucionario ruso, y tuvo que volcar gran parte de su pensamiento y su acción hacia la tarea concreta de elaborar una línea estratégico-táctica que posibilitara la victoria final de la clase obrera en su país, significaría un profundo error considerar el leninismo como una concepción meramente nacional. Es cierto que algunas de sus facetas son necesariamente nacionales pues, para conducir una lucha con características propias, es imprescindible el análisis y la orientación particulares. Sin embargo, los aspectos específicos de la lucha sólo pueden resaltar dentro de una visión histórico-universal.” Esta característica del análisis marxista, fue siempre cultivada por Lenin y El imperialismo fase superior del capitalismo es uno de sus mejores ejemplos. Lenin comprende que la posición del Imperio Zarista en la guerra sólo puede ser comprendida en el contexto de la situación mundial del imperialismo, y que la lucha revolucionaria en Rusia tiene que estar directamente relacionada con la lucha del proletariado internacional. Los condicionamientos de la dinámica de la lucha de clases rebasan las fronteras nacionales. Es esta comprensión de las estrechas vinculaciones e interrelaciones que existen entre las naciones, producidas por el capitalismo, la que hace del leninismo una concepción profundamente internacionalista proletaria.

Detengámonos un poco en sus tesis principales sobre el imperialismo. Lenin creía que sin analizar la “esencia económica del imperialismo” era imposible “emitir un juicio sobre la guerra y la política actuales”. Así, su estudio del imperialismo se centrará esencialmente en sus aspectos económicos; pero esto no es un impedimento, sino una ayuda, para captar algunas de sus principales implicaciones sociopolíticas, por ejemplo, la comprensión crucial de que la “escisión del movimiento obrero está relacionada con las condiciones objetivas del imperialismo”.²²

En el prólogo, Lenin resume la comprobación fundamental de su obra: la guerra de 1914-1918, ha sido, de ambos lados, una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, de bandidaje y de rapiña), una guerra por el reparto del mundo, por la participación y el nuevo reparto de las colonias, de las “esferas de influencia” del capital financiero, etcétera. También demuestra que este tipo de guerra es inevitable, mientras subsista el sistema capitalista.*

²²“El imperialismo fase superior del capitalismo”, Obras escogidas, t. I. p. 693.

* Lenin siempre reafirmó esta faceta básica de su método de análisis y actuación: “Saldremos adelante, pues en lo fundamental nuestra política es correcta, toma en cuenta todas las fuerzas de clase en escala internacional”. “Carta a C. J. Miasnikov”, Obras completas, t. XX, p. 423.

* Pese a que a partir de la constitución del campo socialista hubo un cambio en la forma de las contradicciones de los conflictos interimperialistas, pues las grandes naciones capitalistas ya no pueden darse más el lujo de dirimir las disputas entre sí a través de guerras, la afirmación de Lenin de que las guerras entre los imperialismos eran inevitables en su época era absolutamente correcta. Esa conclusión le dio las bases para la rigurosa previsión de la segunda guerra mundial.

Lenin fundamenta sus análisis de la economía imperialista en una serie de estadísticas, confeccionadas por los propios especialistas burgueses. Su análisis parte de la constatación empírica del predominio económico”, de un puñado de grandes empresas”. “La propiedad privada fundada en el trabajo del pequeño patrón, la libre competencia, la democracia, todas esas consignas por medio de las cuales los capitalistas y su prensa engañan a los obreros y a los campesinos, pertenecen a un pasado lejano”.²³ La concentración conduce al monopolio. Éste en su desarrollo reúne, en una sola empresa, distintas ramas de la producción industrial. Las ventajas de la monopolización son innumerables; conviene destacar la mayor estabilidad de la cuota de ganancia, las ganancias suplementarias, el fortalecimiento de la posición de la empresa y mejores condiciones

Es necesario también tener presente -y lo expondremos más adelante- que Lenin (como todos los bolcheviques hasta mediados de los años veinte, cuando surge la concepción del socialismo en un solo país), si bien había concebido el triunfo de la revolución primero en un país o en un grupo de países, creía que la consolidación definitiva del socialismo sólo sería posible a escala internacional. Lenin confiaba en que la revolución en Europa debería triunfar en un plazo relativamente corto. De esta manera, a través de la liquidación del capitalismo en un conjunto de países desarrollados, ese sistema, en el nivel planetario, entraría en un agudo proceso de descomposición, prelude definitivo de su liquidación final por medio de las siguientes revoluciones. En suma, Lenin preveía que las guerras imperialistas inevitables harían también inevitable la revolución mundial. También esa previsión de Lenin se confirmó históricamente, no de manera tan generalizada como él soñaba pero en todo caso rescatando el eje central de su aguda capacidad de antelación. Así razonaba él, en 1921, en la base a su análisis del imperialismo: “El problema de las guerras imperialistas, de la política internacional del capital financiero dominante hoy en todo el mundo-, política que engendra inevitablemente nuevas guerras imperialistas, que provocan inevitablemente un recrudescimiento inaudito de la opresión nacional, del pillaje, de la expoliación, del estrangulamiento de nacionalidades débiles, atrasadas y pequeñas por un puñado de potencias “avanzadas”, este problema se ha convertido en 1914 en la piedra angular de la política de todos los países del globo. Es un problema de vida o muerte para millones de hombres. Es el problema de saber si en la próxima guerra imperialista. que la burguesía está preparando y que surge del capitalismo ante nuestros ojos, morirán veinte millones de hombres (en vez de diez millones que murieron en la guerra de 1914-1918, y en las ‘pequeñas’ guerras que vinieron a completarla y que aún no han terminado) ; es el problema de si en esa futura guerra, inevitable (si se mantiene el capitalismo), quedarán mutilados 60 millones (en vez de los 30 millones de 1914-1918). También en este problema nuestra revolución de Octubre ha inaugurado una nueva época en la historia mundial. Los lacayos de la burguesía y su coro de eseristas y mencheviques, los demócratas pequeñoburgueses que pretenden pasar por ‘socialistas’ en todo el mundo, se burlaban de nuestra consigna ‘transformar la guerra imperialista en guerra civil’. Pero esta consigna ha resultado ser verdad: la única verdad, desagradable, brutal, desnuda y cruel, desde luego, pero verdad en contraste con una cantidad de las más sutiles mentiras chovinistas y pacifistas que están siendo destruidas. La paz de Brest ha sido desenmascarada, y cada día quedan más desenmascaradas la significación y las consecuencias de una paz que es todavía peor que la de Brest: la paz de Versalles; cada vez es más nítida e irrefutable, para los millones de hombres que piensan acerca de las causas de la reciente guerra y de lo que se avecina, la horrenda e inexorable verdad: no es posible escapar de la guerra imperialista ni de la paz imperialista. [...] lo cual engendra inevitablemente la guerra imperialista; no es posible escapar de ese infierno de otra manera que por la lucha bolchevique y por la revolución bolchevique”. “Ante el Cuarto Aniversario de la Revolución de Octubre”, Obras completas, t. XXXV, pp.489-90.

²³ “El imperialismo fase superior del capitalismo”, cit.. pp. 696 y 701.

de competencia. El surgimiento del monopolio es “una ley general y fundamental de la presente fase de desarrollo del capitalismo”.²⁴ que ya había sido prevista por Marx en El Capital.

Los cárteles conforman las bases de todo el proceso económico. Ellos “convienen entre sí las condiciones de venta, los plazos de pago, etcétera. Se reparten los mercados de venta. Fijan la cantidad de productos a fabricar. Establecen los precios. Distribuyen las ganancias entre las distintas empresas, etcétera”.²⁵ La monopolización promueve la socialización tanto de la producción como del “proceso de inventos y perfeccionamientos técnicos”.²⁶ De esta manera, por desarrollar toda esta base material, “el imperialismo es la antesala de la revolución socialista”,²⁷ en él “el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable”.²⁸ Pese a todo el progreso que genera en los sistemas de producción y de control sobre el mercado, la monopolización no puede evitar el aumento y el agravamiento del caos, intrínseco al sistema capitalista en su conjunto. Las crisis son inevitables y acentúan aún más las tendencias concentradoras y monopolizadoras. Lenin dedica especial atención al nuevo papel del sistema bancario, que también sufre un proceso de concentración, de importancia crucial en la gestación del imperialismo. Se desarrolla una estrecha relación entre los bancos y la industria, que culminan en la fusión entre las más grandes empresas bancarias, industriales y comerciales. Dicha “unión personal” de estas empresas se completa con la “unión personal de unas y otras sociedades con el gobierno”,²⁹ expresada a través de la participación de “honorables” y “respetables” personeros gubernamentales en los puestos de administración de las empresas. La dominación del capital financiero -asociado a la gran industria y al gran comercio- es una característica distintiva del nuevo capitalismo. De esto resulta la hegemonía, económica y política, de la llamada oligarquía financiera.

Lenin muestra también cómo el capital financiero tiende a fundirse con “el monopolio de la renta del suelo y con el monopolio de los transportes”, etcétera.³⁰

²⁴ Ibid., p. 705.

²⁵ Ibid., p. 706.

²⁶ Ibid., p. 709.

²⁷ Ibid., p. 693.

²⁸ Ibid., p. 709.

²⁹ Ibid., p. 723.

³⁰ Ibid., p. 737.

Otra característica del capitalismo monopolista es la exportación de capitales, principalmente a los países atrasados. En éstos "el beneficio es de ordinario elevado, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra relativamente poco considerable, los salarios bajos y las materias primas baratas".³¹ Esto permite a los capitalistas obtener altas tasas de ganancia; de ahí que tengan que disputarse, a través de las guerras, el control imperial de estos países. La exportación de capitales, que tiende a remplazar en un primer momento a la exportación de mercancías, vuelve "a ser un medio de estimular" a este último tipo de exportación. Lenin creía que las inversiones imperialistas en los países dependientes provocarían en éstos un desarrollo acelerado. Posteriormente, Lenin revisará esta tesis.

Después de repartirse entre sí el mercado interior, los monopolios se lanzan al reparto beligerante del mundo; y crean un mercado mundial, en el cual cada Estado burgués trata de respaldar los intereses de sus respectivos monopolios. Los monopolios utilizan además al Estado siempre que alguna de sus empresas se encuentra en apuros.

Estas tesis refutan la concepción de Kaustsky acerca de que el imperialismo no es una fase del capitalismo sino una política del mismo; y permiten vislumbrar las tendencias del sistema hacia el parasitismo, así como sus tendencias al estancamiento y la descomposición. Ponen al desnudo sus limitaciones para seguir incrementando el progreso de la ciencia y de la tecnología, en la medida en que "desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes" de estos progresos. Sin embargo, Lenin llama la atención sobre el hecho de que el sistema sigue creciendo -si bien en forma desigual, en todo caso con bastante rapidez y que estas tendencias se manifiestan como un resultado de este rápido crecimiento (como en Inglaterra).

Lenin destaca, finalmente, que las elevadas ganancias proporcionadas por la intensa explotación monopólica provenientes en buena parte de los países atrasados, brindan la posibilidad económica de sobornar a ciertos sectores obreros y, temporalmente, a una minoría bastante considerable de estos últimos, atrayéndolos al lado de la burguesía de dicha rama o de dicha nación, contra todos los demás. El acentuado antagonismo de las naciones imperialistas en torno al reparto del mundo, ahonda esta tendencia. Así se crea el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo [...].³²

³¹ Ibid., p. 742.

³² Ibid., p. 796.

La ideología imperialista penetra incluso al interior de la clase obrera: que no está separada de las demás clases por una muralla china”.³³ De esta manera, Lenin relaciona estrechamente la posición “socialimperialista” de los jefes de la II Internacional con los intereses oportunistas de la “aristocracia obrera”. Por esto, a su juicio, “la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y falsa si no va ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo”.³⁴

El año de 1917 estaba destinado a marcar el comienzo del fin no sólo del oportunismo, sino del imperialismo; estaba destinado a inaugurar una nueva era. Los estudios de Lenin sobre el imperialismo proporcionaron un marco teórico y político esencial para enfrentar las tareas de esta nueva era en la historia de la humanidad.

³³ Ibid.. p. 782.

³⁴ Ibid.. p. 796.

IX. La táctica de Lenin en la Revolución rusa

Pero, para consolidar para los pueblos de Rusia las conquistas de la revolución democrático-burguesa, debíamos ir más allá. y así lo hicimos. Resolvimos los problemas de la revolución democrático-burguesa al pasar, como un "subproducto" de nuestras actividades fundamentales y genuinamente proletarias, -revolucionarias, socialistas. Hemos dicho siempre que las reformas son un subproducto de la lucha de clases revolucionaria. Las reformas democrático-burguesas -lo hemos dicho y demostrado con los hechos- son un subproducto de la revolución proletaria, es decir, socialista. Digamos de paso que todos los Kautsky, Hilferding, Mártov, Chernov Hillquit, Longuet, Mac Donald, Turati y demás héroes de ese marxismo de "II 1/2" no fueron capaces de comprender esta relación entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria, socialista. La primera se transforma en la segunda. La segunda resuelve al pasar los problemas de la primera, la segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y sólo la lucha, determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera. El régimen soviético es precisamente una de las confirmaciones o manifestaciones evidentes de esta transformación de una revolución en otra. El régimen soviético es la máxima democracia para los obreros y campesinos, y al mismo tiempo señala una ruptura con la democracia burguesa y la aparición de un nuevo tipo de democracia de proyección histórica, es decir, la democracia proletaria o dictadura del proletariado.

V. I. Lenin," Ante el IV Aniversario de la Revolución de Octubre". Obras completas, t. xxxv, p. 488.

Debido a la riqueza de enseñanzas tácticas que emerge de los textos de Lenin durante los ocho meses que preceden a la conquista del poder, vamos a centrar nuestra atención en analizarlos tal cual se desarrollan en esta etapa, dejando para el próximo capítulo sus reflexiones posteriores sobre el triunfo de octubre (como las contenidas, por ejemplo, en sus panfletos “La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo”; “Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado”; y en varios de sus informes a los congresos de la Comintern, discursos y conferencias. Nuestro propósito es exponer la percepción específica que tuvo Lenin de la revolución y de sus momentos cruciales, en el acto mismo de su realización.

Hemos dividido nuestra exposición en tres partes. En la primera tratamos de mostrar cómo la preocupación de Lenin se centra hasta el mes de julio en profundizar la etapa democrática y en crear las condiciones para el paso a la revolución socialista. En este periodo, la idea de la insurrección aún no se plantea. La preocupación fundamental es consolidar la dirección de la vanguardia proletaria sobre el proceso revolucionario -en los soviets sobretodo- y fortalecer al partido, para poder impulsar la revolución hacia su etapa superior. Durante esos meses, Lenin contempla la posibilidad de la revolución por la vía pacífica.

En la segunda parte mostramos cómo, a partir de julio, en función de la profundización de la crisis general de la sociedad rusa y de la maduración de las condiciones subjetivas, Lenin cambia de táctica: admite, entonces, que el camino pacífico se había cerrado definitivamente, y que es necesario preparar y realizar, lo más pronto posible, la insurrección. Por un momento aún, Lenin piensa que es posible intentar un compromiso con la pequeña burguesía ino con la burguesía! -para tratar de retomar la senda pacífica de la revolución. Pero inmediatamente se percata de que tal compromiso es ya irrealizable; que tal posibilidad había existido sólo en su cabeza; y ni siquiera llega a publicar sus proposiciones en este sentido.

Finalmente, en la última parte, intentamos hacer una síntesis global de las principales tesis leninistas sobre las dos grandes etapas del proceso revolucionario de 1917, con el objeto de lograr una visión de conjunto de las mismas.

1. ¿UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA?

La revolución democrático-burguesa estalla en Rusia en febrero de 1917, como resultado de una serie de motines espontáneos, realizados por el proletariado y el campesinado, hartos de guerra y de hambre. Los exiliados rusos fueron sorprendidos por los acontecimientos. Su estado de ánimo, hasta este momento, lo

refleja bien la siguiente observación de Lenin, en enero de 1917, en una conferencia que dictó en Suiza, en conmemoración de la revolución de 1905: "Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura".¹

Sin embargo, la desesperación de las masas, hambrientas y agotadas por más de dos años de guerra, las condujo a un cuestionamiento radical del gobierno zarista, que fue impotente para reprimir el deseo unánime, por parte de las clases sociales mayoritarias, de cambiar el curso de sus vidas. Esto ocurrió debido a una situación histórica original en extremo; se fundieron, con unanimidad notable, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas.²

De esta revolución resultó un gobierno burgués, bajo la hegemonía del partido demócrata-constitucionalista, en alianza con los terratenientes, que preconizaba proseguir la guerra, en unión con Inglaterra y Francia. Lenin caracterizó de esta manera tal gobierno: Atado de pies y manos al capital imperialista, por la política imperialista belicista, de rapiña; ya ha iniciado las transacciones (¡sin consultar al pueblo!) con la dinastía; ya se afana por restaurar la monarquía zarista; ya invita a un candidato a reyezuelo, a Mijail Romanov; ya se preocupa de afianzar su trono, de sustituir la monarquía legitimista (legal, basada en viejas leyes) por una monarquía bonapartista, plebiscitaria (basada en un sufragio popular falsificado).

La burguesía no tenía posibilidades de implementar las transformaciones democráticas reivindicadas por el pueblo; no podía satisfacer las consignas de "pan, paz y libertad". Por esta razón, Lenin comprendía que "la única garantía de la libertad y de la destrucción completa del zarismo es armar al proletariado, consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia del soviét de diputados obreros". Este soviét surgió inmediatamente después del triunfo de la revolución, como una demostración del aprendizaje de la experiencia de 1905, y Lenin creía indispensable preparar a la clase obrera para su "triunfo en la segunda etapa de la revolución", que debería culminar con la toma del poder por el proletariado.³

¹"Informe sobre la revolución de 1905", Obras escogidas, ed. Progreso, Moscú, t. I, p. 824.

² "Cartas desde lejos", ibid., t. II, p. 27.

³ "ibid.. p. 31.

Las "Tesis de Abril", documento de importancia crucial para comprender la posición leninista en el periodo, contienen todo un programa de lucha y una sistematización de las principales tareas del proletariado, en la primera etapa de la revolución. Lenin destaca la no implantación del socialismo como nuestra tarea inmediata, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets de diputados obreros.⁴

La existencia de los soviets de obreros y campesinos "con uniforme de soldado" al lado del gobierno provisional burgués, expresaba una situación de dualidad de poderes, hecho notable producido por la revolución. Así caracteriza Lenin al poder de los soviets:

una dictadura revolucionaria, es decir, un poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en una iniciativa directa de las masas populares desde abajo, y no en la ley promulgada por el poder centralizado del Estado.

Éste era un poder "del mismo tipo que la Comuna de París de 1871". Estas características, por cierto, estaban aún en "estado embrionario" y necesitaban ser desarrolladas hasta sus últimas consecuencias. Por esta razón, Lenin insistía en la imprescindible lucha por el poder en los soviets y escribía:

Para convertirse en poder, los obreros conscientes tienen que ganarse a la mayoría: mientras no exista violencia contra las masas, no habrá otro camino para llegar al poder. No somos blanquistas, no somos partidarios de la toma del poder por una minoría.⁵

Lenin creía que era factible la toma del poder, por parte del proletariado y sus aliados, a través del camino pacífico. Esta convicción la mantuvo hasta el mes de julio. A su entender, la revolución había confirmado, en un cierto sentido, sus tesis de 1905:

El origen y la significación de clase de esta dualidad de poderes residen en que la revolución rusa de marzo de 1917, además de barrer toda la monarquía zarista y entregar todo el poder a la burguesía, se acercó de lleno a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Precisamente esa dictadura (es decir, un poder que no se basa en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas de la población, y precisamente de las clases mencionadas) son el Soviet de Petrogrado y los soviets locales de diputados obreros y soldados".

⁴ "Las tareas del proletariado en la presente revolución", *ibid.*, t. II, p. 37.

⁵ "La dualidad de poderes", *ibid.*, pp. 40 y 42.

Sin embargo, destaca que:

no cabe la menor duda de que ese "entrelazamiento" de dos dictaduras, la burguesa y la del Soviet, no está en condiciones de sostenerse mucho tiempo. En un Estado no pueden existir dos poderes [...] La dualidad de poderes no expresa más que un momento transitorio en el curso de la revolución, el momento en que ésta ha rebasado ya los cauces de la revolución democrático-burguesa corriente, pero no ha llegado todavía al tipo "puro" de dictadura del proletariado y de los campesinos.⁶

¿En qué sentido debería ser superada la primera etapa democrática de la revolución? Realizando el análisis de las tareas de la clase obrera. Lenin decía que el defecto principal y el error principal de todos los razonamientos de los socialistas consisten en que el problema se plantea en términos demasiado generales -transición al socialismo-, cuando lo que corresponde es hablar de los pasos y medidas concretas. Unos han madurado ya, otros no. Vivimos en un momento de transición.

Este texto es de gran importancia para comprender su concepción de las etapas intermedias, que se sitúan entre el agotamiento de una etapa revolucionaria y la gestación de otra nueva." Veamos cómo prosigue su razonamiento:

La revolución rusa ha creado los soviets. En ningún país burgués existen ni pueden existir instituciones estatales semejantes, y ninguna revolución socialista puede operar con otro poder que no sea éste. Los soviets de diputados obreros y soldados deben tomar el poder, pero no para implantar una república burguesa corriente ni para pasar directamente al socialismo. Eso es imposible. ¿Para qué, entonces? Deben tomar el poder para dar los primeros pasos concretos, que pueden y deben darse hacia esta transición.⁷

Pero, en el mes de abril, cuando Lenin redacta estas tesis, consideraba que aún era prematura la consigna "¡abajo el gobierno provisional!". Creía que "hay que derribar al gobierno provisional más no ahora". Sin embargo, subraya que "no hay que deslizarse al reformismo. No luchamos para ser vencidos, sino para salir vencedores. Y, en el peor de los casos, contamos con obtener un triunfo parcial. De salir derrotados, conseguiremos, a pesar de todo, un triunfo parcial. Conseguiremos reformas, y las reformas son un instrumento auxiliar de la lucha de clases".⁸

⁶"Las tareas del proletariado en la presente revolución", *ibid.*, pp. 47-48.

* Lenin tenía claro que habría que tomar como base para su táctica, la apreciación estricta de la situación objetiva. "¿Se entenderán los bolcheviques en el poder?", *Obras completas*, t. XXVI, p. 123.

⁷ "VII Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR [b]". *Obras escogidas*, t. II. pp. 96-97.

⁸ *Ibid.*, pp. 99-100.

El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, con una inmensa población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata la realización de transformaciones socialistas.

Pero sería un grave error si el proletariado renunciara a llevar a cabo su tarea de "explicar al pueblo la urgencia inaplazable de una serie de pasos prácticamente maduros hacia el socialismo".⁹

En abril-mayo, ocurre el primer gran cuestionamiento de la actuación del gobierno provisional, por parte del pueblo, lo que conduce a la caída del ministerio burgués y a la formación de un gobierno de coalición de la izquierda reformista (los mencheviques y eseristas). El poder de los soviets se va configurando cada vez más como una realidad indiscutible. Lenin observaba que no existe una sola clase que pueda oponerse al poder de los soviets. En Rusia, por condiciones excepcionales, puede desarrollarse pacíficamente esa revolución.

[. . .] Sólo hay en todo el mundo un país -y ese país es Rusia— que puede hoy, en el terreno de clase, contra los capitalistas, dar los pasos necesarios para poner fin a la guerra imperialista, sin necesidad de una revolución sangrienta, y, mientras subsista el soviet de diputados obreros y soldados, Rusia seguirá siendo el único país que puede hacer eso.¹⁰

(Esta posibilidad provenía del hecho de que las armas estaban en manos del pueblo libre de todo constreñimiento exterior: tal era el fondo de la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución una senda pacífica para su desarrollo.)¹¹

Después de haberse opuesto a que los bolcheviques realizaran una manifestación en pro del poder soviético, la mayoría reformista que aún controlaba los soviets convoca el 18 de junio a una gran manifestación. En ésta, los obreros y soldados levantan las consignas planteadas por los bolcheviques: ¡Todo el poder a los soviets! y ¡Abajo los diez ministros capitalistas! Lenin consideró esta fecha como "un día de viraje".¹² Viraje porque los bolcheviques comenzaban a afirmarse como la vanguardia de las masas y porque empezaba a quedar en claro que "la burguesía es, precisamente, la contrarrevolución".

⁹ Ibid., pp. 137-38.

¹⁰ "I Congreso de los soviets de diputados obreros y soldados", *ibid.*, pp. 170-73.

¹¹ "A propósito de las consignas", *ibid.*, p. 200.

El 3 de julio ocurre otra gran manifestación de masas. Esta manifestación fue el producto espontáneo de la revuelta del pueblo, frente a la incapacidad del gobierno provisional para cumplir sus promesas, lo que figuraba su traición a los anhelos de las masas. Inicialmente, los bolcheviques estuvieron en contra de esta manifestación, pues podría ser interpretada como una provocación y servir de pretexto a la represión burguesa. Sin embargo, no pudiendo evitarla, trataron de asumir su control: una característica típica de la táctica leninista.*

A partir de esta fecha, la burguesía, en pánico por el ascenso del movimiento popular, culpa a los bolcheviques de haber promovido un intento insurreccional frustrado; empieza una feroz represión contra ellos, buscando, de esta manera, crear las condiciones para generalizarla en seguida a toda la izquierda y liquidar, finalmente, el poder de los soviets. Lenin y otros dirigentes son acusados de ser agentes alemanes; él pasa a la clandestinidad y comienza a preparar al partido para enfrentar la dura vida clandestina y luchar, desde ahí, contra la contrarrevolución. Lenin escribe, entonces:

Las tres crisis (del 20 al 21 de abril; del 10 al 18 de junio, y del 3 y 4 de julio) vienen a revelarnos una forma nueva en la historia de nuestra revolución, de manifestaciones de un tipo más complejo, de movimientos por oleadas que suben velozmente y descienden de un modo súbito, que exacerban la revolución y la contrarrevolución y "barren", por un periodo más o menos largo, a los elementos moderados.

Por su forma, el movimiento tiene en las tres crisis el carácter de una manifestación. Una manifestación dirigida contra el gobierno: tal es, atendiéndose a la forma, la descripción más exacta de los acontecimientos.

Y, refutando la acusación de que los bolcheviques habían provocado la última crisis:

Ningún bolchevique del mundo sería capaz de provocar un movimiento popular, cuanto menos tres, si no concurrieran causas económicas y políticas muy profundas, que se encargan de poner en acción al proletariado.¹³

¹²"El dieciocho de junio", *ibid.*, p. 176.

* "El capitalismo sólo se derrumbará como consecuencia de una revolución que, en el curso de la lucha, despierte a las masas hasta entonces inactivas. Las explosiones espontáneas son inevitables a medida que la revolución madura. No hubo jamás revolución en la cual las cosas no sucedieran así, ni tampoco podrá haberla. [. . .] Pero los filisteos no pueden comprender que los comunistas consideren, con toda razón, que su deber es estar junto a las masas combatientes de los oprimidos y no con los héroes filisteos que se mantienen al margen de la lucha, esperando cobardemente. Los errores son inevitables cuando las masas luchan, pero los comunistas permanecen junto a las masas, ven esos errores, los explican a las masas, tratan de corregirlos y luchan persistentemente por el triunfo de la conciencia de clase sobre la espontaneidad." "Los héroes de la Internacional de Berna", *Obras completas*, t. XXXI, p. 265.

¹³ "Tres crisis", *Obras escogidas*, t. II, pp. 188-89.

En julio, pues, se configura una nueva situación coyuntural. A raíz de la nueva crisis, Kerensky asume facultades dictatoriales en el gobierno. Por su parte, los soviets, controlados por los reformistas, se muestran incapaces de llevar a la práctica una política proletaria. Lenin, cuyos análisis y consignas revelan una comprensión de la revolución en cada momento de la práctica política, cambia la orientación de la lucha:

De hecho, el poder estatal fundamental en Rusia es hoy una dictadura milita [. . .] Las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa se han desvanecido para siempre [. . .] La consigna ¡Todo el poder a los soviets! era la consigna adecuada a un desarrollo pacífico de la revolución, posible en abril, en mayo, en junio y aun hasta el 5-9 de julio, es decir, antes de que el poder pasara efectivamente a manos de la dictadura militar. Ahora, esa consigna ya no es justa, pues no toma en cuenta el cambio operado ni el hecho de que los eseristas y mencheviques han traicionado totalmente y de hecho a la revolución.

Plantea, entonces:

Nada de ilusiones acerca de un camino pacífico [. . .] hay que reunir fuerzas, reorganizarlas y prepararlas tenazmente para una insurrección armada, siempre que la evolución de la crisis permita hacerlo en una verdadera escala de masas, de todo el pueblo.¹⁴

2. EL VIRAJE HACIA LA INSURRECCIÓN ARMADA

Lenin lamentó la clausura del camino pacífico, pues era “el camino menos doloroso de todos”. Él había creído, hasta entonces, que “la pugna de las clases y los partidos dentro de los soviets, una vez que éstos se hubiesen hecho cargo a tiempo de todos los poderes del Estado, se habría desarrollado del modo más pacífico y menos doloroso”. Con todo, ahora, consideraba sin vacilaciones que “la senda del desarrollo pacífico de la revolución se nos ha cerrado. Ante nosotros se abre otra senda, no pacífica, la más dolorosa de todas”. Esto era así porque “el poder ha pasado, en el punto decisivo, a manos de la contrarrevolución”, lo que lo llevaba a la constatación de que “las masas revolucionarias del pueblo [. . .] vuelven la espalda a los partidos eseristas y mencheviques, que han traicionado la causa de la revolución”. En consecuencia, Lenin llamaba “a dar un giro a todas las campañas de agitación”, con el objeto de desenmascarar a la reacción burguesa y a los reformistas, seguro de que “bajo las circunstancias ‘normales’ del desarrollo capitalista, este proceso sería

¹⁴ ‘La situación política’, *ibid.*, pp. 193-95

muy largo y muy difícil, pero la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos aceleradores, un mes y hasta una semana pueden igualarse a un año entero”.¹⁵

Lenin se refugia en Finlandia, perseguido por Kerensky, y escribe su panfleto *El Estado y la revolución*, que contiene una exposición detallada y enriquecida de los fundamentos de la teoría marxista del Estado en el capitalismo y en un periodo de transición al comunismo. ¿Por qué Lenin se preocupa, en este momento, por precisar la concepción marxista sobre el Estado? Es que él entendía que sólo desde una perspectiva estratégico-táctica superior era posible precisar con todo rigor la orientación de las etapas inferiores de la lucha; vale decir, la lucha por la destrucción del Estado burgués y por la implantación de la dictadura del proletariado. De esta manera. Lenin se preocupaba por preparar plenamente a la vanguardia para las tareas inmediatas y para la construcción de la nueva sociedad que se avecinaba.

A fines de agosto, mientras Lenin se encontraba aún clandestinamente en Finlandia, ocurre el intento de golpe por parte de Kornílov. Es la oportunidad que tiene Lenin de demostrar el alto nivel de su capacidad táctica. Kornílov representaba los intereses más exacerbados de la derecha, era la amenaza más concreta de la contrarrevolución. Lenin propone entonces la consigna: “con el canalla Kerensky contra el canalla Kornílov” El “apoyo” a Kerensky fue dado “sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky”. Lenin se basaba en el hecho de que hay que tomar, en cuenta el momento: no vamos a derrocar a Kerensky en seguida, ahora encararemos de otra manera la tarea de luchar contra él, o más precisamente, haciendo ver al pueblo (que lucha contra Kornílov) la debilidad y las vacilaciones de Kerensky. También antes se hacía esto, pero ahora pasa a ser lo fundamental; en esto consiste el cambio¹⁶ de la forma de lucha contra Kerensky. Ésta fue una cabal demostración de la flexibilidad de la táctica leninista, de su capacidad para adaptarse a cada nueva situación y proponer la forma de superarla. Ésta ha sido, sin duda, una de las revelaciones más cabales de la esencia táctica del leninismo. Luego, una vez derrotado el intento golpista de Kornílov -por la agitación bolchevique, que convenció a las tropas de no plegarse al golpe-, Lenin pensó que aún existía la remota posibilidad de retomar el camino pacífico. Pensó, por un momento, en la viabilidad de un compromiso con los reformistas, para que ellos asumiesen el gobierno, lo que podría garantizar la libre actuación de los bolcheviques. Esto podría garantizar muy probablemente un movimiento pacífico de avance de toda la revolución rusa y ofrecería extraordinarias probabilidades de que el movimiento mundial se adelanta a grandes pasos hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo.

¹⁵ “A propósito de las consignas”, cit., pp. 201 y 205.

¹⁶ “Al comité central del POSDR (b)”, Obras escogidas, t. II, p. 226

Este último aspecto siempre fue contemplado por Lenin como un elemento esencial de la victoria del socialismo en Rusia. Sólo en nombre de este desarrollo pacífico de la revolución, posibilidad extraordinariamente rara en la historia y extraordinariamente valiosa, exclusivamente rara, sólo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios, aceptar tales compromisos.

Estos planteamientos de Lenin son de suma relevancia para comprender la posición marxista sobre la forma pacífica o insurreccional, de una revolución. No existe una posición de principio en cuanto a la vía a seguir. Ésta es determinada en función de las condiciones objetivas que se generan en un proceso histórico dado. Ahora bien, Lenin insiste en que, si hay una posibilidad de conducir a la victoria de la revolución ahorrándose la insurrección, "aunque no sea más que una probabilidad sobre cien, valdría la pena intentarlo". Lenin no manejaba dogmas, sino posibilidades que emergían de situaciones concretas y específicas. Y, en función de esta posibilidad "extraordinariamente valiosa", propone un compromiso con la pequeña burguesía reformista. También en este aspecto Lenin da una gran lección de táctica política, cuando explica que no tiene sentido renunciar a cualquier compromiso con otras clases, sino saber contraerlos sin violar los principios de su clase.¹⁷

Sin embargo, no existía viabilidad en la sociedad rusa para que se cumplieran estos proyectos de Lenin. Los reformistas seguían aliándose a la burguesía; la fuerza de los bolcheviques, a partir de la derrota de Kornílov, crecía de manera incuestionable y se transformaban en la mayoría dentro de los soviets: por último, "una catástrofe de proporciones sin precedentes, el hambre" amenazaban con hundir el país en el caos. Esa catástrofe sólo podría ser conjurada mediante una serie de medidas de carácter económico y social, que suponían que el poder político estuviera hegemónicamente en manos de la clase obrera (cf. "La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla"). Lenin, después de analizar rigurosamente la necesidad de que la vanguardia tomara y mantuviera el poder (cf. "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?"), pasa entonces a proponer a su partido, con todas sus fuerzas y con el máximo de insistencia, la realización de la insurrección. A partir del momento en que los bolcheviques ganaron la mayoría en los soviets, "la consigna de todo el poder a los soviets! es la consigna de la insurrección".¹⁸

¹⁷"Acerca de los compromisos", *ibid.*, pp. 229-31.

¹⁸"Carta a los camaradas bolcheviques", *ibid.*, t. II, p. 461.

Lenin analiza minuciosamente todas las medidas que debería tomar el nuevo Estado y que aún eran tareas típicas del capitalismo de Estado. Pero éste es la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio [. . .] El curso objetivo del desarrollo es tal que no hay posibilidad de dar un paso de avance partiendo de los monopolios (cuyo número, papel e importancia ha venido a duplicar la guerra), sin caminar hacia el socialismo.

De esta manera Lenin refuta a los reformistas, como Plejánov, Dan y Chernov, que alegan “que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede ‘implantar’ el socialismo, etcétera, etcétera”. Lenin demuestra que, si bien las tareas esenciales que tenía que cumplir de inmediato la revolución no eran aún socialistas, el carácter de la revolución sí era socialista, pues “es imposible avanzar sin caminar hacia el socialismo, sin dar pasos hacia él

[. . .] El socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado puesto al servicio de todo el pueblo y, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista”.¹⁹

Lenin demuestra, teóricamente, y por anticipado (pues a partir de octubre la realidad confirmaría sus tesis), cómo, dialécticamente, es superada la etapa democrática por la socialista; cómo las tareas democráticas inconclusas deben ser cumplidas en el contexto de la revolución proletaria; cómo debe transcurrir el agotamiento de las medidas democráticas en el contexto de una revolución socialista, que se define como tal por la existencia de la hegemonía del poder en manos del proletariado.

El socialismo surge, en la revolución rusa, como una necesidad histórica para superar la crisis política, económica y social. Lenin podía demostrar científicamente la necesidad y la posibilidad del socialismo, pero su gestación, por medio de la insurrección, era más bien un arte, y “hay que tratarla como a tal”. Por esto Lenin define, entonces, los requisitos indispensables para el triunfo de una insurrección: no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase avanzada. Esto en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. En tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje, en la historia de la revolución en ascenso, en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los aliados débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian al marxismo del blanquismo.²⁰

¹⁹“La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”, Ibid., t. II, pp. 245,276

²⁰ “El marxismo y la insurrección”, ibid., t. II, pp. 393 y 395.

En septiembre-octubre de 1917, en Rusia, todas estas condiciones existían y, por eso, Lenin afirmaba: “nuestro triunfo es seguro”.

Esta convicción irreductible de Lenin fue uno de los factores fundamentales del éxito de la revolución bolchevique. Su actitud fue definitiva para aplastar las vacilaciones que existían en el interior del partido. Bolcheviques como Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Noguín y Miliutin se oponían a la insurrección, con el argumento de que era demasiado arriesgada, de que se iban a aislar, etcétera. Recordando posteriormente esos días, Lenin comenta:

El conflicto llegó a tal punto que los camaradas nombrados se retiraron ostentadamente de todos los puestos de responsabilidad del trabajo del partido y de los soviets, para gran alegría de los enemigos de la revolución soviética. Las cosas llegaron hasta una polémica sumamente enconada en la prensa del CC de nuestro partido, con quienes habían renunciado. [. . .] No es difícil comprender por qué ocurrió eso. En vísperas de una revolución y en momentos de la más encarnizada lucha por la victoria, las menores vacilaciones dentro del partido pueden malograrlo todo, hacer fracasar la revolución, arrancar el poder de manos del proletariado, pues este poder no es sólido todavía, pues los ataques contra él son aún demasiado fuertes. Si en tales momentos los líderes vacilantes se alejan, eso no debilita sino que refuerza, tanto al partido, como al movimiento obrero y a la revolución.²¹

La fuerza de la convicción de Lenin, aunada a su extraordinaria autoridad política en el partido, hizo que sus tesis prevalecieran. La importancia definitiva de su actuación para hacer la revolución ha llevado a muchos (Trotsky, por ejemplo) a tender a sobrevalorar este factor, dejando en un segundo plano factores de importancia crucial como la organización partidaria y la iniciativa de las masas. Lenin, por su parte, si bien supo siempre valorar debidamente la importancia de los jefes, supo sin embargo comprender que el triunfo de una revolución sólo es posible cuando convergen un conjunto de elementos, sin los cuales las vanguardias no pueden suponer el viraje de la historia. Sólo cuando se dispone del apoyo de masas y de la organización capaz de conducirlos, están dadas las condiciones fundamentales para el ejercicio de la dirección revolucionaria. Lenin tuvo conciencia de que estas condiciones existían ya en septiembre de 1917 y de que, combinadas con la catastrófica crisis económica y social, hacían posible el triunfo. Con esta confianza en la victoria, Lenin elabora el plan militar insurreccional que será, en lo fundamental, ejecutado bajo la dirección del Consejo Militar Revolucionario, creado por el soviet de Petrogrado e impulsado por Trotsky, en la noche del 24 al 25 de

²¹"Sobre la lucha en el Partido Socialista Italiano", Obras completas, t. XXXIV, p. 85.

octubre. Lenin preconizó la toma del poder por la vía insurreccional desde que comprendió que se había cancelado la posibilidad del triunfo pacífico. En los días previos a este viraje, él decía:

“Es preciso que movilizemos a los obreros armados, haciéndoles un llamamiento para que se lancen a una lucha desesperada, a la lucha final [...]”.²²

Aun así, Lenin creía entonces que “la victoria está asegurada, existiendo el noventa por ciento de posibilidad de conseguirla sin derramamiento de sangre”.²³ Desde ese punto de vista, cuanto más decidida estuviera la clase obrera a triunfar, y cuanto más preparada se mostrara, menores posibilidades tendría la contrarrevolución de reaccionar. Lenin sabía muy bien que “en la historia no ha habido ni una sola gran revolución que se haya desarrollado sin guerra civil”.²⁴ No alimentaba, pues, ilusiones en cuanto a la posibilidad de evitar una dura guerra de clases; solamente consideraba que la toma del poder podría ser lograda rápidamente y con un pequeño saldo de pérdida de vidas. Y de hecho fue así. La insurrección final se consumó en una noche - técnicamente fue un golpe de Estado-; enseguida, la contrarrevolución provocó una penosa y sangrienta guerra civil, que se extendió por más de dos años.

3. TESIS LENINISTA SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1917

Primera tesis: la revolución rusa de 1917 tuvo dos tapas : la etapa democrático-burguesa en febrero-marzo y la etapa socialista en octubre. En la primera etapa, se verificó el paso del poder a la burguesía, en la medida en que la nobleza feudal y los terratenientes habían perdido control. Esto es lo que define a la revolución de febrero-marzo, tanto en el sentido estrictamente científico como práctico.

Segunda tesis: al lado del gobierno provisional, se constituye inmediatamente otro poder: el poder de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, conformando así una dualidad de poderes.

Según Lenin, los soviets realizaban, en la primera etapa revolucionaria de 1917, la “dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado”, que él había preconizado en 1905, pero la realizaban en forma especial y sólo hasta cierto punto.

²² “El marxismo y la insurrección”, cit., p. 398.

²³ “Carta del CC a los comités de Moscú”, Obras escogidas, t. II, p. 453.

²⁴ “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”, ibid., t. I, p. 435.

“Nuestras tesis fueron confirmadas, pero no esquemáticamente [...]”. Hay que tener en cuenta que “la realidad viva es bicolor”. Estas consideraciones de Lenin, doce años después de los acontecimientos de 1905, indican que él seguía conforme con las tesis expuestas en *Dos tácticas de la socialdemocracia en Rusia*, y muestran también la coherencia de su análisis, unida a la flexibilidad de su razonamiento para enfrentarse a los cambios de matices que presentaban las nuevas circunstancias. Tercera tesis: los soviets representaban un gobierno tipo Comuna, por cuanto tenían un predominio proletario.

La tarea más importante, en la primera etapa de la revolución de 1917, era separar a los elementos proletarios, comunistas, de los pequeñoburgueses, porque éstos se vuelven chovinistas (lo que se expresa en su posición frente a la guerra) y tienden a ir a la zaga de la burguesía. Lenin reconocía que en los soviets había un predominio ideológico de la pequeña burguesía y que era preciso liquidarlo. Planteaba, entonces, la necesidad de luchar a la vez contra el reformismo y el oportunismo, y por el socialismo, como condición previa para la victoria.

El poder proletario, expresado a través de los soviets, coexistía en lucha con el poder burgués, representado por el gobierno provisional. Había pues que liquidar la dualidad de poderes en favor del proletariado, en función del socialismo.

Cuarta tesis: ¿cuál debía ser la actitud del proletariado? Esta pregunta la hacía Lenin en marzo de 1917. El proletariado no podía proponerse realizar de inmediato las transformaciones socialistas; pero no podía tampoco apoyar a la burguesía ni limitarse al marco que planteaba la pequeña burguesía. Su actitud debía ser: asumir su papel dirigente y explicar al pueblo los pasos que habían de darse hacia el socialismo, para los cuales las condiciones ya estaban prácticamente maduras. (1917 correspondía a una etapa de lucha de clases cualitativamente distinta de la de 1905, especialmente por algunos factores como la profundización de la revolución burguesa en febrero-marzo, el papel que el proletariado había desempeñado en ésta, y, en especial, la maduración de su organización y conciencia revolucionaria, lo que creaba las condiciones para acortar la distancia entre la etapa burguesa y la capitalista.)

¿Cuáles eran estas tareas para cuya ejecución ya existían condiciones “prácticamente maduras” en la sociedad rusa de 1917? Estas tareas eran aún de carácter democrático-burgués, eran “medidas económicas maduras”, tales como la nacionalización de la tierra sin indemnización y a través de confiscaciones; la nacionalización de la banca, instituciones de seguros y consorcios más importantes (azúcar, carbón, metalúrgicos); y un sistema más justo de impuestos sobre la renta y la riqueza. Tales medidas golpearían a la propiedad privada

y aumentarían la influencia del proletariado sobre la sociedad. Estas transformaciones no podrían hacerse por la vía burocrática, sino con la participación voluntaria de las masas proletarias y campesinas, organizadas y armadas, para lograr la regulación de su propia economía.

Quinta tesis: lo antes propuesto podía cumplirse debido a la situación excepcional creada por la guerra; ésta había generado una situación de crisis catastrófica, de ruina económica, frente a la cual el proletariado tenía que presentar una alternativa práctica. Y a través de estas medidas. Rusia podría meter un pie en el socialismo.

¿Qué es lo que significa este planteamiento, de acuerdo a la concepción leninista? Significa que es necesario llevar hasta las últimas consecuencias las tareas burguesas. Queda definitivamente claro que Lenin tenía razón cuando decía que lo que él había planteado en 1905, se concretó en 1917, y que, como lo previó, se iban generando nuevas formas de lucha en un nivel más avanzado. Y ahora sí, en las nuevas condiciones, el proletariado tenía que plantearse no sólo completar la revolución burguesa, sino además instaurar el socialismo.

Sexta tesis: "Todo el poder a los soviets". Esta consigna adquiere todo su sentido revolucionario a partir del momento en que la vanguardia proletaria alcanza la hegemonía dentro de los soviets. La vanguardia logra su hegemonía y crece hasta llegar a que el partido bolchevique sea mayoría en el interior de los soviets; se liquida el control ideológico que sobre ellos ejercía la pequeña burguesía. "Todo el poder a los soviets" pasa entonces a significar la instauración de la dictadura del proletariado.

Séptima tesis: ¿cuáles serían, a partir de entonces, las tareas del proletariado?

a) Llevar hasta el fin las tareas democrático-burguesas y, a la vez, dirigir la producción y dar principio a las medidas socialistas. Las tareas democrático-burguesas son cumplidas ya en el contexto de una revolución socialista, porque ha sido destruido el poder estatal burgués y el nuevo poder es ejercido por los soviets, bajo la dictadura del proletariado. La revolución de octubre "no dejó piedra sobre piedra del viejo poder estatal". En este sentido es que se define rigurosamente la revolución de octubre como socialista, aunque tenga que cumplir tareas burguesas inconclusas. Las tareas ya directamente socialistas se expresan fundamentalmente en el paso del control obrero, en las empresas. a la dirección obrera.*

*Respecto del contenido democrático-burgués de la revolución, Lenin lo explicita así: "Los marxistas deben comprender qué significa esto. Para explicarlo tomemos unos cuantos ejemplos claros. "El contenido democrático-burgués de la revolución significa que las relaciones sociales (el sistema, las instituciones) del país están limpias de medievalismo, de servidumbre, de feudalismo. "¿Cuáles eran las principales manifestaciones, supervivencias, vestigios de la servidumbre en Rusia hasta 1917? La monarquía, los estamentos, la propiedad terrateniente y el usufructo de la tierra, la situación de la mujer, la religión y la opresión de las nacionalidades. Tomen ustedes cualquiera de estos 'establos de Augías' -que, dicho sea de paso, han dejado en gran parte sin limpiar todos los Estados avanzados al llevar a cabo sus revoluciones democrático-burguesas hace 125, 250 o más años (Inglaterra en 1649)- tomen cualquiera de estos 'establos de Augías' y verán que nosotros los hemos limpiado a fondo.

b) Aplastar la resistencia de la reacción burguesa. Lenin llamaba la atención sobre un hecho crucial; “los explotadores están derrotados, pero no aniquilados”. Mientras perdurase esta situación existía el riesgo de contrarrevolución.

c) Dirigirá los elementos vacilantes. El proletariado toma el poder neutralizando a los sectores vacilantes (especialmente la pequeña burguesía). Sólo a partir de allí trata de ganárselos, a través de medidas prácticas que los beneficien y que pueden ser tomadas mediante la expropiación de los explotadores. Lenin critica la concepción pequeñoburguesa de que es necesario ganar primero a las mayorías, a través del sufragio universal y de elecciones: las mayorías se ganan con el poder en la mano, utilizándolo. Los casos contrarios son excepciones rarísimas.

Octava tesis: ¿por qué pudo triunfar el proletariado ruso? Porque el proletariado era mayoría en los soviets, era la fuerza fundamental en las ciudades, cuyo control era decisivo para el triunfo de la revolución, especialmente Petrogrado y Moscú; por la dirección que ejerció sobre él el partido de vanguardia, el partido bolchevique, que llegó a representar a la mayoría de la clase; por la experiencia de lucha adquirida por el proletariado a partir de 1905, que fue un “ensayo general para 1917”; por la “superioridad de fuerzas en momentos y en lugares decisivos”, es decir, debido a la existencia de “fuerzas de choque” proletarias armadas que podían garantizar la toma del poder; y en especial debido a la escisión del ejército zarista, lo que garantizaba a los bolcheviques el control casi mayoritario del ejército (esto se expresaba en las votaciones de los soviets de soldados) y posibilitaba el control de los frentes más importantes; finalmente, el proletariado ruso pudo triunfar porque fue capaz de utilizar la guerra imperialista contra la dominación burguesa. Éstas fueron las tesis fundamentales de Lenin para explicar las dos etapas revolucionarias del año 1917.

En unas diez semanas, desde el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 hasta que fue disuelta la Constituyente (5 de enero de 1918), hemos hecho en este terreno mil veces más que los liberales y demócratas burgueses (kadetes) y los demócratas pequeñoburgueses (mencheviques y eseristas) en los ocho meses que estuvieron en el poder”. “Ante el IV Aniversario de la Revolución de Octubre”, Obras completas, t. xxxv, p. 486.

X. Las condiciones políticas y materiales, el triunfo de las revoluciones de octubre vistas por Lenin

No hay por qué ocultar que había entre nosotros muchos de estos soñadores, ni hay nada particularmente malo en eso; ¿Cómo se podía haber iniciado una revolución socialista en un país como el nuestro sin soñadores?

“X Congreso del PC(b)R”, *Obras completas*, t. xxxv, p. 59.

La revolución de octubre triunfó como resultado de la fusión de una amplia serie de factores, objetivos y subjetivos, que la hicieron posible. Existen incontables análisis y referencias de Lenin a ese respecto que están, por lo general, dispersas a lo largo de su obra, en discursos, artículos y conferencias. Si bien es cierto que muchas veces Lenin trató de sintetizar las condiciones que a su juicio fueron las más relevantes, en el sentido de posibilitar la revolución, en otras oportunidades él agregaba nuevos elementos que sin duda tuvieron una importancia crucial. Por eso, hemos tratado de auscultar el total de su obra posterior a la toma del poder, y nos hemos esforzado por articular, en un conjunto integrado, todos los factores que en el curso de su vida él fue revelando como esenciales para la comprensión del éxito de octubre. Es decir, para comprender la toma del poder, su conservación y el comienzo de la construcción del socialismo. Trataremos de agrupar los elementos fundamentales del triunfo en cinco grandes grupos de factores, de la siguiente manera: la base material para la revolución socialista; las condiciones provenientes de la situación internacional; la crisis estructural de la sociedad rusa (crisis económica, política y social, y particularmente la crisis del Estado ruso, resultante de la revolución de febrero y de la formación de un poder dual); la crisis coyuntural y la situación revolucionaria; el papel de las masas y de la vanguardia.

El lector se percatará de que muchos de los factores esenciales que posibilitan la toma del poder, son al mismo tiempo factores para conservarlo.

Vamos a empezar esta exposición del pensamiento leninista, reproduciendo una síntesis de los factores del triunfo, escrita por él en 1919. En seguida, abordaremos la exposición de cada uno de los cinco grupos de factores destacados arriba.

1. UNA VISIÓN DE CONJUNTO

Dicen ustedes que para construir el socialismo hace falta civilización. Muy bien. Pero ¿entonces por qué no podíamos crear primero tales prerequisites de civilización en nuestro país, como la expulsión de los terratenientes y los capitalistas rusos, y después iniciar el movimiento hacia el socialismo?; En qué libros han leído que es inadmisibles o imposibles semejantes variaciones del habitual orden de sucesión histórica de los acontecimientos?

Lenin, "Nuestra revolución", *Obras completas*, t. XXXVI, p. 507.

La revolución triunfó, en primer lugar, debido al "atraso político de la monarquía zarista", lo que dio una fuerza desusada a la acometida revolucionaria de masas. En segundo lugar, porque el atraso de Rusia fusionó de un modo peculiar la revolución proletaria contra la burguesía con la revolución campesina contra los terratenientes [. . .] En tercer lugar, la revolución de 1905 ayudó muchísimo a la educación política de las masas obreras y campesinas, porque familiarizó a su vanguardia con la "última palabra" del socialismo de Occidente y también a causa de la acción revolucionaria de las masas [. . .] En cuarto lugar, las condiciones geográficas de Rusia le permitieron sostenerse más tiempo que otros países frente a la superioridad militar de los países capitalistas adelantados. En quinto lugar, la peculiar actitud del proletariado hacia los campesinos facilitó la transición de la revolución burguesa a la revolución socialista, facilitó la influencia de los proletarios de la ciudad sobre los sectores semiproletarios, más pobres, de los trabajadores del campo. En sexto lugar, la gran escuela de la lucha huelguística y la experiencia del movimiento obrero de masas en Europa facilitaron la aparición, en una situación revolucionaria profunda y rápidamente agudizada, de una forma de organización revolucionaria del proletariado tan singular como los soviets. Esta enumeración, claro está, es incompleta. Pero por el momento basta.¹

De la síntesis que hace Lenin es preciso destacar un elemento importante, las condiciones geográficas de Rusia, que no volveremos a mencionar posteriormente. Éstas, más de una vez, habían sido un factor determinante en las victorias militares rusas. Acordémonos por ejemplo de las vicisitudes de los ejércitos invasores de

¹ "La Tercera Internacional y su lugar en la Historia", *Obras completas*, t. XXXI, pp. 179-80.

Napoleón, en el inhóspito territorio del imperio zarista. Lenin siempre comprendió la importancia de este elemento geográfico y lo supo explotar muy bien. Una demostración de esto fue la transferencia del gobierno, meses después del triunfo, de Leningrado a Moscú, pues él creía que si Pedro el Grande tenía sus razones para aproximarse a Europa Occidental, los bolcheviques tenían, al contrario buenos motivos para apartarse de ella.

En esta síntesis que hemos reproducido, Lenin, si bien menciona muchos de los factores más relevantes del triunfo, deja de lado otros que son, igualmente, de importancia definitiva, como es el caso, por ejemplo, del papel del partido, de la vanguardia. Esperamos que las referencias que haremos enseguida a los análisis dispersos de Lenin ayuden al lector a captar el conjunto de su interpretación.

Queremos destacar otro argumento básico que esgrime Lenin: el “atraso político de la monarquía zarista”. Antes y después de la revolución, en polémica con los reformistas de la II Internacional, él buscaba desenmascarar el argumento falaz de que Rusia no estaba madura ni económica ni políticamente para el socialismo, porque no existían las premisas materiales objetivas para este sistema. En el mes de septiembre de 1917, en su [texto](#) “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”; Lenin presenta varios argumentos para fundamentar la viabilidad de la revolución socialista. Él entendía, entonces, que aun cuando Rusia no era el país que reunía de manera más categórica todas las condiciones materiales para el socialismo, comparándola con otros países más desarrollados de Europa occidental, a pesar de su atraso reunía las condiciones materiales, políticas necesarias para la revolución proletaria. Y estas condiciones estaban dadas por un conjunto de factores y circunstancias especialísimas, que paradójicamente hacían del atraso ruso un elemento revolucionario. Expondremos luego sus reflexiones respecto de estas condiciones especiales. Sin embargo, al final de su vida, en sus últimas reflexiones sobre la posibilidad de la revolución. Lenin esboza una consideración que es trascendental para comprender no solamente la especialísima revolución rusa, sino varias de las revoluciones que la han sucedido y que la sucederán:

¿Por qué entonces, si para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado “nivel cultural”, pues es diferente en cada país de Europa occidental), no podemos comenzar por las conquistas en forma revolucionaria, de los prerrequisitos para ese determinado nivel de cultura, y después, con ayuda del poder obrero y campesino y del sistema soviético, pasar a alcanzar a las demás naciones?²

² “Nuestra revolución”, *ibid.*, p. 507

Así se hizo en la Rusia de Lenin y en todas las revoluciones posteriores puesto que ninguna de ellas, ha triunfado hasta hoy en un país capitalista desarrollado. Por cierto, los reformistas de la época de la II Internacional, como los reformistas de todas las épocas, estaban incapacitados para comprender las nuevas condiciones y situaciones generadas por la etapa imperialista, de decadencia general del capitalismo, que empezó a manifestarse plenamente a partir de la primera guerra mundial y de la revolución de octubre. Ellos no podían comprender las nuevas posibilidades revolucionarias que se gestaban en los países cuyo desarrollo de las fuerzas productivas era precario, debido precisamente a la explotación imperialista. El socialismo, para estos países, venía a ser una necesidad histórica; la posibilidad de creación de las premisas materiales para el progreso y la civilización, en sentido amplio. Lenin, en cambio, lo comprendió de manera aguda al criticar a los reformistas diciendo que hasta ahora han visto un camino determinado de desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa en Europa occidental, y no están en condiciones de concebir que este camino puede ser tomado como modelo sólo mutatis mutatis, sólo con ciertas correcciones (por completo insignificantes desde el punto de vista del desarrollo general de la historia mundial).³

Esto significa que Lenin no veía en el desarrollo capitalista del tipo europeo un modelo de proyección universal, sino más bien particular, y percibía por tanto la dificultad de que los países dependientes siguieran ese mismo recorrido. El pensamiento leninista tiene como característica básica el ser un pensamiento profundamente creador; de ahí que, como hemos hecho notar reiteradamente, siempre está presente en él la exigencia para hacer un análisis concreto de cada situación concreta.

2. LA BASE MATERIAL PARA LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

[. ...] cuanto más importantes sean las victorias revolucionarias que se obtengan en determinadas condiciones, tanto mayor será el peligro de dejarse seducir por tales victorias si no se reflexiona fría, tranquila y atentamente sobre las condiciones que las hicieron posibles.

Lenin, *Obras completas*, t. xxx, p. 399.

³ Ibid., p. 505.

Desde sus "Tesis de Abril", de 1917, Lenin había planteado la necesidad de que la revolución superara la etapa democrático-burguesa y avanzara hacia el socialismo, aunque tenía claro que para lograr este avance cualitativo era necesario crear las condiciones políticas adecuadas. Naturalmente, él tenía presente que para la instauración del socialismo eran precisos varios pasos, etapas intermedias; éstas fueron contempladas, programáticamente en las "Tesis de Abril". Cuando, en el mes de septiembre, Lenin advirtió que estaban dadas todas las condiciones indispensables para la toma del poder, trató de demostrar los fundamentos básicos de su apreciación. En su trabajo "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?", trata de refutar minuciosamente los argumentos reformistas respecto a la inviabilidad de la toma y conservación del poder, El eje central de la articulación de sus ideas reside en esta apreciación sobre las condiciones materiales y políticas:

Por sí sola, la justicia, el sentimiento de las masas sublevadas por la explotación, no las habría traído jamás a la senda certera del socialismo. Pero una vez que, gracias al capitalismo, se ha formado el aparato material de los grandes bancos, de los consorcios, de los ferrocarriles, etcétera; una vez que la experiencia sumamente rica de los países avanzados ha acumulado las reservas de las maravillas de la técnica, cuya aplicación tropieza con las trabas del capitalismo; una vez que los obreros conscientes han forjado un partido de un cuarto de millón de militantes para tomar en sus manos de una manera sistemática ese aparato y ponerlo en marcha, con el apoyo de todos los trabajadores y explotados; una vez que existen todas estas condiciones previas, no habrá en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, si no se dejan amedrentar y saben adueñarse del poder, se sostengan en él hasta el triunfo de la revolución socialista mundial.⁴

Como vemos, Lenin destaca la existencia de las premisas materiales que, junto con las políticas, son el cimiento sobre el cual se yerguen y expanden las condiciones para el triunfo revolucionario. De esta manera Lenin rescata, para orientar la actuación política práctica, una enseñanza fundamental del análisis marxista que es la condición clave para una revolución social: la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Lenin tiene muy presente que esta contradicción sólo madura, y crea las premisas materiales para el socialismo, a partir de un nivel avanzado de desarrollo tecnológico. Sin embargo, este nivel había sido logrado por el capitalismo en escala internacional y Lenin estaba seguro de que, con el triunfo de la revolución en Europa, Rusia que ya tenía un suficiente desarrollo interno de sus fuerzas productivas -pese a que coexistía con un enorme atraso, concentrado en sectores precapitalistas- podría con la ayuda de la revolución en países más desarrollados, incorporar el desarrollo de las fuerzas productivas en escala internacional.

⁴"¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?", ibid., t. XXVI, pp.117-18. Todos los subrayados de las citas son de Lenin.

Lenin tenía muy claro, e insistirá en esto posteriormente, que el socialismo es: poder soviético más electrificación; vale decir, dictadura del proletariado y desarrollo de las fuerzas productivas, dominio del hombre sobre la naturaleza para someterla a sus propios fines. Él sabía que la escasez, producto del atraso científico y tecnológico, era un obstáculo que tenía necesariamente que superar el Estado obrero, para abrir paso a una organización económico-social superior, socialista. Sabía también que, en la época del imperialismo, ya se había logrado un importante desarrollo en varios países, y que la crisis general de este sistema, expresada por ejemplo en la guerra, planteaba la necesidad de la revolución en escala mundial. El surgimiento de un nuevo sistema internacional, basado en la alianza fraternal de países socialistas, crearía las condiciones para llevar adelante el desarrollo que el capitalismo había empezado a promover.* En este nuevo contexto, países como Rusia encontrarían las condiciones de revolucionar su estructura productiva, superando su atraso. Este razonamiento revela la manera leninista de abordar el problema:

Todos sabemos -por lo menos quienes estamos en el terreno de la ciencia y el socialismo- que dicha tarea sólo puede cumplirse cuando y en la medida en que el capitalismo internacional haya desarrollado las premisas técnicas y materiales para un trabajo de dimensiones enormes y basado en la ciencia, y por lo tanto en la preparación de un enorme número de especialistas científicamente educados. Sabemos que sin esto el socialismo es imposible.⁵

En su Proyecto de programas del PC(b)R, Lenin destaca cómo el desarrollo tecnológico en la sociedad burguesa, pese a que engendra mayor riqueza, acentúa la desigualdad social, agudizando las contradicciones entre explotadores y explotados:

Y al mismo tiempo, el perfeccionamiento de la técnica, al concentrar los medios de producción y circulación, y al socializar el proceso del trabajo en las empresas capitalistas, va creando con rapidez cada vez mayor la posibilidad material de sustituir las relaciones de producción capitalistas por las comunistas, es decir, la posibilidad de la revolución social.⁶

*Un cierto desarrollo tecnológico nacional se hacía particularmente imperioso en el caso de la primera revolución socialista. Con la consolidación de ésta, con el pujante desarrollo de la primera economía socialista, el internacionalismo proletario crea las condiciones de triunfo y supervivencia de revoluciones que luego avanzan al socialismo, en países donde el desarrollo económico y cultural es aún precario, como es el caso de varias de las repúblicas populares, de China, Corea, Vietnam, Cuba, y especialmente las repúblicas populares de África, como por ejemplo Angola y Mozambique.

⁵"Discurso a los consejos de economía nacional", Obras completas, t. XXIX, p. 170.

⁶ "Proyecto de Programa del PC(b)R", ibid., t. XXX, pp. 441-42.

Ahora bien, pese a que en Rusia ya existía un desarrollo capitalista relativamente importante, concentrado sobre todo en las dos capitales (Petrogrado y Moscú) y que, debido a eso, el proletariado podía afirmar su fuerza política, este desarrollo era, sin embargo, más limitado que el de los países de Europa occidental. Había, pues, una “falta de correspondencia” entre el desarrollo económico y el político, y ése era el principal argumento de los reformistas -tanto rusos como de la II Internacional- para cuestionar la viabilidad del socialismo en Rusia. Lenin y los bolcheviques sabían muy bien que, a pesar de las limitaciones del desarrollo ruso -comparados, por ejemplo, con el de Inglaterra, Francia y Alemania-, el proletariado soviético, y es importante insistir en esto, podía tomar el poder y mantenerse en él hasta que la revolución estallara en otros países de Europa. Lenin afirmaba:

sería un error irreparable declarar que en vista de que hay una falta de correspondencia entre nuestras “fuerzas” económicas y nuestra fuerza política, “por consiguiente” no se debió haber tomado el poder. Así argumentan los “hombres infundados”, que olvidan que siempre habrá tal “falta de correspondencia” que siempre existe en el desarrollo de la naturaleza y en el desarrollo de la sociedad, y que solamente por medio de una serie de tentativas -cada una de las cuales, tomada por separado, será unilateral y adolecerá de ciertas inconsecuencias- se creará el socialismo integral, producto de la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países.⁷

Es decir, Lenin resuelve el problema de la “falta de correspondencia” por la vía de la revolución mundial. Ésta había empezado justamente en el eslabón más débil del sistema imperialista, en donde sus contradicciones se habían agudizado de manera más radical. ¿Cómo explicar el hecho de que Rusia se presentara como el eslabón más débil? Porque el capitalismo mundial vivía una profunda crisis que era un síntoma del comienzo de su irreversible proceso de decadencia. En tal situación, un país como Rusia, que se situaba en un nivel más bien de potencia capitalista de desarrollo intermedio, debido a los importantes resabios de modos de producción precapitalistas, podría beneficiarse de su atraso y ser la pionera de la revolución socialista. Esta consideración de Lenin es sumamente importante para ilustrar su concepción del triunfo de la revolución rusa como ruptura del sistema internacional en uno de sus eslabones más débiles:

La tarea de nuestro partido es derrocar el yugo del capitalismo; y esto sólo puede ocurrir por medio de la revolución internacional. Pero, camaradas, ustedes deben tener conciencia de que las revoluciones no se hacen por encargo. Comprendemos que en la República rusa se dieron las condiciones para que la clase obrera rusa haya sido la primera en lograr el derrocamiento del yugo del capital y la burguesía, y comprendemos que no lo ha logrado por ser más desarrollada y perfecta, sino porque nuestro país es sumamente atrasado.⁸

⁷ “Infantilismo ‘de izquierda’ y la mentalidad pequeñoburguesa”, *ibid.*, t. XXIX, p.99.

⁸ “Discurso pronunciado en el mitin del Club de Sokolniki”, *ibid.*, t. XXIX, p. 217.

Esta interpretación será reafirmada en muchas otras oportunidades, por Lenin:

Sabemos que en los primeros días de la revolución rusa el poder cayó en manos de gente que decía toda clase de palabras, pero que guardaba en los bolsillos los viejos tratados zaristas. Si en Rusia el viraje de los partidos hacia la izquierda fue más rápido, ello se debió al maldito régimen anterior a la revolución y a nuestra revolución de 1905. En cambio en Europa, donde domina un capitalismo astuto y calculador, que dispone de una organización poderosa y armónica, los vapores del nacionalismo desaparecen más lentamente.⁹

Es preciso llamar la atención sobre el complejo razonamiento dialéctico de Lenin. Por una parte, muestra cómo el desarrollo de las fuerzas productivas ya había alcanzado el grado mínimo que permitía el triunfo de la revolución; por otra parte, destaca cómo el débil desarrollo de la burguesía rusa le impedía oponerse al avance revolucionario del proletariado. En este sentido, el atraso se convierte en una premisa de la revolución.

Lenin sabía no obstante que esta ventaja relativa de Rusia, que radicaba justamente en su atraso, había hecho mucho más fácil la tarea de tomar el poder que la de mantenerlo; en cambio, en los países de Europa occidental, sería más difícil tomarlo -debido a la existencia de un capitalismo más sólido, más "astuto y calculador"- pero más fácil mantenerlo. Estos países disponían ya de premisas materiales más desarrolladas para la construcción del socialismo. En parte, el atraso ruso es atribuido por Lenin a las características de importantes sectores de las clases dominantes. Así compara la situación rusa con Europa occidental: "Para ellos fue más difícil iniciar la revolución, porque el enemigo no era una autocracia putrefacta, sino una clase capitalista muy culta y unida". Y enseguida menciona que "en dichos países, el paso a la agricultura socialista, el empleo de la técnica agrícola más moderna y la unión de la población agrícola se efectuarán con mayor celeridad y facilidad que en nuestro país".¹⁰

El factor atraso fue considerado como crucial para el triunfo de la revolución rusa, no sólo por Lenin sino también por la opinión pública europea. Sin embargo, Lenin insistió en que este factor no fue el único; en que era necesario buscar otros elementos que condicionaron el triunfo bolchevique. Él sabía que una revolución sólo ocurre cuando se combina una amplia gama de complejas causas que la engendran. Veamos cómo él va destacando otros componentes que hicieron posible el octubre rojo.

⁹ "Discurso en el mitin del Museo Politécnico", *ibid.*, t. xxix, p. 389.

¹⁰ "Discurso pronunciado en el I Congreso de Toda Rusia de Departamentos Agrarios. Comités de Pobres y Comunas", *ibid.*, t. xxx, p. 204-5

3. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

Nuestra revolución es fruto de la guerra, si no hubiera guerra, observaríamos la unión de los capitalistas de todo el mundo, su cohesión sobre la base de la lucha contra nosotros.

Lenin, "Discurso ante los agitadores enviados a provincias", Obras completas, t. XXVI, p. 493.

Los factores internacionales destacados por Lenin son: la guerra y sus múltiples implicaciones; el apoyo esperado y logrado del proletariado internacional; y la correcta política bolchevique respecto de la autodeterminación de los pueblos que habían sido oprimidos por el zarismo. Respecto de la influencia de la guerra, podemos distinguir, de acuerdo con él, tres aspectos de importancia definitiva para el triunfo de la revolución. En primer lugar, hay que subrayar una vez más -pues Lenin insiste en ello con mucho énfasis- el hecho de que la guerra acentúa la opresión del capital. El pueblo explotado, que vive bajo las pruebas cotidianas de tal opresión, siente que ésta se agrava y se torna aún más insoportable en época de guerra: La guerra imperialista, es decir, la matanza de diez millones de hombres con el fin de decidir si el capital inglés o el alemán debía tener prioridad en el saqueo del mundo entero, ha reforzado enormemente estas pruebas, las ha ampliado y ahondado, y ha hecho que las masas comprendieran su significado. De ahí la inevitable simpatía que manifiesta la inmensa mayoría de la población, y sobre todo los trabajadores, por el proletariado [...]^{11*}

¹¹ "Una gran iniciativa", *ibid.*, t. XXXI, p. 291.

* "En la época del tratado de Brest estábamos solos Toda Europa miraba la revolución rusa como algo excepcional; consideraban que nuestra revolución era una revolución asiática' que se había iniciado tan rápidamente y había derribado al zar precisamente porque Rusia era un país atrasado que pasó rápidamente a confiscar la propiedad privada y a una revolución socialista debido a su atraso. Pero olvidaba otro motivo que impulsó a la revolución rusa: Rusia no tenía otra alternativa. La guerra había causado tanta ruina y miseria, había agotado a todo el pueblo y a los soldados, que éstos comprendieron que durante largo tiempo habían sido engañados y que la única salida para Rusia era la revolución." "Discurso en la conferencia obrera del partido de Presnia", Obras completas, t. xxx, pp. 215-16. Por cierto, ese agotamiento del pueblo ocurrió, durante la guerra, en Rusia. Es por esto que, siendo un factor sin duda trascendental, debe ser considerado en su combinación con otros factores que posibilitaron la revolución. De allí, que, pese a su importancia, debemos seguir escrutando minuciosamente el pensamiento de Lenin para buscar todos los elementos condicionantes y así comprender el fenómeno revolucionario ruso.

Pero esta simpatía pudo demostrarse de manera efectiva, debido a otra consecuencia de la guerra que señalaremos en segundo lugar: porque ésta creó condiciones para el armamento del pueblo.

Se pudo realizar la revolución en Rusia tan rápidamente porque se produjo durante la guerra. Durante la guerra, decenas de millones de obreros y campesinos rusos estaban armados, y contra semejante fuerza, la burguesía y la oficialidad fueron impotentes.¹²

Volveremos más adelante a referirnos a este aspecto de importancia primordial. Por último, es necesario resaltar la importancia otorgada por Lenin a la división del imperialismo internacional durante la guerra.

Pero si pudimos subsistir un año después de la Revolución de Octubre, fue debido a que el imperialismo internacional estaba dividido en dos grupos de saqueadores: los anglo-franco-norteamericanos, y los alemanes, empeñados entre sí en una lucha a muerte, lo que les impedía ocuparse de nosotros. Ninguno de estos dos grupos podía lanzar contra nosotros fuerzas importantes; seguramente lo habrían hecho si hubiesen podido. La guerra, su atmósfera sanguinaria, los cegaba.¹³

Reflexionando, en otra oportunidad, sobre cómo supieron los bolcheviques aprovechar la división de los imperialismos, a propósito de la paz de Brest, dice Lenin:

[. . .] simplemente utilizamos las divergencias entre los dos imperialismos de manera que en último término perdieron los dos. Alemania nada obtuvo de la paz de Brest, excepto algunos millones de pesos de cereales, pero llevó la fuerza disgregadora del bolchevismo a su país. En cuanto a nosotros, ganamos tiempo, durante el cual comenzó la formación del Ejército Rojo.¹⁴

Ahora bien, para poner fin al capítulo relativo a la importancia de la guerra como factor revolucionario, vale la pena citar una reflexión de 1922:

Los acontecimientos políticos son siempre muy confusos y complicados; se les puede comparar con una cadena. Para retener toda la cadena hay que asir el eslabón fundamental. No se puede elegir un eslabón al azar. ¿Cuál fue el acontecimiento central de 1917? La salida de la guerra. El pueblo entero lo exigía y esto eclipsaba todo lo demás.

¹² “Discurso en el Congreso de Obreros y Empleados de la Industria del Cuero”, *ibid.*, t. XXXIII, pp. 449-50.

¹³ “VI Congreso Extraordinario de los Soviets. Discurso sobre la situación internacional”, *ibid.*, t. XXIX, pp. 474-75.

¹⁴ “Reunión de militantes de la organización del PC(b)R de Moscú”, *ibid.*, t. XXXIV, p. 152.

La Rusia revolucionaria logró salir de la guerra. Costó tremendos esfuerzos, pero se satisfizo la reivindicación principal del pueblo, y eso nos dio el triunfo por muchos años. Y el pueblo entendió, los campesinos vieron, cada soldado que regresó del frente comprendió perfectamente bien que el poder soviético era un gobierno más democrático, el que estaba más cerca de los trabajadores. Por muchas tonterías y torpezas que hayamos cometido en otras esferas, el hecho de que entendimos cuál era la tarea principal, demostró que todo era acertado.¹⁵

En segundo lugar, otro factor internacional del triunfo bolchevique, a juicio de Lenin, fue -como hemos mencionado- el apoyo del proletariado internacional. Inicialmente, antes de la revolución de octubre, los bolcheviques esperaban ese apoyo a través de la realización de otras revoluciones en Europa; es decir, esperaban el apoyo estatal del proletariado europeo. Daban por supuesto que esto ocurriría a corto plazo y esta confianza fue, a juicio de Lenin, uno de los factores subjetivos determinantes para la toma del poder. Sin embargo, aunque la revolución rusa no fue inmediatamente sucedida por nuevas revoluciones, el apoyo internacional del proletariado europeo, a pesar de la ausencia de revoluciones victoriosas, fue un factor definitivo en la conservación del poder soviético, como su expectativa habría sido crucial para la toma del mismo. Así reflexiona Lenin a ese respecto:

Era claro para nosotros que la victoria de la revolución proletaria era imposible sin el apoyo de la revolución internacional. Antes de la revolución, y aun después de ella, pensábamos: o estalla la revolución inmediatamente - o por lo menos muy pronto- en los otros países, en los países capitalistas más desarrollados, o debemos perecer. A pesar de esta convicción, hicimos todo lo posible para proteger el sistema soviético en todas las circunstancias y a toda costa, porque sabíamos que no sólo estábamos trabajando para nosotros mismos, sino también para la revolución internacional. [. . .]. Pero en realidad, los acontecimientos no siguieron un camino tan recto como esperábamos.¹⁶

No obstante las vicisitudes de la revolución en Europa, fue posible mantener la revolución rusa, debido a que "el proletariado de todos los países capitalistas estaba de nuestro lado".⁷ Y esto era un factor decisivo para mantener en alto la fuerza moral de los rusos: "La fuerza moral de los obreros rusos residía en que conocían, sentían y palpaban la ayuda y el apoyo que el proletariado de todos los países avanzados de Europa les prestaba en esta lucha".¹⁸

¹⁵ "XI Congreso del PC(b)R - Informe Político del Comité Central del PC(b)R", *ibid.*, t. XXXVI, p. 270.

¹⁶ "III Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la táctica del PCR", *ibid.*, t. xxxp. 383.

¹⁷ "Discurso Pronunciado en el Congreso de Rusia de los Obreros del Transporte", *ibid.*, t. XXXV, p. 128.

¹⁸ LOC. cit.

Ese apoyo, a juicio de Lenin, se daba no sólo a través de la división de los partidos socialistas reformistas y en la formación de partidos comunistas, sino también por medio de múltiples manifestaciones de solidaridad con la primera revolución. Puede tomarse como ejemplo el hecho de que fue la presión de masas la que obligó “a los países de la Entente a retirar sus tropas”¹⁹ del territorio soviético. En tercer lugar, Lenin menciona también, como importante factor que frustró el plan de los imperialistas para liquidar la revolución, el hecho de “utilizar contra nosotros a los pequeños Estados”.²⁰ Se trató de influir sobre Finlandia y Estonia, por ejemplo, para que atacaran a la República Soviética. Pero esta política no tuvo éxito, porque precisamente la República Soviética había concedido la independencia, la autodeterminación a estos Estados; por tanto, no tenían razones para agredirla y quedar, a continuación, a la merced de un eventual gobierno ruso títere del imperialismo.*

Las consecuencias de la guerra imperialista en la sociedad rusa; la división y las contradicciones internas del imperialismo; el apoyo militante del proletariado internacional (al cual se sumó muchas veces el respaldo de liberales, como fue el caso de importantes sectores del Partido Laborista inglés); y la política respecto a las autonomías nacionales, fueron, en síntesis, elementos de trascendental importancia para la toma y conservación del poder soviético.

4. LA CRISIS ESTRUCTURAL DE LA SOCIEDAD RUSA

En el capítulo anterior tratamos de exponer cómo tiene lugar el cambio de la concepción estratégica de Lenin, en sus “Tesis de Abril”, y cómo se perfilan, hasta octubre, sus flexibles y audaces orientaciones tácticas. En el curso de esta exposición, muchos elementos de la crisis estructural de la sociedad rusa han quedado patentes. No es pues necesario detallarlos de nuevo, sino a modo de síntesis.

La revolución de febrero fue la respuesta espontánea de las clases dominadas o la crisis multidimensional de la sociedad rusa que estaba latente pero que se agudizó y reveló a raíz de los reveses de la guerra.

¹⁹ “VI11 Conferencia de Toda Rusia del PC(b)R. Informe Político del Comité Central”, *ibid.*, t. XXXII, p. 160. ²⁰ LOC. cit. * Este tema volverá a ser tratado en un capítulo posterior. Por ende, no se harán aquí mayores referencias al mismo

²⁰ LOC. cit.

* Este tema volverá a ser tratado en un capítulo posterior. Por ende, no se harán aquí mayores referencias al mismo

Depuesto el zar, los sectores más lúcidos de la nobleza y de la burguesía organizan el gobierno provisional, con el apoyo de la izquierda reformista. Inmediatamente, la iniciativa creadora de la clase obrera, revive los soviets. Pero lo que en 1905 era embrión, en 1917 se manifestó ya como un hecho: los soviets eran, en la práctica, un poder alternativo. Lenin pronto captó lo esencial de la situación: en un Estado no pueden coexistir, por tiempo indefinido, dos poderes alternativos. La dualidad de poderes era el síntoma más patente de la crisis del Estado ruso. Esta crisis revelaba la lucha irreconciliable entre los intereses de las clases. O prevalecía el poder monárquico-burgués y tendría que ser liquidado el poder obrero-campesino o sucedía lo contrario.

El poder monárquico-burgués, con apoyo y participación de los reformistas, se demostró prácticamente incapaz de resolver los problemas más elementales del pueblo, que se resumían en "paz, pan y tierra". El gobierno provisional era incapaz de manejar las riendas del Estado ruso, así como de conducirlo hacia la superación de la catástrofe que Lenin había analizado varias veces en este periodo. Esta incapacidad para encontrar soluciones a las reivindicaciones básicas del pueblo no era obviamente un mero resultado de la incompetencia del gobierno provisional o del gobierno de Kerenski. Más que esto, tal ineptitud demostraba los obstáculos que hacían imposible, dada la vigencia de la estructura económico-social rusa, solucionar los viejos problemas agravados por la guerra y los nuevos que ella generaba. Por sus aspiraciones y necesidades imperialistas. Rusia no podía, en el marco burgués, salir de la guerra, y satisfacer así la exigencia de paz. Por la confluencia de intereses entre la aristocracia terrateniente y la burguesía, no se podía promover una significativa reforma agraria que satisficiera a los campesinos en su demanda de tierra y reactivar y reorganizar a la producción agrícola para alimentar a la población urbana. Por todos estos impedimentos estructurales, que paralizaban el cumplimiento de las reivindicaciones populares, las clases dominantes rusas tenían que liquidar las libertades políticas vigentes a partir de febrero. Les era sobre todo indispensable crear rápidamente las condiciones para la liquidación de los soviets. Pero sus intentos en esta dirección se frustraron, puesto que en el contexto de esta crisis quedó patente la imposibilidad por parte de la contrarrevolución de gobernar el país. Esta imposibilidad de gobierno, producto de la crisis estructural vivida por la sociedad rusa, es la que hace estallar la situación revolucionaria. Caracterizada de esta manera por Lenin:

- 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las "alturas", una crisis en la política de la clase dominante, que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que "los de abajo no quieran", sino que hace falta además que "los de arriba no puedan seguir viviendo como hasta entonces".

- 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas.
- 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de "paz" se dejan explotar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos "de arriba", a una acción histórica independiente. Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible.

Y agrega Lenin:

[...] no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan solo la situación en que a los cambios revolucionarios arriba enumerados se agrega un cambio subjetivo: a saber: la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas, suficientemente fuertes para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca: ni siquiera en las épocas de crisis, "caerá" si no se le "hace caer".

"Tal situación se configuró, de manera típica, en Rusia y su aprovechamiento fue el factor esencial de la victoria de octubre. Pero es importante insistir en que la revolución de octubre es resultado de la crisis de la sociedad y del Estado y, al mismo tiempo, producto de la afirmación de una política obrera correcta, que se demuestra como una alternativa viable y necesaria en los momentos más agudos de la crisis del sistema de dominación. A este respecto, vale mencionar la siguiente reflexión de Lenin: Destrozamos el gobierno Kerensky, obligamos al gobierno provisional a cambiar su gabinete, a saltar de la derecha a la izquierda y de arriba abajo, demostrando con ello a las masas, en forma categórica, hasta qué punto era incapaz de gobernar el país la pandilla de conciliadores burgueses que en aquel entonces reclamaba el derecho al poder, y sólo después de esto tornamos el poder en nuestras manos.²²

Veremos a continuación las reflexiones de Lenin respecto de la coyuntura revolucionaria, es decir, la forma en que se combinan una serie de factores que harán posible el golpe de octubre.

²¹ "La bancarrota de la II Internacional", Obras completas, t. XXI.

²² "Sección del Soviet de Petrogrado", *ibid.*, t. XXX, p. 358

5. LA CRISIS COYUNTURAL Y LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

[. . .] para la victoria debemos tener la simpatía de las masas.

No siempre es necesaria la mayoría absoluta; pero lo que es necesario para triunfar, para retener el poder, es no sólo la mayoría de la clase obrera -empleo aquí la expresión "clase obrera" en el sentido que se le da en Europa occidental, es decir, en el sentido de proletariado industrial- sino también la mayoría de la población trabajadora y explotada rural.

Lenin, "III Congreso de la IC",
Obras completas, t. xxxv, p. 379.

A partir del frustrado intento de golpe de Estado de Kornílov, la situación revolucionaria se configura de manera incontrovertible. A fines de septiembre, Lenin la describe así:

La situación objetiva es tal, que en el país crece, sin duda alguna, una revolución contra el gobierno bonapartista de Kerensky (sublevaciones campesinas, descontento creciente y conflictos con el gobierno en el ejército y en las minorías nacionales, conflictos con los ferroviarios y funcionarios de correos, completa bancarrota electoral de los partidos conciliadores mencheviques y socialistas revolucionarios, etcétera).²³

²³ "Tesis para el Informe a la Conferencia de la Organización de Petrogrado el 8 de octubre, y también para la resolución y el mandato a los delegados al Congreso del Partido", *ibid.*, t. XXVI, p. 130.

En este contexto, los bolcheviques logran obtener la mayoría en los soviets de Moscú y Petrogrado:

[. . .] las elecciones de Moscú dieron a los bolcheviques el 49.5% de los votos cuando los bolcheviques, con el apoyo de los socialistas revolucionarios de izquierda -apoyo que hace mucho tiempo es un hecho- tienen consigo, indudablemente, a la mayoría del país.²⁴

Éste es sin duda un factor crucial del triunfo bolchevique: haber logrado la mayoría en la clase de vanguardia -el proletariado- en los locales claves, las dos capitales, y, a través de la articulación de una alianza con los eseristas de izquierda -que representaban una importantísima porción del partido más fuerte de Rusia- haber logrado la "mayoría del país". Por cierto, esa "mayoría del país" no era bolchevique. Después de la toma del poder, utilizándolo, el partido de Lenin traba una aguda lucha para lograr conquistar, bajo su dirección, el apoyo consciente de la mayoría del pueblo. Pero mientras tanto, cuando se trata de preparar y ejecutar el asalto al poder, esta correlación favorable de fuerzas -que adviene de la mayoría en los soviets y de la alianza con el eserismo de izquierda- es suficiente." Es porque comprende en toda su dimensión que la revolución la hacen las masas, que Lenin insiste en la necesidad del apoyo, de la simpatía de la mayoría del pueblo; e insiste también en que ese apoyo es conquistado a través de una serie de etapas, de enconadas luchas en contra del sistema de dominación. En el curso de tales etapas, el proletariado va adquiriendo experiencia y demostrando su capacidad para dirigir al conjunto del pueblo. La revolución proletaria no puede llevarse a cabo sin contar con la simpatía y el apoyo de la inmensa mayoría de los trabajadores a su vanguardia, el proletariado. Pero esta simpatía y este apoyo no se producen de golpe, no se deciden por elecciones, sino que se conquistan en el curso de una larga, difícil y dura lucha de clases.

²⁴Ibid., p. 132.

* Es importante mencionar estas reflexiones suyas sobre la cuestión del apoyo de masas: "Es un concepto que varía según sea el carácter de la lucha". Y destaca que en el comienzo de la lucha, "unos cuantos miles de obreros representaban a la masa"; cuando esos miles "que jamás han oído hablar de política, comienzan a actuar en forma revolucionaria, si el movimiento se extiende y se intensifica, va transformándose paulatinamente en una verdadera revolución". Pero, prosigue Lenin, "cuando la revolución ha sido suficientemente preparada, el concepto de 'masas' es otro: unos cuantos miles de obreros no constituyen las masas. Esta palabra comienza a significar algo más. El concepto de 'masas' cambia en el sentido de que expresa, no sólo una simple mayoría de obreros, sino la mayoría de todos los explotados. Para un revolucionario es inadmisibles entenderlo de otro modo; cualquier interpretación distinta de la palabra sería incomprensible". "Tercer Congreso de la IC. Discurso en defensa de la táctica. . .", *ibid.*, t. xxxv, pp. 378-79.

Lenin insiste también en que esta lucha de clases que libra el proletariado por ganarse la simpatía, por ganarse el apoyo de la mayoría de los trabajadores, no termina con la conquista del poder político por el proletariado. Esta lucha prosigue después de la conquista del poder, sólo que bajo otras formas.²⁵

Hemos utilizado hasta aquí las citas de Lenin que consideramos más pertinentes para exponer la dialéctica de su pensamiento respecto a la cuestión de la necesidad de la mayoría para el triunfo de la revolución. Esperamos que haya quedado claro que, de acuerdo a su concepción, esa mayoría es necesaria pero a la vez, relativa, vale decir, es una mayoría lograda coyunturalmente que en una circunstancia dada simpatiza y apoya, por el momento, las medidas concretas propuestas por la vanguardia revolucionaria. Pero eso no implica de ninguna manera, la necesidad de que esa mayoría sea ya adepta, consciente e incondicional, de las ideas socialistas y revolucionarias. Vale la pena aquí también citar una larga reflexión polémica de Lenin a este respecto:

Los traidores, mentecatos y pedantes de la II Internacional jamás pudieron comprender esta dialéctica: el proletariado no puede lograr la victoria si no conquista a la mayoría de la población. Pero limitar o supeditar esta conquista a la obtención de la mayoría de votos en elecciones, realizadas bajo el dominio de la burguesía, es la mayor de las necesidades, o un simple engaño a los obreros. A fin de conquistar a la mayoría de la población, el proletariado debe, en primer lugar, derrocar a la burguesía y tomar el poder: en segundo lugar, debe implantar el poder soviético y destruir completamente el viejo aparato de Estado, con lo cual socava inmediatamente el dominio, el prestigio y la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses sobre las masas trabajadoras no proletarias; en tercer lugar, debe destruir completamente la influencia de la burguesía y los conciliadores pequeñoburgueses sobre la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo sus necesidades económicas en forma revolucionaria a costa de los explotadores.²⁶

Y aquí vale la pena insistir en otro aspecto de la misma cuestión (el apoyo de la mayoría) con el objeto de aclarar meridianamente todos los matices de la concepción de Lenin. Él insiste en que una condición clave de la toma del poder es el apoyo de la mayoría, aunque el proletariado conquista el poder solo, lo utiliza en interés del pueblo, pero no se debe confundir ese aspecto crucial con un pretendido poder de todo el pueblo.

²⁵"Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes." *ibid.*, t. XXXII, p. 34

²⁶"Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", *Ibid.*, t. XXXII, pp. 255-56.

Veamos cómo lo formula Lenin en una reflexión sobre la práctica de la revolución rusa, pero cuyo alcance teórico rebasa el caso concreto para uno de los aspectos nodales de la teoría de la revolución proletaria:

Ocurrió una cosa extraña. La clase que tomó el poder político lo hizo sabiendo que lo hacía sola. Esto es inherente al concepto de dictadura del proletariado. Este concepto tiene sentido sólo cuando una clase sabe que es ella sola la que toma el poder político y no se engaña a sí misma ni a los demás con fraseología sobre poder “de todo el pueblo, elegido por todos, consagrado por todo el pueblo”. Todos ustedes saben que son muchos -incluso demasiados- los amantes de la fraseología de este tipo, pero en todo caso no se los encontrará entre los proletarios, porque ellos han comprendido que la suya es una dictadura del proletariado y lo dicen en su Constitución, la ley fundamental de la República. Esta clase comprendió que tomaba el poder sola, en condiciones excepcionalmente difíciles, y ejerció su poder político como se ejerce toda dictadura, es decir, con la mayor firmeza y decisión.²⁷

En seguida, Lenin contesta a la pregunta de cómo fue posible al proletariado ejercer solo su dictadura, frente a la agresión de las burguesías de varios países, pese a su inferioridad numérica y el atraso de Rusia: “¿Cuál fue su apoyo? Sabemos que ese apoyo estaba dentro del país, en la masa campesina”.²⁸

El campesino ruso, el mayor contingente numérico del país, fue, a juicio de Lenin, la “segunda fuerza” de la revolución; su apoyo fue factor absolutamente indispensable para el triunfo proletario. Ese apoyo fue capitalizado, inicialmente, a través de los soviets: “En Rusia éramos un partido pequeño, pero además estaba con nosotros la mayoría de los soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país”.²⁹

Para reafirmar más aún este hecho trascendental, Lenin plantea en otra oportunidad:

En noviembre de 1917, en las elecciones a la Asamblea Constituyente, 9 millones, de 36 votos, votaron por los bolcheviques. Pero si tomamos (en cuenta) la lucha efectiva, y no sólo las elecciones, a fines de octubre y en noviembre de 1917, al lado de los bolcheviques estaba la mayoría del proletariado y del campesinado con conciencia de clase, o sea, representados por la mayoría de los delegados al II Congreso de toda Rusia de Soviets, así como por la mayoría del sector más activo y políticamente consciente del pueblo trabajador, del ejército de entonces, formado por doce millones de hombres.³⁰

²⁷ “Discurso Pronunciado en el Congreso de Toda Rusia de los Obreros del Transporte”, *ibid.*, t. xxxv p. 127.

²⁸ *Ibid.*, p. 127.

²⁹ “Discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista” *Ibid.*, t. xxxv p. 374

³⁰ “En el décimo aniversario de Pravda”, *ibid.*, t. XXXVI, p. 239.

No obstante, la adhesión, pura y simple de las masas, no hubiera sido suficiente si no hubiera podido expresarse orgánicamente, por medio de un instrumento que regulara su práctica. En el caso ruso, el pueblo ya había creado este instrumento: los soviets.

Si el espíritu creador popular de la revolución rusa, que pasó por la gran experiencia de 1905, no hubiera creado ya los soviets en febrero de 1917, éstos nunca hubieran podido tomar el poder en octubre, pues el éxito sólo dependía de la existencia de formas de organización ya preparadas para un movimiento que abarcaba a millones de seres. Esa forma ya preparada fueron los soviets y por ello nos aguardaban en el terreno político tan brillantes éxitos y la ininterrumpida marcha triunfal que vivimos, pues la nueva forma de poder político estaba ya dispuesta, y sólo nos restaba transformar el poder de los soviets, mediante algunos decretos, de aquel estado embrionario en que se hallaba en los primeros meses de la revolución, en la forma legalmente reconocida, afianzada en el Estado ruso: la República Soviética de Rusia. [. . .] Fue el espíritu creador del pueblo, que había pasado por la amarga experiencia de 1905 y había sido aleccionado por ella, el que creó esta forma de poder proletario.³¹

Lenin destaca, pues, el otro elemento esencial del triunfo de la revolución: la organización del pueblo. Esta organización, en Rusia se manifestó en los soviets, producto espontáneo de la iniciativa popular, al margen de cualquier orientación partidaria. Pero si los soviets resurgieron en 1917 y pudieron entonces ejercer su definitivo papel revolucionario, ello se debió a que ya existía una experiencia anterior acumulada: 1905. Es por esto que Lenin reconocerá, en varias oportunidades, que sin el ensayo general de 1905, la revolución de 1917 no hubiera ocurrido. Las lecciones de la experiencia práctica, de los fracasos y éxitos momentáneos, son fundamentales, en la concepción leninista, para el éxito de un proceso revolucionario. En base a éstas, la iniciativa de las masas allana el camino hacia el poder.

Dicha iniciativa aparece en el leninismo como un elemento verdaderamente clave de la revolución. Prosigue Lenin: "La tarea de alcanzar la victoria sobre el enemigo interior fue muy fácil. Igualmente fácil fue la tarea de crear el poder político, pues las masas nos dieron el esqueleto, la base de ese poder. La República de Soviets nació de golpe".³²

³¹"Séptimo Congreso Extraordinario del FC(b)R. Informe Político del Comité Central". ii-id., t. XXVIII, p. 296.

³² Ibid , p. 296.

Pero, además de la conquista de la mayoría, y de la existencia de la organización popular en el poder alternativo –los soviets-, Lenin cita un tercer elemento, de trascendental importancia para la victoria de octubre: el hecho de que el pueblo estaba armado.

En la revolución rusa, el proletariado se encontró en condiciones excepcionalmente favorables (en la lucha por su dictadura), ya que la revolución proletaria tuvo lugar cuando todo el pueblo estaba armado y cuando el conjunto del campesinado, indignado por la política “kautskista” de los socialtraidores, los mencheviques y los eseristas, querían derrocar el poder de los terratenientes.³³

Vinculando los dos aspectos, el militar y el político, Lenin agrega: “Una aplastante superioridad de fuerzas en el momento decisivo y en el punto decisivo; esta ‘ley’ de los triunfos políticos, especialmente en esa encarnizada, fogosa guerra de clases que se llama revolución”. En seguida Lenin destaca la importancia de los grandes centros urbanos: “Las capitales o, en general, los centros comerciales e industriales más importantes (aquí, en Rusia, ambos coinciden pero no en todas partes coinciden) deciden en grado considerable el destino político de una nación, siempre que, por supuesto, los centros cuenten con el apoyo de suficientes fuerzas en las localidades y en el campo, aunque ese apoyo no sea inmediato”. Y volviendo a la situación rusa: En las dos capitales, en los dos centros comerciales e industriales más importantes de Rusia, los bolcheviques tuvieron una superioridad de fuerzas aplastante, decisiva. Allí nuestras fuerzas eran casi cuatro veces superiores a las de los eseristas. Allí teníamos más fuerzas que los eseristas y los kadetes juntos.[. . .] En octubre-noviembre de 1917 estábamos seguros de que triunfaríamos en las capitales, porque contábamos con la aplastante superioridad de fuerzas y con la más sólida preparación política, tanto en lo que se refiere a la aglutinación, concentración, preparación, experimentación y temple de los “ejércitos” bolcheviques, como a la desorganización, agotamiento, división y desmoralización de los “ejércitos” del “enemigo”.³⁴

Prosiguiendo su análisis de los factores inmediatos de triunfo. Lenin agrega que ya en octubre-noviembre de 1917, la mitad de las fuerzas armadas era bolchevique.

De no haber sido así, no habríamos podido vencer. Obtuvimos casi la mitad de los votos del conjunto de las fuerzas armadas, pero tuvimos una aplastante mayoría en los frentes más cercanos a las capitales, en general, en los no muy alejados.³⁵

³³ “Saludo a los comunistas italianos . . .”, cit., p. 34.

³⁴ “Las elecciones a la Asamblea. . .”. cit., pp. 247-48,

³⁵ Ibid., p. 251.

Acordémonos de que, en sus análisis de balance de la experiencia de 1905, Lenin había insistido en la necesidad para el triunfo revolucionario, de la división de las fuerzas armadas, de su politización; esto se logró en 1917.

6. LA EXISTENCIA DE UNA EFECTIVA VANGUARDIA

[. . .] durante la revolución es necesario ser flexibles al máximo [. . .]
Lenin, "Nuestra revolución". *Obras completas*, t. XXXVI, p. 504.

De acuerdo a la concepción leninista, una vanguardia se afirma como tal por su capacidad de dirección, primero sobre la clase más avanzada y, en seguida y a través de ésta, por la conducción de las más amplias masas. Ahora bien, sinónimo de vanguardia es la capacidad de análisis táctico, vale decir, aptitud para comprender, en base al análisis de la estructura de clases, la correlación específica de fuerzas existentes en cada momento de la lucha política; en consecuencia, aptitud para aprovechar los momentos de ascenso para acumular fuerzas; en situaciones favorables, capacidad de aprovechar la correlación de fuerzas para provocar nuevas situaciones, en las cuales se puede intensificar la contraofensiva revolucionaria, hasta llegar a un punto óptimo, en el cual -dada la compleja combinación de múltiples factores objetivos y subjetivos- es posible lanzar la ofensiva final hacia el poder.

Por lo general, la vanguardia se caracteriza: por el hecho de saber movilizar en torno suyo, en los momentos de auge de masas, fuerzas que van más allá de sus estrictos contingentes de militantes; y por saber arrastrar al pueblo, tras objetivos concretos y específicos, que conformarán el eje de sus aspiraciones principales en una determinada etapa histórica. Estas reflexiones son importantes, como introducción al análisis leninista del papel de la vanguardia y de las masas en la revolución rusa. La dirección adecuada del proceso revolucionario corona todas las condiciones necesarias que se han gestado y hace posible el máximo acto político: la conquista del poder por la clase obrera. Lenin insiste mucho en las condiciones excepcionales de la revolución rusa. Pero ¿acaso no toda revolución es un hecho excepcional? Sí, por cierto, y él lo sabía bien. Pero más que calificarla, Lenin trata de buscar en dónde residen las razones de la excepcionalidad rusa. Una de esas razones la encuentra en la capacidad táctica:

Nosotros logramos alcanzar el poder en condiciones excepcionales, en un momento en que el despotismo zarista obligaba a proceder, con gran ímpetu, a una transformación rápida y radical, y en esas condiciones excepcionales supimos, durante unos meses, apoyarnos en el campesinado en su conjunto.³⁶

Naturalmente, aquí volvemos al problema de fondo: la necesidad del apoyo de masas campesinas, pero bajo dirección obrera, para tomar y mantener el poder proletario. Sólo la vanguardia del proletariado puede tener la capacidad histórica de conducir a las amplias masas más atrasadas. Y esto no es aleatorio. Si así fuera, la revolución socialista podría realizarla la clase más oprimida y no el proletariado en particular. Así, Lenin insiste en la dirección obrera:

La suposición de que todos “los trabajadores” son igualmente capaces de realizar esta obra, sería una frase hueca o la ilusión de un socialista antediluviano, premarxista. Esta capacidad no viene por sí sola, sino que surge históricamente y surge sólo de las condiciones materiales de la gran producción capitalista. Al comienzo del camino que lleva del capitalismo al socialismo, sólo el proletariado posee dicha capacidad. Y puede cumplir la gigantesca tarea con que se enfrenta, en primer lugar, porque es la clase más fuerte y más avanzada en las sociedades civilizadas; en segundo lugar, porque en los países más desarrollados constituyen la mayoría de la población, y, en tercer lugar, porque en los países capitalistas como Rusia, la mayoría de la población está compuesta de semiproletarios, es decir, de personas que parte del año viven regularmente como proletarios, que regularmente se ganan una parte del sustento trabajando como asalariados en empresas capitalistas.³⁷

De ahí proviene la base material para el socialismo. Pero esta base existiría sólo en estado potencial, si no fuera por el largo y tenaz trabajo de la vanguardia revolucionaria del proletariado. Este es el factor clave que explica por qué la revolución triunfó en Rusia y no triunfó, por ejemplo, en Alemania, donde si bien existían muchas de las condiciones necesarias para el socialismo, faltaba esta condición esencial. Refutando a los dirigentes de la Internacional de Berna, Lenin observa que sólo los hipócritas o los tontos pueden no comprender que los éxitos particularmente rápidos de la revolución en Rusia se deben a los largos años de trabajo del partido revolucionario en el sentido señalado; durante años y años se fue creando sistemáticamente el aparato legal para dirigir las manifestaciones y las huelgas, para desarrollar el trabajo entre las tropas; se

³⁶ “VIII Congreso del PC(b)R. Palabras finales para el Informe sobre el Programa del Partido”, Obras completas, t. XXXI, p. 58.

³⁷ “Una gran iniciativa”, cit., p. 290.

realizó el estudio detallado de los métodos; se editó literatura ilegal, en la que se resumía la experiencia adquirida y se educaba a todo el partido en la idea de la necesidad de la revolución; se formó a dirigentes de masas para tales casos, etcétera, etcétera, etcétera.³⁸

Y aquí es importante mencionar un factor determinante, a juicio de Lenin, en la preparación del proletariado para la conquista del poder: la lucha contra el reformismo y el oportunismo:

Una de las condiciones necesarias para preparar al proletariado para su victoria es una larga, tenaz e implacable lucha contra el oportunismo, el reformismo, el socialchovinismo y otras influencias y corrientes burguesas similares, que son inevitables puesto que el proletariado actúa en un medio capitalista. [. . .] El bolchevismo no habría podido vencer a la burguesía en 1917-1919 si antes, en 1903-1917, no hubiera aprendido a derrotar a los mencheviques, o sea, a los oportunistas, reformistas y socialchovinistas y a expulsarlos implacablemente del partido de vanguardia del proletariado.³⁹

Fue esta preparación larga, intensa y sistemática del proletariado ruso con miras al poder -en lucha contra todas las manifestaciones deformadas de su conciencia de clase- la que, en definitiva, lo preparó para ser capaz de tomar el poder y ejercer su dictadura.

Es innecesario y cansaría insistir aquí en las ideas de Lenin respecto a la necesidad del partido revolucionario, expuestas por él a partir de su obra "¿Quiénes son los amigos del pueblo. . . ", pero es imprescindible rescatar el sitio que él reclama para el papel del partido, entre los factores más decisivos del triunfo: pues es a través de la organización partidaria que se conduce en última instancia, el proceso revolucionario hacia el triunfo clase avanzada se ejercita para el poder. Pero este factor crucial no puede ser tomado de manera simplista. Es necesario comprender que su mera existencia y acumulación de experiencias, siendo condición esencial de este éxito, no lo explica. Para esto, es imprescindible que la dirección partidaria sea una dirección con efectiva capacidad revolucionaria. Y esta capacidad se hace evidente a través de un conjunto de indicadores, teóricos, y prácticos, que no tiene sentido enumerar formalmente -como si fueran reglas establecidas- pero que, en todo caso, se revelan rápidamente en los momentos más cruciales de la lucha política de clases. Esta aptitud se revela, por ejemplo, en las consignas movilizadoras. ¿Acaso no fue un factor definitivo del triunfo bolchevique la consigna leninista, lanzada en 1914, de "transformar la guerra imperialista en guerra civil?" ¿Acaso no tuvo importancia, igualmente trascendente, la consigna "¡Con el canalla Kerensky contra el canalla Kornílov!?" Y por último, ¿no fue la consigna "¡paz, pan y tierra!" la que sintetizó los anhelos más profundos del pueblo ruso? ¿No revelaban estas orientaciones específicas de lucha, factores de concientización y movilización?

³⁸ "Las tareas de la III Internacional", Obras completas, t. XXXI, p. 375.

³⁹Ibid.,p. 265.

Naturalmente, la revolución se hace posible porque la clase obrera es capaz de dirigir a la mayoría del pueblo, porque es capaz de guiar y ofrecer una alternativa incluso a aquellos sectores que le son hostiles, como los especialistas burgueses; porque es capaz de "conducir y convertir en amigos y aliados suyos a esa masa de trabajadores que está vinculada a la pequeña propiedad".⁴⁰ Pero la capacidad de dirección no se genera espontáneamente, ni es una cualidad intrínseca de la clase obrera; es más bien una virtud adquirida, cultivada y acumulada, en todo un proceso histórico de luchas conducido por una vanguardia revolucionaria. La revolución socialista no es un engendro que estalla naturalmente, en el punto más agudo de la putrefacción del sistema. La revolución se prepara. Decía Lenin:

Triunfamos en Rusia, y además con tal facilidad, porque preparamos nuestra revolución durante la guerra imperialista. Ésta fue la primera condición. Diez millones de obreros y campesinos en Rusia estaban armados, y nuestra consigna era: paz inmediata a toda costa.* Triunfamos porque las grandes masas campesinas estaban revolucionariamente predispuestas contra los grandes terratenientes.⁴¹

En este balance que hace Lenin para la Internacional Comunista de los factores del triunfo bolchevique subraya la preparación como primera condición, resaltando la predisposición de los campesinos contra los terratenientes. En seguida, insistiendo una vez más en la necesidad de obtener la mayoría, se refiere a un aspecto fundamental que colaboró definitivamente para lograrlo: la adopción del programa agrario eserista. Esto es de suma importancia; fue una demostración cabal de la flexibilidad táctica leninista: abandonar el programa bolchevique para adoptar otro que antes había criticado duramente, en varias oportunidades. Pero ese fue un factor decisivo de triunfo: "Nuestra victoria se debió a que llevamos a cabo el programa eserista; por eso fue tan fácil la victoria".⁴² Sin embargo es necesario destacar que esa medida táctica fue adoptada sin olvidar" nuestros objetivos, ni tampoco nuestros principios".⁴³

⁴⁰ "VIII Conferencia de toda Rusia del PC(b)RS", cit.:, p. 164.

* Naturalmente, el armamento del pueblo es una condición necesaria aunque no suficiente. En varios otros países, y en muchas oportunidades, el pueblo estuvo armado y sin embargo no se hizo la revolución.

⁴¹"Tercer Congreso de la Internacional Comunista - Informe en defensa de la táctica. . .", cit., p 376.

⁴² Ibid., p. 378.

⁴³ Loc. cit.

Respecto a la capacidad de conducir políticamente a las masas, Lenin considera que:

en un momento favorable [. . .] se tendrá un movimiento, si tal partido da en ese momento sus propias consignas, y logra que lo sigan millones de obreros. De ningún modo niego que una revolución puede ser iniciada por un partido muy pequeño y conducida hasta un final victorioso. Pero para ganarse a las masas debemos conocer los métodos. Para ello es esencial la preparación total de la revolución.⁴⁴

Toda esa concepción, llevada a la práctica, garantizó el éxito de la revolución. Los bolcheviques pudieron conquistar la mayoría, porque tuvieron la necesaria capacidad táctica para comprender las etapas del proceso revolucionario y lanzar las consignas adecuadas en cada momento de la lucha. La máxima aspiración de la mayoría del pueblo -el campesinado- era liquidar el poder de los terratenientes. Para lograrlo, y mantener esa conquista fundamental, estaban dispuestos a la guerra civil, pese a que el deseo de terminar con la guerra fue lo que garantizó su apoyo a los bolcheviques, en octubre de 1917.

Reflexionando sobre la razón primordial que definió el éxito de la guerra civil, de 1918 a 1920, Lenin dirá:

Esto es comprensible, porque los campesinos estaban de parte nuestra. Probablemente nadie hubiera podido apoyarnos más. Comprendían que tras los guardias blancos estaban los terratenientes, y odian a los terratenientes por encima de todo. Por eso nos apoyaban con todo su entusiasmo y lealtad.⁴⁵ Esta compleja interrelación de múltiples factores fue la que permitió la toma del poder y su consolidación.

⁴⁴ Loc. cit.

⁴⁵ “IV Congreso de la Internacional Comunista. Cinco años de la revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial”, *Obras completas*, t. xxxvi, p. 423.

Segunda parte

Defensa, consolidación y proyección del poder revolucionario

I. Cuestiones estrategico-tácticas del poder soviético

Y nuestra fuerza ha sido siempre nuestra capacidad de tomar en cuenta la correlación real de fuerzas y no de temerla, por desagradable que fuese para nosotros.

Lenin, "La política interna y exterior de la República",
Obras completas, t. XXXVI, p. 79.

Muchas son las cuestiones de importancia estratégico-táctica surgidas después de la toma del poder que merecen ser tomadas en cuenta. Como no es posible hacer aquí un análisis de todas ellas, trataremos de detenernos, brevemente, en algunos aspectos de los principales, aclarando cómo fueron resueltas por Lenin. Éstas son: la cuestión de la Asamblea Constituyente; la paz de Brest Litovsk; la autodeterminación de los pueblos subyugados históricamente por el zarismo; la reforma agraria y el comunismo de guerra; la guerra civil; y, finalmente, la Nueva Política Económica (NEP).

1. La Asamblea Constituyente

Toda consigna lanzada por el partido al pueblo está destinada a petrificarse en letra muerta: con todo sigue siendo válida para muchos, incluso después de haber cambiado las condiciones que la hicieron necesaria.

Lenin, "Las valiosas declaraciones de Pitirin Sorokin", *Obras completas*, t. xxx, p. 33.

En la etapa democrático-burguesa de la revolución, el gobierno provisional prometió realizar una Asamblea Constituyente que debería aprobar una serie de importantes reformas económico-sociales. Los bolcheviques apoyaban la constitución de tal asamblea, pues creían que en una república burguesa tal institución es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Anteparlamento, la república imperialista, con Kerensky a la cabeza, preparaba una falsificación de las elecciones y numerosas infracciones de la democracia.¹

Sin embargo, pese a que esta consigna prendió fácilmente en las grandes masas, durante el gobierno provisional esta asamblea fue sistemáticamente postergada, nunca llegó a inaugurarse y todas las importantes cuestiones de las reformas quedaron pendientes. Consumada la revolución socialista de octubre, quedó superada la etapa burguesa de la revolución y, con ésta, sus formas más típicas de funcionamiento. Así lo ha planteado Lenin:

Para el tránsito del régimen burgués al socialista, para la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es sólo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo²

Esta es una de las innumerables manifestaciones de la flexibilidad leninista. La consigna que representa una reivindicación avanzada para un periodo, deja de serlo para una etapa subsiguiente y, por tanto, debe ser desechada. No hay en el leninismo dificultades para deshacerse de consignas circunstanciales. Además, Lenin comprendía muy bien que los bolcheviques no estaban en condiciones de controlar la Asamblea Constituyente. Ellos tomaron el poder, teniendo a su lado a la mayor parte de la clase de vanguardia, el proletariado urbano. Este predominio bolchevique se reflejaba en los soviets. Pero no tenían aún el apoyo incondicional, vale decir, conscientemente prosocialista, de la mayoría de la población para poner en marcha el programa revolucionario. Lenin confiaba en que ese apoyo se ganaría con el poder en las manos, utilizándolo. Por esto, era sumamente arriesgado someter el poder revolucionario -recién conquistado- al juicio de una asamblea, donde la vanguardia no tenía cómo garantizar su ascendencia. De todos modos los bolcheviques no tuvieron fuerza para impedir la realización de las elecciones a la Asamblea Constituyente. Éstas se efectuaron el 25 de noviembre (es decir, 15 días después de la toma del poder, en la fecha anteriormente estipulada'). Los bolcheviques obtuvieron el

¹ “Tesis sobre la Asamblea Constituyente”, Obras escogidas, t. II, p. 527.

² Loc. cit.

25% de la votación nacional aunque fueran una amplia mayoría en Petrogrado y Moscú. Pero la primera mayoría cupo al partido socialista-revolucionario con cerca del 48%.

La convocatoria de la elección fue, sin embargo, en base a las listas que habían sido presentadas antes de la victoria de la revolución de octubre. De esta manera, "la representación proporcional no manifiesta fielmente la voluntad del pueblo" en las nuevas circunstancias. Como ejemplo, Lenin cita el caso del partido mayoritario, el socialrevolucionario, que habiendo presentado listas únicas a la asamblea, posteriormente se escindió en función de las nuevas condiciones, provocadas por el triunfo de la revolución.

Por consiguiente, el agrupamiento de las fuerzas de clase que se hallan en lucha en Rusia en noviembre y en diciembre de 1917 difiere por principio, en la práctica, del que pudo hallar su expresión en las listas de candidatos presentados por los partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.³

Finalmente. Lenin esgrimía un último argumento: el comienzo de las acciones contrarrevolucionarias conducía a la guerra civil, elevando la lucha de clases a niveles más agudos e imposibilitando la solución de esta lucha por medio de "un camino democrático formal". En consecuencia, se haría imperativa la necesidad del ejercicio de la dictadura del proletariado -en alianza con el campesinado pobre-, cuya expresión más auténtica era el poder de los soviets. "Intentar atar, de cualquier manera que sea, las manos del poder de los soviets en esta lucha, sería hacerse cómplice de la contrarrevolución." En base a toda esta irrefutable argumentación, el gobierno soviético emite un decreto disolviendo la Asamblea Constituyente en enero de 1918. Esta asamblea sólo una vez llegó a sesionar, y fue boicoteada por los representantes bolcheviques que se retiraron de la sesión. Después de su partida en el salón se fueron disipando, hasta la madrugada, los ecos de las estériles discusiones entre mencheviques y eseristas, como un preludio de su derrota final. Sin embargo, es importante destacar que pese a que los bolcheviques desecharon, con tamaña audacia, esta asamblea, la expresión más elaborada del democratismo burgués, no dejaron de promover las asambleas representativas, que son una expresión de democracia. Los primeros años de existencia del poder soviético, constituyen sin duda, por la gran cantidad de estos eventos, una inusitada demostración de democracia proletaria.

³Ibid.,pp. 528-29.

Sería excesivo enumerar aquí las múltiples conferencias, congresos, asambleas de varias clases y sectores de clase, del partido, del gobierno, etcétera, que tuvieron lugar en la Rusia Soviética, y es preciso señalar que estos actos permitían al pueblo participar, por medio de sus representantes, en decisiones más o menos importantes para la construcción de la nueva sociedad.

Una de las características del régimen soviético, particularmente hasta 1920, es la coexistencia de una amplia participación popular al lado de una acentuada centralización del poder en manos del partido, cuyos dirigentes eran también gobernantes. En la medida en que todas las agrupaciones políticas fueron sucesivamente pasando a la oposición y a la contrarrevolución, el partido bolchevique (que adopta el nombre de Partido Comunista) en su VII Congreso, en marzo de 1918, se convierte en partido único. El mono partidismo fue un resultado de la lucha de clases en la primera república socialista, sin que jamás hubiera sido una cuestión de principios.

De hecho, si bien los marxistas, y Lenin en particular, siempre habían tenido la concepción de un poder centralizado, las propias circunstancias -provocadas por la necesidad de trabar una durísima lucha contra la reacción contrarrevolucionaria- explican, en última instancia, el carácter progresivamente centralizado que fue adquiriendo el ejercicio del poder en el país de los soviets.

De todos modos, como decía Lenin en su réplica al renegado Kautsky, quien criticaba el carácter dictatorial del Estado soviético:

La democracia proletaria es un millón de veces más democrática que cualquier democracia burguesa. El poder soviético es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas[. . .] Esto sólo podía escapársele a un hombre incapaz de plantear la cuestión desde el punto de vista de las clases oprimidas: ¿Hay un sólo país del mundo, entre los países burgueses más democráticos, donde el obrero medio, de la masa, el bracero medio de la masa, o el semiproletariado del campo en general (es decir, el hombre de la masa oprimida, de la inmensa mayoría de la población), goce, aunque sea aproximadamente, de la libertad de celebrar sus reuniones en los mejores edificios; de la libertad de disponer de las mayores imprentas y las mejores reservas de papel para expresar sus ideas y defender sus intereses; de la libertad de enviar a hombres de su clase al gobierno y "organizar" el Estado, como sucede en la Rusia soviética?⁵

⁵"La revolución proletaria y el renegado Kautsky", Ibid., t. III, pp. 79-80.

2. La paz de Brestlitovsk

¿Por qué pudimos realizar exitosamente el retroceso de Brest? Porque habíamos avanzado tanto que nos quedaba lugar para replegarnos.

Lenin, "La importancia del oro. . .", *Obras completas*, t. XXX, p. 559.

La consigna de paz era otra de las reivindicaciones más arraigadas en las masas, después de más de tres años de guerra. Los campesinos rusos -con uniforme de soldados- estaban agotados, y una de sus principales motivaciones al apoyar la revolución se basaba en la promesa, que los bolcheviques esgrimieron, de terminar la guerra imperialista. Consumada la toma del poder, inmediatamente se decretó el cese de las hostilidades, la desmovilización y la publicación de los acuerdos contenidos en los tratados secretos que habían sido contraídos por el gobierno zarista y sus aliados (y que contemplaban la anexión de varias regiones al imperio zarista). Los bolcheviques proponían una paz pronta y justa, sin anexiones ni indemnizaciones. Las potencias aliadas no aceptaron tal proposición y el gobierno soviético se vio, entonces, ante la única salida: firmar, con Alemania, una paz por separado. Las negociaciones se realizan en Brest Litovsk. Trotsky fue designado jefe de la delegación soviética.

La posición de Lenin era que la paz debía ser concertada a toda costa. La recién creada República Soviética no tenía siquiera ejército, pues las antiguas tropas estaban siendo desmovilizadas y, lo que era mucho más decisivo, el pueblo no quería seguir combatiendo. Además, Lenin comprendía claramente la necesidad de disponer, para el triunfo del socialismo en Rusia, de cierto tiempo, no inferior a varios meses, durante el cual el Gobierno Socialista debe tener las manos completamente libres para lograr la victoria sobre la burguesía, en primer término en su propio país, y para llevar a cabo una amplia y profunda labor de organización entre las masas.⁶

⁶ "Acerca de la historia de una paz desdichada", *ibid.*, t. II, p. 557.

Sin embargo, había discrepancias en el seno de la dirección del partido. Trotsky volvió de Brest Litovsk sin firmar la paz que los alemanes proponían, porque entendía que era demasiado onerosa y creía que éstos no se atreverían a lanzarse a una nueva invasión del territorio soviético. Pero la posición de Trotsky -que por el momento era no firmar la paz ni tampoco hacer la guerra- se asentaba en la creencia de que la revolución estallaría pronto en Alemania, pues en este país existían importantes síntomas revolucionarios. Sin embargo, la amenaza alemana en seguida se concretó en invasión. La República Soviética no estaba en condiciones para enfrentarla. Alemania presentó a los soviéticos un ultimátum que contemplaba condiciones aún más desventajosas. Entre estas condiciones se exigía: la devolución de los territorios ocupados, mientras que los alemanes se quedarían con los territorios dominados por ellos; impedimento de propaganda soviética y de organización del ejército soviético; el pago de una alta suma como contribución para mantener a los prisioneros; etcétera. Había que decidir si se aceptaba o no este ultimátum. El partido comunista atraviesa por uno de los momentos más críticos de su historia, pues se encuentra frente a la alternativa de aceptar la paz anexionista o lanzarse a una guerra revolucionaria. Varios miembros de la dirección del partido, con Bujarin como líder, se rehusaban a aprobar un "trato imperialista" y preconizaban la guerra revolucionaria. Lenin, absolutamente convencido de la justeza de su punto de vista, necesita utilizar de toda su intransigencia y capacidad de persuasión para conseguir una mínima mayoría de votos apoyando su proposición (en el momento más difícil consigue, al fin, la aprobación de Trotsky).

Su argumento estaba basado en una cuestión de fondo: no se podía asegurar que la revolución socialista estallaría inmediatamente en Alemania. La creencia en este alzamiento era la que había conducido a Trotsky a tratar de postergar las negociaciones de paz. Lenin también creía que la revolución socialista en Europa era una previsión científica. Así lo decía:

No cabe duda de que la revolución socialista en Europa debe estallar y estallará. Todas nuestras esperanzas de la victoria definitiva del socialismo se fundan precisamente en esta seguridad y en esta previsión científica. Nuestra propaganda, en general, y la organización de la fraternidad en el frente, en particular, deben ser reforzadas y extendidas. Pero sería un error basar la táctica del Gobierno Socialista de Rusia en los intentos de determinar si la revolución socialista en Europa, y particularmente en Alemania, va o no va a desencadenarse en los próximos seis meses (o en un plazo más o menos aproximado). Como no hay manera de determinarlo, todos los intentos de esta naturaleza se reducirán, objetivamente, a un ciego juego de azar⁷

⁷ Loc. cit.

Por esta razón Lenin rechaza rotundamente la opción por la guerra revolucionaria: “si la revolución alemana estallara y triunfara en los próximos tres o cuatro meses, tal vez la táctica de la guerra revolucionaria inmediata no traería consigo el hundimiento de nuestra revolución socialista”.⁸

Pero ¿era acaso posible garantizarlo? Obviamente no. Por esto Lenin insistía en que a partir del momento en que el Gobierno Socialista ha triunfado en un país, los problemas tienen que ser resueltos no desde el punto de vista de la preferencia por uno u otro bando imperialista, sino exclusivamente desde el punto de vista de las mejores condiciones para el desenvolvimiento y consolidación de la revolución socialista ya iniciada.⁹

La paz anexionista era un mal menor; era entendida como una tregua, un respiro que, por un lado, permitiría una mayor acumulación de fuerzas por parte del poder soviético y, por otro, daría tiempo para que la revolución rusa sobreviviera, mientras esperaba el estallido de la revolución en Europa. Lenin había dicho que, a partir de octubre, se había convertido en defensorista porque, en las nuevas condiciones, el defensorismo significaba no ponerse del lado de la burguesía imperialista sino defender la patria socialista.¹⁰ Pero justamente por eso comprendía que, en ese momento, la defensa no podía ser arriesgada en una guerra desventajosa contra el imperialismo alemán, pues “semejante táctica sería una aventura. No tenemos derecho de exponernos a este riesgo”.¹¹

Es importante detenernos un poco más en el análisis de la posición leninista, respecto al carácter internacional de la revolución.

Lenin admitió varias veces, antes de la revolución rusa, la posibilidad de que el socialismo triunfara primero en un solo país. Ya en 1915, rechazaba la consigna de los Estados Unidos de Europa, esgrimiendo como uno de sus argumentos: “porque podría conducir a la falsa idea de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país”, y agregaba:

⁸ Ibid., p. 561.

⁹ Ibid., p. 559.

¹⁰ Véase “Una lección dura, pero necesaria”, *ibid.*, t. II, p. 588.

¹¹ “Acerca de la historia...”, *cit.*, p. 561.

La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que el socialismo triunfe primeramente en unos cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país capitalista. El proletariado triunfante en este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados.¹²

En este texto, Lenin admite la guerra revolucionaria, pero después de haberse cumplido algunas condiciones básicas que destaca. Volverá a insistir en esta misma idea en 1916, al decir que “el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Empezará triunfando en uno o varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses”¹³

La posición leninista, pues, puede ser resumida de esta manera: el socialismo empieza triunfando en uno o varios países, coexiste con el mundo burgués en tanto se consolida en el interior del país, o países, donde ya se ha realizado la revolución. En seguida, aliado a las clases oprimidas de los demás países, se lanza a la lucha en contra de los Estados burgueses.

La victoria definitiva del socialismo está condicionada a la extensión de la revolución a Europa, que ocurrirá no porque lo deseamos sino porque es una necesidad histórica, más próxima o más lejana, científicamente inevitable. De todos modos, si bien Lenin jamás trató de fijar una fecha -ni aun aproximada- para la revolución en el continente europeo, y nunca dejó que un cálculo de este tipo condicionase sus líneas tácticas inmediatas, éste fue un elemento esencial de su concepción estratégica global, pues creía que la revolución en Europa estallaría en un futuro cercano.

La orientación táctica de Lenin se impone una vez más en el partido y la paz anexionista es concertada. Lenin estaba convencido de que mantener el poder soviético era “el apoyo mejor y más fuerte al proletariado de

¹² “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, Obras escogidas, t. I, p. 687.

¹³ “El programa militar de la revolución proletaria”, *ibid.*, p. 801.

todos los países en su lucha extraordinariamente dura y difícil contra la burguesía”,¹⁴ y que la posición en pro de la guerra revolucionaria inmediata, que significaba “ayudar a la revolución socialista en escala internacional, aceptando la posibilidad de la derrota de esta revolución en el país dado, es un punto de vista que ni siquiera deriva de la teoría del estímulo”.¹⁵

Ésta fue una de las victorias más difíciles y trascendentales de la concepción táctica leninista en el interior de su partido, y, sin duda, la paz anexionista representó un paso al frente en la consolidación del socialismo.

Es relevante que nos detengamos aún por un momento en esta victoria, una de las más categóricas demostraciones de la capacidad táctica leninista, debido a la amplia dimensión de sus enseñanzas. Lenin mismo volverá, en muchas oportunidades, a reflexionar sobre el contenido táctico de la paz de Brest. En una de esas reflexiones, destaca un aspecto que es esencial para la conducta revolucionaria. “El mayor peligro - quizás el único- para el verdadero revolucionario es exagerar el revolucionarismo, ignorar cuáles son los límites y las condiciones en que los métodos revolucionarios son adecuados y eficaces.”¹⁶ Esta meridiana comprensión de los límites del revolucionarismo era el nudo en el cual se afirmaba la convicción de Lenin, contra la posición ultraizquierdista de Bujarin en esta época.

En el trasfondo de la posición leninista estaba viva la dialéctica entre reforma y revolución:

Desde el punto de vista de nuestra propia experiencia, la paz de Brest fue un ejemplo de acción completamente no revolucionaria; fue reformista e incluso algo peor, porque fue una retirada, mientras que, como regla general, una acción reformista avanza lenta, cautelosa y gradualmente y no va hacia atrás. La prueba de que nuestra táctica en la época de la paz de Brest fue acertada, es tan completa, tan clara y generalmente admitida, que no es necesario decir algo más de este tema.¹⁷

Fue acertada la táctica porque, como reconocieron posteriormente todos los bolcheviques se pudo garantizar a través de ella en aquella situación tan crítica la conservación del poder soviético. Como lo hemos destacado

¹⁴ “Posición del CC del POSDR de Rusia en el problema de la paz separada y anexionista”, *ibid.*, t. II, p. 586.

¹⁵ “Peregrino y monstruoso”, *ibid.*, t. II, p. 595.

¹⁶ “La importancia del oro ahora y después de la victoria total del socialismo”. *Obras completas*, t. XXXV, p. 555

¹⁷ *Ibid.*, pp. 555-56.

antes, Lenin siempre supo valorar en su debida dimensión la importancia de los métodos reformistas en circunstancias especiales.

Constantemente, Lenin llamó la atención sobre la relación entre reforma y revolución; consideraba que "en todo el mundo capitalista esta relación es el fundamento de la táctica revolucionaria del proletariado, el abecé [. . .]"¹⁸ de ésta.

En este caso, llama la atención sobre algo aún peor que el método reformista, pero que a veces es absolutamente necesario: saber retroceder. En determinadas situaciones, sólo por medio del retroceso se pueden mantener y consolidar victorias. Lenin comprende las variaciones que sufre la dialéctica reforma y revolución en la dictadura del proletariado:

Después de la victoria del proletariado, aunque sólo sea en un país, penetra algo nuevo en la relación entre las reformas y la revolución. En el terreno de los principios es la misma que antes, pero tiene lugar un cambio en la forma, que Marx no pudo prever y que sólo se puede apreciar sobre la base de la filosofía y la política marxista. ¿Por qué pudimos realizar exitosamente el retroceso de Brest? Porque habíamos avanzado tanto que nos quedaba lugar para replegarnos.¹⁹

Ésta es una de las principales aportaciones a la táctica marxista de la lucha de clases, en el periodo de transición: retroceder para consolidar y para crear las condiciones de un nuevo y más importante avance. Veremos posteriormente cómo ese mismo tipo de táctica es utilizado en la NEP. Lenin siempre comprendió la importancia de los retrocesos y supo preparar a su partido para ellos, sin perder de vista lo difícil que es detener a un ejército que ha sabido avanzar victoriosamente.

Al principio se produce una ininterrumpida marcha triunfal en octubre y noviembre. De pronto, en el plazo de pocas semanas, la revolución rusa es derrotada por el bandido alemán; la revolución rusa está dispuesta a aceptar las condiciones de un tratado rapaz. Sí, los virajes de la historia son muy dolorosos; todos esos virajes nos afectan dolorosamente. Cuando en 1907 firmamos el increíblemente ignominioso tratado interno con Stolypin, cuando nos vimos obligados a pasar por la pocilga de la Duma de Stolypin, aceptando un compromiso al firmar los papeluchos monárquicos (juramento de fidelidad al zar, obligatorio para todos los

¹⁸ Ibid.. p. 559.

¹⁹ Loc. cit.

diputados) vivimos, aunque en menor escala, lo mismo que estamos viviendo hoy, es decir, la humillación de Brest. Y cuando Lenin criticaba duramente a sus compañeros de partido, los izquierdistas que no lograban comprender la necesidad del retroceso y que habían organizado una oposición de izquierda, en torno a un periódico titulado Comunista, él decía que este periódico debiera llamarse Szlachcic, (aristócrata polaco) porque considera las cosas desde el punto de vista de un Szlachcic, quien espada en mano muere en una postura elegante, diciendo: "La paz es vergonzosa, la guerra es un honor". Argumentan desde el punto de vista de un Szlachcic; yo argumento desde el punto de vista de un campesino,²¹ es decir de un hombre práctico, sencillo, que no arriesga lo que ha conquistado a duras penas.

3. La Reforma Agraria

Por toda Rusia desborda como un ancho
río la sublevación de los campesinos [...].

Lenin, "A los obreros, campesinos y soldados",

Obras completas, t. XXVI, p. 125.

La revolución de febrero no había resuelto el problema agrario en Rusia. Frente a la inercia del Gobierno Provisional los campesinos se habían lanzado en una ola de espontáneas confiscaciones de tierras. Lenin y los bolcheviques habían estimulado estas confiscaciones con el argumento de que los campesinos no podían seguir esperando indefinidamente la realización de la Asamblea Constituyente, pero sosteniendo que deberían procesarse de manera organizada, a través de los organismos campesinos locales. Tales actos desenmascaraban a los eseristas, el partido más fuerte entre los campesinos, pues el ministro de agricultura, Chernov, era eserista. En sus Tesis de Abril, Lenin preconizaba la organización de granjas modelo de cultivo en gran escala y bajo administración social, o sea, administradas por los soviets de trabajadores agrícolas, bajo la orientación de especialistas y utilizando métodos tecnológicos avanzados. Lenin hacía hincapié en que las grandes propiedades no deberían ser divididas y demostraba el carácter irracional de la pequeña propiedad.

²¹Ibid., p. 311.

Sin embargo, el programa agrario bolchevique no lograba tener la popularidad del programa eserista. Éste, que sin duda estaba inspirado en los antiguos postulados naródniki, preconizaba el usufructo igualitario de la tierra, o sea, que ésta debería ser distribuida equitativamente entre el campesinado. El derecho a decidir sobre la utilización de la tierra, según el postulado eserista, debía ser otorgado a los organismos democráticos locales de autogobierno, vale decir, a los comités rurales, en los cuales el partido eserista tenía un control mayoritario. Se preconizaba la prohibición del trabajo asalariado, así como de la compra y venta de la tierra. Los eseristas planteaban que la distribución debería efectuarse en base a la igualdad, y definían para ello dos criterios básicos: el criterio laboral (cantidad de personas aptas para trabajar) y el del consumo (cuántas personas había que alimentar en cada unidad agrícola). Naturalmente, en la distribución de tierras también había que tomar en consideración una serie de condiciones locales (fertilidad de la tierra, proximidad de los mercados, etcétera). Suponían además que se debería proceder, periódicamente, a una redistribución de tierras, administrada por los organismos locales de autogobierno. Todas estas concepciones fueron expuestas en el llamado Decreto Modelo, publicado en el periódico eserista en agosto de 1917.

Consumada la revolución de octubre, Lenin comprendió que, en las nuevas condiciones, la nacionalización de la tierra significaba mucho más que la medida más avanzada posible de la revolución democrática en el campo: representaba ya un avance objetivo hacia el socialismo. Comprendió también que el programa eserista podría ser objeto de una interpretación más radical y resolvió adoptar, como medida táctica, este programa.²²

Así fue exactamente como el proletariado ruso arrebató el campesinado a los eseristas, y se lo arrebató literalmente pocas horas después de conquistar el poder estatal. En efecto, pocas horas después de su victoria sobre la burguesía en Petrogrado, el proletariado victorioso promulgó un "decreto sobre la tierra", y ese decreto satisfizo íntegra e inmediatamente, con rapidez, energía y celo revolucionarios todas las más urgentes necesidades económicas de la mayoría de los campesinos, expropió totalmente y sin indemnización a los terratenientes.

Para demostrar a los campesinos que los proletarios no querían aplastarlos con su fuerza, no querían dominarlos, sino ayudarlos y ser amigos suyos, los bolcheviques victoriosos no pusieron ni una palabra suya en ese "decreto sobre la tierra", sino que lo copiaron, palabra por palabra, de los mandatos campesinos (de los más revolucionarios por supuesto), que los eseristas habían publicado en el periódico eserista.

²² Sobre la reforma agraria en Rusia, véase E. H. Carr: La revolución bolchevique (1917-1923), t. II, Alianza Editorial, Madrid, 1972, cap. 16.

Los eseristas se encolerizaron y enfurecieron, protestaron y gritaron que “los bolcheviques les habían robado su programa”, pero no hicieron más que ponerse en ridículo [...]”²³.

En el mandato campesino, que es aprobado por el Decreto sobre la Tierra, están contenidos los postulados fundamentales eseristas. En su inciso I se dice:

Queda abolido para siempre el derecho de la Propiedad privada sobre la tierra; la tierra no puede ser vendida, comprada, arrendada, hipotecada o enajenada en ninguna otra forma. Todas las tierras del Estado, de la Corona, del zar, de los conventos de la Iglesia, de las posesiones de los mayorazgos, de la propiedad privada, de las comunidades y de los campesinos, etcétera, son enajenadas sin indemnización, se convierten en patrimonio de todo el pueblo y pasan al usufructo de todos los que las trabajan.²⁴

Se contemplaba la no repartición de las haciendas “de alto nivel técnico”. Las pequeñas propiedades explotadas directamente por sus dueños no serían objeto de confiscación.

¿Cuál fue el objetivo de la táctica leninista al adoptar el programa eserista? Ganar el apoyo campesino y, a la vez, disminuir la influencia eserista sobre este sector. Pero lo esencial es que Lenin comprendía muy bien que como gobierno democrático, no podemos dar de lado la decisión de las masas populares, aunque no estemos de acuerdo con ella. En el crisol de la vida, en su aplicación práctica, poniéndola en ejecución en cada localidad, los propios campesinos verán donde está la verdad. E incluso si los campesinos continúan siguiendo a los socialistas revolucionarios, incluso si dan a este partido la mayoría en la Asamblea Constituyente, volveremos a decir: sea así. La vida es el mejor maestro y mostrará quien tiene razón. Que los campesinos resuelvan este problema por un extremo y nosotros por el otro. La vida los obligará a acercarnos en el torrente común de la iniciativa revolucionaria, en la elaboración de las nuevas formas estatales. Debemos marchar al unísono con la vida; debemos conceder plena libertad al genio creador de las masas populares.²⁵

Es evidente que Lenin siempre tuvo como norma de conducta política tomar en consideración las aspiraciones más sentidas de las masas. En otras circunstancias, insistirá en este planteamiento que es la base fundamental de su táctica respecto a la mayoría de los campesinos, pues “de otro modo, nos amenaza el peligro de que la vanguardia de la revolución avance tanto, que pierda contacto con los campesinos, que no logre la alianza de la vanguardia con los campesinos y eso significaría el fracaso de la revolución”.²⁶

²³ “Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado”. Obras completas, t. XXXII, pp. 254-55.

²⁴ “Informe acerca de la tierra, 26 de octubre (8 de noviembre)”. Obras escogidas, t. II, p. 494. Subrayados de Lenin.

²⁵ Ibid., p. 496.

²⁶ “IX Congreso de Toda Rusia de los Soviets. La política interna y exterior de la República”, Obras completas, t. XXXVI, p. 79.

Ésta es una más de las elocuentes demostraciones de la flexibilidad táctica leninista. Naturalmente esta flexibilidad era necesaria debido a la debilidad de los bolcheviques entre el campesinado. El apoyo campesino era un factor imprescindible para mantener el poder, y Lenin entendía que era necesario hacer este tipo de concesiones, abdicar de su programa agrario, como única vía posible en aquel momento para atraer a importantes fracciones del campesinado.

Lenin sabía que era necesario dar pasos intermedios, hasta que se pudiese implantar completamente el socialismo en el campo. Por esto, admite quitar el énfasis sobre el gran cultivo colectivizado. Producto de esta hábil política leninista fue la importante victoria lograda cuando se dividió el partido eserista, arrastrando al lado de los bolcheviques un importante sector de la izquierda eserista. Pese a esta división, en el fondo del problema agrario estaba latente la disputa entre las dos líneas políticas diametralmente opuestas: la pequeñoburguesa, individualista y fraccionadora, y la política bolchevique, colectivista y socializante.

El proceso de la expropiación de las tierras fue muy disparejo. En las regiones donde predominaban los trabajadores agrícolas fue más ordenado, y en aquellas donde los campesinos típicos tenían en sus manos las riendas de la redistribución, el proceso fue anárquico y violento.

Los eseristas mantuvieron por algún tiempo el control mayoritario sobre el campesinado; entre los campesinos más acomodados primaba, naturalmente, la influencia de la derecha eserista.

El Decreto sobre la Tierra había encargado a los comités agrarios la decisión sobre la entrega de tierra; a causa de ello, la entrega asumió distintas formas, de acuerdo a los criterios locales: en algunas regiones se permitió conservar propiedades campesinas mayores que en otras, y se redistribuyeron de manera más o menos diferenciada, porciones de tierra a las familias campesinas. Tal situación mantuvo una diferenciación entre el campesinado, en cuanto a la posesión de tierras. La desigualdad persistía, pues, de forma porfiada, entre el campesinado de la primera República Socialista.

En enero de 1918, se elabora una ley sobre la socialización de la tierra que es aprobada en febrero. Esta ley constituye una conciliación entre las tesis bolcheviques y las eseristas. A través de ella, se otorga la responsabilidad de distribución a los soviets locales; además, se promulgaba el desarrollo de la agricultura colectiva. Sin embargo, Lenin es el primero en reconocer sus limitaciones, signadas por la incapacidad de unificar, en todo el país, los criterios de utilización de la tierra. El campesinado ruso resiste a los intentos de colectivización, que serán, durante un largo periodo, experiencias aisladas e insignificantes en el campo soviético. La desigualdad en la distribución de tierras, la existencia de un campesinado acomodado al lado de

un vasto sector cuyas porciones mínimas de tierra no les permitían aún salir de la categoría de pobres, estimularon las disputas en el campo. A fines del primer semestre de 1918, entendiendo que el agravamiento de la guerra civil era inminente, y frente a la situación de hambre que imperaba en el país, el gobierno soviético toma la iniciativa de acicatear aún más la lucha de clases en el campo, a través del Decreto sobre el Hambre. Lenin dirige una carta a los obreros de Petrogrado, convocándolos a formar “destacamentos de hierro” para partir al campo a organizar Comités de Campesinos Pobres, con cuya ayuda se confiscarían los excedentes de granos que estaban siendo acaparados por los campesinos acomodados, es decir, por los “kulaks”.

Lenin insiste en la necesidad de “llevar a la práctica el primer principio del socialismo, su principio básico y fundamental: ‘el que no trabaja, no come’ “. Pero para ello era necesario garantizar la comida a los trabajadores. ¿Cómo hacerlo? Así contesta Lenin:

Está claro como la luz del día que para ello es necesario: primero, el monopolio del trigo por el Estado, es decir, la prohibición absoluta de todo comercio privado de cereales, la entrega obligatoria al Estado de todos los sobrantes de cereales a precios fijos, la prohibición absoluta a quien quiera que sea de retener y ocultar los sobrantes; segundo, un recuento minucioso de todos los sobrantes de cereales y su envío, irreprochablemente organizado, de los lugares donde abundan a los puntos donde escasean, acopiándose al mismo tiempo reservas para el consumo, la elaboración y la siembra; tercero, una distribución acertada y equitativa de los cereales entre todos los ciudadanos del país, bajo el control del Estado obrero, del Estado proletario sin privilegios ni ventaja de ningún género para los ricos.²⁷

Lenin percibía claramente que “no hay términos medios”:

O vencen los obreros conscientes, avanzados, agrupando a su alrededor a la masa de campesinos pobres y estableciendo un orden férreo, un poder implacablemente severo, la verdadera dictadura del proletariado, obligan al kulak a someterse e implantan una distribución acertada de los cereales y del combustible en escala nacional; o la burguesía, ayudada por los kulaks y con el apoyo indirecto de los abúlicos y los desorientados (anarquistas y eseristas de izquierda), derribará el Poder Soviético [...].²⁸

²⁷ “El hambre (Carta a los obreros de Petrogrado)”, Obras escogidas, t. I, p.

²⁸ Ibid., p. 749.

Así comenta Lenin la reacción de los otros partidos:

Los mencheviques y los eseristas trataron de asustarnos diciendo que con la Constitución de los comités de pobres dividíamos a los campesinos. ¿Pero qué significa no dividir el campo? Significa dejarlo a merced del kulak. Y es eso, precisamente, lo que no queremos, de modo que hemos decidido dividirlo. Dijimos: es verdad que perdemos a los kulaks, y no podemos evitar esa desgracia, pero ganaremos a miles y millones de campesinos pobres, que se colocarán junto a los obreros.²⁹

De esta manera, bajo la presión del hambre y de la guerra civil, se abre en la sociedad soviética un capítulo que se llamará el comunismo de guerra. Así plantea E. H. Carr el establecimiento del comunismo de guerra en la agricultura:

La base fundamental del "comunismo de guerra" en la agricultura fue la publicación del decreto del 11 de junio de 1918 estableciendo los famosos "comités de campesinos pobres" (Kombedy), comités de distrito rural y de aldea de los campesinos organizados por los soviets locales de diputados campesinos y obreros con la inmediata participación de los organismos de abastecimiento y bajo la dirección general del Comisariado del Pueblo para Abastecimiento. Toda la población rural podía elegir y ser elegida para estos comités, con excepción de los kulaks conocidos y los campesinos ricos, los señores, los que tengan excedentes de cereal o de otros productos naturales y los que posean establecimientos de comercio o de manufactura que empleen mano de obra de campesinos pobres o jornaleros.

(Era una norma constitucional soviética que los explotadores no tenían derecho a voto, solamente podían votar los que vivían de su propio trabajo. Ésta fue una aportación original de la revolución rusa.) Prosigue Carr: Estos comités habían de ser los instrumentos que sirviesen para arrancar los excedentes de granos a "los kulaks y los ricos" para distribución de los cereales y artículos de primera necesidad y, en general, para llevar adelante, en la localidad misma, la política agrícola del gobierno soviético.³⁰

Los eseristas de izquierda, que se habían retirado del gobierno luego de la ratificación del tratado de paz con Alemania, no concordaron con esta política y se lanzaron a una violenta oposición al régimen, traducida en una serie de acciones terroristas, una de las cuales tuvo por blanco al mismo Lenin.

²⁹ "Discurso de una reunión de delegados de los comités de pobres. . .", Obras completas, t. xxx, p. 19.

³⁰ E. H. Carr, op. cit., pp. 65-66.

Sin embargo, los bolcheviques siguieron llevando a cabo tal política, pues entendían que era la única viable para enfrentar una crisis tan grande, de carácter económico, político y militar.

Es interesante destacar, como lo menciona Carr, que en medio de una situación tan grave el gobierno trataba de promover

estímulos materiales (al campesino pobre), recompensándolos de sus servicios por medio de la obtención de lotes de granos provenientes de las cantidades requisadas [. . .]. Todos los testimonios confirman la enorme importancia que Lenin, en particular, daba a esta medida, que era un expediente político.³¹

De la misma manera se pueden encontrar también en esta época ejemplos de increíble heroísmo por parte de las masas, en su abnegación y entrega desinteresada a la causa del socialismo. Lenin menciona los brotes de comunismo florecientes en la iniciativa de las masas que prestan su trabajo voluntario, sin más recompensa que los "estímulos morales", en los llamados "sábados comunistas".³²

Pese al carácter mayoritariamente pequeñoburgués del campesinado ruso, su apoyo a la revolución, conquistado sin duda por una reforma agraria no socializante (y que dejaría pendientes enormes problemas que sólo en el futuro podrían ser resueltos de manera drástica y dramática), fue crucial y definitivo en la guerra civil, para aplastar definitivamente a la contrarrevolución. La historia justificó plenamente la táctica leninista de abandonar sus tesis sobre la cuestión agraria y adoptar, transitoriamente, el proyecto campesino pequeñoburgués.

³¹ Ibid., p. 66.

³² "Una gran iniciativa", Obras completas, t. XXXI, p. 294.

4. La cuestión de la autodeterminación

Se nos dice que Rusia se dividirá, se desmenuzará en repúblicas separadas pero nosotros no debemos temerlo. No importa cuantas repúblicas independientes haya, no nos asusta este hecho. Para nosotros no es de importancia la demarcación de las fronteras del Estado, sino conservar íntegra la unión de los trabajadores de todas las nacionalidades para la lucha contra la burguesía de cualquier nacionalidad.

Lenin, "Discurso en el primer Congreso de la Marina de Guerra de toda Rusia", *Obras completas*, t. XXVI, p. 327.

La cuestión de la autodeterminación de los pueblos subyugados siempre fue tomada en consideración por los marxistas. Marx y Engels en su época tomaron, en varias oportunidades, una posición de apoyo a los movimientos de liberación nacional. De la misma forma, el Congreso de la II Internacional, realizado en Londres en 1896, también reconoce el derecho a la autodeterminación de las naciones, por un lado, y, por otro, llama a la clase obrera a unificar su lucha internacionalmente. Tanto en el manifiesto de fundación del POSDR, en 1898, como en el programa aprobado en su II Congreso, en 1903, se reconoce el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos por el zarismo.

Esta parte del programa socialdemócrata ruso fue duramente criticada por Rosa Luxemburgo, quien argumentaba que el reconocimiento de tal derecho significaba apoyar el nacionalismo burgués en dichas naciones.

En 1913, Stalin publica un ensayo sobre *La cuestión nacional y la social-democracia*, cuya elaboración sin duda fue inspirada por Lenin.

A comienzos de 1914, Lenin mismo se dedicó a refutar minuciosamente toda la argumentación de Rosa Luxemburgo, en un artículo que sentaría las bases teóricas de la política seguida a partir del triunfo de la revolución de octubre. Veamos, en lo esencial, cómo se fundamenta la posición leninista sobre este problema que, sin duda, representó, uno de los más controvertidos aspectos de la política bolchevique.

La autodeterminación de las naciones, en la definición de Lenin, significa la formación de un Estado nacional independiente. Es importante destacar, una vez más y como punto de partida, el método de análisis marxista utilizado por él:

La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, del programa nacional para un país determinado), que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás, dentro del marco de una misma época histórica.

A la luz de este principio de análisis, Lenin plantea que

es necesario distinguir rigurosamente dos épocas del capitalismo [. . .]; la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituyen la sociedad y el Estado democrático-burgués, en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno u otro modo a todas las clases de la población a la política [. . .], de otra época en que los Estados capitalistas están completamente estructurados, con un régimen constitucional hace mucho tiempo establecido, con un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía, una época que puede llamarse víspera del hundimiento del capitalismo.³³

Esta explicitación que Lenin hace de las dos épocas es muy importante para poder definir, enseguida, si el carácter del movimiento libertador se inserta en el marco de la revolución democrática o en el de la revolución socialista, pues es en función de esta definición que se podrá tomar una posición al respecto, que naturalmente variará si se trata de una u otra época revolucionaria. Lenin no tenía pues una posición única para todos los casos que se pudieran presentar en el escenario mundial. Su posición se refería únicamente a la situación de los pueblos oprimidos por el imperio zarista (y también se justificaba en el caso de Persia, Turquía, China, como ejemplos), cuya lucha él pensaba que se insertaría en el contexto de una etapa democrático-burguesa. Naturalmente, Lenin subraya que la posición en favor de la autodeterminación no tendría ningún sentido en países en donde la etapa democrático-burguesa ya se hubiera cumplido.

Lenin insiste también en la necesidad de diferenciar entre la posición burguesa y la proletaria frente a esta cuestión.

³³"Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación", Obras escogidas, t. I. p. 622.

La burguesa coloca siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases [. . .] Por esto, el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el derecho a la autodeterminación, sin garantizar nada a ninguna nación ni comprometerse a dar nada a expensas de otra nación.³⁴

Partiendo de esta diferenciación, Lenin explicita meridianamente cuál debe ser la posición táctica obrera:

En cuanto la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, a favor, ya que somos los enemigos más audaces y consecuentes de la opresión. En cuanto la burguesía de la nación oprimida está por su nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra.³⁵

Y de ahí arranca un argumento que es definitivo para justificar su posición en el caso específico ruso: "Si no propugnamos ni llevamos a la práctica en la agitación la consigna del derecho a la separación, favorecemos no sólo a la burguesía, sino a los feudales y al absolutismo de la nación opresora"? El nacionalismo ruso, consideraba Lenin, era "menos burgués, pero más feudal" y constituía "el mayor freno para la democracia y la lucha proletaria". Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre, enfatizaba Lenin, y, por tanto, en interés de la lucha por la liberación en Rusia había que luchar también en contra de la opresión sobre los demás pueblos. Y parte de ahí para desenmascarar, definitivamente, la posición de Rosa Luxemburgo: "temiendo el nacionalismo de la burguesía de las naciones oprimidas, Rosa Luxemburgo favorece, en realidad, el nacionalismo ultrarreaccionario de los rusos".³⁷ Y más adelante agrega: "negar el derecho a la autodeterminación o a la separación, significa indefectiblemente, en la práctica, apoyar los privilegios de la nación dominante".³⁸

Es necesario insistir en que el problema, para Lenin, se plantea de manera relativa, no absoluta. Él entiende que, desde la perspectiva de los revolucionarios polacos, país donde tradicionalmente la pequeña burguesía ha tratado de utilizar el nacionalismo en provecho propio, la autodeterminación aparezca como una consigna no proletaria. Pero, desde el punto de vista de los revolucionarios rusos, la cuestión se plantea de manera distinta, y no admite que los socialdemócratas polacos quieran desconocerla diferencia existente entre las

³⁴Ibid., p. 630.

³⁵ Ibid., p. 631.

³⁶ Ibid., p. 632.

³⁷ Ibid., p. 634.

³⁸ Ibid., p. 643

dos situaciones. Intentar borrarla significa ser "nacionalista polaco al revés". Finalizando sus análisis sobre el tema, Lenin sintetiza cuál debe ser la posición revolucionaria: Completa igualdad de derechos de las naciones; derecho de autodeterminación de las naciones; fusión de los obreros de todas las naciones: tal es el programa nacional que enseña a los obreros el marxismo, que enseña la experiencia del mundo entero y la experiencia de Rusia.³⁹

En 1916, ya en el contexto de la guerra imperialista, Lenin contempla la posibilidad de que en los países coloniales la lucha contra la opresión nacional por el imperialismo y la lucha del proletariado en contra de la burguesía se fundieran en una sola guerra revolucionaria, en contra de toda forma de opresión.⁴⁰ En este caso, el movimiento libertador superaría rápidamente los marcos democrático-burgueses, y avanzaría hacia el socialismo.

Consumado octubre, el gobierno soviético reconoció formalmente la independencia de Polonia, Finlandia y otros Estados. Los bolcheviques cumplían así sus antiguos postulados programáticos. Tal actitud fue de importancia crucial para la conservación del poder soviético, puesto que varios de estos pequeños Estados se rehusaron a intervenir contra el Estado soviético durante el periodo de la guerra civil. Así opina Lenin respecto a esta delicada cuestión táctica: Fue precisamente por haber reconocido la independencia de los Estados polaco, letón, lituano, estonio y finlandés, que nos estamos ganando, lenta pero firmemente, la confianza de las masas trabajadoras de los pequeños Estados vecinos, más atrasados y más engañados y oprimidos por los capitalistas. Éste es el camino más seguro para arrancarlas a la influencia de "sus" capitalistas nacionales y conducirlos con plena confianza hacia la futura República Soviética Internacional unida.⁴¹

La revolución de octubre había rebasado el marco democrático-burgués y se había caracterizado como socialista. Sin embargo, como había planteado Lenin, una y otra época no están separadas entre sí por una muralla, sino ligadas por numerosos eslabones de transición, distinguiéndose, además, los diversos países, por la rapidez del desarrollo nacional, por la composición nacional de su población, por su distribución, etcétera, etcétera.⁴²

³⁹ Ibid., p. 669

⁴⁰ "Véase, por ejemplo, "El programa militar de la revolución proletaria", cit. pp. 800-2.

⁴¹ "Carta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de las victorias sobre Denikin", Obras completas, t. XXXII, p. 285.

⁴² "Sobre el derecho.. .", Obras escogidas. t. I, p. 623.

Y más aún: “En el problema de la autodeterminación de las naciones, como en cualquier otro, a nosotros nos interesa, ante todo y sobre todo, la autodeterminación del proletariado en el seno de las naciones”.⁴³ Lenin confiaba en que la independencia de Finlandia, país donde el Partido Socialdemócrata era bastante organizado y poseía un fuerte arraigo en la clase obrera, ayudaría a crear las condiciones para el avance hacia el socialismo, para cuyo concurso podrían cooperar las tropas rusas acantonadas en este país.” En enero de 1918, la socialdemocracia finlandesa intenta apoderarse del poder y recibe apoyo ruso. El nuevo país es conducido a una guerra civil que, finalmente, se resuelve en favor de la burguesía apoyada por las tropas alemanas. A partir de entonces, se frustra indefinidamente la posibilidad de una revolución en Finlandia.

Respecto a Polonia, Lenin y los bolcheviques alentaron también la esperanza de una revolución proletaria. En el año de 1920, cuando el Ejército Rojo había triunfado prácticamente en todos los frentes y aniquilado a la contrarrevolución, Lenin creyó que había llegado el momento de marchar hasta Varsovia y “aplantar a Wrangel (general polaco) puesto que sólo de esto depende que podamos empezar la construcción pacífica”,⁴⁴ y ayuda a los soviets polacos en la ofensiva final por la toma del poder. De hecho el Ejército Rojo, en una espectacular embestida, llegó hasta las puertas de la capital polaca, pero el proletariado de este país no se sublevó, inclusive algunos sectores se plegaron a la defensa de la patria contra “el invasor soviético”. . . Éste fue sin duda uno de los pocos errores de cálculo cometidos bajo la responsabilidad directa de Lenin.

Conviene detenernos un poco en el examen de la cuestión polaca, con el objeto de dilucidar los móviles que impulsaron a Lenin a cometer este error táctico.

Tenemos que considerar, en primer lugar, que en 1920 la República Soviética venía saliendo de una situación de guerra civil, que se había prolongado por dos años (esto será discutido en el próximo apartado). Durante la guerra civil, **las potencias imperialistas no sólo proporcionaron todo su apoyo a los guardias blancos, sino que además incitaron a los pequeños Estados a la invasión directa del territorio soviético.** Las tropas invasoras de Wrangel seguían siendo una amenaza considerable al poder soviético, aun después de derrotar a todos los generales blancos.

⁴³ Ibid.. p. 648.

*”En este momento, nosotros -voy a usar una fea palabra- estamos ‘conquistando’ a Finlandia, pero no a la manera como hacen ~~los~~ las de rapiña, los capitalistas internacionales. Estamos conquistando a Finlandia para concederle plena libertad de vivir en unión con nosotros y con otros, estamos garantizando pleno apoyo a los trabajadores de todas las nacionalidades contra la burguesía de todos los países. Esta unión no se basa en acuerdos, sino en la solidaridad entre los exlotados contra los explotadores.” “Discurso pronunciado en el Primer Congreso de Marina de Guerra de Toda Rusia”, Obras completas, t. XXVI, p. 327.

⁴⁴”Discurso en la conferencia de presidentes de CE de distritos, subdistritos rurales y aldeas de la provincia de Moscú”, ibid.,XXXIV,p. 29.

Conviene destacar la concepción de Lenin sobre la guerra civil internacional sufrida por la República de los Soviets en su propio territorio. Así está formulada:

[. . .] la resistencia de los explotadores, que aumenta a medida que se intensifican los embates del proletariado, y especialmente a medida que se fortalece la victoria del proletariado en algunos países, con la solidaridad internacional y la organización internacional de la burguesía, conducen inevitablemente a la combinación de la guerra civil dentro de diversos países con las guerras revolucionarias entre los países proletarios y los países burgueses que luchan por retener la dominación del capital. En vista del carácter de clase de estas guerras, la diferencia entre guerras defensivas y ofensivas no tiene ningún sentido.

Este proceso de desarrollo de la guerra civil internacional, proceso que ha tenido lugar ante nuestros ojos, con extraordinaria rapidez a partir de 1918, es en términos generales el producto lógico de la lucha de clases bajo el capitalismo y una etapa lógica en el camino hacia el triunfo de la revolución proletaria internacional.⁴⁵

Como vemos, es clara la posición de Lenin en relación al carácter inevitable de la internacionalización de la lucha de clases, bajo la forma de guerras civiles internacionales. Es decir, bajo la forma de guerras, generadas tanto porque la burguesía imperialista y sus aliados internos tratan de socavar el poder obrero, como a causa de que un Estado obrero acuda en ayuda de la clase obrera y sus aliados.

Sin embargo, Lenin era a la vez muy explícito al destacar -refiriéndose especialmente el caso polaco- que “el comunismo no se impone por la fuerza” y que “no hay que decretar nada desde Moscú”.⁴⁶ Esta afirmación de Lenin, por supuesto, iba dirigida a aquellos que discrepaban de su política de autodeterminación, considerándolos un estímulo a los sentimientos chovinistas de los obreros de los pequeños Estados.

Es por esto que, antes de contemplar la hipótesis de invadir a Polonia, el gobierno soviético trata, por todos los medios a su alcance, de llegar a un armisticio con este país; de negociar el fin de la guerra motivada por la invasión polaca al territorio soviético. El deseo de un arreglo pacífico, por parte de Lenin, encuentra resistencia de la parte polaca, debido al interés que las potencias imperialistas tenían en proseguir la guerra, utilizando para ello, como títere, al Estado polaco. Así comenta Lenin la cuestión:

Hemos hecho todo lo posible para impedir que se realicen los designios de los capitalistas y terratenientes de azuzar a la nación polaca para que libere la guerra contra Rusia. Pero aunque hemos hecho todo lo posible, los hechos futuros no dependen de nosotros.

⁴⁵ “Proyecto de Programa del PC(b)R”, *ibid.*, t. xxx, p. 466.

⁴⁶ “VII Congreso del PC(b)R. Informe sobre el programa del partido”, *ibid.*, t. XXXI, p. 43.

Y en seguida agrega:

Si a pesar de todos nuestros esfuerzos, los imperialistas polacos, apoyados por Francia, se embarcan en La guerra contra Rusia, y si emprenden su aventura militar, deben recibir, y recibirán una repulsa tal, que todo su frágil capitalismo e imperialismo se desmorone definitivamente.⁴⁷

La apreciación de fragilidad que Lenin hacía del Estado polaco, se asentaba en el hecho de que él sobrevaloraba -por cierto, en función de las informaciones obtenidas de los comunistas polacos- el desarrollo de la conciencia socialista, y de la organización en soviets, de los obreros polacos. Él creía que en Polonia las condiciones estaban ya maduras para el triunfo de la revolución; por esto concibe la invasión por parte del Ejército Rojo en un contexto en el que se podría consumir el asalto al poder por parte del proletariado polaco.

Pero es importante insistir en que la decisión extrema de la invasión de Polonia es tomada por Lenin (excepto él, nadie en el partido estaba completamente convencido del acierto de tal decisión. . .) después de constatar lo infructuoso de seguir intentando la paz. Y vale la pena destacar cómo Lenin percibía que desde el punto de vista de los intereses rusos, la paz era lo conveniente y que, para lograrla, valía la pena hacer todas las concesiones posibles.

[. . .] nos agarramos con ambas manos a la proposición de paz, y estamos dispuestos a hacer las máximas concesiones, convencidos de que la paz con los pequeños Estados impulsará nuestra causa infinitamente más que la guerra, porque los imperialistas usaban la guerra para engañar a las masas trabajadoras, la usaban para ocultar la verdad sobre la Rusia Soviética.

Pero no podía dejar de reconocer que “no cabe la menor duda de que están haciendo preparativos bélicos”.⁴⁸

Además, a juicio de Lenin, existía otra razón de peso para que el Estado soviético intentara concertar la paz: comenzar la “construcción pacífica”. Los obreros y campesinos, después de tantos años de guerra, se encontraban agotados y aspiraban a reorganizar su vida tranquilamente. Es por esto que Lenin decía: “para nosotros no son tan importantes las fronteras, aunque perdamos en las fronteras, desde el punto de vista de la menor extensión de territorio; para nosotros es más importante conservar la vida de decenas de miles de obreros y campesinos, conservar la posibilidad de construcción pacífica [. . .]”.⁴⁹

⁴⁷ “Discurso pronunciado en la sección del Soviet de Moscú de diputados obreros y del Ejército Rojo”, *ibid.*, t. XXXII, p. 444.

⁴⁸ “IX Congreso del PC(b)R, Informe del C.C.”, *ibid.*, t. XXXIII, p. 38.

⁴⁹ “Discurso en la conferencia de presidentes del CE”, *cit.*, p. 28.

Pero Wrangel había pasado a la ofensiva, con tropas a juicio de Lenin, "extraordinariamente fortalecidas". Él sabía que "el frente de Wrangel y el frente polaco son lo mismo y la cuestión de la guerra contra Wrangel es la cuestión de la guerra contra Polonia".⁵⁰

Sin duda, Lenin trataba de combinar los intereses nacionales rusos -fin de la guerra- con aquellos que él consideraba como los intereses del proletariado polaco: la revolución socialista, posibilitada por la intervención del Ejército Rojo.

Él mismo relata la fantástica hazaña del Ejército Rojo: "hemos realizado un avance casi sin precedentes en la historia militar. El Ejército Rojo avanzó 500, 600 y en muchos lugares hasta 800 verstas sin detenerse, y casi llegó a Varsovia. Varsovia se consideraba perdida para Polonia [. . .]". Pero sigue su relato: "[. . .] nuestras tropas estaban hasta tal punto agotadas, que no tuvieron fuerzas para lograr la victoria, mientras las tropas polacas, apoyadas por una ola de patriotismo en Varsovia, sintiéndose en su propio país, encontraron apoyo y una nueva posibilidad de avanzar".⁵¹

Al ordenar la marcha sobre Varsovia, Lenin había tratado de poner en práctica su concepción de que se esfumaba la distinción entre guerras ofensivas y defensivas. Desde esta perspectiva, su análisis era básicamente correcto. Y fue confirmado dos décadas y media después, cuando, al concluir la segunda `guerra mundial, cupo al Ejército Rojo marchar hacia Europa oriental y colaborar decididamente con las resistencias de varios países, que se transformaron en Repúblicas Populares. Pero el hecho es que en 1920, y respecto a la situación polaca, la invasión del ejército soviético no dejaba de ser un intento de llevar al vecino país la revolución a través de las bayonetas, puesto que el pueblo polaco, y la clase obrera en especial, repudió la invasión. Ésta es la razón de fondo de lo que Lenin mismo denominó una "tremenda derrota a las puertas de Varsovia".⁵²

A raíz de este fracaso, Lenin supo reconocer autocríticamente -estilo que siempre caracterizó su actuación política- el error de tal empresa. "Es indudable que aquí hubo errores [. . .]. Con el correr del tiempo, cuando se hayan reunido los documentos y materiales, podremos sopesar cabalmente nuestro error." Pero insistiría al mismo tiempo en que "cualquier camarada sabe que si en un momento conveniente hubiésemos podido pasar a una guerra ofensiva, jamás habríamos renunciado a hacerlo". Y subraya enfáticamente: "mientras el partido no lo prohíba, siempre pasaremos a la ofensiva".⁵³ Con este espíritu Lenin forjó su partido e impregnó

⁵⁰ Loc. cit.

⁵¹ "Discurso en el Congreso de obreros y empleados de la industria del cuero "Obras completas, t. XXXIII, p. 443.

⁵² "Conferencia del PC(b)R de la provincia de Moscú", Ibid.. t. xxxv. 112

⁵³ "VIII Congreso de toda Rusia de Soviets", ibid., t. xxxv. 251.

con él al Ejército Rojo, capacitándolo para que, en los momentos decisivos en los años cuarenta, en la contraofensiva al nazismo, se lanzara a la ocupación de buena parte del territorio europeo. Debemos recordar también que, a pesar del fracaso, Lenin vislumbró aspectos positivos en la malograda invasión. Por ejemplo, su influencia positiva sobre el proletariado inglés, que creó un "Comité de Acción" para frustrar definitivamente la injerencia inglesa en los asuntos soviéticos. Este Comité de Acción representaba, a juicio de Lenin, un importante avance en el proceso revolucionario en Inglaterra que, por su parte, repercutiría "sobre el movimiento obrero mundial, y en primer lugar, sobre el de Francia".⁵⁴

Éstos fueron, en líneas generales, los supuestos, los hechos y los resultados de la actividad de Lenin en cuanto a la invasión a Polonia. Sería demasiado extenso considerar cada uno de los casos de las nacionalidades donde el problema de la independencia nacional se planteó conforme a los principios de la revolución de octubre. Diversas nacionalidades llegaron a organizar gobiernos burgueses independientes como Ucrania, Letonia, Estonia y Georgia. Sin embargo, éstos fueron de corta duración, pues de distintas maneras y al calor de la guerra, los bolcheviques fueron poco a poco retomando el control de la situación. A fines de 1922, se crea la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y se cierra una larga y dura etapa de luchas por la unificación socialista de lo que había sido antes el imperio de los zares.

5. La guerra civil

Las grandes revoluciones, aunque hayan comenzado pacíficamente, como la gran Revolución Francesa, acaban en guerras encarnizadas que son desatadas por la burguesía contrarrevolucionaria
[. . .] No puede haber revolución pacífica hacia el socialismo.

Lenin, "I Congreso de enseñanza para adultos",
Obras completas, t. XXXI, p. 230.

⁵⁴"IX Conferencia de toda Rusia del PC(b)R", *ibid.*, t. XXXIII, pp. 406-7.

Si bien desde las primeras semanas de ejercicio del poder soviético la contrarrevolución empieza a actuar, la guerra civil se extiende y se generaliza a partir del segundo semestre de 1918 y dura hasta 1920. Los bolcheviques tienen que crear, sobre la marcha, bajo la premura de los enfrentamientos, el Ejército Rojo, cuyo dirigente fue Trotsky. Durante dos años, la joven República es invadida por las tropas mercenarias de cerca de catorce potencias capitalistas. La contrarrevolución dispone de todo tipo de ayuda para tratar de liquidar la primera revolución socialista. A la crítica situación económica -heredada del antiguo régimen, agravada como consecuencia de la guerra y por la revolucionarización de las relaciones económico-sociales de producción- se superpone el inviolable bloqueo imperialista, que reduce a cero el comercio exterior. Finalmente, la agresión militar viene a transformar el país en una sociedad casi caótica, en donde es prácticamente imposible hacer funcionar, con un mínimo de eficiencia, las normas preliminares de la planificación socialista. El comunismo de guerra fue una situación de hecho, generada por este conjunto de circunstancias especialísimas, frente a las cuales reaccionó magistralmente el genio creador de los dirigentes soviéticos, y en especial de Lenin, improvisando soluciones de emergencia y sistematizando aquellas que encontraban las masas. Naturalmente, los bolcheviques preveían cuál sería el curso de los acontecimientos pues sabían muy bien que la consolidación de la primera revolución, bajo el cerco hostil del imperialismo, no sería tarea sencilla, sino que más bien exigiría un esfuerzo titánico, y así trataron, desde los primeros momentos del triunfo, de prepararse para ello. Lenin, en enero de 1918, llama la atención sobre el hecho de que no "se podía saltar de golpe del capitalismo al socialismo" y advierte que esta tarea no es posible sin "el hundimiento pleno de la burguesía tanto rusa como europea".⁵⁵

Lenin había definido, como tarea primordial de la revolución, desde sus Tesis de Abril, instaurar el control de la producción social y de la distribución por la clase obrera. Insistió, en otras oportunidades, sobre la necesidad de organizar la contabilidad y de implantar el control obrero sobre las industrias. Lenin había pensado en un paulatino proceso de socialización de la base productiva del país. Sin embargo, debido a las premuras de la guerra, paralelamente a la radicalización de la clase obrera cansada por ella, tuvo que acelerarse el proceso de estatización de los bienes de producción. En muchos casos, se crearon situaciones de hecho, por parte de los obreros o de los burgueses, puesto que éstos abandonaban y sabotaban las industrias y empresas. Antes de concluir el primer año del poder soviético, prácticamente toda la infraestructura industrial estaba en manos del Estado. Sin embargo, si bien la iniciativa creadora de las masas siempre fue considerada de máximo valor por Lenin, la instauración del control obrero sobre el proceso productivo no resolvía por sí sola las inmensas tareas económicas que el Estado proletario tenía que enfrentar para abrirse paso en medio de la crisis.

⁵⁵ "III Congreso de los Soviets de toda Rusia", Obras escogidas, t. II, pp. 570-71.

Aconteció lo mismo en relación a las tareas de orden estrictamente militar, social, etcétera. En las Tesis de Abril, Lenin había definido que la remuneración de los funcionarios no debería exceder al salario medio de un obrero calificado. Sin embargo, en el curso de la revolución, comprendió que esta tesis tenía que ser rectificadas, pues era imprescindible la colaboración de los especialistas provenientes de las clases acomodadas, que no estaban dispuestos, por lo general, a prestar sus servicios sino a cambio de altas remuneraciones. Por esto, en medio de la guerra civil, Lenin plantea:

La cuestión de los especialistas burgueses está planteada en el ejército, en la industria, en las cooperativas, en todas partes. Es una cuestión muy importante en el periodo de transición del capitalismo al comunismo. Podremos construir el comunismo únicamente cuando, mediante los recursos que nos brindan la ciencia y la técnica burguesa, lo hagamos más accesible a las masas.⁵⁶

Naturalmente, Lenin sabía que la mayoría de estos especialistas estaba impregnada "hasta la médula de ideología burguesa" y por esto insistía en que era necesario rodearlos de comisarios obreros de tal manera que no pudiesen eludir el control por parte de éstos, si bien este control debería llevarse a cabo de manera amistosa, tratando de ganarlos para la causa. De todos modos, él creía que no se debía tratar de ahorrar en su pago, pues de lo contrario, "podemos perder tanto que no podríamos recuperar lo perdido ni con millares de millones".⁵⁷

La importancia de esta táctica leninista quedó patente no sólo en la economía sino también en la guerra civil, pues la participación de los antiguos oficiales zaristas en el Ejército Rojo, fue un factor decisivo para la victoria sobre la contrarrevolución. Pese a que estas medidas se adoptaron en función de la situación de crisis acentuada por la guerra civil, Lenin sabía que tendría que durar un largo periodo. Sabía que la revolución tenía por delante la vasta tarea de educar a las masas; de poner la cultura al acceso de todos; de preparar nuevas generaciones en el espíritu del socialismo, que fueran capaces de promover su desarrollo. Sólo entonces se podría superar una serie de herencias de la vieja sociedad, como por ejemplo aquella que impregnaba todos los niveles del nuevo sistema con los olores del pasado, el burocratismo:

"sólo cuando toda la población participe en la administración del país se podrá luchar hasta el fin contra el burocratismo y vencerlo totalmente".⁵⁸

⁵⁶ "VIII Congreso del PC(b) de Rusia", *ibid.*, t. III, p. 175.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 177.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 180.

Ésta era la esencia de la concepción de Lenin respecto a este problema que es crucial en la transición socialista. Otro aspecto muy relevante, y que sin duda es producto de la situación de guerra, es la tarea de eliminar a la oposición. Durante un conflicto bélico, ningún Estado puede permitir la oposición, del tipo que fuere, pues ésta resulta benéfica para el enemigo. Frente a la amenaza de la guerra civil, cuando los enemigos se configuraban con demasiada fuerza, mantener cualquier actitud pluralista hubiera sido una actitud sumamente irresponsable. Así contestaba Lenin al “renegado Kautsky”.

Sepa usted que “oposición” es un concepto de la lucha pacífica y exclusivamente parlamentaria, es decir, una noción que responde a una situación no revolucionaria, a la ausencia de revolución [. . .] Es ridículo enfocar desde el punto de vista de la “oposición” los problemas de una guerra civil implacable cuando la burguesía se decide a todos los crímenes [...]”⁵⁹

Durante la guerra civil, Lenin comprende que inclusive dentro del partido era necesario restringir el funcionamiento de las normas democráticas; a este respecto él dice:

Estamos en una encarnizada guerra civil, en la que no puede haber, hablando en general, amplia libertad de crítica, etcétera. No es eso lo que nos ocupa: tenemos que poner en tensión todas las fuerzas para terminar la guerra.⁶⁰

Lenin percibe muy claramente que un factor esencial para el triunfo es la unidad, tanto en el seno del pueblo como en el de la vanguardia. En el pueblo, un factor fundamental de unificación fue la acción de la propia contrarrevolución:

“La participación de los terratenientes en esta guerra unió a la clase obrera y el campesinado absoluta, incondicional e irrevocablemente”.⁶¹

En el seno de la vanguardia, fue unificadora la convicción de que las diferencias internas eran secundarias frente a la amenaza del enemigo nacional y extranjero. A este respecto, Lenin estaba convencido de que la lucha interna en el partido, en este periodo en que el poder soviético estaba amenazado, debería ser contenida dentro de límites bien precisos. Es por esto que, en el X Congreso del Partido, él -quien tenía una larga tradición de lucha fraccionaria- propone la prohibición de las fracciones. La guerra civil estaba prácticamente terminada, pero la sublevación de Kronstadt revelaba que el poder soviético seguía amenazado. Sin embargo,

⁵⁹ “La revolución proletaria y el renegado...”, cit., p. 100.

⁶⁰ “IX Conferencia de toda Rusia del PC(b)R”, Obras completas, t. XXXIII, p. 414.

⁶¹ “X Conferencia de toda Rusia del PC(b)R”, ibid.. t. xxx, pp. 296-97.

hay que hacer notar que Lenin nunca preconizó el término total de las libertades de crítica y de oposición, sino más bien proponía que éstas no deberían poner en jaque la unidad del partido. Así decía, refiriéndose a la lucha dentro del partido, que la motivaban las distintas concepciones respecto de los problemas de la transición socialista y sus posibles soluciones:

“La oposición, que es un reflejo de este periodo de transición, contiene indudablemente algo sano, pero cuando se transforma en oposición por oposición, entonces es preciso ponerle fin decididamente”. Y llamaba a su partido a preocuparse no tanto por la libertad de crítica; sino más bien “por el contenido de la crítica”.⁶²

Fue esta misma dinámica de la guerra civil lo que condujo a eliminar a la oposición, y forzó también al primer Estado obrero a crear, además del Ejército Rojo, sus propios aparatos civiles para reprimir la contrarrevolución. Se crea entonces la Checa (Comisión Extraordinaria), cuya función específica era luchar contra el sabotaje económico (acaparamiento, mercado negro, boicot a la producción, etcétera) y político (acciones terroristas, etcétera), en defensa del Estado obrero. Lenin planteaba, ya a fines de la guerra civil:

En Rusia (después de más de dos años de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán durante años en todas partes después de la conquista del poder por el proletariado [. . .] Para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función organizadora (que es su función principal), son necesarias una centralización y una disciplina severísima en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad.⁶³

Lenin subraya también el hecho de que, pese a la victoria en la guerra civil, el proletariado “sigue siendo, durante mucho tiempo, más débil que la burguesía”, debido a los contactos internacionales de ésta y debido al “renacimiento espontáneo y continuo” de las relaciones capitalistas entre los pequeños productores. Por esto, llama a aprovechar siempre “la menor grieta entre los enemigos” tanto en el nivel exterior como en el interior del país y a “aprovechar asimismo las nuevas posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable: poco seguro, condicional”. Y agrega en seguida:

“El que no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, en general”.⁶⁴

⁶²“Conferencia del PC(b)R de la Provincia de Moscú”. *ibid.*. t. XXXIVpp.128-29.

⁶³ “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, obras escogidas, t. III, pp. 370-71.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 393-94.

Finalmente, insistimos en que el triunfo en la guerra civil se debió a que se logró establecer una alianza entre la clase obrera y el campesinado. La guerra precipitó esta alianza y, a su vez, ésta condicionó la victoria. Vale la pena mencionar otra larga cita de Lenin, en la cual sintetiza este hecho de trascendental importancia:

La base de las relaciones entre el proletariado y los campesinos en la Rusia Soviética ha sido creada por la época de 1917-1921, cuando la invasión de los capitalistas y terratenientes, apoyados por toda la burguesía mundial y por todos los partidos de la democracia pequeñoburguesa (eseristas y mencheviques), formó, templo y selló la alianza militar del proletariado y los campesinos en defensa del Poder Soviético. La guerra civil es la forma más aguda de la lucha de clases, y cuanto más aguda es esta lucha, con tanta mayor rapidez se consumen en su fuego todas las ilusiones y prejuicios pequeñoburgueses, con tanta mayor evidencia enseña la misma práctica, aún a los sectores más atrasados de los campesinos, que sólo la dictadura del proletariado puede salvarles, que los eseristas y los mencheviques no son más que lacayos de los terratenientes y capitalistas. Pero (prosigue Lenin) si la alianza entre el proletariado y los campesinos fue -y no pudo menos de serlo- la primera forma de una alianza sólida entre ellos, no hubiera podido mantenerse ni siquiera unas semanas sin cierta alianza económica entre las clases mencionadas.⁶⁵

Esta alianza económica revistió la forma de entrega de tierras a los campesinos y de protección en contra de los explotadores, así como durante el comunismo de guerra, la entrega de alimentos a la clase obrera. Aplastada la contrarrevolución, la infraestructura económica soviética se encontraba en un tremendo caos: no se había logrado aún implantar una planificación socialista global, y tampoco funcionaban las leyes de la economía de mercado. Se hacía necesario reorganizar profundamente el aparato productivo y la distribución de los bienes. Esta reorganización tenía que partir de la agricultura, que aún no podía dejar de ser la base fundamental del sistema soviético. Se hacía imperativa una Nueva Política Económica, y así se llamará la reorientación del sistema a partir de la posguerra civil. Es importante tener presente que, en el momento mismo del congreso del partido, en 1921, ocurre la sublevación de Kronstadt, promovida por elementos anarquistas, antiguos miembros de la extinta fracción menchevique y de los eseristas. El objetivo era, según ellos, liquidar la dominación de los bolcheviques, pero obviamente estaban cuestionando el poder de los soviets.

Lenin considera este episodio como un producto de la "agravación" extrema en la situación de los campesinos, que ya de por sí era extraordinariamente difícil, a consecuencia de la guerra y el bloqueo", que empeoró más aún debido a la sequía y, como consecuencia, a las malas cosechas de ese año. "Como resultado de esta

⁶⁵"III Congreso de la Internacional Comunista", *ibid.*, t. III, p. 640.

agravación, surgieron las vacilaciones políticas, que constituyen, hablando en general, la naturaleza misma del pequeño productor. La manifestación más palmaria de estas vacilaciones ha sido el motín de Kronstadt".⁶⁶ Kronstadt desencadena una fuerte solidaridad nacional e internacional, por parte de la contrarrevolución. Representa, pues, el embrión de una amenaza real. Por esta razón, no quedaba otra salida al gobierno soviético que reprimir esta manifestación antirrevolucionaria.

Al pequeño productor desperdigado, al campesino, lo une económica y políticamente la burguesía [...] o el proletariado [. . .] De un "tercer" camino, de una "tercera fuerza" sólo pueden charlar y soñar los fatuos Narcisos.

Lenin recuerda, a ese respecto, un folleto suyo escrito en 1918 ("La tarea principal de nuestros días. Acerca del infantilismo 'izquierdista' y del espíritu pequeño burgués") donde decía que "el enemigo principal" es el "elemento pequeñoburgués".

O sometemos a este pequeñoburgués a nuestro control y contabilidad, o él echará abajo nuestro poder obrero inevitable e ineluctablemente, de la misma manera que echaron abajo la revolución los Napoleón y los Caivagnac, que brotaron precisamente sobre ese terreno de pequeños propietarios. [...] La ruina, la miseria, la gravedad de la situación engendran las vacilaciones: hoy en favor de la burguesía y mañana en favor del proletariado. Únicamente la endurecida vanguardia del proletariado es capaz de mantenerse y resistir las vacilaciones.⁶⁷

Fue en medio de estos acontecimientos, y de este estado de ánimo, que Lenin propuso la introducción de la NEP.

⁶⁷ Ibid., pp. 630-31.

6. La NEP: Un repliegue táctico

Surge la pregunta: ¿cómo distribuiremos estas privaciones? Somos el poder estatal. Hasta cierto punto, podemos repartir las privaciones, imponerlas a varias clases, y así aliviar relativamente la situación de algunas capas de la población. ¿De acuerdo con qué principio debemos proceder? ¿Según el principio de la justicia o de la mayoría? No. Debemos proceder prácticamente. Debemos hacer la distribución de modo de mantener el poder del proletariado. Éste es nuestro único principio.

Lenin, "III Congreso de la IC". *Obras completas*, t. XXXV, p. 391.

Durante el periodo 1917-1922, fue puesta a prueba la capacidad de la primera revolución socialista para afirmarse como tal, para superar las inmensas dificultades provocadas primero por la guerra imperialista, la guerra civil y las invasiones extranjeras; enseguida, por la debilidad de la industria, por la resistencia al socialismo de parte considerable del campesinado Ruso, y finalmente, por el fracaso de la revolución en Europa. Pese a todas estas dificultades, el socialismo se había consolidado en la Unión Soviética, no sin una serie de marchas y contramarchas, pero de todas maneras como un proceso irreversible de instauración de un modo de producción superior. En este periodo, desde que triunfa la revolución, Lenin considera la existencia de tres etapas:

Primera etapa: la de la victoria y su consolidación. La revolución proletaria empieza por alterar las relaciones existentes entre las dos clases hostiles, la burguesía y el proletariado. La tarea principal es asegurar el poder proletario e impedir que la burguesía retome el poder.

Segunda etapa: la de la guerra y las invasiones, de 1918 a 1920. La revolución tiene que enfrentar la cuestión campesina. Para ello es necesario diferenciar de hecho el campesinado, definiendo una política en contra de los campesinos ricos, tratando de desarrollar y organizar al campesinado medio, es decir, a los campesinos que no explotan a otros, aliándose con éstos a fin de aislar a los campesinos ricos y llevar la revolución proletaria al campo.

Durante este periodo, Lenin preguntaba: “¿Cómo ganar al campesinado mediano?”. Y contestaba: se deben “mejorar sus condiciones materiales, organizar su vida, no dar órdenes”. Lenin paraba mientes en el peligro de las medidas de carácter autoritario-burocrático, que podrían llevar a que esta clase se volviera en contra del poder proletario.

Las dificultades enfrentadas en este periodo fueron extraordinariamente grandes, debido a las invasiones mercenarias extranjeras, aunque es también verdad que, en cierta forma, éstas favorecieron la alianza entre los obreros y campesinos frente a la amenaza exterior. La situación de caos profundizaría la crisis, la miseria y el atraso industrial, obstáculos por sobre los cuales los bolcheviques, junto a la clase obrera, tenían que pasar para instaurar el socialismo.

Tercera etapa: la del paso atrás o “reformista”. Esta etapa fue necesaria, fundamentalmente porque no se llevó a cabo la revolución en Europa, tan esperada por los bolcheviques, y la Unión Soviética tuvo que vivir aislada en un mundo capitalista.

La política “reformista”, expresada en la NEP, respondía a la necesidad de incentivar el intercambio entre el campo y la ciudad; de reactivar el comercio; de estimular la pequeña empresa; de permitir la entrada de capital extranjero; en suma, de revivir el capitalismo. Según la concepción de Lenin, se trataba de que todo esto estuviera, sin embargo, sometido a la regulación estatal. Esto era necesario en la medida en que, dada la aterradora situación de crisis general, el comercio era la única forma inmediata de posibilitar el restablecimiento de los vínculos entre la agricultura y la industria. La NEP representaba una etapa específica por la que tenía que pasar el primer país socialista. Así lo entendió Lenin, quien jamás pretendió generalizar los percances determinados por el aislamiento de la primera experiencia de construir el socialismo:

Mientras el Estado no pueda ofrecer al campesino productos de la fábrica socialista a cambio de todos estos sobrantes, la libertad de comerciar con los excedentes significa inevitablemente libertad de desarrollo del capitalismo. Sin embargo, dentro de los límites indicados, esto no representa peligro alguno para el socialismo, mientras el transporte y la gran industria sigan en manos del proletariado. Al contrario, el desarrollo del capitalismo controlado y regulado por el Estado proletario (es decir, del capitalismo “de Estado” en ese sentido de la palabra) es ventajoso y necesario (claro que sólo hasta cierto punto) en un país de pequeños campesinos, extraordinariamente arruinado y atrasado, porque puede acelerar un desarrollo inmenso de la agricultura por los campesinos.⁶⁸

⁶⁸ “III Congreso de la Internacional Comunista”, *ibid.*, p. 641. Véase también “Sobre el impuesto en especie”, *cit.*, pp. 601ss.

Lenin llamaba la atención sobre el hecho de que

“el capitalismo de Estado, tal como lo hemos implantado en nuestro país, es un capitalismo de Estado original. No corresponde al concepto habitual de capitalismo de Estado”.⁶⁹

El “paso atrás” consistió en una vuelta al capitalismo, pero bajo la regulación del Estado. De acuerdo a Lenin, ésta era una política de respiro y, como tal, transitoria y contenida dentro de límites bien precisos, es decir, una política que, en cuanto fuera posible, debería ser suspendida. En estas condiciones, él insistía en que “las reformas son un producto subsidiario de la lucha revolucionaria del proletariado”. Son una tregua. En 1922 el “paso atrás” podía ser dado, porque la revolución ya se había consolidado, derrotando militarmente a la contrarrevolución, y sólo por esto.

Lenin entendía muy bien que “la base material del socialismo no puede ser sino la gran industria mecanizada”.⁷⁰ Sin embargo, en la Unión Soviética de la posguerra civil, no existían las condiciones para el desarrollo prioritario de esta industria. Pasarían algunos años antes de que la política económica fuera de nuevo reorientada con el objeto de privilegiar la industria pesada; antes de que se pudiera promover la “acumulación socialista originaria” que consistiría en el reverso de la política de la NEP, es decir, en subyugar la agricultura con el fin de promover el desarrollo industrial. Lenin no vivió para dirigir la etapa posterior, si bien intuía perfectamente su necesidad y por esto no vaciló al proclamar la NEP:

“Nuestro comercio nos proporciona medios que podemos utilizar para levantar la industria pesada [. . .] Pero para ponerla en buenas condiciones serán precisos varios años de trabajo”.⁷¹

El “paso atrás” fue pues un retroceso táctico y momentáneo concebido, frente a la situación de emergencia, con el objeto de desbrozar el camino para los avances ulteriores. Si bien la intención original era destinar la NEP fundamentalmente a la agricultura, pronto sus consecuencias se extendieron al conjunto de la vida económica y social del país, donde las relaciones típicamente capitalistas resurgían como hongos después de la lluvia . . .

⁶⁹ “IV Congreso de la Internacional Comunista”, Obras escogidas, t. III, p. 742.

⁷⁰ Ibid., p. 642.

⁷¹ Ibid., p. 741.

Lenin tenía bien claro que lo esencial era mantener la dictadura del proletariado, su poder político, respaldado por el control, por parte de su Estado, de los principales instrumentos de producción. Percibía que se inauguraba una etapa, menos heroica y más “reformista”, pero necesaria para preservar los triunfos logrados hasta entonces y que, en definitiva, eran los fundamentales. Por esto apreciaba con objetividad la situación:

[. . .] hasta ahora hemos sabido superar las dificultades inauditas que la historia ha puesto en el camino de la primera república socialista, porque el proletariado comprendió correctamente sus tareas como dictador, o sea, como dirigente, organizador y educador de todos los trabajadores. Vencimos porque siempre hemos determinado correctamente la tarea más inaplazable, más vital y candente, y hemos concentrado efectivamente en esta tarea las fuerzas de todos los trabajadores, de todo el pueblo.

Las victorias militares se obtienen más fácilmente que las victorias económicas. Fue mucho más fácil vencer a Kolchak, Iudenich y Denikin que vencer los viejos hábitos, las viejas relaciones y costumbres, y las condiciones económicas de carácter pequeñoburgués apoyadas y reproducidas por millones y millones de pequeños propietarios, al lado de los obreros, junto con ellos y entre ellos.

Y enseguida agrega:

La victoria en este terreno requiere más firmeza, más paciencia, más perseverancia, más tesón, más sistematización en el trabajo, más capacidad para organizar y administrar en gran escala. A nosotros, que somos una nación atrasada. esto es lo que más nos falta.⁷²

Como una consecuencia lógica de este tipo de razonamiento, Lenin entrega uno más de sus grandes aportes creadores a la teoría revolucionaria; el establecimiento de la nueva relación entre el método de acción revolucionaria y el método de acción reformista, después de la toma del poder. Él llama la atención sobre el hecho de que el método revolucionario tiene sus límites, y que no se puede, por tanto, actuar siempre guiándose por él, pues se corre el riesgo de perder todo lo que se ha logrado. A su juicio existen determinadas circunstancias -precisamente las que suceden a las grandes victorias- en las cuales es necesario saber pasar a las acciones reformistas. Para él, los dos métodos se complementan en el periodo de la transición socialista; así formula la cuestión en estos términos: “¿De qué se deduce que la revolución, grande, victoriosa y mundial, puede y debe emplear únicamente métodos revolucionarios? De nada. Eso es absoluta y totalmente falso”.⁷³ E indica, como ejemplo de acción reformista, la paz de Brest, que sin embargo fue correcta pues permitió mantener el

⁷² “Carta a las organizaciones del PCR sobre la preparación para el Congreso del Partido”, Obras completas, t. XXXII, p. 389.

⁷³ “Acerca de la significación del oro ahora y después de la victoria completa del socialismo”, Obras escogidas, t. III, pp. 665. Todas las demás citas, hasta el final de este capítulo, son de este texto

poder soviético. Vuelve pues a insistir en el famoso planteamiento que había hecho en 1918: "Es necesario saber encontrar en cada momento particular el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente".

Terminada la guerra civil, en el país de los soviets, "ese eslabón es la reanimación del comercio interior, regulado (orientado) con acierto por el Estado". Ésa era la condición clave para poder apoderarse "de toda la cadena en un futuro próximo". Lenin propone por tanto, con la NEP, un cambio de táctica basada en un nuevo método: el reformista. Ese cambio consistía en abandonar el método del "asalto" y adoptar el del "cerco", "mediante una serie de acciones lentas, graduales, de cauteloso "sitio".

Lenin insiste en el acierto de la relación entre reforma y revolución tal cual lo había formulado Marx. Pero destaca que "Marx tan sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto, a saber: en las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, aunque sea en un solo país. En tales condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son un producto accesorio de la lucha de clase revolucionaria del proletariado". Y luego pone énfasis en que: "Para todo el mundo capitalista esta relación constituye el fundamento de la táctica revolucionaria". Pero, agrega Lenin:

Después del triunfo del proletariado, aunque sólo sea en un solo país, aparece algo nuevo en la relación entre las reformas y la revolución. En principio, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en la forma se produce un cambio que Marx, personalmente, no pudo prever, pero que sólo puede ser comprendido colocándose en el terreno de la filosofía y de la política del marxismo. ¿Por qué hemos podido emplear acertadamente el repliegue de Brest? Porque habíamos avanzado tanto que teníamos a dónde replegarnos.

Esta cita de Lenin esclarece su concepción respecto del papel de las reformas en el socialismo. Y para hacer aún más patente su punto de vista en relación a este tema, vale la pena citar un trozo más de su texto:

las reformas "constituyen, además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas, después de una tensión extrema, no bastan para llevar a cabo por vía revolucionaria tal o cual transición".

En síntesis, para Lenin las reformas son en el socialismo, repliegue y tregua que suceden a los grandes avances. ¿Cuáles son sus límites? La conservación del poder proletario. El proletariado puede y debe hacer concesiones, a condición de no poner en jaque su poder; o dicho de otra manera, para no perder su poder. Brest sucedió a la toma del poder; la NEP al triunfo de la guerra civil. Los momentos de gran ofensiva son

intercalados con aquellos de consolidación, en los cuales se retrocede como preparación para nuevos saltos. En otros textos sin embargo, Lenin contempla la posibilidad del "paso directo" al socialismo, sin necesidad del repliegue al capitalismo de Estado. Pero tal posibilidad, a su juicio, sólo sería viable en el caso de darse la revolución en países muy desarrollados. No podemos extendernos aquí sobre esta cuestión; sólo queremos dejar indicado cómo comprendía él la necesidad de utilizar el método reformista en la construcción del socialismo. Esto en un país que, como la Unión Soviética, se encontraba agotado; con la economía dañada, virtualmente destrozada después de tantos años de esfuerzo bélico.

Es cierto que años después el "paso atrás" se suspendió y el proceso de socialización retomó su curso. Así la sociedad soviética pudo vivir un impetuoso desarrollo de sus fuerzas productivas, hasta el punto de llegar a ocupar el puesto de gran potencia mundial. Es verdad que tal suspensión no se hizo pacíficamente, como lo creía Lenin, sino bajo la política de fuerza y terror instaurada por Stalin. Pero pese a ello se ha mantenido el carácter fundamentalmente proletario del Estado soviético, carácter que jamás ha sido cuestionado ni siquiera por Trotsky, el más implacable crítico del Stalinismo.*

* El cuestionamiento del carácter proletario del Estado Soviético lo establecen los chinos, a partir de la polémica que se verifica a comienzos de la década de los sesenta. Pero los chinos ponen a salvo de sus críticas el periodo Stalinista, para situar el periodo de "reversión" al capitalismo en la nueva era que inaugura Jruschov. Sus tesis son equivocadas, como lo son las de diversos autores que, de una u otra manera, han partido de las tesis chinas para cuestionar, con mayor o menor extensión, el socialismo soviético. La radicalización de las tesis chinas ha llevado a una política antisoviética sistemática, que llega a considerar el "social imperialismo" de la República de los Soviets como el principal enemigo de los pueblos y a proponerse una alianza con el "otro" imperialismo para detener su expansión. Éste es un resultado lógico del antisovietismo, tan de moda, desafortunadamente, en nuestros días. . .

II. Lenin y la III Internacional

Tenemos un ejército de comunistas en todo el mundo. Está aún mal preparado, mal organizado. Sería extremadamente perjudicial olvidar esta verdad o temer reconocerla. Sometiéndonos a prueba con el mayor cuidado y rigurosidad, y estudiando la experiencia de nuestro movimiento, debemos preparar convenientemente a este ejército, debemos organizarlo correctamente, probarlo en todo género de maniobras, en las batallas más diversas, en operaciones de ofensiva y retroceso. Sin esta larga y ruda escuela la victoria es imposible. "Carta a los comunistas alemanes"

Obras completas, t. xxxv, pp. 436-37

No sería posible poner fin a esta sucinta exposición del pensamiento estratégico-táctico de Lenin sin mencionar -al menos brevemente-, sus tesis sobre la organización y la táctica de la nueva internacional, creada bajo los auspicios bolcheviques en 1919.

La formación de la Internacional Comunista (Comintern) se produce en medio de la guerra civil. Por tanto, debido a una serie de dificultades, consecuencia sobre todo del aislamiento en que vivía la primera República Socialista, no logra en su origen constituirse como una organización bien coordinada y suficientemente representativa. Lenin mismo registra que esta Internacional, en el momento de su creación, "no existía más que en forma de proclamas".¹

¹ "X Congreso del PC(b)R. Obras completas, t. xxxv, p. 24.

Sin embargo, la Comintern obtiene luego victorias trascendentales, en el sentido de captar la adhesión de importantes sectores del movimiento revolucionario, a través de la división de los antiguos partidos socialistas y de la conformación de los nuevos partidos comunistas. La necesidad de constituir una nueva internacional fue sentida por Lenin y por el liderazgo bolchevique desde 1914, cuando los jefes de la II Internacional traicionaron los principios del socialismo científico y se deslizaron hacia el oportunismo.

En el I Congreso de la Comintern. Lenin presenta un corto informe acerca de la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. En él, retoma algunas de las tesis que había expuesto en su obra *El Estado y la revolución* sobre la necesidad que tiene la clase oprimida de aplastar la resistencia burguesa, por medio de la utilización dictatorial del poder proletario, con miras a crear las condiciones para la extinción del Estado. Insiste en que el paso del poder a manos de la clase obrera no "puede producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa, parlamentaria, sin los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etcétera".²

La atención que otorga Lenin en esta ocasión al tema de la dictadura del proletariado no es arbitraria sino esencial. Poco antes de que se reuniera el Congreso de fundación de la Comintern, se había realizado en Berna, una conferencia de la "Internacional amarilla", en la que se había condenado, con vehemencia, al bolchevismo, por el carácter dictatorial de su gobierno. Después del triunfo de la revolución rusa, se estableció una línea divisoria entre los revolucionarios y los reformistas: la aceptación o la negación de la dictadura del proletariado. Kautsky, portavoz de los socialdemócratas "independientes", era partidario de la democracia y cuestionaba que los soviets fueran una organización estatal. Junto a Hilferding y otros de la misma especie, criticaba duramente la dictadura del proletariado en Rusia, abjurando así del aspecto esencial del marxismo revolucionario.

En esta época, la dirección bolchevique creía que el movimiento revolucionario en Europa estaba en ascenso y que era muy probable la victoria de la revolución a corto plazo. Por esto, Lenin llamaba a "tomar acuerdos concretos", en el sentido de extender el sistema de los soviets en Europa, y consideraba éste como "la más importante de las tareas".³ Es necesario hacer algunas consideraciones en relación a este aspecto que fue de crucial importancia en la táctica bolchevique respecto a la revolución mundial. Lenin comprendía claramente,

² "I Congreso de la Internacional Comunista", Obras escogidas, t. III, p. 151.

³ Ibid., p. 156.

y lo afirmó muchas veces, que los soviets, eran la forma rusa que había asumido el poder obrero. Ahora bien, después del triunfo de la revolución soviética, era en cierto sentido natural que este modelo, exitoso en un país, tendiera a ser reproducido en otros.* Por cierto, esta reproducción fue muy estimulada por los bolcheviques, quienes consideraban que la revolución en los países más desarrollados industrialmente que Rusia, tendría necesariamente que pasar por la organización independiente de la clase obrera.

En este sentido se debe interpretar que Lenin, cuando se refiere a la tarea imperiosa de extender el sistema soviético, estaba considerando esta expresión como sinónimo amplio de organización del poder obrero independiente, cualquiera que sea la forma particular que revista en cada país. De ahí que, en este mismo congreso, él insistiera en la tarea primordial de "aclarar a las masas la significación, la importancia y la necesidad del sistema de los soviets" para subrayar enseguida que las masas certificarán esto en su propia práctica, como ocurrió en Rusia: "en los primeros ocho meses de la revolución rusa, el problema de la organización soviética se discutió muchísimo, y para los obreros no estaba claro en qué consistía el nuevo sistema ni si se podría formar el aparato del Estado a base de los soviets. En nuestra revolución, nosotros no avanzamos por el camino de la teoría, sino por el camino de la práctica".

Por tanto, esta postura de Lenin, en relación a los posibles caminos de la revolución europea, significa un llamado a la organización independiente de las masas, y no un intento de calcar mecánicamente una experiencia. Lenin sabía muy bien que uno de los obstáculos más graves a la revolución en Europa, particularmente en Alemania, era que los obreros "han sido educados en el espíritu del parlamentarismo y en los prejuicios burgueses". Ante este hecho, entendía lo esencial que era tratar de romper la costumbre del legalismo burgués, y en este sentido, la organización de tipo soviético representaría sin duda una forma superior, un enorme avance.

Si bien Lenin comprendía que cada revolución tiene su propio curso, y que las formas de lucha tienen que ser definidas en función del análisis de las peculiaridades concretas de cada situación particular (y todas sus proposiciones tácticas, específicas para el caso ruso, en el curso de varios años, así lo demuestran'), siempre

* En 1919 Lenin comentaba: "Hasta que estalló la revolución en Alemania, (se refiere al intento insurreccional dirigido por los espartaquistas) sostuvimos siempre que los soviets eran los órganos más convenientes para Rusia. Entonces no podíamos afirmar que resultarían válidos en la misma medida para Occidente, pero los acontecimientos han demostrado que lo son. Vemos ahora que los soviets son cada vez más populares en Occidente y que por ellos se lucha, no sólo en Europa, sino también en América. Los soviets van surgiendo en todas partes y tarde o temprano tomarán el poder en sus manos". "Sesión del Soviet de Petrogrado. Informe sobre la política exterior e interior del Consejo de Comisarios del Pueblo", Obras completas, t. xxx, p. 357.

4 "I Congreso de la Internacional Comunista", cit., p. 158.

trataba de referir las situaciones particulares a las enseñanzas históricas, tratando de sacar provecho de éstas. En consecuencia, se sentía con toda autoridad, moral y política para recurrir no al “modelo” sino al “ejemplo” de la Rusia soviética, con el fin de proyectar, a través de este ejemplo, las lecciones que el proletariado europeo debería aprender.

Partiendo de la experiencia rusa y en base a la teoría marxista de las clases, Lenin se refiere al hecho de que la organización soviética en el campo debería privilegiar más que a los campesinos en general a los jornaleros y campesinos pobres; y diagnostica que en el débil trabajo de los comunistas alemanes en el campo, “reside, quizás, el peligro, aún real y bastante considerable, de que el proletariado alemán no pueda conquistar la victoria segura”. Y agrega una consideración, basada en el caso ruso pero sin duda de proyección histórico-universal:

La victoria podrá considerarse garantizada únicamente cuando no sólo estén organizados los obreros de la ciudad, sino también los proletarios del campo, y, además, no organizados como antes, en sindicatos y cooperativas, sino (y aquí Lenin agrega lo que puede ser considerado como una fórmula rígida pero que debe ser interpretado como sinónimo de organización popular independiente. . .) en soviets.⁵

Al terminar su informe, y siempre en relación a la revolución europea, Lenin enfatiza, como queriendo resguardarse de la acusación de mecanicismo: “Naturalmente, no estamos en condiciones de prescribir el camino que ha de seguir el desarrollo”.⁶

Recordemos que ya en El Estado y la revolución, Lenin había subrayado que: “La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: la dictadura del proletariado”.⁷ En la dictadura del proletariado reside, a su juicio, el aspecto crucial, sustantivo, de la lucha revolucionaria. Así, en sus tesis para el II Congreso de la Comintern, él insistirá en que “los mejores representantes del proletariado revolucionario han comprendido plenamente los principios fundamentales de la Internacional Comunista, a saber: la dictadura del proletariado y el poder soviético [. . .]”.⁸ Naturalmente, la mención al poder soviético

⁵Ibid., p. 159.

⁶ Loc cit.

⁷ “El Estado y la revolución”, Obras escogidas, t. II, p. 321.

⁸“Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista” Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista”. Obras completas, t.XXXIII, p. 310.

debe extenderse como una reiteración del principio de la dictadura del proletariado, como la insistencia en una de sus formas, y no como algo distinto de ésta.

El segundo congreso de la Internacional Comunista, realizado aproximadamente un año después, es de una importancia decisiva para el movimiento obrero mundial. Lenin considera, en su informe sobre la situación internacional, que el grado de descomposición del sistema de dominación lo hacía cada vez más insoportable; en consecuencia, maduraban rápidamente las condiciones para el triunfo de la revolución mundial. No obstante su optimismo estratégico, hacía notar que, pese a la profunda crisis que atravesaba el capitalismo, "situaciones absolutamente sin salida no existen"; y que si los partidos del proletariado no sabían aprovechar las crisis revolucionarias preparando a esta clase para la toma del poder, se podrían desperdiciar magníficas oportunidades de victoria. Lenin insiste pues, en esta época, en la necesidad de "preparación para la dictadura del proletariado".⁹

Este segundo congreso cuenta con una participación mucho mayor de delegados, y destacan los representantes de los países coloniales. Lenin considera que la Comintern ya aparecía como vencedora frente a la decadente II Internacional. La Comintern presta particular atención al problema de la revolución en los países coloniales, e incluso se forma una comisión especial para debatir sus cuestiones. En su informe central, Lenin plantea que la guerra imperialista "ha hecho que los pueblos dependientes se incorporen a la historia universal", y señala como tarea: "Pensar el modo de colocar la primera piedra de la organización del movimiento soviético en los países no capitalistas". Él creía que "los soviets son posibles en esos países", y, haciendo las debidas especificaciones, consideraba que "no serán soviets obreros, sino soviets campesinos o soviets de los trabajadores"¹⁰

En la Comisión para los Problemas Nacional y Colonial, Lenin traba una polémica con N. L. Roy, de la cual resulta su informe para dicha Comisión. En éste, se subraya la tesis de que la burguesía de los países coloniales se había acercado a la de las metrópolis. Por esto, se planteaba que los comunistas sólo debían apoyar los movimientos burgueses de liberación en aquellos casos en que éstos fueran efectivamente

⁹ "II Congreso de la Internacional Comunista", Obras escogidas. t. III, p 465.

¹⁰ Ibid., p. 469.

“revolucionario-nacionales”, o sea, cuando las burguesías no impidieran la educación y organización revolucionaria de las masas. Pese a que en estos países el proletariado industrial era prácticamente inexistente, los comunistas no deberían abdicar de su papel dirigente.¹¹ Y como conclusión, una de las más trascendentales, Lenin afirmaba lo siguiente:

Si el proletariado revolucionario victorioso realiza entre esos pueblos una propaganda sistemática y los gobiernos soviéticos les ayudan con todos los medios a su alcance, es erróneo suponer que la fase capitalista del desarrollo sea inevitable para los Pueblos atrasados.

En otras palabras, reafirma enseguida la misma tesis:

Los países atrasados, con la ayuda del proletariado de las naciones adelantadas, pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo, soslayando en su desenvolvimiento la fase capitalista.¹²

De esta manera Lenin, que confiaba entonces en la victoria inminente de la revolución europea, anticipa lo que vendría a ocurrir en décadas próximas: el triunfo del socialismo en las regiones más atrasadas del globo.

Este análisis de Lenin estaba, por cierto, fundado en sus nuevas consideraciones respecto del imperialismo. Pese a que no vuelve a realizar investigaciones sobre el tema y no llega a sistematizar las consecuencias de la penetración imperialista en las colonias y en los países capitalistas dependientes, sí percibe dos nuevas tendencias básicas, cuyos elementos ya se configuraban de manera clara en su época. Estas tendencias son: las limitaciones engendradas por la dominación imperialista que impedían un pujante desarrollo nacional de las fuerzas productivas en los países coloniales y dependientes; y la tendencia a la asociación de las burguesías de estos países con el imperialismo, en condición de socios menores. Son estos elementos (que no habían sido contemplados en su estudio sobre El imperialismo fase superior del capitalismo), y la ayuda del proletariado de los países adelantados, lo que permite a Lenin contemplar la posibilidad de que los países coloniales y dependientes pudiesen avanzar al socialismo, prescindiendo de la fase capitalista.

¹¹ Ibid., p. 473.

¹² Ibid., p. 475. .

Es en este sentido que plantea la necesidad de explicar constantemente y de denunciar ante las masas trabajadoras más amplias de todos los países, y particularmente de los países atrasados, el engaño que realizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, con apariencia de Estados políticamente independientes, crean Estados que son totalmente dependientes de ellas en el sentido económico, financiero y militar; en la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que una unión de repúblicas soviéticas.¹³

Por esto, Lenin aprueba la modificación a la consigna del Manifiesto Comunista que aparece en la revista Pueblos de Oriente, cuya publicación fue aprobada en 1920, en el I Congreso de los Pueblos de Oriente, realizado en Bakú. Así justifica él tal modificación:

Nosotros, realmente actuamos ahora no sólo como representantes de los proletarios de todos los países, sino también de los pueblos oprimidos. Una revista de la Internacional Comunista apareció recientemente [. . .] Publica la siguiente consigna formulada por la Internacional Comunista para los pueblos de Oriente: "¡Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos!" [...] Desde luego que desde el punto de vista del Manifiesto Comunista esto es erróneo, pero el Manifiesto Comunista fue escrito en condiciones muy diferentes; desde el punto de vista de la política actual es correcto.¹⁴

Sin embargo, Lenin tenía presente que en estos países, los soviets tendrían que adaptarse a las condiciones del precapitalismo, y reitera que los partidos comunistas deberían dedicarse a la labor revolucionaria también en las colonias. En esta época, precisa aún más su concepción respecto del internacionalismo proletario:

El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de las naciones, y nada más (dejando de lado que este reconocimiento es puramente verbal), conservando intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige, primero, que los intereses de la lucha proletaria en cualquier país estén subordinados a los intereses de esa lucha en escala mundial y, segundo, que una nación que esté logrando la victoria sobre la burguesía debe poder y estar dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales para el derrocamiento del capital internacional.¹⁵

¹³ "Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista. Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial", *Obras completas*, t. p. 297.

¹⁴ "Reunión de militantes de la organización del PC(b)R de Moscú. Informe sobre las concesiones", *ibid.*, t. XXXIV, pp. 165-66.

¹⁵ "Tesis para el II Congreso de la IC. Primer esbozo. . .", *cit.*, p. 295.

Es imprescindible referirnos aquí a las tesis leninistas sobre el problema agrario, debido a su importancia táctica y a la influencia que tuvieron sobre los partidos comunistas. En estas tesis, Lenin reafirma su concepción sobre el papel de vanguardia del proletariado urbano e industrial: sólo esta clase, dirigida por el partido comunista, "puede liberar a las masas trabajadoras del campo". Llama la atención, nuevamente, sobre el hecho de que la clase obrera no puede cumplir su misión histórica si se deja dominar por sus "estrechos intereses corporativos y gremiales"; como ocurre con la "aristocracia obrera" de muchos de los países avanzados.

Enseguida, destaca que las masas trabajadoras del campo, que deben ser conducidas por el proletariado, se componen de las siguientes clases:

1) El proletariado agrícola, los asalariados. "La tarea fundamental de los partidos comunistas de todos los países consiste en organizar (política, militar, sindical, cooperativa, cultural, educacionalmente, etcétera) a esta clase independientemente y por separado de otros grupos de la población rural".¹⁶

2)"Los semiproletarios o campesinos que cultivan su parcela, es decir, los que ganan sus medios de subsistencia, parcialmente como asalariados [. . .] y, parcialmente, trabajando sus parcelas propias o tomadas en arriendo [. . .]". Destaca la importancia numérica de estos trabajadores y el hecho de que no deben ser mezclados con el "campesinado" en su conjunto. Y afirma que ellos podrán ser convertidos en partidarios seguros del partido comunista una vez que se les organice convenientemente.

3) El pequeño campesinado "que, sea como poseedores o como arrendatarios, tienen parcelas que les permiten satisfacer las necesidades de sus familias y de sus haciendas, y no contratan mano de obra".¹⁷ Lenin plantea que este sector indudablemente será beneficiado por la victoria del proletariado que la liberará del pago de arriendo, de la aparcería, de las hipotecas, etcétera, y se beneficiará asimismo de la "ayuda inmediata para sus haciendas del Estado proletario". Sin embargo, Lenin observa que es necesario comprender que "durante el periodo de transición del capitalismo al comunismo, es decir, durante la dictadura del proletariado, esta capa, o por lo menos parte de ella, inevitablemente vacilará hacia la libertad de comercio ilimitada y el libre goce del derecho de la propiedad privada [. . .] Sin embargo, si se sigue una firme política proletaria y si el proletariado victorioso enfrenta decididamente a los grandes propietarios de tierras y a los grandes campesinos, la vacilación de esta capa no puede ser considerable y no puede alterar el hecho de que en su conjunto, estará de parte de la revolución proletaria"¹⁸

¹⁶"Tesis para el II Congreso de la IC. Primer esbozo de Tesis sobre el problema agrario", Obras completas, t. XXXIII, p. 299

¹⁷ Ibid., p. 300.

¹⁸ Ibid., PP. 300-1.

Estos tres grupos de "pobres del campo" constituyen, a su juicio, "la mayoría de la población rural en todos los países capitalistas", lo que representa una garantía de éxito para la revolución proletaria. Pero Lenin hace notar también que, debido al embrutecimiento y la desunión de estas tres categorías de la población rural - producto de las "condiciones de vida semibárbara en todos los países-", éstas "son capaces de prestar apoyo decidido al proletariado revolucionario sólo después que éste conquiste el poder político, sólo después que ajuste cuentas con los grandes terratenientes y capitalistas y sólo después que estos seres oprimidos vean en la práctica que pueden tener un jefe y un defensor organizado, lo bastante poderoso y firme como para ayudarlos y dirigirlos y mostrarles el camino acertado".¹⁹

Estas reflexiones de Lenin respecto a la conquista posterior del "apoyo decidido" de estas tres categorías de trabajadores rurales, están muy influidas por la experiencia particular rusa; puesto que -como ha sido destacado anteriormente- el partido revolucionario en Rusia no disponía en cuanto tal del apoyo consciente de los trabajadores rurales para llevar a cabo su programa socializante. No obstante, estas consideraciones de Lenin no pierden su validez universal, incluso en aquellos procesos revolucionarios donde los trabajadores rurales y los pequeños campesinos otorgaron su apoyo a los partidos comunistas -como en China y Vietnam, por ejemplo-; este apoyo fue logrado, en un primer momento, más bien debido al contenido democrático de los programas que propiamente en torno a objetivos propiamente socialistas.

A continuación, Lenin analiza la situación de los campesinos medios, o sea aquellos propietarios o arrendatarios de pequeñas parcelas que producen excedentes capaces de transformarse en capital y que emplean mano de obra asalariada. Respecto a ganarse a esta capa, él cree que el proletariado no puede alimentar ilusiones, por lo menos en la etapa inmediata a la toma del poder: "debe limitarse a la tarea de neutralizarla, es decir, de convertirla en neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía".

Esta capa es vacilante y, por lo menos al comienzo, tiende hacia el lado de la burguesía con la cual comparte "la concepción del mundo y los sentimientos de los propietarios". Pero de todos modos, los campesinos medios serán beneficiados por la revolución proletaria, puesto que ésta abolirá "los arriendos y las hipotecas" y no liquidará "de inmediato completamente la propiedad privada". De esta manera, y en combinación con la lucha en contra de la burguesía, "se garantiza por completo el éxito de la política de neutralización". Luego añade Lenin una consideración que es a su juicio fundamental en la transición socialista: "El Estado proletario

¹⁹ Ibid., PP. 301-2.

debe efectuar la transición a la agricultura colectiva con extremo cuidado y sólo muy gradualmente, por la fuerza del ejemplo, sin ninguna coacción sobre el campesino medio”.²¹

Finalmente, Lenin se refiere a las capas “que son enemigas directas y decididas del proletariado”. Destaca primeramente a los grandes campesinos, que son los empresarios capitalistas en el agro. Éstos resistirán por medio de acciones armadas y del sabotaje. Esta capa debe ser desarmada y aplastada. Para ello, se debe armar al proletariado rural y organizarlo en “soviets de aldea”, bajo el control de los asalariados y semiasalariados.

Pero Lenin reconoce que no es posible proceder de inmediato a la expropiación, ni siquiera de este sector, “porque no existen las condiciones materiales, y en especial las técnicas, lo mismo que las condiciones sociales para socializar estas haciendas”. Lenin acepta confiscar, excepcionalmente, extensiones de tierra si están arrendadas o para satisfacer necesidades inmediatas, entonces si los empresarios “oponen resistencia al poder de los trabajadores”. Sin embargo, Lenin insiste en que se debe buscar la victoria completa sobre los explotadores lo más rápido posible, “privándolos por completo de la menor posibilidad de ofrecer resistencia”. Ésta es la única manera de afianzar el nuevo poder ante las masas proletarias y semiproletarias rurales.

Después, Lenin se refiere a los latifundios: “se debe proceder a la confiscación inmediata y absoluta de todos” ellos. El latifundio explota sistemáticamente, de manera directa o indirecta (a través de arrendatarios) a los asalariados, a pequeños campesinos y a veces a los campesinos medianos. Lenin se manifiesta también en contra de indemnizar a los grandes terratenientes y por mantener -no parcelar- “preferentemente” las grandes empresas agrícolas. Pero no se ata las manos, y no descarta la posibilidad de que en algunas circunstancias, sea necesario el reparto de las tierras. Al argumento del carácter antieconómico de tal medida, él responde:

“Para asegurar el éxito de esta revolución, el proletariado no debe detenerse ante una disminución transitoria de la producción [...]”.²²

Lenin advierte también sobre el peligro de desmoralización del poder proletario, de intentarse un proceso prematuro de colectivización, sin estar maduras las condiciones para ello, condiciones que presuponen “la existencia de un proletariado rural completamente desarrollado con conciencia revolucionaria, que tenga considerable experiencia de organización gremial y política”.

²⁰ Ibid., p. 303.

²¹ Loc. cit.

²² Ibid., p. 306.

Lenin insiste, además, en que es "absolutamente necesario" adoptar medidas radicales respecto de los grandes terratenientes, inmediatamente después de la toma del poder, en la medida en que ellos son los dirigentes de la contrarrevolución; sugiere su deportación o arresto.

Por último, considera que la consolidación definitiva del socialismo es resultado tanto de la aniquilación absoluta de la resistencia de los explotadores, como de la reorganización de toda la industria, "según los principios de la producción colectiva en gran escala y sobre la base de la técnica más moderna".²³ Termina sus tesis destacando la importancia del movimiento huelguístico en el campo, como forma de sacar a las masas rurales del letargo, de desarrollar su conciencia y organización de clase, y de demostrarles, en la práctica, lo esencial de su alianza con los obreros urbanos. Por cierto, concluye con un llamado a instituir los soviets en el campo.

Como vemos, todo el análisis de Lenin acerca de la táctica de los comunistas en el campo, se basa en una rigurosa diferenciación de las clases sociales existentes en el medio rural. Esta diferenciación le permite fijar las líneas generales de actuación, trazando ésta en función de los intereses y perspectivas de cada clase, y le permite también distinguir cuáles son los aliados, los sectores vacilantes y los enemigos.

Otro aspecto de gran interés es la presentación, por parte de Lenin, de la lista de condiciones (originalmente de 19, pero en seguida ampliada a 21) para el ingreso de los partidos comunistas en la Comintern. Entre estas condiciones destacaban las siguientes: aceptar la dictadura del proletariado; ruptura y lucha contra los reformistas; combinación de formas legales e ilegales de lucha; trabajo en el ejército y en el campo; organización de células comunistas; denuncia de la dominación colonial; acatar el principio del centralismo democrático, y una vigorosa disciplina partidaria que supondría la expulsión de los indisciplinados; apoyo incondicional a la Unión Soviética; adaptar el programa del partido a los lineamientos de la Comintern -cada programa debería ser confirmado por el Congreso y por el Comité Ejecutivo de la misma-; obedecer las decisiones de la Comintern; y adoptar el nombre de comunista. Los miembros del partido que votasen en contra, en el Congreso respectivo que debería aprobar la entrada a la Comintern, deberían ser expulsados en seguida.²⁴

De esta manera, bajo los auspicios de Lenin, se sentaban las bases para que el movimiento comunista quedara organizado internacionalmente de forma monolítica; la Comintern se convertía así en un único partido, con ramificaciones nacionales.

²³ Ibid., p. 30

²⁴ Véase Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, primera parte. Pasado y Presente, n. 43, pp. 109ss.

Como lo plantea Carr, desde su Segundo Congreso, la Comintern había surgido como sede central rectora de las fuerzas de la revolución mundial, con los partidos nacionales de los principales países agrupados en torno a ella. El cuartel general de la Comintern, donde bajo todos los ropajes internacionales la opinión del partido ruso era, en última instancia, decisiva, trataba separadamente con los partidos que normalmente no tenían relación unos con otros excepto a través de dicha organización. Ésta fue la esencia de las relaciones establecidas por las veintiún condiciones.²⁵

Las veintiún condiciones provocaron reacciones desfavorables en el seno del movimiento socialista en varios países: se apartaron de la Comintern, y de los partidos comunistas recién constituidos, significativos sectores de la antigua militancia de los partidos socialistas. Esto ocurrió por ejemplo, en Italia y en Suiza. Lenin, en varias oportunidades, polemizó con estos sectores, calificándolos de vacilantes, "centristas" y "oportunistas". Trató de demostrar que ellos, cuando se rebelaban en contra de las resoluciones de la Internacional, lo hacían en nombre de una pretendida libertad, para seguir manteniendo los prejuicios, debilidades y vacilaciones típicos de la democracia pequeñoburguesa.²⁶

Efectivamente, desde 1918, en su famosa obra polémica en contra de Kautsky, Lenin ya había considerado que el bolchevismo "se ha convertido en bolchevismo mundial, ha generado una idea, una teoría, un programa y una táctica que se diferencian concretamente en la práctica de los del socialchovinismo y del socialpacifismo". Y añadía que "el bolchevismo ha dado el golpe de gracia a la vieja y decadente internacional [. . .]". En suma, ya concebía que "el bolchevismo ha creado la base ideológica y táctica de una III Internacional".²⁷

Esta convicción de Lenin estaba fundada en la constatación práctica del éxito del bolchevismo, como conductor del proceso revolucionario ruso, y en la bancarrota de la II Internacional, que a su juicio era la responsable del fracaso de la revolución en Europa hasta aquel momento. Así decía él en 1920:

Si la Internacional no hubiera estado en manos de los traidores, que salvaron a la burguesía en el momento crítico, habría sido muy probable que, después de la guerra, se hubiera producido rápidamente una revolución en muchos países beligerantes y también en algunos neutrales en los que el pueblo estaba armado; entonces el desenlace habría sido distinto.²⁸

²⁵ E. H. Carr, op. cit., t. III, p. 230.

²⁶ Sobre esta polémica véase, por ejemplo, el artículo de Lenin: "Sobre la lucha en el Partido Socialista Italiano", Obras completas, t. XXXIV, p. 79ss.

²⁷ "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", ibid., t. xxx, p. 143.

²⁸ "Discurso en la sesión solemne del Soviet de Moscú en celebración del primer aniversario de la III Internacional", ibid., t. XXII, pp. 450-51.

Estas apreciaciones de Lenin -por cierto compartidas por toda la dirección del PC (b) R- conformaron el punto de partida de la concepción de la III Internacional. Fundado en ellas, él insistirá constantemente en la necesidad de combatir el centrismo, pues éste es primero un obstáculo para el triunfo de la revolución y, enseguida, un enemigo de la dictadura del proletariado.

En el II Congreso de la Comintern, Lenin llama la atención sobre este relevante aspecto de la lucha:

Lo que hasta la victoria del proletariado sólo parece una divergencia teórica acerca de la "democracia", mañana, después de la victoria, se transformará inevitablemente en una cuestión que se decide por la fuerza de las armas. Por consiguiente, sin una modificación radical de todo el carácter de la lucha contra los "centristas" y "defensores de la democracia", es imposible hasta el trabajo previo de preparar a las masas para llevar a cabo la dictadura del proletariado.²⁹

En 1921, rectificando su idea de 1918 de que el bolchevismo había "dado el golpe de gracia" a la II Internacional insistirá en que ésta, junto con la Internacional "Dos y medio", de línea centrista, "constituyen hoy el principal soporte del capitalismo, puesto que

[. . .] conservan una influencia sobre la mayoría, o sobre una parte considerable, de los obreros y empleados de la industria y el comercio, que temen perder, si estalla la revolución, su relativo bienestar pequeñoburgués basado en los privilegios que concede el imperialismo".³⁰

No obstante la corrección básica de las ideas de Lenin sobre la necesidad de una nueva Internacional y el significado del bolchevismo como su orientador por excelencia, el hecho es que en la concepción leninista de la Comintern como partido único mundial -cuyos partidos nacionales quedaban reducidos a meras secciones, sometidas a una rígida disciplina centralizada en la Unión Soviética- se encuentra el origen de graves problemas que afectaron al movimiento comunista.

La forma en que fue exhibida la Comintern no tenía antecedentes históricos; tanto la I como la II Internacional se habían caracterizado por la más amplia libertad orgánica y programática de los respectivos partidos y agrupaciones locales. En la III Internacional, bajo los auspicios de Lenin, por primera vez se intenta concebir una concepción estratégico-táctica única, que integrara y diferenciara a la vez tres grandes tipos de situaciones nacionales, en el seno de una organización unificada mundialmente.

²⁹ "Tesis para el II Congreso de la IC ¿En qué debe consistir la preparación inmediata y general para la dictadura del proletariado?", *ibid.*, t. XXXIII, p. 316.

³⁰ "III Congreso de la IC. Tesis del informe sobre la táctica del PCR". *ibid.*, t. xxx, p. 354.

Tratábase, por lo tanto, de elevar la problemática de la estrategia y de la táctica revolucionarias a un nuevo nivel mucho más complejo. Ahora debía tomarse en cuenta la articulación de la lucha revolucionaria mundial, que tenía lugar en tres niveles: en el primer país socialista, por el avance y consolidación del mismo, así como en su defensa de las agresiones imperialistas; en los países capitalistas a través de la revolución socialista; y, finalmente, en los países coloniales y dependientes donde el proceso revolucionario aún tenía que pasar por una etapa de liberación nacional.

Esta preocupación por articular la diferenciación y la integración de las distintas luchas revolucionarias, está muy presente en los orígenes de la Comintern leninista. Sin embargo, debido a la estructura orgánica asumida por la Comintern y el predominio que adquirió en ella el PC(b)R, ésta tendió a convertirse, después de la muerte de Lenin, en un instrumento subordinado a este partido y dirigido por él. Los partidos comunistas fueron sometidos, en la práctica, a una concepción estratégico-táctica que, por el hecho de ser definida monolíticamente en el centro dirigente del movimiento internacional, no contemplaba -y no podía contemplar- las características específicas que deberían asumir las luchas nacionales. Tal situación sin duda colaboró de manera definitiva al fracaso de muchos procesos revolucionarios, de cara a los cuales los partidos comunistas no tuvieron la capacidad de ejercer una orientación política correcta, adecuada a las particularidades de la lucha de clases en sus respectivos países. Pero si bien la influencia de la Comintern es un factor muy relevante para explicar los fracasos que ocurrieron en todo un periodo histórico, no puede considerarse como el factor exclusivo. Dicho de otra manera, si la Comintern pudo actuar en esa forma, fue porque encontró, en la inmadurez de la propia clase obrera y de los partidos comunistas, en su incapacidad teórica y práctica, un terreno abonado para ejercer sus equivocadas orientaciones sobre los respectivos movimientos revolucionarios. Lenin captó, con su característica sensibilidad y agudeza, las debilidades de los partidos comunistas y muchas veces hizo comentarios al respecto tales como éste (fechado en febrero de 1921:

Las clases dirigentes de todo el mundo temen en particular los cambios que se producen en el movimiento sindical. No temen, en Europa, la perspectiva de enfrentarse con un partido que pueda dirigir al proletariado revolucionario, como fue el caso en la revolución rusa, cuando en pocos meses, o en pocas semanas, el partido salió de la ilegalidad y se convirtió en el dirigente de las fuerzas de todo el pueblo, y era apoyado por millones de personas. Desde hace años Europa no tiene un partido semejante.³¹

³¹ "Discurso pronunciado en el IV Congreso de toda Rusia de los obreros de la industria de la confección", *ibid.*, t. XXXIV, p. 399.

En otra oportunidad, refiriéndose a las tesis presentadas por la delegación rusa en el III Congreso de la Comintern, afirma que pese a la existencia de “partidos comunistas de masas”, éstos “sin embargo, en ninguna parte tomaron en sus manos la dirección efectiva de la mayoría de la clase obrera en su lucha revolucionaria real”.³²

Por esta misma época, en una “Carta a los comunistas alemanes”, reitera: “En la enorme mayoría de los países, nuestros partidos todavía están muy lejos de ser lo que deben ser los verdaderos partidos comunistas, están lejos de ser verdaderas vanguardias [...]”.³³

Finalmente, vale la pena mencionar una consideración más de Lenin sobre este tema, pues es de suma importancia para comprender las limitaciones que marcaron a los partidos comunistas europeos desde su origen:

El proceso de transformación de un partido europeo del viejo tipo, parlamentario, reformista en los hechos y apenas teñido con colores revolucionarios, en un partido de nuevo tipo, en un partido auténticamente revolucionario, auténticamente comunista, es un proceso extraordinariamente arduo. Quizá el ejemplo de Francia es el que lo muestre más claramente.³⁴

Y enseguida sugiere una “profunda y radical reorganización interna de toda la estructura y trabajo partidarios”. Esta sugerencia de Lenin, redactada a fines de 1922, es una demostración más de su profunda preocupación sobre la manera como se habían estructurado los partidos comunistas.

La estructura de la Comintern, aprobada en el III Congreso, reproducía de hecho, en los demás partidos comunistas, la estructura del partido comunista de la República Soviética. Lenin intuyó que esta generalización de una experiencia propia de su país podría ser un grave error en las condiciones de otros países. Advirtió a sus compañeros al respecto; pero no tuvo tiempo de dirigir la realización de medidas que contrarrestaran tal hecho. La historia registró su advertencia, pero el carácter de la Comintern quedó sellado, hasta su desaparición dos décadas después, tal cual se había definido en esos congresos . . . Lenin decía que los errores por parte de los dirigentes políticos son comprensibles y perdonables bajo dos condiciones: si los dirigentes se percatan

³²“III Congreso de la IC. Discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista”, *ibid.*, t. XXXV, 372.

³³“Carta a los comunistas alemanes”, *ibid.*, t. XXXV p. 4.39.

³⁴“Notas de un publicista. El ascenso a las altas montañas, lo dañino del desaliento . . .”, *ibid.*, t. XXXVI, p. 168.

luego y si tratan rápidamente de subsanarlos. Lenin se dio cuenta de este error del cual, si no era el único responsable, por lo menos tenía la responsabilidad principal; pero no tuvo tiempo para remediarlo. No se trata aquí de hacer un balance de la actuación de la Comintern, de sus aspectos positivos -como por ejemplo el hecho, válido en sí mismo, de estimular la creación de partidos comunistas en todas las regiones del globo- o de sus más o menos graves equivocaciones en la dirección del movimiento comunista internacional. El hecho es que mientras existió la Comintern, fracasaron todos los intentos revolucionarios por ella promovidos; si bien no se puede caer en el simplismo de inculparla por esto, es necesario constatar que la incapacidad práctica de llevar a cabo lo que constituía su objetivo central revela en cierta medida el carácter deficiente de la concepción que la orientó.

Lenin y los dirigentes bolcheviques empezaron a percatarse de lo contraproducente que era tratar de estimular la revolución a toda costa, a partir del fracaso de la insurrección de marzo de 1921 en Alemania. Las consecuencias represivas de esta derrota, en el cuadro de una contraofensiva burguesa que se generalizaba por todas partes, configuraban una situación de marcado descenso en el nivel internacional; situación que encontraba en la NEP su contrapartida de retroceso en la propia República Soviética. La orientación política de la Comintern sufrirá, pues, una variación sustancial en su tercer congreso, aunque se mantenga inalterada su estructura orgánica. Los bolcheviques comprueban amargamente que los sucesivos fracasos de los intentos revolucionarios en Europa -cuya culminación dramática en el periodo fue la aniquilación del alzamiento en Alemania y poco después, en 1922, el ascenso al poder del fascismo en Italia- evidenciaban la necesidad de una orientación defensiva. Ésta encontró su expresión definitiva en diciembre de 1921, cuando el Comité Ejecutivo de la Comintern divulgó sus tesis sobre "el frente obrero unido". En dichas tesis se clamaba por la unidad, en la práctica, de la clase obrera y sus aliados; asimismo se convocaba a otros partidos no comunistas a formar un frente de lucha amplio; sin que esto significase por supuesto que los partidos comunistas se diluyesen en este frente. En su informe al tercer congreso. Lenin había expuesto la táctica del Partido Comunista de Rusia en lo interno (la NEP) y sus proyecciones internacionales. Consideró el cuadro internacional como "un equilibrio extraordinariamente precario" derivado del reconocimiento temporal y a medias, por parte del imperialismo, de la República Soviética (reconocimiento que se reflejaba en algunos tratados comerciales); en ese equilibrio, el imperialismo mantenía aún una fuerza mayor que la del primer país socialista. Él pensaba que si bien la República Soviética había logrado mantenerse en medio del cerco capitalista, no podría continuar así por mucho tiempo.³⁵ Por esta razón de fondo, para Lenin no se trataba de descartar la preparación

³⁵ "III Congreso de la Internacional Comunista", Obras escogidas, t. III, p. 637.

revolucionaria, sino de preparar mucho mejor las próximas ofensivas, con el objeto de disminuir al máximo la posibilidad de fracaso. En su discurso para defender la nueva táctica de la Internacional, Lenin enfatiza la importancia de que los comunistas logren el apoyo amplio de las masas, y la necesidad de desechar la postura izquierdista, de aprender a contraer alianzas en el nivel de las masas, y de saber hacer concesiones ahí donde éstas sean necesarias y no signifiquen una capitulación de los principios, o concesiones al centrismo. Recurre pues, una vez más, al ejemplo soviético:

Vencimos en Rusia porque tuvimos a nuestro lado no sólo la mayoría indudable de la clase obrera (en 1917, durante las elecciones, nos apoyó la mayoría aplastante de los obreros, en contra de los mencheviques), sino también porque se pasaron a nuestro lado la mitad del ejército, inmediatamente después de la conquista del poder por nosotros, y las nueve décimas partes de la masa campesina en unas cuantas semanas; vencimos porque adoptamos y pusimos en práctica no nuestro programa agrario, sino el eserista; por eso fue tan fácil la victoria³⁶

Lenin insiste en la necesidad de una "preparación de fondo" y en que es suficiente un partido muy pequeño para conducir a las masas. En determinados momentos no hay necesidad de grandes organizaciones. Mas para la victoria es preciso contar con las simpatías de las masas. No siempre es necesaria la mayoría absoluta; mas para la victoria, para mantener el poder, es necesaria no sólo la mayoría de la clase obrera [. . .] sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora.³⁷

Lenin se preocupaba, en especial, por la desvinculación existente entre gran parte de los partidos comunistas y las masas, por un lado; y por otro, por la improvisación en los métodos de lucha, hecho que había demostrado el fracaso de la insurrección alemana. Por esto, reitera que "es necesario comenzar inmediatamente a aprender, de los errores cometidos, la manera mejor de organizar la lucha. No debemos ocultar nuestros errores ante el enemigo. Quien tema esto no es revolucionario".^{38*}

³⁶ "Discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista", *ibid.*, t. III, pp. 650-51.

³⁷ *Ibid.*, p. 652.

³⁸ *Ibid.*, p. 653.

* En el III Congreso, Lenin llama la atención, aleccionado por el fracaso alemán, sobre la necesidad de prudencia en el trabajo con el seno de las masas: "Ahora todos ustedes regresarán a sus países y dirán a los obreros que nos hemos vuelto más prudentes que antes del III Congreso. No se desconcierten: digan que hemos cometido errores y que ahora queremos actuar con más prudencia: así ganaremos a las masas de los partidos socialdemócrata y socialdemócrata independiente, las cuales, objetivamente, por la marcha de las cosas se acercan a nosotros, aunque nos temen". "III Congreso de la IC. Discurso en la reunión de miembros de las delegaciones alemana, polaca, checoslovaca, húngara e italiana", *Obras completas*, t. xxxv, p. 401. Como se puede notar aquí ya se vislumbra claramente la preocupación de Lenin por ganarse a las masas de la socialdemocracia, que por cierto no estaban constituidas exclusivamente por la "aristocracia obrera".

La nueva postura del frente obrero, considerada por Lenin y la dirección bolchevique como la más adecuada al periodo, llevó a un intento, por parte de la Comintern, de formar un frente unido con la II Internacional. En este mismo año, se había formado en Viena la "Unión Obrera Internacional de Partidos Socialistas" que, por sus características centristas, fue conocida con el nombre de "Internacional Dos y medio". Sus miembros se habían opuesto a la guerra desde una perspectiva pacifista y no revolucionaria. Esta Unión jamás logró definir una línea política propia, efectivamente independiente de la II Internacional; pero sí propugnaba una conciliación entre las dos internacionales. A comienzos de 1922 la Comintern aceptó participar en una conferencia de organizaciones obreras promovida por la "Internacional Dos y medio", con el objetivo de instrumentar su línea de unidad; aunque Lenin había considerado a ambas como "en la actualidad el principal sostén del capitalismo".³⁹

Es importante detenernos por un momento en el análisis de los motivos que llevaron a Lenin y a la dirección bolchevique a intentar la formación de un frente con los reformistas.

El III Congreso de la IC se había realizado en un contexto signado por dos hechos relevantes: el fracaso de la insurrección alemana y la introducción de la NEP en la Unión Soviética. La situación era, por tanto, de retroceso. En este Congreso, Lenin había proclamado la necesidad de una nueva táctica para ganar a las masas. No hay que perder de vista que la concepción leninista del retroceso tiene siempre el sentido de replegarse para preparar mejor la próxima ofensiva.*

Teniendo presente, por tanto, la necesidad de instrumentar la nueva táctica para ganar a las masas, Lenin precisa el motivo del intento de acuerdo entre las tres internacionales:

"[. . .] vamos a una reunión sobre el frente único con el objeto de lograr la mayor unidad práctica que sea posible en la acción directa de las masas y con el objeto de denunciar lo erróneo de toda posición política de la II Internacional' y la Internacional II 1/2 [. . .]".⁴⁰

³⁹"III Congreso...", cit., p. 638.

* "A mi juicio, debemos comparar el retroceso hecho en este Congreso con nuestras acciones en 1917 en Rusia, y mostrar como que este retroceso debe servir para la preparación de la ofensiva". "III Congreso de la IC. Discurso en la reunión de miembros. . .", op. cit. 405.

⁴⁰ "Carta a N. I. Bujarin y G. Zinóviev", Obras completas, t. XXXVI, p. 141.

Sin embargo, pese a este claro objetivo de denunciar lo erróneo de la posición de las dos internacionales, Lenin llama la atención de sus compañeros del buró político acerca de que, en el proyecto de resolución sobre la participación de la Comintern en la conferencia conjunta, se debería

[. . .] tachar el párrafo donde se califica de cómplice de la burguesía mundial a los dirigentes de la II Internacional y de la Internacional III/2. [. . .] Es completamente insensato correr el riesgo de hacer fracasar un asunto práctico de enorme importancia, por darse el gusto de insultar una vez más a unos canallas, a quienes hemos insultado y seguiremos insultando mil veces en otro sitio.⁴¹

E insiste en que el éxito de esta unidad ayudará, justamente, a derribar a los líderes de las dos internacionales. Pero, pese al esfuerzo de la Comintern por realizar esta "unidad práctica", y a las concesiones que hizo para alcanzarla, este intento se frustró muy pronto. Lenin analizó las razones del fracaso en varias oportunidades e hizo una rigurosa autocrítica en su famoso artículo "Hemos pagado demasiado caro". Citaremos enseguida algunas de sus partes más relevantes:

"En mi opinión, nuestros representantes se equivocaron al aceptar las dos condiciones siguientes: la primera, que el gobierno soviético no aplicaría la pena de muerte en el caso de los 47 socialistas revolucionarios; la segunda, que el gobierno soviético autorizaría en el juicio la presencia de representantes de las tres internacionales "Y calificar la aceptación de estas condiciones, de concesiones por parte del proletariado a la burguesía reaccionaria."⁴²

Pese a que los bolcheviques hicieron concesiones con el ánimo de lograr la unidad, jamás las dos internacionales reformistas estuvieron dispuestas a hacer concesiones por su parte.

Las tres internacionales habían llegado a un acuerdo sobre la realización de actos de los trabajadores en respuesta al llamamiento por la unidad. La Comintern había propuesto incluir la consigna de anulación del Tratado de Versalles. La II Internacional no estuvo de acuerdo con esto. En su balance del fracasado intento de unidad, Lenin destaca por lo menos este aspecto positivo:

En todo caso hemos abierto una brecha en el local que estaba cerrado para nosotros. En todo caso, el camarada Rádek pudo hacer conocer, aunque más no fuera a un sector de obreros, que la II Internacional se negó a que figurase entre las consignas de la demostración la exigencia de que se anulara el Tratado de Versalles.⁴³

⁴¹ "Carta a los miembros del buró político del CC del PC(b)R con observaciones al proyecto de resolución del primer pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la IC sobre la participación en la Conferencia de las tres internacionales", *ibid.*, t. XXXVI p. 156.

⁴² "Hemos pagado demasiado caro", *ibid.*, t. XXXVI, pp. 299-300.

⁴³ *Ibid.*, p. 302.

Rotas las expectativas de unidad, Lenin propone a la Comintern un redoblado ataque a las dos internacionales, con el objeto de desenmascarar su connivencia con la burguesía internacional y su porfiada negativa a seguir una política en defensa de los intereses obreros.

Después de este frustrado intento de unidad práctica, las líneas demarcatorias del movimiento internacional volverían a delimitarse con precisión: el partido socialdemócrata independiente de Alemania se divide (una parte se une al partido comunista) y la "Internacional Dos y medio" se funde con la II Internacional.

A juicio de Lenin, "la unificación de la II Internacional y de la Internacional III1/2 será beneficiosa para el movimiento revolucionario del proletariado; siempre es beneficioso para la clase obrera que haya menos mentira, menos engaño".⁴⁴ Esta unión de las dos internacionales demarcaría de manera más precisa la división entre las dos posiciones básicas y opuestas en el seno del movimiento obrero: la revolucionaria y la burguesa. De todos modos, la línea del frente unido siguió siendo instrumentada por la Comintern hasta aproximadamente el año de 1927."

El IV Congreso de la Internacional, último que cuenta con la participación de Lenin, confirma la línea de repliegue táctico establecida en 1921.

En 1922 "la ofensiva del capital", tema que ocupó varias sesiones de dicho congreso, fue diagnosticada aún como en franca expansión. La respuesta, por parte del movimiento revolucionario, era débil pues importantes partidos comunistas, como el de Alemania, no eran capaces de asimilar las enseñanzas leninistas e incurrían en constantes desviaciones izquierdistas. Lo mismo ocurría con partidos menores, como el de Inglaterra.

Este congreso marca la penúltima aparición pública de Lenin, quien ya en esta época se encontraba bastante enfermo. Sin embargo, su intervención muestra que conservaba aún toda su lucidez. En su último informe a la Internacional, Lenin hace un balance sintético de algunos problemas de la construcción del socialismo en la URSS; se refiere de nuevo a la NEP y hace hincapié en la importancia de saber replegarse en las circunstancias de aislamiento de la revolución.

⁴⁴ "Al IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista, al Soviet de diputados obreros y del ejército rojo de Petrogrado" *ibid.* t. XXXVI, p. 413.

* Lenin realizó un balance sintético de los tres primeros congresos de la IC. He aquí su síntesis: "Primero, los comunistas ~~de~~ proclamar sus principios ante todo el mundo. Así lo hizo el I Congreso. Fue el primer paso. El segundo paso fue dar forma orgánica a la Internacional Comunista y elaborar las condiciones de admisión en ella: condiciones para la separación verdadera de los centristas, de los agentes ~~directo~~ indirectos de la burguesía dentro del movimiento obrero. Así lo hizo el II Congreso. En el III Congreso era necesario iniciar el trabajo ~~práctico~~ constructivo, determinar concretamente —en base a la experiencia práctica de la lucha comunista ya iniciada— cuál debía ser exactamente ~~la~~ la actividad futura en lo referente a la táctica y la organización. Hemos dado este tercer paso". "Carta a los comunistas alemanes". *cit.* 436.

Se refiere también a la estructura de la Comintern, previniendo sobre su carácter demasiado inspirado en la realidad rusa, como lo habíamos mencionado anteriormente. Éstas son sus palabras:

En 1921, en el III Congreso, adoptábamos una resolución sobre la estructura orgánica de los partidos comunistas y los métodos y el contenido de su labor. La resolución es magnífica; pero es rusa casi hasta la médula, es decir, se basa en las condiciones rusas. Esto es su lado bueno, pero también su lado malo. Malo, porque estoy convencido de que casi ningún extranjero podrá leerla; yo la he releído antes de decir esto. En primer término, es demasiado larga, consta de 50 párrafos o más. Como regla general, los extranjeros no pueden leer cosas así. Segundo, incluso si la leen, no la comprenderán, precisamente porque es demasiado rusa. No porque esté escrita en ruso (ha sido magníficamente traducida a todos los idiomas), sino porque está supersaturada de espíritu ruso. Y tercero, si, en caso excepcional, algún extranjero la llega a entender, no la podrá cumplir. Este es su tercer defecto.

Después de lamentarse por no poder participar directamente en este evento, Lenin lanza su advertencia final sobre las implicaciones negativas que podría tener tal estructura de los partidos comunistas a imagen y semejanza del PCUS:

Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro. Como ya he dicho, la resolución está excelentemente redactada y yo suscribo todos sus cincuenta o más párrafos. Pero no hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros. Cuanto expone la resolución ha quedado en letra muerta. Y si no comprendemos esto no podremos seguir nuestro avance.⁴⁵

Es decir, Lenin considera que la estructura orgánica aprobada por la Cominter para formar sus secciones nacionales era ilegible, incomprensible o, por último, inaplicable. Más que de una advertencia, se trataba de una autocrítica, pero su puesta en práctica ya no dependería de este jefe, que abandonaría enseguida la conducción de sus tropas llevado por la muerte temprana.

Lenin da un último consejo a sus camaradas:

considero que lo más importante para todos nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, consiste en que, después de cinco años de revolución rusa, debemos estudiar.

⁴⁵ “IV Congreso de la Internacional Comunista”, Obras escogidas, t. III, pp. 744-45. Subrayados nuestros.

Y vuelve a insistir en la misma idea, como queriendo dejar constancia para la historia de sus temores en cuanto a su ineficacia:

La resolución es demasiado rusa: refleja la experiencia rusa. Por eso, los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un icono y rezar ante ella. Así no se conseguirá nada. *Lo que necesitan es asimilar parte de la experiencia rusa.*

Y finalmente se despide machacando su consejo:

[. . .] lo más importante del periodo en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. En cambio, los estudios de ellos deben tener un carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. Si se logra esto, entonces, estoy convencido de ello, las perspectivas de la revolución mundial serán no solamente buenas, sino incluso magníficas.⁴⁶

Mucho se puede especular sobre estas últimas palabras de Lenin. Hay quienes (como E. H. Carr) interpretan su consejo sobre la necesidad de estudiar como sintomático de la pérdida de perspectivas, por parte de un hombre enfermo. Por supuesto, su enfermedad restringía dentro de ciertos límites su capacidad, su actuación como conductor de la lucha revolucionaria. Pero una cosa es absolutamente cierta: no fue ésta la primera vez que Lenin insistió en este consejo. Al contrario: toda su vida fue un constante llamado a los militantes revolucionarios para que comprendieran el papel de "la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria". Y toda su vida fue, además, un esfuerzo por estudiar y comprender el "carácter especial" de la problemática particular en la cual tenía que intervenir directamente: la temática de la revolución rusa. Así, Lenin, más que nadie, tenía toda la autoridad moral y el sentido del deber para llamar a la Internacional a orientarse por este método.

Él percibía las dificultades que tenían los partidos comunistas extranjeros para conducir correctamente la lucha. Ya los había criticado implacablemente, en una de sus obras maestras, La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo, y sabía que no se triunfaría en ninguna parte mientras las vanguardias no fuesen capaces de "asimilar parte de la experiencia rusa" y extraer de ella sus enseñanzas de valor histórico-universal sin caer en el extremo de transformarla en un icono.

⁴⁶ Ibid., pp. 745-46. Subrayados nuestros.

Su último llamamiento a los militantes fue que se dedicaran a la teoría como orientadora de la práctica; al aprendizaje que permite el análisis concreto de cada situación específica; a alcanzar el verdadero método de actuación marxista revolucionaria. . . y este mismo llamamiento lo encontramos ya en su primera obra, ¿Quiénes son los amigos del pueblo? Lenin comprendió que las revoluciones no estallarían a control remoto desde el país de los soviets, y que sin el estudio y la comprensión de las particularidades nacionales, solo se lograría acumular fracasos.

No podemos concluir este capítulo sobre Lenin y la III Internacional sin referirnos a la lucha que él trabó en el seno de esta organización contra el izquierdismo, el doctrinarismo de izquierda que se manifestaba con fuerza en la Comintern. Las duras críticas de Lenin a esta desviación están sistematizadas en su obra La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo. Esta obra, escrita para la Comintern, contiene una síntesis de lo más relevante de la experiencia política del bolchevismo y presenta las características de un verdadero tratado de táctica revolucionaria. En este campo, tal vez ésta es la más importante de las obras de Lenin, después del ¿Qué hacer?, pues representa el balance realizado por el dirigente maduro de su pensamiento y práctica consecuente. Ahí contempla Lenin desde el poder, la trayectoria de la revolución rusa, tratando de extraer sus enseñanzas, lo generalizable, para dejarlo como legado a las nuevas generaciones revolucionarias de su época y del porvenir. Vale la pena describir aquí algunos de sus aspectos principales.

Lenin insiste en el concepto de dictadura del proletariado, piedra angular de la concepción revolucionaria marxista tanto teóricamente (El Estado y la revolución, en especial) como en la práctica. Antes y después del triunfo, “se exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única”. La dictadura proletaria tiene que engendrar una “centralización incondicional”, y ésta es “una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía”⁴⁷ Pero Lenin destaca también otras condiciones: la existencia de una vanguardia y su capacidad de “fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias”.⁴⁸

Lenin plantea “que quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado”. Lenin no descarta la posibilidad de la restauración burguesa.” Por ello insiste tanto en la necesidad de la centralización, la autoridad fuerte y la disciplina. Para él, el socialismo no se implanta por decreto, sino a través de una

⁴⁷ “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, *ibid.*, t. III, p. 35

⁴⁸ *Ibid.*, p. 354.

durísima lucha que se da en todos los niveles de la vida económico-social y que se reviste de las más variadas características y asume múltiples formas. Lenin insiste en la necesidad de saber combinar las diversas formas de lucha y la importancia de la prensa revolucionaria, y hace un somero balance de la experiencia rusa: los años de la reacción, el nuevo ascenso, la participación parlamentaria. Destaca la lucha contra el oportunismo, "el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y que sigue siéndolo en escala mundial".⁵⁰ Por esto, Lenin aconseja prestar atención a este enemigo y llama a emprender una lucha constante para desenmascararlo. Sin embargo, subraya muy particularmente la importancia de la lucha contra el revolucionarismo pequeñoburgués; por su inconstancia, por su tendencia a acercarse al oportunismo y a complementarse, de manera recíproca, con él.

Después de desarrollar un largo análisis sobre el izquierdismo, Lenin se lanza una vez más en defensa del partido revolucionario y, en particular, en defensa de los jefes. Retoma sus antiguas tesis del ¿Qué hacer? afirmando que es ridículo negar la importancia de los jefes, tendencia que estaba de moda entre los izquierdistas alemanes de la época. Plantea, una vez más, cómo es un falso problema el tratar de oponer a la dirección centralizada la sobrevaloración de las decisiones de las masas. Para él, jefes y masas deben conformar una unidad en la lucha revolucionaria y por el poder. Un partido sólo es revolucionario cuando se liga a la clase y a las masas. En esto consiste exactamente, para él, "el arte del político". De ahí que "se debe trabajar sin falta allí donde estén las masas".⁵¹ Lenin enseña que es necesario trabajar en los sindicatos, aunque sean reaccionarios, pues no se debe abandonar a las masas al control burgués; además, inventar nuevas formas de organización obrera más allá de las que crea la propia clase. Enseña también que se debe actuar entre los sectores obreros más atrasados, que podrían caer fácilmente en manos de la reacción. Insiste en la necesidad de saber ser autocríticos de cara a las masas,

"reconocer abiertamente un error, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlos: eso es lo que caracteriza a un partido serio".⁵²

⁴⁹ Ibid., p. 371.

⁵⁰ Ibid., p. 360.

⁵¹ Ibid., pp. 376 y 378.

⁵² Ibid., D. 382.

Lenin destaca una de las características más peligrosas del izquierdismo: sustituir la realidad objetiva por sus deseos. En cambio, para él, "la táctica debe ser elaborada teniendo en cuenta serenamente, con estricta objetividad, todas las fuerzas de la clase del Estado de que se trata (y de los Estados que lo rodean y de todos los Estados en escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios". Aquí se encuentra una expresión cabal de la síntesis entre lo nacional y lo internacional en el pensamiento leninista. Lenin siempre actuó a la vez como un revolucionario ruso, que prestaba una atención especial a las particularidades nacionales de la lucha, y como un internacionalista, tomando en cuenta las condiciones extranacionales de la lucha local, así como la manera de coordinar internacionalmente la acción revolucionaria. Ejemplo palmario de tal actitud fue su posición frente a la guerra y el análisis que la orientó (El imperialismo...). En este sentido podemos decir que la "táctica-plan" de Lenin siempre estuvo sometida a una visión profundamente internacionalista. Pero prosigamos, utilizando el propio texto de Lenin: "Manifestar el revolucionarismo sólo con injurias al oportunismo, sólo condenando la participación en los parlamentos, resulta facilísimo; pero precisamente porque es demasiado fácil no es solución de un problema difícil, difícilísimo"⁵³

A continuación Lenin habla de los compromisos. Plantea que los proletarios conocen muy bien lo que son los compromisos, pues viven de ellos, pero que es necesario saber diferenciarlos. Hay compromisos que son impuestos por las condiciones objetivas (los que conducen, por ejemplo, a la suspensión de una huelga), como hay también compromisos traidores, que consisten en perjudicar a la clase por el egoísmo de algunos. . . Lenin concluye que no puede haber una receta o una regla general, ni en el sentido de rechazar todos los compromisos, ni en el de aceptar cualquiera. El acierto en rechazarlos o contraerlos proviene de la capacidad de "elaborar los conocimientos y la experiencia necesarios" y, además, de la "sagacidad política precisa para resolver pronto y bien las cuestiones políticas complejas".⁵⁴

En todo caso, Lenin plantea muy claramente que el poder no se toma, y mucho menos se mantiene, sin contraer determinados tipos de alianzas, sin neutralizar a determinadas clases sociales. Lenin siempre insistió, por ejemplo, en el carácter esencial de la alianza obrero-campesina, en que el proletariado no lograría mantenerse en el poder sin el apoyo de una importante parte del campesinado, en especial del campesinado pobre y de los trabajadores agrícolas. Aunque tal planteamiento lo habían hecho Marx y Engels, su desarrollo es otra de las importantes contribuciones tácticas del leninismo, pues demuestra el papel fundamental de esta alianza para desbrozar el camino, para alejar al máximo la posibilidad de derrotas.

⁵³ Ibid. pp. 387-88.

⁵⁴ Ibid., p. 392.

Aceptar el combate cuando es manifiestamente ventajoso al enemigo y no a nosotros constituye un crimen, y para nada sirven los políticos de la clase revolucionaria que no saben "maniobrar", que no saben concertar "acuerdos y compromisos" a fin de rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta.⁵⁵

Por esto Lenin afirma que "la política es una ciencia y un arte, que no caen del cielo, que no se obtienen gratis, y si el proletariado quiere vencer a la burguesía, debe formar sus 'políticos de clase', proletarios? y de talla tal que no sean inferiores a los políticos burgueses".⁵⁶ Recomienda pues, a los partidos comunistas que actúen sobre bases científicas:

La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de los demás países, sobre todo si esos países, también capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, exige que se tengan en cuenta todas las fuerzas, todos los grupos, partidos, clases y masas que actúan en el interior de un país dado, en vez de determinar la política basándose únicamente en los deseos y opiniones, en el grado de conciencia y de preparación para la lucha de un solo grupo o partido.⁵⁷

En esta obra Lenin vuelve a formular su definición de situación revolucionaria. Es importante tenerla presente:

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los "de abajo" no quieren y los "de arriba" no pueden seguir viviendo a la antigua, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la rápida generación del número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.⁵⁸

⁵⁵ Ibid., p. 399.

⁵⁶ Ibid., p. 401.

⁵⁷ Ibid., p. 402.

⁵⁸ Ibid., pp. 405-6.

Luego pasa Lenin a analizar la situación específica de la lucha revolucionaria en Inglaterra, y cree que para superar su aislamiento los comunistas deberían proponer un frente con los reformistas, con la única condición de mantener completa su libertad de agitación, propaganda y acción política. Frente al recelo de los izquierdistas acerca de que las masas no aceptarían tal compromiso, Lenin exclama:

“¡no atribuyáis a las masas vuestro propio doctrinarismo”. A la revolución no se llega en línea recta, hay etapas intermedias, etapas que están plagadas de compromisos. . . Lo fundamental es saber descubrir las peculiaridades de cada proceso. Para esto es necesario “saber estudiar, descubrir, adivinar”.⁵⁹

En sus conclusiones, refiriéndose al proceso revolucionario ruso de 1905, Lenin menciona los “factores históricos completamente originales” que lo condicionaron. Refiriéndose también al “centro dirigente” del movimiento internacional, subraya que “no puede en ningún caso ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas”. Menciona también que “la instauración de la república soviética y de la dictadura del proletariado es la principal tarea del periodo histórico actual”, pero insiste en que la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad, ni la supresión de las particularidades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios fundamentales del comunismo (poder soviético y dictadura del proletariado) que modifique acertadamente estos principios en sus detalles, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. [. . .] Cada país aborda concretamente la solución del problema internacional común [. . .].⁶⁰

Es cierto que Lenin soñaba con la “victoria mundial del poder soviético”, pero la entendía como una ley general que asumiría formas particulares en cada país.

El doctrinarismo de derecha se ha obstinado en no admitir más que las formas antiguas y ha fracasado del modo más completo por no haberse dado cuenta del nuevo contenido. El doctrinarismo de izquierda se obstina en rechazar incondicionalmente determinadas formas antiguas, sin ver que el nuevo contenido se abre paso a través de toda clase de formas y que nuestro deber de comunistas consiste en dominarlas todas, en aprender a completar unas con otras y a sustituir unas por otras con la máxima rapidez, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.⁶¹

⁵⁹ Ibid., p. 409. Véase cómo insiste Lenin en este mismo consejo en “IV Congreso de los Soviets”, Obras escogidas, t. II, p. 664. También en “¿Quiénes son los amigos del pueblo?”, cit., p. 321.

⁶⁰ Ibid.: p. 411.

⁶¹ Loc. cit.

Por último, Lenin consideraba que "la revolución se extiende y ahonda con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo que existen los motivos para esperar que el movimiento comunista internacional se curará rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo 'de izquierda' ".⁶²

La historia no confirmó este sueño de Lenin. Como tampoco confirmó el triunfo de la revolución europea, sino a largo plazo y parcialmente, hasta ahora, más de medio siglo después que Lenin escribió estas líneas. Es cierto que Lenin nunca fijó una fecha, ni siquiera aproximada, para la victoria revolucionaria en Europa, pero obviamente creía que tal victoria era una cuestión de mediano plazo. Tampoco se confirmó su previsión de que la II Internacional ya estaba prácticamente muerta.⁶³ Al contrario, el izquierdismo, y sobre todo el reformismo, siguieron brotando por todas partes, y solamente volverían a sufrir importantes derrotas en los años cuarenta, cuando la revolución llega a una parte de Europa y Asia. De todos modos, la revolución en Europa oriental, en China, en Corea, en Indochina y posteriormente en Cuba, junto al estallido de otros movimientos nacionalistas que evolucionan hacia el socialismo justamente en las regiones más atrasadas del mundo desde el punto de vista capitalista, confirman las tesis de Lenin. Estas tesis, esbozadas ya en su obra *El imperialismo . . .* y desarrolladas en el II Congreso de la Comintern, consisten en afirmar que la agudización de las contradicciones provocadas por la dominación imperialista podría engendrar el cuestionamiento de este sistema en los países donde se hacía sentir de manera más directa y odiosa.

Como lo había previsto Lenin, el contexto internacional de la lucha en contra del sistema de explotación pasó, después de la revolución rusa, a componerse de tres elementos fundamentales: la lucha de clases en los países capitalistas desarrollados; la lucha de clases dentro y en contra del imperialismo en los países coloniales y dependientes; y otro tipo de lucha de clases en los países socialistas, en contra de las supervivencias del capitalismo y por el avance hacia su etapa superior: el comunismo.

⁶² Ibid., p. 421.

⁶³ Véase *ibid.*, p. 410.

III. Síntesis: El Leninismo, su estrategia y su táctica

La tarea consiste en aprender a organizar bien el trabajo, de manera de no retrasarse, eliminar a tiempo los rozamientos, no separar la dirección de la política. Pues nuestra dirección y nuestra política se afianzan en la capacidad de toda la vanguardia de mantenerse vinculada con toda la masa del proletariado y con toda la masa del campesinado. Si alguien olvida estas ruedecillas, si se ocupa sólo de la dirección, el resultado será desastroso.

“XI Congreso del PC(b)R. Informe político del CC” *Obras completas*, t. XXXVI, p. 267.

Del análisis del pensamiento leninista podemos resaltar algunos aspectos que le son esenciales. Más que nada destaca el hecho de que el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción. Lenin sabe combinar con maestría la más estricta fidelidad a los principios estratégicos con el máximo de flexibilidad táctica. Parte de las enseñanzas de Marx Y Engels. Y las enriquece como teórico y como dirigente político práctico.

Lenin vivió en una época en que las contradicciones de la sociedad capitalista habían madurado de manera extraordinaria y la clase obrera ya había acumulado, tanto en el nivel nacional como internacional, una vasta experiencia de lucha. Sin duda, este trasfondo social fue lo que permitió la evolución de los términos en los cuales se desarrolló la lucha de clases que condicionó, en cierta forma, la maduración del marxismo revolucionario y posibilitó la aparición del leninismo.

La gran aportación de Lenin, como lo hemos destacado tantas veces, consiste en saber elaborar, una vez definidas las grandes líneas estratégicas, una “táctica plan” para cada periodo, para cada etapa de lucha, y no como algo rígido, sino con la necesaria flexibilidad para captar sus variaciones, entendiendo siempre que “la realidad viva es bicolor”. Por esto, Lenin jamás confunde los principios básicos de la lucha con un doctrinarismo

ineficaz. En su pensamiento no hay recetas prefabricadas para todas las situaciones. La orientación táctica proviene siempre del análisis concreto de una situación concreta. En toda la historia del bolchevismo hubo acuerdos, compromisos, maniobras, que se plantearon y muchas veces pusieron en práctica en función de situaciones específicas, con objeto de hacer avanzar la lucha hacia niveles superiores. Esto se desprende claramente de sus enseñanzas. Pero también a todo lo largo de esta historia está presente la intransigencia que marcó la actuación de Lenin en varios momentos cruciales de la lucha. A través de un balance de sus posiciones, a lo largo del proceso revolucionario ruso, es posible destacar tanto los momentos intransigentes y radicales, como los que se señalan por el espíritu de compromiso y concesión. En definitiva, el carácter de las orientaciones leninistas provenía del análisis objetivo y sereno de la correlación de las fuerzas de los enemigos, de los aliados vacilantes e inestables, de los aliados seguros, de las propias fuerzas de la clase obrera y de la capacidad que para dirigirla tuviera su vanguardia.

Como los ejemplos más notables de política de compromiso se deben destacar los siguientes: la alianza con Struve en la crítica al populismo; la unificación con los mencheviques durante el periodo del ascenso revolucionario, expresión de la voluntad de las bases del partido; la participación en las elecciones y en el parlamento en los momentos de descenso, de acumulación de fuerzas (e incluso la aprobación de que los diputados bolcheviques firmasen el acta de fidelidad al zar, para poder ejercer su mandato); su posición frente al intento del golpe reaccionario de Kornílov, uno de los ejemplos máximos de flexibilidad táctica (apoyar un gobierno que estaba reprimiendo a los bolcheviques, pero manteniendo un principio básico de lucha: a un enemigo se le apoya circunstancialmente y con el látigo en la mano); la adopción del programa agrario eserista, de carácter pequeñoburgués; la paz de Brest-Litovsk; la política de concesiones al capital extranjero; su línea de aprovechar la aportación de los especialistas burgueses en todos los niveles, incluso en el ejército; el intento de alianza con la II Internacional y con la Internacional II 1/2, etcétera.

Como ejemplos de política intransigente, debe destacarse: su actuación en el Congreso del partido en 1903, cuando éste se divide en dos fracciones; la enconada lucha contra los liquidadores de derecha y de izquierda (que él pone en práctica durante todo el periodo de reflejo después de la revolución de 1905), la intransigencia implacable en su crítica a todas las manifestaciones de reformismo y su ruptura definitiva con la II Internacional en 1914; su insistencia, a partir de septiembre, en la necesidad de preparar y realizar la insurrección en octubre de 1917, y su enfrentamiento con los compañeros vacilantes; su actitud frente a la aguda cuestión de la guerra civil, en el sentido de someter toda la política y la economía al objetivo de la victoria militar; la introducción del comunismo de guerra, por medio de la confiscación de toda producción excedente; su proposición

de prohibir la existencia de fracciones dentro del partido en el X Congreso; su decisión de reprimir implacablemente el intento insurreccional de Kronstadt, etcétera.

La actuación leninista en todas estas situaciones es demostración contundente de su capacidad táctica. Los casos citados son ejemplos definitivos para la lucha revolucionaria contra la dominación burguesa-imperialista y contra el reformismo.

No es posible dejar de destacar en esta síntesis otra gran aportación del pensamiento leninista; saber establecer la relación entre la revolución democrática y la socialista; comprender los mecanismos de la lucha de clases que permiten que una etapa sea superada dialécticamente por otra, abriendo paso a una fase superior de la lucha de clases. Es cierto que el tránsito de una a otra fue contemplado por Marx y Engels en sus análisis de las revoluciones de 1848 y en el "Mensaje al Comité Central" de 1850, pero Lenin, partiendo de esta enseñanza, va más lejos, tanto en sus análisis teóricos (en 1905) como en la realización práctica (1917). Otra contribución relevante del leninismo es su concepción acerca de un partido de cuadros, en las condiciones de la Rusia zarista, donde el ejemplo de los grandes partidos socialdemócratas de masas, que actuaban a plena luz de la legalidad burguesa, no podía ser seguido. Sin embargo, pese al carácter selectivo que Lenin contemplaba para el partido en la clandestinidad, su consideración de la acción política era en un sentido amplio, es decir, permitía arrastrar a las grandes masas, a miles y enseguida a millones de personas.

Por esto. Lenin daba tanta importancia al medio de comunicación por excelencia de su época: la prensa. Es importante recordar también cómo Lenin preconizaba la utilización y combinación de múltiples formas de lucha. No hay, en el leninismo, ningún rechazo a priori de ninguna forma de lucha. Lenin contempla siempre la viabilidad, conveniencia y eficacia de cada manera de actuar. Y por supuesto, la elección de una forma de lucha está condicionada por las circunstancias del momento, por la situación objetiva, por el grado más o menos elevado en que se encuentra la confrontación entre las clases. Por esto, la táctica leninista siempre es compleja, pues sabe utilizar y dosificar muchos de los ingredientes de la oposición revolucionaria.

Lenin rechaza los métodos "fáciles" y simples que consisten, por ejemplo, en la valoración mecánica del "purismo" y del "doctrinarismo"; en base a estos métodos siempre es muy fácil saber lo que no se debe hacer para no "comprometer" el movimiento revolucionario, pero nunca es posible la orientación positiva y concreta de la lucha cotidiana. Lenin critica duramente a los izquierdistas que, apegados a principios generales, no saben vincularlos a la conducción concreta de la lucha; se limitan a un proselitismo que resulta estéril cuando no está unido íntimamente a la experiencia política de las masas y, por lo tanto, no la refleja.

Como hemos destacado ampliamente, la corrección de las orientaciones tácticas concretas de Lenin se funda en la solidez de sus análisis teóricos. Para luchar contra los populistas, Lenin elaboró varios trabajos cuya polémica está sólidamente asentada en la aplicación creadora del marxismo. Es el caso de su obra ¿Quiénes son los amigos del pueblo?, que entrega múltiples aportaciones a la economía y la sociología; para proponer la creación del instrumento fundamental de lucha de la clase obrera (el partido), escribió el ¿Qué hacer?, que es un verdadero tratado sobre la organización revolucionaria, uno de los mayores aportes a la ciencia política; para enfrentarse a las desviaciones filosóficas dentro de su fracción, incursionó en la filosofía y el resultado fue Materialismo y empiriocriticismo; con el objeto de entender la guerra imperialista, y orientar el proceso revolucionario en la nueva etapa, investigó la economía mundial y produjo una obra maestra de la ciencia económica: El imperialismo fase superior del capitalismo; con la preocupación de precisar el carácter del Estado burgués, y del nuevo Estado proletario que debería resultar de la victoria de esta clase, redactó El Estado y la revolución, que representó la sistematización más elaborada de la teoría socialista. Pero sus aportaciones a esta teoría no se limitan a esta obra. Existen varios textos de Lenin que contienen en su conjunto todo un desarrollo, alumbrado por la contribución de Marx y Engels y la experiencia práctica, de la teoría de la transición socialista.

Por ejemplo, respecto a la concepción de la dictadura del proletariado, sus reflexiones -la mayor parte originales- entregan elementos para una precisión definitiva de este problema. De esta manera, capacitó al movimiento comunista mundial en su lucha contra todas las tendencias revisionistas, que son un subproducto burgués pero que no han dejado de ejercer su influencia entre sectores de la clase obrera, incluso hoy, en el seno de los propios partidos comunistas. El análisis leninista de la transición socialista es un marco teórico indispensable para quienes quieran comprender el carácter y la dinámica que han configurado los procesos históricos de construcción del socialismo en el mundo. El leninismo es, más que un método de acción revolucionaria, un enriquecimiento definitivo de la teoría marxista, en la época del imperialismo y de la transición al socialismo.

El camino brasileño hacia el socialismo

Traducción: Alma Rosa Chiapa

Versión original en portugués:
Dos Santos, Theotonio (1985), *O caminho brasileiro para
o socialismo*, Brasil, Edit. Vozes.

Índice

Prefacio del Senador Roberto Saturnino

Prólogo

Primera parte: Justicia social, soberanía nacional y socialismo

- I. Cómo llegamos a esta situación
- II. "Seguridad Nacional" y desarrollo: el modelo económico de 1964
- III. La búsqueda de un nuevo modelo: desarrollo social y socialismo
- IV. Socialismo y justicia social
- V. Socialismo y soberanía nacional
- VI. Socialismo y laborismo

Segunda parte: Democracia y socialismo

- I. Estado liberal y Estado democrático
- II. Estado y democracia en Brasil
- III. Democracia liberal y democracia popular
- IV. ¿Cómo se implantará el socialismo en Brasil?
- V. El partido como embrión del nuevo Estado

Tercera parte: El programa de transición al socialismo

- I. La crisis del modelo económico
- II. El programa de emergencia: reversión de prioridades
- III. Las reformas de base como condición para la transición al socialismo
- IV. Las formas de transición al socialismo
- V. El hombre nuevo: objetivo final del socialismo

Cuarta parte: El mundo camina hacia el socialismo

- I. El mundo camina hacia el socialismo
- II. El camino del no-alineamiento
- III. Por una política externa socialista

Prefacio

No es de sorprender la calidad de la Obra, la precisión de los conceptos, la lógica de la presentación, el rigor del lenguaje: Son bien conocidos los méritos de Theotonio dos Santos como científico político y social; bien conocidos dentro y fuera de Brasil. Conocer esos méritos es suficiente para que su nuevo texto sea recibido con gran interés y sea meditado como expresión importante del pensamiento brasileño de estos días cruciales.

Teniendo en cuenta estas cualidades del autor, por el título se avala la relevancia y la pertinencia del libro. En el Brasil actual renace con nueva fuerza el ideal socialista. Asociado a una invaluable opción democrática, el socialismo brasileño se extiende rápidamente como uno de los mayores horizontes de nuestro panorama político, con vocación para ganar una gran mayoría, a medida que se afirma como respuesta adecuada a la inconformidad que se va generalizando en el paisaje social, inaceptable e inmoral, fruto monstruoso del patrón de desarrollo impuesto por los privilegios internos e intereses externos como bien describe Theotonio al inicio de su libro.

El socialismo brasileño aún no se define por completo. Consciente de las frustraciones pasadas, quiere dibujarse poco a poco, en aproximaciones sucesivas, construidas sobre nuestra peculiar realidad, donde las tradiciones paternalistas entran en choque con la modernización dramática, donde a pesar de los avances optimistas, aún es evidente la debilidad en la organización de sus estructuras sociales. El socialismo brasileño pretende en primera instancia encontrar su camino de transición vía la eliminación de la dependencia externa, del autoritarismo secular, de las desigualdades brutales. Es esa la rica discusión por la cual se encamina Theotonio, con su gran saber y su pensar honesto.

Abre también los caminos para el debate del Partido Socialista, ese instrumento que gana adhesiones multiplicadas por todo el país, demandando y exigiendo formulaciones objetivas. En ese momento más que necesario, llega Theotonio con su valiosa contribución, con su trazo firme, franco e inteligente, para ese dibujo que comienza a formarse en las calles, en los debates y en el papel escrito.

Theotonio percibe con nitidez la inviabilidad del viejo sueño de nuestra burguesía de traer el liberalismo angloamericano. Percibe que Brasil debe y puede abandonar ese falso ideal y buscar consistentemente la planificación, la intervención del Estado, las reformas estructurales, la propiedad social en los sectores estratégicos (como el financiero), buscar en fin las vías del socialismo, sin romper con los mecanismos

políticos salidos de la democracia liberal- la representatividad y la rotación del poder, la garantía de los derechos y libertades esenciales, el pluralismo y la elección popular- enriquecidos dichos mecanismos con formas nuevas de participación creciente de la sociedad en las decisiones públicas. Theotonio percibe que ese es el gran potencial de Brasil de su generación. De ahí el impulso de sentarse y escribir, hablar a la Nación.

Theotonio hizo un libro importante, del cual podría resaltar uno u otro capítulo de mi interés, como –la transición hacia el socialismo, el partido nuevo, por ejemplo. Pero no lo haré. Que lo aprecie el lector, el brasileño, el latinoamericano, ligado al ideal de la nueva sociedad, que tome y abra este interesante libro para discutir consigo mismo y con sus presentes los caminos del socialismo.

Senador Roberto Saturnino

Prólogo

Este libro pretende colaborar en un debate de gran alcance histórico que tiene por objetivo la integración del pueblo brasileño al movimiento mundial en dirección a un mundo socialista.

En este momento está hecha la convocatoria a un Congreso Nacional de Socialismo Democrático que pretende abrir el camino a un gran Partido Socialista de Masas.

El ideal de un Brasil socialista deja de ser un sueño vago e impreciso para convertirse en un movimiento social y político de gran envergadura que ubicará a nuestro país en el escenario internacional con el peso correspondiente a sus riquezas naturales, a su población y a su origen cultural.

Las élites políticas y culturales brasileñas quisieron impedir, año tras año, la angustia de nuestro pueblo y de las clases trabajadoras con un programa, una estrategia y una táctica política propias.

No obstante, el fracaso del régimen de excepción que estas élites impusieron sobre los brasileños a lo largo de 20 años de arbitrio, autoritarismo y represión, los desmoralizó como conductoras de nuestro pueblo.

El fin de la dictadura y la urgencia de una democracia aun incipiente pondrán a la orden del día la necesidad de una organización partidaria independiente del pueblo trabajador.

Esta organización no podrá tener por meta sino la conducción de un proceso de transición de Brasil a una nueva economía y sociedad justa igualitaria y fraterna.

Muchos libros, artículos, reflexiones, conferencias, debates y congresos tendrán que realizarse para esclarecer esta cuestión que ya se coloca en la orden del día para las grandes masas brasileñas.

Con este libro queremos concentrar en un texto simple y modesto los años de lucha, reflexión y estudio que dedicamos a este tema junto con otros compañeros brasileños, latinoamericanos y de otras partes del mundo.

Durante más de 30 años, desde nuestra adolescencia, identificamos nuestro destino personal con la causa del socialismo en Brasil y participamos de la elaboración del programa socialista de la Organización Política Obrera que marcó un periodo de la evolución de la izquierda brasileña.

Con nuestro exilio iniciado en 1966 continuamos la lucha por la redemocratización de Brasil y nos incorporamos al Partido Socialista Chileno para combatir al lado de Salvador Allende por nuestra causa común. En varios congresos, seminarios y sobre todo en mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, que se realizan anualmente en Cavtat, desde 1975, con la presencia de intelectuales y políticos de todo el mundo y de las más diversas tendencias, continuamos debatiendo, estudiando y profundizando nuestra visión de lo que representa el socialismo en el mundo contemporáneo.

El dominio oligárquico y neocolonial sobre nuestros medios de comunicación alejan totalmente a nuestro pueblo de las grandes corrientes de pensamiento de nuestro tiempo. Nuestros intelectuales, con raras y brillantes excepciones, restringen su campo teórico e histórico a las versiones nuevas y parisinas del mundo contemporáneo.

Por lo tanto, el debate sobre el socialismo es algo aún muy incipiente en nuestro país. Pero la crítica profunda que cada brasileño realice, en el fondo de su mente y de su corazón, al modelo capitalista dependiente, concentrador y marginalizador en que nos encontramos deja siempre una cuestión en suspenso, ¿cómo superar esta situación?

Pues bien, el debate sobre el camino brasileño hacia el socialismo debe partir de esta cuestión básica; ¿es el socialismo la salida, la alternativa para este capitalismo dependiente?

Aquí se exponen algunas ideas sobre el tema para un inicio de conversación. Si hubiera una respuesta viva e interesada podríamos partir de nuevas cuestiones que seguramente afectan profundamente nuestras vidas, nuestras esperanzas y nuestras angustias.

Theotonio dos Santos

Rio de Janeiro, 8 de enero de 1984

Primera parte

Justicia social, soberanía nacional

y socialismo

I- ¿Cómo llegamos a esta situación?

El pueblo brasileño vive en condiciones económicas y sociales muy inferiores a las de las naciones desarrolladas, ya sean capitalistas o socialistas. Los índices de miseria absoluta, deficiencia alimentaria, mortalidad infantil, analfabetismo, etc., apuntan a una situación de miseria aguda de las grandes masas.

Sería errado atribuir esta situación a la falta de recursos de nuestro país ya que Brasil es una de las regiones más ricas del mundo. Sería también una falsedad explicarla por las características raciales o culturales de nuestro pueblo. Hoy, las zonas desarrolladas del mundo se componen de segmentos raciales de todos los tipos y pueblos de los más diversos orígenes culturales.

Sería también un falso camino atribuir estas deficiencias a algún tipo de rechazo intrínseco de nuestro pueblo al progreso tecnológico. El pueblo brasileño domina hoy tecnologías muy sofisticadas y nada indica que tenga una resistencia natural al desarrollo tecnológico.

Brasil, tal como la mayoría de las naciones subdesarrolladas que forman la vasta población del llamado Tercer Mundo, forma parte de un conjunto de países que fueron objeto de la expansión colonial de Europa (excepto los Estados Unidos, Canadá y Australia cuya colonización asumió en sus orígenes características menos explotadoras que permitieron la mayor autonomía de sus habitantes).

Esta dominación, directa o indirecta, sometió su organización económica a los intereses del mercado europeo y generó estructuras económicas basadas en relaciones de trabajo atrasadas de tipos semi-serviles y esclavistas cuando Europa y los Estados Unidos ya instituían masivamente el trabajo libre y asalariado.

Esta dominación privilegiaba la explotación extensiva de esa mano de obra barata en detrimento de las tecnologías modernas que elevaban la industrialización y el proceso de automatización del trabajo a niveles extremadamente altos en los Estados Unidos y Europa, aumentando en cantidades impensables la entrada del excedente económico generado por los trabajadores.

Esta dominación condenaba también a nuestros países a la especialización en ramos subyugados y dependientes de la producción, estableciéndose una división internacional del trabajo que nos distanciaba de los núcleos de avance tecnológico y científico.

Por último nos vimos condenados a la explotación del trabajo barato, a la subyugación a la economía internacional y a los poderosos intereses que la controlaban. Nos vimos también condenados al atraso social, cultural y político ajeno a las fuerzas sociales, culturales y políticas que impulsaban las transformaciones más significativas del mundo contemporáneo.

Hasta 1930 predominó en nuestro país una economía agrícola y minera enfocada a las necesidades del mercado internacional, utilizando exclusivamente mano de obra barata y dependiente de relaciones semi-serviles. En torno a esa economía exportadora se desarrollaron las vías de ferrocarril, las ciudades más importantes, los primeros núcleos de industrias complementarias de esa base económica ligada sobre todo al café, al cacao, al tabaco, al caucho, etc.

Nuestro pueblo vivía, aun así, en mayor atraso social. Analfabeto y enfermo, su miseria se expresó en la figura denominada "jecatatu" símbolo de ese mundo subdesarrollado. Las nuevas clases sociales que se desarrollaron junto con las ciudades y las nuevas actividades arriba señaladas se rebelaron en ondas sucesivas contra el dominio absoluto que las oligarquías rurales ejercían sobre el aparato estatal creado por la vieja República.

En la década de los 20 esa rebelión asumió la forma de movimientos militares que sumándose a las huelgas de 1917-1919 y a las protestas intelectuales del movimiento modernista, debilitaron progresivamente las bases de sustento del régimen oligárquico.

La crisis internacional de 1929, que derrumbó el mercado mundial de materias primas, devaluando los depósitos de café de las oligarquías, abrió camino para un movimiento revolucionario que se materializó en la revolución de 1930.

El gobierno revolucionario, bajo el mando de Getulio Vargas, realizó una amplia labor en el camino de la industrialización y el crecimiento urbano, del ascenso de clases medias, los derechos sociales y la organización de los trabajadores, y de la modernización del país en su conjunto.

Sin embargo, esa tarea modernizadora en dirección de un régimen económico capitalista, fuertemente controlado por el Estado apoyado en movimientos sociales organizados y en medidas de defensa del trabajo, sufría dos importantes limitaciones:

En primer lugar, la Revolución de 1930 no llevó hasta el final la lucha contra las oligarquías rurales, al preservar el latifundio y evitar una intervención social en el campo. La fuerza de esas oligarquías a pesar de

estar enflaquecidas por el desarrollo del capitalismo en la agricultura, por el éxodo rural y por la confiscación estatal de las divisas obtenidas con las exportaciones, continuó siendo, con todo, un factor de atraso y un foco constante de conspiración político-militar y transmisión ideológica conservadora contra las medidas de contenido nacionalista y democrático.

En segundo lugar, debido a esta misma razón, el Estado Revolucionario tuvo que recurrir a la centralización de la administración y el autoritarismo como forma de imponer las transformaciones modernizadoras sobre las oligarquías rurales y los fuertes contingentes de clases medias bajo su influencia.

Las limitaciones de la Revolución de los 30 revelaron las debilidades de las fuerzas sociopolíticas que intentaban atraer al Estado a la modernización del país.

La burguesía industrial naciente era en gran parte hija de la propia oligarquía rural, financiera y mercantil o de migrantes sin mayores riquezas acumuladas y sin posición social para controlar el poder político.

Las clases medias estaban compuestas de profesionales liberales y asalariados administrativos y de servicios y estaban aún en sus inicios. Su único pie en el poder estaba en la participación dentro de las fuerzas armadas y en la emergencia de una funcionalidad pública más profesional y de carrera.

La clase obrera tradicional estaba compuesta de artesanos de origen europeo con hábitos individualistas. Por otro lado, los nuevos contingentes de trabajadores venidos del campo traían una mentalidad paternalista.

Estas fuerzas aun emergentes no disponían del poder suficiente para enfrentar cara a cara el poder oligárquico tradicional y tuvieron que apoyarse en sectores más progresistas de la propia oligarquía, confiar en su debilitamiento por la crisis internacional y recurrir al uso de la fuerza del Estado autoritario con el objeto de evitar las barreras impuestas al desarrollo industrial y a la modernización social por las sobrevivencias de la gran propiedad latifundista y de las relaciones semi-serviles en la agricultura.

Vencidas solamente en parte las dificultades internas, el desarrollo económico y social de nuestro pueblo enfrentó, en el plano exterior, otros problemas todavía más potentes y dramáticos.

Desde 1945, terminada la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo internacional entró en una nueva fase de expansión (a pesar de los brotes revolucionarios ocurridos después de la guerra en China, Yugoslavia, Europa Oriental, etc.).

Como resultado de esta expansión se produjo un intenso movimiento internacional de capitales en busca de nuevas oportunidades de inversión. Estos capitales encontrarían en los países coloniales y semi-coloniales, un embrión de industrialización y una infraestructura económica en condiciones de recibir sus aplicaciones.

Las nuevas invenciones introducidas en la posguerra abrían un enorme campo a la difusión de nuevas tecnologías monopolizadas por las grandes empresas situadas sobre todo en los Estados Unidos.

La electrónica, la aviación, la petroquímica y la química inorgánica en general, la energía nuclear, se sumaban a la mecánica básica, la industria automotriz, la química, la electricidad y la radio para diseñar en el horizonte de la humanidad una nueva civilización que superaba inclusive la era de la industrialización tradicional.

Después de la Segunda Guerra Mundial el desarrollo tecnológico ya no se realiza basado en la experimentación empírica. Es desde entonces que la ciencia crea los procesos de producción y los nuevos objetos que ocupan nuestra vida cotidiana.

La actividad científica se convierte en una tarea permanente en la cual se invierten incontables recursos. El dominio sobre el conocimiento innovador pasa a ser más importante que la rutina de la producción, la creación y los aspectos cualitativos pasan a sustituir el aspecto cuantitativo del crecimiento económico.

En este nuevo contexto, el capital nacional que apenas ingresaba en el campo industrial y buscaba absorber los avances tecnológicos ya en superación en los centros desarrollados pasa a enfrentar un poderoso competidor: las empresas multinacionales, enormes monstruos económicos que monopolizan los avances tecnológicos y los convierten en base de expansión de su capital en el plano internacional.

La subyugación del capital nacional e internacional se dio a través de un proceso complejo que puso en confrontación dos modelos de desarrollo capitalista del país.

Por un lado, estaba el ideal de un desarrollo capitalista clásico, basado en el dominio del mercado interno por el capital nacional, interesado en la reforma agraria, en la creación de una industria de base que asegurase un crecimiento tecnológico relativamente independiente y una expansión de las industrias de consumo de acuerdo con los avances tecnológicos internos o con importación moderada y controlada de tecnologías internas.

Este modelo de crecimiento implicaba una política de cambio proteccionista de la industria nacional (inclusive la industria de base), la formación de mano de obra capacitada profesionalmente y de una elite empresarial,

técnica y política de corte nacionalista y con pretensiones de hegemonía sobre las fuerzas sociales emergentes del proceso industrial, particularmente el nuevo sector laboral.

Por otro lado estaba la subyugación al movimiento expansivo del capital internacional que significaba la adopción de uno u otro patrón de desarrollo. Este acentuaba la incorporación de nuevas tecnologías en el sector de consumo de lujo y de bienes duraderos, relegando a un segundo plano las industrias de base y el consumo de las masas populares.

En vez de interesarse por una reforma agraria que ampliase el mercado interno, el estilo de desarrollo capitalista dependiente del capital internacional, reforzaba el poder de consumo de las clases altas y medias capaces de absorber los productos sofisticados traídos por las corporaciones multinacionales que se instalaban en el país.

En vez de absorber y generar una tecnología adecuada a la capacidad productiva del país, se dieron enormes saltos tecnológicos que no dominábamos internamente. Se importaban las nuevas tecnologías incorporadas en las maquinarias, se aprendían procesos de producción controlados del exterior, se absorbían solamente las etapas finales de un proceso de producción cuyas bases creativas estaban en las casas matrices de las corporaciones multinacionales.

El más dramático de este modelo de desarrollo era sin embargo, la apertura del país a la explotación del capital internacional. La plusvalía generada por el trabajador brasileño pasaba a ser propiedad de empresas gigantescas que no se interesaban en reinvertir sus ganancias dentro del país.

La remesa directa de ganancias, los pagos de *royalties*, servicios técnicos y otros servicios extremadamente onerosos para nuestra balanza de pagos, la subordinación de nuestra producción industrial, la importación de maquinarias especificadas por los inversionistas extranjeros y sobre todo la importación de piezas y materias primas industrializadas pagadas a alto precio según los intereses del comercio –intrafirma- (operaciones de compra y venta realizadas entre filiales y empresas hermanas de los conglomerados multinacionales), son en resumen el conjunto de servidumbres al capital internacional y a las potencias estatales que apoyan nuestra balanza de pagos.

El país se vio condenado a un déficit permanente que lo conducía inevitablemente al endeudamiento creciente y acumulativo y a la consecuente sumisión progresiva al control del sistema bancario y financiero internacional.

La culminación de este modelo tendría que ser lo que conocemos hoy: un endeudamiento creciente y acumulativo del país para saldar los préstamos obtenidos anteriormente. Es decir, una entrega constante de nuestros recursos y de las riquezas aquí generadas cada año a los dueños del capital financiero internacional.

Durante un largo periodo de 1945 a 1964, lucharon entre sí estas dos concepciones de desarrollo capitalista. El proletariado urbano y los sectores más pobres de las clases medias se definieron muy sabiamente, por el modelo nacionalista de desarrollo apoyando con énfasis y vigor todas las propuestas que reforzaban el capital nacional y el capitalismo de Estado que lo sustituía en muchos casos debido a su base aun débil y precaria.

Las clases medias urbanas se definieron en mayor parte por el desarrollo asociado al capital internacional que como vimos, reforzaba en general su patrón de consumo a costa de las aspiraciones de las masas populares.

La burguesía se dividió entre aquellos pocos sectores que creían aún en la viabilidad de un modelo de desarrollo capitalista independiente basado en el mercado interno y aquellos sectores cada vez más amplios que preferían asociarse al capital internacional aceptando las aparentes ventajas de un desarrollo capitalista dependiente y asociado al capital internacional.

De hecho, el modelo de desarrollo capitalista independiente contradecía la realidad de la etapa alcanzada por la evolución del capitalismo en escala internacional.

La integración capitalista internacional producida después de la Segunda Guerra Mundial en torno al capitalismo norteamericano, consagrada por los acuerdos de Bretton Woods que crearon el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y establecieron el patrón oro basado en el dólar, consagrada aun por los acuerdos tarifarios del GATT, y por los sistemas de ayuda internacional iniciados por el Plan Marshall para Europa y el -Punto IV- para los países subdesarrollados y dependientes, no permitía más la sobrevivencia de capitalismo locales en expansión.

Además, al contrario de lo que ocurriera con las potencias capitalistas que emergieron en el fin del siglo XIX, y que pudieron aún luchar por su tajada en el mercado internacional, una nueva potencia emergente en la década de los 40 o 50 encontraba el mercado internacional ya totalmente monopolizado por los acuerdos realizados después de la Segunda Guerra Mundial.

Cabe recordar que la lucha de Alemania, de Italia y de Japón en el fin del siglo pasado para encontrar un lugar en el sistema imperialista mundial ya había conducido a dos guerras mundiales, al debilitamiento de Inglaterra, a la nueva hegemonía norteamericana, a la revolución socialista rusa y a la efervescencia revolucionaria

después de la Segunda Guerra Mundial que dio origen al campo socialista en constante crecimiento y al movimiento de liberación nacional del Tercer Mundo.

No fue en vano, por lo tanto, que a medida que se fue bloqueando la lucha cada vez más radical entre esos dos modelos de desarrollo, la burguesía nacionalista fuese abandonando el campo de combate, mientras los trabajadores y otros sectores populares fueran asumiendo el mando de la batalla por la defensa de las riquezas nacionales, contra el capital extranjero y la dominación imperialista y por la democracia.

Es natural también que ese proyecto se fuera transformado a medida que los trabajadores asumían su hegemonía. Fue aumentando el énfasis en la participación estatal, en las reformas estructurales y en la extensión y radicalización, sobre todo de la reforma agraria, piedra angular del desarrollo nacionalista y democrático.

Este embate histórico se bloqueó a través de una sucesión de golpes y contragolpes. En 1943 el gobierno de Vargas se aproximó más a los sectores populares, y lejos de integrarse a las potencias aliadas en la Segunda Guerra Mundial, lanzó una ofensiva en dirección a la clase trabajadora y obtuvo el apoyo del Partido Comunista de Brasil.

En 1945, después de la promesa de convocar a elecciones, Vargas fue derrocado por un golpe de Estado que a pesar de su intención democrática buscaba sobre todo desvincularlo de esas bases populares y abrir camino para un liberalismo conservador de clases medias por más que contase con el apoyo de la "izquierda democrática" que nunca consiguió atraer a las masas populares del país).

Sin embargo en las elecciones de 1946 ganaron las fuerzas identificadas como "varguismo": El PSD y el PTB. La alianza de las fuerzas conservadoras del PSD (que traicionó y abandonó Vargas) con la UDN durante el gobierno de Dutra, no consiguió imponer totalmente sus puntos de vista al pueblo brasileño.

Fue así que en 1950 Getulio Vargas regresó al poder por el voto popular ejerciendo un gobierno de fuerte contenido popular y nacionalista que contó con una creciente oposición conservadora, la cual, por falta de fuerza recurrió a la conspiración.

En 1954 Vargas estaba próximo a la destitución por un movimiento golpista liderado por Carlos Lacerda y apoyado en un pronunciamiento militar contra el presidente. Con su suicidio logró desarticular este movimiento, pues su carta de testamento provocó una conmoción popular profunda y dio origen a amplias manifestaciones

populares. Las denuncias de su testamento sobre el carácter de las fuerzas golpistas formadas por los intereses del capital internacional y sus asociados internos, representaron un nuevo aterrizaje de luchas sociopolíticas.

En 1955, la elección de Juscelino Kubitschek y João Goulart, para presidente y vicepresidente respectivamente, restablecía la alianza de las fuerzas nacional-democráticas por el voto popular. Sin embargo el gobierno de Kubitschek era hegemonizado por los sectores más conservadores de esa alianza y abrió las puertas del país al capital internacional desde que éste vio desenvolverse la industrialización por la que tanto aspiraban los intereses empresariales en consolidación en el país. Para tomar posesión como presidente, el entrante gobernador Juscelino tuvo que armar a la policía militar de Minas y contar con un contragolpe lanzado por el entrante general Teixeira Lott.

Los compromisos que se dieron en su gobierno y las aperturas a la inversión internacional y nacional, aún a través de una vía inflacionaria, permitieron un periodo de relativa "paz social" durante su gobierno. Sin embargo, las contradicciones vinieron a irrumpir en el gobierno de su sucesor Jânio Quadros, que a pesar de electo con el apoyo de la UDN no consiguió elegir a su vicepresidente. Otra vez el pueblo brasileño votaba por el laborismo para ocupar el poder de la vicepresidencia a través de João Goulart.

En 1961, Jânio se vio obligado a ejecutar un plan que ya practicaría anteriormente para resistir las presiones que sufría su gobierno: presentó su renuncia en un momento dramático para el país. Pero su maniobra falló. Fue aceptada su renuncia pero el parlamento y una junta militar ocupó el gobierno y negó la posesión a su sucesor legal, João Goulart.

Contra ese golpe se levantó el gobernador Leonel Brizola de Rio Grande do Sul, formó milicias populares, consolidó el apoyo de la Brigada Militar de Rio Grande do Sul, organizó una cadena de radio nacional, ganó la adhesión del gobernador de Goiás, Mauro Borges, y el Tercer Ejército adhirió la "campaña por la legalidad". El golpe militar estaba derrotado.

No obstante ahora, su derrota tenía un fuerte contenido de masas, aun mayor que el movimiento que abortó la tentativa golpista en marcha en 1954, después del suicidio de Vargas.

Por primera vez un movimiento de inspiración civil lograba vencer un golpe militar consumado e imponer abiertamente la voluntad popular, mismo que hizo a través de un acuerdo del Presidente Goulart que cedía en sus prerrogativas presidenciales. 1945, 1954, 1955, 1961 (sin contar otros movimientos menores) fueron las sucesivas tentativas de las fuerzas liberales, conservadoras y de ultraderecha apoyadas por el capital internacional y por la embajada norteamericana para hacerse del poder por la fuerza en Brasil.

En 1945 había aun una ilusión de victoria electoral, de ahí el carácter democrático del golpe. Pero con el pasar de los años, el liberalismo conservador descubrió que no llegaría nunca al poder por los brazos del pueblo brasileño.

Sólo le restaba el camino de la violencia: en 1964 las fuerzas ya sucesivamente derrotadas por el pueblo brasileño se impusieron finalmente a través del golpe de Estado. Es necesario recordar, sin embargo, que para sostenerse en el poder, fueron obligados a recurrir al Acto Institucional No. 2 en 1966, después de la derrota electoral de ese mismo año; al Acto Institucional No. 5 en 1968, tras el creciente movimiento popular en apogeo en aquel año y a la rebeldía del parlamento a las imposiciones de los ministros militares, en 1974, realizaron nuevas casaciones, en 1976 tuvimos un nuevo cierre del parlamento y la creación de senadores temporales con la adopción de un "paquete" electoral (conjunto de leyes arbitrarias para garantizar la mayoría gubernamental), todo esto para impedir los efectos de su derrota electoral en 1974, 1976 y 1978. Nuevos instrumentos legales fueron nuevamente instituidos en 1981 para prevenir la derrota en las elecciones de 1982.

Finalmente, las fuerzas sociales abiertamente asociadas al modelo de desarrollo dependiente nunca lograron el apoyo de los movimientos populares y solamente pudieron imponerse a través de la violencia, contando en verdad con una oposición cada vez menos combatiente de las fracciones burguesas y pequeño-burguesas que fueron abandonando progresivamente el modelo nacionalista y democrático.

II. “Seguridad nacional” y desarrollo: Modelo económico de 1964

El régimen impuesto al país después de 1964 probó plenamente las razones de la oposición popular al modelo dependiente de desarrollo. Este régimen postergó las aspiraciones populares en nombre de la “seguridad nacional” y del combate a la subversión. Y justificó su política económica antipopular en nombre de la necesidad de crecer primero para distribuir después los frutos de ese crecimiento.

La política económica de la “Revolución de 1964” se caracterizó abiertamente por el favorecimiento a la concentración y a la centralización económica que elevó al más alto nivel la concentración de la renta nacional en las manos de una minoría ínfima de la población.

A consecuencia de esta política se marginalizaron también amplios sectores de población sometida al desempleo y al subempleo, lo que llevó a nuestro país a ostentar el más alto índice de pobreza absoluta en América Latina.

Por fin, en este proceso no solamente se alienaron importantes riquezas naturales del país como se entregó el control de la economía al capital internacional, orientándose el desarrollo interno por sus intereses y agravando a tal punto nuestras dificultades cambiarias que nos convirtieron en los mayores deudores del mundo.

La concentración y la centralización de la renta se ampliaron y se privilegiaron las ganancias del capital sobre el trabajo, a través de la “reducción salarial” impuesta al trabajador en 1964 tras la intervención en sus sindicatos y la represión violenta de sus liderazgos.

La reducción salarial culminó con la extinción de la estabilidad en el empleo y fue sustituida por el Fondo de Garantía que favoreció la rotación de la mano de obra.

Fue extinta igualmente la participación de los trabajadores en la dirección de la Previsión Social, reprimidos los sindicatos y puesto fuera de la ley su órgano máximo de representación sindical, la Confederación Única de los Trabajadores, recién conquistada durante el gobierno laborista de João Goulart.

De esta forma, se abrió camino a una política social que disminuyó drásticamente los gastos estatales en este sector, favoreciendo las inversiones destinadas al crecimiento económico.

Con los salarios rebajados en cerca del 54%, con la Previsión Social en decadencia, con la disminución de los gastos sociales del Estado, con el aumento de la rotación del trabajo, la economía se orientó totalmente a favor del capitalista y de la inversión especulativa, ayudados aún por las exenciones fiscales de los más diversos tipos.

Fue así que se llegó al auge económico de 1968-1974 que se llamó paranoicamente del "milagro brasileño". Un crecimiento desordenado y antisocial, superdimensionado y derrochador, especulativo y desnacionalizador.

Fue así que se concentró la renta del país aumentando más que cualquier otro sector la participación del 1% de nuestra población que tiene las rentas más elevadas, es decir, los billonarios. En 1970 la renta del 1% más rico representaba 10.5% en el campo y 13% en la ciudad. En 1980, este mismo 1% poseía 29.3% y 14% de la renta rural y urbana respectivamente. En seguida se elevó la parte de la renta nacional que está en las manos de los 5% más ricos. En 1970, los 5% más ricos detentaban 23.7% de la renta rural y 30.3% de la renta urbana brasileña. En 1980, este mismo 5% detentaba respectivamente 44.2% y 34.7%. Los 10% más ricos aumentaban su participación en el campo de 33.8% a 53% y en la ciudad de 43.7% a 48.2%. Un aumento sustancial, solo que en menor proporción.

Por otro lado, los 90% restantes redujeron su participación en la renta nacional, particularmente los 50% más pobres que bajaron su participación en la renta nacional de 22.4% a 14.9% en el campo y de 16% a 13.1% en la ciudad.

Estos datos revelan que la concentración alcanzó niveles impresionantes. Si sumáramos a esto el fortalecimiento del poder de la Unión en detrimento de los estados y municipios, de las regiones más ricas en detrimento de las más pobres, aun faltaría completar este cuadro llamando la atención del lector al fortalecimiento de las grandes empresas y de control monopólico de los mercados, que favorece a los grandes productores en detrimento de los pequeños productores y de los consumidores en general.

Finalmente, debemos recordar el fortalecimiento de la especulación financiera que favorece a los especuladores en detrimento de los productores directos.

En resumen: En el Brasil de las multinacionales tienen ventaja: el lucro en detrimento del salario, el tecnócrata y burócrata de las grandes empresas capitalistas contra el trabajador directo de los estados y de las zonas rurales; los especuladores de los centros urbanos se imponen sobre los trabajadores y los agricultores productivos; el dueño de la tierra sobre la cual trabaja. En fin, el oportunista y el especulador siempre llevan ventaja sobre el trabajador y el ciudadano honesto.

Es fácil percibir los límites de tal modelo económico. En vez de encaminar al país a una modernización efectiva que eleve el nivel de vida de nuestro pueblo, tal modelo de desarrollo aumenta la miseria social, la ineficacia económica y el parasitismo a pesar de haber incorporado muchas novedades tecnológicas y conductas permisivas, atribuidas a una falsa "modernidad".

Para un 25% de la población, Brasil se desarrolló enormemente en los últimos años ya que consumimos autos de modelos relativamente recientes, televisiones a color y de alta definición, tenemos moteles en casi todas las ciudades del interior, vida nocturna en ascenso, prostitución cada vez más refinada, etc. No importa que seamos un pueblo de analfabetos, que tengamos los más altos índices de mortalidad infantil del mundo, que compitamos por el primer lugar mundial en porcentaje de pobreza absoluta, que tengamos algunos de los índices más violentos de desnutrición, enfermedades endémicas, fracaso escolar, etc.

No importa tampoco que tengamos un puñado de científicos en relación con los países más desarrollados. Que tengamos periódicos y revistas con tirajes vergonzosamente bajos. Que no consigamos tener un ballet y una orquesta sinfónica estables. Que no poseamos bibliotecas dignas, que tengamos menos librerías que el centro de París, etc.

Posiblemente, 25% de los altos rendimientos pueden sentirse parte de una realidad totalmente distinta del subdesarrollo y miseria que indican las estadísticas. Este porcentaje percibe su propia realidad "casi europea o americana". La pobreza aparece para estas poblaciones como una especie de contaminación de sus hijas de desarrollo y modernidad. Contaminación que les permite pagar bajísimos salarios en sus empresas, tener una o varias empleadas domésticas, ser atendido por donde se ande, tener prostitutas a bajo precio, etc.

Pero el modelo económico dependiente y excluyente tiene otros problemas:

Es necesariamente inestable, lo que se manifiesta en las altas tasas inflacionarias.

Es necesariamente limitado en su capacidad de abrir nuevos mercados internos, obligando a reorientar la economía al mercado externo a costa de incentivos fiscales del Estado y costos rebajados por los salarios de hambre internos.

Aumenta la inquietud social, la criminalidad, la brutalidad de la sociedad en general que termina por afectar inclusive los barrios elegantes y bien vigilados.

Obliga a pagar enormes remesas de lucro a los capitalistas internacionales, *royalties*, alquiler de marcas y patentes, servicios técnicos, transporte de mercancías y seguros, y otros servicios que mantienen nuestra balanza de pagos en déficit.

Nos dirigimos al endeudamiento para superar esos déficits cambiarios y a nuevos endeudamientos para pagar los préstamos anteriores hasta la situación de insolvencia en que nos encontramos.

Se nos hace sentir como capitalistas inferiores, dependientes miembros de una subespecie de capitalismo internacional, sin oportunidades ni posibilidades de aspirar a un lugar a la luz de la sociedad internacional.

Esta es la triste realidad. Después de años de propaganda histórica de un "Brasil gran potencia", de un "milagro brasileño" tenemos que sentir el sabor amargo de nuestro atraso y de nuestra miseria, de nuestro provincianismo.

Todos sabemos que no puede existir una gran potencia compuesta por un pueblo miserable. La fuerza fundamental de una nación está evidentemente en su pueblo. Se puede ver que la salud, la alimentación, la educación, los medios de trabajo y producción son los únicos mecanismos capaces de elevar a una nación al estado de desarrollo.

Nuestra clase dominante y nuestras elites "modernas" y "libertarias" han intentado ocultar de nuestro pueblo y de sí mismas esta realidad elemental. En cuanto a eso, la obstinada realidad continúa fluyendo y desarrollando las contradicciones implícitas en este esquema de desarrollo.

Fueron estas contradicciones obstinadas las que obligaron al sistema de fuerzas en el poder a aceptar las necesidades de una operación política capaz de descomprimir esa olla de presión.

Roberto Campos en la Escuela Superior de Guerra, en 1973, alertaba sobre la necesidad de un modelo político que complementara la favorable entrada del modelo económico. El gobierno Geisel, instaurado en este mismo año, trae de vuelta al equipo de Golberio Couto e Silva, que realizara el golpe de 1964 y soportara los dos primeros años de dura política económica estabilizadora. Bajo la inspiración de esas fuerzas e intereses se inició el proceso de "descompresión controlada", en seguida transformado en la "apertura liberal", ya cuestionada por la idea de "transición democrática".

Por detrás de esa política había también otros intereses internacionales. Los Estados Unidos, sus grandes capitalistas que invierten en Brasil e inclusive el Pentágono, que había estimulado los golpes militares del Tercer Mundo confiando en lo que llamaban el sentimiento modernizador de los militares, veían ahora con

muy malos ojos el predominio de militares con "delirios de grandezas" en el poder. El gobierno *Médici*, al lado del represivo, era también paralizante; abrió el camino para el acuerdo nuclear con Alemania, firmado por Geisel a regañadientes, creó las bases de una estructura militar con aspiraciones de grandeza, lanzó las redes de una relación con el Tercer Mundo que podría "degenerar" en una política de tipo "peruano" y tercermundista. Geisel fue obligado a continuar muchos aspectos de esa política que encuentra su soporte en amplios sectores militares.

No obstante ya en su gobierno se inició un proceso de separación gradual de los militares del poder, la vuelta a la barraca que llegó a su punto máximo cuando ningún jefe militar fue consultado para la indicación de su sucesor.

Designación a propósito muy conflictiva en aquel momento, generando varias rebeliones en el esquema militar: desde un intento de pronunciamiento militar por el general Frota Aguiar a presentación de un candidato opositor de origen militar, el general Euler Bentes.

Todo esto muestra que la apertura tenía dos objetivos; atenuar las contradicciones internas generadas por el modelo de desarrollo, "corrigiendo" sus excesos antisociales y apartar del poder a los militares nacionalistas de derecha que comenzaban a creer en el "Brasil gran potencia".

No fue en vano que se buscó identificar repetidamente la "apertura liberal". "No puede haber libertad política sin libre empresa", fue así como respondió la prensa conservadora liberal a la candidatura del general Euler Bentes, acusándolo de nacionalista sectario. Es en este ajuste que se fue definiendo el proceso de modernización política patrocinado por el régimen. Este propone la "liberalización" controlada, según la cual nuestro pueblo debe convertirse en ciudades bien comportadas que no aspiren más que a cierto grado de libertad en donde las masas populares no deben aparecer con sus manifestaciones "brutales" y "degradantes".

Sin embargo, ocurre que el pueblo no tiene porqué amoldarse a las formas de liberalización que le quiere imponer la clase dominante. El pueblo quiere un régimen político que le permita alterar realmente el carácter del poder estatal y direccionarlo a la solución de sus graves problemas y a la atención de sus necesidades y enormes carencias.

No será nunca un liberalismo basado en la idea de ciudadanos votantes bien comportados que vuelvan a sus casas después de las elecciones con el sentimiento de haber cumplido, no será un liberalismo que atenderá los deseos de ese pueblo. El pueblo quiere más, quiere una democracia efectiva, un poder del pueblo para

el pueblo, que sea sensible a sus movimientos sociales, a sus huelgas, a sus manifestaciones, a los mecanismos de presión que de él disponen, no solo para elegir representantes, sino para presionarlos y obligarlos a atender sus peticiones. La democracia política, entendida como una fuerza participativa de gobierno y un estado abierto e interventor a favor del trabajador, es la condición necesaria para llegar a una efectiva democracia económica a la cual aspiran realmente las grandes masas.

Por otro lado, la real democratización no puede ser confundida con una ofensiva de gran capital contra la presencia del estado en la Economía. Sobre todo porque sabemos que los grandes monopolios patrocinan e intensifican esa presencia siempre que ésta sea necesaria para aumentar sus ganancias, dando origen a una fase histórica que llamamos capitalismo monopolista de Estado. En realidad, ellos sólo se vuelven contra la intervención estatal cuando esta beneficia a los asalariados y a las capas populares en general.

La participación estatal que quieren eliminar está en los sectores sociales, en la asistencia a la población, o en aquellas inversiones estatales que compiten con el sector privado. Exigen todos los días eficiencia de la empresa estatal, pero cuando el estado invierte en un sector lucrativo, gritan de inmediato que está tomando un área del sector privado.

La clase dominante que inspiró, organizó y disfrutó de los resultados del golpe de Estado de 1964 procura ahora abandonar el barco y presentar al pueblo una falsa ecuación:

militarismo+estatismo= autoritarismo

Cuando sabemos que la verdadera ecuación es:

Gran capital monopólico+desarrollo económico concentrador, dependiente y marginalizador = autoritarismo.

Por lo tanto las tesis de la "apertura liberal conservadora" quieren llevarnos a una ecuación que presenta la siguiente falsa alternativa para el país:

civismo+libre empresa=democracia.

Por otro lado el pueblo percibe que hay algo de falso en esta ecuación, pues los verdaderos términos de la cuestión se colocan para él en otro plano:

propiedad social² + desarrollo enfocado al pueblo = democracia popular.

Es así como fue necesario para los “aperturistas” adjetivar la democracia para retirar su contenido social profundo. Llegamos de esa forma a la necesidad de cuestionar el modelo económico que resultó del golpe de Estado de 1964 y que ya no sirve ni a la propia dominación capitalista pues no le permite racionalizar su dominación y garantizar la sobrevivencia de su régimen económico.

² Por propiedad social debe entenderse el proceso de liquidación de la propiedad monopolista de gran capital, o el refuerzo y cooperativización del medio y pequeño capital y el avance de las formas directamente sociales de propiedad (estatales, cooperativas, comunitarias, autogestionarias, etc.).

III. La búsqueda de un nuevo modelo: Desarrollo social y socialismo

Vemos así que llegamos a una nueva etapa de nuestra reflexión:

Comenzamos por identificar las razones de atraso económico y social de nuestro pueblo. Vimos en seguida cómo el desarrollo capitalista no fue capaz de superar las contradicciones entre las necesidades de ese pueblo y las formas de funcionamiento, organización y estructura de un capitalismo que se hace cada vez más dependiente, más concentrador, marginalizador y antisocial. Vimos también que para imponer este modelo de desarrollo económico fue necesario recurrir a la fuerza para obligar al pueblo trabajador a aceptar sus odiosos efectos para las mayorías del país.

Llegamos así a una mezcla entre autoritarismo político y capitalismo salvaje, formas modernas de consumo y comportamiento al lado de miserias y carencias descomunales, élites supersofisticadas y masas de analfabetos.

Para corregir los "excesos" generados por este estilo económico, se busca hoy un modelo de liberalismo político y económico ilustrado, cosmopolita y pro-imperialista que se encuentra en implantación bajo el pomposo nombre de "apertura política" y de gobierno liberal.

Se ve, sin embargo, que el apetito de las masas populares excluidas del Estado, de los gobiernos, del consumo, de la educación, y de varias necesidades más, no se siente ni se sentirá satisfecho con esa burla de democracia.

Las masas aspiran a una efectiva democracia política y económica que sólo encontrarán en un proceso de transformación profunda de nuestra realidad actual.

Para lograr esa democracia política ellas tendrán que organizarse sindical, asociativa y partidariamente para conquistar posiciones de poder dentro del Estado a partir de las cuales puedan luchar por la plena democratización de nuestra vida política.

Para controlar y disciplinar el proceso de desarrollo y dirigirlo a la atención de sus necesidades básicas, tendrá que fortalecer la propiedad estatal y social por un lado, y la pequeña y media propiedad por otro, para neutralizar los factores concentradores hasta ahora imperantes.

Tendrá que defender las riquezas nacionales y el resultado de trabajo generado en el interior del país, prescindiendo de pagar los enormes intereses y otras formas de explotación hoy en vigor en sus relaciones internacionales. Tendrán que garantizar el uso de los recursos nacionales a favor de la atención de las necesidades básicas del pueblo. Tendrán que imponer moldes de conducta económica que satisfagan las metas de producción y consumo establecidas para atender esas necesidades.

Todo ello conduce al país necesariamente a un tipo diferente de economía que se fundamenta en la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías nacionales; en la propiedad social, que deberá superar la propiedad privada y los intereses de lucro; en la planificación del desarrollo, para racionalizar y economizar al máximo los recursos disponibles en la movilización amplia de los propios trabajadores para la defensa de sus derechos e intereses y también para garantizar la producción y la productividad del trabajo. Para alcanzar tal modelo económico, se hacen necesarias varias reformas estructurales que preparen al país para este nuevo tipo de relaciones socioeconómicas.

De esta forma se va perfilando un nuevo modelo de desarrollo. No se trata más del objeto de lograr un capitalismo independiente y democrático, cuyas limitaciones ya fueron demostradas históricamente. Se trata de una etapa superior que llevará nuestra economía y sociedad a una forma de producción nueva basada en la atención de las necesidades humanas fundamentales.

Esta forma superior será el socialismo: un sistema económico basado en la propiedad social de los medios de producción; en la distribución de los frutos del trabajo según las capacidades, la participación y el esfuerzo de los trabajadores en la planificación de la producción y circulación de la riqueza que tiene por objetivo someter el trabajo a una nueva disciplina con el objetivo de alcanzar las metas que la propia sociedad establece para sí misma.

El desarrollo de la ciencia y su aplicación a la tecnología permite hoy a la humanidad, entrar en una nueva etapa en la cual se automatizarán ramos enteros de la producción, liberando al trabajador del trabajo directo.

Nuevas formas de energía permitirán avances enormes en las fuerzas productivas. La microelectrónica abrirá nuevas puertas a la creación de mecanismos autoprogramables o robots que sustituirán el trabajo humano en campos antes insospechados.

La ingeniería genética permitirá al hombre desarrollar nuevas formas de vida adecuadas a sus necesidades. El láser abrirá enormes campos en la producción, comunicación y transporte humano.

La conquista del espacio permite cada vez más el dominio de los climas y la comunicación mundial y nos traerá nuevos materiales productivos en la estratósfera o de otros astros.

Delante de esas nuevas realidades viene la cuestión inevitable: ¿continuaremos conviviendo con esos descubrimientos como simples espectadores que los consumirán conforme las metas y necesidades de las corporaciones multinacionales?

¿Tenderemos a mezclar esas novedades sofisticadas con las enormes masas de pobres y analfabetos?

Más grave aún: ¿el aumento de la automatización conducirá al aumento del desempleo y de nuestra miseria social en vez de expandir el tiempo libre de nuestro trabajador, disminuyendo su jornada de trabajo y aumentando sus periodos de tiempo libre y ocio?

Si continuamos dependientes y atrasados, ¿será que nos convertiremos en una especie de obreros e ingenieros productores que sostendrán con su trabajo en las áreas no suficientemente automatizadas, el desarrollo intelectual de los científicos y creadores del mundo desarrollado?

De hecho si no modificáramos sustancialmente el modelo de desarrollo interno y nuestras relaciones con los países dominantes en la economía internacional, nos parece reservado un lugar subordinado y dependiente en la nueva etapa de civilización que se anuncia para la humanidad.

Parece también claro que, al persistir el actual modelo económico social, estas nuevas ondas de progreso tecnológico y científico traerán más desempleo y miseria, al lado de la inmensa riqueza y derroche de minorías extremadamente poderosas.

Las clases dominantes quisieran hacernos creer que para lograr el progreso económico, es necesario aplazar el desarrollo social y la distribución de la renta. Impusieron la dictadura como condición de desarrollo y sacrificaron la soberanía nacional en nombre de la importación de tecnología de los centros más avanzados y de la "modernización" cultural por la vía de la imitación de los últimos patrones del capitalismo desarrollado.

Sus fórmulas van hoy agua abajo en un Brasil mayoritariamente pobre, humillado, desigual, inhumano, atrasado, inculto y alineado. El sacrificio de la democracia, de la justicia y del desarrollo social, de la soberanía nacional resultará en una tremenda frustración para todas las clases sociales, inclusive esas clases dominantes que pensaban crear una gran potencia. Prometieron incluso transformarnos en esa "gran potencia", como si fuera posible la existencia de una potencia económica y política con un pueblo de analfabetos, hambrientos, dolientes y reprimidos.

Es por eso que los demagogos quieren convencernos hoy en día que todo cambiará con una pequeña corrección del modelo en vigor. Un poco más de inversiones sociales (¿con un FIN SOCIAL?), templado por una pizca de justicia social, una democracia controlada y restringida (apoyada en las mismas fuerzas conservadoras y a veces hasta en algunas de las personas que contrarian el ambiente político dictatorial), un vistazo tímido de política externa independiente y de afirmaciones nacionalistas. Es la fórmula ideal de nuestras clases dominantes (divididas entre el gobierno y los sectores de la llamada "oposición") para resolver la angustiante crisis de nuestro país.

Nuestro pueblo desconfía totalmente de esa fórmula y en la medida en que va ganando espacios políticos en la precaria democracia liberal conservadora que se viene instaurando poco a poco en el país, va ampliando también sus objetivos políticos y el cuadro de su actuación. No se contenta con la versión conservadora o liberal del desarrollo económico.

No habrá desarrollo económico sin un efectivo desarrollo social que asegure a todo nuestro pueblo alimentación, salud, educación, vivienda y empleo.

No habrá desarrollo social sin una redistribución de la riqueza nacional que altere el dominio despiadado y autoritario de las grandes propiedades y del lucro sobre nuestro desarrollo económico-social.

No habrá redistribución de la renta y justicia social sin democracia política efectivamente participativa en la cual los trabajadores organizados dispongan de los medios necesarios para asegurar el cumplimiento de la voluntad mayoritaria que ellos representan.

No habrá democracia popular auténtica, mientras nuestro pueblo esté subyugado económica, social y culturalmente al dominio del capitalismo internacional y sus aliados entre los grandes capitalistas nacionales que confunden avance y modernidad con la imitación descabellada de las conductas decadentes del capitalismo desarrollado.

Desarrollo económico-social, justicia social, democracia y soberanía nacional, se articulan de esta manera en un programa democrático de liberación económico, social y cultural de nuestro pueblo. No obstante, este programa perfila un conjunto de medidas que reestructuran de arriba a abajo a nuestra sociedad.

Solamente bajo la hegemonía del trabajo y de la propiedad social, podrá realizarse este conjunto de transformaciones. Solamente los trabajadores asalariados y los pequeños y medianos propietarios, se interesan decisivamente por esas reformas estructurales y solamente ellos no tienen compromisos con la propiedad

latifundista, monopolista y especulativa que domina hoy nuestra economía. Por lo tanto solamente una democracia avanzada que permita a estas fuerzas, asumir el poder estatal, organizado a su semejanza, posibilitará la realización de esas reformas.

De esa manera emerge hoy en la sociedad brasileña un consenso político de las fuerzas populares en torno a un programa de transformaciones sociales que asumen tres fases o momentos distintos.

- 1) Un programa de emergencia que tome medidas drásticas contra la crisis general que vive nuestro país y asegure los medios mínimos de sobrevivencia a las grandes masas empobrecidas de nuestro pueblo.
- 2) Un programa de reformas estructurales que dirija nuestro desarrollo económico-social en el sentido de la justicia social, de la soberanía nacional y de la democracia popular.
- 3) Un programa de transición al socialismo, que asegure el triunfo de la planificación sobre las leyes ciegas del mercado, de la propiedad social sobre los objetivos mezquinos del lucro, de las necesidades de las amplias mayorías sociales sobre los intereses de las minorías de capitalistas y rentistas sin función social.

Este programa llevaría inevitablemente nuestro país a un nuevo tipo de sistema económico, social, político y cultural.

Este programa no es una utopía que se viene articulando de manera inconsecuente en la cabeza de nuestro pueblo. Este sistema es el resultado lógico del desarrollo del capitalismo en escala internacional.

El capital, para dominar la producción, tiene que basarse cada vez más en la organización de grandes masas de productores asalariados que se rebelan inevitablemente contra el predominio del lucro y del mercado sobre los intereses de las amplias mayorías y que convierte sus aspiraciones en un grande movimiento social por la democracia y por el socialismo.

Este movimiento guiado por un programa y una doctrina, les dará condiciones para usar su fuerza (generada dentro del propio capitalismo), organizada y disciplinada (por las necesidades del propio capitalismo) en los instrumentos sindicales, asociativos, político-partidarios y culturales que les permitirán organizar un nuevo mundo a su imagen y semejanza.

Al sentirse identificado con tal programa, el pueblo brasileño se incorpora así a una gran corriente universal que elevará a la humanidad a nuevas etapas de civilización y nos hará capaces de compartir las grandes transformaciones para las cuales llamábamos la atención de nuestro lector en el comienzo de este capítulo.

Pero al final, ¿qué es este socialismo para el cual avanza la humanidad y que nuestro pueblo comienza a esbozar en la mente y en el corazón?

IV. Socialismo y justicia social

Al analizar la evolución histórica de Brasil, llegamos a la conclusión de que la solución de los graves problemas económicos y sociales vividos por nuestro pueblo exige un paso para una forma de organización socioeconómica superior: el socialismo.

El socialismo aparece así en la vida política nacional como consecuencia de la propia dinámica social y no como un ideal impuesto artificialmente a nuestro pueblo. Como vimos, el socialismo es la única forma de resolver las tres grandes cuestiones históricas que enfrenta actualmente nuestro pueblo: En primer lugar, el socialismo se impone como una alternativa necesaria al tipo de desarrollo capitalista que sigue hoy el mundo desarrollado y que es el único posible en la fase actual del avance del capitalismo en el plano mundial.

Como vimos, el desarrollo capitalista en esas naciones y particularmente en Brasil no consigue integrar la nación económicamente, al subordinarse a una división internacional del trabajo que nos obliga a especializarnos en la producción de bienes que ocupan una posición dependiente de los centros de mayor desarrollo tecnológico.

De esta forma, el desarrollo capitalista actual nos condena a estar siempre atrasados ante el avance científico y tecnológico y a ocupar una posición dependiente y subordinada en el sistema productivo internacional.

Tal hecho no sería tan grave si esta posición subordinada no significara al mismo tiempo la exposición de nuestro país a la expropiación de nuestras riquezas a través de un comercio exterior monopolizado por los centros económicos mundiales que imponen un sistema de precios y un intercambio mercantil extremadamente desfavorable.

Al mismo tiempo, esta dependencia expone al país a la explotación directa del trabajador y de las riquezas nacionales por los capitales internacionales que se apropian así de los excedentes económicos aquí generados y los sacan bajo la forma de remesas de ganancias y otros mecanismos, restringiendo la acumulación interna del capital y del desarrollo económico del país.

En este contexto, el desarrollo capitalista dependiente favorece el atraso de nuestra población, obliga a la manutención de una mano de obra barata que puede atraer el capital internacional, degrada a nuestro trabajador sometido a una oferta de empleo pequeña y restringida que crea las condiciones para la existencia de amplias masas de desempleados y subempleados.

Por otro lado, se produce una concentración de las riquezas extremadamente violenta en la mano de los grupos económicos ligados a esa estructura productiva distorsionada y a favor de los intereses antinacionalistas, se fortalecen los grandes grupos económicos y el comportamiento monopólico que es la fuente principal de la concentración de los ingresos, se restringe a la estructura industrial, agrícola y de servicios a la producción de los bienes de lujo y altamente sofisticados para atender a estos sectores de alta renta, generando en consecuencia pocos empleos y completándose así el ciclo de desempleo, subempleo, concentración de la renta y dependencia.

Para salir de este ciclo acumulativo de miseria, marginación y dependencia es necesario:

- Romper con esa economía internacional y con las fuerzas económicas y políticas que la representan en el interior del país.
- Sustituir un sistema económico basado en las relaciones mercantiles que llevan a esta situación por un sistema apoyado en la planificación de la producción para la atención de las necesidades de la mayoría de la población fortaleciendo las inversiones sociales, la producción de los productos esenciales para el consumo de la población, la distribución de la renta a favor de las grandes mayorías.
- Realizar las reformas estructurales que permitan la instalación de ese nuevo sistema, eliminándose los obstáculos principales del desarrollo de una economía dirigida a la solución de los problemas básicos de la población.

En consecuencia el socialismo es una condición para elevar el nivel de vida de las masas del país, y al hacerlo, lo capacita para dominar el desarrollo científico y tecnológico contemporáneo y convertirse en un productor avanzado, cada vez menos dependiente de los polos hegemónicos del mundo contemporáneo y cada vez más basado en su propia capacidad autóctona de producción de conocimientos y bienes y servicios socialmente útiles y necesarios.

Pero al mismo tiempo el socialismo se aplica como la eliminación de las violentas injusticias sociales que resultan de la forma capitalista dependiente, concentradora y marginalizadora en que se produce el actual desarrollo económico y social.

Una sociedad donde solamente una minoría tiene acceso a los bienes y servicios y a la cultura y domina ampliamente a la gran mayoría social es necesariamente injusta.

El capitalismo encierra en sí mismo y en sus formas más desarrolladas, un profundo contenido de injusticia social, al favorecer la explotación del trabajador por el capitalista y al desarrollarse irracionalmente bajo la

forma de auges económicos sucedidos por violentas crisis acompañadas de baja de la producción, desempleo, violencia social creciente y otros fenómenos de desorganización social.

Esta injusticia se desarrolla de manera aún más profunda en la oposición que existe entre las relaciones sociales basadas en la propiedad privada y en el dominio del productor sobre su propio producto, al someter a los trabajadores a una disciplina externa impuesta por los intereses de lucro del capitalista, dictador absoluto, del uso y abuso de su capital privado.

Esta injusticia se extiende al campo político donde el derecho de voto se restringe a la elección de representantes que se convierten en políticos profesionales que no tienen responsabilidad delante de la organización social de los electores, lo que elimina la participación activa de los trabajadores en el destino y administración de los recursos por ellos producidos.

La injusticia es pues intrínseca al modo de producción capitalista precisamente en sus centros de producción más avanzados que explotan, expropian y marginalizan las formaciones socioeconómicas dependientes y subdesarrolladas. Si así ocurre en la parte más privilegiada de ese sistema internacional, se puede percibir con mucho más claridad el profundo contenido de injusticia social que encierra el desarrollo capitalista en los países del Tercer Mundo y en este enorme espacio de subdesarrollo y sobreexplotación que hay en Brasil.

Pero la justicia social no puede ser alcanzada a través de una simple distribución del ingreso, pues su fuente, como vimos, se encuentra en la propia estructura productiva y en las relaciones económico-sociales que se tejen en el sistema económico mundial y en el ordenamiento interno.

Mientras los medios de producción altamente concentrados estén en las manos de una minoría privilegiada de propietarios que forman los grandes terratenientes, los grandes inversionistas financieros y los monopolios, no podrá haber una redistribución justa de la riqueza nacional. En primer lugar porque esta minoría puede vivir exclusivamente de la explotación del trabajo extranjero, pagando directores y gerentes para dirigir sus negocios mientras que derrochan por el mundo la enorme acumulación de riquezas obteniendo el derecho de propiedad puro y simple.

La sociedad necesita de personas que se dediquen a la organización del sistema productivo y de los servicios y puede incluso recompensarlas con rentas elevadas y mejores condiciones de vida que la media social. Pero no hay ninguna razón por la cual entregarles, bajo la forma de propiedad privada, el derecho de vida o muerte sobre el destino de los que se dedican a la producción directa o a los diversos servicios socialmente necesarios.

Ni tampoco para permitir a esa categoría social privilegiada una libertad de consumo y comportamiento que obligue a amplios sectores sociales a vivir para atender las extravagancias de esa minoría.

El sentimiento de justicia social es inherente a la humanidad, pues no hay nada en un ser humano que le permita sentirse superior a los demás. Los nobles de la antigüedad justificaban su posición de esclavistas y señores de siervos a través de un derecho divino que los había creado distintos de los esclavos y siervos.

La sociedad capitalista moderna rompe con esas ideologías que justificaban las formas precapitalistas de explotación y dominación del hombre por el hombre.

Pero el capitalismo creó nuevas formas de explotación y dominación que se basaban en la libertad del trabajador de vender su fuerza de trabajo de la cual es el propietario en un mercado donde se ubica libremente como el propietario de los medios de producción, esto es pues, el capitalismo moderno.

Con el tiempo, el trabajador fue comprendiendo, en las sociedades capitalistas más avanzadas, que necesitaba organizarse sindicalmente para poder negociar en mejores condiciones la venta de su fuerza de trabajo al capitalista.

Fue comprendiendo que esa "libertad" de compra y venta tenía que sufrir limitaciones, pues los trabajadores competían entre sí por el empleo en condiciones desventajosas, y la amenaza de la miseria que significaba el desempleo no les permitía negociar libremente con el capitalista.

Fue comprendiendo también que necesitaba de una legislación restrictiva a la explotación plena de su fuerza de trabajo que necesitaba reponerse de una jornada extenuante que debería restringirse y disminuir inclusive.

Además, el trabajador tenía que reivindicar su condición de ser humano y no de un simple objeto de capital.

Pero los hechos fueron demostrando que la plena realización del trabajador como ser humano dependía de su capacidad de organización política para convertir su fuerza numérica en una fuerza capaz de someter a la sociedad y al poder político estatal y limitar el poder de explotación y dominación del capitalista.

Con el tiempo el trabajador fue percibiendo también que solamente a través de la sustitución de la propiedad privada por formas sociales y colectivas de la propiedad, eliminando en consecuencia la figura cada vez más innecesaria del capitalista, el podría instaurar completamente el reino de las necesidades en vez de la economía de explotación del hombre por el hombre.

Después descubrió algo aún más maravilloso: el día en que se impusiera el reino de las necesidades humanas del trabajador sobre la producción, se crearían las premisas para una sociedad sin clases sociales, sin explotados y explotadores que podría elevar indefinidamente la capacidad del ser humano de dominar la naturaleza y someterla a sus fines y objetivos.

Este dominio a través del desarrollo científico y tecnológico, permitirá al hombre liberarse progresivamente de las tareas productivas más duras y aumentará de tal forma su potencial creador que él podrá instaurar en el futuro, como consecuencia del desarrollo de esa nueva sociedad igualitaria y humana, el reino de la libertad.

En ese momento, el hombre será por primera vez libre, es decir, dominará de tal forma la naturaleza exterior y su propia naturaleza que podrá hacer superar su capacidad creadora sobre las determinaciones que hoy se imponen sobre él.

El movimiento político y social de los trabajadores canalizado por los partidos socialistas y orientado por un trabajo teórico cada vez más amplio se fue volviendo cada vez más lúcido y claro. Este comprendió que el destino del hombre es pues, la libertad. Pero la libertad sólo podrá ser conquistada a través de una lucha penosa para eliminar en primer lugar, la explotación del hombre por el hombre, a través del socialismo. En segundo lugar, la libertad sólo se irá alcanzando a medida que a través del desarrollo científico de las fuerzas productivas, la potencialidad espiritual del hombre se vaya imponiendo a las determinaciones de la naturaleza.

La libertad es la conciencia de la necesidad. No es un simple derecho tal como aparece en la ideología burguesa. Sólo hay libertad cuando existe el poder material de realizar una necesidad objetiva o subjetiva. El hombre no fue "libre" de volar hasta que dominó las leyes de la aerodinámica y construyó un aparato capaz de hacerlo volar.

Comenzamos pues por el análisis de las penosas condiciones de un país subdesarrollado y explotado como el Brasil de la actualidad.

Mostramos, en seguida, la necesidad cada vez más comprendida por nuestro pueblo de superar esas servidumbres de capitalismo dependiente en que vivimos.

Vimos que esas superaciones no pueden ser hechas dentro del sistema internacional capitalista que nos reserva necesariamente este papel subordinado, marginal y explotado.

Vimos así que la propiedad social y la planeación económica y social se colocan como premisas necesarias para superar el atraso y la miseria.

Vimos en seguida que esta superación de la miseria y del atraso son condiciones necesarias para lograr la justicia social a la cual aspira nuestro pueblo y la humanidad en general.

Vimos en seguida que esta justicia social es condición necesaria para el pleno desarrollo del hombre como ser humano, elevando infinitamente la potencia de sus capacidades creadoras.

Vimos finalmente, que la eliminación de los obstáculos sociales a este pleno desarrollo y a su efectividad histórica, a través de una sociedad nueva basada en la atención de las necesidades básicas de la población, abrirá a la humanidad la perspectiva de una asociación libre de los individuos transformados en seres que pueden alcanzar el pleno desarrollo de sus capacidades creadoras. Estará así establecida la premisa necesaria de una sociedad libre, donde reinará la libertad humana.

Nuestro análisis comenzó pues, de la visión cotidiana más prosaica, el hambre, el analfabetismo, la pobreza absoluta de las grandes mayorías. Pero el encontrar las verdaderas determinaciones de esa situación, nos llevó a mostrar las potencialidades creadoras de esas mayorías. Y el encontrarlas, nos condujo a las posibilidades de un futuro de desarrollo, justicia y libertad.

Para esto debe servir el pensamiento: para liberar al hombre de sus cadenas. Pero el pensamiento puede solamente colocar las posibilidades de lo real. Solamente el propio hombre en su práctica social y política, puede suprimir esa servidumbre e instaurar él mismo su propio mundo de libertad.

Estamos seguros de que el pueblo brasileño percibe cada vez más claramente quiénes son sus enemigos y las barreras de su desarrollo y de la justicia social. Las ideas cuando se convierten en movimientos sociales concretos, se transforman en una fuerza material. Y es esto lo que viene ocurriendo en el mundo moderno, en especial en los países del Tercer Mundo, y la esperanza se encuentra particularmente en Brasil.

V. Socialismo y soberanía nacional

El socialismo es un sistema económico, social y político de carácter universal. La humanidad se dirige hacia el socialismo, una forma de producción basada en la propiedad social que tiende a superar los antagonismos que hoy dividen a las naciones entre sí y conducen al dominio imperialista de unas sobre otras y a las guerras locales y mundiales.

Sin embargo, el proceso por el cual el socialismo se desenvuelve en escala mundial pasa inevitablemente por sus bases nacionales heredadas de la revolución burguesa cuyos orígenes se encuentran en el siglo XVI cuando se inició el proceso de creación de las modernas naciones.

Más compleja se torna aún esta dialéctica entre el carácter internacional y nacional del socialismo cuando advertimos el hecho de que éste surgió históricamente en las regiones más atrasadas del mundo donde aún no se había completado la formación de sus bases nacionales. De esta forma, estos países emergerían al socialismo y a la sociedad moderna al mismo tiempo en que afirmaban su identidad nacional.

La Unión Soviética, por ejemplo, era un conjunto aún poco articulado de grupos nacionales y étnicos bajo el dominio del imperio ruso. En estos años de implantación compleja y difícil de una economía socialista se fue formando una nueva nacionalidad que aún no se completa totalmente: el hombre soviético. Países como Yugoslavia, son el producto de un proceso de combinación y conciliación de pueblos y razas distintas en proceso de reconocimiento de su nacionalidad, solamente implantada por el Estado nacional creado por la revolución popular socialista.

En fin, si continuáramos con estos ejemplos sería una sucesión de casos históricos complejos donde el proceso de formación nacional estuvo a cargo de los Estados revolucionarios creados después de la Segunda Guerra Mundial. Y esto ocurrió no solamente en los países que establecieron una economía socialista sino también en aquellos que se liberaron de la dominación colonial a través de un régimen capitalista de Estado aún inmaduro y contradictorio.

De esta manera está en constitución una nueva economía mundial donde conviven distintos Estados socialistas, con proyectos económicos, con regímenes políticos distintos, con bases de seguridad nacional y ejércitos propios, con relaciones amistosas o hasta contradictorias entre sí, ligados por pactos intersocialistas, como

el COMECON, por acuerdos bilaterales con los más diversos países, pero separados también por diferentes intereses capitalistas (como el FMI y otros), en movimientos autónomos como los no alineados y en grupos de presión (como los grupos de 77, la UNCTAD, etc.)

Al mismo tiempo estas economías socialistas nacientes, conviven con una economía internacional capitalista con la cual establecen relaciones bilaterales de país a país.

Es pues evidente que el mundo socialista que se viene constituyendo como un nuevo polo dinámico del sistema global es un conjunto de realidades nacionales distintas, plural y complejo.

Este aspecto de la constitución del socialismo en el nivel internacional y nacional es extremadamente relevante para los países subdesarrollados y dependientes como Brasil.

A pesar de que iniciamos nuestra vida política independiente en 1822, constituyendo en aquella época un Estado nacional cuyo perfil territorial y étnico no sufrió transformaciones radicales, la consistencia y la densidad de este Estado nacional vienen siendo cuestionadas por dos fenómenos opuestos pero complementarios entre sí.

Por un lado las oligarquías locales y regionales extremadamente poderosas fueron la base del Estado nacional, impidiendo la formación de una ciudadanía, una sociedad civil y una opinión pública capaces de fundar, controlar y gestionar este Estado.

La gran masa de esclavos que persistió hasta 1888 y posteriormente la masa rural de semi-esclavos de la tierra fueron literalmente excluidas de la vida política nacional hasta la revolución de 1930.

Esta, no obstante, tuvo enormes limitaciones en la destrucción de esas relaciones socioeconómicas y políticas en el campo y en la constitución de una ciudadanía urbana suficientemente libre.³

De esta manera la sobrevivencia de una economía pre capitalista en el campo y en la enorme concentración de poder de los terratenientes y empresarios rurales fue siempre un factor de bloqueo de la plena formación de una nacionalidad que se manifestara no solamente en el plano cultural sino sobre todo en el plano político.

³ Una prueba de que no reconocemos a los pobres, negros e indios como "ciudadanos" son las reacciones a las elecciones de la diputación federal del cacique Juruna, las limitaciones legales y culturales a la representatividad de esos sectores y, más claro aún, la negativa de medios policiales y políticos de Rio de Janeiro a llamar los presos en general (pobres, negros y mulatos) "ciudadanos", en vez del peyorativo termino de "elemento" Se debe recalcar aún la exclusión de los analfabetos del derecho de votar que retiraba de nuestra ciudadanía grandes masas populares.

Por otro lado, la articulación subordinada y dependiente de nuestra economía en el mercado mundial, más allá de reforzar a través de la modernización y del enriquecimiento las oligarquías rurales, generó un proceso de dependencia cultural y política que impidió a nuestras élites, únicas capaces de ejercer una actividad política nacional, convertirse en la base auténtica de una nación.

Como vimos anteriormente, el proceso de industrialización, intensificado con la revolución de los 30, consiguió superar plenamente esta dependencia, pues, en los años 50 el capital internacional, expropió este proceso creando una nueva forma de dependencia neocapitalista que daría origen al proceso de desnacionalización y dependencia cultural y económica en que se encuentra actualmente el país, impidiendo la plena constitución estatal y política de la nación brasileña.

De esta forma la cuestión nacional continúa siendo uno de los elementos claves de la dinámica económica social, política y cultural de nuestro país. Quieran o no los cosmopolitas de los más diversos signos que no son sino nuevas manifestaciones de las alienadas elites del pasado.

Es también un hecho definitivo que la profunda identidad nacional de nuestro pueblo solo será alcanzada con el pleno desarrollo de la democracia que permita transformar sus experiencias, sus ansias y sus acciones en la base permanente de una nacionalidad que se realiza en el plano cultural y político.

Es pues, extremadamente ridículo tratar la relación entre clase y nación como si fuesen fenómenos antagónicos. A pesar de que la burguesía y el proletariado, generados en el proceso de formación del mundo moderno, son clases de contenido universal, sus bases de desarrollo y afirmación han sido las naciones donde pudieron estructurarse en torno a un Estado nacional capaz de unificar incluso el espacio donde se desarrolla su antagonismo.

En los países dependientes, la dominación colonial o semi-colonial se convierte en un factor de disgregación y destrucción de este espacio unificador.

La propia organización clasista de la burguesía y del proletariado depende de su capacidad de imponerse delante del Estado y al mismo tiempo, la debilidad de ese Estado lo obliga a patrocinar y reforzar la formación de esas clases sin las cuales no se sustenta.

En este contexto la lucha antiimperialista y por la hegemonía en el proceso de articulación de la unidad nacional es el propio núcleo de la lucha de clases.

Por esas y otras razones las versiones infantiles del marxismo –que piensan el fenómeno clasista fuera de esa realidad nacional- nunca encontraron el respaldo de los movimientos populares de esos países ni nunca cumplirán cualquier papel político concreto en ellos.

Es claro que el marxismo europeo elude la cuestión nacional pues se trata de países donde esta cuestión estaba ya resuelta y donde la clase trabajadora se dejaba dominar por la ideología cosmopolita de las burguesías triunfantes y dominantes a nivel internacional.

Tan es así que en la práctica concreta, el proletariado europeo se dejó llevar por el nacionalismo bélico durante la Primera y la Segunda Guerra Mundiales, cuando su internacionalismo fue puesto a prueba.

Sin embargo, no sería en vano que el proletariado italiano, por tratarse de una nación que tardó en constituirse, no dejara de demostrar una profunda sensibilidad teórica para este problema rebelado, entre otros, en la obra de Gramsci y de Togliatti.

En el Brasil actual, la cuestión del socialismo aparece estrechamente ligada a la lucha contra la dominación colonial de las corporaciones multinacionales sobre nuestras economías.

Fueron éstas quienes comandaron el conjunto de las clases dominantes para impedir el desarrollo del movimiento popular brasileño.

Fueron éstas quienes despreciaron las experiencias históricas de nuestra clase trabajadora descalificando (por la derecha o por la izquierda) a sus líderes, considerados “sectarios”, “subversivos” o “terroristas” cuando entraban en choque con el Estado.

Fueron éstas quienes recurrieron finalmente a la fuerza y la dictadura con el objetivo de imponer el reino del gran capital, de la “modernización” capitalista despiadada para con las costumbres de nuestro pueblo, de la racionalidad autoritaria y dictatorial de las relaciones mercantiles en todos los planos de la existencia.

Luchar contra esta dictadura y esta racionalidad sin luchar contra la lógica del desarrollo capitalista dependiente y contra los intereses internacionales que lo sustentan es algo completamente utópico, provinciano y pueril.

Por esto la afirmación de lo nacional es condición incluso para elevar el movimiento popular brasileño al nivel del movimiento antiimperialista internacional que tiene hoy en los gobiernos y en los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, en los gobiernos socialistas y en los movimientos y partidos democráticos de los países capitalistas, sus principales puntos de sustento.

Otro elemento de esta cadena de relaciones que necesitamos entender es el hecho cada vez más claro de que esta afirmación nacional no podrá realizarse a través de una clase capitalista "nacional" cada vez más asociada al capital internacional y cada vez menos capaz de realizar un desarrollo capitalista independiente con un real contenido popular y democrático.

La revolución democrático-burguesa tuvo en los siglos XVIII y XIX un profundo contenido popular. La lucha contra la dominación feudal, contra la servidumbre y la esclavitud en América, contra las oligarquías en las regiones pre-capitalistas asiáticas y africanas, por la democracia política y la igualdad jurídica, por la liberación de la economía de las formas de producción antiguas, integrándolas en la dinámica del desarrollo tecnológico y científico que generó el consumo de masas contemporáneo, todas estas transformaciones que acompañaron el plano intelectual a la lucha contra la irracionalidad y el oscurantismo fueron importantes y decisivas conquistas que la revolución burguesa trajo a la humanidad en el plano mundial.

Sin embargo, desde el fin del siglo XIX, con el surgimiento del imperialismo como forma de articulación del capitalismo en el plano mundial y con la creciente defensiva del capital frente al avance político y sindical de la clase Obrera, el capitalismo pasó a la defensiva convirtiéndose en un régimen económico y social cada vez más opresivo e incapaz de resolver las nuevas cuestiones colocadas por las naciones próximamente emergentes en la arena nacional.

Las últimas revoluciones burguesas capaces de sustentar un proceso endógeno de desarrollo fueron la alemana, la japonesa y solamente en parte la italiana. Ya en la Rusia zarista la burguesía fracasó y tuvo que ceder el poder a la clase obrera y al campesinado para realizar las transformaciones sociales que sus homólogos burgueses habían conseguido realizar en Europa.

Desde el comienzo del siglo XX cuando se consolida la fase imperialista de la economía mundial y particularmente desde 1917, con la victoria de la revolución rusa, la cuestión nacional se convierte cada vez más en la cuestión de la lucha antiimperialista que pasa progresivamente al comando de los movimientos populares. Éstos, a su vez con el desarrollo de la industrialización del Tercer Mundo, van reuniéndose bajo el mando de una clase obrera en proceso de organización política independiente.

Es por eso que en Brasil, donde este proceso de industrialización alcanzó uno de los puntos más elevados del Tercer Mundo, la definición socialista del movimiento antiimperialista y de afirmación de la soberanía nacional se hace cada vez más clara y necesaria.

El socialismo brasileño tiene pues, razones muy profundas en nuestro movimiento popular. Como vimos, éste nace de la necesidad de reorientar el modelo de desarrollo económico impuesto al país por la fuerza y por la hegemonía del gran capital internacional y nacional y que condujo las masas populares a la marginalidad, a la pobreza absoluta, a los niveles salariales subhumanos y a la economía del país al endeudamiento, a la alineación masiva de sus riquezas y al control por el capital internacional.

Al estudiar los caminos de esa reorientación, vimos la necesidad de recurrir a formas hegemónicas de propiedad social y de planeamiento económico para abrir camino al socialismo. Vimos que para introducir esas soluciones se hace necesario destruir las barreras impuestas por el gran monopolio, los especuladores, el latifundio y el consumismo extensivo de las clases dominantes, a través de reformas estructurales.

Vimos en seguida que la solución de los problemas populares pasa por una restructuración del sistema productivo y de servicios orientados a la atención de las necesidades de las grandes masas. Vimos también que para alcanzar tal fin es necesaria una redistribución de los recursos, hoy concentrada en las manos de una minoría de privilegiados.

En este capítulo vimos que esas tareas sólo pueden realizarse en la medida en que el país se libere del dominio de los intereses internacionales y de las élites antinacionales que impiden la unificación nacional y el desarrollo de una ciudadanía que fundamenta una verdadera democracia.

Brasil sólo se hará una nación independiente cuando las propias clases populares dirijan su proceso económico, político y cultural.

Y para realizar esa gigantesca tarea, el pueblo brasileño tendrá que recurrir a las políticas de autopromoción de las enormes masas de desprotegidos, no privilegiados y pauperizados; de las reformas estructurales que destruyen los obstáculos al pleno desarrollo del país; de la formación de una economía planificada basada en la propiedad social; de la afirmación de la unidad nacional a través de una cultura popular y nacional que abra camino a las manifestaciones de esas mayorías nacionales, de un Estado nacional soberano y controlado por el pueblo que deberá ser el sujeto de esas transformaciones.

VI. Socialismo y Laborismo

Desarrollo económico y social que atienda las necesidades de la población, justicia social que distribuya equitativamente el ingreso y brinde oportunidad a los más capaces de ser desarrollados y ser útiles socialmente, soberanía nacional que garantice a los componentes de una nación el respeto por sus valores, sus riquezas y su trabajo.

Estos tres objetivos no son necesariamente socialistas. Todos los hombres defienden hoy en día la legitimidad de esas aspiraciones independientemente de concordar o no con el socialismo como forma de organización social.

No obstante, como vimos, ninguno de esos objetivos puede ser alcanzado en los países subdesarrollados que ingresan en el capitalismo de la fase imperialista. El pueblo brasileño ya consideró que podría alcanzar estos objetivos dentro del capitalismo pero se tornan cada vez más evidentes las limitaciones de un capitalismo dependiente para realizar esas metas.

El socialismo no es por lo tanto un ideal utópico que se pretende introducir a la fuerza en nuestro pueblo. Ya es sabido que resulta de la propia lógica de las luchas sociales en el país.

No obstante, es verdad que el pensamiento y el movimiento socialista no tienen en Brasil una tradición muy arraigada. Los grupos, organizaciones y partidos socialistas, así como las corrientes comunistas, nunca llegaron a formar un vasto movimiento político en nuestro país.

En el fin del siglo XIX y el comienzo del siglo XX surgieron pequeños grupos y partidos socialistas. Pero aquellos que poseían mayor fuerza en el movimiento obrero, formado sobre todo por artesanos recién emigrados de Europa, eran los anarquistas que dirigieron importantes movimientos populares como la huelga general de Sao Paulo, en 1917.

Posteriormente, tomando el ejemplo de la revolución rusa, el proletariado urbano de Sao Paulo y Río de Janeiro se aproximó a la Tercera Internacional formando el Partido Comunista de Brasil, en 1922. El PCB cometió mientras tanto, un grave error histórico al ignorar la revolución de 1930. Luis Carlos Prestes, que era entonces la mayor figura popular del país y a quien Getulio Vargas y los conspiradores de la revolución de 30 habían entregado el comando militar de la misma, se unió al PCB y bajo su orientación se negó a participar en el movimiento revolucionario.

Esta política sectaria alejó el movimiento comunista de la dinámica revolucionaria democrática del país y otorgó el dominio del movimiento obrero a los dirigentes de la revolución victoriosa.

De esta manera, Getulio Vargas dispuso del poder estatal generado por la revolución, inició un proceso de organización sindical primero y político después, en la década de 1940, del proletariado urbano que se formó con la nueva industrialización de los años 30 y 40.

Esta experiencia organizativa, ideológica y política fundó una nueva fase de movimiento obrero brasileño que fue y es aún el -laborismo-.

Este proletariado de origen rural reprodujo en las condiciones urbanas el paternalismo dominante en su medio original. Su organización política se estructuró en torno a liderazgos paternalistas que tenían en Getulio Vargas su figura mayor y soberana.

A pesar de que Getulio Vargas recurriera algunas veces al objetivo histórico de lograr una democracia socialista por la necesidad de auto organización de la clase trabajadora, el movimiento popular brasileño se encontraba aun muy subyugado a un objetivo histórico limitado y a formas de organización precarias.

El laborismo se organizó como partido en 1945 cuando la base sindical y obrera de Getulio Vargas se rehusó a acompañar a los líderes del Partido Social Demócrata, sobre todo en Rio Grande do Sul. Getúlio no tenía idea de cómo organizar dos partidos (uno de centro derecha y otro de centro izquierda) tal como posteriormente se intentó hacer creer. Los hechos hoy conocidos demuestran que hubo una verdadera escisión en sus bases políticas que dieron origen al PTB.

A partir de entonces el laborismo creció como fuerza política e ideológica en el país. Getúlio Vargas fue elegido presidente en 1950 como candidato del PTB, pero éste era absolutamente minoritario en la Cámara Federal. Como ocurriera entre 1945 y 1950, las fuerzas conservadoras del PSD y de la UDN tendían a unirse en el parlamento contra las medidas laboristas y nacionalistas defendidas por el PTB (ahora solo como representante popular, en la medida en que en 1947 se hubiera ilegalizado el PCB, que obtuvo una votación representativa en la elección de 1945).

La unión de todas las fuerzas reaccionarias contra Vargas se completó en 1954 y fue comandada por Carlos Lacerda que a través de un movimiento militar, creó las condiciones para pedir el decreto por el Parlamento del impedimento legal del presidente Vargas, pedido que contaba con el apoyo de las fuerzas armadas y de la mayoría parlamentaria. De esa forma, sectores del PSD se unían a la UDN en una conspiración conservadora contra el presidente electo para detener el programa de reformas nacionalistas que él desarrollaba.

El suicidio de Vargas desarmó las fuerzas armadas golpistas y desencadenó un movimiento de masas gigantesco en el país que hizo retirar el esquema reaccionario, obligó a Lacerda a refugiarse en los Estados Unidos e impidió la subversión legal. Se realizaron las elecciones de 1955 y se eligió un candidato del PSD Juscelino Kubitschek, y un vicepresidente del PTB João Goulart.

Se concretaba así la unión del esquema varguista que llevó posteriormente a la idea de que él lo creara maquiavélicamente en su cabeza. El sector conservador del varguismo ocupaba la presidencia y su base popular, la vicepresidencia. El laborismo que no conseguiría el poder total, mismo al haber elegido al presidente Vargas en 1950, continuaba siendo minoritario en la Cámara y el Senado.

Solamente en 1960 comienza a crearse la base de un nuevo esquema de fuerzas. La elección de Jânio Quadros para presidente teniendo como vicepresidente a João Goulart fue una derrota insospechada de las fuerzas conservadoras del país.

Es verdad que Jânio fue candidato de la UDN, opositora del varguismo. Pero su candidato a vicepresidente –este sí udenista- perdió para el sucesor político de Getulio que era João Goulart.

En 1960 el pueblo brasileño demostró su clara inclinación por un gobierno nítidamente popular a pesar de elegir un presidente apoyado por la UDN y las fuerzas conservadoras. Fue esta contradicción implícita en su victoria lo que llevó Jânio Quadros a la renuncia en 1961.

En este momento se dio un episodio definitorio para la historia de Brasil. Los militares formaron una junta de gobierno para impedir la posesión del presidente constitucional: o su sucesor, o el vicepresidente João Goulart. Leonel Brizola, gobernador de Rio Grande do Sul, que ya alabara las conciencias conservadoras del país nacionalizando dos empresas multinacionales en su Estado e iniciando dos empresas multinacionales en su Estado e iniciando la Reforma Agraria, se levantó contra el golpe militar, y como vimos, lo derrotó a través de la unión del pueblo armado, de la policía militar y del Tercer Ejército. A pesar de la fuerza del movimiento legalista, João Goulart aceptó una fórmula conciliatoria que le fue llevada a Uruguay por Tancredo Neves. El asumiría la presidencia pero perdería sus poderes para un régimen parlamentario.

El gobierno de João Goulart consiguió sin embargo, lo que Vargas no había obtenido, una mayoría parlamentaria de centro izquierda que se unió al Frente Parlamentario Nacionalista, cuyo núcleo central era el PTB. Goulart consiguió a través de inmensas movilizaciones populares, e incluso del apoyo de tres huelgas generales

comandadas por la CUT, el restablecimiento de sus poderes a través de un plebiscito que contó con el apoyo masivo de la población.

Se habla mucho hoy de la falta de base política del gobierno de Goulart en 1964. Sin embargo se olvida que él obtuvo en 1963 el apoyo de más del 60% de la población brasileña para retomar sus poderes presidenciales y realizar las reformas de base que el país necesitaba. Se olvida también que por primera vez un presidente laborista conseguía una mayoría parlamentaria para su programa de transformación nacional democrática.

Es evidente que la caída del gobierno de Goulart se explica mucho mejor por las contradicciones internas de esas fuerzas nacional-democráticas tan claramente mayoritarias que por el poder exclusivo de sus adversarios, a pesar del apoyo internacional de que disponían y que incluía la entrada de tropas norteamericanas en Brasil tal como se documentó posteriormente.

El hecho es que el ala conservadora del movimiento nacional-democrático comenzó a alarmarse con el desarrollo de su sector popular. El propio gobierno de Goulart era el resultado del movimiento cívico militar iniciado y liderado por Leonel Brizola.

De hecho, el plebiscito se coronaría de éxito a través de la movilización de las fuerzas sindicales y otros sectores populares. Esas fuerzas populares se habían unido en torno al Frente de Movilización Popular que bajo el liderazgo de Leonel Brizola, unificaba al Frente Parlamentario Nacionalista, la Central Única de los Trabajadores, la Unión Nacional de los Estudiantes, la Unión Brasileña de los Estudiantes Secundarios, las Ligas Campesinas, la Unión de los Trabajadores Agrícolas, los oficiales nacionalistas, el comando nacional de los sargentos y varias organizaciones de izquierda.

Este Frente de Movilización Popular se había negado a apoyar el pedido de estado de sitio que hiciera Goulart luego después del levantamiento de los Sargentos en Brasilia en 1963.

Todos estos hechos indicaban que el esquema de fuerzas que apoyaba el presidente João Goulart se volvía hacia la izquierda y parecía creer cada vez menos en la quimera de la capacidad de un supuesto capitalismo nacional e independiente para realizar sus aspiraciones de desarrollo económico-social, justicia social y soberanía nacional.

Si bien la palabra socialismo sólo aparece eventualmente, era evidente que el movimiento popular brasileño tendía a superar la idea de un desarrollo capitalista y comenzaba a crear las bases para una transformación social más profunda de carácter socialista.

Hoy a distancia, vemos cuan confuso y desarticulado era este proceso. Algunos ya lo podían ver en aquella época pero eran una minoría.

El golpe de estado de 1964 destruyó con violencia aquel movimiento y para esto contó con el apoyo tácito incluso, de su ala conservadora. Juscelino Kubitschek apoyó el golpe al aceptar votar por la candidatura del general Castelo Branco en el Parlamento, dando así una cierta legitimidad institucional al movimiento militar que derrocó el presidente constitucional y desató la más terrible represión a las fuerzas populares.

Sería tal vez un poco doloroso levantar aquí la lista de otros liberales de la UDN, que se creía triunfante, y del PSD que buscaba componerse con el nuevo poder, que de una forma u otra cooperaron con este episodio sombrío de nuestra historia.

Esto revela que se había dividido inevitablemente el esquema de fuerzas que apoyara al gobierno de João Goulart, en el momento en que enfrentó la prueba de las reformas estructurales.

Este análisis histórico nos muestra que en Brasil, el socialismo no se encarnó necesariamente en un partido con un programa claramente definido. El se identificó con el ala popular de un amplio movimiento de masas y de un amplio frente de fuerzas nacionalistas y democráticas.

En esta ala popular poseían necesariamente la hegemonía las fuerzas integradas por el Partido Laborista Brasileño. Por lo tanto si el socialismo no pretende ser hoy un rayo caído del cielo en la historia de Brasil o un movimiento de minorías intelectuales, éste tiene que identificarse necesariamente con ese vasto movimiento histórico. Mismo que representa en muchos sentidos, una autocrítica de esas fuerzas y un avance en su programa y en sus métodos de organización y lucha.

Cualquier tentativa de llegar al socialismo por otras vías será lenta y elitista y se arriesgará a un aislamiento permanente. El propio Partido Socialista Brasileño, que no podía ocultar sus orígenes antivarguistas, al nacer de la izquierda democrática, y era parte de la antigua Unión Democrática Nacional que derribó Vargas en 1945, ya había reconocido en 1963 la necesidad de una unión con el laborismo, la cual estaba en proceso de realización cuando fue anulado por el golpe de 1964.

La historia de América Latina y de los Movimientos del Tercer Mundo en general muestra esa realidad inexorable. La construcción de una alternativa socialista pasa por una relación dialéctica de participación y superación socialista en el interior del movimiento nacional y democrático.

En estos países, el socialismo no es una consecuencia de un enfrentamiento puro entre las clases asalariadas y la burguesía y sí el resultado de una lucha de fuerzas populares (donde la clase obrera tiene una posición cada vez más preponderante debido al crecimiento industrial) por la orientación del desarrollo económico social, por la justicia social y por la soberanía nacional.

El socialismo nace así como el resultado de las conquistas democráticas de esas fuerzas populares. Éste es en realidad el corolario necesario del movimiento democrático pues, como vimos, el capitalismo dependiente se ve cada vez más obligado al uso de fórmulas de poder autoritarias para conseguir sobrevivir en este mundo subdesarrollado que él mismo creó y no consigue superar por sus propios mecanismos económicos, sociales y políticos.

Pasamos así a una nueva parte de nuestro trabajo donde debemos analizar la relación entre socialismo, democracia y Estado. Si el socialismo es la condición de realización de las aspiraciones del desarrollo, justicia y soberanía nacional de nuestro pueblo, es él aún más radicalmente, la única forma de realización de una verdadera democracia en el mundo subdesarrollado y dependiente en que viven las amplias masas del Tercer Mundo.

Segunda parte

Democracia y socialismo

I. Estado liberal y estado democrático

El Estado moderno tiene su origen en la Edad Media, en torno a la nobleza, que abandonaba poco a poco su función exclusivamente restringida a la defensa de sus dominios feudales.

Las necesidades comerciales, el avance de los árabes perfeccionando los medios de comunicación, de Europa con el Mediterráneo y el camino de las indias, las luchas por la hegemonía política de Europa en manos del papado fueron obligando a los nobles a asociarse, uniendo sus ejércitos y buscando una forma de poder concentrada que defendiese sus posiciones con más eficiencia.

Este embrión de Estado se fue expandiendo a medida que los comerciantes europeos se vieron en la obligación de fortalecer a las familias reales para aumentar su poder en contraposición con la nobleza feudal.

Poco a poco, sometiendo a las familias reales a su control y estimulando la aventura expansionista de Portugal y España, consiguieron abrir enormes perspectivas para la expansión de sus riquezas a través del surgimiento de un mercado internacional y de un sistema productivo en las colonias que estimularan el desarrollo de las manufacturas y abrieran camino para el surgimiento e implantación posterior del modo de producción capitalista.

Ya en el siglo XVIII están creadas las bases del Estado absolutista. En él, la monarquía se convierte en el centro indiscutible del poder estatal. A través de ella, se mantiene el régimen servil y sobrevive la nobleza de la tierra, pero al mismo tiempo ella sólo se mantiene sustentada por los prestamistas y por los comerciantes cada vez más ricos.

Esta contradicción llevó a muchos historiadores a la confusión sobre el carácter feudal o burgués del Estado absolutista. De hecho, el Estado absolutista era el último bastión de la dominación feudal, pero era necesariamente débil para impedir el avance burgués. Es esa dialéctica que explica la necesidad de mantener un movimiento revolucionario contra el absolutismo, al mismo tiempo que se encontraban varias formas de conciliación que tuvieron tanta mayor estabilidad mientras más débil era la burguesía nacional.

Como vimos, la expansión del comercio mundial, sobre todo con la apertura del camino marítimo hacia las Indias y el descubrimiento y colonización de las Américas, convirtió esa burguesía naciente en el embrión de la nueva clase dominante europea que con el desarrollo de sus manufacturas dio origen a la moderna industria

y se apoyó del poder estatal a través de sucesivas ondas revolucionarias y procesos reformistas combinados entre sí: la revolución inglesa de 1640, la revolución francesa de 1789, la revolución americana de 1779, las revoluciones latinoamericanas y caribeñas de inicio del siglo XIX, las revoluciones europeas de 1832 y 1848.

Posteriormente al movimiento revolucionario de 1848, que terminó en composiciones políticas entre la burguesía y la monarquía, surgieron procesos reformistas nuevos, herederos de esas revoluciones, que adoptaban métodos completamente distintos.

Las transformaciones ocurrieron a partir del Estado. La burguesía utilizó su poder absoluto para implantar progresivamente la industrialización y la democracia. Este fue el caso del bismarckismo en Alemania, y buena parte fue el camino de las reformas de la dinastía Meiji en Japón, así como las reformas zaristas en la segunda mitad del siglo XIX y en el comienzo del siglo XX. La timidez del reformismo zarista llevó, con todo, a las revoluciones de 1905 y 1917, que terminaron por iniciar un nuevo camino de transformaciones democráticas bajo la dirección de un Estado nuevo, de base proletaria.

No podemos olvidar, sin embargo, otros acontecimientos que forman el sustrato de la moderna sociedad burguesa: la revolución española de 1870, la guerra franco germánica de 1871 que dio origen a la Comuna de París, primera tentativa de Estado proletario en la historia, la guerra civil norteamericana de 1860-1865.

En el siglo XX, además de los acontecimientos que condujeron a la revolución rusa, debemos destacar la nueva onda de revoluciones democráticas, contemporáneas que se inicia con la revolución mexicana de 1910-1917, pasa por los acontecimientos revolucionarios en China, en Turquía y en muchas otras partes que llamamos hoy Tercer Mundo. En Europa central tenemos otra onda revolucionaria después de la Primera Guerra Mundial que instala regímenes liberales más o menos progresistas y más o menos estables.

Como vemos, el proceso de constitución del Estado liberal moderno y contemporáneo fue el resultado de una sucesión singular de acontecimientos violentos o pacíficos, de masas populares o de élites, conscientes o espontáneas. En el conjunto, sin embargo, se fue imponiendo el modo de vida capitalista, basado en el intercambio entre propietarios privados de los medios de producción y los propietarios de su fuerza de trabajo en la conducta "racional" guiada por objetivos explícitos de relaciones entre las personas, en la organización política de los ciudadanos responsables delante del Estado representativo y constitucional, en la ideología liberal que asegura al individuo el derecho de ser reconocido como unidad fundamental de la organización social, que considera el modo de vida liberal como la forma final y perfecta de convivencia humana.

Pero vimos también que este Estado liberal no logró consolidarse totalmente en toda la humanidad. En el siglo XX, la larga serie de revoluciones que se suceden son en general críticas del Estado liberal. Desde la revolución rusa de 1905 y la revolución mexicana de 1910 comienza el cuestionamiento de una sociedad organizada en torno a un individuo y se inicia el reconocimiento de las formas asociativas modernas, tales como los sindicatos, los partidos políticos, los monopolios, las empresas públicas, etc. El derecho del trabajo consagrado en los tratados de Versalles después de la Primera Guerra Mundial dio inicio a un derecho público contemporáneo que cuestiona progresivamente las bases del Estado liberal puro, así como en la economía, la intervención creciente del Estado en las relaciones de trabajo y en la producción inaugura una nueva fase de capitalismo monopolista de Estado.

Las primeras tentativas de ideología burguesa de asimilar ofensivamente estas transformaciones van a dar origen al fascismo que surge en Italia en los años 20 y se expande a Alemania en la década de los 30, terminando por imponerse en casi todo el continente Europeo por la fuerza de las tropas hitleristas o de guerras civiles violentas, como en España, o golpes de estado menos sangrientos como en Portugal.

En los años 30 y 40 parecía que la única forma de Estado capitalista capaz de adaptarse a las transformaciones modernas era el fascismo, esto es: a un régimen contra-revolucionario del gran capital, con un Estado de excepción, violentamente represivo, particularmente en las organizaciones y asociaciones de la clase proletaria, organizado bajo la forma corporativa y apoyado en la movilización paramilitar de las masas pequeñoburguesas y del proletariado.

No obstante, la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética lideraran la resistencia armada al fascismo, mostró que sería imposible garantizar la sobrevivencia del capitalismo sin aceptar las nuevas realidades generadas por la gran concentración económica y la expansión mundial del capitalismo que ya se configuraba en el fin del siglo XIX.

Surge así un liberalismo moderno que acepta cada vez más las realidades ya señaladas.

En los países clásicamente liberales como Estados Unidos y Europa occidental se implantó un capitalismo monopolista de Estado, combinado con regímenes parlamentarios o presidenciales centralizados.

Con el fin de la Segunda Guerra llegaron al fin las precarias experiencias liberal-democráticas de los países de la Europa Oriental que se tornaron presa fácil del fascismo bajo la ocupación alemana y que iniciaron un complejo proceso de reestructuración estatal social luego de su liberación, consecuente a la ocupación soviética.

En los países coloniales, se desencadenó una sucesión de movimientos de liberación nacional, guerras civiles y procesos revolucionarios que implantarían regímenes de capitalismo de Estado o nuevas formaciones socialistas.

En otros casos, gobiernos progresistas fueron derrumbados por golpes de estado, que representaban la reacción de las fuerzas pre-capitalistas. Pero, con el tiempo, esos golpes expresaron el sentido autoritario de la implantación de un capitalismo dependiente, concentrado y excluyente tal cual vimos en la primera parte de este libro, al analizar el caso de Brasil.

Muchos autores pretenden juzgar la realidad concreta de nuestros días a partir de conceptos abstractos y formales sobre las características ideales de las relaciones entre los individuos o entre las clases, grupos e instituciones sociales.

Muchos de ellos pretenden reeditar los principios completos de organización social que resultaron de los complejos procesos históricos como lo que dio origen a los actuales sistemas políticos existentes en Europa.

No obstante, el camino europeo para el capitalismo no se repitió en ninguna otra parte del mundo. La inmensa y poblada Rusia, Europa central, China, India, Turquía, Irak y otras naciones del mundo árabe, África y Asia del sur y en buena parte de América Latina y el Caribe no consiguieron establecer la sociedad moderna por la vía europea, norteamericana y australiana que terminó siendo una excepción en la historia contemporánea.

Estas experiencias atípicas no pueden ser vistas solamente con los ojos de sus conquistas democráticas, pues fueron estos países los responsables de regímenes derechistas, dictadores, monarquías y finalmente por el nazifascismo; por las inmensas guerras nacionales de los siglos XVIII y XIX y por las trágicas guerras mundiales del siglo XX; así como por las sanguinarias guerras coloniales de los siglos XIX y sus versiones desesperadas del siglo XX cuando fueron al final derrotados por los movimientos de liberación nacional.

Es siempre necesario temprar con la historia las fantasías conceptuales de muchos intelectuales.

Si el proceso de implantación del Estado democrático-liberal capitalista demoró por lo menos tres siglos sin que hubiera alcanzado nunca el ideal liberal que lo inspiró, esto no es razón para negar el movimiento histórico concreto de su implantación.

Quien no entienda los principios del liberalismo no podrá entender tampoco lo que ocurrió en el mundo de los últimos tres siglos, ni prever medianamente la dirección de los acontecimientos históricos.

Desde 1871, con la Comuna de París, después de 1917 con el surgimiento de los consejos (soviéticos) en la Rusia revolucionaria y la consolidación de un nuevo tipo de Estado en ellos fundado, con el surgimiento de los conceptos populares que dieron origen al Estado yugoslavo actual, con la difícil implantación de las bases campesinas en que se apoyó el Ejército Rojo de China, dando origen a un nuevo Estado, con las muchas y diversas experiencias concretas que fueron asumiendo los procesos revolucionarios contemporáneos, podemos afirmar claramente que surgió un nuevo tipo de Estado en la historia que fundamenta su poder en la organización activa del pueblo y no en la visión de una ciudadanía pasiva que extingue su papel al votar por sus representantes en el poder.

La instauración de este nuevo principio de organización estatal en la historia es un proceso complejo y singular como lo fue la implantación del Estado liberal. Sus primeras formas asumen un carácter radical y a veces hasta brutal como lo fueron las revoluciones inglesa y francesa. Pero en la medida en que evalúen las condiciones objetivas para la implantación de ese nuevo régimen se van encontrando formas más civilizadas y libertadoras para su desarrollo y nuevas formas de Estado van surgiendo como resultado de la expansión universal de ese nuevo modo de producción.

El capitalismo y la democracia burguesa comienzan a revelar desde 1914-1917 el agotamiento de sus tareas progresistas, recorriendo cada vez más las fórmulas contrarrevolucionarias de tipo fascista. Como vimos, esto ocurrió en Europa entre 1920 y 1945. En la década de los 60 renacieron formas fascistas en los países dependientes, bajo la fuerte dirección militar, que a pesar de encontrarse en decadencia, no pudieron excluirse de las tendencias futuras del capitalismo.

II. Estado y democracia en Brasil

Brasil ha intentado desesperadamente resolver sus problemas socioeconómicos ya sea por caminos formalmente liberales como los que prevalecieron en el país entre 1945 y 1946, ya sea por varias experiencias de regímenes conservadores como el Imperio, con sus muchas variaciones de una monarquía constitucional, la República oligárquica y restrictamente representativa de 1889 a 1930 o las indecisiones de la revolución del 30 que terminaron en la fórmula corporativa de 1937-1945.

Es necesario recordar que ni el periodo liberal más avanzado que tuvimos, de 1945 a 1964, se caracterizó por una representatividad y libertad total de la sociedad civil. En él no votaron las inmensas masas de analfabetos, se excluían los indígenas y se impedía la representación de fuerzas políticas significativas del país como el partido comunista.

Es pues un hecho que la democracia en Brasil es un ideal en desarrollo pero aún lejos de ser alcanzado.

El régimen militar establecido en 1964, como resultado de un golpe de Estado que después reestableció el poder constitucional, dictó actos institucionales que suspendieron la aplicación de la Constitución de 1945 y posteriormente la sustituyó por una nueva Constitución autoritaria en 1967.

En seguida, suspendió la vigencia de su propia Constitución a través del Acto Institucional No. 5 en 1968.

Solamente en 1978 se revocaron las disposiciones dictatoriales de 1968, sustituyendo el Acto Constitucional No.5 por la incorporación en la Constitución de varios elementos autoritarios y por la creación de una legislación complementaria de seguridad nacional, de reglamentación de la huelga, de limitación de la vida sindical, electoral y partidaria que restringen enormemente el ejercicio democrático en el país.

Al tomar esas medidas, el movimiento de 1964 pretendió, en cierto momento, particularmente entre 1968 y el inicio de la apertura política, en 1974, imponer al país un régimen político permanente de excepción que despreciaba las instituciones liberales formales para dar al presidente el poder discrecional de un jefe fascista.

En este mismo periodo, se intentó crear un clima de movilización nacional basado en el "eslogan" de Brasil Gran Potencia, que encontraba su respaldo en el llamado milagro económico que no era más que una corta recuperación, después de varios años de recesión.

En 1974 se iniciaron los signos que conducirían en seguida a la mayor crisis de nuestra historia. Sin embargo, las bases del fascismo eran débiles. Los grandes capitalistas internacionales y nacionales que apoyaron esas medidas de excepción llegaron a la conclusión de la inutilidad y del anacronismo histórico de este fascismo dependiente y comenzaron a temer las medidas estatistas y nacionalistas de la derecha militar. Iniciaron en consecuencia un proceso de apertura política que buscó aliar a los militares del poder y asegurar la estabilidad a través de un régimen conservador, con libertades políticas limitadas.

Sin embargo, cada vez que se llamaba a una consulta popular, se producían inequívocas manifestaciones contrarias a las limitaciones que inspiraron originalmente el proyecto de descompresión controlada. Esto llevó al régimen a dictar medidas de excepción después de las elecciones de 1974, 1976 y 1978. Estas medidas buscaban impedir la victoria política de la oposición, a pesar de su carácter moderado. Aumentaba, mientras tanto, la presión interna a través del Movimiento por la Amnistía y otras fuerzas populares y democráticas. En el exterior, un vasto movimiento de masas y opinión pública presionaba sus respectivos gobiernos para exigir la democratización de Brasil, amenazando incluso los convenios y negocios brasileños en el exterior. En una situación económica cada vez más difícil y presionando interna y externamente, el régimen inició en 1978 una nueva etapa en la apertura política con la extinción del Acto Institucional No. 5 en 1978, la concesión de la amnistía y el permiso para la reorganización de los partidos políticos en 1979.

Como resultado de esas medidas se abrió la discusión política en el país, dominada casi exclusivamente por un encuentro entre un gobierno conservador autoritario y una oposición liberal predominantemente conservadora.

El surgimiento de nuevos partidos con el objetivo de representar los sectores asalariados, los pequeños y medios propietarios y las amplias masas marginalizadas comienzan a introducir una nueva dimensión en el proceso de liberalización política.

Estas fuerzas no aspiran solamente a una liberalización dentro de moldes económicos y sociales conservadores. Éstas pretenden llevar el proceso de democratización a sus últimas consecuencias y abrir camino para la efectiva participación de las fuerzas populares en el poder.

Se retoma el debate histórico que buscaba establecer en el país un estado de contenido popular y participativo, donde la administración no sea solamente de intocables representantes del pueblo que se convierten en profesionales políticos sin ninguna responsabilidad delante de su electorado.

El tipo de Estado por el cual aspiran esas fuerzas es esencialmente participativo. Este debe estar bajo constante vigilancia de las organizaciones populares, sean ellas de barrio, municipales o estatales, sean sindicales o profesionales, de partido o partidos de base social popular.

Esta vigilancia debe tener formas concretas de intervención sobre el gobierno y los propios aparatos de Estado para permitir la destitución de funcionarios y representantes irresponsables y corruptos y su sustitución a través de procesos democráticos.

Más que una vigilancia, los sectores populares necesitan de una participación real en el planteamiento de la política estatal. Ellos deben por lo tanto, tener una presencia efectiva en todos los órganos de producción de bienes y servicios, sobre todo en aquellos sectores de mayor interés público.

La participación debe comenzar por el local de trabajo donde los trabajadores deberán poseer comités de empresa que aseguren la filiación y actividad física y la actividad sindical y la participación en la gestión de las empresas, inclusive en la propiedad de las mismas cuando sean privadas o en la repartición y uso de los beneficios cuando sean estatales o cooperativas.

La participación debe continuar en la planificación de los ramos o sectores de la economía donde los sindicatos y federaciones de trabajadores u otras formas de representación del trabajo deben tener un papel muy sólido y efectivo exigiendo que los planos de producción sean ampliamente discutidos en todas las empresas del ramo o sectores.

La participación es también decisiva en la comunidad. Ya sea a través de las asociaciones de vecinos que organizan gran parte de la vida del barrio asumiendo progresivamente un papel de colaborador del Estado para la ejecución de programas y para el planeamiento de los mismos.

Al mismo tiempo, cabe a los usuarios participar de los órganos del servicio público, particularmente la red educacional y hospitalaria, donde la ayuda de la población es extremadamente necesaria.

De esta manera, la cúspide del Estado a través de los ministerios y secretarías sería solamente una instancia coordinadora final de las innumerables redes de centros de decisión, planificación, gestión y ejecución existentes en punto menor en todos los poros de la organización social global.

Se habla mucho de la descentralización del poder, como respuesta a los años de centralización que vivimos bajo el autoritarismo. Pero esta descentralización no se puede dar solamente en el plano de un aparato estatal profesional totalmente separado de la sociedad civil que lo financia y que lo utiliza. Esta debe llegar al nivel de establecer una relación profunda de poder con los órganos de representación de la comunidad que deberán disponer de una participación efectiva en el aparato estatal.

Si así no fuera, la descentralización no asumiría un carácter efectivamente democrático, siendo simplemente una reformulación administrativa de la burocracia estatal. La organización, movilización y concientización de la sociedad civil para que ésta pueda convertirse en un efectivo soporte del Estado es tarea fundamentalmente de los partidos políticos, particularmente aquellos que buscan representar los sectores populares.

Llegamos así al centro, al núcleo mismo de la cuestión democrática. En el capítulo siguiente pretendemos profundizar la discusión del concepto de democracia, separando la democracia liberal de la popular y socialista. Para captar bien esta diferencia, es necesario poder entender las nociones desarrolladas en este capítulo sobre el Estado moderno.

Vimos en primer lugar que el Estado moderno surge dentro de la sociedad feudal como un instrumento de asociación de la nobleza amenazada por los comerciantes moros desde el exterior y por el campesinado en rebelión en su interior. Vimos, en seguida cómo ese embrión de poder centralizado se va concentrando en las manos de la familia real, con el apoyo de los financistas y comerciantes hasta generar el estado absolutista.

Fortalecidos por el comercio mundial y el desarrollo de las manufacturas y de las fábricas modernas que implantan el modo de producción capitalista, los capitalistas apoyan el movimiento democrático contra el Estado absolutista, primero en sus formas revolucionarias y posteriormente en sus formas reformistas. No obstante, la expansión de la revolución burguesa y democrática asume formas nuevas en el resto del mundo, en la medida en que se implanta la nueva economía internacional imperialista, establecida como consecuencia de la expansión del capitalismo industrial a nivel internacional.

La lucha por el dominio de las colonias lleva al enfrentamiento brutal entre las potencias imperialistas y a aquellas que llegaron después de 1860 hasta 1900. En esta competencia son obligadas a recurrir a la fuerza para imponer sus objetivos expansionistas llevando a la Primera y a la Segunda Guerras Mundiales. De esta forma, el estado liberal es afectado por las luchas entre las potencias capitalistas por un lado y por otro por las luchas entre la clase capitalista con sus principios económicos y la nueva clase proletaria en ascenso que reivindica nuevas formas de organización económica y social. Al mismo tiempo, el triunfo de la primera revolución socialista en 1917 y la profundidad de la crisis económica general obligan al Estado burgués – antes de consolidar su forma liberal pura- a aceptar nuevos principios de carácter intervencionista en el plano económico y social.

De esta forma el Estado liberal sufre transformaciones que lo desvían de su forma clásica y el capitalismo llega a aventurarse en las décadas de los 20 y 30 a apoyar un tipo de Estado corporativo, movilizador y

abiertamente represivo y terrorista que fue el fascismo. El fracaso del fascismo en la Segunda Guerra Mundial abre camino para nuevas fórmulas neoliberales que se basan en un capitalismo monopolista de Estado. Estas formas continúan vigentes en los países capitalistas desarrollados hasta nuestros días, cuando una nueva crisis de largo plazo exige nuevas fases de intervención estatal.

En el mundo colonial, semicolonial y dependiente, la lucha por la implantación del Estado moderno asume un carácter distinto dando origen a formas sociales propias, donde la centralización política es el arma principal de una burguesía naciente contra el localismo de las aristocracias rurales y la potencia de las fuerzas imperialistas internacionales.

En este contexto, la lucha contra las oligarquías rurales y las fuerzas internacionales asume muchas veces y de manera creciente el carácter de un fuerte capitalismo de Estado. En la búsqueda de bases de sustento para este capitalismo de Estado las fuerzas estatales encuentran en general el apoyo sobretodo del movimiento popular y de las clases medias más progresistas abriéndose camino a las fórmulas socialistas nuevas.

De esta forma la propia evolución de la sociedad moderna va exigiendo formas nuevas y originales de soluciones estatales. La experiencia europea convertida por muchos teóricos en una forma ideal pura se va constituyendo en una experiencia específica, diferenciada de las nuevas formas de Estado que nacen de una etapa superior de la vida económica de la humanidad.

El socialismo aparece en este contexto como una tentativa de organización del Estado bajo control de organizaciones proletarias campesinas u otras formas de poder popular que van diferenciándose en distintas experiencias históricas según las especificidades de la estructura social de cada país que se van incorporando al proceso mundial de creación de una nueva sociedad y un nuevo tipo de Estado.

En el caso de Brasil, la experiencia aún precaria de las fuerzas populares no les permitió formar un Estado democrático moderno más que por un corto periodo y con muchas limitaciones que ya señalamos, entre 1945 y 1964. El movimiento de marzo de 1964 instauró un régimen de excepción que fue siendo obligado a realizar concesiones a partir de 1974 en un proceso de apertura liberal que pretendía limitarse a la concesión de un espacio democrático restringido. Sin embargo la presión de las fuerzas populares y democráticas en ascenso viene obligando al régimen a concesiones crecientes en el camino de una transición democrática efectiva.

En este proceso de transición comienzan a manifestarse las fuerzas populares hasta entonces sin voz exigiendo una democracia más profunda en la cual el poder estatal está sometido al control de las organizaciones populares que están en fase de desarrollo y que se fortalecen con el aumento de las condiciones democráticas del país.

Esta aspiración por un Estado de carácter participativo permea el conjunto de la sociedad de las actividades económicas y políticas. De esta manera, se coloca la cuestión de un nuevo tipo de Estado que pueda servir de fundamento a una transformación democrática más profunda.

Este Estado participativo y bajo el dominio de las fuerzas populares no es sino una forma de transición hacia un Estado socialista, un Estado de Democracia Popular o más específicamente proletaria, en la medida en que el proletario tenderá a convertirse, bajo un régimen de producción desarrollado que se instalará como el socialismo, en la mayoría incuestionable de ese pueblo.

Vemos así que nuestro discurso se va completando. La cuestión del socialismo surgió, en la primera parte de este trabajo, como la forma de resolución de los bloques impuestos por el desarrollo capitalista dependiente a las necesidades sociales de las mayorías del país, a la justicia social y a la soberanía nacional. Vimos ahora que el Estado capitalista, en estas condiciones de subdesarrollo y dependencia, se muestra también limitado e incapaz de dar una solución democrática para las amplias mayorías nacionales y permitir su plena participación en el poder.

De esta forma el socialismo aparece otra vez como una necesidad práctica para resolver los grandes sueños de participación política de nuestro pueblo.

Y se coloca nuevamente y con pleno vigor la cuestión democrática que está en el centro mismo del actual proceso político nacional.

III. Democracia liberal y democracia popular

La democracia es el gobierno del gobierno para el pueblo. La idea de democracia está asociada a la lucha de los ciudadanos griegos para participar del Estado hasta entonces reservado solamente a la nobleza. La democracia es por principio republicana y no puede admitir el derecho divino de los reyes u otras teorías que hagan derivar el poder de otra fuente que no sea el pueblo.

Pero el pueblo para los griegos y romanos no incorporaba los esclavos que estaban excluidos de la ciudadanía. Luego, la democracia grecorromana era un régimen político esclavista que no podría ser tolerado en el mundo moderno. Muchas normas de la democracia inglesa encontraron sus orígenes en las costumbres parlamentarias feudales de los cuales se excluían los burgueses y los siervos.

La idea de democracia fue por lo tanto compatible con formas de dominación de clase que hoy nos parecen totalmente contrarias a este ideal. Tuvimos la democracia de los nobles y los plebeyos sometiendo a los esclavos, hubo una democracia de los nobles, sometiendo a los burgueses y siervos. Fue solamente con el advenimiento de la revolución burguesa, cuando comenzaron a imponerse universalmente los ideales de la revolución francesa, que la noción de democracia se identificó con la de trabajo libre y de la ciudadanía universal.

La campaña por el voto universal sólo consiguió sus primeras victorias permanentes en la Inglaterra de mediados de siglo XIX y solo se implantó aun con restricciones al voto femenino, en Europa occidental en el comienzo del siglo XX. En Europa central y oriental el voto universal continuó siendo una aspiración hasta el siglo XX. Y se sabía que el voto universal no fue nunca conquista exclusiva de la burguesía, a pesar de sus declaraciones revolucionarias. Fueron un movimiento democrático radical, igualitario y de base sobre todo proletaria, y el socialismo emergente en Europa y en Estados Unidos las fuerzas que desencadenaron una lucha sistemática y profunda por el voto universal, hoy considerado como una condición necesaria de una democracia moderna.

Las conquistas democráticas de las repúblicas capitalistas modernas son por lo tanto, en gran parte, una conquista del movimiento obrero, socialista y posteriormente también comunista. Esto no retira el carácter de clase de esas democracias, pues ellas reproducen, en la práctica, y justifican, jurídica y teóricamente, la manutención de las relaciones de producción asalariadas basadas en la propiedad privada de los medios de producción por un lado, y en la venta libre de la fuerza de trabajo por otro.

Esto no significa, sin embargo, que el movimiento obrero esté interesado en destruir las conquistas que realizó dentro del modo de producción capitalista.

Al contrario, los hechos demostraron que el movimiento obrero, donde alcanzó significativas conquistas democráticas como el voto universal, no pretende desprenderse de ellas y sin profundizarlas y tomarlas como punto de partida para la construcción de una verdadera democracia proletaria y popular.

En este punto estamos entrando en el núcleo del debate ideológico contemporáneo. La nobleza europea usó durante años las violencias cometidas por las masas en las revoluciones inglesa y francesa y en las luchas de liberación colonial en el Caribe y en América Latina para demostrar la inviabilidad de la democracia liberal burguesa. Este fantasma llevó incluso al retiro ideológico y a la conciliación de amplios sectores demócratas.

Hoy en día, la burguesía usa también los ejemplos de violencia revolucionaria de masas y el uso excesivo de la fuerza en los primeros regímenes socialistas para denunciar la inviabilidad de la democracia proletaria y para aterrorizar y desmovilizar muchas corrientes socialistas.

Toda forma social nueva se impone a través de una lucha encarnizada contra las antiguas formas de poder. La brutalidad del poder ya constituido es en general ocultada por su legitimidad, otorgada por el orden social y jurídico existente. La violencia que sustenta el orden existente es cotidiana y legal. La violencia de las fuerzas emergentes, por más que sean una reacción a esta violencia legal, aparecerá siempre como subversiva e ilegítima ante los poderes constituidos.

Cuando el nuevo orden social se impone, ésta tiene que defender sus principios a través de la organización legal o estatal de la violencia. Las clases por ellas desalojadas del poder no aceptarán, sin embargo, la legalidad de ese nuevo orden y verán siempre esta violencia como un acto indiscriminado de ejercicio de poder.

Como los regímenes nuevos, nacidos de procesos revolucionarios, sufren constantes ataques de los restantes nacionales, o externos de las fuerzas prerrevolucionarias, persisten en ellos fuertes tendencias al autoritarismo, ya sea para preservar las conquistas revolucionarias, ya sea contradictoria pero necesariamente, para pactar con los residuos de las fuerzas contrarrevolucionarias que sólo desaparecen a través de un largo proceso de reformas controladas desde arriba por el poder revolucionario.

De esta forma la cuestión de la democracia se torna extremadamente confusa para aquellos que no logran situarla en una dimensión histórica. ¿Cuánto deben las civilizadas normas de la democracia liberal moderna

al terror ejercido por los puritanos ingleses, a las acciones hoy condenadas de los jacobinos de la revolución francesa, a la destrucción autoritaria de las noblezas europeas por el "emperador" burgués Napoleón Bonaparte, a las conspiraciones de un Blanqui, a las guerras civiles italianas, españolas, etcétera?

No obstante, la necesidad de procesos revolucionarios y el uso de la violencia por las clases que están emergiendo en la historia, van disminuyendo a medida que sus revoluciones van triunfando y que la clase dominante antigua va aceptando más pacíficamente la pérdida histórica de sus privilegios. Además, el avance del poder real de las clases emergentes dentro de la antigua estructura económica va desarticulando el poder de represión de las clases dominantes y aumentando la capacidad de autonomía y la fuerza articuladora de las clases revolucionarias.

Es pues evidente que, en la medida en que avanza la fuerza de las clases emergentes, aumenta también el papel de las prácticas democráticas y su enraizamiento histórico en la acción política de la próxima clase dominante. Aumenta también su tolerancia para con las fuerzas no revolucionarias y su poder de cooptación de esas fuerzas para impedir que se conviertan en antirrevolucionarias.

Estas reflexiones son muy importantes para comprender el papel de las instituciones democráticas en la transición hacia una sociedad socialista en escala internacional en la actual fase de la historia de la humanidad.

El ejemplo de la revolución rusa hizo soñar a la mente de muchos sectores socialistas, positiva o negativamente. La revolución rusa tiene un papel para la revolución socialista similar al de la revolución francesa para la implantación de la democracia liberal. Funcionó como un paradigma, resultado de su radicalidad y su inmensa dimensión histórica como el primer caso de revolución socialista victoriosa. Muchos autores quisieran ver en estos procesos una especie de modelo que tendrían que seguir necesariamente los procesos revolucionarios ulteriores.

La práctica histórica demostró, sin embargo, que no fue así. Cada proceso revolucionario siguió una dinámica distinta. Es pues necesario aceptar que donde las instituciones democráticas liberales llegaron a enraizarse como resultado sobre todo de la presión y de las luchas del movimiento obrero, no se puede esperar que la transición para el socialismo abandone esta tradición histórica.

Por otro lado, no se puede pedir a regiones donde esta tradición nunca se implantó y que se encaminaron directamente de formas pre-democráticas a la vía socialista, que desenvuelvan formas similares a las instituciones liberales bajo pena de condenarlas al limbo de las sociedades no democráticas. Esto no pasa de

un europeo centrismo que pretende erigir una idealización de la experiencia institucional europea contemporánea en patrón de civilización para el resto del mundo.

Brasil tiene 164 años de experiencia estatal autóctona donde se buscó imitar las formas europeas o norteamericanas adaptándolas a las condiciones locales.

Todas ellas fueron dominadas por fuertes intereses oligárquicos, excepto, en parte, el periodo de 1945, 1964 cuando el movimiento popular pudo irrumpir progresivamente dentro del Estado y crear importantes momentos de vida democrática, tal como ocurrió por ejemplo, entre 1961 y 1964.

Con todo, la tradición oligárquica brasileña considera este periodo como el auge de la anarquía en el país. Pues para la clase dominante la emergencia de las fuerzas populares como fuerzas activas en la vida estatal y pública sólo puede ser considerada una anarquía.

Su régimen ideal son los corredores vacíos de la tecnocracia, de la decisión "racional", en la cual se liquidan y se condenan a la miseria las grandes masas de forma aséptica, sin protesta y sin reacción de los afectados.

Democracia para el pueblo es anarquía para los exploradores del pueblo. Las huelgas donde las masas demuestran su fuerza, las marchas donde desarrollan su espíritu creador, los comicios donde dialogan con sus líderes, todas estas formas democráticas de masa son consideradas por principio anarquía por la clase dominante. Ella no puede percibir la articulación y la estructura de acción que comanda y moviliza esas manifestaciones del pueblo, viendo en las formas amorfas, irracionales que le provocan inmenso terror.

Por eso, en el Brasil de hoy, se va separando la noción abstracta y formalista de los liberales, que quieren una democracia sin el pueblo organizado y actuante, y los demócratas que ven en esa actuación y manifestación organizada del pueblo la esencia misma del proceso democrático.

Los socialistas, hijos de la democracia en sus formas más avanzadas, están y estarán siempre al frente de esas luchas.

Pero la noción de democracia se hace aun más perturbadora para el pensamiento liberal cuando ésta denuncia los límites del concepto formalista de democracia. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no puede reducirse a los derechos de voto, libre expresión y otras conquistas individuales. Éste tiene que ir al contenido mismo de esa noción.

Para que el pueblo gobierne, tiene que disponer de los medios materiales y educacionales que le permitan ejercer de hecho su soberanía sobre el Estado y el gobierno.

Y para poder participar efectivamente del poder, necesita de las medidas económicas, sociales y políticas que le garanticen un uso extensivo e intensivo de todas sus potencialidades como individuos.

La democracia no puede ser pues, solamente poética. Tiene que ser económica, social y cultural para garantizar su eficacia real y no restringirse a un plano puramente formal. Especialmente en países como los nuestros que, como vimos, tienen a imitar instituciones de los países dominantes por alienación cultural.

Y cuando llegamos al plano amplio en que se debe desarrollar la noción de democracia para que deje de ser un juego de formas institucionales, podemos entender también la necesidad de ligar en nuestros países el concepto de democracia a la participación política del pueblo organizado y a su capacidad de sobreponerse al peso de los monopolios y de las oligarquías para canalizar una verdadera y práctica democrática.

Es pues parte integrante del concepto concreto de democracia la idea de participación organizada de las masas junto al poder estatal y en el gobierno nacional, estatal y municipal.

Para que esta participación no sea un fraude, es necesario introducir el principio de revocabilidad en la representación parlamentaria. Las organizaciones de los electores tienen que poseer el derecho de sustituir – revocando su mandato- al diputado que no estuviera representando correctamente sus intereses.

Por otro lado, la función parlamentaria tiene que ser más amplia, incluyendo sus responsabilidades junto a los poderes ejecutivos de las regiones que los eligieran. Fuera de los periodos de reunión parlamentaria -que deben ser breves y objetivos- los diputados deben ejercer actividades ejecutivas junto a las organizaciones populares de las regiones que los eligieron; sometiéndose a su control y recibiendo información constante sobre sus problemas.

De esta manera, la implantación de una democracia popular que se dirige a un régimen socialista exige una reforma profunda de la vida parlamentaria.

Pero no se termina ahí su acción renovadora del Estado. El ejecutivo, ya sea en el área nacional, estatal o municipal, debe responder más directamente al control del parlamento y de las organizaciones populares.

Cuando el ejecutivo o el parlamento promueven o sugiere una legislación tendrá que oír las fuerzas sociales en ella envueltas.

Cuando el ejecutivo parte para la acción, tendrá que contar sistemáticamente con esas fuerzas para disminuir sus costos, aumentar su eficiencia y vincularse más directamente con la sociedad civil.

Sin querer eliminar los técnicos y profesionales del Estado, es necesario disminuir al máximo la burocracia estatal que distancia el Estado del pueblo apoyándose en él para realizar su gestión. Solamente así podemos hablar realmente de democracia participativa.

Lo mismo debe ocurrir con la acción de Estado en el plano económico-social que debe realizarse a través de la planificación.

Esta, con todo, tiene que hacerse a partir de la experiencia concreta de las unidades de producción. Los organismos de planificación deben coordinar esas experiencias e integrarlas en los principios generales del gobierno que representa el conjunto de la nación.

El concepto de democracia no se limita pues a las libertades democráticas que representan un derecho cada vez más reconocido de los ciudadanos.

Hoy nos referimos a los derechos humanos en un sentido amplio: los derechos personales de libre expresión, traslado y defensa, pero también los derechos al trabajo, la alimentación, la salud, la educación y la vivienda en condiciones dignas, el derecho de asociación, de información, el derecho a sus creencias, a la cultura autóctona, la identidad lingüística nacional, etc. El concepto de democracia se aproxima así cada vez más a la consciencia del carácter eminentemente social del individuo. Ya no concebimos más aquella idea del liberalismo clásico como el individuo posesivo en relación directa y abstracta con los otros individuos.

El derecho moderno reconoce la existencia de los pueblos, de las clases, de los grupos sociales, de las naciones, de las unidades culturales. Y ve en el individuo una síntesis única de esas realidades complejas.

Lo que defendemos como socialistas –que cada vez más encarnan el derecho y los ideales contemporáneos– es pues el individuo concreto con sus complejas relaciones sociales.

No nos interesa defender al individuo capitalista con sus derechos a la conquista de la riqueza a costa de la explotación y dominación de la mayoría abrumadora de los otros individuos desposeídos y sin derecho de defenderse.

El liberalismo burgués que asocia las libertades democráticas a la libre propiedad y al individualismo posesivo está hoy históricamente superado por un nuevo derecho y una nueva filosofía inspirados por el movimiento socialista mundial.

Hoy, en Brasil, aquellos que apoyaron, armaron y sustentaron la dictadura militar -los grandes capitalistas nacionales y extranjeros- quieren reivindicar una democracia liberal donde el derecho de propiedad se coloca por encima de los derechos humanos. Ellos buscan presentarse como los "campeones" de la democracia para intentar identificar democracia y libre empresa.

Este debate entre la democracia verdadera y el formalismo democrático liberal está apenas comenzando en el Brasil de la apertura. La lucha política y la lucha ideológica se desarrollarán en nuevos debates y nuevos enfrentamientos. La bandera de la democracia pertenece al pueblo. El gobierno del pueblo no podrá dejarse reducir por las artimañas ideológicas y jurídicas de una oligarquía de grandes capitalistas que recurrieron a la dictadura sanguinaria cuando les fue útil y que quieren manipular los sentimientos democráticos del pueblo brasileño que tanto sufrió con el reino desenfrenado del gran capital.

IV. ¿Cómo se implantará el socialismo en Brasil?

Cuando hablamos de la experiencia histórica del socialismo debemos distinguir dos tipos de fenómenos: a) la instauración de Estados y regímenes socioeconómicos socialistas, que se basan en la propiedad colectiva de los medios de producción (aunque combinada con otras formas de propiedad necesariamente minoritarias) y en la economía planificada –aun cuando sobrevivan relaciones mercantes en muchos sectores de la economía; b) la creación de gobiernos socialistas que, sin modificar el carácter del Estado y de la economía capitalista, imponen normas de política económica y de convivencia sociopolítica más avanzadas.

De hecho, la historia moderna conoce fenómenos de gobiernos socialistas (si bien la mayor parte de las veces en coalición con otras fuerzas políticas) desde el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando llegaron al gobierno los partidos socialdemócratas europeos, en Alemania, en Austria y en Inglaterra. En la década de los 30 se formaron gobiernos con participación socialista en España y en Francia e incluso en Chile, con el Frente Popular.

Estos gobiernos fueron depuestos del poder de manera legal o violenta. Después de la Segunda Guerra Mundial se formaron nuevamente gobiernos con participación socialista en Francia y en Italia (en estos casos con la participación incluso de los comunistas) y otros países. Otra vez, una onda de conservadurismo, asociada a la guerra fría y a la consolidación del capitalismo monopolista de Estado de la posguerra, provocó la caída de esos gobiernos. Ninguno de estos gobiernos socialistas pretendía modificar el carácter de la economía y del Estado para implantar de inmediato un régimen socialista sus programas de gobierno se limitaban a objetivos democráticos y sociales dentro del capitalismo.

Pero fue en 1973, en el Chile de Salvador Allende que se formó por primera vez un gobierno bajo la hegemonía socialista que pretendía implantar de forma democrática las relaciones de producción socialistas. En todos los casos anteriores, los socialistas se contentaban con apoyar objetivos liberales y realizar reformas liberales. A pesar de la derrota de la experiencia chilena por la fuerza militar, en la década de los 80, resurge el ideal de una vía socialista pacífica en Francia, en Grecia y en parte de Suecia.⁴ En estos países, los socialistas

⁴ En España, Portugal, Austria y otros países, donde existen o existieron (como en Alemania) gobiernos de orientación socialista, no se pretende programáticamente implantar un régimen económico-social de carácter socialista. Partidos como el laborista Inglés incorporaron en su programa el objetivo socialista, pero no se encontraron en el poder después de esa decisión.

llegan al gobierno como mayoría y con el objetivo declarado de iniciar un proceso de transición para implementar una economía, una sociedad, un Estado y una cultura socialistas. Esta es una experiencia única en la historia después de que el proceso chileno fuera ahogado por las botas de la reacción golpista y fascista.

El desafío de una transición democrática hacia el socialismo sólo surgió como práctica política en nuestros tiempos porque es un resultado histórico de la evolución del movimiento socialista mundial. Por un lado se reconoce la fuerza creciente de los países ya socialistas, pero, por otro, se detectan las limitaciones de la experiencia socialista debido al atraso económico de que partirían estos países y a causa de los desgastes inevitables de las guerras civiles y del enfrentamiento permanente y sistemático con el sistema mundial imperialista. Se desarrolló a nivel mundial una percepción creciente de la necesidad de iniciar experiencias socialistas que no tenían que pasar por esas limitaciones, que fueron necesarias en otros periodos históricos pero que se hacen en nuestros días cada vez menos obligatorios, debido a la acentuación de la crisis del capitalismo, al fortalecimiento de los movimientos obreros y de liberación nacional, y, como vimos, del campo socialista.

La idea de una democracia socialista donde los aspectos democráticos sean más claramente resaltados y donde no sea necesario imponer de forma violenta las transformaciones sociales que permitirán avanzar a una transición al socialismo se viene cristalizando cada vez más nítidamente en la conciencia de los pueblos.

Tal vez sea una pretensión vana de los trabajadores brasileños intentar alcanzar formas de convivencia humana y resultados prácticos más avanzados de lo que sus predecesores históricos tanto lucharon y tanto sufrieron para crear las cualidades socialistas actuales, aunque no pudiesen darles la forma pura que les gustaría. Pero es una pretensión nacida y fundada en la evolución histórica. Se basa en la idea de que el socialismo en el mundo es una fuerza ya tan poderosa que las clases dominantes actuales no podrían oponerse a ella por la violencia. De esa forma se dispensaron las nuevas transformaciones revolucionarias de recurrir a formas de violencia para implantar su Estado democrático.

Se trata por lo tanto, de la creación de una oportunidad histórica que ahorrará enormes sufrimientos a la humanidad y que deberá ser explorada hasta sus últimas consecuencias.

El ritmo de la revolución es dado por la contrarrevolución. El recurso de la violencia institucional por parte de las clases dominantes brasileñas en 1964 creó un callejón sin salida en el país que perduró hasta 1973, cuando el peligro de un enfrentamiento armado de grandes proporciones estaba latente. A partir de ese año, a través de la "apertura política", se fueron creando los mecanismos de una participación democrática de las

fuerzas populares. Mecanismos que no llegaron aún a crear un Estado de derecho y democrático pero que ya abrieron espacios enormes de organización y libre manifestación de pensamiento.

En las condiciones democráticas que se vienen creando es cada vez más posible pensar en la organización legal de un amplio movimiento socialista que por cierto ya existe de facto y que tiene en el Partido Democrático Laborista su defensor más consecuente y sistemático. La victoria de Leonel Brizola como gobernador de Rio de Janeiro abre una nueva etapa política en el país. Llega así al gobierno de un Estado un gobernador de orientación socialista, aunque sin saber de la autoridad sobre las normas y leyes que lo rigen, y mucho menos del poder a nivel nacional.

Su programa de gobierno no pretende, evidentemente, instaurar una economía socialista en un solo Estado de la federación. Este se propone sobre todo realizar medidas de emergencia que corrijan las violentas contradicciones sociales sumidas en 19 años de autoritarismo y dominio absoluto de las empresas multinacionales y de los tecnócratas civiles o militares sobre el aparato de Estado.

El objetivo de ese tipo de gobierno es pues, colocar al pueblo en la ofensiva. Lo organiza para resolver directamente sus problemas con el auxilio del aparato estatal que busca aproximarse lo más posible a las formas de organización popular, como a las asociaciones profesionales y a las formas culturales del propio pueblo.

Esta experiencia parece haber caído como un rayo en una noche de luna. Sin embargo, es el resultado de la madurez progresiva de la conciencia popular brasileña en aquél Estado donde asumió sus formas políticas más avanzadas. De esa manera podemos esperar que los acontecimientos que ahí se desarrollaron tuvieran un carácter paradigmático y anticiparan de cierta manera, parte de los problemas que se plantearan a un gobierno socialista electo mayoritariamente por el pueblo brasileño cuando conquistara las elecciones directas.

Un gobierno de ese tipo colocará pues una serie de problemas que deberán ser resueltos por la creatividad de nuestro pueblo y de su liderazgo político en un proceso complejo que aún está por hacerse y cuyas etapas ya señalamos anteriormente y retomamos aquí:

- 1) Este gobierno tendrá que tomar las medidas de emergencia que atenúen la pobreza absoluta y las violentas contradicciones sociales derivadas de la distribución negativa de la renta. Se trata de impedir que sea llevada a las enfermedades y a la deformación mental una generación entera de niños hambrientos sin padres, y sin hogar que forman la gran mayoría de nuestra infancia y juventud. Tendrán que tomarse pues medidas de urgencia que reorienten drásticamente los presupuestos públicos en el sentido de dar

alimentación, salud, vivienda, escuela y empleo para esas enormes masas y que enfrenten la corrupción que corroe el aparato estatal.

- 2) En seguida, con las fuerzas adquiridas en la fase anterior, deberá iniciarse una política de reformas estructurales que liquiden el dominio del latifundio y de los monopolios internacionales y nacionales sobre nuestras riquezas naturales y sobre nuestra economía.
- 3) Inmediatamente a la par de las medidas anteriores, destinadas a destruir las bases del capitalismo dependiente, tomará las medidas necesarias para reorientar el carácter del desarrollo económico y social. En este sentido, deberá dirigirlo a la atención del mercado interno y de las necesidades fundamentales de nuestro pueblo, apoyándose en formas de propiedades sociales que impongan los principios de la planificación sobre el reino absoluto del lucro, del consumismo y del mercado que hoy nos someten.
- 4) Organizará y concientizará al pueblo para el avance progresivo por esas tres etapas anteriores, haciendo que el poder repose cada vez más en la iniciativa económica, social, cultural y política del propio pueblo trabajador brasileño, base y fuente inagotable de ese programa de transformaciones.

Con una población atendida en sus necesidades fundamentales, aun precariamente, con las reformas estructurales que desarticularían las bases económicas de los grandes monopolios y del latifundio, con una reorientación de carácter de desarrollo económico a favor de la planificación de la economía y con una reorganización del pueblo para asumir el control directo sobre el Estado, estarán colocadas las bases para una transición al socialismo.

Sería muy ilusorio pensar que podríamos alcanzar todos esos cambios fundamentales sin profundos enfrentamientos y discontinuidades. Con todo, dependerá sobre todo, de las fuerzas populares que se unan, de su conciencia y voluntad de llevar adelante esas transformaciones, de su claridad programática y su capacidad organizativa.

Todos estos factores son aún insuficientes en el momento actual, pero podemos confiar en los verdaderos saltos ideológicos y organizativos que se producen con las victorias parciales de la lucha democrática. La elección de Leonel Brizola, por ejemplo, produjo un verdadero salto en la conciencia y en la organización del pueblo de Rio de Janeiro, elevándolo a una nueva etapa política.

Debemos confiar en que lo mismo pueda ocurrir a nivel nacional con la conquista del voto directo y la elección de un presidente de la República decididamente socialista.

Brasil es un país joven, sin atrasos ideológicos, sin doctrinas estrictas. Nuestro pueblo no tiene por qué apegarse a ninguna doctrina conservadora o liberal que no se enfoque en sus dramáticos problemas.

Ninguna puerta debe ser cerrada a un pueblo así, lleno de futuro. Alimentado, saludable, bien abrigado, escolarizado, con su trabajo garantizado, nuestro pueblo dará un verdadero salto organizativo y doctrinario. No permitirá ningún retroceso de esas conquistas y apoyará hasta el heroísmo las medidas que aseguren esas conquistas básicas.

Dependerá de las clases dominantes actuales abrir caminos a esas transformaciones u oponerse a ellas por la violencia tal como lo hicieron en 1964. Cuando mayor sea su resistencia, mayor será la contradicción entre las ansias populares reprimidas y el estado actual de las cosas.

Las fuerzas reaccionarias recurren siempre a la violencia sobre las masas como forma final de sobrevivencia. Sería absurdo engañar a nuestro pueblo en cuanto a esta realidad y a los inmensos intereses que serán perjudicados por las transformaciones arriba señaladas.

Pero las fuerzas del futuro no deben ni pueden aceptar provocaciones y desanimarse delante de sus tareas. La prisa y el aventurarse pueden poner en riesgo años de trabajo pacientemente acumulado.

El pueblo brasileño, sus líderes más consientes, sus organizaciones de masa y sus partidos quieren y lucharán por un camino de transformaciones democráticas en unísono con los cambios de nuestro tiempo en todo el mundo.

Nada lo hará desistir de esas metas que son cada vez más claras en su conciencia. Como dice el Gobernador Leonel Brizola: nuestros objetivos y métodos son pacíficos y democráticos, "pero solo Dios sabe nuestra determinación".

V. El partido como embrión del nuevo estado

No basta tomar conciencia de la necesidad y de la posibilidad de organizar una sociedad socialista para que ésta surja. Es necesario que la voluntad colectiva, que aspira a la constitución de esa nueva forma social, se organice para transformarla en realidad. Esto significa que las fuerzas favorables a la institución del socialismo deben unificarse bajo un comando centralizado, con una clara definición programática de sus objetivos y con una disposición y acción consecuentes en el sentido de la realización de los mismos.

Esta fuerza conscientizadora, organizadora, disciplinadora y actuante es el partido político popular y socialista que se viene constituyendo en Brasil a través de un complejo proceso histórico que tiene como núcleo más consciente y decidido el Partido Democrático Laborista, único partido que se declaró programáticamente por el socialismo en Brasil y que viene convocando sistemáticamente el conjunto de las fuerzas laboristas, populares y socialistas del país para unificarse en un solo partido.

Este partido será un órgano de las clases populares para obtener determinados resultados. Su objetivo principal es llegar al poder e instituir un conjunto de transformaciones en la sociedad para crear las condiciones de una transición al socialismo en Brasil.

Para cumplir este papel, el partido socialista deberá ser antes que nada un embrión de las futuras relaciones socialistas que pretenda desarrollar a nivel de toda la sociedad.

En este sentido, la primera característica del partido internamente es el ejercicio de la democracia socialista en su práctica cotidiana. Esta práctica exige una gran apertura en el debate y en la exposición de ideas de todos los militantes para el encauzamiento de sus resoluciones. Pero, tomadas las resoluciones por los organismos partidarios, toda la militancia debe concentrar disciplinadamente sus fuerzas en la obtención de los objetivos partidarios.

De ahí la importancia del funcionamiento regular y democrático de los organismos partidarios. Desde la organización de base en los locales de vivienda y trabajo hasta los congresos regionales, estatales y nacionales, el partido debe vivir un clima de amplio debate entre sus militantes.

Pero esta democracia no debe asumir formas de discusiones demasiado rígidas y burocráticas en un país de mayoría de analfabetos. Es necesario permitir que se manifieste la base más pobre y menos disciplinada del

partido, permitiendo a veces un clima de asamblea y hasta de fiesta en muchas reuniones de partido. Brasil no es Europa y aquí no es lugar de normas rígidas de comportamiento.

La prueba de enraizamiento popular del partido deberá ser dada por la participación popular en sus reuniones. Si no hubiera en ellas una mayoría de negros y mulatos que forman la mayoría de nuestro pueblo, podemos desconfiar de que estemos produciendo comportamientos elitistas bajo el disfraz de formas democráticas de funcionamiento y objetivos socialistas.

El test de participación de estos sectores realmente populares es definitivo en un país donde los grupos de izquierda intelectuales se multiplicaron en nuestra historia intentando representar a nuestros trabajadores sin conseguir siquiera dialogar medianamente con ellos.

Este test es también definitivo en un país donde la población negra y mulata fue excluida sistemáticamente de nuestras escuelas y de manera definitiva de nuestras universidades. Si el partido no encuentra mecanismos de funcionamiento capaces de dejarlo permearse por esas masas despreciadas y marginadas, no podemos creer en su sinceridad democrática y eficiencia política.

Es necesario tener cuidado también con ciertas concepciones de partido que pretenden una cartesiana y racional separación entre la vida política y la cultura popular, entre las actividades políticas y las otras dimensiones de la vida cotidiana de nuestro pueblo.

El ciudadano socialista tiene también su religión, su familia, su club deportivo, su escuela de samba su empleo, su lugar de estudio, su asociación de barrio, su sindicato, etc. El partido no puede de ninguna manera separarlo de esa vida cotidiana como es inevitable en ciertas concepciones de militancia política muy comunes en nuestros medios de izquierda. Una militancia de 24 horas diarias girando en torno a un reducido grupo de iniciados y sus simpatizantes.

El militante socialista deberá aprender a integrar sus objetivos históricos socialistas con esa vida cotidiana y llevar hacia dentro del partido la riqueza de las relaciones humanas, culturales y sociales. Solamente ese enfoque permitirá crear un partido socialista humano, capaz de enraizar profundamente en la conciencia y en la vida cotidiana de las masas brasileñas.

Esto conduce también a una mayor comprensión de la disciplina partidaria. El militante no es una pieza anónima de la maquina partidaria. Él es un jefe de familia, un presidente de club, un trabajador responsable del campo y de la ciudad, un profesional honesto, un militante sindical, un dirigente de barrio, un individuo

importante en la vida social. El partido deberá respetar su papel en la sociedad. La disciplina partidaria deberá distinguir al militante y prestigiar su actuación partidaria y extrapartidaria.

En ese sentido la disciplina y la vida militante impregnan el conjunto de la personalidad del individuo. Pasa a ser parte intrínseca de su vida. El partido estará presente en su nacimiento, en su profesión, en su muerte.

En cuanto la familia pequeñoburguesa, ésta viene sufriendo una tremenda disgregación, como resultado de la modernización capitalista de nuestra sociedad, la familia trabajadora y de menores recursos busca mantener a toda costa su unidad en torno del padre de familia o de la madre que es en muchos casos el sustento del núcleo familiar.

Confundir el socialismo con las conductas disgregadoras de esa familia es un verdadero crimen que se practica muy constantemente en nombre de la modernidad, de la libertad y de una "comunidad" que terminará exponiendo totalmente los trabajadores al dominio de los patrones, de los medios de comunicación del sistema, del consumismo desenfrenado, de los traficantes de droga, etc.

El socialismo no tiene porqué asumir un aire modernizador irresponsable. El laborismo, como movimiento de profundos orígenes populares, y el socialismo como evolución histórica de la conciencia de nuestro pueblo trabajador se implanta firmemente en el núcleo familiar y lo refuerza como instrumento necesario de defensa de los trabajadores contra una modernización burguesa desintegradora y libertina.

No se trata evidentemente de reforzar las conductas tradicionales contra la liberación de la mujer, por la sumisión de los niños y jóvenes a los países y a veces a su explotación familiar. Se trata de crear condiciones para que el núcleo familiar del trabajador sea preservado dentro de una visión democrática de desarrollo familiar, adaptando las condiciones generales de liberación de la mujer, de los niños, de los jóvenes. Pero que respete también el papel de los ancianos hoy totalmente marginalizados por la cultura de masas y que debe ser rescatado por la familia laborista y socialista.

La cuestión familiar debe ser tal vez el ejemplo más claro, y por esto nos alargamos en el, para demostrar el papel profundo que tiene la reorganización partidaria, con sus valores de comportamiento humano, su doctrina de vida social y política, su organización y atención a la militancia, en la creación de una sociedad futura donde esas relaciones comunitarias y humanas preponderan en toda la sociedad.

El partido pretende así inspirar muchos momentos de la vida cotidiana de los trabajadores sin pretender sin embargo, imponerles moldes y modelos de comportamiento rígido. Por el contrario, el partido debe enriquecerse con la experiencia amplia y diversificada de sus militantes para no caer en el sectarismo, en el aventurerismo y en otros desvíos propios de las sectas encerradas en sí mismas.

Así por ejemplo, la relación del partido con instituciones de clase como los sindicatos no pretende ser nunca de utilización de éstos al servicio de los objetivos partidarios. Por el contrario, debe respetar la multiplicidad de fuerzas ideológicas y políticas que componen la vida sindical y procuran llevar hacia dentro de la actividad política las legítimas reivindicaciones de los trabajadores.

Esta concepción abierta y dinámica de la vida partidaria se viene forjando con el propio enriquecimiento de la experiencia histórica de la clase trabajadora que no pretende solamente subsistir a algunos aspectos secundarios del mundo capitalista sino realizar una profunda y radical modificación de las formas de convivencia humana, de manera que elimine de la realidad social la explotación del hombre por el hombre.

El partido que resulte de la articulación de las experiencias múltiples y diversificadas del mundo trabajador brasileño, de su intelectualidad y de sus abnegados y sufridos militantes será por lo tanto una organización capaz de actuar bajo un comando unificado y de disciplinar toda la riqueza acumulada en varios años de luchas fracasos y victorias.

El partido socialista nacerá (con este u otro nombre) del esfuerzo consciente de los liderazgos políticos, de clase y de los movimientos populares en unísono con las aspiraciones y la voluntad de las grandes masas del país.

Al mismo tiempo, éste será el coronamiento de un debate ideológico y de un esfuerzo de interpretación de la realidad brasileña que viene acumulándose a través del estudio y de la reflexión de dos generaciones por lo menos, de intelectuales de izquierda de Brasil.

En él deben converger varias experiencias político-ideológicas. Primeramente los socialistas que hoy se autocritican por no tener comprendido en 1945 la especificidad del fenómeno del laborismo, como canal de manifestación de las aspiraciones de las nuevas masas trabajadoras generadas por la industrialización.

En seguida, los propios laboristas que cada día comprenden más las limitaciones del proyecto de un capitalismo nacional y democrático se convencen de que el socialismo es el único camino para la solución de los grandes problemas nacionales.

También desembocaron en este nuevo partido varias corrientes del antiguo partido comunista que comprenden cada vez más el error que representó una propuesta partidaria artificial, deducida de principios teóricos cuestionables, pues el marxismo no puede identificarse con una fórmula rígida de organización partidaria, independiente de las condiciones socioeconómicas en que surge.

Las corrientes marxistas independientes, cansadas de su estéril aislamiento de las masas, también van progresivamente aproximándose a una experiencia partidaria nueva que refleja nuestro pueblo.

Las fuerzas cristianas iniciaron una autocrítica –aún no completamente formulada- de sus compromisos en el golpe de 1964 y buscan unirse a las grandes filas de las aspiraciones populares. Teórica y prácticamente elaboran un discurso político que deberá conducir a la mayoría de sus seguidores a un partido popular y socialista de masas.

La convergencia de todas esas tendencias ideológicas y fuerzas políticas necesita tiempo para madurar. Hay un principio que debe regir su movimiento en la dirección de una superación de sus defectos: el deseo de unidad y el sentido autocrítico.

El partido de la revolución socialista brasileña será por lo tanto –como todos los partidos auténticamente enraizados en la masa- un hecho histórico único. Un producto de nuevas experiencias, reflexiones y prácticas.

Estamos aun en el comienzo de esa marcha y este libro pretende solamente apuntar algunas ideas básicas en este sentido. En la próxima parte discutiremos otra condición fundamental de esta unidad político-ideológica de las fuerzas populares: la necesidad de formular con el máximo de objetividad un programa de transición al socialismo que articule los objetivos a alcanzar, las etapas de lucha y los mecanismos a ser desarrollados para llegar al Brasil Socialista de nuestros sueños.

Tercera parte

El programa de transición al socialismo

I. La crisis del modelo económico

Brasil vive hoy una de las crisis más profundas de su historia. Depresión económica, inflación superior al cien por ciento, falta de fondos para pagar la deuda externa, desempleo, etc., generan una profunda inquietud social cuyos desdoblamientos serán inevitablemente graves.

Esta situación es un producto directo del tipo de modelo económico que se implementó en el país como resultado del triunfo de las fuerzas conservadoras, entreguistas y oligárquicas, obtenido a través del golpe de estado de 1964. Vimos ya en el capítulo II de la parte II las características de este modelo entreguista, concentrador, marginalizador y excluyente. En el presente capítulo cabe profundizar el análisis de la crisis que hundió al país como consecuencia de las concentraciones económico-sociales generadas por este modelo.

La crisis actual es consecuencia de los siguientes factores:

1) El carácter entreguista del modelo económico que llevó al país a una intensificación de las relaciones de dependencia de tecnología, del financiamiento y del mercado internacionales.

La dependencia tecnológica deprimió la dinámica creadora de la ciencia y tecnología nacionales, consideradas siempre atrasadas en relación a las últimas novedades tecnológicas de los países líderes en el capitalismo internacional. Nuestra industria mecánica en pleno florecimiento en el comienzo de la década de los 60 sufrió una fuerte competencia de importación de maquinarias de las empresas multinacionales; industrias ya representativas como la confección, la electrónica, la química y la farmacéutica se vieron sustituidas por la entrada masiva de productos competitivos y sobre todo por el comercio intrafirma practicado por las multinacionales. La comunidad científica que se consolidaba en el país se vio reprimida por la barbarie fascistoide, perseguida y exiliada. Los valores culturales nacionales en pleno florecimiento fueron avasallados por un pro-americanismo que se consolidó en un liberalismo tecnocrático totalmente distinto de las grandes realidades sociales y culturales del país.

Fueron años de atraso y barbarie intelectual disfrazados bajo la forma agresiva de una modernización falsamente científica y racionalista. El país parecía modernizarse y desarrollarse tecnológicamente cuando en realidad estaba perdiendo su fuerza e impulso propio de desarrollo científico y tecnológico. Pues es más importante dominar una tecnología más atrasada en su conjunto desde su creación hasta sus últimas implicaciones que utilizar una tecnología avanzada solamente en sus fases finales y en sus aplicaciones sin poder dominar su creación.

Además se rompe un proceso evolutivo vuelto a la atención del mercado interno, al uso de los materiales nacionales y al planeamiento –aun incipiente– del desarrollo brasileño. Al preferir el camino más corto de la importación indiscriminada de tecnologías, bajo el comando del capital internacional, se destruye la capacidad autónoma de generar tecnologías, adaptarlas y recrearlas en función de la realidad vivida por la mayoría de la población.

Este modelo tecnológico favorecía los productos sofisticados consumidos por la minoría de altos ingresos que hacían más profunda la dependencia tecnológica, articulándose en un solo estilo de desarrollo los intereses del capital internacional, de gran capital y de las capas medias de altos salarios, profesionales y técnicos asalariados o autónomos. Según el pensamiento oficial, poco importaba el costo social y nacional de esta política, pues, con el tiempo, algunas de sus migajas llegarían hasta las grandes masas excluidas de la misma y esto permitiría apaciguar sus frustraciones.

Se montaron esquemas de financiamiento que permitieron atender el consumismo inyectado en las clases más favorecidas y se estimuló este virus incluso en amplios sectores de las masas. No se puede ocultar indefinidamente el carácter inflacionario de tal política que presiona el sistema financiero y lleva a la emisión desatada. Sin hablar de los altos costos sociales de un sistema que paga altos salarios a nuestra inteligencia para que se dedique a la tarea embrutecedora de convencer a las masas a consumir desenfrenadamente los productos más nocivos para su salud, a la racionalización de su presupuesto doméstico y a su nivel de vida en general.

Al mismo tiempo, la importación indiscriminada de tecnología tiene efectos devastadores en nuestra balanza de pagos con el exterior. Altos pagos de “royalties”, marcas y servicios técnicos representan un pequeño porcentaje de las enormes remesas de lucros hechas directamente o a través de mecanismos indirectos como la sobrefacturación de productos importados de las matrices de las firmas multinacionales aquí instaladas con el pretexto de traer tecnología al país.

Inflación y “déficit” cambiario fueron pues dos resultados inmediatos de la política de importación indiscriminada y preferencial de tecnología del exterior. Depresión de las industrias básicas nacionales, alienación y bajos estímulos a la comunidad científica nacional fueron sus efectos más a largo plazo. Modernización artificial y abandono de los valores nacionales, desintegración de la economía impidiendo la formulación de un plano coherente de desarrollo fueron, por fin, los efectos finales. Este conjunto de resultados está en la raíz de la crisis violenta que vive nuestro país hoy en día.

Es necesario poner atención al hecho de que esta política de dependencia de la economía internacional aumentó la vulnerabilidad de nuestro país al comercio internacional que entra en crisis desde 1967, pero que sólo nos afecta fuertemente después de 1973, con la crisis generada por el aumento de los precios del petróleo y la inflación de petrodólares en el mercado financiero mundial. Obligados a aumentar nuestras exportaciones para detener en parte el déficit de nuestra balanza de pagos, fuimos llevados paradójicamente a aumentar ese "déficit" en la medida en que se elevaban cada año los pagos de amortizaciones e intereses de los préstamos anteriores hasta hacernos llegar a la situación de insolvencia en que nos encontramos.

2) El carácter concentrador de ese modelo ya analizado anteriormente es directamente responsable por la inflación en que nos encontramos. La concentración económica favoreció la aparición de importantes excedentes financieros en las manos de una pequeña capa de brasileños privilegiados que se convirtieron en especuladores, presionando nuestro mercado financiero y aumentando los sectores de la población dedicados a las actividades improductivas (pero altamente lucrativas) ligadas a la especulación financiera.

En un país donde es cada vez más compensador invertir o especular con el dinero que aplicarlo productivamente, el costo de las inversiones se eleva indefinidamente, aumentando el precio final de los productos, la búsqueda de altas tasas de ganancia y las acciones de intermediarios y especuladores de todo tipo.

La concentración económica favoreció también la política megalomaniaca de las grandes obras, inútiles y dispendiosas, en detrimento de las economías locales y de las inversiones sociales que desarrollan la fuerza productiva del hombre aumentando su capacidad de generar riquezas.

Para financiar esa política de desperdicio, fue siempre necesario recurrir o a la emisión de moneda o al endeudamiento en el exterior que a pesar de no tener ahí su principal fuente, tal como se suele decir, para ocultar el carácter especulativo del crecimiento brutal de la deuda externa, no deja de ser un factor de inflación de endeudamiento internacional.

La concentración económica favorece también a las grandes empresas que utilizan menos mano de obra por capital invertido. Este tipo de inversión termina por ocasionar una caída en la demanda de mano de obra, aumentando la tendencia al desempleo. Esto está asociado a la política de modernización artificial con las opciones tecnológicas más sofisticadas y más caras que atienden al consumo de las minorías privilegiadas. Se cruzan así, la política tecnológica con la política de estructuras industriales, de inversión y distribución de la renta que favorecen en su conjunto la inflación, el endeudamiento y las altas tasas de desempleo.

Estas tasas de desempleo se suman a las de subempleo que se ligan a su vez a las violentas transformaciones que se realizan en la agricultura como resultado de la penetración masiva del capitalismo en el campo.

La modernización desenfrenada, con el abandono de las culturas intensivas que exigen más mano de obra y de desarrollo de las grandes culturas extensivas, con poca utilización de la mano de obra, durante largos periodos en el año provocan una disolución de la agricultura campesina y de las formas agrícolas tradicionales, proyectando a las ciudades masas de desempleados rurales que ven presionar el empleo urbano.

La disolución de las culturas campesinas de autoconsumo abre en el interior rural a la penetración de los productos industriales incluso en el sector alimenticio, aumentando la dependencia del campo con la ciudad y liquidando culturas familiares, lo que lleva a la emigración de masas de campesinos.

De esa forma la economía capitalista dependiente desemplea mano de obra superada por la competencia de los productos modernos, y no la vuelve a emplear totalmente en las actividades modernas tal como ocurrió normalmente durante la fase de revolución agraria o modernización agrícola en las economías capitalistas dominantes y avanzadas.

La concentración de la producción y de la renta transforma a las masas liberadas de las formas arcaicas de producción en marginales, subempleadas y desempleadas en vez de convertirlas en fuerzas productivas superiores, educadas y capacitadas para realizar los servicios modernos que una economía equilibrada normalmente demandaría.

De esa forma, no se amplía dinámicamente el mercado interno sino que se crean puntos de estrangulamiento en varios aspectos cruciales de la economía, sobre todo aquellos ligados a la producción de masas que a su vez demandan maquinaria y materias primas de fácil generación con los medios técnicos y científicos nacionales.

Así pues, cada centavo de crecimiento de renta implica enormes inversiones en capital, en general obtenidos del exterior, y en contingentes relativamente restringidos de mano de obra semi-calificada.

El costo del desarrollo dependiente, concentrador y excluyente es pues muy alto y provoca una presión constante y acumulativa sobre el sector externo llevando al endeudamiento sobre las fuentes de financiamiento interno llevando a la inflación. Al mismo tiempo, esa presión termina por conducir a la crisis y a la depresión económica cuando se agotan las fuentes artificiales de sustento de un modelo de crecimiento extremadamente negativo y desequilibrado.

De esta forma, la inflación, el endeudamiento internacional, la especulación, el desempleo, las fuertes tensiones sociales derivadas de la distribución regresiva de la renta, todos estos fenómenos que forman la dinámica de la crisis económica actual, tienen su origen en el estilo de desarrollo implantado por los intereses del gran capital internacional, particularmente después de 1964, cuando estos intereses se impusieron por el golpe de estado al pueblo brasileño.

La primer tarea que enfrenta hoy el pueblo brasileño es la de realizar una política de emergencia nacional que permita contrarrestar los efectos más violentos de ese modelo y abrir camino a medidas más profundas y definitivas que permitan actuar sobre la propia esencia de la crisis.

Con todo, no podemos dejar de consignar las tareas inmediatas necesarias para impedir los efectos más drásticos del modelo económico en vigencia en el país. Una política socialista no puede saltarse esa realidad. Ésta tiene que comenzar desde el principio, es decir, desde las políticas de emergencia que permitan al enfermo generar las fuerzas mínimas para los próximos pasos en el sentido de las reformas estructurales y de las transformaciones más profundas que lleven a una transición para una sociedad diferente que entregue al pueblo brasileño los instrumentos para superar definitivamente la miseria, el analfabetismo, el atraso económico y tecnológico.

Como condición para esta política se destaca la eliminación de la sangría que representa el pago de los impuestos y servicios de la deuda externa. Una moratoria y la suspensión de esos pagos es pues la condición primera para ubicar lo que llamaríamos un programa de emergencia.

II. El programa de emergencia: Reversión de prioridades

Vimos cómo la política económica de gran capital condujo al país a una situación de calamidad pública. Provocó la deuda externa y la inevitable insolvencia del país, inflación desenfrenada que puede saltar a niveles inimaginables, depresión de la economía con la caída del producto nacional y sobre todo de la renta per cápita, desempleo llevado al paroxismo de una población ya golpeada por el subempleo, la más negativa distribución de la renta en el mundo, índices de pobreza absoluta de los más altos del continente. Este conjunto de calamidades llevan al pueblo brasileño a la más dramática situación de su historia.

Delante de esta situación cualquier gobierno que pretenda encaminar una solución hacia los problemas nacionales tendrá que tomar en primer lugar, medidas más profundas de reforma, un conjunto de medidas de emergencia que permita evitar los efectos más dramáticos de esta situación desesperante.

La esencia de una política de emergencia está en la reorientación de las prioridades de inversión estatal. Es necesario durante un periodo intermedio, reorientar drásticamente los gastos estatales, destinados en general a obras pretensivas de carácter faraónico, para el sector social. Esto significa privilegiar la educación, la salud, la habitación, la alimentación, el empleo, sectores deprimidos drásticamente en estos años de "milagro económico" y de "Brasil Gran Potencia".

El mayor capital es el hombre. Varios procesos históricos de desarrollo demostraron de manera enfática esta verdad. No hay desarrollo económico sin capacitación de la población, sin la atención de necesidades básicas del ciudadano y su integración en la sociedad productiva, creadora y consumidora de bienes, servicios y sobre todo, cultura.

En el fin del siglo XIX y en el comienzo del XX, la libre iniciativa, motor del capitalismo en su fase liberal, fue sustituida por la acción del Estado nacional. En el comienzo de la era imperialista se impusieron el proteccionismo alemán, japonés y ruso y la intervención estatal para la organización del mercado del trabajo, y de la educación de las masas pasó a ser junto con los monopolios y las empresas multinacionales, la fuerza motriz del desarrollo económico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo monopolista de Estado en los países dominantes, la planificación socialista en la Unión Soviética y las políticas estatales desarrollistas en el Tercer Mundo

pasaron a ser los marcos de la vida económica que se basaba cada vez más en la incorporación masiva del conocimiento científico a la producción.

No obstante, debido a la debilidad del movimiento popular de nuestro país y a la victoria política de las fuerzas conservadoras en el golpe de estado de 1964, la intervención del aparato estatal se enfocó casi exclusivamente a las inversiones basadas en la importación de tecnología del exterior o de grandes obras con el objeto de inducir la aplicación masiva de capitales.

En consecuencia, el sector educacional fue relegado a segundo plano cayendo la inversión pública del sector de cerca del 12 % en el gobierno de João Goulart para 4% en la década de los 70. Se trata ahora no sólo de restablecer un porcentaje de 12% sino incluso de elevar la participación de los gastos educacionales a aproximadamente 20% del presupuesto público nacional, estatal y municipal.

La educación es en sí misma una inversión de alta remuneración ya sea por los efectos secundarios de los salarios de profesores que forman una clase media con buena capacidad de consumo, sin las exageraciones de la alta clase media, sea por los gastos estatales en alimentación para los alumnos, necesidad fundamental para garantizar su capacidad escolar y encaminar la solución del problema gigantesco de las masas de niños abandonados y mal alimentados, sea aun por las inversiones en construcción escolar y en otras inversiones fijas que pueden perfectamente ser atendidas por la industria nacional y local.

Es innecesario señalar más ampliamente los efectos de la educación en la elevación de la capacidad productiva del pueblo. Sobre todo si la escuela se dirige más efectivamente hacia la integración entre la formación intelectual y la formación profesional, desde el principio.

De esta forma, podemos esperar que nuestro proletariado pueda alcanzar por lo menos la educación primaria completa, y comenzar a ingresar a la secundaria y educación media superior un sector mayor de trabajadores.

Esto elevaría la calificación general de nuestra mano de obra asalariada y abrirá mejores posibilidades para el trabajador autónomo y pequeño propietario o artesano, que en los días de hoy es aun un semi-analfabeto.

La falta de capacitación impide el desarrollo de la pequeña empresa, de las cooperativas y otras formas de asociación y la libre iniciativa creadora de los millones de brasileños hoy relegados a la subocupación en un país de fronteras en expansión, con tierras a ser colonizadas e inmensas necesidades y posibilidades de consumo que se harían realidad en el momento en que esa masa hoy incapacitada se prepare para ser productiva.

Es necesario recordar que una escuela de tiempo completo que comience en las guarderías, en la educación preescolar y se complete en el sistema escolar formal, primario y secundario, será también una fuente de civismo e incorporación del hombre brasileño en un comportamiento de ciudadano democrático, acostumbrado a las formas asociativas de convivencia.

La alianza entre una formación intelectual bien orientada, una capacitación profesional adecuada y una educación civil democrática y asociativa dará al país un potencial muchas veces mayor al que posee en la actualidad.

De esta forma, lo que es medida de emergencia en el sentido de garantizar una educación para las masas de niños abandonados, hoy predominantes como consecuencia del modelo concentrador, marginalizador y excluyente, pasará a ser en seguida, con su institucionalización y perfeccionamiento, una fuente de estímulo al desarrollo económico y social del país, capaz de elevarlo a un nuevo aterrizaje de civilidad y desarrollo económico.

Si la educación cumple este papel ordenador y estimulador para la solución de los graves problemas sociales que vivimos, el sistema de salud tiene también un papel privilegiado a representar en la recuperación de nuestro pueblo. No podemos con todo, entender la salud como el resultado solamente de la atención médica y hospitalaria.

La mayor parte de las muertes de nuestros hijos que nos coloca entre las mayores tasas de mortalidad infantil del mundo viene de docenas endémicas generadas por las pésimas condiciones sanitarias y alimentarias de nuestro pueblo.

Por lo tanto, la prioridad para una política de salud comenzará por un programa de sanidad pública que debe ocupar una parte fundamental de presupuesto de construcciones y obras públicas del Estado.

Al mismo tiempo, la educación sanitaria que comenzará en las guarderías, preprimarias y escuelas deberá llegar hasta los barrios populares y nuestras poblaciones rurales, utilizando medios como la televisión, hoy dedicada a enseñar comportamientos de consumo de clase media alta y de una población que mal puede sobrevivir a la falta de higiene, debido a la carencia alimentaria y al analfabetismo.

Es necesario pues, movilizar a la población en la defensa de su salud, haciendo llegar hasta cada barrio popular y en el interior por lo menos una estación de salud que sea capaz de realizar una selección para un sistema hospitalario hoy abandonado y criminalmente convertido en una fuente de ganancias gigantescas a

costa de bajos gastos de instalación y funcionamiento. Lo que no impide sin embargo, que por razones de prestigio, estemos llenos de hospitales con aparatos sofisticados importados inútilmente en un país donde no se dispone de condiciones sanitarias mínimas.

Es evidente, pues, que será necesario combinar un avanzado sistema de medicina socializado, sobre todo en lo que respecta al sistema hospitalario y sanitario con incentivo al médico autónomo que vaya hasta las regiones más distantes y cubra los vacíos y especialidades que no puedan hacer parte de la red estatal, debido a sus prioridades inevitables a favor de las grandes concentraciones de enfermedades que afectan a las mayorías.

La socialización de la medicina afectará inevitablemente a la industria farmacéutica hoy dominada por una cantidad excesiva de marcas super publicitadas y muchas veces nocivas que tienen como base en general un mismo producto.

En vez de inducir al pueblo a estos gastos exagerados con remedios inútiles y caros, en su mayoría fabricados por multinacionales que remiten enormes pagos de royalties, patentes y lucros para el exterior, un sistema hospitalario y de atención médica sería deberá combinarse con una industria farmacéutica basada en una lista de remedios básicos sin los enormes gastos de presentación, marketing y propaganda, que representan hoy aproximadamente 80% del costo de los remedios que nuestro pueblo no puede pagar.

Es también evidente que la vivienda en condiciones sanitarias adecuadas se liga de inmediato a la cuestión de salud pública antes señalada. La política habitacional del Estado tiene que combinar el aprovechamiento de materiales de construcción locales en el interior del país con las formas más eficientes de prefabricación en las grandes concentraciones urbanas.

Pero el sistema de construcciones no puede reducirse a la vivienda estricta y vergonzosa de las actuales casas populares. Tiene que haber un espacio para el crecimiento de la familia, del trabajador, del plantío de huertos y flores, y sobre todo una infraestructura sanitaria, de servicios públicos y de ocio.

La dificultad de realizar esas necesidades hoy en día, resulta de la enorme especulación con la tierra, particularmente la corrupción en la compra de áreas para las construcciones públicas que pagan precios mucho más altos que la media del mercado. Sin hablar de las mil formas de corrupción durante el proceso de construcción y de compras de materiales.

En una administración pública moralizada será posible abaratar significativamente el precio de la construcción. En una administración que combata la especulación con la tierra y la corrupción será plenamente posible aumentar muchas veces el volumen de construcción y al mismo tiempo disminuir su precio, con una mejor calidad de las mismas.

La alimentación es una cuestión central que se articula en primer lugar con el combate al monopolio de los extranjeros que elevan muchas veces el precio de los productos alimenticios.

Al lado de esos extranjeros está una industria alimenticia cada vez más controlada por el capital multinacional que no solamente eleva el precio de los productos alimentarios sino también rebaja drásticamente su calidad a través de la utilización de colorantes sabores artificiales, exceso de azúcares y de productos químicos no siempre saludables para el ser humano.

Al mismo tiempo, estas multinacionales controlan la compra de los productos agrícolas y muchas veces hasta los insumos químicos o de maquinarias que consumen. De esta forma, controlan y determinan al agricultor desde la plantación hasta la venta de su producto disminuyendo sus posibilidades de lucro y determinando el tipo de producción que deberá adoptar, en general privilegiando a los monocultivos en detrimento de un aprovechamiento más intensivo de la tierra, a través de la combinación de culturas y de la crianza de animales.

De esta forma una política alimenticia que pueda resolver verdaderamente el problema tendrá que ser complementada por medidas no solamente de reforma agraria, que permita el acceso a la tierra a las grandes masas de campesinos, hoy reducidos al desempleo y al subempleo, pero también tendrá que garantizar el crédito agrícola y el acceso a los insumos necesarios (maquinarias, fertilizantes, etc.), así como a posibilidades de almacenaje de los productos para poder obtener precios justos por los mismos eliminando los monopolios y superando la imposición de agrotóxicos cada vez más amenazadores a nuestra salud.

Claro está que tal política tendrá implicaciones muy profundas y exigirá una reforma de la empresa agrícola que favorezca sobre todo sus formas asociativas como las cooperativas que podrán asumir un papel más ofensivo en la realización de estas tareas que el productor aislado mal puede afrontar.

Una política de emergencia en el campo alimenticio tendrá pues que estimular el consumo directo, disminuyendo el papel del monopolista, deberá proteger al productor y procurará asociarlo favoreciendo las cooperativas y

deberá preparar la conciencia de nuestro hombre del campo y de la ciudad para la necesidad de una reforma agraria y de un sistema de producción alimentario que elimine el papel de las agroindustrias multinacionales favoreciendo una solución nacional con un mínimo de mediación entre el productor y el consumidor.

La cuestión de empleo se articula con lo que se señaló anteriormente. Solamente una reforma agraria que permita la fijación del hombre en el campo; una industrialización que mire hacia el mercado interno favoreciendo las industrias de base nacionales y la pequeña y mediana empresas que emplean más mano de obra y la iniciativa de los productores autónomos; que cree un sistema de servicios públicos de calidad capaz de incorporar las masas de médicos, dentistas, abogados, economistas y otros profesionales, hoy desempleados cuando la población de ellos necesita en fin, solamente una política que vaya hasta la esencia de nuestros problemas cambiando radicalmente el modelo económico actual y el régimen socioeconómico podrá crear una situación de pleno empleo.

Con todo, se pueden tomar algunas medidas de emergencia en el sentido de una legislación de protección al empleo con la vuelta de la estabilidad en el empleo, el establecimiento del seguro de desempleo, la jornada de 40 horas.

Al lado de esa legislación se pueden suavizar parte de los efectos del desempleo a través de un sistema escolar que garantice la alimentación y el baño para los niños, la creación de restaurantes populares a precios subsidiados, la apertura de fuentes de trabajo que ocupen mano de obra en una serie de tareas necesarias y hoy abandonadas como la jardinería, la pavimentación de avenidas, la construcción de calles vecinales, etc.

En fin, se trata de reorientar drásticamente el contenido de la inversión estatal para impedir los efectos más dramáticos que una situación de miseria absoluta, aumentada por el desempleo, la inflación y la crisis del balance de pagos y de la caja para el pago de la deuda externa pueden convertirse en una situación de calamidad pública que lleve a nuestra población a la depresión, a la marginalidad, a la deformación mental y física de generaciones enteras.

Es muy difícil creer que medidas de esta importancia, aunque no lleguen al fondo de las transformaciones estructurales que necesitamos, puedan ser tomadas por gobiernos conservadores o liberales. Es necesario ver que estos gobiernos incluyen en su seno gran parte de los responsables por esta situación que impedirá inevitablemente que esas medidas de emergencia sean tomadas.

Además, falta a los conservadores y a los liberales la sensibilidad política y social que los convenza de la necesidad y de la urgencia de tales medidas. Les falta voluntad política, pues su base social es fundamentalmente de una clase media que puede convivir bastante razonablemente con gran parte de esos problemas.

Es necesario pues, articular las fuerzas progresistas y unir las en torno a un partido popular y socialista, única fuerza capaz de tomar las medidas drásticas de emergencia que la nación implora. Es preciso un tipo de organización política que abra sus puertas a la participación de las grandes masas, que las motive y las movilice para obligar a los gobiernos a atender sus necesidades primarias.

Es preciso también, saber que estas medidas se confrontan con intereses económicos concretos, ya instituidos y poderosos. Que se necesita por lo tanto de un liderazgo consciente y firme que oriente estrategias y tácticamente nuestro pueblo pueda sustentar esas medidas de emergencia y prepararse para las transformaciones más profundas que destruyan el poder del gran capital, del latifundio y de sus servidores intelectuales y técnicos y abran camino a la construcción de una nueva sociedad más justa, más humana, soberana e igualitaria.

A este tema debemos dedicar el próximo capítulo.

III. Las reformas de base como condición para la transición al socialismo

Ya vimos que un gobierno popular y socialista en Brasil tendrá que iniciar su tarea administrativa a través de un conjunto de medidas de emergencia que aseguren el mínimo de condiciones de educación, salud, habitación, alimentación y empleo.

Se trata de garantizar a la población brasileña condiciones materiales y morales de existencia que permitan su organización y concientización para la realización de tareas sustanciales que lleven a una transformación profunda de nuestra sociedad, sin la cual no podemos resolver los problemas básicos de nuestro pueblo ni asegurar las conquistas que realizamos a través de las medidas de emergencia antes señaladas.

El objetivo final es el de conquistar y consolidar la independencia económica, el bienestar de la población, la justicia social y el crecimiento equilibrado de la economía.

Vimos que este objetivo sólo podrá ser alcanzado con una transformación socialista de nuestra sociedad que asegure la hegemonía de la propiedad pública sobre la privada, de los principios de la planificación social sobre el mercado de las organizaciones populares sobre la subjetividad individualista.

Pero para alcanzar esta situación tenemos que eliminar antes que todo las principales barreras que se oponen a la soberanía nacional, al bienestar, a la justicia social y al crecimiento equilibrado de nuestra economía.

Esas barreras se resumen fundamentalmente en los intereses de las actuales clases dominantes, el gran capital internacional y nacional, el latifundio y sus agentes burocrático-tecnocráticos que se impusieron sobre el Estado a través de la fuerza, de la corrupción y de la manipulación de la información y de los medios de formación de la opinión pública.

Esta lucha deberá frenarse en un plazo aun no definido y se divide en varias etapas. En primer lugar, la lucha de la clase trabajadora para organizarse política y socialmente para poder lograr sus objetivos. En segundo lugar, la conquista de posiciones dentro del Estado hasta alcanzar el poder central que en Brasil corresponde a la presidencia de la República.

Alcanzando este punto, a través de la formación de un gobierno con mayoría popular, se trata de usar el poder estatal para reformular la organización política, económica y social del país a favor de los intereses de la mayoría de la población que democráticamente llegue al gobierno.

Este poder estatal, reforzado por la movilización constante y la concientización permanente del pueblo, deberá colocarse decididamente a favor de los intereses nacionales, hoy postergados por el dominio del capital extranjero, de los intereses de la mayoría asalariada y de pequeños y medios propietarios, hoy marginados por la minoría de grandes capitalistas y sus acólitos.

¿Cuáles serían pues las medidas que permitirían reformular el carácter de la economía e instituir la supremacía de nuestro pueblo sobre ella?

Comencemos por las relaciones con el exterior que determinan fuertemente el carácter de la acumulación de capital en el país, pues es del exterior de donde viene gran parte de las máquinas que producen máquinas, de tecnología, de los insumos más sofisticados para nuestra industria, mitad del petróleo que nos da la base energética y combustible para nuestros transportes.

Es el carácter negativo de nuestro intercambio con el exterior que da origen al "déficit" de nuestra balanza de pagos, fuente de nuestro endeudamiento, el cual, a su vez es el origen de nuevos "déficits" y nuevos préstamos en una espiral de endeudamiento y alienación del país.

Ya vimos que el "déficit" de nuestra balanza de pagos no tiene origen en el intercambio comercial sino en la retribución de servicios al exterior (fletes y seguros, "royalties", servicios técnicos, remesas de capital, viajes).

Por lo tanto, un cambio profundo de nuestra relación con el exterior tiene que comenzar por una restricción al poder de las multinacionales y a la dependencia tecnológica que sirve de base a este poder.

Se trata pues en primer lugar, de superar esa dependencia tecnológica. Esto exige que nos apoyemos en la fuente fundamental y estratégica de la tecnología: el control de los medios de producción, es decir, en nuestros días, las máquinas productoras determinan todo el proceso de producción. En seguida, exige el control de nuestras fuentes de energía, desarrollando la producción nacional de petróleo y de energía eléctrica apoyada en nuestra industria de base.

Los economistas pro-imperialistas quieren convencernos de que debemos centrar nuestro crecimiento económico en lo que ellos llaman "aporte de capital externo". Esto nos lleva a preferir siempre el capital externo, con su tecnología ultramoderna, su dominio de mercado, sus facilidades financieras en detrimento de un esfuerzo de producción interna con una tecnología menos avanzada, con dificultades financieras y con algún tipo de restricción a la competencia de los productos extranjeros.

Esta lucha entre el liberalismo de los sectores pro-imperialistas y el proteccionismo de los sectores nacionalistas es histórica en Brasil, en el Tercer Mundo y también lo fue en el pasado en Alemania y en Japón, sin hablar de los Estados Unidos, donde Sur y Norte se confrontaron en torno a la política proteccionista exigida por el sur agrícola y esclavista.

En los países capitalistas dependientes fueron las crisis internacionales las que sirvieron de protección a la industria al hacer caer el comercio internacional y consecuentemente las importaciones.

Vivimos hoy una crisis de largo plazo que comienza a bloquear nuestra capacidad de importación y favorece consecuentemente un esfuerzo de sustitución de importaciones.

Con todo, el Estado no puede permanecer de brazos cruzados a esta situación: debe colaborar decisivamente en esos procesos de sustitución de importaciones en los sectores de maquinaria y de materias primas industrializadas (química, petroquímica, etc.).

El apoyar este esfuerzo significa proteccionismo cambial, apoyo y fomento al desarrollo científico y tecnológico interno, financiamiento y apoyo a la inversión industrial de base (maquinarias, industria, química, etc.).

Pero es necesario señalar que esta etapa no podrá ser cumplida completamente si no nos preparamos para las próximas etapas del desarrollo científico-tecnológico que deberán volver obsoletos muchos sectores de la industria de base actual al sustituir gran parte de las maquinarias tradicionales por sistemas automatizados y robots y al introducir la micro computación no solo como base de la automatización en la producción sino de todo el sistema de servicios y de consumo de bienes durables.

Por otro lado, la ingeniería energética y bioenergética, el uso del láser y las energías alternativas imponen una nueva realidad económica y tecnológica internacional que puede llevarnos a un nuevo aterrizaje de dependencia tecnológica.

De ahí que, sin descuidar las fases anteriores que nos permitían dominar la tecnología industrial actual, debemos también trazar los caminos para un avance tecnológico inevitable bajo el dominio de las multinacionales que imponen otra vez sus reglas del juego al país.

Proteccionismo de cambio, esfuerzo de sustitución de importaciones en la industria de base, apoyo a la planificación del desarrollo científico tecnológico, fomento de la industria de base y posteriormente su integración en el contexto tecnológico emergente: estas son pues las primeras tareas que un gobierno popular tendrá que enfrentar para comenzar a modificar el modelo de desarrollo económico actual, dependiente.

Pero esas tareas serán inútiles si no se genera un mercado interno de consumo muchas veces superior al actual que asegure las dimensiones mínimas capaces de garantizar la sobrevivencia de esa industria de base.

Pocos son los economistas que resaltan la relación intrínseca entre la expansión del mercado interno y del desarrollo de la industria de base. Sólo podría haber una industria de máquinas textiles desarrollada en escala económica si el consumo final de productos textiles del país fuera suficientemente grande para justificar el montaje de esa industria de base. Esto ocurre con todos los sectores.

Es verdad que existe la opción de exportación de maquinarias y materias primas industrializadas que complementen la escala de producción necesaria para dimensionar esas industrias. Con todo, la exportación implica siempre la importación y por lo tanto, la depresión de otros sectores económicos, más allá de estar sujeto a la guerra de mercados para la cual no estamos suficientemente preparados.

En segundo lugar, esa solución es claramente menos progresista, al dejar de lado las necesidades de nuestro pueblo.

En tercer lugar, las dos soluciones son complementarias y lo correcto sería combinar una ampliación masiva del mercado interno a través de la reforma de la propiedad rural que permita el acceso a la tierra de masas de desempleados agrícolas; la reforma tributaria que restrinja el consumo de lujo y favorezca a las poblaciones de bajos ingresos y las regiones más rezagadas del país; la reforma bancaria y financiera que anule el poder de los especuladores favoreciendo las inversiones productivas; la reforma urbana que acabe con la especulación sobre las tierras urbanas y la marginalización inevitable que provocan junto con las causas anteriores; la reforma de la estructura productiva con el combate al monopolio y al favorecimiento de las medias y pequeñas empresas así como a las formas asociativas de producción como las cooperativas; la democratización y racionalización de la empresa estatal para que el poder económico del Estado se vaya convirtiendo en una fuerza estructurada a través de un centro de planeación de las empresas estatales que imponga progresivamente el interés público sobre la selva de los intereses capitalistas privados.

Reforma agraria, reforma tributaria, reforma financiera, reforma urbana, reforma de la estructura productiva, democratización y racionalización de la empresa estatal son pues las transformaciones básicas que asegurarían al país las condiciones para ampliar su mercado interno, fortalecer su sistema productivo, realizar la sustitución de importaciones e iniciar una nueva fase de creación de conocimiento científico y tecnológico.

Es evidente que estas reformas estructurales tienen que combinarse con las medidas de emergencia señaladas en el capítulo anterior y que deberán convertirse progresivamente en un sistema integrado y permanente de acción social del Estado.

De esa forma podríamos resumir la visión programática que estamos analizando en los siguientes pasos:

- Reconocimiento del carácter dependiente, concentrador, excluyente y marginalizador del modelo económico del gran capital y del Estado autoritario como el instrumento privilegiado de su aplicación.
- Privilegiar la inflexión inmediata de ese modelo a través de medidas de emergencia que permitan redireccionar profundamente el sentido del gasto público a favor de las necesidades más urgentes de nuestro pueblo, particularmente las grandes masas en condiciones de pobreza absoluta y los niños y jóvenes que formarán la base del futuro desarrollo del país.
- En ese sentido invertir masivamente en una reorientación del sistema escolar y de la educación en general, en la salud pública, en la vivienda, en la alimentación y en la generación de empleos.
- Para consolidar esas medidas de emergencia. éstas deberán profundizarse y enriquecerse con la implantación de un nuevo modelo económico, realizando un conjunto de reformas que permitan asegurar la sustitución de importaciones en el sector de la industria de base y el apoyo y fomento del desarrollo científico-tecnológico y productivo en dirección de nuestra independencia tecnológica, y consecuentemente económica, financiera, cultural, etc.

Realizadas esas reformas se debilitará el poder de las multinacionales, del latifundio, de los especuladores, de los monopolios, de la codicia privada y de la corrupción que corroe el aparato estatal.

Al debilitar esas fuerzas se abren los caminos para los trabajadores asalariados y autónomos, los pequeños y medianos propietarios, y las masas de marginalizados que deberán formar un gran frente en torno del gobierno popular, único capaz de realizar las medidas que las retiraran de la miseria absoluta en que se encuentran. Solamente esta movilización garantizará la sobrevivencia de ese gobierno delante de las enormes presiones que inevitablemente caerán sobre él.

En estos momentos no se puede retroceder bajo pena de perder las conquistas realizadas tal como aconteció con la caída de Goulart en Brasil, de Allende en Chile y muchos otros dirigentes populares y socialistas en América Latina y en el Tercer Mundo en general.

Es preciso avanzar tanto en el plano interno como externo: garantizar la sobrevivencia del gobierno popular y de sus medidas en el plano interno, garantizar la soberanía nacional y la solidaridad de las fuerzas democráticas de todo el mundo en el plano externo.

Para esto, será necesario proseguir en la tarea transformadora pues la mejor defensa es el ataque. Las reformas de base son solamente condición para avanzar. Estas destruyen el poder de las fuerzas que se oponen al progreso. Pero en seguida es necesario organizar la producción y los servicios sobre bases nuevas en donde los intereses populares sean los preponderantes. Para crear y garantizar un nuevo régimen de producción adecuado a los intereses de esas fuerzas y capaz de realizar sus aspiraciones, se hace necesario avanzar en la dirección de un programa socialista de transformaciones.

¿Cuáles son los puntos básicos de ese programa tal como podemos vislumbrar hoy en día apoyándonos en la experiencia histórica y en la especificidad de la situación brasileña? Este será el tema del próximo capítulo.

IV. Las formas de la transición al socialismo

Es muy difícil prever las formas concretas que adoptará la transición al socialismo en cada país. Estas dependerán de la manera como se desenvuelva la lucha entre las fuerzas emergentes y las viejas clases dominantes. No obstante, podemos y debemos proponer la fórmula de transición menos costosa para la sociedad.

En un país como Brasil, donde las clases dominantes demostraron una capacidad de adaptación a las transformaciones históricas sin guerras civiles generalizadas y sin movimientos sociales profundos, tal vez sea posible pensar en un proceso histórico de implantación del socialismo sin grandes costos sociales. Todo dependerá como ya lo dijimos anteriormente, del comportamiento de las clases en el poder.

El primer aspecto central de la transición al socialismo es el de la propiedad. Sólo se puede hablar de socialismo cuando predominan las formas de propiedad sociales y comienzan a cambiarse las relaciones de producción asalariadas por una forma de remuneración del trabajo basada en parte en la participación del trabajador en la producción y en parte en la atención de sus necesidades.

La primera forma de propiedad social es la estatal. Brasil posee hoy un importante sector estatal que representa cerca del 30% de las grandes unidades empresariales. Al mismo tiempo, el Estado maneja un vasto aparato de intervención en la economía que va desde el control del comercio exterior hasta casi el control del sistema financiero.

Sin embargo, este vasto poder estatal es usado a favor de los intereses del gran capital internacional y nacional.

Vivimos en un régimen de capitalismo monopolista de Estado en el cual, el proceso de acumulación capitalista no puede hacerse espontáneamente y tiene que recurrir al estímulo y al auxilio directo del Estado, sea regulando, protegiendo o subsidiando los sectores menos dinámicos, sea asumiendo directamente la producción cuando las actividades son francamente deficitarias o de tasa de ganancia muy baja.

Para que la propiedad estatal cambie de signo en la economía brasileña, será necesario antes de todo nacionalizar el sistema financiero para extinguir la tendencia a la especulación.

Tendrá aun que destruirse la especulación con la tierra agrícola y urbana para lo que no siempre será necesario recorrer mayoritariamente la propiedad estatal.

Así también deberá acabarse con los intermediarios garantizando una circulación y distribución de productos regulada por el Estado que deberá controlar el mayoreo y algunos grandes centros de comercio minorista para impedir una formación de precios especulativa y abusiva y sobre todo la creación de monopolios que auto administran los precios.

Pero no basta solamente completar el control estatal de estos sectores clave. Es preciso que el conjunto de empresas y reglamentos estatales actúen según una dirección coordinada y de acuerdo con un plan nacional obligatorio, para el sector estatal, que establezca al mismo tiempo, normas de funcionamiento para el resto de la economía. Actualmente, las empresas estatales actúan anárquicamente y se someten a los intereses de los sectores privados, sobre todo a los monopolios que las utilizan.

En el sistema actual, las empresas estatales actúan separadamente en articulación subordinada con el sector del gran capital (véase gráfico I).

De la misma forma, el sistema de reglamentación estatal, sus subsidios directos e indirectos, el sistema fiscal, etc. funcionan a favor de los monopolios.

GRÁFICO I

Como vimos en el capítulo anterior, la política exterior, la tecnológico-científica, la industrial y la agrícola, y el sistema fiscal deberán ser profundamente cambiados para dar origen a otro tipo de política estatal, en dirección a los intereses de la mayoría y no de los grupos económicos.

De esta manera la articulación entre el sector estatal y el resto de la economía deberá seguir un esquema totalmente diferente del descrito más arriba.

Pero es necesario hacer modificaciones importantes en la estructura interna del sector estatal creando organismos integradores de la producción agrícola, industrial y de servicios que se encuentran directamente bajo el control del Estado, para enseguida articularlas con el sector no estatal de manera subordinada según el interés público.

Este sector no estatal, deberá sufrir transformaciones profundas. En primer lugar, una fuerte política *antitrust* deberá limitar la formación de monopolios y la gran concentración de capital. Una fuerte política de defensa del consumidor deberá por otro lado, limitar la acción de esas empresas sobre el mercado.

Al mismo tiempo, el Estado deberá estimular y favorecer la expansión de las cooperativas en sustitución al capital monopolista o asociando los pequeños y medianos productores. La cooperativa es un instrumento fundamental de desarrollo de la propiedad social y será tanto más eficaz cuanto mayor sea el apoyo que reciba del Estado y se articule voluntariamente con el sistema de planificación.

Al lado de las cooperativas, se debe apoyar el sistema de autogestión, basado en la iniciativa autónoma de los trabajadores articulados libremente en una sociedad democrática de productores. Este sistema ha mostrado ser muy eficaz sobre todo en medianas y pequeñas empresas y en el caso de Yugoslavia se tiene desarrollado ampliamente en todos los sectores de la economía y de la gestión pública. Siendo un sistema de propiedad social debe articularse también con los dos niveles anteriores para integrar siempre que sea posible el plano nacional.

La propiedad privada deberá sobrevivir en aquellos sectores donde tradicionalmente se instaló y cuando no se trate de zonas estratégicas para la planificación. En muchos casos se pueden adoptar formas de empresas mixtas entre Estado y multinacionales o particulares que traigan importantes contribuciones tecnológicas. Este sector privado deberá, sin embargo, aceptar una limitación para las tasas exageradas de ganancias, y sobre todo para el enriquecimiento personal basado exclusivamente en la propiedad financiera.

La pequeña y mediana propiedad deberá ser protegida y estimulada a asociarse en cooperativas, por su papel social de creación de empleos y por su capacidad de dedicarse a sectores que serían poco razonables en un sistema estatal. Se debe estimular también a la pequeña empresa donde el dueño sea también un trabajador que traiga a la sociedad sus conocimientos especializados o su pericia en el sector.

De esa manera se formaría un sistema empresarial-estatal totalmente diferente del anterior, que tendría las características que se muestran en el gráfico II

GRAFICO II

Este sistema productivo complejo tendrá que administrarse en un ambiente democrático con una normatividad constitucional y legal dinámica que vaya asimilando los procesos de cambios, que sean provocados necesariamente por la nueva realidad económica.

Por otro lado, las formas de propiedad no cubren todos los aspectos esenciales de la transición. Es necesario modificar también las relaciones de producción, es decir, el sistema salarial. En el socialismo es necesario asegurar al trabajador alimentación, salud, vivienda, educación y empleo de carácter permanente. Ya no se trata de la política de emergencia que asimilamos en los capítulos anteriores. Se trata de crear un régimen permanente de pleno empleo y de garantía de las necesidades básicas de la población.

Al mismo tiempo, las condiciones de trabajo y de las relaciones de jerarquía en el trabajo deben basarse cada vez más en la responsabilidad colectiva de los productores.

La empresa estatal deberá ser dirigida por un sistema de cogestión entre los representantes del Estado y de los trabajadores, las cooperativas deberán mantener mecanismos democráticos amplios de participación de sus socios en su gestión. La autogestión por principio, favorece la democracia empresarial. La empresa privada deberá admitir la participación de los trabajadores en la gestión y en los lucros.

Fuera del sistema productivo, en toda la sociedad deberán desarrollarse mecanismos democráticos de gestión tanto en el aparato estatal como en la universidad, la escuela y la propia unidad familiar. El socialismo no puede convivir con ninguna forma de discriminación racial, de sexo, o de cualquier tipo. La sociedad tendrá que ser educada para la solidaridad mutua y la hermandad y el compañerismo entre los seres humanos.

Esto puede parecer una utopía basada en deseos. Sin embargo se trata de una visión racional de las condiciones de funcionamiento de la economía y de la sociedad brasileña y de las transformaciones en ella posibles de establecerse, por un periodo relativamente importante, un gobierno de orientación socialista en un país que sepa defenderse de los ataques de la ultraderecha y conquistar la simpatía y la movilización popular.

Las fuerzas populares tienen que tener un plan de gobierno para presentar al pueblo brasileño. No pueden intimidarse con las dificultades que aparentemente las separan del poder y de la realización de sus ideales. Éstas tienen que aprender a objetivar sus ideales en metas precisas, en estrategias y tácticas con etapas definidas.

Por eso no entramos en demasiados detalles en este capítulo. Se trata de prever solamente las líneas generales de un proceso de transición socialista en un país con las características de Brasil.

En la fase actual estamos luchando aún por las medidas de emergencia y colocando en la perspectiva política las reformas de base antes señaladas. Pero no dejamos de esclarecer a nuestro pueblo que esas etapas no podrán ser consolidadas si no damos, en el futuro, los pasos siguientes para hacer prevalecer los mecanismos

socialistas sobre el capitalismo salvaje, dependiente, concentrador y marginalizador –único posible en la actual etapa histórica tal como vimos en la primera parte de este libro.

V. El hombre nuevo: Objetivo final del socialismo

Vimos en los capítulos anteriores los aspectos socioeconómicos de la transición al socialismo. No obstante, éstos deben ser considerados solamente como las condiciones necesarias para crear un nuevo tipo de ser humano.

La lucha por instituir una nueva sociedad más fraternal y humana contradice muchos y poderosos intereses ya constituidos e instalados secularmente en el poder.

El capitalismo en su proceso revolucionario destruyó la idea feudal de una sociedad de castas desiguales. El capitalismo pasó a fundamentar la diferencia de las clases sociales no en la herencia sino en el éxito económico. Cualquier individuo que alcance la riqueza puede ocupar una posición de poder y prestigio en la democracia burguesa.

Es verdad, con todo, que el derecho de herencia restableció fuertes privilegios oligárquicos en el interior de la democracia burguesa. Las 200 familias norteamericanas que formaron el núcleo de poder económico del este de los Estados Unidos continúan desempeñando esta función, a pesar de su debilitamiento interno por la decadencia moral de sus descendientes, obligados a recurrir cada vez más a gerentes y directores competentes para cumplir las funciones de su país o abuelos y por el ascenso de nuevas fuerzas económicas en el oeste y en el sur de los Estados Unidos.

Pero así mismo, con esta fuerte formación oligárquica en su interior, el capitalismo aún permite una movilidad social muchas veces superior a cualquier régimen que le antecedió.

En los países subdesarrollados y dependientes como el nuestro, el poder económico emergente capitalista tiende rápidamente a identificarse con el comportamiento oligárquico tradicional de las antiguas clases dominantes rurales y mercantiles.

Incluso nuestras clases medias con sus restringidos números de profesionales liberales, que se distancian radicalmente de los niveles de renta y de los patrones de vida de nuestro pueblo asumen normalmente un modelo de comportamiento oligárquico.

La manutención de las relaciones semiserviles en el seno de la familia con la sobrevivencia de las empleadas domésticas; la vasta masa de criados en las calles, en los bares y restaurantes; la prostitución de mujeres y hombres al servicio de los sectores de alta renta; la subyugación y la sumisión de las poblaciones consideradas no solo social sino también racialmente inferiores de negros e indios; todos estos fenómenos arcaicos se conjugan para hacer las distinciones de clase aún fuertemente marcadas por las formas de casta social.

El capitalismo dependiente no consigue eliminar estos fenómenos, pues favorece la concentración de la renta y la marginalización de amplias masas. De esta forma, la creación de un ser humano más independiente, más igualitario y más desarrollado se limita a capas sociales minúsculas, con la agravante de que, por más progresistas que sean sus ideas, sus conductas prácticas continúan dentro de los patrones tradicionales exploradores, opresores e indiferentes a la suerte de millones.

Por eso, la lucha por el socialismo en nuestros países es antes que nada un imperativo ético. Ninguno puede pretender defender aunque modestos, los objetivos de convivencia democrática e igualitaria sin aceptar el programa mínimo de transición al socialismo que esbozamos anteriormente.

No se puede creer en la solidaridad humana conviviendo insensiblemente con menores abandonados, mendigos, desempleados, trabajadores sin preparación y medios de vida mínimos, campesinos abandonados a su suerte, arrancados de sus tierras, jóvenes lanzados a la criminalidad más brutal, etc.

Solamente superando esos problemas colosales derivados de la división de la renta generada por el modo de producción capitalista en las condiciones dependientes y subdesarrolladas comenzaremos a erigir en nuestro país las bases de una ética, donde el hombre sea el semejante del hombre. Donde la igualdad racial, económica, sexual, educacional comience a despuntar como una meta posible.

Por lo tanto, para impulsar las transformaciones iniciales que nos conducirán al socialismo, tenemos que dar cuenta de la violencia social en que vivimos.

Tenemos que transformar en indignación las actitudes complacientes con las cuales aceptamos hoy en día esas realidades brutales.

Tenemos que superar esa ética tecnocrático-burocrática que pretende sustituir los sentimientos morales por la "eficiencia" subyugada y dependiente de los poderosos.

Tenemos que retomar el espíritu épico y romántico con el cual realizamos las luchas de los anarquistas en los años 10; de los tenientes de la columna cerca de los años 20; de los estudiantes de la UNE en la lucha por la democracia en los años 40; de los más amplios sectores sociales en la campaña por el "petróleo es nuestro" en los años 50; de los obreros, estudiantes, campesinos, oficiales democráticos y sargentos que realizaron la resistencia por la legalidad, en 1961; de las mujeres, intelectuales y profesionales que sustentaron la lucha por la amnistía y muchas otras páginas de heroísmo, desprendimiento y resistencia de nuestro pueblo.

Tenemos que rescatar la retórica, la pasión, el espíritu exaltado de los luchadores sociales de todos los tiempos. No podemos aceptar los engaños morales que los tecnócratas quieren imponernos en nombre de la "racionalidad" (ide ellos!), de la objetividad (ide ellos!), de la ciencia (ide ellos!), etc.

No hay ciencia sin pasión por la verdad, sin disciplina impuesta por la entrega a una causa, no hay racionalidad sin claridad de objetivos, sin lucidez histórica. No hay objetividad sin definición de metas y objetivos a alcanzar junto con la colectividad, sin claridad política, en fin.

El hombre nuevo que queremos crear será el heredero de esas luchas sociales, de esa pasión, de esa disciplina, de esa entrega generosa y saludable.

En la medida en que creemos las condiciones sociales y políticas para la superación de la miseria, del analfabetismo, de la marginalidad iremos, a través del ejemplo generoso de nuestra generación – y solo a través de este ejemplo lo conseguiremos- creando las condiciones para un ser humano que no necesita preocuparse más por su sobrevivencia diaria, pudiendo dedicarse a su autoperfeccionamiento intelectual, moral, espiritual y material.

Al alcanzar niveles superiores de producción debemos liberar al ser humano de las tareas más elementales, duras, repetitivas, desgastantes y contaminantes.

La automatización -que aparece hoy como una devoradora de empleos y marginalizadora de los trabajadores- será incorporada masivamente a la economía para fines completamente distintos.

Eliminando el régimen asalariado capitalista, la automatización servirá para liberar al hombre del trabajo directo, disminuyendo la jornada de trabajo, aumentando el periodo de su formación educativa, terminando

con el trabajo del menor que hoy aniquila generaciones en nuestro país, aumentando el tiempo libre para el perfeccionamiento cultural y moral de nuestro pueblo.

La meta inicial será la de tener a toda la población con educación primaria mínima. En pocos años, tal como lo alcanzaran países mucho más pobres de recursos que nosotros, alcanzaremos la meta de educación media superior para todos los ciudadanos en edad escolar.

Nuestra población de profesionistas liberales deberá elevarse significativamente para alcanzar los niveles mundiales de médicos, dentistas, profesores, etc. por habitante.

La cantidad de científicos enfocados a la búsqueda de nuestra realidad y del conocimiento puro, necesario para el avance de la ciencia, deberá elevarse también drásticamente.

Estos cambios cuantitativos generarán una nueva calidad de vida y transformarán radicalmente la cara de nuestro pueblo.

Nuevas generaciones de jóvenes saludables, cultos y esperanzados, aplicados en las tareas del porvenir, deberán suceder a las masas de ladrones, delincuentes, niños abandonados, drogados y alcohólicos que forman gran parte de la juventud de Brasil de hoy.

El espíritu individualista, prejuiciado y arrogante de nuestras clases medias, que desprecian a sus semejantes y aprueban la violencia policial para tener paz en sus casas, rodeadas de miserables, y son capaces de recurrir a las peores violencias para sustentar a sus patrones mediocres de vida, deberá ser sustituido por generaciones de jóvenes generosos, conscientes del destino de sus semejantes, dispuestos a dar la mano a todos ellos hermanados en una misma lucha.

Las clases empresariales, cuya ayuda será estimulada para gestionar el proceso de transición al socialismo, tendrán que abandonar su ambición y su espíritu mezquino e individualista desarrollado en la búsqueda del lucro fácil.

El Estado popular deberá garantizar su seguridad dentro de márgenes de lucros aceptables socialmente. Desaparecerán gran parte de sus angustias determinadas por la violencia de la concurrencia capitalista actual y la inseguridad que ésta genera al lado de una política económica que favorece al especulador en detrimento del empresario.

Se dará a ellas la orientación razonable y lúcida de planos económicos posibles que serán perfeccionados con el tiempo a través de la crítica y la autocrítica, de la experiencia acumulada de una nueva economía socializada progresivamente.

El especulador será reprimido de la misma manera que el bribón, el contrabandista o irresponsable social de nivel medio e inferior.

La sociedad buscará alternativas profesionales para estos sectores a través de sistemas de recuperación social.

La cultura, protegida y apoyada por el pueblo, combatirá estas formas de existencia: la violencia y la falta de carácter, en vez de exaltarlos como lo hacen hoy en día nuestras crónicas policiales, nuestra literatura y nuestros medios de comunicación.

La cultura hoy dirigida autoritariamente por los dueños de los medios de comunicación será gestionada por los sindicatos, universidades, artistas, científicos y otros sectores sociales organizados, para abrir camino a la creatividad de nuestro pueblo hoy excluido de esos medios de comunicación.

Habrá apoyo libre y desinteresado al conocimiento científico y a las manifestaciones más sublimadas del arte que no encuentran ningún canal de apoyo en los actuales medios de comunicación que explotan las emociones, sentimientos, e instintos más negativos y antisociales, patrocinando la violencia anárquica e individualista.

El hombre nuevo será un lector ávido de conocimientos, frecuentará en su lugar de trabajo y de hogar bibliotecas, discotecas, teatros, ballet, cines, conciertos que hoy no existen, y desarrollará su sensibilidad estética al máximo.

Nada de esto es utópico. Ya fue hecho en muchos países del mundo y depende solamente de una distribución distinta de los recursos humanos y materiales existentes en nuestro país. El mundo moderno ya alcanzó la base material para que el hombre alcance estos objetivos y supere las formas más primarias de existencia.

Lo que impide que esas potencialidades se desarrollen en el plano mundial, es la conservación de las relaciones sociales basadas en la forma arcaica de la propiedad privada; en las relaciones mercantiles cada vez menos capaces de orientar el intercambio entre las gigantescas unidades de producción más y más socializadas y planificadas; en las relaciones de producción asalariadas en un mundo donde las necesidades humanas tienen que ser atendidas por grandes unidades de producción y de atención de servicios socializados.

Más grave aún: la lucha por mantener esas relaciones arcaicas obliga a las clases dominantes, ya condenadas históricamente, al uso abusivo y creciente de la violencia.

La amenaza de una guerra mundial: las guerras limitadas; los golpes de estado, los desequilibrios de gobiernos progresistas forman una cadena de actos de fuerza que destruyen masivamente enormes fuerzas productivas.

Los gigantescos gastos militares; las necesidades de enormes aparatos represivos; el desvío del conocimiento científico y tecnológico para la destrucción militar, por un lado, y la destrucción civil operada por el consumismo, por otro; las crisis económicas con sus secuelas sociales de desempleo y la criminalidad creciente forman un cortejo de elementos destructivos e irracionales que conducen a la humanidad a la desesperanza y al paroxismo.

La conservación de vastas regiones del mundo en condición de dependencia y subdesarrollo aniquila masas de niños, jóvenes, hombres maduros y viejos y provoca un malestar universal que debilita la calidad moral del hombre contemporáneo.

La destrucción masiva de la naturaleza por el rechazo a las formas racionales y humanas de producción y gestión, para defender los intereses del capital; los límites establecidos a la liberación de la mujer, los preconceptos contra razas, pueblos y minorías sociales, he ahí un conjunto de elementos culturales que se basan en las secuelas históricas del paternalismo fundado en la propiedad privada, en el imperialismo, fase superior del capitalismo, en el puritanismo, y otras formas culturales dirigidas a la acumulación irracional de riquezas por el individuo privado.

Todas esas realidades espantosas que amenazan la sobrevivencia de la humanidad contemporánea no desaparecerán automáticamente con el fin del reino de la propiedad privada, del salario, del lucro y del mercado.

Pero la eliminación de esas relaciones sociales es condición necesaria para que la humanidad pueda avanzar hacia la superación de esos problemas angustiantes.

La ciencia llegó a nuestros días a dilemas angustiosos. El hombre comienza a conquistar el macrocosmos del universo extraterrestre y al mismo tiempo inicia el dominio del microcosmos nuclear que lo puede llevar a nuevas fases de inmenso progreso o a su destrucción como especie.

El dominio de la genética a través de la ingeniería genética; el descubrimiento de nuevas fuerzas como el láser; la invención de materiales sintéticos cada vez más moldeados por las necesidades humanas; la posibilidad de utilizar nuevos materiales traídos o producidos en el cosmos, todas esas enormes potencialidades no pueden ser administradas por una humanidad dividida en clases antagónicas, apoyada en la mezquindad de la propiedad privada de los medios de producción y del individualismo posesivo, dilacerada por prejuicios y luchas raciales, teniendo la mitad de la especie humana –las mujeres- reducida a posiciones subalternas humillantes y restrictivas de su desarrollo espiritual. No podrán ser administradas por un mundo dividido entre pueblos ricos y poderosos y masas de mendigos y delincuentes.

Las formas tradicionales de organización familiar, de educación, de organización nacional que sobreviven como consecuencia de las relaciones sociales anárquicas y contradictorias en que vivimos se rebelan día a día contra esa situación paradójica.

Por un lado, la conservación de las fuerzas productivas destruye las bases materiales de su sobrevivencia. Por otro lado, la conservación de las formas de propiedad, relaciones de trabajo y de intercambio capitalista las obligan a sobrevivir en las condiciones más deterioradas.

Este malestar de nuestro tiempo solo será superado a partir de un nuevo orden económico, social y político que corresponda a las nuevas realidades de nuestro tiempo.

La humanidad tiene al frente una tarea mundial para construir un mundo justo, humano y fraterno, capaz de elevar a nuevos niveles la capacidad creativa de la humanidad y de cada hombre. No se trata de anular al individuo a un nuevo oscurantismo colectivista. Por el contrario, se trata de destruir las barreras sociales entre cada uno de los simples pigmeos al podemos ser gigantes. Se trata de crear las condiciones sociales para el pleno desarrollo de cada individuo.

Después de un largo proceso histórico el hombre salió de las condiciones primitivas de la horda animal donde él no se reconocía como individuo para desarrollar esa individualidad a través de la reorganización de la colectividad de una manera en que muchos tenían que sacrificar su desarrollo personal, manteniéndose en un estadio primitivo y oprimido, para permitir el mayor –pero aun limitado- desarrollo de unos pocos.

Solamente el capitalismo, al potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas a través de la moderna industria, creó las bases de una civilización donde todos los individuos podían aspirar a su pleno desarrollo.

Sin embargo, el capitalismo opuso a la plena materialización de esa potencialidad los estrechos límites de su sistema social.

Al deificar un falso individualismo posesivo, basado en la lucha del hombre contra el hombre, a través de la competencia desenfrenada y ciega, el capitalismo se convierte en una barrera para la plena realización de cada individuo.

El individuo socialista, el hombre nuevo, sólo cree en su propio desarrollo como resultado de avance de toda la sociedad. Él sabe que hasta hoy las grandes individualidades fueron producidas a costa del sacrificio de las grandes masas. Él sabe también que en nuestros días se creó la base material para que toda la humanidad disfrute del progreso, del ocio y de la cultura. Él sabe también que el pleno desarrollo del individuo solo se alcanza con el pleno desarrollo de la humanidad que tiene que unirse en una sola sociedad planetaria bajo pena de generar su autodestrucción si no fuera capaz de responder al desafío de nuestra época.

El hombre nuevo es pues, antes que nada, un imperativo ético de nuestro tiempo. Es el propio instinto de sobrevivencia de la humanidad el que la obligará a superar las limitadas bases de su organización social actual y del desarrollo de los individuos que la componen.

Brasil no será siempre un espacio de atraso y miseria, ajeno a estas grandes tareas de la humanidad. El hombre brasileño saldrá de la prostitución y el atraso en que se encuentra y pondrá su mente y corazón en la historia en unísono con el palpar de nuestro tiempo.

Cuarta parte

El mundo camina hacia el socialismo

I. El mundo camina hacia el socialismo

“El mundo camina hacia el Socialismo”. Esta afirmación tiene cada vez más la fuerza de una verdad indiscutible. Si buscamos la historia de nuestro siglo podemos exponer varias conclusiones sobre la verdad de esa declaración.

1. El socialismo era un fenómeno básicamente europeo hasta el fin de la Segunda guerra Mundial. Llegó al poder por primera vez a través de un gobierno representativo de varias corrientes socialistas y anarquistas de Francia, durante la Comuna de París en 1871, aplastada en seguida por la unión de las tropas francesas y alemanas, hasta entrados en lucha.

En 1917, se instauró en Rusia la primera experiencia permanente de un Estado que sustituye los principios de la economía mercantil capitalista por la economía de la propiedad pública, regida por el principio de la planificación.

Durante estos años se formaron también gobiernos de orientación socialista en otras partes de Europa, sin hablar del breve gobierno bolchevique húngaro que llega al poder por la revolución pero que es luego derrotado. Los principales casos son los gobiernos socialdemócratas liberales que asumen el poder con la caída de los imperios alemán y austriaco.

En general, estos gobiernos se establecen bajo bases electorales y no pretenden instaurar una economía socialista. Sus objetivos se limitan a la defensa de la democracia, a la aplicación de la legislación, del trabajo y a establecer ciertos controles de los monopolios, de los lucros excesivos y de la especulación capitalista.

Raramente, se proponen nacionalizar sectores importantes de la economía como lo hicieron los gobiernos laboristas de 1931 y 1945-1951 o el gobierno de colisión gaulista- socialista-comunista que llega al poder en la esfera de la resistencia anti nazista victoriosa en 1945.

En algunas partes, como en los países Escandinavos, la socialdemocracia logra mantenerse en el poder por periodos suficientemente largos para combinar el capitalismo en expansión con una economía sobre todo cooperativa pero también estatal en una amplia legislación social.

No obstante en ninguno de esos casos, se sustituye el régimen de producción basado en la hegemonía de la propiedad privada, de la relación asalariada y del intercambio mercantil, a pesar de la introducción de muchas restricciones a su pleno ejercicio, solo posibles en una economía en expansión.

2. Después de la Segunda guerra Mundial, el fenómeno del socialismo aparece ligado a las fronteras del avance soviético contra el dominio hitlerista y japonés. En Europa Central, en Asia fronteriza a la URSS y en China se formaron regímenes económico-sociales de orientación semejante al modelo de industrialización aplicado en la URSS durante el periodo de Stalin que se extendió entre 1927 y 1954. Según la interpretación de Stalin, la segunda fase de la reforma agraria que liquidó con la resistencia de los campesinos ricos, el énfasis en el desarrollo de la industria de base, el control riguroso de Estado y de la economía por el Partido Comunista fueron los factores fundamentales que permitieron a la URSS derrotar la amenaza nazista y convertirse en una gran potencia socialista.

Estas primeras experiencias socialistas sobre un modelo rígido estalinista solo fueron contestadas en aquella época por la revolución yugoslava que reivindicó sus características propias e inició en el fin de la década de los 40 una experiencia pionera de socialismo autogestionario en condiciones internacionales muy adversas (rompimiento con la URSS y difíciles tentativas de aproximarse, sin perder su autonomía, a los Estados Unidos y a la socialdemocracia europea). Para abrir un espacio de autonomía indispensable, la Yugoslavia de Tito se convirtió en base ofensiva para el movimiento de los no alineados que se mostró extremadamente atractivo para los países del Tercer Mundo.

Las experiencias de implantación del modelo estalinista llevaron a violentos choques internos con las enormes masas campesinas y con las supervivencias pequeño-burguesas que no podían ser económicamente superadas por la fuerza. Estas contradicciones y las divergencias nacionales exploradas por grupos nacionalistas e intereses internacionales de derecha llevaron a la intervención militar en Hungría, en Polonia y en Checoslovaquia.

El periodo pos-staliniano fue caracterizado por la búsqueda de nuevas políticas económicas que respetasen las especificidades nacionales y las determinaciones de la economía por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta nueva política permitió poco a poco el restablecimiento de la pequeña y media propiedad en muchos de esos países, buscó establecer una división del trabajo menos rígida dentro del bloque socialista estimulando incluso las relaciones económicas con los países capitalistas, cada vez más obligados a reconocer la fuerza y la presencia de las economías socialistas que pretendían destruir en su nacimiento.

Estos cambios tenían que reconocer las diferencias nacionales en la evolución histórica para el socialismo. La idea sectaria de un modelo único de desarrollo socialista fue siendo superada progresivamente por la constatación de su diversidad histórica.

Las relaciones entre los países socialistas también se diversificaron. La URSS restableció sus relaciones con Yugoslavia, que no abandonó sus principios basados en la democracia autogestionaria, en el no alineamiento y en la descentralización administrativa.

Con todo, las realidades geopolíticas fueron imponiéndose a un mundo de naciones socialistas, con intereses propios en el escenario internacional. La idea del internacionalismo proletario, comandado por la revolución rusa, que había sido contestada por la social democracia y por el socialismo europeo encontró nuevos enemigos dentro del propio campo socialista. La confrontación entre la URSS y China socialista en la década de los 60 sacudió seriamente un conjunto de dogmas de la fase estalinista sobre la no existencia de contradicciones en las formaciones socialistas.

3. Por lo tanto en la medida en que el socialismo se expandió, se diversificó al mismo tiempo. En consecuencia tiene que hacerse cada vez más rico y complejo el análisis y la teoría del pasaje histórico del capitalismo al socialismo en escala mundial.

El modelo estalinista de los años 1927-1954 fue siendo superado en la propia URSS dando origen a nuevas experiencias de reformas económicas cuyas implicaciones exigirían ser tratadas en otro libro.

Dentro del bloque del Pacto de Varsovia se producían diferencias entre los modelos más nacionalistas de la URSS, la Alemania Democrática y Bulgaria y las experiencias de restablecimiento de relaciones mercantiles bajo el control de la planificación en Checoslovaquia (luego reincorporada al modelo más rígido, pero con diferencias debido a la importancia del sector privado en este país), en Hungría, Rumania y Polonia.

La experiencia china siguió caminos sigzagueantes. Comenzó con un modelo muy construido en la URSS que originó la primera fase de transición entre 1949-1956. En 1958-1961 dio inicio el "gran salto para el frente", que intentó una expansión económica forzada, que llevó en parte al choque con la URSS.

Después del rompimiento con la URSS y la tentativa de iniciar un proceso revolucionario mundial entre 1961 y 1966, se encendió la revolución cultural con sus variadas fases de 1966-1988 y de 1969 a 1976, donde se realizaron experiencias de movilización de masas para superar las dificultades derivadas del aislamiento internacional de China. Apoyarse en sus propias fuerzas era el único lema viable delante de este aislamiento de los centros vitales de generación de tecnología.

Aunque muchos entendían como una contrarrevolución las reformas introducidas a partir de 1976 por el equipo de Teng Ziao Ping, es necesario considerar la grave situación de desorden y anarquía en que se encontraba el país después de 15 años de disputas internas, aislamiento internacional y empobrecimiento.

Por mayores que sean los errores derivados de una vana esperanza de amplia colaboración económico-tecnológica con los Estados Unidos y de un nacionalismo chino, antihistórico y sobre todo, antisoviético, la nueva dirección política permitió a China reencontrar los instrumentos de autocontrol que le permitirían situarse de nuevo poco a poco, en el escenario internacional.

El modelo yugoslavo pasó también por varias fases que oscilaron en mayor descentralización y desarrollo de los mecanismos de intercambio mercantiles y autogestionarios y periodos de mayor centralización y desarrollo de los mecanismos de regulación estatal.

El modelo yugoslavo también perdió sus seguidores mecánicos. Hoy todos los países socialistas buscan inspirarse en las experiencias de autogestión, descentralización administrativa y cálculo económico a nivel de empresa desarrollados en aquel país sin pretender, sin embargo, seguir su "modelo".

La experiencia cubana, aunque considerada por muchos como bastante identificada con la orientación soviética, siguió un camino totalmente distinto debido a su dependencia del comercio exterior, el carácter urbano de su economía pre-socialista con un gran desarrollo de los servicios. El papel de las entidades de base como los centros de Defensa de la Revolución y el Poder Popular jamás decayó generando mecanismos de participación intensa de la población en varias fases del proceso asistencial, productivo y distributivo. El contenido democrático y participativo de la revolución cubana evolucionó permanentemente, transformándose en una experiencia extremadamente rica y original.

No es necesario decir que en un África en donde subsisten formas tribales, recién salidas del colonialismo, y en un Asia campesina, después de años de guerra de liberación en la indochina o de una dramática división nacional, como en Corea, la ordenación de esas economías siga también caminos propios que intentaron ser captados en conceptos genéricos y poco útiles como el de vías no capitalistas, economías intermediarias, etc. Es necesario, con todo, reconocer que es la propiedad social la que dirige esos procesos de acumulación en el camino de una sociedad socialista.

4. Debemos por otra parte a la diversificación anterior la gran novedad histórica introducida por el proceso chileno; la propuesta de una transición al socialismo (recordemos que los gobiernos socialistas anteriores conquistados por elecciones nunca se propusieron realizar una transición al socialismo) a través de una vía democrático-electoral. Este es un nuevo elemento diferenciador que hace aún más compleja la fase histórica de transición global del capitalismo al socialismo.

La propuesta chilena se repite hoy con nuevas características en el gobierno socialista francés que también pretende programáticamente realizar una transición hacia un régimen socio-económico socialista.

El gobierno social-demócrata sueco, recién colocado en el poder, pretende también sustituir la propiedad privada por la propiedad sindical generando un tipo socio-económico nuevo de transición al socialismo.

La perspectiva de un proceso de transición socialista que se combine con las instituciones liberal-democráticas se convierte pues, de una propuesta intelectual, en una experiencia práctica.

En el caso de Chile esta experiencia fue interrumpida por la violencia golpista, pero parece ser más difícil utilizar el arma del golpe de estado en países de mayor desarrollo institucional y de las fuerzas productivas como Suecia y Francia.

Todo indica, por lo tanto, que vamos a ver en Europa la formación de economías basadas mayoritariamente en la propiedad estatal, en formas cooperativas o en nuevas formas de propiedad social como el caso sueco de control sindical de las acciones de gran parte de la economía.

Estas economías tienden fuertemente a regirse por un sistema de planificación único al cual se pretende someter a las leyes mercantiles de regulación económica, que no desaparecen totalmente de la economía.

En el plano político, parece constituirse por primera vez en la historia europea, una mayoría electoral socialista-comunista y se crean las bases para gobiernos, de largo alcance, basados en una alianza que excluía por fin los liberales de los gobiernos socialistas y social-demócratas.

Esta posibilidad se restringe a Suecia, Finlandia, Francia, España y Grecia en el momento actual. No todos estos gobiernos pretenden realizar transformaciones tan profundas como los programas de los gobiernos francés y sueco. No obstante, es necesario prestar atención seriamente a la novedad absoluta de esta situación histórica y no confundirla con los casos de gobiernos social-demócratas, socialistas y comunistas anteriores que nunca contaron con una mayoría suficiente para excluir los liberales del gobierno.

5. Como vimos, el socialismo como doctrina y movimiento surge en Europa, pero se va expandiendo a otras regiones en ondas sucesivas que acompañan en parte el proceso de expansión económica del capitalismo.

La primera experiencia socialista se hace en un país básicamente feudal – Rusia. Que ya había iniciado una industrialización importante en Petrogrado y Moscú.

Esto condicionó sus tareas y objetivos: el gobierno socialista revolucionario tuvo que realizar en condiciones extremadamente adversas (dos guerras mundiales, una guerra civil con invasión de países, luchas sociales violentas internas y presiones internacionales) muchas tareas propias del capitalismo, como una nueva versión de acumulación primitiva en nuevas bases – lo que Preobrajenski llamó de “acumulación socialista originaria”. Se trataba del paisaje de una economía agrícola a una industrial bajo la orientación de la planificación estatal. Un proceso arduo y conflictivo que exigía la expropiación de los excedentes generados en el campo para ser aplicados en la ciudad provocando necesariamente la resistencia de los campesinos.

En los casos posteriores, como Europa oriental y China, se crearon conflictos entre la industrialización y la agricultura que fueron en general resueltos parcialmente con grandes concesiones a los campesinos. En consecuencia las políticas económicas de esos países oscilaron al saber de las confrontaciones entre las clases, los apoyos externos recibidos por ellas, el papel mediador de la burocracia estatal y de la tecnocracia que también tiene sus intereses propios y los terribles dilemas geopolíticos de una Europa dilacerada por el conflicto Este-Oeste.

En los países de desarrollo industrial maduro como Francia y Suecia, se colocaron de forma distinta a las metas y tareas de una transición socialista. Se trata, en este caso, de adaptarse a los cambios tecnológicos revolucionarios que se diseñan en el horizonte industrial, de la relación de las grandes corporaciones estatizadas y las cooperativas con las medianas y pequeñas empresas, de las relaciones con el Mercado Común Europeo y con el complejo sistema económico internacional, sea en su vertiente capitalista desarrollada y dependiente o en la socialista con sus variaciones.

¿Será la propiedad pública y social, bajo el control de los trabajadores, más capaz que el gran capital internacional y el capitalismo monopolista de Estado para realizar las tareas de superación de la crisis actual del capitalismo y de introducir los cambios tecnológicos profundos, garantizando el pleno empleo y la igualdad social?

El socialismo vuelve así a Europa después de un fructífero y complejo viaje por el mundo pre capitalista.

6. Brasil, como país del Tercer Mundo con un importante desarrollo industrial, montado sobre una estructura de desigualdad social, concentración de renta y de la economía, dependencia y miseria absoluta de las más escandalosas del mundo tendrá mucho que aprender de ambas experiencias.

Por un lado: un proletariado industrial joven, una clase media asalariada sin compromisos ideológicos profundos con el régimen capitalista y masas de desempleados y marginalizados que no confían en el sistema que los creó y sus representantes.

Por otro lado, una clase dominante insensible hasta el momento, a la gravedad de la situación social generada por el modelo económico pro-imperialista, sin contrapesos, que se impuso a la fuerza al país.

El movimiento socialista, que incluye la particularidad nacional expresada en las tradiciones históricas laboristas, tiene que preocuparse por asegurar las condiciones más equilibradas posibles para transitar hasta una democracia de profundo contenido popular. Apostar en una gran convulsión social cuyos resultados serían imprevisibles sería un camino aventurado que una dirección política experimentada no seguiría.

Sin embargo, sabiendo de la incapacidad de las clases dominantes y de las élites políticas por ella generadas para asegurar la sobrevivencia del progreso y de la democracia, cabe al movimiento socialista asumir su responsabilidad histórica en el proceso de transición democrática ocupando un papel protagónico para garantizar su eficacia y profundidad.

Si las actuales clases dominantes se mostraran definitivamente incapaces de garantizar el orden y una transición pacífica para la democracia, correspondería a las fuerzas populares asumir esta responsabilidad.

Pero ellas no podrán en este caso, detener su atención en las tareas democráticas formales –ellas tendrán que llevar hasta el fin este proceso, asegurando que la democracia sea un instrumento para realizar las transformaciones sociales profundas que reclama nuestro pueblo.

El resultado de este proceso será por lo tanto la implantación de una experiencia inédita socialista. Brasil avanza hacia el socialismo, y se incorporará así a la historia mundial contemporánea.

Ya vimos en los capítulos anteriores las implicaciones programáticas internas que nos permitirán construir una alternativa socialista en Brasil. Veamos ahora cómo un gobierno socialista deberá comportarse en el escenario internacional, ya sea para asegurar sus transformaciones internas, o para cumplir un papel positivo en el desarrollo de la historia contemporánea, de la cual estamos casi marginalizados por las posiciones reaccionarias de nuestros gobiernos.

II. El camino del no-alineamiento

Vimos en el capítulo anterior cómo el socialismo se viene convirtiendo en el movimiento fundamental que dirige la historia contemporánea. Vimos como el proceso de expansión del socialismo en el mundo conduce a diversas formas y experiencias de transición al socialismo, sea en lo referente a la manera como esta transición se hace, sea en lo que respecta a las estructuras socioeconómicas concretas que emergen de las diversas realidades nacionales.

Durante muchos años, el movimiento socialista estuvo dividido con respecto a su posición sobre la experiencia soviética, en esta época la única existente.

Los que apoyaban y pretendían erigirla en un modelo a seguir por los otros países se congregaron en torno a dos partidos comunistas unidos en la Tercera Internacional (1919-1943) y posteriormente en el Cominform (1947-1954) y actualmente a través de reuniones de los partidos comunistas y obreros, sin una dirección unificada y sin una disciplina rígida.

Por otro lado estaban las corrientes que rechazaban la experiencia soviética como no socialista y la definían como un caso de capitalismo de Estado conducido por métodos dictatoriales.

Esta corriente se unificó en torno de la reorganización de la Internacional Socialista en 1920. Dentro de la IS prevalecieron las más variadas posturas que variaban desde el apoyo a los movimientos conspiradores dentro de la URSS hasta la definición del apoyo crítico y la colaboración limitada, con los bolcheviques.

La crítica a la URSS se desarrolló, por otro lado, en varias corrientes marxistas que terminaron por romper con la Tercera Internacional. Algunas de ellas pretendían recuperar la primera fase de la revolución rusa, manteniéndose fieles a los ideales de Lenin, que dividió las aguas entre comunistas y socialistas.

Encontramos así desde los luxemburguesas muy críticos de la URSS y de Lenin, los *bandlerianos* de índole centrista y sobre todo los trotskistas, que pretendiendo revivir el marxismo-leninismo, no estalinista, se unieron en torno a la IV Internacional y se dividieron históricamente en varias secciones.

Con las revoluciones que siguieron a la Segunda Guerra Mundial surgieron nuevas experiencias socialistas que generaron nuevas formas de transición como ya vimos. Al mismo tiempo surgieron tentativas de erigir esas

experiencias en modelos de transición al socialismo. La vía yugoslava, la vía china, la vía cubana, en seguida la vía argelina y otras vías más, desarrollaron en ciertos momentos una especie de estalinismo a la inversa.

En general, los que apuntaban a esas vías como caminos alternativos culpaban a Stalin de tener pensado imponer la vía soviética pero oponían a la otra experiencia histórica concreta, convertida en ejemplo a seguir.

Pero la diversificación de las vías se tornó tan grande que en la década de 1980 es ridículo pretender erigir cualquiera de esas experiencias en modelo a seguir por otros países.

Hoy todos sabemos que la transición al socialismo es un proceso universal, complejo y diversificado, que parte de las etapas y niveles sociales más distintos para dirigirse en el rumbo de una economía mundial, basada en las formas colectivas y asociativas de propiedad, en la planificación de la producción y en Estados nacionales, articulados con las más distintas formas de organización de masas y representación popular, derivadas de las particularidades revolucionarias de cada país.

Los regímenes políticos, las estructuras partidarias, los mecanismos de gestión económica, las estructuras productivas, las estrategias de desarrollo de esas naciones son y serán las más diversas de acuerdo con las situaciones concretas en que se generan, resguardando los elementos universales ya señalados; propiedad social, planificación, Estado fundado en organizaciones de base proletaria o populares.

Por otro lado, los partidarios social-demócratas y socialistas pasarán por varias etapas en sus relaciones con los comunistas, la URSS y los nuevos países socialistas.

Después de la revolución rusa, como vimos, se desarrolló una hostilidad que sólo se superó en parte durante los frentes populares y los movimientos de resistencia al nazismo-fascismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial esa unidad se rompió otra vez bajo la presión de la guerra fría y de las aspiraciones de participar en los beneficios de expansión capitalista de la posguerra.

No obstante, en la década de los 60, la guerra fría ya estaba en declive y se evidenciaron realidades evidentes:

- a) La expansión del socialismo y su diversificación obligaba a los socialistas y social-demócratas de los países desarrollados a tomar en consideración esa realidad o a aislarse cada vez más políticamente.
- b) El crecimiento económico y militar de la URSS y demás países socialistas obligaba al mundo capitalista a romper el boicot establecido por décadas a estos países y aumentar el comercio y las relaciones científicas y técnicas con ellos.

- c) El crecimiento del movimiento anticolonialista y de las organizaciones tercer mundistas y no alineadas abrían un área de maniobra importante a ser explotada por las naciones capitalistas no hegemónicas, acentuando las contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón.
- d) La crisis económica internacional que se desató a partir de 1966, envolviendo al capitalismo en una fase depresiva larga, que debe prolongarse hasta 1900, hace roer la confianza del proletariado europeo, americano y japonés en el capitalismo. Se disminuyen las diferencias entre los socialistas y comunistas y surgen corrientes de izquierda en la social-democracia; se unen las centrales sindicales socialistas, comunistas y hasta social-cristianas.

Como consecuencia de esos cambios históricos, los movimientos socialistas y comunistas vienen sufriendo mutaciones impresionantes en su visión ideológica y en sus concepciones de las alianzas internacionales.

En los días de hoy, existe un gobierno socialista que llegó a contar con la participación comunista, como en Francia, y que se declara atlantista, es decir, aliado de la OTAN, una alianza militar contra la Unión Soviética.

Existe un partido comunista, como el italiano, que se declara completamente desvinculado de la dirección soviética y crítico delante de su experiencia histórica, llegando a apoyar la conservación de Italia, en la OTAN.

Por otro lado, ocurrió no solo un enfrentamiento diplomático constante entre China y la URSS sino hasta choques militares entre China y Vietnam.

Al mismo tiempo, vemos un partido socialista que se propone ejercer un gobierno moderado como el español, que programáticamente se negaba a participar en la OTAN y que establece un convenio de relaciones amistosas, de alto nivel, con la URSS, mientras que el partido comunista español, se declara claramente antisoviético. Y tantas otras situaciones más, que serían increíbles en los años 50.

¿Qué significa esta señal de destrucción de la idea de un mundo polarizado en el cual el ideal socialista pertenezca a países o partidos? El socialismo es resultado de la propia lógica de desarrollo del capitalismo y pertenece a la humanidad. Los partidos políticos son simples instrumentos de esa voluntad colectiva, de esos ideales y de la acumulación de esas experiencias en la conciencia de los pueblos.

La polarización entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como la polarización entre capitalismo y socialismo, surgió después de la II Guerra Mundial a lo largo de la guerra fría.

De hecho, ya en el final de la II Guerra Mundial, la preocupación fundamental de los aliados occidentales era impedir el avance de las tropas soviéticas que los tomó de sorpresa.

Durante los primeros años de la guerra, Roosevelt y Churchill pensaban que los nazis destruirían todo el poder militar soviético.

Y aunque no les gustara que los nazis se apropiaran de las inmensas reservas naturales rusas que los volverían insuperables, y por esto apoyaban la resistencia soviética, les hubiera gustado ver a ambos adversarios bien desgastados, para solamente después, imponerse sobre el nazismo.

De hecho, entre 1941-1944 la Guerra Mundial se localizó fundamentalmente en el frente oriental donde murieron 20 millones de soviéticos.

Roosevelt, Churchill y Hitler subestimaron profundamente el poderío económico, social, moral y militar de la Unión Soviética. Cuando menos esperaban, las tropas soviéticas, en una contra-ofensiva impresionante, estaban a las puertas de Berlín y avanzaban por Asia en dirección a Japón.

Al mismo tiempo, las resistencias bajo fuerte influencia de los partidos comunistas alcanzaban la victoria en Italia y en Francia, en Yugoslavia, en Grecia, en Indochina, en China, etc.

Los aliados se convencieron rápidamente de que era preciso contar con esa influencia avasalladora. Sin embargo, cuando se sentaron a la mesa para discutir, las cartas ya estaban lanzadas y las potencias occidentales tuvieron que reconocer la fuerza emergente de la Unión Soviética. De ahí resultó una especie de división tácita de las órbitas de influencia mundiales que tanto los ingleses como los norteamericanos hallaron posible modificar cuando los Estados Unidos construyeron y exhibieron, a costa del pueblo de Nagasaki e Hiroshima, el poderío de la nueva bomba atómica.

El chantaje atómico duró poco tiempo. En 1950, la URSS tenía ya el arma nuclear y esto restablecía un cierto equilibrio. Las presiones realizadas sobre la URSS en los años 47 y 54 a través de la política exterior americana, de la acción internacional de la CIA, la ilegalización de los partidos comunistas en casi todo el mundo capitalista, la provocación de la guerra de Corea, la división entre comunistas y socialistas rompiendo la unidad forjada en las resistencias antifascistas crearon un clima de confrontación que generó, por otro lado, un fuerte sectarismo, desvíos autocráticos y estrechamiento teórico que se expresó sobre todo en el estalinismo.

Con todo, la guerra fría no consiguió su objetivo central que era contener la influencia soviética y llegar así a la destrucción de su poder. A pesar de ella, se consolidó esa influencia en Europa Central, las revoluciones china, coreana y vietnamita y las guerras de liberación nacional anticolonialistas abrieron nuevos frentes revolucionarios en todas partes del mundo.

En 1954 ya estaba claro que el camino de un enfrentamiento militar con la Unión Soviética era un poco sin fundamento, debido a lo que se llamó la capacidad de destrucción nuclear mutua.

Por otro lado, la ofensiva de la guerra fría no tenía logrado paralizar el avance de las revoluciones sociales y de liberación nacional aproximándolas cada vez más a la URSS.

El clima de la guerra fría y de amenaza nuclear comenzó a ceder lentamente a pesar de no terminar nunca en todos estos años cuando evolucionamos del "enfriamiento" de la guerra fría iniciado en la Conferencia de Ginebra de 1954 hasta la "distención" del periodo de la administración de Nixon-Kissinger.

Fue en este contexto que el movimiento de liberación nacional, entró en ascenso en la lucha contra el imperialismo europeo en plena decadencia después de la II Guerra Mundial, comenzó a materializarse en la acción de Estados independientes con orientaciones políticas diversas.

Estos Estados buscaban escapar de las drásticas opciones de la guerra fría y querían reforzar el movimiento anticolonialista y de liberación económica de sus pueblos del imperialismo sin tener que alinearse dentro de un conflicto que amenazaba con lanzar al mundo a una guerra suicida.

Dentro del campo socialista, en el inicio solamente Yugoslavia, por su delicada posición delante de la hostilidad de Stalin a su independencia política, comprendió la importancia de una política de no alineamiento como base de unificación de un vasto movimiento mundial.

En realidad, a medida que avanzaba la fuerza política de estos países emergentes, su poderío económico, la conciencia de su fuerza y de su papel histórico, y liquidación de los últimos vestigios del colonialismo, el movimiento de no alineados se convertía también en la más poderosa fuerza unificadora internacional.

Hoy en día, después de las Naciones Unidas, el Movimiento de no alineados es la mayor organización intergubernamental del mundo, reuniendo 138 países de cuatro continentes que representan más de dos billones de personas, cerca de la mitad de la población mundial. Es cada vez más el órgano por excelencia de los Países del Tercer Mundo, su voz más autorizada y respetada. De esta forma, el no-alineamiento se convierte en un movimiento histórico destinado a cumplir un papel fundamental en el mundo contemporáneo.

Los congresos de los no alineados realizados en Bandung (abril de 1955), Habana (septiembre de 1979), Nueva Delhi (abril de 1983) fueron incorporando un conjunto de posiciones que rebasan los objetivos de no subyugarse a la guerra fría y a la política de las grandes potencias.

Hoy, el no alineamiento está ligado a la lucha por un nuevo orden económico internacional, base del diálogo norte-sur, cuando los países subdesarrollados consiguieron por primera vez hacer sentar a la mesa de negociaciones a los países desarrollados a pesar de tener logrado resultados muy francos.

El no alineamiento es la base también de la política cultural de la UNESCO de recuperación de las civilizaciones no europeas y de la Nueva Orden Informativa Mundial que pretende romper el actual monopolio mundial de la información en la mayoría de las principales agencias de noticias de los países desarrollados.

El movimiento de los no alineados cuenta también con el apoyo del grupo de los 77, creador de la UNCTAD, organismo de las Naciones Unidas dedicado a la articulación de los intereses económicos del Tercer Mundo.

Representando hoy a la mayoría de las Naciones Unidas, que llevó a Kissinger a reclamar contra la "dictadura de la mayoría", el Movimiento de los No-Alineados ejerce una influencia creciente en los organismos internacionales y en la opinión pública mundial.

Al contar entre sus miembros con los países de la OPEP, el movimiento consiguió presionar políticamente a la democratización de países como Brasil, extremadamente dependientes del petróleo, y obtener un verdadero cerco internacional sobre el imperialismo agresivo de Israel y el racismo rabioso de África del Sur.

Sería imposible pensar por ejemplo, en la emancipación de la población negra en Zimbawe (antigua Rodésia) sin la tenaz actividad del Movimiento de los No Alineados.

Infelizmente Brasil, dominado por fuerzas conservadoras, estaba ausente de este proceso. Getulio Vargas vio con mucha simpatía el movimiento de descolonización y liberación nacional, pero las presiones internas que lo llevaron al suicidio le impidieron tener una política internacional más activa.

Juscelino Kubitschek intentó una fórmula de movilización latinoamericana no excluyente de los Estados Unidos a través de la OPA (Operación Panamericana).

Jânio Quadros fue más allá, en la búsqueda de una definición tercermundista, apoyando a Cuba revolucionaria y aproximándose ideológicamente a Nasser, uno de los principales líderes del Movimiento de No Alineados, en esta época aun incipiente como organización.

João Goulart llevó a un grado de mayor coherencia y concreción la política de no alineamiento y de defensa de los intereses del Tercer Mundo y de América Latina.

No obstante, el golpe de 1964 realineó de manera drástica a Brasil a los intereses norteamericanos. El General Golbery do Couto e Silva fundamentaba su política de seguridad nacional en la división del mundo entre las dos grandes potencias y en el alineamiento necesario de Brasil a los Estados Unidos, por el cual debería cobrar una posición de satélite privilegiado.

El General Juracy Magalhaes, como ministro de relaciones exteriores, acuñó la célebre frase: "Lo que es bueno para los Estados Unidos es bueno para Brasil".

En estos años Brasil se colocó incluso a la derecha de la política exterior norteamericana realizando todas las tareas suyas que aquel país no quería asumir directamente: la invasión de la República Dominicana, en 1966, el apoyo a África del Sur, la preparación para suceder el imperio portugués en África, la preparación y apoyo a los golpes de estado de Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina entre 1971 y 1976.

Desde el choque del petróleo en 1973, Brasil percibió, sin embargo (con el acuerdo creciente de los Estados Unidos), que no podría mantener estas posiciones reaccionarias a nivel internacional y, al mismo tiempo, depender tan fuertemente del petróleo de los países árabes que eran algunos de los principales sustentos del Movimiento de No Alineados.

Vino después el cambio, a veces lento a veces brusco, en el camino de la política exterior del "pragmatismo responsable".

Vimos así a Brasil votar contra el colonialismo portugués, contra el "imperialismo sionista" contra África del Sur dejando aterrorizadas a la Naciones Unidas y muy desconfiados a los países del Tercer Mundo.

No obstante, en el diálogo norte-sur Brasil jugó aun un papel de punta de lanza de los países desarrollados creyendo que le sería por fin reservado un lugar en la OCDE (organización que reúne a los principales países capitalistas desarrollados).

En aquella época el sueño paranoico de un "Brasil Gran Potencia" asentado en un pueblo de miserables, analfabetos y hambrientos aun rondaba las cabezas de la élite política que aún dirige ese país.

Pero el tiempo sirvió para poner las cosas en su lugar: la inflación, la recesión, el desempleo y la mayor deuda externa del mundo llevaron al presidente de Brasil a las Naciones Unidas para hablar -diez años después!- del Nuevo Orden Económico Internacional.

Esto no significa con todo, que Brasil aprendió la lección de que es necesario unirse a una lucha con sus hermanos, en vez de pedir limosna a la mesa de los poderosos.

La mentalidad tecnocrática y entreguista que domina este país en estos 20 años no será nunca capaz de servir de base a una política generosa e internacionalista.

El discurso del presidente Figueredo en la ONU fue escuchado por un número mínimo de delegados y mal informado pero sirvió como amenaza para conseguir préstamos y nuevas negociaciones con los banqueros patrocinadas por el Fondo Monetario Internacional.

¡Pobre país! Incapaz de sensibilizarse con el peligro cada vez más alarmante de una nueva y definitiva guerra nuclear que daría fin a la civilización; incapaz de sensibilizarse con la lucha de liberación nacional –semejante a la suya aunque no asumida por nuestra diplomacia- de gran parte de la humanidad; incapaz de sentir el peligro que representa para la sobrevivencia de la humanidad la situación de hambre y miseria del Tercer Mundo, de la cual él es un representante extremo; insensible, aun a las victorias socialistas que vienen liberando masas humanas de atraso, de miseria, analfabetismo, y abriendo un camino de desarrollo y emancipación para ellas.

Nada de esto conmueve a nuestra política exterior y nuestras élites. Nuestras fuerzas de oposición, la opinión pública y sobre todo las masas populares –por mayor simpatía que puedan sentir por esas luchas- se ven totalmente desinformadas e inmovilizadas delante de los acontecimientos internacionales.

Brasil, que se movilizó para participar en la Segunda guerra Mundial contra el nazismo, que luchó por la paz contra la guerra de Corea, que apoyó la revolución boliviana y protestó ampliamente contra la invasión norteamericana de Guatemala, que fue a las calles para defender la revolución cubana, asiste hoy pasivamente a la invasión de Nicaragua *antisomozista* por las fuerzas restauradoras de la tiranía con el apoyo norteamericano, las masacres de ciudadanos desarmados en América Central, la masacre de los Palestinos en Sabra y Shatila, etc. Estos son los resultados de los años de dictadura, desinformación, desmovilización e individualismo.

Sin embargo, debemos esperar una reanudación del movimiento de solidaridad internacional en nuestro país, que deberá dar un contenido popular auténtico y políticamente consecuente a la política de relaciones exteriores, conducida hoy burocráticamente y dentro del espíritu mercantilista, tecnocrático y conciliador de estar bien con los dueños del petróleo, de los mercados del Tercer Mundo y de los mercados socialistas, sin romper con el imperialismo y sus representantes.

No se trata, es claro, de abandonar los intereses petroleros y las necesidades de mercado en el país. Por el contrario, se trata de profundizar incluso esos intereses abandonando esa posición burocrática y temerosa.

Una aproximación efectiva con esos países sólo será posible si se defiende el punto de vista del Tercer Mundo por convicción y no por conveniencias diplomáticas.

Sólo así conseguiremos romper las barreras que aún se anteponen a la expansión de nuestras relaciones económicas con los países del Tercer Mundo, que se sentirían muchas veces más fuertes si pudieran confiar realmente en el apoyo sincero y generoso del pueblo brasileño y su gobierno.

Por eso, una verdadera política de no alineamiento depende sobre todo de la superación interna de la dictadura y de la instauración de una democracia efectiva que conduzca un gobierno popular en el poder.

Una política socialista en Brasil tendrá pues que seguir el camino del no-alineamiento. Deberá luchar por la paz mundial y el fin del armamentismo, por la emancipación nacional y el derecho de independencia de todos los pueblos, por un nuevo orden económico internacional justo y anti monopólico, por la superación del colonialismo, del racismo, del *apartheid*, por un concepto universal de cultura y una nueva orden informativa internacional.

No se trata pues, de acosar a las grandes potencias ni a los países desarrollados en general. Se trata de abrir positivamente un camino, un espacio que permita el avance de los pueblos en la dirección de su emancipación, de la paz, de la justicia y de la igualdad. Y éste, como ya vimos muchas veces, es el camino del mundo, en dirección del socialismo.

III. Por una política externa socialista

Vimos en los dos últimos capítulos el crecimiento del socialismo en escala mundial adoptando las más distintas formas y el ascenso de los países del Tercer Mundo a través de los No-Alineados que se convierten progresivamente en la principal fuerza política internacional capaz de garantizar la paz y promover un nuevo orden económico internacional más justo y equilibrado.

Vimos también como la política exterior brasileña estuvo durante varios años desvinculada de esas dos tendencias fundamentales de nuestro tiempo.

Brasil, dominado por grupos pro-norteamericanos, intentó un alineamiento automático con los Estados Unidos obteniendo solamente el repudio mundial y pocas recompensas.

Posteriormente el país intentó chauvinísticamente iniciativas propias a la derecha de la política norteamericana para caer en la realidad, a partir de 1973, con el choque del petróleo, y comenzar a entender nuestras limitaciones de país de Tercer Mundo.

Con todo, hasta hoy nuestra política externa refleja la ambición nunca abandonada de pertenecer al club de los ricos y de contener las reivindicaciones de los países del Tercer Mundo, intentando convertir a Brasil en una especie de negociador privilegiado del Tercer Mundo con el Primero.

Por otro lado, nuestra política exterior continúa en las manos de la burocracia de Itamaraty sin la participación política de la población y sin un debate profundo sobre sus objetivos. Se resiente así una falta de iniciativa que coloca a Brasil en una posición de inferioridad en el escenario internacional.

Son esas debilidades que se reflejan en las negociaciones de renegociación de la deuda externa, donde nuestro país se encuentra en el auge de la desmoralización. Para disponer de fuerza para establecer la moratoria definiendo unilateralmente nuestras bases de pago de la deuda externa, tendremos que ser una fuente de iniciativas de política internacional y definirnos en el cuadro de la política internacional con un perfil más claro.

En la medida en que se profundicen las conquistas democráticas de nuestro pueblo, deberá profundizarse también en el compromiso de nuestra política exterior con el avance progresista de la humanidad.

Es necesario superar esta imagen mezquina de una política exterior dirigida exclusivamente a nuestros intereses inmediatos, a la venta de productos brasileños y al equilibrio diplomático absentista, vago y distante de los problemas de nuestro tiempo.

Nuestra política exterior bajo la dirección de un gobierno popular y socialista deberá asumir una posición activa en la defensa de la paz mundial. La eliminación de las armas nucleares; la creación de zonas libres de armamento nuclear en Europa, en América Latina (ya definida en ese sentido por el tratado de Tlatelolco) y otras regiones del mundo; la mediación entre las fuerzas en choque en el Oriente Medio, en América Central y otras zonas de conflicto, donde el país puede y debe tener una influencia positiva; son algunas metas que nos elevarían en el concepto internacional.

En segundo lugar, nuestra política exterior debe asumir un carácter nítido de lucha por la emancipación de los pueblos del imperialismo, del colonialismo y de fenómenos antihumanos y obsoletos como el apartheid en África del Sur.

El drama de la defensa del pueblo palestino, debería conmover más fuertemente a un pueblo de fuertes lazos árabes y de emigración importante de Oriente Medio.

No obstante, Brasil solo acepta apoyar la cuestión palestina por el interés en el petróleo de Oriente Medio, manteniendo un perfil bajo y mostrando su falta de convicción en la solidaridad a un pueblo víctima de la tragedia de la migración forzada y de genocidio.

Lo mismo acontece en la cuestión del apartheid. Brasil apoya en las Naciones Unidas las medidas contra África del Sur pero no esclarece para nada nuestro pueblo sobre el que representa el apartheid. Entre otras cosas porque practicamos el racismo internamente de una manera grave y alarmante, inclusive contra las representaciones diplomáticas africanas en el país y sobre todo dentro de Itamaraty, donde los negros estuvieron discriminados históricamente.

Lo mismo acontece con América Central, donde apoyamos por conveniencia la política mexicana-venezolana, por coincidencia países petroleros, que busca una paz para la región en la base de una democratización política, social y económica de la misma.

Pero nuestro pueblo no está informado del genocidio que se comete contra el pueblo salvadoreño, de las violencias que se practican contra Nicaragua, y de la gravedad de la representación en Guatemala y en Honduras.

De esta forma, tenemos nuestro aproximado de posiciones internacionales correctas no por la convicción en la defensa de las causas que abrazamos, sino por los intereses petroleros y de exportación de productos brasileños. Por eso se mantiene nuestra población desinformada sobre esas realidades, para evitar presiones en el sentido de un apoyo más incisivo a las causas señaladas.

El Brasil socialista deberá cumplir un papel importante también en el apoyo al avance de la democracia en el mundo contemporáneo. Sólo el avance democrático podrá superar los graves problemas que amenazan la sobrevivencia misma de la humanidad.

Solo la democracia podrá detener la carrera armamentista que fortalece el poder de los grupos civiles y militares ligados al complejo industrial-militar.

Sólo la democracia impedirá la intervención imperialista contra las luchas de liberación y emancipación de los pueblos subdesarrollados, colonizados y dependientes.

Debemos por lo tanto fortalecer y apoyar las fuerzas democráticas a nivel internacional y apoyarnos en ellas al mismo tiempo para fortalecer la democracia dentro de Brasil, siempre amenazada por los fuertes intereses conservadores que aun dominan al país y que no serán fácilmente eliminados por un gobierno de orientación socialista.

Pero no podemos olvidar la estructura económica internacional dominada por los comportamientos monopólicos de las corporaciones multinacionales que llevan al debilitamiento del precio de nuestros productos básicos de exportación, a condiciones desfavorables para la importación de maquinarias y productos agrícolas nobles; a operaciones financieras atadas a la importación de productos de los países desarrollados innecesarios para nuestros pueblos.

Peor aún, esas importaciones son forjadoras de dependencias financieras en condiciones abusivas de dependencia tecnológica que nos somete a principios técnicos controlados por el exterior y que ahoga los esfuerzos nacionales de desarrollo científico-técnico.

Esas importaciones son también fuente de competición con la naciente, pero ya representativa, industria de base nacional, corroyendo la capacidad económica de los capitales locales.

La lucha por superar esa estructura económica internacional en un sentido que fortalezca los intereses de los países dependientes a los cuales pertenecemos tiene que ser un punto central de nuestra política.

No se trata de defender el Nuevo Orden Económico Internacional, a través de la palabra del presidente de las Naciones Unidas, *diez años después* de que fuera aprobada en ese organismo.

Se trata de tomar iniciativas en este campo, no procurando contener la organización y la actuación conjunta de los países dependientes tal como ocurrió en la reunión del Grupo de los 77 en Buenos Aires, en 1983, después del famoso discurso presidencial.

Por el contrario, debemos fortalecer los mecanismos de entendimientos directos y multilaterales que nos retiren de la dictadura del dólar y nos permitan ampliar nuestro comercio exterior con los países del Tercer Mundo, a los cuales podemos ayudar generosamente en la creación de sus industrias a través de nuestro importante sector de maquinarias e industrias básicas; en sus construcciones a través de nuestra construcción civil; en su consumo final con productos agrícolas e industriales, etc.

Pero el comercio no puede ser pensado solamente en el sentido de nuestros intereses. El comercio es un fenómeno bilateral y tiene que atender a los intereses de ambos.

Además es imposible pensar una política comercial aislada de una política cultural, de una identidad ideológica, de acuerdos políticos.

Es pues evidente que Brasil, bajo la dirección de un gobierno popular, con una amplia visión internacional, podría potenciar de varias formas su capacidad exportadora actual, creando los mecanismos financieros, jurídicos, administrativos y políticos necesarios para dar un verdadero salto en ese sector, hoy tímidamente abordado por las limitaciones de nuestra estructura financiera, jurídica y administrativa y de nuestra política externa que no abrazó con convicción las causas que mueven el mundo contemporáneo.

Es pues hora de profundizar en nuestra identidad latinoamericana, olvidada por una política prejuiciosa en relación a nuestros vecinos con los cuales poseemos identidades culturales que pueden ser la base de un intercambio comercial y una unidad política que aumentará de muchas formas nuestra capacidad de negociación internacional.

Pero es necesario resaltar una vez, que esto solo se alcanza con una convicción profunda de nuestra identidad y de la importancia de nuestra unidad.

El espíritu boliviano, que es preservado por las fuerzas populares y democráticas de la región, debe presidir nuestra política regional superando las desconfianzas y disgustos que dejó en el continente la política

subimperialista brasileña iniciada en la década de los 60 y ampliada con las intervenciones a favor de los golpes militares de la década de los 70.

La simpatía por el pueblo brasileño, la confianza de nuestras identidades culturales y la convicción de que aquella política no correspondía a la visión de nuestro pueblo sino de sus verdugos son suficientes para garantizar un campo de entendimiento amplio y abierto.

Pero si tenemos que reivindicar nuestra identidad latinoamericana, no podemos dejar en segundo plano, de ninguna manera, nuestra profunda identidad cultural africana.

La vida cotidiana y la cultura de nuestro pueblo, en lo que ella tiene de lo más popular y auténtico, está profundamente ligada al fuerte universo cultural que los pueblos africanos trajeron para nuestro país, a pesar de su condición de esclavos arrancados de su ambiente natural y destruidos por una explotación impiadosa de su fuerza de trabajo, completada con un desprecio social y una discriminación masiva.

Este desprecio y esta discriminación que se aproximan a veces al odio o pavor, conducirán a una política de emigración blanca y hasta asiática que diluye a la mayoría negra de ese país.

Las manifestaciones culturales africanas y afro-brasileñas consideradas inferiores y salvajes, fueron reprimidas.

La propia religiosidad negra, profunda y enraizada, fue discriminada y perseguida.

No obstante, la fuerza cultural de la civilización africana negra, cruzada con las tradiciones históricas africanas de Portugal, consiguen superar todas esas vicisitudes y se fortalece cada día como la principal y más profunda manifestación de identidad nacional de nuestro pueblo.

Es hora pues de revalorar nuestra relación con África, sobre todo con África Negra, para redescubrir nuestros orígenes, para participar en su esfuerzo de desarrollo (con el cual podemos colaborar decisivamente), para ampliar nuestra dimensión cultural.

La vocación de Brasil de ser una de las potencias latinoamericanas y del Atlántico Sur es una realidad que sólo se hará realidad cuando superemos nuestras veleidades europeas (sin despreciar nuestras influencias y relaciones occidentales) y nos afirmemos profundamente a nuestra condición de pueblos emergentes ibéricos, indígenas y africanos.

Cuando hablamos del Atlántico Sur, no debemos olvidar nuestra condición amazónica. Cuando sustituimos el enfoque depredador y entreguista que preside nuestra política amazónica, tendremos ahí otra área de actuación internacional y colaboración con los países de la cuenca amazónica que potencializará muchas veces nuestra capacidad actual.

Nuestras responsabilidades geopolíticas con la cuenca del Plata deben también superar el enfoque impositivo actual para generar una mayor confianza e intereses comunes en la región.

Esta región tiene grandes perspectivas cuando se superan las absurdas desconfianzas entre Argentina y Brasil mantenidas sobre todo por los regímenes militares y por la política divisionista del imperialismo que teme la fuerza económica de una política unitaria de los países de la cuenca del Plata.

A pesar de la mayor distancia de Asia y del menor contacto cultural con la misma, no podemos dejar de recordar los vínculos estrechos que creamos con Japón sin ninguna política estratégica en ese sentido.

Es un absurdo también que no tengamos ninguna política de aproximación a países como la India y China, que representan un peso político y económico fundamental en el mundo contemporáneo.

Ya señalamos la necesidad de una participación brasileña más sincera en el Oriente Medio, donde tenemos nuestro interés más estratégico que es el petróleo.

No podemos despreciar el peso de las tradiciones árabes en nuestra formación cultural, ni la importancia de la emigración de Oriente Medio para nuestro país. Con todo, nada de esto ha sido implementado, manteniéndose nuestro pueblo y nuestra elite totalmente alejada de la potencia cultural del pueblo árabe, visto hasta hoy con los ojos parcialmente europeos.

No podemos olvidar que una política exterior democrática, popular y socialista estará necesariamente conectada con los partidos socialistas europeos y el movimiento liberal norteamericano. Dos fuerzas democráticas esenciales de nuestro tiempo.

El principal peso económico en nuestra balanza de pagos viene de los países europeos y de los Estados Unidos y así deberá continuar por un largo periodo histórico. No podemos renunciar, bajo pena de mantenernos alejados de cualquier realismo político, a la tarea histórica de comprender y acompañar constantemente la realidad de esos países, apoyando las manifestaciones progresistas que favorezcan nuestras metas democráticas, igualitarias e independientes. Al mismo tiempo, la civilización occidental, con sus conquistas

en el plano científico, democrático y cultural, continúa siendo nuestra principal fuente de saber y de ella no debemos aislarnos de ninguna forma.

Con el campo socialista, hoy tan complejo y diversificado, nos corresponde establecer una política libre de prejuicios, basada en un conocimiento amistoso y fraternal de sus pueblos, de su política y de su cultura. Nos corresponde también estudiar críticamente su experiencia rica y compleja de construcción del socialismo, de desarrollo científico tecnológico y cultural.

Pero es importante entender sobre todo, el peso económico que nos representan en nuestros días estos países que tienen un enorme mercado no afectado por la recesión actual, aún en expansión para sectores de mayor interés estratégico para Brasil.

Al mismo tiempo, su peso político y militar no puede ser subestimado y considerado como enemigo nuestro, lanzándonos a una política suicida de guerra fría, comprando enemigos gratuitos para nuestro país en nombre de una identidad con un falso "mundo occidental cristiano", que no pasa de un disfraz ideológico de los intereses mezquinos de la explotación capitalista que las propias Iglesias buscan desmitificar hoy en día.

Tenemos así un cuadro de política exterior independiente, solidaria, democrática, potencializadora de nuestra estructura económica interna y capaz de arrancarnos de la alienación cultural en que vivimos en condición de simples imitadores de norteamericanos y europeos centrales.

Esa política exterior será el resultado necesario de desarrollo de la democracia en el país y del crecimiento del peso de nuestro pueblo en las cuestiones internacionales, de las cuales deberán estar cada vez más informados y conscientes para que el brasileño deje de ser un provinciano enfocado al interior de sí mismo y se haga un ciudadano del mundo, capaz de desarrollar su propio país, en la medida en que se haga heredero del proceso civilizador mundial.

Gráfico 1

La Empresa Pública en el Capitalismo Monopolista de Estado

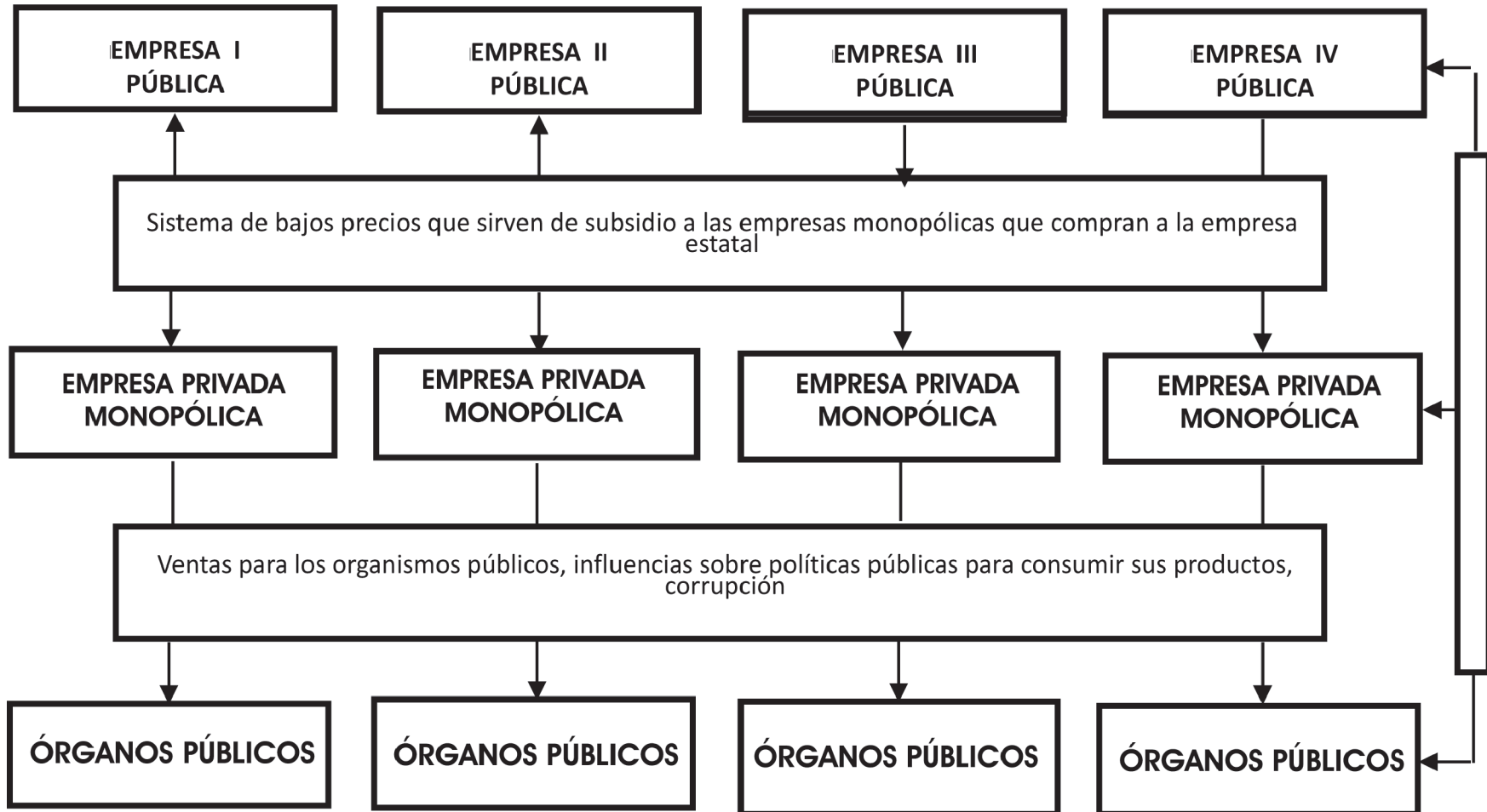


Grafico II

Capitalismo de Estado en Transición al Socialismo



Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente

Versión original en portugués:
Dos Santos, Theotonio (1991), *Democracia e socialismo
no capitalismo dependente*, Brasil, Edit. Vozes.

Índice

Introducción: Un largo debate y el futuro

Parte I. Economía política de la dependencia

- I. Nota previa
 - II. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo
 - III. La dialéctica de lo interno y de lo externo
 - IV. Los niveles de la dependencia
 - V. Soberanía nacional, democracia y socialismo
- Apéndice: Algunos esclarecimientos sobre la teoría de la dependencia

Parte II. Desarrollo científico y dependencia cultural

- I. Esclarecimientos metodológicos
 - II. Desarrollo económico-social y desarrollo cultural
 - III. Desarrollo cultural y desarrollo científico
 - IV. Antecedentes para una política científico-tecnológica
 - V. Cultura y dependencia
 - VI. Dependencia cultural y socialismo
- Apéndice: Iglesia y Estado en América latina

Parte III. Capitalismo dependiente, democracia y socialismo

- I. La viabilidad del capitalismo dependiente y la democracia
- II. Socialismo o fascismo: 20 años después
- III. El socialismo como movimiento social
- IV. El ideal socialista
- V. Las experiencias socialistas
- VI. El socialismo en el umbral del siglo XXI
- VII. La Perestroika, y la nueva etapa del movimiento socialista

- Apéndices:
- I. El debate sobre el fascismo en América latina
 - II. La punta del iceberg

Parte IV. Transición democrática y movimientos sociales

- I. La transición democrática y el pensamiento social latinoamericano
- II. Crisis, conflicto social y cambios políticos en América latina hoy
- III. Hacia una teoría de los movimientos sociales
- IV. De cómo las clases dominadas cuestionaron la dictadura
- V. Los movimientos sociales en el momento de la "Apertura política"
- VI. Movimientos sociales y democracia emergente
- VII. Movimientos sociales y movimiento político: Los caminos de la izquierda brasileña

- Apéndices:
- I. Constituyente- una agenda para el debate
 - II. Conquistas sociales y contradicciones en la constitución

Introducción

Un largo debate y el futuro

Este libro reúne gran parte de nuestros trabajos y reflexiones sobre las cuestiones de la dependencia, de la democracia y del socialismo en los últimos quince años, desde que terminamos nuestro libro *Imperialismo y Dependencia*, publicado por Era, en México, y Tsuge Shobo, en Japón.

En este lustro ocurrieron cambios importantes en el escenario económico y político del mundo que nos llevaron a profundizar en algunas reflexiones y tesis defendidas en el pasado.

La primera parte de la obra se dedica a presentar nuestras reflexiones sobre las críticas publicadas en todo el mundo sobre la teoría de la dependencia y nuestra contribución a la misma.¹ No adoptamos la forma de una respuesta o debate con esas críticas, sino que intentamos profundizar nuestras concepciones, sobre todo en el plano teórico y metodológico.

Nos posicionamos ante las teorías del desarrollo mostrando su contenido ideológico y sus limitaciones metodológicas. Mostramos el error de las críticas que pretenden situar a la teoría de la dependencia como una superposición de los elementos externos e internacionales sobre los elementos internos y nacionales de los

¹ El reciente libro de Cristobal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, London, 1989, hace una síntesis muy honesta y bastante completa sobre los debates acerca de la teoría de la dependencia y presenta una bibliografía bastante amplia sobre el tema. Sin embargo es necesario señalar que no toma en consideración el debate sobre el tema de la URSS, donde tuvo importante impacto en la formación de la "nueva mentalidad" que preside hoy las concepciones internacionales y su política exterior. Falta también un análisis del impacto de la teoría de la dependencia en África y en Asia.

países dependientes. Mostramos la dialéctica entre lo externo y lo interno en esas relaciones, los diversos niveles metodológicos del análisis de la dependencia y sus implicaciones sobre las cuestiones políticas siempre actuales de la soberanía nacional, de la democracia y del socialismo.

En la segunda parte, incursionamos más detenidamente sobre la cuestión de las relaciones entre el desarrollo científico y la dependencia cultural. Desde 1975 nos dedicamos especialmente a la temática de la revolución científico-tecnológica² que aumenta cada vez más la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados y crea las bases de una civilización global que tendrá, sin embargo, que absorber a las diferentes civilizaciones y culturas en una concepción pluralista del proceso de globalización que vivimos. Esta visión pluralista supera la visión simplista de la Ilustración y de las ideologías eurocentristas que confunden la civilización con la cultura europea y con las leyes de desarrollo del capitalismo.

Por lo tanto, el proceso de universalización que vivimos no debe suponer la aniquilación de las culturas nacionales, sino su resurgimiento en un nivel superior, en una relación dialéctica con la civilización del planeta.

No hay pues, ninguna contradicción entre nuestras afirmaciones sobre la formación de una civilización global y nuestra defensa de las culturas nacionales contra la dependencia cultural que limita radicalmente la capacidad de los países dependientes de ser parte del desarrollo universal de la cultura.

La tercera parte de este estudio integra la cuestión de la democracia en el contexto de desarrollo capitalista dependiente y procura responder a la pregunta: ¿es posible una democracia estable en las condiciones de una sociedad dependiente, donde la concentración de la renta y la exclusión de la marginalización de las mayorías sociales sean resultado de su forma particular de desarrollo capitalista?³

La ausencia de la justicia social y la indiferencia ante la miseria absoluta y sus secuelas son el aspecto esencial de una cierta concepción de modernidad y de la posmodernidad que pretende asumir fueros de verdad y tendencia universal. En esta parte mostramos, sin embargo, que el aspecto determinante de la evolución histórica es su direccionalidad hacia el socialismo.

² Estos estudios se reflejan, sobre todo en nuestros libros: *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción*. Vozes, 1985; *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*. Vozes, 1983; y *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, Vozes, 1987.

³ Nuestras ideas sobre la cuestión fueron presentadas de forma más sistemática en nuestro libro: *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano y el Nuevo Carácter de la Dependencia*. PLA. Santiago de Chile. 1970, 2ª edición revista: Edicol. México. 1976

En los días actuales, está de moda (evidente, a propósito, en toda la historia del capitalismo: recordemos a Thiers que, al vencer a la Comuna de París en 1871, aseguraba a la humanidad el fin del socialismo) presentar al socialismo como algo superado. La prueba histórica es el cambio que viene ocurriendo en Europa Oriental y en la URSS. No obstante, como mostramos en este trabajo, con ideas desarrolladas incluso antes de la Perestroika y de la *glasnost*, lo que ya estaba definitivamente superado era el “estalinismo” como ideología, y el aparato partidario y estatal-burocrático que había creado.

Lejos de significar el fin del socialismo, se representa, al contrario, el más importante avance de este ideal, de este movimiento y de esta experiencia histórica como formación social y como nueva metodología de regulación económica y social dentro del propio capitalismo. El estalinismo era un peso muerto sobre las concepciones universales del socialismo y sobre las sociedades en que se impuso, no como consecuencia del socialismo, sino como resultado del atraso histórico de las mismas, y el bloqueo imperialista que sufrieron y aún sufren. Pero el avance de las fuerzas productivas de esas sociedades, se tornó incompatible con la sobrevivencia de ambas realidades. Los países de Europa Oriental, y sobre todo la URSS, se encontraron aislados dentro del Comité de Coordinación para el Control de Exportaciones Multilaterales (COCOM).⁴ A pesar de que los Estados Unidos intentaron mantener sus alianzas militares antisoviéticas, no hubo más que impedir la independencia de Europa, la formación del Hogar Europeo y el fin de la NATO.

Lo mismo tiende a ocurrir en el mundo asiático.⁵ Que tales hechos sean presentados ideológicamente como una victoria del capitalismo sobre el socialismo es plenamente comprensible, pues forma parte de la lucha ideológica, pero que esto llegue a impresionar tan fuertemente a un sector tan grande de la intelectualidad de izquierda sólo puede explicarse por la fuerza que el estalinismo tuvo en la formación de esta intelectualidad.

Nuestros análisis sobre el socialismo muestran exactamente la necesidad histórica de los cambios que hoy ocurren. Éstos son el resultado de nuestros estudios sobre la evolución histórica del movimiento socialista,⁶ nuestra experiencia práctica en el movimiento popular, y nuestra participación en varias reuniones, seminarios y congresos sobre la evolución actual del socialismo, entre los cuales se destacan las “mesas redondas” sobre

⁴ Ver “US Isolated in COCOM on Soviet Trade” *Herald Tribune*, Feb. 16, 1990; y “US to Open High Technology to East Europe”, *Herald Tribune*, Dec. 19, 1989.

⁵ Ver “Japan Scientists Report North Korea is Building a Nuclear Arms Facility”, *Herald Tribune*, Feb., 10-11, 1990. Las crecientes contradicciones entre Japón y US y el crecimiento de las potencias medias asiáticas como China, India y Vietnam forman el dominio norteamericano en la región cada vez más difícil.

⁶ Ver nuestro Libro con Vânia Bambirra. *La Estrategia y Táctica Socialista de Marx y Engels a Lenin*. Ed. Era, México, 1978.

el "Socialismo en el Mundo", realizadas anualmente en Cavtat, en Yugoslavia, desde 1975.⁷ El llamado "espíritu de Cavtat" impregnó fuertemente el debate socialista en este periodo y tuvo gran influencia en los cambios teóricos de concepción política y del papel de la democracia que viene dándose en el campo socialista.

En seguida, nuestras reflexiones se dirigen hacia el papel de los movimientos sociales en la transición democrática que viene desarrollándose en el mundo contemporáneo como fenómeno universal. En verdad, concentramos nuestras preocupaciones en América Latina y en Brasil, en particular, donde la transición democrática se combina con el estancamiento económico y la inmovilidad de las estructuras de explotación y dominación que forjaron el modelo capitalista dependiente de manera paradigmática en este país. Gran parte de las investigaciones que sirvieron de base a este tema se hicieron en el marco del proyecto de investigaciones sobre "Perspectivas de América Latina" que Pablo Gonzales Casanova dirigió para la Universidad de las Naciones Unidas.

Vemos en esta parte la renovación del movimiento popular y su ampliación hacia nuevas clases sociales en el marco de la lucha contra la dictadura popular y en la evolución y formación de una subjetividad creadora que debe determinar cada vez más la historia de nuestro país y del continente. Vemos también cómo se reflejó en el plano político e ideológico la formación de un nuevo sujeto colectivo, al determinar la madurez de una izquierda socialista y democrática en la región.

Completamos así, un ciclo de reflexiones que, lejos de encerrar el debate en el capitalismo dependiente, la democracia y el socialismo, pretende solamente reubicarlo a la luz de los importantes cambios que vienen dándose en el mundo contemporáneo⁸ y particularmente en Brasil⁹. Esperamos haber cumplido en parte este objetivo. Que juzguen los lectores.

⁷ Las mesas redondas de Cavtat se publican en la revista *Socialism in the World* editada en inglés, francés y servo-croata de cuyo consejo de redacción formamos parte activa hasta 1985.

⁸ Nuestros estudios más recientes sobre el tema se encuentran en libro *La Crisis Internacional del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo* publicado en 1987 por Contrapunto en Buenos Aires y en la publicación en Brasil, con revisiones de 1988, por la Editora de la Universidad de Brasilia. Más recientemente preparamos para el Sistema Económico Latinoamericano un estudio sobre América Latina y la Economía Mundial que sirve de punto de partida para las investigaciones que realizamos actualmente sobre la Economía Mundial y los Procesos de Regionalización, con el apoyo del CNPq y de la Fundación Ford.

⁹ Nuestros estudios sobre el proceso histórico brasileño se encuentran en varios trabajos, entre los cuales destacamos recientemente *El Camino Brasileño hacia el Socialismo*, Voces, 1986, así como la revisión de nuestros trabajos anteriores sobre el tema que deberá condensarse en el libro sobre *La Evolución Histórica del Brasil de la Colonia a la Nueva República* que estamos preparando para Westview Press y que deberá ser publicado en 1991.

Primera parte

Economía política de la dependencia

I. Nota previa

Esta parte se divide en cuatro capítulos. En el primero, hacemos un intento de reconstrucción de las fuentes principales de la teoría del desarrollo en su versión nacionalista-democrática. De esta reconstrucción se destacan algunos elementos críticos que dieron origen a una elaboración teórica marxista sobre el desarrollo, integrándolo en el marco del desarrollo desigual y combinado del capitalismo en su fase imperialista.

Esto nos conduce a un segundo capítulo, en el cual es recogida la noción de dependencia como mediadora entre las condiciones internacionales generadas por el desarrollo del capitalismo y las determinaciones específicas de los países que ocupan una posición subordinada y dependiente en este contexto internacional. Puede observarse, en esta parte, la relación entre los niveles internos y externos, los niveles de la dependencia económica y su relación con lo social, lo político y lo cultural. De esta forma se realza la particularidad que asume el desarrollo del capitalismo dependiente y su imposibilidad de crear una economía capitalista independiente, capaz de atender las necesidades mínimas de las sociedades, como fue posible alcanzar dentro del capitalismo desarrollado. De este modo, se muestra que el socialismo aparece como la única alternativa histórica a este capitalismo dependiente.

En el tercer capítulo, se procura establecer, por consiguiente, cuál es la relación que se establece en esos países entre las luchas antiimperialistas y democráticas y el socialismo. Se enfatizan las distintas combinaciones determinadas por las estructuras económico-sociales de cada país y su relación con la revolución mundial y la teoría revolucionaria.

En el cuarto capítulo se enfatiza la relación entre la lucha por la soberanía nacional, la democracia y el socialismo como heredero de las luchas nacionales y democráticas de los países dependientes bajo una nueva óptica global.

II. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo

La teoría del desarrollo constituyó una disciplina académica en la posguerra, en los años 50. Esta fecha no es accidental. En esos años emergió el movimiento de liberación nacional en las colonias y las empresas norteamericanas y otros centros capitalistas comenzaron a invertir masivamente en los países dependientes. Para responder al desafío revolucionario en el mundo colonial (tanto para los que querían impulsarlo, como para los que querían combatirlo) y para establecer en países relativamente atrasados una economía industrial, era necesario conocer más pormenorizadamente los mecanismos del desarrollo económico. ¿Con que antecedentes teóricos se podía contar?

1) En primer lugar, con la teoría sociológica de la modernización, tal como se había configurado en Weber y Durkheim, cuyos principios sociológicos eran comunes, a pesar de sus importantes diferencias metodológicas. La burguesía de fines de siglo XIX y principios del siglo XX había establecido un esquema dual de comprensión del mundo. Se imponía internacionalmente un sistema social nuevo cuyo núcleo era el individuo racional, y cuya conducta se ajustaba a una clara definición de sus fines (independientemente del contenido de los mismos) y de los medios más económicos para alcanzarlos. La racionalidad no era un tipo ideal de comportamiento. Por más que procurara ocultar su contenido ideológico, este pensamiento partía de una filosofía de la historia, que suponía ser ese tipo de conducta "racional" un modelo superior de formación social que se impondría sobre toda la humanidad. El estudio de los pueblos tradicionales que no se ajustaban a esta racionalidad tuvo inicialmente un carácter estático, cuyo objetivo fundamental era definir las diferencias esenciales entre lo tradicional y lo moderno. Posteriormente, debido a la necesidad de inducir a un cambio más rápido en las sociedades tradicionales para ajustarlas a las nuevas condiciones del desarrollo de la economía internacional, surgieron los estudios de la modernización como un proceso de transición de lo tradicional hacia lo moderno o racional. Se trataba de implantar la racionalidad capitalista como un objetivo explícito y se hacía necesario ajustar la investigación empírica a este objetivo más activo y dedicarse al estudio de los obstáculos culturales y del comportamiento que se interponían al cumplimiento de esa meta.

2) La segunda fuente disponible para elaborar una teoría del desarrollo era la de los estudios económicos sobre el crecimiento económico. La crisis de los años 30 había recuperado para el pensamiento económico el problema del ciclo y del crecimiento. La aparición de las crisis capitalistas fundamentaba la necesidad de inducir a la intervención estatal a favor de la ampliación de la demanda. El descubrimiento de los mecanismos de "propagación de los gastos estatales" como reanimadores del sistema productivo, como creadores de empleo y de nueva demanda, parecían poder aplicarse a los países atrasados, induciendo así un crecimiento económico que conduciría a la modernización de la sociedad en su conjunto.

3) La tercera fuente de reflexión disponible era la economía política clásica, que se mantenía ocupada de los fenómenos de la implantación del capitalismo como modo superior de producción frente a la economía rural pre-mercantil y cerrada. Se trataban de rescatar, de la economía política clásica, los elementos que permitieran comprender las nuevas condiciones de distribución y circulación que hacían posibles la implantación de la división del trabajo y de la evolución tecnológica como principios de acumulación.

4) Sin embargo, existía otra tradición teórica que no se podía dejar de lado. La economía política había integrado varios elementos que permitían la comprensión del desarrollo de una economía atrasada:

a) En primer lugar, Marx tenía analizadas las condiciones de la acumulación capitalista como una relación entre la producción de valores por la fuerza de trabajo actuando sobre medios de producción y materias primas en un periodo de tiempo socialmente determinado, y la remuneración de la fuerza de trabajo vendida en un mercado por un valor inferior a la contribución de su trabajo.

A pesar del contenido revolucionario y crítico de tal descubrimiento, éste podía ser apropiado para un pensamiento reformista con el objetivo de estudiar la relación entre la producción de valores, el excedente generado y su distribución entre la burguesía rural, urbana y bancaria. La cuestión del desarrollo podía ser puesta en buena medida como un problema de utilización del excedente económico en beneficio de las clases más altas de la burguesía, que deberían aplicarlo racionalmente en nuevas inversiones capaces de aumentar la riqueza social, generar empleos, etcétera.

b) En segundo lugar, Marx tenía analizadas, a través de los esquemas de reproducción simple y ampliada, las condiciones de repartición que permitían, no solo la reproducción del sistema, sino también la acumulación de nuevos bienes y montos crecientes de plusvalía. Se trataba de trasladar dichos descubrimientos teóricos hacia el estudio de las sociedades en que ese sistema de repartición comenzaba a imponerse, con el fin de analizar las condiciones más favorables en su aplicación máxima. Dichos esquemas, ligados a los *lags* keynesianos de los mecanismos de propagación, permitían establecer ciertos modelos ideales de comportamiento de la economía en beneficio de su máximo crecimiento.

c) La tradición marxista incorporaba, en tercer lugar, los análisis de Hilferding, Lenin y Bukharine sobre el imperialismo, que permitían destacar la lucha por los mercados a escala internacional, la relación entre el monopolio, la fusión del capital bancario e industrial y su relación con la inversión internacional de capitales y la explotación de la plusvalía de las colonias. A pesar del contenido crítico y revolucionario de estos descubrimientos teóricos, era igualmente posible ponerlos al servicio de los movimientos revolucionarios de las colonias y países dependientes, para realzar la exploración de los monopolios internacionales sobre los países coloniales. A pesar de ser muy pocos los teóricos del desarrollo, incorporaron dichos fundamentos en sus análisis los sectores más combativos de los movimientos de liberación nacional.

d) En cuarto lugar, la tradición marxista de los años 20 había dedicado un importante esfuerzo de reflexión al problema de la acumulación primitiva en el socialismo. ¿Cómo era posible introducir de forma planificada el crecimiento de una nación atrasada? La idea de un Estado gestor, capaz de realizar el crecimiento económico, no dejó de impresionar a un gran número de estudiosos del desarrollo económico, que procuraba aplicar dichos conocimientos, privilegiando sus aspectos materiales: necesidad de hegemonía del sector de bienes de capital, creación de una infraestructura energética como condición del crecimiento, papel de la educación, etcétera.

e) Finalmente, la tradición marxista también había desarrollado el estudio de los países dependientes: el papel de la burguesía nacional en las luchas de la liberación nacional, del campesinado, de los intelectuales y de una clase obrera naciente; la relación entre la revolución democrática y la socialista, entre la estructura de clases y la dependencia de la dominación imperialista habían sido objeto de reflexión de la Tercera Internacional y de teóricos de los países coloniales, como Mao Tsé-Tung quien más que nadie, había liderado una revolución nacional-democrática victoriosa. No se podían dejar de lado estas contribuciones teóricas.

El campo de análisis de la teoría del desarrollo era pues, muy amplio. Los modos de enfocar las condiciones que permitían el crecimiento eran también diferentes, dependían del sector social que los analizaba. El pensamiento liberal enfatizaba las condiciones de la modernización como sustitución de la sociedad tradicional. El pensamiento nacionalista revolucionario enfatizaba la dependencia, las modificaciones de la estructura social, el contenido de la industrialización y las condiciones internas de la acumulación. Sin duda, ambas tendencias se compenetraban y se influenciaban una a la otra, produciendo un eclecticismo teórico que era resultado de la identidad básica en su modo de ser abordadas y en sus objetivos. Se trataba de extraer de las contribuciones teóricas existentes los elementos que permitieran inducir a la modificación tecnológica, económica, social y política y el desarrollo capitalista en los países atrasados. Se trataban de superar los prejuicios que presentaban *ab initio* la raza, el clima y otros factores estáticos como límite definitivo al desarrollo del modo de producción capitalista a escala mundial.

Pero no tardó en surgir una divergencia entre los dos puntos de vista. Ya en los años 50 podía constatarse que el desarrollo del capitalismo y la industrialización de estas nuevas regiones no conducían al surgimiento de nuevas naciones capitalistas independientes, sino solo a una subordinación del crecimiento económico local al capital internacional, que reservaba un papel subordinado a la industrialización de estos países, así como a sus burguesías locales. La cuestión de la independencia y de la lucha imperialista no se agotaba en la lucha por la garantía de un desarrollo industrial capitalista. Poco a poco se fue abriendo una brecha entre los sectores que querían seguir el desarrollo de las fuerzas productivas locales de una forma independiente,

nacional y capaz de atender a las aspiraciones de consumo de las mayorías y las burguesías locales, que comprendían la imposibilidad de realizar ese desarrollo en el seno de una economía mundial capitalista dominada por los grandes monopolios que controlaban la última tecnología (que producía saltos enormes en un ritmo de transformación rapidísimo del sistema productivo y de consumo, etc.). Esta economía mundial capitalista estaba determinada por las enormes necesidades de financiamiento que presuponían las nuevas inversiones altamente concentradas, en condiciones en que los monopolios internacionales poseían clara hegemonía, contando aún con el apoyo de un sistema internacional financiero controlado por los EUA. Esta economía mundial desarrollaba igualmente el marketing (publicidad, promoción de ventas, financiamiento al consumidor, etc.) capaz de generar patrones de consumo ajustados a las características de los bienes productivos por los monopolios internacionales.

La adhesión de las burguesías nacionales al capital internacional y su abandono del proyecto de desarrollo nacional, autónomo y popular, traía como consecuencia política la pérdida de su capacidad de controlar el frente político de los obreros, de la pequeña burguesía y del campesinado que apoyaba las palabras de orden de liberación nacional. Era, por lo tanto, comprensible, que el frente ideológico también se quebrantara. Este hecho llevaba, en la segunda mitad de los años 60, a una revisión de las fuentes teóricas anteriormente señaladas, para situar el pensamiento burgués en un nuevo horizonte teórico marcado por una nueva etapa de lucha de clases a escala internacional y en el llamado Tercer Mundo.

La tradición teórica burguesa incorporó progresivamente el pensamiento monetarista como mediación para comprender la necesidad de un equilibrio apriorístico de la balanza de pagos y de los medios de circulación del dinero y del crédito y para asegurar un desarrollo capitalista más “equilibrado”, en el cual se abandonaban las concesiones económicas y políticas a los obreros que componían al anterior frente nacionalista, a los sectores de clase media que habían dimensionado ampliamente un Estado usado como instrumento de clientelismo político, a un campesinado apoyado en una economía rural decadente, que se convertía rápidamente en un proletariado agrícola asalariado. La agravación de la crisis capitalista internacional intensificó la necesidad de esta política que buscaba lo siguiente: a) restringir los créditos a las pequeñas y medianas empresas para permitir una plena canalización de los recursos financieros en dirección a las grandes empresas, en general filiales locales de las multinacionales –agentes concretos de la expansión del capital a la escala internacional-; b) disminuir la presión salarial de los trabajadores e incluso rebajar sus salarios reales; c) aumentar los grupos de técnicos y profesionales de formación moderna, capaces de servir a una expansión masiva de las inversiones internacionales a nivel local; d) aumentar las exportaciones de bienes industriales que utilizaban mano de obra intensiva; e) procurar un equilibrio de la balanza de pagos por la vía del aumento señalado de las exportaciones, por un lado y a través de la “importación” de capitales por otro. A pesar de los efectos

inmediatos aparentemente favorables que generó esta política de “milagros económicos”, ya en la década de 1970, fue posible constatar sus fuertes limitaciones.

Pero la teoría monetaria, combinada con un pensamiento neoclásico a favor de las grandes corporaciones, continúa su lucha para imponer sus principios a las políticas económicas de los países dependientes.

Muchos autores no situarían este modelo teórico y de política económica en el ámbito de la teoría del desarrollo. Creen, en primer lugar, que el pensamiento monetarista se concentra en la búsqueda de ciertas condiciones de equilibrio y, en segundo, que su aplicación conduce a una regresión económica.

Es, sin duda, necesario señalar que los pensadores más importantes de los países dependientes que utilizan tal esquema teórico lo incorporan en el marco de una teoría de desarrollo. Para ellos, la política de estabilización económica anteriormente descrita hace una limpieza del terreno productivo en beneficio de una mayor eficacia económica y de más altos patrones de productividad. La ruptura de las pequeñas y medianas empresas es la derrota de la ineficiencia, la imposición de las corporaciones multinacionales y la victoria de la tecnología moderna y de la productividad. La limpieza del aparato de Estado y la eliminación de sus déficits son la derrota de la demagogia populista parasitaria y la victoria de la tecnocracia que impone patrones de eficacia administrativa y productiva en la empresa estatal. La imposición de un mecanismo de cambios más equilibrado significa no proteger a las empresas nacionales ineficaces, sino crear las condiciones de una competencia internacional saludable para el aparato productivo interno, promoviendo, al mismo tiempo, la especialización de la producción en los sectores económicos en que los países dependientes demuestran mayor nivel competitivo. Y esa teoría afirma que en el caso de algunos países ya industrializados, estas ventajas comparativas pueden ser alcanzadas en los sectores industriales que, dentro del espectro de la tecnología moderna, emplean mucha mano de obra (factor abundante y barato en los países dependientes). Estas ventajas comparativas de hecho atraerían al capital internacional a esos países. Las victorias alcanzadas por los monetaristas, con una perspectiva desarrollista, en algunos países (particularmente en Brasil) parecían liquidar definitivamente la variante del nacionalismo económico. Sin duda, ya en los años 1973-1974 comenzaban a dibujarse los fracasos de esa política.

Estos fracasos motivaron dos tipos de reacciones dentro del pensamiento económico

Por un lado, surgieron los grandes modelos econométricos e interpretativos internacionales que procuraban desarrollar grandes principios para resolver los problemas internacionales, tales como el crecimiento cero, un nuevo orden internacional impuesto por las Naciones Unidas y no por la lucha de los pueblos, los modelos de tipo ecológico alertando sobre los peligros de la “sociedad de consumo” etc. Estos grandes modelos

internacionales pecan sin duda, de la falta de un movimiento de fuerzas sociales concretas que los pueda impulsar más allá de las simplificaciones teóricas empíricas que reflejan.

Por otro lado, estimulado por los fracasos de la política monetarista y procurando aprovecharse de un relativo debilitamiento de la economía norteamericana, como resultado de la crisis económica internacional iniciada en 1967 y expresada en la depresión de 1974-1975, hubo en esos años un renacimiento del pensamiento nacionalista, pero en una versión cada vez más moderada. Su énfasis fundamental continúa en las condiciones desfavorables del comercio mundial, en particular el sistema de precios y las condiciones financieras. Pero existe una tentativa creciente de articular una política internacional de precios de las materias primas que aprovecha el mayor poder de negociación de los Estados nacionales y sistematiza la política de cárteles iniciada por la OPEP. Este poder de negociación fue ampliado en los años 1960 y 1970 como fruto de masivos procesos de nacionalización de empresas en los países de desarrollo capitalista dependiente. De este modo, hubo un entendimiento creciente de las tendencias de la economía internacional hacia una nueva división internacional del trabajo que favoreció el aumento de la exportación de productos industrializados a partir de países del Tercer Mundo.

En el plano interno no se asientan de ninguna manera bases para modificaciones estructurales. Pero la necesidad de un apoyo político a dichas medidas justifica la insistencia en mantener ciertos derechos de expresión y organización popular, los cuales se intentan controlar, sobre todo a través de una campaña de unidad interna de las fuerzas sociales nacionales hacia una lucha común en el plano internacional. Las fuentes teóricas de la fundamentación de dicha campaña no son muy diferentes de las que dieron origen a la teoría del desarrollo como disciplina, excepto por el énfasis creciente en los cambios internacionales, la cual ya existía anteriormente pero fue llevada a nuevos extremos. Es sin duda, necesario señalar que fue posible fundamentar este tipo de nacionalismo de última hora con un raciocinio supuestamente marxista, como la teoría de Arghiri Emmanuel sobre el cambio desigual. Esta teoría buscaba relacionar el sistema de precios internacionales con las condiciones salariales como fuentes de esos precios para probar que a través del cambio de bienes se formaba un sistema de explotación de los trabajadores de los países periféricos hacia los capitalistas y obreros de los países centrales. A pesar del carácter abstruso de la teoría emmanuelista del cambio desigual, su inserción en el contexto de las luchas de liberación nacional del periodo revela a) La capacidad de la pequeña burguesía para continuar generando alternativas teóricas; b) La necesidad de estas alternativas dio énfasis a las relaciones internacionales comerciales – cambio de mercaderías; c) La división que ésta misma refuerza y promueve un posible frente internacional de los intereses socialistas.

Una nueva etapa de la evolución de la teoría

Pero, al lado de esta evolución del pensamiento económico dominante, la reflexión sobre el desarrollo entró en una nueva etapa en el interior de la economía política marxista. En los años de 1960 a 1970 se produce en Occidente un profundo movimiento intelectual basado fundamentalmente en la lectura crítica de *El Capital*, de los *Grundrisse* y del Capítulo VII Inédito de *El Capital*.

Sin dejar de señalar la limitación de una lectura económica de Marx, es necesario destacar la importancia de retomar una línea de reflexión teórica que permita incorporar la noción de explotación como hecho básico de funcionamiento del capitalismo contemporáneo. De esta forma, la relación entre la explotación, el proceso de valorización el proceso de trabajo, la acumulación, el ciclo de capital, la reproducción del modo de producción capitalista, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia permiten retomar el hilo teórico que puede dar fundamento a un análisis revolucionario del problema económico. No obstante sería errado pensar que el descubrimiento de ciertos conceptos abstractos garantice el rigor del proceso de apropiación teórica de la realidad concreta. En este sentido, es necesario señalar algunos principios teóricos y metodológicos que tienen que estar presentes en el estudio del fenómeno de desarrollo, de modo que permitan un avance sustancial en su análisis:

1) Hay que considerar el desarrollo económico como un proceso histórico. Esto es, se trata de las posibilidades y tendencias reales de continuar el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional y de situar en el interior estas tendencias:

a) El papel de las tres grandes formaciones sociales contemporáneas (el socialismo, el capitalismo en los países dominantes y el capitalismo en los países dependientes) en el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional. Se trata de determinar en qué medida las relaciones de producción capitalista pueden resolver los problemas creados por el avance de la revolución científico-técnica y los procesos de concentración económica, centralización del capital, monopolización, intervención estatal e internacionalización de la producción y del capital que ésta provoca y exige.

b) Las condiciones de funcionamiento de una economía cada vez más internacionalizada, pero apoyada en las estructuras económicas nacionales y el carácter desigual y combinado. Este carácter de las relaciones internacionales no sólo fundamenta posiciones distintas relativas dentro del contexto económico internacional (países dominantes y dependientes, contradicciones interimperialistas etc.) sino que obliga a estudiar empíricamente el papel de las luchas por afirmar las estructuras nacionales dentro de esta realidad

(proteccionismo nacional creciente en los centros imperialistas, resurgimiento del nacionalismo en países dependientes, bloques de fuerzas regionales etc.). Estas tendencias proteccionistas se refuerzan durante los periodos de depresión económica. Tienden, desde 1967, a convertirse en el comportamiento normal de la economía internacional y deberán predominar aún por un periodo importante hasta que el capitalismo pueda lanzar las bases de un nuevo periodo de acumulación de capital a escala internacional.

c) Las condiciones teóricas y concretas que permiten la integración de los fenómenos nacionales con la contradicción internacional entre las dos principales formaciones sociales opuestas (capitalismo *versus* socialismo). Esta contradicción incide, igualmente, sobre las políticas económicas y los regímenes políticos de cada nación capitalista dominante o dependiente. Es de este modo que se anteponen cada vez más las luchas antiimperialistas y socialistas, la lucha contra las tendencias fascistas y el socialismo, la lucha por el desarrollo económico y la superación del subdesarrollo y de la miseria y la existencia de gobiernos populares capaces de conducir a una transformación socialista de la economía.

2) En segundo lugar, se trata de analizar el desarrollo de las fuerzas productivas como un proceso concreto de trabajo que se inscribe en distintas relaciones de producción y que sigue principios diferentes, y hasta opuestos, de regularización y conducción. Es necesario comprender por lo tanto, las exigencias que se oponen al proceso de producción en general, al proceso de trabajo en especial y a los obreros aún más particularmente. En este sentido, hay una tendencia para la normalización de la producción de acuerdo con principios que se hacen universales, pero cuya aplicación en una sociedad socialista, capitalista dominante o dependiente resulta en procesos reales completamente distintos. Por esta razón, no hay que engañarse, porque existe una tendencia universal para utilizar ciertos principios tecnológicos básicos: cuando se trasponen hacia una economía planificada y de pleno empleo liberan horas de trabajo productivo y aumentan la utilización del tiempo libre para el estudio, el desarrollo científico y espiritual; por otro lado, al superponerse dichos principios tecnológicos a una economía capitalista, éstos generan desempleo estructural, tiempo libre que se convierte en criminalidad y conflicto social, en educación deficiente y frustración; finalmente, al transponerse hacia las economías dependientes con enormes masas de subempleos, agigantan los sectores marginados de la sociedad, aumentan los sectores de altas rentas y, por lo tanto, la polarización social, la desigualdad y las contradicciones y, al mismo tiempo, desintegran el aparato interno convirtiéndolo en apéndice subordinado del internacional.

3) Las tendencias básicas de la economía mundial deben ser vistas como un conjunto complementario: productivo, comercial y financiero. Un análisis que separe estos factores, en vez de establecer una jerarquía y relación dialéctica entre ellos, conduce a un unilateralismo incapaz de captar la esencia del proceso histórico real. De esta forma, hay que integrar esos movimientos internacionales de medios de producción y fuerzas de trabajo, mercaderías y capitales, con las superestructuras jurídico-político-ideológicas.

4) La teoría del desarrollo debe, por lo tanto, romper definitivamente con su tendencia para ofrecer fórmulas ideales de crecimiento económico y de ajustes estructurales, para analizar el fenómeno de desarrollo en sus condiciones socioeconómicas estructurales, contradictorias e históricamente determinadas. Solo en este contexto se podrá situar correctamente la búsqueda de un nuevo orden económico internacional, las exigencias de crédito y de ayuda económica, las controversias sobre el gigantismo de los procesos de endeudamiento y otros desequilibrios internacionales sobre el crecimiento de la economía militar y del comercio mundial de armas, etcétera.

5) Las perspectivas internacionales son indispensables, pero no pueden dejar de redefinirse en función de las estructuras socioeconómicas nacionales y regionales y del papel protagónico de las clases sociales y de sus contradicciones. Las luchas de liberación nacional, por el desarrollo nacional independiente, por el acceso de las masas al trabajo y al consumo por la ampliación de su capacidad de decisión política y por la transformación revolucionaria de Estado, son partes integrantes y esenciales de la dinámica concreta del proceso histórico del desarrollo.

En conclusión, se podría afirmar que existe todo un camino de profundización de ciertos principios teóricos y metodológicos en cuya definición se avanza en los últimos años y que alejan la teoría del desarrollo del plano abstracto y formal en que se situó su primera fase bajo la hegemonía del desarrollo. Hoy en día, la elaboración teórica en los centros de poder mundial, asume ciertos principios de clase irrecusables (monetarismo y favorecimiento de las corporaciones multinacionales, subordinación de las burguesías nacionales, aseguramiento de condiciones de explotación elevadas para atraer el capital internacional, aumento de la intensidad del trabajo y del desarrollo tecnológico, a partir del punto de vista de la asimilación y aplicación de los principios y normas desarrolladas en los centros dominantes, subordinación del aparato productivo local a la estrategia internacional de las corporaciones multinacionales en función de una minimización de los costos y del dominio de los mercados internacionales, etc.). Por otro lado, la elaboración proletaria y popular se dirige hacia una clara visión de la estructura socioeconómica existente como una formación social concreta a escala internacional y local. En este contexto, se destaca la cuestión de la transición hacia el socialismo como parte integral de una teoría de desarrollo, identificada con los intereses populares.

Por último, cabría señalar la compleja relación entre discontinuidad y continuidad del proceso de elaboración teórica. Su inserción tan clara en la lucha de liberación nacional, democrática y de las clases revolucionarias lleva, por un lado, a una asimilación sistemática de estas preocupaciones en la vida universitaria, trabajadora y artística, sobre todo en los momentos de auge democrático localizados en general en ciertos países, regiones o instituciones que atraen a los intelectuales y a los científicos expulsados de otras partes. Por otro

lado, como consecuencia de estos avances se producen violentos procesos de represión y dispersión de los centros de reflexión y de producción teórica y empírica y nuevos reagrupamientos en otros centros nacionales, regionales o institucionales.

En Brasil, entre 1961 y 1964, hubo una gran explosión teórica e intelectual. La radicalización del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), el surgimiento de la Universidad de Brasilia, los debates organizados en la Facultad de Filosofía de São Paulo y en la Facultad de Economía de Minas Gerais fueron los centros principales de atracción de la elaboración teórica y de la investigación. En Chile, entre 1970-1973, la "Escolantina", o Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) fueron los principales centros de polarización que recogían, de cierta forma, la experiencia investigadora de centros internacionales ahí localizados como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación y Estudios Sociales (ILPES), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), etcétera.

Desde 1973, en México, se reprodujo esta situación con una mayor infraestructura local (material e intelectual), una mayor concentración de refugiados y aprovechando un alto grado de elaboración que la reflexión teórica ya había alcanzado en este país. No se puede dejar atrás, del mismo modo, la constante influencia de Cuba como centro de experiencia política y de irradiación intelectual e ideológica, siempre dinámico e interesado en comprender el proceso continental e internacional. Es necesario señalar aún el desarrollo de formas de intercambio y colaboración de los centros de investigación y enseñanza continental, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Asociación Latinoamericana de Sociología, la Asociación de Facultades y Escuelas de Economía y las experiencias de escuelas como FLACSO y Escolantina o iniciativas como el Seminario Permanente sobre América Latina (SEPLA), la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, etcétera.

No se puede tampoco olvidar que en cada país del subcontinente existe un desarrollo de centros de investigación y docencia, incluso durante dictaduras, que demuestran la vitalidad del impulso teórico en el subcontinente. En África y en Asia existen igualmente centros importantes de producción e irradiación que cuentan con el apoyo de gobiernos locales, el movimiento de los no-alineados, centros de investigación regional, etcétera.

En los países capitalistas desarrollados se puede constatar una menor objetividad en el tratamiento del problema del desarrollo, como consecuencia de la influencia del avance del pensamiento de los países dependientes y de una crisis económica, social e ideológica muy profunda que provocó un renacimiento del pensamiento científico en bases críticas y metodológicas nuevas.

En los países socialistas hay una evidente profundización y una extensión cuantitativa de los estudios sobre el desarrollo, donde se reconoce igualmente la contribución de los esfuerzos teóricos de los investigadores de los países dependientes.

Esta efervescencia teórica es una demostración de la gravedad del fenómeno concreto que se analiza, de su dinamismo y de la urgencia de resolver la crisis social que está cultivando estas inquietudes teóricas. La humanidad solo ubica los problemas que puede resolver y, si busca, de forma amplia, comprender el problema del desarrollo, del subdesarrollo y de la dependencia, es porque la cuestión está madura en la búsqueda de una solución. La teoría es, sin duda, únicamente un momento de proceso de transformación concreta de la realidad. La verdadera transformación es hecha por los pueblos en lucha por su liberación, por el desarrollo de su capacidad productiva, por la eliminación de la miseria, del hambre, del desempleo y del subempleo, luchas que constituyen una parte esencial del proceso de emancipación del pueblo trabajador en el mundo entero.

III. La dialéctica de lo interno y lo externo

El estudio de la evolución de la teoría del desarrollo revela dos debilidades básicas: su eclecticismo teórico y su formalismo metodológico. Ambas limitaciones teórico-metodológicas conducen a un tipo de análisis que desprecia el análisis de los medios y procedimientos propuestos para alcanzar el desarrollo de las condiciones históricas concretas en que éste ocurre. La abstracción de las condiciones históricas conduce, no a una teoría aplicable a cualquier situación concreta, como se pretende, sino a un conjunto de fórmulas vacías que privan la relación entre el desarrollo económico y las condiciones concretas de su realización dentro de una economía mundial que modifica su estructura en un proceso dialéctico de evolución histórica. Este proceso conecta inevitablemente las estructuras del pasado, mismo para aquellos países que se encuentran en etapas más atrasadas de desarrollo. Como consecuencia, una teoría de desarrollo sólo será legítima a medida en que consiga insertar las experiencias nacionales en el marco de la evolución histórica de la economía mundial. La noción de la situación de dependencia se estableció como instrumento fundamental que permite relacionar la evolución de la economía internacional y los procesos internos de las economías y sociedades atrasadas en las diferentes etapas de la historia mundial.

Los progresos teóricos y empíricos alcanzados en el plano económico, social y político permiten avanzar un poco más en la comprensión del funcionamiento de las formaciones socioeconómicas dependientes y de las implicaciones políticas suscitadas por dichos análisis.

La definición de las relaciones de dependencia como elemento central para comprender el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas conduce necesariamente a la propuesta de los niveles en que se establecen estas relaciones.

Si entendemos por dependencia una situación condicionante en que el desarrollo de algunos países afecta o modifica el funcionamiento de otros países o unidades socioeconómicas, dentro del desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista a escala mundial, podemos establecer en general, que este fenómeno debe ser analizado en niveles distintos para captar toda riqueza de las determinaciones que encierra.

La primera distinción de niveles que se propone es la realización dialéctica que se establece entre las leyes de movimiento de una estructura de relaciones internacionales, cuyas determinaciones se encuentran en la dinámica de la acumulación capitalista en los países dominantes, y su entrelazamiento con economías nacionales que tienen su proceso de acumulación *condicionado* por el modo de inserción en esta economía internacional y, al mismo tiempo, *determinado* por sus propias leyes de desarrollo interno.

Las palabras *condicionado* y *determinado* reflejan conceptos precisos. Una cierta estructura socioeconómica posee sus leyes de movimiento *determinadas* por sus elementos constitutivos y las relaciones que establecen entre sí. Estos elementos explican, en última instancia, sus leyes de movimiento. En términos dialécticos, todo fenómeno se mueve a partir de sus contradicciones internas que determinan y abastecen los marcos de posibilidad de sus acciones.

Sin embargo, los elementos internos que conforman una realidad no agotan, sino que operan en determinadas *condiciones*, en un campo de acción que modifica su funcionamiento, permitiendo el pleno desarrollo de ciertas partes, bloqueando el desarrollo de otras, aumentando o disminuyendo las contradicciones que las oponen, introduciendo nuevos elementos sobre los cuales reaccionan los elementos internos, exigiendo su adaptación o llegando incluso a romper las estructuras existentes. En la dialéctica entre estos elementos internos y el choque con una formación socioeconómica superior, puede ocurrir, incluso una situación de impenetrabilidad, de resistencia absoluta, que puede llevar a la destrucción total de las estructuras existentes y a su sustitución por otras diferentes.

La dialéctica entre lo interno y lo externo debe partir de estos supuestos si no quiere transformarse en una visión simplista y formalista del proceso de movimiento. Si abandonáramos el campo de esta digresión abstracta y buscáramos insertarnos en la realidad internacional, veríamos que el surgimiento y la expansión del modo de producción capitalista a escala internacional no pueden desprestigiar esas leyes dialécticas.

El surgimiento del capitalismo en Europa Occidental solo fue posible gracias al crecimiento de la burguesía comercial y financiera, como entidad relativamente autónoma de la orden feudal, al mismo tiempo que la relativa debilidad de la nobleza en Europa no permitió subyugarla. La monarquía europea, al contrario de las orientales, solo se impuso por medio de una alianza con la burguesía naciente y su desarrollo histórico solo fue posible a medida que la monarquía asoció su destino a la expansión del comercio mundial y al desarrollo interno de las manufacturas. La inserción de Europa en el comercio mundial de los siglos XIII a XVI vio fortalecerse así, a una burguesía en proceso de afirmación, y debilitarse a una nobleza raquítica, aislada y poco capaz de unificar los diferentes y contradictorios intereses locales de los feudos.

La burguesía se desarrolló en Europa Occidental en oposición a los intereses locales, instrumentó el Estado absolutista a favor de sus manufacturas y supo aprovechar los resultados de la expansión europea, creando las bases de un nuevo modo de producción que, apoyado en la concentración, cooperación y división del trabajo generado en las manufacturas, pudo avanzar en dirección a la separación radical entre la propiedad de los medios de producción y la fuerza de trabajo, conjuntamente con la incorporación de maquinaria y la creación de la fábrica moderna. Como resultado histórico de este proceso, surge la gran industria y se impone de manera irreversible, el modo de producción capitalista.

La imposición del modo de producción capitalista en Europa Occidental, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Holanda, a mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, condicionó el desarrollo del capitalismo en otros lugares. Desde entonces, se puede constatar que la postura asumida por la revolución burguesa en estos países no se repetiría en otros lugares, a pesar de conservar sus elementos esenciales. La lucha de otras burguesías para imponerse internacionalmente se encontraba con dos elementos nuevos muy directamente: desde el punto de vista interno, la imposición de la gran industria en una etapa ya avanzada de desarrollo tecnológico se confundía con el crecimiento inmediato de un proletariado industrial que radicalizaba e introducía objetivos propios dentro del proceso democrático revolucionario; desde el punto de vista externo, la afirmación de la unidad nacional en oposición al feudalismo local abría el mercado interno en formación a la competencia de los centros industriales más avanzados. El capitalismo liberal es sustituido por el proteccionismo y la revolución democrática por la reforma llegada desde arriba. La dialéctica de lo interno y lo externo asume así, otra forma en las nuevas experiencias de desarrollo capitalista en la segunda mitad del siglo XIX.

América Latina vive una situación diferente a estos países. Teniendo desarrollada una manufactura importante en el siglo XVIII, tuvo la constante oposición de la Corona, de los comerciantes locales y de la oligarquía agraria y minera. La lucha por la independencia parecía abrir camino a una explosión de masas capaz de

romper el yugo de las economías regionales, de la dominación, externa de capital comercial y financiero europeo. Sin embargo los comerciantes y financieros ingleses tenían mucho que ofrecer a una economía profundamente debilitada por años de guerra civil. La participación de los sectores latifundistas en la guerra de liberación les permitía mantener y hasta aumentar su hegemonía en la sociedad local que compartían apenas con los comerciantes, sobre todo aquellos dedicados al comercio internacional. A esta estructura de dominación del tipo oligárquico se asomaban los préstamos ingleses para constituir a los Estados Nacionales, en el marco de una dependencia al capital de los centros dominantes. Como consecuencia de este modelo oligárquico latifundista-mercantil, al cual se somete la lucha por la independencia es comprensible la insuficiente voluntad de romper relaciones serviles en la producción manufacturera de tipo arcaico, incapaz de desarrollar, como en Europa y en Estados Unidos, las potencialidades de la concentración, cooperación y división del trabajo que se delineaban dentro de las unidades manufactureras. Esta debilidad favorecía, por consiguiente, la competición de los productos manufacturados por la industria europea y deprimía el impulso revolucionario de las fuerzas productivas locales, la separación entre el productor libre y el propietario de los medios de producción, en síntesis: el desarrollo del modo de producción capitalista.

El enorme desarrollo del comercio internacional en la segunda mitad del siglo XIX vio reforzar la tendencia hacia una economía dependiente de los principales centros industriales. La lucha que se desarrolló en el decenio de 1840-1850 entre los artesanos y dueños de las manufacturas locales y los comerciantes y latifundistas era absolutamente desigual. Aquellos necesitaban imponer una protección de un Estado incipiente a sus manufacturas, en oposición a la importación de productos industriales mucho más baratos, importados con las divisas obtenidas por una agricultura y una minería en expansión, pues atendían a una demanda creciente en los centros de acumulación internacional del capital. La mano de obra recién liberada de los lazos serviles o aún subyugada a estos, se destinaba masivamente a las explotaciones agrícolas o minero exportadoras. Los latifundistas y comerciantes enriquecidos utilizaban sus recursos para canalizar la mano de obra de las regiones decadentes o del exterior hacia los nuevos centros de producción. Se imponía un modelo de desarrollo que permitía el rápido enriquecimiento de una oligarquía poderosa y que llevaría a la modernización urbana y al desarrollo de una clase media que apoyaba los esquemas cosmopolitas de la oligarquía agraria o minero-exportadora.

La oligarquía exportadora dominaba no solo los centros básicos de producción agraria o minera, sino también las actividades comerciales y los servicios que daban ocupación a esta clase media naciente. Es importante considerar también que las actividades agrarias y minero-exportadoras, bajo la hegemonía oligárquica, generaban divisas para importar los productos manufacturados de la clase de Europa consumidos por la clase media. De esta manera, la clase media se asociaba al modelo exportador, por más inconveniente que le hubiese resultado la dominación hacia la cual la conducía su dependencia de la oligarquía comercial exportadora.

Aquí otra vez, las leyes internas de desarrollo de un capitalismo incipiente encuentran una manera de inserción en las condiciones generadas en el exterior por el capitalismo hegemónico. Los elementos internos que *determinaban* el paso a una etapa de desarrollo capitalista tienen su desarrollo *condicionado* por las tendencias de la economía capitalista internacional, cuya dinámica no controlaban. Las bases de un desarrollo capitalista local, generadas por la decadencia de la aristocracia agraria y minera colonial y por el progresivo rompimiento de las relaciones de producción serviles o esclavistas, no sirven de sustento a un capital industrial cuyo carácter incipiente lo volvía incapaz de competir en un mercado mundial en formación, pero sí en una nueva burguesía comercial, agraria y minera, que conserva muchas características del pasado.

Por esta razón, nuestra revolución burguesa se quedó a mitad del camino. Las tesis liberales fueron asumidas por la oligarquía comercial, minera y agraria y las tentativas proteccionistas permanecieron en las manos de los débiles grupos de artesanos y manufactureros. Éstos, por su parte, fueron debilitándose con el surgimiento de industrias capitalistas, complementarias al sector exportador. El carácter dependiente de estas industrias limitaba la fuerza de una burguesía industrial naciente y la subyugaba estructuralmente a los intereses del sector exportador. Esto no solo generaba el mercado básico para el sector industrial debido a la demanda de los trabajadores y capitalistas que no podía ser atendida totalmente con productos importados, sino también destruía el sector artesanal-manufacturero ubicado en las zonas rurales que no resistía al proceso de especialización de la actividad agrícola debido a la creciente demanda generada por una agricultura cada vez más especializada, dirigida mayoritariamente a la exportación. Al mismo tiempo, las actividades exportadoras demandaban productos industriales para empaque, etc. Y se establecían las bases para la industrialización de algunos productos exportados.

Es así como se crean, en el siglo XIX, estructuras socioeconómicas exportadoras basadas fundamentalmente en un capitalismo comercial y agrario, que origina elementos de un incipiente capitalismo industrial y que comienza a desarrollar una división social del trabajo cada vez más diversificada y también las bases de relaciones de producción capitalista en los sectores agrícola, comercial, de servicios e industrial. Esta estructura socioeconómica se configuró según ciertas demandas del comercio mundial y según una nueva división del trabajo a escala internacional que la acumulación capitalista generaba en los centros dominantes.

Las leyes del desarrollo del capitalismo internacional actúan, por lo tanto, sobre estas formaciones socioeconómicas impulsando su transformación, en una relación dialéctica con sus elementos internos y generando leyes de movimiento propias que no son las de acumulación capitalista pura, sino modificaciones de éstas, determinadas por esta posición subordinada y dependiente en la economía mundial. Sin embargo, ¿será posible comparar este desarrollo con la acumulación capitalista pura? ¿Éste no es simplemente un caso más de desarrollo capitalista? ¿Por qué encararlo como una especie de desarrollo parcial, insuficiente, deforme?

En este momento de nuestro estudio nos encontramos con un importante problema teórico. Se hace necesario elevar el nivel de abstracción de las preguntas anteriores y establecer: ¿Qué relación existe entre una estructura capitalista pura y sus modos concretos de funcionamiento? ¿Qué relación existe entre un mundo de producción puro y sus modalidades históricas concretas?

Un modo de producción es, al mismo tiempo, el producto de ciertas condiciones históricas concretas y una estructura de relaciones determinadas que tiende a reproducirse y ampliarse. Por ello, el método dialéctico lo aprehende a través de categorías lógico-históricas. Pero cuando una categoría se desarrolla, se separa de las condiciones concretas de su surgimiento histórico para convertirse en una abstracción pura, en un concepto simple articulado con otros conceptos más concretos, en un concepto abstracto que puede operar en condiciones particulares distintas en las cuales actúan otras determinaciones. El conflicto entre historicismo y estructuralismo es un delineamiento superado por la dialéctica materialista. La dialéctica incorpora, en una misma realidad y un mismo sistema de categorías y conceptos, lo histórico y lo estructural.

El modo de producción capitalista, con sus categorías puras de análisis, corresponde a una estructura de relaciones cuyo movimiento determina el proceso histórico concreto, aunque actúe en una realidad que obstaculice en parte su movimiento al integrar otros elementos que no se someten a la determinación del modo puro de producción.

Por ello, un capitalismo que se impone sin el dominio de su mercado interno, sin alcanzar su soberanía, sin determinar internamente su proceso de acumulación y reproducción, sin desarrollar hasta las últimas consecuencias la separación entre la propiedad de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, sin separar radicalmente la propiedad de la tierra y del capital, sin la base esencial de la acumulación capitalista que es la gran industria, sin apoyarse en el desarrollo tecnológico determinado por la hegemonía de la plusvalía relativa en el proceso de acumulación, sin una burguesía industrial, etc. está condenado a reflejar en su interior una contradicción constante entre los elementos del modo de producción capitalista que dan fundamento a su movimiento histórico y a la ausencia de los elementos capaces de permitir su pleno desarrollo como modo de producción. Estas formaciones sociales concretas están condenadas, al mismo tiempo, a buscar un compromiso entre estos elementos contradictorios que las conforman y a la necesidad de romper estos compromisos para permitir el pleno desarrollo de este fenómeno que las dinamiza, esto es, las relaciones de producción capitalista parciales, debido a la manera particular y concreta de su inserción en el proceso de expansión capitalista mundial.

La dialéctica de lo interno y lo externo se hace, por lo tanto, evidente en estas formaciones sociales capitalistas dependientes. La forma de lo interno, su modo de funcionamiento, su particularidad son, de manera aparentemente paradójica, la expresión de su inserción en lo exterior.

IV. Los niveles de la dependencia

La dialéctica también se hace evidente cuando buscamos diferenciar los niveles en que se mueve este concreto histórico que son las formaciones sociales dependientes.

En lo económico, encontramos de inmediato la compleja relación entre las formas de intercambio comercial condicionadas por un mercado mundial capitalista muy desarrollado en la etapa monopolio-imperialista, una división internacional del trabajo, fruto de la combinación entre las leyes de los costos comparados y la acción de los monopolios orientando sus movimientos, y un mercado internacional de capitales en busca de bajos costos y elevadas tasas de ganancia. Más allá de esto, nos encontramos con el desarrollo de un capitalismo agrario y minero basado en la explotación extensiva de la mano de obra local o emigrante, recién liberada del servilismo y/o de la esclavitud, sin acceso a la tierra ávidamente acumulada por capitalistas aventureros apoyados en un ejército libertador que se confundió, poco a poco, con los intereses de la nueva estructura agrario o minero-exportadora.

Desde este momento, se diferencian y se mezclan en un movimiento histórico complejo, estos cuatro niveles de la dependencia económica: el nivel de intercambio desigual entre la exportación de bienes primarios y la importación de bienes manufacturados; el nivel que se va evidenciando posteriormente del pago unilateral por parte de los países dependientes, de los servicios de transporte y tecnología; el nivel de movimiento de capitales (primeramente en cartera y sobre todo posteriormente, por inversión directa); y, por último, el nivel de la sobre explotación de la fuerza de trabajo local o emigrante para compensar las transferencias de recursos generados por los tres primeros niveles.

El desarrollo posterior del capitalismo dependiente mostrará que era muy difícil romper estos condicionamientos en que se movía. La superación de algunas formas de condicionamiento apenas hacía elevar el escenario de dependencia a situaciones nuevas más complejas y más limitadoras.

La literatura económica y sociológica de América Latina ha ofrecido sucesivos ejemplos de expectativas libertarias y constataciones posteriores de su fracaso,

Como vimos, el capitalismo dependiente estaba necesariamente dividido entre sus elementos dependientes y conservadores. La burguesía local apenas muere en una etapa para renacer en otra con objetivos semejantes, pero modificados y adaptados a las nuevas formas de dependencia. Los dueños de manufacturas y artesanos latinoamericanos que reflejaron las revoluciones europeas de 1848 fracasaron de manera ostensiva frente a las oligarquías exportadoras. Se asemejaban muy poco a sus sucesores, los inversionistas de 1860-1870, que buscaban crear empresas capitalistas modernas y se vieron abrumados por la estrechez de nuestros mercados internos. Estos, por su parte, se parecían apenas remotamente a los industriales de fines de siglo pasado y principios del presente, en México, Brasil, Argentina y Chile. Crearon las bases de una industria completamente dependiente de la estructura exportadora, alcanzando una posición importante durante la Primera Guerra Mundial para caer, en seguida, víctimas de la competencia de las manufacturas extranjeras en los alegres años 20 de recuperación capitalista internacional. Estos burgueses industriales se asemejaban remotamente a los nuevos y modernos industriales que aprovechándose de la baja de las importaciones manufactureras de los años 30 y de la crisis revolucionaria desencadenada en nuestros países, en el contexto de la crisis general del capitalismo, crearon un parque industrial suficientemente amplio para aspirar a un desarrollo nacional autónomo como definían sus ideólogos. Sin embargo, terminaron abrumados por la entrada masiva del capital extranjero apoyado en la tecnología concentrada y sofisticada, desarrollada después de la Segunda Guerra Mundial, que acabó por imponerles la condición de socios menores de capital internacional, ya en la segunda mitad de los años 50. La gran burguesía financiero-industrial, comercial y de servicios que logró articularse en el apogeo desarrollista generado por la entrada masiva del capital internacional entre 1950 y 1970 buscaba abrir camino hacia un desarrollo industrial dependiente, sin aspiraciones autónomas, en alianza con el capital internacional, abriendo sus mercados a los productos manufacturados de menor nivel tecnológico, apoyándose en la fuerza de sus Estados nacionales y buscando capacidad de maniobra propia. Este sector se sintió capaz de ejercer presiones políticas sobre los centros imperialistas en la actual situación de crisis capitalista internacional y de crecientes contradicciones interimperialistas. Pretendió explotar esta situación en un movimiento tercermundista que utilizara las materias primas y los productos agrícolas como fuerza de presión internacional, alcanzando, sin embargo, resultados poco optimistas.

En los últimos años este capitalismo local renació, tras la onda expansiva de un capitalismo de Estado que se amplió, tendiendo a crear la infraestructura para las nuevas etapas de inversión capitalista internacional y local. Su carácter dependiente condujo al mismo destino de sus antecesores, pues a pesar de que hoy en día su fuerza es más concentrada que la burguesía de los años 1930 y 1940, a sus competidores internacionales

(las actuales corporaciones multinacionales y conglomerados y los poderosos Estados imperialistas en que se apoyan) es muchas veces aún más poderoso. Esta es la etapa histórica en que los poderes financiero e industrial internacionales se articulan en una fase superior de centralización y concentración de capitales, mientras las gigantescas inversiones de las corporaciones multinacionales en el desarrollo científico y tecnológico introducen nuevos elementos en la acumulación capitalista que las burguesías locales no pueden ni de lejos dominar.

La historia de las tentativas de afirmación de una burguesía local, resumida anteriormente, es la historia de un desarrollo capitalista dependiente, de un capitalismo atrasado que solo consigue avanzar imitando los pasos dados por el capitalismo dominante.

No puede romper las cadenas del atraso que le imponen, no solo sus relaciones internacionales, sino sobre todo sus estructuras internas concentradoras y excluyentes. Solo es capaz de desarrollarse con base en la explotación de mano de obra barata, pero no puede absorber masivamente su fuerza de trabajo y crear un mercado interno suficientemente amplio para dar origen a una industrialización que integre los sectores de la industria pesada y de la moderna tecnología, y mucho menos capaz de generar su propia tecnología y de realizar un importante esfuerzo interno que sirva de núcleo generador de procesos de acumulación.

Por esta razón, los niveles de dependencia económica se condensan en nuevas formas y se agigantan los problemas en el momento exacto en que su resolución parecía próxima.

Las nuevas etapas de industrialización no consiguen romper los límites de las actuales metas impuestas por la división internacional del trabajo que reserva a estos países los campos tecnológicos desplazados de los lugares clave del sistema. El monopolio de la tecnología por parte de los países altamente industrializados les garantiza el monopolio de inversión y los altos precios de los productos exportados, en comparación con los precios decadentes de los productos industriales que comienzan a exportar algunos países dependientes de industrialización más avanzada.

Las relaciones de precio continúan, por lo tanto, deteriorándose, a pesar del surgimiento de nuevos ítems de exportación. Al mismo tiempo, los países dependientes no pueden abandonar totalmente la exportación de sus productos primarios. Éstos pasan muchas veces a ser exportados por entidades estatales con la complicidad de los antiguos inversionistas imperialistas, interesados en abandonar no solo la producción de productos primarios, sino también las inversiones en servicios públicos y otras actividades tradicionales. Los pagos

recibidos como indemnización por la nacionalización de sus empresas tradicionales son invertidos en nuevas actividades industriales o en el control de la comercialización internacional de los productos exportados por las empresas estatales que no disponen, en general de la fuerza y de la voluntad política para enfrentar un mercado internacional monopolizado por las mismas empresas multinacionales.

La incapacidad de determinar completamente las condiciones de funcionamiento del sector exportador, cada vez más estratégico, conduce a un desmejoramiento progresivo de la balanza comercial, ya que con las divisas de exportación, se pueden comprar las máquinas y materias primas industrializadas con las cuales operan un parque industrial nacional, creado como mediador en un sistema productivo internacional que este último no controla. Al déficit creciente de la balanza comercial hay que sumar el de servicios (básicamente traslados y *royalties*) y el de capitales directos (inversión directa inferior a los lucros remitidos). En consecuencia, se origina una balanza de pagos cada vez más negativa que sólo puede subsistir con la ayuda de créditos del exterior y de un endeudamiento acumulativo, ya que solo el pago de servicios de la deuda consume la mayor parte de los nuevos préstamos recibidos.

Como consecuencia de esta situación internacional negativa se refuerzan los mecanismos internos de sobre explotación, concentración y monopolización. También se vuelve cada vez más patente la incapacidad del capitalismo dependiente para incorporar la mano de obra liberada por los sectores económicos tradicionales en crisis. Se mantiene un mercado interno siempre estrecho y se hace más grande una concentración violenta de los rendimientos en las manos de los sectores improductivos y especulativos. Finalmente, se reafirma una creciente desnacionalización y desarticulación del aparato productivo nacional mientras se refuerza su posición de dependencia en relación a la economía internacional.

De esta forma, se repite el ciclo de la dependencia a un nivel superior. Interactúan todos los elementos de la dependencia: relaciones comerciales desfavorables y una posición subordinada en las nuevas etapas de la división internacional del trabajo, importación de capitales y exportación de ganancias, a lo que se añade un endeudamiento creciente. Se refuerza la dependencia tecnológica, y las leyes de la sobrexplotación de la fuerza de trabajo se expresan en la concentración del rendimiento, en la estrechez del mercado interno y en su contrapartida lógica: la debilidad del aparato productivo. Se refuerza de este modo la dependencia bajo la lógica de hierro de la acumulación capitalista internacional, altamente concentradora, excluyente y empobrecedora de las mayorías.

Lo que ocurre a nivel económico, se retraduce igualmente en lo social y en lo político. La lógica de la exclusión y del desarrollo raquítico de las economías dependientes es la misma que convierte sus burguesías en simples

enanos, que aspiran a un desarrollo completo, pero que se sacrifican prontamente al capital internacionalmente hegemónico. Burguesías cada vez más temerosas de sus clases obreras que ya no se sienten capaces de manipular, mediante un gran plan de desarrollo nacional como en los años 1930 y 1940. Al mismo tiempo, ven con temor desarrollarse en esa clase obrera concepciones ideológicas y políticas autónomas, de carácter socialista. Para enfrentar esta situación política, el capital internacional y sus socios locales ejercitan, desde una violencia abiertamente fascista para contener estas tendencias socialistas crecientes, hasta las tentativas de favorecer una concepción social-democrática que organice a la clase obrera (más fuerte y políticamente más consciente que las anteriores manipulaciones populistas), dentro de una perspectiva de conservación del sistema capitalista, reformulándolo literalmente e integrando políticamente esta clase, cuya independencia política puede alterar profundamente los marcos sociales y políticos.

Sin embargo se hace necesario a estas clases dominantes no solo controlar la clase obrera, sino también otros sectores sociales víctimas de la violencia explotadora del capitalismo dependiente: asalariados, masas pequeño-burguesas y campesinas y un inmenso subproletariado concentrado en las zonas marginales de las grandes ciudades. En una situación de crisis creciente del capitalismo dependiente, esta salida social-demócrata tiene perspectivas poco sólidas y limitadas. Se crean, de esta forma, verdaderos "embotellamientos" políticos que desconciertan completamente a las clases dominantes y abren camino a aquellos aventureros que demuestran capacidad de controlar políticamente la situación. Se abren de esta forma las puertas de poder a los militares, a los líderes y grupos fascistas que muestran esta capacidad política.

De esta forma, los niveles económico, social, político e ideológico de las relaciones de dependencia se articulan en un proceso histórico cuyo movimiento sólo puede ser aprehendido en una dinámica en la cual la dominación y la dependencia escriban una única historia del sistema económico mundial. Este desarrollo desigual y combinado del capitalismo mundial va renovando en etapas cada vez más complejas su carácter explotador, concentrador y depauperador de las grandes masas. La inestabilidad política inherente a esta dinámica económico-social lleva, así, a intentar soluciones socio-democráticas (que sustituyan el desgastado populismo nacionalista y democrático de los años 1930 a 1950), o las dictaduras militares o civiles de perfil fascista, que impongan las transformaciones modernizadoras que exige la acumulación capitalista monopolista, concentrada y centralizada, propia del gran capital internacional en la etapa actual de la división internacional del trabajo y de la internacionalización del capital.

V. Soberanía nacional, democracia y socialismo

Los capítulos anteriores nos señalaron las limitaciones teóricas del pensamiento dominante, para enfrentar y explicar la acumulación capitalista en condiciones de dependencia y las limitaciones económicas y políticas del capitalismo dependiente para proponer un desarrollo económico independiente y popular, capaz de generar un consenso social y una democracia política estable. En estos razonamientos queda claro que, en estas formaciones sociales capitalistas dependientes, las tareas democráticas que fueron propias de las revoluciones burguesas originales llegan a ser impulsadas por las clases y grupos sociales dominadas, en constante rebelión contra el estado de cosas existente. Se produce de esta forma un complejo proceso de articulación entre las tareas antiimperialistas o de liberación nacional, las aspiraciones populares por la elevación de sus niveles de vida y la redistribución de la renta, el establecimiento de una democracia política que permita alcanzar dichos objetivos y las tareas superiores de carácter socialista que consagren los objetivos anteriormente señalados, a través de un Estado que imponga los intereses populares sobre las clases dominantes, locales y extranjeras, y realice una planificación racional de los recursos nacionales, de acuerdo con el principio de la propiedad social.

Esta compleja articulación entre las tareas democrático-burguesas y socialistas no es un problema de fácil solución teórica y política, pues varía según las distintas estructuras socioeconómicas. En cada país dependiente se encuentra una situación distinta en cuanto a:

- a) El peso de la burguesía local y de la burguesía internacional que depende de la orientación de las inversiones, del grado de desarrollo de la industrialización, de la concentración y monopolización, de la centralización de capitales, del compromiso del Estado en la acumulación de capital. Estos elementos afectaron, del mismo modo, a las contradicciones entre el capital orientado al mercado interno o internacional, entre los varios capitales internacionales y entre estos y el capital local.
- b) Grado de desarrollo del proletariado industrial, su consecuencia política, su capacidad de aliarse y hegemonizar sus otras clases y grados dominados, tales como la de los intelectuales, la pequeña burguesía, el campesinado y el subproletariado. Es fundamental comprender la relación entre este proletariado y la burguesía nacional que procura, en mayor o menor medida, su apoyo a las luchas contra el capital extranjero y las oligarquías agrarias o minero-exportadoras.
- c) Grado de desarrollo del aparato institucional - particularmente el Estado y los aparatos ideológicos -, por cuya hegemonía lucharon las diferentes clases y facciones de clase, en condiciones democráticas más o menos avanzadas o dictatoriales. En este sentido, tiene especial importancia la posición de los militares como expresión más importante del poder represivo.

Estos factores pesan sobre el desarrollo concreto de la lucha de clases en cada país y también la importancia relativa que asumen en los distintos momentos históricos las tareas antiimperialistas, democráticas y antimonopólicas.

Para llegar a una visión completa del problema, es indispensable considerar el peso de las relaciones internacionales. El grado de desarrollo del campo socialista por un lado, y las contradicciones interimperialistas por otro, el grado de compromiso y sensibilización del movimiento obrero y antiimperialista en los países dominantes en relación a las diferentes luchas nacionales, las cuestiones geopolíticas que pueden llevar a una intervención más o menos feroz del imperialismo y más o menos solidaria del campo socialista, etcétera.

El movimiento popular en los países dependientes no puede, por lo tanto, elaborar una estrategia apriorística, de carácter universal y esquemático. Por el contrario, debe responder a las características locales y a las particularidades que cada movimiento popular identifique, a través de un gran conocimiento de la realidad local, tanto económico-social, como política y cultural.

En el plano cultural, esas particularidades son especialmente importantes, ya sea por la presencia de diferencias étnicas, nacionales y hasta tribales en muchas regiones, utilizadas como instrumento de división de las fuerzas populares.

Es, por lo tanto, inevitable aceptar que la lucha por el socialismo en los países dependientes deberá contemplar esas especificaciones nacionales y hasta regionales. Pero también está claro que hay elementos generales en estos países que identifican leyes fundamentales tales como la lucha antiimperialista, la lucha por una democracia apoyada en las masas, los frentes de las fuerzas populares de contenido más o menos amplio, según la identificación de las burguesías locales con el imperialismo, y la necesidad del socialismo como forma final inevitable para coronar las tareas democrático-burguesas, debido a la imposibilidad de alcanzar en la época del imperialismo un capitalismo independiente, nacional y popular.

La capacidad de combinar de forma creativa y audaz estos elementos políticos, de acuerdo con las condiciones concretas de cada país, será la llave para la victoria del movimiento popular en las distintas situaciones nacionales del Tercer Mundo. Para este fin, el desarrollo de un pensamiento marxista libre de preconceptos, capaz de entender las condiciones de la lucha de clases a nivel local, es una condición indispensable. Las contribuciones teóricas desarrolladas en los últimos años para comprender la dependencia y el subdesarrollo fueron una herencia indispensable para la elaboración de una estrategia y táctica capaces de recoger dialécticamente el armado de la situación histórica de los países dependientes y sus perspectivas de transformación más o menos revolucionaria.

El movimiento obrero y popular, los Estados socialistas y progresistas y el movimiento socialista internacional deberán esforzarse por encontrar la relación orgánica entre las luchas revolucionarias de las fuerzas populares de los países dependientes, la lucha por el socialismo y la democracia en los países capitalistas desarrollados e imperialistas y la construcción del socialismo en los países del campo socialista. Toda la elaboración teórica y política que desvincule estas luchas en nombre de intereses nacionales, de un etnocentrismo europeo y norteamericano, y también de un tercermundismo que divide el mundo en países desarrollados y subdesarrollados, entre potencias y superpotencias, sin distinguir las diferencias entre el campo socialista y el capitalismo y las contradicciones de clase en el interior del campo capitalista, cumple un papel reaccionario.

Si es verdad que tenemos que reconocer las particularidades nacionales como condición de la eficacia de las transformaciones sociales progresistas, si debemos reconocer la necesidad de analizar esos intereses nacionales e identificar la lucha por la emancipación del Tercer Mundo con esos intereses, no podemos dejar de reconocer y analizar la convergencia dialéctica inevitable y necesaria entre la realización de estos intereses nacionales, la lucha común internacional antiimperialista y la construcción del socialismo a escala mundial como única alternativa democrática, racional y coherente para el subdesarrollo y su miseria, para la agresividad imperialista y la amenaza de guerra mundial que éste encierra, para la humillación y subyugación que viven las clases y los pueblos dominados y explotados.

La esencia del internacionalismo guiado por un pensamiento materialista-dialéctico está, pues, por reconocer la unidad de la lucha internacional por la democracia, el socialismo y la paz en la diversidad y particularidad de situaciones concretas nacionales.

Dicha afirmación obliga a una gran tolerancia y comprensión entre las fuerzas revolucionarias y progresistas de varias naciones y a un desarrollo de un pensamiento social y político vivo y creador. Esto obliga a analizar la experiencia de cada uno de los pueblos que alcanzaron su soberanía nacional como una realidad específica de la cual se pueden retirar leyes generales, apenas en la medida que esas leyes se inserten en un discurso teórico capaz de entender, por un lado, las nuevas historias generadas por el avance del capitalismo y del socialismo a la escala internacional, y por otro, a las particularidades de cada situación nacional, analizada en este contexto internacional. Las opciones que pueden llevar a las ciencias sociales a sacar los ojos de la situación concreta de los pueblos tendrán un efecto negativo. Todo lo que lleve a rescatar de esa situación concreta una particularidad que no se incorpore en el proceso de desarrollo mundial, en la dirección de una sociedad global, será también negativo y hasta podrá tener consecuencias reaccionarias.

La crítica al formalismo de la teoría del desarrollo no deberá ser un esfuerzo en vano, sino una recuperación de la fuerza del pensamiento dialéctico, cuyo rigor teórico y conceptual sólo se considerará completado cuando sea capaz de crear en el pensamiento el armamento histórico en sus últimas determinaciones.

Apéndice

Algunos esclarecimientos sobre la teoría de la dependencia

Entrevista con Theotônio Dos Santos

El presente documento fue redactado con base en una entrevista oral realizada con el Profesor THEOTONIO DOS SANTOS, en enero de 1977, en el Departamento de Investigación Sobre el Problema Agrario en América Latina, en el Instituto de Cooperación Internacional de la Universidad de Ottawa.

La entrevista fue realizada por el profesor Lawrence Alschuler, de la Universidad de Ottawa.

Pregunta: Profesor Theotónio, nuestra primera pregunta versará sobre el contenido y las implicaciones del concepto de dependencia. Es sabido que fue el primero en formular y articular la teoría de la dependencia. Otros lo siguieron en este camino y la teoría ha proliferado de tal manera que, a pesar de su juventud, casi se le puede considerar el "abuelo" de esta teoría. Nos gustaría por lo tanto, aprovechar la presencia de aquél que fue el cerebro de esta primera generación de desmitificadores del subdesarrollo, ideologizado por Rostow, y que aún permanece en posición de importancia entre los grandes teóricos del desarrollo dependiente, para que esclarezca ciertos puntos. En primer lugar, algunos críticos de la teoría de la dependencia consideran que esta padece de cierta ambigüedad desde la propia definición de los conceptos básicos sobre los cuales reposa. Primeramente ¿es correcto decir que la dependencia externa es, en el fondo, lo mismo que el intercambio desigual? ¿Cuál es la diferencia entre la dependencia y el subdesarrollo? ¿Cómo se articulan los fenómenos de imperialismo y dependencia?

Respuesta: Para responder a esta pregunta es necesario, antes que nada, resaltar que el concepto de dependencia no puede ser formulado al margen del contexto más amplio del imperialismo, puesto que la propia definición de dependencia está directamente relacionada con una etapa precisa de la evolución del capitalismo- La del imperialismo. Desde fines de siglo XIX, el capitalismo adquirió un carácter monopolista, en el sentido que los monopolios ocuparon una posición dominante en las relaciones económicas de tipo capitalista. En el seno de este capitalismo monopolista, el capital industrial y el capital financiero se fundieron y se internacionalizaron.

En el transcurso de esta etapa de la historia del capitalismo, la competencia, cuyo objetivo es el control de los mercados internacionales, adquiere la forma de una lucha entre los monopolios, cuya sede se sitúa en los países capitalistas más avanzados y que tiene el poder de imponer, a nivel internacional, formas y normas específicas de desarrollo. Este es el problema esencial. Por otro lado, se tiene que tener en consideración la posición especial de los países que no habían adquirido, a fines del siglo XIX, un papel fundamental en la economía mundial y que no habían concluido el proceso de fusión del capital industrial con el capital financiero. Solamente en el interior de esta matriz de condiciones históricas determinantes es posible comprender el desarrollo del capitalismo en estos países.

El concepto de dependencia aparece, entonces, como un complemento del concepto de imperialismo, siendo de hecho la dependencia la cara interna del imperialismo en nuestros países latinoamericanos. Efectivamente, el imperialismo presenta un aspecto doble: el de su centro económico en expansión en dirección al exterior y el de los países que son objeto de esta expansión. Así la teoría del imperialismo busca comprender, articuladamente, los factores que llevan al capitalismo de los países "desarrollados" a un proceso de desarrollo internacional, los factores históricos que llevan a estos países a dominar a otros, a crear condiciones favorables para inversiones, a dominar el mercado internacional, a luchar también por el control de las fuentes de materias primas a nivel mundial.

La teoría de la dependencia, al contrario, tiene por objetivo comprender el impacto de estos procesos sobre los países por ellos afectados. Es, por lo tanto, la otra cara de la moneda. Sin embargo, es importante señalar que no se trata de efectos meramente mecánicos, sino de una integración dialéctica entre el fenómeno del desarrollo del capitalismo a nivel mundial y a las estructuras internas de los países que son objetos de este proceso de expansión. Existe, así, a este nivel, toda una dialéctica y los problemas teóricos específicos de ahí derivados constituyen el objeto de la teoría de la dependencia que, como se puede constatar, no puede ser pensada aisladamente o independientemente de la teoría del imperialismo.

¿Cuál es entonces la relación de estas teorías con el concepto de subdesarrollo? El concepto de subdesarrollo es un concepto esencialmente relativo que intenta describir la situación interna de los países sometidos a la expansión imperialista, en la óptica de un atraso en relación a los países capitalistas adelantados. De modo contrario, la teoría de la dependencia demuestra que estas situaciones calificadas de subdesarrolladas en realidad no corresponden a estructuras atrasadas, sino que se integran a un amplio proceso de desarrollo de capitalismo a nivel internacional. Por ello, los fenómenos de subdesarrollo, las estructuras subdesarrolladas no pueden ser comprendidas al margen del amplio contexto de desarrollo internacional del capitalismo que crea, en su expansión, una situación de dependencia.

El concepto de dependencia incluye, por lo tanto, tres elementos esenciales:

- En primer lugar, las estructuras del capitalismo a nivel internacional y la forma particular que adquieren en la fase imperialista mediante los fenómenos de monopolización y de internacionalización de capital, de lucha por el control de las materias primas, de hegemonía del capital financiero, etcétera.
- En segundo, las relaciones que se establecen entre los países que son objeto de la expansión del capitalismo y esta economía internacional mediatizada por las relaciones económicas internacionales, esto es, comercio exterior, los movimientos internacionales de capitales, la transferencia de tecnología, los préstamos, la ayuda, etcétera.

-En tercero, las estructuras internas de los países objeto de la expansión capitalista, que expresan el encuentro dialéctico de los elementos específicos internos de nuestras economías "subdesarrolladas" con las relaciones económicas internacionales y la estructura económica internacional.

Estos son, entonces, los tres elementos esenciales del fenómeno de la dependencia. Puede definirse entonces, la dependencia como una situación condicionante, en el sentido que crea las condiciones en las cuales estas estructuras internas se desarrollan, pero no las determina, puesto que son los factores internos los que, en última instancia, van a definir la forma concreta de estas estructuras. Consecuentemente, el problema de los intercambios desiguales no es más que un elemento del problema de la dependencia, influenciado por las relaciones comerciales internacionales de estos países y ligado al carácter desigual del desarrollo capitalista a nivel mundial. El intercambio desigual no puede, por lo tanto, ser confundido con el fenómeno de la dependencia, siendo no más que uno de sus elementos, ni siquiera uno de los más esenciales. Así como muchos estudios demostraron, el problema del intercambio desigual no puede ser comprendido al margen de fenómenos como el monopolio internacional y los movimientos internacionales de capitales. Una gran parte de los intercambios internacionales se realiza mediante la expansión de las inversiones, del capital y de las relaciones capitalistas monopolistas a nivel mundial. Por ello, situar el intercambio desigual en el centro del fenómeno de la dependencia sería un engaño teórico indudable.

Pregunta: ¿Usted cree que haya diferencia entre la infraestructura de la dependencia y lo que se acordó llamar como subdesarrollado en lo que respecta a la estructura interna?

Respuesta: El concepto de subdesarrollado fue utilizado por gran cantidad de autores, en un momento de la historia, para describir las estructuras internas subdesarrolladas. Estas descripciones, a veces malhechas, a veces bien hechas, siempre resultan incompletas. Pero el concepto sirvió, y aún sirve, para describir cierto tipo de estructuras internas, y aún se puede utilizar para este fin. Sin embargo, es evidente que una descripción así aislada de su contexto internacional permanece incompleta y diría, incluso incorrecta, una vez que excluye los elementos esenciales del proceso observado. Un análisis correcto de las estructuras internas debe necesariamente unificar ambos aspectos: la economía internacional y los elementos internos de las economías "subdesarrolladas". Es por eso que se acabó por preferir la expresión "estructuras dependientes" al término de subdesarrollo. Lo que no significa que dicha denominación no satisfaga plenamente, ya que carece de algo que vendría a completar la idea de subdesarrollo. Puede ser, incluso, que las dos fórmulas reunidas no consiguieran expresar la realidad que nos interesa, habiendo la necesidad de inventar algo mejor.

Pregunta: Algunos teóricos de la dependencia como Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen hablan de una infraestructura de la dependencia en términos del colonialismo interno...

Respuesta: No creo que el aspecto del colonialismo interno sea un elemento esencial para la comprensión del fenómeno de la dependencia. Se trata de un concepto más descriptivo que explicativo, que describe un aspecto de las estructuras internas, aspecto que, más allá de eso, perdió gran parte de su importancia en los últimos tiempos. En América Latina presenciamos, efectivamente, un desmoronamiento progresivo de las viejas estructuras tradicionales, y las antiguas formas de colonialismo interno se modifican poco a poco. Ciertamente, aún existen algunas estructuras internas de dominación entre regiones de desarrollo frecuentemente muy desigual. Pero este es apenas un aspecto del fenómeno global y no de los primordiales. Lo que primero caracteriza a una estructura dependiente es la propia concentración económica, ligada al fenómeno de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la gran concentración de capital. Son estos, creo, los aspectos esenciales del fenómeno. Ciertamente existen otros, pero no son más que manifestaciones del fenómeno, como por ejemplo el colonialismo interno; que es una consecuencia de esta concentración fundamental y monopolista del capital en un determinado proceso de crecimiento económico.

Pregunta: Nos gustaría ahora abordar el punto de evolución de la teoría de la dependencia. Sabemos que una teoría es como un organismo vivo: si no evoluciona, si no se renueva, se debilita y muere. Profesor Theotonio, nos gustaría preguntarle a quien de cierta forma dio a luz la teoría de la dependencia, si cree que esta teoría evolucionó desde los años 60. ¿Nuevos conceptos le fueron aumentados en pos de mejorar su poder explicativo? ¿Esta teoría fue corroborada o superada por los acontecimientos y por los estudios empíricos? Más concretamente, integró o rechazó los conceptos clave de algunos grandes teóricos como el del "subimperialismo" de Marini o el del "desarrollo dependiente asociado" de Cardoso? Finalmente, si la teoría de la dependencia sufre alguna transformación, ¿cuáles serían las principales etapas de su evolución?

Respuesta: Inicialmente, es necesario precisar que lo que se acordó llamar como teoría de la dependencia no fue originalmente una innovación completa. Efectivamente, había numerosos ensayos anteriores que intentaron comprender el fenómeno de la dependencia.

En los años 60 se produjo una modificación en la comprensión de las relaciones entre las estructuras internas y la economía internacional precisamente porque estas relaciones ya habían sido percibidas por muchos pensadores. Más allá de esto, la conjunción histórica se había modificado. La evolución de las fuerzas productivas de los países latinoamericanos había mostrado la complejidad de las relaciones económicas a nivel internacional y este descubrimiento sólo podía acontecer en un momento preciso de la historia. Durante mucho tiempo, pensadores, tanto del lado marxista, como del lado no marxista, habían identificado la

situación de subdesarrollo e incluso de dependencia con una ausencia de industrialización. Sin embargo, en los años 50 e inicio de los años 60 se fue descubriendo poco a poco que la situación de dependencia era totalmente compatible con un proceso de industrialización, y que éste incluso, la reforzaba. Esta constatación obligó, entonces, a los teóricos a reconsiderar el problema con instrumentos de trabajo más apropiados. Los pensadores latinoamericanos tuvieron que desarrollar un esfuerzo teórico notable que los forzó a considerar, no solo el fenómeno de la dependencia, sino también la propia naturaleza del imperialismo, la complejidad de las relaciones económicas internacionales.

En un primer momento, como mencioné anteriormente, la reflexión había versado esencialmente sobre el problema metodológico, sobre la necesidad de reorientar la concepción y el enfoque del problema. Por otro lado, debíamos responder a muchas preguntas específicas, como por ejemplo el papel de la burguesía nacional en el proceso entonces vigente en América Latina. Esta cuestión está superada hoy, pero en aquella época era importante demostrar el fracaso histórico de esta clase social como burguesía nacional, como grupo dirigente. Desde un primer momento de esclarecimiento, la reflexión llegó a un momento de madurez en la cual fueron abordados problemas fundamentales cada vez más complejos. Entre éstos apareció, en primer lugar, la cuestión de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. Ese problema está estrechamente ligado al proceso histórico de acumulación de capital caracterizado en la coyuntura actual, por una internacionalización avanzada, con alto grado de concentración. Así establece el problema de la relación entre, por un lado, el proceso de concentración económica y de explotación de la fuerza de trabajo interna, lo cual, remite a la obligación de considerar el papel de los países dependientes en las estructuras internacionales de producción.

Por otro lado, el carácter de mutación de las inversiones y de la estructura industrial nos lleva a una situación muy relativa de nuestros países dentro de la división internacional del trabajo. Pero lo que necesitamos entender no es la posición de nuestros países dentro de la división internacional del trabajo, sino los cambios en curso dentro de la propia división internacional del trabajo, lo que exige un conocimiento de las tendencias de la revolución científica y tecnológica y de la revolución del capitalismo a nivel mundial.

Otro problema que se deriva de los que acabamos de mencionar y que nos preocupa en este momento, es el del subimperialismo, que aparece como una nueva forma de dominación entre los países dependientes. Es en realidad una consecuencia de la monopolización aumentada que se da en el seno del proceso de formación del capital financiero, por un lado, y del surgimiento de un capitalismo de Estado monopolista en los países latinoamericanos, por otro. Los países imperialistas tienden cada vez más a exportar sus inversiones en dirección a otros países con la finalidad de explotar la mano de obra local. Si algunos países latinoamericanos siguen tal proceso, es evidente que ahí encontraremos las mismas tendencias expansionistas. Es un fenómeno

complejo, de comprensión sumamente difícil y que, desde el punto de vista práctico, establece problemas al sistema capitalista mundial, ya que pone a prueba su capacidad de aceptar cualquier mediación en el proceso de explotación y acumulación.

Un problema de orden sociopolítico se impone, pues, ligado igualmente al proceso de concentración, de monopolización, de internacionalización del capital y de sobreexplotación de la fuerza de trabajo, así como al de la composición de las clases sociales en nuestros países, sobre todo en lo que concierne al papel relativo de la clase obrera dentro del conjunto de las estructuras socio-económicas. Al mismo tiempo, importa estudiar nuevamente el papel del campesinado, que atraviesa por un periodo de transformación sin igual en la historia de América Latina, no sólo por el éxodo rural, sino también por la formación de un proletariado rural importante.

Por otro lado, es necesario analizar el fenómeno de surgimiento de poblaciones marginales. Millares de campesinos son expulsados del campo y proyectados hacia las ciudades para así, incorporarse a una compleja masa de relaciones con las estructuras capitalistas de los medios urbanos. ¿Se trata de un "ejército industrial de reserva" o un caso de "lumpen proletariado"? ¿Cuál será el comportamiento político de estos grupos sociales?

Además, desde el punto de vista político, es evidente que el proceso de concentración y de monopolización conduce necesariamente al capitalismo dependiente a la adopción de aparatos políticos autoritarios, incluso fascistas. ¿Esta tendencia es irreversible? ¿Cuáles son las fuerzas que asumen? ¿Qué formas toman? ¿Cuáles son las posibilidades reales de consolidación del fascismo en América Latina?

Por otra parte, las tentativas de implantación de un poder popular y de un Estado Socialista en América Latina (la Bolivia de Torres en 1970-1971 y el Chile de Allende en 1970-1973) trajeron el problema de transición al socialismo. ¿Qué tipo de política económica continúa siendo posible en el caso de un gobierno como el de la Unidad Popular, por ejemplo, que no posee todo el poder y que ya no se encuentra, para sobrevivir, en las condiciones de un Estado capitalista ya que descansa sobre el poder popular? El caso de Cuba, por otro lado, nos brinda pruebas de un posible socialismo en América Latina y el camino cubano hasta el socialismo es muy importante tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico. La naturaleza democrática que tiene la nueva constitución cubana constituye uno de los casos más adelantados de democracia de base en los países socialistas. Esto significa que la experiencia del socialismo a nivel internacional es un problema esencial si quisiéramos entender las posibilidades de transición de una estructura dependiente hacia una estructura socialista. ¿Es posible relacionar dentro de una misma problemática la cuestión de la transición al socialismo y de la superación de la situación de dependencia?

La misma complejidad del proceso revolucionario en América Latina exige un esfuerzo teórico considerable en el cual las cuestiones más abstractas se encuentran relacionadas con los problemas más concretos. La teoría de la dependencia no es más que un momento de este esfuerzo teórico.

Pregunta: Nos gustaría retomar el tema de las empresas multinacionales sobre el cual usted tiene varios trabajos. Las multinacionales son consideradas como la forma actual del imperialismo: son ellas las que configuran la situación de dependencia. No obstante, con respecto al estudio de este problema, ¿los intelectuales o académicos no son constantemente atropellados por los últimos acontecimientos, hallándose atrasados en relación a ellos? En efecto, las poderosas trasnacionales encuentran siempre nuevos mecanismos de explotación, nuevas astucias que nos dejan muy atrás. Descubrimos, por ejemplo, la cuestión de los precios de transferencia, el financiamiento de las inversiones por fuentes locales, el control de los medios masivos de comunicación y la dependencia cultural que implica, la complejidad y la importancia del control tecnológico etc. Dichos mecanismos existían mucho antes de que los hubiéramos convertido en objeto de investigación. ¿Cuál es el estado actual de sus investigaciones sobre este tema?

Respuesta: Uno de los aspectos que nos preocupa actualmente es el de la nueva división internacional del trabajo. Sabemos, en efecto, que las empresas trasnacionales están actualmente muy interesadas en la exportación de algunos productos de los países subdesarrollados a los países desarrollados. Este fenómeno es muy reciente, no data de más de cinco o seis años. Es un problema muy complejo que implica reacciones en los propios países desarrollados: los obreros norteamericanos protestan periódicamente contra lo que llaman "la exportación de empleos". Creo que el gran capital va a seguir por este camino. Ya se notan cambios importantes en cuanto a la orientación de las inversiones internacionales dirigidas a nuestros países. Frecuentemente son los gobiernos locales los que atraen el capital internacional y en los estados locales se establece una verdadera alianza, con la esperanza de resolver parcialmente el problema de desequilibrio en la balanza de pagos de los países latinoamericanos, aunque la experiencia parezca demostrar lo contrario. Efectivamente, los países que hasta ahora han seguido esta orientación han demostrado de hecho, desequilibrios aún más graves en sus balanzas de pagos, sabiendo que las exportaciones de las cuales ya hablamos se dan paralelamente a importaciones no menos considerables. En general, los productos exportados no representan más que un eslabón del amplio proceso de producción internacional y suponen importaciones de equipamientos, de materias primas concentradas etc., que desfavorecen gravemente a fin de cuentas, la balanza comercial de los países dependientes.

Esto representa un nuevo problema para las empresas trasnacionales que se ven ante un conflicto interno tanto en la repartición como a nivel internacional, de las fuerzas productivas. Generalmente las filiales de las

transnacionales tienden a favorecer este proceso de división internacional del trabajo, dado que, debido a su presencia a nivel local, poseen una visión más clara de las posibilidades de ganancias que ofrece la región. De esta manera, se pueden destacar casos interesantes de convergencia de intereses entre los representantes locales de las firmas transnacionales y el aparato militar y tecnocrático de los países dependientes, a fin de obligar a la empresa central a transferir ciertos elementos del proceso de producción a estos países.

Comienza a aparecer, igualmente, un nuevo problema (y de manera particularmente clara en el caso de Brasil) que es el de la relación entre las empresas transnacionales y el capitalismo de Estado. Es ya sabido que el proceso de importación y exportación de las transnacionales en los países dependientes está íntimamente ligado a la capacidad del Estado para crear una infraestructura económica adecuada. Por ello, este es llevado a intervenir, de manera significativa en la economía y a crear empresas estatales como medios eficaces de intervención. Estas empresas tienen una lógica expansionista, ya que se trata efectivamente de un capitalismo de Estado. Es así como surge una contradicción: este capitalismo de Estado tiende a absorber ciertos sectores que no fueron afectados por el proceso de concentración y que representan, sin embargo, intereses capitalistas. Es por ello que asistimos actualmente en Brasil a una gran campaña de la burguesía nacional contra las empresas estatales que busca reducir su número y su poder. Sin embargo, no se puede olvidar que estas empresas estatales brasileñas no fueron creadas por razones ideológicas (es decir, con el propósito de desarrollar un capitalismo de Estado), sino por razones que responden a la propia lógica del capitalismo. El capitalismo de Estado se ve pues, obligado a transformarse en un sistema racional desde el punto de vista capitalista, pero que obedece a una lógica interna contradictoria. Estas son pues, las nuevas situaciones con las cuales, la teoría de la dependencia se enfrenta actualmente.

Pregunta: Profesor Theotonio, nuestra última pregunta tratará del problema agrario en América Latina. Frecuentemente, se tiende a separar el problema agrario de los diversos aspectos del proceso de desarrollo, de tal manera que se pierde el sentido del fenómeno integral. La teoría de la dependencia, de la cual usted es uno de los principales autores, parece ofrecer precisamente un escenario suficientemente amplio para englobar tanto el problema agrario como la problemática del desarrollo. Al referirse a esta teoría, ¿usted podría trazar un resumen de las relaciones entre el problema agrario por un lado y por otro la acumulación de capital, la industrialización y el comercio internacional?

Respuesta: Antes que nada, quiero destacar tres aspectos esenciales del problema agrario en América Latina que deben ser considerados dialécticamente si se quiere realmente entender el fenómeno de la acumulación del capital en estos países.

Estos tres aspectos son los siguientes:

- 1) La relación entre el sector rural y el sector industrial;
- 2) La relación entre la agricultura de exportación y la agricultura orientada al mercado interno, y la posición de estos dos ramos de la agricultura en relación con el sector industrial;
- 3) La transferencia de recursos de un sector a otro.

Originalmente, el sector rural o "campo" excedía en mucho el marco de la producción agrícola y superaba una gran cantidad de otras actividades, como por ejemplo la construcción, conservación de alimentos, los textiles, la fabricación de ropas, de instrumentos de trabajo, etc. Así podemos definir el desarrollo del capitalismo como un proceso de especialización del sector rural en la producción agrícola y pecuaria que transfiere poco a poco al sector industrial numerosas funciones ejercidas anteriormente en el medio rural. El proceso de industrialización significó, pues, la sustitución de ocupaciones ejercidas anteriormente en el campo y su sustitución por actividades urbanas.

Por otra parte, la especialización del sector rural en la producción agrícola permitió, como consecuencia, una extensión del mercado interno ligado a la industria.

Cabe mencionar que tal desorden implicaba un aspecto demográfico importante, siendo el sector agrícola lo que iría a abastecer la nueva fuerza de trabajo necesaria al proceso de industrialización, lo cual está, entonces, directamente ligado a la destrucción de las estructuras rurales.

Se trata, de hecho, de un proceso secular, pero cuyo ritmo en América Latina, de unos treinta años para acá, se aceleró a tal punto que alcanzó una posición esencial.

Es preciso iniciar señalando que este proceso de desarrollo es muy diferente del camino seguido por la Europa de los siglos XVIII y XIX. En efecto, podemos descomponer la agricultura latinoamericana en dos o hasta tres tipos de producción agrícola. El primero es la producción para exportación, el segundo está orientado al mercado interno y un tercer tipo, no menos importante, es la agricultura de la subsistencia.

¿Cuál es la relación de cada uno de estos tipos de agricultura como el sector industrial? El primer tipo de actividad agrícola, aquel orientado hacia los mercados externos, asegura ingreso a los países exportadores. Habiendo servido antes de la Segunda Guerra Mundial, para imponer bienes de consumo a la oligarquía local, estas divisas financian, igualmente, desde los años 40 la importación de bienes de producción. El desarrollo

industrial se basa pues en gran parte, en las exportaciones agrícolas y aunque en ciertos países el sector de minerales cumpla también este papel, la agricultura continúa siendo aún, para muchos países latinoamericanos, la principal fuente de divisas extranjeras.

Con respecto a la producción agrícola destinada al mercado interno, ésta expande sus productos en la esfera urbano-industrial como bienes de consumo adquiridos a cambio de salarios. El desarrollo agrícola determina, así el costo de la fuerza de trabajo, y es a través de este mismo tipo de agricultura que el sector industrial amplía y consolida su mercado interno.

Sin embargo, el sector industrial, a su vez, abastece el campo no sólo con bienes de consumo, sino también con bienes de producción y productos de todo tipo pues la agricultura, al especializarse, requiere nuevos instrumentos de trabajo que son producidos a su vez, en el marco de una industria siempre en vías de modernización. En tiempos normales, el sector industrial nacional se esfuerza por satisfacer esta demanda, pero en América Latina no puede alcanzar el nivel tecnológico requerido y debe recurrir a las importaciones, sobre todo en lo que atañe a los productos ligados a la industria petroquímica.

En lo que se refiere a la transferencia de recursos de un sector a otro, esto se efectúa a través de mecanismos múltiples y complejos, de los cuales los más importantes, a mi consideración, son el de la fijación de precios en cada uno de los sectores, así como a nivel internacional. Si tomáramos el ejemplo del café, veremos que se trata de un producto que constituía el monopolio de los países subdesarrollados en el inicio de este siglo. Brasil, principalmente, controlaba, entonces, ochenta por ciento de todas las exportaciones (y aún más en los mejores años); pero teniendo construido un sistema de *control de stocks*, nunca consiguió controlar de manera significativa los precios en el mercado internacional.

También es importante considerar aquí el papel de los intermediarios en los intercambios comerciales que implican efectivamente todo un proceso de mediación: se verifica igualmente, la transferencia de recursos del sector rural para el sector industrial y bancario. En efecto, el control de entrada de recursos en la industria y en la agricultura, así como la monopolización de productos agrícolas, son los mecanismos que aseguran, en última instancia, un control real sobre la transferencia de recursos del sector agrícola hacia otros sectores.

A nivel del mercado internacional, son las más importantes empresas trasnacionales las que fijan las reglas del juego y es así como el mercado interno, antes regido por el capital nacional, escapa ahora del control de las industrias nacionales y del comercio local para caer en las manos de las trasnacionales.

Restaría considerar el problema de la gran propiedad latifundista que por sus inmensas proporciones, podría significar una cierta autonomía agraria. Sin embargo, ni este sector escapa a la dominación de las trasnacionales.

Concluyendo, se puede decir, entonces, que todo proceso de acumulación de capital depende íntimamente del sector agrícola y de su evolución. No obstante, la esencia del problema reside en el hecho de que el propio sector agrícola está controlado por mecanismos de monopolización de las entradas y salidas de recursos que cancelan la posibilidad de que la agricultura pueda cumplir un papel autónomo en el seno de la economía.

Segunda parte

Desarrollo científico y dependencia cultural

I. Esclarecimientos metodológicos

Para analizar las relaciones entre desarrollo cultural y científico, debemos utilizar tres conceptos básicos: desarrollo, cultura y ciencia. Sería importante analizarlos por separado para estudiar sus relaciones recíprocas.

La palabra desarrollo sugiere una transformación de una realidad en una dirección dada, según un principio acumulativo. Desarrollarse y acumular riqueza material o espiritual. Estamos pues, ante un tiempo histórico, y se quiera o no, ante una noción hoy debatida: la idea del progreso. Se quiera o no, el concepto de desarrollo implica una cierta filosofía de la historia, una cierta idea de a dónde se pretende llegar.

De hecho, el concepto de desarrollo parte de la idea de que el mundo moderno (europeo, capitalista, racionalista, científico, tecnológico, etc.) es una meta universal a ser alcanzada por todos los pueblos. Los pueblos atrasados o bárbaros serían aquellos que no alcanzaron esta etapa de civilización hacia el cual se inclina toda la humanidad. La historia moderna parece confirmar esta pretensión. De hecho, en todas las dimensiones del universo, hombres y mujeres se imbuyen de los ideales modernos y buscan la transformación de sus sociedades según patrones más o menos próximos al Occidente. Es innegable la vocación universalista de la moderna sociedad capitalista. ¿Cómo se operó esta universalización de patrones de comportamiento y cultura surgidos en una diminuta parte del universo?

Una percepción del fenómeno nos induce a ver ese proceso como una simple *difusión* de formas de comportamiento "superiores" que se imponen sobre las culturas "inferiores", que adoptan los patrones culturales "superiores" a través de la imitación y del aprendizaje, sustituyéndolas evolutivamente.

Otra percepción pone mayor énfasis en la evolución natural de las culturas tradicionales en la dirección de la cultura moderna, no por imitación o aprendizaje, sino por las propias necesidades internas de su acumulación. La disolución de las sociedades tradicionales conduciría directamente a los modelos de comportamiento modernos.

No obstante, la realidad histórica concreta no nos permite aceptar enfoques formales. De hecho, la aparición de un modo de producción nuevo con la vocación universal propia del capitalismo es un fenómeno singular en la historia, a partir de lo cual se reformula toda la historia moderna y contemporánea. Se trata de una mutación histórica que crea un nuevo modo de producción desarrollado según leyes propias que determinan la evolución de todas las sociedades contemporáneas. En este sentido, la historia de los pueblos afectados

por la expansión internacional del capitalismo no puede ya ser entendida fuera de su órbita, pues esta expansión condiciona la evolución de cada parte del sistema económico, social, político e ideológico nuevo, existente a escala universal.

Está claro que hay diferencias nacionales y regionales dependiendo de las fuerzas sociales que existían en estas naciones o regiones antes de la expansión capitalista.

Estas fuerzas sociales (tribus, etnias, naciones, culturas y civilizaciones) fueron las más distintas, desde los imperios indígenas de América precolombina, hasta las tribus prehistóricas de América o de África, pasando por civilizaciones milenarias como la china o imperios culturales como el musulmán, etcétera.

La diversidad de estas situaciones provocó distintas y específicas realidades nacionales pero, de una u otra manera, se trataba de distintas formas del mismo fenómeno colonial o neocolonial.

El análisis del desarrollo cultural de nuestros países tiene que partir de esta problemática básica:

- 1) La llegada de la onda colonizadora occidental en la etapa del capitalismo mercantil, del capitalismo de libre cambio o del monopolio con distintas formas y efectos socioeconómicos;
- 2) El carácter de la formación social preexistente a esta llegada y el grado de su fuerza cultural y enraizamiento, desde civilizaciones basadas en el modo de producción asiático, formaciones sociales de carácter feudal, imperios comunitarios basados en el negocio, formaciones comunistas primitivas, espacios geográficos relativamente vacíos, etcétera.
- 3) El tipo de relación que se establece a partir de ese encuentro histórico y su evolución como parte del sistema capitalista mundial y como formación social específica cuya evolución sigue leyes específicas de desarrollo. En este contexto, cuentan no solamente las formas de expansión imperialista sino también las de la destrucción, recomposición, y sobrevivencia a las articuladas de las culturas pre-capitalistas.

Solamente a partir de la consideración de esos tres fenómenos, podremos analizar el desarrollo de manera histórica y concreta, superando el vacío significativo que resulta de las tentativas de verlo como un proceso puro e histórico. Estas tentativas terminan por formular esquemas idealizados de evolución o superposiciones de etapas vacías de un significado histórico real.

De esta forma el concepto de desarrollo, situado en este contexto histórico preciso, nos remite a la necesidad de explicar como el capitalismo se expande a nivel mundial ajustando, en diferentes etapas, los intereses de los centros de poder de las economías dominantes y de las economías periféricas o más precisamente,

dependientes: destruyendo las formas de resistencia que se oponen a esta expansión; funcionando los intereses locales y regionales en el sistema internacional en acsenso, o más bien, sus diferentes polos e intereses conflictivos; creando, finalmente, realidades económico sociales inéditas como fruto de la acción y reacción de este conjunto de fuerzas.

No es tan difícil percibir las complejas expresiones concretas de este proceso y sus especificaciones, sin la comprensión de las cuales no se podría entender jamás ninguna historia social de países coloniales y neocoloniales. Pero, al mismo tiempo, es posible afirmar la existencia de un conjunto de caracteres y problemas comunes a esos países, que nos corresponde señalar en un trabajo de carácter general como éste.

En primer lugar, todos éstos tienen su economía condicionada por las necesidades del mercado internacional, participando de la división internacional del trabajo entre los países que concentran los centros de inversión y de innovación tecnológica y los que las aplican atrasadamente o se especializan en fases específicas del proceso de trabajo internacional. Esta división provoca una situación de dependencia económica que impide a estos últimos países, alcanzar una alta productividad media, de participar de la renta internacional de manera favorable y de desarrollar autónomamente su economía en función de su mercado interno, y consecuentemente, de las necesidades básicas de su población.

Como consecuencia de esta situación, el desarrollo del capitalismo en estos países está circunscrito a los sectores exportadores y a ciertas actividades de éstos complementarias, dejando amplias áreas de la economía de subsistencia y de mano de obra ociosa o subutilizada en servicios personales que mantienen a vastos sectores de la población en situación socioeconómica de marginalidad media.

La dificultad de expansión del capitalismo dependiente se refleja también en el plano cultural con la sobrevivencia de formas de cultura popular o folclórica, con adaptaciones funcionales de religiones, mitos y comportamientos considerados tradicionales, articulados a formas de modernización capitalista.

La sobrevivencia de una vasta población subempleada y culturalmente marginada reduce el campo de la sociedad civil moderna, de las poblaciones incorporadas a la actuación política, social, de la opinión pública y de otras expresiones de la revolución democrática realizada por la expansión capitalista. Es así como el capitalismo de las regiones dependientes se muestra débil en la creación de las clases sociales modernas, particularmente de su clase hegemónica: la burguesía. Inmersa en el proceso de expansión del capital internacional, esta burguesía se forma a medias, como intermediaria del capital internacional o su asociada

menor, no realizando totalmente su carácter nacional, dejándose llevar por el consumismo y abandonando las aspiraciones de poder y de controlar los mecanismos de la acumulación capitalista, antes incluso de llegar al umbral de las formas empresariales modernas.

Dependencia del mercado internacional y participación débil en el mismo, gran dimensionamiento del sector exportador, insuficiente expansión del capitalismo, asimilación tecnológica tardía o circunscrita, sobrevivencias pre-capitalistas, economías de subsistencia, marginalidad económica y cultural, subocupación, debilidad de la sociedad civil, insuficiente desarrollo de las clases modernas y particularmente de la burguesía nacional, dependencia del capital internacional, consumismo y desprecio por las actividades productivas: éstas son características que conforman el medio ambiente del subdesarrollo.

Pero es fácil percibir como este subdesarrollo no es un resultado del atraso, sino una consecuencia de manera subordinada y dependiente como estos países se incorporan al proceso de expansión capitalista mundial.

En este contexto, el Estado nacional aparece siempre en una situación de debilidad ante las fuerzas nacionales. Sólo éste puede sustituir la ausencia de una sociedad civil y una economía nacional poderosas, asumiendo las tareas de fundación económica, social y cultural que el capitalismo de libre cambio no logró realizar. El desarrollo del capitalismo y de sus formas sociales y culturales depende del control ejercido sobre el Estado por las distintas clases y fuerzas sociales, asumiendo una forma relativamente inducida antes de la madurez plena del monopolio y del capitalismo monopolista de Estado. En esta última etapa, el Estado pasa a ser un elemento esencial del proceso de acumulación capitalista monopólica, lo que ocurre en los países desarrollados y dominantes y que comienza a aparecer en los países subdesarrollados y dependientes que ya alcanzaron un importante desarrollo industrial y de la forma monopólica de producción.

Esta superposición de etapas socioeconómicas es, a propósito, un resultado inevitable de la forma inducida cómo el capitalismo penetra en estas economías, trayendo innovaciones tecnológicas, formas de producción, organización y reproducción que surgieron en otros contextos socioeconómicos. Estas ondas de innovación no destruyen totalmente las formas anteriores y con ellas se combinan en amalgamas complejas y específicas.

El análisis del desarrollo económico, social, político y particularmente el cultural deberá pues, asumir un control metodológico muy bien articulado de ese conjunto de fenómenos que condicionan la estructura y el funcionamiento de las formaciones sociales dependientes.

Cuando buscamos analizar un aspecto específico de ese desarrollo, como el cultural, debemos integrarlo en este contexto sin que se pierda la inteligibilidad de las partes del fenómeno global y de su movimiento histórico.

Después de estas observaciones iniciales podemos pasar al examen de desarrollo cultural en las condiciones históricas ya definidas y precisadas.

II. Desarrollo económico-social y desarrollo cultural

La cultura correspondiente al modo de hacer y representar la realidad asume una forma específica en cada grupo social, etnia o nación. En la cultura hay ciertos elementos universales derivados de la estructura psíquica del hombre, sus características biológicas y ciertas necesidades básicas de su relación como medio. Por otro lado, la manera como estas necesidades son atendidas varía según el grado de acumulación cultural histórica, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el grupo social y la humanidad en un momento dado, las fuerzas históricas particulares y las características ecológicas y humanas en que se desenvuelve cada cultura.

De esta forma, el fenómeno cultural aparece directamente ligado al desarrollo económico-social tal como éste se manifiesta en cada momento dado. El cultural es la manera como se refleja en las costumbres, las ideas, el arte, la religión, la mitología, un cierto estado de desarrollo económico-social.

Así, si la sociedad vive un gran drama de afirmación histórica como unidad nacional autónoma, con falta de integración de gran parte de la población en la cultura moderna, con violentos contrastes y contradicciones sociales entre clases y grupos, esta situación debe manifestarse necesariamente en la esfera cultural. En este sentido, la situación histórica descrita en el capítulo anterior se refleja en tres grandes planos:

1º) La incapacidad de la clase hegemónica de constituir una cultura moderna capaz de integrar toda la población, ya que gran parte de ella se encuentra marginada del sistema de socialización moderno caracterizado por el dominio de la lectura y de la escritura por el estudio en las escuelas de enseñanza básica y media. El universo de esas clases, objetos de una sobreexplotación permanente, se organiza en una cultura de resistencia, antimoderna, específica -a veces ostentosa- y busca sus raíces, en general, en las fuentes culturales indígenas o africanas. Paradójicamente, la burguesía nacional y las clases medias, cuando quieren afirmar su autonomía cultural, avasallada por la hegemonía de los centros imperialistas, sólo encuentra como fuente de inspiración autóctona estas formas culturales "pre-modernas".

Pero es necesario calificar este encuentro entre el arte moderno y la cultura autóctona, realizado por el romanticismo del siglo XIX, el indigenismo peruano o mexicano y el modernismo antropofágico brasileño

de los años 20 y 30, la música de protesta de los años 60 y 70. Se trata de una versión moderna de la cultura popular o folclórica. Se trata de la utilización de elementos folclóricos o populares en una estructura estética moderna (romance, teatro, música, erudita o popular, poesía, etc.), establecida a partir de los patrones occidentales. Existe ahí el peligro de una "folclorización", de una especie de cultivo exótico, de admiración superficial del mundo campesino perdido, de los indígenas desaparecidos, de los negros inteligentes y malandrines.

No podemos afirmar que estas tentativas fueran completamente fracasadas. Éstas llegaron a constituir momentos estéticos que afirman la fuerza espiritual de los pueblos latinoamericanos, africanos y asiáticos incorporándose, incluso, al patrimonio estético universal. Estos momentos de afirmación cultural estuvieron siempre asociados a grandes momentos democráticos de afirmación popular y nacional como la revolución mexicana, los frentes populares y gobiernos populistas después de de los años 30, las revoluciones boliviana y guatemalteca, y sobre todo, la revolución cubana. Más recientemente, el Brasil de Goulart, entre 1961-64, el Chile de Allende, entre 1970-75, la Argentina de la vuelta de Perón, entre 1973-76, el México proveniente del tercermundismo y polo de exilio latinoamericano en la década de los 70. Todos estos momentos fueron marcados por una erupción de lo popular en lo oficial u oficioso, por una búsqueda de las clases hegemónicas para integrar el arte popular en el mundo cultural dominante.

Pero éstos fueron momentos excepcionales. En lo fundamental, nuestro mundo cultural estuvo marcado por la copia o imitación, o importación pura y simple de lo extranjero, producido en los centros hegemónicos europeos y posteriormente en lo norteamericano. La categoría de alienación surge en la década de 1950 para describir esa entrega cultural a lo ajeno, a lo externo, al otro cultural, este ver nuestra realidad en los ojos culturales del colonizador, del dominador. Este avergonzarse de nuestra forma física, de nuestra naturaleza, de nuestro cuerpo, de nuestro carácter, de nuestras costumbres, etcétera.

Más allá de todo, nuestras élites culturales fueron, y aún son, en parte, mucho más oligárquicas que burguesas. Cuando el romanticismo europeo reivindicaba la cultura de sus campesinos, podía hacerlo a través de artistas e intelectuales burgueses de origen realmente popular. Esto fue mucho más raro en los países del Tercer Mundo donde solo tuvieron acceso a la cultura erudita los hijos de la oligarquía o, a lo mucho, de una clase media acostumbrada también a subyugar y someter los sectores populares. Nuestro campesino es el ex-esclavo, el ex-siervo, es el indio y el negro que, solo de forma extremadamente idealizada, puede servir de modelo cultural nacional para nuestras burguesías nacientes.

No es pues, extraño el hecho de que el pensamiento dominante (conservador en lo cultural y en lo político y liberal en lo económico) tenga configurado nuestro mundo cultural creando una imagen negativa de nuestro pueblo: prejuicioso, anárquico, racialmente inferior, corrompido por el clima tropical y mil males más. Los pueblos colonizados se sintieron inferiores, sus élites se unían más a lo colonizador que a su pueblo, se sentían identificadas con éste y veían su realidad con los ojos del dominador internacional.

Por esta situación básica, la cultura erudita de los países dependientes no es la culminación de una cultura nacional sino un corte violento y radical con la realidad local. Esta dicotomía debilita la capacidad creadora de esta cultura erudita, la restringe a espacios culturales reducidos, de élite, y la separa de la realidad nacional. Al mismo tiempo, se refuerza la cultura de los oprimidos con la negación de lo moderno y se dificulta su acceso al sistema de socialización cultural de la sociedad capitalista.

2º) De ello resulta una u otra característica de la cuestión cultural en condiciones de subdesarrollo: el refuerzo de la marginalidad cultural de las grandes masas, expresada a través del analfabetismo, de la deserción escolar, del desprecio al sistema educacional, etc., el hombre del pueblo, sometido a condiciones de vida miserables, no puede ejercitar sus capacidades creadoras. Sometidas al hambre, al desempleo, o al subempleo, analfabetas, despojadas inclusive de los instrumentos de producción más elementales, las masas populares no crean un residuo tecnológico mínimo sobre el cual puedan erigir un proceso de aprendizaje cultural que las lleve a formas superiores de organización cultural.

Esta es una de las barreras más graves del desarrollo cultural de nuestros pueblos. El campesino europeo era un artesano, un agricultor, un organizador familiar y comunitario que ejercía un cierto grado de aprendizaje y acumulación cultural. Transformado en artesano urbano, en burgués o en proletario, él tenía una base de donde partir, que le sirvió de fuente de inspiración para su transición al mundo moderno creado por el capital. El esclavo o siervo del Tercer Mundo fueron formados de pueblos despojados violentamente de su tradición cultural, sin encontrar un medio de sustitución y acumulación cultural donde pudiesen desarrollarse.

La debilidad del desarrollo capitalista dependiente no permitió incorporar a la producción las grandes masas de mano de obra sobrante en el campo y en la ciudad. Despojadas de su cultura, de sus medios de producción, del ambiente apropiado para utilizar sus conocimientos tecnológicos, esas poblaciones fueron transformándose en parias sociales, ocupadas sobre todo en crear una técnica de aprovechamiento de los pequeños espacios que les sobran; la prestación de servicios personales, el lenocinio, el pequeño comercio, etc. Un submundo cultural donde la indolencia, la trampa, el individualismo, el oportunismo son valores dominantes.

De ahí la dificultad de apoyarse en esa cultura popular para fundar una cultura erudita contemporánea. De ahí la resistencia de esas poblaciones a formas de aculturación modernas tales como la ciudadanía, el civismo, el patriotismo y otras expresiones de la sociedad civil burguesa e incluso pos-capitalista.

De ahí también el drama de una postura cultural romántica que quiere oponer a lo internacional y al cosmopolitismo una realidad cultural nacional que difícilmente se articula a la tradición erudita de que parte esa posición cultural. La estructura romántica, típicamente burguesa del siglo XIX, exige una población acostumbrada a la educación formal moderna, a un concepto del tiempo y del espacio ordenados linealmente.

Esta escritura entra en choque con las formas sincopadas, anárquicas, personalistas e improvisadas que caracterizan a la escritura popular de poblaciones aún distantes de esos patrones de comportamiento. Es pues natural, que, en tanto persistan las condiciones socioeconómicas que generan este desfase cultural, existirá también una resistencia espontánea a los patrones escolares, a los instrumentos de socialización de la modernidad burguesa a la cual estas poblaciones no tienen acceso económico ni social.

3º) En un tercer plano, encontramos la imposibilidad de establecer una política cultural que articule los dos planos anteriores que, por un lado, destruya las bases de comportamiento oligárquico, de la alienación, y por otro, permita a las masas populares afirmarse culturalmente para disponer de una base de arranque en dirección a la absorción e integración de la cultura moderna a su mundo cotidiano. Para que esta síntesis se realice sin traumas es necesaria una transformación revolucionaria de la realidad socioeconómica en la cual ocupen un lugar central las formas de propiedad y las relaciones de producción en que se apoya la exploración de las grandes masas.

La distribución de la renta a ella asociada y los privilegios culturales de ella derivados tendrán que ser superados. Si estas premisas no se dan, el desarrollo socioeconómico marcado por la industrialización anárquica y la urbanización caótica crea las condiciones de una falsa síntesis cultural basada en la cultura de masas.

La cultura de masas moderna se apoya en una enorme expansión del consumo de los medios de comunicación de masas contemporáneos donde se destacan la televisión, el cine y la radio. Estos medios de divulgación llegan a todos los sectores de la población, incluso a los analfabetos, y son innegablemente el instrumento más completo de modernización de las poblaciones interiores y de los grupos marginados de la población. No obstante, ese mensaje modernizador no cumple un papel integrador de esos sectores sociales en la sociedad moderna sino un papel desintegrador de sus culturas autóctonas, sin entregarles un sistema ordenado de información y valores capaz de elevarlas a los niveles culturales más altos de la modernidad. Éste les llega por sus aspectos más violentos, escabrosos, superficiales, produciéndose una amalgama aún no estudiada entre su percepción cultural premoderna y los mitos y valores más divulgados de la sociedad occidental.

Más allá de esto, los mensajes culturales de los medios de comunicación de masas, vienen cargados de alienación y recolonizan a nuestras poblaciones con medios más radicales. La mayor parte de los programas de televisión y de los filmes que llegan a los sectores populares son creados en los países dominantes, reflejando sus patrones culturales, modelos de conducta, estilos de consumo, modos de vida, valores extraños a una realidad subdesarrollada, tradicional, pobre, tecnológicamente atrasada, etc. En estas condiciones, se produce una asimilación superficial de los estilos sociales receptores de esos mensajes. Como los jóvenes asimilan más fácilmente esos mensajes, rechazan los patrones culturales de su país y

–cuando pueden asistir a ella- los patrones transmitidos por la escuela. Se acentúan en consecuencia, los conflictos generacionales entre modelos de conducta y posibilidades sociales de comportamiento y expresiones simbólicas, tales como la lengua, los dialectos, los acentos y el vocabulario popular o jerga.

¿Esta destrucción de valores tradicionales y creación de nuevos, ayuda al proceso de desarrollo? Sólo superficialmente, pues la socialización moderna no puede ser efectuada directamente por los medios de comunicación de masas. Ésta exige la mediación de la familia, de la escuela, de la disciplina del trabajo y de conductas sociales que no pueden ser copiadas directamente de la televisión, sin auxilio de la comunidad y de los grupos sociales. Lo que tenemos realmente es una crisis cultural, sin la creación de los elementos de su superación, un efecto disgregador, sin la capacidad del sistema económico, político y cultural de absorber e integrar esas masas desenraizadas. Se hace así aún más profundo el hueco entre la cultura de las élites y las formas inconexas y confusas de la cultura de masas, articuladas confusamente con las formas culturales tradicionales.

De esta forma, los tres planos que señalamos son al mismo tiempo complementarios y contradictorios: el plano de la élite cultural, cerrada en su mundo cultural erudito, más alienada, basado en la copia de modelos culturales externos, de espaldas a su realidad nacional que desprecia; el plano de las grandes masas, marginadas de la cultura moderna occidental que las élites hegemónicas sin lograr difundirles sus patrones culturales, manteniéndolas alejadas de la educación formal, de las conductas integradoras de la sociedad civil, y de la opinión pública burguesa y al mismo tiempo impidiendo la formación de un *continuum* cultural entre el pueblo o sus intelectuales que debería servir de fuente de creación cultural; y un tercer plano de tentativas de articulación de los dos planos culturales anteriores que, al mismo tiempo que se niegan coexisten en una sola formación social.

Afuera las tentativas surgidas en condiciones históricas excepcionales de ondas democratizadoras que ocurren cíclicamente en el escenario de los movimientos económico-sociales desarrollistas y que radicalizaban sus limitados horizontes, a la forma dominante de la articulación entre los variados sectores de estas sociedades se apoya en el crecimiento y expansión de los medios de comunicación de masas. Esta nueva dimensión cultural pone a los sectores medios, a los trabajadores permanentes y a las masas marginales en contacto con los patrones culturales, sea de su clase dominante, sea principalmente de las realidades sociales de los países dominantes.

Este contrato rompe formas de comportamiento tradicionales, sin entregar elementos materiales y culturales que permitan a estas masas transitar de su mundo cultural en destrucción a las nuevas pautas culturales que reciben en sus formas más brutales y vulgares. Tenemos así una crisis cultural de grandes dimensiones donde el desarrollo económico-social y el desarrollo cultural se presentan, realmente, como la desarticulación de economías, comunidades, grupos sociales y formas culturales, sin la fuerza suficiente para sustituirlos por una nueva estructura articulada económica, social, política y culturalmente.

De ahí que el verdadero desarrollo debiera ser aquel que transforme radicalmente las bases mismas de la sociedad y dé oportunidad a los desposeídos, “aquellos que no tienen voz” de asumir su papel dentro de la sociedad como productores, ciudadanos y creadores culturales. En este momento no ocurrirá una modernización que se base en la destrucción brutal de las formas culturales anteriores sino una elevación a formas culturales modernas y cultas a partir de la preservación y desarrollo de las culturas autóctonas. En este sentido, la afirmación de las lenguas nacionales en las sociedades multiétnicas; de los mitos, religiones, representaciones artísticas; costumbres tradicionales, danzas, fiestas comunales, artesanías, etc. son mil maneras de crear una verdadera cultura nacional a partir del reconocimiento de la diversidad cultural y no de un racionalismo modernizador seco y autoritario.

III. Desarrollo cultural y desarrollo científico

La ciencia es un momento de desarrollo cultural de la humanidad cuando ésta puede transformar sus conocimientos en leyes rigurosamente definidas y verificables a través de la experiencia controlada según métodos aceptados convencionalmente. A partir de ese momento, el conocimiento es susceptible de una acumulación ordenada e inicia un proceso exponencial de expansión. Dado su carácter objetivo, las leyes científicas pueden ser aplicadas en la ejecución de objetos y servicios (tanto para la organización de la producción o proceso de producción, como para dar forma y contenido al producto final de esa producción), dando origen a una técnica o conjunto ordenado de técnicas de producción de bienes y servicios.

El encuentro entre el proceso productivo y el conocimiento científico solo se realizó después de un largo periodo de experimentación del uso de la ciencia para ayudar a la producción. En sus principios, la “ciencia” aún primitiva e incorporada y confundida con la magia, la religión o la filosofía, se apoyaba en los avances de la técnica para explicar las leyes que los objetos demostraban existir.

A partir del siglo XVIII, la ciencia comenzó a experimentar un proceso de separación de las formas filosóficas de raciocinio y se libró radicalmente de la religión y de la magia. Pero fue solamente en el siglo XIX que esta separación se producía completamente con el surgimiento de la química y de los diversos descubrimientos que permitieron romper con la noción de espacio y tiempo racionalista en la cual se excluía el calor y la vida, la historia y la evolución. Con la teoría de la relatividad, en el siglo XX, la ciencia rompió definitivamente sus amarras con la filosofía y llegó a *fundar* un universo nuevo derivado directamente de sus conocimientos.

La humanidad creó, entonces, nuevos materiales no conocidos en la naturaleza, comenzó a cambiar la estructura de la materia y a producir incluso una forma de energía, la nuclear, que no se conocía en la naturaleza, creó un mundo de movimientos autónomos complejos, la electrónica, que llegó a generar una forma de inteligencia artificial diferente al cerebro humano, capaz de crear mecanismos y raciocinios nuevos que el hombre no puede realizar, capaz de ejecutar movimientos útiles al estar conectada a mecanismos materiales, transformándose en sustituto autónomo del trabajo humano, incluso en sus formas más complejas.

Con la evolución científico-técnica, resultante de esas mutaciones en la relación entre el hombre y la naturaleza, la humanidad ingresó a una nueva época histórica que está apenas en su comienzo y que alterará radicalmente la existencia humana. Los modos de hacer y actuar están cambiando radicalmente y el propio ambiente humano se transforma en la biósfera e incorpora la estratosfera y los medios ambientales de otros astros. El hombre sale del ambiente natural en que vivió durante milenios e ingresa a un nuevo mundo cósmico. La aproximación del conocimiento de los orígenes de la vida permite incluso el planeamiento de las estructuras biológicas y el dominio de la herencia da origen a una ingeniería genética que permitirá al hombre decidir sobre su propia forma biológica.

Al mismo tiempo, el conocimiento creciente sobre su actividad social y psíquica, permite a la humanidad planear sus formas de convivencia a pesar de las limitaciones que modos de producción arcaicos aún imponen a su autoprogramación, manteniendo elementos espontáneos y anárquicos en rebeldía contra las tendencias de dominio del hombre sobre sí mismo, como ser biológico, psicológico y social.

La cultura contemporánea está recién incorporada a la revolución científico-técnica. Bajo su impacto, ésta se transforma en una realidad espontánea, creada por el hombre, en respuesta a desafíos externos e internos, la cual terminaba imponiéndose sobre éste, en una creación consciente de la humanidad. Las costumbres, la moral, las leyes, las religiones, el arte, la filosofía, la ciencia, se transforman en productos humanos que sólo deberán ser utilizados y respetados según una razón histórica concreta que los justifique. El hombre se convierte en un ser libre que determina su propio destino como entidad biológica, psíquica y social.

Esta es una evolución cultural absoluta e inicia una etapa completamente nueva de la historia de la naturaleza y del hombre como su creación más compleja. Pero esta revolución científico técnica, más allá de encontrarse aún en sus principios, está también concentrada en unas pocas y determinadas regiones del globo. La mayor parte de la investigación que se realiza en el mundo está concentrada en la ruta de Washington-Boston, de la costa este de los EUA, en los valles californianos, entre Los Ángeles y San Francisco, en el norte de Europa, en Japón, en las regiones europeas de la URSS.

Esta concentración no es solamente geográfica. Cientos de empresas y decenas de universidades y centros de investigación en el mundo concentran el grueso de las investigaciones científicas. Ahí, en esos centros, se concentran unos dos millones de auxiliares técnicos y enormes inversiones en instrumentos cada vez más sofisticados y más caros, en muestras mineras, de cobayas y gérmenes especiales, bacterias y otras materias primas de esta nueva forma de producción, que no crea objetos en serie sino productos únicos, conocimientos y servicios que serán posteriormente incorporados a la producción en masa.

Ante este enorme desarrollo científico se plantean nuevas cuestiones para la humanidad.

¿Cómo garantizar que esa nueva forma de cultura esté subordinada a los objetivos humanos más generales, si ésta tiene una dinámica propia tan fuerte que tiene que someter a otras dimensiones de la cultura?

¿Cómo asegurar que estos nuevos conocimientos que aumentan extraordinariamente el poder del hombre sobre la naturaleza no sirvan a la sumisión, explotación, y dominio de los demás hombres? ¿Será incluso posible compatibilizar formaciones sociales limitadas por la necesidad de la explotación del hombre por el hombre y por la sobrevivencia de formas de propiedad y relaciones sociales estrechas, con el desarrollo de esta revolución?

¿Cómo lograr que estos conocimientos sean no solamente difundidos democráticamente hacia todos los hombres, sino también que las grandes masas puedan participar del proceso de producción científica, de forma que se evite que la ciencia se transforme en una magia oculta, solamente conocida por una nueva casta sacerdotal, los científicos?

¿Cómo conseguir, finalmente, que la ciencia no sea concentrada en instituciones y países que dominen a los demás y cómo asegurar, no solamente la transferencia del conocimiento científico y técnico a todas las regiones del globo, sino también la recreación de otras realidades nacionales, de la capacidad de producción de conocimientos científicos y técnicos? ¿Cómo superar, en fin, la dependencia tecnológica de los países subdesarrollados y dependientes y liberar sus potencialidades creadoras de acuerdo con sus realidades específicas?

Busquemos apuntar, aunque en resumen, algunos caminos para enfrentar esos problemas y poder establecer, consecuentemente, la naturaleza de las relaciones entre desarrollo cultural y científico.

La revolución científico-técnica arriba descrita conduce a una etapa superior de relación del hombre con la naturaleza y con otros hombres.

La práctica científica comanda, con exigencias y determinaciones definidas, el conjunto de los procedimientos humanos, tanto en el campo técnico como en el campo económico, social, político, psíquico, emocional, intelectual. De esta forma, la revolución científico-técnica afecta al conjunto del fenómeno cultural y obliga a una revisión completa de los sistemas de socialización de los individuos, sometidos a cambios técnicos y culturales constantes, que los preparan para asumir la herencia cultural como un dato que les corresponde transformar junto con los demás individuos, en un proceso de recreación permanente de costumbres, mitos, arte, conocimientos, patrones morales y emocionales. La revolución científico-técnica opera también en una escala universal, y hasta, podríamos decir, cósmica. En ese sentido, ésta debe ser acompañada de un esfuerzo filosófico profundo y acumulativo en el sentido de repensar a la colectividad humana como comunidad universal a pesar de las barreras económico-sociales, políticas y culturales que aún limitan la plena realización de esa comunidad.

La noción de desarrollo económico-social y cultural tiene que ser pensada, pues, en nuestros días, como una dimensión universal capaz de analizar las distintas formaciones sociales existentes como momentos de transición hacia una nueva humanidad. El capitalismo dominante y dependiente, y el socialismo en sus variadas formas y etapas nacionales deben ser el marco dentro del cual debemos pensar las etapas posibles de esa universalización. Es imposible plantear el problema del desarrollo sin situarlo en este contexto histórico concreto. En esta búsqueda de lo concreto, se plantea también la cuestión de la guerra nuclear y de las guerras locales, civiles y de liberación nacional. Esta es otra dimensión que actúa concretamente sobre las estructuras sociales y culturales contemporáneas obligándolas a desarrollar una economía militar y una concepción estratégica que penetra y condiciona el conjunto de la realidad mundial en sus partes.

En esta militarización, la revolución científico-técnica cumple cada vez más un papel determinante, subordinando el fenómeno de la guerra cada vez más al mando científico y generando la contradicción entre los sistemas "racionales" y "científicos" de autodestrucción de la humanidad (que son en realidad un irracionalismo) y el sentido fuertemente libertario que encierra el dominio del hombre sobre sí mismo y la naturaleza.

La solución para estos problemas no será nunca la fuga del pensamiento científico para el mundo de las fórmulas puras. Éste tendrá que enfrentar cada vez más decisivamente su contenido ético. Conocer es poder, es dar forma al mundo material y espiritual. En este sentido, conocer es también libertad y por lo tanto, responsabilidad. Quien es libre tiene que decidir, optar, trazar su camino. La revolución científico-técnica está entregando a los hombres el poder de decidir entre la vida y la muerte, la destrucción y la construcción. No

adelanta responder románticamente en búsqueda del paraíso de la irresponsabilidad, de la inocencia perdida. Hubo una época en que la sobrevivencia de los hombres dependía de su capacidad de tomar de la naturaleza sus medios de vida. El hombre descubrió, sin embargo, formas de energía y de destrucción que son suficientes para liquidar la vida en la tierra. Hoy, la sobrevivencia de la humanidad es, pues, un acto libre; es el hombre quien decidirá o no sobrevivir como especie. Ya no puede volver atrás.

Por ello, la humanidad debe encontrar un camino consciente de superación de sus contradicciones internas. Estas contradicciones oponen, en primer lugar, a grandes agregados humanos divididos según su papel en el sistema productivo, como propietarios de los medios de producción o propietarios de la fuerza de trabajo. Es la lucha de clases permeando al sistema político de los países capitalistas y englobándolos en violentas confrontaciones que la teoría social de los años de afluencia económica pretendió transformar en conflictos plenamente funcionales. No obstante, la actual crisis económica internacional hizo renacer el desempleo, la inestabilidad y consecuentemente el enfrentamiento cada vez más directo en lo económico y en lo político y replanteó en la orden del día contradicciones ideológicas entre las clases fundamentales del modo de producción capitalista.

En el plano internacional, la relación entre los países dominantes en expansión constante sobre el globo terrestre, a través de las empresas multinacionales, su núcleo o célula básica, también provoca una confrontación creciente.

La lucha anticolonial de las décadas de 1940 y 1950 se proyecta en luchas antiimperialistas que acusan al capitalismo dominante de haber abandonado las formas explícitas de colonialismo solamente para dar origen a formas más sofisticadas de neocolonialismo. Con mayor o menor radicalidad los países del Tercer Mundo se congregan en el movimiento de los no-alineados, en el grupo de los 77 y otras instancias institucionales internacionales para exigir un nuevo orden económico internacional que redefiniera las relaciones entre los países eufemísticamente llamados del Norte y del Sur. En este debate, la cuestión de la ciencia y de la tecnología asume un papel central al exigirse su transferencia hacia los países hoy dependientes y al plantearse la necesidad de generar en ellos una base autóctona de producción científica y tecnológica que asegure su propio desarrollo.

Tanto en lo que respecta a las contradicciones de clase como en lo que atañe a las contradicciones nacionales, la sociedad contemporánea no puede escapar a una profunda redefinición de los principios económicos, sociales y políticos que rigen su desarrollo actual, conduciendo a una inestabilidad progresiva del sistema internacional. Si agregamos a esto las contradicciones con un sistema económico-social emergente, que se

rige por criterios socioeconómicos e ideológicos distintos, que se organiza en sistemas de poder nacionales con sus ejércitos y su capacidad económica propia, se complica aún más el marco de las contradicciones internacionales. A pesar del grado de estabilidad revelado por estos regímenes, es innegable que también ocurren importantes tensiones en su interior y entre las distintas unidades nacionales que los componen y que no logran superar los marcos geopolíticos en que se desenvuelven las unidades de poder nacionales y sus estados.

Parecería pues, que estas contradicciones objetivas entre clases, naciones y sistemas socioeconómicos no tienen una solución inmediata y, consecuentemente, no es posible evitar nuevos enfrentamientos, guerras y revoluciones sustituyéndolos por una evolución progresiva en el sentido de una comunidad universal. Esta constatación obliga a cada país, a cada clase y cada región a buscar establecer de la manera más racional posible su propia estrategia de desarrollo, buscando minimizar, en tanto sea posible, los costos de los enfrentamientos que impidan la evolución racional y necesaria de la humanidad en el sentido de someter su poder técnico y científico creciente a los propios fines humanos.

En el plano de las naciones subdesarrolladas y dependientes es cada vez más evidente que hay una relación profunda entre los gigantescos problemas que vive el actual sistema internacional. A pesar de ser correcto pensar que una evolución favorable de las relaciones internacionales pueda ayudar a la solución de los problemas internos de esos países, es lógico afirmar que, en lo fundamental, será su dinámica interna la que permitirá elaborar una estrategia de desarrollo económico, social, cultural y científico. Veamos algunos elementos de esta dinámica que pueden ser racionalizados en una estrategia de desarrollo científico-liberadora.

El objetivo primero de una estrategia de desarrollo científico sería pues la creación de mecanismos de identificación y articulación de la actividad científica con la cultura nacional como sistematización más o menos racional de las realidades nacionales.¹⁰ Como resultado de ese esfuerzo, se van definiendo las áreas prioritarias del conocimiento sobre las cuales deberá concentrarse el esfuerzo científico nacional.

Es aquí necesario hacer una digresión. No se trata solamente de desarrollar el conocimiento aplicado a los problemas básicos del país. Si se limita a la aplicación, la tendencia normal será la de incorporar valores y supuestos implícitos en las teorías aplicadas que correspondan a situaciones sociales y culturales distintas. Al definir un área temática, se debe fortalecer no sólo la investigación aplicada, sino también el estudio teórico, elevándolo al más alto nivel de abstracción los estudios referentes a aquella área teórica que, por estar ligada a nuestros problemas, debe normalmente encontrarse deprimida o abandonada en el cuerpo teórico de las ciencias de los países desarrollados.

Entre esas áreas básicas se destacan de inmediato aquellas ligadas a la identificación y al mapeo de las riquezas nacionales, precondition para cualquier esfuerzo de planificación de la ocupación y exploración del territorio a un concreto sistema censal y estadístico que permita avalar correctamente el potencial humano y económico del país; a la educación como objetivo máximo de cualquier programa de desarrollo dirigido a la solución de los problemas de la población; a la medicina preventiva y social que permita crear una población saludable; a la vivienda adaptada a las condiciones ambientales y a la planificación de los asentamientos humanos. Sin resolver estos problemas elementales, toda planificación de desarrollo científico se situará sobre un abismo, un vacío cultural, cuyo efecto desarticulador ya destacamos anteriormente.

Conocimiento y protección de las riquezas nacionales, alimentación, educación, salud y habitación adecuadas son los puntos de arranque de un desarrollo científico nacional. Dependiendo del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado por cada país, éste deberá atacar a este conjunto de políticas dirigidas a la atención de las necesidades de la población como primera tarea. Solo resolviendo esos problemas básicos, se creará la infraestructura para un ulterior desarrollo más sofisticado de una ciencia y tecnología propias. Solo así se conseguirá dar un fundamento cultural a la población para que ésta comience a participar conjuntamente de un esfuerzo científico nacional.

A partir de esta base esencial, el desarrollo científico tiene que establecer otras prioridades que aseguren el dominio del país sobre el proceso tecnológico que se encuentra articulado a partir de los medios de producción. Solamente las naciones que pueden controlar la creación de sus medios de producción disponen de una verdadera independencia tecnológica. Esto es válido para las condiciones de producción propias de cada periodo histórico. Pero es evidente que, con un atraso relativo en relación a la última tecnología del momento, será siempre preferible para un pueblo utilizar medios de producción que pueda dominar o producir internamente y solo adquirirlos del exterior en condiciones de dominar su uso de la tecnología. Uno de los efectos más nefastos de la importación de tecnología a través de las filiales de las empresas multinacionales reside exactamente en esa alienación de desarrollo de los medios de producción a las estrategias y objetivos de otras economías, instituciones e intereses. De esta forma, se elimina cualquier posibilidad de un desarrollo independiente a partir de intereses nacionales. La importación de tecnología, cada vez más necesaria en una economía internacional donde la creación de la ciencia y de la tecnología se encuentra extremadamente concentrada, como ya vimos, puede estar determinada por los intereses de la expansión, lucro, etc., de las empresas multinacionales y no por la definición de los intereses nacionales y de la capacidad científica interna de apropiarse de la tecnología, dentro de un proyecto de desarrollo científico y tecnológico.

Es necesario disponer de un conocimiento sistemático en la evolución científica, tecnológica y económica internacional para asesorar la elección de la tecnología a importar. Al mismo tiempo es necesario participar en un sistema de alianzas y cooperación internacional que permita aprovechar la competencia entre las potencias e intensificar la cooperación entre países de estructuras socioeconómicas y condiciones tecnológicas parecidas. En este sentido, la colaboración con los países socialistas ha sido una ayuda eficaz en la diversificación de alternativas tecnológicas del Tercer Mundo, así como la relación con corrientes progresistas de la ciencia y varios sectores industriales de los países desarrollados.

Pero todas estas recomendaciones dejan de tener sentido si no hay a nivel de la sociedad y del Estado una voluntad revolucionaria a favor del desarrollo científico, integrando un proceso de desarrollo económico y cultural más integral. Es evidente que es necesario, como condición de esta voluntad, la existencia de un movimiento de democratización económica, social y política suficientemente poderoso y permanente que asegure este desarrollo cultural y científico. Que asegure también la firme decisión de realizar masivas inversiones en la ciencia que sobrepasen los modestos índices actuales de 0.5% del PNB y lleguen a los 3.5% y 4% necesarios para incentivar un salto tecnológico-científico real. Esto sin hablar de las enormes inversiones en educación, alimentación, salud y vivienda que son las condiciones materiales para cimentar el esfuerzo tecnológico-científico de la sociedad.

Resumen y propuestas

Vimos, en primer lugar, la necesidad de una orientación metodológica histórica concreta que sitúe la cuestión del desarrollo en el contexto de la expansión del capitalismo comercial, financiero, industrial y monopolístico. Dentro de esta orientación, los países subdesarrollados y dependientes no aparecen como simples expresiones de atraso y de no-desarrollo, sino como el resultado histórico de esa expansión, en la cual cumplieron un papel subordinado y dependiente que estimuló la organización de sus economías dirigidas al exterior, basadas en mano de obra barata, en la sobrevivencia de economías de autoconsumo y en la marginación social.

Vimos en seguida cómo esta situación histórica de dependencia dio origen a un tipo de desarrollo cultural basado en una fuerte división entre la elite intelectual erudita, de origen oligárquico, o de una clase media que asumió sus modelos de conducta, y las masas desposeídas que no lograron integrarse en las pautas

culturales modernas, afianzando su sobrevivencia cultural en el cultivo de sus raíces pre-modernas buscando adaptarlas a las condiciones socioeconómicas propias de un capitalismo dependiente. Examinamos aún cómo la aparición y expansión de los medios de comunicación de masa aceleró los factores destructivos de esas culturas tradicionales, sin ofrecer los medios institucionales y organizacionales para la socialización activa de esas masas, aumentando sus angustias y tensiones. Vimos también cómo situaciones sociales marcadas por avances democráticos de masas permitieron a sectores más progresistas de las clases dominantes y de las clases medias asimilar la creatividad cultural de las clases populares, pero sus tentativas no consiguieron enraizarse por la falta de transformaciones económicas y sociales que sostienen este proceso de democratización, y por lo tanto, las perspectivas culturales que el abría.

Finalmente, analizamos la relación entre el desarrollo económico-social, el cultural y el científico, al llamar la atención sobre la fuerza creadora de este último de una nueva etapa de civilización, cuyo contenido universal pone a la orden del día la cuestión del desarrollo para toda la humanidad. No obstante, esta revolución científico-técnica se realiza en el contexto de modos de producción limitadores y que se encuentran en una fuerte tensión con su sobrevivencia. El carácter internacionalizador de esa revolución exige cada vez más una ciencia social capaz de situar la cuestión del desarrollo en el contexto de ese proceso internacional y de la interacción de las formaciones sociales decadentes o de transición hacia formas superiores de organización social.

Con estos elementos se torna más concreto el análisis del desarrollo científico en los países de capitalismo dependiente. Pueden resumirse las principales propuestas que se refieren a las tareas prioritarias para alcanzar este desarrollo:

1. Enfocarlo al conocimiento, a la protección y a la explotación de las riquezas naturales del país y de su potencial humano.
2. Orientarlo a la atención de las necesidades básicas en alimentación, educación, salud y vivienda del conjunto de la población, y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.
3. Sobre esta base, desarrollar la industria de medios de producción y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.
4. Crear un sistema de importación de ciencia y tecnología basado en el conocimiento sistemático de su evolución internacional, dando a la importación un carácter complementario de refuerzo a la plena utilización de los recursos nacionales. Reforzar la capacidad nacional de negociación de tecnología, no solo con el peso

político-social del Estado nacional, sino también con su capacidad de establecer alianzas y formas de colaboración internacional con instituciones, estados y fuerzas sociales afines.

5. Empatar todo este proceso de desarrollo científico en la formación organizada de una voluntad popular capaz no solo de apoyar esas medidas sino, sobre todo, de comprender su alcance, favoreciendo las prioridades en inversión científica sin las cuales no habría cambio cualitativo en la situación de dependencia y subdesarrollo tecnológico. Traducir esta decisión a un cambio cualitativo del presupuesto destinado al desarrollo científico-tecnológico que debe romper la barrera actual inferior al porcentaje de la renta nacional que dedican al mismo fin los países desarrollados (siempre superior al 2%).
6. Crear una conciencia clara en las vanguardias políticas, sindicales, empresariales y culturales del país, de que a falta de cambios radicales en la política científico-tecnológica en las direcciones señaladas (sin descuidar sus repercusiones globales) nos permita prever una profundización abismal de dependencia tecnológica, económica y política, de la marginalización social y de las contradicciones sociales que amenazan a la sobrevivencia del orden social y pueden generar un cataclismo político de consecuencias imprevisibles.

IV. Antecedentes de una política científico-tecnológica

Vivimos un momento histórico caracterizado por el paso de la Revolución Científico-Técnica (RCT) al centro del proceso de acumulación y desarrollo económico.

La RCT se caracteriza esencialmente por la transformación de la tecnología y de la producción en un campo aplicado de la ciencia. Este proceso fue iniciado en algunos nuevos ramos de la producción a partir de la Segunda Guerra Mundial (surgimiento de energía nuclear, de la aviación en jet, de la electrónica, de la informática y de la petroquímica). Maduró en los años 70 cuando comenzó a configurarse una nueva fase de RCT (surgimiento operacional del laser, de la microelectrónica, de la biotecnología e ingeniería genética, desarrollo de la exploración espacial y su impacto en la cosmología, en la física y química, en las perspectivas de los materiales, comunicación, etc. Esta nueva fase se caracteriza por la sumisión de la ciencia aplicada a la ciencia pura y al anuncio de una nueva era en el siglo XXI, en la cual la humanidad tendrá que planear la producción, reproducción y acumulación a la luz de proyectos de investigación y desarrollo de décadas. En este momento, bastante próximo, deberán romperse definitivamente los límites de los estados nacionales actuales y emergerá una civilización global, fundada en la producción automatizada y en la hegemonía de la ciencia básica sobre el pensamiento y las prácticas históricas, económicas y políticas.

Como ya vimos, en el capítulo anterior, en el momento actual, este proceso se encuentra concentrado en unas pocas regiones del mundo: Costa este, parte de California y algunos otros lugares de los Estados Unidos, Europa del Norte, región europea de la URSS y algunas áreas en la parte asiática del país y en Japón. Las demás regiones del mundo ocupan un papel apenas secundario, pero desarrollan una gigantesca lucha para poder acompañar a distancia estas transformaciones.

A medida que gran parte de ese proceso está sometido a la lógica de la acumulación capitalista, éste se ve acompañado de los instrumentos de socialización de la propiedad privada que son: la concentración de la producción y de la investigación y desarrollo; la centralización de capitales con la formación de gigantes conglomerados empresariales envueltos en ondas de especulación financiera inestables, erráticas y vacías de sustancia material; la monopolización creciente de la producción, de los servicios y de toda la vida económica; la internacionalización anárquica de las empresas y la acentuación de un intercambio mundial que oscila en función de coyunturas de mercado y políticas económicas; finalmente, contra todas las pretensiones de un liberalismo superado, en un gigantesco crecimiento de la intervención estatal en las economías capitalistas, articuladas, cada vez más por los subsidios públicos a la investigación y desarrollo militar y civil, y por la demanda estatal.

En este mundo de grandes y definitivas transformaciones económicas, sociales y políticas, comandadas por los centros de poder que planean y ejecutan la Revolución Científico-Técnica, ¿qué papel está reservado a los países dependientes y de desarrollo medio como Brasil?

En esta reestructuración de la economía internacional, en el campo capitalista, en la cual se sitúa subordinadamente nuestro país, se forja rápidamente una nueva división internacional del trabajo. En ella, los países centrales se especializan en las gigantes inversiones para la reproducción ampliada del sistema (investigación y desarrollo de alta tecnología y de ciencias básicas para abrir los próximos campos de aplicación de conocimiento: teoría de sistema e inteligencia artificial, computación especializada, investigación espacial, fusión nuclear, exploración oceánica, nuevos límites del laser y de los nuevos materiales), para la cual deben reformular su sistema educacional, de salud, habitación, transportes y comunicación, reservándose las producciones de alta intensidad tecnológica, sea esta industrial o agrícola.

Mientras tanto, se desplazan hacia los países de desarrollo medio (los llamados *New Industrialized Countries* y algunos países del sur de Europa) las industrias y actividades económicas asociadas a la tecnología de los

años 30 y 40 (siderurgia, textiles, química y petroquímica, aviación anterior al jet, y la investigación espacial, productos de consumo final en general, parte de la actividad agrícola, etcétera.)

Dada la pequeña generación de empleo que representan hoy esas actividades que vienen siendo revolucionadas por la aplicación masiva de la automatización en la producción directa, es fácil verificar que a pesar del dinamismo económico que representan, esas transferencias tecnológicas no significan aumentos importantes en el empleo, acentuándose los fenómenos de desempleo, subempleo y marginalidad en los países capitalistas dependientes, situación que deberá profundizarse aún más por la destrucción de los últimos vestigios de las economías de subsistencia en un marco de "modernización" tan acentuada de procesos económicos, sociales, políticos y, sobre todo, culturales (bajo el impacto de la moderna tecnología de comunicaciones y el violento *boom* de tiempo libre y actividades de ocio).

En el mundo de la RCT, las actividades que más generaron empleo son aquellas ligadas a la investigación y al desarrollo, a la educación, a la salud, a la asistencia social, a la comunicación, a la informática, a la cultura y al ocio, a la planificación y administración (en las economías capitalistas se agregan las actividades financieras y comerciales). Los países desarrollados desvían masas y grupos de trabajadores de los sectores productivos hacia los sectores de servicio y convierten las economías intensivas en ciencia y tecnología, mientras que la producción a gran escala representa una cantidad mínima de las horas de trabajo socialmente necesarias.

En este nuevo mundo que se dibuja ante nuestros ojos asustados ¿es posible pensar en una política científica y tecnológica autónoma e independiente a nivel nacional?

En un país de extensión continental como Brasil, la única respuesta es: ¡sí! Sin ésta, Brasil no será capaz de ocupar un mínimo de poder en este mundo moderno y se convertirá en un espacio para la operación de otros pueblos, condenados a la creación de una riqueza cada vez más concentrada en una minoría ínfima y a la reproducción ampliada de la miseria de sectores aún más amplios de su población. Ya presenciamos la proletarianización masiva de nuestras clases medias, que se sienten dentro de una trampa histórica y buscan desesperadamente huir del país. Como, a propósito, ocurrió con los profesionales de Argentina, Uruguay y Chile, entre otras naciones dependientes, que se vieron imposibilitadas para continuar su desarrollo económico nacional, mientras que aún sobrevivía un sistema escolar capaz de producir bienes profesionales sin oportunidad de trabajo.

Cualquier política científico-tecnológica seria, tendrá pues que contar con las premisas políticas necesarias para garantizar una reversión del escenario de subordinación y dependencia al cual estamos atados y en el cual nuestra vida económica se encuentra totalmente subyugada a una dinámica internacional perversa, que nos reserva un papel no sólo secundario, sino cada vez más marginal.

Para alcanzar tales objetivos, se hace necesario articular una alianza política entre los trabajadores manuales e intelectuales, particularmente aquellos ligados a la investigación y al proceso de conocimiento e información, los empresarios y productores rurales e industriales interesados en la consolidación de la economía nacional, el sector estatal bajo el control y si es posible, la administración de sus trabajadores. Dicha alianza de fuerzas deberá implantar un desarrollo enfocado, en primer lugar, a la satisfacción de las necesidades de la población, basado en la planificación y no en la competencia ciega entre los productores privados. Una producción dirigida a las necesidades básicas de la población exige una distribución de renta progresiva y drásticos cambios en las formas de propiedad, como la reforma agraria, la estatización del sector o el ajuste de la especulación financiera, más allá de un tributo progresivo a favor de los salarios más bajos.

Para asegurar el pleno desarrollo de nuestras fuerzas y potencialidades básicas, se hace necesario un mapeo completo de nuestros recursos naturales y humanos para, a partir de ello, elaborar un plan de desarrollo económico de gran dimensión y ambición.

En este plano, deberá ocupar un papel prioritario la educación, la capacitación y calificación de la fuerza de trabajo. Ubicar en condiciones de producción y trabajo del más alto nivel a millones de seres humanos alterará cuantitativa y cualitativamente la correlación de fuerzas mundial. El verdadero capital es el hombre y solo a través de la priorización de su desarrollo se alcanzará una etapa superior económica, social y política.

Esto exige una política científico-tecnológica que dé absoluta prioridad a la creación de los medios gerenciales y técnicos para una política alimenticia nacional, una educación universal básica para toda la población, una política de salud preventiva a gran escala y políticas de vivienda y transportes racionales.

Para atender tal desafío, se generarían millones de empleos de profesionales altamente calificados, formados por un sistema educacional que sería a su vez, otro gran generador de empleo. Esto fortalecerá una enorme demanda interna capaz de ocupar todo el parque industrial existente y estimular el desarrollo de una tecnología que, sin ser sofisticada, aseguraría la masa crítica de ingenieros, administradores, arquitectos, diseñadores industriales, que darían la densidad necesaria para un verdadero salto tecnológico en el país.

Estos cambios asegurarían la creación de masas críticas de servicios capaces de asegurar autonomía relativa y la capacidad de innovación tecnológica de nuestro parque industrial, particularmente el sector de máquinas-herramientas y las industrias de bienes de producción.

Además esos cambios podrían proporcionar una política de exportación de tecnología de servicios y producción para toda América Latina y África, que reforzaría el enriquecimiento de nuestra estructura profesional.

Articulado con la vasta recuperación y activación de nuestra capacidad profesional, se vuelve viable el desarrollo de centros de excelencia y de investigación científica y tecnológica de punta, que nos permitan participar en la creación de conocimiento en el mundo contemporáneo. Intentar construir este techo sin las bases materiales de educación, capacitación y calificación de población brasileña es un camino destinado al fracaso. No se trata de *primero* desarrollar esa infraestructura masiva para *después* desarrollar la alta tecnología. Es necesario un ataque simultáneo, con la elevación del peso relativo de la alta tecnología en las inversiones públicas, a medida que esté siendo creada la infraestructura de una población, educada e integrada en un sistema productivo nacional.

En este proceso, ¿qué papel deben tener el capital y la tecnología importados? Deben cumplir un papel complementario y subsidiario y no la función del sector dinámico y articulador de la economía, como viene ocurriendo desde 1955. Así, también, la exportación debe ocupar un papel complementario, de refinamiento y actualización del parque productivo y no de su motor propulsor, mientras el consumo interno cojea y se extingue.

Si reunimos estas condiciones socioeconómicas y políticas; si realizamos este mapeo y utilización racional de nuestros recursos naturales y humanos, si educamos, capacitamos y calificamos a nuestras masas trabajadoras; si producimos una tecnología gerencial y administrativa capaz de articular y hacer avanzar el pleno desarrollo alimentario, de salud, transporte y vivienda de nuestras masas; si generamos, a través de ese pleno empleo de profesionistas de alto nivel, los medios de vida para nuestra población y creamos masas críticas de producción en las áreas-clave para la integración del parque industrial nacional; si nos convertimos en un poder exportador para países capaces de consumir nuestra tecnología básica y de punta, podremos, solo así, construir un vasto potencial científico-tecnológico de punta y nos incorporaremos realmente al campo de la alta tecnología. Y podremos también importar, con racionalidad y poder de asimilación, el capital y la tecnología de las empresas multinacionales, así como importar directamente científicos y técnicos de todo el mundo,

incluso de los países desarrollados. La exportación sería también, el complemento capaz de estimular nuestra productividad y nuestra competitividad internacional.

En este escenario, ciertamente, una política científico-tecnológica sería el aspecto de una política económica y un proyecto de desarrollo más completo, capaces de articular a Brasil con el mundo contemporáneo. Y nos incorpora de lleno como creadores (más modestos, pero sujetos activos del proceso creativo) de desarrollo de la Revolución Científico-Técnica, participando como agentes en los cambios sociales, económicos y culturales que ésta provoca.

Este camino podrá ser más duro y difícil que la actual perspectiva de incorporación dependiente en las nuevas fases de la división internacional del trabajo. No obstante, si seguimos este camino, podremos, tal vez, atrasarnos relativamente en cuanto a ciertas sofisticaciones inútiles del consumo tecnológico, pero seremos dueños de nuestro entorno, creadores de un nuevo mundo y no prisioneros de una minoría de consumidores salvajes de bienes. Estaremos cercados de hombres educados y conscientes, capaces de incrementar su ambiente natural en vez de destruirlo, al tiempo en que dejaremos de estar cercados por masas hambrientas y miserables, explotadas por esa minoría.

V. Cultura y dependencia

El objetivo de este capítulo es apenas el de proponer una primera aproximación más sistemática a lo que podría considerarse una sociología de la cultura dependiente. No se pretende ir más allá de establecer un conjunto de hipótesis sobre la temática que debe ser trabajada por un estudio más profundo sobre el tema. No se trata, tampoco, de abrir un camino totalmente nuevo. Al contrario, el pensamiento latinoamericano y del Tercer Mundo en general debe ser enfrentado históricamente con dichas cuestiones por un largo periodo. Se trata exactamente de sintetizar la problemática que emerge de una tradición teórica e ideológica, buscando integrarla en el cuerpo más general de una teoría sistemática de las formaciones sociales dependientes. Esta teoría deberá situar a la superestructura de las sociedades coloniales, semi-coloniales y dependientes, dentro de las relaciones históricas que recogen, por un lado, su particularidad como sociedades emergentes dentro de un mundo crecientemente subyugado a la expansión del modo de producción capitalista, y particularmente, en la etapa del imperialismo; y por otro lado, deberá recoger los elementos universales que están intrínsecamente

ligados a la lógica de este proceso de expansión. La teoría de estos procesos superestructurales no podrá al mismo tiempo, despreciar el rol histórico del surgimiento del socialismo como alternativa organizativa de clase, como ideología y como experiencia estatal que actúa como un factor alternativo en la evolución de la lucha ideológica y en el propio tratamiento que la intelectualidad y las fuerzas sociales subjetivas de las formaciones sociales dependientes dan a su problemática histórica.

La superestructura de la sociedad dependiente refleja, antes que nada, su condicionamiento histórico determinado por la situación de dependencia. Esta situación es un producto de la expansión del capitalismo comercial y financiero de los siglos XVI al XIX, de la imposición creciente del capital industrial en el siglo XIX que permitió la implantación hegemónica de las relaciones de producción capitalista a escala mundial (al permitir la sumisión *real* del trabajo al capital en sustitución a la sumisión *formal* del periodo pre-industrial), y, finalmente, del paso del capitalismo a su etapa imperialista, en la cual el capitalismo monopólico somete de forma creciente el proceso de producción internacional y profundiza al mismo tiempo, en las contradicciones del capitalismo a nivel internacional, dando origen a un periodo de revolución socialista mundial a partir de las zonas periféricas del sistema.

En el contexto de este movimiento histórico universal, la situación de los pueblos emergentes se dividió en dos procesos concomitantes: por un lado, se establece el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la implantación de las relaciones de producción capitalista y de las instituciones a éstas correspondientes (el mercado interno, el Estado Nacional y soberano, las relaciones de producción asalariadas, etc.); pero, por otro lado, estaba la integración de estas sociedades en una economía internacional crecientemente dominado por el capital imperialista. Estas condiciones históricas funcionaban en el sentido de someter el proceso de desarrollo del capitalismo en estos países a las necesidades de una economía mundial que reservaba a estas naciones emergentes un papel subordinado en el sistema económico internacional. El efecto de esta situación de dependencia condicionó el desarrollo de las fuerzas productivas internas, de las propias relaciones de producción y de la superestructura cultural e ideológica, conformando estructuras sociales distintas de aquellas que se desarrollaran en el capitalismo dominante.

El primer problema presentado por tal situación era el de determinar en qué sentido el desarrollo capitalista de la sociedad emergente sería una repetición del capitalismo original o una forma específica de desarrollo capitalista. Los patriarcas de la independencia latinoamericana pretendían implantar en su región los ideales de los países que habían realizado sus revoluciones burguesas. El ejemplo de Inglaterra, Francia y Estados Unidos marcó fuertemente su voluntad revolucionaria. Pero luego quedó claro que no eran las mismas clases y fuerzas sociales las que actuaban aquí y allá. La burguesía negra emergente se había desarrollado en las

actividades comerciales y agrícolas o de minería, asociadas a la economía colonial. Su carácter oligárquico, su función mediadora en el comercio mundial limitaron fuertemente su impulso revolucionario. Desde el punto de vista revolucionario, se había comprometido con los neocolonialistas ingleses para reestructurar un sistema comercial exportador que reforzara la estructura dependiente. El impulso revolucionario independentista cayó bajo el control de estas clases y no permitió una transformación radical de las relaciones de producción, manteniendo hasta mediados o fines del siglo XIX, las leyes que conservaban la servidumbre y la esclavitud. ¿Cómo compatibilizar la República independiente y el dominio inglés? ¿Cómo compatibilizar la República democrática y la servidumbre y la esclavitud? ¿Cómo compatibilizar el desarrollo capitalista con la hegemonía política de los propietarios de tierra y de los comerciantes exportadores? ¿Cómo compatibilizar la integración nacional y el poder de los propietarios de tierra locales? ¿Cómo compatibilizar el crecimiento del mercado interno con las exigencias de la economía exportadora, la mano de obra barata y el poder local de los propietarios de tierra?

Durante muchos años el pensamiento social latinoamericano buscó analizar esta problemática a través de la discusión de las confrontaciones polares entre barbarie y civilización, primeramente, atraso y desarrollo, posteriormente, vocación agraria o vocación industrial, en otros momentos, subdesarrollo y desarrollo en los últimos tiempos. El tema principal de la reflexión de un pueblo es la atención a sus necesidades básicas, la utilización de las fuerzas productivas existentes en toda su potencialidad y su desarrollo continuo, finalmente, el dominio de la naturaleza por el hombre para someterla a sus fines. Pero el proceso de la revolución industrial polarizó violentamente las condiciones de producción de riqueza en el mundo. El desarrollo de las burguesías nacionales, la formación de los mercados internos, la consolidación de los estados nacionales, la implantación de las formas de comportamiento "racionales" que sometían al hombre a la era de las máquinas, a la existencia de un mercado de trabajo libre, el surgimiento del ciudadano como unidad de organización política y figura de derecho civil (transformado en individuo o persona contratante), el desarrollo de la ciencia y la tecnología como principios ordenadores de la producción y de las relaciones sociales, las formas estáticas pos-artesanales, buscadas en el individuo creador y en los materiales de producción artística industriales, así como en un nuevo concepto de tiempo, de espacio y de movimiento; todas estas nuevas pautas de producción y reproducción de la sociedad formaban los principios ordenadores de una nueva civilización; la revolución burguesa sería el proceso histórico de implantación de esta nueva estructura social. Durante el siglo XIX, y particularmente el siglo XX, gran parte del pensamiento social se ubicó en esta cuestión: estaban los que defendían este proceso y los que lo criticaban; los que oponían a éste las utopías del pasado o las del socialismo; o los que, como el marxismo, lo consideraban un momento dialéctico de la historia humana que creaba las bases materiales de su superación. Sin embargo, para los países latinoamericanos y gran parte del

actual Tercer Mundo, el problema no era tanto el de defender un proceso en curso en sus propias fronteras, sino el de enfrentar la cuestión de cómo integrarse en esta corriente histórica.

La implantación de la civilización industrial burguesa se presentaba en el pensamiento liberal y cosmopolita como una negación de las particularidades nacionales, la implantación de pautas universales de comportamiento, pensamiento estético. Todo lo que se opusiera a esta universalidad aparecía como bárbaro, atrasado o tradicional. La afirmación del ser moderno y civilizado era la negación del ser tradicional, propio, nacional, autóctono. Aquí se establecía uno de los primeros dramas de la cultura dependiente. En las naciones de desarrollo capitalista original, la implantación de la civilización burguesa era, al mismo tiempo, la implantación de las tradiciones burguesas, de su existencia como clase revolucionaria primero, y como clase conservadora después. Sus características nacionales aparecían como características del capital en general, de la modernidad en general, de la civilización en general.

En las naciones cuyo desarrollo industrial se derivó de las premisas establecidas por las primeras naciones capitalistas, estas se presentaban como una oposición a las particularidades históricas de las nuevas burguesías nacientes. La lucha entre el romanticismo y el clasicismo en lo estético, entre el irracionalismo y la ilustración racional no filosófica, entre el proteccionismo y el liberalismo en lo económico, aparecían como una lucha entre la reacción y la revolución entre nacionalismo reaccionario y universalismo civilizador. Pero si desde el punto de vista abstracto se pueden aceptar estas disyuntivas, desde el punto de vista histórico concreto los temas de la nación, de la afirmación de los sentimientos étnicos y culturales autóctonos eran una parte necesaria de la revolución burguesa en cada nación y lo habían sido incluso para las burguesías triunfantes a pesar de su internacionalismo y universalismo cosmopolita cuando se consolidaron en el poder. La represión de estos sentimientos y de esta base cultural nacional en países que aún no habían integrado su Estado propio, que no habían destruido las resistencias del localismo feudal, que no habían constituido su mercado nacional en oposición a los mercados regionales, era la muerte de su capacidad de implantar el capitalismo y la democracia burguesa.

Así, dialécticamente, la afirmación histórica de la particularidad nacional, como oposición a lo extranjero y al localismo podía, en condiciones históricas concretas, ser un instrumento de afirmación de un proceso universal de desarrollo de las fuerzas productivas y de las nuevas relaciones sociales capitalistas. Dichos problemas fueron enfrentados en procesos violentos por las burguesías alemana, japonesa y rusa (y, hasta cierto punto, por la norteamericana que también luchó por encontrar una identidad nacional). Pero éstos asumieron proporciones dramáticas en los países coloniales modernos. La suerte de las culturas indígenas americanas y africanas debilitadas por el colonizador aparecía como una necesidad histórica debido a la distancia de estas culturas y a la dificultad de entender sus gritos desesperados ante su extinción.

Más difícil de justificar a los ojos del liberalismo era, sin embargo, el debilitamiento de culturas y civilizaciones que habían traído grandes contribuciones al pensamiento occidental, como la islámica, la china, la hindú. Y más fuerte también era su capacidad de resistir a la avalancha occidental. ¿Qué había de universal en la revolución burguesa y hasta qué punto era una expresión de tradiciones europeas? ¿Cómo era posible aceptar que la afirmación de la universalidad de la nueva civilización industrial era la aceptación de la anulación de las culturas no europeas? ¿Cómo creer que el desarrollo de las nuevas naciones era el servilismo al conquistador europeo, a su imitación grosera, a la sumisión, a la negación de las nuevas burguesías nacionales y de su identificación con su propio espacio nacional, a la integración del mismo bajo la hegemonía burguesa? Para incorporarse a la nueva civilización, al contrario de las burguesías europeas que afirmaron su *ethos*, ¿las nuevas burguesías tendrían que negarlo y aceptar su condición subordinada, la humillación de su etnia, de sus características raciales, de sus tradiciones? No fueron pocos los mulatos que defendieron la superioridad racial del blanco, no fueron pocos los hispanos, portugueses, árabes o chinos los que defendieron la imposibilidad de un pensamiento filosófico y científico en sus lenguas nacionales.

Finalmente, muchos sectores de las oligarquías y de las clases medias emergentes se sometieron a un proceso de anulación de su particularidad nacional para afirmar la implantación de la "civilización", del "desarrollo" o de la "modernización".

VI. Dependencia cultural y socialismo

En el siglo XX, el mismo movimiento obrero, las ideas socialistas de la pequeña burguesía y de la intelectualidad sufrieron este mismo tipo de alienación. De hecho, el marxismo evolucionista y determinista económico que prevaleció en la Segunda Internacional facilitó apenas su identificación histórica con el liberalismo que resultó en la degeneración social-demócrata del marxismo hasta su anulación por el liberalismo, pero también este evolucionismo determinista que negaba la particularidad de las luchas nacionales del movimiento obrero, y su participación como protagonista en la revolución democrático-burguesa dentro de sus condiciones nacionales, y afirmaba la vocación de un universalismo abstracto y antihistórico que no se construía en la historia concreta de los estados nacionales, centro de la lucha por el poder.

Es muy fácil entender, por lo tanto como en la Segunda Internacional podría haber una corriente altamente pro-colonialista; se puede entender, también, cómo en la Tercera Internacional, negando los principios de Lenin, se podía retomar durante ciertos periodos, la perspectiva de un internacionalismo ajeno a las condiciones específicas de cada país o región; se puede entender aún, como los partidos socialistas participaron en guerras coloniales. No es difícil de entender, tampoco, la asociación ideológica entre liberalismo y la hegemonía de las burguesías de los países dominantes y las versiones obrero-reformistas de estas ideologías que dieron como resultado, por un lado, el apoyo de las clases obreras a los estados burgueses de sus respectivos países dominantes, y por otro, la manutención de un cosmopolitismo que anulaba su voluntad combativa por el poder que se asentaba en una base nacional.

Esta extraña paradoja solo se hace comprensible cuando vemos que el proceso de transición del capitalismo liberal al monopólico es, al mismo tiempo, el paso del colonialismo impuesto desde fuera, en las condiciones de una economía internacional incipiente, en dirección al imperialismo moderno, que se caracteriza por la exportación de capital y la integración de los espacios nacionales bajo la hegemonía del capital monopólico en el proceso de internacionalización.

La historia del triunfo del proletariado en países emergentes fue la historia de su hegemonía en el proceso de sus revoluciones democrático-burguesas. No fue nunca a través de un no reconocimiento de su proceso histórico específico. Lenin, Mao Tsé –Tung, Ho Chi Min, Tito, Kim Il Sung y Fidel Castro, entre muchos otros, no son expresiones de cosmopolitismo, a pesar de sus profundas convicciones internacionalistas. Ellos guiaron a sus clases obreras y a sus pueblos en una lucha por el poder nacional, como parte de un proceso universal de afirmación de una sociedad nueva a escala mundial. Y ni por esto pudieron eliminar totalmente los peligros de los desvíos antiinternacionalistas que las realidades geopolíticas, los intereses de las clases no proletarias en las revoluciones socialistas y las exigencias de los intereses de Estado, mismo en relación a estados socialistas. El problema nacional no puede ser resuelto sin considerar su historia, por una decisión del ideal de universalidad, sino por el complejo y dialéctico proceso de superación de las desigualdades internacionales y de la formación de una humanidad nueva que no será la imposición del *ethos* europeo sobre la humanidad, sino la síntesis superior de diferentes culturas y particularidades de la raza humana.

En este contexto se pueden comprender los complejos problemas teóricos que se impusieron a las clases revolucionarias en los países coloniales. Las burguesías locales, a pesar de sus oscilaciones y debilidades, buscaron durante años un espacio ideológico propio a través del nacionalismo antiimperialista y democrático popular. El nacionalismo burgués buscó su propio *ethos* en la recuperación de la grandeza de las civilizaciones indígenas, o en la fuerza de la cultura africana, o en otros continentes, en la afirmación de sus civilizaciones

originales. Pero es evidente que la reacción romántica a la hegemonía cultural europea no recreaba el *ethos* indígena, sino la versión burguesa o pequeño-burguesa de este *ethos*. El burgués moderno ubicó en su espacio musical, novelístico, teatral, cinematográfico, etc. las estilizaciones del folclor de su pueblo. Es interesante notar como alcanzó cierta importancia el romanticismo nacionalista en ciertos momentos históricos, como en el fin del siglo XIX, en los años 30 y 40 de nuestro siglo y nuevamente en la década de 1960. Pero es interesante notar que también el proletariado colonial buscó rescatar esta realidad nacional, según su versión popular revolucionaria. Los grandes romanticistas, pintores y poetas latinoamericanos de los años 30 y 40 fueron, en general, comunistas, o ligados a los partidos comunistas. La línea de frente única de 1934 a 1947, aliada a la recuperación del nacionalismo ruso en este periodo, particularmente durante la "Gran Guerra Patriótica" del pueblo ruso, creaba un ambiente cultural que permitía a la intelectualidad de izquierda del periodo identificarse con su pueblo, dentro de una versión social revolucionaria que no escondía su inserción en un mundo estético romántico, occidental y porque no decirlo, burgués. Pues fue la burguesía quien creó los espacios estéticos contemporáneos, como reconocieron los grandes teóricos de la estética marxista, en oposición a las tentativas fracasadas de crear un arte proletario, antes de que la clase trabajadora pudiese crear una civilización nueva con el Estado en sus manos y con la creación de las nuevas modalidades de producción y las nuevas relaciones de producción que permitían revolucionar el tiempo y el espacio de la civilización industrial burguesa, sus superestructuras jurídicas, culturales, ideológicas.

La incompreensión del carácter de transición del socialismo, su limitación histórica como simples avances en relación a la sociedad capitalista, como había establecido Marx, no tuvo consecuencias sino solo en el plan económico, de donde se pretendió suprimir voluntariamente las leyes de la producción (condicionadas por los límites del desarrollo de las fuerzas productivas y de transformación de las relaciones de producción y de las condiciones sociales del trabajo) antes de que se pudiera revolucionar totalmente, a través de la transformación contemporánea de las fuerzas productivas (que es la revolución científica y técnica aún en proceso) las limitaciones históricas de la economía heredada del capitalismo. También en el plano superestructural se pretendió romper radicalmente con la estética burguesa sin resultados concretos. El anarquismo fue la consecuencia de dichas tentativas, esto es, la pura negación abstracta de la sociedad burguesa, sin capacidad de concretización histórica, sin capacidad de desarrollar la positividad de la alternativa proletaria. Pues la negación de la sociedad burguesa no es la afirmación del antiburgués en abstracto, sino la integración revolucionaria de la civilización burguesa en la positividad de la transición hacia una civilización que no será simplemente proletaria, pues la hegemonía del proletariado y su necesidad de recurrir al Estado y, por lo tanto, a la dictadura de clase, es una expresión de su subordinación histórica a las condiciones de la sociedad de clases para eliminar la sociedad de clases.

Por lo tanto, el resultado histórico de la hegemonía del proletariado no puede ser la creación de una civilización proletaria, sino la de una civilización sin clases. En este sentido, la aceptación histórica de los límites del socialismo como régimen de transición y no como ideal humano final es, al mismo tiempo, un antiradicalismo en el sentido abstracto, y la única forma de radicalismo histórico, es decir, de praxis revolucionaria concreta.

Es por este motivo que la radicalización creciente de las condiciones históricas de la lucha por la liberación nacional, al mismo tiempo que desvía hacia la clase trabajadora la conducción de la lucha nacional y presenta la alternativa socialista como única forma viable de resolver las contradicciones generadas por la etapa imperialista del capitalismo, obliga también a la clase trabajadora a resolver los problemas económicos, políticos y culturales ubicados en otros momentos históricos a las burguesías nacionales. Es por esta razón que, al contrario de crear una alternativa cultural cosmopolita y clasicista abstracta, la clase trabajadora de los países dependientes y su movimiento revolucionario retoma la temática del romanticismo burgués nacionalista y populista y la somete a sus objetivos históricos, a sus valores propios, transformando radicalmente su papel funcional dentro de la lucha de clases.

Pero es evidente el peligro de tal situación. La incorporación de la temática nacional democrática en el universo cultural y teórico de clase y de un pensamiento socialista corre el riesgo de dejarse subordinar por el contexto ideológico burgués. Pero si examinamos el problema más detenidamente, vemos que el mayor riesgo está en sentido contrario. El abandono de la temática nacional democrática por el pensamiento rector de la clase trabajadora emergente en los países latinoamericanos (con excepción de Chile, donde la clase trabajadora se mantiene organizada en partidos marxistas) entregó a la hegemonía del nacionalismo democrático burgués el pequeño burgués. El triunfo del populismo latinoamericano se explica, en gran medida, por esta incapacidad del marxismo latinoamericano en los años 20 y 30. La clase trabajadora formada en las condiciones de migración europea a fines de siglo XIX e inicios del XX, con fuertes tendencias pequeño-burguesas por sus condiciones de producción artesanal, profundamente influenciada por el anarquismo y sometida la línea del Tercer Periodo de clase contra de la Internacional Comunista entre 1927 y 1934, fue incapaz de ganar la hegemonía ideológica sobre los nuevos contingentes trabajadores recién emigrados del campo, identificados con el populismo en los años 30. El cambio de la línea de Internacional Comunista, en 1935 a una concepción de frentes populares bajo la dirección de los sectores democráticos liberales hizo que esta hegemonía burguesa nacional democrática se consolidara, pues los partidos comunistas, debilitados por su distorsión izquierdista en los años revolucionarios de 1930-1934, que ocasionó su separación de los movimientos democráticos y antiimperialistas, se reincorporaron a estos movimientos en una posición subordinada que ya

no les permitió recuperar la hegemonía ideológica sobre la clase trabajadora. En consecuencia, solamente a medida que los marxistas hablaban el lenguaje de los populistas, podían dialogar con el movimiento trabajador ya identificado con el contexto ideológico del nacionalismo democrático burgués. Por lo tanto, el riesgo se encuentra no en la búsqueda del pensamiento marxista de integrar la particularidad de las condiciones nacionales y de inscribirse en el marco de la lucha por el poder del Estado nacional, por la hegemonía de la cultura nacional, sino en su aislamiento en el mundo abstracto-formal de una historia desvirtuada.

La diferencia fundamental entre el enfoque marxista del problema nacional democrático y el enfoque burgués reside en los siguientes puntos: en primer lugar, el marxismo ve la cuestión democrática y nacional como último fundamento del proceso de realización de un ser metafísico nacional auténtico. En segundo lugar, el marxismo ve en lo nacional la instancia de un proceso concreto de lucha antiimperialista y de realización de un internacionalismo que supera el carácter desigual y combinado, expoliador y opresor del desarrollo del capitalismo, mientras el pensamiento burgués ve en la realización histórica de la nación un fin último y cree en una sociedad capitalista mundial igualitaria. El marxismo, finalmente, denuncia el manejo de la cuestión nacional por la burguesía como una tentativa de anular las contradicciones de clase del capitalismo. El marxismo afirma, en consecuencia, el carácter popular de la nación, su base de clase y la hegemonía del proletariado en la lucha de liberación nacional como la punta de lanza para construir una sociedad nueva capaz no solo de resolver la cuestión nacional, sino también de resolver los problemas sociales que el nacionalismo burgués no puede hacer. En este sentido, la soberanía nacional se hace soberanía popular, democrática popular y base de la reconstrucción del orden económico, social y cultural. En este mismo sentido, el marxismo no ve la liberación cultural como el proceso de afirmación de contenidos nacionales eternos e irracionales, sino como la lucha contra la opresión cultural y la liberación de las masas del analfabetismo, de la ignorancia y su afirmación, a través de su propia experiencia sistematizada, en un pensamiento revolucionario.

La cuestión de la cultura se inserta así, en la lucha por la hegemonía nacional. Se trata de saber qué clase social será capaz de resolver los problemas del crecimiento económico, de la satisfacción de las necesidades básicas de la población, de la soberanía nacional, de la liberación de la opresión cultural y el pleno desarrollo de la capacidad creativa del pueblo. Y el problema de la hegemonía se decide en torno al Estado, de quién domina y de su carácter.

Con el enorme avance de la internacionalización del capital después de la Segunda Guerra Mundial, surgen nuevos problemas en el contexto cultural e ideológico latinoamericano y de los países dependientes en general. La reorientación de las inversiones imperialistas hacia el sector industrial de las naciones dependientes en formación retiró la base de acumulación propia de una burguesía industrial naciente en estos países.

Después de algunas tentativas de resistencia que exacerbaron la postura nacionalista de estas burguesías, éstas se vieron, en los años 50 y 60, en la necesidad de cesar esta resistencia que las obligaba a apoyarse en movimientos populares cada vez más radicalizados. Al mismo tiempo, descubrieron el camino para convertirse en socios menores del capitalismo internacional, compartiendo, a través de una posición dependiente y secundaria grandes ganancias creadas por la intensificación de las condiciones de explotación de la mano de obra del proletariado de los países dependientes, la base tecnológica superior del capital internacional, sus condiciones de operación monopólicas altamente concentradas y su capacidad de centralización del capital. A partir de ese momento, el ímpetu antiimperialista de los años 30 a 50 se diluyó en vagas pretensiones de mejores condiciones de comercio e intercambio internacional y se abandonó definitivamente la pretensión de un desarrollo nacional autónomo.

Como consecuencia, de un momento a otro, el amplio frente político nacional democrático se vio privado de sus liderazgos burgueses, cuyas vacilaciones se hacían cada vez más evidentes o difíciles de ocultar. La lucha antiimperialista adquirió desde los años de posguerra, un contenido cada vez más socialista. En América Latina, este proceso llegó a su primera conclusión exitosa con la declaración de la revolución cubana como socialista, en 1961.

Mientras tanto la revolución cubana resolvía no solo los problemas económicos más inmediatos de las grandes masas del país sino que levantaba, primordialmente, un programa de alfabetización, luego de educación primaria universal y, hoy en día, de educación secundaria universal y enseñanza universitaria masiva; por otro lado, las masas latinoamericanas continúan masivamente analfabetas, la enseñanza fundamental es un fin inalcanzable para grandes grupos, la enseñanza media y particularmente la universitaria, un objetivo de élites.

La experiencia cubana trajo también nuevos contenidos culturales al desarrollo espiritual del pueblo. Y a pesar de los pequeños recursos con que cuenta la Isla, se destaca en todos los planos culturales, no solo rescatando la cultura popular afrocubana, sino también llegando a ocupar la primera línea del arte abstracto, del romance realista y mágico, de la poesía, del canto, de la música erudita, del ballet, etc. El desarrollo cultural del pueblo cubano no se logró ni por una negación de su contenido nacional, ni por un desprecio al arte llamado universal, sino por una síntesis creciente entre los dos elementos.

Por otro lado, la cultura en los países capitalistas dependientes latinoamericanos continúa prensada entre la opción elitista y popular. En momentos democráticos de gran contenido potencial revolucionario como el gobierno de Goulart en Brasil, en 1961-1964, el Chile de la Unidad Popular, en 1970-1973, y muchas otras

situaciones de efervescencia cultural, ideológica y teórica en el subcontinente, despuntaron nuevas propuestas que reubicaban esta disyuntiva básica, no siempre bien resuelta, sino altamente significativa por su potencialidad creadora y por los nuevos problemas que acarrea.

El fracaso de estas experiencias democráticas avanzadas y la imposición de dictaduras militares fascistas en estos países crearon situaciones de censura, por un lado, y de resistencias culturales combativas por otro; crearon también un nuevo fenómeno en el presente siglo, que es la migración masiva y la concentración de intelectuales latinoamericanos en nuevos centros de producción en países democráticos. El intercambio de experiencias, su reimplantación en nuevas condiciones nacionales, el radicalismo ideológico creciente de la región viene creando el sustrato ideológico y cultural de un replanteamiento radical de la cuestión cultural en América Latina.

Pero el complejo proceso de superación de las condiciones históricas de hegemonía del nacionalismo democrático y de su concepción de un arte nacional y popular conduce a desvíos peligrosos. Por un lado, la tentación de oponer a la hegemonía histórica del nacionalismo democrático burgués un marxismo sociológico que cree en una clase trabajadora definida como grupo social y no como clase revolucionaria en lucha por el poder a escala nacional, dentro de determinadas condiciones nacionales y de una cultura localizada y concreta, que puede llevar a una experiencia sectaria y fracasada a amplios sectores de la izquierda y a su total esterilidad. Por otro lado, la tendencia a pensar los procesos modernizadores del capitalismo dependiente dentro de un cosmopolitismo pro-imperialista abierto, como los implantados por las dictaduras militares al servicio del gran capital internacional, como base para un nuevo capitalismo capaz de superar las condiciones de dependencia y de generar una clase trabajadora aislada del problema nacional, puede dar origen, y de hecho lo viene haciendo, a la concepción de un neoliberalismo colonizado de base obrera. Traducido a un lenguaje concreto, se trata de un trasplante del discurso social-demócrata a las condiciones latinoamericanas, en la esperanza de implantar aquí un movimiento obrero disciplinado dentro de un capitalismo, sino totalmente desarrollado, por lo menos medianamente dinamizado. Entre un sectarismo basado en una versión social radical del marxismo, esto es, un laborismo sin trabajadores, y un liberalismo social de carácter social-demócrata que apuesta en una democracia burguesa apoyada en masas hambrientas y analfabetas, hay que levantar la riqueza dialéctica del marxismo. Es necesario despertar en la clase trabajadora su espíritu revolucionario, situándola a la vanguardia de la lucha democrática radical y antiimperialista y demostrando, en la teoría y en la práctica, que solamente el socialismo resolverá los grandes problemas acumulados por las contradicciones crecientes de un desarrollo capitalista dependiente, creador de monopolio, concentración, sobreexplotación y marginalización social.

En este contexto ideológico, la cuestión cultural adquiere una dimensión altamente prioritaria. Competir con un cosmopolitismo apoyado en las técnicas modernas de comunicación desarrolladas por el capital multinacional que viene dominando los medios de comunicación, sin dejarse oprimir por ellas; respetar el poder creador del arte popular, su fuerza contestataria; sin caer en una versión pequeño-burguesa de la misma; establecer la síntesis entre la modernidad y lo popular, dentro de una estrategia de hegemonía cultural creciente del movimiento revolucionario, manteniendo viva la voluntad de poder y la vocación de hegemonía nacional del movimiento obrero y popular; estos son los nuevos desafíos que se presentan a los pueblos que se vienen debatiendo entre problemas seculares pero que no abandonan sus ideales de soberanía nacional, democracia y justicia social. Se trata de reconocer el camino andado en las fuerzas materiales, culturales e ideológicas de nuestras sociedades y elevar a nuevos niveles estos ideales históricos tantas veces utilizados y tantas veces traicionados por nuestras clases dominantes.

Apéndice

Iglesia y Estado en América Latina¹¹

Realmente la discusión siguió, en buena medida, en lo que Dussel llama una visión intraeclesial. Se torna un poco difícil a los marxistas intervenir por cierto desconocimiento de uno u otro problema propuesto. Por lo tanto, creo que aquí se ubicarán temas de profundo contenido político, social, cultural y teórico sobre los cuales un marxista debería pronunciarse.

Creo que la cuestión central que se está planteando es si se trata de un compromiso táctico o estratégico entre cristianismo y marxismo. Creo que aquí hay realmente un problema fundamental. La posibilidad de un compromiso estratégico entre cristianismo y marxismo en América Latina pasa, indudablemente, por una fuerte reflexión común entre marxistas y cristianos sobre los elementos que integran esta definición estratégica.

Porque, evidentemente, si partimos del hecho de que el cristianismo está dividido entre dos grandes líneas, estas dos grandes líneas pasan por una visión de clases (fundamentalmente), y hay también una tendencia entre ustedes de hacerla pasar por una división entre la institucionalidad, por un lado, y el cristianismo como movimiento profético, por otro. En primer lugar, tendríamos que precisar esta cuestión.

Si la estructura eclesiástica está tan definitivamente comprometida con la burguesía y con el imperialismo, evidentemente hay aquí un problema bastante difícil de resolver, porque así como en nuestras sociedades civiles latinoamericanas el peso del Estado es muy grande, creo que también en nuestras sociedades religiosas latinoamericanas el peso eclesiástico es muy fuerte. Si aceptamos, al principio, que la estructura eclesiástica funciona definitivamente del lado de la derecha, de la burguesía, tenemos allí un fuerte peso institucional que va actuar contra una perspectiva revolucionaria en América Latina.

¹¹ Intervención en el Seminario sobre el mismo tema realizado en SEPLA, México, 1980 y adaptado en el libro *Iglesia y Estado en América Latina*, SEPLA, México, 1979.

Me gustaría discutir un poco sobre esta tesis dentro del contexto latinoamericano, por lo menos en lo que concierne a la experiencia brasileña.

Creo que en este caso, la estructura eclesiástica no está totalmente del lado de la derecha y tendríamos que analizar qué condiciones socio-económicas permitieron esta irrupción de posiciones de izquierda dentro de la estructura eclesiástica. Si pensamos en el caso brasileño, la Iglesia tuvo un compromiso muy profundo con el golpe de Estado de 1964, y ahora aparece como una de las fuerzas más importantes contra la dictadura militar. Creo que debemos tener en mente que ya en 1964, cuando se da esta movilización de la derecha, existía dentro de la Iglesia un fuerte movimiento de izquierda. Este movimiento ya se había expresado políticamente en la Acción Popular y fue bastante importante en el desarrollo posterior de las posiciones políticas tomadas por ciertos sectores del movimiento laico. La Acción Popular llegó a tener una influencia bastante significativa en los movimientos de acción de laicos, más que los propiamente eclesiásticos, pero llegó a tener influencia en algunos sectores de sacerdotes y hasta incluso algunos obispos se sensibilizaron por las movilizaciones de los jóvenes de la Juventud Católica y algunos sectores de la Juventud Obrera. Por lo tanto, creo que la reacción contra la penetración del pensamiento revolucionario dentro de la Iglesia fue uno de los factores que motivó una gran movilización de la Iglesia contra el "peligro marxista" y la adopción de una posición reaccionaria que propició el golpe de Estado de 1964.

Es muy interesante examinar cómo el golpe de Estado de 1964 genera a su vez, una reacción de sectores más avanzados de la Iglesia, en un sentido de enfrentamiento total con el Estado, con la dictadura y una aproximación con las tesis y posiciones guerrilleras.

En la historia de estos años, no se debe dejar de considerar la aparición de Camilo Torres, en Colombia, como una figura que se vincula también a esta postura de enfrentamiento total, revolucionario y armado contra el Estado. Esto debe haber hecho a muchos sectores de la estructura eclesiástica reflejar, comenzando a entender que se necesitaba una nueva flexibilidad del sistema eclesiástico para no llegar a un rompimiento tan profundo como el que podría surgir a partir de una radicalización tan grande de un sector de la Iglesia.

Creo que tiene que ver también con toda una situación internacional pues, a este nivel, la Iglesia como sistema, como institución percibió que su posición de enfrentamiento con los regímenes socialistas la conducía

a una situación de gran debilidad dentro de una parte creciente del mundo, de un sector creciente de la humanidad.

Y la salida de un aislamiento muy peligroso tiene mucho que ver, para mí, con todo este movimiento de reforma dentro de la Iglesia, no solo de la cristiandad como tal, pues debemos pensar que la institucionalidad de la Iglesia tiene algunos intereses propios que defender. No tenemos que pensarla solo como aparato que sirve a otras fuerzas, a otras clases, sino también como un aparato que tiene sus propios intereses.

En este sentido, es evidente que para este aparato es muy importante la experiencia histórica. La posición de la Iglesia debe estar influenciada por los resultados históricos de una Iglesia identificada como el Estado en Rusia y que está liquidada junto con el Estado zarista, comparada con una Iglesia que participa de la lucha insurreccional en Yugoslavia y que sobrevive en el Estado socialista yugoslavo. En ninguno de estos casos se trata de un resultado único de una posición política de los dirigentes de la Revolución Rusa, sino de la posición tomada por la Iglesia en las coyunturas políticas concretas de estos países.

Estos dos ejemplos son bastante indicativos de que la propia estructura eclesiástica debe buscar alguna manera de mantener, dentro del aparato de la Iglesia, las fuerzas que se comprometen en procesos revolucionarios y que pueden dar a la Iglesia un espacio dentro de los regímenes que resulten de estos procesos revolucionarios.

Este raciocinio es muy importante para entender la posición de la estructura eclesiástica en relación con estas cuestiones. Creo que la coyuntura de 1968 realmente influyó mucho las relaciones de Medellín y fue un reflejo de la situación histórica, de un momento de insurrección generalizada en el mundo y en América Latina. Entonces, evidentemente, aunque no se estuviese de acuerdo con ciertas tesis, debíamos aceptarlas como una fórmula de compromiso frente a una realidad que parecía victoriosa. Y hoy en día, estamos en una situación en que parece que la historia no está tanto del lado de la insurrección, sino del lado de la contra-revolución.

Pero sería mucho más importante que examináramos algunos elementos de coyuntura actual para mostrar en un raciocinio marxista, es decir, materialista, que la estructura de la Iglesia razona también muy políticamente. A pesar de las derrotas políticas sufridas por el movimiento popular en los últimos años en América Latina, no estamos en una situación de total retroceso, sino al contrario. En un debate como este sería muy importante mostrar los elementos positivos de la coyuntura actual, porque si entramos en un debate a partir de una posición derrotista, creo que vamos a favorecer las líneas más derechistas, un oportunismo de derecha dentro de la estructura eclesiástica.

Diría que en este momento vemos un gran renacimiento del movimiento popular latinoamericano: en la huelga general de Perú; en el gran movimiento de masas que llevó a la apertura del proceso político en Bolivia; en la unificación de las centrales sindicales en Colombia, con movimientos huelguistas de gran importancia; en Nicaragua tenemos una constante movilización y lucha de masas; finalmente, en Brasil, el movimiento popular, el movimiento democrático alcanzó un nivel muy alto y la clase trabajadora comienza a actuar dentro de este movimiento y conquista sus objetivos principales, a pesar de las difíciles condiciones represivas.

De hecho, la coyuntura comienza a cambiar y conviene llamar la atención de aquellos que razonan con oportunismo de derecha, cuyo raciocinio está mal asentado en la realidad latinoamericana, una realidad en la cual, la victoria de la derecha es provisional, limitada, sin perspectivas. Estos aspectos tácticos me parecen muy importantes para victorias de carácter más estratégico, porque si partimos de una asamblea como esta, sin duda de gran importancia, en actitud de aceptar la derrota, esto será muy negativo. Y a pesar de no conocer suficientemente la situación interna, creo que no se deben aceptar totalmente los datos inmediatos porque la propia situación política latinoamericana puede ayudar en un cambio de la correlación de fuerzas dentro de la Iglesia.

Este aspecto de la coyuntura es muy significativo para dar margen a un enfrentamiento, en una postura que me gustaría también discutir un poco: se trata simplemente de la postura de una minoría que reivindica el derecho de presentar su tesis o de una postura que tenga el deseo de ser mayoría, una voluntad de poder.

Porque creo que la postura de ubicarse siempre en la oposición es una posición negativa. Creo que tenemos que luchar por la mayoría, tenemos que ambicionar el poder. Claro que aceptando los datos de la situación cuando se está obligado a luchar a partir de una situación de oposición.

En este sentido, la distinción entre las luchas democráticas actuales y una postura socialista no debería estar hecha a partir de una perspectiva de división de las dos propuestas sino, por el contrario, lo que se debería exigir de la Iglesia es una reflexión más profunda sobre el sentido de la lucha democrática que hoy se desarrolla en varios países de América Latina, buscando demostrar que esta lucha democrática tiene un profundo contenido social y que solo puede haber realmente una respuesta democrática en América Latina si estuviera asociada a una liberación social, a una perspectiva socialista. La reflexión sobre la relación entre la lucha democrática y la socialista en América Latina, en el caso de una Iglesia que está comprometida tan profundamente, en algunos países, con las luchas por la democracia, me parece una reflexión fundamental para el momento actual y también estratégicamente. Creo que ahí tenemos dos puntos que puede permitir, no solo una perspectiva común entre el marxismo y el cristianismo, sino más que esto, diría hasta un

enriquecimiento del marxismo por la contribución de la dimensión cultural, de la dimensión profunda que puede llevar al cristianismo a la comprensión del sentimiento democrático como fenómeno histórico-cultural.

Cuando la cuestión de la democracia se constituye en objeto de reflexión común entre cristianos y marxistas, creo que estamos alcanzando un punto de unidad bastante profundo, no solo en el campo de un pluralismo socialista en el cual existan tendencias distintas que permitan al cristianismo sobrevivir dentro de una estructura socialista (reflexión que es fundamentalmente de estructura socialista eclesial), sino en un plano aún más profundo de tipo profético, si me permiten utilizar esta imagen en que realmente el problema de la democracia se convierte en una cuestión de modo de vida, de un modo de ser, en que el proceso de la revolución es, al mismo tiempo, un proceso de liberación del hombre y de la sociedad en su conjunto, proceso fundamentalmente democrático. Y ahí hay un campo de reflexión en que, creo, cristianismo y marxismo pueden realmente llegar a un grado de trabajo teórico común que la realidad latinoamericana les está exigiendo, particularmente en los países en que la dictadura política se asocia a la dictadura de clase, económica, etcétera.

Partimos de la cuestión estratégica, examinamos las cuestiones tácticas y volvemos a la cuestión estratégica. No me gustaría separar totalmente los aspectos estratégicos de los tácticos. Un problema táctico, como lo es el problema democrático en este momento, puede convertirse en un problema estratégico a medida que se extienda hasta sus raíces. Es así que, frente al comportamiento de la Iglesia en ciertos países en los cuales se está comprometiendo con una lucha democrática, no intenta paralizarla diciendo: "Bien, ustedes están comprometidos con la lucha democrática hasta cierto punto, pero no se comprometen con el resto". Pondría las cosas de manera inversa: "Ustedes están comprometidos con la lucha democrática, ¿qué sentido tiene esto realmente? ¿Hasta dónde llevar este compromiso? ¿Cómo ahondarlo y tomar conciencia del peso de este compromiso?"

Lo que podemos hacer es aislar la posición derechista y mostrar su carácter antidemocrático, su compromiso con el imperialismo, y establecer las pautas reales de compromiso con las masas cristianas.

Y lo planteo no solo desde el punto de vista de una táctica frente a esta situación inmediata, sino también a partir de un punto de vista más estratégico. Creo que la izquierda latinoamericana, el movimiento popular latinoamericano está viviendo un proceso de maduración muy grande pero, algunas veces, sobre todo en los países que pasaron por dictaduras, puede parecer que hay un retroceso en algunas posiciones políticas del movimiento popular. De algunos planteamientos muy radicales que hicimos en la década de los 60, tal vez estemos con posturas menos radicales, pero creo que el verdadero radicalismo no se define por una posición

táctica, sino por las consecuencias reales de esta posición táctica. En la década de los 60 fuimos mucho más radicales, en un movimiento que aisló las vanguardias de las grandes masas.

Evidentemente quedaron grandes mensajes, grandes planteamientos pero el proceso político concreto, los movimientos guerrilleros, sobre todo, produjeron un gran aislamiento en relación a las masas.

En el momento actual, después de toda esta experiencia, tal vez nuestros planteamientos estén al nivel de las grandes masas, y por lo tanto, tal vez se presenten menos radicales, pero creo que la vanguardia política latinoamericana tiene una gran oportunidad de articularse profundamente con los movimientos populares de nuestros países y establecer, principalmente en aquellos países en que se frena una lucha democrática, un compromiso reciente con las grandes masas. Y es indudable que, a pesar de que en el liderazgo de esta lucha democrática aparezcan muchas veces sectores comprometidos con el gran capital, con sectores de la burguesía etc., para las masas está muy claro que la lucha democrática de nuestros países fue mayoritariamente, una tarea de la izquierda y que la dictadura existe fundamentalmente para liquidar la izquierda y suprimir las conquistas populares. Creo que estas luchas democráticas que están desarrollándose en algunos países tienen un profundo contenido radical, a pesar de no aparecer explícito tal vez en sus primeros momentos.

Tal vez la cuestión se deba a una cierta falta de preparación de nuestra parte para profundizar los aspectos ideológicos más profundos en esta coyuntura concreta. Por ello, llamo la atención, en el caso del debate de Puebla, para el hecho de que podrá ser bastante importante si la izquierda y los sectores populares de la Iglesia fueran capaces de posicionarse en la coyuntura, de apropiarse de este proceso de lucha democrática e integrarlo a una postura ideológica, a una reflexión teórica que radicalice esta lucha democrática. Y el debate podrá realmente convertirse en un nuevo punto de partida para la izquierda latinoamericana y no en una nueva derrota. Por lo menos esta debería ser su aspiración en un momento como este, fuera de la realidad interna de la Iglesia.

Lamento que no tengamos aquí compañeros brasileños más identificados con la historia de la Iglesia en Brasil, para poder dar un testimonio sobre su evolución en relación con el Estado, pero, como de alguna forma me preocupa este problema en algunos momentos de mi vida, pienso que podría hacer algunas reflexiones.

Creo necesario hacer algunas consideraciones generales que partirían de los planteamientos hechos por Pio con respecto a la separación entre la Iglesia y el Estado en el capitalismo. Como estructura económica, política y social, el capitalismo no necesita teóricamente de la Iglesia, y digo teóricamente porque la ideología del Estado democrático burgués no incluye una justificación religiosa del Estado. En su concepción ideológica

del Estado, la burguesía llegó a sus formas más avanzadas, más revolucionarias, con el racionalismo del siglo XVIII que prescindía totalmente de la idea de Dios y de la Iglesia, o de cualquier forma religiosa para justificar el mundo político y social, las relaciones de los hombres en la esfera política. Permanecía siempre abierta al problema del teísmo pero de forma independiente a cualquier manifestación religiosa, como fue la ideología de la Revolución Francesa. Desde el punto de vista teórico, abstracto y también de un proceso histórico revolucionario como lo fue la Revolución Francesa, manifestación tan avanzada en aquel momento histórico, este se constituyó en el límite máximo al que llegaría la ideología burguesa.

Engels, por ejemplo, llama la atención en *Antidühring* y en el prólogo del Socialismo Utópico, Socialismo Científico, sobre el hecho de que la burguesía comprendió que de alguna forma necesitaba de la Iglesia y que ocurría un cierto retroceso en la burguesía francesa en relación a sus posiciones de la época de la Revolución. Engels se refiere incluso al hecho de que la burguesía francesa se burlaba de la burguesía inglesa por sus vínculos con la Iglesia, pero a partir de cierto momento comenzó a entender la importancia de esta postura. Tal vez ahí haya un problema bastante importante desde el punto de vista teórico y de análisis del papel que la burguesía intentó imputar –consiguiendo en muchos casos- a la Iglesia en los países capitalistas. Hasta hoy es interesante apreciar cómo en los países nórdicos, en Inglaterra, la Iglesia forma parte de la estructura de Estado. El Estado no es laico como en América Latina, aunque nos parezca hasta extraño el grado de vinculación que tiene el Estado con la Iglesia en estos países, y se torna más chocante el contraste si consideramos que América Latina es tan religiosa. Hay por lo tanto, un elemento ideológico que busca la legitimación del Estado y el consenso, pues la Iglesia parece cumplir con un papel mucho más profundo que la ideología burguesa le había imputado en su etapa heroica.

La búsqueda de esta integración se dio en un proceso histórico bastante largo y con resultados bastante importantes. Como en América Latina, en Brasil el carácter laico de Estado se definió con mucha claridad. También es muy importante examinar cómo, a pesar de las intervenciones de las Fuerzas Armadas en el funcionamiento del Estado o en la solución de las crisis políticas en América Latina, éstas fueron consideradas tradicionalmente por nuestras constituciones como independientes, apolíticas, etc., con restricciones muy grandes en cuanto a su participación en el campo político.

Esto parece indicar que existe una cierta contradicción entre el marco constitucional y la práctica política. En el caso brasileño, esta separación de Iglesia y Estado se dio fundamentalmente con la instalación de la República en 1889 cuando termina el Imperio que aún mantenía el vínculo entre Iglesia y Estado, pero también de una forma muy particular, puesto que sobre todo D. Pedro II era un emperador de tradición iluminista y no poseía un vínculo tan privilegiado con la Iglesia. Desde la República hasta 1930, la Iglesia

adquiere un papel importante en relación al Estado, pero ya separada de éste. Indudablemente el campo donde ésta separación se mostró más difícil fue el de la educación donde la Iglesia resistía en perder su hegemonía sobre lo ideológico.

Hay una lucha bastante amplia que, tras la Revolución de 1930, termina con la victoria de las corrientes laicas en la educación y la imposición de las corrientes de la Educación Democrática del Estado brasileño. El vínculo de la Iglesia con la educación permanece restringido al campo de la educación privada y también de una cierta educación religiosa "optativa". Opción que no existía realmente. Recuerdo que me negué a estudiar religión en mi curso de secundaria y esta actitud me costó la expulsión de la escuela. La educación religiosa fue un campo bastante importante y debatido y uno de los últimos puntos de resistencia fue la enseñanza obligatoria del latín que acabó en la década de los 60 y que era considerado por la Iglesia como una cuestión de honra.

Fuera del campo religioso y educacional, la influencia de la Iglesia en la esfera ideológica es evidentemente muy fuerte porque gran parte de la elaboración del pensamiento ideológico del país está profundamente influenciado por los pensadores religiosos. En Brasil, estos fueron pensadores de vanguardia, o digamos, por lo menos de élite, que se desarrollaron en la lucha contra los positivistas que formaban el otro grupo que tuvo su propia colaboración y fundamentación teórica. También crearon su propia Iglesia.

La existencia de una Iglesia positivista demuestra la influencia del pensamiento religioso ya que, de alguna forma, sus figuras eran las más importantes del país. Incluso, uno de los momentos de elaboración del pensamiento de los sectores importantes de la intelectualidad cristiana en Brasil estuvo asociado al movimiento fascista, al integrismo. Gran parte de los teóricos del integrismo eran grandes figuras cristianas formadas en torno a una revista que, me parece, se llamaba *La Orden*, en los años 20, no sé si sería desagradable citar aquí, entre los cuales estaba Hélder Câmara. Esta expresión ideológica cristiana que asume el fascismo brasileño tuvo hasta hace poco un teórico de mucha influencia: Gustavo Corção.

Es interesante, por otro lado, el desarrollo de inspiración francesa de Maritain, que se desarrolla con el pensamiento de Tristão de Ataíde y que va abriendo toda una línea de crítica social dentro de la Iglesia. Esta corriente se desarrolla sobre todo después de los años 40 y dentro del movimiento democrático contra Vargas, etc., formando la Unión Democrática Nacional, las corrientes Democráticas de posguerra, etc. Se fortalece, así, este pensamiento Social-Cristiano en Brasil, pero no aliado precisamente con la izquierda brasileña. La izquierda brasileña, el PCB, estaba con Vargas en 1944-1945. Con Vargas, por ejemplo, nace el Partido Laborista Brasileño, una corriente de izquierda. El Partido Socialista Brasileño estuvo más ligado a la Unión Democrática Nacional, pero termina en los años 60 incorporándose a una línea próxima a las corrientes getulistas, populistas.

El pensamiento social de la Iglesia aparecía como un pensamiento ligado a la Unión Democrática, al antivarguismo, al antipeleguismo como se llamaba el poder sindical brasileño creado por Vargas. De hecho, este pensamiento no está con la izquierda, a pesar de su contenido social amplio que , incluso va a inspirar a ciertas figuras representativas de un fascismo moderno, como es el caso de Carlos Lacerda, hombre que tenía muchos vínculos con esta corriente y que va a desarrollar exactamente un tipo de movilización de derecha popular, donde el moralismo y un cierto contenido social del pensamiento de Lacerda, se unieron para atacar el varguismo como expresión de la corrupción, de la instrumentalización popular, etc., en nombre de un cierto purismo ideológico. Fue Guerrero Ramos quien criticó esta corriente de manera muy interesante en un artículo sobre la "Juventud Dorada", sin pecados, que nunca se había buscado ningún problema social concreto, que no había tenido que trabajar y que nunca había tenido nada que ver con las masas y que, por lo tanto, podía defender una posición ideológica muy pura, en oposición a un movimiento popular real que no se comportaba según los patrones inspirados por esta "Juventud Dorada", que exhibía tanto expresiones de derecha como de izquierda. Creo que, a pesar de este carácter elitista e idealista del pensamiento de Tristão de Ataíde y de todo el grupo neotomista y social-reformista, éste abrió de alguna forma el camino para la entrada a Brasil, en los años 60, de un pensamiento cristiano revolucionario.

Este pensamiento se va a manifestar, básicamente, en torno a la influencia de Teillard de Chardin, tendiendo a un cierto hegelianismo de izquierda, donde la figura de peso era Yves Calvez en su interpretación del pensamiento de Marx. Hay una figura poco conocida en el exterior, el padre Luis Henrique de Lima Vaz, que fue el hombre que realmente creó una estructura teórica que estaría basada en esta orientación hegeliana, y después figuras más populares entre las cuales está Paulo Freire, que vinculó mucho la cuestión pedagógica al contenido social del cristianismo, etcétera.

El surgimiento de la Acción Popular, en 1961, es parte de un proceso de desarrollo muy veloz según el cual, la filosofía neotomista no permitía responder a los cuestionamientos concretos que vivía la sociedad brasileña. Es entonces cuando se produce, por parte de la juventud cristiana, un rechazo de estos postulados ideológicos. En la década de 1950 esta juventud inicia la lectura de Marx, buscando una estructura más lógica para explicar el drama teórico, humano, social y político que estaba viviendo. La formación de la Acción Popular, en 1961, como fórmula de cristianismo de izquierda, establece un debate muy grande sobre cómo los marxistas, estaban buscando "crear" su ideología, la nueva ideología popular, en oposición al marxismo ortodoxo.

Evidentemente fracasan en la "creación" de una ideología y la Acción Popular tuvo una evolución muy rápida. Ya en 1964, se declara marxista-leninista, en 1967, maoísta, y en los 70, dividiéndose en una fracción que pasa a ser maoísta y otra que entra en el Partido Comunista de Brasil, de tendencia pro-china ortodoxa en

esta época. Es muy interesante observar como esta juventud tuvo una fuerte influencia dentro de la Iglesia y llega a penetrar su jerarquía de manera muy especial.

Creo que el golpe de 1964 cumple una función muy importante porque la Iglesia como institución fue profundamente instrumentalizada para el golpe. La gran movilización de masas de 1964 fue una movilización provocada por la Iglesia, que propició el golpe de Estado en Brasil. También actuaron los movimientos de Dios, Patria y Familia que llegaron a tener una cierta importancia y movilización en el país, aunque menor, ya que la gran movilización fue orquestada por la propia Iglesia. También es interesante observar que al frente de la movilización estaba Ademar de Barros, el hombre más corrupto de Brasil, por lo menos públicamente. Su lema era "robo, pero hago"

Desde el punto de vista de la Iglesia era muy difícil justificar, con su pensamiento tan moralista, estas movilizaciones. Posteriormente, debido al carácter adquirido por el golpe de Estado, represivo y violento, en que una parte de los reprimidos era exactamente la izquierda de la Iglesia, se tornó muy difícil mantener el papel político e ideológico que la dictadura pretendía desligarle. Como la izquierda de la Iglesia de alguna manera mantenía vínculos con la jerarquía, ésta comienza a actuar en defensa de sus "corderos" atacados por los militares.

Creo que esta unidad, defensiva en un primer momento, permitió a este grupo influenciar seriamente la estructura de la Iglesia y así, se fue gestando un proceso de maduración interna de la política de la estructura de la Iglesia. Existe otro factor muy importante que es el hecho de que Brasil sea el mayor país católico del mundo, lo que hace que el Vaticano tenga un interés muy grande en él. Es evidente que se preocupó mucho por la identificación de la Iglesia brasileña con la dictadura antipopular.

Es un fenómeno que debe ser tomado en cuenta para comprender por qué la jerarquía evolucionó de una posición de defensa de los derechos humanos en general hacia una posición realmente militante, de contenido social que supera la defensa de una transformación dentro de los límites del régimen capitalista y que presenta propuestas socialistas, asumidas por sectores muy importantes de la jerarquía. Si en 1961, la Acción Popular tuvo gran influencia en el inicio de la transformación de la Iglesia en América Latina, luego después del golpe de 1964, por primera vez, la jerarquía católica asumió una postura ideológica antidictatorial, antiimperialista y popular.

Creo que es la primera vez que este fenómeno surge y que aún es necesario estudiar mucho cómo y por qué fue posible y qué significa este avance tan importante vivido por la Iglesia brasileña que la lleva, hoy en día,

a impedir la formación de un partido demócrata cristiano en Brasil y a asumir una postura de que el partido que debe surgir sea realmente un partido popular, nacional y de horizonte socialista, o con perspectiva socialista. Esta es la posición de la mayoría, o por lo menos de los sectores más representativos de la Iglesia en Brasil, y abre la posibilidad de que la Iglesia se incorpore a un partido de masas y popular que tenga un sector cristiano muy significativo. Tal vez se pueda explicar parcialmente esta evolución tan rápida y radical en razón de un cierto desfase entre la evolución teórica de la juventud urbana, que se incorporó a la Iglesia, asociada muy directamente con la estructura latifundista tradicional durante largos periodos, hasta la década de 1960.

La posición de la Iglesia sobre la Reforma Agraria hasta 1954 fue de un reaccionarismo realmente impresionante. La Iglesia estaba totalmente contra la Reforma Agraria y se mantuvo así hasta la década de 1960 con pronunciamientos muy claros en este sentido. Un gran sector de la Iglesia estuvo muy directamente ligado a los caciques locales pero, desde la década de 1950, hubo una destrucción muy rápida de las relaciones pre-capitalistas de producción en el campo. Como consecuencia, las nuevas generaciones de la Iglesia no pueden sustituir en sus funciones al viejo cura y, cuando llegan al campo, sienten directamente la opresión latifundista, pues viene de una estructura urbana completamente diferente, en la cual el latifundio es considerado normalmente como una institución reaccionaria independientemente de que se tenga o no una posición política avanzada. En estas circunstancias, la juventud entra en choque con la Iglesia tradicional que no puede resistir, con su arcaísmo, el embate modernizador.

El otro aspecto a considerar es el gran desarrollo de las zonas urbanas y de las religiones populares en Brasil. La Iglesia se siente profundamente preocupada con los problemas de las religiones populares, pero el hecho es que la religiosidad popular, sobre todo en las zonas urbanas del país, es cada vez menos católica.

El desarrollo de la religión de la Umbanda de tipo popular, es muy fuerte y su peso sobre la clase media es incluso, realmente impresionante. Es un fenómeno que preocupa a la Iglesia como estructura, el no perder esta base popular que la limitaría. Hoy en día, la Iglesia se aproxima a la religión popular, buscando formas de vínculo y de interpretación religiosa etc., que permitan, de alguna forma, integrar la religión popular a una concepción cristiana.

Y, por otro lado, la Iglesia busca realmente instrumentar un vínculo más movilizador, más político, más real, con estas masas desposeídas del país, porque, de lo contrario, la Iglesia se transformaría en una estructura completamente separada de las masas, y creo que este proceso de encuentro con estas masas la radicalizó enormemente y tal vez también sea uno de los factores que expliquen la importancia que asumieron las corrientes de izquierda dentro de la Iglesia brasileña.

Parte III

Capiapitalismo dependiente, democracia y socialismo

I. La viabilidad del capitalismo dependiente y la democracia

1. El sentido del dilema socialismo o fascismo

A partir de 1966 venimos defendiendo la tesis de que el patrón de desarrollo económico dominante en América Latina, de carácter dependiente, sobreexplotador, monopolista, concentrador, excluyente y marginador, no es compatible con una democracia burguesa.¹² Consecuentemente debería aparecer en el continente una tendencia creciente para la formación de gobiernos autocráticos y autoritarios que tenderían hacia un tipo de fascismo dependiente (sin fuertes bases pequeño-burguesas, ideológicamente débil y sin el poder de crear un jefe carismático), basado en un Estado de excepción, de carácter burocrático y centralizado, que instrumentaría una política económica de gran capital internacional, con el objetivo de destruir a través del terror y formas radicales de represión, el movimiento popular, así como las bases clientelistas de la fase de movilización política de tipo populista y sus concesiones al movimiento obrero y popular. En seguida, correspondería a estos regímenes instaurar una política económica cuyo objetivo central sería la modernización del aparato productivo, la concentración y la monopolización de la economía con base en el capital multinacional.¹³ Es necesario mencionar, sin embargo, tres condiciones para el triunfo de aquella tendencia.

¹² El libro *Socialismo o Fascismo: El Nuevo Carácter de la Dependencia y el Dilema Latinoamericano*, Edicol, México, 1978, fue publicado en una primera versión en mimeógrafo en 1966, con el título "Crisis Económica y Crisis Política en Brasil". En 1965 ya habíamos publicado un artículo con las ideas centrales del libro, con el título "La ideología fascista en Brasil", Revista Civilización Brasileña, n.3

¹³ Así proponemos en el libro citado: "está claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos ordenes y fuerzas sociales que se entrecruzan o complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellos. Ya que el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento entre estas fuerzas, enfrentamiento para el cual los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos, entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados", p. 63 de la edición mexicana.

1) La primera es la necesidad de una radicalización popular que tiende a acentuarse por las dificultades crecientes del modelo de acumulación de estilo popular democrático. Solamente esta radicalización y sus debilidades, debido al fracaso de su dirección política y de la definición ideológica y estratégico-táctica de las bases populares, podrían empujar a la gran burguesía hacia una política tan extrema, cuyas consecuencias, a largo plazo, pueden ser negativas a sus intereses de clase;

2) La segunda, la unidad de clase dominante y su voluntad política, a nivel nacional e internacional, en el sentido de realizar ese paso político. Esta unidad depende en buena medida del temor que despierta el radicalismo y la movilización popular, pero también de consideraciones de orden internacional, así como de su capacidad económica para realizar concesiones a las reivindicaciones populares, y de su capacidad política para contener y limitar el radicalismo mencionado antes. Este último aspecto tiende a ser deteriorado por la crisis general capitalista iniciada en 1967;

3) La tercera, la disposición psicológica de la pequeña burguesía que, por un lado, se siente amenazada por el radicalismo popular, pero por otro, tiene contradicciones con el gran capital internacional y nacional.

Si por un lado debemos considerar estas limitaciones históricas para que la tendencia fascista consiga una solución golpista de derecha, por otro lado debemos considerar también las limitaciones económicas, sociales y políticas que revelan los regímenes derechistas parafascistas o abiertamente racistas generados en estas condiciones históricas.

Si bien estos regímenes consiguieron consolidarse por un cierto periodo, al obtener victorias económicas en la lucha antiinflacionaria (y aquí se produce una polémica inevitable sobre las concepciones estructuralistas de la inflación que nunca consiguieron entender la eficiencia capitalista de los programas de estabilización monetaria¹⁴, patrocinados por el gran capital internacional), éstos entran en una gran crisis cuando se aplican los planes de acumulación capitalista dependiente, que son la conclusión lógica de su política económica. Sólo

¹⁴ Así proponíamos en 1966: "en las actuales condiciones, la perspectiva de desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o política de estabilización burguesa. Todas las otras alternativas son utópicas". "Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina hacia esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el gobierno enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para actuar frente a una oposición que nunca lo amenazaré definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no les garantizará tranquilamente el poder, pues para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar el sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y los obstáculos representados por el capital extranjero y por el dominio del mercado externo por parte del imperialismo por otro". Vea edición mexicana p.92

entonces, como consecuencia de su éxito económico, se evidencian las debilidades básicas de la estructura económica resultante de esa política. Agobiados por la violenta tensión de las fuerzas económicas, movilizadas en una tentativa de modernización restringida a sectores limitados de la economía, estos regímenes vuelven a enfrentar las presiones inflacionarias que pretendían superar, al mismo tiempo que la situación económica viene a agravarse a causa de una creciente debilidad de su balanza de pagos y de la revuelta social de los inmensos sectores y clases perjudicados por su política económica.

La conclusión es obvia: las dictaduras militares serán conducidas a una nueva crisis económica, política y social que tenderá a reproducir los orígenes de la aventura dictatorial. Esto es, una situación de radicalización político-social creciente y un reaparecimiento a nivel superior, del dilema gobierno popular- gobierno del gran capital, que tiende a desglosarse en la contradicción socialismo-fascismo como evolución de la contradicción inicial.

Consecuentemente, al contrario de lo que sugería una lectura apresurada de título del libro *Socialismo o Fascismo: El Dilema Latinoamericano y El Nuevo Carácter de la Dependencia*, nuestro objetivo no era limitar el espacio político a este dilema, ni afirmar la existencia de las condiciones para un triunfo absoluto del fascismo en el subcontinente. Por el contrario, observábamos, por un lado, el carácter esencialmente paradigmático del dilema que aparece siempre como un horizonte político sobre una realidad mucho más compleja, y por otro, era nuestro objetivo demostrar la debilidad y las contradicciones de un fascismo dependiente.¹⁵

Estas observaciones se hacen muy necesarias en el periodo actual, cuando maduran las condiciones de una crisis generalizada de los regímenes fascistas en el subcontinente. Una lectura mecánica del dilema socialismo/fascismo lleva muchas veces a ciertos autores y militantes de izquierda a concluir que contra el fascismo no hay otra opción a no ser el socialismo. De ahí la tendencia, aún más sectaria, de considerar la lucha democrática contra el fascismo una maniobra burguesa y una concesión del movimiento popular para la burguesía, que llevaría incluso a una imposibilidad de destruir los regímenes fascistas, ya que la burguesía dependiente no tiene otro destino de no ser el fascismo.

¹⁵ Así concluíamos en 1966, nuestro análisis sobre las dificultades del fascismo en Brasil: "Como conclusión, podemos decir que sí existe una amenaza fascista creciente, pero está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica políticas. Vimos también que una unión de intereses tan contradictorios (nos referíamos a las contradicciones entre la base pequeño-burguesa del movimiento fascista y el contenido gran-burgués internacional de su objetivo político) abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que solo sobreviviría en la incubadora del imperialismo" misma edición. P. 314.

El objetivo de este capítulo es intentar criticar esta visión equivocada, que puede conducir a un sector de movimiento popular al aislamiento de las masas, y a una peligrosa falta de comunicación entre las vanguardias intelectuales y el pueblo, en el caso de estas tesis sectarias y equivocadas prevalezcan en el pensamiento político de la izquierda latinoamericana.

2. Economía y política

Es siempre un peligroso error metodológico, “derivar” directamente de lo económico una propuesta política. Lo económico propone los marcos y las condiciones de lo político. En seguida, lo político actúa sobre lo económico resolviendo siempre de manera incompleta los problemas propuestos por el movimiento de la economía.

En este sentido, la “inviabilidad” de la democracia burguesa en las condiciones de nuevo modelo de acumulación funciona como un desafío para la clase dominante, no como un límite final. Esa “inviabilidad” no existe en sí más que como un problema a ser resuelto en lo político. La inviabilidad económica de la democracia sólo es propuesta como vimos, a medida que ésta “estimula” ciertos comportamientos políticos tales como: la radicalización popular, que surge de las propias contradicciones del desarrollo concentrado y excluyente; las contradicciones entre el capital y la pequeña burguesía, que rompen las condiciones de hegemonía ideológica del gran capital, o las contradicciones con el imperialismo, que generan contraofensivas nacionalistas y democráticas. No hay un pasaje directo de lo económico hacia lo político, sino una interacción entre los dos niveles.

Es de este modo que la hegemonía política conquistada por el gran capital bajo una dictadura puede generar (y de hecho lo hace) un frente antidictatorial muy amplio. Así también las aspiraciones hegemónicas de la élite militar y tecnocrática que gerencia el Estado centralizado creado por la dictadura, pueden transformarse en un cierto momento (como en el caso de Brasil a partir de 1973-1974) en una amenaza a los intereses del gran capital y ampliar aún más el frente antidictatorial.

Está claro que situaciones de este tipo pueden generar peligrosas ilusiones de clase. Es el caso de los que creen que estas contradicciones interburguesas pueden llevar a una posición democrática del gran capital y a un régimen político permanente de carácter democrático-burgués. Esta conclusión pecaría al negar los problemas económicos que generaron la aventura dictatorial y que no fueron superados por ésta.

Pero, por otro lado, sería absolutamente intransigente no entender que el desarrollo de las contradicciones antes mencionadas permite la ampliación y hasta el éxito de un movimiento democrático, que está condicionado no solamente por intereses del gran capital, sino por el conjunto de fuerzas que componen este movimiento. En estas circunstancias, la capacidad de los trabajadores en dar impulso a las medidas democráticas y ampliar su espacio de acción política pasa a ser un factor político esencial, que debe generar fuertes tensiones en el conjunto del movimiento democrático. Al mismo tiempo, sería un enorme error político creer que el sector popular de la resistencia democrática deba mantenerse pasivo para no asustar a sus aliados burgueses. Esa posición sólo puede conducir a falsas salidas democráticas y a una política de oposición conciliadora. Todo depende, entonces, de la capacidad de la clase trabajadora para medir la correlación de fuerzas y escoger los momentos más adecuados para lanzar las ofensivas o retirarse políticamente, manteniendo su flexibilidad táctica y su independencia ideológica y política, dentro de la lucha inmediata por la democracia.

Pero, ¿qué es lo que significa esta independencia? Sería un error denso y definitivo confundir la independencia de la clase trabajadora con su omisión de la lucha democrática y antiimperialista. Es así como se comportan los que oponen estas luchas al objetivo socialista. Este tema merece una discusión aparte.

3. Lucha democrática, lucha antiimperialista y socialismo

Los procesos revolucionarios no son producto de una confrontación entre clases. Esta visión "sociologizante" de la lucha de clases es totalmente errónea. Las clases se enfrentan entre sí en función del dominio de la sociedad global, de la lucha por el poder y por determinar los caminos de la "nación" como expresión concreta de la sociedad global. Las luchas entre clases solo pueden asumir un carácter de enfrentamiento directo entre grupos sociales organizados entre sí, cuando una de ellas (la clase dominada) acepta el contexto económico-social y político impuesto por la clase dominante. Es el caso de una lucha económica de carácter sindical, por ejemplo. En esta circunstancia, al aceptar el Estado existente, la clase obrera enfrenta a la clase dominante para obtener mejores condiciones salariales, de trabajo, etc., dentro del capitalismo. Esto no quiere decir que una lucha económica no tenga implicaciones políticas. Claro que las tiene: la lucha contra los techos salariales impuestos por las medidas antiinflacionarias, como lo hace el FMI, ponen en cuestión toda una política económica, los objetivos de clase dominante y su capacidad de gobernar la economía. Pero no por ello esa lucha tendrá inevitablemente consecuencias revolucionarias. Dependiendo del contexto político en que se desarrolla, esta puede implicar solamente objetivos reformistas que no son en sí mismos equivocados, sino que no tienen por qué terminar necesariamente en situaciones revolucionarias. Todo depende del grado de

flexibilidad del cual la clase dominante dispone para atender a esas reivindicaciones y de la fuerza del movimiento sindical para obtenerlas, para destruir el programa de gobierno e imponer un programa alternativo, proponiendo una alternativa de poder para aplicarlo. Solo a partir de ese momento es que se crea una dinámica que transforma la confrontación "entre" las clases en una lucha sobre la conducción global de la sociedad que afecta a "todas" las clases en ella integradas.

En este sentido, el obrerismo, al acrecentar la autopercepción de la clase obrera de sí misma como grupo social autocentrado, es una tendencia política que debilita la capacidad de conciencia política de la clase, su definición ideológica y su capacidad revolucionaria como vanguardia social.

Es esto ciertamente lo que acontece cuando algunos sectores de la izquierda proponen la lucha por el socialismo como una "alternativa" para las luchas por la democracia, el desarrollo económico independiente y la liberación de la dependencia del imperialismo. No hay socialismo posible en ningún país si este no es la culminación de la lucha democrática. Solo hay socialismo como el resultado de la ampliación de "poder" de las masas populares, de su capacidad de organización para dirigir la sociedad. Este poder puede desarrollarse dentro de un proceso de conquistas en el interior de una democracia burguesa o en el contexto de un enfrentamiento nacional armado "clandestino" contra una dictadura, o aún en el enfrentamiento de masas, de carácter pacífico o insurreccional, contra un régimen determinado. La preferencia por una u otra forma no es cuestión de principios ni es una elección subjetiva de liderazgo político, sino un resultado de desarrollo concreto de la lucha democrática. Pero, sea cual fuere la "forma" que la lucha adopte, esta solo tiene sentido a medida que el movimiento popular encarne la dinámica de la lucha democrática, la ampliación de las bases de poder popular, a medida que el poder creado por los trabajadores y por las demás fuerzas democráticas se oponga, como "alternativa de poder", al régimen político existente, sea éste una dictadura o un gobierno democrático burgués, o una dictadura civil burguesa, o una oposición burguesa derechista contra un gobierno popular electo democráticamente.

No se puede pensar entonces en un pasaje directo al socialismo sin una fase intermediaria de democracia avanzada en la cual la crisis de Estado burgués se desarrolle hasta sus últimas consecuencias y emerja en un poder popular alternativo que tome el poder como fase final de su desarrollo. No existiría la revolución de octubre en Rusia sin la revolución de febrero, y la creación de poder alternativo de los soviets dentro de la democracia avanzada creada en la revolución de febrero. No existiría la revolución china sin la derrota japonesa, y la crisis nacional de Kuomintang incapaz de asimilar el victorioso ejército rojo y sus zonas liberadas. No existiría la fase socialista de la revolución cubana sin la derrota de Batista por el ejército revolucionario, la crisis del gobierno de Urrutia y la imposición de ese poder revolucionario armado, aliado a

los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución y los partidos democráticos revolucionarios y populares fortalecidos en la lucha contra la tiranía de Batista y consolidados en las condiciones de democracia creadas por la caída del dictador. Y los ejemplos se dieron indefinidamente.

Los mismos principios que se aplican a la lucha democrática en toda situación revolucionaria se aplican también a la lucha antiimperialista en los países dependientes. No hay victoria socialista posible a no ser como una culminación de las medidas antiimperialistas y democráticas en estos países.

Pero, entonces, ¿qué decir de la discusión sobre el carácter nacional democrático o socialista de la revolución en los países dependientes contemporáneos? Aquí es necesario distinguir tres posiciones.

1) Aquella que afirma equivocadamente que es posible en las condiciones actuales de integración imperialista mundial una revolución democrática burguesa victoriosa que sea capaz de desarrollar una economía nacional independiente del imperialismo. Esta posición entra en choque con las características esenciales del capitalismo mundial en la etapa contemporánea: el grado de concentración tecnológica y económica, de la centralización del capital, de desarrollo del capitalismo de Estado y de la internacionalización del capital, alcanzado por el capitalismo en su etapa actual, vuelven altamente improbable la realización de esta revolución democrático-burguesa, su solidez, su permanencia, su equilibrio.

2) Pero también están equivocados los que pretenden que la revolución socialista podrá ser propuesta en un país dependiente como "alternativa" a la revolución nacional democrática, como el resultado de una confrontación de clase contra clase que ignora la existencia de una lucha por la independencia nacional y por la democracia como condiciones de revolución socialista.

3) Consecuentemente, el carácter socialista de la revolución en los países dependientes solo puede ser entendido como una culminación o una resolución de las tareas democráticas y nacionales que la burguesía no puede realizar. Esto no significa un fraccionamiento en el sentido de separar una etapa de otra como dos momentos históricos autónomos. Significa solo que el proceso histórico sigue una dinámica condicionada por las tareas globales que la sociedad propone. Y aunque exista una comprensión teórica y programática de los objetivos finales de un mismo proceso revolucionario, no se pueden sustituir las fases "determinadas" de lucha concreta por esa comprensión teórica. Sin revolución socialista no habrá democracia ni independencia: esa es la culminación necesaria de las tareas nacionales, antiimperialistas y democráticas, en la época actual del desarrollo del imperialismo. Paralelamente, sin democracia e independencia no habrá revolución socialista, ya que esas son precondiciones del socialismo. El grado de proximidad en el tiempo y en el espacio en que se articulen estas dos fases de la revolución socialista en los países dependientes dependerá de varias circunstancias concretas, de las correlaciones de fuerza, de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de otros factores históricos muy concretos.

4. Socialismo, democracia e independencia nacional

Pero ¿las luchas por la democracia y por la independencia nacional deben ser vistas simplemente como etapas tácticas de la lucha por el socialismo? ¿O el hecho es que hay una relación más profunda y doctrinaria entre estos tres aspectos centrales de la transformación social contemporánea?

Debemos estudiar el problema por partes:

El socialismo es una formación socio-económica nueva en la historia, que tiene por objetivo central destruir la contradicción entre la socialización de la producción y la propiedad privada de los medios de producción que impide llevar a esa socialización hasta su fin último, esto es, a la automatización de la producción y a la liberación de la humanidad de la esclavitud del trabajo manual, de la explotación del hombre por el hombre, así como de la escasez de los bienes esenciales para la reproducción y ampliación del género humano y sus condiciones de vida. El socialismo deberá ser alcanzado internacionalmente por la acción revolucionaria del proletariado, particularmente del proletariado industrial, en alianza con las otras fuerzas y clases sociales no propietarias del capital, explotadas, o simplemente subyugadas socialmente, que se vean en la necesidad de apoyar esa nueva formación social como camino de su liberación. En este sentido, la revolución socialista es al mismo tiempo, una culminación y un rompimiento radical con la revolución democrática iniciada por la burguesía en el siglo XVIII.

Es una culminación porque solamente el socialismo puede transformar en realidad los ideales que la burguesía despertó en el inicio de su revolución, pero que ella solo puede realizar como un derecho abstracto y formal. Fue de esta manera como la igualdad de todos los hombres ante la ley no pudo traer la igualdad de oportunidades económicas y sociales, ante la monopolización, concentración y centralización de los medios de producción por el capital. La libertad política e individual no puede traer a la humanidad el medio concreto de autogestión del Estado a favor de las mayorías, porque el Estado democrático burgués estaba sometido al control del poder económico y transformado en un aparato de ejecución de los intereses del capital, que apartan cada vez más la representación de la voluntad ciudadana del real poder de decisión. El voto universal se mostró incapaz de garantizar el control del ciudadano sobre la política y el Estado, al separar la representación política de la participación auténtica de la ciudadanía organizada. La manipulación de la cultura y de los medios de información por el capital, impidió el pleno desarrollo de la conciencia y del conocimiento indispensable para la participación política y la verdadera libertad de información que la democracia burguesa prometió.

Los ideales de igualdad, fraternidad, libertad del ciudadano, representación popular, control del Estado por el pueblo, libertad de información y otros elementos de la democracia burguesa solo podrán desarrollarse en su plenitud con la abolición de la propiedad de los medios de producción y asociación libre del trabajo, esto es, con el socialismo. En este sentido, el socialismo es la culminación, la única históricamente posible de la revolución democrático-burguesa.

Pero, al mismo tiempo, el socialismo es un rompimiento con esa democracia. Primero, porque separa radicalmente el derecho político del individuo del derecho a la propiedad privada de los medios de producción, oponiéndose a la falsa unidad teórica entre esos dos términos tal como éstos se presentan en la ideología burguesa. Segundo, porque instituye la representación de clase y su organización política como principio de ordenamiento de Estado, superando la fantasía sin clases propuesta por la democracia burguesa y su falso concepto de ciudadano como individuo totalmente independiente de su condición social. Tercero, porque cambia radicalmente las relaciones de producción al permitir la remuneración del trabajo según el principio de la participación en la producción e instituye la planificación global y obligatoria de la producción. Con esto se destruye el derecho de libre contratación que es uno de los pilares del liberalismo. El socialismo rompe aún más con la democracia burguesa al tener por objetivo la superación histórica de la escasez, de la contradicción entre campo y ciudad, de la existencia de las clases sociales, y al pretender instituir una sociedad basada en la remuneración del individuo según su necesidad y de pedirle su contribución a la sociedad conforme su capacidad. Esos principios, que darán origen a un modo de producción nuevo (o comunismo) rompen absoluta y radicalmente con la propia idea de Estado, que representa el gobierno del hombre sobre el hombre, y con la necesidad de cualquier forma de gobierno, supera la democracia como realidad y como objetivo.

No obstante, para alcanzar esos objetivos históricos es necesario asegurar, por el propio camino de dominación que otras clases utilizaron en el pasado, la transición hacia esta nueva sociedad. El Estado, basado en una democracia que asegura la hegemonía de la clase revolucionaria, el proletariado, será una necesidad inevitable de la etapa socialista. Y al hablar de Estado, los marxistas (como los liberales) hablan de la hegemonía de la fuerza, de la soberanía y de la violencia organizada, por lo tanto, de lo que se llamaba en el siglo XIX la dictadura de clase.

Y al aceptar la existencia del Estado tenemos que aceptar necesariamente la soberanía nacional como principio elemental de este periodo histórico. El Estado es eminentemente nacional y en este sentido el socialismo no supera esta etapa de desarrollo democrático burgués: la soberanía nacional. Por el contrario,

a medida que el desarrollo internacional del capitalismo se transforma en colonialismo e imperialismo, en subyugación de los estados nacionales por la dominación directa o indirecta del imperialismo, solamente el socialismo puede asegurar la liberación nacional de las naciones dependientes de la dominación imperialista. El socialismo cumple así, en escala internacional, con ese ideal burgués: la soberanía nacional, que el desarrollo del imperialismo no permite realizar dentro del capitalismo.

Ello muestra bien las limitaciones del socialismo como formación socioeconómica de transición y nos explica cómo en este periodo bajo la presión del imperialismo internacional, se acentúan las dificultades para cumplir en su plenitud las tareas de transición y, mucho más aún, el paso a un modo de producción superior. Esto es, sobre todo más difícil a medida que el socialismo se instaló primero, por contingencias históricas que no cabe analizar aquí, en países de menor desarrollo de las fuerzas productivas y de la revolución democrático-burguesa.

¿Qué conclusiones debemos obtener de este análisis?

En primer lugar, queda claro que la relación entre el socialismo, la democracia y la emancipación nacional no es de orden puramente táctico. El socialismo es, en un cierto sentido, la realización práctica del ideal democrático y nacional.

En segundo lugar, está claro también que esa realización práctica no es de ninguna manera una continuación, una evolución ininterrumpida de los objetivos democráticos y nacionales. Por el contrario, es un rompimiento cualitativo con la concepción burguesa de la democracia y de la soberanía nacional.

En tercer lugar, está claro que el carácter de transición de la formación socialista le impide, no obstante, la realización de los ideales finales que ésta pretende cumplir, que solo podrá realizarse con la creación de un modo de producción nuevo, que se delinea dentro del socialismo pero exige cambios cualitativos para instalarse totalmente. Este modo de producción es el comunismo.

En cuarto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del pleno desarrollo de las formaciones socialistas en la etapa histórica en que subsiste el imperialismo y toda su agresividad a escala internacional y donde las naciones socialistas tienen aún un desarrollo insuficiente de sus fuerzas productivas.

En quinto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del socialismo en lo que dice respecto al pleno desarrollo de sus plenitudes democráticas y emancipadoras de las naciones, en un mundo de lucha antiimperialista global, donde se sacrifican muchas veces los ideales socialistas en función de presiones geopolíticas, sociales y económicas concretas, asociadas a la propia sobrevivencia de los Estados socialistas.

No fue entonces, sin motivo, que Marx en la "Crítica del Programa de Gotha", dijera que el socialismo es un simple progreso de la humanidad. Solamente el comunismo, cuyo surgimiento no está tan lejos en la historia, significará este rompimiento radical con las debilidades de la etapa preliminar de la historia humana. Solo entonces el reino de la necesidad será sustituido por el reino de la libertad tal como el hombre es capaz de crearlo, esto es, históricamente, como culminación de las etapas más atrasadas de su desarrollo.

II. Socialismo o fascismo: 20 años después

El golpe de Estado de 1964 en Brasil representa un momento crucial en las Ciencias Sociales latinoamericanas. Las versiones tradicionales del desarrollo en las diferentes modalidades, vieron en este golpe más un "cuartelazo" militar al servicio de la oligarquía latifundista y del imperialismo o de las fuerzas tradicionales del continente. Luego, en seguida, la aplicación de la política de estabilización por los ministros de la Granja y del Planeamiento del régimen militar llevaron incluso a algunos autores a hablar de una "pastorización" o "desindustrialización" de Brasil.

Desde su primer momento, iniciamos una crítica de esta interpretación del golpe de 1964.¹⁶ Veíamos en él no una expresión de fuerzas arcaicas y precapitalistas, sino un resultado del proceso de acumulación capitalista dependiente, concentrador y marginador, realizado bajo la hegemonía del gran capital internacional, que asumió el poder político a través del golpe militar. Dentro de esta interpretación, podríamos esperar un régimen político modernizado que tendía a permanecer en el poder por muchos años, basado en la industrialización dependiente subordinada al capital internacional y a la modernización del sector agrícola.

Lo que buscábamos demostrar, desde el punto de vista de la teoría de Estado, era la necesidad del gran capital internacional a fijar su política económica en un Estado fuerte, de excepción basado en el terror y en la represión, esto es, en un régimen fascista.

Esta situación histórica anunciaba una radicalización inevitable del ambiente político latinoamericano. Para responder al avance de las fuerzas populares en el continente latinoamericano (que se radicalizaban, abandonando el antiguo populismo nacional-democrático para asumir una postura nacional revolucionaria y

¹⁶ Ya en 1965 publicamos en los *Cuadernos de la Civilización Brasileña* un artículo sobre el fascismo en Brasil defendiendo estas tesis. Este artículo fue publicado después en seguida en *Marcha*, en Uruguay. Ya nuestro libro *Cuáles son los Enemigos del Pueblo*, de 1963, planteábamos la inevitabilidad del golpe y del régimen de fuerza para servir de sustento al modelo de acumulación capitalista brasileño.

socialista), las fuerzas del gran capital internacional y nacional, se unían a las sobrevivencias del poder oligárquico tradicional, a las clases medias asustadas por esta radicalización y que buscaban crear un escenario de élites económicas, políticas y militares capaces de sostener su programa de crecimiento económico dependiente y subordinado.

En estos análisis levantamos por primera vez en América Latina la cuestión de la evolución de los viejos *trusts* mineros y agrícolas hacia las modernas corporaciones transnacionales, ligadas al sector industrial y al mercado interno de las economías dependientes. Mostrábamos también cómo esa nueva fase del capital internacional, anulaba la resistencia antiimperialista del capital nacional, que serviría de fundamento al nacionalismo y al populismo. Al integrarse en el mercado interno, las corporaciones multinacionales abrían camino a una asociación con las burguesías locales y se asomaban al debate sobre las políticas industrial, financiera y comercial de los países capitalistas dependientes.

La bandera de la lucha antiimperialista, de la reforma agraria y de otras reformas democráticas era abandonada definitivamente por el capital nacional y pasaba a las manos de los movimientos populares. Como consecuencia –y bajo el impacto de la revolución cubana, que avanzaba al socialismo para poder enfrentar esas cuestiones –surgía el socialismo como objetivo histórico inmediato en América Latina. Este nuevo programa socialista se desarrollaba en el seno del propio movimiento populista llevando a sus primeras escisiones revolucionarias (el APRA rebelde, con De la Puente Uceda, dio origen al MIR peruano; la escisión de la Acción Democrática dio origen al MIR venezolano; William Cook creó la izquierda peronista y, posteriormente, los Montoneros se originaron a raíz del peronismo; el MIR chileno surgió de una escisión del Partido Socialista Chileno; los Tupamaros, del Partido Socialista Uruguayo, etc.). Como parte de este mismo movimiento de radicalización, surgían nuevas corrientes marxistas inspiradas en varias experiencias internacionales. Maoísmo, guevarismo, castrismo y nuevas modalidades de un marxismo independiente se agregaban a las corrientes tradicionales estalinistas, trotskistas, luxemburguesitas y titoístas que prevalecieron hasta los años 60.

El dilema socialismo o fascismo se presentaba así como un horizonte histórico concreto y como resultado político de las contradicciones desatadas por el nuevo carácter de la dependencia económica de América Latina.¹⁷ Nuestro libro que sintetizó por primera vez este dilema fue publicado en 1969 por PLA en Chile.¹⁸ En 1971, unificamos ambos libros y publicamos *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano y El Nuevo Carácter de la Dependencia*.¹⁹

¹⁷ “El Nuevo Carácter de la Dependencia” en *Cuadernos del CESO*, Santiago, 1968.

¹⁸ *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano*. PLA. Santiago, 1969.

¹⁹ PLA, Santiago, 1972; Periferia, Buenos Aires, 1972; Jaka Book, Milán 1972. Edición revista: Edicol, México, 1976

La experiencia de la unidad Popular chilena vio después del golpe militar argentino, en 1966, y de la experiencia Barrientos en Bolivia, la radicalización de la lucha guerrillera en el continente, el surgimiento de la experiencia de la "Revolución Peruana" de Velazco Alvarado, la radicalización derechista y fascista del régimen militar brasileño con el Acto Institucional n.5, la política de gran potencia y el "milagro económico". Todo esto confirmaba dramáticamente el escenario que nuestros análisis esbozaban.

El golpe contra Torres en Bolivia en 1971, el golpe uruguayo de 1973, el chileno en septiembre de 1973 y el golpe argentino de 1976 vieron reafirmar aún más dramáticamente el contenido fascista de la derecha latinoamericana y de los regímenes que ésta intentaba instaurar.

No obstante, el auge del fascismo latinoamericano rebelaba también sus limitaciones y contradicciones. Como habíamos planteado en 1966 y en 1969, los fascismos en países de capitalismo dependiente encerraban una profunda contradicción. El fascismo, al ser por naturaleza un régimen de terror y represión de gran capital asume un carácter nacionalista que arrastra a su lado masas importantes de la pequeña burguesía, sectores del subproletariado y hasta proletariado industrial. El fascismo se articula también contra el internacionalismo de los partidos obreros, socialistas y comunistas, y el "cosmopolitismo" del liberalismo proimperialista inglés o norteamericano. De esta forma, la cuestión nacional fue el gran factor de unificación social y consenso ideológico en los regímenes fascistas europeos de los años 20 y 30.

Ahora, por definición, el fascismo de gran capital internacional no podría asumir esa bandera nacional. Al contrario, el gran capital internacional se vuelve contra las bases nacionales del Estado para ponerlo a su servicio. Esta contradicción llevaría como planteábamos, al fascismo en los países dependientes a enfrentarse con sus propias bases sociales de origen pequeño-burguesa. Al percibir este peligro de que una fascistización occidental tendiera a desglosarse en un militarismo nacionalista de derecha, el gran capital internacional comenzó a abandonar a sus aliados militares y buscó poco a poco un camino de restauración democrática en el continente.²⁰ Esta política, iniciada en el gobierno de Ford, se fue madurando hasta convertirse en la política de los Derechos Humanos de Jimmy Carter, que contó con amplio apoyo del "establishment" norteamericano.²¹

²⁰ La primera expresión teórica de esta fase se dio en el trabajo de Huntington para *Trilateral*, en el inicio de la década del 90, sobre internacionalización versus nacionalización e internacionalización promovida por las Empresas Multinacionales.

²¹ En 1976 analizamos estas tendencias en el opúsculo *Cómo entender a Jimmy Carter*, Editorial Fundamentos, México.

Desde 1973-1974 para acá, la lucha antidictatorial pasó a ser compartida entre los movimientos revolucionarios y los movimientos liberales, con un creciente apoyo internacional hacia estos últimos. En el final de la década, la caída de Somoza en Nicaragua mostraba la extraña mezcla de esas tendencias. La hegemonía asumida en este proceso por los revolucionarios sandinistas mostraba la necesidad de que los movimientos liberales fueran más radicales y definidos por su liderazgo.

Al apoyo consensual norteamericano las luchas por los Derechos Humanos se sumaban a la evolución de la Social-Democracia europea y del movimiento sindical internacional. Víctimas de la crisis internacional capitalista iniciada en 1967-1968, los obreros de los países desarrollados veían acabar las perspectivas de ampliar el Estado de Bienestar, en tanto que aumentaba el desempleo y se iniciaba la desindustrialización o “exportación de empleos” de los países desarrollados en beneficio de las inversiones en los países capitalistas dependientes de desarrollo medio. En éstos, los regímenes militares fascistas sostenían la política de bajos salarios para atraer a los capitales de las empresas multinacionales.

Al percibir esta situación, los movimientos obreros desde el fin de la década de 1960 presionaban a los partidos socialistas, social-demócratas y liberales a intervenir en el Tercer Mundo contra las dictaduras militares. El caso chileno volvió aún más dramática esta situación: allá el fascismo derrumbaría por la fuerza un régimen socialista, con fuerte apoyo del socialismo y de la social-democracia mundial, para instituir el reino de las multinacionales y de los bajos salarios. Era imposible mantener la calma ante esta situación.

En esta escena política nueva, el liberalismo de origen demócrata, norteamericano, social-cristiano y social-demócrata encontraba incluso apoyo en sectores conservadores para una política antidictatorial en el Tercer Mundo y en América Latina en particular. Parecía así encerrada la oposición drástica entre socialismo o fascismo. El gran capital internacional se unía a las fuerzas antidictatoriales y abandonaba de inmediato una perspectiva totalitaria. El fascismo se aislaba en una derecha arcaica. Arcaicos pasaban a ser también los socialistas que lucharon contra ésta sacrificando sus vidas. El camino de la democratización pasaba a ser un lecho de rosas y no más una espinosa vereda.

La confusión ideológica resultante de esa nueva forma ofensiva conservadora-liberal comenzó a cooptar una buena parte de la intelectualidad de izquierda, y sobre el bombardeo de los medios de comunicación, se firmaron nuevas tesis que parecían ser comprobadas por los hechos políticos posteriores:

- La cuestión de la dependencia pierde su relevancia en un mundo interdependiente. El capitalismo de los países dependientes puede ser compatible con la democracia liberal y pueden abrirse nuevos caminos de desarrollo dependiente negociado que excluyan la dictadura, la concentración y la marginación. La tarea más importante era entonces retirar el poder del autoritarismo estatal y abrir camino a la sociedad civil, a la libre iniciativa, etc. Se establece así la ecuación:

Sociedad Civil + libre iniciativa – Estado = Democracia.

- El autoritarismo latinoamericano es fruto, no de los intereses concentradores y marginadores del gran capital internacional, sino de los intereses corporativos dentro de las sociedades subdesarrolladas. Se vuelve así a la visión que asociaba los problemas de la región a su atraso y no a su inserción dependiente en la economía mundial. Se establece así una cínica ecuación:

atraso económico–social + intereses corporativos y oligárquicos + autoritarismo de los líderes obreros + nacionalismo = dictadura militar

Esta ecuación encuentra su solución en la anterior:

liberalismo económico=liberalismo político

que a su vez es igual a democracia. Se trata de una gran confusión teórica y práctica, cuya expresión política será la formación de grandes frentes democrático-liberales, que pretenden no solo dirigir el proceso de transición democrática en el continente sino también gobernarla históricamente.

En la fase de transición democrática, estos frentes podían cumplir un papel importante, retardando, sin embargo, la plena democratización al imponer los métodos de cúpula y las composiciones con el viejo establecimiento autoritario (a los cuales están ligados los intereses del gran capital, que fue el gran articulador de las aperturas políticas liberales).

No obstante, a medida que avanza el proceso democrático, van emergiendo los intereses populares y se divide inevitablemente el frente democrático, entre su ala liberal burguesa y pro-capitalista y su ala democrático-popular y pro-socialista. Se va diseñando nítidamente el contenido reaccionario de la apertura liberal, su miedo a la prueba de las urnas, su incapacidad de resolver las grandes cuestiones sociales de las masas. El capitalismo dependiente reaparece sin máscaras, con su contenido concentrador y marginador a través de la crisis de la deuda externa en todo el continente. Y lleva consigo, de paso, a todos los que se comprometieron con su manutención en nombre de una liberación por la mitad.

Como siempre, en el centro de esta nueva política, encontraremos el contenido reaccionario y autoritario del liberalismo de nuestras oligarquías, antes propietarios de tierra y exportadores, hoy capitalistas industriales y financieros y funcionarios de gran capital internacional. Al verse amenazados por la victoria electoral de los partidos de origen popular, identificados con los intereses de las grandes masas, nos acusan de antidemocráticos (¿?¡!), corporativistas, atrasados, superados, etcétera.

Queda claro una vez más que la vocación democrática de nuestro liberalismo se extingue cuando las elecciones revelan su carácter minoritario. ¿No fueron los liberales quienes recurrieron al golpe militar para derrumbar líderes populares electos? ¿No fueron los liberales quienes aceptaron ir a elecciones donde se excluían los partidos representantes de la mayoría de la población? Y ¿no fueron ellos quienes conspiraron por los golpes militares y a ellos sirvieron incondicionalmente?

Y sin embargo ellos son los liberales y demócratas, ellos son los modernos, ellos son los antiautoritarios, etc. ¿Y los golpeados? ¿Los torturados? ¿Los desaparecidos? ¿Los exiliados? ¿Los que ganan elecciones cuando hay condiciones democráticas plenas? ¡Estos son los deshonestos, los antidemocráticos, los superados, los atrasados, los autoritarios, etc.! ¿Por cuánto tiempo será posible mantener dicho engaño histórico? ¿Cuándo estos sectores abandonaron definitivamente sus blancos trajes liberales para asumir su verdadero contenido antidemocrático, antipopular, antisocial?

La coyuntura latinoamericana vuelve a establecer las viejas cuestiones que los liberales conservadores pretendían superar como por arte de magia.

¿Es posible alcanzar el desarrollo económico de un pueblo sin consolidar sus intereses nacionales ante la penetración anárquica de los intereses internacionales y la descapitalización que ellos provocan? ¿Es posible integrar una economía nacional en la economía mundial sin integrarla internamente, marginando en consecuencia a la mayor parte de su población?

¿Es posible alcanzar una situación democrática avanzada en una sociedad basada en la violenta concentración de la propiedad de los medios de producción y de renta? ¿Es posible obtener estabilidad política en el contexto de una sociedad compuesta de grandes masas marginadas sin excluirlas de la vida pública por la fuerza o algún mecanismo antidemocrático?

¿Es posible gobernar estas sociedades con frentes ineficaces que no se definen ante los grandes problemas nacionales? ¿Que no toman partido a favor de la soberanía nacional, de la justicia social, del desarrollo? ¿Que no afirman la integridad del Estado nacional, como base y condición para una inserción en el sistema económico y político mundial?

Se tiene como objetivo, el invalidar esas preocupaciones, hoy retomadas por las propias masas del continente que están eligiendo y deberán elegir a varios gobiernos populares²² en sustitución a las propuestas liberales y pro-imperialistas. Vuelve así a la orden del día el dilema que señalábamos en 1966: o los gobiernos populares son consecuentes con las aspiraciones sociales que los colocaron en el poder y siguen un camino de reformas profundas que los llevarán inevitablemente al socialismo, o a su fracaso, al no defender consecuentemente sus objetivos democráticos y populares, llevará a gobiernos de derecha que sólo alcanzarán el poder por la fuerza y el golpe de mano. Para afirmarse, estos gobiernos tendrán que recurrir de nuevo al terror del Estado, aún más fuerte, en la búsqueda de consolidación de los intereses antipopulares del gran capital. Para esto, podrán contar con el apoyo de los sectores beneficiados por las nuevas fases de crecimiento económico, basado en la exportación y una integración subordinada y dependiente en la economía mundial. Esta integración, apoyada en el gran capital internacional, continuará basada en un estricto sector social, integrado a un sistema productivo cada vez más automatizado y no generador de empleos. El aumento de desempleo abierto o disfrazado, bajo la forma de mercados informales o marginalidad más o menos ostensiva, el aumento de la inseguridad de los sectores medios, la falta de perspectivas humanas creadoras en estas condiciones infrasociales y culturales harán el caldo de cultura de un radicalismo aún más profundo donde fascismo y socialismo serán los términos inevitables de la confrontación.

²² Para desesperación de las propuestas de centro-derecha América Latina tiende a diseñar a fin de la década de 1980, un escenario de centro-izquierda y popular nítido: la victoria del peronismo en Argentina a pesar del vuelco de la política económica de Menem, del MRL boliviano, de los gobiernos de la social-democracia en Ecuador y de la Acción Democrática en Venezuela, la vuelta del Partido del Trabajo de Manley en Jamaica, etc. La urgencia de un partido de izquierda en México, el crecimiento del MNR en El Salvador, la consolidación de la revolución nicaragüense con el fracaso de la guerra financiada por los Estados Unidos, la consolidación de gobiernos electos en Guatemala y Honduras, la sobrevivencia de las fuerzas populares en el poder en Panamá que obligan a los Estados Unidos a la intervención militar abierta para imponer sus intereses, el éxito de la candidatura Lula con su alta votación y el inicio de un posible frente PPTD, la sobrevivencia de la Izquierda Unida en Perú como segunda fuerza a pesar de la victoria de un candidato sin pasado político, la elección del prefecto de Montevideo por el Frente Popular. Todos estos y otros hechos similares muestran que los años 90 presentaron a una América Latina democrática de fuerte contenido popular y antiimperialista, pues las fórmulas políticas actuales son nítidamente de transición.

Quién sabe, ¿no será un nuevo fundamentalismo religioso que abrigará espiritualmente a estas masas de desposeídos latinoamericanos? En Asia y Oriente Medio, la rebelión de las masas contra una modernización que las margina y despoja busca estos caminos oscuros en los cuales nacionalismo, irracionalismo y fascismo se cruzan, pudiendo generar movimientos reaccionarios o respuestas progresistas como la teología de la liberación y otras propuestas revolucionarias extremadamente sorprendentes.

Los caminos de la sociología latinoamericana deben pues, seguir estas huellas y abandonar un mimetismo colonialista que la apartan de su evolución tan creadora de las décadas de 1940 a 1970, cuando se liberó a duras penas de los esquemas funcionalista, culturalista y de su versión de izquierda de tipo estalinista.

En estos años, avanzamos enormemente en la comprensión de nuestros problemas específicos, al asumir la situación de dependencia como fenómeno interno, articulador de nuestras estructuras socioeconómicas. Pero avanzamos también en la comprensión de la economía política del sistema mundial y global que termina de madurar en la década de 1980. En este periodo, nuestros estudios sobre *el Imperialismo y la Dependencia* publicados en México²³, nuestras investigaciones sobre la revolución científico-técnica, editadas en Brasil²⁴, y sobre el capitalismo contemporáneo y su crisis²⁵, así como sobre los movimientos sociales contemporáneos²⁶ hacen parte de un esfuerzo mucho más amplio del pensamiento sociológico latinoamericano y del Tercer Mundo, que se une a las reflexiones de izquierda europea y norteamericana, así como a la intelectualidad del este europeo.

²³ *Imperialismo y Dependencia*, Ed. Era, México, 1976

²⁴ *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*, Vozes, Petropolis, 1983, *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción*. Vozes, Petrópolis, 1985; *Revolución Científico-Técnica y Acumulación del Capital*, Vozes, Petropolis 1987.

²⁵ *Teorías del Capitalismo Contemporáneo*, Ed. Vega, 1982; *La Crisis Internacional del Capitalismo y los nuevos Modelos de Desarrollo*, Ed. UnB y Ed. Dois Pontos, 1990 (también publicado en Argentina en 1987, Editorial Contrapunto).

²⁶ Ver nuestro *La Estrategia y Táctica Socialista de Marx y Engels a Lenin* (2 vols.), Ed. Era, México, 1979, y los estudios sobre los Movimientos Sociales en Brasil publicados en *Política y Administración* n.2, FESP, Río de Janeiro, 1986. Ambos estudios fueron realizados en colaboración con Vânia Bambirra, que avanzó también en el estudio del pensamiento marxista sobre el sistema económico-socialista.

Este enorme esfuerzo²⁷ para repensar el mundo contemporáneo ante la emergencia de una civilización planetaria, donde las cuestiones de orden global tienden a superar los limitados horizontes internacionales, tiende a encontrarse con esta nueva fase de nuestra historia. La vuelta de las fuerzas populares que ahora se realiza no puede ser una vuelta al pasado, lo que haría de ésta una ridícula farsa histórica. Las masas latinoamericanas deben retomar su camino de lucha por la soberanía nacional, la justicia social y la democracia en el contexto de esa nueva situación mundial. Éstas deberán impulsar sus movimientos y partidos políticos para asumir con plenitud la verdadera modernidad que se diseña en el horizonte en el siglo XXI: la construcción de una civilización planetaria, basada en el respeto a la diversidad cultural del mundo, en la integración de las estructuras nacionales y locales al contexto internacional, en la construcción de un mundo de paz administrado por una nueva humanidad, basada en un hombre nuevo, en una etapa superior del individuo. En este mundo, y solo en él, el fascismo habrá sido una pesadilla superada por la humanidad. Estas conclusiones nos llevan a una reflexión más sistemática sobre el socialismo en el límite del siglo XXI.

III. El socialismo como movimiento social

La palabra socialismo se refiere a tres fenómenos diferentes más entrelazados entre sí:

- a) El socialismo es un *movimiento social* que encuentra sus orígenes desde la Antigüedad pero que se convirtió en una realidad permanente y estructurada a partir de la mitad del siglo XIX.
- b) El socialismo es un *ideal* de convivencia humana y la propuesta de un régimen económico-social que es objeto histórico de ese movimiento social.

²⁷ Sobre esta fase llamamos la atención sobre cuatro proyectos en los cuales participamos; el de Abdel Malek, junto con la Universidad de las Naciones Unidas, sobre las nuevas fases del pensamiento social contemporáneo; el de Pablo González Casanova, sobre las nuevas perspectivas de América Latina, también bajo los auspicios de la ONU; el de Amilcar Herrera sobre Perspectivas Tecnológicas para América Latina, también de la ONU; el de Ngo Man Lan sobre "Las perspectivas de Asia". Destacamos aún los Coloquios Internacionales sobre la Economía Mundial, teniendo a la cabeza a Immanuel Wallerstein, las mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, en Cavtat en Yugoslavia, todos proyectos a los cuales estamos o estuvimos profundamente ligados.

c) El socialismo es una experiencia histórica concreta de organización y funcionamiento de un régimen socioeconómico. Desde la revolución rusa de 1917 esta experiencia se convirtió en una realidad nacional que cuenta ya con 73 años de vida y que creció, se amplió y se diversificó después de la Segunda Guerra Mundial con el surgimiento de nuevas naciones socialistas. El socialismo es también una experiencia de gobiernos dirigidos por partidos socialistas en sociedades donde aún sobrevive hegemónicamente el modo de producción capitalista, pero donde se impusieron importantes cambios sociales. Estas tres dimensiones del socialismo siempre se interconectaron, pero disponen de cierta particularidad. Por ello, debemos analizarlas separadamente para evitar el peligro de confusiones que ocurren frecuentemente y terminan por causar una gran diversidad de interpretaciones sobre el pasado.

1. El movimiento socialista

El movimiento socialista tomado en sentido amplio es tan antiguo como la historia humana. Desde la comunidad primitiva el hombre se organizó para defender objetivos sociales comunitarios. Los proyectos de los esclavos egipcios, griegos y romanos ya formaban un sustrato histórico para lo que sería muchos años después un movimiento organizado en partidos modernos.

En la Edad Media, las comunidades rurales y urbanas fueron centros de organización y lucha por una sociedad comunitaria, basada en la propiedad colectiva. En las sociedades orientales y americanas había también movimientos más o menos articulados que buscaban defender los principios de una organización social colectiva.

El movimiento socialista moderno surgió en Europa donde el obrero, creado por la revolución industrial, se rebeló progresivamente contra las condiciones de vida y trabajo miserables en que se encontraba y luchó por su participación política en el Estado, que conquistó a través de un largo proceso de reformas. Este movimiento práctico se unió a las corrientes de pensamiento que abogaban una solución final para los problemas vividos por el movimiento obrero, dando origen a las siguientes tendencias:

a) El *socialismo utópico* que, a través de varios autores, proponía formas de sociedad ideales basadas en la propiedad social. Los socialistas utópicos no pretendían organizar el movimiento obrero dentro de la sociedad capitalista. Ellos buscaron trasladarse a regiones distantes como los Estados Unidos para crear colonias que vivieran según sus principios. Creían también que sería posible convencer a los ricos y a los reyes de las ventajas del socialismo. Esta tendencia fue siendo superada a medida en que se percibían las limitaciones de sus propuestas, basadas en la voluntad y en las fantasías de sus inspiradores que estimulaban grupos de obreros y trabajadores a la búsqueda de una especie de paraíso terrestre. Sus principales figuras fueron Saint-Simon, Fourier y Owen.

- b) El *igualitarismo* heredero de la revolución francesa, que pensaba alcanzar la igualdad social a través de la lucha revolucionaria que establecería la división de la propiedad y el voto universal. Se destacan en esta corriente Babeuf y Blanqui.
- c) El *anarquismo* que identificaba la explotación y la opresión con la existencia del Estado y de la religión y proponía la extinción revolucionaria de los mismos. Sus principales figuras fueron Proudhon, con restricciones en las formas de lucha revolucionaria, y sobre todo Bakunin.
- d) El *reformismo* que pretendía transformar el capitalismo a través de la garantía de trabajo y otras medidas económicas y políticas de contenido democrático. Sus principales expresiones fueron Louis Blanc y los líderes del movimiento cartista inglés.
- e) El *socialismo* científico que analizaba el capitalismo como una formación socioeconómica transitoria destinada a imponerse universalmente y a ser superada por sus propias contradicciones internas, dando origen a un nuevo modo de producción que suprimiría las clases sociales. Este modo de producción sería alcanzado históricamente a través de un régimen de transición: el socialismo. Los fundadores de esta corriente fueron Marx y Engels.

La lucha entre estas tendencias se dio primeramente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional – 1864/1873) inspirada por Karl Marx (1822-1883). El socialismo utópico y el igualitarismo sucumbirían ante el fracaso de la Comuna de París (1871) en que tuvieron un papel activo. El anarquismo se debilitó drásticamente con el fracaso de la Revolución Española (1873) en la cual los anarquistas ejercieron un papel extremadamente negativo. La acentuación de esas luchas partidistas llevó a la extinción de la Primera Internacional.

El movimiento socialista se reagrupó en seguida en la Segunda Internacional de los Trabajadores fundada en 1876 bajo la influencia determinante de Marx y sobre todo de Engels, que se convirtieron en sus patrones teóricos y en sus principales inspiradores.

En el interior de la Segunda Internacional, formada básicamente por los principales partidos socialistas o social-demócratas europeos, norteamericano, argentino, cubano y japonés, sobrevivía, no obstante una lucha sorda entre reformismo y socialismo científico de Marx y Engels.

De hecho, el reformismo renació dentro del marxismo bajo la forma de revisionismo de Edwars Bernstein, cuyo libro *Socialismo Evolucionario* (1899) provocó una gran polémica en el movimiento socialista. Kautsky, Rosa Luxemburgo y posteriormente Lenin respondieron al revisionismo con distintos enfoques y las tesis revisionistas fueron rechazadas en el Congreso de la Internacional Socialista de 1900.

Durante la Primera Guerra Mundial de 1914-1918 la Internacional se disolvió en la práctica, pues los varios partidos socialistas apoyaron sus respectivos gobiernos nacionales lanzando a la clase obrera a una lucha fratricida contra la cual se había pronunciado la Internacional en sucesivos congresos.

Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Paul Liebcknecht y otros dirigentes socialistas consideraron tal actitud una traición al socialismo y fundaron un movimiento por la paz en Zimmewald, en Suiza en 1916.

Con la victoria de la revolución rusa en 1917, la facción bolchevique del Partido Social Demócrata Ruso llegó al poder en Octubre (con el apoyo solamente de la izquierda del Partido Socialista Revolucionario de origen populista y sostén agrario).

Los bolcheviques renegaron el nombre de social-demócratas que los identificaba con la Segunda Internacional y adoptaron el nombre de Partido Comunista Ruso. Fundaron en 1919 la Segunda Internacional Comunista que rompió con los partidos socialistas y social-demócratas fundando las sesiones nacionales de la nueva Internacional.

La Tercera Internacional se diferenció de las anteriores por su expansión en el mundo extra-europeo. Rusia era también una potencia asiática y la influencia de su revolución se extendió por China, India, Japón, Indochina, etcétera.

En América Latina la Tercera Internacional consiguió adhesiones importantes como Recabarrem en Chile, Prestes en Brasil, Mariátegui en Perú. Mesa en Cuba, Farabundo Martí en El Salvador.

La Primera Internacional tenía su sede en Inglaterra donde el movimiento obrero crecía y se fortalecía; la Segunda se basaba en la fuerza de la social-democracia alemana; la Tercera se apoyaba en una revolución socialista victoriosa en un país predominantemente feudal, la URSS.

Era fatal que se provocara una relación compleja y conflictiva entre las necesidades de un Estado revolucionario y el movimiento político que lo apoyaba.

La Tercera Internacional resolvió esas contradicciones por la vía de la expulsión sumaria de las corrientes opuestas a la interpretación estratégica y táctica de los sectores hegemónicos en el Estado soviético. Con Stalin, esa ortodoxia fue llevada al extremo bajo la forma de una doctrina marxista leninista que pretendía transformar la aportación de Lenin en un conjunto de dogmas intocables.

La oposición contra los bolcheviques era enorme en el movimiento socialista europeo y norteamericano. Kautsky y otros teóricos centristas consideraban que no sería posible instaurar el socialismo en una Rusia agraria y feudal y que en este país los bolcheviques se negaban a restaurar la Constituyente electa en 1917 (que significaría el fin del poder revolucionario por ellos instaurado, pues la Constituyente se elegiría antes de la toma de poder, constituyendo los bolcheviques minoría de la misma), Kautsky y los "centristas" consideraban que los comunistas ejercían ilegítimamente el poder y que harían degenerar la revolución rusa en una dictadura cada vez más cruel.

La derecha de la social-democracia estaba en el poder en Alemania y en Austria y se rehusaba a colaborar con el gobierno bolchevique. En general apoyaban las fuerzas insurreccionales ligadas a la facción menchevique del Partido Social-Demócrata Ruso y estimulaban la guerra civil con la invasión de 14 países.

El cisma fue definitivo y se separaron ideológica y orgánicamente los comunistas de los social-demócratas y socialistas. Hubo, no obstante, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Entre 1922 y 1927 hubo una mayor colaboración entre la Tercera y la Segunda Internacional, ya reconstruida. De 1927 a 1934 se dio, con todo, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Desde 1934 hasta 1947 hubo otro periodo de colaboración en torno a los Frentes Populares y posteriormente en las Resistencias antinazistas que incluyeron incluso las fuerzas social-cristianas. La composición de esos movimientos antinazistas fue aún más amplia en los países del Tercer Mundo y muchos de ellos se conservaron después de la guerra bajo la forma de movimientos de liberación nacional.

A partir de 1947, se inició la "guerra fría" entre Estados Unidos y la URSS que llevó a un nuevo y profundo cisma entre comunistas y socialistas, asistido por los liberales norteamericanos, incrustados sobre todo en la CIA. Incitados por las persecuciones de Mc Carthy a los demócratas norteamericanos, por el cierre de los Partidos Comunistas en varios países occidentales, por el montaje de aparatos de espionaje y operaciones insurreccionales en países del este, la mayor parte de los partidos socialistas y social-demócratas se incorporaron al movimiento de agresión anticomunista que culminó con la guerra de Corea.

Estos ataques fueron respondidos por las corrientes comunistas a través de la fase más sectaria del estalinismo. Se dividieron las centrales sindicales, los movimientos de intelectuales y otras organizaciones entre comunistas, socialistas y social-cristianas. Los países que salieron de la guerra bajo la órbita de influencia soviética

tomaron iniciativas económicas y políticas en la dirección de una socialización rápida que muchas veces no tenía una base económica real y un respaldo social. El conflicto con Yugoslavia revelaba ya la intransigencia de la ortodoxia estalinista ante la diversificación inevitable de las formaciones socialistas, a medida que el nuevo régimen de producción se adaptaba a realidades socio-económicas y culturales distintas. La figura de Stalin fue elevada a un nivel casi divino. El marxismo-leninismo fue convertido en una doctrina absolutamente contrapuesta con el "pensamiento burgués decadente, imperialista e irracionalista". El "realismo socialista" pretendía someter el arte a cánones estéticos y contenidos morales preestablecidos. Esta fase duró de 1947 hasta las denuncias de Kruschev contra los crímenes de Stalin y el "culto de la personalidad", realizados en el XX Congreso de PCUS, en 1954.

El surgimiento, en este periodo, del conflicto entre los PCs chinos y soviéticos abrió un hueco infranqueable dentro de los partidos comunistas divididos en las tendencias soviética y china. El auge de la revolución cubana dio origen al "guevarismo", al "castrismo" y al "foquismo" que influenciaron fuertemente el Tercer Mundo. La aparición de un "marxismo académico" que inundó las universidades del mundo, sobre todo después de los movimientos de 1968, aumentó la diversificación de corrientes dentro del campo comunista. Ellos anunciaron, no obstante, el fin del estalinismo que hegemonizaría el movimiento socialista por tantos años.

Solamente en la década de 1960, con el fin de la "guerra fría" y el inicio de una disminución de la tensión internacional, aunque precaria, comenzaron a reagruparse las Centrales Sindicales comunistas y socialistas, incluso las democrático-cristianas.

También en este periodo Willy Brandt iniciaba la "política hacia el Este" que reabrió las relaciones entre una Europa dividida en dos regiones enemigas militar y económicamente.

Ya De Gaulle había llamado la atención del mundo hacia este anacronismo, clamando por una Europa del Atlántico a los Urales. En las naciones socialistas de Europa Oriental había un constante llamado al comercio y a las relaciones entre las dos Europas.

La "guerra fría" llegó a su fin con el fracaso de la Guerra de Corea y de la represión colonial francesa en Indochina y en Argelia. De Gaulle abandonaba la OTAN y declaraba la independencia francesa ante los Estados Unidos.

La Comunidad Económica Europea y Japón crecían económicamente y comenzaban un movimiento de autonomía relativa de los Estados Unidos.

La crisis del dólar y su desvinculación del oro a fines de los años 60 desarticulaban el universo capitalista integrado bajo la hegemonía norteamericana, creado en Bretton Woods, y que reflejaba la correlación de fuerzas que existía al final de la Segunda Guerra Mundial, ya profundamente alterada.

La social-democracia, que solo se conservaba en el poder en los países escandinavos y pasaba por la fugaz experiencia del gobierno laborista inglés, en 1924-1926, volvía al gobierno en Europa Central y en Inglaterra en la década de 1960, y se daban las condiciones para una colaboración más o menos bien sucedida socialista-comunista en Francia, en España, en Italia y en Grecia. Solamente en Portugal, el país más tradicional de Europa, persiste un clima de guerra fría entre socialistas y comunistas, como si la historia no hubiese avanzado desde la guerra fría para acá. Se reorganiza en consecuencia la Segunda Internacional con bases más progresistas. A partir de 1966 ésta se dirige hacia el Tercer Mundo y apoya a los movimientos de liberación nacional. Al contrario, la Tercera Internacional se diluye y los partidos comunistas comienzan a desarrollar líneas políticas nacionales a veces hasta opuestas entre sí.

En estos años de posguerra el movimiento socialista fue enriquecido con la expansión de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo que fueron aproximándose cada vez más al ideal y práctica socialistas. Muchos de ellos asumieron el poder en sus países e iniciaron experiencias innovadoras de transición al socialismo.

La unificación de las fuerzas progresistas del Tercer Mundo creó también el movimiento de los no-alineados que, a pesar de su carácter pluri-ideológico, tiende cada vez más a aproximarse al movimiento socialista mundial.

De esta manera, el movimiento socialista contemporáneo tiende cada vez más a un proceso contradictorio de diversificación de experiencias, doctrinas y valores. A pesar o a causa de esa diversidad se hace necesario elevar a un nivel superior la colaboración y solidaridad entre las diversas corrientes que forman ese movimiento, a pesar de las graves divergencias históricas que lo dividen aún. El socialismo superó el eurocentrismo y se convirtió en un movimiento universal y complejo. Como todo organismo que crece y se diversifica, deberá dar origen a una nueva síntesis en un futuro no muy distante. Esta síntesis tendrá inevitablemente que asimilar críticamente las experiencias históricas de socialistas, comunistas y movimientos de liberación nacional.

Todo indica, por ejemplo, que la idea de una internacional obrera se encuentra superada, por lo menos en su forma estricta y dogmática. La Internacional Socialista, que pretende ser la heredera de la Segunda Internacional, fue obligada a diversificarse y aceptar en su seno movimientos y partidos populistas del Tercer Mundo, de liberación nacional y revolucionarios que no se identifican con sus partidos europeos. A medida en que algunas fuerzas en su interior pretendan imponer una pureza doctrinaria, la reducirán nuevamente a su expresión europea. La fuerza que adquirió en los últimos años la Internacional Socialista fue resultado ciertamente de su postura pragmática y su aproximación a las fuerzas sociales progresistas más poderosas en cada país. Tuvo que perder en rigor doctrinario para ganar en influencia política.

Algo similar pasó en el campo comunista. La Tercera Internacional, en sus dos versiones (El Komintern, de 1919 hasta 1943 y el Kominform de 1946 a 1958), fue dando lugar a las reuniones de los partidos comunistas que fueron perdiendo su rigor partidario permitiendo la participación de socialistas en movimientos de liberación nacional. Paradójicamente, las contradicciones entre los partidos comunistas, nacidos de la adopción de los rigurosos 23 principios y rígidamente jerarquizados hasta 1954, son hoy mayores y más difíciles de conjurar que los dos partidos socialistas y social-demócratas. Con el surgimiento de la *perestroika*, en la URSS y de la “nueva mentalidad” en su política exterior aumentan aún más las divergencias dentro de los antiguos PCs y se puede observar una tendencia de esos partidos a aproximarse a la Segunda Internacional.

Al mismo tiempo, se organizaron las internacionales liberal, social-cristiana y conservadora, dando la impresión de que el mundo tiende a dividirse en cinco grandes movimientos políticos e ideológicos.

Paradójicamente, la clase obrera, que inició el proceso de organización partidaria internacional, se encuentra hoy dividida en una Internacional Socialista más pragmática que doctrinaria, y en una tentativa, cada vez menos sistemática, de reunión de los partidos comunistas, que no consigue más representar ni siquiera a los partidos que históricamente configuraron esa corriente. Quedan fuera de esas internacionales varios partidos socialistas y comunistas tan importantes como el PC yugoslavo y el Frente de Liberación Nacional de Argelia, para citar dos ejemplos bastante significativos.

Es por esta razón que el movimiento de no-alineados a pesar de ser una organización intergubernamental, termina siendo también un foro de esas expresiones partidarias hoy desgarradas de una internacional partidaria.

A pesar de situarse más en el plano de las ideas, las “mesas redondas” de Cavtat²⁸ han sido también una oportunidad para el debate y la congregación de fuerzas políticas progresistas que tienen o tuvieron ahí casi uno de sus únicos foros para el encuentro y la confrontación de estrategias y tácticas.

En el campo sindical, de las organizaciones clasistas por empresas, de las organizaciones de mujeres y de jóvenes, de los intelectuales, de los movimientos por la paz, etc., lo que percibimos es una diversificación creciente de asociaciones y foros internacionales. Estos movimientos vienen agrupándose como organizaciones no gubernamentales en torno a los diversos órganos de las Naciones Unidas. Políticamente tienden a reunirse también en torno a los partidos verdes.

La humanidad busca desesperadamente los medios para su organización global como consecuencia del avance de las fuerzas productivas, de las comunicaciones y de las instituciones internacionales.

El movimiento socialista que fue el precursor de ese proceso de solidaridad y organización internacional, se vio arrastrado por la diversificación y complejidad creciente de la civilización global que emerge en nuestro siglo. Al expandirse, éste debe adaptarse a la gran diversidad de experiencias históricas y socioeconómicas, de realidades étnicas y culturales. Esa adaptación exige un rompimiento con las síntesis y ortodoxias anteriores y su elevación a un nivel más alto de síntesis teórica y de fórmulas institucionales y organizativas.

El movimiento socialista es hoy pues, un proceso en transición que presenta niveles de organización totalmente distintos, compromisos nacionales, bases culturales y políticas altamente diversificadas. Es imposible pues, encuadrarlo en los modelos de los partidos socialistas europeos, de los partidos comunistas que siguieron la experiencia del PCUS, de las fórmulas de movimientos de liberación nacional, etcétera.

El movimiento socialista es pues, un laboratorio en expansión que necesita articularse internacionalmente a partir del respeto a sus diferencias nacionales y regionales.

El mayor ejemplo de esta tendencia es el proceso de democratización de Europa Oriental. A medida que la “nueva mentalidad” pase a regir la política exterior soviética decidida a eliminar incluso, unilateralmente, los vestigios de la guerra fría y a alejarse definitivamente de la herencia estalinista, se abre en estos países un

²⁸ Las “mesas redondas” sobre el Socialismo en el Mundo se realizan anualmente en Cavtat, Yugoslavia, desde 1975 y editan una revista trimestral *Socialism in the World* en inglés y francés y en servo-croata, de cuyo Consejo Editorial participo

amplio proceso de reorganización partidaria, donde cuentan mucho sus raíces históricas. Países como Checoslovaquia y Alemania Democrática, donde predominaron los partidos socialistas y social-demócratas antes de la imposición estalinista, tienden a cambiar estas formas partidarias. En otros, varias formas de populismo buscan adaptarse a las nuevas condiciones económico-sociales creadas por las transformaciones estructurales de carácter socialista.

IV. El ideal socialista

Los ideales preceden, de cierta forma, a los movimientos políticos. Éstos están latentes en la constitución misma de las clases, naciones o grupos sociales, y solo se convierten en movimientos conscientes, con objetivos definitivos, después de definir sus líneas generales en las cabezas más lúcidas del grupo o clase social que los porta.

El proletariado industrial naciente, del siglo XVIII, buscaba responder a sus miserables condiciones de vida imaginando una sociedad distinta, a modo de las utopías rurales que florecieron en el Renacimiento europeo.

Estas utopías rebelaban ya el ideal de una vida colectiva, igualitaria y justa donde el acceso a la riqueza social se diera a través del trabajo y de la participación de cada uno.

Con el desarrollo de la conciencia política del proletariado europeo, esos ideales fueron perfeccionándose y encarnándose en la historia real.

La internacionalización del movimiento socialista, y sobre todo su expansión fuera de Europa, ampliaron en mucho los elementos básicos que forman el ideario de una nueva civilización basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en el desarrollo planificado de las fuerzas productivas y circulación y distribución racional de los frutos del trabajo humano.

El movimiento socialista, en su fase utópica y anarquista, no se identificaba necesariamente con la democracia, pero las internacionales obreras, sobre todo la Segunda Internacional, que se constituyó de partidos socialistas legales, asumió definitivamente los ideales democráticos y republicanos como fundamento del socialismo contemporáneo.

El socialismo científico mostraba los orígenes de clase y las limitaciones de la democracia burguesa y proclamaba la necesidad de una democracia económica, social y política de nuevo orden hacia el socialismo. El voto universal, la representación parlamentaria (con el agregado fundamental establecido por la Comuna de París, que es la revocabilidad de los diputados, con los cuales el pueblo pudiera estar descontento), la precedencia del parlamento sobre el ejecutivo y su vinculación estrecha y la determinación de la justicia por los objetivos históricos de la clase revolucionaria formaron un cuerpo de ideales que se incorporó en la concepción del "Estado Común".

Este concepto fue revisado posteriormente con el surgimiento del Estado soviético en Rusia. Una forma de Estado apoyada en el poder de los consejos locales (los soviets). Este nuevo tipo de Estado generó una amplia polémica en el movimiento socialista y fue rechazado por la social-democracia y en parte por los partidos socialistas.

De hecho, la experiencia ulterior demostró que esa forma de Estado fue un fenómeno específicamente ruso. Ésta no se repitió ni siquiera en los países bajo influencia directa de la URSS.

La expansión del movimiento socialista al mundo exterior a Europa trajo nuevos elementos a esta doctrina. La cuestión del imperialismo, planteada científicamente por Lenin, fue desarrollada por Mao Tse Tung y por otros teóricos y dirigentes, sobre todo del Tercer Mundo. Ésta alcanzó un nivel elevado con la teoría de la dependencia, de inspiración latinoamericana, elaborada en la segunda mitad de la década de 1960, que buscó sistematizar los efectos del imperialismo en los países que son objeto de expansión europea-norteamericana. Esto fue un resultado de las experiencias revolucionarias de las décadas de 1950 y 1960, como la revolución cubana y la argelina.

Fue pues inevitable que la doctrina y el ideal socialista avanzaran en estas décadas de desarrollo del movimiento y como efecto de las primeras experiencias socialistas.

Hoy, el ideal democrático socialista pasa por una amplia revisión en el sentido de adecuar las más diversas formas de Estado y de gobierno. Ni el parlamentarismo ortodoxo a que tanto se apega la social-democracia, reflejando la experiencia europea, ni el Estado soviético de la experiencia rusa son formas definitivas. Debemos admitir la posibilidad de nuevas e imprevisibles formas estatales.

Sabemos hoy que el Estado socialista debe apoyarse en una movilización constante de las masas populares, en sistemas de representación que permitan el máximo de participación popular, la revocabilidad de los

representantes y la obligación de que den cuentas a sus electores. Debe caracterizarse también por una interacción amplia entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, construida a partir de los hogares hasta las altas esferas nacionales.

El socialismo científico no puede, sin embargo, abandonar su crítica de toda forma de Estado, ni siquiera del democrático. El Estado es necesariamente un instrumento de dominación que impone la voluntad de una clase sobre el resto de la sociedad, utilizándose la fuerza del consenso y de la violencia organizada. Así, todo Estado, por más democrático que sea, es una dictadura de clase y sólo habrá libertad real cuando la humanidad prescinda de esa forma de dominación.

Sin embargo, los anarquistas decretaban ficticiamente la abolición del Estado por la revolución anarquista, el socialismo científico proponía la extinción progresiva del Estado como resultado de la superación de las clases sociales, realizada por la acción persistente del estado socialista. Para eliminar las clases sería necesario que la clase desposeída –o proletariado- instituyera su poder estatal y, a través de éste, eliminara la resistencia de las antiguas clases dominantes a la implantación de una forma económico-social que suprimiera la propiedad privada de los medios de producción, que da origen a las clases sociales.

En este sentido, el ideal socialista-científico rebasa el ideal democrático y aspira a una sociedad sin dominación estatal de ningún tipo. Y éste ideal se separa incluso del anarquismo porque cree que el ideal libertario solo será alcanzado en un futuro aún remoto, como consecuencia de la evolución de la economía y de la sociedad socialista universal que superará las clases sociales y, por lo tanto, la necesidad del Estado.

La libertad es pues, el ideal supremo del socialismo. Por libertad debe entenderse el pleno desarrollo del individuo a través de su colectividad. O más bien, la organización colectiva poniendo al servicio del individuo el acervo cultural, moral, técnico y científico de la humanidad para que él mismo pueda desarrollar al máximo todas sus potencialidades.

Se trata así, de superar la concepción pasiva de libertad en que se fundamenta la ideología burguesa del mundo. Para la ideología liberal, la libertad es un derecho abstracto. Ésta se ejerce en general contra las coerciones sociales y no como un resultado de la potencia social del hombre.

Para el liberalismo, el hombre nació libre y fue presionado a restringir su libertad para vivir en sociedad con los demás hombres. El contrato social establecido entre esos individuos debería ser, con todo, lo más limitado posible para reprimir el mínimo de libertades.

Para Marx, todavía el hombre primitivo vivía subyugado por potencias a él extrañas y la organización social fue permitiendo que él se liberara de esas limitantes. El avance del poder productivo del hombre generó el concepto de individuo y la idea de que el hombre cuenta con una conciencia autónoma y con libertad moral y material. La especie humana fue la única capaz de llegar al individuo y separarlo de la comunidad primitiva en que él estaba inmerso.

El individuo es así, un resultado de la historia y no su punto de partida como lo concibe la ideología liberal. Fue la potencia productora de la humanidad que generó, al principio, algunos sectores sociales privilegiados, que pudieron desarrollar las potencialidades presentes en todos los hombres. Potencialidades que existían latentes desde su forma primitiva, pero que solamente se transformaron en realidad cuando su dominio de la naturaleza permitió la creación de un excedente económico permanente, que dio origen al ocio y a la acumulación cultural.

Los individuos libres eran pocos, pues su desarrollo dependía del trabajo y de la esclavitud o servidumbre de muchos. Las bellas construcciones teóricas, los conocimientos científicos y tecnológicos de los griegos antiguos estaban asentados en los excedentes creados por los esclavos, que sostenían a esta minoría.

No habrá pues libertad hasta que los seres humanos sean liberados de las tareas rutinarias y desgastantes del trabajo material obligatorio, que consume la mayor parte de su vida. Solamente el desarrollo de las fuerzas productivas, iniciado con la moderna industria y desarrollado con la revolución científico-técnica, podrá liberar al hombre de esa subyugación e instituir una era de libertad para la humanidad en su conjunto.

Por ello, el socialismo científico de Marx y Engels considera que hasta el momento estamos en la prehistoria de la humanidad. Nuestra historia comenzará realmente cuando como resultado de la universalización del socialismo, tengamos superadas la explotación del hombre por el hombre, la separación entre el trabajo manual y el intelectual y las contradicciones entre el campo y la ciudad.

Solamente cuando la eliminación de las clases sociales supere todas las formas de dominación que tienen en el Estado su manifestación suprema, podremos comenzar a construir la verdadera libertad.

La lucha contra los determinismos sociales, culturales y morales, impuestos por la escasez de desarrollo de la capacidad productiva de la humanidad, es la verdadera lucha por la libertad que se dificulta en el plano económico, social, cultural y político.

Vemos así, que los conceptos de democracia, libertad y progreso se encuentran profundamente relacionados en el ideario socialista. Fue el pensamiento socialista también el que desarrolló el ideal de los derechos humanos, superando la estrechez de las libertades democráticas liberales y desarrollando un derecho del trabajo, un derecho social y, hoy en día, proponiendo el “derecho de los pueblos” a la emancipación, al desarrollo y a la libertad.

En la actualidad no hay más un solo liberal que se aprecie que no se vea obligado a aceptar esas nociones de participación y responsabilidad del estado para garantizar el pleno empleo, la justicia social, la asociación del trabajo, el sufragio universal, las formas de organización popular, la intervención estatal en la economía y hasta la planificación.

No obstante, hace pocas décadas esto sería inconcebible. Es la economía política del proletariado la que se impone a la economía política de la burguesía.

Por otro lado, en nuestros días, las potencias capitalistas colonialistas son obligadas a aceptar, cada vez más, el principio de la autodeterminación de los pueblos, la recomendación de un comercio equitativo, el derecho a la intervención de las empresas extranjeras, el monopolio estatal sobre las riquezas naturales, el principio de desarrollo independiente, de la transferencia y creación propia de tecnología, la defensa de sus valores culturales, etc. Finalmente, el ideal de un orden internacional regido por la razón humana y no por las fuerzas ciegas del mercado y de la competencia. El movimiento neoliberal que se impuso en los medios publicitarios durante la década de 1980 no pasa de un canto final del liberalismo ahogado por un capitalismo monopólico y estatista y por un movimiento socialista en renovación, cada vez más libertario y antiestatista.

Son los pueblos liberados de la dominación colonial los que se organizan para imponer sus principios, sus valores y sus derechos en la arena internacional. Son los movimientos de liberación nacional, los no alineados, las asociaciones económicas, políticas y culturales de los más pobres y dependientes erguiéndose ante los ricos colonizadores.

Los ideales del socialismo están profundamente ligados al nuevo derecho de los pueblos. Fueron fuerzas comunistas y socialistas las que comandaron muchas de aquellas luchas al lado o incluso unidas a los movimientos de liberación nacional.

Fue el movimiento obrero también el que extendió, ya en el siglo XIX, la bandera de la paz como principio de las relaciones entre los pueblos. La lucha por la paz asume hoy un carácter universal y se extiende mucho más

allá del movimiento obrero para convertirse en parte de la conciencia universal del hombre. El surgimiento de la *perestroika* y de la nueva mentalidad en la política exterior soviética reveló la fuerza de esos ideales como principio organizador del mundo contemporáneo. El contenido ofensivo de aquella política desarmó en gran parte la violencia imperialista, perseguida y sin propuestas alternativas.

Se intensificó también, en nuestro tiempo, la lucha contra el racismo, la conciencia de igualdad de derecho de las mujeres, el respeto a las minorías nacionales, étnicas, religiosas, sexuales.

Esas luchas se ligan cada vez más profundamente al ideal socialista, como expresión del pleno desarrollo de la humanidad como una colectividad global. Esto se muestra en la práctica en la experiencia de la *perestroika* en la URSS. El PC de la URSS se ve impotente ante la onda nacionalista que sacude el antiguo imperio ruso y será obligado a adoptar una legislación que legitime la autodeterminación de las naciones sometidas a la federación soviética. En vez de debilitar a la federación, esto deberá fortalecerla política y moralmente.

La defensa de la naturaleza, violentada por el desarrollo capitalista; la articulación entre el desarrollo científico y tecnológico y la creación de un ambiente dispuesto a ver por la atención del ser humano fueron también parte de la conciencia socialista contemporánea.

No se puede comprender el socialismo de nuestros días fuera de dicho conjunto de movimientos que asimilen e integren cada vez más el ideal colectivo como base de la convivencia social.

Justicia social, democracia, libertad, emancipación de los pueblos, paz, derechos de las minorías, superación del racismo, defensa del ambiente, racionalización y planificación humana de la convivencia entre los hombres y los pueblos; estos elementos claves de la doctrina socialista se convierten día a día en valores universales que superan y sustituyen a los ideales individualistas del liberalismo. En ese sentido, así como el movimiento socialista se agiganta y se convierte en centro de articulación de la vida contemporánea, el ideal socialista se implanta en las conciencias humanas y se impone como normatividad de las relaciones entre individuos, clases y pueblos. La profunda revisión del estalinismo que se opera en la URSS representa un movimiento clave de ese proceso y coloca el ideal socialista en el centro del debate contemporáneo.

Más allá de lo que nunca podremos afirmar, por lo tanto, es que el mundo camina hacia el socialismo.

V. Las experiencias socialistas

Así como el movimiento socialista se enriqueció al superar las fronteras del proletariado europeo y al asimilar los movimientos de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, así como el ideal socialista se amplió al absorber los principios de la lucha de emancipación de los pueblos; así también la experiencia socialista se viene haciendo cada vez más compleja y plena con la sistematización de varias realidades históricas que componen hoy el acervo de una posible teoría de transición socialista.

Según Marx y Engels, el socialismo sería una formación social de transición caracterizada por: a) propiedad colectiva de los medios de producción; b) planificación de la producción y del consumo para atender las necesidades humanas y c) sobrevivencia del Estado al servicio de una democracia proletaria que se impondría sobre las resistencias de las clases contrarrevolucionarias.

El socialismo, como vimos, no elimina totalmente la propiedad privada ni la relación salarial que sobreviven junto con las relaciones mercantiles y de dinero. Pero, en la transición socialista, estos fenómenos se encuentran bajo control, mientras se desarrollan las formas de propiedad social y la planificación y atención directa de las necesidades de los trabajadores a través de los servicios sociales.

Al mismo tiempo, el socialismo, como forma de transición, no elimina la lucha de clases en el plano nacional e internacional. Subsisten en el plano interno amplios sectores de pequeños y medianos propietarios, sobre todo en la agricultura y en los servicios donde la pequeña y mediana propiedad son aún tecnológicamente racionales. En el plano externo, sobrevive el capitalismo, en una amplia fase de transición, comportándose de manera cada vez más agresiva, ante las experiencias socialistas en desarrollo.

En consecuencia, el proletariado necesita mantener y hasta fortalecer el Estado en el periodo de transición socialista. El Estado es, por principio, un aparato coercitivo al servicio de una clase o una "dictadura de clase" como se expresa Marx, utilizando la terminología de la época. Este concepto ha dado origen a muchas confusiones que es necesario esclarecer. Para Marx, el Estado es por principio una dictadura al servicio de una clase, misma que exista en un régimen democrático de gestión de ese Estado.

Marx no confundía el Estado con los regímenes políticos por él adoptados. La dictadura de la burguesía asumía la forma de una democracia liberal. La dictadura del proletariado debería asumir la forma de una república democrática del proletariado.

Pero Marx y Engels esperaban que las primeras experiencias socialistas ocurriesen en los países capitalistas más desarrollados. Marx llegó a admitir el paso directo de la comunidad rusa al socialismo –tal como lo pretendían los populistas rusos. Pero solo admitía esta posibilidad con el apoyo de regímenes socialistas ya instituidos en Europa.

No obstante la realidad histórica determinó otro curso para el advenimiento del socialismo. El paso del capitalismo a la fase imperialista determinó por un lado, la formación de una aristocracia obrera en Europa y en Estados Unidos que, beneficiada con las ganancias obtenidas por la dominación colonial y semicolonial, se alió a la gran burguesía nacional para neutralizar y condicionar las aspiraciones socialistas del proletariado.

Por otro lado, la dominación imperialista hizo que se agigantaran las contradicciones en los países menos desarrollados, dependientes y coloniales, debilitando la capacidad gestora y el liderazgo político de sus burguesías locales.

Por ello, la primera experiencia socialista ocurrió en un país aún predominantemente feudal, donde un importante auge industrial diera origen a un proletariado concentrado, muy organizado y extremadamente consciente políticamente.

En Rusia, las sobrevivencias feudales se sostenían a través del enorme poderío del Estado zarista. La lucha por la democracia y el desarrollo industrial se ubicaba así en el centro de vida política, movilizándolo a todas las clases insatisfechas con el estado de cosas feudal-autoritarias.

Grandes masas de campesinos ricos y pobres; sectores de la nobleza decadente y de la intelectualidad emergente, que se veían sin futuro en un mundo feudal estancado; la burguesía naciente, que aspiraba a los mismos niveles de poder económico y político que sus similares clases europeas; un proletariado joven cuyas características ya señalamos, formaban un ambiente social y político adecuado para un gran movimiento revolucionario.

Pero ya había pasado la época de las revoluciones burguesas. Las vacilaciones de la burguesía rusa reflejaban su temor de romper con el zarismo, único poder capaz de canalizar los sentimientos religiosos de los campesinos rusos. Sus uniones con la burguesía francesa e inglesa la comprometían también con intereses europeos, que la llevaron a participar en la Primera Guerra Mundial, con enorme costo para su agricultura atrasada.

La burguesía rusa no tenía tampoco por qué oponerse seriamente a las ambiciones imperiales de la aristocracia zarista, que la llevaron a la guerra con Japón en 1905 (que dio origen al primer brote revolucionario) y a la Primera Guerra Mundial de 1914-1918.

La revolución rusa de 1917 comenzó como una revolución democrático-burguesa, en febrero, y se completó en octubre, con la revolución socialista, dirigida por los bolcheviques, que rompieron con las vacilaciones de los liberales, social-revolucionarios y social-demócratas mencheviques e impusieron un poder obrero y campesino, expresado en los consejos o *soviets* de toda Rusia.

¿Cómo practicar el socialismo en un país atrasado, feudal en su mayor parte, y con solamente algunas puntas de desarrollo capitalista industrial, que recién comenzaban a penetrar en el campo en los últimos veinte años, provocando sin embargo una importante disgregación de la economía feudal?

Las tareas eran gigantescas y no tenían mucho que ver con las características de una transición socialista en un país económicamente avanzado. Era necesario, por ejemplo, conceder la tierra a los campesinos, con el riesgo de desarrollar una clase campesina rica contrarrevolucionaria. De hecho, crecieron los grupos que mantuvieron una constante y activa hostilidad al gobierno bolchevique hasta 1927-1929, cuando fueron masacrados por el ejército rojo bajo el comando de Stalin.

La experiencia socialista soviética fue caracterizada también por un conjunto de factores externos, propios a sus características originales.

Podemos enumerar así los aspectos históricos específicos que condicionaron la primera experiencia histórica de una formación social socialista:

- 1º) Fue la única experiencia socialista victoriosa durante 30 años;
- 2º) Contaba en consecuencia, con una oposición extremadamente poderosa y activa de las potencias capitalistas internacionales, sin disponer de otro contrapeso que no fuese su propio poder económico y militar;
- 3º) Pasó por situaciones extremadamente catastróficas: después de una guerra de 1914 a 1918, que eliminó mitad de su producción, se siguió una guerra civil de 1918 a 1921, que liquidó a la mayor parte de su vanguardia política; luego, una resistencia campesina que llevó a una verdadera segunda guerra civil del ejército rojo entre 1927 y 1929; posteriormente, la invasión nazista de 1941 a 1945 que eliminó a veinte millones de ciudadanos y devastó zonas urbanas y rurales enteras; en seguida la guerra fría de 1947 a 1954, que la obligó a efectuar enormes gastos militares para neutralizar el monopolio norteamericano e inglés de la bomba atómica; finalmente, la continuación de la carrera armamentista implicó enormes costos sociales.

4º) Debía organizar la producción de una enorme masa de campesinos que significaba cerca del ochenta por ciento de su población y llevar los excedentes hacia un gigantesco esfuerzo de industrialización y urbanización.

5º) Necesitaba elevar rápidamente la gran masa de alfabetos a dirigentes y ejecutivos. Estos campesinos y obreros era la única elite con que contaban para realizar y dirigir un gigantesco proceso de transferencia de tecnologías, su adaptación y la creación de nuevas, a pesar de los enormes obstáculos al intercambio comercial, implantados por las potencias capitalistas.

En estas condiciones la experiencia del socialismo soviético no podría representar un modelo de equilibrio, racionalidad y liberalismo. Se hizo a tropezones, aprendiendo con los errores y pasando por periodos de verdadero obscurantismo político y hasta cultural, como lo fueron las purgas de los viejos bolcheviques por Stalin, la exacerbación del nacionalismo ruso durante la Segunda Guerra Mundial, la imposición de un verticalismo grotesco dictador en la fase final de su vida.

Pero nada de eso fue consecuencia de las necesidades impuestas por la transición socialista. Fueron -al contrario- consecuencia de la oposición activa del imperialismo internacional; de la resistencia del oscurantismo feudal sobreviviente en el campo; del oportunismo y del necesario peso de la burocracia sobreviviente del zarismo; de la inexperiencia de los nuevos escenarios revolucionarios; de las dificultades nacidas de la aniquilación física y del hambre provocadas por los invasores.

Es pues cínico y cruel atribuir las dificultades vividas por el pueblo soviético a su definición histórica y heroica por el socialismo y no a la violencia y a la resistencia que le opusieron los capitalistas.

A pesar de todo esto, fueron inmensos los avances alcanzados por el pueblo soviético; la población analfabeta fue sustituida por una ciudadanía que alcanza hoy unánimemente el segundo grado completo y se encuentra ampliamente integrada en la universidad; los niveles de alimentación saltaron de las situaciones de hambre aguda a los más altos niveles de consumo energético y proteínico del mundo; el sistema de salud soviético también alcanza los más altos niveles internacionales; de país importador de tecnología saltó a uno de los pioneros de la tecnología de punta con una de las mayores concentraciones de científicos de la tierra; de un país rural, se convirtió en una concentración urbana sin los desequilibrios violentos que se encuentran en el mundo capitalista.

Finalmente, en setenta años, la URSS saltó de un país feudal, bajo el dominio de la autocracia zarista, a una nación moderna, con una enorme experiencia de participación popular y democrática y a la condición de gran potencia económica y tal vez a la de primer potencia militar y científica.

La experiencia de construir una sociedad moderna con base en la propiedad colectiva, en la planificación y en una organización estatal asentada sobre los consejos obreros y campesinos presenta pues, un balance mucho más positivo que negativo, a pesar de las dificultades históricas que experimentó.

Sin embargo, esta experiencia dejó marcas profundas de amargura y decepción en grandes sectores de la intelectualidad occidental. El estalinismo quiso convertir las dificultades y características de la construcción socialista de la URSS en modelo para toda la humanidad. Y muchos intelectuales y políticos incurrieron en ese equívoco y se dejaron llevar por las pretensiones hegemónicas del estalinismo.

Hoy destilan la hiel de sus decepciones, producto de su ingenuidad (u oportunismo) intelectual y político.

La experiencia soviética no se repitió en ninguna parte. Cada nueva revolución socialista que surgió, después de que la onda revolucionaria fuera retomada después de la Segunda Guerra Mundial, siguió su propio camino. Yugoslavia, China, Corea del Norte, Vietnam, Cuba, Argelia, Angola, Mozambique, etc., fueron experiencias extremadamente originales.

Los países que ingresaron al socialismo bajo la protección de la ocupación soviética, después de la Segunda Guerra, pasaron por un intento –durante la guerra fría- de seguir un modelo único de transición socialista basado en la versión estalinista de la experiencia soviética, que había llevado a la victoria en la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, la madurez de esos países y sus relaciones mutuas y con la URSS los llevó a una diversidad de modelos económicos, sociales y políticos muy importantes. Esta realidad, ocultada por el estilo burocrático de gestión y comunicación heredados de la fase estalinista, terminó en una amplia y definitiva explosión a fines de la década de 1980. A pesar de la confusión establecida por la prensa en torno a los cambios que venían ocurriendo en estos países, se trataba de una nueva fase de un doloroso proceso de afirmación nacional y democrática de las sociedades de Europa Central, en la cual el episodio de la integración a la URSS fue una etapa sobresaliente pero pasajera.

Hoy sabemos que cada experiencia socialista es una realidad propia, que depende de su propio punto de partida y de las condiciones históricas concretas encontradas cuando se inicia la revolución socialista.

Sabemos también que cada paso que da el socialismo en el mundo a través de nuevas revoluciones, del desarrollo económico de los países en transición socialista, de los movimientos y partidos socialistas, comunistas y de los movimientos de liberación nacional, aumentan las posibilidades de realizar nuevas experiencias socialistas cada vez más democráticas, libertarias y avanzadas.

En este sentido, la exigencia estalinista de una fidelidad al modelo soviético, la pretensión de repetir el modelo chino, las tentativas de los imitadores de la experiencia cubana, etc. se encuentran totalmente superadas.

El socialismo debe nacer estando profundamente ligado a las realidades nacionales. Solamente a través del vínculo con esas realidades será posible articularse a un movimiento autentico y enraizado en las masas. Y solamente a través de ese enraizamiento será posible crear un internacionalismo proletario auténtico donde todos sus componentes sean respetados.

Con el desarrollo de la experiencia socialista a nivel planetario, se volvían obsoletos los centros hegemónicos del movimiento. Lo correcto hoy en día es establecer un fórum abierto de los movimientos que luchan por el poder, de los partidos que se encuentran en los gobiernos, pero que no pudieron iniciar la transición al socialismo, y de aquellos que ya la iniciaron. Esta constatación inspira en gran medida “la nueva mentalidad” que rige la política exterior soviética.

Se hace necesario analizar también las experiencias de gobiernos socialistas que no propusieron o no lograron modificar el régimen socioeconómico capitalista pero que imprimieron profundas modificaciones en su funcionamiento.

Ya en el discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx llamaba la atención de que la victoria de la lucha sindical por la jornada de diez horas representaba un factor dinamizador del funcionamiento del capitalismo que obligaba al capital a recurrir a las formas de explotación menos violentas. Por otro lado, esa conquista, más allá de su papel de redención y protección de la clase trabajadora, introducía principios y relaciones socioeconómicos que entraban en contradicción con el funcionamiento de las relaciones mercantiles entre capital y trabajo. Se trataba, decía Marx, de la victoria de la economía política proletaria sobre la economía política burguesa.

De hecho, las victorias de los partidos obreros y la instalación de gobiernos socialistas en los marcos de economías capitalistas tienen impuestos principios nuevos de funcionamiento económico que obligan al capitalismo a elevarse a niveles superiores de relaciones económicas. En verdad, el capitalismo se ha mostrado capaz de soportar y adaptarse a niveles de socialización cada vez más altos de las relaciones socioeconómicas.

La nacionalización de empresas, la intervención estatal en los mecanismos de mercado, la planificación cada vez más amplia de la economía, la introducción del Estado de Bienestar, el Capitalismo de Estado, en fin, son

mecanismos de socialización creciente de las relaciones macroeconómicas a los cuales el capitalismo se viene adaptando, reestructurándolos para que funcionen a su favor. Es así como se implantó, después de la Segunda Guerra Mundial, el Capitalismo Monopolista de Estado, en el cual, el Estado llega a ser un momento necesario dentro del proceso de acumulación capitalista monopolista.

En el plano microeconómico, la concentración, la monopolización, la centralización de los capitales, la conglomeración y la internacionalización permiten al capitalismo responder a las exigencias de fuerzas productivas cada vez más socializadas.

La llegada al poder de gobiernos socialistas y social-demócratas se dio primeramente después de la Primera Guerra Mundial. No obstante, fue solamente a través de colisiones que los socialdemócratas alemanes y austriacos, los laboristas ingleses y posteriormente los socialdemócratas suecos pudieron constituir gobiernos. Así ocurrió también, en la década de 1930 con los frentes populares en España, en Francia y en Chile, en los cuales participaron socialistas, comunistas y socialcristianos o radicales.

Estos gobiernos de coalición realizaron obras importantes en lo que respecta a la democratización política, a la imposición de un derecho del trabajo y de una economía social. La práctica mostró, sin embargo, que la introducción de mecanismos sociales en la economía capitalista terminaba por hallar fuertes resistencias en el aparato económico, causando una baja acentuada de la tasa media de ganancia. El capital necesitaba pues, reorientar la intervención estatal a favor de un crecimiento de la tasa de ganancia y una reanudación de las inversiones privadas, que aún son el eje de la economía capitalista, precisamente en la fase del Capitalismo Monopolista de Estado.

En las fases de crecimiento económico, estas contradicciones no vienen al caso debido a las ganancias creadas por la expansión general de los negocios. Otro es el comportamiento del capital cuando se contrae la tasa de crecimiento. La lucha por la distribución de los recursos escasos y de los excedentes económicos en disminución pasa a ser fundamental. Se tienden pues, a restringir y expulsar las conquistas de la economía política de la clase trabajadora obtenida en los periodos de ascenso. Para esto, se hicieron necesarios gobiernos de presión de los cuales el fascismo fue la expresión máxima, en las décadas de 1920 y 1930.

En la década de 1960 a 1970, vimos un cambio importante de orientación de los gobiernos socialistas y socialdemócratas. Éstos se vieron cada vez más obligados a tocar fondo contra el capital privado, se pretendió atender las demandas populares. Después de la experiencia chilena, en la cual se intentó, por primera vez, la transición del capitalismo al socialismo a través del sistema institucional democrático-burgués,

se vieron las experiencias del socialismo francés (a pesar de sus retrocesos posteriores) y griego, que realizaron masivos procesos de nacionalización. El socialismo sueco presenta también un programa cada vez más profundo de transformaciones socio-económicas, en la dirección de una economía mayoritariamente pública o colectivizada. En Inglaterra sobre todo, pero también en Alemania, los sindicatos y los partidos socialistas se radicalizan en sus propuestas de cogestión y de nacionalización. En España, Portugal e Italia, los partidos socialistas se separan de cualquier política de nacionalización y buscan limitar al máximo la intervención estatal. Es necesario recordar, sin embargo, que en Portugal la nacionalización de la economía avanzó enormemente en el periodo revolucionario de 1973-1979. También en España y en Italia el sector estatal dispone de un enorme peso económico.

Las décadas de 1970 y 1980 se muestran cada vez más ricas en nuevas experiencias de socialización, o por lo menos de nacionalización, estatización y cooperativismo.

Lo dramático de esas nuevas experiencias es que éstas chocan cada vez más con los principios de funcionamiento del capitalismo, afectando seriamente a la tasa de ganancia media de estas economías y desestimulando la inversión. Se crean también fuertes resistencias a la modernización tecnológica y económica, temiendo sus efectos de desempleo.

El socialismo se convierte así, en una extraña mezcla de propuestas avanzadas de organización productiva, de convivencia social y política y de la lucha contra la destrucción impiadosa y salvaje de las formas pre-capitalistas o capitalistas más atrasadas. La pequeña y media propiedades, y la economía llamada informal forman verdaderos colchones sociales que impiden los efectos últimos y desmoralizantes de depresión económica, de desempleo y de desamparo social.

Por ello, estos gobiernos socialistas terminan llegando como en los años de 1920 y 1930 –excepto el caso sueco- al enfrentamiento con las fuerzas ideológicas más salvajes de la clase dominante. Esta recurre al fascismo y a los diversos tipos de regímenes de excepción como forma de resguardar sus condiciones de explotación.

De ahí la fragilidad de estos gobiernos si no se disponen a avanzar decidida y radicalmente, en el camino de una socialización hegemónica que pase a orientar el resto de la economía. Hasta ahora no ha ocurrido con éxito ese cambio revolucionario a partir de un gobierno electo. Sin embargo, la historia no está cerrada y es necesario aceptar la viabilidad de que tales tipos de transformaciones puedan hacerse por esta vía.

El cambio de correlación de fuerzas mundiales favorece estas transformaciones, a medida en que el movimiento obrero internacional se unifique, las fuerzas políticas socialistas encontrarán un terreno común de acción y los gobiernos socialistas de uno u otro lugar podrán superar la estrechez de los intereses nacionales para crear las condiciones de una civilización planetaria.

A estas potencialidades se oponen las contradicciones inherentes a la expansión mundial del capitalismo, la tendencia a la confrontación entre el capitalismo en defensiva y la expansión permanente del socialismo, la amenaza del holocausto nuclear como forma final de enfrentamiento entre las grandes potencias contemporáneas, la carrera armamentista, no solo como desvío masivo de recursos científicos, tecnológicos y económicos, sino también como motivación a la confrontación permanente entre los seres humanos, a la violencia y al irracionalismo.

De esta forma, la democracia burguesa se encuentra bajo constante presión de las fuerzas sociales de la sociedad capitalista. Por un lado, el movimiento obrero y los nuevos grupos de trabajadores técnicos y profesionales universitarios, ampliados por la revolución científico-técnica, presionan por una racionalidad económica cada vez más socializante, basada en la atención a las necesidades humanas. Por otro lado, las clases dominantes insertas en poderosos aparatos económicos (corporaciones multinacionales, conglomerados financieros y entrecruzamientos financiero-empresariales) se ven obligadas a recurrir a la violencia y al poder discrecional para sostener los mecanismos económicos del capital, que se sintetizan cada vez más en el principio de lucro como articulador de la racionalidad económica.

Entre las presiones por la ampliación de su contenido democrático y social, y las necesidades de manipulación autoritaria de gran capital, la democracia se paraliza y abre camino a soluciones autoritarias en una peligrosa oscilación entre democracias imponentes y autoritarismos estériles.

Fue en ese caldo de cultura que el fascismo clavó sus bases prometiendo romper la inmovilidad y conquistar los cielos, a través de la eliminación pura y simple de los adversarios de la sociedad tradicional.

VI. El socialismo en el umbral del siglo XXI

Este rápido balance del socialismo como movimiento ideal y experiencia de gobierno nos indica la existencia de algunas tendencias que deberán persistir en la configuración del socialismo en el umbral del siglo XXI.

A la diversificación de las experiencias socialistas y su articulación con la realidad mundial; el avance de la revolución científico-técnica y la experiencia de gestión de esas nuevas realidades en los países socialistas más avanzados; los cambios en la composición de la clase trabajadora y de las demás clases sociales en los países capitalistas desarrollados; las exigencias de adaptación a la diversidad cultural y de situaciones socioeconómicas y políticas del Tercer Mundo obligan al pensamiento socialista a la búsqueda de nuevas síntesis superiores.

Estas síntesis tienen que apoyarse en los avances de las ciencias contemporáneas que se encuentran en un proceso de diversificación y de cambio conceptual y metodológico, en el sentido de una comprensión más dialéctica del universo.

Éstas tendrán, no obstante, que ser capaces de enriquecerse con la contribución cultural de civilizaciones extremadamente poderosas como las que florecieron en Asia, África y América y que resistieron, de una forma o de otra, al racionalismo ingenuo de la modernización capitalista.

La modernización socialista deberá completar la integración nacional y cultural de las regiones que están aún por incorporarse completamente al Estado moderno. Su vocación universal pasa, por lo tanto, por una fuerte capacidad de penetración vertical en el mundo cultural y social de las masas empobrecidas del Tercer Mundo. Y solamente a partir de esa penetración será posible elevarlas culturalmente, en el plano organizativo y práctico a la sociedad moderna.

Esta tarea redentora tiene entonces implicaciones enormes sobre el limitado marco teórico del socialismo de la Segunda Internacional, y comenzó a ser esbozada por las reflexiones de un Mao Tsé-Tung, de un Ho Chi Min, de un Gramsci, de un Mariátegui, de un Togliatti, a partir de los años 20 y vivió nuevas modificaciones como las reflexiones de un Fanon, de un Fidel Castro, de un Che Guevara, de un Amilcar Cabral, en los años 50 y 60.

El pensamiento académico marxista tuvo también un enorme desarrollo en las décadas de 1960 y 1970 y sería ocioso analizar aquí todas las contribuciones teóricas que se realizaron en los últimos años con el movimiento de retorno a Marx y al Capital, principalmente. El marxismo se amplió y se hizo más complejo. El reestudio de Marx y de Engels, de Lenin, Trotsky, Bukarin se amplió con las relecturas de Kautsky, Plekanov, Hilferding, Rosa Luxemburgo y muchos otros marxistas olvidados durante la hegemonía estalinista. El desarrollo del pensamiento marxista en Estados Unidos, en Japón, en América Latina, en Asia y en África traería nuevas dimensiones a un pensamiento otrora respecto al mundo europeo.

Todo esto indica que, a pesar de las oscilaciones del pensamiento contemporáneo, el marxismo se convertirá cada vez más en el centro de referencia del pensamiento del siglo XXI, correspondiéndole entre otras tareas, estudiar prioritariamente las siguientes cuestiones:

- 1- Deslindar el efecto de la revolución científico-técnica, ahora en marcha, sobre la diversificación conceptual y metodológica de la ciencia, el funcionamiento de la economía, de la sociedad, de la política y de la superestructura cultural.
- 2- Analizar la evolución específica y diferenciada de las 3 grandes formaciones sociales contemporáneas:
 - 2.1- El socialismo bajo sus diversas formas, desde el socialismo avanzado hasta las experiencias de transmisión de economías rurales y hasta tribales para el socialismo.
 - 2.2- El capitalismo desarrollado, con sus distintos matices y contradicciones internas, la evolución del imperialismo y del capitalismo monopolista de estado.
 - 2.3- Las economías dependientes y subdesarrolladas con su amplia gama de diversificación y de etapas de desarrollo.
- 3- Establecer los caminos de la democratización y liberalización de las sociedades socialistas por un lado, y las posibilidades de una socialización de las economías capitalistas avanzadas por otro, donde predominen partidos de orientación socialista, colocando en bases prácticas y teóricas las posibilidades de una transición pacífica al socialismo en estas sociedades.
- 4- Asegurar las condiciones para evitar el holocausto nuclear y el armamentismo, evitando una confrontación final entre las naciones que expresan formaciones sociales contradictorias.
- 5- Abrir un amplio espacio a las cuestiones ligadas a la libertad y realización individual, a través del pleno desarrollo de las capacidades humanas. En este plano, incorporar las demandas de los movimientos sociales contemporáneos por la libertad de la mujer, por la defensa del medio ambiente, por la superación de la discriminación contra las minorías sexuales y de todo tipo, por la superación definitiva de la discriminación racial, étnica y cultural.

En el umbral del siglo XXI el socialismo deberá pues, orientar tareas extremadamente complejas. A él corresponderá elevar a las masas empobrecidas del Tercer Mundo a la civilización contemporánea. A él le tocará la recuperación moral y cultural de las culturas, razas y etnias hoy oprimidas para integrarlas a una civilización planetaria. A él corresponderá asegurar los medios por los cuales la sociedad moderna asimilará, desarrollará y proyectará la revolución científico-técnica en una nueva realidad planetaria y cósmica. A él corresponderá garantizar la paz para la humanidad y los caminos de liberación de los hombres como colectividad

y como individuos. A él corresponderá, en fin, establecer sobre la Tierra una nueva escala y dimensión de lo humano, construyendo así los cimientos del comienzo de la historia humana.

En el umbral del siglo XXI, los hombres comenzarán a entender su destino humano, elevando a una tarea consciente el acto de sobrevivir, nacer, crecer y avanzar infinitamente en la historia y en el universo.

VII. La Perestroika y el nuevo estadio del movimiento socialista

En sus ideas centrales, los capítulos anteriores fueron escritos en 1984²⁹, antes que la *perestroika*, la *glasnost* y la nueva mentalidad de la política exterior soviética cambiaran radicalmente el panorama del socialismo como fenómeno planetario. Es necesario, por lo tanto, agregar algunas consideraciones nuevas a las reflexiones anteriores. No en el sentido de criticarlas, sino de encontrar en estos cambios la realización histórica de algunas de las tesis que ubicamos anteriormente.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la Unión Soviética y en algunos países de Europa Oriental (Alemania Democrática y Checoslovaquia, sobre todo Hungría y Polonia, en parte) entró definitivamente en contradicción con las posibilidades de desarrollo del “socialismo en un solo país” o del “socialismo en una sola región”. La evolución de la revolución científico-técnica a escala mundial rompió los límites nacionales y las posibilidades del capitalismo de mantener el cerco sistemático a los países socialistas excluyéndolos del circuito económico mundial. Por otro lado la recuperación económica de Alemania y de Japón cuestionó definitivamente el sistema económico y financiero de la posguerra basado en la supremacía norteamericana. La crisis de largo plazo del capitalismo internacional, iniciada en 1967, llegó a su punto más bajo.

El mundo estaba listo para cambios sustanciales:

El capitalismo contemporáneo se ve en la necesidad de expandir su base material a escala universal y de abrirse al campo socialista, ya que las fronteras de su expansión al Tercer Mundo, se ven limitadas por el atraso económico en que se ven atacados los países capitalistas dependientes.

²⁹ En realidad, los capítulos III, IV y VI mantienen casi intacta la redacción de nuestro artículo escrito en 1984 sobre “El Socialismo: Movimiento, Ideal y Práctica Histórica en el Umbral del Siglo XXI” *Ensayo*. N. 15-16, São Paulo, 1986, ediciones en inglés, servo-croata, alemán, español y francés, como parte del libro sobre las mesas redondas Socialismo en el Mundo de 1985, Cavtat.

Los países socialistas más desarrollados se ven limitados a una dimensión económica contradictoria con la vocación universal de ese modo de producción, pero la crisis internacional del capitalismo les abre una oportunidad definitiva para romper el bloqueo histórico al que fueron confinados³⁰ e ingresar a la economía mundial a partir de un alto grado de desarrollo de sus fuerzas productivas internas, en relación con su punto de partida semifeudal y agrario (excepto Checoslovaquia y parte de Alemania Democrática).

A pesar de que la prensa mundial presente la historia al revés, pretendiendo que la apertura de los países socialistas sea una derrota del socialismo y una imposición del capitalismo, la situación histórica es exactamente lo inverso: el crecimiento y la afirmación de la viabilidad (aunque estrecha y limitada) del desarrollo del socialismo relativamente marginal a la economía capitalista obligó al mundo capitalista a aceptar su existencia y negociar con los países socialistas. A pesar de las restricciones que los Estados Unidos aún pretenden mantener a la exportación de tecnología de punta a la URSS, de las imposiciones que se pretenden realizar a los países socialistas para en ellos invertir, la realidad es que las barreras vienen siendo quebradas desde la década de los 60. El coraje político de Gorbachov y del nuevo liderazgo soviético está por reconocer este hecho histórico y asumir la iniciativa diplomática y política para concretar estas tendencias.

Para hacerlo, era necesario, sin embargo, romper definitiva y radicalmente con la ideología estalinista que consistió exactamente en la tentativa de *congelar* esta situación histórica insostenible y transformarla en la única vía al socialismo. El estalinismo pretendió convertir en cualidades del socialismo las sobrevivencias autoritarias del zarismo en la URSS, la ausencia de tradición liberal y partidaria y de desarrollo capitalista, la sobrevivencia de la burocracia zarista y la recreación de ese grupo social debido a las condiciones de atraso de la URSS, el aislamiento económico y las necesidades de extraer excedentes de la economía campesina para la industrialización. En fin, el estalinismo buscó cristalizar y exaltar los aspectos atrasados de Rusia como parte integrante del socialismo, cuando se trataba de contingencias históricas extremadamente negativas para el desarrollo socialista de la URSS y que jamás podrían formar parte de un modelo de evolución socialista mundial.

³⁰ Se volvió una “verdad” incontestable la afirmación de que los países socialistas ~~se~~ *erraron* al resto del mundo (llegó a ser lugar común la expresión de la guerra fría –cortina de hierro) cuando históricamente fueron los países imperialistas los que invadieron la URSS en 1919-1921 apoyando los rusos blancos que se rehusaron a invertir en la URSS cuando la NEP buscó atraer los capitales del mundo entero. ~~rusos~~ *rusos* a ayudar a la URSS después de la Segunda Guerra Mundial cuando Stalin solicitó los beneficios del plan Marshall, fueron objeto de un cerco sistemático de las revoluciones victoriosas, etc. La idea de los beneficios de una economía cerrada es extraña al socialismo ~~solo~~ *solo* fue adoptada en la URSS como consecuencia del cerco internacional a la Revolución Rusa. Uno de los aspectos más espurios del estalinismo fue la tentativa de convertir en virtud este aspecto negativo de la historia intentando elaborar una economía política de la construcción del ~~socialismo~~ *socialismo* en bases nacionales, como forma universal de la construcción socialista

El problema del estalinismo no reside pues, en la violencia y en el barbarismo de que fue revestido, pues estas fueron contingencias históricas a las que estuvieron sometidos todos los procesos de modernización de una u otra forma (hoy está de moda querer una Inglaterra liberal sin revolución inglesa y sin el exterminio de su proletariado en la revolución industrial, sin imperialismo y los genocidios que practicó, un Estados Unidos democrático sin guerra civil, sin aniquilación de las naciones indígenas, sin su revolución francesa, sin Napoleón, etc. Finalmente el formalismo estructuralista tomó cuenta de tal manera la mente de ciertos sectores, que ellos piensan que pueden reconstruir la historia con los elementos puros de sus esquemas mentales). El problema del estalinismo fue y es su capacidad de transformar en un sistema coherente y universal las miserias históricas de la construcción del socialismo en un país atrasado y su capacidad de colocar un vasto sector del movimiento obrero al servicio de estos intereses subalternos.

Por ello su superación es tan difícil y necesaria para liberar el pensamiento socialista de esas manifestaciones de atraso que limitan su desarrollo, sectorizan grupos del movimiento obrero y dificultan su evolución. Por ello también tiene que ser tan radical la *glasnost*, la transparencia con que se pretende abrir el camino a la evolución democrática de la URSS.

Se trata de desarrollar una nueva mentalidad, una nueva etapa de pensamiento socialista, una renovación del marxismo a partir de la enorme experiencia acumulada en todos estos años y del enorme avance del conocimiento humano en su conjunto. Se trata de asimilar los avances de la humanidad no sólo en el sentido de la paz mundial, de la liberación de la mujer, de la superación del racismo, sino sobre todo de los derechos humanos, del derecho de los pueblos, de las conquistas sociales y de los individuos, se trata de crear las bases de una civilización planetaria.

Por ello es tan ridículo y mezquino el intento de la prensa y de gran parte del pensamiento liberal de transformar esos cambios tan fundamentales en un movimiento de regreso al capitalismo. Cada quien interpreta los hechos dentro de su capacidad conceptual y moral. El liberalismo burgués, basado en el utilitarismo más estricto, cree que la humanidad no se modificó en nada después de tantos años de lucha social, de procesos revolucionarios, de enormes y heroicos esfuerzos por la creación de un hombre nuevo. Los nobles no podían creer que los principios democráticos de la burguesía se impondrían definitivamente en el mundo. Pero se impusieron. Y así ocurrió con todos los procesos de cambio revolucionario.

El encuentro del socialismo aún en construcción con el capitalismo mundial ya en decadencia no será una celebración pero no será tampoco un proceso unilateral de sumisión al sistema económico mundial tal como fue instaurado por el capitalismo. Después de años de lucha contra las sobrevivencias feudales, después de

las experiencias imperialista y colonialista, de dos guerras mundiales, de la tentativa contrarrevolucionaria, del nazi-fascismo, de los intentos fallidos de preservar el mundo colonial bajo su dominio, de las innumerables y fracasadas pretensiones de cerco al mundo socialista en expansión, después de innumerables ilusiones de exterminar la oposición obrera y su poder sindical y político, el pensamiento liberal-burgués ya debía haber aprendido que su campo es el de la derrota permanente y de estrechamiento de sus bases de apoyo.

Sus ilusiones en esta nueva fase de la economía mundial deberán disiparse a continuación:

1º) Al descubrir que la integración de la URSS y de los países de Europa Oriental en el mundo europeo dando origen a la Casa Europea reforzará drásticamente y radicalmente el movimiento obrero y socialista europeo. Europa unificada será comandada por los partidos social-demócratas, socialistas y comunistas y partidos liberales, conservadores y demócrata-cristianos deberán retroceder a posiciones de oposición y cada vez más defensivas.

2º) Al descubrir también que una Europa integrada podrá combinar el desarrollo tecnológico de una Alemania Federal y de una Italia en vísperas de profundizar cambios ideológicos, de una Francia bajo hegemonía socialista con las investigaciones de punta soviéticas en la conquista del espacio, en la alta ciencia y en los campos más revolucionarios del conocimiento humano.

3º) Al descubrir que la problemática de una gestión europea se encontrará al lado de una necesidad creciente de constituir los mecanismos de una gestión mundial que supere los límites de Yaltz y Bretton Woods y que sea capaz de incorporar la problemática de un mundo pos-colonial, al borde del holocausto nuclear y enfrentando la realidad de una amenaza definitiva al medio ambiente, unido por una problemática global que rebasa los límites de las soluciones liberales, mercantiles, desiguales y anárquicas.

4º) Que las condiciones de una nueva civilización planetaria están maduras y que esta civilización tendrá que reforzar los mecanismos de planificación global, de administración de los cambios, de combinación de diversas experiencias culturales y de civilización que rompan con el eurocentrismo e instituyan el pluralismo como principio ordenador de la cultura.

5º) Que en este contexto la diplomacia liberal tiene poco o nada que ofrecer, así como la economía y la ideología liberales tienen un campo extremadamente estricto de aplicación. En este mundo, el capitalismo solo podrá sobrevivir bajo la gestión de los partidos socialistas, para preparar su desaparición definitiva del planeta en un horizonte histórico bien delimitado.

Escribir estas cosas cuando el pensamiento neoliberal se encuentra en una fuerte ofensiva mundial puede parecer ir contra la corriente, pero la historia nos dará razón dentro de poco tiempo, cuando se comience a avalar el verdadero contenido de los cambios que están en curso en los países socialistas y en la economía mundial.

De esta forma, al contrario de lo que pretendían los desvaríos pos-modernos, la historia no termina en este fin de siglo. Como previó Marx, la historia humana recién se va a iniciar con el advenimiento de una civilización planetaria, en la cual la humanidad se identificará por primera vez con un destino común y se verá a sí misma en sus metas conscientes para la construcción del futuro, que será cada vez más un resultado de la libertad humana y no el producto de un determinismo ciego, alejado del propio hombre.

Apéndices

1. El debate sobre el fascismo en América latina³¹

Me gustaría hacer algunas consideraciones de carácter más abstracto ya que en las intervenciones hechas se llegó a un nivel de exposición teórica y de detalle bastante grande. Por ello, me detendré en algunos aspectos que me parecen centrales y que deberían ser tomados en cuenta para la discusión del problema. Me refiero a algunas observaciones sobre todo en relación al problema del fascismo como tal, el problema de la particularidad del fascismo latinoamericano y del papel del imperialismo en este fascismo y sus alternativas.

En primer lugar, me gustaría retomar un aspecto que ya señalé en otras ocasiones, la distinción entre el fascismo como movimiento político y como régimen político. Como movimiento político, el fascismo corresponde a un movimiento político muy específico de la Europa de los años 20-30, muy apoyado en la pequeña burguesía con ciertos matices ideológicos muy específicos. Como régimen político, el fascismo adoptó formas bastante diversificadas y creo que sería muy difícil establecer propiamente una definición clara al respecto de las formas particulares que el Estado asumió en los diferentes regímenes fascistas. Creo que la definición del fascismo como régimen político, que es el aspecto que nos interesa aquí, debe apoyarse en el carácter histórico y de clases de este fenómeno, y en este sentido, buscaría definir el fascismo como un régimen de excepción del gran capital, utilizando métodos terroristas como principal forma de actuación.

Esto quiere decir que daría una definición bastante general del fascismo, ligada a su condición de clase y ligada también a su época histórica. Incluso, algunos autores soviéticos, como Maidanik, intentaron definir el fascismo como una forma de transición al capitalismo monopolista de Estado, buscando justificar, de esta manera, la hegemonía del gran capital y la utilización del régimen de excepción y la vía del terror como una forma de conseguir la instauración del capitalismo monopolista de Estado.

³¹ Este debate fue promovido por el Seminario Permanente Latinoamericano, SEPLA, en México y publicado por la revista Cuadernos Políticos, n.18, México, octubre-diciembre de 1978. Publicamos aquí solamente nuestra participación

Considero esta ubicación importante, pero no me gustaría limitar el fascismo a esta forma de transición al capitalismo monopolista de Estado por las razones que expongo enseguida.

Creo que, cuando decimos que el fascismo es un régimen de excepción del gran capital, lo situamos en una época histórica muy determinada, esto es, en la época del surgimiento de gran capital financiero, particularmente, en la época del imperialismo. Diría que el fascismo es un régimen de excepción, una forma contrarrevolucionaria propia de la época del imperialismo y por lo tanto, podemos comprender por qué este fenómeno surge exactamente después de la Primera Guerra Mundial, que es la primera gran crisis del imperialismo.

En este sentido, haría la segunda vinculación histórica, el fascismo no solo es propio de la época del imperialismo, también lo es específicamente de la época de la crisis del imperialismo.

Particularmente, situaría como primera manifestación fascista mundial al periodo de la gran onda depresiva que va de 1918 a 1945 y que tuvo su movimiento de depresión más violento en el periodo de 1929-1933. Considero que estas situaciones de crisis son las que obligan a la clase dominante, y en el caso específico de la época imperialista, el capital financiero, a buscar un régimen de excepción para impedir las consecuencias del desequilibrio de coyunturas revolucionarias que las crisis establecen. Al mismo tiempo, se aprovecha del debilitamiento que la crisis provoca en las clases populares, a partir del momento en que transforma la situación de las clases trabajadoras en general, y obrera, en particular, en una situación totalmente defensiva, sobre todo con las altas tasas de desempleo que llevan a gran competitividad de las clases y facilita, por lo tanto, el triunfo de las políticas contrarrevolucionarias.

En este sentido, también me gustaría señalar que las tendencias contrarrevolucionarias del capital financiero tienden a ocurrir mucho más en los países de desarrollo medio o capitalismo tardío que en los países más avanzados del imperialismo, porque es en estos países donde se combina esta situación revolucionaria con situaciones de lucha nacional que obligan a la clase dominante a un gran esfuerzo de identificación nacional y de unificación de su poder a nivel nacional para poder responder a las tendencias revolucionarias y, por otro lado, a buscar una estrategia económica que les permita responder a las exigencias de acumulación de capital para superar la crisis.

En este sentido, pienso que si situamos el fascismo históricamente, deberíamos retomar el periodo actual. Si aceptamos, y esto sería un debate bastante amplio, que el periodo actual es un periodo de crisis del imperialismo, de una gran onda depresiva del imperialismo que, según nuestros estudios, comenzó en 1966

pero que tuvo su primer momento de manifestación entre 1958-1961, para entrar en una etapa de largo plazo más definida a partir de 1966-1967, variando en diferentes países, y que llegó a su punto máximo en el periodo que va de 1973-1975, periodo que, según creo, no es aún el periodo depresivo más grave, si se compara al de la crisis de 1929-1933, que aún va a ocurrir y estaría relativamente próximo, entonces, situando el periodo actual como un periodo de este tipo, podríamos aceptar que las mismas fuerzas que obligaron al capital monopolista a buscar los regímenes de excepción y utilización del terror renacen desde el punto de vista internacional.

En este sentido descartaría cualquier visión que considere el problema del fascismo como problema simplemente nacional. A pesar de su manifestación nacional, veo el fascismo fundamentalmente como un fenómeno internacional y creo que lo fue desde el periodo que va de 1920 a 1940, a través de ondas sucesivas de irradiación de regímenes fascistas. Mantendría esta visión sobre todo para entender que el periodo actual no es solo el periodo de manifestaciones contrarrevolucionarias aisladas, sino un periodo que tiende a ampliar las ondas contrarrevolucionarias internacionales. Sin embargo, evidentemente, la ampliación de estas ondas contrarrevolucionarias depende también de las respuestas dadas por el momento revolucionario internacional, que se encuentra a nivel muy diferente de lo que se encontraba en los años 20-30-40, mucho más elevado como fuerza internacional.

Estos planteamientos generales nos llevan, por lo tanto, a la consideración del fascismo como fenómeno de clase y como una forma muy general de Estado, que es simplemente régimen de excepción y la utilización del terror para llegar a formas particulares de regímenes bastante diferentes de los llamados regímenes fascistas. En este sentido, estaría de acuerdo con lo planteado anteriormente, en que se reconocía dentro de la Tercera Internacional este carácter diversificado del fascismo ya en 1934-1935 (creo que fue en el Congreso de 1935), en que ya estaba bastante claro que el fascismo alemán, el fascismo italiano, el búlgaro, etc. no eran la misma cosa.

Pienso que realmente estos planteamientos teóricos, a pesar de darnos algunas luces de sentido muy general, al conferir al fenómeno un contenido de clases, le otorgan un carácter internacional. Pero evitar cualquier tipo de identificación particular del fenómeno evidentemente nos hará penetrar realmente en la intensidad del fenómeno del fascismo latinoamericano. Estoy de acuerdo en que la cuestión de la definición general de fascismo no es un problema solo escolástico, sino también se complementa con un análisis efectivo de la particularidad de este fascismo latinoamericano. Se trata de puntos sobre los cuales hay mucho más concordancia que discordancia, cuando hacemos las caracterizaciones concretas de la situación.

Para no detenernos en estos aspectos generales, es evidente que el fascismo latinoamericano concuerda con lo anterior en la hegemonía del capital monopólico (como se trataba en los periodos de los años 20-30-40), pero es evidente también que este capital monopólico se modificó desde el punto de vista de la estructura internacional. Entró en una fase de integración internacional mucho más amplia, en una etapa de concentración y centralización mucho más alta, en la etapa de intervención del Estado mucho más profunda y de internacionalización. Por lo tanto, este capital monopólico asume, hoy en día una forma diferente en los países de desarrollo medio, en países que se sitúan no solo en una posición de lucha antiimperialista, como el caso de Alemania, Italia, España, etc., sino que se sitúa en una posición dependiente y que por lo tanto, tiene una situación muy especial en lo que concierne a la relación entre las burguesías monopólicas locales y la burguesía monopólica internacional, conforme a lo aquí referido en las dos intervenciones anteriores.

En este sentido, generalizaría el fenómeno, no solo de América Latina, sino también incluiría ciertos países de Asia, como Indonesia, países como África del Sur, países con un desarrollo dependiente que ya alcanzaron un cierto nivel de industrialización, pero que no consiguen y no pueden superar estas características que tienden a ser resueltas a través de un Estado de excepción con la utilización sistemática del terror.

Por otro lado, evidentemente, este desarrollo de capital monopólico también modifica la relación del capital monopólico con la pequeña burguesía. Si la pequeña burguesía aún subsistía en los años 20 como un sector importante de movilización de masas y como un sector aún poderoso desde el punto de vista social, la pequeña burguesía en los países de desarrollo medio, donde se habían producido los fenómenos fascistas, son pequeñas burguesías con mucho menos poder para resistir al gran capital y con una dependencia mucho más fuerte al gran capital. Diría, entonces, que esto implica una dificultad para que el fascismo se desarrolle como movimiento, puesto que el fascismo se desarrolló como un movimiento exactamente en la pequeña burguesía para después ser dominado por el gran capital. Hoy en día la tendencia es diferente. Es el propio gran capital el que movilizó sectores de la pequeña burguesía en el sentido fascista, utilizando a la pequeña burguesía como instrumento de masas del gran capital y rápidamente, cumplidos los objetivos del gran capital, estos movimientos pequeñoburgueses se inmovilizaron, tal como ocurrió con la movilización de masas en Brasil en 1964, con los movimientos de la pequeña burguesía más nítidamente fascistas en Chile y como también en Argentina se busca actualmente inmovilizar mediante la Triple Alianza y otras formas de represión nítidamente fascistas. Desde el punto de vista del movimiento político, no desde el punto de vista del régimen, porque cabe recordar el ejemplo histórico de las tropas de choque de Mussolini y de la SS de Hitler.

La primera exigencia del gran capital, cuando Mussolini y Hitler llegaron al poder, fue la de destruir sus tropas de choque, más allá de aniquilarlas físicamente. Esto es, que el sector pequeño burgués es aniquilado cuando se llega al poder. En el caso de Mussolini, la aniquilación tuvo que ser muy violenta porque el fascismo se había desarrollado mucho como movimiento; en el caso latinoamericano, esto ocurrió con mucho menos fuerza y por lo tanto, fue posible liquidarlos con mecanismos mucho menos violentos.

En tercer lugar, la nueva etapa en que se está produciendo esta onda fascista internacional plantea la cuestión nacional en términos muy diferentes a la de los años 20 puesto que, tratándose de burguesías nacionales dependientes que ya están asociadas al capital internacional, la posibilidad de movilizar a la pequeña burguesía y a otros sectores en una política nacional consecuente es mucho menor, por tratarse nítidamente de una política pro imperialista, aquella que tiene que defender el régimen fascista, a medida que la burguesía internacional sea un sector hegemónico dentro del bloque de poder.

Así, la cuestión nacional asume una forma muy diferente. Pero no diría que la cuestión nacional está liquidada simplemente por la afirmación del monopolio, aunque sea monopolio internacional en un mercado nacional, aunque este mercado esté altamente internacionalizado en un sector, esto siempre implica un cierto grado de afirmación nacional, un cierto grado de integración de la economía a nivel nacional, un cierto grado de intervención del Estado en el sentido de fortalecer esta base nacional.

En este sentido me gustaría señalar las contradicciones que me parecen encerrar este fascismo específico de la época actual. Resaltaría estas contradicciones en los siguientes términos: en primer lugar, en lo que se refiere a la relación entre fascismo y la razón que la burguesía internacional tiene en relación a su forma de dominación en los países centrales y la forma de dominación a la que recurrió en los países dependientes. Se vuelve muy difícil compatibilizar un régimen democrático y la defensa de la democracia en los países dominantes, junto a la defensa de formas fascistas en los países dependientes. Me gustaría resaltar que hay un sector de la burguesía de los países dominantes que asume cada vez más una perspectiva fascista; en este sentido, me parece muy importante llevar a consideración este carácter internacional del fenómeno.

Considero que la democracia cristiana de Alemania, sobre todo determinado sector de la DCA, está mucho más próxima a una concepción fascista que sectores de ciertas burguesías de nuestros países. Creo que hay una separación dentro de la burguesía a nivel internacional que se está transformando en una tendencia pro-fascista a nivel internacional, en posición de enfrentamiento con la tendencia liberal conservadora y la tendencia socialdemócrata. Esto es, del sector de la burguesía que está dispuesto a arriesgarse en este juego de dominación del movimiento obrero por una ideología tan burguesa.

Diría que esta contradicción tiende a presentarse en varias etapas del desarrollo del fascismo. Se trata de una contradicción que también se presentó en los años 20-30 entre sectores de la burguesía inglesa y norteamericana nítidamente pro-hitleristas y sectores anti-hitleristas o pro-Mussolini.

Esta alternativa también se presentó a la burguesía a nivel internacional en los años 20-30 y evidentemente, solo podrá ser resuelta en el momento en que el fascismo se convierta en una amenaza para los Estados nacionales de Inglaterra y de los EUA.

Esta contradicción que aparece hoy en día, pero tiende a asumir una nueva forma a partir del momento en que hay una falta de correlación entre las tendencias que aún se presentan en el capitalismo dominante y en el capitalismo dependiente, así como en la responsabilidad directa del capitalismo dominante sobre lo que acontece en los países dependientes, EUA e Inglaterra podrían haber dicho que no tenían ninguna responsabilidad por lo que estaba aconteciendo en Alemania o en Italia, a pesar de que ciertos sectores de la burguesía en los EUA e Inglaterra apoyaban los movimientos fascistas de estos países. Sin embargo, como Estado y como aparato burgués internacional no parecía tan clara, como parece hoy en día, la relación de responsabilidad de los EUA con la instalación de los regímenes fascistas en América Latina, exactamente con el alto grado de dependencia de las burguesías locales, de la burguesía internacional y también de sus Estados. Esto, evidentemente, aumenta la contradicción entre el apoyo que puede dar la burguesía dominante, su necesidad de recurrir a regímenes fascistas y su base social interna.

El segundo aspecto, la segunda contradicción es aquella que me parece existir entre el fortalecimiento de Estado en los países dependientes como instrumento necesario de acumulación del capital, a medida que la acumulación del capital internacional necesita de la creación de una gran infraestructura que permita esta expansión del capital internacional. La contradicción entre este Estado fuerte es la propia situación de dependencia que tiende a fortalecer las ilusiones de la pequeña burguesía y las ilusiones del capital nacional y del sector tecnocrático civil-militar en la capacidad del Estado de asumir una cierta autonomía frente al capital internacional. De aquí se deriva el peligro que representa esta situación en la creación de cierto nacionalismo militar.

Recordemos que justamente en los textos de la Comisión Trilateral sobre la situación internacional hay una insistencia muy grande sobre este problema nacional como el problema más importante que la política trilateral ha de enfrentar en los países dependientes.

La cuestión del nacionalismo militar representa un desafío muy grande para un capital internacional que se apoyó tan firmemente en los militares como instrumento de poder, como instrumento de dirección de Estado. Aquí, creo que es necesario hacer un planteamiento con respecto a la tendencia de caracterizar la cuestión del Estado de Seguridad Nacional como el problema central de la particularidad del periodo actual. Esta caracterización me parece altamente peligrosa porque nos desvía hacia un aspecto secundario; para mí, el aspecto central es la lucha del gran capital para imponer su hegemonía y la necesidad de recurrir al Estado de excepción y de terror.

Las formas que el gran capital utiliza para conseguirlo me parece un aspecto secundario, importante en ciertos periodos históricos que tienen que ser analizados, pero secundario porque evidentemente, esto va a tener repercusión en el desarrollo del aspecto político del problema, etc., los problemas que la burguesía comienza a enfrentar en relación a la utilización de los militares como instrumento principal del gobierno son mucho más profundos de lo que parece. Igualmente, sectores importantes de la burocracia internacional, del Departamento de Estado, etc. ven hoy en día, con profunda desconfianza el papel central que dieron a los militares en estos regímenes de excepción a los cuales se vieron obligados a recurrir.

Creo que aquí la maniobra es mucho más profunda. Creo que realmente hay una búsqueda de los medios para liberarse de la importancia relativa de este sector y que la situación brasileña, por ejemplo, es una situación que está profundizando enormemente este enfrentamiento con este sector nacional. El surgimiento, en el contexto político brasileño actual, de una candidatura alternativa de un militar que presenta posturas nacionalistas significa para los EUA una situación difícil de controlar y provoca en el Departamento de Estado, y en sectores de la burguesía norteamericana, incluso según el testimonio de personas que estuvieron en contacto con estos sectores, una reacción altamente temerosa y una búsqueda de medios para evitar definitivamente que esta situación se produzca.

Creo que esto entraría incluso dentro de la lógica del planteamiento aquí hecho anteriormente en lo que concierne a la división dentro de la burguesía: es bastante evidente que el grupo militar tienda mucho más a apoyar una salida a la crisis basada en el desarrollo de la industria pesada que a una salida a través del desarrollo de la industria de consumo de lujo.

Esto es mucho más lógico para la posición militar para quien es casi natural que una industria de base tenga que apoyarse en un desarrollo importante del sector militar. Así, es muy lógico que la ciudadanía militar esté

abriendo una brecha muy fuerte, con el imperialismo norteamericano en particular, y buscando una fuerte aproximación con el imperialismo europeo-japonés, si aceptáramos la existencia de esta confrontación, con la cual estoy de acuerdo. Por lo tanto, el problema militar es un problema mucho más profundo para el imperialismo que simplemente una cuestión de legitimidad de control político frente a los movimientos populares, etc.; ya es un problema incluso de relación del imperialismo norteamericano con el sector militar en particular. Es preciso estar atento al desarrollo de esta situación que es producto de la contradicción, que mencioné al inicio, entre la necesidad de fortalecer el Estado para permitir la acumulación del capital en estos países dependientes y, por otro lado, el carácter dependiente de esta acumulación de capital del capital internacional.

Esta situación lleva a que un grupo de fuerzas estadistas adquiera una gran importancia dentro del proceso de acumulación generado por el gran capital y que lo haga incluso a través de una política antiestadista en sus principios, pero estadista en los hechos, porque la acumulación capitalista exige esta participación creciente del Estado. De este modo, el problema del capitalismo monopolista de Estado comienza a presentarse realmente como un problema importante y la idea del fascismo como forma de transición al capitalismo monopolista de Estado también debe ser analizada por lo menos, en algunos casos como el brasileño, por ejemplo.

Creo que estos ejemplos podrían afectar a la cuestión de las alternativas que es la cuestión fundamental que nos interesa. Me parece evidente que el imperialismo, en sus más variadas versiones y aceptando este creciente enfrentamiento interimperialista a nivel internacional, estará siempre restringido por alguna forma de democracia, a pesar del problema de la gobernabilidad de esta democracia ya analizado por Huntington, el teórico de la Trilateral, quien también ve el problema nacional como otro gran problema para el capital trasnacional.

Aquí se da evidentemente, la búsqueda de algún tipo de régimen democrático que restrinja la participación de las masas o que permita un cierto grado de manipulación de las masas de tal forma que su manifestación no se convierta en una manifestación autónoma propia. Ahora es evidente que aquí hay un matiz importante que va desde un régimen militar con apertura política hasta un régimen civil con tutela militar (con los peligros que esta tutela militar está representando hoy en día para el imperialismo norteamericano en particular) hasta un régimen típicamente civil, pero con ciertas restricciones en lo que concierne a la participación del movimiento de izquierda, particularmente las tendencias revolucionarias de izquierda.

Pero la limitación de la democracia es un fenómeno bastante complejo. Creo que la capacidad de limitar una democracia es bastante estricta, porque la democracia genera una dinámica que pone a la sociedad civil en primer lugar y todo depende, entonces, de la existencia en la sociedad civil de un sector pequeño burgués, de un sector intermediario suficientemente fuerte para garantizar un cierto equilibrio de la democracia para que no se convierta en una democracia revolucionaria.

El problema es que esta acumulación del capital en los últimos años, en América Latina, en regiones como Brasil sobre todo, pero también muy violentamente en Chile y en otros países, está debilitando este sector intermediario. Creo que aquí hay un problema en la propia sociedad civil.

Como he mencionado anteriormente, son las transformaciones económicas generadas por el fascismo las que están limitando la viabilidad de estas salidas democráticas y evidentemente, la rapidez con que deben generarse presiones populares para romper las limitaciones impuestas por la burguesía nacional o internacional a la democracia se va convirtiendo en el factor dinámico del proceso. Creo que ya entre 1977-1978, cuando comienzan a delinearse estas formas de participación popular, éstas demostraron su carácter problemático, como quedó evidenciado en Perú, donde se impuso como una necesidad inevitable el funcionamiento democrático de la Asamblea Constitutiva, porque están hablando las tentativas de mediatización. En el caso de Bolivia, se llega a un fraude electoral y se tiene que retroceder; en el caso de Nicaragua se llega a un cierto acuerdo, pensando que con esto se puede controlar la situación por más de dos años y la situación vuelve a salirse de control. El factor realmente dinámico comienza a ser el movimiento democrático, movimiento de masas y, evidentemente, a medida que suceden estos movimientos de masas, hubo un cambio muy importante en la composición de los movimientos populares en los últimos años con el desarrollo de la industrialización. Particularmente el movimiento obrero se presentó como una fuerza que tiende cada vez más a polarizar la cena en disputa creando una cierta estructura mucho más orgánica, mucho más fuerte que la que se consiguió en algunos movimientos de masas en el pasado. La tendencia, por lo tanto, es que este movimiento popular asuma una forma cada vez más orgánica, más firme y que pueda crear una situación democrática avanzada que no tenga condiciones de sobrevivir dentro de los marcos del capitalismo y que, por lo tanto, plantee el problema del socialismo. De ahí el porqué de la cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo sea una de las más importantes para la izquierda en América Latina.

2. La punta del iceberg³²

a) La crisis capitalista mundial

Desde 1967, la economía capitalista, que había encontrado los caminos de una recuperación y crecimiento económicos continuos después de la Segunda Guerra Mundial, entró en una crisis económica gravísima. A partir de aquel año, cuando aconteció la primera devaluación del dólar, las economías capitalistas centrales (EUA, Europa y Japón) entraron en un periodo caracterizado por un descenso general de la tasa de crecimiento anual de la economía, desempleo creciente, debilitamiento del comercio mundial, inestabilidad monetaria e inflación. El surgimiento de esta crisis produjo efectos que fueron cruciales para la economía y la política internacionales.

Las contradicciones se tornaron agudas entre los capitalistas y los asalariados; entre los principales países imperialistas (principalmente entre Estados Unidos Japón y Alemania); entre los países capitalistas dominantes y desarrollados y los países capitalistas dependientes y subdesarrollados. Consecuentemente, aumentó la combatividad del movimiento obrero en los países capitalistas y los trabajadores comenzaron a exigir soluciones políticas cada vez más radicales y anticapitalistas; muchos sectores de las clases medias abandonaron su confianza en el capitalismo y se aproximaron al movimiento obrero. En el plano internacional, aumentó la combatividad de los movimientos de liberación nacional en los países dependientes y coloniales, y éstos se fueron aproximando cada vez más al campo socialista en la búsqueda de proyectos de desarrollo económico no capitalistas, o más claramente socialistas.

En este marco político y económico, el imperialismo intentó mantener su dominación recurriendo, o a la represión más feroz, o a tentativas reformistas que procuraran moderar el ansia creciente de liberación de masas. La elección de Jimmy Carter representa un momento en el cual el sector más lúcido del gran capital norteamericano intenta desesperadamente encontrar un camino que permita a los Estados Unidos mantenerse en el control de la situación internacional.

¹ Publicado originalmente en los *Cuadernos del Tercer Mundo*, México, marco de 1978

La Comisión Trilateral, formada por David Rockefeller, en 1937, tenía por objeto unificar los criterios de los dirigentes económicos y políticos de Estados Unidos, Europa y Japón, para juntos enfrentar el debilitamiento del orden social capitalista en cada país, recuperar la imagen de los gobiernos burgueses, fortalecer a las autoridades centrales, restablecer la hegemonía norteamericana, enfrentar conjuntamente el desafío del Tercer Mundo por un orden internacional más favorable.

Finalmente, con esa renovación del capitalismo en el plano económico, político, ideológico, se pretendió enfrentar al campo socialista cada vez más poderoso. Para dar autoridad moral a este plan, el gobierno norteamericano necesitaba agitar una palabra de orden que atrajera el respeto y la autoridad de los gobernantes capitalistas. Para ello, intervino la bandera de los derechos humanos, que habían sido violentamente pisoteados por los Estados Unidos al apoyar y articular la onda golpista, militarista y fascista en el Tercer Mundo; sin hablar de los crímenes de guerra que cometieron en Vietnam y en otros países, en que las tropas americanas y sus aliados lucharon conjuntamente con mercenarios, contra los movimientos de liberación nacional.

Sin embargo, los planes de Carter se ven amenazados por la imposibilidad de superar la crisis capitalista. En 1974 y comienzos de 1975, la crisis capitalista internacional llegó a su punto más alto. En el segundo semestre de 1975, se inició una recuperación económica que despertó muchas esperanzas sin fundamento. Pero ya en la segunda mitad de 1977, quedaba totalmente claro que esta recuperación económica llegaba a su fin y que en 1978 y 1979 la economía pasaría por la más grave depresión económica de la posguerra.

Como consecuencia de esto, la producción debería caer en casi todos los sectores económicos, manteniendo una tasa de crecimiento muy baja, a duras penas. El desempleo debería atender un porcentaje muy alto de la fuerza de trabajo. La inflación cedería apenas al fin de un largo periodo de depresión de la economía. La lucha entre las potencias capitalistas se intensificaría con medidas proteccionistas por parte de cada país, que procuraría vender más al exterior y comprar menos, llevando consecuentemente a una grave crisis en el comercio mundial.

En este contexto, el sistema financiero internacional debería atender a un momento agudo de incertidumbre, con violentas luchas entre el dólar, el marco alemán y el yen japonés. Al mismo tiempo, la enorme deuda internacional de los países del Tercer Mundo los llevaría a una crisis violenta en los sistemas de pago actuales y también afectaría al comercio mundial.

A saber de esta nueva crisis de dimensiones mundiales, los Estados Unidos hallaron difícil aventurarse a actuar por la fuerza y arriesgarse a asumir compromisos militares que no podrían cumplir, pues en primer lugar,

su déficit fiscal no permitiría aumentar más sus gastos militares, y en segundo lugar, el gigantesco déficit de su balanza de pagos les impediría realizar mayores gastos militares en el exterior.

El gobierno norteamericano debe procurar una política conciliadora, que evite situaciones de crisis política aguda, procurar esquemas políticos con un mínimo de legitimidad popular, que evite explosiones revolucionarias incontrolables. De ahí deriva la presión para que las actuales dictaduras militares procuren fórmulas de adaptación a esta situación, proponiendo esquemas de liberación progresiva que permitan desahogar la crisis política en que viven los regímenes fuertes, sin perder el control político de la situación.

América Latina fue siempre un continente inestable e inquieto. En nuestros países la liberación colonial no pudo asegurarnos una libertad económica que permitiera la creación de una economía capitalista independiente y desarrollada. Las burguesías criollas volvieron a oligarquías dedicadas a la producción agrícola y minera para la exportación, y a comerciantes y especuladores locales e internacionales. Nuestra industrialización fue postergada al siglo XX y en algunos países hasta la segunda mitad de este siglo, aconteciendo en una época en que la economía mundial ya estaba bajo el dominio del gran capital internacional. Como consecuencia de ello, las burguesías industriales locales cayeron bajo el dominio de ese capital, y en la década de 1950 y años posteriores, tuvieron que ceder el espacio económico a las corporaciones multinacionales, que hoy son responsables de las principales inversiones industriales en nuestros países.

Por lo tanto, después de 150 años de historia independiente, América Latina no puede aún alcanzar su independencia nacional, decidir su destino económico, superar las economías rurales atrasadas, elevar sustancialmente el nivel de vida de sus masas de campesinos, obreros, asalariados urbanos y agrícolas y pequeños propietarios.

b) Revolución y contrarrevolución

Ni los gobiernos burgueses reformistas ni los gobiernos militares de derecha, ni los gobiernos militares de corte progresista, ninguno de ellos consiguió dar una respuesta a los problemas fundamentales de nuestros pueblos. Y siempre que la lucha popular superara los límites aceptables para el imperialismo, la respuesta fue el golpe de Estado y la destrucción de todas las conquistas populares. Sin embargo, cabe resaltar que la ola de movilizaciones populares es cada vez más radical que las anteriores y de la misma forma, las respuestas del imperialismo son más violentas. En la década de 1950 presenciamos no solamente el apogeo de los gobiernos populistas de clara definición nacional democrática, dentro de una economía capitalista, sino

también los procesos revolucionarios bajo el mismo signo, tales como la revolución boliviana y guatemalteca, la primera fase de la revolución cubana, así como la liberación de Venezuela, al final de la década. Pero el golpe fue la manera de responder a los desafíos lanzados por un Perón, un Vargas, un Chjeddi Jagan, un Arbenz, etc. En la década de 1960 tuvimos nuevas olas reformistas, con bases sociales cada vez más radicales en dirección al socialismo, tales como la experiencia de Goulart en Brasil y de República Dominicana, en 1965. Los golpes acontecieron no solamente en estos países, sino también en Argentina en 1966, y en otros lugares, donde se procuraba controlar una ofensiva popular de dimensiones continentales. Pero también se utilizó el reformismo de Frei en Chile, de Belaunde en Perú, de Lopes Michelsein en Colombia, etc. Todos gravados con enormes gastos de la CIA, AID, y otros organismos internacionales.

Nada de esto pudo contener definitivamente a las aspiraciones libertarias de las masas latinoamericanas. Después de las grandes manifestaciones populares de 1968, no solo se formaron gobiernos militares progresistas en Perú, Ecuador, Panamá, Honduras, y Bolivia, sino también fueron generados grandes frentes de masas con fuertes raíces populares, como la Unidad Popular en Chile, el Frente Amplio en Uruguay, la UNO en Salvador, el Movimiento Peronista en Argentina, que ahora tenía un ala izquierda de gran peso. Y más aún, en Bolivia, la Asamblea Popular desafiaba los límites del orden capitalista y generaba las bases de un poder popular alternativo al estado burgués. En Chile, el gobierno popular llegaba al poder con un programa socialista y desencadenaba un proceso social de profundidad y dimensiones revolucionarias inéditas. El golpismo militar de la década de 1970 tuvo un contenido desesperado, que procuró contener ese ascenso social que desbordaba por todos lados. Bolivia en 1971, Uruguay en 1973, Chile en el mismo año, Argentina en 1976 fueron momentos culminantes de esa ola fascista continental.

Así, conseguían postergar las aspiraciones populares del continente por el camino de la más cruel represión, sin ninguna legitimidad social y sin ninguna bandera reformista, como la Alianza para el Progreso.

c) Los grandes problemas continúan

En los años posteriores a la Revolución Cubana, el reformismo burgués perdió días después su fuerza ideológica en nuestro continente. Las experiencias realizadas no eran capaces de resolver ninguno de nuestros problemas fundamentales.

Nuestra dependencia económica no disminuyó. Al contrario, aumentó de manera angustiante. No solamente nuestras economías fueron masivamente invadidas por las corporaciones multinacionales –que hoy disponen de un porcentaje vital de nuestros recursos industriales- sino también las balanzas comerciales y de servicios

de nuestros países presentaron un déficit creciente que llevó a un endeudamiento internacional por lo menos diez veces mayor al de las enormes deudas de los años 60.

El crecimiento industrial que ocurrió, teniendo como base la penetración del capital extranjero, apoyado en el subsidio estatal directo o indirecto, tuvo causas ampliamente negativas para nuestros pueblos. En primer lugar, quedó concentrado en los sectores del consumo de productos de tecnología sofisticada, cuyo mercado fundamental son los sectores de altas rentas, que monopolizaron en proporción creciente la mayor parte de la renta nacional. Esas inversiones fueron concentradas y fundamentadas en comportamientos de monopolios y consecuentemente no ampliaron significativamente el empleo, aumentando el número de marginalidad social y produciendo impacto muy reducido en la reacción de un mercado interno. Al mismo tiempo, el carácter monopólico de estas inversiones favoreció un sistema de precios elevados que provocó, entre otras cosas, constantes presiones inflacionarias.

Las limitaciones de esa forma de industrialización se reflejaron en problemas crónicos de nuestra economía: distribución de la renta cada vez más desigual, concentración económica, monopolización y restricciones en el mercado interno, ausencia de industria nacional de base y aumento de importaciones de maquinarias e insumos industriales. Esto para permitir las nuevas inversiones, con sus consecuencias altamente negativas para nuestra balanza comercial. Las insuficiencias del mercado interno y la tendencia creciente en dirección al déficit de la balanza comercial obligaron a poner en primer plano la necesidad de intensificar las exportaciones de los productos manufacturados, principalmente a partir del fin de la década pasada. El aumento de esas exportaciones no significó, sin embargo, una mejora en la balanza comercial, pues muchos de esos productos no eran más que una elaboración de materias primas importadas. El aumento de exportación significaba un aumento de las importaciones.

También debe señalarse que un mayor volumen de comercio externo significaba también mayores pagos en fletes a empresas exportadoras, filiales de las multinacionales en la mayoría de los casos. Las exportaciones producían una enorme evasión de nuestras divisas por la vía de la remesa de ganancias y el pago de regalías por el uso de tecnologías, marcas y patentes. Estos y otros factores explican el déficit creciente de nuestra balanza de pagos y el haber recurrido inevitablemente al crédito externo que llevó a nuevas evasiones de divisas para el pago de las amortizaciones e intereses, a un total que llegó a alcanzar el equivalente a 30-50% del volumen global de nuestras exportaciones.

Los intentos reformistas de transformación agrícola que se realizaron en la década de 60 alteraron favorablemente la situación del campo. En nuestros días, una reforma agraria del tipo tradicional, con el objetivo de formar

una pequeña burguesía rural, tiene pocas perspectivas. Nuestra agricultura fue modernizada en parte, no por la vía de la pequeña propiedad agrícola sino por la “racionalización” del latifundio y por la penetración masiva en el campo, de las corporaciones multinacionales dedicadas a la agroindustria. Como consecuencia, la mano de obra agrícola fue expulsada masivamente en dirección a la ciudad, formándose grandes masas de asalariados agrícolas –en la mayor parte de los casos de carácter temporal- que trabajaban pequeños periodos durante el año (en las cosechas) y viven muchas veces en las pequeñas ciudades cerca de las zonas rurales. Otros campesinos fueron directamente a las grandes ciudades, aumentando la explosión urbana y formando las grandes masas marginales, abarrotadas en chozas y favelas de nuestras capitales. De esta forma se hace más profunda la crisis de las grandes ciudades, el descontento social y la miseria de las masas urbanas.

La juventud de nuestros países se vio imposibilitada para trabajar debido a la escasez en el mercado del trabajo creado por el estilo de industrialización señalado. Su presión sobre el sistema escolar y sobre las universidades generó grandes concentraciones escolares, donde un margen social ilustrado creó un foco de inquietud y rebelión social. La oposición al régimen capitalista encontró ahí una de sus principales fuentes, afectando agudamente a la estructura ideológica de nuestros países y creando el escenario para una cultura de clase media de protesta social y política.

d) El pueblo retoma la ofensiva

Ni las dictaduras de derecha, ni los regímenes militares progresistas, ni los regímenes liberales de carácter reformista conseguirán pues, abrir un canal hacia las aspiraciones sociales de nuestros pueblos. Cada vez más, se va configurando una situación socioeconómica y política más explosiva en América Latina. La postergación de las aspiraciones populares se convierte en el punto de partida de un movimiento social creciente y radicalizado.

En el plano popular, se desarrolla la organización del movimiento obrero, procurando defenderse de los programas de los gobiernos que procuran limitar sus conquistas, o como en el caso de las dictaduras militares, que destruyen violentamente derechos y garantías conseguidas en años y años de lucha. Dentro de un contexto internacional de crisis, en que los movimientos sindicales retoman el camino de la unificación, se crean importantes movimientos unitarios en América Latina. Estos se transforman en el centro de una movilización social y política con metas cada vez más profundas, a medida que va quedando clara la imposibilidad de resolver los problemas de los trabajadores dentro de un plano estrictamente sindical. Se crean las bases

de una unidad de clase que da origen a un proyecto social bajo una hegemonía, y que se refleja también en el plano político, a través de un creciente desarrollo de los partidos obreros y populares.

Este movimiento obrero tiende a motivar a amplios sectores de trabajadores de clase media y de un subproletariado urbano en crecimiento. También tiende a liderar a los asalariados rurales, cuyo peso crece, y a las masas campesinas aún en lucha contra las relaciones sociales pre-capitalistas. Al mismo tiempo, la radicalización del movimiento estudiantil y de los nuevos grupos de profesores universitarios confiere dimensiones impresionantes a una intelectualidad cada vez más sensible a un pensamiento revolucionario. Finalmente, los grupos de la burguesía duramente afectada por el proceso de concentración económica, monopolización y desnacionalización de la economía, se ven atraídos por ese movimiento popular. O por lo menos, pierden sus aspiraciones de hegemonía política e ideológica, protegiéndose con una crítica económica cada vez más sin perspectiva ante el actual estado de cosas. En dicho ambiente social, es posible entender que en América Latina se está desarrollando actualmente una serie de acontecimientos que forman el punto de partida de una nueva ola de luchas populares de gran porte histórico.

Tampoco es de sorprender que estas luchas encuentren algunos puntos motivadores que correspondan exactamente a las aspiraciones postergadas secularmente. Pero hay un cambio evidente en relación al pasado. Lo que antes eran reivindicaciones limitadas por la hegemonía de las élites sociales y de sectores de las clases burguesas nacionales, hoy son cada vez más la base de una transformación social mucho más profunda.

La lucha por la soberanía nacional, la independencia económica y la democracia en nuestros países huyeron del círculo limitado del pasado. Para nuestros países es cada vez más claro que estas demandas básicas no podrán ser atendidas dentro del orden económico-social capitalista. Una palabra básica comienza a dar fundamento y sentido a estas luchas: el socialismo.

Este es el comienzo de una nueva etapa de luchas populares en el continente. La experiencia cubana y la realidad internacional comienzan a consolidarse en la conciencia de las grandes masas. Los acontecimientos que describimos aquí son apenas la punta del iceberg. Cuando este bloque de hielo emerja, tendrá un color resplandeciente y anunciará una era de independencia y justicia social y paz para nuestros pueblos.

Parte IV

Transición democrática y movimientos sociales

I. La transición democrática y el pensamiento social latinoamericano

El proceso de democratización en curso en los países del Cono Sur es parte de un fenómeno más amplio que abarca al subcontinente latinoamericano en su conjunto. También en América Central y en el Caribe resuenan los clarines democráticos y a veces de forma sorprendente, como en el caso de Guatemala, florecen repentinamente regímenes democráticos donde la dictadura y la violencia represora reinaron durante años.

La ciencia social latinoamericana evolucionó en los últimos años hasta alcanzar un grado bastante alto de madurez. Nuestro subcontinente inició su pensamiento social bajo la defensa de la lucha anticolonial. En el siglo XIX los debates sobre la civilización y barbarie y sobre el liberalismo y nacionalismo tomaban cuenta de nuestro ambiente intelectual. La cuestión étnica y su relación con nuestro atraso histórico fue también muy “estudiada” por antropólogos e historiadores, bajo la influencia del etnocentrismo europeo.

Después de la Segunda Guerra Mundial llegó a predominar la preocupación por el concepto de desarrollo económico, social y político. La crítica al desarrollo dio origen a la teoría de la dependencia que determinó la imposibilidad de un desarrollo capitalista autónomo en la etapa de la empresa transnacional. Concentrado y marginado, este capitalismo dependiente tiende a acumular sus mecanismos depresivos y a buscar regímenes de fuerza como compensación a su carácter antipopular.

En los últimos años, América Latina estuvo totalmente zambullida en dictaduras de “seguridad nacional”. El gran debate de ese periodo se concentró en el carácter fascista o no fascista de estos gobiernos. Muchos creían que era una condición necesaria para orientar el retorno a la democracia, el definir el carácter de los mismos.

Dentro de esa misma discusión, surgió el gran debate sobre democracia en sus variadas dimensiones que vienen entusiasmando a la ciencia social del subcontinente en los últimos años.

Por un lado, se encuentran las corrientes democráticas asentadas en las tradiciones del radicalismo nacionalista, antiimperialista y antioligarca, enraizadas en la región hace muchas décadas. El ambiente intelectual europeo antisocialista y pro-liberal comenzó, sin embargo, a asentar raíces en algunas corrientes del pensamiento social latinoamericano. La creciente influencia ideológica de la Internacional Socialista retoma algunos temas propios del liberalismo. Por otro lado, se asciende a una polémica sobre el papel de las empresas públicas del Estado como fuerzas autoritarias. De esta manera, el debate ideológico sobre la democracia asume una forma amplia alcanzando casi todos sus matices.

Se intenta asociar el concepto de democracia a la llamada libre empresa. No obstante, en el mundo moderno, bajo el impacto de la informática y de la automatización, la idea de democracia se encarna cada vez más en el concepto de participación, cogestión y autogestión de los trabajadores y de los movimientos sociales. El concepto tradicional de empresa entra en crisis ante el proceso de internacionalización y centralización de capitales, que rompe con la asociación entre la empresa y la llamada "libre iniciativa". Esta se convierte en un enorme centro burocrático que nada tiene que ver con sus formas iniciales en el siglo XVIII y XIX.

Al mismo tiempo, como resultado de la complejidad creciente de las sociedades contemporáneas, el concepto político de democracia se asocia con las formas de organización de la sociedad civil y con los movimientos sociales emergentes y levanta cuestiones ligadas a las minorías étnicas, religiosas, sexuales.

No se pueden ignorar tampoco las bases materiales de la democracia, en una sociedad donde la soberanía nacional se encuentra amenazada permanentemente por la dependencia; donde la concentración de la riqueza no solamente entrega al poder total de unos pocos, la vida de las grandes mayorías, y al mismo tiempo, la marginalización de grandes masas sociales las excluyen de los bienes básicos y de la participación ciudadana mínima, donde los derechos humanos de estas masas de desempleados, marginados, oprimidos son violados cada día. En una sociedad donde estas grandes cuestiones continúan sin resolución, generando una permanente crisis de legitimidad y de poder del Estado, no se puede esperar la existencia de una democracia sólida.

La cuestión democrática es pues la síntesis de nuestros dramas y esperanzas. América Latina fue una de las regiones del mundo más permeable a la influencia del pensamiento sociológico europeo. Desde el siglo pasado, bajo el impacto de la filosofía positivista, se crearon cátedras de sociología en nuestras universidades. En aquella época, nuestras élites oligárquicas u originadas en nuestras clases medias buscaban los caminos de una modernización a la europea.

Después de importantes luchas entre proteccionistas y partidarios de libre cambio, nuestras oligarquías siguieron el camino de la exportación de productos básicos y materias primas para aprovechar el *boom* del mercado mundial capitalista. Como consecuencia, nos convertimos no solo en importadores de productos manufacturados sino también de los modelos de comportamiento y culturales a ellos asociados.

La dependencia económica, tecnológica y cultural creó agudos problemas para nuestra conciencia social. Indios, negros, mulatos y trigueños, rechazábamos nuestras raíces étnicas y culturales. Asociábamos a la barbarie nuestras íntimas inclinaciones e identificábamos con la civilización los modelos exógenos a los cuales buscábamos aplicar nuestras posibilidades de desarrollo. Barbarie o civilización, proteccionismo o libre

cambio, tradicional o moderno, subdesarrollo o desarrollo; los términos de esa dicotomía se fueron modificando con el tiempo, pero su núcleo central continúa siendo el mismo.

De hecho la ciencia social europea, desde el fin del siglo XVIII, se constituyó en torno a esta cuestión básica: cómo y por qué el capitalismo europeo *podía* y *debía* subyugar a los demás pueblos de la tierra. La superioridad del sistema productivo basado en la división del trabajo y en las relaciones libres de la fuerza de trabajo, según Adam Smith y Ricardo, la superioridad intelectual y política de la clase industrial, según Saint-Simon, el imperio de la razón absoluta, según Hegel, el dominio de la ciencia y del conocimiento empírico, según Comte, la evolución de lo orgánico a lo social, según Durkheim, el pasaje de las conductas tradicionales a las racionales según Weber, etc. Todas esas versiones y otras menos "científicas", como la defensa de la superioridad racial europea, marcan los modelos de análisis de las ciencias sociales, que encontraron siempre sus seguidores en el mundo dependiente y desarrollado.

A mediados del siglo XIX, Marx ya había agotado todo este boceto teórico-ideológico. Conjuntamente con Engels ubicó tres cuestiones básicas que cuestionaban las pretensiones "científicas" de las ciencias sociales emergentes.

En primer lugar, criticó el carácter eterno del régimen capitalista naciente, mostrando sus contradicciones internas, particularmente entre sus clases básicas, y su necesaria superación histórica. Esta se realizaría a través de un sujeto histórico creado por el propio capitalismo que era el proletariado industrial, clase que implementaría las bases objetivas y subjetivas para construir el socialismo y posteriormente el comunismo. De esa forma, la superioridad histórica del capitalismo europeo se presentaba como un fenómeno pasajero o provisorio.

En segundo lugar, Marx desvinculó el análisis del capitalismo de su génesis histórica, mostrando que sus principios de funcionamiento podían realizarse en cualquier país o región del mundo. Más aún: Marx demostró que el capitalismo tendía a convertirse en un sistema económico-social universal asimilable por todas las razas, culturas y pueblos.

En tercer lugar, los discípulos de Marx, particularmente Lenin, demostraron posteriormente que ese proceso de expansión mundial del capitalismo ya había alcanzado su punto máximo durante la Primera Gran Guerra de 1914-1918, bajo la forma del imperialismo, dando lugar a la posibilidad histórica de aparición de un nuevo régimen económico-social de vocación universal –el socialismo– que con el conviviría y tendería a superarlo en un largo proceso revolucionario mundial.

Este nuevo objeto de análisis reiteraba el problema de atraso y subdesarrollo de los escenarios estrictos de un determinismo cultural, racial, geográfico, etc. y lo ubicaba dentro de una perspectiva histórica concreta.

A partir de esos planteamientos y de las realidades históricas nuevas que las sostenían, las ciencias sociales fueron siendo obligadas a adaptarse a la temática del desarrollo y del cambio o transformación social, aceptados ya como hechos históricos indiscutibles, tales como: el surgimiento de regímenes socioeconómicos de nuevo tipo en Europa Oriental y en África, la revolución anticolonial en África y en Asia y la inesperada aparición de la Revolución Cubana en América Latina.

Dichos acontecimientos terminaron por influenciar profundamente a las ciencias sociales. En América Latina, la reflexión y el estudio sobre la cuestión del desarrollo y subdesarrollo había alcanzado un nivel bastante elevado a fines de la Segunda Guerra Mundial. El desarrollo socioeconómico fue asumido como valor histórico y según esa teoría, encontraba barreras en la sociedad feudal, en la monocultura exportadora, en el intercambio desigual, en el comportamiento tradicional, etc. Se trataban de localizar esas barreras y de instrumentar el Estado y las fuerzas sociales y políticas identificadas como el desarrollo para organizar la voluntad nacional, planearla y ejecutarla.

Ya en el Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Rio de Janeiro, Guerreiro Ramos criticaba a la sociología y a la antropología académicas, de origen norteamericano, enfocadas al análisis de comunidades, y clamaba por una "sociología en mangas de camisa" que asumiera esta tarea crítica y estableciera claramente su relación con las luchas nacionales y democráticas. Guerreiro Ramos demandaba una sociología que partiese de la problemática del subdesarrollo y se sometiese a la producción extranjera al tamiz de la "reducción sociológica". Él, con Álvaro Vieira Pinto en el plano filosófico, Paulo de Castro en la cuestión internacional, Nelson Werneck Sodre en el nivel histórico, el pensamiento económico de la CEPAL, expresado en Brasil por Celso Furtado, vinieron a influenciar –junto con las reflexiones políticas de Hélio Jaguaribe- la ideología desarrollista del ISEB.

Contra estos planteamientos se levantaba, de la izquierda y de la derecha, la bandera de la "universalidad de la ciencia". En nombre de ésta se garantizaba la continuidad entre la ciencia social del Tercer Mundo y la de los países desarrollados, ya sea a través de un marxismo cristalizado y formalizado, o a través de un funcional estructuralismo que traducía a nuestra problemática los preconceptos del liberalismo europeo.

Los hechos posteriores revelaban, sin embargo, la limitación de ambos puntos de vista. Ni la sociología del Tercer Mundo, ni su versión desarrollista fue capaz de dar cuenta del análisis de su problemática y de la

formación de una conciencia crítica suficientemente sólida, ni la ciencia “universal” consiguió abrir caminos profundos para la comprensión de nuestra realidad.

Tal vez el paso dialéctico más nítido se haya dado con la llamada teoría de la dependencia. A partir de una crítica del nacionalismo democrático y sus limitaciones históricas y de las tendencias funcional-estructuralistas de la sociología norteamericana del periodo, esta corriente fue capaz de articular una nueva comprensión del subdesarrollo y del desarrollo. Esto fue posible al conseguir explicar la historia y las estructuras de nuestros países como resultado de un proceso universal de expansión del capitalismo que entraba en choque y en combinación con poblaciones y estructuras sociales locales o reubicaba pueblos enteros, así como procesos productivos y relaciones sociales. Lógicamente, las estructuras locales resultantes de ese proceso no podrían ser estudiados fuera de ese contexto dependiente que condicionaba sus elementos integradores y su desarrollo.

No se trataba pues, de analizar los obstáculos feudales, arcaicos, precapitalistas, tradicionales, etc. al desarrollo. Se trataba de estudiar la forma específica que asumiera el desarrollo capitalista en condiciones de dependencia.

Este nuevo enfoque viene haciendo incluso una revisión de la teoría del desarrollo capitalista a escala internacional, invirtiendo la dirección tradicional en que se entendía la universalidad de la ciencia social. Al rescatar la universalidad de nuestra particularidad histórica, identificándola con un modo de producción y una relación estructural, llegamos a influenciar el pensamiento norteamericano y europeo. Por ello, la teoría de la dependencia tuvo tanta repercusión internacional. Para algunos de los analistas, como Bjorn Hethe, ésta representó “el más formidable desafío que los conceptos y teorías del desarrollo eurocentristas jamás enfrentaron”.

Algunos de los responsables de la teoría de la dependencia iniciaban, sin embargo, una precoz autocrítica, desde el comienzo de la década de 1970. André Gunder Franck, Francisco Weffort y Fernando Henrique Cardoso fueron los primeros en establecer una serie de confusas “autocríticas” que eran en la mayor parte de las veces acusaciones a otros pensadores o separaciones de las líneas de pensamiento que llegaron a repudiar por razones sobre todo políticas e ideológicas.

El debate llegó a su punto máximo en el Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en Costa Rica, en 1974, dedicado exclusivamente al análisis de la teoría de la dependencia. No obstante, a pesar de ser atacada por varios lados, esta teoría continuó siendo un punto de referencia necesario en círculos cada vez mayores del pensamiento académico y político norteamericano, europeo, soviético, etcétera.³³

El debate de los años 70 estuvo muy marcado por la derrota de la experiencia de la Unidad Popular Chilena y por el avance de la OPEP y del diálogo norte-sur. En el primer caso, se atribuía el fracaso de Allende a la radicalización de sus medidas económicas socialistas, bajo la influencia de la teoría de la dependencia. En el segundo caso, se atribuía el aumento del precio del petróleo a la urgencia de un nuevo poder mundial capaz de generar países capitalistas independientes en el Tercer Mundo y se llegó a prever la posibilidad de una dependencia a la inversa: de los EUA y de Europa en relación a los subdesarrollados productores de petróleo. El diálogo norte-sur, a su vez, ubicaba la posibilidad de un nuevo orden económico internacional que superaría la dependencia por la vía de la simple negociación.

Los hechos posteriores no confirmaron esas esperanzas. El camino socialista fue el sostenimiento de las revoluciones africanas de Angola, Mozambique y Cabo Verde. En Europa incluso, mientras el “compromiso histórico” italiano entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana fracasaba, los partidos socialistas, solos o en alianza con los comunistas, llegaban al poder en varios países. El eurocomunismo, por su parte, entró en naufragio, con derrotas electorales arrasadoras. En América Latina, el triunfo de los sandinistas en Nicaragua volvió a reivindicar la teoría de la dependencia junto con los revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos. En Perú, Alan García y gran parte de la Izquierda Unida retomarían esa pista teórico-metodológica como fundamento de su programa. Al mismo tiempo, la importancia que asumió la cuestión de la deuda externa en los últimos años confirma las tesis de la teoría de la dependencia que atribuía a esta crisis el carácter de “síntesis de la dependencia”. Los análisis latinoamericanos de la crisis internacional del capitalismo confluyen en un movimiento teórico mundial de análisis del capitalismo como sistema internacional.

La sociología latinoamericana vivió en los últimos años bajo el impacto de estos acontecimientos. Esta intentó develar el carácter de los regímenes de excepción establecidos en el continente durante la segunda mitad de 1960 y los años 70. El largo debate sobre los conceptos de fascismo, gobiernos de seguridad

³³ Tal vez sea por esta razón que, en entrevista para la revista *Lea Libros*, Fernando Henríquez Cardoso reivindica la autoría de la teoría de la dependencia y me acusa a mí y a Ruy Mauro Marino de habernos apropiado de la misma.

nacional, dictaduras militares o autoritarismo corporativista intentaba definir estos regímenes y esclarecer la forma de su posible derrocamiento, caída o superación pacífica.

En la década de 1980 comenzaron a caer los gobiernos de excepción y a restablecerse las democracias liberales en el Cono Sur. Este movimiento fue precedido, sin embargo, por la derrota revolucionaria de la dictadura somosista y del régimen autocrático del Shah de Irán. Se hacía prudente apoyar salidas moderadas ante la evidencia de una onda democrática revolucionaria.

A consecuencia de estas nuevas perspectivas, la cuestión de la democracia pasó al centro de la preocupación teórica latinoamericana. Esta desviación teórica se expresó claramente en el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología que se realizó en Río de Janeiro, del 2 al 7 de marzo de 1966, y que fue enteramente dedicado al tema de la democracia en América Latina, con la participación de 1,500 congresistas y la presentación de cerca de 160 *papers*.

Los debates del congreso indicaron donde está el núcleo de los próximos debates. Los seminarios que presentaron mayor número de trabajos fueron exactamente aquellos ligados a la relación entre democracia, clases y grupos sociales y sobre todo a los movimientos populares y sociales. A lo que todo indica que, la cuestión de la participación de los sectores populares en la gestión de la empresa, de la ciudad y del poder central, se convierte en el elemento central de la disputa y el debate. Es muy interesante también la preocupación por las cuestiones de la cultura popular, de los derechos humanos y de la violencia en el contexto de la formación de un sujeto histórico capaz de conducir el proceso de democratización.

Después de años de estudio sobre nuestras clases dominantes y su evidente fracaso histórico, las clases populares saltan al primer plano de la preocupación de las ciencias sociales. Su subjetividad comienza a ser respetada y estudiada, no como una manifestación folclórica sino como una manifestación civilizatoria, como un proyecto histórico y como la definición de una voluntad política.

Negros, indios, mujeres, favelados, vecinos, al lado de los movimientos obreros y campesinos y de los asalariados agrícolas analizados en su articulación con el proceso de trabajo y la revolución científico-técnica en marcha comenzaron a ser estudiados a detalle, no como objetos neutros y sin base histórica sino como una fuerza emergente y creciente. Una teoría de los movimientos sociales y populares y de la democracia, en las condiciones de un capitalismo dependiente, promete constituirse en la próxima etapa de reflexión de la sociología latinoamericana.

Los estudios empíricos, la definición de los objetos de estudio y la creatividad metodológica que demandan estos estudios parecen estar en camino.

La evolución de las ciencias sociales latinoamericanas deberá ofrecer nuevas sorpresas al pensamiento social contemporáneo. Basadas en una fuerte red de instituciones de investigación, en un creciente número de profesionales competentes y en un vínculo cada vez más nítido con movimientos sociales que vienen haciéndose más activos en el contexto de los procesos de transición democrática, apoyadas también por un debate ideológico en madurez, enriquecidas por una experiencia histórica rica y motivadora, las ciencias sociales de América Latina maduran su poder explicativo, de prospectiva, de planificación y de definición estratégica y táctica.

II. Crisis, conflicto social y cambios políticos en América latina hoy

América Latina es una región en permanente crisis. Por lo menos así es percibida desde fuera, cuando es observada en su conjunto. Si penetramos en cada país, las imágenes se modifican. Al contrario de un sentimiento de crisis, encontramos un escepticismo sobre los cambios, un sentimiento de relativo estancamiento, la idea de que “no acontece nada”, un cierto “conformismo”, una aceptación pasiva de las dificultades.

Tal vez por eso mismo sea difícil percibir la extensión y la profundidad de las verdaderas crisis del subcontinente, o de cada país en particular.

Esta reflexión es importante cuando hablamos, una vez más, de la crisis latinoamericana y sus consecuencias político-sociales. Parece que hablamos lo mismo de siempre. Que se trata de simples repeticiones de los mismos problemas.

Y de hecho es así. Desde la independencia, nuestros países luchan para superar sus grandes dramas: la dependencia, el autoritarismo, la desigualdad social y la marginalidad de las grandes mayorías. Desde entonces, nos acostumbramos a ver la rebeldía popular y los levantamientos patrióticos. Las tentativas de reforma social se ven sucesivamente vencidas por una oligarquía económico-política que se renueva en su base material pero nunca abandona su comportamiento autoritario, su sumisión al colonizador, su odio al pueblo y a sus raíces étnicas y culturales.

Pero, a pesar de estas meras repeticiones, tenemos que reconocer la permanencia de grandes cuestiones relacionadas con la soberanía nacional, con la democracia y con la justicia social como los grandes temas de nuestros pueblos.

De esta forma, la crisis estructural y las crisis coyunturales se mezclan en periodos sucesivos, creando este clima de crisis permanente y este sentimiento de repetición de la misma película.

Sin embargo, nuestra historia se caracteriza por grandes acontecimientos políticos y escenarios revolucionarios. En el siglo XX presenciamos la revolución mexicana, en la segunda década del siglo; grandes luchas sociales y huelgas generales de los años 20 y 30 (desde Sandino, Prestes y Farabundo Martí); la revolución de los 30 en Brasil; la ascensión del peronismo en Argentina, la obra del cardenismo en México, las rebeliones de Figueres en Costa Rica y de Betancourt en Venezuela; la revolución boliviana en 1952; el gobierno de Arbens en Guatemala, la victoria democrática en Venezuela y la revolución cubana a finales de la década de 1950; al movimiento guerrillero de los años 60; a la revolución peruana de Velasco Alvarado; a la victoria de la Unidad Popular en Chile; a la constitución de la Asamblea Popular en Bolivia; a la victoria de los sandinistas en Nicaragua; a la ascensión de las guerrillas salvadoreñas; al movimiento de democratización del Cono Sur.

Esta sucesión de eventos históricos altamente significativos en nuestro siglo revela la inquietud social de la región, su rebeldía permanente, la inestabilidad de los avances populares y la constante utilización de la violencia y de la represión como arma principal de las clases dominantes, incapaces de ganar la legitimidad de su dominación por la vía del avance real y profundo en la solución de los grandes problemas sufridos por el pueblo.

Sin embargo es necesario llamar la atención a algunas cuestiones básicas:

- 1º) En este periodo ocurrieron cambios importantes que cerraron etapas históricas enteras y dieron origen a nuevas fases del sistema económico y político social en la región.
- 2º) Algunos de estos cambios fueron victorias definitivas como la revolución cubana y de gran alcance histórico como las revoluciones nicaragüenses, mexicana y boliviana. Ocurrieron también varias conquistas económicas y sociales efectuadas a través de procesos sociopolíticos menos radicales.

De esta manera, esta historia no es una sucesión indiferente y cíclica de revoluciones, insurrecciones y golpes de Estado, sino que ofrece un contenido progresista en el cual se puede percibir una capacidad creciente de las fuerzas populares, a pesar de los retrocesos parciales, de condicionar la vida económica, social y política de la región.

La crisis actual debe ser vista en este contexto. Los años 60 al 70 fueron marcados por ofensivas revolucionarias o reformas radicales que resultaron en regímenes militares represivos como en Brasil, (1964), Argentina (1966-1975), Bolivia (1971), Chile (1973), Uruguay (1973) y el Salvador (1971-1973), que se sumaban a dictaduras históricas como Paraguay, Haití y Guatemala.

En este clima, se presentaron las experiencias de golpes militares con contenido progresista en Perú, Panamá y Ecuador, Así, en la década de 1970, solo quedaban en América Latina, regímenes civiles en México, Venezuela, Costa Rica, Colombia, República Dominicana (recién salida de una intervención militar patrocinada por los Estados Unidos) y Puerto Rico (bajo la ocupación colonial de los Estados Unidos).

Este balance, a pesar de referirse a hechos conocidos, debe alertarnos sobre la gravedad de la crisis cultural de la región. La existencia de regímenes de fuerza de forma tan generalizada expresa las dificultades e inestabilidades del sistema económico-social y político vigente.

Sin embargo, lo que parece más interesante, es la transformación casi sincrónica de esta situación en la última década. La reinstauración de regímenes civiles y constitucionales en casi toda la región y el derrocamiento de dictaduras históricas como en Haití y Paraguay parecían indicar, al contrario del caso anterior, un fortalecimiento del sistema económico social y un horizonte de salida de la crisis estructural en el camino de una afirmación histórica del capitalismo, aunque dependiente y subdesarrollado.

En el caso chileno, triunfan finalmente, los esfuerzos generales por una liberación del régimen dictatorial de Pinochet -donde se desarrollaron acciones de masas y acciones armadas- al mismo tiempo que se buscaron caminos de negociación nunca cerrados por las fuerzas opositoras, incluso las que estaban o están armadas. ¿Qué mejor confirmación necesitamos de esta vocación democratizadora en el escenario institucional de regímenes constitucionales que parece caracterizar a la región en los últimos años?

Podríamos señalar tendencias semejantes en El Salvador donde las fuerzas insurreccionales populares no dejan de frenar un dialogo con el gobierno conservador, que a pesar de las limitaciones del proceso electoral, fue instaurado por las urnas.

Restaría la resistencia armada guatemalteca que aún no acepta el diálogo con el gobierno civil; la compleja situación colombiana donde el diálogo iniciado resultó en una trampa para los revolucionarios y en la inescrutable e irracional oposición armada del Sendero Luminoso en Perú.

¿Qué es entonces lo que nos espera?

¿Una América Latina convertida al liberalismo político, asentada en una sólida realidad constitucional y democrática?

Sería muy ingenuo creer que dichas realidades políticas puedan ser compatibles con una infraestructura económica basada en la dependencia, en la desigualdad y en la miseria generalizada.

Por lo tanto, el capitalismo latinoamericano se encuentra en un dilema de difícil solución. O consigue completarse el esfuerzo democratizador de la región, con profundos cambios sociales y económicos o la base aún tenue de la democracia será otra vez vencida por la violencia y por la dictadura abierta.

¿Por qué la preocupación de las clases dominantes con tal amenaza? ¿De casualidad participaron en este profundo sentimiento democrático?

Es necesario detenernos en este punto.

Sería un error suponer que la onda democratizadora de los últimos años haya sido consecuencia apenas del esfuerzo de las fuerzas populares. Sería ingenuo negar el papel de la política de derechos humanos de Carter y de la actitud por lo menos discreta hasta incluso de gobiernos conservadores como el de Reagan. Sería ingenuo, pues, no entender el papel del propio liderazgo empresarial en el apoyo a la apertura política de Brasil y a los procesos liberalizadores de otros países.

Existen así, razones profundas que impulsan a los sectores hegemónicos de nuestras clases dominantes a apoyar una instauración liberal, civilizada y constitucionalista en la región. Tal vez sea importante constatar una actitud semejante en otras regiones del planeta, como Filipinas, Corea del Sur, o como la oposición al Apartheid en África del Sur y otros movimientos de contenido liberal.

¿Cuan profundas son las convicciones liberales de estas clases dominantes que, hace diez años, no vacilaron un segundo en recurrir a la masacre y en violar las constituciones y los sistemas legales?

Tendríamos que entender, sobre todo, las razones profundas de estos cambios de actitud ideológica y política.

En la década de 1960, la acción contrarrevolucionaria y contra insurreccional de algunas burguesías asustadas con el avance revolucionario del Tercer Mundo se inspiró en la idea del papel de sus élites ilustradas. Según

autores como Johnson, las élites militares, sobre todo técnicas, empresariales, sindicales, estudiantiles e intelectuales serían los agentes privilegiados de la modernización de la región.

Bajo esta inspiración se armaron los golpes militares institucionales apoyados en la doctrina de seguridad nacional que identificaba la acción contrainsurgente con las tareas de desarrollo económico y modernización sociopolítica, con la ayuda de la Alianza para el Progreso y con reformas sociales instituidas bajo control militar. La reforma agraria y otras reformas modernizadoras eran concebidas como acciones comunitarias o sociales de un proceso global de contrainsurgencia.

En los inicios de la década de 1970 comenzaba a cambiar esta concepción bajo el impacto de fenómenos como la revolución peruana de Velasco Alvarado (y otras expresiones próximas como Ecuador y Panamá) y el Acto Institucional No.5 en Brasil que dio origen al gobierno de Garrastazu Médici y a sus veleidades de "Brasil- Gran Potencia".

Vencidas las insurrecciones guerrilleras de los años 60, comenzaba a configurarse la amenaza del propio instrumento contrarrevolucionario. Los militares comenzaban a desarrollar sus aspiraciones propias. Comenzaban a soñar con su poder nacional, con apoyar al fortalecimiento del Estado y de las empresas estatales y al mismo tiempo, se apoyaban en su fortalecimiento para aspirar a un nacionalismo cada vez más inoportuno.

Los estudios de la Rand Corporation sobre las experiencias de Perú y de Brasil indicaban la necesidad de oponer un movimiento civilizador y liberal a este nacionalismo militar creciente, fuese de izquierda, o de derecha. Huntington escribía para la Trilateral su importante ensayo sobre Internacionalismo *versus* Nacionalismo, donde señalaba a este último como el principal enemigo de la acción civilizadora del proceso de transnacionalización en curso bajo la hegemonía de las corporaciones multinacionales.

Restaban, sin embargo, tareas importantes para los militares. Eran necesarios para derrotar la amenaza de la Asamblea Popular articulada por un gobierno militar progresista en Bolivia, de la unidad Popular en Chile, del peronismo de izquierda en Argentina y de los tupamaros y del Frente Amplio en Uruguay.

Se necesitaba aún de los militares brasileños para acabar con las guerrillas urbanas en Brasil.

Pero los hechos se precipitaron. Brasil iniciaba un acuerdo nuclear con Alemania que daría a ese país uranio suficiente para volver a ser una potencia atómica. El Brasil fascista de Médici articulaba con Israel Sionista la construcción de la bomba nuclear y la fabricación de aviones cazas supersónicos en Brasil. Con África del Sur,

el fascismo portugués y Argentina fascista preparaban el Tratado del Atlántico Sur que pretendía cambiar la correlación de fuerzas regional y que contaba con el apoyo de Israel, mientras que Brasil se convertía en el heredero del colonialismo portugués en África. Si analizamos, años después, la aventura de los militares argentinos en las Malvinas, podemos entender las preocupaciones del Pentágono y del consejo de seguridad norteamericano con esa peligrosa autonomía del militarismo nacionalista de derecha en América Latina y sus ramificaciones africanas.

Estos hechos demostraban la corrección del posicionamiento de autores como Huntington y obligaron a orientarse en dirección a una política de carácter civil y liberal. La tarea máxima inmediata, superadas las amenazas revolucionarias más radicales, era la marginalización de los militares del poder y un proceso de reconversión ideológica de los mismos a largo plazo. La experiencia venezolana de la contrainsurgencia ya había sido un excelente ejemplo de las ventajas de esta estrategia. Y hay que prestar atención apenas en lo que se convertirían sus aguerridas fuerzas de izquierda, hoy en día lanzadas a la más anárquica confusión política e ideológica, al anticomunismo más feroz, para entender las virtudes (por lo menos inmediatas) de esta estrategia.

Es evidente, pues, que esta estrategia tiene una explicación aún más profunda. El capitalismo fundó su carta liberal conservadora con Reagan, Thatcher, Chirac, Kohl. Era preciso llevar a las últimas consecuencias la liberalización controlada de la economía para abrir camino a una nueva ola de innovaciones y a una nueva fase de crecimiento sostenido.

No hay duda de que todo nacionalismo de izquierda o de derecha llega a ser un límite inaceptable para estos cambios en profundidad. Era preciso establecer un nuevo estilo de articulación entre el Estado y el capital monopolista. ¡El estado tiene que aumentar su poder de intervención para asegurar el "libre" juego del mercado! De esta manera, los ultraliberales patrocinan los mayores déficits estatales de la historia, la intervención del Estado en las tasas de ganancia, en las más diversas formas de mercado, en todos los aspectos de la vida social. En nombre del liberalismo se refuerza de manera alarmante el capitalismo monopolista de Estado en oposición a las expresiones localistas y nacionalistas de las burguesías aún dependientes de los mercados locales.

Se acentúa la lucha entre el sector local proteccionista y las multinacionales "libre-cambiarias". Se acentúa el choque entre los conglomerados trasnacionales apoyados en los gastos militares y la investigación y desarrollo de tecnología de punta (agrupados en torno de la "Guerra de las Estrellas") y las oligarquías financieras e industriales tradicionales que se ven amenazadas por una disminución de su poder político y de una economía

cada vez más dependiente del gasto público. Se puede asistir, consecuentemente, a súbitos sentimientos antimilitaristas y antiamenaza nuclear de los "Rockfellers" y de los medios de comunicación que aún forman la opinión pública mundial. Tampoco nos debe extrañar el súbito cambio de actitud en relación a la Unión Soviética y a la política de desarme nuclear de un amplio sector de la clase dominante norteamericana.

En este nuevo contexto ideológico hay poco espacio para experiencias fascistas que solo reforzarían las tendencias militaristas, los nacionalismos, el proteccionismo, la autonomía de los estados nacionales, la desintegración del capitalismo internacional.

No se trata pues, de una lucha fácil. Las tendencias al reforzamiento del Estado son necesarias en un proceso de internacionalización. Al mismo tiempo, una ampliación significativa del mercado mundial depende de una expansión de los mercados locales y de una cierta articulación con los crecientes mercados del campo socialista.

La contradicción entre la internacionalización del capital y su inevitable base nacional, ya referida por Bujarin, continúa como una contradicción básica del capital y de su expansión mundial especialmente cuando el crecimiento del campo socialista es un constante horizonte alternativo para los procesos de afirmación nacional que pueden articularse alternativamente con este nuevo campo en expansión.

Debemos pues, analizar dialécticamente estas tendencias liberales del momento actual. Estas tendrán que enfrentarse a la práctica histórica, con la expansión del movimiento democrático en el interior de las limitadas concesiones liberales, con las aspiraciones de cambio socioeconómico y de justicia social de las masas. Pero también se enfrentarán a la defensa de las hegemonías de las burguesías locales sobre sus mercados y con el proteccionismo de los estados nacionales, bajo la acción de estas fuerzas y de los beneficiarios del capitalismo de estado nacional.

Se debería pues, recurrir a la dialéctica más que a una linealidad analítica en el momento actual. Apuntamos aquí algunas razones para que el análisis concreto de situaciones concretas sea nuestra mejor guía en una realidad tan inconstante. Para que este análisis sea completo y necesario, verifiquemos mientras el ángulo opuesto: la formación de un sujeto social alternativo a estos planes de gran capital y también a sus opositores en las clases dominantes. Este sujeto social tiene su base en un conjunto de movimientos sociales que gana una expresión nueva en la región.

NOTA BIBLIOGRÁFICA: gran parte de las ideas aquí expuestas se encuentran más desarrolladas en varios artículos e, inicialmente, en nuestros libros: *Socialismo o fascismo*, Edicol, 1976; *Imperialismo y dependencia*,

Era, 1976; *Cómo entender a Jimmy Carter*, Fondo de Cultura Popular. Su desarrollo posterior se encuentra en los libros sobre la revolución técnico-científica publicados apenas en portugués: *Fuerzas productivas y relaciones de producción*, *Vozes*, 1985; *Revolución técnico-científica y capitalismo contemporáneo*, *Voces*, 1983 *Revolución técnico-científica y acumulación del capital*, *Vozes* 1987. Mi versión más global se encuentra en el libro publicado en Argentina por la Editorial Contrapunto: *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* y a ser publicado en portugués por la editora de la Universidad de Brasilia.

III. Hacia una teoría de los movimientos sociales

1. Ubicación del tema

Los movimientos sociales no son un fenómeno nuevo en la historia. Desde la antigüedad podemos encontrar tentativas más o menos profundas de reclutar a determinados sectores sociales en actividades permanentes o eventuales para alcanzar los objetivos derivados de su propia condición.

De esta forma, los enfrentamientos classicistas entre patricios y plebeyos en Roma, los movimientos religiosos y nacionales y las rebeliones campesinas en la Edad Media, el propio bandidaje organizado medieval y moderno, las huelgas y la organización permanente de los movimientos sindicales, son todos fenómenos que se inscribirían dentro de un concepto amplio de movimientos sociales.

Sin embargo, con el amplio desarrollo de las sociedades urbanas contemporáneas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se fueron creando las condiciones para un nuevo tipo de movimientos sociales que dieron origen a un conjunto de reflexiones más o menos originales, intentando rescatar la particularidad de tales movimientos que se distinguirían por las formas más clásicas y cristalizadas de movimientos sociales.

No hay duda de que el gran desarrollo de los servicios sociales, de las tareas de planificación y de las informaciones creó un vasto mundo social con nuevos tipos de demandas y objetivos.

No podemos, sin embargo, dejarnos llevar por esa ideología expresada en la idea de una sociedad de abundancia.

Al contrario, la creciente dependencia del conjunto de la población de los servicios y actividades realizadas por el Estado o grandes empresas "privadas" transformó segmentos enteros de la sociedad en carentes y marginados.

Sería pues, un claro desvío teórico y analítico restringir los movimientos sociales a aquellas expresiones de las nuevas formaciones sociales derivadas del avance de las fuerzas productivas en el capitalismo y en el socialismo. Es preciso ver que un enorme factor de movilización y organización de los movimientos sociales deriva exactamente de las carencias y de la marginación provocada por este desarrollo.

No hay duda de que el enorme avance científico y tecnológico de la humanidad transforma esas carencias y marginalizaciones en fenómenos históricamente obsoletos.

Es exactamente por esta razón que estos movimientos se intensifican, al descubrirse la inutilidad de sus limitaciones y la posibilidad histórica de eliminar los obstáculos de su superación.

La actual crisis económica internacional viene a acentuar la contradicción entre las enormes posibilidades científicas y tecnológicas de que dispone la humanidad para elevarse a un nuevo panorama civilizatorio y los obstáculos socio-económicos y políticos que impiden estos cambios. Se acentúan los problemas sociales y en consecuencia se amplía el área de acción y se cambia el aspecto de los movimientos sociales emergentes.

Para analizar la relación entre la crisis y los movimientos sociales en Brasil se hace necesario establecer por lo tanto, un conjunto de premisas conceptuales que nos guíen en el análisis del fenómeno de los movimientos sociales en Brasil ya que disponemos de un conjunto de trabajos extremadamente interesantes de donde podemos partir y que serán citados en el transcurso de este capítulo. Haremos esta tarea intentando determinar los niveles principales en que debe desglosarse nuestra marcha analítica.

2. Los niveles de análisis

El primer nivel que nos corresponde analizar es el relativo a la teoría de los movimientos sociales. Desde este punto de vista, se plantea como premisa conceptual el análisis de la relación entre clases y movimientos sociales. Los movimientos obrero y de los trabajadores agrícolas son, entre los que analizamos, los más próximos a las clases sociales. Sin embargo, aún en estos casos, los movimientos sociales no se identifican directamente con las clases. A pesar de nacer de las relaciones de trabajo establecidas por esas clases, como el sindicalismo, y de estar influenciadas por su revolución y su estructura, no se confunden con ellas. Existen

otros elementos que merecen un tratamiento teórico mayor como la memoria histórica, las tradiciones, el proceso subjetivo de formación y desarrollo de los movimientos sociales, sus organizaciones propias, que no permiten a su reducción el fenómeno de la clase social.

Al mismo tiempo, integran a los movimientos sociales estratos³⁴ derivados de diferentes orígenes, como sería el caso de las mujeres y de los grupos étnicos. Por otro lado, existen movimientos más permanentes como el de vivienda, favelados, etc. o más circunstanciales, como el caso de los desempleados, de manifestaciones de violencia urbana y otros. Estos últimos reflejan sujetos sociales que están relacionados con ciertos sectores más permanentes de la producción, pero que también tienen, de alguna forma, su propia dinámica, su propia realidad y que exigen por lo tanto un análisis específico.

Esto trae un segundo nivel de análisis, que sería la relación entre los movimientos sociales y la identidad y permanencia de las clases o de los estratos. Estas cuestiones de identidad y de permanencia no se limitan a la conciencia de las clases, porque la condición de ser mujer es mucho más permanente que pertenecer a una clase social. Y la condición étnica, a pesar de poder ser históricamente más circunstancial, también puede tener un contenido histórico secular más profundo que la condición de clase, sobre todo si pensamos en pueblos de culturas y civilizaciones más antiguas que fueron reducidos a la condición de grupos étnicos. Esto se manifiesta fuertemente en la cuestión del negro y de la cultura africana. Se trata de una cultura secular que, a pesar del aplastamiento que sufrió en el proceso de esclavitud y de traslado de esas masas negras a otras regiones, mantiene su identidad cultural. Esta se manifiesta como algo que rebasa en mucho un segmento social producido por un sistema social específico. Y por lo tanto, cuando Joel Rufino dos Santos³⁵ reivindica que la cuestión negra sobrepasa incluso el problema civilizatorio de nuestra sociedad occidental contemporánea, está ubicando cuestiones de orden emocional, cultural, de sensibilidad humana, de plástica, sensibilidad con el cuerpo, sensibilidad en relación a varios elementos culturales que abarcan desde el nacimiento hasta la muerte, elementos rituales y religiosos. La reivindicación por el reconocimiento de las religiones negras, por ejemplo, es algo muy serio, en un país como Brasil, donde la recuperación y revitalización de esas religiones populares demuestran que el problema no puede ser puesto en ecuación por una discusión específica sobre el capitalismo como sistema económico.

³⁴ La noción de estamento busca designar aquellos grupos sociales cuya pertinencia no sea adscrita sino dada.

³⁵ Joel Rufino dos Santos, "El Movimiento Negro y la Crisis Brasileña", *Política y Administración*, revista de la FESP, Río de Janeiro, n.2, p. 285, julio-septiembre de 1985.

Hay un problema de identidad, de permanencia histórica, un problema cultural que no puede ser tratado simplemente desde el punto de vista de un sistema socioeconómico específico, que no puede ser agotado en el análisis del modo de producción capitalista.

Se plantea en consecuencia el tema de la posibilidad de reorganización o de ciertas formas que rebasen el modo de producción capitalista en particular, para servir a los intereses y necesidades de su funcionamiento. Es un hecho constatable la capacidad de este sistema de reorganizar otras culturas y otras situaciones históricas para atender sus intereses. Otros modos de producción de carácter universal, como es actualmente el caso del socialismo, tiene esa misma capacidad. El modo de producción asiático y el propio feudalismo que ocuparon vastas regiones muy diferenciadas culturalmente entre si también tuvieron que convivir –y de alguna forma, articularse- con elementos que superan sus necesidades internas de funcionamiento, su dinámica específica como modo de producción.

Tal vez los casos de la mujer y de los grupos étnicos, tales como el movimiento negro, se coloquen en esa dimensión supra-modo de producción. Jamás podrán ser absorbidos totalmente por un modo de producción particular. Pero, al mismo tiempo, todos los modos de producción han convivido y atribuido papeles y funciones a la mujer y a los grupos étnicos distintos.

Incluso el socialismo, como forma de transición histórica, no tiene condiciones de absorber totalmente esas situaciones estamentales, culturales o civiles. Esta absorción puede hasta ser facilitada por las formaciones sociales socialistas que ayuden al proceso de entrecruzamiento de esas culturas y su articulación, su enriquecimiento y su universalización. Los soviéticos discuten mucho el ideal del hombre soviético, que es una figura en proceso de creación en un país donde existen muchas culturas y muchas naciones.

Los yugoslavos permiten que sus ciudadanos escojan la nacionalidad con la cual se identifican, incluso la nacionalidad yugoslava, que existió históricamente con el surgimiento de la "nación" yugoslava, con la instauración, en 1945, del nuevo Estado socialista. ¿Cuándo se podría escoger la identidad planetaria? Existe jurídicamente la figura del "apátrida" y no del "ciudadano del mundo" como Trotsky se calificó cierta vez, en el auge del romanticismo internacionalista. Dicha calificación parece aún ridícula para un mundo donde las naciones son una realidad demasiado fuerte. La identidad del ciudadano en el mundo aún es extremadamente abstracta en el mundo concreto en que vivimos.

En resumen, los movimientos sociales tienen una dimensión que supera, en muchos casos, a la condición subordinada a procesos sociales concretos y a la dinámica a que están sujetos en un país, en una región o una época histórica. Existen, en su identificación y permanencia, elementos más profundos que deben ser llevados a consideración.

Llegamos así a un tercer nivel de análisis que está ligado a los anteriores. Se trata de situar a los movimientos sociales en el contexto del desarrollo del capitalismo, en general, y del capitalismo brasileño, en particular, que determinan fuertemente su carácter y funcionamiento. A pesar de su identidad y permanencia se anteponen a los regímenes y modos de producción concretos, dichos movimientos no pueden existir fuera de un contexto de determinaciones más concretas, es decir, del desarrollo del capitalismo en general en cada país.

Al mismo tiempo que pueden expresar tendencias y necesidades que no se agotan y no se agotarán jamás dentro del modo de producción capitalista, estas existen solamente en las condiciones particulares de desarrollo de un determinado modo de producción y de varias formaciones sociales en que se expresen.

La cuestión de los movimientos sociales asume relevancia en la actualidad particularmente porque el desarrollo del capitalismo adquiere el carácter de un capitalismo monopolista de Estado. El capitalismo no existe más sin el Estado, sin éste no puede funcionar. Y a medida que funciona a través del Estado, ubica a todas las categorías sociales (desde las clases, los estratos, grupos sociales, etc.) en una relación directa con el Estado. En este sentido, la postura identificada en los movimientos sociales urbanos, y a veces incorporada al trabajo de Jacobi³⁶, de pensar una sociedad civil autoregulada, dentro del capitalismo monopolista de Estado, tiene una gran dificultad para sostenerse en las condiciones contemporáneas. No es posible analizar ninguna realidad fuera del fenómeno estatal.

El trabajo de Heleieth Saffioti³⁷ nos muestra que hay regiones históricamente privadas, como la familia, que ya fueron incorporadas casi completamente en el ámbito legal, estatal. Ante el papel cada vez más completo del capitalismo monopolista de Estado, los proyectos y la acción de los movimientos sociales tienden a ser reorganizados por el Estado capitalista.

³⁶ Pedro Jacobi, "Movimientos Urbanos y las Crisis de la Explosión Social a la Participación Popular Autónoma", *Política y Administración*, n.2, p. 223.

³⁷ Heleieth Saffioti. "Formas de Participación de la Mujer en Movimientos Sociales", *Política y Administración*, n.2, p. 255.

Si se plantea una cuestión habitacional, ésta se convierte de inmediato en un ítem de la política habitacional, de la política industrial, de la construcción civil, envuelve la propiedad de la tierra, el sistema financiero, etc., todo está inevitablemente relacionado con las políticas estatales.

En la literatura sociológica y económica latinoamericana hay una tendencia inicial por analizar los movimientos sociales a la luz del desarrollo del capitalismo, como un resultado y una respuesta a sus leyes y tendencias de desarrollo, que condicionan la evolución de las clases, segmentos y grupos y su organización en movimientos sociales, políticos e ideológicos.

3. Movimientos sociales y sujeto histórico

Las investigaciones de los últimos tiempos, particularmente las que se desarrollaron en torno al proyecto dirigido por Pablo González Casanova³⁸ sobre las perspectivas de América Latina, intentan, sin embargo, un cambio de óptica que entiende a los movimientos sociales desde el punto de vista de la formación de un sujeto social nuevo. O más bien, se busca repasar el problema del desarrollo del capitalismo y del Estado desde el punto de vista de los movimientos sociales. En consecuencia, la cuestión de la independencia de los movimientos sociales ante el Estado y del desarrollo del capitalismo no puede ser pensada en el sentido de un aislamiento e independencia absoluta, sino como un proceso de desarrollo de esos movimientos en el sentido de reorganizar el desarrollo del capitalismo y del Estado, sometiéndolo a sus propios objetivos y asumiendo, por lo tanto, el papel de los sujetos sociales.

En el seminario sobre la primera fase del proyecto dedicado al análisis de los movimientos sociales, realizado en Costa Rica, después de estudiar los variados casos latinoamericanos, se concluyó que todos ellos apuntan a la formación de un sujeto social nuevo en América Latina a partir de la relación de los movimientos sociales con los partidos, sindicatos y organizaciones. Esta constatación justifica una investigación de amplias dimensiones que permite la profundización del tema, porque ese sujeto social emergente comienza a tener un movimiento y una dinámica suficientemente rica para determinar una línea de investigación que nos permite anticipar incluso un proceso de transformación social profundo.

³⁸ Pablo González Casanova, "Los Movimientos Sociales en América Latina", PAL-UNU

En este sentido, se puede concluir que existe una relación entre varios sujetos particulares, que se van desarrollando en varios momentos sociales concretos, en el sentido de la formación de un sujeto social más global, que en América Latina asume el nombre de “movimientos populares”. Movimientos que reúnen a sectores sociales muy distintos y diversificados que van desde el movimiento obrero y de trabajadores agrícolas, una presencia permanente en este tipo de movimiento popular, hasta formas nuevas como las asociaciones de barrio, o movimientos étnicos, estudiantiles, de mujeres, etcétera.

En Ecuador, por ejemplo, existe una central sindical que incluye los movimientos de barrio, de clase media y de empresarios de clase media. En Brasil precisamente, así como está destacado en el trabajo de Ruy Mauro Marini³⁹ se formó entre 1962 y 1964 un movimiento importante a pesar de ser poco estudiado. Se trata del Frente de Movilización Popular, que partía de la conquista de una central sindical, la CGT, para buscar una articulación social más amplia. En torno a la CGT se agruparon en el Frente, organizaciones y movimientos que formaban el esbozo de un nuevo sujeto social. La FMP estaba compuesta, más allá de la CGT, por las Ligas Campesinas, la Unión Nacional de Estudiantes, la CONTAG⁴⁰, la UBES⁴¹, el Movimiento de Sargentos, los Oficiales Nacionalistas, el Frente Parlamentario Nacionalista e incluía también los partidos de izquierda.

La Asamblea Popular de Bolivia fue una unidad de representación de diversos sectores sociales como fuerzas populares obreras, estudiantiles, campesinas que se unían con la intención de expresar el poder estatal, llegando al punto de enfrentarse con el poder central debido a las particularidades del proceso y del pensamiento político boliviano, marcado por la presencia constante de la tesis de la dualidad de poderes, desde la insurrección revolucionaria de 1952.⁴² Esa tendencia vuelve una vez más cuando la COB (Confederación Obrera Boliviana) se plantea nuevamente como un poder estatal en Bolivia, intentando asumir la dirección de los transportes, de la distribución de alimentos, etcétera.

³⁹ Ruy Mauro Marini, “El movimiento Obrero en Brasil”, *Política y Administración*, n.2, p171.

⁴⁰ CONTAG- Confederación Nacional de Trabajadores de la Agricultura.

⁴¹ UBES- Unión Brasileña de Estudiantes Secundaristas.

⁴² En este sentido, fue el pensamiento político boliviano, el que produjo una de las reflexiones más sistemáticas sobre el poder dual en América Latina. Véase, de René Zavaleta Mercado. *El Poder Dual*. Siglo XXI, 1977, 24ª edición.

En el caso chileno, las formas de participación llegaron a asumir una dimensión legal, cuando el gobierno de la Unidad Popular creó por ley el sistema de participación popular. Pero, en la práctica, esos organismos superaron la propuesta legal. Fue así cuando, por ejemplo, se evolucionó de un sistema de representación por empresa a formas enteramente inesperadas. Según el esquema legal, cada empresa estatal tendría un consejo electo por sus trabajadores que la dirigirían junto con el representante del Estado. Pero, de repente, ante las amenazas y sabotajes de la derecha, los órganos de representación se articularon y se convirtieron en los "cordones industriales". Ellos unificaban las direcciones obreras de varias empresas, formando una dirección política de defensa de las conquistas en el barrio. Se produjo una simbiosis compleja entre la gestión empresarial y la de los barrios. Al mismo tiempo, se crearon en el sector agrícola los "comandos comunales", contra la orientación legal que pretendía mantener la diferenciación formal entre los gobiernos locales y los órganos de representación sindical, de las asociaciones de pequeños campesinos, etc. Sin embargo, ante la amenaza de la contrarrevolución, los sindicatos se unieron con los campesinos que llegaron a dirigir las regiones donde se localizaban sus tierras y crearon los comandos comunales.

Este tipo de comportamiento social no puede ser aleatorio. Tiende a repetirse y a presentar elementos permanentes en situaciones históricas de democracia avanzada, en las cuales el poder de represión de la derecha se desestructura por alguna razón, sea debido al avance del movimiento popular, sea debido a una crisis interna de la derecha. En esos momentos, este sujeto en formación se perfila con gran fuerza en la historia de nuestro continente. No se trata, por lo tanto, de cuestiones locales; debe haber una causa más profunda, común a esas experiencias distintas que anuncian una presencia creciente del "pueblo", como sujeto del proceso político continental. Y ésta causa se explica en el avance de la industrialización y de la urbanización, formadoras de nuevas clases y grupos sociales. Esta modernización se realiza sin embargo, en realidades históricas que exigen un análisis específico.

Es el caso del fenómeno indígena, sobre todo en las regiones ligadas a los imperios azteca, maya e inca. Estos pueblos indígenas transformados en trabajadores agrícolas o en trabajadores urbanos proyectan sus cualidades étnicas y culturales en la formación de la subjetividad popular. Lengua, religión, cultura, costumbres indígenas se asocian a una nueva cultura popular latinoamericana. El problema indígena es una cuestión histórica de grandes dimensiones, que reaparece en todas las circunstancias en que ese sujeto histórico, social, cultural y político de carácter global se desarrolle y se manifieste explorando las oportunidades democráticas. El tiene un contenido de resistencia y tiende a constituir un proyecto propio.

4. Movimientos sociales y proyectos históricos

La idea de un proyecto propio nos aproxima a una cuestión ideológica en general. El proyecto de una fuerza social, como lo destaca Joel Rufino dos Santos⁴³ al referirse a una visión histórica de Brasil, se plantea también al nivel de América Latina exactamente por ese carácter inconcluso de nuestras sociedades. Cada nueva generación debe estar constantemente proyectándose, buscando encontrarse como nación. Ocurre, sin embargo, que las clases dominantes locales se pierden en la sumisión al colonizador y al neocolonizador y van cediendo espacio progresivamente a las nuevas clases revolucionarias que asumen la tarea de constituir las naciones que las oligarquías y las burguesías no consiguieron forjar.

Como consecuencia, es posible detectar la voluntad de esos sujetos históricos de constituir un nivel de elaboración teórico-doctrinario capaz de generar un proyecto global nacional y latinoamericano. Esta pretensión supera incluso los límites de los partidos políticos, porque un proyecto de ese tipo puede expresarse en varios partidos. Si analizáramos, por ejemplo, lo que pasó en Rusia en el siglo XIX hasta la Revolución Rusa, y estudiáramos las obras de un Danielson, un Plekanov, un Lenin, un Bukarin, un Trotsky y otros más, encontraremos una profunda reubicación permanente de la problemática teórica del marxismo en el contexto concreto del destino ruso, del problema ruso en particular. Nada estaba suelto, y muchas cosas que podían parecer sueltas se reorganizaban en torno a un proyecto. ¿Cómo fue que la clase obrera rusa dio origen a una visión de este tipo? Tal vez fue la propia nobleza rusa la que en sus sectores decadentes pensaba en Rusia desde ese punto de vista, aliándose a la clase obrera.

En Brasil, la cuestión de ese proyecto nacional se reubica en cada generación. Sin embargo es necesario entender la relación entre cualquier proyecto nacional viable y la idea de un proyecto latinoamericano. En los procesos de redemocratización avanzada en varios países hay siempre un fuerte contenido latinoamericano. Desde Bolívar, pasando por Martí, Sandino, los populistas, Fidel, la experiencia china y la revolución Nicaragüense, etc. siempre que un liderazgo popular se proyecta y hay un movimiento popular fuerte en América Latina, éste asume un carácter latinoamericano. La cuestión de la identidad latinoamericana surge inmediatamente en esas situaciones.

⁴³ Joel Rufino dos Santos, op. cit.

Es por lo tanto, muy difícil pensar en Brasil desde un punto de vista popular, solo como un proyecto nacional. Este asume el carácter de un proyecto más amplio, con una dimensión mucho más profunda que los límites nacionales.

La cuestión de lo indígena, de lo negro, se destaca en este contexto pues, cuando se habla en América Latina, inmediatamente se plantea la cuestión de los orígenes ibéricos (el portugués y el español) pero en gran parte son las poblaciones indígenas y negras las que forman el elemento popular identificado con las grandes masas de la región. La transformación de esos sujetos en un sujeto global, capaz de formular un proyecto de transformación social es una tendencia histórica concreta, y es muy difícil analizar los movimientos sociales sin tener en consideración ese acto étnico-cultural.

5. Movimientos sociales, sociedad civil, ciudadanía

Por otro lado, la formación de los movimientos sociales latinoamericanos se asocia también con la formación de la ciudadanía y la constitución de nuestra democracia que lucha por afirmarse y consolidarse. En Brasil, en 1984, vimos como todos los movimientos sociales convergieron en la campaña por las "elecciones directas ya". El aspecto esencial de ese movimiento, que movilizó a millones de personas en las calles de todo el país, era la búsqueda del reconocimiento del derecho del ciudadano a elegir a la autoridad máxima de su país.⁴⁴

Es pues, necesario, integrar los elementos culturales y étnicos a los proyectos de transformaciones económicas y estructurales del país. En su conjunto, la cuestión ideológica y los partidos políticos aparecen como momentos tal vez más particulares de este proceso más global. De esta forma, en los países de América Latina es casi imposible aislar los movimientos sociales de su dimensión política explícita o implícita.

Es en este contexto que la relación entre los movimientos sociales y el Estado asumen un carácter aún más complejo. No se trata solo de la necesaria intervención estatal en los aspectos particulares llevados a cabo por cada movimiento. Se trata del contenido mismo del Estado, que lleva a implementar la relación entre

⁴⁴ Sobre el papel del Movimiento por las "Directas ya" en la articulación de los distintos movimientos sociales brasileños sería necesario un trabajo aparte con mucha mayor investigación y perspectiva temporal. Véase de Alberto Noé, "Movimientos Sociales en Brasil-1970-1983" *Nuevos Actores en el Escenario Político*. Proyecto UNU-FLACSO, San José, Costa Rica, 1984.

liberalismo y democracia. Un liberalismo tradicional de origen europeo o norteamericano, en las condiciones de Brasil y de América Latina en general (excepto los casos atípicos de Argentina, Chile y Uruguay que son países de formación pos-colonial), es una ideología oligárquica. Fueron las élites coloniales, las oligarquías exportadoras y las clases medias quienes defendieron una concepción liberal de la economía. La burguesía industrial, formada en la lucha por el proteccionismo cambiario, y el proletariado urbano estuvieron en permanente choque con el liberalismo oligárquico y elitista que intentaba imponer una sociedad política europea por sobre sus tradiciones culturales propias. Esas fuerzas estuvieron siempre en una línea democrático-sindical, donde la noción de ciudadanía se completaba con la idea de la participación popular en el Estado. Y a pesar de toda la modernización realizada por el avance del capitalismo monopolista de Estado, dependiente, excluyente y marginador, la vocación de una democracia participativa y de masas continuará siendo la marca identificadora del movimiento popular latinoamericano.

La primera cuestión que se plantea es hasta qué punto las clases dominantes tienen condiciones de realizar concesiones reales a las demandas exigidas por las clases y grupos sociales que formaban ese movimiento popular. Esta es la verdadera llave para saber si estamos ante una época de reforma o de un proceso revolucionario.

En su famoso prólogo de *“Contribución a la Crítica de la Economía Política”*, Marx ya planteaba que mientras las fuerzas productivas puedan desarrollarse dentro de un modo de producción dado, éste no puede ser superado. Es necesario recordar, sin embargo, que para Marx las fuerzas productivas no se reducen al fenómeno tecnológico como muchos lo creen. Para él, la principal fuerza productiva es el hombre, el productor, el trabajador, quien comanda y organiza los medios de producción. Por lo tanto, podemos afirmar que mientras el sistema vigente sea capaz de absorber productivamente una parte significativa de la población y atender sus presiones, es inviable crearse una situación revolucionaria. La situación revolucionaria se crea cuando el sistema se opone a estas demandas, cuando por alguna razón, no se tiene más capacidad de atender las aspiraciones sociales derivadas de los avances alcanzados.

La relación histórica entre reforma y revolución, tal como fue discutida a fin de siglo XIX, por Rosa Luxemburgo, Kautsky y Bernstein, muestra la imposibilidad de pensar una cosa separada de la otra. El marxismo rompió con la idea de una revolución que venía de fuera del sistema. La revolución, tal como el marxismo la concibió, era un proceso interno, un resultado de los avances que ya se habían dado dentro del sistema. Es imposible, de esta forma, pensar en América Latina la cuestión de los movimientos sociales fuera del contexto del viejo debate que ha sido detenido en los últimos veinte a treinta años en torno al problema de la reforma o revolución. Después de la revolución boliviana, de la revolución guatemalteca y de la revolución cubana, que

dio el salto cualitativo al socialismo, se fue replanteando constantemente la cuestión de la revolución en América Latina hasta alcanzar su punto más alto en el proceso de la Unidad Popular en Chile. El capitalismo latinoamericano, a pesar de tener un dinamismo importante y conseguir avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace siempre de una manera excluyente, incapaz de resolver el problema de la revolución. Por ello, es imposible pensar los movimientos sociales en América Latina fuera de ese contexto.

No se trata del contenido específico de los movimientos porque es evidente que ni el movimiento de mujeres, ni el movimiento indígena, ni el movimiento por vivienda, ni el movimiento de reforma agraria son revolucionarios aisladamente. Pero en un contexto de desarrollo capitalista que no tiene condiciones de integrar las demandas más elementales de esos sectores, llegan a tener un contenido revolucionario. Y esto se hace más evidente cuando se aceleran estas demandas, en circunstancias concretas, particularmente en las situaciones de democracia avanzada en que el sistema no tiene condiciones para controlarlas. En esos momentos las clases dominantes han recurrido a las formas de represión más brutales para poder sobrevivir a través de regímenes que contienen las manifestaciones populares y reprimen por largos periodos las expresiones de los movimientos sociales, como ocurrió en Brasil de 1964 a 1979.

Desde 1974, el propio régimen de excepción brasileño se viene autoreformando, manteniendo la iniciativa política y el control ideológico de un proceso que viene, sin embargo, radicalizándose permanentemente. Al inicio, se trataba de una "descompresión controlada". En seguida, se pasó al concepto de "apertura" liberal, con el objeto de reformar el régimen sin modificar sus principios básicos. Después de una sucesión de derrotas electorales se fue aceptando la necesidad de una "transición democrática" que llevara a un nuevo régimen constitucional. Después de ser votada la Constitución se postergó al máximo el encuentro electoral para la presidencia y se llegó a éste con el país dividido a la mitad entre izquierda y derecha.

De esta manera, las fuerzas populares fueron adquiriendo progresivamente una mayor capacidad de organización. En este contexto, los distintos movimientos sociales van adquiriendo una capacidad de autoreproducción de iniciativa y de auto organización. De acuerdo con el breve análisis que hicimos de la revolución del capitalismo latinoamericano y brasileño en particular, cabe formular la siguiente hipótesis; si el sistema actual no fuera capaz de autoreformar y erradicar esa acumulación de demandas de los diversos movimientos sociales, esto podrá llevar a una situación de democracia avanzada y hará resurgir las dificultades del sistema para controlar el conjunto de demandas y mantenerse en una perspectiva democratizante. Así, el proceso de acumulación de demandas va a replantear otra vez la cuestión del poder. El carácter abierto del proceso supera nuestra capacidad de anticipación analítica. Las fuerzas políticas que orientan o expresan estos movimientos serán la llave de su destino. Si son capaces de utilizar esa acumulación en un sentido transformador y revolucionario,

ubicarán la realidad socioeconómica del país en un nuevo aterrizaje, el camino del socialismo, o sufrirán nuevas y cada vez peores derrotas contrarrevolucionarias, si no consiguen adaptarse a las nuevas circunstancias.

Por el análisis y por el conocimiento de las relaciones entre los movimientos sociales y el desarrollo del capitalismo es posible situar estos movimientos sociales en renacimiento ante problemáticas más amplias y esto podrá resultar en una contribución a la lucha social y política concreta. Para alcanzar ese propósito tenemos que ser extremadamente rigurosos no solamente en el análisis de determinaciones más generales, sino también en el estudio de las articulaciones entre los diversos fenómenos particulares y esos procesos más globales del desarrollo del capitalismo.

6. Crisis y movimientos sociales

Al mismo tiempo, tenemos que resaltar la irreductibilidad de esos movimientos sociales al estudio del desarrollo del capitalismo. Nos corresponde ahora aproximarnos a un nuevo nivel de análisis y hacer algunas consideraciones sobre la relación de los movimientos sociales con la coyuntura actual. Ésta se caracteriza, por un lado, por una profunda crisis económica y por otro, por la superación de un régimen político de excepción y la transición a una etapa democrática. Situar nuestros estudios dentro de ese contexto fue bastante positivo porque los desgloses de los movimientos sociales en Brasil y en otros países del continente estarán condicionados profundamente por esa coyuntura política y por la crisis económica y sus desgloses sociales.

La crisis actual tiene una dimensión internacional. En el Primer Congreso Internacional sobre Política Económica, patrocinado por la FESP en agosto de 1984, sobre *Alternativas para la Crisis*, con la participación de invitados del mundo entero, podemos consolidar algunas tesis centrales sobre la crisis actual. Entre otras, la idea de que estamos viviendo una depresión económica de largo plazo. En general, existe un consenso en situar la crisis desde 1967 hacia nuestros días, entendiéndola como una onda larga de Kondratiev. Se concluye, en este debate, que tendríamos posibilidad de una recuperación, a largo plazo en la economía internacional, a partir del comienzo de la década de 1990. Pero no podemos confiar que la recuperación, iniciada en la década de los 80, pueda continuar sin pasar por un periodo recesivo, ya que estuvo apoyada en una política económica basada en los gigantescos déficits presupuestarios y de la balanza de pagos de los Estados Unidos. Ya se acepta como un hecho el inicio de una recesión en 1990. La política económica brasileña intentó adaptarse a la recuperación de 1983-1989, buscando ajustarse a aquella perspectiva de recuperación de la economía mundial, a través de la reorientación de las exportaciones en dirección a los Estados Unidos, aprovechándose del aumento de la demanda internacional norteamericana, considerada elemento clave para la recuperación económica interna del país.

Esto permitió que se produjera a corto plazo una coyuntura de crecimiento de las exportaciones que tornaran posible aliar una caída en la demanda interna con una recuperación de la producción, vuelta al sector exportador. Esta política tiene, sin embargo, piernas cortas y nos lleva nuevamente a una tensión social extremadamente profunda y a un cuestionamiento brutal de las políticas económicas que viene orientando al país. Esto nos lleva nuevamente a reubicar cuestiones de fondo, que están siendo de alguna forma pasadas por encima del periodo actual. El contexto de democratización ha servido incluso como una fórmula de escape de la ubicación de los grandes problemas nacionales, puestos de lado en nombre de ciertas transformaciones institucionales, que no abordan las cuestiones sustanciales que se ubican en el pueblo brasileño.

Este contexto de crisis en que se da la transición democrática deberá afectar muy profundamente a los movimientos sociales, por lo menos en dos aspectos que se reflejan en los trabajos que citamos. El primer elemento que se puede resaltar, dentro de ese contexto, es la nueva relación entre movimientos sociales y el Estado. En los trabajos que componen la investigación que sirvió de fundamento a este capítulo, se siente una presencia de esos elementos nuevos: los movimientos sociales avanzaron en Brasil en un contexto de confrontación con el régimen autoritario que les excluía de la participación y hasta incluso les negaba el diálogo. Después de las elecciones de 1982 para gobernadores y alcaldes, se abrió una nueva expectativa de diálogo y participación de los movimientos sociales.

Algunos trabajos que citamos en seguida reflejan una frustración de las expectativas por parte de los sujetos sociales, las cuales no han sido suficientemente atendidas. Esto se refleja mucho, por ejemplo, en el trabajo de Pedro Jacobi sobre los movimientos sociales urbanos de São Paulo y en el trabajo sobre los *bóias-frias*⁴⁵, de María Concepción d’Incao.⁴⁶ En otros casos, como aquellos sobre los movimientos de las mujeres y el movimiento negro, encontramos la idea de que la apertura política, de cierta forma, provoca una especie de pérdida de intensidad de estos movimientos. Es decir, la apertura genera, de cierta manera, una decepción en el interior del movimiento, no tanto en función de la expectativa de comportamiento de los propios movimientos estatales, sino en el comportamiento de los propios movimientos. Es posible pensar que, ante la apertura, concretamente a partir de las elecciones de 1982, estos pierden su capacidad de articulación y entran en una cierta crisis ante las nuevas condiciones políticas y sociales en que se encuentran.

⁴⁵ Bóias-frias: trabajadores agrícolas temporales.

⁴⁶ María Concepción D’Incao, “El Movimiento de Guariba- el papel acelerador de la Crisis Económica”, *Política y Administración*, n.2, p. 201.

En el caso del movimiento obrero, se observa también que, ante la apertura, se produce una gran división interna entre la CUT⁴⁷ y la CONCLAT⁴⁸, después transformada en CGT, y una baja de su militancia y actividad.

Otra problemática a ser resuelta dentro de los movimientos es la vuelta en torno a la manera como éstos se relacionaron con el Estado en gobiernos democráticos. Acostumbrados a ver los gobiernos dictatoriales favorecieron el patronato e intervinieron en los sindicatos impidiendo su movilización, los movimientos tendían a recibir con cierta perplejidad una acción más neutra y a veces favorable a los trabajadores. En el trabajo de Vânia Bambirra⁴⁹, sobre los movimientos de los favelados en el Estado de Río de Janeiro, se buscó mostrar una cierta crisis del propio Estado y del propio gobierno en la medida en que éste se abre a un diálogo mayor con el movimiento de favelados y con otros sectores sociales. No siempre éste está suficientemente preparado y tiene una política social elaborada para articularse con esa realidad nueva, que entra en contradicción con el propio sistema institucional existente y plantea una serie de problemas nuevos extremadamente ricos para el debate y para la gestión de las políticas públicas.

Al mismo tiempo, existen las implicaciones internas de esa situación para los movimientos sociales. Ante esta relación nueva con el Estado, los movimientos se sienten paralizados ante una amenaza de cooptación, y se plantea a ellos la necesidad de desarrollar una línea independiente, un proyecto propio ante el Estado, que no se confunda con una posición de confrontación permanente y definitiva con éste.

Otro tema que marca esa coyuntura y se refleja en los trabajos en estudio es el efecto de la crisis sobre los movimientos sociales. En el trabajo de Pedro Jacobi hay una referencia constante a la hipótesis de que la crisis debería haber provocado mayor dinámica en los movimientos sociales. Incluso el movimiento de los desempleados aparece como una consecuencia directa de la crisis, que habría llevado a una movilización mayor. Sin embargo, si examináramos por ejemplo, los trabajos sobre el movimiento obrero, el propio movimiento de mujeres, de negros, etc., el contexto de la crisis parece haber sido mucho más inmovilizador que movilizador. Históricamente, las crisis tienden mucho más a inmovilizar los movimientos organizados. Éstas aumentan la

⁴⁷ CUT-Central Única de los Trabajadores con una fuerte influencia del Partido de los Trabajadores, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

⁴⁸ CONCLAT-Confederación Nacional de las Clases Trabajadoras, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

⁴⁹ Vânia Bambirra, "Favelas y Movimientos de Favelados en el Estado de Río de Janeiro", *Política y Administración*, n.2, p.239.

actuación de los movimientos no orgánicos como los desempleados, que no están ligados al funcionamiento permanente del sistema económico. En estos, sin embargo, la tendencia de la crisis es inmovilizadora. Incluso si aceptamos los datos que han sido presentados, en el sentido de que hubiera habido una cierta recuperación de los mismos en algunos años, habríamos podido analizar las manifestaciones más bien sucedidas por el movimiento obrero, sobre todo en el caso de los trabajadores agrícolas, como un resultado de una cierta recuperación económica basada en la manutención de las exportaciones. Ciertamente sería necesario profundizar más ese análisis sobre la relación entre la crisis, la movilización social y la dinámica de los movimientos sociales.

Restan algunas cuestiones teóricas mucho más amplias como la relación entre los dos grandes movimientos sociales (el obrero y el de trabajadores agrícolas) con el de los nuevos movimientos sociales. Si bien los movimientos de los favelados y de habitantes ya existían históricamente, es importante resaltar que adquirieron un dinamismo muy grande en los últimos tiempos. La cuestión fundamental es investigar si esos movimientos tienden a permanecer dentro de la estructura de funcionamiento de una democracia o si son movimientos circunstanciales. Con el rápido desarrollo del capitalismo en Brasil en los últimos treinta años, ya se cristalizaron en la estructura económico-social los elementos de un vasto sector de servicios dedicado a la circulación, a la complementación de la producción y a la reproducción de la población.

Como ya destacamos, en una sociedad cada vez más integrada en un sistema productivo nacional e internacional corresponde un papel creciente a las instituciones privadas o estatales en la atención a las necesidades de la población. De esa manera, las condiciones de vivienda, educación, salud, alimentación, dependen de una estructura de servicios públicos y dejan de estar basadas en el presupuesto familiar, incapaz de cubrir la organización de servicios tan vastos y complejos. En consecuencia, los movimientos sociales urbanos adquieren nuevas formas de actuación para canalizar las demandas de esos servicios y presionar al Estado para una mejor atención de esas necesidades.

La crisis, como vimos, altera y deprime de cierta manera los centros productivos que forman el núcleo del movimiento. La transición democrática los canaliza en gran parte a la lucha por la democracia y por las libertades públicas, como las grandes campañas por la amnistía, las elecciones, la campaña por las "directas ya", la movilización en torno a la Constituyente, etcétera.

A medida que se detiene el proceso recesivo y se recupera la organización del movimiento obrero y de trabajadores urbanos y rurales, todo el conjunto anárquico descrito anteriormente encuentra una columna vertebral en dirección a la formación de un sujeto colectivo nacional. Si dichas tendencias fuesen acompañadas

por una evolución doctrinaria, estratégica y táctica similar en el campo político, veríamos brevemente levantarse un enorme gigante sociopolítico en el país. Sus pasos, aunque vacilantes, harían temblar las estructuras tradicionales de nuestro continente.

IV. De cómo las clases dominadas cuestionaron a la dictadura⁵⁰

Ya al final de los años 60, más especialmente en la década de 1970, los movimientos sociales comienzan a conformarse o a rearticularse en Brasil. Esto no es casualidad. Representa una respuesta por parte de los sectores populares a los resultados del desarrollo del capitalismo dependiente en el país que acentuó las desigualdades, las carencias y la marginalización de más del cincuenta por ciento de la población. Y esto estuvo patente aún en el periodo del llamado "milagro brasileño", cuando el proceso de acumulación de capital alcanzó su ápice y ocurría una gran expansión de la industrialización, cada vez más concentrada, centralizada y monopolizada, enfocada a la conquista de mercados externos y a la satisfacción de las necesidades de las altas esferas de consumo.

El supuesto de tal desarrollo fue la aplicación ortodoxa de la política económica del FMI desde 1964, basada en la estabilización monetaria vía contención de salarios –"reducción salarial"-, restricción del crédito a las pequeñas y medianas empresas, contención del gasto fiscal y la apertura, sin restricciones, a la penetración del capital extranjero.⁵¹ Su resultado fue la acentuación de la desnacionalización de los medios de producción, el crecimiento extraordinario de la deuda externa y la intensificación de la concentración de la renta, cuya contrapartida fue el empobrecimiento de la gran mayoría de la población.

⁵⁰ Este capítulo fue escrito originalmente en colaboración con Vânia Bambirra; fueron realizados cambios posteriores sobre los cuales la coautoría no tiene responsabilidad.

⁵¹ Entre los materiales del Proyecto sobre los Movimientos Sociales en Brasil, patrocinado por la ONU, se encuentran referencias muy sugestivas en relación a la apertura de la "nueva frontera" a inversiones extranjeras en el estado de Minas Gerais, en el trabajo de Michel Marie Le Ven. "El Movimiento Obrero y Sindical en Minas Gerais (1972-1985)". Sobre la "acción expropiatoria de los recursos naturales" en Amazonia, véase Carlos Alberto F. Lima y Aluísio Lins Leni, "El complejo Industrial de Barcelona y su impacto en la Economía Tradicional". Movimientos Sociales en Brasil, PAL, UNU.

Las clases medias y los segmentos de sectores populares que de alguna manera habían disfrutado del “milagro” (debido al aumento de empleos y al acceso a bienes de consumo durables a través de la expansión del sistema de crédito) se frustran en seguida, debido al agotamiento del periodo de expansión del sistema a mediados de la década de 1970 y al estancamiento que caracterizó a la década de 1980.

Estos grupos se transformaron, al decir de Ruy Mauro Marini, en “proletariado de servicios” y su proletarización los condujo inexorablemente a la pauperización durante la crisis.⁵²

En este sentido, tuvieron indiscutiblemente un liderazgo típico de clases medias los movimientos de mujeres y los movimientos negros, por lo menos en el periodo al cual nos referimos. Con todo, vale la pena recordar que el movimiento negro tiene un origen bastante anterior, sobre todo el “movimiento negro implícito”- de acuerdo con la conceptualización de Joel Rufino dos Santos. Esos orígenes son sin duda populares pues brotan de los sectores más explotados y marginados de la población negra.⁵³

De la misma forma, el movimiento de mujeres se atribuyó a sus bisabuelas, pues data de la época de las sufragistas, a inicios de siglo, a sus primeras apariciones en el escenario político. Es necesario, sin embargo, no perder de vista que, en este caso, desde sus inicios, el primer grito de alerta y el primer gateo partió también de las clase medias.

Existen varios denominadores comunes entre los dos movimientos: ambos luchan por la conquista de un respeto social, por la preservación de su dignidad y contra la discriminación; ambos luchan por el acceso al mercado de trabajo y contra las discriminaciones funcionales y salariales; en suma, ambos luchan contra la marginación social a que históricamente fueron sometidos y que tienden a agravarse en épocas de crisis.

Ya los movimientos sociales, según Pedro Jacobi⁵⁴ están compuestos de una base nítidamente popular, pues sus activistas vienen de aquellos sectores de la población que se sienten directamente afectados por la pésima calidad de los servicios, los enfermos desatendidos, los que se sienten amenazados por la violencia

⁵² Ruy Mauro Marini “El Movimiento Obrero en Brasil”, Política y Administración. V.1, n.2, FESP-RI, 1985.

⁵³ Véase a este respecto Heleieth Iara Bongiovani Saffioti, “Feminismo y sus frutos en Brasil”, Cedec, mimeo, 1986; “Caminos del Feminismo en Contexto Socioeconómico Subdesarrollado”, proyecto Movimientos Sociales de Brasil, PAL, UNU, mimeo.; y Joel Rufino dos Santos “INPC y Cacique de Ramos: dos ejemplos de movimiento-negro en la ciudad de Río de Janeiro”; proyecto Movimientos Sociales en Brasil PAL, UNU.

⁵⁴ Pedro Jacobi, “Movimientos Sociales Urbanos en una época de transición: límites y potencialidad”, proyecto “Movimientos Sociales en Brasil, PAL., UNU.

urbana, los desalojados o, en otras palabras, los que no tienen siquiera garantizado un techo para descansar, una estera para morir.

Al lado de la lucha de estos sectores excluidos y marginados, especialmente después de la quiebra del “modelo económico”, se destaca el surgimiento de un liderazgo ágil de clases medias que centraba sus reivindicaciones en torno a la cuestión de la casa propia, en la lucha contra los reajustes de las prestaciones del Banco Nacional de Vivienda (BNH). Dicho Banco tenía por objetivo financiar la adquisición del inmueble a través de todo un sistema de prestaciones reajustables de acuerdo a un patrón correlacionado con el aumento del costo de vida. Pero, poco a poco, los reajustes se fueron volviendo cada vez más exorbitantes e inaccesibles para los asalariados. Tal situación dio origen a un intenso cuestionamiento y resistencia por parte de los deudores que utilizaban como infraestructura las combativas Asociaciones de Vecinos que se constituirían desde la zona sur hasta los suburbios, sobre todo de las ciudades grandes.⁵⁵

El movimiento de los favelados es un movimiento típicamente popular, en vista de que los vecinos de las favelas componen el extracto más marginado de la sociedad. Está compuesto por ex-campesinos expulsados del campo; inmigrantes que huían de las regiones de sequía; trabajadores desempleados o que ganan salario mínimo; la mujer abandonada; el “temporal” o empleado ocasional del sector de servicios; la empleada doméstica, etcétera.

A pesar de tener un origen más antiguo, el movimiento de favelas se activa en la última década. Hasta el fin de la década de 1970 se mantiene en una actitud de defensa, centrado principalmente en la lucha contra las retiradas y orientado aún por una concepción paternalista de que la sobrevivencia dependía de protectores, ya fueran los padres, los políticos, los banqueros o los bandidos.⁵⁶

Ya en los años 80, el fantasma de las retiradas había desaparecido, pues los gobiernos locales tuvieron que aceptar, como una situación real, el fenómeno de favelización. A partir de 1982-1983, durante la campaña

⁵⁵ La más combativa de estas asociaciones es, sin duda, la FAMERI (Federación de las Asociaciones de Vecinos del Estado de Rio de Janeiro) liderada, durante un largo periodo, por Jó Rezende, un técnico de nivel medio que, debido al liderazgo junto con las comunidades, terminó siendo electo vice-alcalde del importante municipio de Rio de Janeiro.

⁵⁶ Véase Vânia Bambirra. “Favelas y Movimientos de Favelados en el Estado de Rio de Janeiro”, *Política y Administración*, vol. I, n.2 (FESP R) -1985

electoral y, en seguida, con la posesión de los nuevos gobiernos democráticamente electos, dicho movimiento intentó adquirir una postura más reivindicativa. Esa postura se condensó en una aspiración básica: que el poder público legalizara la posesión de la tierra y urbanizara las favelas, dotándolas de servicios básicos (luz, drenaje, pavimentación, módulos médicos, escuelas, guarderías, etcétera.).

Los movimientos obrero y campesino, típicos de las clases dominadas –cuyo origen es antiguo e histórico, pues marcaron varios momentos cruciales de luchas por las reformas sociales- también vuelven a despuntar en el escenario político de los años 70.

El movimiento obrero renació a través de sucesivas e importantes huelgas, sobre todo en São Paulo y Minas Gerais.

En el ABC⁵⁷, la primera ola huelguista en 1978 tuvo, a decir de Marino, características sui generis: “La propia forma de movilización constituía un hecho nuevo en Brasil (...), los obreros no abandonaron el trabajo, limitándose a permanecer de brazos cruzados al lado de las máquinas paradas, en una ocupación real, durante el tiempo necesario”. Los sindicatos, según el mismo autor, “mostraron contar con un apoyo efectivo de las bases y reforzaron su unión con ellas, mediante la utilización de delegados, núcleos de acción y comisiones coordinadoras”. La gran vanguardia del movimiento huelguista fue el sector obrero metalúrgico⁵⁸.

Las huelgas de 1979 marcaron el auge del movimiento y se esparcieron en varias categorías y por varios estados del país, Pero es en São Paulo donde ocurren 50% de las huelgas que llegan a movilizar, solamente en el ABC, a 210 mil trabajadores. El movimiento cuenta con un apoyo de la Iglesia Católica y de la oposición

⁵⁷ Así llamadas las ciudades de Santo André, São Bernardo y São Caetano en São Paulo, donde se encuentran las grandes industrias modernas, sobre todo las metalúrgicas, de autopiezas y montadoras de automóviles.

⁵⁸ Ruy Mauro Marini. Op.cit., p. 185. Lucía Oliveira cita datos que explican el peso de la economía paulista en el contexto de la economía nacional y la importancia especial de los obreros metalúrgicos: “São Paulo (...) concentra la parcela más significativa del conjunto de la actividad económica, tendió su población activa de 6.3 en 1970 a 11.2 millones de personas representando 23.5 de la PEA nacional. Están concentrados en el Estado más de 35% de la fuerza de trabajo industrial, (...) En 1974 (...) la metalurgia y particularmente los sectores de material de transporte electrónico, autopiezas, absorbía 29.6% de aquel porcentaje. Esta proporción se amplía posteriormente, encontrándose actualmente en la metalurgia cerca de 50% del proletariado industrial, más de la mitad de estos en los municipios de São Paulo y del ABC, siendo que un 70% de los trabajadores en las montadoras se encuentran en este último”. “El movimiento Obrero en São

democrática. Son reunidas más de 30 entidades sindicales y se aprueba una pauta común de reivindicaciones que incluya aumento y unificación nacional del salario mínimo, garantía y estabilidad de empleo, reajustes trimestrales, libertad y autonomía sindical, derecho de huelga, delegado sindical, libertad de organización y manifestación, constituyente, elección directa para presidente de la República y todos los cargos ejecutivos, cambio de la política económica.⁵⁹

Sin duda, el movimiento obrero en los últimos años de la década de 1970 vive un intenso periodo de ascenso que se demuestra en el avance de sus organizaciones clasistas, en su combatividad y en el carácter de sus reivindicaciones que no se circunscriben siquiera al terreno de la lucha económica, pero avanzan hacia el campo político.

El movimiento campesino que existió hasta los primeros años de la década de 1970 -por ejemplo las Ligas Campesinas y la experiencia de Formoso en Goiás- no logró reconstituirse en los años 70. El movimiento luchaba por la posesión y permanencia de la tierra, lucha tal que se hizo más difícil tras el triunfo del golpe de 1964. El fenómeno nuevo que ocurre en el campo brasileño es el surgimiento y la proliferación intensa del trabajador agrícola temporal, el llamado "jornalero" en general, o ex-campesino pequeño productor expulsado de su tierra. Llegan a habitar en las "ciudades dormitorios" y son contratados por las grandes empresas agrícolas en las épocas de cosecha y plantío.

Ya al final de los años 70 comienzan a ocurrir las primeras movilizaciones de resistencia de estos trabajadores, como en Ribeirão Preto y en seguida en el Noreste.⁶⁰

Gran porcentaje de los trabajadores temporales se concentró en el sector azucarero debido al Programa Nacional del Alcohol, que busca sustituir la importación de petróleo.

Las primeras luchas se dieron contra los abusos de los contratistas y reivindicaban un aumento del pago por la caña cortada y mayor seguridad en el transporte. Posteriormente, ya en la década de 1980, sus reivindicaciones serían más elaboradas y sus luchas más violentas: "estabilidad en el empleo, mayores salarios, descanso

⁵⁹ Lucia Oliveira, op. cit., p. 8 y 12

⁶⁰ Véase Maria Conceição D'Incao y Moaeyr Rodríguez Botelho. "Movimiento Social y Movimiento Sindical entre los Asalariados Temporales de la Agroindustria Canavieira en el Estado de São Paulo". *Movimientos Sociales en Brasil*". UNU-PAL.

remunerado, derecho a remuneración por enfermedades, control del trabajador sobre lo que produce, eliminación de la explotación adicional realizada por el “gato” o contratista, etcétera.”...⁶¹

Se desarrolló también la tendencia a la organización sindical y a la vinculación al movimiento sindical ya organizado. En 1979 surgen, en el Tercer Congreso de Trabajadores Rurales, las primeras movilizaciones organizadas de estos trabajadores. Desde entonces hasta ahora, se presencia, como dice Ruy Mauro Marini, “ la transformación de la mano de obra semi-asalariada del campo en auténtico proletariado, cada vez más urbano (...) y que emerge, en esta primera mitad de la década de 1980, dispuesto a –luchando por sus derechos- ocupar el lugar que le corresponde dentro del movimiento obrero”.⁶²

Finalmente, los movimientos religiosos tuvieron un significativo ascenso en los años 70. Es difícil precisar el origen de la clase de sus dirigentes. En la Iglesia Católica la mayoría de aquellos que llegan a ocupar los más altos cargos de su jerarquía provienen de las clases dominantes, pero existen muchos sacerdotes que provienen de las clases medias y hasta incluso de sectores populares. Sin embargo, la gran base social católica está compuesta por las clases medias y los sectores populares. Fue sobre todo entre ellos que el trabajo de las CEBs (Comunidades Eclesiásticas de Bases) fue más intenso, perseverante y fructífero, no sólo limitando a las ciudades, sino penetrando también en el medio rural.

El trabajo de las CEBs extrapuló los límites de la religión y se enfocó notoriamente a las cuestiones políticas y sociales, desde la lucha por la amnistía, pasando por el apoyo a movimientos huelguistas hasta la lucha por las elecciones directas para presidente. Esto porque las CEBs en general fueron dirigidas, a partir de los años 60, por los sectores más progresistas de la Iglesia. Su contribución al avance de los movimientos sociales en su conjunto fue altamente positiva y estimulante a medida que apoyaron las reformas sociales, las reivindicaciones populares y el proceso de democratización del país. Pero, en cierto sentido, tiene razón Helleieth Saffioti cuando destaca la duplicidad de la función social de la Iglesia. Debido al interés que posee su análisis, vamos a citarlo ampliamente:

“Las CEBs que ya sobrepasan tres millares en el país, no actúan solamente en el medio urbano, sino también en el medio rural, organizando a los agricultores sin tierra para luchar por la legalización de la posesión del

⁶¹ Maria Conceição D’Incao y Moaeyr R. Botelho, op cit., p.17s.

⁶² Ruy Mauro Marini, op. Cit., p. 195.

suelo en que plantarán sus medios de subsistencia. En consecuencia principalmente de la actuación de las CEBs en la lucha por la posesión de la tierra, se han registrado conflictos entre la Iglesia Católica y el Estado brasileño. Al fin y al cabo, las relaciones entre el poder político instituido en varios niveles (municipal y federal) y la Iglesia llegan siempre a buen término, una vez que la Iglesia, al conducir los movimientos sociales a través de las CEBs, regula la profundidad de los cambios socioeconómicos pretendidos por los menos favorecidos. No es pues, correcta la afirmación de que la Iglesia hizo su opción por los pobres. Es cierto que defiende intereses de estos últimos, pero lo hace en un escenario político en cuya estructura de poder le está reservado un determinado espacio que ella intenta no solo preservar, sino también ampliar, sin, siquiera romper las reglas del juego. La función social de la Iglesia ha sido, por lo tanto, en los últimos 20 años, doble, en tanto que es interlocutora legítima ante el Estado, y expresa las aspiraciones populares, como detentora de una buena parcela del poder político, y dificulta la emergencia de rebeliones populares con potencial revolucionario”.⁶³ Vale la pena, sin embargo, recordar que tal duplicidad no debe ser imputada a la Iglesia en su conjunto pues en su interior están presentes las contradicciones sociales. Es decir, por lo tanto, que no hay una “opción por los pobres” es una media verdad, pues existen sectores religiosos que realmente hicieron esta opción. El caso de Nicaragua ilustra, de forma contundente, dicha observación.

Paralelamente, a la influencia de la Iglesia Católica, siempre entró en vigor, con mucha fuerza, la de las religiones de origen africano. Naturalmente, en Brasil adquirieron sus propios matices y algunas intentaron incluso asimilar algunos aspectos del catolicismo, dando origen a todo un sincretismo de cultos. Estas religiones, que muchas veces fueron reprimidas y perseguidas, se afirman y se expanden, de manera vigorosa, a partir de la década de 1970, en el círculo del movimiento negro. Existe incluso una tendencia al “emblanquecimiento” de las creencias y de los rituales. Comienza a estar de moda, entre las clases medias y hasta entre las élites blancas, la frecuencia a las “plazas”, a los locales de los cultos, a las casas de los jefes religiosos. Pero lo relevante en toda esa apertura es que las religiones afrobrasileñas llegan, paulatinamente, a ser cada vez más respetadas, no solo por sus seguidores, sino por la sociedad en su conjunto.

Pero, si estas son tan antiguas en cuanto a la llegada del primer africano a Brasil, lo mismo no ocurre con la serie de cultos relativamente nuevos y que llegaron a proliferar a partir de la década de 1960. Son creencias que poseen un carácter muy conservador y que se preocupan en ejercer su dominación entre las clases medias

⁶³ Saffiotti. “Caminos del feminismo en un contexto socio-económico subdesarrollado”, Movimientos sociales en Brasil, UNU, PAL, p.17 y 18.

bajas, sobre todo entre los sectores populares más carentes. La proliferación de estas sectas a través de construcciones rústicas, pero bien cuidadas, ya es un elemento del paisaje típico de las favelas. Son las llamadas Iglesias Pentecostalistas (Asamblea de Dios).⁶⁴

Aparentemente, predicán un moralismo fanático y reaccionario y tienden a apoyar los partidos más conservadores. La expansión de estas religiones es muy funcional al sistema, a medida que tienden a neutralizar la actuación de los sectores católicos progresistas y de los partidos de izquierda. En general, están vinculadas a organizaciones internacionales –principalmente norteamericanas- y reciben de éstas alguna ayuda financiera.

Estas religiones encuentran un caldo de cultivo en la precaria formación cultural del pueblo, en su abandono, en su desesperación ante sus condiciones miserables de existencia. Además, estas saben desarrollar con maestría –como lo hace también la Iglesia Católica- formas de socialización entre las personas, que van de las fiestas y rituales a los vínculos de solidaridad y fidelidad y finalmente, a la perspectiva de una vida no más allá que compense y justifique los sufrimientos de la vida terrenal.

En los procesos revolucionarios, estas creencias actúan como base efectiva para la contrarrevolución como fue, por ejemplo, el caso de los “Testigos de Jehová”, durante los primeros años de la revolución cubana, instrumentada directamente por la CIA.

Su actitud ante los movimientos sociales tiende a ser francamente reaccionaria teniendo en vista predicar el pacifismo, el conservadurismo, el inmovilismo, siendo por lo tanto verdaderos agentes del *status quo*. El comunismo es el síntoma de la presencia del diablo en la Tierra, y por lo tanto, los políticos y partidos de izquierda son su encarnación; el feminismo es la destrucción de los valores morales de familia, pues pretende retirar de la mujer sus atribuciones naturales concedidas por Dios; la clase obrera y el campesinado deben resignarse, pues estos son los designios divinos.

Sin embargo es bueno recordar que, a pesar de todo esto, muchos “pastores” carismáticos han asumido liderazgos efectivos en el ambiente campesino, favelado, femenino y hasta obrero. Muchos miembros y hasta dirigentes de estas sectas escuchan de forma más nítida el llamado de clase que el de la religión y llegan a

⁶⁴ Véase por ejemplo, Lia Zanota, Machado y Custódia Selma S. do Amaral. “Movimientos Religiosos en el Centro Oeste”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

incorporarse activamente a los movimientos de resistencias a la dictadura, a la lucha por la amnistía, por las elecciones directas y hasta incluso a la lucha por la victoria electoral de candidatos realmente comprometidos con la causa popular.⁶⁵

V. Los movimientos sociales en el momento de la "Apertura política"

Tratamos de mostrar como no fue aleatorio el ascenso de los movimientos sociales en los años 70. Resaltamos como estos fueron la respuesta a la quiebra del modelo económico y político que la dictadura trató de imponer al país y que resultó en una aguda crisis en todos los aspectos de la vida nacional. A la crisis estructural del capitalismo dependiente se antepone la crisis económica coyuntural, agravada por la crisis del capitalismo a nivel internacional.

El avance de la revolución científico-técnica en este sistema, particularmente la aplicación creciente de la automatización, tuvo sus efectos en los países dependientes, agravando la cuestión ya aparentemente inexplicable del desempleo.

El sistema autoritario brasileño no fue capaz de encontrar mínimamente respuesta a los agudos problemas sociales que se extendieron con sus secuelas de incultura, marginación, desesperación y protesta.

Es sabido que los momentos agudos de crisis no son los adecuados para el ascenso de los movimientos sociales y por ello no es nada casual que éstos crezcan paulatinamente en el curso de la década de 1970, para alcanzar el auge en su final. Ya en el inicio de la década de 1980, entre 1979 y 1983, la recesión abierta crea las condiciones para un retroceso de los mismos que sólo volvían a despertar a partir de la recuperación aún precaria de 1984-1986. Ésta al apoyarse en gran medida del sector exportador y al contraer las importaciones para crear un superávit de divisas que son usadas para pagar la deuda externa, produce una combinación de plena ocupación de factores, con alta inflación y bajos salarios, de efectos explosivos. Durante la década de 1980 los salarios caen de un 60% a menos de un 40% en su participación en la renta nacional.

Los movimientos sociales son permeables entre si y ello explica por qué el ascenso de uno estimula los otros. Esta es una cuestión elemental: un ciudadano puede participar de varios movimientos sociales. Así, por

⁶⁵ Sobre la influencia de las Iglesias en el medio rural, se veía Ilse Scherer-Warren, "El Movimiento de los Trabajadores Rurales en el Sur de Brasil", Movimientos Sociales en Brasil, PAL, UNU.

ejemplo, una mujer de la clase obrera, negra, residente en una favela o en un barrio carente y religiosa puede optar por múltiples alternativas de participación.

O sea, un mismo actor puede desempeñar simultáneamente varios papeles. Es por ello que, aunque las experiencias sean distintas, los movimientos sociales poseen entre sí, muchos elementos comunes. Fueron esos elementos comunes los que convergieron en aquel periodo, sintetizando el repudio al régimen autoritario. Ese repudio se manifestó de la manera más concentrada en la campaña por las "directas ya".⁶⁶

En este periodo histórico, los movimientos sociales se afirman como un nuevo sujeto social⁶⁷, dando origen a los nuevos sindicatos en la ciudad y en el campo, asociaciones de barrios, movimientos femeninos, proliferación de CEBs, organizaciones de negros, etc., que se relacionan y se interrelacionan.

Este nuevo sujeto social revela el ansia de participación y de democracia del pueblo brasileño relegado en sus derechos básicos de ciudadanía, durante los veinte años de la dictadura militar-empresarial.⁶⁸

Presionada por este nuevo sujeto social, la dictadura es obligada a hacer concesiones, pero las hace de manera que garantice la continuidad en el poder de los mismos representantes de los intereses del gran capital, asociados a los monopolios extranjeros.

Ello explica la mezquina y lenta reforma del sistema electoral y partidario.

Los nuevos partidos, como el PDT y el PT, surgen y se desarrollan a pesar de las enormes dificultades por la legislación electoral, pero consiguen atraer significativos sectores de los movimientos sociales, aunque el PMDB continúa siendo el partido hegemónico de la oposición hasta las elecciones de 1989.

En 1982 se realizan las elecciones directas para gobernadores, diputados, alcaldes (excepto en las capitales de los estados y en las ciudades consideradas de seguridad nacional y en las estancias hidrominerales) y concejales. La crisis económica durante ese año de campaña electoral intensa había recrudecido. Los

⁶⁶ Cabe mencionar, la elección directa e inmediata del presidente de la República.

⁶⁷ Theotonio dos Santos. "La Crisis y los Movimientos Sociales en Brasil". *Política y Administración*, n. 2. FESP-RJ, 1985.

⁶⁸ Nos referimos a la tesis de que el golpe militar de 1964 fue articulado y el poder pasó a ser ejercido personalmente por grandes empresarios asociados a las multinacionales. Véase René A. Dreyfuss. 1964: *La Conquista del Estado*. Vozes. Petrópolis. 1982: Vânia Bambirra. "El Estado en Brasil: de João Goulart a João Figueredo" *Tierra Firme*, n.1, Rio de Janeiro, 1985

movimientos sociales que habían sido los agentes del proceso de la apertura tienden a dividirse, en función de las distintas opciones partidarias. Cada individuo tiende a identificarse, con mayor o menor fuerza, con una propuesta de democratización de la sociedad. La experiencia de la ciudadanía de organización política es muy estricta. Las personas ni siquiera conocen los programas partidarios. Las opciones de militancia y electorales son hechas en función de la confiabilidad personal de los candidatos –el caso del gobernador Leonel Brizola, en Rio-, o en función de la innovación y ortodoxia del partido- el caso del PT-, o del pragmatismo, cabe mencionar el partido que puede derrotar al gobierno, en el caso del PMDB; o finalmente, en función del oportunismo personal. La existencia de partidos introdujo o permitió que se expresaran posiciones diversas en los movimientos sociales. A largo plazo, sin duda, esta diversidad funcionará para bien, pues la democracia se ejerce a partir de partidos organizados. Las definiciones partidarias cuestionaron momentáneamente en esta coyuntura específica, la unidad de los movimientos sociales. ⁶⁹

El embrión de la discordia, ya sembrado, proliferó en el seno del movimiento obrero y de muchas organizaciones de mujeres; sobre todo aquellas lideradas por las clases medias, se dividieron, lucharon y desaparecieron del mapa social; las organizaciones, al definirse por una u otra asociación, perdieron su unidad, y así sucesivamente. Eran sin duda, opciones transitorias, pues no se basaban –vale la pena insistir en esta tesis- en el análisis programático de los partidos y reflejaban una dificultad para asimilar correctamente las leyes del funcionamiento de una democracia moderna en lo que respecta a la relación entre movimientos sociales y partidos políticos. El descenso persistió durante los nuevos gobiernos estatales.

Posteriormente, como se frustró la lucha por las “directas ya”, los movimientos sociales resurgieron no propiamente en su particularidad, sino en su fusión en torno al consenso de detener la última gran batalla contra la dictadura. Al frustrarse el objetivo de ese inmenso proceso de movilización, el movimiento se proyectó sobre el ambiente político y las negociaciones para una sucesión aunque indirecta, pues sería hecho a través de un colegio electoral espurio. La expresión mayor, la cara más fea del régimen, que condensaba todo su simbolismo de corrupción y perversidad, se concentraba en la figura de Paulo Maluf. Ese fue tal vez el mayor “chivo-expiatorio” de nuestra historia. La opinión pública, por cierto, no apoyó a Tancredo Neves por sus méritos, por su obra pública inexistente, en cincuenta años de vida política jamás elaboró siquiera un proyecto de reforma social-, sino exclusivamente por ser el opositor del representante oficial del sistema, el

⁶⁹ Véase a este respecto Jorge Zaverucha, “Movimiento Obrero en Pernambuco (1970-1985)”, *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU. p. 14; Maria Noemi Castilhos Brito. “Mujeres en el Sur: Movimiento y Acción”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. P 15 y 16. Heleieth Safietti: op.cit. Carlos Alberto F. Lima. “La Lucha por el Espacio Urbano en Belen”. Ídem., p. 5 Varios otros autores citados concuerdan con esta tesis.

conciliador de la conciliación posible –“amplia, general e irrestricta”, como el lema de las “directas”- entre todos (conservadores, liberales, izquierdistas). El balance de las “directas ya” era pues, positivo. A pesar de no haber alcanzado su objetivo final de lograr la sucesión presidencial a través del voto directo, había conseguido dividir el partido de la dictadura y “elegir”, aunque con mecanismos autoritarios, un presidente liberal.

Pero Tancredo murió y la era de la llamada “Nueva República” quedó huérfana. Durante un año, el gobierno de José Sarney se caracterizó por la inmovilización, por el estancamiento de la crisis social, a pesar de que la economía registraba los primeros y débiles síntomas de recuperación.

En los estados, donde los gobernadores fueron electos por la oposición, algunas medidas reformistas, y sin duda, modernizadoras fueron insuficientes para movilizar los movimientos sociales que, cuando mucho, se manifestaron en torno a reivindicaciones muy específicas y sectoriales. La gran excepción fue el movimiento de los “jornaleros”, particularmente en São Paulo, que mucho avanzó en su organización, expandiéndose a través de la realización de combativas huelgas, afirmando un nuevo liderazgo y tendiendo a estrechar sus vínculos con el movimiento sindical urbano.⁷⁰ Dichos vínculos si bien representan una evolución del movimiento, como bien destacan M.C. D’Incao y M. R. Botelho, generan al mismo tiempo, un factor que complica su desarrollo, pues atraen la disputa de los partidos políticos y de las centrales sindicales (CUT y CGT) de tendencias opuestas y contrapuestas “creando situaciones delicadas para el movimiento de trabajadores y para el movimiento sindical rural”⁷¹ debido a posturas sectarias que estimulan disidencias y divisiones.

El fortalecimiento del sindicalismo rural que se afirma en el círculo de estas luchas tiene, por lo tanto, sus dificultades y problemas, pues intensifica la codicia por su control, por parte de las más diversas tendencias políticas, muchas veces a través de la instrumentación de la corrupción de liderazgos que se transforman en

⁷⁰ Maria Conceição D’Incao y Moaeyr Rodrigues Botelho muestran como el movimiento huelguista generado en Guariba se generalizaba “por toda la región de tal manera que hasta el 31 de junio (1985), 46 días tras el inicio del movimiento, 24 conflictos habían sido informados por la gran prensa, involucrando a 48.350 trabajadores, entre saqueos, depredaciones y huelgas. Estos en número de 19. A estas alturas, la FETAESP (Federación de los Trabajadores Agrícolas del Estado de São Paulo) informaba la realización de 25 acuerdos, involucrando a 27 municipios”. Op. cit., p. 23.

⁷¹ Op. cit. p., 26.

“costras”. A nivel nacional es posible percibir una intensa movilización de campesinos sin tierra, en buena medida organizados por la Iglesia Católica, y que están luchando desde hace años por una reforma agraria. Padres y obispos han denunciado insistentemente la gravedad de las tensiones de la zona rural, que ha dado como resultado el asesinato de centenares de campesinos.⁷²

El movimiento obrero realiza una gran cantidad de huelgas en los estados donde su presencia es marcada, como en São Paulo y Minas Gerais.⁷³ Se realizan también importantes huelgas nacionales de categoría profesional como profesores, bancarios, empleados de correos, etc. Pero son huelgas sectoriales, aisladas unas de otras, y que tienen como reivindicación básica, el aumento de salario, y no llegan a adquirir connotaciones más avanzadas que signifiquen propiamente un avance orgánico y político del movimiento en sí.

Además, en general, las huelgas en este periodo no son victoriosas (excepto la de los bancarios en 1985) y no logran cuestionar la política económica del gobierno central que “aprobó su nueva política salarial sin que el movimiento sindical alcanzara a imponerle por lo menos modificaciones”.⁷⁴

El movimiento sindical tiende a consolidar su división, polarizado por la conducción de los partidos, y la tentativa de huelga general patrocinada por la CUT resulta en un rotundo fracaso.

A su vez, los movimientos sociales urbanos, se manifiestan de manera impactante. Primero en São Paulo y enseguida en Rio, a través de acciones de protesta de desempleados por medio de asaltos a tiendas y supermercados.

A pesar de su carácter espectacular y de la amplia cobertura informativa nacional e internacional, dichos movimientos, como todo indica, fueron estimulados por fuerzas del antiguo régimen con el objetivo de desestabilizar los nuevos gobiernos de São Paulo y Rio de Janeiro. Demostrados sus límites y prontamente

⁷² Véase, por ejemplo, Aurilea Abelem, Op.cit.

⁷³ Véase Lúcia Oliveira. “El Movimiento Obrero en São Paulo”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. La autora destaca el aumento progresivo de la realización de huelgas, pues en 1984 son el doble de las que ocurren en el año anterior, p.19.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 19.

reprimidos o políticamente combatidos, desaparecieron tan súbitamente como habían surgido. En seguida, sus formas de manifestación tienden a menguar.⁷⁵

Es verdad que continúan llevándose a cabo movimientos de barrios, reivindicando atención a la salud, a la seguridad, al problema de los transportes, etc. Sin embargo, son manifestaciones menores en comparación a las ocurridas a fines del gobierno autoritario.

El movimiento de favelados no registró mayores avances a nivel nacional y no logró satisfacer siquiera partes significativas de sus reivindicaciones. No existen evidencias que comprueben lo contrario; los análisis revelan la existencia de una gran inmovilidad.⁷⁶ La gran excepción es la del movimiento de Rio de Janeiro. Esto porque durante el gobierno de Brizola se dio prioridad efectivamente a la atención a las reivindicaciones de los sectores carentes. Su meta fue el cumplimiento de un programa social de gran porte, concentrado fundamentalmente en la atención a los niños y jóvenes. En este sentido, fueron construidos 180 y contratada la construcción de otros 320 CIEPs (Centros Integrados de Educación Pública) con capacidad de atender a 500 mil estudiantes en los niveles básico y medio, en jornada completa. Los CIEPs abastecen todas las comidas, deportes, formación artística, asistencia medico-odontológica. Funcionan incluso en época de vacaciones, de manera que no interrumpen la asistencia de los alumnos.

Este programa, además de aliviar el presupuesto de las familias pobres, creaba condiciones para que la mujer pudiese trabajar fuera de casa y sobre todo, ofrecía al niño la posibilidad de una formación integral que lo volviera apto, en el futuro para ejercer una actividad a nivel técnico o profesional, esencial para el ejercicio de su ciudadanía.

Existen muchos otros programas que fueron cumplidos en Rio de Janeiro. Uno de los más relevantes fue el de urbanización de las favelas y la legislación de la posesión de la tierra urbana por medio del proyecto "cada familia un lote", que incidió prioritariamente sobre la mujer favelada. Es importante recordar que, apenas en

⁷⁵ Pedro Jacobi, op.cit.

⁷⁶ Véase por ejemplo, el excelente trabajo de Maritza Rezende Afonso y Sergio de Azevedo. "Ciudad, Poder Público y Movimiento de Favelados", *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU, donde se muestra cómo las expectativas del movimiento de favelados fueron defraudadas por el gobierno de Tanerredo Neves y, en seguida de Hélio Garcia, en Minas Gerais. Véase también el trabajo de Maria do Céu Cezar donde se muestra que, en una ciudad favelada como Recife (Pernambuco), el "Movimiento de Defensa de los Favelados solo surge el 1985". *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

el municipio de Rio de Janeiro, existen más de 400 favelas cuya población total se calcula en cerca de dos millones, o sea, casi un tercio de los habitantes de la ciudad.

La política del gobierno estatal, al apuntar en dirección de una efectiva resolución de los graves problemas sociales de esos amplios sectores, tuvo como consecuencia el fortalecimiento del movimiento de los favelados, pues, son las favelas más organizadas las que poseen mayor capacidad de reivindicación y de obtener mejoramientos por parte del poder público. De ahí proviene el crecimiento y mayor respetabilidad de la FAFERJ (Federación de las Asociaciones de Favelas de Rio de Janeiro).

El resultado de ese extenso programa social se manifiesta en las elecciones presidenciales de 1989 cuando Leonel Brizola alcanzó 70% de la votación del Estado de Rio de Janeiro.

En São Paulo y en Minas Gerais fueron creados por los gobiernos del PMDB, los CECF (Consejo Estatal de la Condición Femenina), compuesto por mujeres de este partido. En seguida se creó ese Consejo a nivel federal. A lo que todo indica que sus resultados fueron muy limitados (ni siquiera dispusieron de presupuesto propio y poder deliberante), excepto en el municipio de São Paulo, donde, por su influencia, se elevó el número de guarderías de 80 a 400; se creó la Comisaría de la Mujer en casos de violencia, divorcios, etc.).⁷⁷ En 1988, el PMDB perdió el control del Consejo Nacional de los Derechos de la Mujer, mostrando su carácter de cúpula al depender de los caprichos del ministro de la Justicia en función.

En otras regiones como las del sur, desgastadas por inundaciones y sequías, los propios gobiernos reconocen que poco pudieron hacer para atender las reivindicaciones sociales.⁷⁸ En las regiones norte y noreste –esta última también afectada por sequías y, luego por inundaciones, prácticamente nada fue hecho sustancialmente para enfrentar los gravísimos problemas de las poblaciones carentes.⁷⁹

⁷⁷ H. Saffiotti, *Feminismo y sus frutos en Brasil*, p. 28s

⁷⁸ El gobernador Jaur Soares dijo que se daría nota cinco. "Yo fui un gobernador que tuvo calamidades terribles en la administración: dos inundaciones, una sequía, los problemas de la Caldas Junior, el problema de la Habitasul, el problema del Sur Brasileño. (...) Yo no estoy haciendo nada y quien venga después de mi va a hacer la misma cosa, a no ser que retrase el pago del funcionalismo". *Periódico de Brasil*, p.6 1° cuaderno 4/5/86.

⁷⁹ Carlos Alberto F. Lima, comentando las obras del nuevo gobierno peemedebista en el Pará, tras 1983, dijo que este "atiende prioritariamente, las reivindicaciones de los Centros, Comisiones y Asociaciones de Barrios. A las inversiones megalomaniacas. (se refiere al periodo de la dictadura), el nuevo gobierno contrapone inversiones de menor envergadura como: construcción de estibas, recuperación de brazos de arroyos, posibilitando el desagüe de de las aguas que había sido perjudicado con el terraplén, etc." "La lucha por el espacio urbano en Belén". *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU.P.5. Este caso es ilustrativo – en general las realizaciones son mediocres a pesar de que, muchas veces, son acompañadas de costosas campañas publicitarias como en el caso del gobierno Hélio

Esta frustración de expectativas llegó a impulsar un nuevo auge de los movimientos sociales a partir de 1986, pero éste se dio en un contexto bastante distinto al de los años 70, como veremos en el próximo subtema. Sin embargo, vale la pena mencionar que fue en el movimiento negro y en el de mujeres donde el descenso y la desestructuración se manifestaron de forma más nítida.

Es verdad que, como destacamos anteriormente, el descenso crea condiciones para el avance de la conciencia crítica. Así, por ejemplo, aunque los movimientos femeninos sean astillados y dejado de ser percibidos en su conjunto por la sociedad civil, existen demostraciones de que la conciencia femenina continuó avanzando. Ilustra tal aseveración el hecho de que entre los libros más vendidos semanalmente en las mayores capitales siempre se destaquen las obras que discuten la situación de la mujer, constituyéndose en verdaderos *best-sellers*.⁸⁰

Es importante recordar pero que, como bien destaca H. Saffiotti, a pesar del reflejo del movimiento, las mujeres se organizan. El liderazgo femenino de clase media hiberna, pero las mujeres del pueblo tienden a superar los estrictos ambientes privados y a actuar en los espacios públicos⁸¹ participando en múltiples movimientos sociales, ya sean los de los barrios, los de favelas (hay una interesante tendencia a que los presidentes de las Asociaciones de Habitantes sean mujeres), de los sindicatos, de las invasiones de tierras, etcétera.

El movimiento negro "explícito" se avergüenza y se divide, pero el movimiento "implícito" continúa su curso por la demanda de una cultura milenaria. Lo interesante es que la conciencia del liderazgo negro tiende a dar un salto cualitativo, en el plano teórico, y a plantear la cuestión de la necesidad de una "creciente consolidación de una nueva identidad racial y cultural para el negro y, en cierta medida, también para los blancos brasileños- encauzando para las parcelas más proletarizadas del mundo blanco, desviadas con el régimen militar que debería ser el mundo de los blancos, al sector más explotado de la sociedad -el mundo de los negros".⁸²

⁸⁰ Autoras como Rose Marie Muraro. Marina Colussanti, Marta Suplicy fueron y continúan siendo muy leídas.

⁸¹ Op.cit., p 21. El análisis de Maria Noemi C. Brito. Op.cit., también va en la misma dirección.

⁸² Véanse los excelentes trabajos de Hamilton B. Cardoso, "Límites del Enfrentamiento Racial Aspectos de la Experiencia Negra de Brasil: Reflexiones". Movimientos Sociales en Brasil. PAL, UNU. P24; Joel Rufino dos Santos. "IPCN y Cacique de Ramos: Dos ejemplos de Movimiento Negro y Ciudadanía", Ídem.

En este sentido, es como la conciencia negra comienza a percibir, con toda nitidez, que la cuestión del negro se entronca con la cuestión de la clase social oprimida, de los proletarizados, sin tener que abdicar a la afirmación de sus tradiciones culturales específicas. Como bien destacó Joel Rufino, para el proletariado negro “es indiscutiblemente más fácil llegar a la conciencia de clase que a la de la raza”, pero una no debe oponerse a la otra, sino complementarse.

La energía peculiar que se manifiesta en los movimientos negros implícitos, según el mismo autor, contiene en su interior un potencial político-ideológico que puede ser, al mismo tiempo, un instrumento de lucha contra el racismo y contra el capitalismo.

Esta aguda conciencia crítica de las limitaciones de la etapa anterior al movimiento negro, dirigido por sus élites de clases medias, tiende a transformarse en consenso entre los nuevos analistas de este movimiento social. Ésta pronuncia, sin duda, un salto de calidad en la orientación del movimiento y la perspectiva de que, finalmente, éste logrará enraizarse en el seno de los sectores oprimidos.

Perspectivas de los movimientos sociales

Como vimos, los movimientos sociales en Brasil, en el momento en que se comienza a efectuar el proceso de apertura política, se expanden, se interrelacionan y fortalecen a sus organizaciones.

Durante la lucha electoral de 1982, seguida por la lucha por las “directas” y luego con el advenimiento de la llamada “Nueva República”, se crean nuevas perspectivas de relación con el Estado y los gobiernos estatales. Dichas perspectivas se desarrollan en el sentido de que es posible refuncionalizar el capitalismo de Estado, sometiéndolo, por lo menos de una manera más progresista, a los objetivos sociales reformistas.

Pero, el objeto estratégico implícito, revela que, en última instancia, el pueblo, a través de varias formas de movimiento, lucha por un nuevo proyecto histórico. Este consiste en la construcción de una nación soberana y efectivamente democrática (política, económica y socialmente) lo que las clases dominantes, oligárquicas y burguesas, no fueron capaces de crear.

La lucha por las reformas se inserta pues, en el contexto de una lucha más amplia, como una de las formas de manifestación de una lucha de clases, que afecta a sectores mucho más amplios.

A medida que el Estado no tiene condiciones de implementar, de manera sustantiva, una política de efectivas reformas sociales, comienza a manifestarse, en el seno de los movimientos sociales, la tendencia a constituir un proyecto social y político más global que pasa por la alianza de las fuerzas populares en torno a un programa de gobierno y a una estructura de poder donde el Estado y los movimientos sociales pueden colaborar entre sí, respetando sus diferentes funciones sociales.

Una importante oportunidad para el diseño de ese proyecto, fue la campaña por la Constituyente en 1986 y las luchas que se desarrollaron en su seno por las demandas populares. En esta oportunidad se formó un amplio frente entre los movimientos sociales, las entidades de clase, las instituciones democráticas y progresistas y los parlamentos de izquierda. Este frente, se iría a deshacer en las elecciones de 1987 para las alcaldías de las capitales en nombre del fortalecimiento de los partidos por separado. Sin embargo, en 1989, la elección presidencial vio reubicar las bases de esa alianza en el segundo turno de las elecciones cuando se unieron al PT (y los demás miembros del Frente Popular que con él se presentaron en las elecciones del primer turno), el PDT y sectores del PMDB y del PSDB.

Este amplio frente solo fue quebrado por el CGT, dominado por el llamado "sindicalismo de resultados" que recibió un enorme apoyo del *stablishment* para dividir el movimiento obrero. También fue un factor de debilidad la vacilación del PSDB cuyo apoyo a la candidatura de Lula fue extremadamente condicionado y frágil.

Pero al lado de esa unificación aún precaria de las fuerzas populares, se desarrolló también un proceso de unificación de la derecha, que a pesar de no disponer de un mensaje realmente popular, defendió a los candidatos con ella identificados con mayores oportunidades electorales. En este caso, los candidatos tuvieron plena libertad para atacar a todos los individuos e instituciones que suscitaban el odio popular. El candidato que la derecha terminó por apoyar por su posibilidad electoral⁸³, Fernando Collor, pudo así atacar a la dictadura a la cual sirvió el gobierno Sarney, bajo cuya sombra se eligió, las Fuerzas Armadas y particularmente el SIN, sin cuyo aval no podría ser indicado por el presidente Figueiredo como alcalde nombrado de Maceió, los empresarios de la FIESP, sin cuyo apoyo financiero no podría sostener su campaña.

Es importante resaltar que la campaña de Lula se hizo en nombre del socialismo, no como meta inmediata de gobierno, sino como objetivo final del movimiento que se unía a su alrededor. Esto es el resultado de un

⁸³ Ver René Dreifus. *El juego de la Derecha*. Ed. Vozes. Petrópolis, 1989

proceso de creciente definición ideológica de los propios movimientos sociales, particularmente de la CUT que se posicionó como socialista desde 1986.

De esta forma, el escenario político nacional tiende a configurarse entre dos grandes bloques de fuerza, la izquierda y la derecha. El grueso de los movimientos sociales tiende a sostener a la izquierda y solamente algunos sectores más pragmáticos siguen aún el llamado "sindicalismo de resultados". Este, sin embargo, después de definirse como pragmático y apolítico terminó por desenmascarar sus objetivos comprometiéndose definitivamente con la candidatura y posteriormente con el gobierno de centro-derecha. Con la evolución de ese gobierno y el fracaso de sus propuestas de conciliar los intereses de los trabajadores con un programa de reformas liberales deberá ampliarse el frente de fuerzas populares que se diseñó en las elecciones presidenciales y deberá desglosarse en el próximo parlamento y en las luchas por los gobiernos estatales y principales alcaldías.

VI. Movimientos sociales y democracia emergente

De lo que analizamos hasta ahora surge una temática definitoria de los demás pasos de nuestro raciocinio. ¿Cuál es el papel de los movimientos sociales en la determinación de las democracias emergentes dentro de los procesos de la apertura política que caracterizan la evolución reciente de la región latinoamericana?

Para analizar los movimientos sociales y su relación con la democracia emergente en Brasil es necesario situarlos en un proceso político global. La clase dominante brasileña elaboró un proyecto de apertura política a partir de 1973 que buscaba crear un modelo político liberal capaz de expresar más coherentemente los intereses de la base económica capitalista-industrial, implantada en el país en un contexto del proceso de internacionalización de la producción y el capital.

Esta propuesta sufrió a lo largo del tiempo, varias mutaciones. La primera idea que presidió las acciones del gobierno de Geisel tenía por objetivo lo que se llamó entonces una "descompensación controlada". Ésta buscaba restablecer los parámetros constitucionales que el régimen establecería en 1967, en el sentido de tolerar un cierto grado de oposición y de cuestionamiento los cuales fueron desfigurados por el Acto Institucional n.5 y varias medidas de excepción durante el gobierno de Garrastazu Médici. Con este espíritu se convocaron las elecciones de 1974, Hasta entonces, gran parte de la oposición votaba en blanco o nulo y no reconocía en el MDB, partido entonces llamado de "oposición consentida", una verdadera expresión de la lucha antidictatorial.

Sin embargo, a medida que la “descompresión controlada” volvía más viable el juego electoral, esas fuerzas fueron, con mayor o menor claridad, incorporándose al proceso electoral y el resultado fue una inesperada victoria electoral del MDB. Esta victoria fue ensuciada sin embargo por las artimañas del proceso electoral, que reducían el impacto del voto urbano, y por las medidas de represión y revocación de mandatos de parlamentarios más a la izquierda para restablecer la mayoría gubernamental. Sin embargo, esta demostración de la viabilidad de una victoria electoral opositora fue llevando a las fuerzas políticas y a los movimientos sociales a pensar no más en términos de una “descompresión”, sino de una apertura política que permitiese llevar más lejos el proceso de liberalización. El propio régimen comenzó a absorber esa terminología.

Sin embargo, las derrotas del partido del gobierno en las elecciones de 1976 y 1978, el desarrollo del movimiento de mujeres por la amnistía, la reaparición del movimiento obrero en São Paulo, su evolución en el sentido del cuestionamiento del régimen y de una creciente autonomía y la urgencia de un amplio sentimiento de la clase media del país a favor de una democratización real y más profunda, comenzaron a cuestionar los límites de una simple *apertura política*. Las concesiones del régimen siempre aparecían como insuficientes: la extinción del Acto n.5 el restablecimiento de las elecciones para gobernadores, la amnistía y la reacción de los partidos políticos.

Todavía sería solamente con el movimiento por las elecciones directas, en 1982-1984, que se configuraría la idea de una transición democrática. No bastaba con abrir el régimen, era necesario generar un nuevo régimen y la idea de la Constituyente era, para muchos sectores, la expresión de ese objetivo. Esta nueva concepción fue bien condensada en la fórmula de Tancredo Neves cuando propuso la creación de la Nueva República, que representaría una nueva institucionalidad para el país.

La burguesía fue obligada a redefinir rápidamente su proyecto, restablecer fórmulas de alianza, y buscar mecanismos de hegemonía más agresivos. Se vio abandonar el campo puramente tecnocrático y administrativo, en el cual se movía en general, para disputar en el plano de la lucha política y en las calles el apoyo de las masas, asumiendo en consecuencia, una postura ideológica más definida. Para poder conducir la fase de transición democrática y garantizar que la nueva institucionalidad sea, en el fondo, la vieja institucionalidad liberalizada, necesita readaptarse a la lucha en este nuevo contexto.

Por otro lado, el movimiento popular estuvo en todos estos años de dictadura en gran parte sometido a las propuestas de la clase dominante. Su iniciativa se restringía a acciones de radicalización de las propuestas de la clase dominante, rompiéndolas, haciéndolas ir más lejos.

Cuando la burguesía propone una simple incompreensión, el movimiento popular provoca una apertura. Cuando la burguesía asume la apertura política, el movimiento popular reivindica la transición democrática. Cuando la burguesía asume la transición democrática, se contempla en el movimiento popular un horizonte político e ideológico mucho más difícil de ser llevado porque, en realidad, en las fases anteriores, el movimiento se comportó de una forma pragmática, aceptando la hegemonía de las clases dominantes e intentando radicalizar los proyectos por ésta propuestos. Tuvimos así una situación en que la hegemonía burguesa nunca fue perdida en el proceso, sino que fue constantemente desequilibrada. Ahora, cuando surge la propuesta de una transición democrática y cuando esa propuesta es asumida por la burguesía y por toda la clase dominante, el movimiento popular ya no puede ofrecer una alternativa simplemente pragmática. Ésta necesita ir más lejos porque si la transición democrática fuera realmente realizada, si se estableciese una institucionalidad efectivamente democrática en el país, se inauguraría un proceso de contenido mucho más profundo en que el movimiento popular tienda a ser la fuerza hegemónica y determinante.

Desde el punto de vista de la burguesía latinoamericana y de la brasileña en particular, en las condiciones de nuestro país, donde se realiza un proceso democrático solo en el plano formal e institucional, manteniendo las condiciones del capitalismo dependiente, se hace imposible una real democratización sin transformaciones estructurales. Por ello, la clase dominante crea una serie de restricciones al proyecto democrático, asumiéndolo formalmente, pero negándolo en la práctica. Su posicionamiento a favor del proceso democrático procuró siempre evitar que se realizara una efectiva transición democrática. La prueba de ello fueron todas las restricciones impuestas a la Asamblea Nacional Constituyente, con el objetivo de reducir su soberanía, a través de la propuesta de un anteproyecto producido por una comisión de notables, indicada por el presidente; los límites a la participación y a la influencia de las fuerzas sociales populares en sus resultados; su subordinación a un presidente no electo. El mismo carácter proletario tuvo la cuestión de la elección directa para presidente, que no fue asumida por la Nueva República a pesar de haber nacido del movimiento por las Elecciones Directas. La Asamblea Constituyente, nacida de las aspiraciones de elecciones inmediatas para presidente, aumenta de cuatro a cinco años el mandato del presidente no electo.

Por detrás de esas luchas institucionales y políticas reside, pues, la esencia de las grandes contradicciones en perspectiva. Por detrás del consenso democrático establecido en el país, está la preparación de las clases sociales para el gran choque en torno al destino del capitalismo brasileño y norteamericano. El comportamiento de la clase dominante ha sido fundamentalmente en el sentido de evitar el cambio del actual modelo económico. La clase dominante cambió ciertos patrones de comportamiento de la economía en algunos sectores, con el objetivo de aumentar la eficacia del sistema, pero también con una clara postura demagógica para dar la impresión de estar tocando las cuestiones fundamentales. Sin embargo, hasta ahora se mantiene intacta la estructura básica del modelo económico de la dictadura.

Presenciamos así, un proceso de ilusionismo político, en que se asume una propuesta de transición democrática, al mismo tiempo en que se excluyen los mecanismos que podrían conducir realmente al país a una efectiva democratización. En ese contexto, el movimiento popular para responder a esta situación puede recurrir a elementos pragmáticos, como en el pasado reciente, pero se torna evidente la necesidad de desarrollar una propuesta mucho más ideológica, mucho más pragmática, para poder resistir a esos mecanismos y para poder desarrollar una oposición permanente y socialmente enraizada. El movimiento popular ha sentido esa necesidad. Por ejemplo: la necesidad de la CUT de tener una definición ideológica sería inaceptable hace poco tiempo atrás. No obstante, en su Congreso de 1986, su definición por el socialismo se hace necesaria como instrumento de forjar una propuesta coherente para ofrecer resistencia al Plan Cruzado, a la burguesía y al gobierno.

Su avance se reflejó también en el plano estratégico. Es el caso de la sobriedad alcanzada por la CUT en relación a la huelga general. En principio la huelga general fue una propuesta vaga y sin efectos; posteriormente ésta aparece como un instrumento de lucha contra la política económica del gobierno de la nueva República. Desde 1986 la CUT comenzó a tomar más en serio esta cuestión y a sentir que la huelga general era un enfrentamiento con la clase dominante, con su proyecto de gobierno y con la política económica. El movimiento sindical comienza a sentir la profundidad de la confrontación que está siendo propuesta en el país, pero los otros movimientos sociales están confusos dentro de esta nueva situación. El movimiento campesino, por ejemplo, aún no define su relación inmediata y su papel en una huelga general. Lo mismo ocurre con amplios sectores de las clases medias y de los movimientos sociales de nuevo tipo.

Sin embargo, en el sector sindical urbano es más clara la necesidad de un gran movimiento de enfrentamiento con las políticas antipopulares. Debido a su composición partidaria gubernista la CGT evitaba la crítica al congelamiento de los salarios, negándose sin embargo, a dar un apoyo activo al plan de estabilización del gobierno de Sarney. Posteriormente, en una lucha desesperada por su sobrevivencia como fuerza laborista, la CGT se vio arrastrada a las huelgas e incluso a una alianza con la CUT. Es por esta razón que surge una propuesta de movimiento sindical de derecha, disfrazado de apolítico y pragmático. Bajo la influencia de Medeiros y Magri la CGT cae en el "sindicalismo de resultados" que termina siendo un instrumento electoral. Se ve pues, que avanzamos hacia una gran confrontación ideológica, hacia una creciente definición estratégica y táctica. Estamos saliendo de una fase en que el pragmatismo fue modelo principal de comportamiento del movimiento popular brasileño, hacia una fase en que éste va a tener que pasar por un gran debate de ideas y de propuestas.

Los temas de fondo, oscurecidos en estos años, van a volver a la orden del día y vamos a ingresar posiblemente a una etapa de gran debate ideológico y programático nacional que se inició realmente con las elecciones

presidenciales. De cierta forma, los estudios sobre los movimientos sociales se extendieron y profundizaron el análisis de lo micro social, penetraron en la realidad familiar y de los pequeños grupos. Esta penetración fue una consecuencia necesaria de la dictadura. Como resultado de esa especie de retroceso táctico, estuvo oscurecida la confrontación ideológica fundamental para privilegiar el enfrentamiento. En la medida que el proceso de liberalización política estaba liderado por la burguesía y por el gran capital, éste asumió la forma de una confrontación con el Estado, con la autoridad y no con las fuerzas sociales que creaban y apoyaban la dictadura.

Desapareció del debate el hecho de que la dictadura fuese una expresión de los intereses del gran capital. En este sentido, la maniobra ideológica del gran capital fue muy bien hecha. Éste ha desarrollado un aparato ideológico bastante fuerte y ha conseguido la cooperación de sectores vinculados al movimiento popular que han ayudado a quitar carácter al contenido de clase de la dictadura. Esta pasó a ser una simple secuela de nuestro autoritarismo, una derivación del corporativismo atávico de nuestras sociedades. El enemigo pasó a ser el Estado autoritario y no el dominio de clase ejercido sobre él. La dictadura dejó de ser resultado de necesidades específicas de la dominación de clase. El hecho de que la gran burguesía se opusiera ahora a ella, demostraba que no había una relación de determinación entre dominación imperialista, gran capital, sobreexplotación y dictadura. La irradiación de esas ideas para el movimiento popular puso en condición de oposición al autoritarismo. De ahí su confusión respecto del carácter del Estado. La dictadura llegó a ser vista como un estatismo. Llegó a aceptar la idea de que la dictadura se establecería también y hasta prioritariamente *sobre la burguesía*, el capital privado, los intereses privados, la iniciativa privada.

Se llega así a la conclusión de que la iniciativa privada luchó para terminar con la dictadura para que se restableciera la verdadera democracia, que llega a confundirse con la iniciativa privada. Se trata pues de un discurso ideológicamente bien armado. Ocurre, sin embargo, que ese discurso no tiene condiciones materiales de sustentación.

¿Cómo podrá la burguesía brasileña proponer un desarrollo capitalista no estatal? ¿Qué desarrollo capitalista es viable para Brasil, sino el capitalismo monopolista de Estado?

Por lo tanto, este discurso puede funcionar en términos de mistificación ideológica, buscando crear una confusión en el movimiento popular. Pero es un discurso sin contenido práctico en términos de política económica. Porque al contrario del discurso, es la burguesía que está haciendo el ultra estatismo y que actúa constantemente en el sentido de aumentar la intervención de Estado en la economía. El intervencionismo asume formas extremadamente fuertes y hasta inusitadas para proteger los intereses monopólicos del capital nacional e internacional.

Se trata de una inconsistencia muy seria que revela las dificultades prácticas del capitalismo dependiente, concentrador y marginador. Es necesario pues, generar, de alguna forma, condiciones para un discurso de izquierda suficientemente amplio, suficientemente global, suficientemente integrado, capaz de denunciar incluso los límites y las contradicciones de la clase dominante. Se vuelve necesario entregar al movimiento popular las armas teóricas e ideológicas para pasar a una nueva etapa de articulación de su potencial que se desarrolla particularmente en esta coyuntura.

La meta de la democratización y de la transición democrática pertenece mucho más al movimiento popular que a la clase dominante. Ésta al verse obligada a asumir una propuesta que radicaliza en gran parte sus objetivos políticos, se ve obligada a usar cartas ajenas para poder mantener una posición ofensiva.

La burguesía había establecido como meta solamente una reforma constitucional que permitiera ampliar las libertades públicas y personales en el interior del antiguo régimen. Una vez más el movimiento popular consiguió radicalizar su propuesta y estableció como meta una Asamblea Constituyente que permitiera llevar a cabo la transformación más definitiva del régimen autoritario para el régimen democrático.

Sin embargo, los mecanismos creados por la clase dominante para condicionar a la Constituyente pusieron al movimiento popular en defensiva y limitaron su capacidad de producir una mayoría democrática y progresista. Las fuerzas de izquierda y progresistas, conformadas como minoría en la Constituyente, solo pudieron asegurar su consecuencia en la afirmación de un Estado liberal, en la defensa de algunos intereses del capital nacional y en la reglamentación de algunos derechos sociales de las clases trabajadoras. Esta condición minoritaria vuelve a presentarse en las elecciones de 1989 para presidente de la República, cuando, en el segundo turno de la votación, las izquierdas enfrentaron solas a una derecha anclada en el populismo de su candidato.

Existen, sin embargo, factores más profundos, desde el punto de vista económico y social, que pueden facilitar la rearticulación de los intereses burgueses en el país. En ese momento, el sistema económico internacional se encuentra en el límite de su rearticulación, a través de una nueva división internacional del trabajo, en la cual Brasil ocupará un papel importante. Deberán transferirse a Brasil, algunas de las principales industrias que representaron un papel de punta hasta la década de 1950 y 1960, pero que hoy se vuelven obsoletas como consecuencia de la revolución científico-técnica. El desarrollo de esas industrias podrá traer un cierto auge económico que permitirá a la clase dominante aumentar, durante un cierto periodo, su legitimidad económica y política. Es importante plantear también las posibilidades representadas por las reservas minerales, sobre todo en la región amazónica, como insumos de una nueva fase de expansión de la economía mundial.

Al lado de la implantación de nuevas actividades industriales, mineras y agrícolas ligadas a una nueva expansión del comercio mundial, que deberá ocurrir a mediados de la década de 1990, se ubica también la destrucción de aquellas que no pueden mantener una competitividad en esta fase. Se debe esperar, por lo tanto, un periodo intermediario de liquidación de algunos sectores económicos implantados en el país al lado de la creación de otras inversiones.

En realidad, se trata del ajuste del país a la ley de los costos comparados, que rige la ideología liberal de las relaciones económicas internacionales. Son esas supuestas leyes económicas que justifican la idea de un libre comercio mundial en que todas las partes serán beneficiadas.

Según esas leyes, la alta competitividad de la agroindustria europea y norteamericana justifica y aconseja el abandono creciente de esas actividades en los países del Tercer Mundo, donde una agricultura tradicional resiste a los cambios tecnológicos en la producción agrícola. El resultado histórico es que estos países se convierten de exportadores agrícolas netos (muy especializados, en general, a través de mono culturas exportadoras) en importadoras agrícolas netas.

No hay duda de que el avance de la revolución científico-técnica cambió sustancialmente la actividad agrícola aumentando drásticamente su productividad, su dependencia del sector industrial, y hoy, de la investigación científica y del desarrollo de nuevos productos.

Pero es un hecho también que estos sectores económicos son altamente subsidiados por el gasto público en EUA y en Europa. Sólo así se explica su capacidad de financiar su avance tecnológico, su capitalización y su productividad actual.

En la nueva división internacional del trabajo, los centros hegemónicos se reservan las actividades de mayor intensidad en investigación y desarrollo, transfiriendo a los países más avanzados del Tercer Mundo las industrias y otras actividades tradicionales.

¿Cuál será el efecto de estos cambios sobre los movimientos sociales?

Es necesario señalar que la fuente de nuevos empleos en la etapa tecnológica que se desarrolla serán cada vez más las actividades de servicio (terciario), particularmente aquellas ligadas a la información, a la investigación, a la cultura y al ocio (que se reúnen bajo el concepto del sector cuaternario).

El empleo agrícola e industrial tradicional tiende a disminuir drásticamente a medida que avanza la automatización de los procesos productivos y los efectos de los descubrimientos biogenéticos en la tecnología de la producción alimenticia y de nuevas materias primas.

De esta forma, el Tercer Mundo, al industrializarse en una fase posindustrial del desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace de una forma subordinada, dependiente y reflexiva, aumentando su concentración económica y su incapacidad de generar empleos y absorber productivamente a su población. Deben reproducirse y hasta ampliarse en esos países, las masas de desempleados y subdesempleados que forman la mayoría de sus poblaciones.

En el proyecto de las oligarquías brasileñas para situarse en la nueva división internacional del trabajo, se incluye pues, una dosis creciente de marginalización y miseria para nuestro pueblo.

Pero, al mismo tiempo, se abren perspectivas para sectores de la clase media, sobre todo profesionales y empresarios ligados a la nueva fase de dependencia.⁸⁴

Esa oligarquía pretende asentar su dominio en un liberalismo conservador, pero esclarecido. Debe respetar más las libertades personales de esas clases medias y sus derechos políticos, tolerando incluso una cierta presencia política de los grupos de la clase media más avanzados técnicamente.

¿Hasta qué punto es compatible un modelo político de ese tipo, asentado sobre relaciones económicas tan desiguales e injustas?

¿Hasta qué punto conseguirá anteponer las cooptaciones que puede ofrecer a las élites sobre la rebelión de las grandes masas de marginales y de sobreexplotados?

En estas interrogantes se condensa el destino de los movimientos sociales en esta fase histórica de su desarrollo. Una efectiva democratización del país dará voz e instrumento de acción a esas grandes masas que no encuentran un lugar en el capitalismo dependiente.

⁸⁴ Venimos estudiando esta problemática en nuestros libros: *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*, *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, ambos editados por Vozes, y *La Crisis Actual del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo*, editada por Contrapunto en Argentina y a publicarse en Brasil por la Editora de la UnB.

¿Es posible, para la clase dominante limitar la democratización a los sectores sociales a los cuales puede beneficiar? ¿Se contentará a las grandes masas marginadas del proceso de crecimiento económico y modernizador con los limitados beneficios caritativos que el gran capital les puede ofrecer?

Este debate ideológico, político y económico será la fuerza de nuestra vida política en el futuro próximo. ¿Qué es democracia, quien la efectúa y para qué y a quién se la hace?

Los movimientos sociales se preparan práctica e intelectualmente para ese debate, empujados por la propia dinámica de los acontecimientos.

VII. Movimientos sociales y movimiento político: Los caminos de la izquierda brasileña

1. La izquierda brasileña en la encrucijada

La izquierda brasileña pasa en este momento por profundas transformaciones, bajo el impacto de poderosos acontecimientos históricos.

El golpe de Estado de 1964 extinguió un importante movimiento de masas que crecía desde la democratización de 1945 hasta convertirse, a partir de 1961, en un amplio y vasto desafío al sistema económico-social y al régimen político vigentes.

El triunfo de la contrarrevolución, que irónicamente se autodenominó "Revolución Gloriosa", dio origen a un penoso proceso de luchas democráticas, que pasó de la resistencia armada y clandestina después de 1964 a la guerrilla urbana de 1968-1974, para culminar en la rearticulación de la lucha legal a partir de las elecciones de 1974. Esta reanudación de las luchas legales, que, con el tiempo se convirtió en una posición consensual de izquierda, se hace en el interior de la política de apertura, iniciada en 1973 por el propio régimen. De esta forma, las fuerzas económicas y sociales que realizaron el golpe de 1964 consiguieron mantenerse en el poder y hegemonizar la propia liberalización del régimen, sin romper totalmente con él y sin amenazar sus intereses básicos de clase.

En este contexto, las fuerzas conservadoras, en su versión liberal, mantuvieron la iniciativa política y consiguieron usar, muchas veces, la izquierda dividida y atónita como masa de maniobra de su estrategia de liberalización controlada del Estado autoritario.

Ya decía Marx en la *Ideología Alemana* que la ideología de la clase dominante tiende a ser la ideología socialmente dominante. Las clases subordinadas económica y socialmente tienden a serlo también ideológicamente.

Desmoralizadas por la derrota de 1964, divididas por el efecto de las disputas intersocialistas a nivel internacional, aisladas de las masas por el sectarismo alimentado por la clandestinidad forzada e intimidadas por la represión selectiva, técnica y brutal de 1968-1973, las fuerzas de izquierda se encontraron desunidas y confusas ante la apertura política y solo poco a poco se fueron adaptando a las nuevas circunstancias. Esto explica, en buena medida, por qué en la mayor parte del proceso de transición democrática, éstas ocuparon, en general, posiciones subordinadas en los diversos partidos existentes, y se vieron incapacitadas para construir una alternativa propia al régimen existente.

2. La diferenciación partidaria

Las fuerzas tradicionalmente ligadas al Partido Comunista Brasileño, que ejercía una clara hegemonía estratégica sobre el conjunto de la izquierda, sufrieron un amplio proceso de escisiones desde el inicio de la desestalinización. Este se inició por la derecha con la corriente nacionalista de Agildo Barata en 1955-1956 y con la adopción, en la Conferencia de 1958 del PCB, de la línea kruchevista de lucha legal y de alianza con la burguesía nacional democrática. El proceso continuó con una escisión por la izquierda con la salida de Pomar, Grabois y Amazonas en 1961 y la formación del PC del B, de tendencia pro-china. Debido a la línea de derecha asumida por el Congreso del PCB en 1966 surgieron las escisiones de Carlos Mariguela (para formar la ALN, de contenido "foquista"⁸⁵, con énfasis en el militarismo urbano), la de Gorender y Mario Alves (para formar el PCBR que intentaba combinar la organización partidaria y el "foquismo"), el de MR-8 (de tendencia claramente foquista), las disidencias de Rio Grande do Sul (que se unieron a las sobrevivencias de la POLOP para formar el Partido Obrero Comunista (POC), que sufre varias subdivisiones posteriores).

Las escisiones alcanzaron también a la nueva corriente marxista iniciada en 1961 bajo el impacto de la revolución cubana y del cuestionamiento del marxismo tradicional, de origen estalinista, expresada en Brasil

por la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera, más conocida como POLOP. Iniciándose con una crítica al "foquismo", esta organización terminó influenciada por éste y sufrió varios desprendimientos que adoptaron esa línea. Así surgieron, en alianza con los sargentos y oficiales revolucionarios (desarticulados por el fracaso de la guerrilla de Caparaó, que había sido organizada por el Comando Revolucionario instalado en Uruguay), las organizaciones nítidamente foquistas de la VPR (Vanguardia Popular Revolucionaria) en Sao Paulo y la COLINA en Minas Gerais. La unión de ambas dio origen posteriormente a la Vanguardia Armada Revolucionaria- VAR- Palmares, en 1969, que luego sufrió una escisión más ortodoxamente militarista que retomó el nombre de VPR.

Las corrientes de la izquierda cristiana, que se habían unido en 1961-1962 en torno a la Acción Popular (AP), sufrieron también los embates del fracaso de 1964, de la clandestinidad, del sectarismo y de las divisiones internacionales. La AP se inclinó rápidamente para el maoísmo y una parte de sus grupos se pasó al PC del B, otra parte conservó el nombre de la AP-marxista-leninista, otra se convirtió en foquismo y otras mantuvieron la orientación cristiana original.

Sería ocioso acompañar con detalle la historia de esos pequeños grupos de militantes divididos por su sectarismo, hostilizados, reprimidos y masacrados por la acción policial, cada vez más desunidos por su aislamiento de las masas. Dos libros recientes dan un marco amplio del periodo: Denis Morales, *La Izquierda y el Golpe de 1964*, Espacio y Tiempo, 1989 y Jacob Gorender, *Combate en las tinieblas*, Editora Ática, 1987.

El movimiento Democrático Brasileño (MDB), creado en 1966 después del desconocimiento de los antiguos partidos liberales y laboristas, fue estimulado por la propia dictadura, que necesitaba contar con una oposición legal. En seguida, fue depurado de sus escenarios más progresistas por los constantes ataques realizados por los dictadores de turno. Esto llevó a un aislamiento entre la lucha legal y gran parte de la izquierda, desilusionada con las posibilidades de la lucha parlamentaria. Sin embargo, a partir, de la apertura política de 1973, el MDB comienza a aparecer como una alternativa política para esas fuerzas de izquierda tan diezmadas y confundidas por la represión brutal de 1968-1973.

El PCB se mantenía históricamente en la línea de actuación legal intentado incluso la organización de un Frente Amplio que llegó a unir João Goulart, Juscelino Kubitschek, Carlos Lacerda, Ademar de Barros y Jânio Quadros. Este frente se rompió con el recrudecimiento de la represión a partir de 1968.

Leonel Brizola, desilusionado con la experiencia foquista, volvió desde 1967 a interesarse por la actuación del MDB de Rio Grande do Sul, que se transformó en el núcleo partidario e ideológico más sólido de la nueva fase

que se inició con las elecciones de 1974. El llamado al voto nulo y a la abstención alcanzó un tercio de las votaciones anteriores, pero en 1974 la población votó masivamente en el MDB.

Poco a poco, las demás fuerzas progresistas se fueron incorporando al estuario político de las oposiciones, cada vez más confiadas, junto con todo el pueblo brasileño, en la inevitabilidad de un restablecimiento democrático en el país.

A partir de entonces se fue formando el consenso democrático que destacamos al principio de este capítulo. Las fuerzas de izquierda se fueron incorporando al MDB, algunas manteniéndose organizadas y otras dispersándose después de una profunda autocrítica de su pasado sectario. Sería otra vez ocioso seguir este tortuoso camino de autocríticas, recomposiciones políticas, cambios de líneas y alianzas internacionales. Con el tiempo, esas fuerzas se fueron decantando y hoy sobreviven más como reminiscencias que como fenómenos reales y vitales. Son sombras de un auge contestatario y hasta revolucionario de vastos grupos de nuestro pueblo ante la brutalidad dictatorial que interrumpió un auge de masas, cultural y de transformaciones sociales nunca antes alcanzado en el país.

3. La recomposición partidaria

Desde 1979, vivimos un permanente proceso de liberalización con la revocación del Acto Institucional n.5, la concesión de la amnistía, la permisión de la reorganización partidaria y el restablecimiento de las elecciones directas a nivel estatal en 1982. Con la división del partido del gobierno –PDS- ante la campaña por las directas ya, en 1984, se formó la Alianza Democrática que comandó el país para la escuela del Presidente Tancredo Neves en el Colegio Electoral, la elección de los alcaldes de las capitales, en 1985, la elección de los gobernadores y de la Asamblea Constituyente, en 1986. En esta nueva situación, la idea de una simple apertura política fue siendo sustituida por la concepción de una transición democrática que debería culminar en la elección directa para presidente aplazada varias veces, hasta realizarse en 1989.

En este nuevo escenario político, se fueron restableciendo poco a poco las verdaderas vocaciones partidarias del pueblo Brasileño. El MDB, como era natural, vio desprenderse de su lecho común varias fuerzas que componían el frente amplio que se mantuviera indiferenciado hasta 1979. Primeramente, fueron parte de las corrientes populares en las zonas más politizadas del país, con geografía política muy desigual.

En Río de Janeiro y Río Grande do Sul, innegablemente los estados políticamente más avanzados del país, se configuró un marco partidario bastante amplio ya en las elecciones de 1982. Las fuerzas históricas del laborismo, renovadas por su madurez ideológica y política, y enriquecidas con amplias corrientes de fuerzas de izquierda, asumen un papel hegemónico en Río de Janeiro y tienden a asumirlo en Río Grande do Sul.

El partido que resultó de ese realineamiento de fuerzas, iniciado en el exterior en torno del liderazgo de Leonel Brizola, heredero indiscutible de la tradición laborista y conductor consciente de su modernización, adopta la concepción del “Laborismo como Camino Brasileño al Socialismo”, establecida en el encuentro de los Brasileños del Exilio y del Interior, realizado en Lisboa, en 1979.⁸⁶

En São Paulo, donde la tradición laborista nunca se cristalizó en un partido político y donde las fuerzas de izquierda disponían de una base social más arraigada, surgió una nueva expresión partidaria muy especial, el Partido de los Trabajadores. Hegemonizado por un liderazgo obrero nacido en las huelgas de 1978-1979, con un papel decisivo en la democratización del país, el PT atrajo a las comunidades eclesiósticas de base y a la Iglesia Progresista, extremadamente actuante en la década de 1970 contra la dictadura (sobre todo a partir de la total liquidación de las otras formas de expresión política), y las facciones obreristas de la nueva izquierda, divididas en torno a casi 12 siglas.

El PT no asumió un papel hegemónico en el estado de São Paulo, pero cuestionó fuertemente la sobrevivencia local de las fuerzas que buscaron canalizar la herencia del antiguo MDB, manteniéndose articuladas en torno a la nueva leyenda del PMDB y que, posteriormente, dieron origen a la escisión que resultó en la formación del PSDB.

En el resto del país, el proceso de diferenciación partidaria se va dando más lentamente. No debemos olvidar que los sectores conservadores del MDB intentaron organizarse en un partido liberal –el Partido Popular (PP), de Tancredo Neves, que volvió a unirse al PMDB cuando se vio inviable electoralmente por el paquete electoral de nuestro liberalismo, que vuelve a manifestarse hoy en día en la representación electoral del Partido del Frente Liberal (PFL), de Aureliano Chaves y Marco Maciel, en las elecciones municipales de 1985, 1986, 1987 y finalmente, en las elecciones presidenciales de 1989.

En Recife, otro centro políticamente muy avanzado, la diferenciación del PMDB en nuevos partidos vienen asumiendo una forma tortuosa. Una fuerte facción del PMDB crea una leyenda –el PSB- para tener un canal de expresión electoral, pero luego regresa al PMDB. La figura de Miguel Arraes consigue mantener la imagen progresista del PMDB, pero son permanentes y amplias sus divergencias internas que se traducirán en un nuevo rompimiento de Arraes para integrarse al PSB.

Al contrario de lo que se esperaba, el PCB no consigue afirmarse como una alternativa partidaria en uno de sus principales reductos, mientras que el PT se vuelve una opción junto con el PSB de Arraes y el PDT alcanza una también inesperada condición de tercer partido en Pernambuco.

En la Bahía, la escisión de Waldir Pires, que se incorpora al PDT, y a otras escisiones en perspectiva en el país parecen fortalecer un amplio frente de izquierda en torno del PT y el PDT.

4. Las perspectivas

Es así como se va perfilando el nuevo escenario partidario del país y el papel de las izquierdas en su interior.

El PMDB se va desprendiendo de sus sectores de izquierda y tiende a constituirse en un gran partido de centro-derecha, aliado a nivel nacional con los partidos de claro carácter conservador. La elección de Fernando Collor llevó a la unión del PDS, PFL y a amplios sectores del PMDB. De la misma forma, deberá provocar una definición del PSDB para intentar situar más en el centro su gobierno. Esto deberá provocar, como ya viene ocurriendo, escisiones a la izquierda del PSDB.

El PDT tiende a consolidarse en torno al liderazgo de Leonel Brizola, con una fuerte base política y electoral en Rio de Janeiro y en Río Grande do Sul y tiende a convertirse en el polo de atracción de los desprendimientos de izquierda del PMDB, así como de los sectores más moderados del PSDB, sobre todo fuera de São Paulo. Al definirse claramente por una alianza con el PT, abre camino a una fuerte oposición de izquierda a nivel nacional, y se genera un poder aglutinados de izquierda en el país, que no ocurrió en las elecciones de 1990, llevando a un amplio fracaso electoral que obligará a la autocrítica de esos sectores.

El PT tiende a afianzar su influencia política en São Paulo para poder garantizar una perspectiva nacional, pues demostró en las elecciones de 1989 un significativo crecimiento en Brasilia, Minas Gerais y otros estados del Norte y del Noroeste. La evolución del PT en la dirección de una alianza de fuerzas populares a nivel nacional consagra una tendencia iniciada en la Asamblea Nacional Constituyente y ratificada en la formación del Frente Popular con el PSB, el PC de B y el Partido Verde para apoyar la candidatura de Lula para presidente en el primer turno. La expansión de esa alianza en el segundo turno con la participación del PDT, de la izquierda del PMDB, del PCB y de sectores del PSDB confirmó una tendencia a la unificación de las fuerzas populares en el país.

Después de esos años de marchas y contramarchas, la izquierda Brasileña se aproxima a la madurez. Ésta se expresa en la independencia teórica, estratégica y táctica. En el reconocimiento de la originalidad y particularidad histórica de la revolución brasileña. En la capacidad de rescatar su liderazgo y tradiciones históricas sin dejar de abrirse al futuro. En la comprensión creciente del papel de la unidad y del combate común incluso cuando persisten las diferencias de concepciones globales. Todo esto se hace extremadamente necesario en un momento en que un gobierno de coalición liberal-conservadora entre los sectores más liberales de la dictadura y los sectores más conservadores de la oposición se vuelve cada vez más evidente, dando continuidad al gobierno de Sarney, cuya inmovilidad llevó a esas fuerzas al paroxismo y a la necesidad de apelar a un candidato ubicado aparentemente encima de los partidos y presentando una retórica de rebeldía y agresión a las mismas fuerzas que lo lanzaron y lo sostienen en la vida pública. Brasil espera a que las fuerzas políticas de origen popular le presenten una alternativa, un programa, un líder, un partido en torno de los cuales se agrupen las inmensas masas explotadas, expoliadas y marginadas de ese país.

A medida que se perfila este escenario de propuestas positivas deberá producirse una fuerte alianza entre las fuerzas políticas populares y los movimientos sociales en su conjunto que serán así preservados del sectarismo y el divisionismo de la izquierda y tendrán una orientación política más clara y definitiva.

Apéndices

I. Constituyente. Una agenda para el debate⁸⁷

1. ANTECEDENTES DE LA CONSTITUYENTE

El pueblo brasileño desea pasar en limpio la herencia institucional dejada por la dictadura militar que se impuso por la fuerza y por la violencia, en esos años de excepción, arbitrio, casuismo y autoritarismo.

Hay una voluntad colectiva en formación, expresada en los amplios movimientos de masa contra la dictadura en la campaña por las elecciones directas ya y otras manifestaciones de un nacionalismo aún ingenuo. Este deseo se identifica incluso con los símbolos nacionales, antes tan distantes del pueblo, y aspira a establecer una nueva ordenación de la vida económica, social, cultural y político-institucional del país.

Despierta una nación entera con sentimientos de profunda generosidad en relación a su propio futuro, con la esperanza y la confianza en su capacidad de erigir una civilización diferente, humana y solidaria. Con la recuperación de sus mitos y fuerzas culturales. Con la idealización de su identidad étnica y racial, a la base de la aceptación de razas y culturas. Con el descubrimiento del concepto de ciudadanía y la certeza de implantación de un orden democrático, en el plano político y humano, con un ansia de participación social.

La voluntad nacional se articula en la búsqueda de *fundar* una nación que aún no se encuentra. Esta es una aspiración históricamente tardía. Brasil aparentemente ya se formó como nación, en el periodo colonial, cuando se despertaron los sentimientos de nacionalidad de una clase dominante: la oligarquía rural y minera que dio fundamento a las luchas y alcanzó la independencia. El pueblo brasileño, relegado en su mayoría a la condición de esclavo plebeyo no puede identificarse con la realidad institucional, instalada por la monarquía, que sobrevivió a lo largo de sesenta años conjuntamente con la orden esclavista en que se apoyaba.

⁸⁷ Este trabajo fue publicado originalmente en el libro *Constituyente y Democracia en Brasil Hoy*, Editoria Brasiliense, São Paulo, 1985.

Las clases medias urbanas, desarrolladas en las esteras de la urbanización de la segunda mitad del siglo XIX –básicamente complementaron a las oligarquías exportadoras de productos agrícolas-, lucharon por la abolición de la esclavitud, por la República, por la enseñanza pública y por la libertad religiosa, fundando la República sin conseguir, no obstante, sobreponerse al poder de las oligarquías tradicionales.

Los embates entre esas fuerzas nuevas sociales y la orden republicana oligárquica fueron reforzados por el desarrollo industrial de fines del siglo XIX y de las dos primeras décadas del siglo XX. Se iniciaron nuevas ondas de rebeldía, conducidas por jóvenes oficiales e intelectuales de vanguardia apoyados por industriales, obreros y artesanos. Los levantamientos tenientistas, la Semana de Arte Moderno, la defensa de las riquezas nacionales, la lucha por la Escuela Nueva, la exigencia del voto universal libre y secreto, las reivindicaciones de una legislación del trabajo y del derecho de organización sindical formaron un nuevo ideario social que triunfó en parte con la Revolución de 1930.

Pero las oligarquías se mantuvieron apoyadas en su poder económico nacional y en los aparatos estatales locales en las manos de los “coroneles” del interior. La revolución de 1930 llevó al Estado Nuevo y el ideario liberal-democrático quedó subordinado a la custodia del dictador, que lo implanta a medias bajo un orden autoritario.

En los años 40, se vio la campaña democrática que culminaría en la reconstitucionalización de 1946. Esta campaña estaba marcada por la confrontación entre los sentimientos liberales de las clases medias urbanas (que la identificaron con los intereses norteamericanos de libre comercio y apertura al capital internacional) y las aspiraciones nacionalistas y democráticas de los nuevos grupos de empresarios nacionales, del sector nacionalista de las fuerzas armadas y de las masas de trabajadores urbanos. Los intereses se entrecruzaron y se articularon en la histórica Asamblea Constituyente de 1946.

Entre el liberalismo vacío y formal de las antiguas oligarquías y de las clases medias urbanas y la democracia de masas de las nuevas clases industrializadas, se fue creando un abismo político-institucional. Aliados a sectores de las oligarquías locales ya decadentes, pero que se reunían aún en torno a Vargas y al PSD, la estrategia industrializadora consiguió ganar la mayoría del país y vencer las elecciones presidenciales de 1946, 1950 y 1955, llevando a los liberales al golpismo permanente. Esta conspiración que contó siempre con el apoyo de los Estados Unidos de América restringió permanentemente el contenido democrático de las instituciones generadas en 1946, a través de la ilegalidad del PCB y de la toma de poderes discrecionales por el presidente de la República. Al mismo tiempo, los liberales hicieron sucesivas tentativas golpistas más abiertas como el cuestionamiento de la mayoría relativa de Vargas en 1950, la campaña por su deposición en

1954, la tentativa de impedir la posesión de Juscelino Kubitschek en 1955, así como la de João Goulart en 1961, y la imposición consecuente del parlamentarismo para contener sus poderes. En estos episodios, los “liberales” –revelaron su contenido pro-oligárquico y pro-imperialista que se cristalizó en la campaña que dio origen al golpe militar de 1964. Pero el régimen que resultó de ese golpe de Estado excluyó del poder a las viejas oligarquías liberales (representadas más flagrantemente por Magalhães Pinto y por el periódico *El Estado de São Paulo*) y las clases medias vociferantes (manifestadas directamente por el lacerdismo y por el populismo de Ademar de Barros).

La instauración de ese poder autoritario en 1964 consolidó el dominio del gran capital internacional y nacional sobre el Estado Brasileño. Destruyó las organizaciones populares desarrolladas en el periodo democrático y golpeó definitivamente las bases del viejo poder oligárquico local de los latifundios, generando el dominio definitivo del capitalismo sobre la agricultura.

2. EL CONTEXTO SOCIAL DE LA CONSTITUYENTE

Se yergue entonces una nueva estructura de clases como consecuencia del régimen nacido del golpe de 1964. Los grandes capitalistas locales e internacionales cooptan una burocracia militar y civil moderna y técnicamente calificada; concentran drásticamente el poder económico, político y cultural e intentan una modernización cosmopolita, subordinada y dependiente, que va separando al Estado de la nación brasileña. De ese proyecto político y económico se excluyen las masas trabajadoras y subempleadas, más allá de los sectores significativos de las clases medias, del empresariado medio y pequeño y de las viejas elites intelectuales y políticas de las oligarquías tradicionales.

Temiendo los resultados de esta situación, la nueva burguesía cosmopolita inicia, en 1973 un proceso de liberalización del régimen teniendo por objetivo obtener su legitimidad. Al mismo tiempo, esta burguesía necesitaba separar los peligros de un nacionalismo de derecha que buscaba consolidarse a partir de los medios económicos y políticos que se articulaban a través de la fuerza creciente del Estado, como organizador del capitalismo monopolista de Estado, en fase de implantación. Estos grupos de poder se alimentaban también de las medidas de excepción adoptadas para impedir el desarrollo de una oposición radical y revolucionaria al régimen impuesto. Durante el gobierno de Médici, el “milagro económico” y el proyecto de “Brasil-Gran Potencia”, bien como el reino del terror policial y la tentación fascista llegan al auge en importantes

sectores de las clases dominantes. Sin embargo, las clases medias urbanas se sienten profundamente insatisfechas con el régimen político autoritario y con el nuevo orden económico. La euforia nacional de 1969 a 1973 revela rápidamente la fragilidad de ese orden, sumergiendo los sectores de bajos ingresos en una depresión salarial y en una incertidumbre económica creciente debido a la inflación. Al final de la década de 1970, la compresión salarial alcanza también a los salarios más elevados y la consecuente depresión económica juega en la oposición el propio sector empresarial.

Por otro lado, las masas populares, cuya organización fue destruida por el golpe de 1964, se ven poco a poco como un espacio abierto para su reorganización y su reaparición en el escenario político nacional.

La apertura política se torna insuficiente para contener las aspiraciones de la mayoría de la población. Presiones crecientes conducen al escenario político hacia el camino de una radicalización que exige la sustitución de la orden institucional de la dictadura por una democracia. Se avanza así de la "apertura política" a la "transición democrática".

La aspiración del régimen a reformar la constitución de 1969, dejando intacto el aparato institucional oligárquico-conservador bajo una forma más liberal, comienza a derrumbarse ante la falta de una base social de masas para este proyecto.

El pueblo brasileño no se conforma con una ciudadanía por la mitad. Se yergue poco a poco en un amplio movimiento social que da origen a una gigantesca voluntad colectiva que destruye las articulaciones de las élites autoritarias. Sin embargo, existen aún los mediadores de esa voluntad, formados en un periodo dictatorial en el cual no podían expresarse los legítimos representantes de los intereses populares.

Dichos mediadores llevan incluso a una fórmula consensual para la sucesión presidencial, buscando aplazar indefinidamente las elecciones presidenciales. Los intereses del gran capital, ante la fuerza avasalladora de la voluntad democrática de nuestro pueblo, se adhieren a la propuesta de la Asamblea Constituyente y procuran ahora someterla a su control.

3. LAS CORRIENTES EN LUCHA

Se forman así, dos grandes corrientes constituyentes:

La primera es la de los grandes capitalistas internacionales y nacionales y de la élite orgánica que los representa (donde se incorporan también elementos de las viejas oligarquías agrario-exportadoras), sus juristas y abogados. Este lado defiende una visión liberal, neocapitalista y antiestatista, con matices conservadores, que se aproxima al Instituto Constitucional de 1967, que mejor expresa sus ideales.

A pesar de sus divisiones, son mayoría en el Congreso actual y buscan garantizar las condiciones de hegemonizar a la Asamblea Nacional Constituyente y elegirse el 15 de noviembre de 1986. Su estrategia para alcanzar tal fin consiste básicamente en:

- 1) Destituir a la lucha electoral por la Constituyente de contenidos nacionales, desligándola de una campaña presidencial (en la cual serían debatidos los grandes temas nacionales), y elevar drásticamente los costos de las campañas de los parlamentos, entregando al poder económico la hegemonía del proceso electoral;
- 2) Formular un anteproyecto de Constitución redactado oficialmente por una comisión de notables conservadores o liberales de forma que condicione los términos de ese anteproyecto o debate en la Asamblea Constituyente, cuya composición será ciertamente más popular;
- 3) Influir por los medios de comunicación en el sentido de defender principios conservadores y liberales que deberán moldear la nueva Constitución, según sus intereses; particularmente, la limitación del poder estatal, la defensa de la propiedad privada y del libre movimiento de capitales internacionales.

Oponiéndose a esa primera corriente, se forma una corriente de contenido popular, aún mal organizada y dispersa en varios partidos, con una vanguardia poco experimentada, pero que refleja bien o mal las aspiraciones de la gran mayoría de la nación.

Dichas fuerzas se definen en una línea nacional, democrática y vagamente socializante. De cierta forma recuperan los elementos más progresistas de la Constitución de 1946 y varias reformas que el movimiento popular le había agregado hasta 1964, como la Ley Orgánica de la prevención social, la Ley de Directrices y Bases de la Educación, la legalización de la CGT, las restricciones a las remesas de lucro para el extranjero, etcétera.

Siendo minoritarias en el Congreso actual, esas fuerzas aumentaron su representación en la siguiente legislatura, en la cual, aliadas con posiciones centristas, podrían incorporar elementos positivos en el próximo estatuto constitucional.

Las clases medias, desconfiadas de la experiencia autoritaria de los últimos años, deberían inclinarse hacia posiciones democráticas y nacionalistas. Pero es preciso destacar que pueden oponerse al fortalecimiento del Estado, identificándolo con la dictadura. El pensamiento liberal-conservador, viene realizando una vasta campaña para relacionar a la dictadura con la estatización y a la democracia con la libre empresa. Esto es un absurdo, pues todos saben que el régimen dictatorial fue implantado, en 1964, exactamente por los grandes capitalistas nacionales e internacionales.

La dictadura fue creación del gran capital y los militares no fueron más que agentes de esos intereses. Si el Estado se fortaleció en ese periodo fue como consecuencia de los intereses de los capitalistas que necesitaban de una fuerte estructura estatal y de un aumento de los gastos públicos para estimular sus negocios. Sin embargo, por más falsas que sean las ubicaciones de los grupos económicos, éstos tienen condiciones de influir sobre las clases medias, y a través de ellas, sobre el pensamiento de los liderazgos populares que sufren la influencia de esos grupos sociales.

Es importante constatar que los debates dentro de la Asamblea Constituyente oscilaron entre un neocapitalismo (liberal en lo económico, autoritario y restrictivo en lo político, asistencialista en lo social, cosmopolita y modernizador en lo cultural) y un socialismo (reformista, planeador, intervencionista y nacionalista en lo económico, democrático y participativo en lo político, privilegiando lo social y desarrollando lo popular y lo nacional en el plano cultural).

Entre estos dos grandes polos existirán matices y, a su lado, pretensiones más extremas, de derecha o de izquierda, que no encontrarán mucha representatividad, ya que el contexto reformista en que se desarrolló el proceso de transición democrática no deja espacio a fórmulas más radicales, sobre todo en el presente. Y la Constituyente deberá ser un reflejo de la correlación de fuerzas en que se enfrentarán las clases dominantes y el movimiento popular, reiniciado con la campaña electoral de 1974, radicalizado con las huelgas obreras de 1976 a 1978, ampliado con la campaña por la amnistía y las elecciones de 1982 y vuelto más completo por la campaña en pro de las elecciones directas ya.

4. LOS TEMAS EN DEBATE

Dentro del contexto socioeconómico descrito, los debates dentro de la Constituyente deberán desglosarse en un amplio abanico de temas económicos, sociales, políticos, institucionales y culturales. En todos estos campos, se van a enfrentar el neoliberalismo de corte conservador y un socialismo de contenido esencialmente reformista.

Es inútil pretender enmarcar el debate constitucional brasileño en los términos ideológicos europeos o norteamericanos, como lo hace gran parte de nuestros intelectuales, automarginalizándose de la vida política nacional.

Muchos liberales reclaman la falta de coherencia ideológica del Frente Liberal y no son pocos los socialistas (sobre todo de la nueva especie social-demócrata que se desarrolló en el contexto, a propósito ya superado, del eurocomunismo y del ajuste ideológico socialista europeo) que reclaman los desvíos “populares” de nuestro movimiento popular.

Nuestro liberalismo es la ideología que intenta unir los intereses de los gerentes de las empresas multinacionales (altamente dependientes del capitalismo monopolista de Estado) y de los capitalistas brasileños ligados directa o indirectamente al capital internacional (siempre dependientes del capitalismo de Estado para su funcionamiento y sobrevivencia). Este liberalismo será siempre inconsistente en lo económico y más aún en lo político, donde su formación burocrática no deja ningún lugar para el juego democrático.

Nuestro socialismo naciente, como suplente del movimiento nacional-democrático, expresado sobre todo en el antiguo Partido Laborista, busca articular los intereses de la pequeña y mediana y a veces hasta de la gran burguesía (abrumadas por la concentración económica que es promovida por el gran capital), con la capacidad de planeación y organización de los marcos técnicos e intelectuales asalariados, en franca proletarización, y la base de masas en proceso de organización del proletariado urbano y rural y de los amplios grupos de subcontratados y desempleados articulados en torno del liderazgo populares de proyección nacional. Este socialismo estará siempre marcado por un cierto radicalismo, modelos populistas de liderazgo y fuertes sentimientos nacionalistas.

Si la Constitución de 1987 no refleja esas contradicciones, difícilmente tendrá vigencia en este país que se llama Brasil. Es en este contexto ideológico donde nos gustaría intentar anticipar los principales puntos del debate en la campaña y en el funcionamiento de la Asamblea Constituyente a ser electa en noviembre de 1986.

5. EN EL PLANO ECONÓMICO

En este plano, se ubicarán varias cuestiones subordinadas al tema central de las reformas estructurales. En un país sometido a un capitalismo avasallador y sin trabas (que desarrolló una dependencia creciente del capital internacional y del mercado mundial, mientras realizaba una concentración exacerbada de la producción y de la renta, marginando amplios grupos sociales en la ciudad y en el campo) no puede haber debate económico relevante si éste no parte de la necesidad de reformas profundas de la propiedad y de los mecanismos de funcionamiento de la economía. En consecuencia, se destacan algunas cuestiones esenciales, tales como crear los medios constitucionales para:

- La realización de una auditoría de nuestra deuda externa para localizar su verdadero origen y su real impacto en la economía nacional. Drástica restricción al pago de los impuestos establecidos por mecanismos ilegítimos y especulativos. Suspensión de estos pagos por un periodo suficiente para recuperar nuestra capacidad de crecimiento.
- La reorientación del carácter exportador de nuestra economía, contención de las remesas de ganancias y otras regalías hacia el exterior, reorientación de nuestra producción agraria e industrial a las necesidades básicas de nuestra población.
- La contención de la inflación, a través del corte drástico de los gastos públicos inútiles (subsidios, apoyos corruptos y privilegios al sector privado), instaurado en un gobierno austero, a través de un efectivo control de precios asentado en una ley de economía popular y antimonopolista, a través de la contención de los impuestos elevados y de la especulación financiera.
- La defensa de las riquezas nacionales, hoy entregadas a enormes poderes internacionales que dominan nuestro suelo y subsuelo, empresas y sectores estratégicos de la economía. Esta aparece como una cuestión fundamental, cuando se planean enormes proyectos de explotación de las riquezas minerales del país, en alianza con el capital internacional y cuando se busca desnacionalizar y privatizar la Vale do Rio Doce, empresa estatal totalmente exitosa y líder de nuestra política mineral.
- El rescate para la nación y la distribución amplia de las tierras rurales y urbanas que son objeto de falsificación

de títulos de propiedad de la tierra, posesiones ilegales, propiedades latifundistas improductivas y de capitales extranjeros, especulación inmobiliaria, etc. Sin una reforma agraria profunda no se liberarán las fuerzas económicas para la inversión productiva y para la planificación de los asentamientos humanos. Mientras eso no suceda, la crisis de la metropolización desenfrenada amenaza nuestras condiciones de sobrevivencia.

-La defensa del ambiente y aprovechamiento productivo de las cuencas fluviales, de las costas marítimas (dentro de las propuestas apoyadas por los países no-alineados), preservación de los bosques y de las fuentes de energía no renovable.

-La reforma empresarial, con el apoyo a la empresa pública y a su democratización, a través de la participación de los trabajadores en su gestión y control por el Parlamento y por las organizaciones representativas de la sociedad. Además cabe notar, el debate sobre la empresa pública estará en el centro de la confrontación entre los sectores populares y los sectores neoliberales y conservadores que planean restringir la intervención estatal al objetivo de subsidiar el capital, sea por la venta al sector privado de servicios públicos a bajo precio, sea por la adquisición estatal de mercaderías a precios elevados, sea, finalmente, a través del financiamiento directo al sector privado. Al mismo tiempo, reservan al sector estatal las empresas localizadas en los ramos de bajo lucro y las inversiones a largo plazo. Quieren impedir, sobre todo que el sector estatal se estructure, dirija y planee las actividades económicas, según los objetivos de las mayorías sociales. De esa forma, el verdadero debate no es en torno a la participación mayor o menor del Estado en una economía como falsamente se vienen planteando. Ambos lados quieren la intervención estatal. La diferencia se ubica sobre el grado de control democrático del sector o su papel en la economía.

El movimiento popular, más allá de defender a la empresa pública como núcleo estratégico de la economía, debe reivindicar el reconocimiento constitucional de las formas de empresas sociales como las cooperativas, las empresas de autogestión y comunitarias y la empresa familiar. Se debe buscar la formación de un sistema empresarial de contenido social y democrático que se oponga al capitalismo monopólico, concentrador, dependiente y marginador.

El movimiento popular deberá demandar aún, el compromiso constitucional de apoyar las pequeñas y medianas empresas, que tienen mayor capacidad de generar empleos y pueden desarrollar una amplia eficiencia gerencial en los sectores tecnológicos donde se justifican las pequeñas unidades productivas, algunas de ellas muy avanzadas incluso.

La gran empresa monopólica, los grupos económicos y los procesos de concentración y centralización financiera deberán ser restringidos o incluso suprimidos por la Nueva Constitución.

Corresponde también a la Asamblea Constituyente defender el contenido democrático y participativo de la gestión estatal, valorando la administración pública, el servicio público, la planificación y la subordinación de las actividades económicas a los fines sociales y humanos que solamente el Estado democrático puede representar y defender.

Inmediatamente ligado a estos principios, se ubica el poder fiscal del Estado que no puede ser visto solamente como una actividad técnica de recaudación sino como un instrumento de distribución de la riqueza y de corrección de las desigualdades entre grupos de población, regiones y sectores económicos. La constitución deberá, pues, lanzar los principios de una reforma tributaria.

Corresponde al Estado velar también por el buen uso de los medios financieros con los que cuenta la nación, prohibiendo y castigando drásticamente todas las formas de especulación financiera y de los medios de vida de la población particularmente en lo que se refiere a la distribución de los productos esenciales para el consumo de la población.

La nueva Constitución deberá dar también a la sociedad instrumentos de control sobre la economía, sobre los precios, sobre los salarios, etc., siempre restringiendo el papel de los técnicos en estas decisiones y favoreciendo la participación democrática en las mismas.

6. EN EL PLANO SOCIAL

En este plano, existe hoy una tarea urgente y profunda a realizar a nivel constitucional. Se trata, en primer lugar, de rescatar el derecho al trabajo, al empleo, a la libre organización sindical y a su conversión en un órgano cogestor de las políticas sociales, como el empleo, la vivienda, la salud y la alimentación, así como de la Previsión Social y BNH, que son formados directamente con fondos por los trabajadores.

Se trata, sobre todo, de reorientar el presupuesto público a favor de las inversiones sociales, como precepto constitucional. Pero se trata de reconocer al hombre como principal recurso económico de la nación, poniendo a su educación y a su nivel de vida como primer objetivo de la acción estatal.

En este contexto, el seguro de desempleo, la estabilidad, el pleno empleo, el derecho a la educación, a la alimentación, a la salud, a la vivienda y al transporte deberá ser transformado en preceptos constitucionales con una exigencia de estricta operacionalidad.

A los órganos de representación comunitaria se deberá dar un derecho constitucional de participar en el encaminamiento, definición y ejecución de esas actividades sociales.

Así, también los demás órganos de representación profesional, étnica, social, cultural deberán tener por dispositivo constitucional, el derecho a ser consultados, influir y participar de la formulación de las políticas relativas a sus campos de actividades.

La constitución democrática deberá disponer de un alto contenido de auto-organización de la sociedad como instrumento para asegurar políticas sociales adecuadas a los intereses de la población.

7. EN EL PLANO POLÍTICO-INSTITUCIONAL

Si las transformaciones que deberán ocurrir en el campo social tienden a generar cierto consenso, por la necesidad de compensar el abandono de esas cuestiones en los últimos 21 años de dictadura, no ocurre lo mismo en el campo político-institucional, donde se detuvieron grandes luchas.

Es cuestión pacífica la necesidad de incorporar la noción ampliada de derechos humanos en nuestro aparato constitucional. En un país que redescubre la importancia de la ciudadanía es necesario extender este concepto a todos los aspectos de la vida humana y limitar el poder discrecional del Estado ante el ciudadano. Las minorías étnicas y sociales, las mujeres, los indios, los negros, los favelados, los homosexuales, la población carcelera, un gran número de grupos y corrientes sociales exigen su condición de ciudadanos plenos, en un país elitista y oligárquico que discrimina y somete drásticamente aquellos que no pertenecen al círculo social dominante.

Pero al lado de esas demandas liberales, se ubica aún más claramente, la necesidad de pedir las condiciones materiales para la elevación social de los ciudadanos: el derecho al empleo, a la alimentación, a la salud, a la educación, a la vivienda y al transporte tendrá que primar sobre cualquier otra prioridad nacional. Se ubica así, como precepto institucional el planeamiento estatal y social de los asentamientos humanos, de forma que se impidan los efectos antihumanos de la metropolización y de manera que se garantice la defensa del ambiente y de la calidad de vida.

Un tema fundamental para la concepción del autoritarismo y el restablecimiento del poder civil, será innegablemente el concepto de la seguridad nacional. A través de una noción conspiradora, retirada de las doctrinas contra-insurreccionales, las Fuerzas Armadas se atribuyen el derecho de tutelar la vida política del país, extrapolando su misión de defensa de la soberanía nacional.

El concepto de seguridad nacional tiene que dirigirse hacia la defensa del país ante las amenazas externas y debe ser concebido dentro de un contexto civil y no militar. El control del país por el capital internacional, la entrega de nuestras riquezas naturales a precio vil, el dominio de nuestras tierras por propietarios extranjeros son las verdaderas amenazas a la soberanía y a la seguridad nacional y no las ideas y la defensa de los intereses del pueblo trabajador y de las mayorías marginadas e injustificadas. No existe seguridad nacional en una sociedad caracterizada por la injusticia social.

El carácter federativo del Estado brasileño es un principio explícito en la propia convocatoria de la Constituyente. Pero el concepto de Federación viene sufriendo cambios en dos direcciones: la necesidad de reforzar el municipio como unidad básica y la aparición y expansión de órganos de desarrollo y planificación regionales con la SUDENE y la SUDAM.

Debemos respetar y reforzar ambas tendencias, que buscan viabilizar la planificación de un país tan vasto y tan deshabitado como Brasil.

La otra cuestión dramática de confrontación entre los sectores populares y las élites empresariales será el papel del poder económico en las elecciones. Se trata de restringirlo drásticamente, abriendo los medios de comunicación (a pesar de sus protestas) a los partidos en tiempo igual y no solamente durante el periodo electoral. En ese sentido, existen ciertos preceptos en vigor que pueden ser activados y que no deben ser lanzados fuera junto con el agua sucia del pasado autocrático.

La ley Falcão es por ejemplo un límite a las libertades democráticas, al impedir a los partidos y candidatos defender sus programas, pero tienen elementos positivos al asegurar un tiempo igual a todos los partidos y a la presentación de todos los candidatos. Así también es positiva la Ley Etelvino Lins que asegura la participación conjunta de todos los candidatos mayoritarios en los debates divulgados antes de las elecciones. Por último, la ley obliga a la formación de redes nacionales televisivas para todos los partidos debiendo ser preservada, a pesar de la fuerte campaña de los medios de comunicación contra la misma.

Muchas otras cuestiones serán planteadas al respecto del sistema electoral, tales como la disputa entre el voto proporcional y el voto distrital, en gran parte confusa para la opinión pública ya acostumbrada al principio. El voto distrital, se basa en una división correcta en distritos que respetan las mayores concentraciones de población en los centros urbanos, es más democrático. Éste somete al parlamentario al control directo de sus electores y permite a las fuerzas populares plantear la cuestión de la revocación de los mandatos de los representantes que defrauden a sus electores, tal como ocurre en los países socialistas. El Parlamento debe reunirse en el pleno durante cortos periodos al año, permitiendo al parlamentario estar más enterado de sus bases.

Es necesario, sobre todo, limitar el sentido individualista del mandato parlamentario. El parlamentario está hoy cercado de comodidades y facilidades, no para atender a sus electores, sino para garantizar su reelección, correspondiéndole incluso una prioridad absoluta en su partido como candidato a la reelección. Incluso así es alta la rotación en las cámaras y en las asambleas, lo que revela el descontento de los electores, con los candidatos electos. La función parlamentaria se transforma en una lucrativa profesión, lo que tendrá que ser drásticamente corregido, a partir de las cámaras de concejales hasta el Congreso Nacional.

Otra temática donde puede haber consenso, pero en que también están en disputa fuertes intereses populares, será la legislación partidaria. La actual es un adfeso que interviene drásticamente en la vida de los partidos y los somete totalmente a la justicia electoral, transformada también en justicia partidaria.

La libertad de organización de todas las corrientes ideológicas o políticas es elemento esencial para la democracia y para la conformación de una vida partidaria sólida y no artificial e impuesta.

Los derechos a la coalición, al cambio de filiación de los electos, asegurando, sin embargo, una garantía de fidelidad a sus electores son absolutamente necesarios, sobre todo en un país como el nuestro, donde hay amplia fluidez partidaria, y donde aún no se entienden corrientes de pensamiento político. Somos una sociedad en constante cambio social, económico y cultural.

Es necesario crear los mecanismos para que la vida política refleje la organización de la sociedad civil y para que los partidos sean, al lado de las organizaciones sociales, profesionales, étnicas y sindicales, un mecanismo de articulación entre el Estado y las aspiraciones, ansias y necesidades de la población.

8. EN EL PLANO CULTURAL

En este plano, no hay mucha tradición constitucional en el país. Sin embargo, es en él donde se juegan cuestiones fundamentales para la fundación de un nuevo Brasil Democrático.

La ubicación de la educación como derecho del ciudadano debe complementarse con un fuerte precepto institucional sobre la destinación de presupuesto para este sector, la defensa de la enseñanza pública, la garantía de las condiciones básicas de sobrevivencia para la población estudiantil y el establecimiento de un sistema educacional público que se inicie con la guardería y pasando por la enseñanza preescolar y tal como viene ocurriendo en Rio de Janeiro, a través de los CIEPS, para el primer grado, ofreciendo enseñanza, alimentación y asistencia en tiempo integral. Este principio debe alcanzar los tres grados escolares y el posgrado, el perfeccionamiento y el entrenamiento especializado. La educación es la llave de la formación moral de una nación. Es a través de ella que se forman no solo las aptitudes y las capacidades humanas para el trabajo, sino también el sistema de valores de esa sociedad y el concepto de ciudadanía. Las fuerzas populares tienen que asegurar a su más amplia democratización, como condición para el desarrollo democrático de la futura sociedad, que se fundará a partir de ese nuevo periodo constitucional.

Pero persisten otras graves cuestiones culturales e ideológicas en un país con enormes deficiencias, pero con un pueblo altamente creativo culturalmente. La cuestión étnica, por ejemplo, se confunde con el problema no solo de libertad para las religiones populares sino también su derecho a la protección del Estado, tal como lo tienen las demás religiones. El laicismo de nuestro Estado deberá ser preservado, asegurando también a los no religiosos sus derechos fundamentales. Pero es incuestionable el carácter de resistencia cultural de las poblaciones y de las etnias destruidas por la colonización interna, occidental-europeizante, de que se revisten las religiones, el folclore y otras manifestaciones de la cultura popular.

La defensa y el apoyo estatal a la danza, a la música, a la artesanía, a las artes populares, entre otras, deberán ser exigidas como principio constitucional, con absoluto respeto por su autenticidad.

El teatro, el cine, la arquitectura, los deportes especializados, las artes plásticas y la artesanía deben merecer especial atención de los constituyentes, pues son reflejos de nuestra identidad y forman nuestro real espejo cultural.

Las artes eruditas deberán también ser reconocidas como patrimonio nacional junto con nuestro patrimonio histórico a ser preservado y apoyado constitucionalmente. La literatura y la lengua, como base de nuestra cultura, deberán también disponer de amplio reconocimiento constitucional en un país amenazado por la vulgarización, alienación y destrucción de sus bases culturales propias. La música popular brasileña también deberá ser defendida por la Constituyente, a través de mecanismos que limiten la gran afluencia de música meramente comercial norteamericana, sin contenido realmente cultural. Es preciso democratizar a la industria discográfica brasileña y también a las emisoras AM-FM, en el sentido, incluso de conseguirmos mayor intercambio con otros países del mundo.

Finalmente, ante la revolución científico-técnica ahora en curso, en un nivel planetario y hasta en el espacio cósmico, es necesario que los sectores más progresistas de nuestra sociedad luchem por el reconocimiento institucional del apoyo estatal a un poderoso sistema científico-tecnológico nacional, capaz de asegurar nuestra inclusión en la nueva civilización que se diseña en el horizonte del siglo XXI, con el apoyo irrestricto a la investigación y al experimento científico de real interés de la sociedad.

La Constituyente tendrá que repensar también los criterios de concesiones de las emisoras de TV y radio. Es preciso descentralizarnos la información en los medios de comunicación, favoreciendo a todos los estados, capitales y municipios en términos de igualdad. Existen varios lugares, más allá de la zona sur, aún a ser descubiertos y mostrados vía EMBRATEL (Empresa Brasileña de Telecomunicaciones).

9. EN EL PLANO INTERNACIONAL

No puede tampoco el esfuerzo institucional dejar de lado nuestra posición en la realidad internacional, a la cual pertenecemos y a la cual debemos dar una contribución más sobresaliente y sólida, elevando a principio universal nuestro humanismo, nuestra generosidad, nuestra creatividad cultural. Es así como los principios básicos de una política exterior independiente deberán convertirse en preceptos constitucionales.

Entre estos representantes, se resalta la lucha y la defensa de la paz entre los pueblos, la cooperación internacional, expresada en los organismos de las Naciones Unidas, de la OEA, alejada de su pro-americanismo, del SELA, de la ALADI, y otros organismos regionales latinoamericanos. El principio de la independencia nacional como base de nuestra política externa excluye, así, la adhesión a los bloques de poder internacional y debe fundamentarse en el no-alineamiento como doctrina. El respeto a la autodeterminación de los pueblos

y el cultivo de la amistad entre todos los pueblos del mundo debe combinarse con la prioridad a nuestros vecinos latinoamericanos (la gran parte latinoamericana a la cual pertenecemos por vocación cultural y geopolítica), nuestra identidad con nuestros orígenes ibéricos y africanos, en particular con los pueblos de lengua portuguesa, frente a los cuales debemos, por precepto constitucional, asumir la responsabilidad histórica de confraternizarnos, en la defensa de nuestra unidad lingüística y cultural.

Si así no lo hemos hecho hasta hoy, se debe a nuestra alienación cultural y a nuestra posición dependiente y colonizada en relación a una Europa y a unos Estados Unidos cultivados por nuestras élites como patrón y modelo de comportamiento. Ocurre que, al copiarlas, principalmente en los aspectos negativos, solo demostramos el atraso y la miseria cultural y humana de nuestras clases dirigentes, que son ajenas a la historia, a los sentimientos y a la cultura de nuestro pueblo, única fuente posible de una efectiva cultura nacional.

No será a través de la exaltación de los valores cosmopolitas de nuestras élites que alcanzaremos un papel importante en la cultura universal. Al contrario, será a través de la valorización de las capacidades creadoras de las grandes masas de nuestro pueblo que construiremos una base cultural auténtica de proyección y articulación universal.

La nueva constitución deberá establecer la tarea de patrocinar a nuestros artistas y atletas, defender y preservar nuestras riquezas culturales y apoyar nuestro desarrollo científico y tecnológico, sometiendo a concesión de los medios de comunicación y las partidas gubernamentales a esos objetivos. Solo así Brasil será el hijo de las luchas de su pueblo y de los mártires, y de los héroes de esa epopeya democrática de la cual no pretendemos retroceder.

II. Conquistas sociales y contradicciones en la constitución⁸⁸

1. LOS DERECHOS SOCIALES Y EL PRIMADO DEL TRABAJO

La Constitución de 1988 refleja, en el plano social, preocupación por la etapa aún precaria de la calidad de vida de nuestras poblaciones. Buscando garantizar, como derechos básicos, conquistas obtenidas por otros pueblos hace décadas, la Constitución rompe con la concepción liberal del Estado y le atribuye la responsabilidad de garantizar un conjunto de “derechos sociales” de la población.

El artículo 6° define como derechos sociales “la educación, la salud, el trabajo, el ocio, la infancia, la previsión social, la protección a la maternidad, a la infancia, la asistencia a los desamparados”. De esta forma, se entiende por derechos sociales aquellos que aseguran al ser humano la atención de sus necesidades básicas, y se atribuye al Estado la tarea de hacerlos efectivos, proporcionando directamente los medios para satisfacer dichas necesidades o apoyando iniciativas de la ciudadanía en esta dirección. Es interesante constatar que los capítulos 7° al 11° complementan estos derechos generales de la población con los de trabajadores urbanos y rurales, los de la libre asociación sindical y profesional, el derecho de huelga, la participación de los trabajadores y empleadores en los colegiados de los órganos públicos y la elección de un representante de los trabajadores en las empresas con más de doscientos empleados.

A partir de esos derechos básicos, que se inscriben en la tradición social demócrata-socialista y que contrarían el concepto de Estado Liberal, se llega al título VIII dedicado a la Orden Social donde se busca diseñar un instrumental legal e institucional capaz de hacerlos viables.

Para orientar este título se define un principio general, por cierto sorprendente en un país dominado por un capitalismo salvaje, donde la sed de ganancia y de expropiación de las riquezas públicas viene triunfando hace años, y son aceptadas por los medios de comunicación como aspiraciones correctas y deseables. Dice el artículo 193:

“El orden social tiene como base el primado de trabajo, y como objetivo el bienestar y la justicia social”.

⁸⁸Elaborado originalmente para el Centro de Estudios de la Constituyente de la Universidad de Brasilia

En este sentido, el capítulo sobre el orden social intenta compensar, según la voluntad constitucional, los principios plasmados en el capítulo del orden económico en el cual se establece la valorización del trabajo humano en el mismo nivel de la "libre iniciativa" y de la "propiedad privada" que aparece como el segundo principio de ese orden, así como la "libre concurrencia" como el cuarto.

De esta forma, luchan dentro de la Constitución los principios del capitalismo, como fundamento del orden económico, y la primacía del trabajo, como fundamento del orden social. Será tarea de las próximas décadas intentar superar esta contradicción y definir, a través de la lucha social, política y cultural cuál de estos principios prevalecerá como ordenador del conjunto de la nación brasileña.

Deberán volverse pues, evidentes, en el transcurrir de su aplicación, las dificultades para garantizar la primacía del trabajo en un orden económico donde prevalece una brutal concentración de la renta, una sumisión enferma a los intereses expropiadores del capital internacional, el desaprovechamiento de los recursos humanos de la nación, expresados en el subempleo, en el desempleo abierto y en el mayor aprovechamiento de los recursos nacionales. En este sentido, el título VIII sobre la Orden Social, aparece, a veces, como un conjunto de normas vacías que no son aplicables al entrar en choque con el orden económico al cual cabría su viabilidad.

2. LA SEGURIDAD SOCIAL

El concepto de Seguridad Social

"comprende un conjunto integrado de acciones de iniciativa de los poderes públicos y de la sociedad destinado a asegurar los derechos relativos a la salud, a la previsión y a la asistencia social", dice el artículo 194.

De inicio, vimos que este concepto tiene por objetivo, atender a la población en general y no solamente a los trabajadores. La universalidad de la cobertura y de la atención" es de hecho su primer objetivo. Pero su financiamiento se define básicamente por la contribución directa de trabajadores y empleadores (sobre su nómina, facturación y ganancias).

En este sentido, los avances realizados por este sistema son puramente burocrático-administrativos. Se crean sistemas descentralizados, más articulados entre sí, intentando movilizar todo el aparato estatal

intersectorial y los niveles municipal, estatal y nacional. Se pretende así, aumentar la eficacia y la calidad de la atención de la salud, de la previsión social y de la asistencia social.

Sin embargo, se atribuye al Poder Ejecutivo la total responsabilidad de gestión del sistema. No se llega ni siquiera a proponer un consejo de fiscalización compuesto de trabajadores y patronos. Parece que, en las actuales circunstancias, sería absurdo pretender la gestión tripartita de estos sistemas, tal como los trabajadores alcanzaron en 1963, al conseguir la gestión de la Previsión Social por los sindicatos, los patronos y el Estado.

Tal vez estas propuestas vengan a ocurrir a nivel de la regulación del sistema de seguridad social, pues, en una Constitución que se dice participativa, existen los fundamentos implícitos para que los trabajadores sean los gestores de sus propios recursos. Quedará dependiendo de futuras regulaciones también la definición de los órganos encargados de proponer políticas generales del sistema de seguridad, sus metas y prioridades. Todas estas observaciones convergerán para la formación de un consejo representativo, como señalamos arriba, que deberá presentar incluso, un informe anual de la política de seguridad en el país con el objetivo de mantener una fiscalización pública sobre la misma.

3. EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

La voluntad social de los constituyentes se mostró más decidida en el plano de la educación. Aquí ellos defendieron totalmente la prevalencia de los intereses público sobre el privado, impusieron cuotas mínimas de recursos y el principio de la planificación educacional.

La Constitución refleja de inmediato, la necesidad de que el país supere definitiva y urgentemente el analfabetismo, que limita radicalmente la ciudadanía. Al mismo tiempo, manifiesta la voluntad de ofrecer la enseñanza básica universal, elevando al pueblo brasileño a un nuevo panorama educacional, al cual ya llegaron los pueblos civilizados.

En el afán de garantizar ese objetivo, el legislador definió derecho subjetivo al acceso a la enseñanza obligatoria y gratuita (artículo 208, inciso VII, párrafo 1º). De esta forma:

“el no ofrecimiento de la enseñanza obligatoria por el Poder Público, o su oferta irregular, otorga la responsabilidad de la autoridad competente” (párrafo 2º).

Para garantizar la eficacia de esos preceptos, la ley máxima fijó que como mínimo 18% de las recaudaciones de la Unión y 25% de los estados, Distrito Federal y municipios deberán ser aplicados en educación, ahí no incluidos los gastos con programas suplementarios de alimentación y asistencia, ni el salario-educación, que constituirán recursos adicionales.

Al contrario de la seguridad nacional, donde fue deficiente lo que respecta a la definición de su planteamiento, en el campo educacional se prevé el establecimiento de un plan nacional de educación con los objetivos explícitos de erradicación del analfabetismo, universalización de la atención escolar, mejora de la calidad de enseñanza, formación para el trabajo y promoción humanística, científica y tecnológica del país (artículo 214).

De esta forma, la Constituyente, se inscribió en la amplia corriente de ideas de la sociedad brasileña que, desde la década de 1930, se viene uniendo en torno a educadores como Anísio Teixeira, y buscando camino hacia una educación democrática. Este, sin embargo, ha sido bloqueado por la alienación de nuestras élites, por el desprecio a su propio pueblo, considerado racialmente inferior, por la miseria de las grandes masas del país y por el asalto a los recursos de la educación que terminaron sirviendo al clientelismo político. En los años de la dictadura, la situación negativa de la enseñanza fue agravada aún más por el apoyo a la escuela privada y por la degradación cuantitativa y cualitativa de la enseñanza pública.

En lo que respecta a la enseñanza superior, la Constitución declara enfáticamente la autonomía universitaria "didáctico-científica, administrativa y de gestión financiera y patrimonial". El principio de la autonomía universitaria es nuevo en nuestro país, a medida que la educación superior aparece subyugada al Ministerio de la Educación y fuertemente influenciada por los colegios profesionales. La reglamentación de este principio constitucional deberá permitir la autoelección de las autoridades académicas, correspondiendo a la Presidencia solamente su refrendo y nombramiento.

Es aún promisorio constatar que la Constitución consagró el carácter moderno de nuestra universidad, al establecer el principio de no separación entre enseñanza, investigación y extensión.

No cabe duda, pues, que disponemos de preceptos constitucionales modernizadores para nuestra actual catástrofe educativa. Estos no son suficientes para cambiar esta situación pero ofrecen un marco favorable que deberá servir de punto de partida para un gran movimiento nacional por la educación.

El tema sobre la cultura es modesto y refleja el poco interés de nuestra sociedad por su legado cultural y su inserción en el legado universal de las civilizaciones. Parece agotarse en el concepto de patrimonio histórico, consagrado en la década de 1930, extendiéndolo al conjunto de formas de expresión, modos de crear y hacer

creaciones, obras y objetos. Al mismo tiempo, agregó a nuestro patrimonio los antiguos refugios de esclavos fugitivos, en una búsqueda de identificación de nuestras raíces africanas, sin definir, sin embargo, los principios de un proyecto cultural capaz de movilizar amplios recursos nacionales para la autoafirmación de nuestro pueblo.

De la misma forma, el deporte fue tratado casi burocráticamente, reflejando el desprecio de nuestras élites y de grandes grupos de nuestro pueblo al respecto del deporte como elemento esencial de la formación básica del ser humano.

4. CIENCIA, TECNOLOGÍA Y COMUNICACIÓN

El afán modernizador de la Constituyente me hace dedicar un capítulo específico a la ciencia y a la tecnología que refleja el amplio debate nacional sobre el tema.

En este caso, la Constitución refleja antes que nada, el deseo de que el país ingrese a un nivel más alto de producción científica y desarrollo tecnológico, escapando de su dependencia de los centros dominantes. Al mismo tiempo, la Constituyente pretende orientar el desarrollo científico-tecnológico a la solución de los problemas nacionales, la mayor productividad y su aplicación en la estructura empresarial.

Esta voluntad se expresa particularmente en el concepto de mercado interno, como “patrimonio nacional”. En este sentido, “será incentivado de modo que haga viable el desarrollo cultural y socioeconómico, el bienestar de la población y autonomía tecnológica del país”. Estas definiciones del artículo 219 forman parte de un esfuerzo teórico, conceptual y político en el sentido de garantizar una estrategia de desarrollo dirigida a la atención de las necesidades de la población.

El límite de esta estrategia está, sin embargo, expresado en los propios límites del mercado interno, del cual están excluidos los sectores mayoritarios de la población, mantenidos en la pobreza y marginalidad económico-social. En un país donde el 50% de la población posee el 15% de la renta nacional, el mercado interno está formado por una minoría de privilegiados que retienen el grueso de la renta nacional. De esta forma, si la afirmación de este principio no estuviese acompañada de una drástica distribución de la renta (sobre la cual la Constitución no avanza en nada, ni siquiera en el campo fiscal, y hasta retrocede como en el caso de la reforma agraria) no se puede esperar que éste se convierta en un real instrumento de avance de la población y de la atención a sus necesidades.

En cuanto al desarrollo científico, éste queda extremadamente perjudicado por la ausencia de una promoción de la enseñanza y una política cultural y de divulgación que use los medios de comunicación como instrumento de concientización de la población sobre su propia realidad y el mundo en que vivimos.

Hay una lógica de hierro que arrastra al país hacia abajo y lo somete al control del capital internacional y de sus principios ideológicos. Esta lógica encuentra su punto de origen en las relaciones socioeconómicas, basadas en las altas tasas de explotación de los trabajadores asalariados en general y en la expropiación de los trabajadores productivos, pequeños y medios propietarios. Estas altas tasas de explotación son la base del poder de una clase dominante apartada de su pueblo, articulada con intereses internacionales que refuerzan estas relaciones, a la medida que buscan en el país, trabajo barato y apoyo estatal a sus pretensiones de enriquecimiento rápido.

Incapacitada para construir sus fuerzas productivas internas, la nación se deja diluir y se pone al servicio de las ventajas inmediatas ofrecidas por el mercado internacional, el movimiento de capitales y las facilidades financieras ofrecidas del exterior. El resultado es mayor explotación, dependencia y marginalización que excluye cada vez más a nuestro país de las conquistas de la civilización y del desarrollo científico-tecnológico contemporáneo.

La Constitución esboza, así, una resistencia a estas tendencias, no solamente en este capítulo, sino en otros diferentes artículos, sobre todo en el orden económico. Está claro, sin embargo, que en la fase actual de desarrollo de las fuerzas productivas integradas por la revolución científico-técnica⁸⁹, la cuestión de la política científico-tecnológica se encuentra en el mismo nivel de toda la política de desarrollo.

El capítulo sobre las comunicaciones se caracteriza por su espíritu liberal y se concentra en garantizar la libertad de expresión e intentar retener su uso monopólico, a través de un cierto control sobre el otorgamiento de concesiones. A pesar de establecer el principio del carácter educativo, artístico, cultural e informativo de la programación de los medios de comunicación y exigir el respeto a los valores regionales, no se propone ninguna participación de las instituciones que puedan garantizar el cumplimiento de dichos principios.

La pobreza del capítulo sobre la cultura y el deporte ya refleja la falta de preparación de nuestra sociedad para garantizar una programación cultural en nuestros medios de comunicación. Las universidades, las escuelas,

⁸⁹ Tenemos publicada una vasta bibliografía sobre el asunto en los últimos años. Entre nuestros libros, citamos particularmente *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción: un ensayo introductorio: Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*; *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, todos editados por Vozes. En la misma línea de preocupaciones, recomendamos también *La Crisis Internacional del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo*, a publicarse por la editora Dos Puntos.

los órganos de cultura del Estado y de las asociaciones sindicales, artísticas, etc. no disponen de ninguna preferencia en el uso de los medios de comunicación y continúan apartados de la definición de nuestra política cultural. Los canales de televisión, las radios, etc. continuarán siendo cedidos a capitalistas, políticos y amigos sin ninguna calificación cultural y el país continuará inmerso en este oscurantismo cultural en que se encuentra.

Tal vez, al reglamentar dichos principios, se pueda extraer de ellos algún contenido más concreto, al aplicar con amplitud el artículo 221 que exige esos atributos a la programación de la radio y televisión. A través de éste se podría disminuir el contenido comercial de esos medios de comunicación y priorizar las concesiones a organismos de carácter cultural, cooperativos, universidades, etcétera.

5. EL MEDIO AMBIENTE, LA FAMILIA Y LOS INDIOS

Una característica innovadora y moderna de la nueva Constitución, en su título de orden social, es su preocupación por el medio ambiente, con la familia moderna, con los niños, los adolescentes y el adulto mayor, y con las minorías étnicas, particularmente el indígena.

En este plano, está claro que el legislador inicia su intervención y enumera principios generales que deberán ser reconocidos por los movimientos sociales concretos. Sin embargo, en lo que se refiere al medio ambiente, existen definiciones bien concretas que reflejan una cierta madurez de la reflexión crítica de la sociedad brasileña ante la brutal degradación de sus condiciones ambientales.

Así también la concepción de la familia como producto de lazos permanentes de convivencia en condiciones de igualdad entre sus miembros avanza en nuestro país hacia niveles extremadamente modernos de relaciones humanas. La preocupación con la defensa de los niños y adolescentes, el respeto a la vejez, a la madre soltera, parecen emerger de una sociedad extremadamente avanzada. Estas reflejan claramente la modernización de nuestras clases medias, sobre todo sus extractos de mayor renta y educación, y no corresponden en nada a la realidad social cotidiana de la gran mayoría del país.

En una sociedad de millones de niños abandonados y hambrientos, de alta mortalidad infantil, de brutal violencia policial y económica contra niños y adolescentes, de desprecio por los viejos, jubilados y lanzados a la alcantarilla, es extraño encontrar una concepción tan idealizada de la protección a estos sectores. Han de existir pues, amplios sectores sociales descontentos con nuestra realidad social, que buscarán utilizar el poder de una Carta Magna para defender sus ideas. Y esta población será también educada para utilizar esos

instrumentos constitucionales en el sentido de alterar sus condiciones de vida.

El último capítulo de la orden social trata del indio, dentro de los principios implantados por Rondon y por la mejor tradición indigenista nacional. El respeto a las tierras, a sus culturas, a sus lenguas, representa un importante paso en su promoción social que sin embargo, es ignorada. No hay ninguna preocupación por entregar a los indígenas los medios para su desarrollo y su integración en la sociedad moderna y en la civilización contemporánea. Es evidente que un conservacionismo estático es obsoleto en la época actual (y siempre lo fue, está claro). Los índices quieren representarse en el poder nacional, quieren incorporarse al mundo cultural y tecnológico moderno y deberán disponer de los medios para hacerlo, sin tener que destruir totalmente sus tradiciones, que sabrán cultivar mejor en la medida que dispongan de medios, riquezas y poder propios.

6. CONCLUSIÓN

La Constitución nos lega, así, un instrumento moderno en su título sobre el orden nacional, pero aún insuficiente y tímido en muchos puntos. Refleja, en gran parte, la madurez de los movimientos sociales y de la conciencia de los sectores más avanzados de la nación. Se mantiene aún atrasada y frágil, no solo en su práctica ciudadana, sino sobre todo en su desarrollo social. De esta forma, su voluntad constitucional oscila entre lo utópico, a veces retórico y vacío, y el reflejo de la lucha histórica de varios grupos de la población por sus derechos. En un ambiente hostil a los derechos sociales, la Constitución busca obligar al Estado a crear y promover una sociedad moderna, educada y avanzada.

El tiempo dirá, sin embargo, hasta donde será posible avanzar socialmente sin romper con los fundamentos mismos de nuestro atraso social. La dependencia, la concentración de la renta, la marginación son elementos estructurales de una formación económico-social capitalista dependiente que generó nuestro atraso social y la violencia de nuestras relaciones sociales, caracterizadas por la miseria, la explotación, el autoritarismo, la marginalidad. ¿Será posible superarlas sin ir hasta los orígenes mismos de estos males?

¡Bendita crisis!

Socialismo y democracia en el Chile de Allende

Versión original:

Dos Santos, Theotonio (2009), *¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende*, Venezuela, Edit. El perro y la rana.

Índice

Prólogos

- Carta abierta al Presidente Hugo Chávez
- Las lecciones de Chile: Podríamos vencer
- Prólogo a la edición venezolana
- Una nota después del prólogo

Primera parte

- I. Chile: Orígenes y perspectivas de la Unidad Popular
- II. Problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en América Latina
- III. La Unidad Popular Chilena y el contexto teórico e histórico latinoamericano
- IV. Problemas de la transición al socialismo y la experiencia chilena

Segunda parte

- I. Dos momentos del proceso revolucionario
- II. Socialismo o liberación en el programa de la UP
- III. El deber de combatir la ideología dominante
- IV. Sobre la dualidad de poderes
- V. Condicionantes de la estrategia imperialista en Chile
- VI. ¿Defensa de la legalidad contra la iniciativa de las masas?
- VII. Conspiración contra Chile: ¿Paranoia o realidad?
- VIII. Las condiciones políticas del golpe de estado
- IX. ¡Bendita crisis!
- X. Fundamentos internacionales de la estrategia de la derecha
- XI. Dos años y el programa
- XII. ¿Habrá paz social?

- XIII. El gigante obrero
- XIV. Corporaciones multinacionales, imperialismo y estados nacionales
- XV. Comandos comunales y elecciones
- XVI. Más allá de los porcentajes
- XVII. El león imperialista ruge otra vez
- XVIII. 007 Contra Chile
- XIX. La irreversible pendiente de la guerra civil
- XX. ¡Podemos combatir la catastrofe!
- XXI. Trabajadores a la ofensiva
- XXII. ¿Podemos triunfar?
- XXIII. Sobre golpes negros y blancos

Prólogos

Carta abierta al presidente Hugo Chávez

Mi querido comandante:

Antes de todo, quiero felicitarte por la victoria del pueblo venezolano en el plebiscito que permitió las reelecciones indefinidas en Venezuela. Primero deseo recordar las discusiones de Marx y Engels con los anarquistas sobre el rol de los líderes. Engels insistía sobre la importancia de que los movimientos populares lograsen preservarlos, mantenerlos y perfeccionarlos. La derecha ha establecido mecanismos de defensa de sus líderes y garantía de su continuidad. Desde las monarquías hasta los regímenes parlamentarios, los cuales vivían en constante amenaza por los partidos socialistas en ascenso, los conservadores han garantizado la permanencia y la defensa de sus líderes.

La pretensión de los anarquistas de eliminar los dirigentes y sustituirlos por asambleas de masas es claramente una desviación izquierdista de características infantiles. Esto no quiere decir que los líderes deban ser glorificados. Y ese es otro punto por el cual quiero felicitarte: tu decisión y coraje para someter, siempre que ha sido necesario, la revolución al pronunciamiento de las masas populares. Hay mucho prejuicio en contra de las masas. Tanto a la derecha como a la izquierda del proceso político. Una interpretación equivocada de la afirmación de Lenin (sacada de Kautsky) sobre el rol de la teoría en la

revolución, ha sido usada con frecuencia para justificar el aislamiento de las masas de los procesos de decisión.

Asimismo, la defensa de la organización independiente de las vanguardias profesionales, sobre todo en situaciones de lucha clandestina, se ha generalizado equivocadamente en los partidos de izquierda para justificar las burocracias partidarias encima de las bases.

Debemos criticar también la tesis liberal de que los plebiscitos son instrumentos del autoritarismo fascista. Como todo instrumento, su valor se define por su uso apropiado o no. Es evidente que un gobierno revolucionario con apoyo mayoritario de la población debe recurrir sistemáticamente al plebiscito para derrumbar los obstáculos interpuestos por una oposición minoritaria. La izquierda solo alcanzó la mayoría absoluta de votos muy recientemente. Allende, por ejemplo, llegó a la presidencia con 36% de los votos. Y la Unidad Popular llegó a 46% en las elecciones parlamentarias de 1973, bajo una fuerte campaña insurreccional de la derecha. El aumento de sus votos revelaba el avance de la revolución pero también demostraba sus dificultades. Razón para que muchos negasen el rol del proceso electoral para avanzar revolucionariamente.

Compañero: tu decisión de convocar a las masas sin recelo es una característica fundamental de la revolución que diriges. Su principal característica es el desarrollo colosal de la conciencia de las masas populares sobre el contenido de los cambios en marcha y la necesidad de defenderlos. No hay que vacilar un solo momento sobre la disposición revolucionaria de las masas. No hay que creer nunca en estas

consignas conservadoras sobre el retraso de las masas, sobre sus instintos inferiores y otras descalificaciones de nuestros pueblos.

Como puedes ver en el libro que te envió, el cual trata sobre la experiencia chilena, en el capítulo sobre la revolución latinoamericana y el proceso chileno, analizo el destino de las dos revoluciones del 58 (la venezolana y la cubana); ahí defiende la tesis de que ambos pueblos vivieron un proceso revolucionario nacional democrático. Mientras Cuba tuvo que definirse como socialista para llevar hasta las últimas consecuencias su rol revolucionario frente a las agresiones imperialistas, la revolución venezolana se quedó en las mallas del capitalismo dependiente a pesar de todas las luchas revolucionarias que ahí se trabaron.

Sin embargo el límite de la revolución significaba el límite del proceso de democratización y la exclusión del proceso político de las grandes masas socialmente superexplotadas. Esto indicaba que el proceso revolucionario venezolano quedaba trunco y tendería necesariamente a volver.

La revolución que presides no es un fenómeno de élites ni una improvisación histórica. Desde Bolívar a nuestros días nuestros pueblos aspiraron a transformaciones socioeconómicas profundas y tuvieron victorias importantes y muchas derrotas. Pero no han desistido nunca de sus ideales. El encuentro de un liderazgo consecuente con esta subjetividad histórica, articuladora de tantas experiencias, es una situación excepcional que pocas veces se repite en la historia. Este es el privilegio que disfruta el pueblo venezolano al contar con tu liderazgo.

Los originales del libro que te envío y que deberá ser editado por El Perro y la Rana (este audaz proyecto del Ministerio de Cultura) recoge mis artículos durante el proceso chileno, que viví muy intensamente.

Es un testimonio intelectual por la búsqueda de entender y orientar el proceso, pero es también un testimonio emocional, un ejemplo de pasión revolucionaria inspirada por mi formación militante y la acumulación de experiencias anteriores entre las cuales se resaltaba la brasileña, que me llevó al exilio en Chile en aquel momento. Pero esta pasión se inspiraba sobre todo en la fuerza de las masas chilenas y su disposición de lucha que no siempre supieron interpretar sus dirigentes.

Creo que te hará bien, compañero y hermano, comparar muchos de los momentos del proceso chileno con el vivido en Venezuela. Cada revolución es un proceso único pero se pueden obtener leyes generales a partir de la vivencia de las luchas históricas concretas.

Con mis saludos revolucionarios

Theotonio Dos Santos

Lima, 25 de marzo de 2009

Las lecciones de Chile: Podríamos vencer

La conmemoración de los 30 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, comandado por el general Augusto Pinochet, en Chile, provocó una ola de testimonios y relatos sobre este trágico día. Al mismo tiempo, colocó en discusión nuevamente los aspectos estratégicos y tácticos que involucran procesos socioeconómicos de esta envergadura histórica. Por esta razón, he decidido preparar como libro los textos que publiqué en los días cruciales del gobierno de la Unidad Popular. Se trata de un testimonio intelectual de importancia debido al debate intenso que se desarrolló en aquellos días y sus desdoblamientos actuales cuando procesos similares están en curso.

UN POCO DE TESTIMONIO PERSONAL

En lo que se refiere al testimonio personal yo tendría mucho que contar sobre aquél día y las circunstancias que lo cercaron. Ya hace parte del folklore del golpe de Estado el hecho de que yo era uno de los cuatro extranjeros que se encontraba en el primer bando de los buscados por la junta militar y que terminé, después de unos diez días de clandestinidad, exilado en mi propia casa.

En verdad, en el día del golpe de Estado nos encerramos en el edificio del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) cerca de 40 investigadores y administrativos. Evitamos provocar cualquier desconfianza de que hubiera alguna presencia en el local ya que éramos de los más buscados en el país. Como la junta había establecido el toque de queda preferimos ocultarnos mientras manteníamos un vasto contacto telefónico con todo el país. De manera impresionante fuimos anotando informaciones de las más distintas fuentes que apuntaban hacia la puesta en marcha de una amplia resistencia de las fuerzas populares, con apoyo de una columna militar que bajaba del norte y otra que venía de Valparaíso conducida por el general Prats.

Según estos testimonios, todo indicaba que el proyecto de resistencia preparado por la izquierda en su conjunto estaba en marcha. Sin embargo, esta era una construcción totalmente imaginada. En realidad, quien coordinaba el plan de resistencia a un golpe de Estado era el jefe del Estado Mayor, es decir, el general Pinochet que asumiera el comando del golpe. Él conocía todos los movimientos de una posible resistencia que se hacía inviable

Los compañeros del Partido Socialista Chileno, al cual pertenecía, al saber que mi nombre estaba en la primera lista de los buscados de la junta militar, prepararan una operación para ocultarme mientras la resistencia pudiera organizarse. Me llevaron para el departamento de una familia de pocos recursos. Él era nada más nada menos que un funcionario de la Penitenciaría: un carcelero. Él, su mujer y su hijito de cerca de 8 meses vivían en condiciones extremadamente modestas y mi presencia, además de un factor de pánico psicológico, representaba un costo adicional al cual no pude aportar ningún recurso pues saliera directamente del CESO hacia su residencia sin ningún efectivo. Ahí me quedé sin ningún medio de comunicación, solamente un pequeño radio de pila que ellos poseían.

Solamente siete días después mis compañeros se comunicaron conmigo con noticias de mi familia y del fracaso de la resistencia. Ellos no podrían garantizar la seguridad de un extranjero buscado como yo. Tenía que exilarme.

La embajada de Panamá era el único destino, donde se asilaron los últimos a buscar abrigo pues fue solo muy tarde custodiada. Por esta razón, ella fue literalmente asaltada por unos trescientos y pico refugiados que tenían de arreglarse en unos cien metros cuadrados de un pequeño departamento en el barrio alto. Frente a la amenaza de convertirse en un grave problema de salud, el gobierno militar fue obligado a permitir el traslado de los asilados a un nuevo local con más espacio. Este local fue exactamente mi casa que recién comprara y hacia la cual no me cambiara aún, la cual presté (sin ninguna remuneración) al gobierno de Panamá.

José Serra, candidato derrotado a la presidencia de Brasil en 2002, publicó el 11 de septiembre del 2003, en el periódico Folha de São Paulo, un extenso artículo sobre el 11 de septiembre chileno en el cual se refiere a este episodio y repite un error que muchos testimonios de la época cometieron. Diferentemente de lo que escribí, yo no he rentado mi casa sino que la presté a la embajada sin cobrar absolutamente nada. Es verdad que no esperaba que fuéramos quedar ahí más de seis meses. Éramos 9 "diferidos", es decir, aquellos que el gobierno chileno no permitió dejar el país sino después de fuertes presiones internacionales. Los centenares de asilados en mi casa se fueron una semana después, entre ellos mi esposa y mis 2 hijos que se quedaron algunos meses en Panamá y se transfirieron hacia México, donde mi esposa Vania Bambirra, tenía perspectiva de trabajo. Nunca he chequeado la información salida en la prensa panameña de que la embajada había "rentado" una excelente casa para abrigar los exiliados. Tal vez este fue el origen de la versión de que yo rentara la casa.

Escapa del marco del 11 de septiembre el hecho de que esta misma casa fue confiscada, en seguida a la retirada de los exiliados, para convertirse en uno de los principales centros de tortura del país. Hecho que me atormentó desde que lo supe a través de uno de los prisioneros que ahí fue torturado. Me gustaría señalar también que José Serra fue quien me llevó a la embajada de Panamá para exiliarme, entre varios otros brasileños perseguidos por la junta militar. El hecho que hoy día estamos en posiciones políticas diferentes no me impide de resaltar la solidaridad que él y otros compañeros que tenían protección de las organizaciones internacionales han demostrado en aquél momento. El coraje de estos compañeros y algunos diplomáticos ha sido uno de los aspectos positivos que se destacan en el medio de la tragedia.

Habría muchas más cosas para contar, todas marcadas por un profundo sentido humano propio de estos momentos excepcionales, de estas situaciones-límite en las cuales se exacerba el contenido emocional y ético de las acciones humanas que adquieren entonces un significado simbólico, de modelos y arquetipos que definen los valores de la colectividad. Pero me gustaría comentar en esta "introducción" algunos aspectos estratégicos y tácticos de estos acontecimientos que se reflejan en el debate teórico contemporáneo.

EL PROGRAMA DE LA UNIDAD POPULAR Y SU APLICACIÓN.

El programa de la Unidad Popular, que definió los objetivos centrales del gobierno de Salvador Allende, surgió en condiciones históricas muy particulares. En el final de la década de los 60s, el movimiento popular mundial había alcanzado un auge espectacular y apuntaba hacia grandes cambios sociales, políticos y culturales.

Entre ellos estaba el surgimiento de la teoría de la dependencia económica, social, política y cultural que planteaba la imposibilidad de desarrollar un capitalismo nacional e independiente capaz de repetir la experiencia de los países centrales y hegemónicos en el sistema mundial capitalista. Este capitalismo dependiente se caracterizaba por la necesidad de organizarse en torno a un centro hegemónico. Se trataba de zonas dependientes o periféricas, que convivían con centros intermedios, una semiperiferia según los términos actuales o subimperialismos potenciales como el caso de Brasil en aquél momento.

En este contexto, aparecía una propuesta política original desde un país dependiente que planteaba un camino socialista como forma de superación de este capitalismo dependiente y la posibilidad de realizarlo a través del respeto a las instituciones políticas creadas por la democracia burguesa. Hasta entonces ninguna experiencia política en el mundo se atreviera a proponer una transición al socialismo como programa de gobierno.

La revolución rusa de Octubre de 1917 proponía un gobierno obrero y campesino, basado en los consejos o soviets creados en las luchas democráticas de febrero a octubre de 1917, pero solo se planteaba una transición al socialismo como resultado de una victoria revolucionaria en Europa, particularmente en Alemania. La propuesta de construir el "socialismo en un solo país" solo surgió en 1926-27, desde el gobierno soviético.

Podemos encontrar ambiciones socialistas parciales en algunos gobiernos revolucionarios y socialdemócratas. Los laboristas ingleses nacionalizaron la siderurgia y socializaron la medicina entre 1924-26. Los suecos desarrollaron un estado de bienestar extremadamente avanzado desde los años 30. Ninguno de ellos propuso sin embargo un proceso de transición al socialismo.

En el caso de la revolución cubana, la definición del carácter socialista de la misma solo ocurrió en 1961 durante la invasión de la Bahía Cochinos.

Llegar al poder con un programa de transición al socialismo propuesto en un proceso electoral y aplicado corajudamente después de ganadas las elecciones era una experiencia totalmente nueva. No se puede negar la influencia del avance de las Ciencias Sociales latinoamericanas en el período, como lo he demostrado en mi libro sobre La Teoría de la Dependencia: Balance y Perspectivas, publicado en 2002 por Plaza & Janés, México y Sudamericana, Buenos Aires.

El programa de la Unidad Popular postulaba lo siguiente:

"Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política sustituir la presente estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio para iniciar la construcción del socialismo" (Véase esta cita en mi artículo "Dos momentos del proceso revolucionario" publicado en Chile Hoy del 30 de junio al 6 de julio de 1972, así como la serie de artículos que publiqué en esta revista durante este rico proceso y que se reproduce en el presente libro).

Había una claridad sobre los dos aspectos o momentos de la revolución chilena: la reforma agraria (con la destrucción del latifundio) y la nacionalización del cobre, principal producto del país en manos del capital internacional, cumplían objetivos de liberación nacional. Al mismo tiempo, ultrapasaban los objetivos nacional-democráticos: la destrucción de los monopolios nacionales e internacionales, que daban origen a una área social de la economía, organizada por un proceso de planeamiento descentralizado y democrático, apoyado en las organizaciones de base, que se transformaban en un nuevo tipo de poder popular a ser

reconocido legalmente por el Estado. Estos eran los elementos cruciales para la implantación de un nuevo tipo de Estado de carácter socialista.

El análisis de los movimientos del proceso revolucionario se encuentra en el primero artículo que publiqué con este mismo título en el semanario Chile Hoy que fundamos, a partir de una articulación intelectual, periodística y política que se ampliaba por toda la izquierda chilena desde el MIR hasta el Partido Comunista. En este artículo planteamos:

“Según el programa de la Unidad Popular, la construcción del socialismo en Chile debería ser precedida de un periodo de destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio. Este proceso se realizaría dentro del Estado burgués, con un gobierno popular que uniría a las fuerzas revolucionarias bajo el liderazgo del proletariado.

La revolución chilena se divide así en dos “momentos” o fases de un mismo proceso ininterrumpido. En el primero se cuestiona el orden capitalista dependiente y se inicia la destrucción de sus bases económicas y sociales. En el segundo, cualitativamente, diferente, se empieza la construcción del socialismo, que viene a sustituir al viejo orden decadente”.

Pero la fase destructiva se revelaba extremadamente compleja y producía una confrontación social cada vez más radical. Nos debuzamos en el análisis de este proceso en varias oportunidades, particularmente en el symposium sobre “Transición al Socialismo y la experiencia chilena” que dio origen al libro bajo el mismo título. Así resumíamos la esencia de la cuestión.

“La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer de un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialistas.

Quedó claro, sin embargo, que tales cambios sólo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad, científicamente definida, de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas”.

La posibilidad de avanzar en esta dirección entraba en choque con el cuerpo teórico y la base social pequeño burguesa de la izquierda latinoamericana que se reflejaba en Chile. Planteábamos en esta misma ocasión:

“Parece que queda claro que en poco tiempo más el país va a vivir una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino que encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista”.

Y detectábamos los peligros del impás creado por esta limitación estratégica:

“Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa de los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeño burgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la social-democracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los “grupos armados” de la izquierda y hacen vista gorda de los “grupos de auto-defensa” de la derecha. La historia, pues, se repite”.

La exarcebación de estas contradicciones condujo a la precipitación de la conspiración derechista que denunciábamos en varios artículos presentados en este libro. La confrontación llegó a su punto más agudo con el intento del golpe militar llamado del Tancazo (en octubre de 1972). Buscamos explicar las razones de la derrota del golpe en un artículo sobre “las condiciones políticas del golpe de estado” donde mostrábamos que no habían desaparecido las posibilidades del golpe. En este contexto, buscamos mostrar en un artículo que se hizo célebre negativamente que intitulamos “Bendita Crisis” (publicado en Chile Hoy, 6 al 12 de octubre de 1972). Los críticos han tergiversado sistemáticamente el contenido y el momento de este artículo. Ellos lo presentan como publicado un poco antes del golpe cuando en realidad fue publicado antes del más impresionante movimiento de masas que he conocido: la reacción de los trabajadores chilenos en contra del paro patronal que bloqueó todos los caminos en Chile y cerró las empresas privadas aún operando. Los trabajadores se desplazaron a pié o en los camiones de las fuerzas armadas para poner las empresas en funcionamiento, posesionándose de ellas e instaurando consejos de trabajadores para dirigir las. Al mismo tiempo establecieron guardias armados para defender “sus” empresas, coordinándose entre sí a

través de los "cordones industriales" que se convirtieron en un poder popular alternativo. Estos órganos del poder popular involucraban los trabajadores de todos los partidos incluso los demócratas cristianos. La unidad de clase se imponía sobre las divisiones creadas por la hegemonía ideológica de la burguesía. Describí esta epopeya en mi artículo "El Gigante Obrero" (Chile Hoy, 1 al 7 de diciembre de 1972).

En realidad se cumplían las previsiones del artículo "Bendita crisis": el avance de soluciones socialistas para la coyuntura económica hacía avanzar la fuerza del movimiento popular y derrotaba la burguesía.

Este momento crucial fue perdido:

1º). Durante el fracasado golpe del "tancazo" no se avanzó hacia la represión dura en contra de los conspiradores. Se desmovilizó las masas y se buscó un acuerdo con el centro demócrata cristiano.

2º). En vez de profundizar la gestión directa de las empresas por los trabajadores se aceptó devolver las empresas exigidas por la Democracia Cristiana y la derecha.

3º). En vez de profundizar los nuevos mecanismos de distribución directa de bienes, ampliados por el apareamiento de la gestión obrera de las empresas, se restableció los mecanismos de mercado y la "verdad de los precios" que llevó a una inflación desenfrenada.

Al releer estos artículos 30 años después no puedo contener la emoción y avalío en cuanto eran correctos mis planteamientos. Y cuan equivocada fue la política pequeño burguesa que impuso la "verdad del mercado" en aquellas circunstancias políticas. En el artículo sobre la "bendita crisis" afirmábamos:

"¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que si. Pero todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento de la producción, por haberse desnudado la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que apunta hacia el desarrollo de las fuerzas productivas y no hacia la contención de la oferta: hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, sólo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso”.

Los temas de este artículo ganaron una expresión dramática en los acontecimientos de septiembre-octubre de 1972. Me gustaría ratificar hoy día nuestras apreciaciones sobre el “gigante obrero” que se levantó en contra de la conspiración derechista:

“Este es el caso de la lucha por la formación del área social de la economía. En esta tarea, la clase obrera tuvo que desempeñarse en un campo nuevo de actividades y de responsabilidades que enfrentó con gran firmeza. No sólo fue su tarea “tomar” las empresas que había que requisar, controlar los actos de sabotaje de sus patrones y sustentar la lucha contra los enemigos de clase dentro y fuera de la empresa. Más importante aun fueron sus tareas después de requisadas las empresas. Abandonados por los antiguos gerentes y técnicos, frente a interventores jóvenes y en general inexperientes, los obreros lograron no sólo mantener la disciplina de trabajo, sino también aumentar la producción, plantear nuevos esquemas de abastecimiento, inventar repuestos, realizar trabajos voluntarios, buscar capacitarse técnica y políticamente para las nuevas tareas. Las fábricas chilenas se convirtieron en el microcosmos de la nueva sociedad emergente en Chile.

Pero la clase obrera no se quedó encerrada en las empresas. Tuvo que enfrentar de inmediato los problemas del abastecimiento creando las Juntas de Abastecimientos y Precios (las JAP). Frente a las amenazas de la derecha, los obreros se vieron obligados a coordinar sus actividades para vigilar y defender sus empresas y resolver problemas más amplios de abastecimiento e incluso de distribución de productos. La crisis de octubre, al obligar a la clase obrera a asumir la dirección económica del país, obligó a desarrollar estas formas de organización, consolidando los coordinadores de los cordones industriales y creando los comandos comunales, nuevas expresiones de su capacidad orgánica”.

Nos gustaría indicar a los lectores el artículo sobre “Comandos Comunales y Elecciones”, donde profundizamos estas tesis en función de la práctica histórica chilena. En esta oportunidad y en otros artículos posteriores demostramos nuestra confianza de que el avance del poder popular en las empresas favorecería la izquierda en el resultado electoral, como de hecho ocurrió. No se trataba de apartarse de los instrumentos democráticos disponibles en Chile sino de profundizarlos.

Frente a la victoria electoral de la Unidad Popular se desata la conspiración imperialista. Ella fue ayudada por las vacilaciones de la visión pequeña burguesa tanto de la situación económica como de la política. Nada fortalece más la agresividad imperialista y reaccionaria que la vacilación de la revolución.

La inflación tomó cuenta de la economía. Era necesario profundizar los mecanismos directos de distribución y enfrentar las fuerzas del mercado. Al contrario, el gobierno de la UP cedió a estas últimas en un momento de fuerte confrontación. Esto elevó la inflación y debilitó el gobierno. Buscamos crear conciencia en relación al peligro de la inflación y llamamos a un seminario en Chile Hoy con el propio ministro de la economía Orlando, reflejando la opinión de su partido (el Comunista) y de su asesoría (de fuerte inspiración estructuralista-keynesiana) él subestimó nuestra crítica. La crisis cambiaba de calidad y dejaba de ser "bendita". La Unidad Popular aceptaba el principio burgués de recuperar el "equilibrio" al controlar la demanda y ajustarla a la oferta, vía liberación de precios.

Al contrario de lo que dicen mis críticos, en vísperas del golpe no he hablado de una "bendita crisis" sino del contrario. Vea mi artículo sobre "Podemos combatir la catástrofe" del 25 al 31 de mayo de 1973, en el cual afirmábamos:

"Nosotros hemos buscado en muchas ocasiones en esta revista demostrar que el momento decisivo de enfrentamiento no estaba cercano y que, en lo fundamental, los trabajadores estaban a la ofensiva y el proceso seguía un camino revolucionario. Nos sentimos con autoridad para advertir que en este momento el proceso empieza a caminar contra los partidos populares si ellos no asumen el control de la situación y no liquidan violenta y radicalmente la orientación económica por la consolidación que ha llevado la situación a un grado insostenible, e inmovilizando en buena medida la fuerza del movimiento popular. Aún es tiempo de conjurar el fantasma y, como lo diría Lenin, combatir la catástrofe que nos amenaza".

En realidad la debilidad de la dirección política y económica de la izquierda abrió claramente el camino para la ofensiva golpista. Nosotros lo denunciábamos de todas maneras en el periódico Chile Hoy. Y mi último artículo, "Sobre golpes Negros y Blancos" publicado a vísperas del golpe era bastante claro en la denuncia:

"El quiebre está hecho y nadie puede jugar sus fuerzas con tal extensión e intensidad y dar marcha atrás sin haber logrado ningún objetivo concreto. Los que se han comprometido con estas maniobras derechistas esperando poder paralizar las cosas en el punto que les fuera conveniente ya saben que esta posibilidad no existe.

Así también aquellos que desde el lado de la Democracia Cristiana o de la Unidad Popular creyeron que se podría superar este enfrentamiento y ofrecer una sólida salida institucional que no pasase por un real aplastamiento de los insurrectos, los terroristas y sus estimuladores y financistas, van perdiendo progresivamente sus ilusiones. La unidad de la Democracia Cristiana después de la declaración de los 10 senadores es una utopía sin otro sentido que la cobardía de los que pretenden mantenerla. La magnanimidad del Gobierno Popular frente a estos actos se va convirtiendo en una actividad insostenible que se vuelca en menoscabo de su autoridad.

La derecha, según todo lo indica, tiene fuerza suficiente para impedir cualquier diálogo, cualquier solución "progresista" con fuerza militar. Y como los trabajadores han avanzado lo suficiente para plantear una política revolucionaria en este país, cualquier esquema centrista es una ilusión que no podrá cuajar sino por instantes muy breves. Del despliegue de poder que ha hecho la derecha queda claro que no tiene fuerza para cumplir sus objetivos; que ha tenido que caracterizarse claramente como una fuerza sediciosa sin poder hacer la sedición; que se ha convertido en una minoría agresiva, desesperada, terrorista; que ha impedido al sistema que representa alcanzar metas más modestas, pero más capaces de aplazar el fin del sistema como las propuestas en los esquemas centristas que maneja un sector de la DC".

Solo nos quedaba pues la profundización de la revolución para la cual llamé en estos días. No me arrepiento y repetiría las mismas palabras de mi último artículo:

"La derecha, el golpe, el centrismo con sus golpes blancos, han revelado su debilidad intrínseca. Si la clase obrera no aprovecha la coyuntura para dirigir el país contra la sedición, poniendo a su lado a todas las fuerzas vivas, completando el área social, resolviendo el problema del desabastecimiento, garantizando el control obrero del área privada, liquidando el capital especulativo y la inflación, castigando a los culpables del sabotaje económico, político y militar. Los obreros deben recuperar la confianza en sus fuerzas, no a través de expresiones minoritarias, tomas y actos que demuestran antes una debilidad que su fuerza real. El camino es el de unirse en torno de su central obrera, coordinando firmemente los cordones y los comandos comunales para dirigir el país, el país entero, junto a su Gobierno, que debe adoptar claramente su plataforma. A pesar de que los enemigos son poderosos y pueden realizar bajas terribles en sus actos de desesperación, los hechos lo demuestran claramente: ellos no pasan de tigres de papel, que asustan y muerden, amenazan e incluso matan, pero que no pueden resistir a la fuerza organizada de los trabajadores. Hay solo un grito para el momento actual: ¡Chile será socialista!".

No es posible analizar en los límites de esta introducción a todas las contradicciones y los debates que se desarrollaron en el contexto del proceso de implantación del programa de la UP. Una cosa es cierta: es totalmente falsa la versión de que estos cambios económicos no contaron con el apoyo de la población. Las dos elecciones realizadas bajo el gobierno de la Unidad Popular indicaban que esta agrupación aumentaba significativamente su apoyo electoral. De los 36% obtenidos en la elección presidencial de 1969 se había llegado a los 44,6% de apoyo en las elecciones de 1973. No fuera así, la derecha no necesitaría recurrir al golpe de Estado para tomar el poder.

Ningún golpe de Estado cuenta con la mayoría de la población. Hace poco tuvimos la revelación en Brasil de las encuestas realizadas por el IBOPE, en marzo de 1964, que estuvieron ocultas hasta ahora y que revelan el apoyo mayoritario que tenía el gobierno popular de João Goulart a vísperas del golpe militar de 1º de abril de 1964. Lo mismo pasaba en Chile a pesar del mito cultivado por la derecha de un pretendido desprestigio de la Unidad Popular.

El régimen de terror establecido en este país y en otras regiones del mundo en las décadas del 60 y del 70 han impedido que se manifestara abiertamente la voluntad de las personas.

En la medida en que las poblaciones van perdiendo el miedo de la represión fascista van ganando coraje para manifestar sus verdaderos sentimientos. Este es el caso de las conmemoraciones de los 30 años del 11 de septiembre en Chile. En esta oportunidad la figura de Salvador Allende renació con un vigor sorpresivo, sobretodo para aquellos que creen que las mentiras oficiales podrán imponerse sobre la memoria histórica de los pueblos.

Niteroi, 9 de octubre de 2003

Prólogo a la edición venezolana

Por varias razones este libro no fue publicado en 2003, 5 años después, el proceso venezolano, iniciado con el "Caracazo" de 1989, continuando con el levante cívico-militar de 1992, consagrado con la victoria de candidatura presidencial de Hugo Chávez en 1999, se define como socialista y Hugo Chávez es consagrado en unas elecciones radicalizadas presentando un programa de Transición Socialista para Venezuela. Su votación supera en mucho la de Allende en 1970 (36%) y la de la Unidad Popular en 1973 (44%). Ahora, el 65% de la población consagra la transición al socialismo como objetivo programático.

Para sorpresa de la derecha y de los liberales, en Bolivia y en Ecuador votaciones de este porte apoyan a las constituciones que proponen realizar la transición al socialismo. Aquellas tesis que difundíamos en 1968 con nuestro libro Socialismo o Fascismo; el dilema de América Latina se hacían otra vez realidad.

La lucha en contra del fascismo en la región latinoamericana no se queda en los límites de una democracia formal. Surge una democracia participativa que no acepta los límites del capitalismo dependiente, concentrador y excluyente, y reivindica un nuevo régimen económico, social y político en la región.

Para detener estos cambios democráticos el capital internacional y el imperialismo retoman el camino de los golpes de Estado (en Venezuela, en 2002) o de la guerra civil seccionista (Bolivia) y amenaza la región con acciones militares en contra de países vecinos (como en 2007 en Ecuador atacado por Colombia).

El avance de la conciencia democrática y de la voluntad integracionista latinoamericana permite vencer estos intentos con la firme decisión de los gobiernos revolucionarios que plagan la región para desespero de los ideólogos medievales que asaltaron los medios de comunicación y las universidades desde 1980. No solo en la región sino a nivel mundial entra en ruinas la ideología neoliberal y resurgen las aspiraciones de un nuevo mundo socialista.

Es pues un ejercicio extremadamente útil repensar el proceso chileno en este nuevo contexto. Los textos que presentamos en este libro fueron escritos en pleno proceso de cambios revolucionarios. Se trata de un testimonio emocional e intelectual que espero ser muy útil para los nuevos procesos que emergen en la región, particularmente el venezolano.

La lección de estos análisis, hechos al calor de los acontecimientos, es el de que la voluntad revolucionaria y la claridad y decisión de las direcciones políticas son factores esenciales en estos procesos. Ellos responden a necesidades sociales profundas que, cada vez más maduras y con mayor soporte social, se van incrustando en la conciencia de nuestros pueblos y tienden a volver y volver hasta el triunfo final de sus objetivos.

Theotonio Dos Santos

Lima, 21 de Octubre del 2008

Una nota después del prólogo

Los acontecimientos en Honduras aun en marcha indican que las fuerzas golpistas continúan activas en nuestra región. Esperemos que la unidad de los países de ALBA, de los demás países de la OEA y de la opinión pública internacional a través de las Naciones Unidas logren restablecer pacíficamente la legalidad en este sufrido país centroamericano. De cualquier forma, la movilización permanente del pueblo hondureño es la verdadera garantía de la victoria democrática.

Theotonio Dos Santos

Niterói, 16 de julio de 2009.

Primera parte

La teoría

I. Chile: Orígenes y perspectivas de la Unidad Popular*

I. LA COYUNTURA INTERNACIONAL

Para comprender el surgimiento del gobierno popular en Chile y sobretodo su "viabilidad" histórica hay que partir de un análisis de la coyuntura internacional, particularmente continental en que aparece. Esta realidad se caracteriza por la crisis norteamericana y consecuentemente los cambios tácticos de la política externa de este país, por la división de la clase dominante estadounidense y latinoamericana respecto de la política a seguir en estos países, por el cambio de la composición de fuerzas dentro del movimiento popular latinoamericano a raíz del surgimiento político a principios del 60 del campesinado y las poblaciones "marginales", por la reciente ofensiva del movimiento de masas que cambia sus métodos de lucha y su posición ideológica superando el populismo tradicional y, por el surgimiento debido a estos cambios de los vecinos gobiernos militares progresistas de Perú y Bolivia.

Pasemos a analizar muy ligeramente cada uno de estos aspectos. Desde la segunda mitad de 1968 se hizo evidente que Estados Unidos estaba entrando en su más aguda recesión de la posguerra, que ocurría en un período de acentuados gastos bélicos no habiendo por tanto la posibilidad de salvarla por medio de una política que expandiera el consumo y presupuesto militar como en las cuatro recesiones desde 1945. Por otro lado, esta situación era acompañada de una tendencia inflacionaria y de una aguda crisis internacional del dólar. Desde el punto de vista político, la recesión aparece en un período en que la combatividad del movimiento estudiantil, del proletariado empobrecido (blanco y colonizado), la de las mujeres y los intelectuales, generaba una campaña en contra de la política externa e interna de las clases dominantes norteamericanas. Las huelgas y movimientos obreros, causados por la inflación y el desempleo, se venían a sumar a un ambiente de por sí cálido que podía alterar y en el futuro transformar la estructura de la vida política de ese país.

A una situación interna tan desventajosa económica como políticamente se agrega una situación internacional bastante difícil. En primer lugar, [la derrota en Vietnam que se extiende a toda la región Indochina](#); en seguida, una ola revolucionaria no sólo en el tercer mundo pero inclusive en Francia, Italia y otros países europeos; y

*Este artículo fue publicado originalmente en la revista Libre, Paris, n.1, 1971, pp. 153 - 164.

lo que se refiere a América Latina, una ofensiva nacionalista que incluye los gobiernos más sumisos y una creciente movilización popular. Por último, dentro del bloque imperialista se ponen en evidencia serios roces internos con Japón, Francia y también Alemania, que hacen cada vez más precaria la situación de un país en crisis que busca asegurar a toda costa su hegemonía dentro del sistema capitalista mundial, viéndose obligado a mantener, para no perder su liderazgo, un precio artificial del dólar pagándolo con altos sacrificios de su pueblo y con una baja en sus exportaciones.

En una situación externa e interna tan desfavorable no se podía esperar de Estados Unidos una política agresiva en el plano internacional. Su agresividad será siempre el resultado de una acción desesperada, que se da en términos empíricos y vacilantes (como las invasiones de Cambodia y de Laos). El conjunto de la política norteamericana desde 1968 es esencialmente defensivo y tiene como propósito evitar la creación de nuevos focos de enfrentamiento y preservar su posición por medio de nuevas alas y nuevas fórmulas políticas. Su objetivo estratégico es esperar una coyuntura internacional más favorable para retomar el terreno perdido a través de nuevas ofensivas políticas, económicas y militares que le permita mejorar su posición. En el paso latinoamericano, su preocupación fundamental es no presionar demasiado a los gobiernos reformistas para no obligarlos a un enfrentamiento con Estados Unidos que los transformaría en una nueva Cuba¹.

Frente a esta situación crítica, cuya demostración no podemos profundizar por la brevedad de nuestro ensayo, la clase dominante norteamericana se encuentra dividida. El sector más atrasado busca retroceder en el plano internacional y volverse para el interior de Estados Unidos, siguiendo las demandas de los pequeños y medianos propietarios del país, mientras que el otro sector busca crear las condiciones para una modernización doméstica e internacional basándose en los intereses de las empresas multinacionales. El gobierno Nixon, a pesar de que intenta conciliar ambas tendencias, expresa mucho más los intereses del primer grupo.

El gran capital internacional busca crear las bases de una política audaz de social-democratización de Estados Unidos que logrará captar el apoyo del movimiento estudiantil, del proletariado colonizado negro, puertorriqueño y mexicano, de los movimientos antimilitaristas y femeninos, y de los gobiernos reformistas de los países dependientes. Trata de crear una política de apertura del mercado norteamericano al tercer mundo y de favorecimiento a la industrialización basada en el capital norteamericano o europeo-norteamericano o en su alianza con el capitalismo de Estado a través de empresas mixtas.

¹ Hemos analizado detenidamente esta coyuntura en un libro a publicarse por Editorial P.L.A.: América Latina y la Crisis Norteamericana (El libro se publicó en 1970).

Así quisiera asumir el liderazgo del profundo movimiento popular que crece a ojos vistos en todo el mundo, como fruto de la incapacidad del capitalismo de responder (al menos en su forma actual, según creen ellos) a los enormes problemas planteados por el desarrollo de sus propias contradicciones.

Por otro lado, son evidentes los efectos de tales cambios políticos en las alianzas de clases en América Latina. El gran capital internacional no está dispuesto a jugarse por las viejas oligarquías agrarias, mineras y comerciales ligadas a las estructuras primario-exportadoras de América Latina, Esta actitud incluye la entrega de las empresas norteamericanas de este sector siempre que su nacionalización se pague en términos razonables. Si el gran capital recela patrocinar directamente una política de este tipo por su posible radicalización, está sin embargo plenamente dispuesto a aceptarla y aún a apoyarla siempre que fuera ejecutada por gente de su confianza. Esto no excluye, evidentemente, el favorecimiento y estímulo de una política represiva con la condición de que se ajuste a las necesidades de la modernización económica y social, que sirva a la expansión de la inversión extranjera en sus nuevas formas, como es el caso típico de Brasil. Esto no significa que no persistan conflictos entre el gran capital internacional y ciertas pretensiones subimperialistas y estatizantes de los militares brasileños.

En este cuadro internacional tiene una gran importancia el cambio de composición de fuerzas del movimiento popular latinoamericano que se hizo patente en el transcurso de la década de 1960. En este período los campesinos emergieron de su relativa pasividad y se convirtieron en una fuerza política muy respetable. La revolución cubana ya había demostrado que esta fuerza tendía a transformarse en un poderoso aliado del movimiento obrero permitiendo superar el liderazgo que habían ejercido sobre el movimiento popular la pequeña burguesía y la burguesía industrial, inaugurando de esta manera una etapa de revolución socialista en América Latina. Frente a esta situación el gran capital internacional intentó a través de la Alianza para el Progreso crear las condiciones para que los líderes reformistas locales asumieran el control político de este movimiento. Las políticas de reforma agraria de Frei, de Belaúnde, de Betancourt y el pacto campesino-militar de Bolivia fueron, entre otros, ejemplos muy convincentes de este intento de someter al campesinado latinoamericano a una dirección nacionalista burguesa de corte reformista, buscando crear en el agro una capa de campesinos ricos o acomodados para que se convirtiera en una arraigada fuerza contra-revolucionaria.

Es innegable que esta política, aliada a la "acción cívica" de los militares en el campo, la represión al movimiento guerrillero y el uso del golpe militar siempre que se arriesgara perder el control político de la situación, obtuvo importantes victorias inmediatas. Pero al fin de la década su magia había desaparecido: se deterioraba debido al fracaso sistemático de todos los gobiernos reformistas latinoamericanos, el último de los cuales era precisamente el de la democracia cristiana chilena.

Estos factores permiten al movimiento popular latinoamericano desde 1968 recobrar la iniciativa que había perdido durante buena parte de la década (ofensiva política militar y económica, de Estados Unidos y otros factores internos que no nos cabe comentar aquí²). De hecho, en todo aquel periodo el movimiento popular veía destruirse su viejo liderazgo populista-nacionalista sin generar los instrumentos teóricos y organizacionales para proponer una alternativa independiente. Lo que estaba más a mano era una interpretación de la revolución cubana que la veía originarse en un "foco", es decir, una guerrilla móvil que desafiaba el poder central y se convertía al principio en un poder militar alternativo para transformarse en seguida en un ejército. No cabe discutir aquí si esta interpretación encuentra respaldo en los acontecimientos revolucionarios de Cuba.

El hecho es que tal concepción no ofrecía un instrumento de organización de clase a un proletariado urbano y rural que estaba en proceso de radicalización y que tendía a rechazar la ideología reformista que lo orientaba. Al final de la década, sea por su propia iniciativa, sea por el amplio debate ideológico que se desarrolló en el periodo, o por los sucesivos fracasos de los intentos foquistas el movimiento popular latinoamericano se fue movilizandobajo nuevas formas. En 1968 y 1969 violentas explosiones populares expresaron esta radicalización que buscaba una vanguardia capaz de organizarlo y conducirlo revolucionariamente. En general, este proceso se expresará por los instrumentos que encuentre a mano: en México y Brasil, el movimiento estudiantil que obviamente no puede llevarlo a sus últimas consecuencias por sus debilidades organizativas e ideológicas; en Argentina, a través del movimiento sindical peronista cuyas limitaciones sobre todo ideológicas (a pesar de sus avances recientes) y secundariamente orgánicas, permite obtener solamente victorias parciales; en Colombia y la República Dominicana, por medio de caudillos populistas revividos debido al vacío político de la izquierda, los liderazgos militares que en el caso de Perú llegan al poder en contra de una movilización popular aprista que las lleva a reforzar el aparato estatal paralizando la participación del pueblo, mientras que en el caso boliviano estos líderes militares se ven frente a una presión de masas constantes y cada vez más organizadas e independientes. Por fin, en el caso chileno, el movimiento popular se canaliza a través de una estructura partidaria muy sólida reforzada por la radicalización de sectores de organizaciones pequeño-burguesas que vienen a sumarse a los partidos obreros bien definidos y que habían ajustado su programa a este proceso de radicalización general. Es importante constatar que la aparición de dos gobiernos militares de carácter progresista, y bajo fuerte presión popular en el caso de Bolivia, cambió al final de la década la correlación de fuerzas en América Latina

² Un estudio sistemático del periodo se hace en la introducción de Vania Bambirra al libro: Diez años de Insurrección en América Latina, Editorial P.L.A. Santiago, Chile, 1970.

de manera bastante sustancial. Por más limitado que sea el programa reformista de estos gobiernos no pueden de ninguna manera servir a maniobras contrarrevolucionarias en contra de Chile. Por fin, las victorias evidentes aunque parciales del movimiento obrero argentino impedían también cualquier maniobra contraria al mandato de la Unidad Popular. Así, el conjunto de la situación internacional y continental favorecía enormemente la asunción de un gobierno popular en Chile como ya había permitido otros menos consecuentes pero igualmente avanzados e “inconcebibles” hace cuatro años en América Latina.

II. LA COYUNTURA CHILENA Y LA U.P.

Pero si los factores externos jugaron un papel importante en la creación de la “posibilidad” de que exista un gobierno de unidad popular en Chile, no explican por qué se produjo este hecho histórico. Sólo el análisis del desarrollo de la lucha de clases dentro de Chile que, siendo condicionada por la situación internacional, es específicamente diferente al caso peruano, boliviano, argentino y opuesta al brasileño y de las determinaciones internas de la victoria de la UP, puede iluminar lo que pasa actualmente en Chile en sus perspectivas. Creemos que son 4 los factores fundamentales que explican la llamada experiencia chilena: el hecho de que el reformismo demócrata-cristiano haya sido relativamente consecuente con su programa, lo que sin embargo no impidió su fracaso; la profunda división de la clase dominante chilena que además de inscribirse en el cuadro general de la división de la clase dominante latinoamericana tiene una larga trayectoria histórica, y se hizo más grave en la medida en que se aplicaba una parte significativa del programa de la democracia cristiana; la comprensión de las fuerzas básicas de la Unidad Popular de la necesidad de reformular el programa nacionalista y democrático con el cual concurrió a las elecciones de 1964 por un programa cuyo objetivo era crear las bases del socialismo, diferenciándose claramente del reformismo demócrata cristiano y al mismo tiempo neutralizando las oposiciones foquistas en plena decadencia después del asesinato del Che Guevara en Bolivia. Por fin, la especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena hacia muy viable una victoria de la izquierda en las urnas y su asunción al poder, factor decisivo para que el pueblo confiara en el sentido práctico de apoyar una campaña electoral con un programa revolucionario. Analizamos rápidamente cada uno de estos factores.

Los analistas de la campaña de 1964 en Chile, sea de la derecha, del centro o de la izquierda, afirman unánimemente la gran identificación entre el programa de la democracia cristiana y del FRAP (que reunía a socialistas y comunistas). La democracia cristiana representaba al sector más avanzado del reformismo latinoamericano. Sin embargo, seis años de este tipo de gobierno facilitan la penetración del gran capital internacional, acentúa la concentración y monopolización de la economía, obliga a reforzar el poder político

central, aumenta la manipulación de las masas, no permitiendo, por otro lado, resolver adecuadamente las demandas del campesinado y de las poblaciones “marginales” que el propio reformismo moviliza en contra de las fuerzas de izquierda, cuyas raíces principales se encuentran en el movimiento obrero y asalariado en general. Al contrario de otros países, la izquierda chilena buscó orientar el movimiento popular hacia una constante presión sobre la democracia cristiana para alcanzar su total independencia. Al final del período quedaba claro que sólo la izquierda podría realizar las transformaciones revolucionarias que el pueblo ansiaba cada vez más.

Además, los pocos intereses latifundistas y oligárquicos que fueron afectados por la democracia cristiana bastaron para crear una brecha muy profunda con sus aliados de derecha que habían apoyado firmemente a Frei en la elección anterior. El evidente desprestigio del partido de gobierno frente a sus propias bases era otro factor que instaba a la derecha a buscar su propia meta. Sin confianza ideológica y política en la democracia cristiana y temerosa de una victoria de la izquierda, la derecha se vio en la obligación de aventurar su propio camino después de haber coqueteado sin resultado con el golpe militar.

En tanto se dividía la derecha, la izquierda se unificaba en torno a una formulación muy profunda que asimilaba las inquietudes de las fuerzas de izquierda más avanzadas en América Latina que habían hallado su expresión en un amplio estudio teórico de la realidad latinoamericana que demostraba cabalmente la inviabilidad del derrotero latinoamericano-burgués para América Latina. Con un programa que establecía la destrucción del monopolio (no sólo extranjero sino también nacional), del latifundio (no se habla más de un feudalismo inexistente) y de la dependencia (que ya no se veía como fenómeno externo sino como condicionante de las estructuras internas) la Unidad Popular daba un paso programático que no siempre correspondía a cambios en su método de acción, de pensamiento y de lucha pero que marcaba una clara línea diferenciadora entre ella y el conjunto de las fuerzas políticas burguesas y ofrecía incluso un camino más claro a la pequeña burguesía a la cual se le prometía protección hasta que sus empresas pudieran integrarse dentro de la propiedad socialista. Al contrario de lo que muchos piensan, la clara definición socialista del programa de la UP y la definición de un período transitorio donde se preveía claramente la colaboración de la pequeña burguesía y se le otorgaban seguridades bajo la hegemonía del proletariado, permitió ganarse un sector de esa capa social representado por el grupo que se quedó en el partido Radical, y facilitó la radicalización de los sectores que se desprendieron de la Democracia Cristiana y formaron el MAPU, integrándolo al mismo tiempo a la Unidad Popular. Así, la Unidad Popular de un lado radicalizaba su programa y de otro, en una aparente contradicción que no era tal, ampliaba sus bases sociales al extender la composición del frente electoral sin conceder la hegemonía de clase obrera expresada en el objetivo socialista del programa y en la afirmación de la posición central de los partidos obreros en el frente.

Esta estrategia permitía derrotar las posiciones foquistas e izquierdistas que no podían atacar sino muy limitadamente el programa de la Unidad Popular y su concepción general. Los puntos débiles, que de hecho existían, no podían ser criticados desde una posición foquista, sino sólo desde una posición revolucionaria de masas. Tales debilidades eran la falta de organización de un poder popular, la ausencia de una movilización independiente de las masas, el excesivo control partidario, y sobre todo el peligro de crear una ilusión de una victoria electoral permitiría tomar el poder y crear el socialismo a través de la penetración del aparato estatal democrático-burgués sin destruirlo.

Las posiciones foquistas se debilitaban aún más frente a la evidente especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena que era aún más arraigada que su modelo europeo. La pasión chilena por las elecciones y los procesos legales que corresponden a un viejo empate de fuerzas políticas y un arraigado sistema de sutiles alianzas y compromisos fundados en una consulta constante de las bases a través de elecciones, disminuía considerablemente la posibilidad de una concepción golpista pura de la derecha. Así el MIR que entró en un desvío foquista entre 1967 y 1970 en la práctica no abandonó totalmente sus posiciones de masa realizando importantes experiencias de reorganización semi-militar de sectores "marginales" y campesinos que le restaban base a la democracia cristiana e inauguraban formas de lucha nuevas más adaptadas a las condiciones chilenas, a pesar de su carácter aún experimental.

Así, el conjunto de la situación chilena y el desarrollo de la lucha de clases en el país encuentran una expresión en la estructura partidaria existente y en el proceso electoral. La posibilidad histórica de un gobierno progresista se realiza a través de la victoria electoral de la Unidad Popular que plantea crear las bases para el socialismo en Chile. Al superar la primera etapa se creaban muchos problemas nuevos. Esto se podía advertir por la expresión grave que presentaban los militantes comunistas y socialistas más responsables en el día de la victoria electoral. Una gran cantidad de dudas e interrogantes se abrían. ¿Sería posible llevar adelante este programa con una base electoral y organizativa tan frágil? Sí, las condiciones internacionales lo permitían así como el desconcierto de las clases dominantes chilenas. ¿Cómo impedir que el contenido reformista del programa no se transformara en su objetivo final abandonado su contenido socializante? Esta pregunta aún no ha sido respondida por la práctica política chilena.

III. LOS PRIMEROS PASOS

Como hemos visto, hay una gran unidad de fuerzas sociales dispuestas a destruir el viejo orden primario-exportador en América Latina y hay sobre todo un profundo anhelo de transformaciones por parte de las masas

populares que todos los partidos buscan reflejar. Esta realidad se expresó muy claramente el día de la victoria de la U.P. jóvenes y pobladores demócratas cristianos salieron a las calles a celebrar legremente el triunfo de la U.P. Por otro lado, buscando expresar este mismo sentimiento de sus bases, el candidato demócrata cristiano se apuró en abrazar a Allende. Era muy difícil convencer a las bases populares de la democracia cristiana que eran legítimas las aprehensiones de sus núcleos de clase media alta y burguesía. Para no dividir al partido sólo había una solución: presentar a la democracia cristiana como respetuosa del resultado electoral y como garantía de mantener la legalidad burguesa. En este momento se elaboraba una estrategia de flexibilidad reformista y rigidez institucional que buscaba enredar a la UP en un esquema que tenía como propósito liquidar el carácter revolucionario de su gobierno llevándolo al desgaste a largo plazo. La democracia cristiana no ha logrado mantenerse siempre fiel a esta táctica. Su sector derechista ha abierto una violenta campaña anticomunista sobre todo durante las elecciones municipales de abril (1971) ganando la hegemonía del partido hasta el momento. El relativo fracaso en estas elecciones ha revigorizado la acción que defiende la flexibilidad (Frei abandona el país, entrega el partido a Tomic, declaraciones "populistas" de la Juventud D. C.).

El crecimiento de una posición golpista desesperada en el seno de la clase dominante ha constituido hasta el momento la principal fuerza de cohesión de la izquierda incluyendo a la izquierda revolucionaria que buscó ponerse en la vanguardia de la lucha anti-golpista utilizando su servicio de inteligencia para infiltrar el aparato golpista y denunciar sus maniobras. La existencia del golpismo ha permitido también una utilización revolucionaria hasta el momento de legalidad burguesa. La izquierda habla hasta el momento en nombre de la legalidad burguesa en tanto la derecha repite la célebre frase burguesa: "la legalidad nos mata". Mucho más sabia parece por lo tanto la política que siguió el sector tomicista de la democracia cristiana al buscar disolver el carácter revolucionario del programa de la U. P. en un esquema legalista que en vez de matar la derecha mate la revolución. En la medida que este esquema triunfe, la U.P. se encontrará en la necesidad de contar con el apoyo demócrata cristiano para realizar las reformas y por tanto se vería obligada a transar con el partido la intensidad de su política llevándola a un ablandamiento y una pérdida de ritmo que la condenaría al fracaso.

Hasta el momento la política económica de la U.P. ha permitido sin embargo profundizar las transformaciones sin la necesidad de un apoyo parlamentario fuerte y sin una gran movilización de masas. Esta política se ha caracterizado por un ritmo relativamente rápido de nacionalizaciones, por una drástica política de precios que permitió una efectiva redistribución del ingreso y por un acelerado proceso de

expropiación de tierras. Otro campo donde los planes del ejecutivo se ha llevado a cabo sin grandes problemas es en la política externa donde la independencia nacional ha significado en la práctica una aproximación al bloque socialista sin hostilizar el bloque capitalista y sin dejar de plantear una posición crítica frente al imperialismo en América Latina. En el plano cultural, la existencia de un gobierno de Unidad Popular ha provocado una profunda concientización de amplios sectores populares y de la juventud pequeño-burguesa así como un importante estímulo aún no expresado en frutos concretos al trabajo intelectual, literario y artístico.

Esta política ha permitido absorber en gran parte la presión de los sectores menos atendidos en la actual fase de aplicación del programa, tales como las capas menos avanzadas del proletariado (los trabajadores de las pequeñas empresas, del sector de servicios de baja estabilidad y que representan una parte sustancial de las poblaciones "marginales" y además la mano de obra desempleada y los sectores más atrasadas del campesinado). Todos estos sectores significan un factor de movilización que puede poner en peligro la disciplina y cuestionar el camino legal. Para que esto no suceda se hace imprescindible que el programa de la U.P. busque absorber estos sectores rápidamente, lo que exige una ampliación del control estatal sobre los sectores más atrasados de la economía sin que necesariamente tenga que nacionalizarlos. La organización de la clase obrera por ramas, la realización de contratos de trabajos que garanticen la producción de las pequeñas empresas y sobre todo el aumento de la producción de bienes de consumo como consecuencia del crecimiento generalizado del poder adquisitivo debido a la política de redistribución del ingreso, buscan resolver en la etapa actual el problema de las pequeñas empresas y de los sectores atrasados de la economía. Si bien con éste se disminuye la presión, no se da una solución a largo plazo. La deficiencia de la política de construcción entorpecida por las resistencias del aparato estatal demócrata cristiano heredado por el Ministerio de la Vivienda no ha permitido poner en funcionamiento otro importante mecanismo de creación de empleo y de activación de la economía. Todo esto revela sin embargo que la U.P. ha logrado hasta el momento paralizar presiones sociales extremadamente graves sin perder el apoyo popular a favor de la derecha (que buscó acaudillar estos sectores sin grandes resultados) ni a favor de la izquierda revolucionaria que logró movilizarlos sin querer crear demasiadas dificultades para el gobierno. Estas presiones son sin embargo muy saludables para el futuro político chileno y aseguran que el proceso de cambios no se estanque ni se quede en meras decisiones burocráticas.

El otro sector de movilización popular fue el campesinado más explotado como los mapuches y sectores del sub-proletariado agrícola dispuestos a obligar a una rápida política de expropiación de tierras independientemente de los planes de gobierno. La presión por la tierra de estos sectores ha permitido un grande avance del MIR y de sectores más radicales de la Unidad Popular en el campo, y ha forzado al gobierno

a agilizar la estrategia agraria. Al mismo tiempo el gobierno ha buscado evitar una crisis agraria (que la derecha buscó crear a todo costa) al garantizar el financiamiento de las cosechas del próximo año agrícola sin que esto signifique una concesión de principio a los propietarios.

La capacidad del gobierno de absorber todas estas presiones populares se debe sobre todo al acierto de su política de precios, a la firmeza de las nacionalizaciones y de las expropiaciones de tierras, pero también a las facilidades que trajeron las reservas de dólares creadas por el aumento de precio del cobre a raíz de la guerra del Vietnam y del relativo fortalecimiento del poder de negociación de los países dependientes en el plano mundial debido a la crisis norteamericana. Todo esto produce una coyuntura extremadamente favorable, que además de permitir avances concretos sin grandes conmociones sociales, puede por otro lado fomentar la ilusión de un fácil proceso de cambios graduales que liquidaría todos los logros realizados hasta el momento.

Por fin, es necesario considerar que ninguna medida tomada hasta ahora tiene carácter socialista. Todas ellas crean, como lo plantea el programa, las condiciones para el socialismo por si solas no garantizan mecánicamente el paso hacia la próxima etapa. Por esto estas iniciativas pueden realizarse pacíficamente en el marco democrático-burgués siempre que haya una situación favorable y una hegemonía obrera consecuente (pues ha sido demostrado que los partidos pequeño-burgueses no son capaces de llevar adelante ni siquiera estas medidas destructivas del orden primario-exportador por temer a sus consecuencias últimas). En el seno de las experiencias que atacan este orden van emergiendo las medidas de carácter constructivo que tienden a inscribirse en el nuevo orden socialista. Las experiencias aún elementales de cogestión obrera en las empresas nacionalizadas y estudiantil en la Universidad, de formación de sectores planificados (como el acero), van surgiendo de manera inconexa en busca de una forma de expresión más orgánica que permita el paso siguiente al socialismo.

IV. PERSPECTIVAS DE LA EXPERIENCIA CHILENA

El resultado de las últimas elecciones de regidores en todo el país han confirmado una clara tendencia reformista del pueblo chileno al entregar una mayoría de 51% a la Unidad Popular a la cual se debe agregar un sector reformista de la democracia cristiana. Por otro lado, sin dar un paso atrás, no se ha expresado un aumento del Partido Comunista y no se puede saber con certeza la fuerza ideológica que está detrás del crecimiento del Partido Socialista cuya posición de apoyo al programa socialista es bastante claro, pero que

puede haber atraído buena parte de los votos por ser el partido del Presidente. De cualquier forma es bastante claro el respaldo mayoritario en la fase destructiva del programa y hay seguridad de que existe una base para la etapa siguiente de carácter socialista.

Esta afirmación demuestra que es "posible" la transición hacia una etapa de construcción socialista pero no asegura de ninguna manera su realización sin que se operen cambios cualitativos en la conciencia y en la organización de las masas. El paso hacia una etapa socialista crea contradicciones nuevas cuyo carácter hay que tener en cuenta para no caer en un espejismo pequeño burgués. La cuestión fundamental no está en el carácter pacífico o no pacífico de la transición al socialismo. Es evidente que una revolución es más o menos pacífica dependiendo de la fuerza del movimiento popular y de la fuerza de la clase dominante y la violencia que ella oponga a la revolución popular. La clase dominante chilena ha buscado disminuir el carácter revolucionario de la Unidad Popular, por un lado, y por otro ha conspirado en contra de ella acentuando en la propaganda el sentido amenazante de sus medidas para justificar una resistencia ilegal y la conspiración que se continúa desarrollando a luz del día (y también en las sombras). De hecho, al lado de las "estrellas" de la conspiración hay otra conspiración más profunda, más a largo plazo, más "moderna" y más realista que desconfía del carácter fácil de la actual oposición de derecha y que conforma las bases de un consecuente fascismo latinoamericano y quizás mundial en renacimiento y que buscará expresarse en la medida que fracase el gobierno de la Unidad Popular, canalizándose entonces los descontentos de la pequeña burguesía y aún de sectores sub-proletarios y desempleados. Es decir, tal fascismo sólo logrará imponerse si la Unidad Popular no desarrolla la fase socialista de su programa y se deja enredar en la táctica de flexibilidad y de compromiso. Por lo tanto, la viabilidad de una oposición de derecha es en primer lugar un problema político y sólo en segundo lugar un problema militar. O, puesta la cuestión del otro lado, la viabilidad de una transición hacia la etapa socialista es en primer lugar un problema político y sólo en segundo lugar una cuestión militar.

Esto significa que se trata sobre todo de crear un poder popular capaz de permitir el paso hacia el socialismo. Este poder tiene que existir al lado del poder democrático-burgués para sustituirlo en el momento preciso sin quebrar necesariamente las tradiciones institucionales. La realización de un plebiscito que convocase una asamblea constituyente de trabajadores de la ciudad y del campo, de estudiantes e intelectuales puede permitir un paso legal hacia una nueva institucionalidad socialista siempre que haya una fuerte organización popular capaz de respaldar este avance y se haya creado en la práctica el nuevo poder que se quiere instituir. Sólo se puede pues romper con una legalidad en nombre de otra legalidad que no está solamente en la cabeza de la gente sino que se hace una práctica social concreta. Esta sería la legalidad del poder obrero en las fábricas y en las empresas del poder estudiantil en las Universidades, del poder campesino en las haciendas, del poder popular en los barrios, del poder estatal en las empresas nacionalizadas, en la propiedad del

sistema bancario y en el control del comercio exterior, en el debilitamiento real del poder económico e ideológico de la derecha.

El problema más grave que deberá enfrentar el paso hacia una etapa socialista es el debilitamiento de uno de los principales aliados de la fase destructiva actual. Se trata de la necesidad de obligar a un amplio sector de las clases medias y de la pequeña burguesía (que ejerce actividades absolutamente inútiles dentro y fuera del Estado) a desempeñar en tareas productivas. Hay que cambiar la economía del campo desplazando hacia áreas rurales complejos agrario-industriales que reorienten la irracional distribución de la población en las grandes ciudades debido a las deformaciones creadas por el desarrollo dependiente. Hay que disminuir el ingreso de muchos sectores, hay que quebrar el aparato estatal esencialmente pletórico y burocrático, hay que cambiar profundamente el comportamiento y el modo de razonamiento idealista de la pequeña burguesía, etc. Esto implica una política de ataque a un amplio universo cultural y a los privilegios de la clase media asalariada que influyen poderosamente en los propios partidos de izquierda y aún en la clase obrera.

La etapa de destrucción afecta los intereses y privilegios de una minoría de grandes propietarios, muchos de ellos extranjeros. En cambio, la etapa socialista afecta intereses y privilegios de amplias capas sociales que están incluso en el liderazgo de los partidos de izquierda y provoca no una distribución de lo expropiado de la gran burguesía sino una redistribución en el seno del propio pueblo (en gran parte atenuada por las posibilidades de hacer una acumulación de capital basada en parte en la ayuda externa con la cual no contó, por ejemplo, la Unión Soviética, lo que condujo a un enfrentamiento muy fuerte con el campesinado en la etapa de socialización forzada). Todas estas dificultades son superables si hay una fuerte conciencia de clases e independencia organizativa de la clase obrera, un fuerte poder obrero y popular e importante proceso de educación.

Vemos así que tres son los factores que pueden permitir el salto hacia una etapa socialista sin una conmoción interna violenta: la existencia de un apoyo internacional fuerte, un gran desarrollo superestructural de la educación socialista de las masas y sobre todo un poder obrero y popular que se gesta y se afirma antes de la forma definitiva del Estado. Ninguno de estos se encuentra suficientemente desarrollado todavía. El estudio de la "viabilidad" de que estos factores operan en Chile sería motivo para otro artículo. Queda planteado el problema para una amplia discusión.

Santiago, 17 de agosto de 1971

II. Problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en América Latina

La conclusión más importante del presente Seminario* son las lecciones de la experiencia chilena para el conjunto de América Latina e incluso para el movimiento revolucionario mundial. En este sentido, quiero elogiar la intervención de Pío García porque se aparta de una preocupación excesivamente chilena.

VÍA PACÍFICA, LEGALIDAD Y LUCHA REVOLUCIONARIA POR EL SOCIALISMO

Al respecto, considero bastante importante la discusión sobre la posibilidad de la vía pacífica, que nos lleva al análisis de los problemas concretos de la lucha política en vez de sustituir la lucha política concreta por formas generales. A mi juicio, debería de haber un desarrollo teórico más amplio de esta parte, que me parece buena como planteamiento del problema.

Creo que uno de los antecedentes más relevantes de este desarrollo, señalado en parte por Pío García, sería exactamente el prólogo de Engels a La lucha de clases en Francia, porque es una de las primeras veces en que un teórico marxista enfrenta de manera sistemática el problema de la lucha revolucionaria por el socialismo en condiciones democráticas, en condiciones de un régimen liberal.

Esto es muy significativo porque el grueso de la reflexión marxista sobre el problema de la revolución, como sabemos, se hizo en las condiciones de lo que se llamaba la revolución permanente, es decir, la transformación de una revolución democrática en revolución socialista.

Hasta la Comuna de París, las posibilidades de una revolución socialista estaban asociadas a la conversión del movimiento democrático, entonces dominante, en poder obrero, en aquel tiempo expresión de una minoría organizada aún de manera precaria. A partir de la creación de la Primera Internacional y del desarrollo de la socialdemocracia se empieza a plantear un problema de nuevo tipo.

En primer lugar, el movimiento socialista pasa a constituirse en una fuerza cercana a la posibilidad de convertirse en mayoría.

* Seminario sobre "El Gobierno de Allende y la lucha por el Socialismo en Chile", realizado en el Instituto de Investigación Económicas (IIE) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1975.

Segundo, las fuerzas del proletariado ya no tenían por qué asumir las luchas democráticas como tarea revolucionaria fundamental puesto que éstas ya se podían obtener dentro del cuadro de la reforma social.

La lucha democrática no asumía más un carácter revolucionario porque la burguesía ya había alcanzado el poder en la mayoría de los países europeos. A partir de ese momento, la reflexión estratégico-táctica tiene que cambiar su eje y la primera manifestación más coherente y sistemática es indudablemente el documento de Engels ya señalado, además de ciertas reflexiones suyas sobre el Programa de Erfurt. En consecuencia, creo que este texto es muy importante para analizar el problema global de la lucha revolucionaria en condiciones de democracia burguesa, en condiciones en que las transformaciones democráticas ya dejaron de ser revolucionarias y las transformaciones revolucionarias son ahora socialistas; ése era el nuevo problema a discutir.

El proceso revolucionario chileno lo plantea por primera vez en América Latina, puesto que, como sabemos, todo proceso revolucionario latinoamericano anterior era necesariamente democrático. Anteriormente ningún proceso revolucionario latinoamericano se planteó programáticamente como socialista. En las últimas décadas, las luchas de carácter democrático antiimperialista asumían un contenido revolucionario más avanzado, que se desarrolló en socialista en el caso de la Revolución Cubana. En casos anteriores habían adoptado una tendencia socialista que fue cortada por los golpes de Estado. Con posterioridad a la Revolución Cubana, las experiencias tendieron hacia un definido carácter socialista antes de resolver el problema democrático y antiimperialista. Esto reflejaba una nueva etapa del proceso revolucionario en el sub-continente.

En el caso chileno es la primera vez en América Latina que se plantea claramente, como objetivo explícito de la toma de poder, la creación de una economía nacional y de un Estado socialista. Es un problema absolutamente nuevo en América Latina como era nuevo para Engels en la Europa de 1895. Pero hay que señalar, sin embargo, el sentido aún más amplio de la experiencia chilena pues, como sabemos, los movimientos socialdemócratas europeos terminaron por convertirse en reformistas, es decir, por creer en la posibilidad de que las transformaciones socialistas se dieran en el marco de la reforma burguesa o en el marco de la reforma al interior de la sociedad burguesa y, después de la II Guerra Mundial, incluso caen en la posición de abandonar el objetivo socialista. Al respecto es preciso destacar lo siguiente: no se trata simplemente de la traición de un grupo de personas, sino de partidos que representan indudablemente a la mayoría del proletariado en sus países. Nosotros sabemos que la socialdemocracia alemana tiene el control político del proletariado alemán, que el Partido Laborista lo tiene en Inglaterra, es decir, este cambio estratégico tiene un significado político, social e ideológico muy importante y hay que comprenderlo con el máximo de rigor teórico posible.

Y sabemos que, por primera vez, incluso en escala internacional, se constituye un Gobierno elegido en las urnas que tiene por objetivo una transformación socialista. Una novedad práctica que plantea problemas teóricos enormes y que ha transformado el proceso chileno en fuente de reflexión para el movimiento obrero internacional. Por eso yo sugeriría que diéramos especial atención a la reflexión dialéctica de Engels sobre el problema de la legalidad. Según Engels, el uso de la legalidad, en términos revolucionarios, por el proletariado, haría necesariamente que la burguesía abandonara su propia legalidad y se lanzara en contra de ella.

Sabemos que este proceso, en cierta forma, se expresó en Europa en los años 20 y 30; y el fascismo es una expresión del fracaso de la social democracia entonces mayoritaria para tomar el poder revolucionariamente. Desde el momento en que ve amenazada la supervivencia del orden capitalista, la burguesía abandona su concepción liberal del mundo, de la economía y del Estado y adopta política e ideológicamente una concepción fascista. ¿Y por qué? Porque en gran medida el proletariado había logrado un control político del Gobierno, sin transformaciones esenciales del Estado, en una dirección socialista.

Tal situación impedía la acumulación de capital en la escala capaz de permitir un desarrollo capitalista monopólico y hacía necesario para la burguesía recurrir a la ilegalidad e, incluso, a otra ideología distinta de la burguesa liberal, para poder destruir el poder obrero creciente.

Yo creo que en Chile esa situación se manifestó de manera muy clara. Creo que la exposición de Eduardo Novoa fue bastante explícita en el sentido de mostrar cómo la legalidad se fue convirtiendo en una fuerza dual, ambigua: de un lado la burguesía abandonaba la legalidad y por otro la Unidad Popular se aferraba a ella como una forma de defensa de las posiciones conquistadas. Vimos sin embargo que eso era insuficiente para resolver el problema político concreto: la lucha de clases ya había puesto la lucha política en un nivel superior, como Engels ya lo preveía en el texto citado. Hay un momento dialéctico en que es necesario cambiar las formas de lucha, es decir, hay un momento en que el uso de la legalidad se convierte en un instrumento contrario a los intereses de la burguesía, la burguesía quiebra la legalidad y en ese momento no es con la legalidad burguesa que se va a lograr romper la oposición burguesa.

Indudablemente este momento en la experiencia chilena se definió con el intento golpista frustrado de junio de 1973, que se conoce como el "tancozo".

Fue un momento de gran tensión social, que provocó muchas inquietudes, muchos problemas, pero no se forjó realmente una nueva alternativa estratégica y táctica para la situación concreta. Habría que buscar las razones profundas, sociológicas y sobre todo ideológicas, que explican esa incapacidad de la izquierda y del proletariado chileno.

EL PROBLEMA DE LAS FUERZAS ARMADAS

El otro aspecto de máxima importancia, que Engels señaló en ese artículo, fue el problema de las Fuerzas Armadas, Engels mostraba la superación de las formas tradicionales de insurrección y la necesidad de una lucha interna dentro de las Fuerzas Armadas para ganar a un sector de ellas para la revolución. Esta posición fue muy bien asimilada por los bolcheviques y por las masas rusas en el proceso de la Revolución de Febrero de 1917.

La revolución se hizo fundamentalmente cuando se logró el apoyo de la mayoría aplastante de las Fuerzas Armadas, particularmente de los soldados, para entonces dar el paso hacia la toma del poder. La institución del Estado soviético, en Rusia, combinó este control político de las Fuerzas Armadas con una brigada militar propia: la Guardia Roja, algo absolutamente original política y militarmente.

Sabemos que en China el proceso de conquista de la mayoría de las Fuerzas Armadas tomó una forma mucho más compleja con la integración del Partido Comunista en las Fuerzas Armadas democráticas y su expulsión de las mismas en 1927, su retroceso hacia el campo y la formación, a largo plazo, del Ejército Rojo, apoyado en la fusión de los obreros revolucionarios con las amplias masas campesinas. Este proceso, absolutamente original, no fue comprendido en el primer momento por la dirección de la III Internacional.

En el caso latinoamericano, en el seno de las Fuerzas Armadas se dan ciertas constantes que se presentan en Brasil, en Santo Domingo, en Bolivia y en otros países: una tendencia a su división entre fuerzas democráticas nacionalistas y fuerzas liberales ortodoxas. El desarrollo de la revolución socialista en América Latina en la década del 60 empieza a originar dentro de las Fuerzas Armadas un sector socialista minoritario que, en el caso de Chile, se combina con un sector democrático antiimperialista que apoya hasta cierto límite la experiencia allendista, la cual no hubiera sido posible si no hubiera existido una mayoría democrática expresada en la corriente que encabezaba el general Prats, hasta vísperas del golpe.

El problema es que un nuevo paso hacia el socialismo, después de cumplidas las tareas antiimperialistas, antilatifundistas y en parte las antimonopólicas, con las cuales no había un desacuerdo básico, exigía un cambio de concepción de la relación del Gobierno con las Fuerzas Armadas. Implicaba, al mismo tiempo, desarrollar la capacidad del proletariado de crear una fuerza militar que llevaría a un nuevo tipo de acuerdo con las Fuerzas Armadas y que condujera a la formación de un Gobierno Popular con la participación de militares revolucionarios. Respecto a la necesidad de una alianza entre los obreros y las Fuerzas Armadas, el general Prats estableció una doctrina, pero ella tenía una debilidad interna bastante grave: el sector hegemónico eran las Fuerzas Armadas que, como vimos, estaba guiado por fuerzas reaccionarias al socialismo.

Para resolver este problema, el proletariado tenía que aumentar su influencia en las capas intermedias y bajas de las Fuerzas Armadas y desarrollar una capacidad militar autónoma que impusiera su hegemonía en el proceso.

Este fue un límite fundamental en el proceso chileno que es un poco difícil resolver a posteriori. ¿En qué medida una cierta capacidad de desarrollo autónomo del proletariado (como se planteó un poco antes del golpe, con la posibilidad de milicias) hubiera permitido cambiar la correlación de las fuerzas en el proceso? Escuchamos hace poco al presidente de la CUT, miembro del Partido Comunista Chileno, decir que si el proletariado chileno hubiera estado armado, otro hubiera sido el destino del proceso chileno; y sabemos que la CUT en cierto momento quiso o buscó esa alternativa, pero no fue capaz de organizarla por muchas razones.

Por lo tanto, yo creo que la discusión sobre el problema de las Fuerzas Armadas tiene que ser profundizada e incluso vinculada a otros procesos latinoamericanos con el objeto de determinar en qué condiciones las Fuerzas Armadas latinoamericanas, bajo presión de la lucha de clases, podrán convertirse en factor revolucionario: ¿es necesaria una guerra, como hubo en la Rusia zarista?, ¿es necesario un proceso de lucha armada a largo plazo, una lucha democrática como hubo en China? Hemos visto que la situación ha llegado a ciertos momentos críticos en la lucha de clases recientes en América Latina, lo que revela que ella tiene la fuerza para que, en un dado momento, una situación de ese tipo se resuelva favorablemente al proletariado. Esa situación deberá reproducirse en América Latina, porque se reprodujo en Brasil en 1964, en Santo Domingo en 1966, en Bolivia en 1971 y en Chile en 1973, de manera cada vez más radical.

Es posible que esa situación se plantee otra vez; entonces debemos tener las antenas bien preparadas y la visión abierta para encontrar la solución del problema.

El poder popular

Por fin, el problema que también me parece que está insuficientemente desarrollado es el del poder popular, otra constante de la lucha política latinoamericana que tiene que ser asimilada. El problema es saber hasta qué punto un poder popular similar al que emergió en todas estas situaciones puede convertirse en alternativa revolucionaria.

En el caso de Brasil en 1964 surgieron intentos de conformar un poder político autónomo, el Frente de Movilización Popular, en torno de los sindicatos, del movimiento estudiantil y campesino, el que tuvo un carácter esencialmente de cúpula; en Bolivia se constituyó la Asamblea Popular, cuya principal limitación

era su carácter exclusivamente obrero en un país campesino; en Chile se constituyeron expresiones de poder popular, que de alguna forma buscaron combinarse con el Estado burgués existente y que no lograron (ésta es la realidad) convertirse en una alternativa nacional, pero representaban una tendencia en esa dirección. Creo que posiblemente la combinación del poder popular con el poder institucional fue un intento por resolver la situación con un compromiso concreto en las condiciones del proceso chileno: un poder popular emergente que se combinase con un Gobierno reconocido por este mismo poder popular, planteando una nueva forma de Estado en oposición al Estado burgués en proceso de disolución por la crisis general de la sociedad chilena. No se logró articular las dos fuerzas y quizás ésta hubiera sido una forma de haber ganado la legitimidad para la constitución de milicias populares, la legitimidad de apoyo del sector militar más radicalizado a este nuevo poder emergente. Este proceso no llegó a concretarse, pero había quizá una tendencia en esa dirección. El mismo Presidente Allende, que durante mucho tiempo no apoyaba estas nuevas formas de poder popular, porque las veía como un desafío a su propia autoridad, un mes y medio antes del golpe, llamó a la constitución de órganos de poder popular como una manera de tener un punto de apoyo de masas más orgánico, que permitiese combinar el poder popular emergente con su poder legítimo de gobernante del Estado burgués en decadencia.

Creo que estas cosas se deben presentar dialécticamente, es decir, enfrentarlas como problemas, como procesos que llegan a un cierto nivel y no se desarrollan completamente; porque ésta es la forma en que debemos tenerlos analizados para enfrentarnos a las nuevas situaciones.

Creo que sin 1905 no habría 1917, sin el fracaso de la revolución en Bolivia y Guatemala no habría Revolución Cubana. La victoria y efectividad de un movimiento revolucionario nace de su capacidad de asimilar correctamente las lecciones de sus derrotas. Estas experiencias son (como se decía en el lenguaje marxista, de los años 10 y 20) "ensayos generales" que tenemos que tener claro en la cabeza, pues esta es una obra en que somos todos actores (hasta ahora muy frustrados).

Flexibilidad táctica e inflexibilidad estratégica

Cabrían algunas reflexiones finales sobre el problema de la táctica, es decir, del cambio brusco y radical de las formas de lucha que todo proceso revolucionario plantea. Si nosotros pensamos más en detalle un proceso como la Revolución Rusa, por ejemplo, podemos ver cómo hay cambios tan importantes de táctica en su transcurso.

Entre todas las marchas y contra-marchas de este proceso, y una sugestiva para entender un problema como el chileno, es la posición bolchevique sobre la Asamblea Constituyente. Su convocación era parte del programa bolchevique, pero cuando se plantea su elección, Lenin llamaba a la insurrección en condiciones de⁴¹lucha

interna dentro del Partido bolchevique. Participar en la elección de una Asamblea Constituyente significaba en tales condiciones reforzar un poder democrático burgués en oposición al nuevo poder absoluto de los soviets que Lenin veía como el centro del nuevo poder. Lenin está en contra de la participación del partido en las elecciones de un órgano que creía necesario derrumbar. Sin embargo, el partido participa en las elecciones, en las que midió sus fuerzas y sacó el 27% de la votación, lo que demostró que realmente era el partido más fuerte de las zonas urbanas.

Pero era minoría aún, mientras era mayoría en los soviets obreros y de soldados (solamente era minoría en los soviets campesinos donde tuvo que establecer una alianza con los eseristas de izquierda para constituir una mayoría). El partido tenía, por lo tanto, condiciones mucho más favorables en los soviets que en la Asamblea Constituyente. Ninguno de esos movimientos tácticos impidió sin embargo realizar el acto supremo revolucionario y tomar el poder. Lo hacen en nombre del poder soviético que pasa a gobernar al país. ¿Qué hacer, en tales condiciones, con la Asamblea Constituyente basada en listas conformadas en una situación anterior? Los bolcheviques no se sienten con fuerzas para impedir la elección, cuyos resultados ponían políticamente en minoría a los mismos militarmente victoriosos bolcheviques.

Los bolcheviques no se sentían suficientemente consolidados para desafiar completamente a la Asamblea Constituyente; incluso hay intentos de discusión con los mencheviques para llegar a un acuerdo en torno de una fórmula de compromiso entre el poder soviético y la Asamblea Constituyente, conformando en ésta una coalición de las fuerzas socialistas que reconociese el poder de los soviets. Estas negociaciones son conducidas por Zinoviev y Kamenev; Lenin estaba en contra de ellas, pero acepta que se hagan (una situación paralela a las negociaciones con la Democracia Cristiana en Chile). Al fin queda claro, como Lenin lo había planteado, que los mencheviques no iban a llegar a un acuerdo sino que iban a exigir la entrega del poder a ellos, porque eran mayoría en bloque con los socialistas revolucionarios y otras fuerzas de la Asamblea Constituyente. ¿Cuáles eran sus exigencias? Terminen con el poder soviético, que los bolcheviques no podrían aguantar y establecer todo el poder en la Asamblea Constituyente, dentro de la cual se garantizarían los derechos democráticos a los bolcheviques para convertirse en una oposición legal.

Es entonces cuando Lenin decide la situación y dicta el decreto de disolución de la Asamblea Constituyente. Este es uno de los más bellos ejemplos de la flexibilidad táctica que se conjuga con la inflexibilidad estratégica.

Cuando Lenin disuelve la Asamblea Constituyente no intenta disfrazar el contenido de este acto de fuerza y plantea muy claramente el derecho de los bolcheviques a retener el poder que reposa en los soviets y en el gobierno constituido por los soviets. La Asamblea Constituyente tenía una mayoría contraria a ese poder, la

que correspondía a una correlación de fuerzas anterior, por eso se disolvía la Asamblea Constituyente. Este era un acto de gran coraje político pues, como era previsible, toda la social democracia europea se volcó en contra de ellos, lo que ayudó mucho a la movilización de la guerra civil en contra del poder bolchevique, pero había que pagar este precio por una decisión revolucionaria.

Hay un momento en el proceso chileno en que se plantea la necesidad de un cambio de táctica. No estoy de acuerdo con los que creen que se pudiera llegar de otra manera a la situación revolucionaria.

La forma de llegar a la situación revolucionaria, con todos los errores que se cometió en el aprovechamiento más intenso y ofensivo de la situación legal, era la que se desarrolló. Pero creo que llegó un momento en que había que cambiar la forma de lucha y en este momento no había la educación política, la capacidad política, la decisión política de hacerlo. Eso es evidente. Esa es la lección que tenemos que aprender. Porque es un error tomar las lecciones no dialécticamente, confundir el conjunto del proceso con sus momentos cruciales y plantear una estrategia que solo tiene que ver con los momentos cumbres, a los cuales nunca se llega porque no se es capaz de producir las situaciones intermedias que permiten generarlos.

Eso no es ser revolucionario, esa es una posición intelectual, un problema de valores, de ideas utópicas que nada tienen que ver con el proceso sociopolítico concreto. En ese sentido, la Unidad Popular representó una enorme contribución en cuanto a la manera de conducir la lucha, de sumar fuerzas, de crear una situación revolucionaria, pero, al mismo tiempo, dio una demostración también de falta de flexibilidad, de falta de capacidad para prepararse para las situaciones que rompían con su esquema rutinario de lucha. En ese sentido quiero señalar un punto adicional: que faltaba visión política no solamente a los compañeros que tenían una educación más parlamentaria, más reformista, digamos, sino también a los compañeros que tenían una formación esencialmente militarista, los que no tenían ninguna proposición concreta sobre las cuestiones económicas y políticas centrales. Estaban completamente impreparados para enfrentar los problemas sociales que generaba la situación revolucionaria, como las medidas económicas, que creaban las más importantes confrontaciones populares de masas.

Y así era porque ellos concebían la lucha desde el punto de vista de un grupo de personas militarmente organizadas y entregaban a los "técnicos" esas cuestiones económicas y a los políticos las luchas legales, etcétera, ya que creían que las cuestiones fundamentales se decidirían en el enfrentamiento armado. Enorme fue su perplejidad cuando llegó el momento de la confrontación y descubrieron que no eran una alternativa real, porque la lucha de clases no se decide por un grupo de gentes bien preparadas para luchar. Este es un aspecto importante de la resolución de la lucha de clases, pero esa gente militarmente preparada puede ser

reclutada, a veces, hasta en el campo del enemigo. Los bolcheviques durante la guerra civil reclutaron a los oficiales burgueses bajo la dirección de los comisarios políticos; los reclutaron para que dirigiesen técnicamente la lucha en contra de la derecha, se les pagaba profesionalmente, se les sometía políticamente. Este es un caso extremo y no constituye la regla, pero nos muestra que no es tanto el aspecto técnico el que decide, sino el político global.

En este sentido era que la educación política de estos cuadros era incompleta y los mostró absolutamente incapaces de estar a la altura de los acontecimientos tan importantes que decidieron el proceso chileno.

En síntesis, el proceso chileno nos obliga a repensar varios problemas estratégicos y tácticos. Afirma la importancia de la lucha legal para reafirmar la tesis de Engels de que la legalidad burguesa termina quebrada por la misma burguesía. Muestra la evolución histórica, en su sentido socialista, del proceso revolucionario en el continente, que se expresa en la definición de un programa socialista de las fuerzas populares; en la formación de un sector socialista en las Fuerzas Armadas, aún minoritario, que sólo parece asumir un carácter ofensivo si cuenta con el apoyo de milicias populares; en la tendencia a constituir poderes populares durante las situaciones democráticas avanzadas, los que aspiran a constituirse en la base del nuevo poder. En fin, llama la atención sobre la necesidad de desarrollar una flexibilidad táctica que permita desatar la ofensiva final en el momento en que, para las grandes masas, resulte evidente el abandono de la legalidad por la burguesía.

México, 1975

III. La Unidad Popular chilena y el contexto teórico e histórico Latinoamericano*

Durante la década del 50 y principio de los años 60 las luchas revolucionarias en América Latina estaban orientadas por un marco de análisis común, según el cual vivíamos en una sociedad de carácter semifeudal y semicolonial o colonial, con la presencia de una oligarquía agraria que servía a los intereses del capital internacional.

En consecuencia, la revolución latinoamericana pasaba fundamentalmente por la destrucción del latifundio, la recuperación de las riquezas nacionales de nuestros países y el establecimiento de las bases para la democracia, el desarrollo económico y una mejor redistribución del ingreso. A partir de estas nuevas condiciones generadas por dicho proceso revolucionario se plantearían las etapas siguientes de la lucha del pueblo latinoamericano.

Este programa revolucionario estaba enmarcado dentro de los márgenes de una revolución democrática nacional y los gobiernos llamados a ejecutarlos se definían como nacionalistas y democráticos. En consecuencia, las clases que lo apoyaban y que de una u otra manera deberían participar en ellos, serían, de un lado, la clase obrera cuyos intereses eran profundamente antilatifundistas y antiimperialistas y también democráticos; del otro, el campesinado directamente afectado por el latifundio y eventualmente por el imperialismo, como en el caso de los países donde la economía agraria estaba controlada por el capital extranjero, como por ejemplo Guatemala; en fin, las burguesías nacionales que se suponía estaban interesadas en la lucha contra el imperialismo para garantizar su dominio sobre el mercado interno, fuente de su riqueza.

EL MODELO "DESARROLLISTA"

Este esquema básico se fundamentaba en los análisis de la economía latinoamericana realizados por los teóricos, tanto de orientación nacionalista como marxista. Los primeros desarrollaron un análisis bastante sistemático de lo que han llamado el desarrollo "hacia afuera" de nuestras economías. En dicho análisis

*Este artículo corresponde a un capítulo del libro en preparación sobre Transición al socialismo y programa de la UP y recoge las ideas expuestas en una reunión realizada en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 19 de marzo de 1973.

muestran que ellas se formaron fundamentalmente como economías exportadoras de bienes primarios (materias primas, productos agrícolas), lo que dio origen a una oligarquía rural y comerciante que era la propietaria de este sector exportador (eventualmente, las propias empresas extranjeras asumieron el control de la producción y el comercio exterior). Dichas oligarquías contaban con el apoyo de un importante sector de las clases medias, el cual les aseguraba su dominio político obteniendo en cambio la posibilidad de consumir bienes importados, a precios baratos según cánones internacionales, lo que le permitía un nivel de consumo bastante elevado.

De esta manera, nuestras clases medias podían alternar el acceso a los bienes de consumo disponibles en el mercado mundial, producidos por la técnica más moderna, con el "comfort" de explotar los servicios de los trabajadores latinoamericanos a precios bastante baratos. Apoyados en esta situación, la oligarquía nacional y los sectores de las clases medias a ellas ligados, adoptaron firmemente un sistema de pensamiento liberal en lo económico, basado en la tesis de la ventaja que suponía el que nuestras economías actuaran en el interior de la economía internacional bajo los principios del liberalismo, los cuales suponían su especialización en la producción y exportación de bienes primarios y la importación de bienes industrializados.

Este esquema económico se veía complementado con un profundo elitismo y aristocracismo, tanto en lo cultural como en lo político. No sólo se restringe la participación política y cultural a una reducida élite al día con el mundo cultural europeo, sino que se crea un esquema de poder y de pensamiento que garantiza la permanencia y el perfeccionamiento de la vieja infraestructura colonial exportadora.

Fue en contra de este esquema de poder ideológico y político que se lanzaron sectores de pequeños comerciantes, de artesanos, de las nacientes burguesías industriales, del proletariado urbano desarrollado con ellas, del campesinado (que empezaba a exigir una mejoría en las condiciones de vida en el campo), y por último, un nuevo sector de las clases medias ligado a la industria, más moderno, de formación técnica, interesado en el desarrollo económico y en la industrialización de nuestros países.

Todas estas clases o fracciones de clase formaban entonces una coalición bastante amorfa cuyo sector dominante sería la burguesía industrial que luchaba en nuestros países por el desarrollo económico, por la industrialización de la economía, por el proteccionismo cambiario que permitiera esta industrialización (oponiéndose por lo tanto al liberalismo económico), por la democratización de la enseñanza y la implantación de una cultura más técnica, ligada a los problemas de la producción y al desarrollo de las ciencias. En fin, sus teóricos planteaban que este desarrollo capitalista industrial permitiría una mejor distribución del ingreso, favorecería el desarrollo del mercado interno y por lo tanto interesaría al desarrollo industrial. De esta manera

se produciría también una democratización a nivel económico. . En este esquema teórico cabía a la burguesía industrial un papel hegemónico y se suponía que ella lo ejercía. Desde el punto de vista de la forma política, estas ideas se expresaban en un pensamiento y un método de acción populista con un programa nacionalista democrático. Muchos movimientos latinoamericanos nacieron y se desarrollaron dentro de esta perspectiva. Posiblemente el más coherente de ellos fue el APRA, peruano, también la Acción Democrática, venezolana, posteriormente el MNR boliviano, y también otros movimientos similares con figuras bastante significativas como Juan Bosch, Velasco Ibarra y otros. Pero indudablemente estas ideas ganaron una mayor consistencia, viabilidad y coherencia económica cuando se proyectaron a los países de mayor desarrollo industrial, como son los casos de Brasil, Argentina y México.

En México, Cárdenas, ya en la década del 30, expresó muy directamente las formas más de vanguardia de este pensamiento nacionalista. Posteriormente, Vargas en Brasil adoptó la misma postura, sobre todo después de su golpe de estado del 37 y por fin, Juan Domingo Perón, en Argentina, asumió bastante sistemáticamente esta postura política, logrando una influencia aún más sólida que la de Cárdenas y Vargas en el movimiento obrero, quizás porque el surgimiento del peronismo se dio en un periodo posterior y porque necesitó más fuertemente del apoyo obrero para poder levantar un programa de industrialización nacional y además, debido a la importancia política que tenía el proletariado en Argentina.

Para consolidar el desarrollo de estos gobiernos populistas y darle una elaboración teórica más consistente, se formó la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas (CEPAL), que con el liderazgo intelectual de Raúl Prebisch dio una sistematización bastante sólida a este pensamiento. De esta manera, en la década del 50 el nacionalismo había logrado llegar a un nivel de consistencia teórica bastante grande, pero, como lo veremos posteriormente, exactamente en este momento estaban llegando a su fin las posibilidades reales del nacionalismo en América Latina.

Al mismo tiempo que en América Latina se desarrollaba este pensamiento, también en Asia y en África los movimientos de liberación nacional asumieron un dinamismo muy grande, logrando conquistar varias posiciones e incluso triunfar en algunos países bastante significativos. La India, el más importante de ellos, logra su independencia en la posguerra y pasa a ser un nuevo centro de irradiación del pensamiento nacionalista y anticolonialista, inspirado por Nehru, al lado de Sukarno en Indonesia y otros líderes asiáticos. También en África varios movimientos importantes, de carácter nacionalista y líderes bastante significativos pasan a formar un cuadro general de pensamiento en esta dirección. En Europa y los EUA los intelectuales existencialistas, los economista, los científicos, políticos, etcétera, se sensibilizan por estas ideas; avanza significativamente

la teoría del desarrollo económico, surge el concepto de subdesarrollo que busca plantear el carácter estructural de la situación de los países más atrasados y demostrar que en ellos no hay solamente un retraso en relación a los países desarrollados, sino que existe una estructura económica y social precapitalista que tiene que ser transformada para permitir que estos países entren en una etapa de desarrollo económico significativo.

Así, la teoría económica burguesa, la teoría política, la sociología, etcétera, van entregando elementos al pensamiento social de nuestro tiempo y logran una influencia bastante importante en lo que se ha hecho en las últimas décadas en cuanto a ciencia social y a lucha política. No hay duda que este pensamiento recogió muchos elementos aislados del marxismo, por la sencilla razón de que el pensamiento económico burgués, en general, no dispone de categorías teóricas que le permita analizar fenómenos de cambio de estructura. De hecho había que volver, o a la Economía Política clásica, que se había preocupado por ese tipo de fenómenos, o al marxismo, que había integrado estos fenómenos en una metodología dialéctica materialista, o a ciertos sectores de pensamiento burgués que habían ocasionalmente planteado problemas similares, como por ejemplo los estudios teóricos de List en Alemania, así como eventualmente a algunos teóricos asiáticos y africanos, o a sectores de la socialdemocracia europea o el populismo norteamericano que se habían identificado bastante con las luchas en contra de sus enemigos monopólicos internos.

Desde la década del 50 en adelante, no serán solamente los sectores populistas, socialdemócratas y antimonopólicas los que se identificarán con los intereses de la industrialización de los países subdesarrollados y se interesarán por una teoría del desarrollo económico y del subdesarrollo. Como lo veremos, la propia burguesía monopolista norteamericana, ligada a la inversión en el exterior, pasará a estimular e interesarse por apoyar una política de industrialización en los países dependientes en la medida en que se hiciera a través de la penetración del capital extranjero.

Verdad que fueron sectores pequeños y minoritarios de la burguesía norteamericana que en el comienzo entendieron todas las posibilidades de este proceso de industrialización de los países dependientes, pero fueron los suficientes como para estimular misiones comerciales a la América Latina y apoyar la política de descolonización en África y Asia en contra del dominio colonial europeo.

En todo caso, sobre todo en el periodo de posguerra el pensamiento antiimperialista y anticolonialista va siendo progresivamente amenguado e integrado en un nuevo intento sistemático de conciliación entre los intereses de la industrialización de los países dependientes y los del capital internacional.

Cambios en la correlación internacional de fuerzas

¿Qué pasaba en el otro lado, en la otra corriente de pensamiento que partía, sin embargo, de supuestos similares respecto de nuestra sociedad, es decir, la corriente marxista? Era ya tradición bastante antigua del marxismo considerar como esencialmente democrática la revolución en los países dependientes. Esto es así desde las discusiones que suscitaron en Rusia antes de la revolución; posteriormente en las discusiones que se hicieron sobre China y otros países coloniales; en las elaboraciones de Mariátegui en Perú y muchos otros teóricos e intelectuales de formación marxista; en la III Internacional, en todas esas oportunidades hubo varios intentos de interpretación de las condiciones de los países coloniales o semicoloniales.

No es éste lugar para hacer un recuento de dicha elaboración, pero es necesario señalar que, desde 1917 se considera la existencia de un vínculo orgánico entre el proceso de liberación nacional en las colonias y a la Revolución Rusa.

A fines de la década del 40, con la victoria de la Revolución China, era el pensamiento de Mao Tse-tung el que representaba de manera más elaborada la visión marxista del problema de los países coloniales y semicoloniales. En su análisis de la realidad china, Mao caracterizaba a ese país como semicolonial, semifeudal y feudal. En base a ese análisis de la sociedad china, combinado con el análisis de la revolución en el plano mundial, Mao dedujo el carácter de la revolución china. Según él, esta revolución tenía el carácter de liberación nacional (en su aspecto inmediato de lucha contra los intereses internacionales imperialistas) a la vez que democrática, al volcarse en contra de la dominación feudal. Pero, como también lo demostraba Mao., estos cambios en la época actual no tenían un sentido estricto de liberación nacional, puesto que nuestra época era, a nivel mundial, la de la revolución socialista, a partir de la Revolución Rusa de 1917. De tal forma que el proceso revolucionario chino y de los países semicoloniales debería inscribirse en el contexto de la revolución socialista mundial. Y por lo tanto, las tareas de liberación nacional y democrática que se cumplían en China debían inscribirse en el contexto de una revolución socialista.

Dado el carácter socialista de este proceso, cabría a la clase obrera en su conjunto dirigir incluso las tareas de liberación nacional y democráticas, formando para tal efecto un amplio frente en el cual se integraba, bajo la hegemonía de la clase obrera, y consecuentemente de su partido, al campesinado; principal interesado en la lucha contra la sociedad feudal y el imperialismo, a los intelectuales y sectores democráticos de la pequeña burguesía, y a las burguesías nacionales (sector más vacilante de este frente, que ora apoyaba el movimiento revolucionario, ora tendía a comprometerse con el imperialismo).

Tales transformaciones se realizarían dentro de una república democrática de nuevo tipo, que tendría un carácter distinto al de la democracia burguesa fundamentalmente por su base social, su organización desde abajo hacia arriba y sus objetivos finales los cuales serían socialistas. Las tesis de Mao se habían planteado en su trabajo *La nueva democracia*, escrito en 1939, pero su influencia solo viene a ejercerse de manera significativa con el triunfo de la revolución china en 1949, lo que llevó a los partidos comunistas del llamado "Tercer Mundo" a postular esas mismas tesis para sus respectivos países, en una asimilación muchas veces bastante mecánica. A partir de 1954, después de la muerte de Stalin y después de la caída de Molotov, que representaba el sucesor de Stalin más directamente ligado a la política del "zdanovismo" que predominó entre 1946 y 1952, dentro del movimiento comunista mundial empezó a afirmarse una nueva corriente que vino a imponerse definitivamente en 1958, después de una breve transición entre 1954 y 1958 en que se produjo una amplia discusión dentro del movimiento comunista mundial, en la cual la influencia yugoslava ejerció un papel bastante importante sobre todo después de la reconciliación entre la URSS y Yugoslavia.

Durante este periodo de discusión, en Chile se desarrolló con una fuerza política bastante significativa un intento de Frente de Trabajadores entre los Partidos Comunista y Socialista, bajo una inspiración más bien socialista, que recogía las tesis del frente único de 1920 y que seguía una línea teórica en esa dirección. Después de 1958, en que triunfó definitivamente a nivel internacional la concepción jruchevita de la coexistencia pacífica, se impuso la interpretación de la lucha en los países coloniales y dependientes como de contenido nacionalista y democrático, conformando por tanto un amplio frente en el que participaba la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía, las clases medias asalariadas y las burguesías nacionales. En algunos casos se planteaba la posibilidad de que incluso algunos sectores latifundistas pudiesen integrar a ese frente en la medida en que ellos tuviesen intereses antimperialistas. Según esa concepción, la contradicción principal de la sociedad latinoamericana se daba entre las naciones que la componían y el imperialismo y por lo tanto era éste el enemigo principal del movimiento popular.

En segundo término, se encontraban sus aliados internos: la oligarquía, sus socios locales y sus agentes. Éstos estaban representados por el latifundio (a pesar de que, como vimos, en algunos casos particulares se admitía la posibilidad de que sectores latifundistas tomaran una posición antiimperialista), los comerciantes dedicados al comercio exterior (en general aliados al imperialismo), sectores de la pequeña burguesía y de la clase media vendidos al imperialismo, partes del aparato de represión, etcétera.

En contra de estos enemigos se planteaba el amplio frente nacional y democrático. Por lo tanto, la hegemonía obrera no era una condición para formarlo sino que era un elemento a disputar y luchar por ella en su interior.

De acuerdo con esta concepción, se apoyó al gobierno de Frondizi en Argentina, se participó en los gobiernos de Kubistchek y Goulart en Brasil y de Sukarno en Indonesia, se apoyaron a los candidatos del Partido Demócrata en los EUA, se planteó una política europea bastante pasiva, sin un programa de gobierno definido, sino más bien apoyando o atacando ciertas medidas concretas de los gobiernos burgueses.

Muchos ejemplos más podrían ilustrar esta política internacional jruchevista que se prolongó hasta 1968 cuando, bajo el impacto del problema checo, del mayo francés y otros movimientos de masa similares, de los efectos de la más importante crisis del capitalismo norteamericano y europeo en la posguerra, se empezó a notar un importante cambio en las líneas políticas de los partidos comunistas en el sentido de definir una posición más ofensiva en el plano internacional.

Como reacción a la política jruchevista y como consecuencia de ciertos aspectos de la política asiática del PC-URSS y del modelo de relaciones entre los partidos comunistas, surgió la oposición del PC de China, primero dentro del movimiento internacional comunista entre 1958 y 1961, luego provocando divisiones y formando facciones en varios partidos comunistas y, finalmente, siendo excluido de las reuniones internacionales (a pesar del fracaso de Jruschov en lograr una declaración explícita de exclusión del PC chino de la comunidad internacional de partidos comunistas).

La polémica chino-soviética, con su intercambio de cartas, declaraciones e insultos, fue un factor fundamental en la coyuntura internacional de 1958 a 1968. Durante este periodo el imperialismo se había visto profundamente sacudido, principalmente entre los años 1958 y 1961. La economía norteamericana había vivido una rápida pero profunda depresión en 1958, seguida de una pequeña recuperación en 1959 y un semiestancamiento en 1960 y comienzos de 1961. A este receso y estancamiento se sumó una fuerte inflación que hacía prever una difícil recuperación económica. Tales hechos se hacían aún más dramáticos al constatarse los altos índices de crecimiento que mostraban Europa Occidental y Japón en la década del 50, los cuales posibilitaban un cambio en la correlación de fuerzas en el interior del mundo capitalista. El desempleo y la política antiinflacionaria llevó a fuertes enfrentamientos del gobierno republicano con las directivas sindicales y puso en el orden del día el carácter anticíclico de la industria de guerra y la acción poderosa del "complejo industrial-militar" que denunció el propio Eisenhower, en 1958.

Asimismo, Estados Unidos en su conjunto estaba perplejo por [el lanzamiento del sputnik](#) por la Unión Soviética, que además de haber demostrado una evidente superioridad técnica sobre el gigante norteamericano, parecía permitir la posibilidad estratégica de bombardear a los EUA desde la estratósfera. En las esferas económicas, políticas y militares de la clase dominante empieza un amplio debate sobre la manera de

contrarrestar el avance soviético, la crisis económica, la inquietud obrera y las consecuentes dificultades internacionales de los EUA. De este debate surgió el programa de gobierno de Kennedy que se caracterizó por una enorme ofensiva norteamericana en todos los planos.

Las revoluciones latinoamericanas de la década del 50

Fue en el contexto de esa política de los partidos comunistas y de tal coyuntura internacional que se produjo el proceso revolucionario cubano, que modificó profundamente el cuadro político latinoamericano.

La experiencia más avanzada del nacionalismo democrático en América Latina se había desarrollado en Bolivia como producto de la revolución de 1952. Esta revolución había sido realizada por obreros y campesinos y dirigida por importantes sectores de la pequeña burguesía. Los obreros y campesinos destruyeron el ejército regular y organizaron un poder revolucionario en base a las milicias obreras y campesinas, realizaron la nacionalización del estaño, que pasaron a explotar a través de una empresa estatal bajo el control de los obreros, y realizaron una reforma agraria de contenido esencialmente democrático, basada en la división de las tierras (hay que señalar, sin embargo, el contenido pequeñoburgués de la reforma agraria boliviana que buscó formar un campesinado de pequeños propietarios y minifundios antieconómicos). Dada la ausencia de un fuerte desarrollo capitalista hacia el mercado interno y dada la inmensa población campesina de origen indígena en relación a la pequeña extensión de la tierra dividida, que alcanzó solamente la zona más habitada del altiplano, estos pequeños propietarios no llegaron a desarrollar una agricultura capitalista, quedándose en una economía más bien de trueque directo y minifundista. En las regiones donde había mejores tierras, en general aún vírgenes, se produjo posteriormente una concentración de tierra en base a la colonización agrícola, la más importante en el estado de Santa Cruz, en la frontera con Brasil.

En lo que respecta a la clase obrera, ésta estaba fundamentalmente vinculada a la extracción del estaño y, a pesar de su intento de formar una empresa de fundición del estaño, industrializar el país y utilizar más racionalmente los recursos naturales, su política de desarrollo fue fundamentalmente perjudicada por el sabotaje que sufrió la economía boliviana, como consecuencia de una baja en el precio del estaño (en parte dentro del movimiento de baja global de las materias primas después de la guerra de Corea, pero también en buena parte por las presiones de los grupos económicos internacionales, en particular la poderosa familia Patiño, en contra de este país). De esta manera, los excedentes producidos en las mismas se redujeron mucho, disminuyendo enormemente las posibilidades de importación de maquinarias, etcétera, para realizar una industrialización importante.

La dirección política pequeñoburguesa, nacionalista y democrática, al ver las dificultades con que tenía que enfrentarse y temiendo la materialización de las tendencias radicalizadoras del movimiento obrero, buscó retomar el contacto con el imperialismo en busca de ayuda económica. Ésta le fue dada bajo condiciones muy estrictas, exigiendo la liquidación del movimiento sindical y obrero boliviano, tarea cumplida con gran dedicación y brutalidad.

La dirección del movimiento en mano del MNR logró una gran escisión entre el campesinado y la clase obrera, facilitada en gran medida por ciertas tendencias obreristas dentro de la izquierda boliviana, la cual no fue capaz de estructurar un programa para el campo y realizar una efectiva alianza de clases con el campesinado (habría que tomar en consideración el carácter nacional indígena del campesinado boliviano y las dificultades políticas que tal hecho representa). De tal forma que ya a fines de la década del 50 asistimos a varios enfrentamientos entre milicias campesinas y milicias obreras. Al mismo tiempo, el MNR fue organizando una policía que se convirtió en la base del futuro ejército boliviano, el que posteriormente se adueñó del poder en sustitución del MNR, como fruto de sus divisiones internas y de su incapacidad de generar un camino revolucionario consecuente para Bolivia.

De esta forma, la revolución boliviana ya a fines de la década del 50 había demostrado su fracaso; había demostrado que no bastaba que la clase obrera y el campesinado destruyesen la oligarquía y el ejército prooligárquico; que no bastaba que se liquidase el latifundio y que se nacionalizase la principal empresa productora y exportadora; que no bastaba que se formasen milicias obreras y campesinas para con esto asegurar el paso hacia una sociedad democrática y nacionalista; como se esperaba. Hubiera sido necesario dar continuidad al proceso revolucionario hacia etapas superiores, mantener la unidad obrero-campesina, desarrollar la economía sobre bases estatales, en fin, sentar las bases para la construcción del socialismo.

Por otro lado, en Guatemala, en 1954, se abre una nueva experiencia, luego del largo periodo del gobierno de Arévalo, en la cual se presenta una agitación bastante grande en contra del gobierno republicano de los EUA y del dominio imperialista de la United Fruit, empresa norteamericana exportadora y dominadora de la producción agrícola de este país. El general Jacobo Arbenz, elegido presidente en un vasto movimiento popular, en el cuadro de una América Latina que todavía estaba bajo el impacto de la revolución boliviana, del peronismo, del varguismo y de otras expresiones populistas, se plantea una reforma agraria para Guatemala que habría de empezar con la afectación de propiedad de la United Fruit.

Inmediatamente después, el imperialismo organiza, a través de la CIA, una operación hoy día pública y confesa: la invasión de Guatemala, que contó con el apoyo de los sectores de la oligarquía y del ejército, que se habían asustado con las medidas de carácter nacionalista y democrático que anunciaba Arbenz. Las masas

populares se levantan y exigen armas a Arbenz. Pero él prefiere retirarse para evitar la guerra civil. La experiencia boliviana ya había demostrado que una guerra civil significaba que las milicias obreras y campesinas asumirían un papel muy relevante, creando una situación bastante difícil para las direcciones nacionalistas pequeño burguesas.

También Perón en Argentina había sido obligado a renunciar al gobierno por un golpe de estado militar y, a pesar del vasto apoyo de masas que recibió, prefirió entregar el poder a llevar a su país a la guerra civil. Es decir, a llevar al país a una lucha de contenido revolucionario que rebasaba sus concepciones políticas populistas y nacionalistas. Lo mismo pasó con Vargas en Brasil quien, frente a un complot públicamente dirigido por Carlos Lacerda, con apoyo claro de la embajada norteamericana, no retrocede en su programa nacionalista pero prefiere el suicidio, dejando una carta testamento en manos de su sucesor político Joao Goulart, en que plantea dramáticamente su política nacionalista y llama a los trabajadores a dirigir ellos mismos este programa de lucha en contra del imperialismo.

También en Chile González Videla, que había llegado al gobierno con el apoyo de un sector del Partido Socialista y que anunciaba una política de tipo populista, e incluso una alianza con Perón y Vargas, retrocede en sus posiciones bajo fuerte presión internacional, rompiendo con el ala izquierda de su gobierno y entregándose al FMI y a la política imperialista. Fue en este contexto continental, que supone una amplia acumulación de experiencias en el cual, en 1958, se realizan dos procesos revolucionarios en América Latina, la revolución cubana que derrumbó la dictadura de Batista y la revolución venezolana que derrumbó la dictadura de Pérez Jiménez.

Dos caminos divergentes del 60: Cuba y Venezuela

Esos dos procesos revolucionarios siguieron caminos bastante distintos. En el caso de la revolución cubana, el movimiento revolucionario llegó en un primer momento, en forma limitada, a ser dominado por una fracción del movimiento liberal, que tomó el poder luego de la fuga de Batista, antes de que las tropas revolucionarias llegasen a La Habana y que, bajo la dirección de Urrutia, formó un gobierno provisorio que entregó al comandante del Ejército Revolucionario la Comandancia Militar. Se intentaba así establecer un esquema de conciliación entre las distintas fuerzas que emergieron luego de la caída final de Batista, es decir, el grupo liberal; el Movimiento 26 de Julio y el PSP (partido comunista cubano), que dirigieron en gran parte la huelga general de trabajadores; el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y que junto con el 26 de Julio dirigieron la resistencia urbana, y por último el Ejército Rebelde, que había dirigido el movimiento armado en su conjunto al conducir las acciones guerrilleras, las acciones regulares del ejército, la resistencia urbana, la

huelga general, etcétera y, por lo tanto, se había convertido en la verdadera fuerza unificadora y centralizadora para el derrocamiento de Batista.

La pretensión del gabinete Urrutia de establecer una democracia liberal en Cuba significaba de hecho una desviación del proceso revolucionario, que en su fase final habría de transformarse en una profunda alianza entre el campesinado revolucionario dirigido por el Ejército Rebelde, el proletariado rural y urbano presente en la resistencia y en la huelga general, y la pequeña burguesía representada también en la resistencia urbana. Estos sectores eran las fuerzas dominantes y fundamentales del proceso revolucionario. A diferencia del sector que había intentado usurpar el proceso, para ellos la lucha en contra de Batista no tenía solamente un contenido liberal. La dirección política de la revolución había conocido de cerca la experiencia de Bolivia, donde había estado Raúl Castro, y la experiencia en Guatemala, donde había estado el Ché Guevara. Fidel y el Ché habían conocido también la experiencia boliviana en su fase fracasada. Estos revolucionarios asimismo conocían la experiencia de Perón y de Vargas y no estaban dispuestos a aceptar esta usurpación y la limitación del proceso revolucionario a contenidos meramente liberales. Ellos estaban dispuestos a llevar hacia adelante la reforma agraria y crear las condiciones para la industrialización, moralizar la vida pública y establecer la verdadera independencia del país frente al imperialismo. Y sabían que para dar la lucha había que disponer de fuerzas populares movilizadas y armadas, como lo había demostrado la situación en Guatemala, y necesitaban llevar adelante el proceso revolucionario hasta las últimas consecuencias, para no caer en una situación similar a la de Bolivia.

Las condiciones estructurales de la economía cubana posibilitaban una evolución distinta de la que se dio en esos países del proceso revolucionario. Por un lado, la unión entre el campesinado y la clase obrera se hacía cada vez más factible y directa, pues el desarrollo del capitalismo agrario era enorme y gran parte del proletariado cubano era más bien un proletariado rural semindustrial ligado a la economía agroindustrial del azúcar o del tabaco. Por otro lado, el movimiento democrático cubano tenía una larga tradición de vínculo con el movimiento popular, lo cual se había manifestado desde la época de Martí, quien había impuesto ya en aquel entonces un contenido democrático social al proceso de liberación nacional de Cuba.

También así, el pensamiento de la pequeña burguesía cubana estaba impregnado por un fuerte antiimperialismo norteamericano debido a la experiencia directa de violación de su independencia nacional por parte de los EUA. Todos estos factores generaban la posibilidad de una alianza profunda de la pequeña burguesía revolucionaria, el campesinado y el proletariado cubano. Fue así como Fidel Castro, poco tiempo después del ascenso de Urrutia, cuestionó el camino liberal formal que éste planteaba y que consistía en postergar las cuestiones fundamentales como la reforma agraria, la moralización pública y la lucha antimperialista, para

poner en primer plano la cuestión constitucional y electoral y es así como en una enorme manifestación en la Plaza de la Revolución, el campesinado y el proletariado cubano junto al Ejército Rebelde exigen la abdicación de Urrutia y colocan a Fidel Castro como primer ministro, exigen la reforma agraria y empiezan un proceso revolucionario de consecuencias muy profundas para América Latina.

Los difíciles caminos de la revolución cubana y latinoamericana se convirtieron en una importante fuente de enseñanza para los pueblos de nuestro subcontinente, a pesar de que muchos buscaron copiar sus aspectos exteriores y no su contenido esencial. Tenemos el caso del vecino país venezolano. En éste, las fuerzas revolucionarias que derrumbaron la dictadura de Pérez Jiménez, en las cuales predominaban la Acción Democrática, el Partido Comunista y amplios sectores nacionalistas y democráticos de las fuerzas armadas, se dejaron llevar por el camino "electoral" canalizando el proceso revolucionario hacia la instalación de una república burguesa. Los resultados fueron evidentemente desastrosos. Luego del golpe, Venezuela cambió su estructura social de modo notorio en favor de las masas, pero Rómulo Betancourt, llevado al poder por las elecciones, siguió su camino derechista, recurriendo incluso a la represión y al fortalecimiento de las fuerzas armadas como única fórmula para paralizar las reivindicaciones del ala izquierda de la Acción Democrática (que vino a dar origen al MIR venezolano), del Partido Comunista y otras fuerzas democráticas que expresaban las inquietudes del movimiento estudiantil, de los sectores más pobres de la población urbana (los "ranchos" de Caracas) y del campesinado.

Es de esta forma como Venezuela se ve conducida a una intensa guerra civil entre estas fuerzas populares unificadas en el Frente de Liberación Nacional y las fuerzas liberales, fuertemente sustentadas en el ala derecha de las fuerzas armadas (un sector izquierdista de las mismas se adhirió a la izquierda en los levantamientos de Carúpano y Puerto Cabello y en otras oportunidades menores), en el imperialismo y "en el gran capital nacional. Al lado de los fuertes instrumentos de represión que creó, Betancourt tenía a su favor la fuerza de la lucha democrática en contra de Pérez Jiménez y algunas reformas sociales que realizó su gobierno (distribución de tierras, plan escolar de habitación, etcétera), con lo cual logró aislar a las fuerzas insurreccionales. Al mismo tiempo, contó con el apoyo de la Alianza para el Progreso y una política externa norteamericana flexible y ofensiva, sobre todo en los planos, solo contradictorios en apariencia, de las reformas, por un lado, y de la acción militar antinsurreccional, por otro. Asimismo, la recuperación y el boom económico de los años 1961-1966, dotaban a los EUA y al mundo capitalista de un mayor poder de maniobra y de hecho se convirtió en la base para la política internacional ofensiva de Kennedy y Johnson, hasta su fracaso en 1967-68.

De esta manera, el movimiento revolucionario venezolano se estrelló contra fuerzas sociales y económicas muy poderosas y fracasó frente a la democracia burguesa que él había ayudado a consolidar y frente a la cual

después se rebeló sin ninguna posibilidad de triunfo. La diferencia con la revolución cubana se hizo así notoria y ha servido de marco a una profunda reflexión posterior. De un lado, se hizo una crítica sectaria y equivocada del proceso venezolano, entre otros, por parte de Régis Debray (en su libro de 1966, *Revolución en la Revolución*) quien explicaba el fracaso venezolano por el papel dominante del Partido Comunista y de las direcciones urbanas y creyendo encontrar la solución del fracaso en la "purificación" del movimiento revolucionario sometiéndolo totalmente a la dirección guerrillera. Esta concepción fundamentó en gran medida el intento guerrillero del Ché Guevara en Bolivia y muchas otras experiencias que se realizaron en el marco de la OLAS entre 1967 y 1969, siendo desarrollada posteriormente por los movimientos de guerrilla urbana de 1969 en adelante, inspirados en los Tupamaros de Uruguay, los cuales ponían un énfasis central en la organización militar urbana y no en la guerrilla rural.

De otro lado, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkof, dirigentes del PC venezolano, una de las principales bases del Frente Armado de Liberación Nacional, iniciaron un proceso de autocrítica que empezó por plantear la tesis del repliegue y posteriormente de la tregua o la "paz democrática", y terminó por desechar completamente la lucha armada como método de lucha inmediata. Posteriormente, en 1971, los dirigentes del MIR que no habían seguido a su primer teórico y dirigente, Domingo Rangel, quien primero autocriticó el camino guerrillero, continuaron por este mismo camino, quedando así en las montañas sólo pequeños grupos guerrilleros. De esta manera, la oposición de izquierda venezolana (hoy día aumentada por la escisión en la Acción Democrática, la cual dio origen al Movimiento Electoral del Pueblo, en claro proceso de radicalización ideológica y política), en el contexto de la crisis mundial que se inicia en 1968, se vio en la situación de no poder utilizar las circunstancias revolucionarias y de tener que conformarse con ser una oposición ideológica y política al interior del régimen, que de, una u otra manera ella misma ayudó a crear. Hoy día las fuerzas de izquierda venezolanas recomienzan el arduo camino iniciado en 1958 y repentinamente abandonado en 1961, dando origen a un enfrentamiento armado frustrado. Los partidos de izquierda se presentan a las elecciones de 1973 divididos en dos candidaturas presidenciales.

El ejemplo venezolano es muy importante. Revela que la historia no brinda en todo momento la alternativa revolucionaria. Incapacitados para profundizar el movimiento revolucionario de 1958, cuando se presentaba la oportunidad histórica, los revolucionarios venezolanos lo intentaron mucho después, cuando la democracia burguesa ya empezaba a consolidarse. Por otro lado, los revolucionarios venezolanos mantuvieron como bandera un programa nacionalista y democrático que la Acción Democrática y posteriormente la Democracia Cristiana no tuvieron ningún problema en agitar (realizándolo en una parte no fundamental, pero suficiente para contentar a la pequeña burguesía). La radicalización en sus métodos de lucha, su inflexibilidad táctica, su confusión programática, no podían resolver la situación contradictoria en que se había ubicado la izquierda venezolana.

La experiencia latinoamericana y la UP

La experiencia de la Unidad Popular surge en el marco de este proceso histórico tan complejo. Por varias razones, la izquierda chilena tuvo mucho qué aprender con estos hechos.

Primero, porque ella se encontraba lo suficientemente fuerte e ideológicamente madura como para acumular conocimientos y no dejarse arrastrar por una imitación de las tácticas de la revolución cubana, como lo hicieron otras fuerzas políticas, que principalmente grupos venezolanos, guatemaltecos y peruanos, entre otros. Esto no quiere decir que no surgieron en Chile intentos, no prosperaron suficientemente y fueron matizados por un realismo político que venía de las ricas experiencias de la vanguardia chilena. Tampoco se encontraba ésta bajo la hegemonía burguesa o populista como la izquierda brasileña y argentina antes de 1964-65, cuando estos países se lanzaron en un camino derechista dando origen a otro cuadro político de tipo insurreccional, pero esta vez bajo una fuerte influencia foquista, de un lado, o anarquista ("masista", como se la ha designado), de otro.

Segundo, porque ella pudo, apoyada en esta fuerza, mantener un clima democrático de libre información que le permitía estar al día con el proceso latinoamericano de manera muy directa.

Tercero, porque la experiencia del reformismo democrático-cristiano, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa modernizante del imperialismo y de los sectores burgueses nacionales, mostrando sus verdaderos límites a las grandes masas.

Es importante también tomar en consideración el papel que desempeñó en este proceso el clima intelectual generado por la conjunción en Chile de teóricos e investigadores latinoamericanos, que habían vivido importantes experiencias económicas y políticas nacionales y que pudieron intercambiar sus experiencias con los científicos chilenos y hacer de este país el centro irradiador de una corriente de pensamiento que, a través de una redefinición del estudio del subdesarrollo y de la dependencia, dio origen a un importante conjunto de ensayos, artículos e investigaciones sobre la dependencia y su nuevo carácter.

Estos estudios mostraron varias tesis importantes: en primer lugar, que América Latina no era feudal, sino que correspondía más bien a una especie de economía capitalista dependiente y que no se justificaba caracterizar su revolución como nacional y democrática, tesis que al final fue comprobada en la práctica por la revolución cubana. Algunos teóricos han deformado esta tesis planteando que América Latina siempre fue capitalista y que la revolución latinoamericana, por ser socialista, no suponía una etapa esencialmente democrática y antiimperialista. Pero, la riqueza del debate teórico-político en el país permitió corregir este

error y comprender no sólo que había importantes rasgos precapitalistas en América Latina y en Chile, debido a lo cual la revolución tendría que cumplir con una primera etapa (dentro de un proceso general socialista) de destrucción de la dominación imperialista-monopólica y oligárquica, para, en base a esto, iniciar un desarrollo socialista.

En segundo lugar, se pudo demostrar, a través del análisis de experiencias económicamente más avanzadas que la chilena, como son la brasileña y la argentina, que el desarrollo industrial capitalista dependiente se hacía a través de un proceso de desnacionalización de la propiedad industrial, concentración económica y del ingreso, creciente dependencia tecnológica del imperialismo, endeudamiento acumulado, etcétera. Al analizar la experiencia chilena se pudieron detectar estos mismos procesos en fuerte aumento durante el gobierno Demócrata Cristiano. Muchos intelectuales que creían en el camino reformista de la Democracia Cristiana fueron convencidos por los hechos de las consecuencias desastrosas de la política del “desarrollo en libertad”

En el plano de la reforma agraria, estos mismos intelectuales habían visto los límites del reformismo, su imposición de arriba hacia abajo a los campesinos y el restablecimiento de nuevos mecanismos de explotación dentro del campo reformado. Se desmoronaba así el mito de la reforma agraria campesina, y se mostraba claramente la necesidad de que, en términos capitalistas, se crease una economía rural moderna, de grandes empresas y asalariados o, de otra manera, se opusiera a esto un desarrollo socialista de la agricultura.

Tanto las relaciones con el imperialismo como la manera en que se realizó la reforma agraria, demostraron claramente que el camino capitalista sólo podía consolidarse por el uso creciente de la fuerza, hecho evidenciado por los muertos de El Salvador, los muertos de la huelga general de 1968, los crímenes de Puerto Montt, etcétera y la aparición de un caudillo militar jefaturando un intento golpista disfrazado de movimiento reivindicativo de las fuerzas armadas.

Se hacía evidente así, que el camino del capitalismo dependiente (a fin de superar las nuevas necesidades de la acumulación del capital en la fase de monopolización violenta, agravada por las condiciones de dependencia que sometían la mano de obra a una superexplotación) llevaba necesariamente a gobiernos fuertes en dirección al fascismo, como único régimen permanente capaz de consolidar tales gobiernos. Demostrándose así que el camino brasileño (y en parte el argentino que fracasó en 1973) no era un accidente, sino que representaba la única salida viable a corto plazo para el capitalismo en América Latina.

Todos estos factores tienen un papel decisivo en la elaboración del programa de la Unidad Popular en un momento en que el movimiento obrero en el plano internacional despertaba del largo sueño de la posguerra, cuando el capitalismo pasa a vivir su más importante crisis económica de este periodo iniciada en 1967, atenuada en 1968 y reabierta en 1969-71. En el contexto de esta crisis (muchas veces comparada con la de 1929 por los propios teóricos y dirigentes económicos burgueses), se desarrollan el mayo francés, el verano caliente italiano, el cordobazo argentino, el movimiento de masas mexicano de 1968, la marcha de los 100 000 en Brasil, la Asamblea Popular Boliviana, los movimientos de masas japoneses, las "huelgas salvajes" europeas, etcétera. Tales hechos eran correspondidos en el mundo socialista por la revolución cultural china, la rebelión estudiantil y después obrera de Polonia, la primavera de Praga, el nacionalismo, rumano, etcétera.

En este nuevo contexto, los partidos comunistas reunidos en Moscú en 1969 llegaron a importantes cambios de orientación política, planteando una etapa de "una ofensiva más amplia contra el imperialismo, contra las fuerzas de la reacción y la guerra". Para el caso latinoamericano, habría que tomar en cuenta que entre estos partidos debe considerarse al Partido Comunista Cubano, lo que puede explicar en parte que las resoluciones de la Conferencia admitiesen: "En esa zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirían el camino al socialismo".

Si sumamos a este hecho la tradición de unidad socialista-comunista en tres procesos electorales y en el viejo Frente Popular y el planteamiento del Partido Socialista del Gobierno de los Trabajadores; podemos encontrar gran parte de los elementos que van a servir de marco de orientación al programa de la Unidad Popular^{id}.

Problemas del Desarrollo, N° 16, México, 1973*

*Véase el "Programa Básico de la Unidad Popular" en PROBLEMAS DEL DESARROLLO, año II, No. 5, octubre-diciembre de 1970 pp. 138-157. [N. de Ed.]

IV. Problemas de la transición al socialismo y la experiencia chilena

UN BALANCE DEL SYMPOSIUM*

Sintetizar las discusiones sostenidas en el Symposium sobre "La transición al socialismo y la experiencia chilena", es tarea bastante difícil, pero necesaria. Los debates intelectuales, en general, se caracterizan por la concepción académica de que las discusiones no deben terminar, de que no hay que sacar una consecuencia directa de ellas. Y no podemos quebrar completamente esta regla académica, porque aquí hay muchas posiciones opuestas; no estamos en un partido político y podemos, en todo caso, extraer de la discusión algunos elementos que permitan una cierta acumulación de conocimientos, así como pasar a un nuevo nivel de discusión. Tal es el intento que voy a hacer y pido que se me excuse el carácter incompleto que necesariamente tendrá la relación.

En primer término, me gustaría llamar la atención sobre la riqueza de los debates, no por tratar de valorizar formalmente el symposium, sino porque me parece que se configuraron varias posiciones en choque, dentro de un cuadro general del pensamiento marxista. Verdad es que faltaron ciertos matices y posiciones, pero ello no se debió a fallas organizativas, sino a razones que nosotros no pudimos controlar. En primer lugar, faltaron en el debate algunas posiciones representadas por figuras muy importantes que no pudieron venir por razones de última hora, como Althusser, Mandel y Samir Amin. Lamentamos mucho estas ausencias porque ellos hubieran matizado y enriquecido mucho más las discusiones y abierto aún más el abanico de los debates.

También estuvo en nuestras preocupaciones hacer un análisis de las experiencias soviética, china, cubana, de Europa Oriental, etc. Pero la Comisión de Organización se vio imposibilitada para cubrir todo ese campo, que exigiría casi un nuevo simposium con este tema único. Lamentamos, asimismo, en la discusión chilena, la no intervención del presidente de la CUT, que tenía a su cargo un tema fundamental: el de la participación de la clase obrera en Chile.

*Publicado en: Varios autores, Transición al Socialismo y la Experiencia Chilena, PLA Editorial, 1972, ps. 313 a 352

Realmente el symposium quedó trunco por la ausencia de este tema, y nosotros lo lamentamos mucho, pues las conclusiones que tenemos en nuestras manos en este momento, están incompletas por falta de este elemento fundamental del debate. Pero, a pesar de todas estas limitaciones, podemos sacar una lección general muy importante: después de un largo periodo de profundo sectarismo, de dueños absolutos, el marxismo hoy día permite en su interior un debate bastante amplio, permite una actitud de colaboración intelectual, aún cuando las posiciones sean bastante divergentes. Es decir, este symposium expresa un hecho fundamental: dentro del pensamiento marxista, no solo hay en nuestros días un enriquecimiento de posiciones, sino una disposición al debate, a la discusión, que no conocíamos hasta hace muy pocos años.

SITUACIÓN ACTUAL DEL DEBATE

A partir de esta consideración general, me gustaría establecer, más que un resumen, algunas impresiones generales, a título de visión de conjunto. La primera es que el marxismo, hoy día, se ha dividido en algunas direcciones de pensamiento más o menos bien definidas, que merecen análisis especial y que exigen una reflexión global y sistemática.

La historia del marxismo está ligada a la historia del movimiento obrero. Su primer gran momento fue la Primera Internacional, en que Marx enfrentaba el anarquismo, aliándose a los cartistas, periodo en el cual Inglaterra era el centro del movimiento proletario mundial. Este periodo, terminado con la Comuna de París y con la extinción de la Primera Internacional, abre el nuevo periodo de la Segunda Internacional, en que el movimiento obrero se hace marxista en su mayoría, con el Partido Social Demócrata alemán como principal centro de ordenación. Este periodo se termina con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y con la apertura de un nuevo periodo histórico, en que el Partido Comunista de la Unión Soviética pasa a ser el elemento ordenador del movimiento comunista mundial, del movimiento proletario mundial; la Unión Soviética pasa a cumplir la función que anteriormente habían cumplido Inglaterra y Alemania.

Este periodo es bastante importante para la comprensión de las discusiones que tuvimos y de las líneas que el marxismo sigue hoy día. Podemos afirmar que, durante él, el leninismo pasó a ser el centro de ordenación del pensamiento marxista. La doctrina leninista tenía como principales elementos la teoría del imperialismo, la teoría del partido y la teoría del poder político de los soviets. Esto la individualizaba frente a la elaboración teórica anterior. Sin embargo, el pensamiento leninista a fines de la década del 20 se separó en dos grandes corrientes: una aplastante y absolutamente dominante; otra, bastante minoritaria y casi residual que fueron, de un lado, el stalinismo, y de otro, el trotskismo. En verdad, existían otras corrientes pero ellas

quedaron profundamente aplastadas. Tal es el caso de los seguidores de Bujarin, que formaron una tendencia específica en los años 20 sin lograr continuidad, a pesar de la influencia intelectual que él ejerció en un cierto periodo de la Internacional. Tal es, asimismo, el de una corriente muy residual, que fue la corriente brandleriana, el grupo alemán que se desprendió de la Internacional, en las luchas del 25 y 26, reunido en torno a Talheimer y Brandler.

En fin, en este conjunto, el elemento dominante era innegablemente el stalinismo, y como vimos en nuestras discusiones, él se caracterizaba, en primer lugar, desde el punto de vista político, por la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, es decir, por la justificación de la Unión Soviética como país socialista. En segundo lugar, el stalinismo se basaba en la definición de la Unión Soviética como base del internacionalismo y como patria del socialismo, y de la defensa de la Unión Soviética como tarea fundamental del movimiento comunista mundial. En tercer lugar, se caracterizaba por un concepto bastante específico del partido revolucionario, entendido como fuertemente monolítico, sin fracciones ni tendencias. Todas estas tesis eran presentadas como una aplicación sistemática del leninismo.

El peso de esta corriente sobre el pensamiento contemporáneo marxista es indudablemente muy fuerte. Antes que nada, por los ejemplos históricos que la Unión Soviética ha dado, sea a través de la construcción material del socialismo, sea por la victoria sobre la invasión nazi, o por su gran desarrollo tecnológico después de la Segunda Guerra Mundial. Estos éxitos han garantizado el prestigio soviético a nivel internacional, como asimismo, su papel de orientador del movimiento comunista mundial. Por otro lado, también es necesario tomar en consideración que algunas corrientes no leninistas subsistieron en el marxismo, particularmente en torno a la orientación luxemburguista, que mantenía su posición marxista sin adherir al leninismo. Estas corrientes se referían a una cuestión de partido y a la relación vanguardia-masa.

La postguerra empieza a crear, con el surgimiento del bloque socialista, una gran diversidad de experiencias concretas de transición al socialismo y, al hacerlo, empieza a generar las condiciones para un mayor debate, una mayor diversidad de posiciones dentro del marxismo. La revolución yugoslava, sobre todo, abre camino a una corriente de derecha, en torno a una concepción del humanismo abstracto; tomando al liberalismo, reformismo y al pacifismo como sus principales banderas, abre camino a un tipo de revisionismo contemporáneo que es de gran significación en el cuadro actual del pensamiento marxista, porque hay que incorporar a él todas estas corrientes que se dicen marxistas, para rechazarlas en el curso del debate general. Por otro lado, las revoluciones de liberación nacional en los países subdesarrollados, han abierto camino a una reivindicación del marxismo por parte de movimientos de tipo fundamentalmente nacionalistas; asimismo, la experiencia del movimiento estudiantil de los años 60, abrió otras corrientes marxistas, con la evolución de la "nueva

izquierda”, la cual se inicia en una perspectiva liberal radicalizada y se orienta hacia una perspectiva marxista bajo la influencia del tercer mundo. Así también se ve la nueva izquierda, preocupada en los problemas de las sociedades avanzadas, la cuestión tecnológica, la sociedad de masas, el “nuevo proletariado”, etc. Todo esto crea un nuevo marco problemático del cual tiene que dar cuenta el pensamiento marxista.

Sartre y Marcuse se mezclan a los movimientos estudiantiles y éstos con el movimiento obrero, particularmente en mayo de 1968, en Francia. Por fin, la revolución cultural china, es otro elemento importante, que plantea nuevos problemas dentro de la experiencia histórica del marxismo y replantea la cuestión de la revolución mundial. Creo que este amplio abanico que se fue abriendo dentro del marxismo, crea hoy día una situación de cierta confusión aparente, e indudablemente hace del estudio histórico del marxismo, de la distinción entre las diversas corrientes, un problema concreto en la definición política, intelectual y metodológica; no es posible que todas estas corrientes sean marxistas, es decir, en cuanto al marxismo sea de hecho una ciencia, no es posible que todas estas orientaciones sean correctas. En algún momento, el debate va a tener que establecer una posición dominante otra vez, por razones de corrección de pensamiento.

El symposium, en cierta forma, nos permitió ver realmente, que este abanico existe, y que hay una actitud de debate bastante honesta por parte de las distintas fuerzas que componen el panorama general. Pero habría que precisar un poco más los elementos en debate; tal es la segunda impresión que me parece dejar el symposium; además de una profundización en la discusión metodológica, que aquí se dejó en plano muy secundario, es necesaria una profundización en la teoría económica, social y política y, particularmente, una apertura hacia una problemática nueva; no históricamente nueva, porque tiene una tradición más o menos larga y no es un problema que se está planteando por primera vez, sino que se retoma ahora en un nuevo y más complejo marco.

Se puede afirmar que hay un camino abierto, hay una temática constituida en torno al problema de la transición al socialismo. Al respecto, me parece que el symposium permite demostrar que lo más importante es sobre todo el intento de rediscutir el socialismo como modo de producción, o como formación social. Y estos intentos no son absolutamente nuevos, hay algunos precedentes en esa dirección. Sin embargo, parece haber una cierta aceptación general de que estos precedentes no son suficientes, que no se llegó a un nivel teórico suficientemente desarrollado para tener bases sólidas en que apoyarse. También vimos que hay todavía una tendencia de estos estudios a quedarse en un nivel esencialmente analítico, como lo dijo Paul Sweezy hoy en la mañana. Es decir, se trata de precisar los conceptos, de separar los elementos que componen este conjunto nuevo a estudiar, que es la sociedad de transición. Pero creo que podemos llegar al acuerdo general de que las interpretaciones históricas son bastante insuficientes y de que los estudios

históricos están todavía en estado muy preliminar, y ellos se hacen necesarios para que estas categorías puedan operar, realmente, sobre los procesos concretos y enriquecerse como categorías que expresan un movimiento histórico concreto, un proceso dialéctico.

Finalmente vimos en el cuadro de esta discusión a pesar de que este aspecto fue en cierta forma subestimado en el symposium que no hay duda de que la visión del proceso internacional es un elemento fundamental que hay que tomar en cuenta para poder estudiar esta formación socio-económica de transición como ella existe, es decir, en relación con una estructura capitalista mundial, como posibilidad de desarrollo histórico. De esto surgiría la tercera impresión que me parece dejar bastante clara el symposium: el debate y el estudio de los problemas de la transición, se hallan todavía en un estado inicial, deben pasar por cierto periodo de demistificación que sería bastante largo todavía, puesto que hemos reconocido, casi unánimemente que existen contradicciones en el interior de las sociedades socialistas, y que por lo tanto existen intereses en ellas y en el movimiento obrero mundial, en el cual vamos a tener que clarificar ciertos términos y admitir ciertas cosas. Creo que ya ganamos históricamente una situación que nos permite admitir ciertos hechos que no se podían admitir hace muy poco tiempo atrás.

Parece quedar bastante clara de este symposium la impresión de que la definición del comunismo como régimen económico-social ya no es un problema académico, sino una cuestión presente en nuestros días, quizás no en la exigencia de una solución inmediata, sino en la exigencia de un planteamiento correcto para orientar las transformaciones revolucionarias en la actualidad. Esto como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas en los países socialistas, que parece cuestionar las formas de organización social, económica y política de estos países en forma mundial, pero también, y sobre todo, como resultado de la gran ola revolucionaria, del gran desarrollo del movimiento popular en los últimos 3 o 4 años, no solamente en Europa. Nosotros vimos los fenómenos del 1968 europeo, no sólo en Europa, donde alcanzó su auge con el mayo francés, sino que también en Japón, en Latinoamérica. Los cordobazos deben tener para nosotros la misma importancia política, la misma importancia teórica que el mayo francés, en las condiciones nuestras. La experiencia mexicana tiene que ser incorporada en nuestra problemática; la experiencia de los movimientos revolucionarios recientes de América Latina, tienen que inscribirse, realmente, en la temática teórica latinoamericana, y tiene que haber tenido consecuencias sobre nuestro desarrollo teórico; además, evidentemente, la experiencia que empezó hace 10 años, pero que aún está viva y presente, de la revolución cubana.

Creemos, y es ésta una impresión que nace también de este debate, que los países subdesarrollados no tiene más un rol pasivo en el proceso de esa transformación internacional. Nosotros fuimos relegados durante un largo periodo histórico, a ser especialistas de nosotros mismos.

El máximo que Estados Unidos y Europa nos han permitido por mucho tiempo era el derecho de hablar sobre América Latina, pero evidentemente el pensamiento latinoamericano no entraba en el nivel de la discusión teórica general del marxismo.

Esto se reforzaba, además, en los años 50, porque los propios latinoamericanos, asumiendo una perspectiva existencialista, buscaban afirmar su originalidad regional y nacional. Esta actitud formaba parte del intento de afirmación cultural de las burguesías nacionales. Pero el elemento ideológico es muy fuerte, y nosotros nos habíamos determinado a reducirnos a la condición de analistas de nosotros mismos, con instrumentos teóricos generados afuera y revisados a la luz de nuestra experiencia.

Este symposium de alguna forma demuestra que nosotros ya podemos ocupar un papel en la elaboración de los propios instrumentos teóricos; que nosotros podemos superar la condición de ser simplemente aplicadores de instrumentos teóricos generados en el exterior. Esta nueva situación expresa no sólo el desarrollo intelectual latinoamericano, sino que yo creo que representa, sobre todo, la afirmación histórica del proletariado latinoamericano. Creo que el proletariado latinoamericano empieza a entrar en la historia del proletariado. Y al entrar en la historia se entra en la historia del mundo y no solamente en la historia de América Latina. Básicamente, desde este punto de vista, hay que considerar que la posición que ocupamos en el sistema económico internacional nos hace percibir de manera mucho más aguda muchos problemas y nos obliga a redefinir una serie de cuestiones teóricas importantes. La preocupación metodológica se acentúa cada día, y se acentúa no como producto de discusiones académicas, puesto que nosotros debemos entender que teoría y academia no son la misma cosa, a pesar de que tendemos muchas veces a identificarlas, que ellas elevan el nivel del debate teórico y el nivel de las preocupaciones y que la propia realidad exige una redefinición metodológica, para poder aprehender una serie de fenómenos que no estaban en el centro de preocupación del pensamiento europeo, incluso del pensamiento marxista. Por ello pienso que difícilmente se podría realizar en este momento, en Europa, un simposium como éste, con la cantidad de participantes y el nivel de participación a que se llegó, desde un punto de vista general, a pesar del interés que existe por el marxismo en todo el mundo.

Las cuestiones más relevantes

Después de haberme referido a estas impresiones generales, creo que ya es tiempo de intentar resumir los puntos que quedaron en el tapete para su discusión. Es decir, abrir camino a un programa de estudio que, como propuso hoy día Hinkelammert, debe ser un programa de estudio común. Y creo que debemos intentarlo no sólo nosotros en Chile y otros países de América Latina, sino que también en Italia, en EUA en Francia

y en otros países, se puede hacer un trabajo de estudio común en torno a algunos problemas cruciales para el desarrollo del movimiento comunista internacional.

De los problemas que discutimos aquí, quedó en el centro de las discusiones: ¿cuándo empieza la transición al socialismo? La pregunta se formula considerando la actual experiencia chilena, que es de difícil definición. Se abrieron algunos caminos para su respuesta. Antes que nada, solo se puede hablar de una transición al socialismo desde el momento en que el poder pasa a la clase obrera.

Esta afirmación, muy general, tiene varias consecuencias; dado que en Chile no hay aún un Estado obrero ¿cómo caracterizar el periodo que vive en este momento? Las discusiones no respondieron muy claramente esta pregunta y me gustaría intentar responderla. Hay momentos históricos muy importantes que quedan olvidados y poco estudiados, porque una etapa histórica posterior los anula, y se tiende entonces a creer que el periodo no tuvo importancia. Yo llamaría la atención, por ejemplo, hacia periodos como aquel entre la primera y la segunda revolución de 1917 en Rusia, es decir, el periodo que va de febrero a octubre. No hubo casi en la discusión marxista una preocupación en definirlo. Recuerdo que Lenin lo definió como un periodo esencialmente democrático, en que se creaban las condiciones para una democracia total; Lenin dice: "aquí, en este momento, en Rusia, nosotros vivimos las condiciones más democráticas del mundo, y sepamos utilizar estas condiciones. Es decir, un periodo en que la derecha pierde su poder, pierde su capacidad de hacer una ofensiva, de controlar la situación política y las masas ganan entonces una gran capacidad de acción propia". Me parece bastante claro que en estos periodos nacen o se crean las condiciones para desarrollar aquello que Lenin va a caracterizar en abril como una dualidad de poderes. Es decir, estas condiciones democráticas permiten el surgimiento de un poder obrero frente a un poder burgués que se presenta entonces como un poder reformado. Nuestras discusiones, sobre todo en lo que se refiere a la cultura, han demostrado que el poder burgués, hoy día, en Chile (y siempre en estos países, y en estos momentos) es un poder burgués reformado; no se presenta más con la cara anterior. Esta situación se traducía en Rusia en el hecho de que, en la confrontación entre los soviets y el gobierno provisorio, los mencheviques y los partidos burgueses buscaban transformar los soviets, es decir, el poder obrero y campesino naciente, en órgano de colaboración del gobierno provisorio. Situaciones similares se pueden encontrar otra vez en la historia con ritmos distintos, en periodos más o menos largos.

Yo llamaría la atención sobre la necesidad de caracterizar el periodo que va, entre 1945 y 1949, en China, y entre 1947 y 1948, en Europa Oriental, es decir, el periodo de la alianza entre socialdemócratas, liberales y comunistas en Europa Oriental, el cual lleva a un choque posterior entre las fuerzas que componían esta alianza y que terminó en una confrontación entre esas fuerzas y en la imposición, en la mayoría de los casos, de los partidos comunistas, apoyados en los movimientos obreros y en el ejército rojo.

Llamaría, asimismo, la atención sobre un periodo de la revolución cubana, al que no se ha dado casi ninguna importancia: el que va desde la toma del poder por una coalición de fuerzas, una de las cuales solamente era el ejército rebelde, la cual lleva a Urrutia al poder. En este periodo tiene un rol muy importante la definición política del ejército rebelde, que cuestiona en cierto momento la incapacidad de Urrutia de tomar cualquiera de las medidas democráticas, que se habían planteado en el periodo anterior y que entrega el poder al Comandante Fidel Castro, convirtiéndose en la fuerza revolucionaria, en el nuevo poder en Cuba. Y creo que se puede decir que vivimos un periodo similar en Chile. Digo similar por dos razones: primero, porque no se caracterizó todavía en la situación chilena la dualidad de poderes. Vimos en las discusiones que hay dos formas de concebir la dualidad de poder en el caso chileno: para algunos, ella aparece como resultado del hecho de que el gobierno tiene una rama ejecutiva del poder, faltándole ganarse las otras ramas del Estado existente; para otros, hay dos poderes que se están gestando, es decir, un poder nuevo que se está creando a través de la participación obrera, a través de la organización de los campesinos, de la organización de los barrios, etc., el cual puede convertirse en algún momento, en poder alternativo del Estado burgués.

Es necesario señalar que hasta ahora no se ha convertido en tal, que no ha asumido este carácter, pero indudablemente se trata del germen de este poder alternativo.

El segundo punto a ser discutido es el de la irreversibilidad. La cuestión es: ¿cuándo se puede decir que un proceso revolucionario se hace irreversible? Parece que se apuntaron algunas respuestas a este problema. Se caracterizaron bastante claramente los elementos fundamentales para alcanzar esa irreversibilidad. Ella solo existe cuando, constituido un poder político revolucionario de la clase obrera, se inicia la destrucción del Estado burgués y, dependiente de una discusión más profunda, se realiza la participación obrera en la dirección de las empresas. En lo que respecta a este último aspecto, hay acuerdo general sobre su necesidad, pero queda por discutir cuál es el grado de participación, cuál es su importancia en la definición final de lo que es el socialismo, y cuál es la capacidad de esta participación, de cambiar realmente las relaciones de producción, en la medida en que se conserven en la sociedad elementos de las relaciones de valor. La cuarta y decisiva condición para que se haga irreversible el proceso revolucionario es, evidentemente, la instalación de la propiedad colectiva de los medios de producción y la adopción de la planificación, como principio ordenador de la producción, la distribución y la vida económica y social.

El tercer punto que, me parece, queda pendiente para la discusión, es el referente al objetivo del periodo de transición. Es decir, si se trata solamente de la destrucción del Estado burgués y de la creación de un Estado obrero, o si hay implicaciones más profundas en el proceso. Habría que retomar la concepción clásica, de que el Estado obrero inicia la destrucción del Estado en sí mismo y que, por lo tanto, hay que impedir en el máximo

la consolidación de la burocracia estatal durante el periodo de transición al socialismo. Hay que impedir que el Estado se separe del ciudadano, hay que restringir el aparato burocrático a un mínimo esencial, la planificación debe ser el elemento organizador de la producción, sometiéndose completamente las supervivencias del mercado; es necesario que se desarrollen nuevos valores culturales como producto de la acción del pueblo, de las masas; es necesario que se cambien, por lo tanto, los principios y los métodos de organización política, de movilización social y de producción cultural. Hemos visto también que es fácil plantear en general estas cuestiones y llegar a un cierto acuerdo sobre ellas, pero sabemos todos que su realización histórica es muy compleja y depende de muchos factores que exigen un estudio mucho más profundo.

Un cuarto punto que quedó por discutir se refiere a la caracterización del periodo propiamente socialista. En este caso, el problema de la dirección proletaria de la sociedad y la desaparición posterior de las clases sociales, quedó innegablemente como aspecto fundamental de la discusión, así como se debatió hasta que punto el paso del socialismo al comunismo era algo absolutamente nuevo o muchas de sus características son inherentes al periodo anterior. Se trata de saber hasta que punto las leyes del comunismo están presentes en la etapa socialista, en la formación socio-económica socialista. Queda por discutir aún hasta que punto el socialismo constituye un modo de producción propio o es simplemente una amalgama del modo de producción comunista y del modo de producción capitalista, y otros anteriores que superviven en esta etapa.

Termino refiriéndome a un problema que todo el tiempo se plantea: ¿qué gana Chile con estas discusiones, que pueden parecer a muchos excesivamente teóricas para la realidad concreta del país, para su capacidad de asimilación y para el desarrollo de las masas?

En primer lugar, llamaría la atención acerca del peligro de la pregunta misma, no en el sentido de que ella sea errada, sino en el sentido de que puede ser hecha de una manera errada. Porque puede llevarnos a un pragmatismo peligroso, a una posición bastante peligrosa frente a la teoría. Nosotros no podemos tomar de la teoría solo los aspectos que nos gustan, o los aspectos que nos parecen importantes para resolver problemas concretos. Desgraciadamente, la teoría forma un cuerpo general, un sistema de pensamiento, una unidad sistemática e integrada, y no podemos desarrollar solo las partes que están directamente relacionadas con los problemas que queremos resolver.

Si los rusos no hubieran discutido a fines del siglo XIX el problema de la reproducción capitalista, si Lenin no hubiera logrado resolver el problema de la reproducción capitalista, difícilmente se hubiera logrado una comprensión correcta del imperialismo, y difícilmente se hubiera sabido aprovechar las condiciones revolucionarias que se crearon en Rusia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Las discusiones

abstractas sobre El Capital, que se hacían en Rusia en ese periodo, formaron un estilo de pensamiento, un estilo de rigor intelectual, que marcó definitivamente a la historia y a la revolución rusa. Indudablemente que la Rusia de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, fue uno de los países donde se llevó la discusión del marxismo a nivel teórico más abstracto posible. Se puede decir que eso no tuvo nada que ver con lo que pasó posteriormente, pero yo creo que si tuvo que ver, y mucho. Este grupo tan impresionante de intelectuales, que nunca más se juntaron en ningún proceso revolucionario, no fue producto solamente de la riqueza del proceso objetivo que estimulaba esa discusión, sino también del hecho de haberse llevado el debate hasta sus últimas consecuencias teóricas.

Así es que, si queremos realmente resolver los problemas prácticos enormes que la sociedad chilena y latinoamericana están planteando en este momento porque lo que pasa en Chile es solo una parte de lo que pasa en América Latina, donde tenemos los complejos procesos en curso en el Perú, en Argentina, en Brasil, y una cantidad de fenómenos en Uruguay la intelectualidad latinoamericana tiene que saber interpretarlos con un rigor teórico muy grande. La pregunta será, pues, correcta, si se toma en consideración el hecho de que nosotros vivimos un proceso revolucionario concreto y tenemos que dar cuenta de este proceso; pero la pregunta se hará peligrosa y equivocada, si conduce a la idea pragmática de que hay que extraer de la teoría aquellas partecitas que nos sirven, dejando el resto a un lado; como resultado de esta posición no se tendría la teoría para analizar los procesos concretos. A no ser que otros ya hubieran resuelto los problemas teóricos más generales para nosotros y pudiéramos tomar eso y aplicarlo; pero, como hemos visto, el marxismo hoy día es algo tan complejo, tan lleno de posiciones, de tan rica diversidad (lo que no es malo para un sistema de pensamiento) que ello nos impide tomar una posición simplemente pragmática.

Retomemos la pregunta: ¿Qué gana Chile con estas discusiones? Lo primero que habría que destacar es que hemos logrado definir algunos problemas importantes, como por ejemplo la necesidad de precisar el periodo actual vivido por Chile. Esta necesidad de precisar este periodo, nos parece una conquista definitiva que espero no sea una mera adquisición de intelectuales, sino que debe llegar a las más amplias masas en el país. En segundo lugar, creo que se han entregado elementos importantes para la comprensión del carácter del periodo actual, sobre todo al establecerse que el centro de la preocupación revolucionaria tiene que ser la toma del poder. Y vimos que en algunos sectores responsables de las decisiones políticas del país, esta necesidad se siente y esta concepción es tomada en consideración. Vimos también que el problema fundamental dentro de esta caracterización de la situación actual es, por lo tanto, cómo utilizar el Gobierno para llegar al poder, es decir, éstos son los problemas teóricos y prácticos que nacen de esta situación objetiva. No se trata simplemente de decir "se está en el Gobierno, pero en el Gobierno no se puede hacer nada, pues hay que preparar la revolución". En el Gobierno si se puede hacer algo: crear condiciones para la toma del poder.

La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialista. Quedó claro, sin embargo, que tales cambios solo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad científicamente definida de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas.

En seguida, las discusiones también ofrecieron elementos importantes para la definición de las tareas del próximo periodo. Parece claro que la etapa fácil o relativamente fácil, la etapa en que las decisiones no conducen a una reacción muy violenta por parte de la clase dominante está relativamente agotándose y se plantea una situación de crisis en una nueva etapa.

En todas las exposiciones que tuvimos, fuesen ellas a nivel económico, cultural o institucional, ha quedado en claro que el empate político existente en la actualidad no permite el desarrollo de la situación a nivel económico, cultural e institucional.

Especialmente de la participación de Alberto Martínez, quedó bastante claro que la ayuda que el Gobierno pudo dar a lo político empieza a perder su fuerza, y que ahora se espera que lo político pueda ayudar al Gobierno, es decir, que un cambio de correlación de fuerzas políticas pueda permitir que se den los nuevos pasos administrativos en todos los niveles. Vemos surgir una dialéctica entre el uso de los elementos administrativos y el desarrollo de la situación política; ésta empieza a configurarse como una dialéctica concreta de la situación chilena. Es decir, se dispone de algunos elementos administrativos de gobierno; se utilizan estos elementos de gobierno, esto crea una nueva situación; esta nueva situación exige una nueva correlación de fuerzas; esta nueva correlación de fuerzas va a permitir nuevos cambios; estos nuevos cambios van a exigir nuevos cambios de correlación de fuerzas, hasta que en un determinado momento la situación creada exija un cambio suficientemente cualitativo de la correlación de fuerzas para que no se pueda simplemente pensar en usar los mismos métodos que sirvieron para resolver la crisis anterior. En resumen, en cada uno de estos momentos dialécticos, se necesitará utilizar métodos distintos.

En lo que respecta a la nueva etapa que se anuncia, se configura bastante claramente la complejidad de la relación dialéctica entre la destrucción de la vieja sociedad y la construcción de la nueva. Nosotros lo hemos visto en el plano económico y al discutir el problema del poder. Al discutir teóricamente estos problemas,

quedó claro que la destrucción del orden oligárquico, monopólico e imperialista era un momento que en sí no caracterizaba la constitución de un sistema nuevo. Se trata de una tarea destructiva que, tomada en un contexto abstracto, tanto puede llevar al fortalecimiento del Estado y conducir al socialismo como puede ser la base de la recuperación del capitalismo a través de las reformas realizadas. En el contexto concreto de la situación chilena y latinoamericana, los huecos dejados por la destrucción del monopolio exigen medidas inmediatas de recuperación económica y desarrollo que nos llevan instantáneamente a las necesidades de la planificación, de la articulación de los elementos ahora dispersos que componen el área social, así como se plantean sus relaciones con las otras áreas de la economía.

También en el plano agrario queda claro que la nueva forma de organización de la estructura agraria pasará a ser el problema fundamental, en poco tiempo más. Superada la etapa inicial de la destrucción del latifundio, se planteará la cuestión del carácter socialista o privado de la nueva explotación agrícola. A nivel institucional, quedó claro que la relación entre las nuevas instituciones de poder popular que se están creando entran en contradicción con los centros de poder que mantiene la derecha, en una relación de tensión que tiende a crecer.

En el plano cultural, se planteó que la resolución de una serie de problemas exige una definición más clara de la política cultural, en choque con la cultura dominante. Vimos aún que la posibilidad de utilizar los medios de comunicación existentes no es suficiente para producir un cambio cultural cualitativo y que se hace necesario transformar la relación entre la producción de cultura, las masas y la recepción de la cultura. Se trata de superar el uso de los medios de comunicación, para una economía de mercado que determina las leyes de la actual cultura de masas.

Parece que queda claro que en poco tiempo más el país va a vivir una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino que encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista. Hemos visto cómo este proyecto se manifiesta en el plano de la cultura, pero su peligro real está en el plano económico. Las fuerzas y las tendencias que buscan dar un contenido proletario al proceso de construcción de la nueva sociedad tienen que insistir en el problema de la toma del poder; del desarrollo del poder alternativo; en la necesidad de desarrollar las nuevas relaciones sociales; en la creación de una nueva cultura que no sea un simple revestimiento populista de la anterior; tienen que insistir en la creación de una estructura agraria socialista.

En todos los aspectos de la vida, se planteará el conflicto entre estos proyectos alternativos. No hay duda de que, como pasó en otros periodos revolucionarios, la burguesía va a cambiar su cara, ya cambió, está cambiando, y no va a presentar su proyecto de supervivencia con la vieja cara, sino con una nueva. La cara pequeño burguesa, pues es ella el sector más importante que puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase más importante que puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase obrera. Esta lucha se va a definir, evidentemente, en un proceso más bien largo, porque el ritmo de las transformaciones no es muy rápido en Chile. Hay países en que las cosas no son así, en que en dos o tres meses se cambia totalmente la correlación de fuerzas. Aquí en Chile es un poco difícil que se produzcan situaciones tan violentas, tan radicales. Esto no cambia el hecho de que el proceso global se desarrolla en el sentido de una creciente radicalización entre las posiciones alternativas aquí bosquejadas. Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa de los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeño burgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la social-democracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los "grupos armados" de la izquierda y hacen vista gorda de los "grupos de autodefensa" de la derecha. La historia, pues, se repite.

Finalmente, quiero llamar la atención sobre un aspecto muy importante de la discusión. Si es verdad que el enfrentamiento principal se va a dar en la construcción de la nueva sociedad, sería un error terrible por parte de las fuerzas proletarias desplazar el problema hacia el momento de la construcción de la nueva sociedad. Es indudable que solo se podrá asegurar la victoria de las posiciones proletarias en la medida en que ellas sean conductoras de la etapa destructiva. El hecho de que en la constitución del área social, la clase obrera ha desempeñado siempre un rol importante, y adoptado las iniciativas fundamentales, quizás nos pueda dar una gran esperanza de que realmente este proceso va a permitir a la clase obrera chilena derrumbar a este terrible mundo pequeño burgués, que la implica, y quizás pueda convertirse realmente en la conductora del proceso. Si el proceso de destrucción va hasta sus últimas consecuencias, y si al mismo tiempo de él nace realmente el socialismo, ello será evidentemente una gran contribución del proletariado chileno al desarrollo del movimiento revolucionario mundial.

Santiago, 1972

Segunda parte

La Praxis

I. Dos momentos del proceso revolucionario

Si leemos con detalle el programa que las fuerzas populares chilenas elaboraron en 1970 vemos que su objetivo es "terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile". Llamamos la atención de los lectores sobre estas dos palabras terminar e iniciar y su necesaria sucesión.

En otra parte del mismo documento se reafirma esta idea al decirse: "Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo".

Quizás durante la formulación del programa no se haya dado suficiente importancia a esta distinción. Ella tiene, sin embargo, consecuencias teóricas y prácticas muy importantes, se refiere fundamentalmente al tema del gobierno de transición. Según el programa de la Unidad Popular, la construcción del socialismo en Chile debería ser precedida de un periodo de destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio. Este proceso se realizaría dentro del Estado burgués, con un gobierno popular que uniría a las fuerzas revolucionarias bajo el liderazgo del proletariado.

La revolución chilena se divide así en dos "momentos" o fases de un mismo proceso ininterrumpido. En el primero se cuestiona el orden capitalista dependiente y se inicia la destrucción de sus bases económicas y sociales. En el segundo, cualitativamente diferente, se empieza la construcción del socialismo, que viene a sustituir al viejo orden decadente.

Estos dos momentos no son necesariamente excluyentes en el tiempo. Sus elementos se mezclan y entrecruzan. Lo fundamental es determinar el aspecto esencial y dominante en cada uno de ellos.

En la primera fase se trata de utilizar, de un lado, el poder estatal de que se dispone y de otro, la creciente fuerza de las masas - liberadas de la represión ejercida por los gobiernos burgueses- para destruir el monopolio nacional e internacional y el latifundio y gestar las bases de un nuevo poder revolucionario.

En la segunda fase se trata de construir un nuevo Estado basado en estos nuevos poderes populares gestados anteriormente lanzar las bases de la planificación económica y social. Es decir, se trata de construir un nuevo orden social el socialismo.

En la fase de destrucción del monopolio y del latifundio, el proletariado urbano y rural tiene como aliados a los trabajadores y sectores de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, puede lograr neutralizar a sectores medios y pequeños de la burguesía urbana y rural. Esto se debe al hecho de que ellos se oponen desde una perspectiva distinta a la del proletariado al desarrollo del capital monopolístico que destruye con violencia y sin piedad sus bases económicas. Frente a un movimiento obrero ofensivo y por no disponer de una perspectiva económica propia, estos sectores tienen en la práctica histórica y concreta que optar entre ser destruidos más o menos a corto plazo por el avance del monopolio, sobre todo internacional, o tratar de postergar esta destrucción negociando con el proletariado su supervivencia en el interior de la nueva economía a implantarse.

Sus negociaciones tienen, sin embargo, dos objetivos básicos. Se debe garantizar, en primer lugar, la supervivencia del capital privado, aun bajo una forma secundaria y sometida y se debe garantizar, en segundo lugar, la supervivencia de un régimen político liberal y de institucionalidad burguesa que permita una eventual vuelta al poder en una coyuntura más favorable. No deja de existir la aspiración final de reorganizar la economía sobre bases más favorables al capitalismo.

La sutileza de la táctica política llevada por estas fuerzas impidió una división de aguas en el país entre socialismo y capitalismo. La ofensiva de masas desencadenada por el movimiento popular en 1970 no logró superar esta situación y en el momento actual el proletariado revolucionario se enfrenta a un ofrecimiento de acuerdo provisorio planteado por estas fuerzas. El proletariado no logró abrir hasta el momento otra alternativa para destruir el monopolio. En política sólo se gana si se arriesga perder. La Democracia Cristiana, expresión de estas fuerzas, ofrece una buena parte de los monopolios a cambio de las garantías de sus supervivencias políticas y económicas. Si se logra liquidar el monopolio con este acuerdo se abrirá un nuevo período histórico, una nueva etapa de luchas entre el proletariado y la pequeña y mediana burguesía.

¿Cuánto tiempo durará esta nueva etapa y cuál será su resultado? Todo dependerá de la profundidad con que se golpee al monopolio y al latifundio ahora, y de la disposición revolucionaria de las masas para abrirse camino hacia el socialismo. Para hacerlo, ellos tendrán que pasar por arriba de las sutiles versiones del "socialismo" en las cuales estos sectores burgueses buscarán enredar a la clase obrera, en una profunda y dilatada lucha. Para lograrlo, el movimiento popular tendrá que mantener la ofensiva, poner los términos de la lucha política y buscar resolver la cuestión crucial: el problema del poder político.

Chile Hoy, 30 de junio al 6 de julio, 1972

II. Socialismo o liberación en el programa de la UP

El debate estratégico que vive el país en este momento tiene como centro el programa básico de la Unidad Popular. Este es ampliamente reconocido como correcto en la actualidad. Sin embargo, por una parte, las críticas que se le hacen desconocen su verdadero sentido y por otra parte, se deforma su carácter buscando reducirlo a un programa democrático de liberación nacional para justificar posiciones reformistas.

El programa de la Unidad Popular ha logrado crear un sólido movimiento de masas y ha dado orientaciones fundamentalmente correctas a la política económica del gobierno popular. Por esto es oportuno recordar los objetivos básicos de este programa en una coyuntura tan compleja como la actual.

El programa de la Unidad Popular representa una asimilación científica de la experiencia revolucionaria y del desarrollo del pensamiento y la investigación marxista latinoamericanos en los últimos veinte años. Rompió con una larga tradición popular que propugnaba la creación de gobiernos nacionalistas y democráticos, antiimperialistas y antif feudales (éste fue el carácter del programa FRAP y de casi todos los movimientos populares del periodo) y formuló un objetivo estratégico "antiimperialista, antimonopólico y antilatifundista de transición hacia el socialismo".

Según el Programa, "Chile es un país capitalista dependiente del imperialismo". Esta definición corresponde a una posición nueva. No se refiere, como hasta entonces, a un país feudal. Se reconoce, al contrario, el carácter capitalista de nuestra sociedad y se clarifica la forma específica que éste asume al ser condicionado por la dominación y la explotación imperialista. La dominación imperialista ya no se entiende como una fuerza que se impone desde el exterior sobre una burguesía nacional autóctona, sino que, por el contrario, se reconoce que los sectores dominantes de la burguesía se encuentran "estructuralmente ligados al capital extranjero".

Este paso teórico determina la caracterización de la revolución chilena como antilatifundista, antiimperialista y antimonopólica, hacia el socialismo". El enemigo principal se define claramente: "el monopolio extranjero y nacional". La conclusión es clara. La derrota de estos enemigos significa la quiebra de la espina dorsal del sistema capitalista en el plano nacional. Y como no es posible, en nuestra época, un desarrollo capitalista no monopolístico (que llevaría a la posición utópica de los terceristas de la Democracia Cristiana, que hablan de un desarrollo no capitalista) la única alternativa posible es el socialismo. El alto desarrollo del monopolio, del

capitalismo de Estado y de la empresa agrícola capitalista moderna ha preparado a la economía chilena para dar este paso hacia el socialismo sin grandes crisis económicas.

De esta manera, el latifundio, que había sido considerado durante tantos años como el enemigo principal, pasa a ser considerado por el Programa de la UP como un aliado secundario y debilitado del capital internacional y nacional. El reconocimiento de este hecho surge no solo de una apreciación sobre los cambios de estructura provocados por el desarrollo industrial de los últimos 30 años, sino también de la política de la Alianza para el Progreso, que ya demostró claramente que el imperialismo estaba dispuesto a sacrificar el latifundio si se le abrían campos de inversión industrial en las ciudades o agroindustriales en el campo.

El caso peruano y otros antecedentes demuestran también que el imperialismo está dispuesto a entregar sus centros mineros si se le paga un precio y se le abren oportunidades de inversión en las zonas urbanas. No se ataca, por lo tanto, al imperialismo solo al nacionalizar el cobre. Es necesario bloquearlo en los nuevos campos de inversión.

El Programa de la Unidad Popular reconoce claramente este carácter del desarrollo del imperialismo y señala: "como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia, su papel de socio menor del capital extranjero".

La conclusión de tal análisis es solamente una y el propio programa la formula así: "La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile".

Sería pues absurdo confundir (sea para atacarlo así deformado, sea para defenderlo en esta versión reformista) el programa básico de la Unidad Popular con un programa restringido a las tareas de liberación nacional o de carácter socialdemócrata. Sus términos son muy claros sobre el carácter de la revolución chilena. Había que discutir otros aspectos para entender claramente sus objetivos y las varias etapas en que se desdobra este proceso revolucionario de carácter socialista, pero esto sería más bien tema para otro artículo.

En la fase de destrucción del monopolio y del latifundio, el proletariado urbano y rural tiene como aliados a los trabajadores y sectores de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, puede lograr neutralizar a sectores medios y pequeños de la burguesía urbana y rural. Esto se debe al hecho de que ellos se oponen desde una perspectiva distinta a la del proletariado al desarrollo del capital monopólico que destruye con violencia y sin

riedad sus bases económicas. Frente a un movimiento obrero ofensivo y por no disponer de una perspectiva económica propia, estos sectores tienen en la práctica histórica y concreta que optar entre ser destruidos más o menos a corto plazo por el avance del monopolio, sobre todo internacional, o tratar de postergar esta destrucción negociando con el proletariado su supervivencia en el interior de la nueva economía a implantarse.

Sus negociaciones tienen, sin embargo, dos objetivos básicos. Se debe garantizar, en primer lugar, la supervivencia del capital privado, aún bajo una forma secundaria y sometida y se debe garantizar, en segundo lugar, la supervivencia de un régimen político liberal y de institucionalidad burguesa que permita una eventual vuelta al poder, en una coyuntura más favorable. No deja de existir la aspiración final de reorganizar la economía sobre bases más favorables al capitalismo.

La sutileza de la táctica política llevada por estas fuerzas impidió una división de aguas en el país entre socialismo y capitalismo. La ofensiva de masas desencadenada por el movimiento popular en 1970 no logró superar esta situación y en el momento actual el proletariado revolucionario se enfrenta a un ofrecimiento de acuerdo provisorio planteado por estas fuerzas. El proletariado no logró abrir hasta el momento otra alternativa para destruir el monopolio. En política solo se gana si se arriesga perder. La Democracia Cristiana, expresión de estas fuerzas, ofrece una buena parte de los monopolios a cambio de las garantías de su supervivencia política y económica. Si se logra liquidar el monopolio con este acuerdo se abrirá un nuevo periodo histórico, una nueva etapa de luchas entre el proletariado y la pequeña y mediana burguesía.

¿Cuánto tiempo durará esta nueva etapa y cuál será su resultado? Todo dependerá de la profundidad con que se golpee al monopolio y al latifundio ahora, y de la disposición revolucionaria de las masas para abrirse camino hacia el socialismo. Para hacerlo, ellos tendrán que pasar por arriba de las sutiles versiones del "socialismo" en las cuales estos sectores burgueses buscarán enredar a la clase obrera, en una profunda y dilatada lucha. Para lograrlo, el movimiento popular tendrá que mantener la ofensiva, poner los términos de la lucha política y buscar resolver la cuestión crucial: el problema del poder político.

Chile Hoy, 30 de Junio al 6 de Julio de 1972.

III. El deber de combatir la ideología dominante

Este reportaje nos ha demostrado que hay un descontento en relación con la prensa de izquierda, que se revela en su tiraje limitado, en el fracaso de algunas publicaciones, en los reclamos de los líderes políticos y en la ácida crítica de los trabajadores y campesinos que presentamos.

Quien lee la prensa de izquierda en el país no logra tener una visión del proceso revolucionario en curso. Este aparece más como un resultado de acciones de gobierno que como una sustancial modificación de la conciencia y de los métodos de acción de las masas. Ni los reportajes, ni los artículos, ni las fotos, ni los dibujos reflejan un país en proceso revolucionario. El debate ideológico es pobre ¿Será esto un reflejo de la realidad? ¿Será que no hay cambios sustanciales en el comportamiento de la gente?

Aquí viene el primer reclamo de los trabajadores: la prensa no refleja lo que pasa entre nosotros, le falta objetividad. ¿Pero los periodistas de izquierda no han insistido en que la objetividad es un arma de la burguesía? Este es el primer engaño que hay que corregir. No hay que confundir objetividad con neutralidad. Ser objetivo no quiere decir ser neutral, no estar comprometido políticamente. Los obreros no quieren que los hechos les lleguen cocinados. Quieren saber todos los hechos, conocer correcta y honestamente la opinión de los adversarios, separar la opinión del informe objetivo de los hechos. No quieren ser manipulados, es una cuestión de respeto al lector.

Los trabajadores reclaman un periodismo serio y no un periodismo fácil. Quieren que se vaya a la esencia de los problemas y no a los aspectos superficiales, que desaparezca el sectarismo de la prensa de izquierda. La lectura de la mesa redonda entre los trabajadores y Chile Hoy y las respuestas de los campesinos nos muestran que tenemos que aprender mucho con ellos y que tenemos un público de alta categoría y conciencia al cual debemos tratar con respeto y no como a niños.

Este fue el periodismo que hicieron los grandes maestros del movimiento obrero, Marx, Engels, Lenin, Rosa, Trotsky, Stalin, Kamenev, Zinoviev, Bujarin, todos los grandes líderes políticos del movimiento obrero fueron excelentes periodistas. Hay una tradición en el movimiento obrero que vincula directamente la dirección política con el contacto periodístico del más alto nivel profesional con los cuadros partidarios y con las masas. En esta tradición (que incluye a ese gran periodista de televisión que es Fidel Castro) los dirigentes se preocupan de explicar diariamente sus pasos a las masas a través de la prensa escrita, hablada o televisiva.

Esta es la más pura tradición revolucionaria que liga la acción política y de gobierno con el desarrollo de la conciencia de las masas. Esta es la tradición inaugurada en Chile por Emilio Recabarren.

Si hay una tradición de periodismo revolucionario en el país, ¿Por qué no se logra estar a la altura de los cambios actuales?

En primer lugar, gran parte de los dirigentes políticos está dedicada a tareas de gobierno o preocupada con resoluciones políticas muy complejas. Esto los hace creer que no "tienen tiempo" para explicar sus decisiones y conductas a las masas y ganarlas para su posición. Esto es un error. Las masas solo pueden avanzar si entienden claramente las razones que orientan la política y la acción de gobierno.

En segundo lugar, hay un cambio de ritmo de los procesos sociales. Hoy día "pasan" muchísimas cosas más que antes. Los viejos hábitos de trabajo ya no sirven. Hay que aumentar muchas veces su ritmo, agilizar el reporte, ir a terreno con más frecuencia para poder captar lo nuevo en la realidad; hay que crear nuevas secciones, descubrir nuevos métodos de participación de los trabajadores y campesinos en la prensa (como lo exigen ellos). Hay que romper, por lo tanto, con la rutina y hacerse carne y hueso con las masas.

En tercer lugar, la ampliación de la conciencia colectiva y de la responsabilidad política de la izquierda, hoy en el gobierno, pone en el tapete nuevas realidades periodísticas. Por primera vez la izquierda tiene posibilidades y recursos para entrar en el campo de la llamada "gran prensa", que es muy diferente de la prensa de partido que practicamos habitualmente. En ella hay recursos para cubrir todos los aspectos de la vida nacional. En ella lo político no se expresa directamente, sino a través de las otras esferas de la vida. El crimen, el sexo, el deporte, la entretención, la educación, forman parte de la vida cotidiana. Las personas necesitan informarse sobre estas cosas. Todas están impregnadas de la visión burguesa del mundo, pues la ideología de la clase dominante es la ideología dominante en la sociedad. ¿Cómo develar su contenido ideológico y abrir camino a una nueva moral y una nueva visión del hombre?

En primer lugar, los periodistas son en general víctimas de esta ideología. La prensa de izquierda está llena de "machismo", de "paternalismo" de "etilismo", de todos los valores de la sociedad burguesa. ¿Cómo entonces "comunicar" a los lectores la nueva moral? Así como para que la prensa de izquierda pueda "comunicar" una posición política correcta, tiene que ser hecha por militantes activos como los que citamos; así también, para que la "gran prensa" de izquierda pueda reflejar el hombre nuevo, tiene que ser hecha por gente que esté buscando esta nueva ética.

Pero el público es el viejo público. Nosotros competimos con la prensa burguesa que se aprovecha de los valores establecidos, y se apoya en la rutina y la costumbre. ¿Cómo podremos competir con ellos en un campo donde tienen muchas ventajas? Si es verdad, pero también es verdad que vivimos un momento altamente creador. La propia prensa de derecha se adaptó a esta situación buscando soluciones nuevas, politizando aspectos de la vida cuya esencia política ocultaba. El público busca algo nuevo, quiere novedad, creación, nuevas experiencias, quiere estar al día con los cambios vertiginosos que vive el país.

Este es el gran desafío a la prensa de izquierda. Creer en su público, respetarlo. Hacer una prensa para la pequeña burguesía, pero no partiendo del supuesto de que la pequeña burguesía (a la cual pertenecen los que hacen la prensa) es una clase o grupo social sin ningún aspecto positivo, riéndose de su cultura, de sus intereses más amplios. Hacer una prensa para obreros y campesinos, pero sin caer en un tono paternalista, creyendo que ellos no pueden razonar por cuenta propia y tienen que seguir ciegamente las consignas. La prensa burguesa respeta su público, no como seres humanos, sino como compradores y estudia muy bien su "mercado" para orientarse. La prensa de izquierda debe descubrir su público como clases sociales, como seres humanos, como revolucionarios, como constructores de lo nuevo, pues serán estos hombres que aquí están quienes construirán el socialismo y lanzarán el germen del hombre nuevo. Quien no confía en estos hombres que están aquí y ahora no confía en la revolución.

Chile Hoy, 14 al 20 de julio, 1972

IV. Sobre la dualidad de poderes

El ritmo intenso con que se viene desarrollando el proceso político chileno puso en el orden del día la discusión sobre la cuestión del poder dual. Las medidas de liquidación del monopolio y del latifundio, de estímulo a la participación popular, de reforma del aparato del estado, de creación de una nueva legislación social vienen encontrando por parte de la mayoría parlamentaria y de ciertos sectores de la justicia una oposición militante que para muchos parece ser un impedimento definitivo al cumplimiento de la etapa actual. Como es natural, paralelamente a la estructura de poder vigente se van creando nuevos organismos de poder popular a nivel de empresas, barrios, comunas, etc., que buscan garantizar las conquistas obtenidas y gestar los mecanismos administrativos que permitan hacer funcionar la nueva estructura que está naciendo.

Las preguntas que surgen de esta situación son básicamente dos: ¿Estos nuevos órganos de poder constituyen una estructura dual de poder? ¿Si esta estructura no existe, no sería el caso de llamar a su creación lo más rápidamente posible para realizar las transformaciones que el aparato institucional existente resiste? En este artículo pretendemos responder estas dos preguntas.

En primer lugar, es necesario tener claro lo que se llama dualidad de poderes. Este concepto surgió por primera vez cuando Lenin buscó expresar la situación revolucionaria existente en Rusia entre febrero y octubre de 1917, cuando se crearon de un lado un gobierno provisorio dirigido por la burguesía y una organización nacional que reunía los diputados elegidos por los consejos obreros, campesinos y de soldados.

Para Lenin, estos dos poderes se oponían radicalmente, porque uno de ellos representaba la democracia burguesa y el otro la democracia proletaria, construida desde abajo por las masas. La dirección pequeño burguesa sobre los soviets apoyaba el gobierno provisorio y sometía el poder obrero y campesino a la burguesía. Era necesario mostrar a los obreros que había que derrumbar el gobierno provisorio y establecer el gobierno de los soviets en base a un nuevo tipo de estado.

Como se ve, la fórmula surgió en condiciones históricas muy específicas, como todos los conceptos marxistas. Con posterioridad se desarrolló teóricamente el concepto para definir una situación pre-revolucionaria en que se supone que hay siempre una expresión de dualidad de poderes que se resuelve revolucionariamente por la destrucción del poder burgués y la imposición del poder revolucionario. La realidad histórica demostró

que todas las revoluciones importantes de nuestro tiempo fueron resultado del desarrollo de un poder paralelo, pero que este poder adquirió las formas más imprevisibles, como las fuerzas de resistencia en Yugoslavia, las bases revolucionarias dirigidas por el ejército rojo en China, etc.

Esta introducción conceptual nos ayuda a entender el fenómeno chileno y a responder la primera pregunta. Las formas de poder popular que están naciendo en Chile no constituyen aún un poder paralelo al estado burgués. Ellas tienen fundamentales objetivos locales y específicos, de carácter esencialmente administrativo. Les falta función legislativa, judicial y carácter nacional para constituirse en un poder paralelo. La tarea inmediata que se plantea es la de coordinar desde abajo los poderes locales y darles un nivel provincial buscando aumentar sus funciones y poderes. Esto no significa, sin embargo, que se constituyan ya en una Asamblea Popular, pero lo específico de la situación chilena es que estos poderes locales se combinan con un gobierno popular que ha iniciado, dentro de los recursos legales existentes, la destrucción del poder económico de la burguesía monopólica nacional e internacional y del latifundio. Este gobierno puede así proteger y combinarse con este nuevo poder naciente y tiene la posibilidad de formar una mayoría parlamentaria que permitirá en el futuro legalizar este poder, en la medida en que él se haya desarrollado desde las bases y se haya afirmado por la propia fuerza de las masas.

De esta manera entramos en la segunda pregunta: Recordemos el desprecio de Lenin por las formas abstractas y muertas dentro del marxismo. No se trata de discutir el poder dual en abstracto, sino en las condiciones específicas que él podrá asumir en Chile. Es decir, en las condiciones de existencia de un gobierno popular. No en el sentido de que este gobierno popular conforma un poder dual por disponer de la rama ejecutiva del poder, pues esto transformaría la dualidad de poderes en una lucha en el interior del aparato del estado burgués entre el Ejecutivo y el Legislativo y el Judicial. En este caso, la dualidad de poderes se resolvería por la conquista del estado existente y no por la transformación de las nuevas formas de poder popular en base de un nuevo estado. La existencia de un gobierno popular permite que este poder popular sea apoyado desde arriba, sea legitimizado y sea por fin legalizado a través de una mayoría parlamentaria, que cree un nuevo tipo de asamblea del pueblo, que podrá constituirse en gran parte con diputados o representantes de estas nuevas formas de poder.

Es temprano por lo tanto para plantear la formación inmediata de este poder en el plano nacional, mucho menos si se los apoya en estructuras partidarias poco sólidas o en movilizaciones de los cuadros de vanguardia solamente. Esto sería hacer perder y desgastar la esencia del proceso revolucionario, el poder popular, poder de las masas y no de las vanguardias, poder de las mayorías y no de los grupos dirigentes. El paralelismo de poder no se crea a través de una consigna por la formación del poder dual, sino por las medidas concretas de

transformación económica y social que, ayudadas por un correcto trabajo de agitación y propaganda, lleven a las grandes masas a comprender el carácter de estas transformaciones y a participar activamente en su realización. Sólo en esta medida el poder dual será una realidad práctica y no una consigna partidaria.

Desesperadas con las resistencias opuestas por la mayoría del Parlamento y de la justicia, las masas buscan desesperadamente conformar sus propias formas de poder, ganan iniciativa, se movilizan. En este clima es fácil intentar un salto cualitativo para el cual la realidad no creó aún las condiciones. En la revolución, como en las guerras, no hay mayor peligro que lanzar las fuerzas de que se dispone contra objetivos falsos, desgastarlas antes de las grandes batallas, no saber acumular fuerzas para usarlas en el momento exacto. La dualidad de poderes se está gestando en Chile como resultado de la profunda concientización que van ganando las masas en las transformaciones actuales y como una necesidad objetiva planteada por estos cambios. Saber entenderla en su especialidad, estimularla, orientarla correctamente y combinarla con las medidas del Gobierno Popular y la lucha institucional es la esencia de la revolución chilena.

Chile, Hoy 4 al 10 de Agosto del 1972.

V. Condicionantes de la estrategia imperialista en Chile

Para comprender la política norteamericana en los últimos años hay que insertarla en el contexto de una grave crisis económica de carácter internacional que condujo a este país a una recesión bastante grave desde 1969. Recién en el primer trimestre de 1972, la economía norteamericana puede ser considerada en una situación de recuperación económica. Esta recuperación es, sin embargo, muy moderada, considerándose que se acompaña de una alta tasa de desempleo e inflación y de la amenaza de una nueva desvalorización del dólar en un periodo más o menos corto. Al mismo tiempo, la recuperación norteamericana actual se acompaña de una difícil situación del comercio mundial capitalista y de una grave recesión económica de los principales países capitalistas como Alemania y Japón, sin contar la gravísima crisis italiana.

En este contexto, no es de suponer que Estados Unidos pueda elaborar una política externa ofensiva. De hecho, en el periodo más agudo de su recesión Estados Unidos se vio amenazado por sus propios aliados y por una política flexible y ofensiva del bloque socialista. La gran tarea de la diplomacia norteamericana en el periodo actual, en la medida en que se sienta respaldada por una recuperación económica firme, es recuperar las posiciones perdidas en los últimos años.

En el caso de América Latina, el dominio norteamericano sobre el continente sufrió duros golpes en estos últimos años. La expropiación de la IPC en Perú, la nacionalización de la Gulf Co., en Bolivia, la política casi unánime y victoriosa de exigir las 200 millas marítimas como mar territorial en América del Sur, el aumento de la participación estatal del gobierno venezolano en el petróleo, las dificultades para controlar los ricos yacimientos petrolíferos descubiertos en Ecuador, la presión creciente del gobierno panameño para controlar el canal de Panamá forman una gran cadena de ataques tácticos de los pueblos latinoamericanos para tomar posesión de sus propias riquezas cuyo punto culminante fue la nacionalización de las compañías del cobre en Chile.

Durante esta oleada nacionalista, acompañada de importantísimos movimientos de masas de tinte revolucionario, de formación de gobiernos progresistas y de aumento de conciencia popular, el gobierno norteamericano no tuvo otra alternativa que bajar la cabeza y asegurar firmemente su bastón repartiendo los golpes bajos que le era posible dar en los momentos más favorables. Entre ellos se cuenta el derrocamiento del gobierno populista de Juan José Torres en Bolivia, la represión de masas contra los revolucionarios uruguayos, el impedimento de la posesión del victorioso frente comunista - demócrata - cristiano en El Salvador, etc.

En este contexto general se debe situar la política de la administración Nixon en relación con el Gobierno Popular chileno. Ni política ni económicamente los Estados Unidos pueden realizar una intervención militar directa o indirecta en cualquier país latinoamericano, mucho menos en Chile. Esto excluye, como lo planteó Nixon a los funcionarios de la ITT, una política tipo República Dominicana en Chile, que sería la hipótesis más extrema. La posición legalista del ejército chileno y el fracaso de los intentos golpistas excluyen también de inmediato una política de tipo golpista.

Por otro lado, el carácter progresista del gobierno peruano, el rumbo antibrasileño de la política argentina y su búsqueda de liberalización interna para salvar la grave crisis política que vive el país, las dificultades internas que vive el gobierno boliviano conforman un cuadro poco favorable para realizar una provocación externa a Chile. Al mismo tiempo, la posición complaciente de la social democracia europea hacia el gobierno chileno, manifestada en el último congreso internacional de esta fuerza política, la simpatía que este gobierno tiene en los pueblos de todo el mundo y el apoyo político y económico del bloque socialista conforman un cuadro internacional difícil para realizar una política abiertamente ofensiva en contra del Gobierno Popular.

En estas circunstancias al gobierno norteamericano le quedan solamente dos tipos de presiones que tienen el doble objetivo de crear dificultades económicas para el gobierno chileno favoreciendo a sus sectores internos y fomentar su aislamiento internacional. Se tratan de las presiones económicas y diplomáticas.

La presión económica consiste básicamente en la utilización de mecanismos internacionales de que dispone Estados Unidos en contra del Gobierno Popular. Paralizar toda ayuda y la entrada de canales; utilizar el poder de veto de Estados Unidos en las agencias internacionales de crédito para cortar los financiamientos a Chile; presionar para cobrar las deudas contraídas por el gobierno anterior en forma de mantener al país bajo constante amenaza; presionar a gobiernos europeos en la misma dirección; crear todo tipo de dificultades para la venta de repuestos para el cobre y otros sectores, todo esto forma una terrible cadena que se dio en llamar "el invisible" en contra de Chile. Su objetivo central es entregar argumentos a la oposición interna para atacar "el descalabro económico del gobierno".

En la medida en que el pueblo chileno vaya derrotando esas tácticas de agresividad "moderada", según los portavoces del gobierno americano, la presión y los métodos se irán haciendo cada vez más duros. De otro lado, importantes sectores del capital internacional localizado en Estados Unidos buscan abrir fórmulas de mejores relaciones con países con gobiernos progresistas. Se trata de crear empresas mixtas entre el Estado y el capital extranjero, la venta de patentes incluso el uso de estos países como intermediarios para vender hacia el bloque socialista. Si este sector logrará aplastar la hostilidad del grupo conservador del capital

extranjero, se cambiaría la estrategia: en vez de hostigar las compras externas de Chile, tratarían de aumentar el control sobre ellas profundizando la dependencia del país y empujándolo hacia un Megovernment camino reformista. En gran parte expresa los intereses de este sector del gran capital en los Estados Unidos. Si no fuera por sus vinculaciones con la joven izquierda norteamericana, cada vez más antiimperialista, por su política redistributiva del ingreso en contra de las ganancias, por algunas de sus ideas internacionales, estos sectores podrían apoyarlo sin mayores reservas.

Chile no puede, sin embargo, esperar los acontecimientos en Estados Unidos para definir su política frente al capital internacional. Cualquiera que ella sea se volcará en contra de los designios revolucionarios del pueblo chileno. Y por más que muestren posiciones tácticas distintas, estratégicamente el imperialismo norteamericano no tiene otro designio que impedir la revolución en Chile y en cualquier parte del mundo.

Chile Hoy, 11 al 17 de Agosto de 1972.

VI. ¿Defensa de la legalidad contra la iniciativa de las masas?

Según el programa de la Unidad Popular, "el triunfo popular abrirá paso al régimen político más democrático de la historia del país". El propio gobierno de la Unidad Popular tiene por principal tarea desarrollar las condiciones económicas y políticas que liberen a las masas de la opresión secular a que están sujetas y abran camino para su iniciativa revolucionaria.

Hay, sin embargo, una contradicción entre la necesidad de abrir paso a la iniciativa de las masas, dejándola libre para desarrollar las bases de poder de la nueva sociedad, y la tarea de ejercer el poder ejecutivo, garantizar el orden actual, que es en esencia contrario a la nueva institucionalidad que nace de las bases y que tiene un objetivo revolucionario.

La tarea del gobierno popular que precede al futuro Estado socialista es la de resolver creadoramente esta contradicción. El ordenamiento jurídico en que vivimos es fruto del desarrollo de la social-democracia a principios de siglo y prevé la posibilidad de transformación institucional del régimen a través de la reforma constitucional. A pesar de que sus concepciones ideológicas hayan logrado imponer este principio en el derecho contemporáneo, ningún partido social-demócrata logró fundar una nueva legalidad socialista. ¿Cuál es la trampa que implica tal principio?

La trampa fundamental está en el hecho que el gobierno elegido según la legalidad reformable tiene como tarea expresa defender esta misma legalidad hasta que se den las condiciones de su transformación total. Una concepción reformista ortodoxa defenderá la tesis de que la nueva legalidad tiene que emerger de los órganos actuales de poder previstos constitucionalmente. En este caso, la trampa está armada y el gobierno popular, si siguiera tal camino, se convertiría en un gobierno social-demócrata más entre los tantos que precedieron la victoria del nazismo entre las dos guerras o que llevaron a la Europa de la posguerra hacia la crisis económica, social y política generalizada que se anuncia en nuestra década.

¿Cómo escaparse de esta trampa? Esto solo es posible si la actual legalidad es utilizada como un instrumento para su propia destrucción y la creación de una nueva legalidad socialista. Pero es necesario concretar aún más el planteamiento. Una nueva institucionalidad no puede nacer de la cabeza de los juristas de la Unidad Popular. Ella tiene que nacer de la libre iniciativa de las masas que van forjando las bases de esta nueva sociedad; a los juristas les cabe simplemente expresarla y a los órganos legislativos legalizarla. Pero sólo a

las masas les es dado el poder de crearla a través de la práctica social y la tarea del gobierno popular es la de utilizar su poder para estimular y sobre todo legitimizar el nuevo orden en el interior del viejo.

El gobierno popular es así el instrumento de resolución dinámico y concreto de la contradicción entre la iniciativa revolucionaria de las masas y la supervivencia de un orden institucional que les niega esta iniciativa. Logrará cumplir esta tarea en la medida en que actúe con un claro principio político en todos los sectores. Como típico gobierno de transición, su tarea no es la de imponer un orden, sino destruirlo. Sus funcionarios tienen que estar sometidos a la más férrea disciplina para no intentar sustituir la iniciativa de las masas, resolver los problemas desde arriba con la excusa de una aparente eficacia, buscar perpetuarse en el aparato del Estado en vez de ceder su lugar progresivamente a los órganos de poder creados por las masas.

Pero al mismo tiempo que abre paso a un nuevo orden, el gobierno popular tiene que defender el orden en que se asienta su legitimidad y le da fuerza de ley y poder sobre los sectores de la población que no le apoyan políticamente, así como le da derecho a utilizar el aparato represivo del Estado burgués para defender su política.

Pero aquí hay otra terrible trampa potencial. Si el gobierno popular utiliza el aparato represivo del Estado burgués para defender la legalidad en abstracto, está haciendo el juego de la autoconservación del Estado burgués, pues la única legalidad que existe es la burguesa, hasta el momento (a pesar de todos los elementos contradictorios que la lucha del proletariado le agregó). Aquí se plantea un difícil e intrincado problema teórico y práctico. Intentemos abordarlo.

El camino adoptado por el gobierno popular fue el de utilizar todos los recursos de intervención económica que había creado la burguesía industrial chilena para facilitar su desarrollo con otra intencionalidad y sirviendo a los propósitos de la creación de un área social y de una política económica redistributiva e intervencionista. Al mismo tiempo, a través de las JAP se utilizó el poder de represión económica del capitalismo de Estado creado por la burguesía para delegarlo a sectores de masas organizadas. Así, cuando se legalice la formación del área social, ella será más bien el acto de reconocimiento de las transformaciones sociales realizadas por las masas y por el gobierno. La misma orientación viene caracterizando la política de participación de los trabajadores en las empresas.

Si en el campo económico, cuya importancia es fundamental, se han podido poner en marcha procesos de contenido revolucionario evidente, en los otros campos la marcha de las transformaciones es mucho más lenta. Entre otras razones, esto se explica por el hecho de que la conciencia política de las masas y las

necesidades reales de la revolución, se concentran en gran medida en las transformaciones económicas. Pero cuando estas transformaciones se van operando, se va produciendo un cuestionamiento de todo el orden social y se agudiza la necesidad de tener un programa claro de acción en los otros sectores.

Los acontecimientos de Lo Hermida demuestran la necesidad de que los mismos métodos se apliquen en el orden represivo - policial. La función policial no tiene por qué ser ejercida solamente por profesionales. No hay ningún impedimento legal ni teórico en la legislación vigente que impida al Estado actual delegar progresivamente las tareas de defensa del orden a las bases a los órganos de dirección y administración populares.

Así como los miembros de las JAP son investidos de autoridad represiva sobre los acaparadores y los que realizan el mercado negro las direcciones comunales y de pobladores pueden recibir la delegación legal y explícita para garantizar; el orden en sus barrios y poblaciones contando con el respaldo del aparato policial. Es evidente que éste tendría que ser reformado en sus métodos y concepciones para poder cumplir semejantes tareas. Pero no es ya posible que la criminalidad continúe siendo tratada como una cuestión aislada de las condiciones de vida y de la presión moral de los vecinos.

Los criminales son en general protegidos por las masas pobres, porque ellas saben que la criminalidad no es una maldad, sino una necesidad creada por la pobreza. Hay un evidente apoyo moral para tales conductas. Un gobierno popular tiene que hacer desaparecer la causa principal de la criminalidad que es el desempleo. Algo se ha hecho en este campo y mucho se tiene que hacer en el futuro. Teniendo confianza en este hecho los pobladores estarán dispuestos a cooperar activamente en el sentido de resolver este problema.

En muchos otros aspectos se hace evidente que la tarea de garantizar el orden del periodo de transición es sobre todo una tarea de legitimización del gobierno popular frente a las masas, de confiar en ellas y en su iniciativa, de saber legitimizar estas iniciativas utilizando todos los aspectos positivos de la legalidad actual, creando así las bases del nuevo Estado. Las masas sabrán garantizar estas nuevas formas de poder que ellas creen durante este periodo de transición y la unidad política nacional y la conducción correcta del proceso podrán facilitar que el reconocimiento legal (la institucionalización de este nuevo orden) se haga pacíficamente o con un mínimo de enfrentamiento. Negar, sin embargo, la necesidad de este cambio cualitativo, no entender el carácter contradictorio del proceso que se vive y la necesidad de comprender su carácter transitorio, no entender la necesidad de la formación del futuro en el presente y de profundizar las contradicciones creando, al mismo tiempo, los aparatos e instrumentos para superarlas positivamente, es negar lo esencial del programa de la Unidad Popular y su contenido revolucionario.

VII. Conspiración contra Chile: ¿Paranoia o realidad?

En los últimos días el pueblo chileno fue amenazado por la compañía Kennecott con el embargo internacional de las ventas realizadas por el Estado chileno. ¿Qué importancia tiene esta compañía y hasta qué punto ella puede desafiar a un Estado y un pueblo a nivel Internacional? En segundo lugar, habría que preguntarse: ¿que relación tiene este acto con otros semejantes protagonizados por la famosa ITT, la Anaconda Co., la Ford Motors Co. (que paralizó repentinamente su producción en Chile) la Boeing Co. (Que "aceptó" pasivamente la pérdida de un cliente por ausencia de financiamiento del estado norteamericano), etc.? Habría que preguntarse, asimismo, si estas presiones tienen alguna ligazón con los permanentes ataques contra el gobierno chileno y las mentiras constantes sobre el desarrollo político y económico del país que se encuentra en el "Time", en el "Wall Street Journal", en el "Business Week" y hasta en el "liberal" "New York Times".

Los científicos sociales de izquierda son acusados, a veces con razón, de manejar una torpe teoría de la "gran conspiración" Internacional del imperialismo que ve a la CIA y a los grandes trusts por detrás de cada acontecimiento. Nosotros no compartimos este método y creemos que hay que analizar objetivamente cada acontecimiento en si y en seguida buscar sus relaciones con el contexto internacional y con los grandes trusts así como con los gobiernos que representan sus intereses. Creemos que las formas de operación del imperialismo a escala internacional tienen muchas mediaciones y con tradiciones Internas y éstas lo devoran y llevan a su superación histórica.

Pero es un hecho indudable que el gran aumento de la concentración económica en Estados Unidos, la centralización de las decisiones políticas en manos del Ejecutivo, integrando en la mayoría de los casos por hombres directamente ligados a los grandes negocios, la relación creciente entre el Estado, las grandes empresas, la prensa y, en fin, el desarrollo de los servicios de inteligencia, particularmente la CIA, conforman un cuadro tan complejo de interrelaciones que hacen muy difícil saber qué hechos están aislados entre si y cuáles forman parte de un solo plan de acción.

Esta constatación se hace aún más evidente cuando conocemos documentos tan reveladores como los memorandos secretos de la ITT, los archivos de la Braden y el torrente de documentos y revelaciones que han surgido en Estados Unidos en los últimos años. Todos ellos nos muestran relaciones entre los servicios de inteligencia, el gobierno, las empresas, las universidades y la prensa que superan en mucho las más paranoicas teorías de la "gran conspiración".

En el plano económico han surgido también datos muy significativos. El desarrollo de la nueva izquierda en los años sesenta dio origen a un renacimiento del populismo norteamericano e hizo llegar hasta el Parlamento un fuerte movimiento antimonopólico que viene ganando cada vez más cuerpo en todo el país. Esto llevó a un gran número de estudios sobre la estructura económica actual de Estados Unidos que nos permite observar de muy cerca el comportamiento de los grandes negocios en el país. Entre estos estudios están las investigaciones realizadas sobre el sistema bancario norteamericano por la Comisión sobre Bancos y Monedas de la Cámara de Diputados dirigida por Wright Patman, un viejo populista que cree firmemente en la relación entre democracia, competencia y pequeña empresa.

Los datos que obtuvo esta comisión prueban de manera muy tajante el creciente control o influencia que viene ganando el sistema bancario norteamericano sobre el conjunto de la estructura económica a través de las compañías o departamentos de fideicomiso.

Estos departamentos agencian acciones de particulares y, en los últimos años, son los depositarios de las acciones oriundas de los fondos de pensiones de los trabajadores de las grandes compañías. Las acciones controladas por los departamentos de fideicomiso de los bancos comerciales sumaban 300.000 millones de dólares en 1971.

Cerca del 30% de estas acciones estaban en manos de los seis más importantes bancos de Nueva York. Entre estos bancos, hay cuatro mayores que dominaban 64,5% de las acciones en fideicomiso de los bancos de Nueva York. Ellos son el Morgan Guaranty Trust Co., el Chase Manhattan Bank, el Bankers Trust Co. y el First National City Bank. Estos bancos tienen enormes mecanismos de presión y control sobre las empresas más importantes de EUA. Los seis mayores bancos de Nueva York, además de los préstamos que realizan, controlan más del 5 por ciento de las acciones de 965 corporaciones norteamericanas y tienen 1,489 interrelaciones de sus directores con los directorios de 1,295 corporaciones. Los cuatro mayores bancos a que nos referimos controlan la mayoría de estas empresas.

Es destacable que estos cuatro bancos a que nos referimos y particularmente tres de ellos (Chase, First y Morgan) aparecen juntos en numerosas compañías, lo que se explica porque los Rockefeller que controlan el Chase, los Morgan que tienen el Morgan y el Bankers Trust, así como los Stillman-Rockefeller que dominan el First, tienen profundos vínculos entre si. Estas relaciones son una consecuencia natural del proceso de concentración económica que va obligando a los diversos grupos económicos a relacionarse entre si, conformando un solo gran grupo. Esto se consolida por las propiedades mutuas de acciones de estos mismos bancos. A título de ejemplo, pues es un fenómeno general, el Chase tenía en 1966 2,30% de acciones de su propio banco, 1,62% del First, 1,65% del Morgan, y 1,33% del Bankers.

Vemos entonces que estos bancos tienen importantes relaciones entre sí y conforman un poderoso imperio que puede tranquilamente establecer una política común en contra de un país. Los hechos que vienen ocurriendo en Chile muestran claramente que el Chase Manhattan Bank, el Morgan Guaranty Trust y el First National City Bank establecen un vínculo entre las principales compañías que han realizado presiones económicas sobre Chile y que parecen apoyar el plan presentado por la CIA y la ITT para ahogar económicamente al país.

Empecemos por la ITT. Según los estudios de la referida Comisión de la Cámara de Diputados de Estados Unidos publicado bajo el título de "Commercial Banks and Their Trusts Activities: Emerging Influence on the American Economy", la ITT tiene en su directorio un hombre del directorio del Chase y otro del First. Al mismo tiempo, tanto el First como el Morgan administran fondos de esta empresa. Los mismos First y Chase tienen dos directores cada uno en la dirección de la Anaconda Co., amén de administrar junto con los Morgan varios fondos de esta compañía. El Chase, como se sabe, controla la Cerro Corp. Asimismo, el Morgan y el First tienen un director cada uno en la Boving Co. y el Chase tiene control sobre el 8,7 por ciento de las acciones de esta compañía de aviación. En cuanto a la Ford, tiene dos directores comunes con el Morgan y uno con el First, así como el Chase administra seis de sus fondos de seguros de empleados.

Por fin, tenemos la Kennecott, el Morgan Guaranty Trust tiene un director entrelazado con ella y controla el 17,5% de sus acciones, además de administrar tres de sus fondos de seguros. Al mismo tiempo el First National City Bank de Nueva York tiene dos de sus directores en el directorio de esta compañía minera.

Si nosotros agregamos a estos datos los importantes vínculos de los Morgan con el "Time", el "New York Times", el "Wall Street Journal" y McGraw Hill que edita el "Business Week" entre otras revistas y vemos que el Chase tiene un director en el "New York Times" y tenemos presente a los centenares de empresas en que estos bancos tienen influencia o control, podemos apreciar la extensión de la amenaza económica que realizan sobre Chile. La importancia de estos datos es mayor cuando sabemos la influencia que tienen los Rockefeller sobre el ala "liberal" del Partido Republicano, el Estado de Nueva York y el gobierno de Nixon. Pero debemos preocuparnos aún más al saber que el Chase poseía cerca del 24% de las acciones de Yarur y que se pueden establecer muchas otras ligazones entre estos grupos económicos y la economía chilena y latinoamericana.

Estos datos deben servir para que el pueblo chileno se prepare para enfrentar poderosos enemigos, dentro y fuera del país.

Chile Hoy, 22 de Agosto a 28 de septiembre de 1972.

VIII. Las condiciones políticas del golpe de estado

El país vivió en la última semana una amenaza de golpe militar. Desde hace algunos años, más particularmente desde el movimiento de "Tacna", se ha acentuado en el país un ambiente golpista que es muy común en otros países de América Latina y que suele preceder a los golpes de Estado. En realidad, un esquema golpista no se puede montar de una vez. Tiene que ser probado en múltiples oportunidades, tiene que irse imponiendo progresivamente a la conciencia del país. Los esquemas de golpe fracasados forman parte de la preparación del golpe que triunfará. No se deben despreciar, por lo tanto, los golpes anunciados y no realizados.

Como toda acción humana, la realización del golpe de Estado supone la existencia de ciertas condiciones que me gustaría sistematizar en este artículo.

La primera condición para el golpe de Estado exitoso es innegablemente el convencimiento del sector hegemónico de la clase dominante de la necesidad de recurrir a este tipo de acción. En situaciones muy excepcionales su participación puede ser solamente neutral, como en el caso del pronunciamiento que llevó Velasco al poder. Esto no quiere decir que se necesita contar con el apoyo de toda la clase dominante. Los esquemas pregolpistas tienen por objetivo ganar este apoyo o neutralizar a los sectores más vacilantes. En la consecución de este fin cumplen un papel muy importante los grupos armados de derecha, los provocadores que crean un clima de anarquía social y desmoralizan el poder existente.

Llegamos así a una segunda condición, muy importante para el golpe de Estado, que es la existencia de sectores desplazados de la oligarquía, que rompen la barrera del comportamiento institucional y buscan arrastrar al resto de la clase dominante hacia su lado. Estos sectores se convierten en los cuadros militantes de la ultraderecha y ganan muy rápidamente los sectores más bajos de la clase media que, debido a su falta de formación profesional y a sus condiciones de vida inseguras, adhieren muy fácilmente al radicalismo de derecha (o de izquierda). Por fin, en los sectores del lumpen encuentran una tropa de choque capaz de agilizar su política y ponerla en práctica en escala más amplia.

En una fase siguiente, cuando adhiere al ultrismo el sector hegemónico de la clase dominante, surgen los cuadros de clase media alta, atraídos por la viabilidad del golpe y por el apoyo del sector hegemónico de la burguesía, los recursos económicos más abundantes, las mejores técnicas de acción. Se mejora la propaganda, se amplía la base militar.

A partir de este momento, el golpe se convierte en una cuestión seria. De los grupitos fascistas se pasa a las grandes acciones de masa, del apoyo de sectores marginales de las fuerzas armadas se pasa a la corrupción de los altos mandos, de la propaganda en pequeños órganos de prensa se pasa a los llamados insurreccionales abiertos en la gran prensa. El golpe pasa a ser una actividad de alto nivel y pasa a conmover las instituciones más sagradas: las fuerzas armadas, la iglesia, la justicia, el parlamento, etc. Se cumple así la tercera condición.

En este instante, todo el vasto conocimiento técnico que maneja la CIA y sus importantes contactos internacionales con los medios de comunicación, los grupos económicos, los gobiernos y grupos políticos son orquestados para servir al golpe. Es interesante notar que muchas veces estos diferentes grupos no saben exactamente a quiénes están sirviendo y creen estarse aprovechando de la situación para sus propios fines. No cabe duda, sin embargo, que solo algunos pocos disponen del conjunto de la información y manejan los esquemas de acción alternativos en que prevalecerá un grupo u otro de los varios que forman la conjura.

Y aquí se plantea una cuarta condición muy importante para el golpe: el apoyo o la complicidad de los sectores centristas o progresistas del espectro político. Es evidente que el golpe en 1964 en Brasil hubiera sido imposible sin el apoyo de Juscelino Kubistchek y la capitulación negociada de Joao Goulart. De la misma manera el golpe boliviano de 1971 no se hubiera realizado sin la adhesión incondicional del MNR y la vacilación de amplios sectores nacionalistas revolucionarios. Ni Hitler hubiera llegado al poder sin la complicidad de Hindenburg, ni Mussolini sin el apoyo secreto de la Monarquía, etc. Es importante constatar, sin embargo, que estos sectores son inmediatamente expurgados del poder cuando se consolida el triunfo fascista. No fue sin razón histórica que se hizo célebre la frase de Tomic: "Cuando se gana con la derecha es la derecha la que gana". La verdad es aún más dramática cuando se gana con la ultraderecha. Tomemos el caso de Brasil. En 1964, Castelo Branco era un simple desconocido que controlaba el Estado Mayor de Goulart y lo traicionó a favor del golpe.

Juscelino Kubistchek controlaba la mayoría del parlamento que eligió a Castelo presidente y consolidó el golpe. Pocos meses después Castelo Branco tenía fuerza suficiente para suprimir los derechos políticos de Kubistchek y de varios de sus correligionarios de partido.

El quinto factor que determina en realidad la posibilidad del golpe es el carácter del gobierno contra el cual éste se ejerce. Si él se afirma verdaderamente en las masas y está dispuesto a enfrentar hasta las últimas consecuencias al golpismo, sacándole poder económico y político, reprimiendo despiadadamente sus maniobras conspirativas, demostrando a los sectores neutrales que es capaz de mantener la seguridad y el orden en el país y de aislar los intentos golpistas de la derecha; si es, por lo tanto, un gobierno revolucionario y no reformista, la semilla del golpe no tiene cómo imponerse.

En este caso, a la derecha sólo le queda el insano camino de la guerra civil. Cuanto menos libertad de acción posea, menor será el daño que podrá hacer al pueblo.

El camino de la guerra civil es mucho más complejo y exige un apoyo internacional y fronterizo amplio. Pero una clase en decadencia, logrando influir fuertemente sobre vastas capas intermedias, no acostumbra retroceder frente a las desgracias que provoca su reacción desesperada. Si alguien duda de esto, que se acuerde de los campos de concentración nazistas y de la destrucción casi total de la vegetación y la muerte de millares de hombres en Vietnam.

Chile Hoy, 29 de septiembre a 5 de octubre de 1972

IX. ¡Bendita crisis!

Los diarios de derecha insisten en presentar la situación actual del país como una grave crisis económica. Muchos economistas de izquierda tienden a hacer un diagnóstico similar. Es necesario, sin embargo, clarificar los términos que se utilizan. Lo que se entiende en general por crisis económica es más bien un fenómeno coyuntural de desajuste o desequilibrio entre la oferta y la demanda. Las crisis capitalistas se caracterizan siempre por una oferta superior a la demanda. Debido a su carácter explotador, el sistema capitalista no puede poner la capacidad productiva existente al servicio de todo el pueblo. Se produce así la situación paradójica de que los productos sobran mientras las grandes masas pasan necesidades y no pueden adquirir esos productos. La única solución para las crisis económicas capitalistas es que se contraiga la producción, restableciéndose así el equilibrio perdido entre la oferta y la demanda.

En los países socialistas o en proceso de transición hacia una economía socialista, el problema se plantea de manera absolutamente inversa. En el socialismo no existe la limitación de la demanda por la capacidad de compra. Los únicos límites para el consumo son las necesidades de los consumidores y la oferta de los productos. Como las necesidades de los consumidores están siempre en crecimiento y la capacidad productiva es siempre insuficiente para atender estas necesidades humanas el sistema socialista no puede tener crisis económicas. Desde un punto de vista burgués se puede decir lo contrario: el sistema socialista está en constante crisis pues hay en él un constante desequilibrio entre la oferta y la demanda. Este punto de vista es completamente equivocado, pues reduce dos situaciones esencialmente distintas a una igualdad formal. El desequilibrio provocado por una demanda insuficiente tiene su origen en el funcionamiento contradictorio y antipopular del sistema capitalista y se soluciona a través del sufrimiento de las masas. El desequilibrio existente en el sistema socialista es resultado del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y sólo se soluciona históricamente a través de un continuo proceso de superación de las limitaciones del conocimiento y de la organización humana. Igualar dos situaciones tan diferentes en su esencia, en su dinámica y en su solución, no es una actitud científica.

TRADICIÓN DE CLASE

Fieles a su tradición de clase, los órganos de prensa de la derecha y sus economistas nos entregan el típico razonamiento burgués sobre nuestra situación económica, intentando hacernos creer que vivimos una "crisis económica" cuya solución se encuentra en los manuales de la "ciencia económica" burguesa.

Pero ¿cómo podemos hablar de “crisis económica” si aumentamos la producción en cerca del ocho por ciento al año, si crece el consumo de las masas, si aumenta la tasa de empleo?

¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que si. Pero todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento de la producción, por haberse desnudado la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que apunta hacia el desarrollo de las fuerzas productivas y no hacia la contención de la oferta; hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

CRISIS POLÍTICA

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, sólo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso. A pesar de que se la puede demostrar en los varios aspectos de la realidad nacional, esta afirmación se hace aún más evidente cuando analizamos la llamada crisis del comercio exterior.

Los países dependientes participan de la estructura del comercio mundial en una posición de inferioridad. Vendedores de materias primas, productos agrícolas y más recientemente de productos industrializados que utilizan un alto porcentaje relativo de mano de obra, estas economías están sometidas a una estructura de precios monopólica que favorece los productos que ellas importan y desfavorece los que ellas exportan. De esta manera, nuestra balanza comercial tiende a deteriorarse a largo plazo. A pesar de que en ciertas ocasiones, como el auge de la guerra de Vietnam, se elevan los precios de nuestros productos de exportación (caso del cobre) la tendencia dominante a largo plazo es en sentido contrario. De cualquier manera, el intercambio mundial es desfavorable para nuestros países.

DÉBIL ESTRUCTURA

Al mismo tiempo, la estructura de servicios que poseemos es muy débil, lo que nos lleva a pagar enormes divisas en seguros y fletes cobrados a precios monopólicos.

Así también ocurre en el plano de los servicios técnicos y las regalías por concepto de utilización de tecnología extranjera, cobrados a precios exorbitantes, en función del monopolio que las leyes internacionales aseguran a los propietarios de marcas y procesos de producción, comercialización, etc. Anualmente se evaden de nuestros países enormes cantidades de divisas para pagar tales derechos de explotación del conocimiento humano.

No dejan de ser importantes también los gastos en viajes, las remesas clandestinas de dólares al exterior, los negociados cambiarios, las sobrefacturaciones, etc.

Pero la explotación más directa y más amplia se realiza a través de las remesas de ganancias siempre excesivas que permiten recuperar en plazos muy cortos enormes inversiones realizadas en nuestros países a través de mil y una formas de financiamiento, sea del Estado de los países de donde provienen dichas empresas, sea de nuestros menguados recursos públicos.

El resultado de esta situación de conjunto no podía ser otro que un balance final extremadamente negativo para nuestras economías. Al final de cada año nuestras relaciones económicas internacionales presentan un "déficit" siempre creciente ¿Cómo cubrir este déficit? Solo hay un recurso: el préstamo extranjero de gobiernos y particulares. En la práctica, gran parte de las importaciones que realizamos se inscriben en estos programas de "ayuda" hechos para financiar una explotación de nuestros pueblos que de otra forma sería imposible. De hecho, los contribuyentes de los países dominantes financian la exportación de productos de sus empresas que de otra forma no tendrían compradores, así como la operación de estas corporaciones en el exterior.

Ayuda real no existe. Todos los planes de los Estados Unidos tienen por objeto financiar las exportaciones de productos sin precios competitivos en el mercado internacional; financiar la instalación de empresas norteamericanas en el exterior; financiar la colocación de excedentes agrícolas sin mercado; financiar la venta de armamentos obsoletos, etc.

A pesar del carácter explotador de esta "ayuda" ella no es gratuita; tiene que ser pagada, así como los intereses respectivos. El resultado de esta situación es la acumulación de una enorme deuda externa, cuyo

servicio toma hoy día cerca del 25 al 30 por ciento del valor de nuestras exportaciones. Se profundiza así nuestra crisis de comercio exterior y al mismo tiempo, nuestra dependencia de un flujo constante de la "ayuda" externa bajo las más diversas formas. Nuestros países se ven bajo el control político de sus financiadores, que amenazan en todo momento con suspender la ayuda, no entregar los créditos o piden el derecho de intervenir en la política económica interna para asegurar el "buen uso" de los créditos.

¿Qué pasa cuando un país hiere los intereses de los grandes grupos económicos internacionales? En el caso de Chile, el país se posesionó inmediatamente de las enormes ganancias de las empresas del cobre y de algunas empresas industriales extranjeras. Pero esto fue acompañado de inmediato con una rebaja violenta del precio del cobre que puede ser atribuida en parte a la disminución de la guerra del Vietnam y en buena parte al manejo complejísimo de que disponen los grandes grupos ligados al cobre. Como se puede apreciar con los datos que proporciona este número de Chile HOY, sus vínculos se expanden por todo el mundo.

Al mismo tiempo aumenta la presión internacional sobre el abastecimiento de las compañías de cobre, sobre los compradores de esta mercancía, etc. Se inicia así un cerco directo a este sector económico en el mundo capitalista.

En segundo lugar, se detiene de inmediato el flujo de las llamadas "ayudas", lo que es muy bueno a largo plazo pero provoca de inmediato el desabastecimiento de muchos productos y la paralización de varios planes de inversión. Se paralizan también los créditos para nuevas inversiones y se empiezan a crear problemas para refinanciar la enorme deuda. El resultado es el agotamiento inmediato de las pocas y artificiales reservas existentes.

Se produce así una crisis, pero no una crisis económica producto de un "desequilibrio" entre distintos factores. Se produce la crisis estructural. Una vieja forma de dominación entra en debacle causando enormes dificultades inmediatas, pero abriendo camino al mismo tiempo al establecimiento de nuevas relaciones económicas internacionales y a la reestructuración completa del aparato productivo interno. Porque el aspecto más negativo de este sistema de relaciones económicas internacionales explotadoras que hemos descrito está en sus efectos al interior de nuestras economías: se establece una economía basada en el control monopólico de la producción y la circulación de mercancías; se integra un sector muy pequeño de trabajadores al aparato productivo; se orienta la producción hacia el consumo de lujo de las minorías; se deja subutilizada gran parte de la capacidad instalada; se corrompe a los sectores dirigentes locales, las élites culturales, políticas y las técnicas, poniéndolas al servicio de la explotación nacional e internacional.

Las soluciones que nacen de una crisis estructural son, pues, sustancialmente diferentes de la que sugiere la "ciencia económica" y superan en mucho el puro nivel de las políticas económicas. No se trata de restablecer el equilibrio en el comercio exterior, equilibrio que de hecho nunca existió y que se resume en un aplazamiento constante de los problemas básicos a través del endeudamiento acumulativo. No se trata tampoco de restablecer el equilibrio disminuyendo las exportaciones en general. Si alguien tiene que pagar esta situación, que no sea el pueblo chileno, sino los banqueros y acreedores responsables de esta crisis.

Son muchos los países que se encuentran en la misma imposibilidad de pagar sus deudas externas, pero les faltan condiciones políticas para realizar una política honorable frente a sus acreedores. Chile debe ir con la cabeza erguida a la renegociación de su deuda externa y no debe temer la situación final de no pagar simplemente sus deudas externas, aplazándolas para el futuro. Si esto puede provocar la ira de los banqueros, los hombres de negocio y los políticos burgueses, provocará sin duda la admiración y el apoyo de los pueblos de los países subdesarrollados y de los políticos honestos, que comprenden la gravedad de la situación que se plantea. El hecho de que la crisis estructural en desarrollo pueda llevar a una tensión tan grande anuncia momentos difíciles y muchas posibilidades de presiones y conflictos crecientes.

Tales consideraciones pueden ser aún más graves si tomamos en consideración el hecho de que la economía norteamericana se está recuperando de la crisis que la hundió en la baja de producción y en el desempleo entre 1969 y 1971. Esta recuperación ha hecho restablecer la confianza de la clase dominante norteamericana e hizo renacer planes de una ofensiva mundial que tienen a Chile muy directamente en su mira.

La ayuda de los países socialistas tiene un contenido muy distinto de la norteamericana e incluso entre países europeos como Suecia se puede encontrar una actitud de ayuda sincera, motivada por intereses económicos o políticos muy distintos. Ella puede no solo ayudar a resolver problemas estructurales, como el de su orientación básica, pero puede servir para superar algunos problemas inmediatos de importación de productos de consumo popular.

Pero lo más importante de la crisis actual no reside en esta reorientación de sus relaciones internacionales, sino en las exigencias que hace a la estructura interna. Ella plantea la necesidad de llevar a la práctica un plan de inversiones a corto plazo, lo que sólo se puede realizar con la creación del área social y el establecimiento de una planificación centralizada. Ella plantea una reorientación de las pautas de consumo que lleve a una nueva utilización de las divisas así como a una diversificación de las fuentes externas de abastecimiento que conduzca a una mayor aproximación con los países del Tercer Mundo. Por fin, ella exige una rápida reorientación de la estructura agraria en base a grandes planes de diversificación de la producción.

El aumento de consumo de las masas crea una presión por una solución positiva de la crisis, aumenta la capacidad de movilización, crea una conciencia aguda de las debilidades del sistema productivo actual y de los obstáculos que representa la propiedad privada de los medios de producción. Se abre así una situación favorable a una amplia movilización de masas en torno de cuestiones concretas de corte nítidamente socialista.

En resumen: se ponen en tensión todas las fuerzas productivas del país y el capitalismo dependiente salta en pedazos bajo la presión económica y política de las masas ¡Bendita Crisis!

Chile Hoy, 6 a 12 de Octubre del 1972

X. Fundamentos internacionales de la estrategia de la derecha

La victoria de la Unidad Popular en Chile se produjo en un momento histórico extremadamente positivo que le permitió consolidar en gran parte el proceso de lucha de masas del cual nació.

En el plano internacional, Estados Unidos estaba en el auge de la más grave crisis económica vivida por el capitalismo en la posguerra. Relacionado con esto se vivía en todo el mundo capitalista bajo el impacto de un fuerte ascenso de masas, que tuvo en el mayo francés su momento más espectacular, y que se proyectó en los años posteriores en un movimiento más moderado pero muy activo y poderoso.

En el plano latinoamericano, este ascenso no sólo se expresó en grandes movimientos de masas cuya expresión más extrema fue el "cordobazo" argentino, sino que también influyó en las fuerzas reformistas más moderadas, reflejándose en una ola nacionalista cuya expresión más extrema fue el documento de CECLA.

A esto se agregó la formación de los gobiernos militares nacionalistas en Perú y Bolivia. De esta manera, la clase obrera y el movimiento popular chileno tenían cubiertas sus fronteras con gobiernos progresistas en estos países, y con un poderoso ascenso de masas en Argentina.

Dentro de este contexto internacional representaba un peso especial el crecimiento económico y militar de la Unión Soviética, que sobrepasó en esta época a los EUA tanto en poder militar como en producción de acero. Al mismo tiempo, la Unión Soviética y los partidos comunistas demostraban importantes cambios de estrategia política que se habían expresado en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969. Estos cambios estratégicos apuntaban en la dirección de una política más agresiva en relación con el imperialismo en el plano de la confrontación partidaria y la decisión de levantar la bandera del socialismo como objetivo inmediato en América Latina y otras regiones.

Crisis capitalista, ascenso de masas, radicalización moderada del movimiento liberal, surgimiento de gobiernos nacionalistas, cambios de política en los partidos comunistas conforman una coyuntura internacional favorable para el movimiento popular. En este contexto vence la Unidad Popular en Chile. Esta victoria era la expresión del grado de radicalización que había alcanzado este proceso internacional en el país. Frente a él, la clase dominante se había dividido y en el Partido Demócratacristiano había triunfado su ala más progresista.

Como en otras partes de América Latina, los nuevos sectores urbanos e industriales modernos de las clases dominantes se disponían a entregar el latifundio para conservar el liderazgo de las fuerzas populares menos politizadas. Esta política, apoyada por la Alianza para el Progreso, había creado fuertes desconfianzas y roces entre los diversos sectores de la clase dominante. Al mismo tiempo, grandes sectores de masas se decepcionaban con el reformismo burgués o pequeño burgués que no había resuelto ninguno de sus problemas y no había sido capaz de cumplir con su programa moderado.

Frente a esta división de la clase dominante y a la creciente decepción popular, el reformismo sólo podía salvarse buscando radicalizarse más. Abríase así el camino para que los sectores más radicalizados del reformismo lograsen conducir la campaña. Si la izquierda no hubiera aprendido la lección de 1964 y se hubiera presentado con un programa nacionalista y democrático, habría sido posible que el reformismo renovado hubiera logrado imponerse. Pero en el cuadro internacional y nacional que describimos no había lugar para un programa nacionalista de liberación nacional. La izquierda se presentó frente a las masas unida bajo la clara dirección de los partidos obreros, con un candidato marxista y agitando la bandera del socialismo. La estrategia reformista fracasó y también el revanchismo derechista.

El rápido bosquejo de este cuadro internacional que hemos trazado nos ayuda a explicar el comportamiento del imperialismo y de la derecha frente al Gobierno Popular. No había unidad estratégica, no había esquemas claros de acción, había mucho miedo de producir una situación extremadamente conflictiva en una situación internacional desfavorable para el imperialismo.

Es necesario ver, sin embargo, que este cuadro internacional está cambiando rápidamente, lo que nos hace anunciar situaciones distintas. La economía norteamericana empieza a recuperarse económicamente, a pesar de tener aún dificultades bastante serias; en Estados Unidos y Europa está en ascenso una ola conservadora que ataca las posiciones conquistadas por la izquierda en los últimos años; en el plano internacional la Unión Soviética comienza a perder posiciones importantes, lo mismo que en el Oriente Medio. Todo hace pensar que el imperialismo está recomponiendo sus fuerzas y preparando una nueva ofensiva. Chile es uno de sus blancos principales.

Es en este contexto que debemos analizar el embargo del cobre por la Kennecott, la unidad política alcanzada por la derecha y el actual movimiento "gremialista". No se trata de hechos circunstanciales, sino de una profunda revisión estratégica en función del cambio de correlación de fuerzas a nivel mundial.

Chile Hoy, 27 de octubre a 2 de noviembre de 1972

XI. Dos años y el programa

Cuando se conmemora el segundo aniversario del Gobierno Popular, se hace necesario un balance de lo realizado y de lo que queda por realizar.

De hecho se han cumplido casi todas las tareas antiimperialistas y contra el latifundio. El viejo orden colonial -exportador fue golpeado definitivamente en Chile. Se nacionalizaron todas las riquezas básicas del país y se terminó con el latifundio. Al mismo tiempo se nacionalizó el sistema bancario y el comercio exterior.

Pero si las medidas del Gobierno Popular se hubieran reducido a los sectores mencionados nos habríamos quedado en el marco de una revolución de la liberación nacional muy radical. Sobre tales bases podría prosperar en Chile un fuerte capitalismo monopolista de Estado que utilizaría estas transformaciones radicales en beneficio de la acumulación de capital. Se habría creado así algo similar al régimen revolucionario institucional de México. Con ello se habrían evitado los conflictos con el capital extranjero que sabe muy bien que tales formas de liberación nacional, al abrir camino al gran capital, no hacen más que preparar el terreno para el dominio del capital imperialista. Se habría contentado así al "New York Times", a "El Mercurio", a la Democracia Cristiana y a todos los "progresistas" del mundo, y sólo se habría sacrificado al pueblo chileno y la dignidad nacional. Pero la Unidad Popular ha seguido otro camino y ha buscado poner en práctica todo su programa, desafiando de antemano al imperialismo y todos sus aliados, conservadores o progresistas.

Fue así como el Ministro de Economía Pedro Vuskovic inició las requisiciones de las empresas monopólicas provocando la ira y la desesperación de la burguesía e iniciando la formación del área social de la economía en base a un claro principio socialista. El ministro afirmó en esta ocasión a los obreros que el área social estaría constituida por las empresas más avanzadas, las más importantes, las más necesarias para una futura planificación de la economía. Desesperados, los patrones recurrieron al "boicot" de la producción y buscaron envolver ideológicamente a la clase obrera con la tesis de la "empresa de trabajadores" (hoy en pleno olvido). La respuesta de la clase obrera entonces muy tímida y poco segura de sus propias fuerzas fue, sin embargo, decisiva. Los obreros no sólo impidieron el "boicot" patronal sino que tomaron posesión de las empresas y las pusieron a funcionar a su más alto nivel.

Estos parecen actualmente días lejanos, pues son parte de un proceso consolidado. Pero en aquellos momentos no faltaban quienes dudaban de la disposición de lucha del proletariado chileno.

Al lado de las requisiciones y compras de empresas que abrían el camino revolucionario se generaba la fuerza que habría de convertirse en el futuro en la mejor defensa de este camino: empezaban a surgir los mecanismos de control obrero de la producción y de participación en la gestión de las empresas estatales. Estos se extendieron luego al campo de la distribución, con la formación de las JAP.

También cumplió su papel la política de redistribución del ingreso, el convenio CUT-Gobierno y la democratización de la CUT a través de las elecciones directas. Todos estos factores permitieron al proletariado como clase influir en la vida nacional y sentirse responsable directo del proceso en curso. En el campo, los Centros de Reforma Agraria, a pesar de todos sus defectos, buscaron abrir al campesinado el camino de la empresa colectiva, evitando el peligro de crear una pequeña y mediana burguesía rural que apoyaría las pretensiones neocapitalistas de la burguesía urbana.

Pero estamos a mitad de camino. Llegamos así a la cuestión de las perspectivas para el futuro. La situación actual es sumamente compleja pues tiene en su seno una fuerte contradicción. Por un lado, no se han completado las tareas de destrucción de la base económica del orden capitalista y tampoco se ha derribado su armazón institucional.

Por otra parte, se ha gestado en el país una economía nueva formada por un área social amplia y se han creado, sobre todo en la actual crisis política, varios organismos de poder popular que no están dispuestos a volver atrás en sus conquistas para moldarse al aparato democrático burgués. La contradicción entre el viejo orden decadente y el nuevo orden emergente empieza a entrar en una fase aguda que puede estallar en cualquier momento.

Además, falta destruir el imperialismo en el sector moderno de la economía donde impone su tecnología. También en el plano internacional continúa la dependencia: la deuda externa, la venta del cobre y el abastecimiento de productos en el mercado mundial capitalista. Todos sabemos como tales factores son aprovechados para bloquear económicamente el país. En cualquier momento puede precipitarse una grave crisis en este campo que obligue al gobierno a tomar medidas más radicales. En el campo, no se ha resuelto todavía si habrá o no un área social predominante, dejando abierto el camino para el capitalismo mediano y pequeño.

Es evidente también la limitación que representa el aparato administrativo del estado burgués, construido para dar empleo a vastos sectores de las capas medias, que no cumplen ninguna función útil y que representan un enorme gasto.

La falta de articulación de las empresas del área social, su inestabilidad por la ausencia de una ley que garantice la propiedad estatal, la subsistencia de un aparato funcionario anárquico y pletórico, dificultan la implantación de la planificación económica de cuyo pleno desarrollo depende la instauración del poder popular.

Pero todas estas dificultades, que son muy bien aprovechadas por las clases dominantes en decadencia para transformarlas en ejemplos de ineficiencia del Gobierno Popular, representan la resistencia de un orden en decadencia. Si la clase obrera logra consolidar y profundizar los avances orgánicos de los últimos días, nadie, ni la más encarnizada guerra civil logrará paralizar el proletariado chileno. Si los dos últimos años y particularmente las tres últimas semanas no lograron convencer a los escépticos, les convencerá la fuerza de su puño.

Chile Hoy, 10 de noviembre a 16 de noviembre de 1972

XII. ¿Habrá paz social?

Hay en este momento una expectativa de “paz social” en Chile como fruto de la participación de figuras militares en el actual gabinete. La clase obrera y las masas populares junto a los militares demostraron que pueden mantener funcionando al país, aún con la paralización de un sector importante de los transportes, del comercio y de los profesionales, auxiliados por el sabotaje y la presión económica internacional. Se supone, pues, que las fuerzas de derecha se han convencido de la fragilidad de su táctica insurreccional y buscan un camino de oposición legalista. Esta suposición es sin embargo falsa, pues admite que la derecha puede arriesgar los últimos instrumentos de control económico que mantiene sin actitudes desesperadas. Al contrario de lo que muchos piensan, la táctica de la derecha es esencialmente defensiva y está determinada no por sus deseos o voluntad, sino por el avance de las masas que ella busca contener desesperadamente. La paz social sólo le podrá servir si contiene este avance de las masas.

Pero ¿podría el Gobierno Popular, por razones tácticas, paralizar la ofensiva popular para alcanzar una tregua hasta las elecciones? ¿Qué condiciones sociales son necesarias para que exista una paz social?

En primer lugar, es necesario que exista una situación de crecimiento o estabilidad económica en la cual la repartición del producto social sea un problema secundario. En tales condiciones, la lucha de clases tiende a ablandarse y permite gobiernos relativamente tranquilos.

En segundo lugar, se hace necesario un consenso social en torno a la legitimidad del Gobierno existente y su ecuanimidad en la lucha de clases. Esto quiere decir que un gobierno de paz social tiene que aparentar estar por arriba de las clases y no puede alterar el statu quo. Debe ser, por lo tanto, en esencia no revolucionario y, como máximo, reformista.

En tercer lugar, este Gobierno debe disponer de los recursos administrativos que le permitan implementar normalmente sus planes de acción.

¿Puede el actual gabinete conseguir estas condiciones hasta marzo?

En primer lugar, vivimos una profunda crisis económica, cuyo origen último es la destrucción del orden capitalista dependiente imperante en Chile. Esta crisis ha llegado a un punto muy agudo en el presente, que se expresa en la escasez de divisas y en la inflación. El propio Presidente se ha referido a la necesidad de establecer una economía de guerra en el país ¿Pero guerra en contra de quién?

Guerra en contra de los gastos de divisas excesivos, practicados fundamentalmente por el consumo suntuario de la gran burguesía y de la alta clase media. Guerra para sustituir rápidamente gran parte de los productos esenciales que se importan. Guerra contra el sabotaje internacional del gran capital, que busca empujar al extremo las dificultades de divisas del pueblo chileno ¿Cómo se puede resolver tal crisis sin profundizar la lucha de clases en Chile, aumentando el control estatal de la economía, racionalizando la producción y el consumo?

Por otro lado está la inflación, que ha alcanzado un 130% en ocho meses. Cuando la inflación llega a este límite tiene que ser contenida drásticamente. Y solo hay dos maneras de contener la inflación: paralizando el aumento de precios. En el primer caso se aumentan las ganancias y se estimulan las inversiones de los capitalistas, y por eso es la única manera de paralizar la espiral inflacionaria en los países capitalistas. En el segundo caso, se deprimen las ganancias de los capitalistas y ellos disminuyen las inversiones o buscan aumentar los precios a través del mercado negro o burlando el control de precios. Para impedir tal situación es necesario estatizar el máximo de empresas para imponer un real control de precios, controlar directamente la mayor parte de la distribución para evitar el mercado negro y, por último aumentar la vigilancia popular sobre los sectores privados que subsisten.

La situación no permite, por lo tanto, una tregua de la lucha de clases en este momento. La burguesía sabe de esto y busca desesperadamente movilizar al pueblo contra el Gobierno. Si éste vacila y acepta sus argumentos, si paraliza su ofensiva, si no profundiza la lucha de clases y lanza sus teóricos, propagandistas y agitadores en la línea contraria, si no utiliza su poder y autoridad para denunciar a la burguesía, sancionarla y despojarla de poder, la crisis puede volcarse en contra de él, entregándose a los sectores medios el control ideológico de la burguesía. Es innecesario señalar los efectos negativos que esta posición defensiva tendría en la prueba electoral y en la propia estabilidad del Gobierno.

No puede haber, pues, consenso en tal situación y el Gobierno no puede situarse sobre la lucha de clases adoptando una política ecuánime. Por más que se esfuerce, va a estar bajo el constante ataque del gran capital y muchos sectores del capital mediano e incluso del pequeño. El gran capital no puede aceptar que continúen las requisiciones, que el crédito sea usado a favor del área social, que el poder económico del Estado no los favorezca. No puede permitir, sobre todo, que se continúen desarrollando los gérmenes de poder popular que nacieron en el país, especialmente en la última crisis.

Pues a través de un uso correcto de esos instrumentos, sin sectarismo ni electoralismo, sino en una firme política dirigida a atender los intereses populares, el pueblo avanza en conciencia y va destruyendo progresivamente las ilusiones electorales de los capitalistas y sus aliados. Es muy poco probable, pues, que la derecha acepte una "paz social" que la someta a tales condiciones.

Por último, en el plano administrativo se hace cada vez más patente la incapacidad del actual estado burgués para permitir la implementación de un plan de desarrollo de largo alcance y superar su inmovilismo y anarquía. De esta manera, se va haciendo cada vez más necesario desplazar hacia los trabajadores, los pobladores, las dueñas de casa, las tareas de organización del abastecimiento de la producción, de la distribución.

No se cumple así ninguna de las condiciones que permiten una "paz social" hasta las elecciones de marzo. Para conservar su autoridad y los avances ya alcanzados, el Gobierno y los trabajadores se verán obligados a profundizar sus conquistas, utilizándose los mecanismos existentes y ampliando sus bases de poder popular. La reacción no aceptará esta forma tan dinámica de "paz social" y continuará intentando paralizar este proceso de transformación antes de las elecciones, buscando desesperadamente un camino insurreccional. La Democracia Cristiana no se sentirá jamás satisfecha, pues la "rectificación" que pide al Gobierno es la capitulación de su Programa. El problema de la paz social trasciende así la presencia de los ministros militares en el Gobierno. Ningún militar, ningún representante de la autoridad puede dominar un proceso de lucha de clases que haya alcanzado el grado del chileno en el momento actual.

Chile Hoy, 17 a 23 de noviembre de 1972

XIII. El gigante obrero

El martes las calles de Santiago se inundaron otra vez de obreros organizados y disciplinados, combativos y alegres, para conmemorar dos años de Gobierno Popular y para despedir al Presidente Allende. Quien haya mirado con detenimiento aquellos rostros marcados por el trabajo y el sufrimiento, aquellas mujeres con sus niños en brazos, aquel electrizante clima de solidaridad y voluntad revolucionaria, podrá comprender con mucho más facilidad la profundidad de los descubrimientos teóricos del marxismo y podrá dar forma de carne y hueso a las formulaciones más abstractas de la teoría.

Al comentar las discusiones teóricas de los años 30, Isaac Deutscher llamaba la atención sobre la fe aparentemente metafísica de los viejos bolcheviques en la clase obrera. Para un joven moderno, señalaba Deutscher, esa fe parecerá algo muy artificial. No lo era así para los que vivieron la Revolución Rusa y vieron a esa fuerza social en las calles, en las empresas, en los campos de batalla y conocieron en la práctica su capacidad de lucha y de liderazgo político.

Renacimiento del radicalismo obrero

Para un joven que vive en Chile de 1972, la realidad es sin embargo completamente distinta de la que Deutscher imaginaba para los jóvenes modernos. Porque conoce de cerca esa fuerza histórica, puede leer y comprender sin problemas a los viejos bolcheviques. En cambio, le parecerán extrañas y falsas las elaboraciones "teóricas" que los "científicos" sociales y políticos burgueses y pequeño burgueses realizaron en las décadas de 1950 y 1960 para anunciar el fin de la militancia obrera, el fin de las clases sociales, etc. De hecho, el ciclo de expansión económica del capitalismo de la posguerra había dado origen a un movimiento obrero amarillo, dominado ideológicamente por la burguesía, por el pacifismo, por el reformismo. Los que creyeron sin embargo que esto era el fin del radicalismo obrero estaban profundamente equivocados. La nueva crisis capitalista que se anuncia en 1968 marca el renacimiento del radicalismo obrero a nivel internacional. El movimiento de mayo en Francia, los "veranos calientes" de Italia, las huelgas obreras de Inglaterra, el "cordobazo" en Argentina, son simplemente expresiones máximas de un movimiento mundial.

Chile no solo no se queda atrás en este proceso, con la huelga general de 1968 en la que murieron seis obreros sino que ofrece además un ejemplo de organización y disciplina de clase que causa espanto y admiración. Con la constitución del Gobierno Popular y la disciplina revelada en los nerviosos días de setiembre a noviembre de 1970, se anuncia la aparición en escena de un movimiento político de alto nivel.

Acumulación de experiencias

Son muchas las experiencias concretas que va acumular la clase obrera chilena desde 1970 hasta hoy. A lo largo de la lucha política general contra la derecha en la que demuestra una actitud serena, una ausencia de sectarismo y una gran capacidad de buscar y establecer aliados, fueron muchas las experiencias novedosas que anuncian un mundo nuevo.

Este es el caso de la lucha por la formación del área social de la economía. En esta tarea, la clase obrera tuvo que desempeñarse en un campo nuevo de actividades y de responsabilidades que enfrentó con gran firmeza. No solo fue su tarea "tomar" las empresas que cabía requisar, controlar los actos de sabotaje de sus patrones y sustentar la lucha contra los enemigos de clase dentro y fuera de la empresa. Más importante aún fueron sus tareas después de requisadas las empresas. Abandonados por los antiguos gerentes y técnicos, frente a interventores jóvenes y en general inexperientes, los obreros lograron no sólo mantener la disciplina de trabajo, sino también aumentar la producción, plantear nuevos esquemas de abastecimiento, inventar repuestos, realizar trabajos voluntarios, buscar capacitarse técnica y políticamente para las nuevas tareas. Las fábricas chilenas se convirtieron en el microcosmos de la nueva sociedad emergente en Chile.

Pero la clase obrera no se quedó encerrada en las empresas. Tuvo que enfrentar de inmediato los problemas del abastecimiento creando las juntas de abastecimientos y precios. Frente a las amenazas de la derecha, los obreros se vieron obligados a coordinar sus actividades para vigilar y defender sus empresas y resolver problemas más amplios de abastecimiento e incluso de distribución de productos. La crisis de octubre, al obligar a la clase obrera a asumir la dirección económica del país, obligó a desarrollar estas formas de organización, consolidando los coordinadores de los cordones industriales y creando los comandos comunales, nuevas expresiones de su capacidad orgánica.

Hoy día, la clase obrera chilena descubrió su fuerza y su poder. Además se creó formas de organización que la capacita a dirigir gran parte de la vida económica, social y política del país. La reunión del área social le ha planteado la tarea de participar muy directamente en la planificación económica del país. La importancia creciente de la CUT en la vida nacional aumenta día a día sus responsabilidades.

El Obrerismo: Peligroso enemigo

El obrero chileno es un hombre en plena transformación, que asume día a día nuevas responsabilidades y gana en conciencia y en conocimiento de la realidad económica, política y social de su país. Falta muy poco para que él asuma directamente el control político de toda la vida del país.

Para realizar esta tarea que se encuentra casi al alcance de sus manos, los obreros chilenos tendrán que doblegar a su más poderoso enemigo: el obrerismo. El obrerismo es aquella actitud política que crea una valorización mítica del obrero, que transforma el obrero concreto en una especie de semidios y que, lo que es peor de todo, lleva a los obreros a preocuparse por si mismos y no por la sociedad. En este libro siempre rico de sugerencias y enseñanzas, el "¿Qué hacer?". Lenin insiste sobre la necesidad de que la propaganda revolucionaria se preocupe en entregar a la clase obrera una visión lo más amplia posible de los problemas del conjunto de la sociedad, a nivel internacional y nacional. Todo intento de hacer que la clase obrera se vuelque en si misma es contrarrevolucionario y reformista.

Más que nunca es importante esta enseñanza de Lenin. En el Chile de hoy día la clase obrera se está convirtiendo en dirigente real de la sociedad. Ella no puede, ni por un solo instante, dejarse llevar por una actitud economicista y gremialista. Si logra entender claramente el verdadero sentido de los avances que ha logrado, puede convertir en realidad la revolución chilena, poniéndose al frente de los campesinos, de las amplias capas del proletariado y del semiproletariado chileno, arrastrando consigo a la intelectualidad, los técnicos y los trabajadores independientes, neutralizando la pequeña y la mediana burguesía, dividiendo a la clase dominante, superando las vacilaciones de las direcciones pequeño burguesas, rompiendo los modelos convencionales y apoyándose fundamentalmente en su propia experiencia, aprendiendo de una manera creadora de los otros procesos revolucionarios.

La capacitación: Tarea nacional

Para estar a la altura de todas estas tareas los obreros chilenos sufren evidentemente la ausencia de una formación cultural, científica y técnica adecuada. Por esta razón, el problema de la capacitación de la clase obrera se transforma en una cuestión vital y decisiva.

El encuentro de capacitación sindical promovido por la CUT es un ejemplo de esta inquietud. De él se desprende no sólo la necesidad de entregar a los obreros elementos técnicos y formación sindical, sino también un conocimiento de la economía y la sociedad, de las teorías revolucionarias, de las experiencias históricas. Es evidente que la CUT sola no está capacitada para responder las necesidades de capacitación y educación de una clase que pasa a asumir las tareas históricas que hemos planteado.

Hay que pensar pues, el problema de la capacitación obrera en una escala nacional. La clase obrera tiene que poner a su servicio TODO el aparato de educación del país, ya y ahora. La educación primaria, secundaria y universitaria tiene que pasar por una reforma rápida e incisiva, bajo una presión fuerte y combativa de la clase obrera organizada en la CUT, en los partidos populares, en las nuevas formas de poder popular y en el Gobierno.

Es absurdo aceptar que el enorme aparato educativo existente en el país continúe siendo utilizado con un sentido burgués y pequeño burgués en un momento en que la clase obrera tiene tal hambre de conocimientos. Es absurdo aceptar que las editoriales, la prensa, la radio, la televisión y todos los instrumentos de comunicación continúen ignorando estas necesidades de la clase obrera. Es imposible aceptar que la Universidad de Chile y otras universidades continúen aumentando sus gastos y manteniendo al mismo tiempo sus salas de clase desocupadas en las noches, cuando hay tal hambre de conocimientos. Es imposible aceptar que las carreras universitarias continúen teniendo el carácter de formar profesionales liberales para una sociedad que los obreros están liquidando a cada día. Es imposible aceptar que la educación media continúe formando pijes sin profesión, dejando de lado la formación profesional para las grandes masas. Es imposible aceptar que no se haya liquidado el analfabetismo en el país. Es imposible aceptar que la izquierda continúe despreciando las actividades educacionales y que sea derrotada en las universidades y entre los estudiantes secundarios, principalmente por su incapacidad de entender el papel de la enseñanza en el proceso revolucionario en curso.

Clase Obrera, dirección real de la sociedad

La clase obrera necesita estar a la altura de los acontecimientos, no sólo al avanzar en su conciencia general del proceso, en sus formas de organización, en su capacitación política inmediata, sino también para exigir que los nuevos políticos, ingenieros, científicos, administrativos, médicos, técnicos, profesionales del país, sean hombres de mameluco o hijos de estos hombres, que los nuevos agrónomos sean campesinos o hijos de campesinos, etc.

Hay que pensar en escala nacional. Hay que pensar en términos de la plena utilización de los recursos existentes. Hay que pensar en términos de capacitación del conjunto de la clase, superar el artesanado, poner al servicio de la revolución todos los instrumentos técnicos de la sociedad.

La clase obrera chilena no puede paralizarse en medio del camino: las tareas son gigantescas, pero más gigantesco es el objetivo final de la lucha obrera: crear una sociedad sin explotados ni explotadores. El gigante obrero renace frente a nuestros ojos cargados de escepticismo pequeño burgués. Hay que retomar la fe de los viejos bolcheviques; la clase obrera chilena la justifica.

Chile Hoy, 1 a 7 de diciembre de 1972.

XIV. Corporaciones multinacionales, imperialismo y Estados Nacionales

La denuncia del Presidente Allende en las Naciones Unidas, el pedido del Gobierno chileno de que se haga una investigación internacional sobre el tema y la decisión del senado norteamericano de iniciar un ciclo de audiencias de tres años sobre el asunto, dirigido por el senador Church, han puesto en el orden del día internacional el tema de las empresas multinacionales. Hace cerca de cinco años que los círculos especializados se vienen preocupando del surgimiento de este nuevo tipo de empresa internacional y se han hecho varios estudios especializados y amplias investigaciones que nos permiten conocer sus características generales y sus tendencias básicas.

Pero ¿qué son estas empresas multinacionales de que tanto se habla? Desde el Renacimiento se conocen empresas comerciales que operan a nivel internacional y que explotan directamente el comercio y parte de la producción colonial. También, al final del siglo XIX, se produjo un gran desarrollo de la economía internacional en base a los trusts, empresas de los países dominantes que controlaron la producción de materias primas y productos agrícolas en los países coloniales y que formaron intrincadas redes de intereses industriales, comerciales y financieros a nivel internacional. América Latina ha sido terreno preferido para la acción de estos grupos económicos como la Standard Oil y la United Fruit, entre otros. Los trusts y carteles han controlado y monopolizado el comercio mundial y gran parte de los negocios nacionales desde el fin del siglo XIX hasta la década del 30 del siglo XX, en la cual a consecuencia de la crisis económica mundial capitalista de 1929 se inicia un proceso de proteccionismo y autonomía económica que acentúa la lucha por los mercados internacionales y lleva a la Segunda Guerra Mundial.

Después de esta, la economía capitalista tuvo que realizar importantes cambios para superar la crisis económica de los años 30 de la cual no habían salido aún, para recuperarse de la destrucción provocada por la guerra y para responder al desafío de un mundo colonial en rebelión y una economía socialista en expansión y fortalecimiento. Para enfrentarse a esta situación novedosa era necesario reforzar no solamente el papel del Estado en la economía de manera de integrar y unificar en el plano nacional los intereses del capital, sino también aceptar en el plano internacional la hegemonía clara y patente de los Estados Unidos, que había emergido de la guerra con una superioridad económica, tecnológica, política y militar evidente sobre el resto de los países capitalistas. La vida política internacional se divide así en dos grandes bloques bastante

integrados entre sí. De un lado, el naciente bloque de los países socialistas reforzado por la revolución china en 1949; de otro, el bloque de las economías capitalistas integrado relativamente bajo el liderazgo norteamericano.

Este proceso de integración fue, al mismo tiempo, la causa y la consecuencia de la formación de las empresas multinacionales que se convirtieron en su célula orgánica. La fuerza económica de Estados Unidos en el plano mundial, el poder de su moneda, la presencia de sus tropas en todo el mundo, el peso de su ayuda financiera crearon el ambiente ideal para una expansión explosiva de las inversiones de las empresas norteamericanas en el exterior. A diferencia del pasado, estas nuevas inversiones no tenían por objetivo controlar la producción y el mercado de materias primas que se había consolidado en las décadas anteriores y que en la postguerra se convirtió en un aspecto secundario de las inversiones, ellas se convirtieron en una potencia económica extranjera dentro de los países.

Las nuevas inversiones internacionales de posguerra se caracterizan en primer lugar por su nuevo destino sobre todo hacia Europa, Canadá y Japón, permitiendo a las empresas norteamericanas crear una verdadera potencia económica nueva en el interior de los principales países industrializados. En segundo lugar, ellas se caracterizan por una acentuación creciente de las inversiones industriales, comerciales y aún en servicios. Esto significa que ellas pasan a crear empresas vinculadas al mercado interno de los países hacia donde van. Al contrario de los trusts que creaban en general empresas volcadas hacia el mercado mundial, de carácter exportador, dedicadas en general a explotar materias primas o productos agrícolas, las nuevas empresas que se crean en el exterior se meten en la estructura productiva interna de estos países, se convierten en parte de su economía nacional y se benefician así muy directamente de todo el proceso de reactivación internacional de la economía capitalista de posguerra.

Los efectos de esta nueva etapa de la inversión internacional son muy importantes a nivel de los países que sufren sus efectos. Sea en los países desarrollados, cuya burguesía se ve repentinamente amenazada dentro de su propia casa, sea en los países dependientes, en los cuales se había fortalecido en los años 30 un brote de burguesía industrial que vio completamente fracasados sus sueños de crear una economía nacional autóctona e independiente, en todos estos casos se veía el inicio de una nueva etapa de la economía mundial capitalista bajo la hegemonía norteamericana.

Pero estos efectos no limitaron al plano de las economías nacionales. También cambiaron significativamente la estructura y los modos de operación de las corporaciones capitalistas. Las grandes empresas, que concentraron la mayor parte de esta expansión internacional del capital, cambiaron su propio carácter: de

empresas nacionales con fuertes intereses en el exterior que complementaban sus negocios internos se convirtieron con mitad o un tercio de sus negocios en el exterior. Este cambio cuantitativo representa un cambio cualitativo que afecta profundamente el propio carácter de la empresa.

Los intereses de las corporaciones multinacionales no se vinculan solamente a la suerte de algunos productos básicos en el mercado mundial. Sus expertos y sus dirigentes tienen que conocer razonablemente las condiciones del mercado interno de cada uno de los países donde realizan inversiones y tienen que basar su programación financiera y de inversiones en un conocimiento y dominio profundo de las condiciones económicas internacionales.

Dado su poder y la dimensión de sus intereses, no pueden quedarse en una actitud puramente de expectativa sino que tienen que operar directamente en el sentido de crear lo que ellos llaman un "clima" o "ambiente" adecuado para sus inversiones en todos los países.

Así como a nivel interno el capitalismo tiene que recurrir cada vez más al Estado para organizar y defender sus intereses, también a nivel internacional se hace cada vez más necesaria una intervención permanente y sistemática del Estado. En el periodo anterior, el Estado entraba a defender los intereses de sus empresas en el exterior a través de la presión directa de sus tropas y sus marinos (como lo conocieron tantas veces los latinoamericanos) de la presión económica directa y de los mecanismos financieros. En la posguerra estos mecanismos se hicieron más complejos y se refinaron extremadamente. Se crearon los programas de "ayuda" externa, se desarrollaron los mecanismos multinacionales de fijación del valor de las monedas de compensación financiera, de préstamos, de asistencia técnica financiera, etc. En todos estos casos, el gobierno norteamericano intervino o interviene directamente para no solo garantizar los intereses del capital internacional, sino también para abrirle camino, crear facilidades para su expansión, conseguirle mercado interno, determinar la política económica de los países de manera de favorecer sus intereses, bloquear la expansión de sus posibles competidores, etc.

De esta manera los intereses del capital internacional, hoy día encarnado en las empresas multinacionales, se hacen carne y uña con su Estado nacional de origen, que no solamente representa en este nuevo contexto los intereses nacionales sino que asume directamente la función de líder gerente y defensor de los intereses del sistema capitalista mundial que se identifica directamente con los intereses de la célula de este sistema: las empresas multinacionales.

El crecimiento de las empresas multinacionales significó la creación de verdaderos monstruos económicos y financieros que adquieren una tal autonomía de decisión y acción y que crea una cantidad tan grande de intereses que no solamente provocan graves conflictos entre sus partes como entre su conjunto y las distintas economías nacionales y sus respectivos Estados. Esta nueva anarquía internacional provocada por el capitalismo

ha puesto en cuestión la hegemonía norteamericana en el mercado mundial y ha provocado una profunda división en el interior de la clase dominante de estos países. Los intereses del gran capital internacional empujan hacia una nueva economía mundial con plena libertad de movimientos para los capitales internacionales lo que llevaría a acentuar parte de los problemas económicos que vive hoy día Estados Unidos y terminaría de debilitar definitivamente las empresas volcadas hacia el mercado interno norteamericano. La razón para que esto suceda es que las empresas multinacionales empiezan a cercar desde afuera al mercado interno norteamericano.

Aprovechando la mano de obra barata de los países dependientes o aún de importante desarrollo capitalista, las corporaciones multinacionales buscan aprovecharse de su control de las principales industrias de estos países para exportar hacia el mayor mercado del mundo: los Estados Unidos. Con eso entran en competencia con empresas norteamericanas que a pesar de ser importantes y grandes han concentrado sus actividades en el mercado nacional en sectores industriales en que Estados Unidos no puede competir como los textiles, industrias alimenticias o incluso buena parte de las piezas y repuestos de la industria automovilística, electromecánica, etc.

Corporaciones multinacionales y estado

Se profundizan así las contradicciones entre el gran capital internacional y los intereses del (relativamente) mediano capital norteamericano, de grandes sectores del movimiento obrero norteamericano, que ven en esta política una amenaza de desempleo creciente, y de gran parte de la pequeña burguesía. La situación es contradictoria, pues no hay ninguna duda que las corporaciones multinacionales no pueden realizar sus planes de control de una nueva economía exportadora industrial internacional si no cuentan con un decidido apoyo del Estado norteamericano y de su fuerza económica nacional que le aseguren la hegemonía y el control sobre las principales economías exportadoras. Los casos más graves son los del Japón y Alemania que disponen de un poder de maniobra suficientemente fuerte para no solo bloquear la entrada y el control del capital norteamericano sobre sus economías como para competir fuertemente en el mercado norteamericano en los países hacia los cuales se dirigen las principales inversiones.

Frente a una reacción política interna en contra de su concepción de la economía mundial, las empresas multinacionales que tienen su base de operaciones en Estados Unidos se ven en la necesidad de controlar este frente interno antes de aventurarse a una nueva política agresiva de expansión en el exterior. Por esta razón se formó en este momento un fuerte bloque conservador en Estados Unidos cuyo objetivo principal es retomar el control y la hegemonía económica internacional de Estados Unidos, bastante amenazada con la

crisis del dólar y de la balanza de pagos, así como con sus enormes problemas internos. Su objetivo final es, sin embargo, la creación de esta nueva economía mundial completamente controlada por las empresas multinacionales, los Estados nacionales, los sectores populares y el bloque cada vez más compacto del capital internacional.

Una cosa es cierta, en esta nueva etapa imperialista: los Estados nacionales, particularmente el norteamericano, tendrán que actuar mucho más intensamente para organizar y administrar esta nueva economía internacional.

Estos hechos tienen gran interés para entender el desarrollo de las luchas antiimperialistas en nuestro tiempo y particularmente en Chile. La posibilidad de la experiencia chilena y el carácter disfrazado que adoptó el bloqueo imperialista a Chile se deben en gran parte a las dificultades económicas y políticas que enfrenta el imperialismo en la etapa actual. Estas dificultades se van solucionando progresivamente y se va abriendo el camino para una nueva coyuntura internacional marcada por un violento intento del imperialismo norteamericano de retomar sus posiciones perdidas y su incontrastable hegemonía.

Los pueblos del mundo deben prepararse para días muy duros de confrontación internacional. La bonanza que parece anunciarse en consecuencia de las nuevas relaciones internacionales entre Estados Unidos, China y Unión Soviética, de los anuncios de paz en Vietnam, etc., no son nada más que partes de un juego violento por la hegemonía mundial capitalista. Por algún tiempo estas confrontaciones van a quedar enmarcadas en el plano económico. En este momento, Estados Unidos prepara, sin embargo, la formación de un ejército de profesionales, altamente equipado y entrenado, una especie de ejército de marines que pueda garantizar militarmente la ofensiva política y económica que prepara el gran capital.

Las corporaciones multinacionales, el Estado norteamericano y su política imperialista se juntan siempre, con mayores o menores diversificaciones tácticas cuya importancia no se debe olvidar, para imponer al mundo el régimen del capital en la única forma en que puede sobrevivir en nuestros días: integrado internacionalmente bajo la hegemonía norteamericana y en base a las corporaciones multinacionales.

Chile Hoy, 15 a 21 de diciembre, 1972

XV. Comandos comunales y elecciones

Desde la crisis de octubre se ha generado en el país un importante movimiento de organización popular que vino a consolidar un proceso de gestación de poderes independientes de los trabajadores. La dimensión de la crisis económica, creada debido a la distribución del ingreso a favor de los trabajadores, la estatización de gran parte del aparato económico, las presiones del imperialismo y el sabotaje de la burguesía, han obligado a los trabajadores a tomar la iniciativa para resolver los distintos problemas que enfrentan y para garantizar los avances que han realizado. Los trabajadores han descubierto en este proceso que hay que establecer su propio poder en las empresas no sólo para garantizar su funcionamiento y el aumento de la producción, sino también para defenderlas de la contrarrevolución. Ellos han descubierto también que los problemas de abastecimiento y vigilancia exigen una coordinación entre los consejos de empresas y los Comités Coordinadores de los cordones industriales. Pero junto a las tareas de orden productivo se plantean graves problemas en la órbita de la circulación, la distribución de productos esenciales, el control de los precios, así como en lo que respecta a la organización de la vida comunal que incluye la recreación, la educación, la vivienda, los transportes y tantos otros. Para responder a estas necesidades los trabajadores se han organizado en las JAP, en juntas de vecinos, en centros de madres, etc. Las necesidades de responder al desafío patronal de octubre pusieron en tensión a todos los organismos de poder local y los llevó a coordinarse en los Comandos Comunales, la formación de éstos, que continúan surgiendo y desarrollándose después de la crisis, significa un importante paso en el sentido de la generación de un nuevo poder democrático en el país. Una democracia de nuevo tipo, formada desde abajo hacia arriba, con principios de representación mucho más directos, estrechamente dependiente de la iniciativa directa de las masas.

Esta nueva democracia anuncia la aparición de un nuevo Estado en Chile, que supere en mucho a la democracia burguesa y sea la base de una democracia socialista. El nuevo Estado, como lo planteamos en artículos anteriores, no puede nacer de la cabeza de los juristas, sino de la práctica revolucionaria de las masas. La tarea que les incumbe a éstas es la de sistematizar los procesos reales en curso en el país.

Pero al lado de la nueva democracia socialista que emerge, está la vieja democracia burguesa que todavía rige formalmente la vida política del país. En marzo de 1973 se va a realizar una elección bastante decisiva para el movimiento popular chileno. En ella se resolverá la cuestión de si la institucionalidad burguesa actual servirá de base al establecimiento de la nueva legalidad socialista o si el Parlamento continuará siendo

utilizado como un arma de la reacción para impedir el proceso revolucionario en curso en el país. Esta no es una elección cualquiera y sería absurdo que ella se desarrollara completamente al margen de las nuevas formas de poder popular que han surgido en el país.

¿Cómo se podría comprometer la expresión del nuevo orden con el viejo orden? ¿Cómo se puede combinar lo nuevo con lo viejo? El genio político chileno ha encontrado siempre fórmulas imaginativas para resolver situaciones de este tipo. En qué consiste la esencia de la situación: en que el nuevo orden participe del actual proceso electoral sin dejarse contaminar por su carácter burgués y sin servir al electoralismo y al sectarismo.

Para lograr tal resultado los Comandos Comunales deben plantear su independencia relativa frente al actual proceso electoral, pero participar de él al mismo tiempo. Esto es posible en la medida en que los Comandos Comunales pasen a hacer un estudio sistemático de las necesidades de cada comuna, con la participación de todos sus moradores, independientemente de su posición política en las elecciones, de manera de poder elaborar un programa de transformaciones revolucionarias en la vida de la comuna. Este programa debe inevitablemente proponer una nueva forma de organización de poder y administrativa al nivel de las comunas y de la articulación entre ellas. Debe plantear de manera clara las necesidades de abastecimiento, salud, recreación, educación, transporte, vivienda, etc. de la comuna a través de una amplia encuesta junto a las bases.

Luego este programa debe ser entregado a todos los candidatos que merezcan el respecto de la comuna, para que ellos firmen un compromiso con este programa y planteen la forma de combinarlo con las transformaciones políticas y económicas a nivel nacional. Conforme al grado de concordancia y compromiso que esos candidatos lleguen con el programa de la comuna, en una amplia discusión con las bases organizadas y en asambleas lo más amplias posibles, los moradores decidirán sus preferencias. La tarea de los Comandos Comunales será, desde entonces, asegurar que se cumpla con este programa.

¿Será posible un proceso de discusión política tan amplio y tan separado del control inmediato de los partidos en el Chile de 1973? Si, porque la actual estructura partidaria antes de servir al pueblo lo está metiendo en una camisa de fuerza. La Democracia Cristiana representa de hecho una pluralidad clasista que no tienen las mismas posiciones políticas. Las bases obreras, campesinas, de pobladores y de técnicos de la Democracia Cristiana se identifican en lo esencial con el proceso revolucionario que vive el país. Si se les entregan condiciones objetivas podrán superar el marco partidario e ideológico en el cual quedan prisioneras por fuerza de la tradición, del miedo, de la ignorancia y también de la conducta sectaria de muchos militantes de izquierda.

La Unidad Popular no tendrá ninguna dificultad para apoyar un programa generado en tales condiciones, reconocer los órganos de poder popular, llegar a un firme compromiso con las bases comunales, convertir a sus diputados en representantes de estas bases. También sus militantes, al nivel comunal, podrán ponerse al frente de los comandos y ganar a los trabajadores de todas las tendencias para un gran debate sobre sus problemas inmediatos. Los efectos inevitables de una movilización como ésta serían, por un lado, el desenmascaramiento de ciertos partidos frente a su bases, por su incapacidad para coincidir con un programa que se base en un poder popular y en un nuevo Estado emergente, y por otro lado, llevará a un significativo fortalecimiento de este poder emergente, a una toma de conciencia respecto de sus tareas y sus posibilidades históricas, a un desarrollo de su capacidad orgánica y, por fin, a una visión clara de las tareas que hay que implementar en cada comuna y a nivel nacional.

La Unidad Popular no puede ser ya solamente la expresión de algunos partidos políticos, de militantes y simpatizantes de los partidos de izquierda. La Unidad Popular tiene que convertirse en la representación de todo el pueblo trabajador organizado. Para esto, ella tiene que llevar hasta las últimas consecuencias el proceso que inició y desplazar progresivamente hacia las nuevas formas de poder popular las tareas de elaboración política, de gestión administrativa, de acción económica, de organización de la vida social. Solo así, la Asamblea Popular dejará de ser una idea o un punto programático, para convertirse progresivamente en la base del nuevo estado socialista que emergerá en Chile de las manos callosas de sus trabajadores.

Chile Hoy, 29 de diciembre de 1972 a 4 de enero de 1973

XVI. Más allá de los porcentajes

Se aproxima el 4 de marzo. Estamos entrando ciertamente en un periodo de amplia discusión sobre el verdadero significado de las elecciones parlamentarias próximas. La derecha ha intentado dar el carácter de plebiscito a este proceso electoral, de manera que una votación inferior al 50 por ciento por parte del Gobierno pudiese parecer un rechazo a la gestión que realiza y la legitimación para su derrocamiento o la "rectificación" de su conducción. Radomiro Tomic y otros sectores de la Democracia Cristiana han desmentido claramente este significado, pero el principal candidato, Eduardo Frei, ha planteado con igual claridad esta tesis. En un viaje de gran significado nacional, el Presidente Allende ha combatido frente a amplias concentraciones de masas esta interpretación, demostrando que un porcentaje cercano al 40 por ciento representaría una victoria política para la UP y una reafirmación popular de su Programa de Gobierno.

Para la izquierda el actual proceso político tiene una significación de orden defensivo y otra de orden ofensivo. Desde el punto de vista defensivo, se trata de derrotar la conspiración derechista que aspira a derrotar el actual Gobierno. En este sentido, apremiada por el tiempo, que trabaja en su contra, la derecha ha realizado enormes gastos con enorme esfuerzo y desplegando todas sus energías.

Esta ofensiva reaccionaria buscaba reducir el apoyo del Gobierno a menos del tercio del Congreso: transformar el proceso electoral en una pretendida "concesión" del Gobierno a las fuerzas "democráticas" y por fin darle el contenido de un plebiscito que divide el país en pro y anti-UP. Su fracaso debería provocar una gran desesperación del adversario y un gran desconcierto en sus filas. Dada esta situación, y sobre todo el error de cálculo de la derecha de haber puesto su meta en los dos tercios y haber creado este tipo de expectativa en las masas, se abrirá paso a una poderosa ofensiva en el plano nacional.

En este sentido, el periodo actual debe tener también un carácter ofensivo, básicamente de acumulación de fuerzas. En él se hace posible no solo agrupar internamente las fuerzas de unidad de la izquierda, sino concentrar en torno de ellas amplios sectores de masas. La derrota de las pretensiones golpistas de la derecha producirá indudablemente un aumento de la mística de las masas y los resultados electorales pondrán en el orden del día el problema del poder en el plano nacional.

Se hace necesario prepararse así para la nueva coyuntura que se abrirá en el periodo poselectoral. Para eso es necesario corregir algunos errores que se hicieron claros en el periodo actual: la poca claridad estratégica

sobre la etapa que estamos viviendo ha dado un carácter excesivamente táctico al enfrentamiento electoral: de ahí la poca o la casi ninguna significación que adquirió el programa electoral de la Unidad Popular, el proyecto de una nueva Constitución, el papel de los nuevos organismos de poder, etc.

Esta indefinición se justifica en parte porque hay todavía importantes cuestiones estratégicas a clarificar dentro de la UP y que se revelaron en el debate PS-PC. La clarificación de este debate ayudará a definir las fuerzas en el interior de la UP y los resultados electorales mostrarán de alguna forma, cuáles de ellas alcanzaron mayor resonancia en las bases. Pero es indudable que después de marzo se planteara la necesidad de dirimir en buena medida estas diferencias, intensificando la discusión interna y forjando claros principios de actuación conjunta para la próxima etapa, aprovechándose correctamente las limitaciones del enemigo. Es indudable que los resultados electorales globales contarán mucho para definir el carácter de la nueva etapa. Si la UP obtiene una votación cercana al 40 por ciento, el impas político continuará en buena medida a pesar de haber derrotado las pretensiones golpistas inmediatas de la derecha. Si la votación supera con mucho aquella marca, la UP se verá en condiciones muy favorables para quebrar el empate político en curso en el país, dividir a sus adversarios y marchar resueltamente hacia la creación de una nueva sociedad.

Para la derecha la elección tiene también un carácter defensivo, sobre el cual no ha puesto suficiente énfasis, por su desesperación frente al tiempo. Busca mostrar que es una fuerza respetable y que puede agrupar bajo su dirección política a la mayoría de los votantes del país. En la lucha entre la DC y el PN se entrecruzan dos líneas que no siempre se dividen en términos partidarios: la del derrocamiento del Gobierno Popular y la de la "rectificación", cuyo objetivo es contener las medidas socialistas del Gobierno y permitir la supervivencia de la pequeña y mediana burguesía en el plano económico y político, con fuerza suficiente para iniciar una contraofensiva más poderosa cuando la correlación de fuerzas les sea más favorable.

En el plano ofensivo la derecha busca los dos tercios para derrocar el Gobierno o dar un carácter plebiscitario tal a las elecciones, que permita continuar hostigando al Gobierno aún cuando éste obtenga una alta votación. Pero los objetivos ofensivos de la derecha encuentran algunas barreras. En primer lugar, no tiene un plan de "reconstrucción nacional" que ofrecer. La consigna de la "reconstrucción" tiene un vacío estratégico. Su única sugerencia "positiva" es esa especie de "camino económico yugoslavo" propuesto por Frel. Pero este camino solo sería posible a través de una negociación con la UP, que es muy mal vista tanto por la derecha de la DC como por amplios sectores de la UP. Es evidente también que tal alternativa dividiría las fuerzas opositoras y debilitaría el frente logrado para las elecciones. Sin dejar de ser una hipótesis en juego en el proceso político, contra ella operan muchas fuerzas sociales concretas, particularmente el grado de concientización y poder de movilización que ganaron las masas populares en el país, revelado sobre todo en

el cuestionamiento del proyecto presentado por el Ministro Orlando Millas para permitir la negociación de las empresas en manos de los trabajadores. Esto hace muy difícil un acuerdo que pueda agradar al mismo tiempo a la derecha de la DC y a las masas de la UP.

¿Qué pasará entonces? ¿Qué podemos esperar para después de las elecciones?

No hay duda de que la derecha va a intentar desesperadamente convertir los resultados electorales en la base de un plebiscito y va a intentar prolongar su ofensiva hasta después de las elecciones. Se hace claro el peligro de nuevas asonadas, atentados y del siempre querido y amenazado paro patronal. Si la derecha sigue este camino encontrará una resistencia popular mucho más encarnizada que la de octubre de 1972.

Desde entonces las fuerzas populares avanzaron en organización al mantener y ampliar los comandos comunales y los coordinadores de los cordones industriales; al realizar una reunión de planificación del área social y un importante encuentro campesino nacional, al ganar experiencia en el combate a la especulación, al haber reforzado las JAP e iniciado formas más directas y racionales de abastecimiento. La derecha se encontrará con una resistencia y una contraofensiva muy superiores a las de octubre pasado.

Es posible entonces que ella quiera radicalizar la confrontación, dando inicio a la guerra civil en el país. Esta pretensión solo tendrá algún asidero si encuentra una base de apoyo en las Fuerzas Armadas. Si intentara actuar exclusivamente con sus grupos operativos, se abrirá camino para que se organicen milicias populares en apoyo a la acción de las Fuerzas Armadas, y actuando coordinadamente con ellas, se inaugurará una nueva etapa en el proceso revolucionario chileno. Por estas razones, cabe suponer que la derecha lo pensará muchas veces antes de intentar una acción de este tipo. Si lo hace, deberá revelar sus apoyos internacionales aún no claros para la opinión pública, los sectores de apoyo en las Fuerzas Armadas que no se conocen claramente, el poder del fuego que ha logrado acumular clandestinamente y una organización paramilitar de mayor envergadura que la que mostró hasta el momento

La nueva institucionalidad

Por otro lado, las fuerzas populares se verán en la necesidad de responder de manera ofensiva a las provocaciones de la derecha, lleguen o no hasta el paro patronal. En estas nuevas condiciones, parece evidente que será necesario enfrentar de manera mucho más sistemática los problemas económicos,

sociales y políticos del país, atacándolos en bloque, con unidad, decisión y concentración de los recursos disponibles. Entre ellos ganarán mayor relevancia inmediata la formación del área social en un plazo corto, por el método que sea posible; el establecimiento de un real control estatal sobre la distribución, racionalizándola a favor de las grandes mayorías; la instauración de la participación sistemática de los trabajadores en las empresas del área social y mixta y del control obrero en el área privada; el lanzamiento de las bases de una planificación nacional de carácter obligatorio que inicie las inversiones de infraestructura para un gran avance económico nacional; la ampliación y gratuidad de los servicios públicos básicos (salud, escolaridad absoluta; alimentación escolar masiva, y en los locales de trabajo, salas cunas, habitación, reforma urbana, etc.); el enfrentamiento sistemático de los grandes problemas sociales como la criminalidad, la prostitución, el alcoholismo, el ausentismo en el trabajo. Finalmente se hará necesario atacar de manera más sistemática los problemas culturales (arte para todos, nuevo contenido del arte, formación artística de las masas, masificación del conocimiento científico, desarrollo de los museos y bibliotecas, reforma de la enseñanza).

Para realizar estas tareas se hará necesaria una mayor integración de la dirección política de la izquierda que permita atacar los problemas en forma unitaria y sistemática, utilizando de manera mancomunada los medios de comunicación de masas en fuertes campañas publicitarias.

La mayor dificultad y limitación para que estos problemas urgentes puedan ser enfrentados está en la falta de un poder popular centralizado, con una organización no burocrática, basada en una nueva institucionalidad. En este sentido se hará indudablemente presente la lucha por la conformación de un nuevo poder y una nueva institucionalidad, como aspecto esencial de la lucha por la toma final del poder. La cuestión más difícil de resolver en este plano es que se muestran vacíos los intentos de establecer esta nueva institucionalidad por el método puramente abstracto de dibujar una nueva sociedad en un proyecto constitucional. Es muy significativo el vacío en que cayó el proyecto de la nueva Constitución, por la ausencia de un medio real donde discutirlo y hacerlo vigente. Parece claro por lo tanto que a pesar de verse ayudado desde arriba, el nuevo orden institucional tendrá que nacer desde abajo, desarrollarse en la práctica para al final ser reconocido legalmente. De esta manera, los comandos comunales deben ampliar su poder de decisión y ser escuchados por las bases y, por el aparato burocrático. Tendrán ciertamente que coordinarse a nivel local y provincial y por fin, a nivel nacional. En este momento se podrá plantear claramente el establecimiento de una nueva Constitución que reconozca en el plano legal las nuevas formas de poder que se dieron las masas, a través de una nueva constituyente, o de los otros mecanismos que existen para enmendar la carta fundamental.

La nueva etapa que se abre después de las elecciones será pues extremadamente rica. En ella las fuerzas populares actuarán en gran parte condicionadas por la reacción de la derecha. Si la derecha baja su fervor insurreccional, deberá enfrentar un movimiento de masas en ascenso con un plan sistemático de establecimiento de un nuevo poder en el país. Si la derecha sigue el camino de la subversión, obligará a las masas a apurar este camino, cortar etapas, radicalizar el proceso. En un caso o en otro, los trabajadores chilenos sabrán unirse, actuar con decisión, unir los otros sectores sociales a su alrededor, ganar el apoyo de los trabajadores latinoamericanos y del mundo entero, realizar las transformaciones revolucionarias que el momento exige. De esto pueden estar seguros los reaccionarios.

Chile Hoy, 2 a 8 de marzo, 1973

XVII. El león imperialista ruge otra vez

Inesperadamente el Gobierno de los Estados Unidos rompe las conversaciones con el Gobierno de Chile sobre el aplazamiento del pago de la deuda externa. Después de admitir la posibilidad de que se pudiera discutir el aplazamiento de la deuda paralelamente a las medidas jurídicas (y de presión económica oculta) para obtener una compensación financiera por la nacionalización del cobre, el Gobierno norteamericano cambia súbitamente de posición. Exige del Gobierno chileno el pago de los 700 millones que piden por sus empresas nacionalizadas y de los 1.700 millones de deudas contraídas por los gobiernos anteriores. El problema será trasladado a la reunión del Club de Paris a realizarse en mayo próximo.

Esta nueva actitud de agresión directa al Gobierno chileno puede significar un aumento de la crisis económica del país a niveles aún desconocidos. Puede significar no una demora, sino un corte definitivo en el abastecimiento de repuestos y materias primas esenciales para el funcionamiento del país. Puede corresponder no ya a un "bloqueo invisible", sino a un bloqueo directo sin disfraz. El gobierno chileno ha tomado varias medidas que permitan neutralizar esa acción y disminuir las consecuencias de este bloqueo.

Razones de una agresión

¿Cuáles serían las razones que llevan a los Estados Unidos a una actitud tan agresiva?

En primer lugar, el Gobierno norteamericano tiene que estar profundamente enojado con sus aliados de la oposición. Ellos le hicieron creer que podrían convencer al pueblo chileno de que estamos frente al mayor descalabro administrativo de nuestra historia.

Es posible incluso que tanto los burócratas de la CIA y del Departamento de Defensa como los políticos y burgueses criollos creyesen en su propia propaganda. El hecho es que el fracaso electoral de la derecha revela que el verdadero descalabro lo viven las clases dominantes. Muestra también que la derecha y la ultraderecha han dicho más verdades, a pesar de su delirio: el camino electoral no garantiza, de ninguna manera, la derrota de la Unidad Popular, y no puede impedir el ascenso de masas en el país.

Parece, pues, evidente que tanto los estrategas norteamericanos como sus aliados internos han llegado a la conclusión de que se hace necesario llevar más lejos la presión y busca la caída pura y simple del Gobierno.

En segundo lugar, hay que tomar en consideración el contexto internacional de la política norteamericana que, como lo hemos advertido varias veces en esta revista y en otros artículos, evoluciona de una posición defensiva que fue producto de la crisis entre 1963 y 1971 hacia una política ofensiva que busca recuperar las posiciones perdidas en el periodo anterior. La situación económica varió profundamente desde la segunda mitad de 1971. Estados Unidos logró realizar una buena recuperación económica, presentando un índice de crecimiento de cerca del seis por ciento en 1972. Por otro lado, sus adversarios del Mercado Común Europeo presentaron bajísimos índices de crecimiento económico, excepto su aliada Inglaterra. También la inflación norteamericana se atenuó (a pesar de un cierto repunte en 1973), en tanto la europea aumentó. La Unión Soviética que venía ganando una enorme supremacía económica en los últimos años, bajó a 3,5 por ciento su cuota de crecimiento en 1972. Este conjunto de factores alientan a la clase dominante norteamericana hacia una política agresiva para recuperar posiciones perdidas.

Esta política se manifiesta por ejemplo en la desvalorización del dólar para permitir el abaratamiento de los productos norteamericanos en Europa y Japón, disminuir el valor de las reservas monetarias de esos países y exportar hacia ellos la inflación norteamericana. Así también las medidas proteccionistas del mercado interno norteamericano, la política internacional de entendimiento directo y bilateral con la URSS, China, Europa y Japón la retirada de las tropas en Vietnam para permitir mayor movilidad militar en otras áreas, etc., hacen parte de una nueva fase de la política internacional del Gobierno de los Estados Unidos, claramente definida en los discursos presidenciales.

El león de la Metro ruge otra vez y asusta con su violencia a los espectadores ingenuos, pues el león es de celuloide (o el tigre es de papel). A pesar de las mejorías inmediatas que la recuperación económica le puede traer al capitalismo norteamericano, éste no tiene muchas esperanzas hacia el futuro. Desempleo (y su secuela de criminalidad, violencia, alienación, pobreza, etc.) aumento de la explotación de las masas, conflictos cada vez más agudos con los trabajadores organizados, ausencia de un proyecto unificador de su pueblo, aumento de la industria de guerra, profundización de sus contradicciones con los intereses de los pueblos de todo el mundo, hacen de esta violencia un derroche de sangre inútil, como fue la guerra del Vietnam. Cuba venció el bloqueo imperialista, Vietnam y los pueblos indochinos vencieron su ejército, Chile también vencerá.

Como se relacionan los hechos

Es muy interesante relacionar esta nueva agresión norteamericana con las sensaciones revelaciones que brotan como agua de las audiencias del Senado norteamericano sobre la ITT en Chile. Confirmando revelaciones anteriores y ampliándolas sustancialmente, se involucra en este plan a las más altas figuras

del Gobierno norteamericano. Desde el Presidente Nixon (que habría dado la orden a Korry de ejecutar el plan) hasta el vicepresidente Agnew (a quien se le agradece su colaboración para cambiar los criterios de la comisión antitrust en relación con la compra de una empresa) incluyendo a Kissinger (que se comprometió a pensar sobre la posible utilización de un millón de dólares para, según se supone, presionar al Parlamento chileno) a Charles Meyer (que también estuvo envuelto en la historia del millón de dólares) y el propio presidente de la CIA. Richard Helms (que se preocupó directamente del asunto), van desfilando las más altas autoridades responsables del Gobierno y la política externa norteamericana. También aparecen las autoridades menores, encargadas de la ejecución del plan, como el señor William P. Broe. encargado nada más y nada menos que de las operaciones clandestinas de la CIA en América Latina.

Sería cómico notar (si no fuera asqueroso tanto cinismo) que los diarios de derecha han intentado presentar estos hechos como la acción de una compañía internacional descarrilada (a pesar de que se involucraron en el plan el Bank of America, la Anaconda, la Kennecott y la Pfizer y otras grandes empresas que parecen no haber adherido completamente al plan). "The New York Times" llegó al colmo del cinismo al considerar que la ITT ensució el maravilloso prestigio de la libre empresa. ¡Cómo si esta fuera la primera intervención del gran capital en el mundo! Otros buscan señalar que el Gobierno norteamericano no escuchó las "sugestiones" de la ITT, a pesar de que Nixon, Agnew, Kissinger y Meyer no solo las escucharon, sino que buscaron aplicarlas, frustrándose por razones ajenas a su voluntad. De la misma manera se busca eximir a los personajes locales involucrados explícitamente en los planes y que jamás aclararon su actuación, como el ex Presidente Frei, el entonces Ministro de Economía Andrés Zaldívar y el ex general Viaux.

¿Cómo reaccionarán ahora estos voceros frente al rompimiento de negociaciones por el Gobierno norteamericano? Ciertamente se buscará aislar este acto de las dificultades creadas para envío de repuestos y materias primas. Así también, deberán ser vistos como algo completamente ajeno a la suspensión de los créditos chilenos, incluso en las organizaciones multinacionales en que participa, como el BID, la suspensión del envío de armas, los ostensibles apoyos a los medios de comunicación de la oposición, las costosas campañas publicitarias de las fuerzas antirrevolucionarias en Chile y en el exterior, los embargos del cobre chileno hechos por la Kennecott, etc. Tales hechos no indican, para estos santos personeros políticos, cualquier ligazón con el plano de la CIA y la ITT en contra de Chile.

Es hora de contraatacar

Tales análisis y el hecho de que haya habido vacilaciones, dificultades, fracasos en la aplicación de tales planes, no deben engañar al pueblo chileno sobre la estrategia imperialista para Chile. Cada vez más le

va quedando como único recurso la intervención abierta del propio Gobierno norteamericano. Se hace necesario por lo tanto prepararse para una lucha cada vez más cruenta en el plano nacional e internacional. Se hace necesario tomar la ofensiva en esta lucha, alertando al conjunto de la opinión pública con pronunciamientos de los partidos y del Gobierno, campañas masivas, etc. que muestren los efectos que tendrá para el país. También se hará necesario organizar comités populares unitarios de carácter antiimperialista que movilicen a todo el pueblo en contra de los enemigos externos e internos que nos agreden. Movilizar en las fábricas, escuelas, barrios y predios agrícolas, realizar mítines regionales y nacionales, preparar la opinión pública mundial, incluso la norteamericana, para responder a la agresión creciente.

Por fin, como un ejemplo para los pueblos dominados por el imperialismo, no habrá otra salida que declarar la suspensión unilateral del pago de la deuda externa y expropiar las empresas imperialistas que todavía existen en el país. A pesar del cuidado con que las fuerzas revolucionarias chilenas buscaron evitar un enfrenamiento tan duro, el imperialismo parece que no nos va a dejar otra salida, como no la dejó a Cuba.

La prepotencia con que el imperialismo toma su recuperación económica y la desesperación con que ve el crecimiento de la hostilidad mundial y latinoamericana en contra de su política lo pueden llevar a actos cada vez más violentos. La única forma de parar su pata asesina y hacerlo rugir de dolor es golpearlo con más fuerza aún, con la unión de los pueblos explotados.

El león de la Metro ruge otra vez... que sea de dolor.

Chile Hoy, 30 de marzo a 5 de abril, 1973

XVIII. 007 Contra Chile

A pesar de su desprecio por sus antepasados y sus pretensiones de racionalismo, el hombre moderno es un gran creador de mitos. Mitos modernos y dinámicos, pero siempre mitos. Uno de ellos es el agente secreto, el 007 que funciona como explicación de muchos hechos históricos, fuerza que se sobrepone a los hombres comunes por sus conocimientos y entrenamientos excepcionales, así como por los fabulosos aparatos de comunicación, destrucción, etc., que controla.

Es indudable que, manejando esta visión mitológica del hombre de la CIA, la izquierda haya buscado su enemigo donde no estaba. El agente medio de la CIA es un hombre con doctorado, que ciertamente tiene conocimientos básicos de karate, de tiro y de armas de destrucción, pero cuyo entrenamiento principal está ligado a su formación profesional. Es ante todo un especialista, un profesional como cualquier otro, y no desempeña ninguna actividad peligrosa ni aventurera. Su vida es bastante burocrática; realiza tareas normales de administración, informes, asesoría, etc. Es claro que la CIA, como toda organización policial de inteligencia, paga a alcahuetes (a veces de alto nivel), entrena tropas especiales para ciertas acciones (como la invasión de la Bahía Cochinos en 1961), y eventualmente vincula sus agentes con acciones peligrosas. Sin embargo, no es esa su rutina; esta es más bien burocrática. Gran parte de las tareas peligrosas no son hechas por sus propios agentes, sino por personal ad hoc, contratado especialmente para esas funciones.

Una única demostración de que el agente secreto es identificado con el personaje del 007 la dio el vicepresidente de la ITT frente al Senado Norteamericano cuando le preguntaron si sabía que había hablado directamente con un agente secreto de la CIA: respondió que entendía que no, puesto que sus contactos habían sido en locales públicos, donde había siempre muchas personas.

Información militar

La CIA se preocupa fundamentalmente de obtener información sistemática sobre lo que pasa en el mundo, sobre el desarrollo de ciertas ramas militares, en especial las de mayor adelanto tecnológico, sobre los planes e intenciones de los gobiernos enemigos y amigos, sobre la acción de los grupos "subversivos" e insurreccionales, de manera de orientar la política del Gobierno norteamericano (y no hay nada más ridículo que separar las acciones de la CIA de las del Gobierno, a pesar de que eventualmente su director pueda operar con bastante autonomía). Toda esta información, catalogada y sistematizada por un cuerpo de algunos millares de funcionarios

la CIA que tiene un total cerca de 200 mil, sirve para orientar la Política, con P mayúscula, del Gobierno y no solo sus acciones secretas. Los funcionarios de la CIA intervienen en las actividades anti-insurreccionales del Pentágono, en las ayudas técnicas, militares, policiales, etc. de la AID, en la política de ayuda económica del Eximbank, en las investigaciones de las Universidades y Centros de Investigación privados de los Estados Unidos y de muchos otros países (como lo reveló públicamente la revista "Ramparts"), en las misiones comerciales y culturales, etc.

Hay pocos especialistas en problemas del desarrollo, en asuntos orientales y cubanos que no tengan que ver, en algún momento con la CIA. Algunos de los teóricos principales del campo fueron figuras fundamentales en la dirección de la CIA, como Rostov. Las denuncias de "Ramparts" mostraron muy claramente los vínculos profundos de la CIA con órganos de masas norteamericanos, como el movimiento estudiantil, las centrales obreras, etc., donde no sólo reclutó dirigentes, sino que pagó fuertes sumas para hacerlos funcionar.

Todas estas cosas son muy conocidas y han sido denunciadas por la izquierda durante años, antes incluso de que se hicieran tan evidentes como en 1965 y 1966, cuando se formularon un enorme número de revelaciones sobre su accionar. Ya en 1964 la CIA había reconocido en el Congreso norteamericano su participación directa en la invasión de Bahía Cochinos, su mayor fracaso hasta la guerra de Vietnam, en la que tuvo a cargo varias operaciones muy importantes, igualmente fracasadas y con un alto costo de víctimas.

Resulta entonces terriblemente cínica la afirmación de "La Prensa" en el sentido de que en 1964 las formas de acción de la CIA eran desconocidas. Nadie puede hacer creer a la opinión pública de Chile que los 20 millones de dólares que ingresaron al país para financiar la campaña del entonces candidato Eduardo Frei llegaron sin que éste y su partido se hubieran dado cuenta. Ni nadie va a creer que estos señores ignoraban que el organismo encargado por el Gobierno norteamericano de realizar este tipo de operaciones era la CIA. Y en todo caso ¿qué diferencia hay entre que el dinero venga de la CIA o de otro organismo del Gobierno norteamericano?

Ciertamente estos personajes locales estarían dispuestos a repetir la jocosa afirmación del vicepresidente de la ITT: "¿Cómo íbamos a saber que hacíamos cosas secretas y feas si todos estos compromisos los asumimos en locales públicos, si la plata era verdadera y no falsa, si los señores que la tratan se vestían como nosotros y no tenían cara de 007?"

El aliado de EUA

¿Por qué no reconocer claramente que la Democracia Cristiana es un aliado de los Estados Unidos y que como tal no tenía por qué rechazar el dinero que le daban para defender la "democracia" amenazada? ¿Por qué no reconocer los hechos tan sabidos de que el flujo de recursos norteamericanos no dejaron de venir "a salvar la democracia" después de la victoria electoral y que Chile fue el país que recibió el mayor monto de ayuda per cápita durante el Gobierno de Frei, así como hoy día Brasil y Uruguay se disputan este lugar?

¿Por qué no reconocer que durante ese periodo ingresó un monto fantástico de fondos extranjeros a Chile, demostrando la confianza de los empresarios norteamericanos en la solidez de la democracia garantizada por la Democracia Cristiana?

¿Será porque tales hechos podrían explicar también que en ese periodo se produjo la más importante descapitalización del país; porque también en esa época se firmaron los acuerdos de la chilenización del cobre considerados excepcionalmente por los directores de las compañías frente a sus accionistas y que permitieron la mayor remesa de ganancia del sector en toda su historia?

¿Será porque esto explicaría acuerdos como los alcanzados con la Dow Chemical, que permitían a esta empresa consignar como capital suyo su "know how", computándolo en millones de dólares, etc.?

¿Habría alguna relación de casualidad entre la facilidad para aceptar los 20 millones de dólares de la CIA y estos excelentes resultados para las empresas norteamericanas en Chile durante ese periodo? ¿O será probable que todo fuera una coincidencia?

Habría que creer que toda esta plata entró a Chile sin conocimiento y sin ningún compromiso del partido político que se ve beneficiada de ella. Habría que aceptar que la política tan favorable al capital extranjero que siguió la Democracia Cristiana fue fruto de una equivocación, de un error de cálculo o de una ingenuidad política. Habría que creer que el Gobierno chileno de entonces no tenía ninguna información sobre las andanzas de la ITT y la CIA en Chile en 1970 y que todas las referencias que se hacen en los memorandos de la CIA y en los testimonios del Senado norteamericano son realmente fruto de una equivocación, de una calumnia contra honorables figuras nacionales.

Habría que creer como decíamos al comienzo de este artículo que el hombre moderno, a pesar de su desprecio por sus antepasados y de sus pretensiones de racionalismo, es un gran creador de mitos.

Chile Hoy, 27 de abril a 3 de mayo, 1973

XIX La irreversible pendiente de la guerra civil

Vivimos en este momento la más profunda ofensiva contrarrevolucionaria lanzada contra el Gobierno Popular y su programa. Esta ofensiva es, al mismo tiempo, muy extensa: abarca el orden constitucional, sindical y de masas, militar y político partidario.

En el orden institucional, la mayoría parlamentaria de derecha ha planteado un desafío radical al Poder Ejecutivo al atribuirse el derecho de derrumbar sus vetos con simple mayoría. Como lo dijo el Presidente Allende, "quedaría abierta de este modo la brecha para la arbitrariedad, que podría desembocar en una eventual dictadura del Congreso". En una acción paralela, que tiene por claro objetivo plantear su ilegitimidad, la Corte Suprema acusa al Gobierno de haber roto el estado de derecho. Y completando este cuadro de abierto cuestionamiento institucional, la Contraloría amenaza tomar medidas para devolver empresas a sus antiguos propietarios.

En el plano sindical y de la llamada "oposición en las bases" se ha buscado utilizar las dificultades causadas por la inflación para dividir al movimiento obrero a través de un economicismo frenético. A la huelga del cobre, la de los marítimos, la de la locomoción, se suma la actitud permanente de los médicos, los comerciantes y otros sectores gremiales que tradicionalmente promueven un clima de intranquilidad. La campaña contra la ENU, con todas las distorsiones que implicó, muestra el interés de la oposición por convulsionar al país.

En el plano militar no solo vemos los aparatos armados en las calles, sino que también aparecen las bombas de trotil profusamente utilizadas contra las casas de políticos, negociantes o simples ciudadanos, las marcas con círculos rojos en sus paredes, anunciando un movimiento terrorista de gran envergadura. Esto se complementa con el abierto llamado a la guerra civil por parte de "respetables" senadores o de personajes de segunda categoría como Thieme, de "Patria y Libertad". No disminuyen los llamados a la actuación de las Fuerzas Armadas y los esquemas paramilitares se proponen claramente servir a una rebelión militar.

En el plano partidario, la facción derechista de la DC se impone definitivamente y lanza violentas amenazas contra el Gobierno, trazando una línea de oposición abiertamente fascista. La Juventud Nacional hace un llamado a la unificación del comando de la derecha. La conspiración deja de ser cerrada. El MIR, que siempre ha demostrado un buen conocimiento de los planes de la ultraderecha, denuncia que el ex Presidente Frei asumió directamente el comando de las operaciones sediciosas e involucra a altos personajes de su Gobierno en estos planes.

Se trata, por lo tanto, de una ofensiva muy extensa que busca coordinar y usar en una acción unificada todas las fuerzas con que se cuenta en el país y en el exterior (papel de los hombres armados por Marshall en Bolivia; acción de agitación de Thieme en Argentina, con plena cobertura de la prensa internacional; amenaza de falta de acuerdo posible en las próximas reuniones del Club de Paris, etc.)

Una ofensiva tan extensa no puede dejar de tener un objetivo político significativo. Todo parece indicar que se tiene en la mira el 21 de mayo, cuando se inaugura el Parlamento. Se trata de probar, a través de alguna manifestación espectacular, que el país está dividido en dos poderes opuestos y conflictivos; de un lado, el Ejecutivo, fuertemente apoyado en las masas y en las formas emergentes de poder popular, o "una organización anti-Estado que va incrustándose dentro del Estado", como lo dijo "El Mercurio", de otro lado, el Parlamento, el Poder Judicial y la Contraloría, respaldados por el movimiento "gremial".

Toda guerra civil necesita de una oposición clara de poderes para realizarse. La división del país en dos poderes conflictivos permitiría a la oposición reivindicar la legalidad y pedir la fidelidad a estos poderes por parte de sectores de las Fuerzas Armadas. El país entraría claramente en la pendiente de la guerra civil, de manera inevitable. Los que están dispuestos a servir a este esquema en nombre de la fidelidad partidaria, pretextando el "sectarismo" u otros errores menores de la Unidad Popular, deben asumir toda su responsabilidad histórica.

El momento es muy adecuado. Porque desde el punto de vista internacional, la toma de posesión de Cámpora en Argentina puede dar un importante vuelco en la correlación de fuerzas internacionales a favor de la Unidad Popular. Al mismo tiempo un quiebre institucional en Chile podría disminuir el impacto reformista del Justicialismo. Rogers no pasea en vano por América Latina en estos momentos, y no puede estar ajeno a este desarrollo de los acontecimientos en Chile y su relación con Argentina.

No hay duda de que, si este es el plan de la burguesía como lo indican los hechos, se trata de un plan desesperado, muy audaz y definitivo, una lucha a muerte por la retomada del Estado y la contrarrevolución.

Chile Hoy, 18 a 24 de mayo, 1973

XX. ¡Podemos combatir la catastrofe!

Gran parte del cuadro político de enfrentamiento que vive el país en este momento encuentra su motivación inmediata en el proceso inflacionario que ha alcanzado un nivel sumamente elevado, muy próximo a la hiperinflación. Cuando una economía llega a esta etapa inflacionaria se desorganiza completamente y se hace imposible cualquier planificación de la producción. En general, los militantes de izquierda tienden a despreciar la inflación y a entenderla como un simple fenómeno supestructural que nada tiene que ver con la producción. Hemos combatido estas ideas en otros trabajos nuestros, intentando bosquejar una sistematización del problema que partiendo de los análisis de Marx en la Contribución a la Crítica de la Economía Política y pasando por el estudio histórico del fenómeno inflacionario y sus relaciones con el ciclo económico, nos muestre como la inflación es de un lado la expresión sintética de la lucha de clases por la redistribución del ingreso dentro del capitalismo, y de otro, un resultado de la acción de los monopolios por conservar sus ganancias obligando al Estado a gastar recursos superiores a sus ingresos para mantener, sea la demanda, sea la inversión. La inflación en nuestro tiempo ha ganado dimensiones nuevas en virtud de la acción de los monopolios.

Por otro lado, la teoría estructuralista ha buscado presentar la inflación en los países subdesarrollados como una consecuencia estructural de la baja oferta de productos provocada por la baja producción. Si bien este fenómeno existe, determina un cierto nivel de la inflación y ponerlo como la explicación es una posición ideológica que busca aislar los fenómenos arriba mencionados de la lucha por la distribución del ingreso entre los varios sectores de la sociedad y de la acción del monopolio.

Pero estos aspectos del proceso inflacionario pasan a tener una forma distinta cuando la inflación empieza a alcanzar índices superiores al 40 y 50 por ciento. A partir de este momento, los mecanismos inflacionarios comienzan a adquirir una cierta independencia y pasan a expresar una profunda lucha por conservar las posiciones ya alcanzadas anteriormente. Los grupos y clases sociales pasan a luchar desesperadamente por garantizar sus ingresos anteriores. A partir de este instante, la especulación, la búsqueda desesperada por inmovilizar el dinero en mercancías o bienes inmuebles, la imposición de los más fuertes que pueden fácilmente tomar la iniciativa de aumentar los precios, el enfrentamiento entre sectores asalariados por garantizar un ingreso diferencial que les sea más favorable, la desesperación de los pequeños empresarios rentistas que ven desaparecer el poder de compra de sus ahorros, etc. van conformando un cuadro social caótico.

Las empresas no pueden planear sus actividades pues tienen que hacer cálculos económicos complejísimos que incluyan una tasa inflacionaria siempre móvil e inestable. La angustia crece en todos los sectores de la sociedad y cunde la más profunda crisis económica.

Formas erradas para enfrentar la inflación

Por todo esto, nos parece absurda la pretensión de ciertos compañeros de alcanzar una alta tasa de eficiencia sin lograr parar el proceso inflacionario. Más ingenua aún nos parece la tesis de ganar los sectores medios con esta alta tasa de inflación.

Pero el colmo de la ingenuidad, que pone en riesgo el proceso inflacionario en curso en el país y amenaza hundirlo decisivamente es pretender combatir la inflación en Chile, en este momento con mecanismos esencialmente monetarios y tributarios. Al predominio de esta tesis en la actual orientación económica del Gobierno se debe su total incapacidad para enfrentar el problema.

Pero hay que tener claras las implicaciones políticas del problema. Intentar paralizar la inflación por mecanismos de esa naturaleza (cuya importancia no hay que negar, pero si, disminuir su peso relativo) significa buscar establecer un equilibrio económico absolutamente incompatible con la caótica situación que vivimos. Significa intentar restablecer un equilibrio entre la oferta y la demanda que solo se podría hacer a través de una violenta represión sobre los trabajadores. Significa establecer un equilibrio entre las áreas privada y social que es incompatible con las empresas que hoy día están en el área social y que quiebran la posibilidad de una acumulación del capital a favor del capital sin resolver definitivamente esta acumulación a favor del Estado y de los trabajadores.

La situación es, pues, muy clara y solo no la ve quien no quiere verla. O se intenta restablecer un equilibrio entre la oferta y la demanda bajando el valor de la fuerza de trabajo y volviendo a la economía anterior (cosa muy poco eficaz económicamente si no se pasa por una fuerte dictadura burguesa) o se profundiza el proceso de redistribución del ingreso, cambiando radicalmente el sistema productivo, rompiendo violentamente los mecanismos de mercado en beneficio de una distribución directa de los bienes según un plan racional. Tales medidas solo son posibles con el control estatal de la distribución y la formación rápida del área social.

La otra disyuntiva es también clara: o se establece un sistema económico en que el capitalismo de Estado controle los sectores de infraestructura de la economía y favorezca el desarrollo del capital en los sectores de mayor lucratividad con la ayuda del Estado, como lo plantea muy claramente el proyecto Hamilton; o el

capitalismo de Estado integra el conjunto de las empresas básicas en los sectores principales de la economía y abre un proceso de planificación económica de carácter impositivo, para lo cual se hace inevitable completar el área de propiedad social y dar al Estado mayor poder impositivo sobre el resto de la economía.

Solo con la segunda alternativa se puede establecer una política de precios impositiva que quiebre la acción de los especuladores y del mercado negro y que permita a los trabajadores controlar el sistema productivo en el área social y a través del control de la producción en la empresa privada. Tal política de precios puede al mismo tiempo recuperar buena parte de los excesos de ingreso y permitir una cierta competencia en el sector de productos de lujo.

Al mismo tiempo, esta situación permitiría un mayor control del sistema financiero, de los préstamos y de las inversiones de manera de retirar el exceso de circulante, y disminuiría en buena medida los problemas de financiamiento del Estado al aumentar la parte del excedente económico que éste absorbe.

Es bastante claro, pues que una política antiinflacionaria eficaz pasa necesariamente por resolver el impase que se produjo en el país. Con un Parlamento lanzado completamente en una política de obstrucción sistemática, con el sabotaje permanente que la operación Proteco incita en la vida económica, con un aparato legal que favorece siempre al capital, no es posible enfrentar seriamente la crisis que se avecina cada vez más violenta.

Se trata de un problema político

El problema es, pues, político y exige definiciones rápidas. En tales circunstancias históricas el tiempo cuenta mucho. Si la Unidad Popular no toma claras medidas de contención de la inflación, no profundiza el proceso revolucionario en curso, no caracteriza clara y definitivamente para las masas el papel obstruccionista y sedicioso de la derecha, como lo hizo brillantemente el proyecto de adelanto de reajuste, si la Unidad Popular no enfrenta la ofensiva global que ha armado la burguesía para aprovecharse y profundizar la crisis económica, paralizándola en sus gérmenes, como lo hizo brillantemente la CUT en contra de los aparatos armados lanzados explotando a la ENU, la situación puede derivar hacia un peligroso espontaneismo de masas como en el caso de La Pincoya y para acciones individuales que den caldo de cultivo para los constantes enfrentamientos armados que se desarrollan en el país.

Refiriéndose a la situación revolucionaria de setiembre de 1917, Trotsky afirmaba que la revolución es en gran medida un producto de la inercia social. Ella nace de situaciones tan conflictivas que ninguna de las partes se siente satisfecha y todos prefieren algo diferente que rompa de cualquier manera el empate.

La situación política en Chile camina rápidamente hacia este estado, la acción contrarrevolucionaria de la derecha precipita los acontecimientos, su desesperación en el plano internacional facilita su intento desesperado de resolver rápidamente el empate que a largo plazo camina en su contra. Y la inflación es la expresión más directa y condensada de esta crisis. Si el Gobierno permite que los trabajadores pierdan el 15 por ciento del valor de sus salarios al mes, que los pequeños empresarios no puedan reponer sus stocks con el dinero que reciben por los productos vendidos, que la economía se desorganice completamente a consecuencia de la imposibilidad de cualquier cálculo económico, si el Gobierno y los partidos populares no entienden que a partir del 200 por ciento la inflación empieza a saltar a 300 y 400 por ciento, etc. en meses, entonces no podrá controlar la situación económica y política en el país.

Nosotros hemos buscado en muchas ocasiones en esta revista demostrar que el momento decisivo de enfrentamiento no estaba cercano y que, en lo fundamental, los trabajadores estaban a la ofensiva y el proceso seguía un camino revolucionario. Nos sentimos con autoridad para advertir que en este momento el proceso empieza a caminar contra los partidos populares si ellos no asumen el control de la situación y no liquidan violenta y radicalmente la orientación económica por la consolidación que ha llevado la situación a un grado insoportable, e inmovilizando en buena medida, la fuerza del movimiento popular. Aún es tiempo de conjurar el fantasma y como lo diría Lenin, combatir la catástrofe que nos amenaza.

Chile, Hoy, 25 al 31 de Mayo, 1973.

XXI. Trabajadores a la ofensiva

Los trabajadores chilenos están en el centro del proceso de decisión política nacional. Ellos han sido la base principal de las importantes transformaciones políticas que se realizaron en los últimos años. Fue su decisión política la que permitió iniciar la formación del área social, completar la reforma agraria en sus líneas más generales, conquistar las riquezas nacionales de manos del imperialismo, iniciar relaciones con todos los pueblos, derrotar las diversas ofensivas de la derecha. Los trabajadores chilenos fueron objeto de fuertes presiones de los demagogos que buscaron meterles la idea de la "empresa de trabajadores" como forma de sobrevivencia del capitalismo y les respondieron con el apoyo combativo a la formación del área social. Los patrones trataron de engañarlos pagándoles para hacer huelga en octubre de 1972, y recibieron una respuesta combativa y revolucionaria. Hoy, los patrones y sus hijos bien educados de la Universidad Católica se desvelan en cariños y admiración por los "mineros" de El Teniente. Pero han fracasado en su intento de paralizar el país. Los mineros de El Teniente, los del Salvador, los de la Andina, han respondido que no. Han desconfiado con no poca razón de este súbito amor del patronato chileno, de "El Mercurio" y otros instigadores de la violencia.

La clase obrera chilena ha revelado una gran madurez frente a esta tentadora ofensiva de la derecha. En la difícil situación económica que vive el país, es un acto de gran conciencia y decisión el que los trabajadores del cobre no acepten la amable oferta del patronato chileno de darles todo el apoyo para aumentar en un 40 por ciento sus sueldos. Esta clase no lo hace sin embargo por razones de política defensiva, por no aceptar la "ayuda" patronal, por un apoyo al Gobierno. Su sacrificio tiene otras perspectivas. Los trabajadores saben, de un lado, que este presente griego tiene por objetivo fortalecer aquellas fuerzas que no solo en el pasado, sino también en el futuro, explotan a los trabajadores y están dispuestos a lanzar contra ellos un régimen de represión de corte fascista. Por otro lado, los trabajadores han vislumbrado en el actual proceso de cambios que vive el país los gérmenes de una nueva sociedad, por la cual vale la pena entregar sus vidas y su presente. En el Chile de hoy, el socialismo no es ya una idea lejana, una aspiración. Está impregnado en las conquistas de los trabajadores chilenos, en la participación, en la dirección de las empresas, en los Consejos Comunales, en las Juntas de Abastecimiento y Precios, en la experiencia de octubre de la dirección de los obreros de los más complejos problemas del país, y en muchas otras formas de dirección obrera y campesina de la sociedad y de la economía.

Viernes 15

Es pues comprensible que los trabajadores chilenos no hayan opuesto solamente una barrera defensiva contra la ofensiva patronal para quebrar su unidad en torno de sus aspiraciones económicas inmediatas. Cuando la crisis económica era usada por la derecha para iniciar una ofensiva total en contra del Gobierno, que recurre a la rebelión institucional del Parlamento y del Poder Judicial, al terrorismo y a la acción callejera, a la intriga y a la mentira, a la creación de situaciones de hecho de todo tipo, cuando la derecha cree tener en la mano al Gobierno Popular, salen los trabajadores a la calle en gloriosas jornadas que tienen su primer gran logro el viernes 15 de junio. Los trabajadores retoman las calles y empiezan a cambiar positivamente la correlación de fuerzas.

Pero la ofensiva de los trabajadores no tiene solamente esta expresión callejera, que es indudablemente su lado más dramático y espectacular. Su acción se prolonga hacia las empresas y los barrios populares, hacia los sindicatos y los cordones industriales, hacia los comandos comunales, que empiezan a revitalizarse.

Desde lo más profundo del pueblo empiezan a reorganizarse sus energías debilitadas por un periodo de negociaciones y vacilaciones que siguió a la brillante victoria electoral de marzo.

Puesta en el centro de la vida nacional, presionada por la derecha y sus ofertas de mejorías salariales inmediatas, frente a una dirección política sin decisión para recoger las lecciones de octubre y marzo, los trabajadores chilenos decidieron asumir la dirección de la vida política nacional. Sus partidos principales han sentido la dimensión de la crisis y su órgano principal de representación, la Central Única de Trabajadores, ha asumido la dirección política de la lucha de masas en el país.

La CUT es hoy el centro de la ofensiva política de los trabajadores. Ella no sólo programó una amplia sucesión de movilizaciones que culminará en la gran manifestación del jueves 21; levantó, además, ante el país una plataforma de lucha que debe congrega todas las fuerzas revolucionarias del país. El proceso asume un carácter de enfrentamiento decisivo y la clase trabajadora se pone en su vanguardia. La revolución está garantizada. De ahora en adelante trata de mantenerse firme y poner el programa de trabajo en marcha. Una a una caerán las barreras institucionales, armadas, políticas, económicas que levante la burguesía para contener el avance revolucionario de los trabajadores. Ellos quebraron el caparazón legal que los abrigaba, pusieron a la luz del día para las masas el verdadero contenido de su legalidad. Hoy todo el pueblo chileno sabe que la legalidad burguesa no es una cosa que valga por si misma, no es la expresión de un derecho y una justicia eternas. La derecha, sus parlamentarios y jueces se encargaron de demostrar que tal legalidad solo

es respetada por la derecha cuando sirve a sus intereses. Cuando la clase trabajadora hace uso de ella para defender sus intereses y para avanzar en la construcción de una nueva sociedad, la burguesía grita desesperada: “la legalidad nos mata”.

Cascaron podrido

Si la burguesía no respeta ya su legalidad: si la burguesía transforma el Parlamento en un circo de acusaciones constitucionales; si la burguesía transforma la justicia en la protección a los conspiradores abiertos como Viaux; si la Contraloría se transforma en un instrumento de devolución a los capitalistas de las empresas de los trabajadores; si la burguesía desmoraliza sus propias instituciones con tanto descaro, no serán los trabajadores quienes irán a defender este cascarón podrido. Los trabajadores tienen sus propios instrumentos legales, sus sindicatos, sus cordones industriales, sus comandos comunales, sus partidos, sus consejos de vigilancia, sus comisiones de protección del área social y tienen también un programa actualizado por la CUT en una clara plataforma de lucha.

Las Fuerzas Armadas ven claramente este proceso. Advierten que la derecha destruye día a día su propia legalidad y se embarca claramente en la sedición. En seguida, comprueban cómo la derecha quiere usar los poderes del Estado que controla para paralizar la represión del Gobierno contra su acción sediciosa. Cualquiera entiende que ningún Gobierno puede tolerar una situación así, que no hay seguridad pública y nacional en tales circunstancias, que cuando los poderes del Estado actúan de esta forma es porque saltaron hace mucho el límite legal y las bases de la convivencia democrática. Las Fuerzas Armadas tendrán que aceptar su función histórica en un proceso con el cual se fueron comprometiendo progresivamente. En 1970, se trataba de garantizar el derecho constitucional de un frente de oposición al régimen para llegar al Gobierno. En seguida, se trataba de asegurar al Gobierno elegido las mínimas condiciones de orden público para poder aplicar su programa en contra de una derecha que buscaba insistentemente el camino del golpe. Luego se trataba de garantizar el funcionamiento de la economía del país, el abastecimiento popular, el derecho de la clase obrera de mantener la producción. Y los obreros y soldados, mantuvieron lado a lado a Chile en marcha en contra de la sedición burguesa en octubre. Ahora la opción es bastante clara. Se trata de garantizar a los trabajadores, fuerza viva, núcleo heroico del Chile nuevo que emerge, el derecho de hacer funcionar el país en contra de una obstrucción parlamentaria y judicial que se halla francamente comprometida con una agitación política absolutamente sediciosa y con acciones terroristas. No hay, por lo tanto, ninguna fuerza social en Chile, excepto la burguesía y los latifundistas, los profesionales de altos ingresos y sus pijes, los empleados que aspiran a ser patrones algún día, que esté dispuesta a apoyar el camino sedicioso de la derecha y que no reconozca legitimidad en la dura respuesta que exigen los trabajadores del Gobierno y que ellos mismos

están dispuestos a brindar. No hay fuerza social capaz de impedir que el Gobierno programe y controle el abastecimiento, conforme ahora el área social y complemente la reforma agraria, asegure el desarrollo implantando el plan económico, participe efectivamente del poder de decisión, establezca una dirección centralizada y operante, defienda lo conquistado y combata de manera organizada y centralizada la sedición derechista, abriendo camino hacia un Chile Socialista.

Chile Hoy, 22 a 29 de junio, 1973

XXII. ¿Podemos triunfar?

Hay un factor nuevo en el cuadro político del país, que provoca un sentimiento generalizado de inseguridad y extrañeza. Se trata de la gran capacidad de iniciativa que ganaron las masas obreras en el país, firmemente organizadas en torno de los cordones industriales y de la Central Única de Trabajadores. Acostumbrados a ver en los obreros una fuerza social importante, pero subyugada a las direcciones políticas de las clases medias y pequeña burguesía, los políticos y funcionarios civiles y militares particularmente aquellos ligados a la oposición ven en estos hechos una amenaza de caos y anarquía.

Por otro lado, víctimas inconscientes de esta subestimación histórica de las masas obreras, los cuadros de vanguardia y los propios trabajadores ven con cierto escepticismo la posibilidad de dar el salto histórico hacia el poder. La pregunta que nace es muy concreta: ¿seremos capaces? ¿Podremos determinar la posición que asumirán los partidos, el Gobierno, los militares? ¿Se subyugarán a nuestra voluntad y dirección los técnicos, científicos, profesores universitarios y todas estas entidades etcéteras que representan los intocables de nuestra sociedad?

Asimismo, surgen otras preguntas muy directas y concretas: ¿reunimos las condiciones históricas para triunfar? ¿No estaban en situación similar los trabajadores brasileños, bolivianos y uruguayos cuando cayeron bajo la bota de una dictadura militar? ¿Qué es lo decisivo en una situación como ésta? ¿La conciencia, la organización, las armas?

Estas preguntas deben tener una respuesta categórica, pues éste no es el momento de vacilar. Pero hay que responderlas con honestidad y rigor, pues tampoco es el momento de engañarnos a nosotros mismos.

¿Nos amenaza el caos?

¿Son los trabajadores una amenaza de caos y anarquía? Los hechos ya lo han demostrado. Las grandes manifestaciones de masa que se han realizado en los últimos tiempos, muestran que las acciones del pueblo se caracterizan sobre todo por su disciplina y organización. Provocadas de todas formas, las masas obreras han contenido su ira y la han canalizado hacia la organización y el trabajo, fuentes de su superioridad histórica sobre los otros sectores y clases. Si en algún momento son llevadas al uso de la fuerza, sabrán canalizarla contra sus enemigos y no contra los inocentes y los sectores.

La historia ha sido pródiga en ejemplos de la combatividad, organización y disciplina de la clase obrera. No hay que confundir sus métodos de lucha con los del lumpen-proletariado, que tiende hacia la anarquía, el saqueo indiscriminado, las acciones inconexas. Pero no hay que esperar tampoco que en el caso de que la burguesía desate una guerra civil, se puedan contener las acciones de masas en esquemas demasiado rígidos y orgánicos. El proletariado obrero no podrá paralizar e inmovilizar a sus aliados más pobres y menos organizados, las inmensas masas subproletarias que rodean nuestras ciudades y llenan nuestros campos. Pero si la clase obrera asume claramente la dirección del proceso, como lo ha hecho en este instante, ella dará el tono general de la lucha y tanto los sectores más acomodados como los más pobres que la seguirán deberán encuadrarse dentro de sus métodos de acción.

¿Los obreros pueden conducirnos?

Lo que más llama la atención a los que están acostumbrados al doctrinarismo político de las formas tradicionales de actuación es la ausencia de sectarismo que se presenta en las bases. Los obreros de la Unidad Popular trabajan con absoluta amplitud con los trabajadores del MIR y de la Democracia Cristiana, estableciendo una fuerte cohesión de clase, en búsqueda de la formación de un verdadero y único partido de la clase obrera, partido de la revolución chilena. Este partido rebasa en mucho los límites de la Unidad Popular y de los propios obreros para transformarse en una gran fuerza de unidad nacional de los trabajadores contra los explotadores nacionales e internacionales. Se funden así los intelectuales y activistas formados en años de lucha con las entrañas de las masas populares.

¿Qué mejor respuesta puede haber a la pregunta que temerosamente nos formulamos? Los obreros no solo pueden conducirnos, sino que ya están en proceso de creación del instrumento colectivo que permite conducir las amplias masas del país y poner a su servicio a los intelectuales, los profesionales, los técnicos, los funcionarios, los políticos tradicionales dispuestos a colaborar, algunos empresarios y los militares patriotas.

¿Podemos triunfar?

¿Reunimos las condiciones históricas para triunfar? ¿Se asemeja nuestra situación a las de Brasil, Bolivia y Uruguay antes de sus golpes? ¿Qué condiciones habrá que reunir? ¿Cuál es la decisiva?

También estas preguntas pueden ser respondidas con objetividad y fe en las masas. Las condiciones históricas para triunfar son la conciencia, la organización y el control de los medios materiales fundamentales. La conciencia y la organización populares han dado saltos enormes en los últimos días y tienden a perfeccionarse,

sobre todo si las direcciones políticas confían en ellas y no obligan a las masas a dispersar esfuerzos en luchar contra sus propios dirigentes. Todo indica que esta condición se reúne y las organizaciones de poder popular marchan.

Lo más delicado se refiere al control de los medios materiales. Aquí no se trata solamente de implementos de carácter directamente militar. Una guerra no se gana solo con armas. Tan importante como ellas son las líneas de abastecimiento en general, el apoyo logístico y la capacidad de alimentar las fuerzas combatientes. Es, pues, decisivo para una guerra el control de la producción. Esta condición tiende a reunir a los obreros y campesinos chilenos que han ocupado varias empresas monopólicas y estratégicas.

Es una condición fundamental para la victoria e incluso para disuadir a los inspiradores de la guerra civil, tener fuertemente controlados los principales medios de producción, materias primas, alimentos, etc. Hay así una correlación estrecha entre las condiciones para la victoria militar y la organización lo más rápidamente posible de una economía socializada, dirigida firmemente por los propios trabajadores, así como el establecimiento del control obrero de las empresas privadas.

Es pues fundamental, en este momento, combatir las concepciones militaristas que puedan plantearse, buscando separar la cuestión de la defensa y vigilancia, de la lucha revolucionaria por asegurar las conquistas realizadas, de la organización general de las masas. Ambas cosas deben estar ligadas indisolublemente. Y lo estarán en la medida en que las masas obreras tengan la conducción política del proceso, pues ellas saben que lo decisivo de su fuerza no viene de la capacidad de disparar bien que tengan algunos hombres, sino de su organización general revolucionaria.

¿En Brasil y en Bolivia había tal organización? De ninguna manera se puede comparar el movimiento de masas existente en Chile con lo que existía en Brasil antes del golpe de abril de 1964. En aquel entonces la experiencia que las masas obreras brasileñas habían acumulado pasaba por cuatro huelgas generales no muy cohesionadas, y una organización sindical y popular en gestación en torno de un organismo coordinador. El movimiento campesino recién se organizaba y los obreros no habían realizado nunca tomas ni ocupaciones de empresas. Mucho menos existían comités de empresa, ni cordones industriales o formas parecidas de coordinaciones locales.

En Bolivia, había y hay una tradición de luchas más avanzada, pero el movimiento obrero se encuentra muy localizado en las minas; el proletariado industrial, además de pequeño, recién empieza a movilizarse y los campesinos se encuentran divididos políticamente frente a los obreros, en un país en que representan cerca del 60 por ciento de la población.

En Uruguay, a pesar de los gigantescos avances realizados en los últimos años, el movimiento obrero recién abandona sus tradiciones sindicalistas y no posee formas de organización más avanzadas que los sindicatos.

Si la burguesía y el imperialismo que las instrumentó, tienen en sus cálculos estas experiencias, se encontrarán con una barrera humana que los aplastará definitivamente.

Chile Hoy, 20 a 26 de julio, 1973

XXIII. Sobre golpes negros y blancos

La derecha ha desplegado en las últimas semanas todas sus fuerzas. Esto nos ha permitido medirlas y saber exactamente su poder frente al avance revolucionario de la clase obrera en Chile. Por otro lado, el movimiento de masas se ha retirado de la primera plana política por varias razones. Sea porque se produjo una gran confusión y divisiones frente al diálogo con la DC y el gabinete militar que llevaron a diferencias tácticas, exacerbadas por algunos sectores artificial y equivocadamente; sea porque las duras semanas de movilización de masas que comenzó contra la huelga de empleados de El Teniente, continuó con el periodo posterior al "tancazo", produjo un gran cansancio de las masas y un gran desgaste de energía que lleva a un periodo natural de reposición de fuerzas; sea porque las tareas de orden económico planteadas por el paro criminal de la derecha han concentrado sus energías en las fábricas y en los barrios populares.

El hecho es que en este periodo vimos a la derecha usar todas sus fuerzas mientras los trabajadores estaban en uno de los momentos más bajos de su movilización ¿Qué hemos podido comprobar?

Un arsenal insuficiente

La derecha ha usado y desplegado la mayor parte de las fuerzas con que contaba en las Fuerzas Armadas. Hemos visto con gran asombro la acción insurreccional de un grupo de oficiales y soldados el 29 de junio; hemos visto como este acto había sido precedido de otros conatos de golpes descubiertos a tiempo; hemos visto movimientos para evitar el castigo de los culpables; hemos vivido en la semana siguiente una gran cantidad de rumores sobre golpes y emplazamientos al Gobierno; hemos visto a la Democracia Cristiana y a la derecha reclamar la formación de un gabinete de militares, que les entregase la dirección del país, lo que fue conocido como "el golpe blanco", hemos visto los allanamientos que buscaban producir un abismo entre los trabajadores y las Fuerzas Armadas; hemos visto una guerra de declaraciones de sectores de las Fuerzas Armadas contra el MIR en el momento en que "Patria y Libertad" anunciaba pasar a la clandestinidad y comenzaba a realizar centenares de actos de terrorismo; hemos visto acentuarse los allanamientos contra los trabajadores y partidos de izquierda en el momento en que los transportistas realizaban un paro contra la seguridad nacional aliados al terrorismo; hemos visto como varios marinos han sido apresados y según los datos revelados en esta edición de Chile HOY, torturados, por defender el Gobierno Constitucional, según las denuncias del subsecretario del Partido Socialista. Hemos visto, en resumen, cómo las Fuerzas Armadas se vieron presionadas por fuerzas de derecha interesadas en la subversión y el enfrentamiento directo entre ellas y el pueblo.

Vimos por fin, como la dimisión de un general de la FACH fue utilizada por la derecha, llamando abiertamente a la subelevación militar; vimos atónitos, como desde la propia FACH sus servicios de relaciones públicas se sumaban a esta actitud buscando enturbiar un acto legal del Presidente, dentro de sus atribuciones.

La derecha ha desplegado, por lo tanto, todas sus fuerzas militares. Ellas son significativas, pero insuficientes para alcanzar su objetivo declarado de derrumbar al Gobierno.

La escala institucional

Pero la ofensiva de la derecha ha llegado también a extremos en el plano institucional. No solo se ha creado un artificial conflicto de poderes en torno de las reformas constitucionales aprobadas por mayoría simple en el Congreso: también el Poder Judicial y la Contraloría han lanzado fuertes ataques al Gobierno, buscando caracterizarlo como ilegal e ilegítimo. El Partido Nacional y los 10 senadores DC han declarado claramente la inconstitucionalidad del Gobierno. Han callado su boca frente al Tancazo y algunos se han rehusado a atacarlo. No solo no han condenado el terrorismo, sino que incluso lo han justificado. No solo no han condenado el paro criminal de los camioneros, sino que lo han estimulado y apoyado, buscando extenderlo al máximo con el apoyo de un sector de la Democracia Cristiana y la vacilación de sus sectores más progresistas, con el claro riesgo de perder sus propias bases. Solo un cínico puede dejar de aceptar el hecho de que la derecha se ha puesto totalmente en la ilegalidad y ha optado abiertamente por el camino de la sedición, sin lograrlo a pesar de que sobre ella no cayó aún ninguna represión.

Pero hay todavía más: la derecha ha llevado su ofensiva "gremial" a su máximo límite. Ha llamado al paro a todos los sectores patronales que controla, a los profesionales, empleados y trabajadores a los que llega a través de la Democracia Cristiana. Así también la derecha ha llevado al extremo el movimiento terrorista que hasta ahora se había limitado a anuncios, realizando centenares de acciones, algunas de alta calidad técnica, como el apagón de luz, y el atentado contra el oleoducto.

Imposibilidad de un arreglo gremial para un conflicto no gremial

Algunas personas creen ingenuamente que para la derecha es posible aceptar, en tales condiciones, un acuerdo gremial que termine con el paro criminal. La derecha ha lanzado todas sus cartas. Sabe que si no derrumba el Gobierno ahora, en el contexto de este paro, debe desistir de un golpe por muchos años, y tiene que pasar a la defensiva. Aunque el Gobierno accediera a todas las demandas gremiales del paro, la derecha no aceptaría terminarlo, aunque esto pudiese causar dificultades con algunos sectores de sus bases. Y

aunque la mayoría de la Democracia Cristiana aceptarse llegar a un acuerdo para terminarlo, no lo lograría, porque la derecha de este partido y la reacción en general no aceptarían tales decisiones.

El quiebre está hecho y nadie puede jugar sus fuerzas con tal extensión e intensidad y dar marcha atrás sin haber logrado ningún objetivo concreto. Los que se han comprometido con estas maniobras derechistas esperando poder paralizar las cosas en el punto que les fuera conveniente ya saben que esta posibilidad no existe. Así también aquellos que desde el lado de la Democracia Cristiana o de la Unidad Popular creyeron que se podría superar este enfrentamiento y ofrecer una sólida salida institucional que no pasase por un real aplastamiento de los insurrectos, los terroristas y sus estimuladores y financistas, van perdiendo progresivamente sus ilusiones. La unidad de la Democracia Cristiana después de la declaración de los 10 senadores es una utopía sin otro sentido que la cobardía de los que pretenden mantenerla. La magnanimidad del Gobierno Popular frente a estos actos se va convirtiendo en una actividad insostenible que se vuelca en menoscabo de su autoridad.

La derecha, según todo lo indica, tiene fuerza suficiente para impedir cualquier diálogo, cualquier solución "progresista" con fuerza militar. Y como los trabajadores han avanzado lo suficiente para plantear una política revolucionaria en este país, cualquier esquema centrista es una ilusión que no podrá cuajar sino por instantes muy breves. Del despliegue de poder que ha hecho la derecha queda claro que no tiene fuerza para cumplir sus objetivos; que ha tenido que caracterizarse claramente como una fuerza sediciosa sin poder hacer la sedición; que ha convertido en una minoría agresiva, desesperada, terrorista; que ha impedido al sistema que representa alcanzar metas más modestas, pero más capaces de aplazar el fin del sistema como las propuestas en los esquemas centristas que maneja un sector de la DC.

Contraatacar ahora

Habiendo asistido pacientemente a este despliegue de fuerzas, la clase obrera sabe que éste es el momento de contraatacar. Como el 15 de junio representó una "parada de carro en seco" en contra de los golpistas, se plantea la necesidad de unificar fuerzas para una contraofensiva del mismo tipo. En este momento es la derecha quien está cansada; es ella quien se lanza violentamente contra la legalidad y las Fuerzas Armadas como institución; es ella quien se debilita día a día revelando claramente sus objetivos sediciosos. Los trabajadores han recuperado sus energías, la confianza en sus fuerzas y es el momento de salir de una actitud defensiva.

La derecha, el golpe, el centrismo con sus golpes blancos, han revelado su debilidad intrínseca. Si la clase obrera no aprovecha la coyuntura para dirigir al país contra la sedición, poniendo a su lado a todas las fuerzas

vivas, completando el área social, resolviendo el problema del desabastecimiento, garantizando el control obrero del área privada, liquidando el capital especulativo y la inflación, castigando a los culpables del sabotaje económico, político y militar.

Los obreros deben recuperar la confianza en sus fuerzas, no a través de expresiones minoritarias, tomas y actos que demuestran antes una debilidad que su fuerza real. El camino es el de unirse en torno de su central obrera, coordinando firmemente los cordones y los comandos comunales para dirigir el país, el país entero, junto a su Gobierno, que debe adoptar claramente su plataforma. A pesar de que los enemigos son poderosos y pueden realizar bajas terribles en sus actos de desesperación, los hechos lo demuestran claramente: ellos no pasan de tigres de papel, que asustan y muerden, amenazan e incluso matan, pero que no pueden resistir a la fuerza organizada de los trabajadores. Hay solo un grito para el momento actual: ¡Chile será socialista!

Chile Hoy, 24 a 30 de agosto, 1973

María del Carmen del Valle Rivera

Investigadora titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, adscrita a la Unidad de Investigación Economía del Conocimiento y Desarrollo. Es Doctora en Ciencias Sociales con Especialidad en Desarrollo Agroalimentario por la Universidad Autónoma Metropolitana y Licenciada en Economía por la UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores desde 1991.

Ha recibido los siguientes reconocimientos: el Premio Maestro Jesús Silva Herzog (1994), otorgado por el IIEc de la UNAM, el Premio Universidad Nacional en Investigación en Ciencias Económicas y Administrativas (1999) y el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz (2010), ambos conferidos por la UNAM.

Sus líneas de investigación son: socioeconomía de las agroindustrias alimentarias e innovación tecnológica; sistema lácteo mexicano, innovación social y sistemas agroalimentarios localizados, y economía y gestión del conocimiento. Tutora en los posgrados en Economía; Ciencias de la Administración; Estudios Latinoamericanos y en el de Producción y Salud Animal en la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia, de la UNAM.

Entre las publicaciones más recientes en las que ha colaborado como autora o coordinadora se encuentran: *El desarrollo hoy. Hacia la construcción de nuevos paradigmas* (2014); *América Latina: su arquitectura financiera* (2014); en coautoría: *El sistema agroalimentario local de arroz del Estado de Morelos* (2014); *Ciencia, tecnología e innovación en el desarrollo de México y América Latina* (2013); *Propuesta económica para México* (2012); *Tramas tecnológicas, relaciones laborales y responsabilidad social empresarial en México* (2010), y *El pensamiento latinoamericano sobre el cambio tecnológico para el desarrollo* (2010).

Javier Jasso Villazul

Profesor titular en Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Economía Internacional por la Universidad Complutense de Madrid (*apto cum laude*) y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. En 2007 recibió el Premio Universidad Nacional en Docencia en Ciencias Económicas y Administrativas, otorgado por la UNAM.

Sus líneas de investigación son competitividad, innovación tecnológica y estrategias empresariales; administración del conocimiento en las organizaciones; tecnología, instituciones y política científica y tecnológica.

Ha publicado de manera individual o en colaboración libros, capítulos de libros y artículos, entre los cuales destacan los siguientes: *Innovación y crisis. Trayectorias y respuestas de empresas y sectores* (2012) y *Globalización, acumulación de capacidades e innovación* (2007).

Enrique Dussel Ambrosini

De origen argentino, llegó a México como exiliado político en 1975 y hoy es ciudadano mexicano. Es profesor en el Departamento de Filosofía en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa y en el Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y en Historia por La Sorbona de París. Ha obtenido el doctorado Honoris Causa en las universidades de Freiburg (Suiza), San Andrés (Bolivia), Buenos Aires (Argentina), Santo Tomás de Aquino (Colombia) y en la Universidad Nacional de General San Martín (Argentina). En el 2015 la Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina) le otorgó el reconocimiento de Visitante Ilustre. Fue cofundador del movimiento Filosofía de la Liberación.

En el año 2013 fue nombrado miembro del Comité Directivo de la Fédération Internationale des Sociétés de Philosophie (FISP) y se le otorgó la distinción de Investigador Nacional Emérito por parte del Sistema Nacional de Investigadores. Fue Rector interino de la Universidad Nacional Autónoma de la Ciudad de México durante el periodo 2013-2014. Sus líneas de investigación son especialmente el campo de la Ética y la Filosofía Política.

Sus libros más recientes son *Filosofías del sur: descolonización y transmodernidad* (2015); *16 tesis de economía política* (2014); *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "Latino" (1300-2000)*, en colaboración con Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez (2010), *Política de la liberación: Historia mundial y crítica* (2007); *20 tesis de política* (2006) y *Filosofía de la cultura y la liberación* (2006).